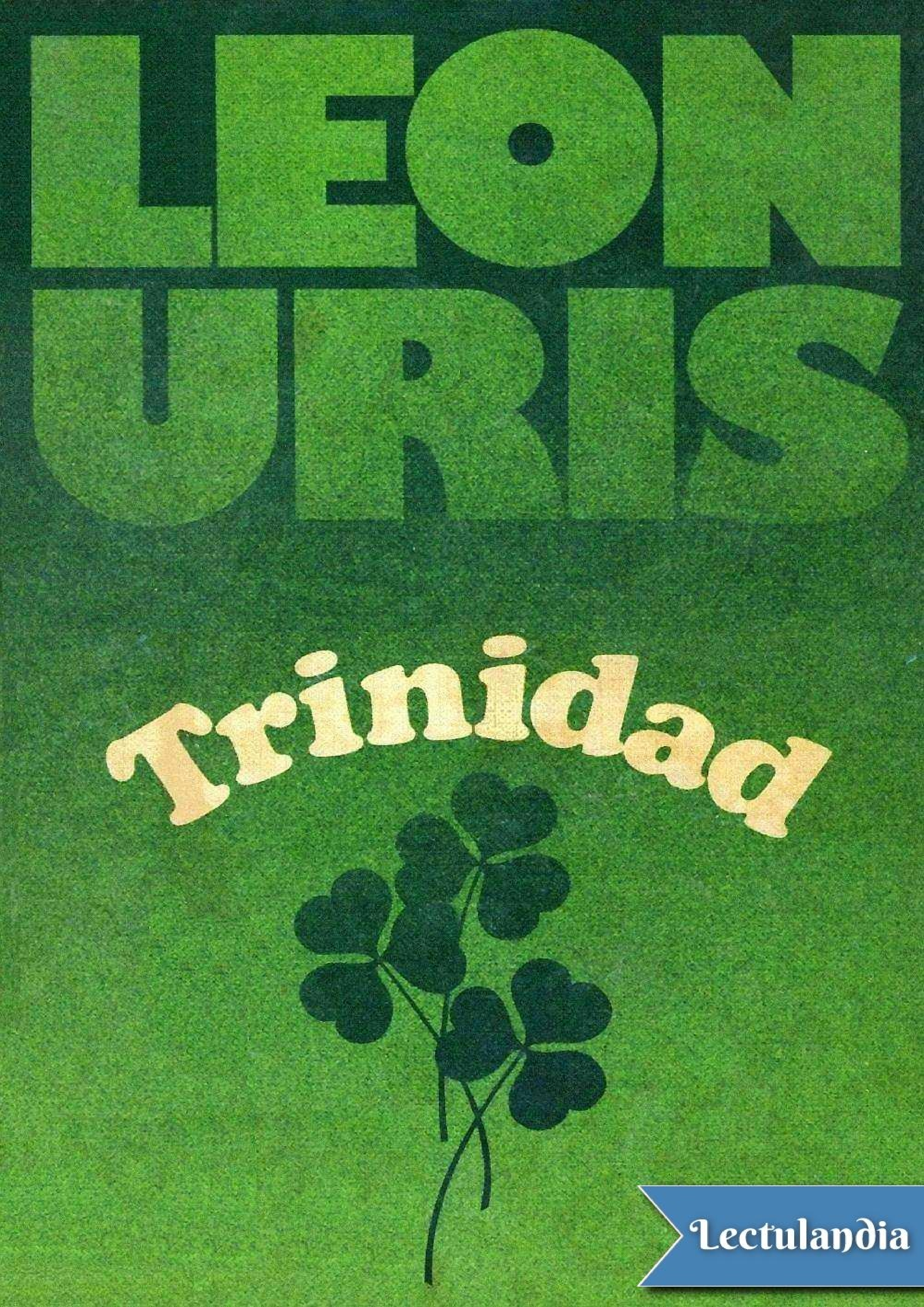

LEON
URIS
Trinidad
Lectulandia

Desde la Gran Hambruna de 1840 hasta el Levantamiento de la Pascua de 1916, tres familias, los Larkin de Donegal, los Hubble, condes de Foyle, y los MacLeod de Belfast, forman, a lo largo de cuatro generaciones, la "Trinidad" que Leon Uris utiliza como símbolo del pasado, del presente y también del futuro de Irlanda. Relato de todo el marco histórico, político y social de la época, y de todas las circunstancias que llevaron a los acontecimientos que precipitaron la independencia irlandesa del dominio británico: la roya de la patata, la emigración a América, el nacimiento del Sinn Fein y del IRA…

Lectulandia

Leon Uris

Trinidad

ePUB v1.0

tagus 15.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Trinity*
Leon Uris, 1976.
Traducción: Baldomero Porta
Diseño/retoque portada: Yzquierdo/Redna Azaug

Editor original: tagus (v1.0)
ePub base v2.0

Dedico este libro a mi esposa JILL,
que forma parte de estas páginas
en tan gran medida
como el pueblo irlandés

Deseo expresar mi cordial agradecimiento a mi colaboradora, Diane Eagle, cuyas investigaciones y sincera adhesión han contribuido enormemente al nacimiento de esta obra. Deseo expresarlo también a la Biblioteca Pública de Denver.

Quedan todavía otras personas, docenas y docenas, cuyas indicaciones y cuyos conocimientos han hecho posible este libro. Lo elevado de su número me impide dar las gracias a todas, una por una. Desgraciadamente, algunas no desean, ni conviene, que se las mencione, porque la historia de Irlanda sigue su curso. Los que me ayudaron saben quiénes son y cuentan con mi gratitud imperecedera.

LEON URIS

No hay presente ni futuro —sólo el pasado que acontece una y otra vez— ahora.

Eugene O'Neill, *A Moon for the Misbegotten*

(Una luna para los bastardos).

Primera Parte

BALLYUTOGUE

1

Mayo de 1885

Recuerdo con toda claridad la primera gran conmoción de mi vida. De la casita de campo vecina vino un fuerte alarido. Yo me precipité dentro de la habitación, para mí tan familiar como mi propia casa. Los hijos de los Larkin, Conor, Liam y Brigid, estaban repartidos por la alcoba donde un jergón de hojarasca servia de cama al viejo Kilty. Permanecían inmóviles, boquiabiertos de espanto.

Me escabullí junto a Conor.

—Abuelo ha muerto —me dijo.

Su madre, Finola, que estaba embarazada de ocho meses, se había arrodillado y apretaba la cabeza contra el corazón del anciano. Era la primera, la primerísima vez que yo veía una persona muerta. Un muerto color de cera, huesudo, tendido allí con la abierta boca completamente huérfana de dientes, mirándome fijamente con unos ojos vidriosos, y yo contemplándole también fijamente a él hasta que sentí los míos a punto de saltar fuera de sus cuencas.

¡Ah, fue para mí un momento terrible, revelador! Todos los chavales creíamos que el viejo Kilty poseía la magia de los duendes y que viviría eternamente, leyenda corroborada por el hecho de ser el superviviente más viejo de la gran hambre, y no hablemos ya de que fue un héroe del levantamiento feniano de 1867 y que le habían encarcelado y torturado en premio a sus fatigas.

Por aquellas fechas yo tenía once años. Kilty estaba lelo desde que me alcanzaba la memoria, siempre acurrucado junto a la lumbre, murmurando palabras incoherentes. Era una antigualla preciosa, más que viejo ya; pero nadie había pensado nunca en serio que pudiera morir algún día.

La pequeña Brigid se puso a llorar.

—¡Calla! —ordenó vivamente la madre—. No debes llorar hasta que hayamos preparado debidamente al abuelo. Los duendes han rodeado la casa esperando el momento de echársele encima, y tu llanto los animaría a irrumpir dentro y arrebatarnos su alma.

Finola, su madre, se puso en pie con esfuerzo y se entregó a un torbellino de actividades. Abrió puertas y ventanas para echar fuera a los malos espíritus y se apresuró a cubrir el espejo para esconder la imagen del difunto.

—Liam, tú irás a dar la noticia. No te olvides de llegar hasta los establos y los colmenares, para anunciar a vacas y abejas que Kilty Larkin ha fallecido. No dejes de hacerlo, si no quieres que los duendes se lleven su alma —se estrujaba las manos y se lamentaba—: ¡Oh, Kilty, Kilty, eras un buen hombre, en verdad que lo eras! —Después se dirigió a mí—: ¡Seamus!

—Sí, señora —respondí.

—Ve a buscar a tu madre. Necesitaré sus buenas manos para ayudarme a vestirlo. ¡Conor!

Conor no respondía, no hacía más que seguir mirando a su abuelo. Ella lo zarandeó por el hombro.

—¡Conor!

—Sí, madre.

—Ve a la turbera a buscar a tu padre.

Brigid había caído de rodillas y se estaba santiguando a un ritmo vertiginoso.

—Levántate y ayúdame —ordenó Finola. Porque arreglar el cadáver era tarea de mujeres.

Liam corrió primero al establo. Yo le veía a través de la media puerta hablando a las vacas, mientras Conor salía lentamente de la alcoba, andando para atrás, sin apartar los ojos de su abuelo.

Fuera, le di un golpecito en el brazo.

—Eh, si vienes primero a mi casa, te acompañaré a la turbera, a buscar a tu padre.

Trepamos por la pared de piedra que separaba nuestras casitas. A mi madre, Mairead O'Neill, como a todas las madres de Ballyutogue, la recordaremos siempre acurrucada en su eterno puesto junto al hogar. Cuando nosotros entramos, estaba levantando el caldero (mediante una polea de cadena) sobre el fuego de turba.

—Buenos días tenga usted, señora O'Neill —dijo Conor—. Me temo que nos hallamos en una aflicción.

—Kilty Larkin ha estirado la pata —expliqué.

—¡Ah!, ¿de modo que es eso? —mi madre suspiró y se persignó.

—Y sin duda la señora Larkin la necesitará a usted para vestirlo. Mi madre se había quitado ya el delantal.

—Conor, esta noche te quedarás aquí, y tu hermano y tu hermana también —dijo.

—Yo esperaba tomar parte en el velatorio —respondió él.

—Esto corre de cuenta de tus padres. ¿Ya llevas sal?

—Oh, Señor, con el nerviosismo lo hemos olvidado todos.

Madre se acercó al gran salero de la capillita del costado del hogar de la lumbre y sacó un pellizco para mi bolsillo, para el de Conor y para sí misma, a fin de ahuyentar a los malos espíritus.

—Yo voy a la turbera con Conor —anuncié, corriendo tras él.

—No os olvidéis de avisar a las vacas y las abejas —nos gritó ella mientras marchábamos.

—De esto se ha encargado Liam.

Nuestro pueblo empezaba a una altura de unos cien metros sobre la bahía Foyle,

y nuestros campos se encaramaban laderas arriba unos ciento cincuenta metros más, partidos en peldañitos de escalera. Algunos pedazos eran poco mayores que nuestra habitación principal y pocas personas habrían sabido afirmar con seguridad a quién pertenecía cada cual, exactamente. Todos los campos estaban vallados, componiendo una telaraña de piedra por la ladera.

Conor corría como si lo llevara el viento; no se detuvo hasta haber salvado la última pared. Ahora jadeaba en busca de aire. Se sentó, sudando, temblando y sollozando.

—El abuelo… —dijo a sacudidas.

Conor Larkin tenía doce años, era mi amigo íntimo y mi ídolo, y yo sentía, en verdad, unas ganas inmensas de prodigarle palabras de consuelo; pero no encontraba las expresiones precisas.

Mis más tiernos recuerdos estaban ligados a los Larkin. Yo era el benjamín de mi familia, las arrebañaduras del bote. Todas mis hermanas eran mujeres mayores y se habían casado; mi hermano mayor, Eamon, había emigrado a Estados Unidos y era bombero en Baltimore. Cuando Kilty murió, el hermano mediano, Colm, tenía diecinueve años, ocho más que yo.

Conor y yo aguardamos un rato porque se daban pocos días tan claros como aquél, con una vista tan espléndida. Ballyutogue, que significa «lugar de conflictos», se extendía, majestuoso, en el costado este de Inishowen, veinticinco kilómetros al norte de Derry, en el con dado de Donegal.

Desde donde nos encontrábamos lo abarcábamos todo…, todos los campos que nos robaron y que ahora pertenecían a lord Hubble, conde de Foyle. El panorama era tan luminoso aquel día que podíamos divisarlo en todos sus detalles, por encima de Foyle Lough, hasta el condado de Derry, así como toda la línea de la costa, desde Muff a Moville. Debajo mismo de nosotros, junto al lago, estaba el municipio, y a ambos lados del mismo, la larga, perfectamente proporcionada simetría rectangular de unos lozanos y verdes campos protestantes, cada uno de ellos con una casa de piedra bellamente construida, de dos pisos y tejado de pizarra.

La parte alta del pueblo, donde vivíamos nosotros, los católicos, estaba «en el brezal» con su demente laberinto cuadriculado de paredes de piedra trepando por las salvajes colinas.

Conor se mordía el labio con fuerza para contener las lágrimas.

—¿Crees que todavía está en el purgatorio? —le pregunté.

Él sacudió la cabeza para indicar que no lo sabía, luego escarbó el suelo, cogió una piedra y la tiró ladera abajo. Yo también tiré otra, porque solía imitar todo lo que él hacía.

—Vamos, peque —ordenó, volviéndose y empezando a correr camino arriba hacia los fangales de la montaña. Casi una hora después llegamos allá. El guardián

de la turbera nos indicó el sector donde Tomas Larkin y mi propio padre, Fergus O'Neill, estarían cogiendo turba. En aquel punto, el tajo era profundo. Cuatro brigadas de hombres manejaban las sesgadas azadas con la precisión de las máquinas, sacando y cortando ladrillos que levantaban con poleas y amontonaban en forma de casitas para que se secaran. Semanas después, cuando el agua se había secado del todo, habían perdido mucho peso y estaban en condiciones de arder. Los ladrillos de turba, ya secos, los cargaban en una reata de carritos de asnos y los llevaban a un almacén del municipio.

Nuestra gente se quedaba el quince por ciento de la turba en pago del trabajo de arrancarla; el resto iba, o bien a Derry, para hacer funcionar las fábricas de sus señorías, o lo vendían a granjeros protestantes, a tiendas y a hogares. Conor ya trabajaba en los fangales de vez en cuando, y dentro de un año, poco más o menos, yo me uniría a él durante la estación seca, propia para el arranque, en mayo.

A Tomas Larkin no costaba mucho localizarle, pues aventajaba en un cincuenta por ciento la estatura de mi padre, que estaba cavando a su lado. ¡Era un hermoso ejemplar de hombre! Al ver a Conor dejó la azada a un lado y le hizo un ancho ademán de llamada; pero al momento percibió la excitación de su hijo.

—¡El abuelo! —gritaba Conor, corriendo hacia los brazos de su padre.

—Sí —suspiró Tomas Larkin, desde unas terribles profundidades—, sí.

Y se sentó en el suelo, tomando a Conor en el regazo. Yo envidiaba enormemente a los Larkin. Por supuesto, amaba de todo corazón a mi padre, y a mi madre, y a Colm y a mis hermanas, pero cuando miro hacia atrás no puedo recordar ni siquiera un abrazo. Ninguna familia de Ballyutogue se distinguía mucho en eso de las manifestaciones externas de afecto, salvo los Larkin. En este sentido, eran diferentes.

La noticia dio la vuelta al corro en un murmullo, y una tras otra las azadas quedaron a un lado y los hombres desfilaron por delante de Tomas y Conor, se calaron las gorras y empezaron a descender montaña abajo.

El largo camino de regreso fue como un canto fúnebre, aunque sin palabras. Conor se cogía fuertemente a la mano de su padre, y ambos tenían los dientes apretados. Pareció que transcurría media eternidad antes de que llegáramos al cruce de caminos donde Conor y yo aguardábamos todas las mañanas hasta que nos recogían la leche. Aquí, a los cien metros de altura, empezaba la parte alta del pueblo, con la carretera principal serpenteando hacia el Ayuntamiento de Ballyutogue y el lago. Abajo se extendía una limpia, cuadrada y sólida población del Ulster protestante, con su despliegue de comercios, fábricas de lino, molinos harineros, vaquerías, y las viviendas correspondientes. En la plaza, centro de la población, el cuartel de la Royal Irish Constabulary y unas oficinas de la Corona cuidaban de señalar la omnipresencia de Su Majestad británica. Todo lo de allá abajo, la población y las fincas protestantes, fue en otro tiempo tierras de los O'Neill,

bien robadas por los antepasados de lord Hubble y plantadas por escoceses traídos acá, bien dadas en recompensa a los soldados del ejército de Oliver Cromwell.

En el cruce de caminos se encontraba el único comerciante católico floreciente, Dooley McCluskey, propietario de una taberna y una posada minúscula. Los protestantes defendían la sobriedad con pasión rabiosa y no querían ensuciarse las manos dirigiendo un establecimiento de esa clase. No obstante, el de McCluskey no entraba en el campo visual de los rugientes predicadores, ni en el de las esposas presbiterianas, aquellas damas de labios delgados y mejillas chupadas. ¡Canastos! Hemos visto a presbiterianos desgarrando de tal modo la pobre sobriedad que se les habría podido poner a dormir colgados de una cuerda de tender ropa.

El líquido alcohólico de mayor consumo entre los católicos era el poteen*, un whisky blanco destilado en destilerías ilegales que se podían desmontar en unos minutos para trasladarlas antes de que llegaran los recaudadores de impuestos y los guardias del Royal Irish Constabulary. La auténtica participación tenía lugar en una shebeen (taberna clandestina), un establo de vacas modificado, escondido en nuestro pueblo. La tradición, en Ballyutogue y en muchas otras poblaciones de Inishowen, establecía que la destilación y venta de* poteen *se concediera a viudas que no tuviesen otros medios de vida.*

Enfrente de la taberna de McCluskey, al otro lado del camino, se levantaba nuestro segundo establecimiento poderoso, la iglesia de San Columbano, bautizada así en honor al bendito fundador de Derry y misionero en ultramar que convirtió a millares de ingleses y escoceses paganos al cristianismo, siglos atrás. Casi la mitad de los lugares santos de Donegal y Derry llevan su nombre.

Mirando el templo de San Columbano uno habría pensado que navegábamos en un mar de prosperidades. ¡Caramba, si San Columbano aventajaba en una mitad en cuanto a dimensiones y doblaba en belleza a las Casas del Señor protestantes de todo el municipio! Viniendo de nuestras desnudas casitas, parecía como una antesala del paraíso. A uno le habría dado por preguntarse cómo y por qué una gente que se alimentaba de patatas y arenques salados había de levantar tan grandiosos monumentos al Todopoderoso.

Durante generaciones no se nos permitió rendir culto a nuestra manera tradicional. Unas leyes penales inglesas nos obligaban a celebrar misas en secreto dentro de cuevas y lugares escondidos, en los prados altos. Cuando la religión se emancipó, a principios del siglo XIX, la Santa Madre Iglesia se lanzó a un derroche de edificaciones, a pesar de que con ello mantenía a los campesinos en un estado de pobreza espantoso.

El padre Lynch (Dios bendiga al condado de Tipperary que nos lo dio) gobernaba la parroquia como un ángel vengador. Lo primero que aprendí en mi vida, después del nombre de mi madre y de mi padre, fue el terrible poder que tenía aquel

padre. Un poder total y absoluto, porque incluía la infalibilidad sacerdotal y la posesión de nuestros pensamientos más íntimos. Nada se le podía esconder, so pena de una interminable colección de castigos. Teníamos tanta hambre y sed de un hombre instruido, de alguien que, sencillamente, supiera leer y escribir, y en menor escala representara una dirección mística hacia el más allá, que la gente del pueblo le concedió las prerrogativas de un señor feudal. Para bien o para mal, el padre Lynch nos proporcionaba un vago sueño al que agarrarnos para mitigar el dolor de nuestras tristes existencias. Yo descubrí el significado del miedo al recibir las consecuencias de su ira por haber roto las normas de su autocracia. El padre Lynch disponía de un suministro de actos reprochables perfectamente inagotable…, sin fondo.

Kilty Larkin, el difunto, había sido excomulgado por haber tomado parte en el levantamiento feniano de 1867. Por este motivo, su hijo Tomas raras veces ponía los pies en el templo de San Columbario. Había que ser muy fuerte para desafiar a la Iglesia en aquella difícil existencia que llevábamos, pero él lo era. Más todavía, aunque no coronado, era el cabecilla. El cura se resintió porque en una parroquia no podía haber dos que la gobernasen.

Permitidme que os diga que la misa dominical constituía un espectáculo lamentable, con más de la mitad de los hombres del pueblo siguiéndola recostados contra la pared de piedra de enfrente del templo, como ganado a punto de ser llevado y esperando desazonado un respiro que nunca llegaba.

Lo más cerca posible del final, entraban, formando una hilera de cachorrillos apaleados; llenaban las dos o tres filas últimas, caían de rodillas, se persignaban y se daban puñadas en el pecho, sin otro propósito que el de quedar exonerados por otra semana. Como grupo daban a entender que odiaban aquello; pero no se sentían con ánimo para ponerse en conflicto con sus vecinos o con el sacerdote.

Dooley McCluskey nunca se olvidaba de llegar a su establecimiento el primero de todos después de la misa, en cabeza de aquel rebaño en estampida que necesitaba desesperadamente beber unos tragos.

Al bajar de las turberas y los pastos comunales, teníamos que pasar por delante del templo de San Columbano. Un gran silencio solía invadirlo todo mientras tratábamos de escabullirnos disimuladamente más allá de la iglesia, esperando que quizá el padre estuviera ocupado en otra cosa que no fuera un ratito de meditación solitaria. Algunos hombres saltaban la pared, utilizándola luego como parapeto para arrastrarse por las Zanjas. Y unos pocos conseguían llegar al final. Hasta que entró en escena el nuevo cura, el padre Cluny.

Desde una posición estratégica, que cortaba toda huida posible, el padre Lynch le hacia seña al padre Cluny, el cual se ponía a tocar el condenado Angelus…, bong, bong, bong…, y nosotros caíamos de rodillas como árboles cortados, mientras el

padre Lynch levantaba una bandada de presuntos fugitivos como si hubiera sido una bandada de codornices… Bong, bong, bong, bong, bong, bong, bong, bong, bong…, y ahí salía el padre Lynch como una caña flaca, chupada y arrugada, canturreando monótonamente… «el ángel del Señor anunció a María…»…para introducir nuestro inaudible murmullo de respuesta… «y concibió por obra del Espíritu Santo… Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo y bendita tú eres entre todas las mujeres…»

…Y todos miraban por el rabillo del ojo, con el corazón dolorido y la boca seca como el fondo de una jaula de pájaros, a Tomas Larkin, que desfilaba retador hacia la taberna de Dooley McCluskey. Decían que McCluskey era tan avaro que antes habría preferido mondar una patata dentro del bolsillo que compartirla con alguien. A pesar de lo cual consideraba sensato procurar que Tomas Larkin le mirase con simpatía y le ofrecía una copa; porque Tomas sabía poner fin a una pelea o lograr que un cliente pagara lo que hubiese roto mucho mejor que los constabulary…

La noche que falleció Kilty, los hombres caminaban pesadamente hacia el pueblo después de otra escaramuza, perdida, con el Angelus. *Tomas salía de la taberna precisamente cuando yo me sacudía el polvo de las rodillas. El padre Cluny, el cura recién salido del seminario de Maynooth, en el condado de Kildare, hollaba el camino dirigiéndose nervioso hacia nosotros. Era una persona relativamente amable, para ser cura, y su presencia significaba que podíamos contar con alguien que nos enseñaría a leer y escribir. Sus movimientos eran torpes, estaba ya demasiado grueso como consecuencia de cerca de cuatro kilogramos diarios de patatas y demasiado poco ejercicio físico, y se había habituado muy pronto a imitar los gestos del padre Lynch, acercándose a nosotros con las manos embutidas en la sotana, para luego saludarnos con una especie de piadoso ademán papal.*

—El padre Lynch y yo compartimos vuestra aflicción.

—Se lo agradezco mucho —contestó Tomas.

—¿Puedo hablar unas palabras contigo? —preguntó el cura.

—Sí.

El padre Cluny indicó, con un movimiento de las cejas, que la conversación debía ser de índole privada, y Tomas dio a entender, del mismo modo, que no pensaba hacernos marchar. Parecía que el cura había agotado de pronto el coraje y reforzaba el aliento con una serie de profundos suspiros.

—Hay una cosa que debes saber —empezó—. En sus últimos momentos tu amado padre tuvo unos súbitos remordimientos, deseó rescindir la excomunión que le había impuesto la madre Iglesia, y pidió la absolución.

—Kilty… absolución. Vaya, usted está tonto, amigo.

—No, es la verdad. El padre Lynch en persona celebró el rito hace menos de una semana.

—Siga por ahí. Kilty habría preferido beber veneno de serpiente primero. ¿Y cómo no está aquí personalmente el padre Lynch para pronunciar esa blasfemia?

El cura expelía gotas de sudor.

—Conociendo vuestros mutuos sentimientos, hemos creído mejor que te diera yo la noticia.

—No, no la creo —y rechazándola de un manotazo, Tomas se puso en marcha, mientras el padre Cluny seguía dando zarpazos al aire y balbuciendo.

—Papá —dijo Conor—, es cierto.

Tomas se detuvo y se volvió, con una expresión extraña.

—Es cierto —repitió Conor.

—¡Dios mío! Creo que lo dices en serio —exclamó.

—En bien del pueblo y de tu familia y por respeto al difunto, te ruego que no te opongas cuando traigamos a Kilty a San Columbano y le digamos una misa de réquiem.

—¿Kilty? ¿Una misa de réquiem?

—Volvió al seno de la Iglesia por deseo propio, y estos deseos hay que respetarlos.

—¡Pero, hombre, ahora me entero! ¿Y cómo pudo suceder semejante cosa?

—En los días que enseñaba a los chiquillos de tu casa llegué a conocer bien a Kilty. Solía quedarme allí, e iba a visitarle; sólo para hablar, fíjate bien… sin segundas intenciones. En verdad, parecía que mi presencia le consolaba. Hace una semana, sintiendo que se le acercaba el fin, le asaltó una necesidad desesperada de confesarse…

—No le creo, padre Cluny. Usted fue enviado a una cochina misión por esa pesadilla que es el padre Lynch, sin duda bajo las insistencias y las bendiciones de mi propia esposa… ¡Le enviaron a asustar a un moribundo!

—Como Dios es mi juez… —musitó el padre Cluny, sonrojándose y retrocediendo—, como Dios es mi juez. Maldíceme cuanto quieras; pero tengo un deber clarísimo, cuando un hombre solicita absolución; y no me proponía otra cosa sino salvar su alma inmortal.

—¡Oooh! —gimió Tomas—, ha sido demasiado sucio…, eso de irle pinchando con alusiones al infierno, hurgando hábilmente con esa santa chachara hasta que le despojaron de la única dignidad que le quedaba.

—No fue así, ni mucho menos, papá —interpuso Conor enérgicamente—. Había ocasiones, incluso durante su último día, en que el abuelo veía las cosas con claridad. Yo le decía que usted se pondría hecho una furia, pero él insistía en pedir la absolución. «Conor —me decía—, en el caso improbable de que haya una vida después de la muerte, no quiero que sea como la que he tenido antes de ella.» El abuelo afirmaba que no quería exponerse al riesgo de tener que sufrir otra vez, como

había padecido aquí en la tierra.

—¿Por qué no me lo explicasteis? ¿De manera que os movíais a mi espalda en una maldita conspiración?

—Porque sabíamos que tú tratarías de impedirlo, papá.

—¡Y seguramente lo habría impedido! ¡Aprovecharse de un anciano enfermo y chiflado…!

—Chiflado o no, el abuelo tenía derecho a que se respetase su último deseo.

—¡Y tú te has pronunciado contra tu padre!

—No, papá. Yo me pronuncié en favor de Kilty.

Se produjo un silencio aterrador. Les aseguro a ustedes que Tomas Larkin parecía mucho más alto que de costumbre. Nunca olvidaré la cara que no expresaba cólera ni odio, sino un desprecio infinito. El desprecio que un hombre muy fuerte puede otorgar a los débiles. Se alejó de nosotros, ladera arriba, y Conor echó a correr tras él.

—¡Papá!

—Vete a casa, Conor —le respondió afablemente.

—¡Papá! —suplicaba Conor.

—Vete a casa, muchacho. Necesito estar solo.

2

De cuerpo presente, en la mejor habitación, Kilty Larkin tenía un aire majestuoso. En el condado de Donegal nadie igualaba a mi madre, Mairead, en lo referente a lavar, afeitar y arreglar un cadáver para el velatorio. Además, era la matrona de la parte alta y había asistido al alumbramiento de todos los hijos de los Larkin. Parece que se pasaba la mitad de las noches trayendo nuevas criaturitas al mundo. Hasta que el municipio contrató al médico protestante, la llamaban a menudo familias de dicha confesión para asistir a partos difíciles.

Cuando llegamos a la casita de campo, la cama de Kilty ardía en el patio como una medida más para ahuyentar a los duendes. Él estaba tendido, dentro, sobre una tabla de madera sostenida por cuatro sillas, y cubierto como un santo con una sábana blanca de hilo…, excepto la cara, las manos y los dedos gordos de los pies, que le habían atado uno con otro para impedir que retomase después en forma de espectro. Alrededor de la cabeza bailoteaban las llamas de unos cirios, y habían dejado junto a él unas botas nuevas para ayudarle a cruzar el purgatorio. Le habían cerrado los ojos, como si durmiese; sobre su pecho descansaba un crucifijo de piedra recién labrado, y entre las plegadas manos le habían enroscado las cuentas de un rosario. A mí, que no había visto nunca al viejo Kilty en oración estando en vida, me parecía ahora igual que el mismísimo san Columbano, muy estirado y hermoso.

Las mujeres del pueblo y los ancianos que ya no trabajaban en los campos fueron los primeros en llegar. Finola los saludaba a la puerta.

—Te acompañamos en el sentimiento.

—Es una pérdida irreparable.

—Ojalá haga un año que esté muerto antes de que el diablo se entere.

—¿Cómo resistes, querida mía?

—Muy bien…, muy bien —conseguía articular Finola.

Cuando se acercaban al difunto, todo eran «¡Oooh!» y «¡Aaah!» sobre el estupendo trabajo que mamá y Finola habían hecho.

—Nunca le había visto tan parecido a sí mismo.

Se arrodillaban, salmodiaban una rápida plegaria y se apartaban hasta los extremos de la habitación. Brigid había llenado docenas de pipas de arcilla con tabaco impregnado de virtudes sobrenaturales para ocasiones como la presente, y las iba pasando y ofreciendo por todo el contorno, junto con una bandejita de rape, para apresurar el viaje y la resurrección de Kilty.

Habían degollado tres corderos. En el caldero hervía un estofado descomunal y una docena de hogazas de fadge, un pan hecho de patata, iban tomando color en los estantes del horno; y la cocina de mi casa también había entrado en trepidante actividad, porque la reunión duraría muchas horas.

Eran muchos los alimentos de que solíamos prescindir parque les recordaban a los mayores la pobreza que sufrimos durante la gran hambre, y el primero entre ellos era el queso; en cambio, en un velatorio no faltaba nunca, y era pródigamente amontonado en escudillas de madera. Finola no paraba un momento, ora saludaba a los que llegaban, ora corría hacia el fuego, ora incitaba a los asistentes a que comiesen más. Estos, atacando el queso, salmodiaban: «Comeremos este alimento con cuchara de aflicción.»

Los granjeros del monte vivían en diversos estados de pobreza; pero los Larkin, por haber tenido hombres decididos y fuertes, siempre poseyeron más que los otros. Según nuestros raseros, la riqueza se medía por la cantidad de mantequilla con que uno se untaba el pan. Había un pequeño espacio de turbera, al otro lado mismo de la primera fila de vallas de piedra, en el que habían excavado cierto número de subterráneos para almacenar mantequilla, a fin de que no se hiciera rancia. Liam llegó con dos grandes baldes de ella, poniendo en evidencia que en aquel velatorio no se repararía en gastos.

Finola poseía un don mágico para la mantequera, que le habían fabricado por encargo siguiendo al dedillo todas sus instrucciones y sus secretos. Lo de echar la leche desnatada para evitar que se formaran grumos se decía que era una fórmula que había aprendido de las hadas. Su mantequilla era un terciopelo…, sabrosa, cremosa, suave, untuosa, inalterablemente lisa y fina.

Bueno, aparte del hecho ya sabido de que Conor era mi amigo más íntimo y mi ídolo, una de las recompensas de rondar por la casita de los Larkin consistía en una rebanada diaria de pan con mantequilla.

—No te dé miedo echar bastante —solía decirme Finola. Y yo me ponía una capa más gruesa que la misma rebanaba de pan. Sobre ella extendía la mantequilla en grandes rimas lo mismo que los protestantes extendían el mortero entre piedra y piedra de sus casas.

Viendo a Liam entrar con aquellos dos baldes enormes, pensé que sería el momento adecuado para arrodillarse a los pies de Kilty y rezar unas cuantas Salves. Precisamente cuando terminaba de rezar, introdujeron en la habitación un borrico perteneciente a las viudas destiladoras de poteen *con unas jarras llenas de whisky de la montaña. El estofado se iba espesando y la habitación se cargaba de humo de tabaco, cuando, ¿quién llega sino Dooley McCluskey, el legendario avaro, todavía con el delantal y el sombrero hongo, los ojos siempre bizqueando de tanto clavar la mirada en las tinieblas vigilando que nadie le estafase lo bebido? ¿Y no saben qué? Dooley McCluskey venía con una docena de botellas de whisky, todas legales, con los timbres del Gobierno… En verdad, era el tributo más grande que un tacaño como él podía rendir a Kilty Larkin. Aquello estaba tan atestado que apenas se habría podido pasar una paja entre la gente, que ya invadía el establo de los vacas y el patio.*

Entonces, el ruido del exterior subió de tono un instante, cesó por completo, y el silencio se extendió como una oleada por la casita al aparecer Tomas Larkin. Tomas no miraba a derecha ni a izquierda, ni respondía a los susurrados pésames. La masa de gente se apartaba, lo mismo que las aguas bíblicas, mientras él se acercaba a su difunto padre y se detenía junto a él.

Sabiendo que Kilty había pedido la absolución, una tensión terrible invadía el aposento. ¿Caería Tomas de rodillas, o lo echaría todo patas arriba? Pues… Tomas se limitó a sentarse al lado del cuerpo de Kilty, posando la mano dulcemente sobre la del muerto… y toda la habitación exhaló al unísono un suspiro de alivio. Conor se acercó, y padre e hijo se dirigieron unas leves sonrisas de pena…

—Sí —decía Tomas—, sí…

Dooley McCluskey se quitó el sombrero, lo sostuvo sobre su corazón y alargó una botella de whisky a Tomas, que casi la dejó mediada a la primera embestida, y luego cogió una pipa de manos de Brigid, le dio a ésta unas palmaditas a la cabeza y se refugió en un rincón.

El aposento volvió a suspirar.

Fue la señal para que Finola iniciara el keening, o sea la tanda de lamentos. Emitiendo un alarido horrendo, penetrante, que hizo estremecer la casita, cayó de Rodillas y se arrastró hacia el cadáver.

—¡Kilty! ¡Kilty! ¡Yo sabía que ibas a dejarnos, porque anoche vi a la bruja de la muerte con mis propios ojos!

Pues bien, esto impuso un poco de orden. Se levantó un murmullo asustado.

—¡Oh, Dios!

—¿Dónde, querida mía?

—Os lo contaré —jadeó Finola, espantada por la sola idea del terrible acontecimiento—. Yo entraba en el establo…, allá… —señaló—, a dar de comer a las gallinas. Recuerdo que dirigí una mirada al bueno de Kilty cuando vi que el cielo se ponía gris…, exactamente igual que el día que el viejo Declan O'Neill nos abandonó…

—Sí —fue la respuesta de recuerdo con un universal dibujar la señal de la cruz y un magnético aproximarse más a la doliente, que ahora estaba como en trance.

—Como se ponía tan gris, encendí una cerilla y dirigí la luz de la linterna sobre los dedos de mis pies y entonces me vino un tremendo escalofrío, como traído por un puñal de hielo, que me hizo temer por mi hijo nonato. La linterna se apagó por sí sola; yo la volví a encender, entre temblores, seis veces seguidas, y las seis veces se apagó de nuevo, dejando el establo oscuro como una tumba.

¡Jesús! Todo el mundo guardaba silencio.

Las palmas de las manos se habían humedecido y las bocas estaban tan secas que las lenguas se pegaban a los dientes.

—Y entonces —gemía Finola con voz fantasmal— surgió por sí mismo una especie de brillo. Me aparté muy despacio de la linterna y vi un fulgor en el fondo del establo. Como tuve miedo de acercarme más, no pude distinguir el cuerpo, pero sobre la cara llevaba… un sudario… manchas de sangre y lágrimas.

—¡Santa María! —murmuró alguien.

—Tenía el cabello largo y negro como ala de cuervo, pero mezclado con mechones rojos, y en el sudario… manchas de sangre y lágrimas.

—¡La banshee de Dooreen O'Neill! Seguro. ¿Y no vi yo la misma aparición en el óbito de mi amado Caley? —gritó una de las viudas del poteen.

Entonces estalló una salva de gritos y alaridos; pero Finola los venció todos.

—La banshee soltó una risa cascada y repitió infinidad de veces: «Kilty… Kill-tee… Kill-tee…» y diciendo esto iba tratando de cogerme, y luego… se deshizo…, se hundió en el suelo…

—¡Claro que era el signo!

—¡Kilty! —gritó Finola—. ¡Dulce Kilty Larkin! ¡Dios te ame, Kilty! ¡Oh, te has alejado de nosotros, dulce Kilty…! —Ahora lloraba y le besaba los pies.

—¡Abuelo! —gritó en seguida Liam. Y pronto los cuatro (Finola y sus tres hijos) estallaron en incontenibles muestras de un dolor vehementísimo, mientras Tomas continuaba sentado en su rincón, despachando silenciosamente, a pequeños sorbitos, el whisky de Dooley McCluskey. Finola se plañía con un fervor capaz de suscitar un trueno, cogida a la sábana de hilo que cubría a Kilty y aullando con angustia incoherente.

Liam se puso histérico y soltó alaridos hasta que se dobló por la cintura y sufrió convulsiones. Su padre fue a cogerlo, se lo sentó en el regazo y lo rodeó con aquellos enormes brazos hasta que los estremecimientos se deshicieron en sollozos.

Finola siguió plañendo hasta que la casita entera ardió de fiebre… porque Finola era la mayor plañidera de toda la costa este de Inishowen y sus lamentos por los difuntos tan penetrantes, que la solicitaban muchísimo para los velatorios. Desde la muerte de sus propios padres había pasado varios años sin tener que plañir por ningún pariente cercano, y ahora soltaba todo lo que guardaba dentro, decidida a mandar a Kilty al más allá en un arco iris de gloria.

Conor y Brigid no tardaron en quedar agotados de tanto alarido y se reunieron con Liam en el regazo de Tomas; pero Finola siguió adelante, revolcándose en los dolores de una angustia refinada. Y como yo era muy pequeño, y el regazo de Tomas muy grande, también me hice sitio en él.

Arrastradas por el frenesí de la dueña de la casa y un tanto achispadas por el whisky, un puñado de personas, entre las que figuraba mi madre, se había puesto de rodillas y plañía de tal modo que salían de aquella casita más balidos y lamentaciones que de un millar de cabezas de ganado en Derry, en días de feria.

El rostro de Finola se había puesto blanco como la pintura de la casa del sacerdote, el cabello se le había convertido en una enredada madeja de algas, anchas cintas dejadas por los chorros de lágrimas le manchaban las mejillas y descendían por la nariz, la barbilla y las comisuras de los labios, y sudaba como si la estuvieran hirviendo en la caldera del estofado. El vientre, que contenía al futuro hijo, se movía con tales convulsiones y sacudidas que di por seguro que el niño nacería a los pies del difunto.

—Habéis tenido bastante para vuestro primer velatorio —dijo Tomas—. Ahora marchaos todos a casa de Seamos y a dormir. —La protesta de Conor fue sofocada severamente, y se nos hizo salir con orden de no volver.

Viviendo fuera de casa mis otros hermanos y hermanas, yo sólo tenía que compartir el llamémosle dormitorio con Colm, el cual estaría hoy de velatorio y persiguiendo muchachas toda la noche. Cerca de donde se acostaban las gallinas, disponíamos de un ancho espacio, con un gran jergón de hojarasca, lo bastante grande para acogernos a los cuatro. Recuerdo siempre que, aunque mi amigo íntimo era Conor, si dormíamos todos juntos yo procuraba situarme junto a Brigid, pues aunque yo estimaba a Conor, Brigid daba una sensación distinta, que ya entonces yo sabía distinguir. Sospechaba incluso que aquellas ganas de refregarme contra Brigid tenían algo que ver con los pecados contra los que nos prevenía el padre Lynch, aunque al mismo tiempo, y como me daba tanto gusto, fingía no saber que fuera pecado. Sea como fuere, Liam y Brigid pronto quedaron como troncos mientras Conor y yo seguíamos revolviéndonos.

—Conor…

—Eh…

—¿Duermes?

—Nooo.

—¿Qué supones que ocurre ahora?

—No lo sé con seguridad.

—¿Crees que podrás dormir?

—Nooo. Me retumba la cabeza.

Al cabo de un rato insistí:

—Conor, ¿duermes?

—Nooo…

—¿Te parece que tu padre se enfadaría mucho con nosotros si volviéramos allí y nos escondiésemos en vuestro desván? Es que estoy pensando que Kilty era el único abuelo que tenías vivo y sé seguro que le gustaría que estuvieras con él, en el velatorio.

Hubo un silencio meditativo para sopesar los pros y los contras, al cabo del cual Conor entonó las mágicas palabras de:

—Vayamos, pues, peque.

Nos escabullimos fuera de mi casa con gran cuidado y, con el sigilo de unos cuatreros operando en la finca de Su Señoría, rodeamos la valla. Ahora el bullicio era tan grande que habríamos pasado inadvertidos aunque hubiésemos sido un par de toros embistiendo. Conor colocó la escalera bajo la abertura de la ventana del desván y trepamos arriba, saltando sobre el heno, en el que nos hundimos, esforzándonos en calmar nuestra alterada respiración.

El desván era el dormitorio de los pequeños Larkin. Aparte de la ventana, tenía otras dos aberturas, que daban al interior de la casita. Desde una trampa, una escala conducía a la sala grande, y en el costado opuesto otra escalera comunicaba con el establo que albergaba las vacas, el caballo y las gallinas. A los cerdos, los Larkin los hacían vivir fuera. Desde el desván veíamos perfectamente todo lo que sucedía.

Terminadas por un rato las terribles lamentaciones, la gente mayor se acomodaba en sus refugios, fumando pipas de arcilla, jugando a las cartas y contando anécdotas. Unos cuantos chavales andaban por ahí metiendo pimienta en las teteras y los botes de tabaco, provocando accesos de estornudos, mientras que fuera de la casita los jóvenes solteros de uno y otro sexo se cobijaban en las sombras para jugar al juego de los besos y celebrar matrimonios de mentirijillas. Había un grupo de camorristas demasiado desgarbados para mezclarse con las chicas y se divertían tirándose agua en la misma habitación principal, mientras junto al cadáver un grupito de hombres mayores se había enzarzado en una competición de habilidad consistente en coger el mango de una escoba, una mano en cada extremo, y saltarlo de delante atrás y viceversa. Enfrente mismo de ellos, en la otra punta del cadáver, una docena de mujeres arrodilladas rezaban y se lamentaban. El combate con agua adquirió una nueva y más viva dimensión con la adición de patatas como proyectiles, que silbaban alarmantemente cerca de las devotas. Fuera de la casa, Donall MacDevitt, un primo de Finola que vivía en el pueblo vecino, hacía circular una botella de éter por un grupo que se dedicaba a levantar pesos y saltar una pared de piedra. En cosa de pocos minutos, todos perdieron el seso convertidos en locos de remate, y se retorcían de risa como maníacos, creyéndose pájaros que iban a volar sobre el tejado o salvando la pared y dándose unos golpes espantosos, aunque sin sentir casi nada. Alguien desenfundó un violín y una gaita, y los que no cantaban canciones revolucionarias golpeaban los tacones bailando una giga, y a las viudas se les revolvían los humores mirando a los elegibles de un modo que no presagiaba nada bueno. Y estallaron discusiones sobre todos los temas discutibles, que eran casi todos en general… ¡Ah, sí, fue un gran velatorio; un gran velatorio de veras! Si no hubiese estado difunto, Kilty se habría sentido el hombre más orgulloso del mundo, y sin duda estaba causando una profunda impresión en san Pedro y todos los ángeles

al tener tantos y tan entrañables amigos.

—Sssiiittt —me advirtió Conor, dándome un codazo. Alguien subía por la escalera, desde el exterior. Nosotros nos hundimos más en él heno, dejando sitio únicamente para que las narices pudieran respirar y los ojos, ver. ¡No faltaba más!, era Billy O'Kane que ayudaba a Bridie O'Doherty a subir al desván, y en menos que canta un gallo estaban revolcándose por allí y riendo, y él metía las manos bajo las enaguas de ella. Conor y yo nos agarrábamos uno a otro para no estallar en carcajadas. Billy y Bridie interrumpieron sus juegos tan repentinamente como los habían empezado y corrieron o esconderse, pues oían que alguien más subía por la escalera. Maggie O'Donnelly y mi propio hermano Colm entraron en el desván y emprendieron el mismo juego.

Por fortuna el velatorio quedaba fuera de la demarcación de los padres Lynch y Cluny, aunque todos sabíamos que se habían apostado en algún sitio oscuro desde donde poder escuchar para reunir pruebas de obscenidad, desnudismo, lenguaje soez, consumo de éter, besos, o cosa peor… y de todo lo demás de su interminable catálogo de pecados de la carne.

El padre Lynch había llegado al extremo de prohibir que los chicos y las chicas caminaran juntos por él mismo lado de la calle, y vigilaba siempre con ojos de lince todas las reuniones, observando si personas de sexo contrario se tocaban, se dirigían miradas cariñosas…, y ¡por Cristo!, que sabía adivinar si alguno pensaba siquiera en hacerlo. Su bastón de endrino había levantado chichones en más de una cabeza al golpear los heniles de Ballyutogue como el mismísimo rayo de Dios.

Fue una suerte que no se hallara en casa de Tomas Larkin aquella noche, porque el desván se iba llenando en exceso. Nuestro regocijo se convirtió en espantada admiración ante las cosas que empezaban a hacerse las parejas. Y precisamente cuando la situación se ponía más interesante, ocurrió un hecho espantoso. Una brizna de heno me hizo cosquillas en la nariz, y estallé en una racha de estornudos. Hubo como un brotar de cabezas por todo el desván.

—¡Jaysus!

—¡Santa madre, ten piedad!

—Dilo al cura y te mato, Seamus —me dijo mi propio hermano.

Todos escaparon del desván como si en llamas. De todos modos, la diversión no tardó en proseguir, pues pronto nos llamó la atención lo que ocurría en el establo, donde Dinny O'Kane y Bertie MacDevitt se pegaban por un quítame allá esas pajas…, intercambiando puñetazos que les abrillantaban la cabeza, con un acompañamiento de gruñidos. Sus golpes tenían poca puntería y menos fuerza aún, pero las vacas se inquietaban y se les agriaría la leche por toda una semana.

Había sido sólo cuestión de tiempo que se produjera esta pelea, pues por tradición histórica había mala sangre entre los O'Kane y los MacDevitt.

Estos dos habían formado una sociedad condenada a terminar forzosamente en desastre. Un día, animados de espíritu fraterno, decidieron comprar un caballo a medias. Convenía comprarlo a principios de primavera para arar los campos y luego venderlo después de la última cosecha para que las dos familias pudieran pasar el invierno. Por consiguiente, la compra y la venta del caballo era un asunto muy serio.

Al fin de pagar su mitad del caballo, Dinny O'Kane cruzó el charco y se fue a trabajar en los muelles de Liverpool durante la temporada de embarque de ganado, y para pagar la suya, Bertie MacDevitt recogió las cosechas de Dinny.

Imaginando que entre ambos sabían todo lo que saberse pueda sobre carne de caballo, se pusieron a engatusar a un vendedor ambulante de caballos en la feria de Carndonagh. Y de regreso a casa ambos se reían a mandíbula batiente.

No obstante, Dinny opinaba que a él le correspondía la peor parte en el negocio, porque había tenido que trabajar en Inglaterra y, para mayor escarnio, al tirar la moneda al aire le tocó a Bertie el ser el primero en servirse del caballo.

Bien, ¿saben qué pasó? Apenas después de haber acabado de arar los campos de Bertie, el rocín murió de un ataque cardíaco. A partir de entonces las complicaciones se hicieron monumentales.

Ahora ambos daban traspiés por el establo, cada uno más mellado por el licor que por los golpes del otro, mientras los otros O'Kane y los otros MacDevitt saldaban cuentas por toda la casa, y los O'Neill se inclinaban en favor de los O'Kane, y los O'Doherty en favor de los MacDevitt. La pelea tomaba proporciones épicas, cuando vino el pacificador, en la persona de Tomas Larkin. Parecía tan corpulento como los otros dos juntos; con el brazo derecho rodeó a Bertie por la cintura y lo levantó del suelo, al mismo tiempo que con el otro mantenía a distancia a Dinny.

—Caballeros, caballeros —advertía Tomas.

Los dos combatientes seguían dando puñetazos al aire, poniendo mucho cuidado en no tocar a Tomas, mientras se arrojaban recíprocamente atinadas observaciones.

—Si no calláis voy a golpear la cabeza del uno contra la del otro —decía Tomas; pero las peleas y discusiones habían prendido por todo el establo—. Muy bien. Pondré la cuestión en manos del padre Lynch.

Las hostilidades cesaron al momento. Tomas y sus gladiadores se sentaron en el heno, jadeando faltos de aire y limpiándose las heridas.

—Yo me avendré a lo que diga Tomas, si tú quieres —logró decir Dinny.

—Sólo en nombre de la paz y por la memoria del fallecido, me avengo —respondió Bertie— porque eres un miserable…

—Vamos, vamos, vamos —interrumpió Tomas.

—¿Qué? —dijo Dinny.

—Que… de acuerdo…

Tomas sacudía la cabeza.

—Sí, esto es superior a mis facultades. Es un problema para Salomón. ¿Hay por aquí una gota de whisky para que pueda iluminar mis pensamientos? —un generoso sorbo de licor desapareció por su gaznate, y luego se limpió los labios exclamando —: ¡Ah…!, a mi juicio, una asociación significa que hay que compartir los desastres al igual que las recompensas.

—¿Qué te decía yo? —exclamó Dinny, llevando el puño debajo de la nariz de Bertie.

—Cállate, hasta que haya terminado —pidió Tomas—. Yo te prestaré mi caballo, Dinny, para que ares los campos, a condición de que Bertie acarree tus cosechas.

—¡Pero luego no tendremos caballo que vender, Tomas!

—Claro, y la culpa está en que ambos fuisteis a la feria con el corazón lleno de malos propósitos, para estafar al vendedor…

—Pero…

—Pero…

—Yo soy quien decide, caballeros. Y si seguís mi consejo, me encargo de que todo el pueblo contribuya con una parte de su cosecha para que paséis el invierno… a condición de que jamás compréis caballos a medias, porque ninguno de los dos seria capaz de saber sí estaba mirando el culo de un caballo aunque se os cagara sobre las botas.

Después de obrar este milagro de santo, Tomas se levantó, hizo poner en pie a Dinny y Bertie y sugirió que sería prudente que se estrecharan las manos en su presencia…

—Van a empezar el rosario.

La energía había descendido mucho de nivel con el aguacero de dolor comunal, combinado con éter, licor y otros excesos, de modo que había llegado, y bien llegado, el momento de que todo el mundo se pusiera de rodillas y rezara. Finola se arrastró una vez más hasta el cadáver de Kilty; al verlo, sentí que me invadía un mareo. Cuando se ponen a recitar las letanías siempre me dan ganas de vomitar.

Si encuentro la puerta del cielo cerrada será por culpa del rosario, pues aunque intentara no pensar cosas feas de él, Dios lo sabe todo, incluso mis verdaderos sentimientos, y sabe que las horas peor intencionadas de mi vida fueron las pasadas recitándolo, y es un hecho decidido que a nadie le obligarán a rezarlo sobre mi cadáver.

Mientras me ponía de rodillas, me sacudía el heno de encima y exhalaba suspiros de angustia.

—Oh, no es preciso que lo reces, Seamus —me decía Conor.

Yo estaba demasiado asustado para no rezarlo.

—Podremos fingir que estamos dormidos, o basta regresar a tu casa.

—Nooo —gemí—. Dios lo sabría, a pesar de todo.

—No vayas a vomitar —me avisó Conor.

Yo me persigné…

«Creo en Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro, que nació de María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado y resucitó el tercer día de entre los muertos…»

Terminé esta parte antes que los demás con objeto de poder recobrar un poco de aliento. Abajo, los cirios luchaban por una última boqueada de vida, deslindando sombras locas en la faz ajada y brillante de Kilty Larkin; afuera, el viento venía de la parte del lago y cuando se puso a soplar a través del desván comprendí que la tormenta no quedaría muy atrás. Mientras los demás continuaban runruneando, el estómago se me revolvía más y más, de modo que cerré los ojos, rechiné los dientes y seguí rezando con los dientes apretados… una señal de la Cruz, cuatro Padrenuestros, seis Gloriaspatris, cinco misterios de dolor y cincuenta y tres Avemarías en total…

—El primer misterio de dolor —gemía Finola— es la agonía en el Huerto de los Olivos.

Allá abajo estaban los fatigados trabajadores de cara riscosa, cuerpo nudoso, manos de cuero, ensayando sus respectivos óbitos, abandonándose con lamentable debilidad a la hoz del misterio arrimada por toda la vida a sus yugulares…, demasiado simples y demasiado cansados para protestar…, demasiado amedrentados para buscar la verdad…, rindiéndose calladamente, porque sin aquello…, ¿en qué otra cosa podían creer?

Cinco minutos…, diez minutos…, quince minutos… golpéate el corazón, inclina la cabeza…, runrunea, runrunea, runrunea. ¿Quién sabía ya qué estaba diciendo? ¿Quién lo sabía de veras excepto el sacerdote, y a éste no se le pregunta?

Yo estaba decidido a ser bueno aquella noche, por el alma de Kilty Larkin, y me concentré hasta que me dolió la cabeza en pensar en la agonía del buen Jesús, y quise sentir su dolor, que es lo que tenía que hacer, puesto que —y ésta era la razón que se me daba para hacerlo así— Jesús era tan bueno, y yo un pecador. Yo probaría el sudor salobre y me doblaría bajo el peso de la cruz, y la sangre manaría de mi corona de espinas, y saltaría a chorro de mis muñecas como jamás había saltado antes.

Oh, diablos, el estómago empezaba a rebelárseme irremediablemente, y Conor se pondría furioso.

Fuera, el cielo se ennegrecía como lo hizo el día que crucificaron a nuestro bendito Señor Jesucristo y ahora Dios en persona fijaba la mirada en la casita de los Larkin… y me estaba mirando a mí porque sabía que yo aborrecía el rosario. Me

daban miedo, cada vez más, aquellos sentimientos que no sabía esconder ni a pesar de que Dios me estuviera mirando directamente, y por ello me esforzaba más en sentir los sufrimientos de Jesús.

«Padre Nuestro que estás en los cielos…»

«Dios te salve, María, llena eres de gracia…»

Con ésta, ¿cuántas son? Treinta y cuatro, pienso; pero no debo contarlas, porque contarlas es pecado, porque uno tiene la obligación de estar enamorado del rosario…

«Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.» Veinte minutos…, veinte horas…, veintitrés minutos, inclina la cabeza…, golpéate el corazón…, a veces todo ello se mezcla en una mancha confusa y no es tan malo.

Al menos una vez por semana, vomitaba durante el rosario. Cuanto más trataba de pensar en Jesús y en sus sufrimientos, más pronto vomitaba. No sabía qué hacer.

Treinta minutos…, cuarenta minutos…, cuarenta años en el desierto…

—¡Jesús, qué pálido estás, Seamus! ¿Vas a vomitar?

—Pro…, procuraré no hacerlo…

—Deja de rezar.

—Tengo que terminar, Conor. Hemos llegado al acto de contrición, y si lo rezo bien quizá Dios no quiera castigarme.

—¿Por qué habría de castigarte Dios?

—Porque aborrezco el rosario…

—Bah, no tienes nada que temer. Mi papá dice que, en primer lugar, Dios no hizo el condenado rosario, y, en segundo, ni siquiera lo escucha.

Conor me asustaba, cuando hablaba así.

—No digas más. Si sigues hablando tendré que confesarme por haberte escuchado.

—Bah, mi papá dice que Dios tiene cosas más importantes que hacer que eso de escuchar a un meón recitando las letanías.

Yo me puse las manos sobre las orejas para no oír nada más…

«Oh, mi Salvador, estoy sinceramente arrepentido de haberte ofendido, puesto que Tú eres infinitamente bueno y el pecado te disgusta. Detesto todos los pecados de mi vida…»

Conor me cogió las muñecas y me apartó las manos de los oídos.

—¿Qué pecados? ¡Si sólo tienes once años!

Me libré de él con una sacudida, me hundí en el heno y contuve el aliento, apretándome las orejas con mucha, muchísima fuerza…

«Detesto todos los pecados de mi vida —rezaba con fervor demente—, y deseo purgarlos con los méritos de tu preciosa sangre. Limpia mi alma de toda mancha de pecado, de modo que lavado en cuerpo y alma pueda acercarme dignamente al

Santísimo Sacramento del Altar…»

Cuando Conor me izó fuera, yo sollozaba y me estremecía, y él me sostenía como hizo su padre con él cuando lo tuvo en el regazo.

—Tómalo con calma, peque… Yo cuidaré de ti.

En la habitación principal, la masa de gente se ponía en pie con un cansancio infinito. La mayoría se despidieron, arrastrando los pies e inclinado el cuerpo, camino de sus casitas de campo, quedando sólo la familia y los amigos más íntimos para continuar velando al muerto.

3

Yo estaba todavía tembloroso por mi última calamidad con el rosario cuando el ruido familiar de la lluvia cargó montaña arriba, viniendo del lago, y asaltó la casa.

Los Larkin habían huido a Donegal a principios de siglo, y al cabo de ochenta y cuatro años conservaban todavía el estilo del condado de Armagh de bardar los tejados en línea ondulada, mientras que nosotros nos ateníamos al método, más sencillo, de atar las bardas con pértigas salientes. A pesar de la furia del tiempo, jamás una gota de agua pudo abrirse paso a través del tejado de los Larkin. Nosotros estábamos satisfechos como ratoncitos de campo en la artesa del grano, dormitando a marchas forzadas, cuando una oleada de agitación en el cuarto grande nos hizo reptar una vez más hacia la trampa del techo.

Había llegado un gran personaje, Daddo Friel nada menos, el primer narrador de leyendas de todo Inishowen. Conor y yo sabíamos muy poco del mundo que se extendía más allá, sólo teníamos algunas noticias de segunda mano recogidas en las ferias, o de labios de latoneros ambulantes, o cuando nuestros parientes regresaban de trabajar «al otro lado del charco», en Inglaterra. Lo único que teníamos para leer era un destrozado volumen de catecismo.

La llegada de un shanache*, un narrador de historias, significaba para nosotros un tremendo acontecimiento, pues él era quien daba pasto a los sueños juveniles. Daddo Friel era un miembro muy honrado de aquella raza especial, capaz de hablar con claridad de sucesos que tuvieron lugar centenares de años atrás.*

Era cojo y casi no veía del ojo derecho, y tampoco el izquierdo lo tenía mucho mejor. Tomas le acompañó hasta Kilty. Él tentó el cadáver con mano experta y tierna.

—Sí, era un gran muchacho…, era un gran muchacho —dijo, y dos lágrimas saladas se abrieron paso por las arrugas de su rostro.

—Tomas, quítale esas ropas mojadas. Está empapado —dijo Finola.

En pocos momentos se reanimó el fuego de turba y el viejo Daddo fue confortablemente acomodado y calentado por un jarrito de poteen*, y luego otro, y todavía otro más. Al enterarse la gente de su presencia, la reunión aumentó; todos esperaban su conversación, sostenida con una voz clara que desmentía su edad.*

Daddo iniciaba siempre sus recuerdos en 1803, el año que vino al mundo. Una fecha inmortalizada por ser aquella en que ahorcaron a Robert Emmet por un intento de insurrección. Desde el banquillo de los acusados, Emmet se plantó ante los ingleses y pronunció un discurso inspirado, inmortal. Por el arte con que Daddo lo recitaba, uno habría podido pensar que a la sazón se encontraba en la sala del tribunal, y no agarrado a las tetas de su madre.

Después del de Emmet, sacó a colación el nombre glorioso y mágico de Daniel O'Connell, narrando una vez más las ocasiones en que Kilty y él mismo anduvieron

hasta ciento cincuenta kilómetros para escuchar al «libertador» que hablaba ante concentraciones tremendas de más de un millón de personas. Y como era un shanache *de categoría, nadie se tomaba el trabajo de comprobar el kilometraje ni la verdadera cantidad de gente reunida.*

Después venía él levantamiento feniano del sesenta y siete y el año y cuatro meses que él y Kilty pasaron en el calabozo de Derry, sometidos a torturas desde que salía el sol hasta que se ponía, y las afrentas que le ahorraron a él, Daddo, los británicos se las prodigó la madre Iglesia, que los excomulgó a los dos.

Cuando Daddo Friel se metió con la Iglesia católica y todos sus obispos, puso nervioso a todo el mundo, incluido yo mismo, que ya tenía bastante con todo lo visto aquel día. Pero Daddo había contemplado el anverso y el reverso de ochenta años, los había visto entrar y salir, y a un hombre tan viejo los demás se limitan a escucharle respetuosamente.

Pero aunque él estaba en sus glorias y pasaría varias horas más cautivando a sus oyentes, yo no pude seguir resistiendo el sueño. La hechicera voz anciana y el murmullo de la lluvia empezaron a correr parejos, y los párpados comenzaron a pesarme terriblemente.

Cuando me desperté era de mañana. Conor había quedado dormido en la trampilla, tratando de absorber hasta la última palabra. Me arrastré hasta la ventana. Fuera se desataba una auténtica tempestad del Ulster; el viento soplaba con tal fuerza que la lluvia caía horizontal. En la habitación principal se veía una confusión de cuerpos tendidos por el suelo, algunos acurrucados cerca de la lumbre, otros estirados sobre la mesa y las sillas y otros recostados contra la pared. El establo aparecía igualmente atestado de huéspedes amontonados en los pesebres vacíos.

Por su parte, Tomas Larkin estaba sentado, inmóvil, junto a Kilty, con unos ojos tan inyectados en sangre que parecían los de una caballa salada.

Sentí un vuelco en el corazón al darme cuenta de que habían retirado las tres escaleras colocadas para subir al desván, y de que estábamos virtualmente prisioneros. Desperté a Conor y le susurré al oído cuál era nuestra situación. Aguardamos un rato, con la esperanza de que Tomas saliera, dándonos ocasión para bajar sin ser vistos. Finola se situó detrás de él, de manera que apretaba la enorme barriga contra su espalda y le acariciaba el cabello. Esto sí que me gustaba mucho de los Larkin, la afición que tenían a acariciarse unos a otros.

—Cochino tiempo —dijo Tomas, sin levantar la vista.

—¿Estás enfadado conmigo porque Kilty pidió la absolución?

Él movió la cabeza.

—Quizá no. No más de lo que me habría imaginado. Lo hecho… hecho está.

—No dirijas tu cólera contra el padre Lynch. No te serviría de nada… y por otra

parte, Tomas, el padre no es tan duro.

—¿Duro? Lo más blando de ese hombre son los dientes.

—Tomas —suplicó ella—, no vayas a hacer una escena durante la misa.

Él levantó los ojos, sonrió y le dio unas palmaditas en la mano.

—No te inquietes —le respondió.

Finola suspiró aliviada, luego se cogió el vientre.

—El niño ha saltado una enormidad. Creo que quiere salir pronto. Ah, pero ¡mírate! He visto cuerpos con mejor aspecto que el tuyo amortajados en un velatorio. Ve a la caseta y toma un baño de vapor. Te encenderé fuego…

—No, no quiero que salgas, lloviendo como llueve.

—Y en ese instante levantó la vista hacia él desván y nos miró con unos ojos como puñales—. Muy bien. Abajo los dos.

Sorprendidos in fraganti nos colgamos de la puerta de la trampilla y nos dejamos caer en la habitación principal con un choque sordo, plantándonos luego, muy firmes, delante de él.

—Si no recuerdo mal —dijo Tomas—, os enviamos a dormir a la casa vecina. ¿No?

—Sí, papá —respondió Conor con dificultad.

—Entonces…

—Es que no podíamos dormir.

—Pero, sin duda, el rosario nos adormeció en seguida —añadí yo apresuradamente.

—Encended el fuego en la caseta de baños —nos mandó— y convendrá que la pongáis muy caliente; de lo contrario, conozco a un par de zagales que van a recibir la gran paliza de su vida.

Conor y yo salimos disparados, aliviados por el indulto. La caseta de baños era una pequeña construcción de piedra, redonda, con repisas y en forma de colmena, propiedad generalmente de cierto número de familias y utilizada para producir un calor intenso que aliviase los dolores del reumatismo, enfermedad constante de las épocas húmedas.

Pusimos unas brazadas de paja en el hoyo para el fuego, en el que colocamos una docena de ladrillos de turba, y lo cubrimos todo con una reja de hierro sobre la que dispusimos una capa de grandes guijarros. Al poco rato la paja prendió fuego a la turba, convirtiendo aquel lugar en una estufa. Tomas Larkin entró desnudo, se sentó acurrucado en un taburete bajo y se puso a gemir expulsando las miserias de su ser, mientras nosotros aventábamos el fuego furiosamente, hasta que la turba se puso de un rojo colérico. Cuando estuvo bastante caliente para hervir al mismísimo demonio, sacamos entre los dos un balde de agua, tosiendo y sudando ostentosamente para que Tomas viera lo muy en serio que nos tomábamos la tarea, y

lo volcamos sobre los guijarros, de los que se elevo un vapor siseante y un calor tan intenso que casi nos derretía las uñas. Tomas chorreaba como nieve en primavera, eliminando poteen *y sudor; después salió a rastras de la baja abertura y se sumergió en el helado estanque de delante de la caseta de baños, golpeándose el pecho.*

—¡Ah! ¡Esto es magnífico! ¡Magnífico! —exclamaba.

Muchos vecinos que habían visto elevarse el humo y se hallaban en tan mala situación, o peor, venían dando traspiés a someterse a un asado en común.

El segundo día del velatorio empezó con la llegada de visitantes de poblaciones lejanas. Por la tarde, los vientos habían empujado la tormenta hacia Escocia, dejando una línea de nubes deshilachadas que corrían a gran velocidad y a través de las que se podían entrever incitadoras claridades solares.

La placidez se alteró con la llegada en el cruce de caminos de una tartanita tirada por un espléndido y desarrollado pony connemara. La habían acompañado por el pueblo un buen puñado de chiquillos que saltaban a su alrededor, mientras una docena de ellos se amontonaban en el carrito. Este se detuvo delante del hogar de los Larkin, provocando una extraordinaria conmoción. Media docena de pares de manos solícitas ayudaron a Kevin O'Garvey a bajar del carruaje. El guardián y protector de los arrendatarios de las tierras había venido personalmente de Derry para rendir un último tributo a Kilty Larkin.

4

En la mayoría de casos, mi madre solía terminar una disertación con estas palabras:

—Seamus, cariño mío, cuando seas bastante mayor para dejarte barba, ojalá poseas la mitad, al menos, de la hombría de Kevin O'Garvey.

Examinándole con la mirada, no se habría descubierto indicio alguno de la importancia de aquel hombre. Era bajo como mi papá, el varón de menos talla física del pueblo, y la saliente barriga hacía que aún lo pareciese más. No tenía cabello alguno en la cima de la cabeza, y la calva superficie estaba limitada por la barda de un rastrojo cano, en forma de herradura, que se ponía hirsuto cuando su dueño se quitaba el alto sombrero hongo. Tenía unos ojos miopes, incrustados detrás de unas gruesas lentes. Una chaqueta mañanera de paño fino le distinguía de nosotros en cuestión de ropa; pero una inspección más detenida delataba lo ajado del cuello de terciopelo y una invasión general de desasea en todo su atuendo.

Kevin O'Garvey era nuestro campeón, jefe de la Liga Campesina en los condados de Donegal y Derry, y había levantado el peso de la servidumbre de los arrendatarios. Cuando la Liga empezó a conquistarnos demasiados derechos, la declararon ilegal, naturalmente, y cuando a Charles Stewart Parnell, nada menos, lo encerraron en la prisión de Kilmainham, en Dublín, a Kevin O'Garvey lo internaron en el calabozo de Derry. Para él, era una morada familiar, pues anteriormente había sido ya huésped de la Corona un par de veces, por pertenecer a los fenianos, la hermandad republicana secreta.

A Kevin O'Garvey no le fue tan fácil llegar a ser Kevin O'Garvey, habiendo empezado la vida como expósito, circunstancia que para muchos niños equivalía a una sentencia de muerte. Él sobrevivió para ser criado en el más horrendo orfanato del Ulster. A los siete años lo alquilaron —como solía hacerse con todos los huérfanos— a una granja-hospicio, con sueldo de esclavo, y a los nueve años estaba en un reformatorio por hurto, embriaguez e insultos a la Corona.

Saliendo del hospicio para entrar en el reformatorio, y saliendo del reformatorio para entrar en el hospicio, el chaval iba camino de volverse un incorregible, cuando el hado le echó una mano. He ahí que lo enviaron, a prueba, a un procurador protestante de Ballymoney, pueblo no mayor que una manchita en la carretera, pero que había conseguido cierta prosperidad como terminal del ferrocarril de las minas de hierro. Trabajando como mozo de establo, inició una alucinante historia, aprendiendo a leer y escribir por sí mismo a la luz de una vela, a consecuencia de lo cuál se arruinó la vista. Tan despejado era el muchacho, que el procurador se lo llevó a su oficina, y al cabo de poquísimo tiempo estaba condimentando documentos legales de la mayor consideración. Y siguió adelante hasta llegar a ser uno de los

poquísimos abogados católicos del Ulster, regresando a Derry para dedicar su vida al mejoramiento de los campesinos y los moradores de los suburbios, por igual.

Para nosotros, la ley era una cosa extraña: nos era tan ajena como los ritos tribales africanos. Aunque estuviéramos sometidos a ella, manipulados y atropellados por ella, conservaba siempre su carácter de fuerza tremenda y mística superior a nuestros conocimientos. Todos los relacionados con la ley —la Corona, los tribunales y los soldados que leían los edictos— eran matones que nos obligaban a tomar parte en un juego llevado según las reglas dictadas por ellos y expresadas en un lenguaje que sólo ellos entendían. Sabíamos poca cosa de nuestros derechos y nada en absoluto sobre la manera de servirnos de la ley. La ley continuaba siendo un garrote propiedad de lord Hubble y los protestantes; y a nosotros no nos quedaba defensa alguna contra sus jueces, todos vestidos como príncipes, ni contra sus documentos, todos cubiertos de sellos.

Y entonces llegó Kevin O'Garvey, capaz de leer sus estatutos y de cogerlos a ellos en falta. Para los británicos constituyó una tremenda sorpresa encontrarse con alguien que defendiera a los campesinos según las normas de juego que ellos mismos habían instituido. Después de dejar en ridículo a sus abogados, O'Garvey metía en un laberinto a los tribunales, retorciendo y maniobrando sus triquiñuelas legales contra ellos mismos. ¿No saben que llegó a ser como un hueso que se les había clavado en la garganta? Echaron mano de casi todo lo que se les ocurría: soborno, persecuciones y finalmente la cárcel; pero siempre que lo tenían detrás de las rejas ocurrían cosas extrañas, como por ejemplo el misterioso incendio que arrasó el pabellón de caza de Su Señoría. A las autoridades no les gustaba que nosotros supiéramos sus leyes ni que pudiéramos valernos de ellas; pero todavía aborrecían más las consecuencias que les traía meterse con Kevin O'Garvey.

Este, después de dedicar unos cumplidos a los Larkin y al viejo Kilty, se vio arrollado por una interminable relación de infortunios que escuchó con una paciencia infinita.

La segunda noche de velatorio, Conor y yo decidimos que sería prudente no suscitar las iras de Tomas por segunda vez en tan corto tiempo, y nos fuimos a mi establo a dormir un poco antes de que empezara el rosario. Liam y Brigid estaban ya fuera de este mundo, y mi hermano Colm, destruido por la bebida, el éter y la persecución de muchachas la noche anterior, yacía boquiabierto como un pajarillo pidiendo un gusano y roncaba tan fuerte que ya le considerábamos capaz de despertar a Kilty de entre los muertos.

Las voces de la habitación principal llegaban hasta nosotros, y la natural curiosidad nos llevó hasta la media puerta a echar una mirada. Amontonados alrededor de la lumbre y chupando ansiosamente las respectivas pipas estaban mi padre, Fergus, Tomas, Daddo Friel y Kevin O'Garvey, es decir, la asamblea más

impresionante que se podía reunir en Ballyutogue. Conor y yo intercambiábamos excitados susurros. Estábamos seguros de que aquello sólo podía ser una reunión ultrasecreta para tratar de asuntos republicanos.

De pronto, precisamente como si hubiera podido ver a través de las paredes, Tomas abrió la puerta de golpe, haciéndonos rodar dentro de la habitación grande.

—Uno creería que estos chavales tendrían que caerse muertos de sueño —comentó.

—Estoy seguro de que no hacen más que seguir tu ejemplo —replicó Kevin.

Comprendiendo que ahora no dormiríamos, Tomas dirigió una mirada al abogado, quien movió la cabeza afirmativamente para indicar que no había inconveniente en que nos quedáramos. Era un gran honor, ¡ya lo creo! Por otra parte, nunca nos escondían nada de carácter republicano. Nuestros primeros héroes habían sido fugitivos de la Corona que venían a esconderse en el pueblo y eran enviados en secreto al siguiente refugio clandestino.

—Tráenos una botella de las viudas —ordenó Tomas a Conor. A mí me señaló un rincón—: Hazte todavía más chiquito de lo que eres.

Cuando Conor regresó, nos acurrucamos lejos de los otros, espiando vivamente toda bocanada de humo y toda mirada fija que clavasen en la lumbre. La botella circulaba de mano en mano, cada cual bebía un trago, por turno, y detrás de cada trago seguía un profundo suspiro irlandés de remordimiento.

—Kilty se nos ha ido en un mal momento —decía Kevin—. Incluso siendo un hombre a medias, nada más, conservaba una figura poderosa.

—Sí —convino mi padre—, no volveremos a ver otros como él, por estos contornos.

—Tendrás que soportar tú el peso que él había llevado, Tomas —decía Kevin.

Tomas movió la cabeza.

—No quiero ni puedo llevar la carga de Kilty.

—La llevas ya desde que sufrió el primer ataque. Te guste o no te guste, quieras o no quieras, todo el mundo acudirá a ti, ahora. No les cerrarás la puerta, como tampoco he podido cerrársela yo.

—Es el hado de los Larkin —iba diciendo Daddo—, el hado de los Larkin.

—No sé —opinaba Tomas—. Una cosa es zanjar querellas de pueblo o decirle a uno con quién tiene que compartir su caballo… Pero proseguir la guerra de Kilty contra los británicos… No, eso no es para mí.

—Debes hacerlo, Tomas. Estamos entrando en una era nueva. Por primera vez en setecientos años, el arrendatario de tierras tiene derecho a votar y tú debes encargarte de cuidar de que en esta comarca todo el mundo vote.

—Estáis escarbando con él pie cojo —respondía Tomas.

—Una nueva atmósfera se extiende por Inglaterra. Soplan aires de reforma.

—Les habrán llegado los aires de la revolución que tuvo lugar en Francia el siglo pasado —replicaba Tomas.

—Gladstone no es de la misma estirpe que la aristocracia —continuaba Kevin.

—Gladstone es una teta de mi cerda vieja —le interrumpió Tomas—. Araña bajo su piel y encontrarás un inglés de pies a cabeza, con su correspondiente corazón inglés. Todavía no ha nacido ni uno solo que comprenda que somos algo más que una variedad de simios. ¿Qué nos ha regalado jamás su maldito Parlamento sino miseria inteligentemente envuelta en hermosas palabras…?

—Deja de desbarrar —espetó Daddo—. ¿No ves que Kevin quiere decirnos algo?

Nunca dejó de maravillarme observar cómo Daddo, a pesar de sus años y su ceguera casi total, percibía el estado de espíritu de una persona por el tono o la vibración de su voz, o hasta por la duración de los silencios intercalados entre sus pensamientos. Acertaba, en verdad, porque lo que teníamos ante nuestros ojos, precisamente, era a un Kevin O'Garvey en un raro momento de vacilación.

—¿Qué querías decirnos, Kevin? —repitió Daddo.

—Me presento para el escaño de East Donegal en la Cámara de los Comunes, en las próximas elecciones.

Sí, uno se habría figurado que aquellos duendes que rondaban todo el rato la casa, esperando el momento de llevarse el alma de Kilty, se habían presentado de repente en nuestra habitación principal y habían convertido a todo el mundo en piedra. Tan grande era el asombro. Kevin se enervaba con el sonido de su propia voz. La botella pasaba silenciosa, pero velozmente de mano en mano. Conor y yo nos poníamos morados de tanto contener el aliento, dominados por la tensión.

—Jaysus *—murmuró por fin mi padre.*

Tomas, que recobró los sentidos antes que los demás, emitió un silbido prolongado.

—Y supongo —dijo— que lord Hubble financiará tu campaña y los protestantes y los orangistas, sin excepción, te llevarán a hombros a Londres, y el mayor Hamilton Walby, que ocupa el escaño desde hace treinta años, estará ansioso por sentarte a ti y desempolvártelo.

—Jamás pensé que lo consiguiera sin lucha; pero tenemos los votos suficientes, si vosotros dejáis de recostaros en vuestra pala.

—Y si parece que vas a imponerte al mayor Walby y al conde y a toda esa ralea —continuó Tomas, constituyéndose en abogado del diablo—, ¿qué pasará con la Santa Madre Iglesia?

—No me he parado mucho a pensar en ello —respondió Kevin, cediendo.

—Yo lo veo claro como el lago en luna llena —prosiguió Tomas—. Por todo Inishowen hierve esa agitación republicana. O'Garvey se presenta para la Cámara de los Comunes, y al poco rato Su Señoría tamborilea con los dedos sobre la mesa,

con talante extremadamente nervioso después de calcular que los campesinos pueden reunir votos suficientes. ¡Rápido! Al grano del problema, sin rodeos. Su Señoría y otras señorías irán a hacerle una visitita de cumplido al cardenal, en Armagh. «¡Ah, Eminencia, nosotros celebramos la continua emancipación, el mejoramiento de la Iglesia Ronana! No se debe permitir que este proceso se desvíe o se invierta.» Y untarán a su santidad con chorros de buenas intenciones, como si cada uno de ellos fuera el mismísimo Daniel O'Connell, el libertador. «Reverencia, hemos meditado los próximos grandes pasos que hay que dar… nueva legislación en favor de ustedes…, un colegio nuevo…, nuevos privilegios…, nuevos subsidios y más regalos que haremos nosotros para sus diversas obras buenas. El Gobierno de Su Majestad va por este camino en cuerpo y alma, ya sabe. Sin embargo, si los fenianos ateos intentaran abrirse paso hasta el Parlamento podrían poner en peligro este programa y usted ya sabe lo que eso significaría para la Santa Madre Iglesia. Vamos, Reverencia, sería una lástima ver cómo se desvanecen todas las ventajas que han conquistado. Le sugerimos respetuosamente que converse un ratito con sus obispos y les diga unas palabritas cuerdas.» Y el padre Lynch y todos los padres Lynch habidos y por haber te condenarán desde todos los pulpitos de Donegal. ¿Tienes bastantes votos para derrotar a Jesús, a María y a todos los santos?

Mi padre estaba como un tomate, y yo procuraba esconderme dentro de mi propio estómago. Jamás había escuchado tantos ultrajes contra el Señor en dos días seguidos. Tomas fue encolerizándose poco a poco; pero Kevin y Daddo llevaban sobre sus hombros demasiados años de lucha para dejarse arrastrar a ciertos terrenos.

Pocos hombres, incluso contando al sacerdote, podían amonestar a Tomas. Kevin era uno de estos pocos. Daddo otro, y precisamente Tomas estaba sentado entre ambos. Mi padre hizo como si se situara fuera del alcance de la discusión, limitándose a mover la cabeza ante sus implicaciones. Kevin volvió a cargar la pipa con intencionada lentitud, dejando que la llamarada de Tomas disminuyese hasta quedar en un rescoldo.

—Si ya has sacado todo el aire de la gaita —dijo Kevin finalmente—, déjame exponer los objetivos que perseguimos. Parnell calcula que podrá llevar al Parlamento británico un partido irlandés de unos setenta escaños. Setenta escaños, fijaos bien; el peso que decide la balanza entre los liberales y los conservadores, indiscutiblemente. Y el precio que exigirá por colaborar con los liberales de Gladstone será una Home Rule Bill, una ley de autonomía para Irlanda…

—Pones demasiada confianza en Parnell —interrumpió Tomas—. A fin de cuentas, Parnell es un protestante rico, un terrateniente. Ah, sí, ha escogido un buen género para su campaña, pero lo que hace es servirse de nosotros y de nuestra miseria en su carrera personal hacia el poder.

No sería justo decir que Kevin miraba a Tomas de hito en hito, pues era mucho más bajo, pero sí que estaba encarnado de rabia.

—¡Te agradeceré que te calles, Tomas Larkin! Parnell ha hecho más por este país que todos los cuellos duros Ronanos juntos.

—¡Para eso se necesita muy poco!

—Voy a decirte sólo una vez quién es Charles Stewart Parnell, y no lo olvides…, es un irlandés.

—Lo mismo que Smith O'Brien e Isaac Butt —añadió Daddo—, que se pasaron muchas horas guiándonos a mí y a Kilty en la Joven Irlanda y en la Liga Campesina. También ellos eran protestantes… Por no hablar ya de Wolfe Tone, y de Robert Emmet, que fue ejecutado en la Liberties de Dublín el mismísimo año que nací yo. Fue colgado, arrastrado y descuartizado, y su sangre empapó el suelo. Era protestante, pero era irlandés.

—Dios te bendiga, Kevin —replicó Tomas, adoptando ahora el tono conciliatorio de lógica fría y enfoque sereno—. Toda esa maniobra no tiene ni una pizca de buen sentido. Es un juego sucio que te haces a ti mismo y una sucia ilusión que levantas ante nuestros ojos. ¿Y qué, si vas como un trueno a Londres, cabalgando en la punta del arco iris con setenta miembros del Parlamento y obligas a Gladstone a votar una ley de autonomía? Dime… dime una cosa, honradamente…, ¿la vetará la Cámara de los Lores? ¿Sí o no?

—Eso no es lo que interesa, en absoluto.

—Pues ¿qué diablos es lo que interesa?

—Continuar la guerra en un nuevo campo de batalla…, dar el primer paso en una nueva dirección que se nos abre…

—Las probabilidades de que te escuchen sin prejuicios en sus Cámaras no son mayores que las que tendrías en el juego de la pajita en la feria de Derry.

—Escucha —interpuso Daddo. Su anciana voz manifestaba ahora el desgaste—. Kevin tiene que combatir a su manera, lo mismo que todos nosotros luchamos a la nuestra en días pasados. ¿Le estás diciendo quizá que sus largos años de lucha y los derechos que ha conquistado para nosotros no servirán de nada?

—Eso nunca —replicó Tomas—, pero sí le digo lo siguiente: al final de todo hay una sola cosa que lord Hubble y la Corona entienden… no pagarles las rentas…, robarles el ganado…, asesinar a sus prestamistas…, boicotear sus campos cuando necesiten nuestros brazos. Pero no te metas en su salón para competir en sus juegos de salón. No serán jamás sus leyes las que nos hagan soportable la vida, sino nuestros viejos métodos, consagrados por el tiempo.

—Hasta el momento, sus métodos, consagrados también por el tiempo, han resultado muchísimo más efectivos que los nuestros —replicó Kevin—. Hay un pecado en todo esto, Tomas, y ese pecado es que me digas que abandone la tentativa.

Un silencio indeciso se extendió por la habitación. Mi padre echaba turba al fuego; los demás parecían flotar por el aire, en alas de sus pensamientos. Tomas se puso a deambular a paso lento, y el paseo aumentaba su mal humor; después empezó a mesarse los cabellos y abatir el puño contra la abierta palma de la mano con gesto de frustración. Mientras, los otros se acercaban más al fuego, esperando sus últimas palabras. Él se detuvo, abrió los brazos como para destrozarlos a todos de un solo zarpazo, y después agitó las manos como queriendo coger pensamientos por el aire.

—Lo que nos pasa —dijo— es que nos consumen las tradicionales fantasías irlandesas. Nos hemos sometido, como pueblo, a la fantasía cristiana que nos ha embotado la mente, no dejándonos pensar por nuestra cuenta, y nos ha tenido de rodillas suplicando con voz culpable a un Dios aterrador a quien no se nos permite conocer de cerca… sólo se nos permite perpetuar un mito vagamente definido e incuestionable de un país más allá de las montañas. Y… a la fantasía republicana, que nos llena de un coraje falso, infantil, cuando nos vanagloriamos de nuestra virilidad en la taberna clandestina, contándonos unos a otros cuan valientes muchachos somos, glorificando hazañas que nunca sucedieron y dándonos a comer unos a otros él salitre republicano de una liberación que no viviremos bastante para llegar a ver. ¡No, nunca! ¡No, por amor de Dios, nunca miraremos la realidad de frente! Nunca nos liberaremos de nuestras fantasías el tiempo necesario para mirarnos y decir: «He ahí lo que somos.» Los campos son reales. Las rentas son reales. La muerte de Kilty es real, como lo fueron sus sufrimientos en vida. Pero no, nosotros hemos de embadurnarnos con las salsas de la fantasía, de las rondas de duendes, de la sonrisa de María y sus promesas para el más allá, de las fugas de la cárcel que nunca se producen. Tú comercias en fantasías, Daddo, tú eres el shanache.

—Sí —respondió él viejo—. El problema está en que la mayoría de nuestros pobres infelices no son otros tantos Tomas Larkin. Despoja de fantasías a la mayoría de hombres y mujeres, y no serán capaces de seguir adelante por esta cochina vida. Un sueño equivale, ni más ni menos, a un chorrito de poteen *para amortiguar el dolor. ¿Es eso tan malo? ¿Y me estás diciendo, Tomas, que a Conor, que está ahí, no se le permitirá que sueñe un poco por su cuenta y riesgo?*

Tomas se nos acercó con una expresión que daba miedo.

—Le estoy diciendo a Conor que no soy el hijo de Kilty, sino su continuador. Le estoy diciendo que lo único que le importa a su padre es cultivar bien las tierras, pagar las deudas, alimentar a los hijos y transmitirles los campos en buen orden. Abrígate con fantasías irlandesas, chaval, y acabarán aplastándote el pecho como una piedra gigante que rodase desenfrenada ladera abajo y arrasara nuestra casa.

Yo contemplaba los cuatro rostros, sucios y cansados, deseando que una chispa los inflamara, pero se habían despojado unos a otros de sus locos sueños irlandeses, y aunque Tomas acabó prometiendo a Kevin que le apoyaría, sus palabras no tenían

acento de fiesta ni de victoria.

—Os compadezco —decía Tomas— porque el día que la Home Rule se convierta en una amenaza, os encontraréis ante una gran realidad, ya lo creo que sí. Os hallaréis con las turbas orangistas enconadas en su odio y reclamando nuestra sangre a gritos. ¿Está bien así, Daddo?

Los ciegos ojos del anciano se fijaban, nublados, en el infinito. Y las lágrimas de la realidad manaron de ellos.

5

Mi padre y Tomas salieron a despedir a Kevin O'Garvey. Como la casa de los Larkin seguía inundada por la gente del velatorio, nos mandaron que improvisáramos una cama para Daddo delante del hogar de la nuestra. Conor cogió otra botella de poteen *de las viudas mientras yo improvisaba un jergón de heno, cubriéndolo con el preciado edredón de plumón de ganso que mamá había comprado con el dinero de los huevos en la feria de Muff, antes de nacer yo. Estuve reanimando el fuego hasta que regresó Conor y puso la botella en manos de Daddo.*

—Por más que predique, tu padre ha sido el mayor soñador de todos —le dijo Daddo a Conor—. Conozco a Tomas desde su primer llanto de recién nacido… No pesaría, no, ni la mitad de lo que pesaba Seamus cuando Kilty y yo lo carreteábamos por todo Donegal para escuchar a Daniel O'Connell.

Otro largo trago de aquel whisky se abrió camino todavía, gaznate abajo, siguiendo la vieja senda, trillada ya por muchísimos litros.

Conor y yo le llevamos hasta el jergón. Sus articulaciones crujían como si estuvieran mal soldadas. Le apoyamos la espalda contra la pared y apagamos la linterna, dejando sólo la menguada claridad del fuego de turba. Ser tan menudito tenía sus ventajas; yo me acurruqué junto al anciano, mientras Conor cogía un taburete bajo.

—El mayor soñador de todos —repetía lentamente el viejo, desatándose las envolturas de las manos y dejando al descubierto una masa de nudillos hinchados por el reumatismo. Se roció las manos de poteen *y se las froto para que penetrase el líquido, gimiendo mientras intentaba flexionar los dedos—. Tomas no es menos Larkin que lo era Kilty, aunque no sigan el mismo camina—. He conocido a todos los Larkin. Conocí a tu bisabuelo Ronan, y también a tus tíos abuelos. La familia huyó de Armagh y se vino a Inishowen poco antes de nacer yo… que fue el año 1803, el mismo que colgaron a Emmet en Dublín.*

Nosotros permanecimos debidamente fascinados por el hechizo que derramaba el anciano shanache *al remontarse en un vuelo de sueños mientras sus pensamientos saltaban de acá para allá como un duendecillo picarón. Sin tener más que a nosotros dos, Conor y yo, como privilegiados oyentes, fue pescando por el mar del tiempo en busca del momento propicio para iniciar la odisea de los Larkin.*

A finales del siglo XVII, los irlandeses habían disipado sus energías combatiendo en una docena de rebeliones contra el dominio británico. El clan de los O'Neill fue el más alborotador y se levantó no menos de tres veces ya en aquel siglo. La mayoría de sus tierras habían pasado a manos de la aristocracia británica, que los desposeyó de

ellas, sustituyendo a la gente del país con decenas de millares de escoceses. El Ulster fue colonizado como una plantación, para proteger la Corona contra los indígenas católicos.

Oliver Cromwell marcó el cenit de la degollina de irlandeses y después de aplastar otro levantamiento de los O'Neill, se adueñó de las tierras que quedaban en la antigua demarcación de Inishowen y Ballyutogue para pagar a sus oficiales y soldados. Cuando Cromwell hubo terminado la tarea, los católicos poseían menos del cinco por ciento de su propio país. La mayoría fueron desterrados al oeste del río Shannon… el infierno, o Connaught.

Con objeto de quebrar todo futuro espíritu de rebelión y asegurarse la conquista, un Parlamento de Dublín de ascendencia protestante aprobó una serie de leyes penales que reducían a los católicos a la condición de utensilios, sin ningún derecho como personas.

A ningún católico se le permitía poseer tierras.

A ningún católico se le permitía votar.

A ningún católico se le permitía desempeñar ningún cargo público.

A ningún católico se le permitía ser empleado civil del Estado.

A ningún católico se le permitía poseer un arma.

A ningún católico se le permitía ser dueño de bienes por valor de más de cinco libras.

A ningún católico se le permitía recibir instrucción, ni dentro ni fuera de Irlanda.

Ningún católico podía cobrar más de un tercio del valor de sus cosechas.

A ningún católico se le permitía ejercer como abogado, médico, comerciante u otra profesión liberal.

La religión católica estaba casi completamente prohibida y no se le daba facilidad alguna para formar nuevos sacerdotes, al paso que se proscribía a los instruidos en el extranjero.

Todos los católicos estaban obligados a pagar un tributo a la Iglesia protestante anglicana.

Esto dio origen a misas secretas. A los sacerdotes que regresaban del continente los perseguían, los colgaban, los arrastraban y los descuartizaban en las plazas de los municipios del Ulster.

Conor hurtó una chupada de la pipa que había llenado y encendido para Daddo.

—La hora más negra de Inglaterra —decía el viejo. Como si personalmente hubiera oído pronunciar aquellas palabras, recitaba a Edmund Burke—: «El código penal era un aparato destinado a empobrecer a los irlandeses y despojarlos hasta de su naturaleza humana, un aparato tan ruin como no hubiera inventado jamás otro peor el genio del hombre.» —Daddo chupó la pipa y suspiró—. Tales eran sus

mismísimos pensamientos, y lo que es más, un lord canciller dictaminó en cierta ocasión que la ley no presume que exista ningún irlandés católico Romano. En fin, nos arruinaron de tal modo que ningún mendigo de Londres habría trocado su suerte con un campesino irlandés —Daddo sostenía la botella de poteen *delante de la cara, como si realmente pudiera verla—. Y se maravillan de que bebamos tanto, como si no fuera la única manera de conjurar la demencia total por lo que nos impusieron. Pero chavales… hasta cuando nos encontrábamos en los momentos más difíciles, conservamos vivo el antiguo idioma y no dejamos nunca de escribir música y poesía, y nos agarramos tan furiosamente a nuestra religión como nos habíamos agarrado a la botella… Como sabéis, yo fui maestro de valla*[1] *de vuestros padres.*

Gran parte de los inmigrantes escoceses del Ulster huían de la persecución religiosa de los ingleses. Los presbiterianos no tardaron en verse bajo multitud de disposiciones del código penal como gente «no anglicana», inferior. Esto desató un éxodo de escoceses e irlandeses hacia el Nuevo Mundo, donde se convirtieron en la reserva del movimiento pionero americano, soldados del ejército revolucionario, antepasados de muchos grandes americanos (entre los que se cuentan bastantes presidentes) y espina dorsal del naciente Canadá.

Los presbiterianos que se quedaron en el Ulster eran de opiniones liberales y de espíritu emparentado con los atormentados católicos. Figuraron entre los primeros republicanos.

Para protegerse de la perversa política agraria se unían todos en la lucha contra los terratenientes y sus agentes. Steel-boys, Peep O Day Boys, Heart of Oak Boys, todos cabalgaban de noche, entregados a la tarea de helarle la médula espinal al opresor y mantener rentas y derechos dentro de límites humanos.

Hacia finales del siglo XVIII se produjo un cambio impresionante en el Parlamento de Dublín. Inspirada por los principios de la Revolución francesa, una nueva generación —protestantes de la clase media superior, incluso algunos descendientes de Cromwell— empezó a considerarse irlandesa antes que otra cosa. Dejando ya de servir de sello de la Corona, buscaron la manera de sacudirse el yugo inglés. Animado por un espíritu de reforma, el Parlamento de Dublín empezó a desandar el camino y abolió aquella inicua ley penal. Por los años 1790 se permitió que los católicos participaran en los arriendos de tierras.

Pero era tan grande la sed de tierras de éstos que en las subastas de terrenos en arriendo pujaban, arrojando al viento cautelas y realidades, dispuestos a vender el alma por conseguir los campos. Así empezaron a dejar atrás en sus ofertas a los presbiterianos, cuya privilegiada situación empezó a desmoronarse. Ello despertó sentimientos de cólera, miedo y pánico, y los Peep O Day Boys, que habían

cabalgado contra el terrateniente, empezaron ahora a galopar contra la nueva amenaza: el indígena católico que trataba de reconquistar su tierra.

Los Catholic Defenders respondieron a un ultraje con otro y hasta perpetraron unos cuantos de su propia cosecha. El Ulster se convirtió en escenario de saqueos y pillajes entre un campesinado católico hambriento de tierras y un campesinado presbiteriano ya situado.

—Fue más o menos por esta época cuando los Larkin de Armagh entraron en escena —iba diciendo Daddo—. Ronan, tu bisabuelo, era el jefe de los Defenders de aquel condado. En 1795 se entabló una lucha definitiva entre los Peep O Day Boys y los Defenders. La contienda se libró cerca del municipio de Armagh, en un lugar llamado el Diamond, y fue una batalla encarnizada. Treinta chavales nuestros murieron allí, entre ellos dos hermanos Larkin. Ronan no había concitado la pelea, pero tuvo que intervenir para salvar a nuestras fuerzas, y, triste es decirlo, los protestantes salieron victoriosos.

»Tan dulce hallaron el triunfo que lo compararon con la victoria del rey Guillermo de Orange sobre Jacobo en el Boyne, un siglo antes, y en su honor cambiaron el nombre de la cuadrilla por el de Orange Society… nombre que en lo sucesivo haría correr escalofríos por nuestro cuerpo.

»Así quedamos separados para siempre de los presbiterianos, que habían sido hermanos nuestros. Y la aristocracia británica los utilizó a su antojo para aplicar el antiguo principio de «divide y vencerás».

La alianza para la liberación de Irlanda fue una cosa rara. El frente intelectual y político lo dirigían descendientes de anglicanos a los que se sumaba en las zonas rurales el campesinado católico. Estas dos facciones se aliaron desarticuladamente bajo la bandera de los United Irishmen, entidad dirigida por un soñador y caminante solitario irremediable, Theobald Wolfe Tone, que había renunciado a la clase de la que descendía.

Miles de irlandeses, restos de los ejércitos derrotados, habían huido en diversas épocas de la historia a las acogedoras costas de Francia. El París de fines de siglo estaba saturado del opio de la rebelión. Aquí Wolfe Tone defendió la causa irlandesa. La Francia católica sentía cierta afinidad por la católica Irlanda, la suficiente para convertirse en desganado aliado, la víspera de la insurrección de los United Irishmen de 1798.

Estos se habían fijado como meta la emancipación de los católicos. Después de las guerras campesinas, los presbiterianos del Ulster temblaban de miedo, temiendo por su propia supervivencia. A medida que se extendía el levantamiento, millares de

miembros de la Orange Society se unieron a la Corona, alistándose en el Yeomanry, el cuerpo de alabarderos inglés, y arremetiendo contra los católicos con asesina pasión vengativa.

En el sur de Irlanda, los católicos obtuvieron una efímera victoria. El resto de la rebelión se hundió en pocos días, pues la invasión, apoyada por Francia, fracasó totalmente a causa de una tempestad en el mar que debilitó su flota.

—En el Ulster los presbiterianos del British Yeomanry desataron una orgía de sangre tan asquerosa que un comandante británico dimitió de su puesto, hastiado. Todas las plazas de pueblo del Ulster aparecían enrojecidas por las salpicaduras caídas del poste de los azotes —explicaba Daddo, empezando a adornar las sangrientas andanzas de la Orange Society unida a las fuerzas inglesas—. Las palizas para arrancar a las víctimas nombres de miembros de los Defenders y los United Irishmen dejaron a más de uno tullido para toda la vida. Lord Cornwallis, que había aprendido lo que era perder revoluciones en las colonias americanas, se aseguraba de que su espada no había de volver a rendirse jamás. La locura por aplastar a los católicos se incrementó con la llegada de regimientos de galeses y alemanes de Hesse, decididos a no dejarse superar en la carnicería llevada a cabo por los presbiterianos.

El corazón y el estómago me dolían vivamente mientras Daddo explicaba los horrores perpetrados al aplastar el levantamiento. Daddo canturreó una tonada, pero tenía la voz tan cascada que apenas podíamos distinguirla; luego la reconocimos como una de las canciones que habíamos oído muy a menudo cuando los protestantes celebraban el 12 de julio.

Pobres *croppies*, sabéis que vuestra sentencia ha sonado
Cuando oís el temido redoble del tambor protestante
En memoria de Guillermo enarbolamos su bandera
Y pronto la brillante Orange echará por el suelo al harapo verde.
Abajo, abajo, *croppies*, estaos quietos.

Cuando aquello terminó, Wolfe Tone fue capturado y se suicidó en el calabozo. Se dice que mataron a unos cincuenta mil. No en el campo de batalla; sino la mayor parte asesinados a sangre fría. Ronan Larkin y sus hermanos huyeron y se escondieron en los montes Mourne.

Un orden nuevo y permanente había nacido del levantamiento. Los presbiterianos

se separaron para siempre de los católicos. Demostraron su valor y su fidelidad a la Corona y establecieron ese principio del Ulster de lealtad fanática a los británicos. Lo trágico del caso era que dos campesinados se habían dejado arrastrar a un conflicto sectario en el cual no vencería ninguno de los dos, sino la aristocracia británica, dueña de las tierras porque las había robado.

—Al final, Ronan fue traicionado por un confidente. Recordad bien mis palabras, zagales, cuando os digo que los confidentes son el veneno de la vida irlandesa. Guardaos de ellos toda la vida. A Ronan lo cargaron de cadenas y lo llevaron del Mourne a Armagh para atarlo al maldito poste de flagelación, en la plaza. Y le azotaron con tal saña que habríais podido verle los huesos del cuerpo, al descubierto, a través de la carne desgarrada. Luego lo coronaron con brea hirviendo.

—Jaysus… —murmuré yo.

Conor, cuando estaba excitado, no despegaba los labios. Sólo entornaba los ojos y el cuerpo se le ponía rígido con una tensión amenazadora.

—Le dejaron con la vida saliéndosele del cuerpo —prosiguió Daddo— y diciéndole que a la mañana siguiente volverían para completar el castigo. Había de ser arrastrado, descuartizado y decapitado y habían de clavar su cabeza en una pica para exhibirla corno escarmiento de las futuras rebeliones de croppies.

Durante la noche, los pocos que quedaban de su partida, incluidos los dos hermanos supervivientes, regresaron sigilosamente, arrollaron a los *yeomen* de guardia, cortaron las amarras que sujetaban a Ronan al poste, lo cargaron en un carro y huyeron corriendo. El caso es que Ronan siguió con vida.

Los tres hermanos Larkin, ayudados por la organización clandestina, se trasladaron aquí, a Inishowen y Ballyutogue, precisamente al nacer el año 1800. Como no se podían conseguir tierras buenas, arrendaron parcelas por encima de los doscientos metros sobre el nivel del llano, tan metidas ya en la maleza que eran poco más que peña pelada. Pero ellos arrancaron la piedra y la utilizaron para levantar paredes. Luego transportaron allí tierra buena (cada hombre llevaba dos baldes en cada viaje) y la mezclaron con algas marinas y cenizas de algas para hacerla más fértil. Mientras, para subsistir, allanaban los derechos de pesca de lord Hubble sobre el lago Foyle, llegando a ser los primeros pescadores eficientes del sector. El segundo año ya hubo cosecha, y durante un tiempo pudieron ir aumentando la superficie cultivada y conservar el arriendo gracias a un trabajo extenuador.

—Después de la paliza recibida, Ronan nunca llegó a recuperar todas sus fuerzas, y sólo engendró tres hijos, el mayor de los cuales fue Kilty. Sí… cierto, todo un hombre ese Kilty. Ya nació arañando.

Daddo se dejó llevar por un súbito acceso de entusiasmo que nos envolvió también a nosotros. Mientras Kilty yacía ahí al lado de su última noche de velatorio, un narrador, un shanachee*embrujado ponía en marcha su leyenda, sorbiendo el calor del fuego junto a nosotros, un par de chicuelos. En el curso de mis días, escucharía las gestas de Kilty Larkin una y mil veces, pero ya nunca volvería a experimentar lo que sentí en aquel primer momento de revelación.*

—Habéis oído decir que sólo los cerdos pueden ver el viento; pero yo os aseguro que Kilty Larkin lo veía. A caballo, entraba y salía del viento, atacando con una guadaña invisible, y no le tocaron ni una sola vez.

»Cuando Kilty se hizo cargo de las tierras, al fallecer Ronan, ya tenía algunas ideas propias. Como por ejemplo, la de negarse a pagar el tributo a la Iglesia anglicana. Vinieron los constabulary*, esos cochinos policías irlandeses renegados, y se cobraron el tributo de sus cosechas. Poco después el comandante* constabulary *desaparecía misteriosamente, y dos semanas más tarde lo sacaban del agua en Dunagree Point. Era la señal de una nueva alborada.*

Durante años ningún arrendatario reparaba su casa ni mejoraba los campos, porque si lo hacía le subían la renta, fundándose en que el terreno había aumentado de valor. Kilty estudió las fincas protestantes de abajo, suponiendo que seguían mejores métodos. Adoptó de ellas todo lo que pudo y embelleció, además, su casita, separando cerdos y gallinas de la vivienda principal y enjalbegando paredes y vallas. Naturalmente, el agente del dueño casi le dobló la renta.

Este tipo de política agraria condujo a una guerra local. Los constabulary *no se enfrentaban ahora con una banda mal organizada de reventadores de vallas, sino con una fuerza de asalto experta y feroz que sabia cómo causar perjuicios. La primera gran hazaña consistió en un golpe maestro de Kilty al organizar el boicot contra los campos del conde de Foyle en la época de la cosecha. Los amos trajeron trabajadores de Escocia, y transportaban las mieses bajo la protección de las armas de los* constabulary.

Pero los campos del conde eran muy extensos y la fuerza constabularia demasiado reducida. Antes de que pudieran llegar tropas a reforzarla, los trabajadores importados estaban ya completamente aterrorizados; se quemaba las cosechas y se asesinaba a los confidentes. Las pérdidas de lord Hubble ascendieron a millares de libras.

Las represalias vinieron en forma de evicciones, subidas de las rentas y flagelaciones públicas.

—La víspera del 11 de julio de 1843, Kilty rayó a una altura épica —explicaba Daddo con un tono de voz que era casi un canto triunfal—. Los protestantes se habían empapado de licor hasta los globos de los ojos, celebrando las fiestas del rey Guillermo. Kilty montó un bonito reclamo. A uno de quien sospechaba era confidente, le proporcionaron informaciones falsas sobre un planeado asalto al castillo del conde en Hubble Manor. Los otros se tragaron el anzuelo, trasladaron allá a los constabulary *y a soldados y dejaron expedito el camino de Derry.*

»No se había visto cosa igual desde aquella antigua incursión céltica de Cooley a la requisa de ganado hasta nuestros días… Yo… mismo… cabalgaba a la izquierda de Kilty. Y la luna llena nos iluminaba el camino.

»Los corrales de ganado vacuno del muelle de Derry estaban hasta los topes, esperando el momento del embarque para Inglaterra. Nosotros los asaltamos con tal furia que a mí se me rompieron los cordones de las botas, reventando las vallas y provocando una estampida. En menos de una hora condujimos más de dos mil cabezas del mejor vacuno de lord Hubble al lago Doyle y las ahogamos, desapareciendo luego en el viento.

»El confidente que había dado una información falsa a sus dueños sufrió un destino terrible a manos de éstos. Con lo cual, después, otros confidentes titubeaban bastante antes de dar el soplo. En fin, sabían muy bien que aquello había sido obra de Kilty Larkin; pero les daba miedo encerrarle… y les aterrorizaba aún más dejarle en libertad.

Daddo soltó una carcajada seca al recordar el hecho, sin duda corregido y aumentado en su mente por el paso, del tiempo.

—Kilty fue el primer arrendatario que se sentó a negociar. Y barrió el tributo. Fijaos bien, esto ocurría en aquellos tiempos en que no existía aún ninguna de esas fantasiosas Ligas protectoras. Sí, era un gran muchacho. Años después, Kilty y yo nos hicimos fenianos. El levantamiento no fue gran cosa, y en premio a nuestras fatigas nos excomulgaron, igual que habían excomulgado a Ronan y sus hermanos por pertenecer a los United Irishmen.

La mente del narrador derivaba hacia otro tema…

—La Iglesia siempre se untó el pan con la basura de los británicos… —Daddo se quedó seco repentinamente, cansado ya, y la intensa magia de sus pensamientos se desfondó—. ¡Ah, qué grande fue aquella incursión… Conor…!

—Sí —dijo Conor, abandonando el taburete y arrodillándose delante del shanache, *que levantó la mano para tocarle la mejilla y el cabello, al mismo tiempo que emitía una especie de carcajada gutural.*

—La sombra de Kilty ha significado una pesada carga para tu padre; pero también Tomas alimentó sus sueños particulares, lo mismo que los tienes tú. Pero el hambre los mató. Fuésemos lo que fuéramos antes, ya no hemos vuelto a ser lo

mismo, después del hambre; ni hemos vivido un solo día sin temerla… Conor…

—No, Daddo.

—Tomas es capaz de sufrir el ataque de la locura, esta noche. Yo he notado cómo le invadía. Todos los Larkin padecieron esa locura… Ronan… Kilty y también tu padre. Esta noche estará bajo su influjo.

Conor se apartó. Sus ojos exploraban ya más allá de la casita, buscando a su padre.

Apoyándose en las manos, Conor saltó la pared que separaba las dos casitas y recibió en el rostro el runruneo del rosario. Abrió la puerta con cautela. La habitación principal estaba llena de gente en vela, arrodillados todos, todos golpeándose el pecho con los puños, a compás, murmurando peticiones a los santos, que seguramente los estaban contemplando desde una gloriosa, desconocida morada.

Los ojos de Conor resbalaban sobre la turba, buscando a su padre. Finola estaba arrodillada junto al cadáver, la cara escondida entre las manos, completamente agotada por una segunda sesión de lamentaciones. La mujer levantó los ojos despacio, estableciendo contacto con su hijo por un procedimiento que no necesitaba amplificadores.

Conor retrocedió calladamente. Bajo un cielo inusitadamente poblado de estrellas, Conor recorrió el sendero, dejando atrás una docena de casitas, y luego empezó a subir cuesta arriba en dirección a la taberna clandestina.

La taberna dormía en la oscuridad; ningún ruido salía de ella. Conor empujó la puerta. Acompañando el gemido de sus goznes, un fuerte olor de whisky salía al exterior.

—Papá.

Sin que nadie le respondiera, Conor avanzó a tientas, buscando la vela colocada en un pilar y logró encenderla. La estancia se iluminó de mala gana por la pequeñez de la llama.

Tomas Larkin estaba acurrucado sobre un barril, doblado sobre sí mismo como un toro derrotado, con unos ojos tan fijos y ciegos como los de Daddo y sin darse cuenta en absoluto de la presencia de otra persona. Conor se acercó a él.

—Papá.

Tomas levantó los ojos y parpadeó, sin reconocer a su hijo.

—Kilty —susurró con un extraño dejo de horror estremeciendo su voz—, las patatas se han vuelto negras. Se han podrido delante de mis propios ojos. Dios mío, Kilty, ¿qué vamos a hacer?

—Papá, soy yo, Conor. Estás saliendo de una pesadilla.

—Oh, Jesús, ayúdanos. Vamos a morir. Vamos a morir, todos.

6

Por los campos católicos de Ballyutogue se extendía la quietud de una mañana de mayo cuando las campanas de San Columbano doblaban por Kilty Larkin.

Levantaron el ataúd de las cuatro sillas que lo sostenían y que ahora fueron derribadas de sendos puntapiés, de acuerdo con la costumbre, la cual disponía también que el ataúd había de salir de la casa con los pies por delante.

Finola tuvo que quedarse en casa, porque si unan mujer preñada asistía a un entierro y le alcanzaba la maldición del difunto, abortaría, sin duda alguna.

Dado que no había otro Larkin adulto que Tomas, amigos y vecinos se turnaban como portadores, llevando el ataúd sobre los hombros y relevándose de vez en cuando. Tomas andaba inmediatamente detrás de ellos, apoyando las manos y la frente en la caja que guardaba el cuerpo de Kilty. Detrás de Tomas, iba una docena de hombres con azadas y, detrás de éstos, el pueblo entero formaba la comitiva.

El padre Lynch se acercó a la procesión con unos ornamentos negros que, lo mismo que sus demás vestiduras, habían sido bordados por las mujeres del lugar. Siempre salmodiando y echando agua bendita, dio media vuelta y dirigió la marcha hacia la iglesia.

Cuando el ataúd cruzó la entrada del patio de la iglesia seguido de los que componían el duelo, Tomas se apartó a un lado. La atmósfera de pelea inminente se espesó todavía más cuando el sacerdote y su vicario hacían entrar a toda la gente para cerrar las puertas del templo. Conor empujó a Brigid y Liam adentro, y él retrocedió hasta su padre, que permanecía inmóvil junto a la entrada.

—No entraré —le dijo Tomas—. Ven a buscarme a la taberna de McCluskey después de la misa y le diré adiós a Kilty en el cementerio.

El padre Lynch fue hacia Tomas con la cara tensa y los labios prietos como una cáscara de nuez. A Conor lo alejaron con un ademán y fue a reunirse con cierto número de aldeanos que ahora asomaban la cabeza por la puerta llenos de curiosidad, aunque cuidando bien de mantenerse a respetuosa distancia. El padre Lynch había restañado los dientes indicándoles, en tono autoritario, que no se metieran en aquello.

—Te estamos esperando —dijo a Tomas con una voz como un silbido.

—No… No asistiré a esa misa.

—¿Has perdido la cabeza?

—Hago lo que habría hecho Kilty si hubiera estado en sus cabales. Aquí tiene el importe de la misa.

La experta mano del cura se apoderó del dinero con el gesto instantáneo del áspid al atacar. Luego se acercó más todavía.

—Tomas Larkin, estás a punto de cometer un pecado grave y peligroso. Si no entras, no celebraré la misa.

—En ese caso —respondió afablemente Tomas—, su pecado será tan grave como el mío. Ya sé que le desilusiono después de haber esperado usted tanto tiempo la dulce victoria de tener a Kilty y a Tomas Larkin, ambos a la vez, dentro del templo de San Columbano… uno en el ataúd y el otro de rodillas rezando por su alma inmortal. Pero, de todos modos, Dios no sabrá quiénes somos, porque tenemos aquí sacerdotes que ni siquiera saben rezar en idioma irlandés… Porque ellos son ingleses.

—Nunca llegarás ni siquiera a la altura suficiente para ver el purgatorio. Ahora entra ahí y saca el ataúd de mi templo.

—Muy bien…

El padre Lynch se apresuró a cogerle por la manga.

—No, espera. Esto no nos lleva a ninguna parte. Si vienes, diré la misa de balde… con tal de que no se lo expliques a nadie.

—No, me lo llevaré. Estará más contento durmiendo en los montes, al fin y al cabo.

El cura sabía que la fe de su pueblo no tenía límites. Le obedecían sumisamente. Sin embargo, a pesar de tantísima fe, tenían una cosa más poderosa todavía: la memoria. Todo el mundo sabía que Kilty había recibido la absolución. El padre Lynch, cuya autoridad nunca había desafiado nadie, se hallaba en un aprieto, en la incertidumbre. Más aún, le invadió un acceso de miedo insobornable y se puso a sudar.

La gente salía al atrio y se acercaba. El padre Lynch percibía su respiración.

—En atención al alma del finado —dijo en voz bastante alta para que le oyeran todos— y por la paz y el consuelo de tu mujer y tus hijos, tan inocentes…

—Y para salvar la faz del cura —le interrumpió Tomas, dando media vuelta y marchándose.

—¡Como representante de Jesucristo, te impongo a ti, Tomas Larkin, eterna condenación en esta vida y para siempre, y no vengas jamás a pedirme lloriqueando que te absuelva, porque no te absolveré!

Los aldeanos retrocedieron horrorizados.

Tomas se alejaba despacio, moviendo la cabeza.

—Ah, padre, usted es una ortiga —dijo, prosiguiendo hacia la taberna de McCluskey.

El encolerizado sacerdote se volvió pausadamente hacia el mesmerizado rebaño, que entro de nuevo en la iglesia boquiabierto. Luchando por recobrar el dominio de sí mismo, se puso inmediatamente a rezar pidiendo que llegase el día, dentro de meses o años, en que Tomas Larkin acudiese a él, gimoteando, arrastrándose, postrándose, para pedir que le perdonara. Mientras recorría el pasillo central se decía a sí mismo que él era un hombre misericordioso, que perdonaba y no se recreaba en la venganza; pero a pesar de todo, pediría que llegara aquel día. Después decidió que había de ser

él quien pronunciase la última palabra sobre la cuestión, de modo que no dedicaría a Kilty una misa larga, ni lo acompañaría al cementerio para pronunciar allí un sermoncito especial. Metiéndose el dinero de la misa en el bolsillo, subió las escaleras del pulpito y bajó la vista hacia una feligresía que cayó de rodillas instantáneamente, como derribados todos por un solo disparo.

7

No es que Dooley McCluskey fuese irreverente con los muertos. Para un funeral corriente habría cerrado su establecimiento hasta después de la misa. No obstante, el óbito de Kilty trajo una numerosa delegación de protestantes del municipio. La mayoría no iba a entrar en San Columbano, como tampoco un buen católico querría ser visto dentro del Saint Andrews presbiteriano ni del Saint George anglicano. Después de todo, uno no podía dejar a sus vecinos plantados ahí sin saber qué hacer. Además, había regalado una docena de botellas para el velatorio y, sin duda alguna, tenia derecho a resarcirse de tal pérdida.

Mientras Tomas acomodaba los ojos al antro de bebida, tan bajo de techo, los concurrentes se quitaban el sombrero e inclinaban levemente la cabeza. Uno tras otro, todos le ofrecieron unas torpes palabras de consuelo. Luke Hanna, el capataz de la hilandería de lino que había tratado durante muchos años tanto con Kilty como con Tomas, actuaba de portavoz calificado. Y entonó elogios que Kilty no había escuchado en toda su vida. Habían sido adversarios casi siempre, pero esa clase de adversarios que saben proclamar a la taberna como santuario común y beber juntos sin armar camorra.

La letanía de Luke Hanna fue una mezcla de alivio por haberse quitado de encima al viejo truhán y de pena por el óbito de un hombre de su talla.

—He visto lo que ha pasado con el padre Lynch —dijo Luke, ofreciendo un whisky a Tomas.

—¡Puaff! Ese hombre tiene la sonrisa del ruibarbo del año pasado.

—¿Estás en conflicto con él?

—Es a mi mujer a quien habré de temer ahora.

El vaso de Tomas rebosaba de bebida gratuita, haciendo las delicias de Dooley McCluskey. Tomas estaba a punto de hacer eses cuando entró Conor.

—Están cavando la fosa, papá —dijo.

El padre se limpió los labios con el revés de la mano, dio salida a un eructo estruendoso y siguió a su hijo.

El padre Lynch había abolido algunas de las costumbres más peregrinas que solían practicarse junto a la fosa, tal como la de meter la mano del muerto en un balde de leche para hacer subir la nata. En cambio, reinstauró la aborrecida tradición de separar hombres y mujeres, confinando a cada sexo en su sector determinado. El párroco confió las últimas oraciones y la aspersión de agua bendita junto a la fosa al padre Cluny, pues no deseaba un segundo enfrentamiento con Tomas.

Mientras unos hombres se relevaban para cavar la sepultura, la mayoría deambulaba por el cementerio, visitando tumbas de familiares, arrancando malas hierbas y fumando en pipa. Media docena de mujeres plañían alrededor del ataúd,

aunque no con la pasión terrible del velatorio. Ahora lloraban con un llanto lírico; cada una adaptándose suavemente al ritmo del rezo de las demás, de manera que resultaba un conjunto armónico, del que nacía una melodía primitiva.

Cuando llegó Tomas, el ataúd fue bajado a la fosa y cubierto. Después toda la comitiva desfiló, depositando, uno por uno, una piedra sobre la sepultura hasta formar un pequeño montículo. A continuación, de dos en dos, o de tres en tres, los hombres se fueron a la taberna de McCluskey, y las mujeres regresaron al pueblo.

Fergus O'Neill se mecía, cruzadas las piernas, sobre el montículo de piedras de la tumba de Kilty. Bertie MacDevitt estaba de pie junto a él, tocando la flauta, los labios todavía hinchados por la pelea con Dinny O'Kane, mientras Fergus recitaba la composición:

¡Oh dolor, oh dolor!
Hasta que anochezca me quedaré aquí,
Junto al soldado que se desplomó.
¡Lloremos, amigos, por Kilty Larkin!

¡Oh dolor, oh dolor!
Él a los fenianos hizo revivir.
El tributo odiado su mano barrió.
¡Dios te tenga en gloria, oh Kilty Larkin!

¡Oh dolor, oh dolor!
Del hambre la gente tenía que huir;
Él venció al infierno y aquí se quedó.
¡Adiós para siempre, oh Kilty Larkin!

Con quince versos más, el poema quedó completo. En el transcurso del tiempo lo engrosarían otros cien. Kilty había recibido la recompensa de los héroes: un himno en su honor. Fergus y Tomas continuaron allí, y Bertie tocó hasta que los labios le dolieron demasiado para continuar. Finalmente Conor, Liam y Brigid se alejaron, marchando con paso cansino hacia la casita, y Tomas se quedó a solas junto a la tumba de su padre hasta que el crepúsculo descendió sobre Ballyutogue.

A las tantas de la noche, Conor empujaba la puerta de la taberna: Los únicos que continuaban de pie eran su padre, Luke Hanna, otros dos protestantes y McCluskey, que iba llevando la cuenta de las rondas. El chiquillo tiró de la chaqueta de su padre. Los ojos de Tomas parecían una marea roja. Su hijo pensó que casi volvía a estar en trance.

—Papá, he venido para llevarte a casa.

—¡Tú, fuera de aquí! —bramó Tomas.

—Bueno, tengo que saber cuándo vendrás —persistió Conor.

—Cuando haya terminado de beber, entonces iré.

—Esperaré.

—Fuera, te repito. No puedo beber a gusto con un chiquillo mirándome.

—Me quedaré en el rincón y estaré callado.

—¡Lo que tú buscas es una zurra!

—Tengo que esperar. He prometido a mamá que te llevaría a casa.

Tomas echó el brazo para atrás como si fuera a dar un tremendo revés al muchacho, pero Conor se limitó a seguir mirándole fijamente, sin intimidarse y con una leve mueca de disgusto. Tomas bajó el brazo, se enmurrió, gruñó, refunfuñó, se rascó la cabeza, y por fin cedió bajo la mirada firme de su hijo.

—¡Puaff! ¡Cristo! —murmuró dejando el vaso y siguiendo tímidamente al muchacho hacia las tinieblas de la noche.

Tomas se llenaba los pulmones, avariciosamente, de aire fresco, limpio, y se apoyaba en Conor. Ambos caminaban lenta, silenciosamente, sin otra compañía que los sones del viento y los aromas de los campos.

—Supongo que mamá se habrá enterado de las palabritas que he tenido con el padre Lynch.

—Sí, se ha enterado.

—Oh, ya estoy viendo su cara. Capaz de agriar la nata una quincena seguida.

Delante de la casita, Tomas procuró dar firmeza a su paso y emitió unos lamentos de autocompasión entrecortados por doloridos gemidos irlandeses.

—Conor, hijo mío, ¿por qué no le dices a mamá que he perdido el sentido en la taberna? Sí, eso es. Me he desmayado y Fergus ha venido y me ha recogido y me ha llevado a dormir a su casa.

—Mamá no creerá que hayas perdido el sentido. Todo el mundo sabe lo que eres capaz de resistir.

—No resultaría, ¿eh?

—Hummm, hummm.

—Bueno, pues. Sentémonos en el establo hasta que esta vieja cabeza deje de cascabelear.

Tomas avanzó, tropezando, junto a la pared y ordenó a las vacas que se callaran; después se acurrucó en el heno, mientras Conor encendía la linterna.

—Papá, todo saldrá bien. Tú no has hecho nada que esté mal.

—Eres un buen muchacho, eso es. Un día escribirán canciones en tu honor.

—¿No deberías irte a la cama?

—Uf, todavía no estoy en condiciones de enfrentarme con lo que me espera allá

dentro.

Tomas se frotaba la cabeza con fuerza para eliminar los turbadores círculos eléctricos que corrían ahora por ella, desequilibrándole, haciéndole sentir náuseas, partiéndole el cráneo a cuchilladas de dolor, enturbiándole la visión y confundiendo sus palabras.

—Papá, sé lo mucho que amabas a Kilty, y yo me afligiría del mismo modo por ti.

Tomas se derrumbó sobre la espalda, revolviéndose en una agonía de sufrimientos.

—Y yo te salvaría la vida, como Kilty me la salvó a mí. ¡Oh, Dios…, Dios…! —su respiración era ruidosa y atormentada, y el ganado se removía nervioso—. ¡Kilty! —gritaba Tomas—. ¡Kilty!

Los sollozos del padre amenazaban con desgarrar el corazón del muchacho, que lloraba presenciando los estremecimientos de aquel gigante, viendo cómo se le hinchaba la espalda por los esfuerzos y escuchando los sonidos que emitía. Conor no los había oído iguales, ni parecidos, en toda su vida. Finalmente, el acceso se calmó, terminando en un jadeo moderado, patético.

—Es inútil, Kilty. Todas las patatas se han vuelto negras…, moriremos…, moriremos…

8

—¿No es un hermoso espectáculo? —exclamó Finola al entrar en el establo.

—Se siente muy mal —le excusó Conor.

—No cabe duda —respondió la mujer, inclinándose con dificultad para observar mejor a su esposo—. He visto caras mejor parecidas comiendo heno.

—No finge, mamá —insistió Conor—. Está destrozado, de veras.

—Puaff, rezaremos en penitencia por sus tonterías hasta el día de Todos los Santos. Será mejor que te quedes aquí y procures que no se ahogue en su propia bilis. Y si mete demasiado ruido le arrojas un balde de agua a la cara, nada más —y se marchó, caminando despectivamente.

—Conor.

El muchacho levantó la vista hacia el desván, donde Liam asomaba la cara por la abertura y Brigid se frotaba los ojos.

—¿Ha regresado papá?

Liam se deslizó escalera abajo y examinó a su padre con la mirada.

—De veras parece como si alguien le hubiese dado un golpe terrible en el pecho.

—Bah, está descansando, nada más —atajó Conor.

—Me quedaré contigo. Le velaremos por turno —dijo Liam, entusiasmado ante la perspectiva de actuar de protector de su padre.

—Yo cuidaré de él. Vuélvete arriba, a dormir.

Liam se crispó ante aquello, que era, inconfundiblemente, una orden.

—Pues debería quedarme.

—¡Andando!

Liam acarició la idea de plantarse firme, pero se retiró sumiso ante la autoridad de su hermano. Conor redujo la llama del farol y se arregló un sitio. Tomas abría y cerraba las manos como retorciendo los puñados de paja, estremeciéndose ligeramente y murmurando frases incoherentes.

El muchacho pasó todo el rato sentado, dormitando continuamente, pero despertándose y manteniéndose alerta siempre que su padre se movía. Tomas descendía por un camino de tormentos, y nadie podía socorrerle.

Repentina, súbitamente, un aire de silencio absoluto envolvió el establo, de tal modo que Conor se dio cuenta del ruido de su propia respiración. Al silencio le siguió una rápida y furiosa ráfaga de viento que cruzó la vivienda e hizo incorporar al muchacho entre temblores, mientras la llama del farol bailoteaba y luego se apagaba por completo, dejando una oscuridad absoluta. Mientras Conor palpaba a su alrededor, las vacas mugían inquietas, como si hubiera entrado en el establo algún extraño.

Una luz indefinible, más bien una radiación, brotó de uno de los pesebres,

precisamente en el mismo lugar en que Finola había visto la *banshee*, la bruja de la muerte. Conor se sintió invadido por el espanto.

La luz oscilaba insegura como si intentara hallar el camino para salir del pesebre.

—¿Quién hay ahí? —consiguió preguntar Conor, con voz estremecida.

—Yo y nadie más —fue la respuesta.

El muchacho quedó paralizado. Reconocía la voz, aunque sólo vagamente, y no estaba con ánimo para sopesar las cosas. Se arrastró a gatas, tratando de situarse en un lugar más despejado. Mientras, la luz salió a terreno libre, rodeando la figura de un hombre de un brillo fantasmagórico.

—¿Quién… quién… eres… tú?

La respuesta consistió en una carcajada sardónica.

—Oh, aquí está ocurriendo algo demencial —exclamó Conor, poniéndose en pie de un salto y pensando en huir. Pero esto habría significado abandonar a su padre. Quizá gritar con toda la fuerza de sus pulmones. Una figura translúcida se le acercó más.

—Mírame bien, Conor.

El muchacho se situó con aire retador entre la sombra que venía y su postrado padre, bizqueando y sospechando levemente que reconocía al individuo. Sí, no cabía duda, era alguien a quien conocía, pero que, ¡por su vida!, no acababa de identificar. Veía la silueta de un hombre robusto que vestía traje campero, de brazos fuertes y con una gran mata de cabello rizado. En la mata de cabello fue en lo que Conor se fijó más, porque había visto una muy parecida, aunque blanca como el mármol y coronando a un anciano marchito.

El espectro sonrió, luciendo una boca adornada por unos dientes grandes y brillantes. No, no era el mismo hombre, ni mucho menos, porque aquel en quien estaba pensando no tenía ni una barra en la reja. Había quedado completamente desdentado.

—Lo concedo, he cambiado un poquitín —dijo el hombre—, pero deberías reconocerme.

¡La voz! ¡La voz!

—¿Daddo? —aventuró Conor.

—Buen muchacho.

Con gesto pausado, Conor puso la mano delante mismo de la cara del hombre.

—¿Por qué haces esto?

—¿Me ves?

—Claro que te veo.

—Pero ¡si estás casi ciego!

—¡Ah, eso! Si nos referimos a la última vez que me viste, tenía cuarenta años más que ahora.

—¡Pero si era anoche nada más!

—Ea, si hemos de continuar esta conversación, deberás aceptar ciertos hechos, tales como mi presencia.

Ya sabes, yo no he sido siempre débil y cegato. Como tampoco lo era Kilty. Desgraciadamente, esto es lo único que recuerdas de nosotros. Cuarenta años atrás éramos un lindo par de descamisados. Aunque yo nunca fui tan fuerte como Kilty. ¡Ah, diablos, Kilty partía piedras con el puño desnudo, ya ves si era fuerte!

Conor retrocedió receloso al ver que el hombre daba unos pasos adelante. Sí, habría podido ser Daddo, en su juventud. Cuanto más lo estudiaba, mayor era el parecido. Daddo procedió a ponerse cómodo, sacando un gran jarro de whisky de no sé dónde y bebiendo unos generosos sorbos. Luego movió la cabeza examinando a Tomas Larkin y ofreció el jarro a Conor. El muchacho por poco se asfixia con un ataque de tos al esforzarse por retener en el estómago aquel veneno, aunque sintiéndose halagado al ver que le trataban como a un hombre.

—¿No te habló nunca de la gran hambre?

—No, en realidad no.

Como la mayoría de chiquillos, había oído hablar del hambre a jirones; relatos de los *shanaches*, susurros alrededor de la lumbre de turba en noches de invierno.

Dichos del hambre, comidas del hambre, miedos del hambre…, todo suelto, deshilachado en hebras misteriosas. Cuando se entraba en detalles, Tomas Larkin, invariablemente, cerraba los labios. Había transcurrido ya casi medio siglo, pero el recuerdo y las consecuencias perduraban en todas las casas campesinas y en todos los campos de Ballyutogue.

—Vivimos —decía Daddo— con cierto número de habitaciones en nuestro interior. La mejor habitación está abierta a la familia y a los amigos, y en ella mostramos nuestro semblante más bonito. Otra habitación, el dormitorio, es más personal, y en ella admitimos a muy pocas personas. Hay otra habitación en la que no dejamos entrar a nadie…, ni siquiera a nuestras esposas e hijos, porque es la habitación de los pensamientos más íntimos, que nunca compartimos con nadie. Queda todavía otra habitación, tan escondida que ni nosotros mismos entramos jamás en ella. En esta última encerramos todos los misterios que no podemos solucionar y los pesares que deseamos olvidar. Cuando Kilty murió abrió esta última habitación interior de Tomas Larkin, y toda la amargura encerrada allí ha salido fuera.

Conor dirigió una mirada a su padre, que ahora parecía bastante sosegado. Todavía receloso por el aspecto de Daddo creyéndolo obra de los duendes, se mantuvo alerta. Daddo no parecía tener malas intenciones, pero la situación requería cautela.

—Tomas tendría tu edad, poco más o menos, por la época de la gran hambre y era igual que tú ahora. Kilty y yo éramos íntimos. A la sazón yo vivía en el pueblo vecino

y cabalgaba con él como su lugarteniente de más confianza, de modo que estaba enterado hasta el último detalle de todo lo que ocurría. Para comprender cómo pudo producirse aquella calamidad, es preciso saber lo que sucedía por aquellos días…

Después de aplastar el levantamiento de Wolfe Tone y los United Irishmen en 1789, los británicos estaban decididos a no tener que habérselas más con Parlamentos de Dublín obsesionados por la liberación.

Con este objeto, William Pitt, primer ministro británico, elaboró una Ley de Unión sin otro fin que eliminar totalmente a los irlandeses del terreno político.

Cornwallis, virrey y gobernador de Irlanda, se embarcó en una campaña de trampas y embrollos descarados para obligar al Parlamento de Dublín a disolverse, después de quinientos años de existencia. Hecho esto, se añadió la Cruz de San Patricio a la británica Cruz de San Jorge y la escocesa Cruz de San Andrés, todas fijas en una sola bandera conocida por la Union Jack, que ondearía sobre un supuesto Reino Unido.

Para que los obispos irlandeses participaran en el complot, los británicos compraron su adhesión prometiéndoles emancipar a los católicos.

Se fundó en Maynooth un seminario mayor bajo la mirada y supervisión inglesa para crear una versión británica del catolicismo que con el tiempo menguara las versiones céltica y normanda.

La Ley de Unión fue un matrimonio a la fuerza. Desaparecido el Parlamento de Dublín, se arrebataba a los irlandeses toda posibilidad de guiar por sí mismos el destino de su país. Por las inmensidades de Westminster se perdía una pequeña delegación irlandesa dotada de una voz más débil todavía. Inglaterra pudo gobernar a Irlanda mediante funcionarios de la Corona desde el aborrecible Castillo de Dublín.

Más de un cuarto de siglo transcurrió después de promulgada la Unión para que el primer católico irlandés pudiera ocupar un escaño en Westminster. Fue necesaria la tremenda personalidad de Daniel O'Connell para conseguirlo. Mientras él dominó la lucha política irlandesa, parecía posible alcanzar la meta de la emancipación. Después O'Connell dedicó su vida a conquistar una segunda meta: que se aboliera la Unión…, que pudieran segregarse de Inglaterra. Esta meta no se lograría.

—De modo que ya ves por qué —continuó Daddo— las elecciones que se acercan tienen tanta importancia. Este siglo nos hemos pasado ochenta y cinco años luchando por un Gobierno autónomo, un Parlamento en Dublín y porque se derogase la Ley de Unión.

Conor movió la cabeza indicando que lo comprendía, y preguntó:

—¿Por qué falló la cosecha?

—Había de suceder, antes o después —respondió Daddo, poniéndose en pie y desperezándose un poco. Y empezó a pasear de acá para allá, porque no sabía hablar de aquel tema sin excitarse bastante—. El capcioso parloteo político no nos deparó gran cosa —dijo—. Los *croppies*, es decir, los labradores irlandeses, seguían figurando entre los campesinos más desdichados y pobres del mundo, y para colmo de nuestras miserias, la Madre Iglesia se empeñaba en favorecer los intentos ingleses por asimilarnos. Ya no rezaba en el antiguo idioma. Ni en las escuelas ni en los libros se mencionaban nunca para nada la historia ni las leyendas de Irlanda. Fueron los *shanaches* y los maestros de valla, como mi propio padre, quienes, repitiendo sus narraciones de pueblo en pueblo y dando lecciones en secreto salvaron la cultura.

Daddo interrumpió bruscamente su ir y venir, abrumado por la tristeza que le despertaba el recuerdo, y los ojos se le humedecieron. Dejando caer los hombros, continuó, con acento monótono:

—Recogíamos la cosecha de patatas en septiembre, lo mismo que ahora. Si el año no era muy bueno… lo pasábamos bastante mal. Y los meses peores eran siempre los del verano, pues andábamos más cortos de alimentos. Quien tenía algo que empeñar, lo empeñaba. Los demás acudían a los prestamistas y se cargaban de deudas más y más. Vivíamos a la sombra del hambre continuamente, y entre las rentas, el tributo a la Iglesia anglicana y la ausencia de derechos humanos, se nos trataba peor que a las vacas y los cerdos. Para los británicos, valíamos menos que los animales.

»La Irlanda de 1800 era un país de ocho millones de habitantes. Pero dos o tres millones no tenían tierras ni empleos y vagaban sin rumbo, hurtando por los campos. Si marchaban a las ciudades, no encontraban trabajo, porque los ingleses no levantaban fábricas ni construían puertos, ni caminos, ni escuelas, ni montaban empresas en el Ulster…, excepto para los protestantes. Las ciudades eran retratos de miseria, inundadas por decenas de millares de mendigos, jóvenes y viejos, sin otra alternativa que el suplicio final del asilo. He ahí la Irlanda que crearon los ingleses.

Ambos permanecieron en silencio largo rato, Conor tratando de asimilar lo que había oído y Daddo pensando en la víspera del desastre.

—Cuando yo era muchacho la gente se casaba joven. Se contentaban con unos pocos acres segregados de las tierras arrendadas por la familia. Con lo cual las fincas se hacían más y más pequeñas hasta quedar pocas que pasaran de quince acres.

»La supervivencia misma de la gente, esa angosta frontera entre el ser y el no ser, dependía de la patata. Unos pocos acres podían alimentar a toda una familia y la única herramienta que se necesitaba era una simple azada para cavar los tablares de patatas, fuere como fuese el suelo. Un hombre corriente consumía de tres y medio a cinco kilogramos de patatas al día, y con las cortezas se alimentaba a las gallinas y cerdos. Con eso y la turba como combustible, teníamos los elementos necesarios para sobrevivir.

»A medida que la población crecía y las fincas menguaban, la tierra se fatigó; quedó esquilmada. Además, quien depende por completo de una sola cosecha, corteja el desastre.

»El hambre aplastó el espíritu de ese Tomas Larkin, que yace ahí tan quieto, como aplastaba a todo el pueblo irlandés.

9

Septiembre de 1845

—¡Papá! ¡Tío Aidan! ¡Tío Cathal!

Kilty Larkin y sus dos hermanos, que estaban arrancando las últimas patatas del tablar, se volvieron para ver al joven Tomas que subía ladera arriba, a la carrera, agitando la mano y gritando al mismo tiempo.

—¡Papá! ¡Tío Aidan! ¡Tío Cathal!

Kilty arrojó un puñado de patatas chiquitas dentro del gran cesto colocado en las guías de la narria, y se estiró en toda su talla, que en verdad era bastante aventajada. Los tres hermanos ocupaban un buen pedazo de suelo, pues eran muy fornidos. Mientras se secaba la frente, una ráfaga de viento hizo volar su cabello, dándole el aspecto de un Moisés barbirrojo. Su hijo salvaba los últimos metros a tropezones.

—¡Eh, vamos, Tomas, deja ya de correr!

—Mamá… —jadeó el muchacho—, mamá quiere que vayáis inmediatamente, todos.

—Bien, ¿qué pasa? —preguntó Cathal.

—A las patatas les ocurre algo extraño.

—Vaya, ¿qué puede pasarles? Ayer estaban perfectamente sanas.

Tomas movía la cabeza y se mordía fuertemente el labio inferior para no ponerse a llorar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kilty.

—Han empezado a ponerse negras ante nuestros propios ojos.

Los hermanos se miraron desconcertados, luego dieron media vuelta los tres a la vez y emprendieron la marcha, casi corriendo. Cuando llegaron al gran cobertizo de piedra y turba utilizado para almacenar cosechas, se había reunido ya allí un grupito de mujeres y viejos. Maud, la esposa de Kilty; Jenny, la de Aidan, y Shidba, la de Cathal, estaban también.

Kilty se abrió paso hasta Maud. Con la cara alterada por el espanto, la mujer le cogió el brazo, y sin despegar los labios, le señaló el cobertizo. Kilty entró, seguido de sus hermanos. Los arcones despedían un olor acre intenso. Kilty hundió la mano y sacó un puñado de patatas, tratando de verlas bien en la oscuridad. Se habían vuelto negras y se deshacían en una especie de pasta que chorreaba entre sus dedos. Hundió la mano más profundamente. Todas estaban igual. Los tres escarbaron un arcón tras otro hasta el final del cobertizo. En todas partes lo mismo.

—¡Santa Madre de Jesús! —gritó Aidan.

—Por amor de Dios, habla bajo —le atajó Kilty. Los tres se acercaron hasta casi tocarse las cabezas.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó Cathal.

—En verdad que no lo sé —respondió Kilty.

—¿Crees que podrá ser la roya? —murmuró Aidan.

—De veras que no lo sé —repitió Kilty—. No había visto nunca una cosa parecida.

—Yo recuerdo que papá nos contaba que esto pasó en Armagh una vez. Cuando arrancaban la cosecha, las patatas parecían sanas; pero de pronto se volvían así.

—Veamos —dijo Kilty, aguzando el pensamiento—. Cathal, sal de aquí lo más silenciosamente que puedas y llévate un saco lleno. Coge unas cuantas gallinas y un lechón, ponlos en un pesebre, separados de los demás animales, y dales de comer patatas de ésas.

—De acuerdo.

—Bien, salgamos y mostrémonos tranquilos, por amor de Dios.

En el momento en que salían llegaron otros tres vecinos diciendo que en sus almacenes había ocurrido lo mismo. Mientras el grupo crecía y la confusión aumentaba, todos los ojos empezaban a volverse hacia Kilty. Este se mostraba casi altivo, hablando con voz pausada y tranquilizadora, y por el momento todo el mundo pareció calmado. Sólo Maud, su esposa desde hacía quince años, sabía leer la desesperación que se arremolinaba detrás de aquel semblante impasible.

A las pocas horas, Cathal tuvo la respuesta. Los animales que habían comido patatas negras morían. Kilty despachó a sus hermanos y a Tomas hacia Moville, al norte; hacia Glencaw, tierra adentro, y hacia Muff, al sur, para reunir a los jefes titulares de los clanes. Cuando llegaron, a altas horas de la noche, la iglesia estaba llena de mujeres llorando y de hombres huraños, aterrorizados.

La reunión se celebró en una antigua torre normanda, abandonada, a una milla del pueblo, con la asistencia de todos los hombres de Ballyutogue. Daddo Friel fue el primero en informar que la cosecha de su pueblo de Crockadaw había empezado a pudrirse el día anterior.

Después de un largo rato de silencio total, estalló un griterío confuso. Kilty asumió el mando, desviando la oleada de miedo que se formaba.

—Cuando nos separemos, quiero que cada uno de vosotros estudie su propia situación y me informe exactamente qué necesita para pasar el invierno y ponerse a sembrar en primavera. Cuando tenga todos los datos, formaré con Daddo y conmigo mismo una comisión de dos para ir a Derry y ver a MacAdam Rankin en persona, el jefe de administradores de fincas rústicas.

—¡Y vaya que se desvivirá por nosotros el magnífico canalla!

—Debo insistir en que os calléis todos. En días pasados hemos tenido nuestras diferencias con MacAdam Rankin; pero nunca nos habíamos visto ante la pérdida total de nuestro alimento básico. Hasta Rankin tendrá que darse cuenta de que

muriéndonos todos de hambre no le haremos ningún favor a Su Señoría.

Aquello parecía bastante lógico. El conde de Foyle debía tener arrendatarios, si quería conservar y aumentar su fortuna. De modo que reaccionaría de modo que salvaguardara su propio interés.

—Enteradme de vuestras necesidades fundamentales —repitió Kilty, enérgicamente— y Daddo y yo negociaremos, solicitando lo suficiente para mantener el cuerpo y el alma juntos. Mientras, no pidáis ningún dinero a los prestamistas… y, por amor de Dios, absteneos de sembrar el pánico.

Fortificados por la pétrea solidez de Kilty, los demás se marcharon con un poco de esperanza.

Los Larkin formaban tres familias, con un total de veinte personas. Kilty era el mayor, digno hijo de Ronan, el que combatió en el levantamiento del noventa y ocho y logró que la tierra diera cosecha donde no la había dado nunca. Él y Maud tuvieron cuatro hijos, tres niños y una chiquilla pequeña, el mayor de los cuales era Tomas, que tenía catorce años. Tomas era alto y fuerte como todos los Larkin, pero haroneaba y soñaba y pasaba el mayor tiempo posible sentado en las rodillas del *shanache* y maestro de valla ambulante. A Cathal, el mediano, le abrumaba el inmenso pesar de no tener heredero varón. Sólo tenía cuatro hijas, la mayor de diecisiete años, y ninguna casada.

Por fin venía Aidan, con cuatro chiquillos escalonados desde los nueve años hasta los pañales.

Las tres familias estaban muy unidas, y esta unión las hacía más fuertes en épocas de crisis. El consejo de familia discutió la situación con tranquila seguridad. El problema inmediato consistía en disponer del alimento suficiente para pasar el invierno, después de pagar las rentas. La parte de cosecha que les correspondía les permitiría resistir; pero en primavera no tendrían dinero para simientes y otros gastos.

Se decidió, pues, que uno de los tres cruzaría el charco y se iría a Inglaterra a trabajar en el muelle y en la recogida de las últimas cosechas. Kilty era el que tenía más posibilidades de ganar buenos salarios, y, además, el único que podía marcharse.

Aidan no tenía quien le sustituyera en los campos, y casi lo mismo se podía decir de Cathal. Estando él, dos hijas podían ayudarle; pero solas, si él se iba, no sabrían desenvolverse.

Cuando dejaba de navegar por las nubes, el joven Tomas ya casi era capaz de trabajar como un hombre.

Kilty le encareció la importancia y la responsabilidad de ascender a cabeza de la familia, y el muchacho prometió desempeñar la tarea.

En conjunto, los Larkin parecían bien situados; no tendrían que luchar mucho más que de costumbre. Pero entonces llegaron los informes de los vecinos y los pueblos cercanos, y las perspectivas de los demás se presentaban muy negras.

Armados con una relación detallada de las necesidades de los arrendatarios de las tierras del conde de Foyle, Daddo Friel y Kilty tomaron el camino de Derry para ver a MacAdam Rankin.

Después de reflexiones y consultas, decidieron que se podría hacer frente a la situación aplazando el pago de las rentas. Convencerían a Rankin de que no teniendo patatas los cultivadores, les permitiese quedarse con cierto número de cabezas de ganado y otras cosechas para alimentarse con ellas. En el transcurso de dos siglos y medio, los arrendatarios católicos de Inishowen y de nueve condes de Foyle se habían levantado en sangrientas revueltas; pero ésas eran ya cosas del pasado. Hacía mucho tiempo que se habían suprimido las leyes penales y desde Inglaterra soplaba un espíritu de reforma y compromiso. Hacía ya más de dos años que Kilty había abandonado las incursiones nocturnas. Ahora las negociaciones habían dejado de ser un recurso excepcional.

Kilty y Daddo se sentían optimistas. Al fin y al cabo, estaban en 1845, y tratarían con hombres civilizados.

10

Tomas se tumbó de espaldas desgarrando el aire con una larga tanda de ronquidos que interrumpieron la narración de Daddo. Este aprovechó la pausa para recobrar fuerzas, y una vez más ofreció el jarrito a Conor. El muchacho, que después del último trago sentía cierto malestar en el estómago, rehusó cortésmente. Tomas se agitó de nuevo, acabando por reposar sobre el vientre, con lo cual el ronquido se redujo a una especie de silbido.

—¿Qué sucedió cuando tú y Kilty fuisteis a Derry a ver al administrador?

Daddo soltó una carcajada sardónica.

—Sí, le vimos, efectivamente. MacAdam Rankin.

—¿Rankin? ¿Del mismo clan que sigue administrando las tierras? —preguntó Conor.

—Sí, los mismos Rankin. Pero el Rankin Rankin era MacAdam. Tan astuto que habría sido capaz de sacar sangre del viento. Era tan listo que algunos de los nuestros hasta tenían confianza en él. Al fin y al cabo, decían ellos, dos años atrás se había mostrado dispuesto a pagar el tributo por cuenta nuestra si Kilty ponía fin a las incursiones nocturnas.

—¿Qué os dijo?

—Se deshizo en lamentaciones, procurando engatusarnos y hacernos cambiar de postura. Dijo que lo sentía muchísimo, que se había puesto en contacto con el propio conde de Foyle para que volviera al Ulster, y suplicaba al Gobierno que nos ayudara. Pero mientras representaba la comedia de la compasión nos iba tomando las medidas para los ataúdes, porque mucho antes de la roya había decidido ya qué haría con los arrendatarios. —Daddo movía la cabeza, sin poder creer aún en la traición de MacAdam—. Mientras hablaba con nosotros empleando el acento de la mayor sinceridad, trazaba planes para mandarnos cuanto antes a entrevistarnos con Jesús y María. Conor, si una cosa has de recordar siempre es que no debes sentarte nunca a negociar con esa gente. Son como cabras mirando a través del seto, más cargados de tretas que el peor chamarilero y con menos honor que una cerda.

»MacAdam tenía un hermano mayor, Owen, burda composición de hombre, incapaz de gobernar las tierras por sí mismo y al que tenían allí en calidad de verdugo. Había también un sobrino, Alendon, que esperaba ansioso el día que pudiera tomar las riendas. Formaban un equipo trágico; eran las secundinas de tres generaciones de administradores de fincas. Satánicos, puramente satánicos…

Durante aquellos meses, el conde de Foyle, lord Morris Hubble, y lady Beatrice residían en Daars, su casa solariega del sur, cerca de Kinsale. Daars había adquirido

cierta fama como el salón más de moda entre la colonia de oficiales de marina británicos de alto rango jubilados y una tropa de nobleza nómada.

La noticia de la roya de la patata dominaba la mayor parte de las conversaciones. La verdad es que cierto número de ausencias extemporáneas habían casi desbaratado la temporada de excursiones marítimas.

En respuesta a la consulta de Su Señoría, MacAdam Rankin había contestado que en Hubble Manor todo marchaba bien. El administrador sugería que se tomara una serie de medidas preventivas. En todo caso, escribía Rankin, no era necesario que Su Señoría corriese a casa sometiéndose al tortuoso viaje en coche a través de todo el país.

La familia Rankin llevaba cerca de un siglo administrando las fincas del condado. En los dos lustros que MacAdam dirigía los asuntos se le había otorgado más confianza y autoridad todavía. Fue un arreglo que dejó a lord Morris y lady Beatrice libres para gozar de la vida de sociedad en Daars y Londres.

El conde respondió al mensaje de Rankin dándole permiso para llevar adelante sus propósitos e indicaba que se disponía a sacar pasaje como de costumbre, para dentro de algunas semanas, en el paquebote que iba de Queenstown a Londonderry.

Rankin, aunque había entretenido a Kilty Larkin y pacificado a los arrendatarios católicos, estaba muy preocupado por una atmósfera de pánico que se iba extendiendo y que podía desencadenar una actividad delictiva.

Owen, el estoico hermano mayor, fue enviado al Castillo de Dublín con cierto número de peticiones concretas. En el transcurso de las generaciones se habían introducido en los círculos del Gobierno amigos y servidores de los condes, y no cabía duda de que las peticiones de Rankin serían estudiadas prestamente.

El joven Alendon partió para Londres con objeto de contribuir, con otros administradores y nobles, a que el Gobierno se enterase de las miras de los propietarios.

Rankin puso en movimiento a sus procuradores para que preparasen un conjunto de instrumentos legales que tendría a mano para utilizarlos contra los católicos.

El arma más fuerte del conde era el gran número de protestantes leales a su casa asentados en sus fincas de Ballyutogue y alrededores desde hacía doscientos años. Los presbiterianos habían bajado de los Lowands escoceses en calidad de colonos, y más tarde los anglicanos obtuvieron tierras en pago a los servicios que prestaron a Cromwell. Sin embargo, quedaban aislados del cuerpo general de protestantes del Ulster, lo cual originaba en ellos la sensación de estar rodeados de vecinos hostiles, arriba en los brezales.

La anatomía del miedo de los protestantes resultaba un instrumento oportuno y manejable en el equipo de MacAdam Rankin, un instrumento capaz de excitarles hasta una desesperación febril. El fracaso de la cosecha de la patata proporcionaba al

malvado administrador de fincas una oportunidad que no pensaba dejar escapar.

—Ya ves —continuaba Daddo—, la roya fue una de las pocas cosas que ocurrieron que no tuvieron carácter sectario, pues destruyó sus patatas al igual que las nuestras. Aunque no llevaban nuestras cargas ni eran tan pobres como nosotros, los protestantes se encontraban ahora en un conflicto serio. MacAdam Rankin acudía a sus Orange Halls, o sea, a sus locales sociales, y a sus iglesias prometiéndoles que el conde les ayudaría a vencer la mala temporada, pero advirtiéndoles al mismo tiempo que habían de prepararse para lo peor por parte de los cultivadores irlandeses. Y nunca fue muy difícil convencer a los protestantes sobre este punto. Todavía se mean de miedo y sermonean y viven con el horror en el cuerpo a consecuencia de un levantamiento católico que ocurrió dos siglos antes.

»Para acabar de completar el cuadro, Owen Rankin regresó del Castillo de Dublín con el permiso de reactivar el East Donegal Yeomanry, es decir, a los alabarderos de East Donegal. ¡Y qué hermoso puñado de chavales eran! Formaban una unidad de la milicia de reserva que había dejado atrás a todos los batallones del Ulster (desde Cromwell hasta el levantamiento de los United Irishmen) en materia de azotes, despedazamientos, destrucciones y torturas. En el aislamiento en que se hallaban, sus temores se habían traducido siempre en un frenesí sádico.

—A cambio del apoyo del conde, MacAdam sugirió insistentemente que todo hombre útil empuñase las armas para proteger la tierra y sus privilegios. Sacaron la antigua bandera, le quitaron el polvo, la desplegaron y la izaron sobre el cuartel de Ballyutogue, y con la gaita y el tambor cantaron canciones de odio a los arrendatarios irlandeses, de modo que ni un solo católico dejó de entender el significado de todo aquello.

—No me propongo interrumpirte —interpuso Conor—, pero ¿cómo llegaste a saber lo que sucedía en el Castillo de Dublín y en los Orange Halls?

Daddo fijó la mirada más allá del pesebre, trastornado primero, luego desalentado.

—¿Dudas de mi veracidad, Conor?

—Pues no exactamente —contestó el muchacho—, pero resulta todo muy raro. Entre eso de tener cuarenta años menos de los que tienes de verdad y ser tan transparente que veo el otro lado del establo a través de tu cuerpo y narrarme acontecimientos de los que apenas podías tener noticia…

—¡Basta! —exclamó Daddo, agitando la mano con disgusto—. ¿Te imaginas que me tomaría la molestia de pasar la noche entera sentado aquí si no quisiera que supieras esas cosas? Además —y su voz descendió, adquiriendo un timbre de misterio—, un *shanache* sabe ciertas maneras de descubrir las cosas.

—¿Por medio de los duendes?

—No pienso contarte mis secretos y no otorgaré la confianza de mi corazón a una

persona que duda. Si no te importa, voy a marcharme…

Dicho esto, la imagen empezó a oscurecerse y vacilar ante los ojos de Conor.

—¡No te vayas! —gritó el muchacho—. ¡Por favor!

Daddo dejó de difuminarse e hizo un pucherito.

—Hay cosas que no debes discutir, tales como las que estas viendo y escuchando.

—Lo que pasa es que mi papá y Kilty siempre me dijeron que tenía que discutirlo todo, y muy particularmente que no debía dejar que el sacerdote se sacara demasiados milagros de la manga sin protesta de nadie. Pero sinceramente, Daddo, jamás tuve intención de comparar a un *shanache* con un simple sacerdote —añadió a toda prisa.

—Bueno, ahora razonas brillantemente —confesó Daddo— y por ello continuaré —y volvió a tomar el hilo sin hacer una pausa siquiera—. Durante su estancia en Dublín, Owen Rankin consiguió que se diera oficialmente la orden de aumentar el número de los *constabulary*. ¡Ah, éstos eran la maldición de nuestras vidas! Como las tierras no eran suficientes para todos nuestros hijos, a veces no había más remedio, para ganarse la vida, que sumarse a aquellos demonios. Odiábamos el *constabulary* porque la Corona se aprovechaba así de nosotros contra nuestro propio pueblo. La roya deparó un incentivo perfecto para el reclutamiento. Centenares de familias que se hallaban de siempre al borde de la ruina se vieron barridas de pronto. Una pequeña gratificación de alistamiento, el sueldo normal y la ligera esperanza de la protección que significaría tener un hijo en la policía era todo lo que se necesitaba para que aquel Cuerpo se convirtiese en un pequeño ejército. A los ingleses les resultaba magnífico disponer de católicos a quienes encargar las tareas sucias.

»Por esa época, Kilty seguía el juego de MacAdam Rankin. En el pasado, Kilty nos había mantenido unidos; en cambio, esta vez era diferente. Nunca hubo gente tan dominada por el terror. Por añadidura, toda esperanza de organizar un levantamiento se desvaneció cuando algún renegado se hizo confidente y reveló dónde guardábamos las armas. El pánico invadió todos los hogares. Los prestamistas recorrían la región y los cultivadores más desesperados se entregaban a su merced, aceptando préstamos con unos réditos imposibles, y mientras otros corrían a engrosar las filas de los *constabulary*, otros muchos cruzaban el mar para ir a buscar trabajo en Inglaterra.

Los británicos tomaron una serie de medidas para reducir el aumento de los precios en Irlanda, elevaron la tarifa protectora en la importación de maíz y trajeron grandes cargamentos de maíz americano, pero la mayor parte de éste cayó en manos de los especuladores.

En Irlanda estaban en vigor desde hacía varios años unas normas por las cuales el Estado cuidaba del sustento y atención de los pobres, principalmente a base de asilos, en un intento de hacer frente al desempleo crónico. Si bien el asilo formaba parte de la vida inglesa, repugnaba de un modo especial a los irlandeses, habituados a la vida

comunal, y les parecía poco más alentador que una sentencia de muerte.

Entre otros planes, había el de emprender trabajos públicos en gran escala, sobre todo construyendo caminos.

Pero lo que hacía falta era una política de gran envergadura, una decisión suprema para Irlanda. Téngase en cuenta, no obstante, que la misma Inglaterra estaba sufriendo los dolores de un trastorno social originado por un sistema de clases inicuo cabalgando sobre las olas de la revolución industrial.

Por consiguiente, ¿qué importaba que los irlandeses estuvieran en apuros?

En el mejor de los casos se les podía considerar una gente rara, una raza caída, perezosa, ignorante, beoda y verdaderamente indigna de vivir al mismo nivel que el civilizado inglés, a quien era desleal.

Mientras se estudiaba y sopesaba el hado de Irlanda, los colonizadores, que habían disipado el país, presionaban ahora de todas las maneras posibles para salvar sus cuellos.

Al cabo de un largo silencio, Conor se arrodilló para escuchar la respiración de su padre, que se había quedado extraordinariamente silencioso.

—No te inquietes —dijo Daddo—, está profundamente dormido y libre de preocupaciones.

—Sí —respondió Conor, bostezando.

—¿Tú también tienes demasiado sueño?

—No, quiero que me lo cuentes todo —respondió Conor.

—Entonces, ven a sentarte cerca de mí como sueles hacer, y así no tendré que hablar demasiado alto.

Conor se trasladó a gatas por el heno y se acomodó a los pies de Daddo.

—Cuando tu bisabuelo Ronan Larkin abandonó Armagh, allá por el 1800, y se vino a Ballyutogue, Inglaterra había combatido en guerras que asolaron muchos campos de Europa y el ejército necesitaba muchísimas cosas. Hasta el último acre de Irlanda se transformó en campo de cultivo de cereales, porque de ahí se sacaba dinero. Con ello se destruyó gran parte de los terrenos de pasto.

»Después de Waterloo hubo una gran demanda de cereales, y las fincas cada vez producían menos. Grandes patrimonios de la aristocracia cayeron en la ruina. Buena parte de la nobleza campesina andaba de cabeza; muchos habían contraído grandes deudas de juego. Las fincas estaban cargadas de deudas e hipotecas hasta el tope.

»Los MacAdam Rankin y la gente de su ralea vivían de un porcentaje de lo que recaudaban y estaban dispuestos a ordeñar hasta la última gota. La peor maldición de Irlanda ha sido el terrateniente, y en el momento de la roya esta organización llegó al colmo de su perversidad. El problema que se planteaba el Gobierno británico no era el de la supervivencia de nuestro pueblo, sino de la aristocracia que había instalado en

nuestro suelo.

»Aparte del desastre de la patata, las cosechas habían sido buenas aquel año, y en el país había alimento suficiente para mantenernos a todos, a condición de que lo dejasen en Irlanda; pero la endeudada nobleza campesina necesitaba vender en el extranjero.

El Gobierno adoptó la postura del *laissez-faire*… como de costumbre, sin intervenir en nada.

El invierno presenciaba la muerte de unos cultivadores que tenían los arcones llenos de alimento podrido. Los administradores de fincas habían acelerado el cobro de las rentas y pronto los corrales de ganado vacuno de Londonderry y otras ciudades portuarias irlandesas rebosaron carne para exportar a Inglaterra.

Las grandes heladas habían hecho acto de presencia, primero arrugando las hojas, luego dejando desnudos los abedules y tiñendo los montes de pardo. Ballyutogue temblaba. Solo entonces lord Morris Hubble, noveno conde de Foyle, desembarcó en Londonderry.

11

Los Hubble parecían olvidar, de un año a otro, que el mar de Irlanda podía ser tan ingrato y más que los caminos del país. Ni zalamerías, ni gracias, ni cuidados lograban calmar el mareo de la condesa, la cual abandonó el paquebote en un desmayo y fue trasladada rápidamente a Hubble Manor, donde se retiró de inmediato a sus habitaciones y se declaró indispuesta.

En Inishowen la llegada anual del conde de Foyle era un acontecimiento de primera magnitud. Aquel año, la tensa atmósfera que se había formado, sumada al estallido habitual de movimiento y actividad, al acostumbrado diluvio de invitaciones oficiales y de cortesía y a las solicitudes de audiencia, desató una conmoción más que normal.

Mientras el conde se acomodaba, ordenaba y clasificaba cosas y daba a lady Beatrice oportunidad de recobrarse, el joven Arthur llegaba de Harrow con un par de condiscípulos para pasar las vacaciones. Sería el momento de estrechar las relaciones entre padre e hijo.

Después de haber tenido tres niñas, el nacimiento de Arthur, estando ya los padres en edad avanzada, había constituido un alivio, porque así la línea de descendencia quedaba asegurada. Pero en edad temprana, el muchacho manifestó una fragilidad nada característica en un Hubble. No era, podríamos decir, el orgullo de su padre, precisamente. En realidad, Arthur significaba una desilusión tan grande que lord Morris se preguntaba si sería capaz de sostener la carga que le correspondía en el gobierno de la familia.

Morris pasó algunos años de frustración intentando infundir virilidad en su hijo. Los juegos duros inyectaban vigor físico. Pero a medida que el padre insistía más, el hijo se apartaba, buscando el solaz de la madre y las hermanas. El zahiriente sarcasmo del conde sólo lograba que Arthur se encastillase más en su postura. Antes de los ocho años solía tartamudear y padecía ataques de cortedad de aliento que se agravaban cuando regresaba a Hubble Manor y se encontraba ante la imponente figura de su padre.

Pero ya no vendrían más hijos. Serenado por esta realidad, Morris Hubble, que se consideraba un hombre ilustrado, quiso hacer las paces. Lo que deseaba de un hijo y lo que le había correspondido eran dos cosas distintas. Sus bramidos empezaron a reducirse hasta quedar en meros suspiros de disgusto y balbuceos apagados. Pero si bien el conde reprimía ahora los signos externos de desilusión, la falta de agresividad física por parte del muchacho y su condición de niñito lindo, le revolvían el estómago indefectiblemente.

Bueno, al menos Arthur demostraba poseer una mente despierta y progresaba satisfactoriamente en los estudios. Como único hijo varón, era el solo heredero, y

desde el nacimiento le correspondía el título de vizconde de Coleraine. Eligiendo el distanciamiento como la manera más sensata de convivir, Morris estaba contentísimo de que Arthur se hubiese traído unos amigos. Aquel anual «tratar de conocerse uno a otro, y padre e hijo retozando juntos» se podía mantener al mínimo más absoluto.

El ala residencial de Hubble Manor empezó a poblarse con la tremolante llegada de las tres hijas, los correspondientes maridos y media docena de nietos. Las señoritas se habían casado con mucha vista. Aunque la estirpe de los Hubble llevaba arraigada en Inishowen doscientos cincuenta años y pico, lord Morris, lo mismo que sus antecesores, consideraba las tierras del condado como una parcela de terreno inglés y se tenía a sí mismo por inglés exclusivamente. Ellos habían de cumplir sus deberes en un lugar que no era del todo una colonia, pero que tampoco dejaba de serlo completamente. Muy poca fidelidad le debían al Ulster, asiento de su riqueza y su poder, porque para ellos seguía siendo un país extraño; e Irlanda, otro planeta. Lo que importaba era mantener la presencia de Inglaterra en el Ulster, y dos de sus hijas habían tenido buen cuidado en casarse con hombres de su propio linaje, en un juego de autoperpetuación. Beatrice había tomado estudiadas medidas para que no se apartasen de la influencia y el atractivo de la corte británica.

En lo que respecta a la hija mediana, Beverly, se había efectuado un inteligente enlace con una familia de escoceses del Ulster asombrosamente enriquecidos gracias a las hilaturas de lino que tenían en Belfast. En Inglaterra, establecer parentesco con la familia del marido de Beverly se habría considerado un auténtico revés de fortuna; pero aquí, en Irlanda, la alianza con el elemento escocés no se consideraba un descenso de nivel en la casta de uno. La revolución industrial estaba creando fortunas nuevas e inmensas; era preciso considerar los imperativos de la época, así como la innegable realidad de que vivían fuera de la madre patria. Al cabo de unos años, el marido de Beverly ascendería a la condición de caballero, y si se le orientaba debidamente, no era imposible, ni mucho menos, que alcanzase la dignidad de par.

La llegada de las hijas y los nietos fue el antídoto que lady Beatrice necesitaba para salir de su confinamiento y entregarse al chismorreo.

Morris Hubble había ascendido de vizconde de Coleraine a conde de Foyle una docena de años atrás, heredando unas propiedades que se venían abajo a causa de las deudas nacidas de la pasión por el juego y las mujeres que había demostrado su padre. El viejo conde murió en las Indias en brazos de una querida negra extraordinariamente joven y hermosa. Vivió a lo grande, a lo insuperable, y falleció de una enfermedad inconfesable, de cuyos dolores le habían librado mediante un velo celestial de opio.

Una de las primeras medidas de Morris Hubble consistió en echar a Owen Rankin del puesto de administrador jefe, sustituyéndolo por su hermano menor MacAdam, un

cerebro de primera magnitud. Este hecho amargó para siempre a Owen, que ya antes parecía eternamente amargado. La medida cambió por completo la marcha de la heredad.

Lord Morris siguió operando transformaciones y fue el primero de su estirpe que adoptó los nuevos principios para tratar con los cultivadores de sus tierras. Los O'Neill y sus aliados tradicionales, a quienes se había arrebatado las tierras para componer la finca de los condes, continuaban siendo el clan más belicoso de Irlanda. El hecho de que la heredad quedara tan aislada en Inishowen empeoraba todavía esta circunstancia. La violencia de los arrendatarios había constituido un estilo de vida, como quedó plenamente demostrado cuando Kilty Larkin llevó dos mil cabezas de vacuno de lord Hubble, de estampida, al fondo del lago Foyle.

A los labradores irlandeses (llamados *croppies*) parecía no impresionarles demasiado que les enseñaran el látigo. Como resaca de la Revolución francesa, la reforma agraria se había extendido por toda Europa y algunos mensajes que esta reforma traía se habían filtrado incluso hasta las islas británicas. Como alboreaba la era de la razón, lord Morris prefirió entablar negociaciones y se granjeó el aprecio de la gente, además de procurarse con ello una era de paz, al avenirse a pagar, de su bolsillo, a la Iglesia anglicana el tributo que hasta entonces pesaba sobre los arrendatarios. Aunque en realidad MacAdam Rankin recobró todo lo perdido por este concepto mediante aumentos, sutilmente conseguidos, de los arriendos.

Si bien dio mayores atribuciones a MacAdam con el transcurso del tiempo, el conde siguió dirigiendo sus propios asuntos escrupulosamente, y a pesar del gran contacto que había entre ambos, él se mantenía distanciado, exigiendo el más estricto protocolo. Su Señoría, empero, no consultaba a nadie más que a MacAdam. Cuando estaba en su casa solariega, solía celebrar con él sesiones que duraban horas enteras.

En el transcurso de aquellas entrevistas maratonianas, lord Morris repasaba seguida y flemáticamente las macizas carpetas de documentos, buscando alguna que otra vez un asunto cuya solución tenía ya el administrador, invariablemente, en la punta de la lengua.

Morris parecía incrustado en la gran biblioteca, dividida en asombrosas hileras de volúmenes plantados eternamente en posición de firmes. Tomos que habían sido encuadernados y fileteados por dos generaciones de artesanos traídos de Florencia y que vivían y trabajaban en la heredad con este solo propósito. Aquella biblioteca tenía fama de ser el mayor oasis de ilustración en el desierto que se extendía desde la costa norte hasta las puertas de Dublín.

Detrás de la esmeradamente pulida mesa escritorio de palo rosa, el conde quedaba enmarcado por una ventana entre columnas que ostentaba el escudo de los Hubble en vidrio policromado. Este representaba la Mano Roja del Ulster y un mítico grifón azul de tres cabezas emblasonado con el latinizado lema de: «Una carga más para

gloria del rey.» En el extremo opuesto del salón, de catorce metros y pico de largo, colgaba un grandioso retrato al óleo del libertador británico de Irlanda, el rey Guillermo de Orange, obra de sir Godfrey Knaeller, pintor de la corte en aquella época. De acuerdo con la tradición del Ulster, había sustituido a la reina María por un corcel blanco. El cuadro se salvó milagrosamente cuando, durante un levantamiento campesino, fue arrasada toda un ala del castillo primitivo.

Aunque se acercaba ya a los cincuenta, el conde seguía teniendo la figura de un joven oficial de fusileros luciendo una elegante levita de tela de Valencia, a rayas, sobre un chaleco de seda de la China. Unas polainas de cuero blanco abrazaban sus piernas, robustas y bien formadas, y el cabello, sin una sola cana, era una masa de rizos que descendían hasta los hombros con las patillas cortadas al nivel de los labios. El único signo de que los años se iban acumulando lo daba el monóculo puesto en juego para leer algunos de los papeles escritos en letra más menuda.

Por el contrario, MacAdam era un hombre bajo, enjuto, y vestía un casimir abultado y sin planchar impregnado de austeridad escocesa.

Junto a la mesa reposaban cuatro baúles imperiales de bejuco que contenían los libros e informes necesarios. Después de haber examinado al detalle la última carpeta, los dos hombres se miraron fijamente en medio de un silencio desamparado, interrumpido solamente por el tintineo de las cucharillas en las tazas de té. El resplandor del vidrio policromo se difundía en una claridad grisácea. Lord Morris abrió la cajita de rapé, incrustada de joyas, y se concedió un pellizco.

—¿Cuál es la causa? —preguntó por fin.

MacAdam movió la dolorida espalda y se encogió de hombros.

—La comisión Peel dijo que la causante es cierta variedad de hongo. Durante estos años pasados ha habido desastres en las patatas, en América y en el continente; pero ninguno como éste. Yo sostengo la teoría de que los gérmenes que lo provocaron debieron de propagarse a causa de las grandes lluvias caídas antes de la cosecha.

Morris abatió el puño sobre la mesa con insistencia fútil; luego saltó del sillón y se lanzó, literalmente, al alféizar de la ventana, por la que se puso a mirar con semblante nublado.

—Eso es como un campo en armas —dijo molesto.

—Siempre ha sido como un campo en armas, de una forma o de otra —respondió Rankin, levantándose también para desentumecerse y frotarse los enrojecidos ojos.

—Yo había llegado a confiar que los derramamientos de sangre, en Inishowen, eran cosa del pasado.

—El Señor de los cielos sabe que usted ha hecho más de lo que le correspondía para prevenirlos.

Lord Morris paseaba por la habitación, cogidas las manos detrás de la espalda. Midiendo toda la longitud de la biblioteca, fue a detenerse ante el manto de la

chimenea y el retrato del rey Guillermo.

—Espero que Su Señoría comprenderá que me sentí obligado a aumentar nuestras fuerzas de policía.

—Sí, pero ¿podemos confiar en el *Constabulary*? Más del noventa por ciento son católicos.

—Harán lo que se les mande —atajó MacAdam—. Además, en la situación en que se encuentran, cualquiera de ellos delataría a su propia madre por unos pocos chelines. La prueba está en que hemos descubierto la mayor parte de las armas que tenían escondidas gracias a informaciones de los confidentes. Esta vez Kilty Larkin no organizará ninguna sublevación.

Mientras se iban aproximando poquito a poco al corazón del asunto, los dos hombres se acomodaron mejor, sentándose junto a la lumbre y calibrando cada nuevo sondeo con un zarpazo de ansiedad nacida de la espantosa decisión que se levantaba ante sus ojos. Rankin dio gracias a Dios por conservar abiertos los puertos, permitiéndoles vender sus mercancías en Inglaterra y aventuró la tesis de que en caso contrario más de la mitad de las fincas del Ulster habrían ido a la bancarrota.

—¿Qué es lo último que se sabe de los planes del Gobierno? —preguntó lord Morís—. Con respecto a los labradores, quiero decir.

—Que construirán caminos. Si pueden hacerles trabajar, fíjese bien. Si pueden hacerles trabajar. Se habla de montar comedores gratuitos.

—Veamos, ¿en qué medida sospecha usted que les azotará el hambre, señor Rankin?

—Milord, según mis datos, han hurtado una cantidad suficiente de las cosechas y la han escondido en las montañas.

—Pero ¿y si se extiende el hambre, de verdad?

—Yo diría que el problema incumbe al Gobierno.

—Señor Rankin, en ese fardo de peticiones, ¿no ha tropezado con una pidiendo permiso para pescar en el lago, entre Carrowkeel y Drung?

MacAdam confiaba que el conde no se fijaría en aquel documento. Unas manchas encarnadas se acumularon en las partes del rostro que no tenía cubiertas de pelo. Lord Morris se había levantado del sofá y estaba de pie bajo Guillermo de Orange. Ambos, el cuadro y él, parecían mostrar una actitud interrogativa.

—¿Qué? —insistió lord Morris.

—No puedo recomendarlo —contestó el administrador.

—¿Ni siquiera en el caso de verdadera escasez de alimentos, señor Rankin?

—No a expensas de los vasallos leales.

—Comprendo su punto de vista; pero la situación puede degenerar en una crisis, quizá en un estado de urgencia.

MacAdam Rankin se puso en pie y toda su personalidad sufrió un cambio total;

dejó de ser el criado dócil para convertirse en un hombre súbitamente revestido de cólera justiciera. Los ojos se le humedecieron de rabia y, golpeando el aire con un índice furioso, vomitó:

—Esa gente ha habitado la isla por espacio de dos mil años. Dos mil años sin establecer ninguna tradición como marinos, ni constructores, ni pescadores. Estuvieron aquí dos mil años apilando piedras una sobre otra, sin ningún mortero que las uniese, hasta que nosotros les enseñamos a usarlo. Mis antepasados maternos fueron enviados aquí, a Inishowen, a predicar el verdadero Evangelio y enseñar el idioma del rey. Pero los indígenas repudiaban al Dios verdadero. ¡Preferían esconderse en cavernas y celebrar sus ritos paganos! ¡Dios sabe que intentamos convertirlos, pero rechazaron a nuestro Señor! ¡La haraganería no es buen material para fabricar hombres de carácter!

La estridencia de su voz actuó como un bumerang; regresó a sus propios oídos y lo dejó en silencio (recobrando un aliento que necesitaba con urgencia) y un tanto asombrado de su propio estallido.

—Lo que tenemos aquí ahora, señor Rankin, puede convertirse muy bien en una cuestión de vida o muerte.

—Es ya una cuestión de vida o muerte, milord. La de ellos o la nuestra. Si permitimos que esa gente baje a la bahía Foyle y levante pueblos de pescadores, no nos libraremos nunca de ella. Continuarán criando como moscas, de manera que en diez años la bahía quedará agotada, exactamente igual que ahora lo está el suelo.

MacAdam desanduvo toda la longitud de la biblioteca hasta situarse junto al cuarto baúl, que había permanecido cerrado, y lo abrió, desplegando un gran mapa familiar y extendiéndolo sobre la mesa escritorio. Lord Morris lo reconoció inmediatamente como un plano de la confusión de parcelas escalonadas arrendadas a labradores católicos. Pero alguien lo había modificado pintando grandes sectores de un color más oscuro.

—La solución radica en una sola palabra, la misma que hemos debatido desde hace años —decía MacAdam—, y esa palabra es «consolidación». Si pudiéramos echar a los arrendatarios de estas áreas sombreadas procederíamos a la transformación inmediata de varios millares de acres de tierras pobremente cultivadas en ricos pastizales, sin la carga de otras bocas que alimentar más que las del ganado. Se acabarían las guerras por el tributo, las sublevaciones, las recaudaciones de rentas, los desatinos, la idolatría. Terrenos de pastos, nada más, y millares y millares de cabezas de vacuno engordándose para abastecer el magnífico mercado inglés.

Sin necesidad de seguir escuchando, lord Morris supo que el resto del contenido del baúl eran órdenes de evicción en las que sólo faltaba su firma. Su semblante se transformó, mientras se dejaba caer en el sillón de la mesa.

—¿Qué hacemos con esa gente? —preguntó con voz ronca, señalando el baúl.

—¿Qué hacemos de ellos, señor? Han esquilmado la tierra con su ignorancia y sus hábitos de cultivo y se han enajenado nuestra misericordia al rechazar a Dios y a la reina.

Fue como si el conde se despojara en un instante de todos sus ropajes de aristócrata.

—¿Qué número representa eso, exactamente?

—El veinte por ciento de los arrendatarios, para empezar. En primavera habrá más. Milord, esta medida no me causa ninguna satisfacción. Sin embargo, las cifras no mienten. La superpoblación llega a tal extremo, que dentro de pocos años todos los pedazos de tierra disponibles se verían sembrados de patatas para alimentar a esa gente. Por eso los ingresos han descendido incesantemente. Hemos de considerar la roya como una bendición disfrazada, como un mensaje del Todopoderoso, mandando que se reserve estas tierras para quienes las merecen.

MacAdam Rankin era un hombre pragmático; este arranque de celo religioso parecía muy fuera de lugar. No obstante, Irlanda, y el Ulster muy en particular, fundaban su pragmatismo en la Biblia al igual que en la espada. El convencimiento absoluto de que su interpretación de Dios y de la palabra de Dios eran las únicas acertadas, la supuesta integridad absoluta, y la piedad tasada en la devoción constituían los rasgos fundamentales del ulsterismo presbiteriano, de modo que MacAdam Rankin, con ser un hombre de negocios de pellejo muy curtido, se mantenía singularmente en sus ideas.

Un fugitivo instante cruzó por el cerebro de lord Morris la idea de convocar un congreso de todos los propietarios de tierras, cerrar las puertas y alimentar al pueblo. Pero esta idea se disipó con la misma rapidez con que se había formado. Irlanda había sido saqueada hasta llevarla al borde de la bancarrota, y cualquier proyecto por el estilo habría terminado en un aluvión de juicios por falta de pago de hipotecas vencidas. Las cuentas de su propia heredad reclamaban el pago de varios millares de libras; obligación que, simplemente, no podría cumplirse sin llevar a Inglaterra cosechas y ganado.

—Usted ha tenido potestad en todo momento para firmar estos avisos de despido, señor Rankin.

—Y no me importa firmar evicciones en el curso normal de mis funciones, milord, pero no puedo asumir la responsabilidad de una medida como ésta. Se trata de una decisión fundamental que influirá en el curso de su vida. Además, usted es aquí la Corona. Si usted pone su firma, del resto me encargo yo.

—Gracias, señor Rankin —respondió con aspereza—. Le llamaré cuando le necesite.

MacAdam Rankin asintió con la cabeza y se inclinó en una leve reverencia.

—Gracias, milord.

Al poco rato Morris Hubble sufría un dolor de cabeza espantoso a causa de meditar hasta el infinito y de morderse el puño sin cesar. Entró un criado y anduvo por allí casi de puntillas, encendiendo las velas, pues la oscuridad iba venciendo a la luz. Sus llamas se reflejaban en la pulida caoba de grano fino de los estantes altos. El conde deambulaba por la habitación, sufriendo horriblemente. Sus ojos estaban desencajados. Su mano, que acariciaba las filas de libros buscando unas palabras de consuelo, se detuvo en un pequeño volumen de Alexander Pope. Con la llama oscilando muy cerca de la página, el conde leía en voz alta, con acento monótono y angustiado.

La Religión, sonrojada, apaga sus fuegos sagrados,
La Moral fenece entre códigos olvidados.
Ninguna llama, pública ni privada, se adivina;
No queda un fulgor humano, ni una mirada divina
¡Oh, Caos, tu temido imperio ha triunfado!
La Luz muere ante tu verbo increado.
Tú, gran anarquista, bajas el telón
Y envuelves en tinieblas este mundo felón.

Después de una corta eternidad, el conde sacó del baúl la primera serie de órdenes de evicción, todas debidamente atadas con cinta encarnada. Desató la cinta y cogió el primer documento. La mano le temblaba tanto que tuvo que dejar el papel sobre la mesa para leerlo. Describía una mísera asignación de dieciséis acres en arriendo dispersos por las montañas en nueve parcelas separadas. Para un tal Grady MacGilligan. Sería sin duda un fulano desdentado, con los ojos enrojecidos por la bebida y despidiendo un olor nauseabundo. Todo ello era materia viva: la casita, la fláccida mujer guiando una vaca por delante de la lumbre, la vocinglera turba de chiquillos, los crucifijos y los talismanes, una habitación principal poblada de gallinas que arañaban el suelo…

Morris desenfundó la pluma del portaplumas y la mojó en tinta. Al sonido del primer rasgo de la firma, levantó los ojos trastornado.

—¿Qué diablos…? —el joven Arthur se había plantado junto a la mesa—. ¿Qué es eso de entrar aquí a hurtadillas?

Las mejillas del chico se pusieron coloradas.

—Lo… lo sss… sssiento, padre. He llamado pe… pero… no me has contestado.

—¡Ahí le tenemos con ese maldito, condenado tartamudeo suyo! —Morris arrojó la pluma—. ¡Bueno! ¿Qué quieres?

—Yo… yo só… sólo quería coger un… un… un libro.

En aquel instante apareció lady Beatrice.

—¿Está ahí, querido? —gorjeó—. Hemos visto salir al señor Rankin. Todo el mundo está reunido en el salón de la familia. Brooke va a leernos unos capítulos de la nueva obra de Dickens, Vida y aventuras de Martin Chuzzlewit.

—¿No se les puede leer nada más a nuestros nietos que los escritos de ese maldito radical?

Beatrice arqueó la espalda y las, cejas todo a la vez, mientras Morris luchaba por recobrar el dominio de sí mismo, balbuceando entretanto unas palabras de excusa por aquel arranque.

—Lo siento. Esta noche tengo muchas cosas que hacer todavía. Continuad sin mí, os lo ruego. Yo tomaré una cena ligera aquí mismo.

—Muy bien.

—Ah, Beatrice —la llamó cuando ella ya estaba a la puerta—, hemos cambiado de planes. Abandonaremos Hubble Manor antes de la quincena. Cuida de que unos sirvientes nos precedan y vayan a abrir la casa de Londres. Pasaremos algún tiempo sin volver a Irlanda.

—Morris, ¿hablas completamente en serio?

—No… discutas… conmigo…, lady Beatrice —pidió con mucho énfasis—. No discutas conmigo.

La mujer continuó donde estaba, totalmente perpleja; después giró sobre sus talones.

—Hablaré contigo cuando estés de un humor más cortés —y se fue, cerrando de un portazo.

Arthur se acercó más a la mesa.

—P… p… padre, ¿pasa algo…?

—No, hijo mío —gimió el conde—. Sólo te pido que trates de comprenderlo algún día… y que seas generoso.

12

Tomas había quedado tan sosegado que apenas se movió lo más mínimo durante dos horas, el tiempo que Daddo había hablado hasta agotarse. El *shanache* buscaba tan a menudo el auxilio del jarro que, a su vez, también empezaba a estar un poco ebrio. Se estiró, se limpió el heno de la ropa y se dirigió con paso desigual hacia la puerta del establo. La noche se había vuelto muy dulce; un céfiro cálido susurraba ladera arriba. Sacó un cubo de agua del pozo, hundió la cara en ella y luego se acomodó en un punto en que la pared había quedado lisa por el roce de generaciones de espaldas de Larkin.

Conor le siguió hasta el pozo y luego hasta la pared.

—¿No sabías que hay una estrella —estaba diciendo Daddo— por cada muchacho irlandés que ha tenido que cruzar el charco?

—No, no lo sabía.

—Tampoco lo sabía yo —explicó Daddo—. Acabo de descubrirlo ahora. Pero ha de haberla. Yo esperaba aquí, en este mismo lugar, mientras Kilty se despedía de Maud y de los hermanos. Cuando nos negaron el derecho a pescar descubrieron dónde escondíamos las armas, fuimos presa de un miedo espantoso, sabiendo que era cosa de días, de semanas a lo sumo, para que empezasen las evicciones. Una desgracia muy superior a lo que Kilty podía soportar y resistir.

»Salieron de la casita todos, Maud, Kilty, Aidan, Cathal y Tomas, tu padre, y se dirigieron hacia el cruce de caminos como el séquito de un entierro, encerrando dentro de ellos la herida. Kilty se detuvo, reuniendo todo su coraje y dijo: «No nos acompañéis más.»

»Tomas tenía la edad que tú tienes ahora, o quizá fuese algo mayor. Nos preguntó si podía ir con nosotros a la plaza de Ballyutogue. Kilty asintió y lo cogió de la mano. En el límite de la población nos sacaron repentinamente fuera del camino un par de carruajes que corrían velozmente y que después de salpicarnos al pasar se detuvieron delante de la iglesia anglicana. El patio estaba lleno de gente esperando la llegada de Su Señoría. Como nosotros nos paramos a mirar, Hubble y su hijo, el mismo esmirriado ejemplar de hombre que ahora luce el título de conde, pasaron casi rozándonos. Durante un momento singular, Kilty y el conde se miraron de hito en hito; después, éste desapareció rápidamente dentro del templo y el resto de la gente se agolpó tras él.

»El tiempo no nos defraudó. Fue uno de aquellos aguaceros de tormenta capaces de partir piedras. Era como si todos los irlandeses del cielo llorasen por nosotros.

»Llegamos a Inglaterra en un barco de ganado y pudimos trabajar un poco, descargándolo, en Liverpool; pero ahí terminó todo. Sólo había empleos de basurero, para trabajar en las alcantarillas. De modo que nos pasábamos los días limpiando de

cieno las cloacas de Liverpool. Ya sabes, tu abuelo siempre supo emplear los puños con prontitud y contundencia, y gracias a ello encontró empleo como celador de la paz en una peligrosa taberna del distrito irlandés de Liverpool.

Daddo se apartó de la pared y se acicaló un poco delante de Conor.

—Hace cuarenta años, o sea tal como me ves ahora —continuó—, yo tenía una voz capaz de hacer gorjear a un jilguero escondido en un árbol. Sí, era capaz de cantar una balada que hiciera llorar a un ángel. Mientras Kilty llevaba el compás, yo cantaba o explicaba cuentos por un cuarto de penique, o medio penique. Y así, entre la cloaca y la taberna, conseguíamos ahorrar unas pocas libras, que enviábamos a Irlanda cuando podíamos, por conducto de los sacerdotes que iban allá.

»Los mejores salarios pudimos ganarlos en primavera, segando el trigo de invierno. En este trabajo te pagaban a tanto el acre. Cuando acudíamos a las llamadas ofreciendo trabajo, la talla de Kilty nunca dejaba de impresionar a los capataces. Segar cinco o seis acres por día habría agotado en poco tiempo a un hombre normal; pero Kilty Larkin, con el recuerdo de Maud y los chiquillos azotándole la mente, cortaba de seis a ocho acres diarios, trabajando con tal furia que se precisaban dos equipos de atadores para seguirle. Él y yo nos sosteníamos con menos de medio chelín por día y dormíamos en las cunetas para ahorrarnos el alquiler de una habitación.

»Recogida la mies de invierno, millares de irlandeses desesperados rodábamos por Inglaterra, buscando trabajo al precio que fuese. Y nos recibían tan a gusto como a la roya.

Daddo levantó la vista al cielo unos momentos, moviendo la cabeza y emitiendo sonidos inarticulados, sin poder dar crédito todavía a lo que había ocurrido cuarenta años atrás.

—Como nos dominaba la desesperación más absoluta —continuó con una voz en la que vibraba aún la miseria de aquellos días—, urdimos un plan temerario. Recorríamos las ferias y carnavales del condado, y Kilty desafiaba a todos los que quisieran participar en una pelea con los puños desnudos en la que el vencedor se llevaba todo lo recaudado, actuando yo de pregonero y propagandista del espectáculo. Quizá tú te preguntaras la causa de que tuviera las manos tan tullidas y la cara tan deshecha. Fueron las consecuencias de más de cien combates. Más de una vez la lucha duró tres o cuatro horas, con dientes rotos y tanta sangre que no se le distinguía la fisonomía. Perdió unos pocos combates, es cierto; pero le tenían que dejar inconsciente a golpes para que abandonara.

—Oh, abuelo… —susurró Conor.

Daddo interrumpió el relato y contempló largo rato el sombrío panorama.

–1846 —murmuró con visible dolor— fue el año que Dios abandonó a Irlanda. La roya nos azotó de nuevo, y la cosecha de patatas se perdió totalmente.

Las expulsiones se repitieron con metódica regularidad. Cuatro o cinco veces por semana una pequeña legión de *constabulary* entraba, en Ballyutogue, formada militarmente, detrás de Owen Rankin, que supervisaba la tarea con fanático regocijo, mientras su hermano MacAdam continuaba uniendo parcelas sombreadas en el plano.

La policía se desplegaba alrededor de la casita de la víctima. Luego entraba dentro una escuadra y arrojaba fuera a la familia. Gritos y plegarías topaban con oídos sordos. Toda resistencia se eliminaba prestamente, sin misericordia.

Owen Rankin leía la ley contra motines, como aviso de que iba a aplicarse la política de la reina y que no había que oponerse a ella. A continuación leía el aviso de lanzamiento. El marido, la esposa, los abuelos y los niños contemplaban con desamparado terror cómo atacaban la casa con un ariete hasta destruirla lo suficiente para hacerla inhabitable, y cómo quemaban todo lo que fuera combustible. ¡Pobres! Se sentaban, amontonados unos con otros, cargadas en un solo carro las pocas pertenencias salvadas mientras los alguaciles volvían a ponerse en formación y desfilaban hacia la casita siguiente, y la otra.

Owen Rankin leyó la ley antimotines delante de (una docena, una docena de docenas, una docena de centenares de casitas, con los ecos de los golpes del ariete resonando por toda Irlanda en centenares de millares de ecos. Las casitas de labrador que quedaban en pie se atestaban de refugiados sin hogar. Cuando fueron derribadas éstas a su vez, centenares de miles de personas inundaron los caminos, sin protección contra los elementos, asolando las laderas como manadas de animales.

—Kilty logró mantener a su familia. Aidan, el hermano menor, era el que la tenía más numerosa, y cultivaba algunos de los campos más pobres. Hasta trabajando todos como una gran unidad familiar, se advertía que iba a desplomarse. Noche tras noche discutían el problema, le suplicaban que repartiese los hijos entre Maud y Cathal y dejara sus tierras. Actualmente, para mantenerle a flote, los otros tenían que hacer mucha mella en sus recursos propios. Todos saldrían mejor librados si se avenía a seguir aquellos consejos.

»Ni Aidan ni su esposa Jenny pudieron resignarse nunca a tales medidas, y una mañana un pelotón de *constabulary* rodeó la vivienda, y Owen Rankin se puso a leer la ley antimotines. Era un momento singularmente agradable para los Rankin, que llevaban años y años anhelando vengarse de los Larkin. Pero… Owen no terminó la lectura. Porque Aidan montó en cólera, se enfureció, sacó un mosquetón que tenía escondido y le despedazó el rostro.

»Aidan y Jenny mantuvieron a los policías a raya durante tres horas, hasta que a él lo mataron a tiros, y a ella la hirieron. Los policías irrumpieron en la vivienda y arrastraron fuera a la mujer y los seis pequeños, que chillaban y se resistían, mientras

la casita era derribada.

—¿Qué fue de Jenny, Daddo?

—Los llevaron a Derry y los presentaron a un magistrado. A Jenny la acusaron de cómplice de su marido en el asesinato de Owen Rankin y de oponerse a la policía de Su Majestad.

El invierno de 1847 fue una amarga sucesión de lluvias glaciales. Al hambre se le sumó su mortal aliada: la enfermedad.

El joven Tomas asumió el encargo de buscar a tía Jenny y a los niños. Para llegar a Derry tenía que andar más de treinta kilómetros. Cuadrillas de labradores huesudos, harapientos, junto con sus mujeres e hijos, trabajaban en empresas públicas por unos peniques al día, arrastrándose de acá para allá, desplomándose de frío y humedad en la tarea de construir caminos hacia ninguna parte.

MacAdam Rankin había obtenido una cuantiosa subvención del Gobierno y dedicó sus cuadrillas de trabajadores a levantar altas paredes de piedra que aislaran los campos y los terrenos de pesca del conde. Las murallas del hambre. Incluso mientras las cuadrillas trabajaban, los capataces británicos insultaban a sus componentes, tratándoles de inútiles por no cuidar de sus fincas.

Cuando Tomas se acercaba a Derry, los campos no vallados se llenaban de millares de mendigos que se establecían en ellos sin alimento ni cobijo. Ancianos y ancianas de cuarenta años, y viejecitos y viejecitas de cuatro y cinco… que habían sido expulsados de Derry por cuadrillas de «lanzamendigos»; es decir, por otros infortunados que fueron mendigos a su vez y ahora se ganaban unos peniques diarios impidiendo que la población mendiga fuera en aumento. El sistema de recurrir a leyes y asilos para la protección de los pobres había sido siempre ajeno a los irlandeses, porque significaba una pérdida final de la esperanza y la dignidad dentro de aquellas salas huecas, cavernosas. Ahí llagó Tomas en su primera escala de buscador. Entonces el asilo era un teatro de multitudes, asediado por centenares de esqueletos humanos enloquecidos suplicando que les dejaran entrar, arrastrándose unos sobre otros para meterse en el comedor gratuito donde se les trataba como a cerdos. En los patios del asilo, unos cobertizos para los febriles albergaban otros centenares de moribundos, demasiado exhaustos ya para hacer otra cosa que gemir, sin fuerzas, mientras agonizaban.

El muchacho recorrió una hilera tras otra, una estera tras otra, buscando en vano. Peregrinó por Derry cuatro días seguidos sin el menor resultado, hasta que el hambre empezó a vencerle. Como último y desesperado recurso, fue a ver a un sacerdote anciano, ya retirado, que había conocido a su abuelo Ronan en el condado de Armagh y que pudo asegurarle que a Jenny la habían llevado a la casa de corrección y la habían encerrado en un calabozo de castigo. A los pequeños los habían llevado a un hospicio.

Tres días estuvo Tomas rondando la prisión, siempre rechazado por la guardia; pero él insistió, hasta que un guardián le prometió enterarse. Entonces supo que a su tía Jenny la habían encontrado muerta cuatro días después de haberla encarcelado. Nadie parecía saber cómo había fallecido, ni a nadie parecía importarle; pero, tratándose de una persona profundamente religiosa, era dudoso que se hubiese quitado la vida. Quizá el pesar, quizá las heridas, quizá… otra cosa.

La búsqueda de los niños resultó todavía más espantosa, porque si había algo más temido que el asilo, ese algo era el hospicio. El viejo sacerdote acogió a Tomas en su casa, y al cabo de una semana de angustia le consiguió el permiso para entrar en el orfanato. Centenares y centenares de niños yacían amontonados en el suelo, cubiertos de andrajos, bajo una claridad gris, húmeda, maloliente. Tenían la piel manchada y sangrante, a consecuencia de un escorbuto en sus últimos estadios; estaban llenos de piojos y ardían de fiebre. Los empleados del orfanato habían perdido ya el seso, de tan agotados por el exceso de trabajo. El olor a muerte se mezclaba atormentadoramente con monólogos dirigidos a un Dios que, según parece, no los oía. De los hijos de Aidan y Jenny no se volvió a tener noticia jamás.

Tomas regresó a Ballyutogue. Ahora, en las cunetas, reposaban docenas de muertos. Del invierno sólo había transcurrido la mitad. La vida comunal, que en el pasado fue un arma de supervivencia, quedó destruida por las evicciones; y destrozada la vida comunal, quedaba destruida la vida a secas.

La gente de los pueblos, demasiado orgullosa para morir a la vista de sus vecinos, subía tambaleándose a las cimas de los montes o se arrastraba hacia las cuevas de las turberas, al encuentro de su fin. En cuanto el padre cruzaba el charco o moría, todo se acababa para el resto de la familia.

Soportaban la espantosa agonía echados juntos, en montón, cubiertos con los harapos que hubieran podido llevarse… la madre, los bebés, todos inmóviles y gimiendo, sin otra cosa que la piel estirada sobre los huesos, cubiertos de llagas hediondas e hinchados por la hidropesía. Con frecuencia, uno que había muerto días atrás continuaba entre los otros.

La única alternativa, de los que podían reunir lo suficiente para el pasaje, era emigrar. Pero aunque los irlandeses eran ciudadanos británicos según las leyes promulgadas por los propios británicos, el pueblo inglés se les mostraba hostil y dispuesto a mantenerlos fuera.

Algunas autoridades británicas encauzaron a los irlandeses en fuga hacia el Canadá y América fuese por el medio que fuere y en las condiciones, malas o peores, que conviniese. Apresuradamente, se echó mano de barcos de ganado para el transporte de pasajeros, y la gente marchó de Irlanda por centenares de miles. Este fue el primer acto de la más terrible de todas las tragedias irlandesas: la exportación de su gente.

—Kilty y yo lo pasábamos muy mal en Inglaterra. Era casi imposible establecer comunicación. Los pocas sacerdotes disponibles se pasaban todas las horas del día escribiendo cartas; pero recibir una de Irlanda era casi imposible. Por fin Kilty recibió un mensaje diciéndole que volviera a casa.

»La situación de los Larkin se hacía más desesperada. Habían tomado la decisión de invertir el último dinero que les quedaba en la compra de pasajes para América para Cathal y su familia. Tres días antes de la fecha de embarque descubrieron que el barco no existía y que los prestamistas les habían estafado el importe de los pasajes.

»MacAdam Rankin, desplegando una actividad febril para dejar la tarea lista, fletó un barco y ofreció pasaje gratuito a los que quisieran irse, con la intención de desarraigar de las tierras del condado a los labradores que todavía permanecían en ellas. La mayoría de los barcos de aquellos días no eran más que ataúdes flotantes, pero el de Rankin vino a resultar el peor de todos los que navegaron en aquella época del hambre. La mitad de los pasajeros murieron durante la travesía, entre ellos las dos hijas menores de Cathal —Daddo se acercó una vez más a la puerta del establo y señaló a Tomas que dormía sobre el heno—. Tu padre, que está aquí tendido, hubo de presenciar cómo, uno tras otro, sus hermanos, sus hermanas y su madre iban muriendo, y hubo de enterrarlos con sus propias manos. Todos murieron con los labios verdes, lo mismo que les ocurrió a muchísimos otros. Bocas verdes por haber comido hierba.

»Y entonces le dio la fiebre. El muchacho encendió un fuego de turba, se acomodó junto a él con unas cuantas raíces y unas cuantas bayas y aguardó el fin. En esta situación lo encontró Kilty.

13

Daddo y Conor regresaron al establo cuando el crepúsculo matutino empezaba a despuntar sobre el lado del lago. Daddo tenía la voz cansadísima por lo mucho que había hablado y por los pesares rememorados. Después de acomodarse bien, pidió a Conor que se tendiera y apoyara la cabeza en su regazo. Después, acariciando dulcemente el cabello del muchacho, se apresuró a terminar la narración antes de que la luz del día le obligara a desvanecerse.

—Cuando Kilty hubo cruzado su calvario de dolor, emprendió la tarea de sobrevivir, junto con su único hijo, Tomas, tu padre. A fuerza de ensayos, llegaron a conocer todas las plantas comestibles que crecían silvestres en las montañas. Los días que estaban de suerte quizá cazaban un conejo, y siempre había manera de hurtar algo de los campos de los protestantes, aunque éstos estuvieran armados como para una guerra. Pero al poco tiempo Kilty se dio cuenta de que si había de llegar a buen fin tenían que pescar en el lago.

»Así pues, escondieron entre las altas hierbas, cerca de Three Trees, una frágil barquilla de mimbre tejido y recubierto de lona. De noche se iban sigilosamente hasta una de las islitas rocosas situadas entre Red Castle y White Castle, en una travesía tan traicionera como la de san Brendan cuando buscaba la ruta hacia el Nuevo Mundo. Yo me pasaba muchas noches remando con ellos. Después del tormento de la travesía, faltaba poco para que al acercarnos a las peñas no nos abriésemos la cabeza contra ellas… balanceándonos en las altas olas para luego descender como el rayo. El suelo estaba más resbaladizo que el moco de tu nariz. Sacábamos la barquilla fuera del agua y la escondíamos en las quiebras de las peñas antes de que se hiciera de día.

»Recorríamos la isla y hacíamos la mayor parte del trabajo arrastrándonos sobre el vientre, siempre aplastados contra el suelo para que las patrullas del *constabulary* no nos localizaran. Arrancábamos mejillones de las rocas, poníamos trampas para las langostas y pescábamos de día con puñados de cuerdas que sujetábamos con la mano. A veces los santos nos bendecían y nos hacían cazar una gaviota o un ave emigrante. Si no conseguíamos nada en absoluto, siempre nos quedaban los mejillones y las algas comestibles.

Daddo dio un prolongado suspiro.

—¡Ah, Dios mío, Conor! Todo lo que me parece recordar de casi tres años son algas y mejillones. Su gusto perdura en mi boca hasta este mismo día de hoy. Comida del hambre. Nos llenábamos la barriga estando allí en la isla para podernos llevar lo que quedaba y dárselo a los vecinos. Siempre agazapados, esperábamos el manto protector de la oscuridad. Si el viento soplaba fuerte y levantaba olas muy altas, aquello era peor que una pesadilla. Muchos días nos pegábamos a las rocas, abrazados unos a otros para evitar que los golpes de mar nos arrastrasen y aun así casi

nos ahogaban y nos hacían papilla. Cuando venían las benditas nieblas, regresábamos, zarandeados y arrastrados como semillas en el viento.

Apoyada la cabeza en el regazo de Daddo, Conor no pudo seguir conteniendo las lágrimas que toda la noche habían estado buscando una salida, y lloró en silencio mientras el *shanache* llegaba al final de la narración.

—En América, Cathal, su esposa Shioban y dos hijas que les quedaban engrosaron el número de los moradores de una población de cabañas cerca de la vía del ferrocarril. Sus amos no se diferenciaban mucho de nuestra aristocracia. Cathal hizo lo que tenía que hacer. El ferrocarril pagaba un dólar por día, y casi todo lo que ganaban lo enviaban al terruño para sustentar a sus parientes. Fueron los irlandeses que huían del hambre, los braceros, quienes construyeron los ferrocarriles y canales del Nuevo Mundo.

Cuando se perdió la cosecha por cuarta vez, los británicos se cansaron de hambres irlandesas y cortaron casi por completo la ayuda prestada hasta entonces. Además, a los irlandeses se les cerró en las propias narices la puerta de entrada a Inglaterra. El quinto año de la gran hambre, Irlanda había quedado diezmada por un millón de muertos de inanición y enfermedades y otro millón de emigrados. Los que tenían la buena fortuna de llegar a América sostenían a los que se habían quedado en Irlanda. El pueblo americano donó generosamente millones de dólares en socorro de los irlandeses.

—Cathal no regresó a Irlanda. Cuando uno se va, dedica todo su amor a la patria nueva, porque no ha dejado atrás sino cosas amargas. Sí, claro, cantan canciones sentimentales, acompañadas de lágrimas de cocodrilo, y una vez al año enarbolan la bandera verde, en los desfiles… Pero no regresan nunca.

»Con todo eso, llegó el momento en que hasta MacAdam Rankin y los de su ralea se dieron cuenta de que se les habían marchado demasiados labradores buenos. Los que sobrevivieron pudieron cultivar más tierras, y las leyes cambiaron de tal modo que hasta fue posible comprar campos.

»Debes darte cuenta, pues, de cuántas peripecias hubo que pasar para que treinta y dos acres de este suelo lleven impreso el nombre de Larkin. Por eso no es raro que tu padre esté tan orgulloso de ello…

La luz del día se filtró dentro del establo, internándose poco a poco hasta el pesebre y acariciando el rostro de Conor. Su calor y su brillo sacaron al muchacho del profundo sueño en que estaba sumido. ¡Se incorporó prestamente! ¡Daddo y Tomas habían desaparecido, los dos! Conor se puso en pie de un salto y miró en torno suyo, aturdido.

—¡Ah, ahí está la bella durmiente! —dijo Finola, que estaba sentada en un taburete, ordeñando la vaca—. Llegué a pensar que no despertarías nunca.

—¿Dónde está papá?

—Se ha ido a las turberas. Ya era hora de que se decidiera a ganar un jornal.

Conor brincó hacia el patio y miró a su alrededor, perplejo… Se mojó la cara, corrió hacia la pared, saltó al otro lado e irrumpió en la habitación principal de los O'Neill.

—¡Daddo! —gritó.

—El hecho de que sea ciego no significa que además sea sordo. ¿Quién me está llamando a gritos de esa manera?

—Soy yo, Conor.

—Buenos días, Conor.

El muchacho se deslizó hacia la mesa, frente al viejo, y lo examinó con mirada singular. Claro, no era el mismo hombre con quien había charlado toda la noche. Era, ni más ni menos, el viejo Daddo de siempre.

—Daddo…, ¿dónde estuviste esta noche pasada?

—Descansando, por supuesto.

—¿No fuiste a ningún sitio en particular?

—Soy demasiado viejo para andar danzando por ahí. Además, estoy muy afligido por la muerte de Kilty.

—¿Y no…? Quiero decir… *Jaysus*, no sé qué quiero decir. Daddo, permite que te pregunte una cosa. ¿Fuiste en otro tiempo un excelente cantor de baladas?

—Sí, muchacho, sí. Circulan leyendas sobre la vibración celestial de mi voz. Ya lo sabías, sin duda.

—Y… ¿y fuiste a Inglaterra con Kilty durante la gran hambre?

—Naturalmente. Todo el mundo sabe que fui.

—¿Y hurtaste pescado de las islas del conde?

—Lo mismo que lo ha hurtado todo hombre un poco aventurero de estos contornos. Pero ¿a qué viene, si puedo preguntarlo, esta racha de preguntas?

Conor escondió la cara entre las manos, tratando de poner las cosas en orden.

—Oh, es un enredo.

—¿Qué es un enredo?

—Creo que lo estoy mezclando todo. Episodios históricos, sueños, cosas…

—Ah, comprendo —dijo Daddo—. ¿Una visita de los duendes durante la noche, quizá?

Conor se rascó la cabeza.

—¡Ha sido tan real!

—Entonces, es cierto que te han visitado. Aunque a veces, Conor, sabemos desde mucho tiempo trocitos y retazos y sólo necesitamos que un duende los componga

debidamente. Si te ha ocurrido esto, es probable que poseas un don especial y que un día puedas ser un *shanache* tú también.

Conor dirigió la mirada hacia la puerta y sus piernas echaron a correr en dirección adonde se fijaban los ojos.

—¡Adiós, Daddo! ¡Que tengas un buen viaje de regreso!

El muchacho volvió como una furia hacia el cruce de caminos; después, al llegar delante del cementerio, se detuvo en seco y entró con ánimo reverente. La tumba de Kilty seguía siendo una alfombra de flores y de pequeñas pipas de arcilla. Conor se arrodilló y se santiguó.

—Oh, abuelo, has sido un gran hombre, de veras. Y yo seré un Larkin del que te enorgullecerás cualquier día.

Conor no dejó de correr en un trecho de más de kilómetro y medio, al menos, hasta que alcanzó a la hilera de hombres que subían pesadamente a las turberas, con su padre delante de todos, como de costumbre.

—¡Papá! ¡Papá!

Al ver a su chico, Tomas se animó, lleno de gozo.

—Despacio, Conor, despacio. Siempre corres demasiado.

—¿Puedo ir a trabajar contigo en las turberas, hoy?

Tomas rodeó los hombros de su hijo con el brazo y continuaron subiendo.

—Claro que sí —respondió—. ¡Sería estupendo!

Segunda Parte

EL NAIPE DE LOS DE ORANGE
O LA TARJETA NARANJA

1

Junio de 1885

El mayor Hamilton Walby, miembro del Parlamento, medalla militar, miembro de la Real Orden Victoriana, compañero de la Muy Eminente Orden del Imperio Indio, era un fanfarrón. Desmintiendo los sesenta y tres años que tenía, montaba su caballo árabe blanco, tieso como un palo, inspeccionando su reino al trote largo, como si estuviera perpetuamente a punto de iniciar una carga de caballería.

El noble hacendado del municipio y burgo de Lettermacduff se sentía despectivamente orgulloso de que aquélla fuera la comunidad más anglicanizada de todo el condado de Donegal. Casi todos sus componentes eran herederos de los despojos que repartió Cromwell.

El primer Walby que vino a Irlanda fue Isaiah, en 1649, y ganó cierto renombre como oficial de Cromwell. El capitán Isaiah se distinguió en la carnicería de Drogheda, donde varios millares de católicos, sin hacer excepción de mujeres y niños, fueron sacrificados en santa venganza. Oliver Cromwell en persona santificó los asesinatos de Drogheda declarándolos «un recto juicio de Dios contra unos miserables bárbaros». En los trescientos y pico de años siguientes, esta opinión sobre los indígenas continuó casi inalterada ante las sucesivas generaciones de Walby.

Como recompensa, al capitán Isaiah Walby le hicieron propietario de unos cuatrocientos acres de tierra usurpados al clan O'Neill y de una cédula real sobre el burgo de Lettermacduff. Isaiah pobló aquellas tierras de soldados de su propio regimiento, dividiéndolas en parcelas que repartió en arriendo. Después se apoderó por su cuenta de otras extensiones y las vendió a ingleses dignos de confianza al precio de tres peniques por acre. El mayor Hamilton Walby, o sea el propietario actual, había continuado la ininterrumpida tradición de servir a la Corona. Se había comprado una graduación en el ejército, junto con los privilegios que la acompañaban. Formando parte de los Ulster Rifles saboreó el gusto de la acción al reprimir el gran motín de los cipayos, en la India. Fue un episodio notablemente sangriento, caracterizado por unos rasgos especiales de salvajismo, tanto por parte de los rebeldes como por parte de la Corona, que habrían enorgullecido al bueno de Isaiah. Las ejecuciones se llevaban a cabo de una forma repugnante, aunque singularmente ingeniosa. Los Ulster Rifles, sucesores de un cuerpo de alabarderos famoso, habían decidido no dejarse aventajar por nadie. A los cipayos condenados por amotinamiento los conducían con gran pompa al campo de maniobras al compás de una airosa marcha antigua de los Orange o del Ulster, tocada por las gaitas. Después de la debida lectura de la sentencia, ataban al cipayo a la boca de un cañón y disparaban la bala. Este modo de ejecución se hizo tan popular que se lo apropiaron

(lo hurtaron, literalmente) otros regimientos dotados de menos inventiva, hasta que se convirtió en un castigo universal.

Lettermacduff Borough figuraba entre las colonias más prósperas; llegó a parecer un trozo de suelo inglés trasplantado allá, y no había propiedad irlandesa alguna más fiel a la Corona que aquélla. Los Walby reunieron una modesta fortuna gracias al lino. Cada nuevo hacendado se esmeraba en constituirse en pilar de la comunidad.

Anteriormente a la Ley de Unión, durante los siglos XVII y XVIII, los Walby habían sido miembros del Anglo Parliament, formado por los descendientes de pura cepa. Después de la unión, el escaño de East Donegal en la Cámara de los Comunes de Westminster se convirtió en patrimonio familiar. El mayor Hamilton Walby lo ocupó durante treinta largos años. Con los Walby en los Comunes y los Hubble en la Cámara de los Lores, el bienestar político de las colonias leales quedaba perfectamente garantizado. Pero he aquí que después circuló la temeraria noticia de que un feniano y miembro de la Liga Campesina, Kevin O'Garvey, quería arrebatar el escaño del noble hacendado.

Enfurecido por el descaro increíble que significaba semejante pretensión, sufrió tal acceso de furor que su médico de cabecera tuvo miedo de que le sobreviniera un ataque de apoplejía. Durante una semana su rostro se mantuvo de color púrpura. Por fin amainó y descendió a un estado de jadeo lento y balbuciente cuando su yerno y más íntimo confidente, A. J. Pitkin, regresó del Castillo de Dublín con noticias reconfortantes. Con tantos nuevos votantes elegibles en los nuevos comicios, la mayor parte de los distritos quedarían sujetos a una revisión, con lo cual una comisión de la Corona efectuaría los reajustes necesarios en sus respectivos límites. Nunca se dijo así, claramente, con todas las palabras, pero a ciertos distritos, como por ejemplo el East Donegal de Walby, se les podría empujar hacia el bando adecuado mediante unos retoques oportunos.

Al mayor Walby, siempre acompañado de Pitkin, le invitaron a reuniones a puerta cerrada de la comisión, para escuchar sus opiniones y consejos. En colaboración con amigos comprensivos, del Castillo, Walby trazó unos límites nuevos que garantizarían una mayoría leal y su continuación en el escaño. Al adoptar sus proposiciones, los límites de East Donegal fueron sometidos a una especie de contradanza, trazando unos como pasillos de terreno que se internaban tierra adentro como alargados dedos para poder incluir los más remotos núcleos de población protestante. Al mismo tiempo, numerosos pueblos y ciudades católicos que habían pertenecido siempre al distrito fueron eliminados de él, de modo que sus votos quedaran prácticamente anulados.

Sin consultar a la gente ni tomar en consideración las proposiciones de O'Garvey, la comisión se fue y envió sus conclusiones por correo. East Donegal había sido amañado hasta darle una configuración grotesca, que semejaba la de un pulpo. No se

le exigió a la comisión que justificara tales despropósitos, ni se permitió apelación alguna.

Aliviado al ver que el Castillo había salido en su defensa, como debía ser, Hamilton se complacía inspeccionando su burgo y permaneciendo en comunión con su famoso jardín de rosas del Ulster.

Hasta aquel momento, pocos labradores irlandeses de East Donegal creían que Kevin O'Garvey tuviera la menor posibilidad. Sin embargo, ahora, el descarado amaño producía un efecto absolutamente contrario. Desafiando los estragos de la edad, Daddo Friel anunciaba la candidatura de O'Garvey en un pueblo tras otro, y Tomas Larkin le pisaba los talones. Cuando las noticias de semejante actividad llegaron a sus oídos, el noble hacendado se llenó de irritación y después de recelos.

—Esto se está convirtiendo en una condenada molestia insoportable —dijo después de otra desoladora referencia a una reunión habida en su propio burgo y a la que asistieron más de cien arrendatarios—. Yo pensaba que con los nuevos límites habíamos dejado atrás esas estupideces, Pitkin. ¿Qué cree que hace esa gente?

—Uno colegiría —respondió Pitkin después de aclararse la garganta un par de veces, como tenía por costumbre— que creen de veras que poseen fuerza suficiente para ganar.

—Disparates, pura patraña. Quiero decir que, después de todo, tú estuviste allí en la comisión, conmigo. Y se portaron como Dios manda en cuanto a nuestras proposiciones.

Atwell Pitkin tartamudeaba de una forma que significaba que las malas noticias no quedaban muy lejos. Le habían escogido para marido de Heather Walby por sus habilidades en materia de cuentas y de leyes. El hacendado arqueaba las cejas en actitud amenazadora, marchitando a su yerno bajo la más severa y flamígera de sus miradas militares.

Pitkin palideció; su voz adquirió un tono más agudo.

—Si contamos con una franca mayoría, nos quedan pocas dudas —dijo.

—¿Qué? —el puñetazo en la mesa hizo bailotear una taza.

—Cuidado, cuidado, mayor. Acuérdese de la presión sanguínea.

—*Yo* —puñetazo a la mesa— *quiero* —puñetazo a la mesa— *saber* —puñetazo a la mesa— ¡QUÉ DIABLOS ESTA PASANDO AQUÍ!

Después de limpiarse la frente del súbito rezume de humedad, Pitkin se recompuso un poco tratando de quitar importancia a lo que sucedía.

—A mí me vino una sombra de duda y me puse a repasar las listas de arrendatarios que nos proporcionó Su Señoría, así como los padrones públicos que encontré a mano. Como usted sabe muy bien, señor, los católicos son extremadamente descuidados en eso de registrar nacimientos y defunciones. Pero, vaya, todos lo sabemos perfectamente, ¿verdad?

El mayor arqueaba la ceja de tal modo que parecía que fuera a juntarse con el mostacho.

—Sigue, Pitkin.

—Con tanto ir y volver, y con la cantidad de hijos que suelen hacerles… ea, nunca se puede estar seguro de cuántos son en realidad. ¿Verdad que no?

El rostro de Hamilton Walby adquiría otra vez aquel color horrendo. Ordenó a gritos a su yerno que volviera al Castillo de Dublín y abordase de nuevo el asunto de los límites con la comisión. Y entonces Pitkin dejó caer el otro zapato.

—Lo cierto es, señor, que me puse en contacto con ellos inmediatamente.

—¿Y…?

—Y me dijeron que sería mejor que lo dejáramos todo tal como estaba —murmuró.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que me indicaron que era mejor lo dejáramos tal como estaba.

—¿El Castillo te dijo eso?

—Mire, señor, parece que la única manera que tendríamos de ampliar nuestros límites para incluir más vasallos leales sería la de llegar hasta los mismos arrabales de Londonderry. Y el conflicto está en que Londonderry quiere llegar hasta Ballyutogue, con el mismo objetivo. Comprenda, los liberales son capaces de olerse todo eso, y venir a Irlanda a investigar si… pues… si se cometen irregularidades.

—¿Irregularidades? ¿Qué irregularidades? El maldito enredo lo armaron los malditos liberales, en primer lugar, con su condenada reforma. Esto es el fin del Imperio; sí, lo es.

Después de un acaloramiento, Hamilton Walby solía entregarse a sus asuntos con fría eficiencia. Pitkin recibió orden de pedir audiencia al obispo católico Gerald Nugent. Considerándolo una política práctica, lord Hubble hacía generosos donativos para las buenas obras del obispo, política suscrita también por el mayor. Ni al reverendo obispo Nugent ni al cardenal de Armagh había necesidad de recordarles que la legislación favorable a la Iglesia estaba en manos de Walby y Hubble. Y sólo se podía contar con su apoyo a dicha legislación si se mantenía un *quid pro quo*.

Pitkin presentó una doble petición al señor obispo, el cual dio pruebas de un espíritu de colaboración muy satisfactorio. Se necesitaba un censo bien hecho, y la mejor manera de obtenerlo era sirviéndose de los párrocos de Su Ilustrísima. En segundo lugar, había que ordenar a dichos párrocos que informaran a los feligreses, sin ambigüedad de ninguna clase, que todo coqueteo con agitadores fenianos se consideraría pecado.

El censo llegó sin demora, poniendo en evidencia, a pesar de los mangoneos realizados en el distrito, unas cifras capaces de serenar un poco al más entusiasta. La diferencia entre católicos con derecho al voto y protestantes en las mismas

condiciones era sólo de unos pocos centenares. Pitkin trató de suavizar al mayor con el argumento de que los católicos sentirían poco interés por utilizar el derecho al sufragio, además de que el mensaje del obispo Nugent llegaría pronto a nivel parroquial.

—Todo el mundo sabe —declaró— que esa gente hace lo que le ordenan sus curas.

Hamilton Walby no estaba tan seguro. Además, los viejos días pasados en el Ulster Rifles le habían enseñado que no se puede cejar nunca frente al enemigo. ¡Que le colgaran si alguien le obligaba a cambiar de postura! Continuaría como siempre, asistiendo a algunas ferias y haciendo visitas formularias a las congregaciones anglicanas del distrito. Sin embargo, incluso mientras practicaba una testaruda despreocupación, no conseguía librarse por completo de la sensación de que uno de los bienes hereditarios de la familia, su escaño en los Comunes, acaso estuviera en peligro. Dios quisiera que no fuese el primer Walby que lo perdía después de la Ley de Unión.

La situación llegó a su apogeo en la feria de Buncrana, importantísimo acontecimiento anual al que asistían casi todos los moradores de la península de Inishowen. Aunque el sector era predominantemente católico, la feria reunía a muchos labradores presbiterianos de Ballyutogue. Mientras el señor hacendado realizaba su número habitual de juzgar flores y caballos, Kevin O'Garvey celebraba una reunión de simpatizantes en el extremo más alejado del terreno.

La curiosidad que les inspiraba aquel feniano de la Liga Campesina atrajo a docenas y docenas de presbiterianos hasta las cercanías de la tribuna del orador, sólidamente guardada por la gente de Tomas Larkin. Era más que probable que surgiera un altercado, puesto que los *constabulary* se habían negado a proteger al orador, alegando que el permiso para el acto que tenía O'Garvey no estaba en regla. A pesar de la posibilidad de un tumulto, Kevin decidió celebrar la reunión, sabiendo que no se le ofrecerían muchas ocasiones de hablar a los protestantes.

Subió, pues, a la tribuna escoltado por un grupo de labradores fornidos, muchos de los cuales habían participado en las antiguas incursiones nocturnas. En medio de ellos parecía todavía más bajo de lo que realmente era. Pero esta imagen de pequeñez se esfumó cuando él abordó sin rodeos el mismo meollo de los asuntos que afectaban a todos los labradores del sector. Era miembro de la Liga Campesina y procurador de los tribunales, y sabía todos los trucos de los administradores de fincas y los propietarios. Los manejos utilizados de cara a los protestantes eran mucho más sutiles que los empleados contra los arrendatarios irlandeses, tales como la manipulación de los precios del lino, que les sacaba dinero del bolsillo a todos y a cada uno de los hombres que le estaban escuchando.

Todo propósito que pudiera existir de estorbar el acto o provocar una estampida

de los oyentes se transformó en arrebatada atención cuando O'Garvey retó a Hamilton Walby a que subiera a la tribuna y explicara cómo proveían de dinero a los prestamistas para que éstos lo prestaran a los campesinos a réditos exagerados. Después de sumir en las deudas a un centenar de granjas presbiterianas por culpa de los precios del lino, los agentes de Walby les habían concedido préstamos, y como después los deudores no habían podido pagar, el mayor agregó a sus propiedades centenares y centenares de acres. Acres presbiterianos.

Cuando transmitieron al gran hacendado el mensaje del discurso de O'Garvey, las legiones de incondicionales tuvieron la enorme sorpresa de ver cómo el mayor y su séquito se marchaban al galope de la feria dejando inacabadas sus tareas como jueces.

La acusación había quedado sin respuesta, y entre los protestantes leales.

Luke Hanna, un tiparrajo anguloso de la edad del mayor, poco más o menos, había dirigido la hilandería de lino de lord Hubble durante veinte años. A. J. Pitkin acompañaba a Luke a través del perfumado esplendor del jardín del hacendado cuando de pronto tuvo que detenerse ante la presencia de un par de *bull-terriers*, unos perrazos de mal catadura siempre dispuestos al ataque, propiedad de Walby. El mayor, que estaba cavando, levantó la vista, pacificó a los animalitos, dejó las herramientas a un lado y se quitó los guantes.

—Ha sido muy amable al venir, Hanna.

Los tres hombres se dirigieron a la glorieta. Walby sabía que Luke sólo practicaba la templanza a temporadas, y por ello pidió unos tentempiés nutritivos. Un perro alegó ciertos derechos sobre el regazo del mayor, fijó la mirada en Luke y gruñó hasta por el menor movimiento del forastero.

—Dispare, Hanna —dijo Walby—. Le he invitado a venir porque quiero utilizarle como caja de armonía. Como usted sabe, las próximas elecciones tendrán algunos aspectos nuevos.

Luke Hanna levantó las manos en un gesto de súplica y extrañeza.

—Yo no soy político.

—Ah, pero es diácono de su iglesia y gran maestre de su Logia de Orange. Usted sabe lo que dicen y piensan los muchachos.

—¿Qué quiere averiguar, exactamente, señor?

—Hummm, todo susurro de descontento; cosas así.

—¿Debo ser liso y llano?

—La sinceridad está en el orden del día aquí, ¿no, Pitkin?

—Exactamente —corroboró el yerno.

El hacendado arqueaba la ceja mientras Luke buscaba las palabras, y el perro recibía multitud de caricias, hasta que dejó de gruñir por lo bajo.

—Los muchachos están pensando que ha llegado ya, y de sobra, la hora de que

nos diga por dónde andamos —sentenció Luke.

—Creo que debería explicarse mejor —dijo Pitkin.

—Pues, por ejemplo, tomemos el incidente ese de la feria de Buncrana. Allá se lanzaron acusaciones de bastante calibre, señor. Quizá hubiera sido mejor contestar a ellas.

—¡Tonterías! —espetó Walby—. Usted no esperará de veras que intervenga en un campeonato de insultos— con una cuadrilla de camorristas. ¿O acaso sí?

Luke encogió los hombros y se atrincheró.

—Mire, Hanna —dijo Pitkin en tono indignado—, nadie cree de veras aquel montón de embustes de un feniano.

—El caso es el siguiente, caballeros. A nuestros muchachos no hay quien les mueva. Nada de lo que Kevin O'Garvey les diga va a cambiar ni un solo voto. Nuestros muchachos son leales hasta el fin. No obstante, ya empiezan a pensar que usted habría de corresponder un poco a esa lealtad suya.

Walby y el perro gruñeron juntos, con bien ensayado compás. Pitkin y él habían examinado la posibilidad de reclutar orangistas que alteraran las reuniones de O'Garvey. La cosa parecía un tanto arriesgada, puesto que habían de quedar al margen de todo lo que pudiera atraer la atención del exterior. Un motín que atrajese periodistas podía muy bien poner al descubierto el asunto de los cambios de límites de las circunscripciones electorales.

—¡En verdad, no estará sugiriendo que el señor no ha defendido los intereses de los leales en el Parlamento! —soltó Pitkin.

—Bien, veamos si sé explicarles lo que deseo que entiendan —replicó Luke—. Nosotros hemos estado siempre al lado del mayor, sin falta ni titubeos. Los tiempos han cambiado de tal modo que ahora quizá el mayor necesite tanto de nosotros como nosotros necesitamos de él. De modo que lo que les estoy diciendo a ustedes es lo siguiente: En el pasado no se tomaron nunca la molestia de dedicarnos unos elogios, y creo que, en el futuro, les convendría considerar la relación entre ustedes y nosotros. El simple hecho de que no seamos anglicanos no significa que no seamos buenos y leales protestantes.

—Comprendo —dijo Walby.

Luke consiguió disimular su regocijo. El caso amenazaba convertirse en un penoso imprevisto para el mayor, que se vería obligado a salir de su burguito encantado para cortejar a los mismos hombres que había ignorado toda la vida. Naturalmente, ellos eran leales y también protestantes; pero Luke sabía cómo los consideraba Walby. Como disidentes. Todo no anglicano era un disidente, un inferior.

—Descubrirán ustedes que la mejor manera de influir en esos muchachos es a través de los sacerdotes, que no permiten que nuestra gente olvide nunca sus deberes con la Corona, lo mismo en el templo que en la Orden de Orange. A mi parecer, usted

debería tomar parte en el 12 de Julio y en las fiestas de los aprendices, este verano. Cuide de que le vean por ahí, si entiende lo que le digo.

Cuando convenía a sus objetivos, Hamilton Walby sabía ponerse lívido. En los demás casos, poseía una mente extraordinariamente despierta, capaz de llevar a cabo evaluaciones en pocos instantes y con gran acierto. De modo que siguió con su aire plácido, porque lo que Luke acababa de decirle era de una claridad meridiana.

—¿No se le ocurre que debido a la falta de contactos personales en el pasado, los muchachos de usted quizá piensen que esa súbita racha de apariciones mías puede ser un tanto… un tanto… pues… transparente?

—Creerán que significa que usted reconoce por fin la importancia que tienen ellos también —contestó Luke sin rodeos—. Es el nuevo orden político de cosas, podríamos decir.

Percibiendo el disgusto de su dueño, el perro emitió unos gruñidos sordos, y en premio a su interés fue expulsado del regazo. A Walby no le gustaba aquella maldita alianza, ni pizca. ¿Que pasaría si se negaba a portarse como un asno desfilando por ahí con los risibles atuendos que usaba aquella gente? En efecto, ¿qué pasaría? ¿Por quién votarían? ¿Por el feniano?

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Luke sonrió y asestó el golpe:

—Si no sale a desfilar con los muchachos, quizá éstos presenten un candidato suyo propio.

Oída esta respuesta a su no formulada pregunta, el mayor se volvió hacia Pitkin y con el aire de un comandante de veras le ordenó que empezara a esbozar un programa de apariciones en público.

—Como he dicho al entrar —prosiguió Luke—, yo no soy político, pero también convendría que usted tuviera en cuenta el hecho de que su demarcación se ha dilatado —Luke levantó el pulgar en dirección a las montañas.

—¿Está sugiriendo, Hanna, que el señor suba allá arriba y se mezcle con los católicos?

—¿No sería llevar un poquitín demasiado lejos eso de la democracia? —interrogó Walby.

—Esté bien o esté mal, les han concedido el voto —respondió Hanna—. Yo creo que sería una prueba de buen temple por parte de usted encararse con ellos de hombre a hombre, haciéndoles saber que usted lo es y tiene sus convicciones propias.

—¡Pero esa gente no tiene ni la más remota idea del juego limpio! —objetó Pitkin —. Provocarían un desastre.

—No puedo estar de acuerdo —replicó Hanna—. Toda la vida he tratado con ellos, sin ningún contratiempo.

—¡Jamás, señor mío, jamás! —estalló Hamilton Walby.

—Calma, calma —decía, como un eco, Pitkin.

Él JAMÁS se convirtió en tres días de angustias mortales.

Las nuevas exigencias que le imponía a uno la práctica del igualitarismo por primera vez en su vida dejaban aturdido a cualquiera.

Los presbiterianos se habían esforzado durante generaciones por situarse en pie de igualdad con los anglicanos. Este capítulo particular de la historia dejaba bien sentado que en el comienzo del dominio del Ulster los presbiterianos se aliaron con los católicos. Se pasaron al bando de la Corona cuando convino a sus propósitos, y desde entonces habían tratado continuamente de hacerles sorber a los anglicanos el brebaje de la alianza.

Walby detestaba el carácter celosamente evangélico de la Iglesia presbiteriana, considerándolo grosero, pomposo, degradante y terriblemente fantasioso. Y había distribuido su tiempo, con mucho cuidado, de manera que en verano, durante la temporada de desfiles de los presbiterianos, él estuviera en Inglaterra, ahorrándose la vocinglería orangista.

Ahora, y a pesar de sus deficiencias, Walby sabía reconocer que se podía pechar muy bien con aquella gente. En la actualidad eran completamente leales. Eran británicos, en cierto sentido de la palabra. Y protestantes. De clase baja, fíjense bien, pero protestantes a pesar de todo. Era preciso llegar a un arreglo con ellos si se quería conservar las propiedades de Irlanda a salvo para la Corona. Y en East Donegal ese deber y esa responsabilidad pesaban sobre sus hombros.

Pero si bien uno podía convivir con lo presbiteriano, lo católico resultaba incomprensible. Hasta aquí había bastado siempre con una visita a su obispo. Esos eclesiásticos sabían llevar el juego. En cambio, ahora se encontraba ante la repugnante perspectiva de pedir, real y verdaderamente, votos católicos para poder sentarse otra vez en un escaño que le pertenecía, a él y a nadie más.

Pocas ideas tristes y pocas expresiones melancólicas sobre Gladstone y los liberales dejaron de pasar por la mente y los labios de Walby. Esa gente conspiraba para destruir el Imperio. ¿Desde cuándo un colonizador concede a los indígenas el derecho a votar? Bástame ridículo había sido redactar la Ley de Unión, que permitía a los católicos irlandeses sentarse en el Parlamento británico. ¡Señor! Todo el mundo sabía que Parnell y sus miserables estaban realizando una campaña para destruir la unión e imponer un Gobierno autónomo. ¿Qué podía haber entre los cielos y la tierra más destructor que un Parlamento en Dublín poblado de fenianos que no tenían derecho a gobernarse a sí mismos ni capacidad para hacerlo?

Aunque, en medio de todas estas agonías, una idea se mantenía incólume. Lo desastroso y realmente inconcebible sería acarrear una vergüenza eterna sobre la familia perdiendo el escaño. Las cosas estaban un poco confusas en ese momento; pero un buen oficial evalúa sus pérdidas, reagrupa las fuerzas y ataca.

Y al llegar a este punto, sus angustias terminaron.

¡Dong! ¡Dong! ¡Dong!… Tocaban el *Angelus* y los hombres que andaban pesadamente por el cruce de caminos caían de rodillas como abatidos a trabucazos.

«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo…»

Tomas se internó en la mortecina luz de la taberna de Dooley McCluskey. Después de un día en el campo, la taberna olía a gloria. McCluskey le acercó su dosis nocturna habitual.

—¿Qué tal te va, Dooley?

McCluskey hizo una mueca.

—Mal, Tomas. El estreñimiento —gimió—. Tengo una cantidad monumental de nudos en el vientre —y movió la cabeza indicando el rincón oscuro donde Luke Hanna resistía sin otra compañía que la de una botella.

—¡Eh! ¿Qué tal, Luke? ¿Qué te trae por estos andurriales a estas horas del día?

—Te estaba esperando —y acabó de llenar el vaso de Tomas—. Hala, échatelo entre pecho y espalda.

—*Sloncha*.

—*Sloncha*.

Luke movió la cabeza, sin poder creer lo que él mismo iba a decir.

—El mayor quiere celebrar una reunión política con los muchachos de tu pueblo.

—Bah, hombre, no me tomes el pelo.

—No te lo tomo.

—¿De veras? —inquirió Tomas.

—Sí, es un hecho.

Dooley, que por lo general era la discreción personificada, emitió un silbido.

—*Jaysus* —exclamó Tomas—. Prácticamente sólo vemos a Hamilton Walby cuando cruza nuestros campos al galope persiguiendo a las pobrecitas zorras. ¿Cree de veras ese hombre que conseguirá votos por estos lugares?

Luke se rascó la mandíbula.

—La cuestión está así, Tomas. Yo conozco tu postura y tú conoces la mía. La venida del mayor quizá no traiga ningún beneficio. Pero ¿puede perjudicar? Puesto que las nuevas leyes exigen ciertos arreglos, debería procederse a ellos pacíficamente.

—Eso tiene lógica —respondió Tomas—. Me imagino que el mayor está dispuesto a tratar con la misma cortesía a Kevin O'Garvey.

—Ah, ya sabía yo que sacarías este tema. Todo esto es nuevo, Tomas, y la gente como Hamilton Walby sólo puede resistir cierto número de impresiones de una sola vez. No quieras precipitar las cosas, hombre. Celebremos la reunión aquí y veamos qué ocurre después.

—¿Por qué no? —aceptó Tomas, levantando los hombros—. Dile al señor

hacendado que será muy bien recibido.

Entonces Dooley McCluskey razonó muy sinceramente que la reunión debía tener lugar en el cruce de caminos, bajo la gran encina conocida como «el árbol de los ahorcados». Sería mucho mejor que en la torre normanda, calculaba él, porque en una reunión de tal envergadura y naturaleza no tardaría en manifestarse la sed.

Luke y Tomas se escupieron en las manos y se las estrecharon para cerrar el trato; después salieron fuera, donde seguía rodando el murmullo del *Angelus*.

—¿Cómo te has dejado alistar en las huestes del mayor? —preguntó Tomas.

Luke se apretó el cinturón y se desperezó bajo el frío aire nocturno.

—No importa, ¿verdad que no? Quiero decir que no importa quién se siente en Westminster, Walby u O'Garvey. Tú y yo, Tomas, sabemos que todo eso es un juego de palabras. No tendremos un Gobierno autónomo en toda nuestra vida mientras la Cámara de los Lores continúe en Inglaterra y posea el derecho de veto. Yo continuaré yendo a la hilandería seis días a la semana, y tú harás lo mismo con tus campos. Nada cambiará de veras.

Tomas había hablado a Kevin de las desilusiones que traían las hermosas auroras nuevas. Él y Luke conocían las realidades.

—Sí —respondió Tomas—, ésa es la verdad, Luke, ésa es la verdad.

2

Frederick Weed caminaba con paso firme y la misma tenacidad que se atribuía a uno de sus mayores motores marinos. El séquito alineado tras él arrancó a un trote corto cuando sir Frederick estuvo a la mitad de la gira de inspección personal que hacía cada quince días. Al llegar al muelle despalmador principal, que se hallaba en el mismísimo centro del dilatado complejo industrial, desapareció dentro de la bodega del barco sometido a reparaciones importantes.

La gira de inspección había pasado a ser un episodio más o menos clásico acompañado de consultas instantáneas y decisiones sobre la marcha con sus ingenieros y capataces. Una riada de órdenes y mementos inundaba a Kendrick, su ayudante, y a la recua de secretarios cubiertos de sudor, desde el primero hasta el último, a pesar de lo fría que estaba la atmósfera.

Cuando salió de la bodega, el jefe se internó por su taller de motores marinos, recién ampliado, un mastodonte que cubría cinco acres bajo tejado. Sir Frederick había puesto muchas ilusiones y mucho dinero en el proyecto de un motor de triple expansión destinado a procurar mayores presiones de vapor. Estas impulsaban a sus dos nuevos barcos gemelos hasta la loca velocidad de dieciocho nudos. ¡Inaudito! Pero estábamos en la era de lo inaudito, y actualmente sus ingenieros ya proyectaban barcos ¡de diez mil toneladas!

Weed conocía por el nombre de pila a gran número de sus millares de empleados, y mientras iba pasando fingía camaradería, practicando continuamente la política de escuchar con «sincero interés» esta queja o aquella indicación, recurriendo cada vez a la palmadita a la espalda, el apretón de manos, la palabra de simulado aliento. La maciza robustez heredada de sus pasados días de atletismo se había rellenado un poquito, pero seguía teniendo una figura que imponía respeto, y el cigarro puro quemaba con un humo de llama eterna.

Al salir del edificio de motores marinos, el grupo de inspección desfiló hacia el canal del Rey Guillermo, que dividía el complejo en dos. Sir Frederick nunca olvidaba detenerse en el centro del elevado puente. Desde allí lo veía todo: los muelles de despalmado, los diques secos, las grandes estructuras cubiertas que albergaban talleres de laminación, forjas, aserraderos, almacenes, talleres auxiliares, fábricas. En la parte sur del canal, cuatro chimeneas de la fundición de acero hendían el firmamento, formando el hito más familiar de Belfast; a continuación venían los nuevos talleres de locomotoras. Todo lo que formaba parte de Weed Ship & Iron Works se veía desde allí, poderosamente asentado en la ensenada de Belfast. El canal del Rey Guillermo había sido construido como una arteria que dividía el río Lagan y Crown Island. Dragada y acondicionada, daba cabida ahora a su tercer millar de acres

de fábricas, jardines y campos de deportes, todo ello con el nombre de Weed.

Era una empresa tan poderosa, en verdad, como el complejo Harland Wolff, situado sobre el canal Victoria, media milla más al sur.

Sir Frederick devoraba el panorama con los ojos desde el centro del puente.

—Hermoso —murmuró—, condenada, endiabladamente hermoso.

El canal estaba adornado como el día del cumpleaños de la reina Victoria. A ambos lados revoloteaban millares de banderas de la Union Jack, Red Hands of Ulster, banderolas y gallardetes. Por así decirlo, el cumpleaños de la reina Victoria lo celebraban todos los días sin excepción, porque inmediatamente detrás de los Talleres Weed se elevaba aquella monotonía de ladrillo rojo llamada East Belfast, el más leal bastión protestante de todo el Imperio.

A los Talleres Weed les correspondían cuarenta logias Orange distintas. Logia de remachadores, Logia de caldereros, Logia de almacenistas. Logia de ensambladores, Logia de emplomadores, Logia de carpinteros de ribera. Logia de gañanes… Hasta había una Logia de caballeros, para los jefes, presidida por el propio sir Frederick, con objeto de guiar la política de los otros. De los nueve mil seiscientos cuarenta puestos de trabajo, nueve mil doscientos diecisiete los ocupaban protestantes de East Belfast y el Shankill. De este número, más de ocho mil quinientos eran miembros de la Loyal Orange Order.

La fundición de acero se enorgullecía de unos hornos «Siemens-Martin» a hogar abierto con capacidad suficiente para producir todo lo que requerían unos astilleros y una fundición de locomotoras y, además, la mayor parte de los raíles de Irlanda y un porcentaje elevadísimo de otros artículos de acero.

Al otro lado del taller de laminación, sir Frederick había creado un departamento de investigaciones, porque estábamos en el auge de los barcos y los ferrocarriles. Nuevos diseños y soluciones en los motores, los cascos y las calderas hacían que el tonelaje mundial aumentara de día en día. Y el cenit todavía no aparecía a la vista. Sir Frederick Weed no estaba dispuesto a quedarse corto o con las manos vacías en aquella furiosa competición de ideas. A él, más que a nadie, se debía que Belfast se convirtiera en un centro de construcción de buques de fama mundial, y el celo que desplegaba en materia de ferrocarriles no quedaba muy atrás.

La revolución industrial, movida por el vapor, halló su máxima expresión en un diluvio de genios británicos. En 1851, y en el Cristal Palace de Hyde Park, se celebró una gran exposición industrial inspirada por el príncipe Alberto, para propagar por el mundo las manufacturas británicas. El apelativo de «victoriana» que identificaría a aquella época nació allí, y allí quedó dispuesto el escenario para un progreso sin igual. El propio Cristal Palace era una pieza maestra de tecnología victoriana, y allí fue donde se utilizaron por primera vez, en gran escala, los prefabricados.

A medida que el vapor se dejaba arrancar más y más secretos, los titanes de la

investigación británica ponían en marcha una avalancha de perfeccionamientos. Martillos de vapor, palas de vapor, martinetes de vapor, prensas hidráulicas y gatos movidos a vapor. Este alud ponía en manos de los constructores del mundo herramientas rapidísimas movidas a vapor y mecanizaba los campos con máquinas agrícolas también movidas a vapor. Turbinas de vapor de alta velocidad empujaban por los mares barcos mastodónticos, y otras turbinas de vapor creaban energía en emplazamientos terrestres. Nuevos métodos de purificar el hierro abrieron el camino a la fabricación y entubado de aceros que se emplearon en vigas, edificios y puentes de dimensiones nunca soñadas. Arquitectos e ingenieros añadían maravillas nuevas al mundo, tales como el conjunto de diques del Támesis y el complejo portuario de Liverpool.

El vapor engendró la revolución de los transportes que disparó a los británicos desde las estrecheces de la isla hasta las más elevadas esferas de poder del mundo, con barcos y ferrocarriles a la par de sus cañones y sus estadistas. El «Rocket», primer motor moderno y práctico a vapor, iba en cabeza en tierra firme, para no desdecir de su señorío de los mares.

Una «parte del león» del tonelaje marítimo mundial enarbolaba la bandera de la Union Jack y todos los continentes albergaban brigadas de peones ingleses, esos trabajadores que maravillaban al mundo mientras construían canales y ferrocarriles británicos.

Resplandeciente símbolo de aquella era fue Isambard Kingdom Brunel, que construyó el gran ferrocarril del Oeste —además de otros veinticinco—, trazó los planos del primer túnel submarino, fue el padre del ferrocarril de vía ancha, botó el primer barco acorazado y el primer vapor que cruzaría los océanos, seguido de una armada de buques de los mayores y más rápidos hasta entonces conocidos, inició la telegrafía de los ferrocarriles, engendró la propulsión a chorro y estudió la construcción de túneles, acueductos, muelles normales y muelles secos, puentes de ferrocarril y puentes colgantes de una audacia asombrosa sobre precipicios amedrentadores.

Thomas Brassey acabó de surcar el mundo de ferrocarriles británicos, construyendo una lista de exóticos nombres de líneas en la India, Noruega, Canadá, Francia, Argentina, Italia, Australia, Polonia y la isla Mauricio. El Calcuta-Ganges, el Varsovia-Galatz, el Viena-Trieste.

Todos eran hombres de la reina.

De la misma cepa, y no menos, era el escocés Frederick Murdoch Weed. De joven había conquistado laureles menores como arquitecto naval e ingeniero de marina en los grandes astilleros de Clydebank.

Intrigado por la serie de innovaciones traídas por la guerra civil americana, cruzó el océano con objeto de estudiarlas, y quedó particularmente hechizado por el rápido

paso de los barcos con coraza de hierro a los buques de acero para romper el bloqueo que construyó la Confederación.

Su cerebro se convirtió en un manantial de ideas, pero se sentía continuamente frustrado viendo que los nuevos genios de la situación se habían atrincherado en Glasgow, Liverpool y Newcastle. Era preciso buscar tierras más verdes y, mostrándose a la altura de los gigantes de su tiempo, la fertilidad de su mente anduvo del brazo con su audacia para las empresas. Recorrió, pues, el mar de Irlanda, y lo que vio le gustó. En los alrededores de Belfast existía desde hacía muchísimo tiempo una industria, reducida pero digna de consideración, de construcción de barcos. Harland Wolff montaron unos astilleros y prosperaron. Este ejemplo le hacía más apetecible el proyecto de cortar sus propios lazos con la isla madre. La Belfast City Corporation estaba ampliando continuamente sus instalaciones y arreglando, para este propósito, tierras de la desembocadura del río Lagan, donde existía un excelente núcleo de expertos obreros navales emigrados de Escocia.

Empezando con un capital de unos pocos millares de liras, Weed compró un pequeño lote de ocho acres en la recién adaptada Crown Island. Y se lanzó al ataque con la misma furia que había caracterizado sus días de gloria como uno de los grandes del rugby.

La primera audacia de Frederick Weed consistió en duplicar la longitud del barco de vapor y de vela que navegaba por el océano sin ensanchar la manga. Al principio, la gente se mofaba de aquellas largas y estrechas agujas suyas llamándolas los ataúdes de Weed. Pero después nunca más se burlaron de él. Añadiendo el detalle de una superestructura de hierro encima de la cubierta y un diseño único de casco por debajo de la línea de flotación, los barcos no sólo tenían más estabilidad, sino que se los ponía a flote más pronto.

A medida que llegaban enormes cantidades de pedidos, Crown Island continuaba saneando tierras, doblando y triplicando su extensión. Weed transformaba barcos de hierro en barcos de acero con éxitos espectaculares. Su genio en las aleaciones de acero y los prefabricados le situaban en un puesto elevado entre los grandes. Hacia 1878, año en que fue nombrado caballero, había fundado ya su propia instalación para motores marinos, así como la fundición de acero, y había pasado a ser el patrón de la provincia del Ulster con mayor número de empleados. Saqueaba sistemáticamente el Clyde de sus mejores talentos en ingeniería y construcción en todos los niveles. El ocaso de Liverpool como centro constructor de buques se reflejaba prestamente en el crecimiento de Belfast. El núcleo fundamental y el grupo medio de su ejército de trabajadores se había incrustado fuertemente en East Belfast, al que la gente se refería a menudo llamándolo «la segunda plantación del Ulster».

La última escala en la gira de inspección tenía lugar en la sección de investigaciones y diseños. Después de una rápida caminata entre sus arquitectos,

científicos y delineantes, se quedaba a solas con el jefe de todos ellos, Walter Littlejohn, distinguido metalúrgico.

Apenas se había hecho mella en el problema más considerable con que se enfrentaban los constructores de barcos. La parte más cara y que consumía más tiempo en el proceso de los barcos metálicos había resultado ser la fundición y el remachado a mano de cada plancha. Durante casi tres años, a Walter Littlejohn y algunos subordinados suyos les había devorado la obsesión, que les contagió sir Frederick, de encontrar un método de soldar barcos sin remaches.

El experimento más reciente de la serie había terminado unos días antes, engrosando la colección incesante de fracasos. Se habían puesto a prueba más de sesenta aleaciones, en un esfuerzo por encontrar un acero más resistente. Laminaron la mejor aleación imaginada y la soldaron formando el casco de un barco experimental de cien toneladas, que remolcaron hasta la isla de Rathlin donde el canal del Norte corre comprimido entre Irlanda y Escocia. Allí dejaron anclado el casco, en una caverna abierta, y durante un par de meses, cargados de ansiedad, resistió un espantoso embate continuo. Después se hizo pedazos, lo mismo que había ocurrido con los otros.

Sir Frederick repasó aceleradamente el informe de Littlejohn. Con los ojos humedecidos, lo limpió de las cenizas del cigarro que habían caído sobre él.

—Maldita sea, Littlejohn, habría jurado que esta vez lo teníamos ya.

Walter Littlejohn estaba cansado y desalentado. Parecía más pálido que de costumbre. Sus delgados labios se perdían bajo un mostacho caído. A la inquisitiva mirada de Weed, respondió con un levantamiento de hombros.

—La misma historia de siempre, sir Frederick. Sin remaches, el acero resultó demasiado quebradizo; tenia un punto de flexión demasiado bajo y, sencillamente, no estamos lo bastante adelantados en técnica de soldadura.

—Con el nuevo soplete, pensaba que lo había logrado.

—Las propiedades del acetileno dependen todavía de demasiadas circunstancias. Quizá si pudiéramos encontrar un soplete más perfeccionado…

—Quizá, quizá, quizá —repitió sir Frederick—, quizá si el perro no se hubiera parado a mear, quizá habría cogido al conejo.

Littlejohn se quedó mudo un instante, mientras Weed volvía a ojear el informe.

—Creo que deberíamos poner un porcentaje más alto de níquel y manganeso. ¿Qué dice usted?

Littlejohn se quitó las gafas, se frotó los ojos con las palmas de las manos, dejando que la mente se le quedara intencionadamente vacía.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

El científico levantó los brazos al cielo. La réplica, esta vez, consistió en un puñetazo a la mesa.

—Yo sé, ¡por Cristo!, que hay una manera de conseguirlo, y no aguanto ya más esa maldita frustración.

—La prisa —respondió Littlejohn— es la enemiga de las investigaciones.

—¡Oh, Jesús, Littlejohn! Estamos en 1885. Por todos los puntos cardinales del Clyde se ha olido lo que nos proponemos. Algún canalla será capaz de ganarnos la partida.

Littlejohn se rascó la cabeza, desconcertado.

—El campo de las aleaciones de acero es aún un terreno virgen —repitió por enésima vez al toro inquieto que embestía contra su capa—. A menos que alguien derrame por casualidad las cantidades precisas de las botellas adecuadas y halle la fórmula milagrosa, han de pasar diez años todavía antes de que se consiga la dureza máxima del acero. Y en el caso de que la encontremos, todavía faltarán más años para dar con el diseño preciso del casco y los métodos de fusión.

Weed blandió el índice bajo la nariz del empleado.

—Si algún canalla la encuentra antes que nosotros, me muero. Quiero ese cochino barco más que nada en la vida.

—Continuaremos haciendo todo lo que podamos —murmuró Littlejohn.

La berlina, que le había esperado delante del departamento de investigaciones, condujo a sir Frederick al edificio de la administración general, donde le esperaba una ronda final de trabajo.

El último periódico que Kendrick le había dejado sobre la mesa renovó su furor. Un comité especial de la Cámara de los Comunes había terminado un estudio sobre el problema, cada día más apremiante, de los desperdicios industriales en los centros manufactureros y mineros del Reino Unido. Y llegaron a la conclusión de que Belfast era lo peor de las islas británicas, y que ahí el aire había alcanzado niveles de contaminación realmente exagerados que ponía a las personas en peligro de contraer enfermedades respiratorias. Más todavía, los desperdicios industriales arrojados al estrecho de Belfast (particularmente los procedentes de la fundición de acero de Weed) estaban corrompiendo el agua. El procurador de sir Frederick deseaba poder agregar los comentarios de éste a la opinión de la minoría.

Sir Frederick cogió la pluma de un zarpazo y garabateó sobre la cubierta: «ESTIERCOL.» Kendrick entró con la bandeja del té, y mientras limpiaba de papeles la mesa de sir Frederick fijó una silenciosa mirada en el informe de la comisión.

—Devuélvelo, nada más —ordenó Weed.

—¿Sin comentario, sir Frederick?

—Oh, bah, quita eso de ahí. Es una estupidez como aquella que otro comité quiso perpetrar, hará unos veinte años, con las fábricas de lienzos. Se trata de una despectiva fanfarronada de los liberales para poner trabas al progreso, combinada con una antiquísima conspiración por cercenar la vida de Belfast. Si quieren limpiar

porquería, que se entretengan con la que tienen las ciudades del Midland. El progreso de Belfast no se dejará atajar ni desviar por trapacerías políticas, etcétera, etcétera, etcétera —sir Frederick se acercó a la ventana. El sudario de humo no dejaba ver la ciudad—. ¡Contaminar el aire y el agua, nada menos! ¿Qué quieren que haga la gente de aquí? ¿Morirse de hambre?

La sirena de las seis acuchilló el aire. La empresa escupió sus millares de trabajadores. Legiones de hombres sucios, con gorras de paño, desfilaban en desordenada manifestación camino de aquellos melancólicos cuarteles de ladrillo rojo. Sir Frederick saludaba con la cabeza, adoptando un aire protector, mientras aquel ejército suyo se quitaba la gorra, rindiéndole homenaje. Hacia la mitad del desfile se volvió a su mesa de trabajo.

—¿A qué hora llega el tren del brigadier Swan?

—A las siete y media —respondió Kendrick.

—Bien. Manda un carruaje a buscarle. Le veré en el hotel.

—Muy bien, señor —respondió Kendrick. Y salió.

Mientras sorbía una gran taza de té reforzado con brandy, sir Frederick fue poniendo coto a las llamas de su mente febril, y después dejó que su pensamiento derivara hacia el más reciente empujón de su imperio.

Años atrás, cuando decidió abrir su propia fundición de acero, Weed compró cierto número de pequeñas minas de hierro en el Ulster central y septentrional. Así empezaron sus relaciones con los ferrocarriles de vía estrecha. El hechizo de los trenes condujo a la anchura normal, y esto, a su vez, al diseño y la construcción de un prototipo de locomotora denominada «Red Hand Express», que se hizo famosa.

Sir Frederick miraba inquieto más allá de los puntos terminales de su Belfast Portrush Line hasta que se le metió en la cabeza la obsesión de ser el dueño del primer ferrocarril trans-Ulster. De Belfast a Sligo. A continuación… ¿quién sabía?

Weed confió a su poderoso brazo derecho, el brigadier Maxwell Swan, la misión de tantear el terreno. Arthur Hubble, conde de Foyle, controlaba una combinación de principios y terminales de líneas cortas allá en el Oeste. Se hizo un sondeo a Glendon Rankin, que dirigía los asuntos del conde. Su respuesta fue cálida, pero de las que no comprometen a nada. Después, Maxwell Swan fue enviado a Londres a negociar.

Sir Frederick dirigió una mirada al reloj. Swan estaría de regreso en Belfast dentro de poco. Y sintiéndose llevado por un súbito arrebato de regocijo, sir Frederick soltó la carcajada.

¡SIR FREDERICK WEED INVADE EL ULSTER OCCIDENTAL!

3

Mientras sir Frederick Weed llevaba adelante sus amoríos y sus aventurillas con los ferrocarriles, adquirió una flota de vagones particulares. Americanófilo declarado, sir Frederick adoraba desde hacía mucho tiempo los vagones «Palace» de George Pullman y la grandiosa obra de Webster Wagner. Así pues, envió a América a Manning Fix, quien había diseñado los lujosos camarotes de los vapores de Weed, encargado y autorizado para estudiar y copiar aquellos trabajos. Los vagones particulares de Weed se construían en sus propios talleres. Además del vagón de director general, tenía el suyo particular, de un lujo escandaloso, otro para transportar su equipo de rugby en la gira anual que solían hacer por los Midlands ingleses y tres vagones más pequeños. Con una locomotora «Red Hand Express» delante, el tren hacía las funciones de almirante terrestre del comandante en jefe.

El tren cruzó Templepatrick en dirección a Monkstown, donde el suelo, ondulante y eternamente verde, empezaba a nivelarse junto al mar y a poblarse de casas de campo y gente, indicando que habían llegado a los suburbios de Belfast.

En dicho tren viajaba un solo pasajero.

El hombre solitario encerrado en el esplendor de caoba pulida y cuero español del vagón del jefe de la Belfast Portrush, sir Frederick, era el brigadier Maxwell Swan, doctor en Derecho Civil, cruz al Mérito Distinguido, comandante de la Real Orden Victoriana, y otras hierbas. Lo que daba un aire tan destacado e incisivo a su figura, por todo lo demás absolutamente mediocre, era una cabeza calva, escrupulosamente afeitada, y portadora del par de ojos azules más penetrantes.

Swan, que era del Ulster, se había retirado del ejército después de un cuarto de siglo de servicios, a los cuarenta años y pico, y siendo una figura un tanto misteriosa que solía moverse por los remansos del Imperio para correr en un momento dado hacia posibles lugares de conflicto. Su misión había consistido en descubrir a tiempo las insurrecciones que se estaban incubando y cortarlas de raíz. Moviéndose silenciosamente, en secreto, había maniobrado tras el telón del motín de la India, las guerras maoríes de Nueva Zelanda, en Pekín, y en los territorios africanos para acabar con los achanti.

Los últimos años de servicio a la Corona los pasó Swan en el Castillo de Dublín, demostrando ser un maestro en la utilización de los confidentes para penetrar en las sociedades secretas y rebeldes. Visto el panorama, daba unos contragolpes despiadados, limpios, definitivos. No es extraño que, una vez retirado, sir Frederick echara mano de él y lo pusiera al frente de las cuestiones laborales.

Un principio divino vigente en el Ulster era el de mantener a su clase obrera con diez años de retraso respecto a la isla madre. Swan entabló una guerra a muerte contra los buscadores de votos tradeunionistas y otros agitadores, levantando un

aparato de espionaje omnipresente del que nadie podía librarse.

Además, en Belfast la tarea resultaba más simple. La masa obrera vivía amontonada en East Belfast y en el Shankill, llevando una existencia tribal casi totalmente ritualizada por la Orden de Orange y la Reforma. Pocos hombres podían hacer frente a las iras de un gran maestre de Orange, del pastor y de sus vecinos, negándose a tomar parte.

Utilizando la Orden de Orange como base, el gran maestre estaba investido de poderes especiales para contratar y despedir, como lo estaban también muchos predicadores. Swan fue quien alentó a sir Frederick a constituirse en protector de los orangistas e incluso a ingresar en la Orden previa formación de una Logia de caballeros.

Mientras la Orden llevaba a cabo una severa misión de vigilancia, el clero inculcaba en las mentes el evangelio de que aquellos habitantes del Ulster eran unas personas especiales dotadas de las virtudes gemelas de la santidad y la laboriosidad, y habían sido elegidas para llevar a cabo la obra de Dios en Irlanda. Los padres legabán a los hijos los sombreros hongos de orangistas y compraban puestos de aprendiz en la empresa para asegurarse la continuidad de la familia. Poco pensamiento intelectual, pocas ideas liberales, poca curiosidad o alegría lograban abrirse paso y penetrar en los dos bastiones gemelos y amortajados, de East Belfast y del Shankill.

Cuando de las mencionadas áreas se elevaban vapores de tormenta, se utilizaba, invariablemente, una y mil veces, el mismo ardid, con éxito infalible: el miedo a los católicos, paganos enemigos de Dios, haraganes. Y este miedo se manejaba como la hoja de una navaja apretada contra sus muñecas. La fidelidad: fidelidad orangista, fidelidad protestante, fidelidad a la Corona, fidelidad antiunionista, es decir, antisindicalista, se premiaba con un empleo, del que dependía la existencia de cada uno. Desviarse de esta fidelidad total podía implicar que tal empleo fuera a parar a un católico.

Swan enseñó a todo el Ulster cómo se aplica el principio cardinal de «divide y vencerás», manteniendo a las clases obreras católica y protestante separadas y en odio perpetuo. En esto era inflexible, y jamás se apartaba de la norma clásica. Unos generosos donativos para las causas adecuadas obraban efectos contundentes. Sus escuadras especiales para el mantenimiento de paz, formadas por antiguos boxeadores, maleantes, confidentes, detectives y espías no eran menos efectivas. La paz reinaba en los Weed Ship & Iron Works, y, comparado con los Midlands ingleses, Belfast llevaba años de retraso en la sindicalización de sus obreros.

Maxwell Swan ascendió a buena marcha, hasta convertirse en un instrumento que sir Frederick conservaba permanentemente a su diestra. Eterna eminencia gris, se encargaba de la negra tarea que permitía, por otra parte, que Frederick Murdoch Weed asumiera la imagen de un hombre vulgar y corriente, y caritativo.

La picada cala de Belfast aparecía a la vista en Newtownabbey. El tren abrazaba la línea costera hasta los suburbios del norte, disminuyendo la marcha al meterse por entre las edificaciones de la bahía, donde el aroma del tabaco, el café y el cáñamo flotaba en el aire, penetrante y confuso a la vez. Cuando el «Red Hand Express» entraba silbando en la estación término de York Road, Swan entrevió las chimeneas de los Ship & Iron Works por entre un conglomerado de canales, muelles, almacenes y fábricas.

Swan cerró el maletín, se abrochó el abrigo «Inverness» dotado de capucha y se encaminó sin pérdida de tiempo hacia un coche que le esperaba junto al andén.

El hotel Antrim era como una joya solitaria entre las tristes posadas de Belfast. Situado en la calle Victoria, a pocas manzanas de la plaza Donegall y la Linen Hall, la Lonja del lino, estaba emplazado en el centro del distrito cultural, oficial y comercial.

Sir Frederick había comprado el hotel como parte de las pertenencias en Belfast del ferrocarril Belfast & Portrush y lo había renovado dotándolo de unas comodidades y un lujo sin rival en toda Irlanda. Todo el piso cuarto lo había convertido en residencia propia para sus estancias en la ciudad y en una serie de habitaciones para albergar a dirigentes de empresas navieras y ferroviarias que estuvieran de visita, así como a dignatarios, aristócratas y nobles.

Su cuartel personal se componía de diez habitaciones decoradas con lo traído de un almacén de sobras de su residencia principal, Rathweed Hall, sita en los montes Hollywood.

Weed se tendió en la sala de estar, despachando un par de vasos de Bushmills mientras su ayudante recogía silenciosamente las esparcidas prendas (chaleco, corbata, sombrero, guantes, bastón) y las sustituía por un batín y unas zapatillas. Cuando se llenaba el tercer vaso, entró su hija Caroline, vestida y enjoyada.

¡Ah, Caroline! Caroline, su alegría; Caroline, su tormento. Caroline, único retoño del viudo Weed. A sus veintiocho años era una belleza espléndida; pero había sido una empresa monumental hacerla llegar hasta ahí.

Al morir su madre, diez años atrás, Caroline se marchó al continente, corriéndose una juerga que terminó en un matrimonio breve y desastroso. Perplejo en sus esfuerzos por domarla y fallido en los que hacía por casarla y que le diera herederos varones apropiados, sir Frederick acariciaba la idea de contraer él un segundo matrimonio. Pero en este asunto, no acababa de decidirse a cruzar el Rubicón; el cariño que tenía a su hija obraba como un contrapeso enorme.

Al pedir la anulación del matrimonio, Caroline retornó a Belfast y se moderó un poco, demostrando poseer rasgos buenos y un gran temple y que, después de todo, era muy posible que la hubieran vaciado en el molde Weed. Este quería depositar el

futuro en manos de su hija y sus nietos. Caroline seguía siendo independiente y sibarita, pero al mismo tiempo iba desarrollando una mente fina y activa para los negocios, y siempre que se la veía mirando desde el balcón del Antrim aquellas cuatro altas chimeneas, quedaba muy poca duda sobre sus ambiciones particulares. Como Caroline ya tenía veintiocho años, sir Frederick se ponía nervioso por la cuestión esa de los herederos…, pero por este terreno había que pisar con mucho cuidado.

Padre e hija intercambiaban predilecciones. Esta noche había una compañía rusa de ballet, verdadero golpe de efecto para Belfast logrado en gran parte gracias al mecenazgo de Caroline. La mayoría de sus merodeos culturales dejaban a sir Frederick muerto de aburrimiento, a menos que implicasen cierta atención a su persona y le dieran oportunidad para emprender la conquista momentánea de una actriz o una cantante. Protegía la cultura porque Caroline adoraba el escenario y el escenario la había elevado a la condición de dictadora de sociedad y la había retenido en Belfast.

—¿Quién es el afortunado esta noche? —le preguntó.

—El marqués de Monaghan; padre, madre, dos hijas y ese hijo.

—¡Ah, ésos!

—¿Irás con nosotros, Freddie?

—Será mejor que me retire al viejo estudio —respondió Weed, guiñando el ojo—. Espero al brigadier, que regresa de Londonderry. ¿Te importa muchísimo?

—No, por supuesto —respondió ella, subiéndose un largo guante de ópera por el esbelto brazo y dándose un repaso final ante el espejo—. ¿Sabes algo de Max?

—No, y estoy tremendamente inquieto. Ha estado fuera casi toda la semana.

—Bien, la tardanza quizá sólo indique que ha tenido que participar en negociaciones muy tensas —comentó la hija.

—Eso espero, eso espero.

Sir Frederick se levantó de la silla pausadamente, gimoteando, pues el whisky había dado en el blanco y le coloreaba ligeramente la mejilla.

—Espérame, Freddie —pidió Caroline—. Unos veinte minutos después del telón final me dará una jaqueca. Me muero de ganas por saber qué ha ocurrido. Ah, de paso, mañana por la noche, recepción en Rathweed Hall. Hay en la compañía un par de damas a las que quizá te gustaría prestar un poco de atención antes de que se marchen a Dublín.

—¿Bailarinas? Bah, demasiado flacas, la mayoría.

Otro whisky mandó la cabeza de sir Frederick a hacerle reverencias al pecho, dentro de una sólida bañera de mármol, mientras el ayuda de cámara permanecía cerca, cuidando de que su amo no resbalara bajo la superficie. Unos golpes secos a la puerta del cuarto de baño se encargaron de que sir Frederick abriera súbitamente los

ojos. Maxwell Swan entraba en el preciso instante en que sir Frederick se echaba agua fría al rostro para despejar los vapores alcohólicos.

El brigadier se sentó al lado de la bañera, levantó los pies, inclinando la silla para atrás, y bebió un sorbito de jerez.

—Bien, Max, ¿cuándo cortamos la cinta para Londonderry?

—Será mejor que bebamos un trago —respondió Swan. Una larga y comunicativa mirada de aquellos ojos dominantes le explicó toda la historia.

—¿Qué diablos salió mal?

—Casi todo.

—¡Maldita sea! ¡Por mil diablos, sácame de aquí! —rugió, luchando por salir del agua como ballena que sale a la superficie.

Envuelto en una gran toalla de baño, se dejó caer en el canapé y se inclinó adelante, clavando una mirada furiosa en su ayudante. Swan tanteaba en busca de un punto de partida.

—Nosotros habíamos estimado que Glendon Rankin llevaba el condado Hubble con un estilo perfectamente arcaico. Ambos sabíamos que lord Arthur apenas pone el pie en el Ulster y que Rankin era el único con quien tendríamos que negociar. Quiero decir que ambos creíamos que Rankin estaba investido de poderes y autoridad para cerrar trato con nosotros.

—Sí, sí.

—Sabíamos que lo más probable era que lord Arthur aceptara lo que le propusiera Rankin, y etcétera, etcétera.

—Sí, sí, sí.

—Pues bien, sir Frederick, ha entrado en juego un factor nuevo. Roger Hubble, el hijo de lord Arthur, se ha metido en el negocio hasta aquí —dijo, indicando el nivel de los ojos.

—¿El vizconde de Coleraine? Buen Dios, yo pensaba que estaba sirviendo al país en alguna parte… La India…, la China… en algún lugar.

—Al contrario. El joven Hubble dejó el ejército hace dos o tres años y se ha vuelto extraordinariamente activo. Me atrevo a decir que está a punto de nacerse dueño de todo, del burro y la albarda.

—¿Hubble? ¿Roger Hubble? ¿Un tipo así, un poquitín renacuajo, según recuerdo? Además, ¿no es demasiado joven?

—Evidentemente, usted no le ha visto desde hace algún tiempo.

Sir Frederick meditó unos momentos.

—Pues ahora que lo pienso, hará cinco o seis años. ¿Qué edad le supone ahora?

—Oh, alrededor de los treinta.

—Cerebro de coliflor. ¿Verdad que sí?

—Listo como Disraeli. Antes de que termine el año habrá enviado a Glendon

Rankin a comer hierba de los prados.

—¡Dios mío, esto me interesa! —exclamó Weed—. Los Hubble han tenido a esa horrible familia Rankin gobernando el condado durante generaciones. ¡Señor!

—Ahí está el quid de la cuestión —respondió Swan—. Roger Hubble siente una pasión tremenda por transformarlo haciéndolo entrar en el nuevo orden de cosas y que deje de ser una tocata de pífano medieval. Se expresó sin rodeos y dijo que no puede continuar contando con las rentas de las tierras como fuente principal de ingresos. Y está emprendiendo rápidamente y a la callada una serie de cosas nuevas: telas, minerales, fábricas diversas. Al mismo tiempo me impresionaron las consolidaciones que ha realizado en el campo, dedicando enormes extensiones al lino y al ganado.

—¿Sabes, Max? —interpuso Weed—. Esta noche precisamente Caroline ha ido al ballet con el viejo Monaghan. Ese pedo viejo, arcaico y tartamudo está decidido a seguir pegado al último acre, aunque los tenga cargados de hipotecas hasta las nubes, hasta que esté completamente arruinado.

—Pues sí, el joven Hubble se huele el final de los patrimonios agrícolas, en efecto —corroboró Swan.

—Deduzco que negociaste directamente con él, ¿no?

—Los dos primeros días hicimos la pamplina de comunicarnos a través de Glendon Rankin. Roger Hubble sólo quería averiguar nuestros propósitos sin tener que hacer comentarios ni comprometerse a nada. Luego hablamos siempre él y yo, como si Glendon Rankin no perteneciera al mundo de los vivos.

Sir Frederick tentaba por debajo de la toalla para liberarse la mano y acercar una llama a la punta del cigarro.

—Has dicho que es listo.

—Bastante.

—Entonces, ¿por qué diablos se hace el remolón en lo de vender aquellos cochinos cabos sueltos de ferrocarril? No le rinden maldito el beneficio, y debe saber que realizaría unas ganancias considerables desprendiéndose de ellos.

—Recela muchísimo de los motivos de usted —respondió Swan.

La flecha dio en el blanco. Weed se puso el albornoz, refunfuñando todo el rato, anduvo hasta la puerta vidriera sumido en profundas meditaciones y clavó la mirada en la lujosa avenida.

—Maldita sea, Max, ansío ese ferrocarril trans-Ulster como no he ansiado nada en mi vida.

El brigadier permaneció pasivo ante aquella nueva variación sobre un viejo tema. Anteriormente, Weed había deseado construir un barco de doce mil toneladas como no hubiera deseado nada en su vida, y antes había ansiado construir un barco soldado directamente más que nada en la vida, y aún antes fue una locomotora capaz de correr

a noventa kilómetros por hora…, más que nada en la vida. Sir Frederick volvió a internarse en la habitación.

—Vuelve a Londonderry y duplica la oferta. Si se niega, ¡habrá guerra!

—Será inútil, sir Frederick.

—Tonterías. Con suficiente dinero se consigue todo.

—Está influido por ciertas manías predominantes —explicó Swan—. Dice que no quiere que por el oeste crezcan *weeds*.

El insulto no podía dejar de levantar ampollas. *Weed* significa «mala hierba», y, claro, *weeds* es su plural, «malas hierbas».

—Yo… le… aplastaré… las… malditas… pelotas… que… tiene…

Maxwell Swan se rascó con el índice la parte posterior de la calva cabeza como si le hubiese picado un mosquito y aguardó a que su amo repitiera la amenaza de declaración de guerra y castración. Cuando los cuadros de la pared dejaron de oscilar, sir Frederick se dio cuenta de que Hubble le tenía acorralado. Con lo cual volvió, angustiado, a la realidad y buscó el consejo práctico de su ayudante.

—No veo otro camino que el de una alianza —decía Swan.

La faz de Weed perdió la acritud para asumir una sonrisa picarona.

—Comprendo —dijo, iluminándosele la mirada—. Primero damos entrada al joven Hubble en la empresa, y después —concluyó dedicándose un aplauso a sí misino— le echamos fuera otra vez.

Swan movía la cabeza negativamente.

—Es demasiado inteligente para jugarle esa treta. Si se asocia con él, hágase la idea de que será para siempre.

El metal de sir Frederick no tenía más que un solo aditamento: nuestro hombre estaba celoso de su independencia y quería procurarse todo el poder personal que pudiera reunir por sí mismo, sin intervención de nadie más. El brigadier lo sabía. Luego las anteriores sugerencias debía haberlas inspirado algún cálculo de otra naturaleza.

—Ya sabes que lo que estás diciendo choca con mi modo de ser, Max.

—Sí, me doy cuenta —respondió Swan—. Yo no quise cortar las negociaciones de una manera definitiva. A Hubble le intriga y le excita el interés de usted. He dejado una puerta abierta. Dentro de poco, Roger Hubble irá a Daars a ver a lord Arthur. Quizá convendría que usted le invitara a detenerse en Belfast, de paso.

Sir Frederick había aprendido mucho tiempo atrás a descubrir aquel brillo especialísimo en los ojos de Maxwell Swan.

—¿Qué pasa por esa maquiavélica cabeza tuya, Swan?

Las facciones del brigadier dibujaron lo que podía interpretarse razonablemente como una sonrisa.

—Pasan Caroline y Roger Hubble —respondió.

4

¡Qué memorable día aquel en que el mayor Hamilton Walby fue, en persona, al cruce de caminos a hablar con los labradores irlandeses! Señalaba la primera vez, en seiscientos años de ocupación y gobierno británicos, que los vecinos de Ballyutogue iban a estar democráticamente reunidos con los ocupantes.

Era, además, el día que yo cumplía doce años, lo cual significaba que tendría los mismos años que Conor; durante unos meses al menos, hasta que él cumpliera trece.

El árbol de los ahorcados era, realmente, lugar apropiado para el gran acontecimiento. Nadie sabe el numero exacto de los que habían pendido de sus ramas, pero sin duda fueron varios centenares, si no millares, y allí continuaba como recuerdo permanente de la presencia de la Corona, así como de los siglos de opresión que sufríamos.

Cuando la conquista isabelina subyugó al poderoso clan de los O'Neill, a nuestros muchachos los colgaban a manadas. Y en mayor número los ahorcaba todavía Isaiah Walby, antepasado del señor actual, durante las guerras de Cromwell. Los ahorcaban también en la guerra jacobita contra Guillermo de Orange. Y los colgaban en tiempos de las leyes penales por practicar la religión católica Romana, y durante las guerras campesinas, y los colgaban después aquellos alabarderos salvajes durante el levantamiento de los Irlandeses Unidos de Wolfe Tone. Anoto de paso que los alabarderos introdujeron flagelaciones, decapitaciones, aceite hirviendo y alanceamientos, todo en aquel mismo lugar. Muy recientemente les tocó el turno a los fenianos. Además, entre ambas épocas, a nuestros muchachos los ahorcaban por variados actos de infidelidad tales como negarse a obedecer al constabulary *que había venido a lanzarles, o hurtar nuestras propias cosechas para no morirse de hambre.*

Todos los años se debatía extensamente si debíamos o no cortar el árbol de los ahorcados. No nos poníamos demasiado sentimentales por su historia pasada; pero era el único árbol digno de tal nombre que quedaba por aquellos alrededores. Daddo Friel hablaba de tiempos en los que había grandes bosques de robles por todo Inishowen y la capa de tierra vegetal era, por todas partes, de más de sesenta centímetros de profundidad. Los bosques fueron arrancados y los robles se los llevaron para construir la flota inglesa contra la Armada española. La erosión del suelo empezó poco después. En realidad, decía Daddo, lo único que los británicos no nos quitaron fueron las piedras, y seguro que se las habrían llevado también, si hubiesen válido algún dinero.

Los Larkin, cuya voz solía prevalecer en asuntos de esta índole, decían que el árbol de los ahorcados tenia que seguir en pie para recordarnos constantemente quiénes éramos (¡como si no lo supiéramos!), de modo que, para bien o para mal,

siguió dando sombra a nuestras dos instituciones más poderosas: el templo de San Columbano y la taberna de Dooley McCluskey.

El hacendado llegó sobre el caballo árabe más hermoso que haya visto en mi vida; ofrecía una imagen espectacular, con su chaqueta matutina encarnada, su sombrero de copa y unas botas limpias como un espejo. Venía solo, como para darnos a entender que era valiente y decidido. Buena idea. Varios centenares de nosotros, labradores irlandeses, unos andrajosos en comparación, nos arremolinábamos a su alrededor, casi tocándole, mientras el padre Lynch parloteaba con él, tan emocionado como en presencia del mismísimo Padre Santo.

Tomas y mi padre acompañaron al hacendado en una ronda de presentaciones, apretones de manos y otras mundanidades; pero lo cierto es que nosotros le inspeccionábamos con la mirada y él nos observaba a nosotros como si fuésemos criaturas de un planeta diferente. Gracias a las palabras que nos dirigió Tomas antes de la reunión, todos comprendimos que había de ser una ceremonia ordenada y tranquila. Nadie se daba prisa; como después de una misa dominical, unos cuantos hombres bebían en la taberna, otros visitaban tumbas de familiares o, simplemente, se habían sentado junto a la pared, arrojando piedras o jugando a cara y cruz con unas monedas. Unas cuantas mujeres observaban desde lejos, cuidando bien de no acercarse demasiado; porque la política era cosa de hombres.

Conor y yo nos reservamos sitio junto al tablado levantado para la ocasión. Cuando empezó el discurso, la gente se fue acercando poco a poco al orador. La turba se apiñaba más y más porque se hacía difícil entender las palabras del amo. Uno habría creído que un hombre educado en el Trinity College debía saber hablar su propio idioma más llanamente. Se hizo un silencio tan absoluto que se habría oído volar una mosca.

—Estamos entrando en una era nueva y magnífica —empezó el hacendado— que dio comienzo a principios de este siglo cuando se añadió la cruz de san Patricio a las de san Andrés y san Jorge para que entre las tres formaran la Union Jack que tan entusiastamente vitoreamos. El Reino Unido nos señaló como a un solo pueblo y un solo rey.

YO TENIA APENAS DOCE AÑOS CUANDO HAMILTON WALBY PRONUNCIABA ESTAS PALABRAS. SIN ÁNIMO DE IRREVERENCIA, ERA, SIN EMBARGO, BASTANTE MAYOR PARA COMPRENDER DESDE LA PRIMERA AFIRMACIÓN QUE IBA A SER UN DÍA DURO PARA AMBOS BANDOS. NO ESTÁBAMOS UNIDOS, SINO SEPARADOS POR PLANETAS Y ESTRELLAS, Y VÍAS LÁCTEAS Y UNIVERSOS.

—La Ley de Unión que nos convirtió en un Reino Unido trajo a Irlanda esa magnífica herencia británica que tenéis…

EA, LO QUE NOSOTROS HEMOS DICHO DURANTE MIS DOCE AÑOS ANTERIORES ES QUE NUNCA HEMOS TENIDO A GRAN HONOR EL HECHO DE SER CONSIDERADOS BRITÁNICOS.

—Una época en que la mayor serie de reformas y de leyes democráticas jamás iniciada por Parlamento alguno…

¡VAYA! ¿NO SABE USTED QUE LOS IRLANDESES ERAN UNA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA YA ANTES DEL AÑO 1171, BAJO EL SISTEMA CELTA, CUANDO USTEDES HONRARON NUESTRO SUELO CON SU PRESENCIA? ¿Y NO SABE USTED QUE UNA ARISTOCRACIA BRITÁNICA RETROGRADA HA TENIDO EN JAQUE TODA IDEA DE LIBERTAD INCLUSO DESPUÉS DE QUE LAS IDEAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA SE EXTENDIERAN POR EUROPA Y LA LIBERTASEN?

—… ahora este sistema de justicia sin igual se ha extendido plenamente para que cubra a todos los vasallos de Su Majestad…

SÍ, COMO AQUELLO DE «CHICA, CIERRA LA PUERTA», CUANDO LOS IRLANDESES INTENTABAN HUIR A INGLATERRA DURANTE EL HAMBRE. ¡AH, LOS FRUTOS DE LA JUSTICIA BRITÁNICA, LAS LEYES PENALES, LAS EVICCIONES DE NUESTRO SUELO, EL TRIBUTO A LA IGLESIA ANGLICANA, PARA RECORDAR UNOS CUANTOS!

—… por medio de una serie de oportunidades de protección social que nunca hasta ahora se había concedido al ciudadano corriente…

ASILOS, TRABAJO INFANTIL, CÁRCELES PARA DEUDORES, EMIGRACIÓN EN BARCOS-ATAÚD.

—… hasta obras públicas en gran escala…

CONSTRUYENDO MURALLAS DEL HAMBRE, CAMINOS HACIA NINGUNA PARTE…

—… bajo la Ley de Unión se restauró la plena libertad religiosa…

DESPUÉS DE HABERNOS SIDO ARREBATADA DURANTE SIGLOS, SE NOS DEVOLVIÓ EN UNA VERSIÓN ANGLICANIZADA Y DESPOJADA DE TODA SU MAJESTAD Y SU MARAVILLA GAÉLICAS.

—… escuelas…

FUERA DE LOS MEDIOS DE CUALQUIER CULTIVADOR DE TIERRAS EN ESTE PUEBLO DONDE NO ENSEÑAN EL IDIOMA IRLANDÉS, NI LA HISTORIA IRLANDESA, NI HABLAN DE LOS MÁRTIRES IRLANDESES, NI DEL FOLKLORE IRLANDÉS.

—… expresión política total…

CONQUISTADA POR LA SANGRE DE DANIEL O'CONNELL TREINTA AÑOS DESPUÉS DE QUE LAS LEYES BRITÁNICAS LA PROMETIERAN. LO QUE REALMENTE CONSEGUIMOS FUE UNA GRANUJIENTA MODIFICACIÓN DE

LIMITES Y UNOS DERECHOS POLÍTICOS PARA LAS CLASES PRIVILEGIADAS.

—Por supuesto, lo dicho sólo es un apresurado esbozo del pasado. Lo que nos interesa, a vosotros y a mí, es que continúe la reforma del país. Permitidme que os diga desde el principio que soy decidido partidario de una legislación que conceda a todos y cada uno de vosotros el derecho a comprar tierras en cantidad ilimitada.

JURO QUE ME PARECIÓ OÍR A KILTY Y A RONAN LARKIN GIMIENDO EN SUS SEPULCROS. ERA TODA UNA SORPRESA, NO CABÍA DUDA, VER A AQUEL HOMBRE ALLÁ ARRIBA, EN EL TABLADO, Y QUE NOS ESTUVIERA DICIENDO ESTAS COSAS SIN OCURRÍRSELE NI POR UN INSTANTE QUE NO ERA GRAN PRIVILEGIO ESE DE PODER COMPRAR UNAS TIERRAS QUE TE HABÍAN ROBADO PREVIAMENTE… NO PODÍA CABERLE EN LA CABEZA SINO A UN CUATRERO.

—El meollo del asunto, caballeros, es éste: Hay que conservar a toda costa la unión con la Gran Bretaña. Sin los mercados británicos, ¿dónde venderíamos? No contaríamos con la tarifa de privilegio ni las leyes comerciales que nos amparan como súbditos británicos. No podría ocurrimos desastre mayor.

CIERTAMENTE, SEÑOR HACENDADO, ¿QUÉ DESASTRE MAYOR LES PODRÍA SOBREVENIR A LOS IRLANDESES QUE EL DE SER LIBRES EN SU PROPIO PAÍS? ¿QUÉ CALAMIDAD MÁS GRANDE?

—¿Dónde venderíamos nuestro ganado y nuestros lienzos? ¿Dónde, ciertamente, sin barcos británicos que transportasen nuestros productos y una Marina de guerra británica que protegiese nuestros intereses? Bien, pues, no solamente recibimos los beneficios de la cultura más avanzada del mundo, sino que estamos en situación de gozar de recompensas mayores todavía en un futuro inmediato. Vuestra propia Iglesia está completamente de acuerdo en esto. Vuestros pastores, vuestros guías espirituales se han expresado de manera perfectamente clara, PERFECTAMENTE CLARA, EN VERDAD.

»El derecho del voto constituye una responsabilidad enorme. El problema que se nos plantea es: ¿Seguimos prosperando de manera ordenada con un solo pueblo, un pueblo unido, o cortejaremos la tragedia y el caos mediante el Gobierno autónomo? Todos los beneficios, todas las conquistas de la ciudadanía británica, toda la gloria del Imperio, todos los gloriosos mañanas…, ¿hay que trocarlos por nada? Yo digo que ha llegado el momento de que nosotros, ciudadanos británicos, cerremos filas y permanezcamos unidos. Yo os pido que hagáis una cosa, para que podáis depositar el voto con la conciencia tranquila, y es que consultéis al sacerdote…

El mayor Hamilton Walby farfulló unas cuantas cosas más y puso fin al discurso. Tenía ante sí una masa de rostros contraídos por el disgusto. No se le correspondió con groserías, ni cólera, ni aprobación. Tomas preguntó si alguien quería preguntar algo. No hubo preguntas. En un instante la gente se dispersó. Parecían un poquitín

más cansados al herir el suelo con su pesado andar cuesta arriba, hacia sus campos.

Al cabo de un momento sólo quedábamos bajo el árbol de los ahorcados Conor, yo y el padre Lynch, además del hacendado. Apretando los dientes de rabia, éste se fue hasta aquel hermoso caballo y lo montó. Sus ojos miraban enfurecidos camino arriba, a los hombres que seguían marchando hacia los brezales. Estoy seguro de que tenía la misma expresión que en otros tiempos cuando cabalgaba en cabeza de una compañía de Ulster Rifles a punto de cargar contra unos indígenas desagradecidos de cualquier otra parte del Imperio.

El mayor murmuró una frase ininteligible, picó espuelas y partió al galope.

El tambor Lambeg *era un instrumento escocés que producía un estruendo horrible, desgarrador. Había sido ideado para quebrantar el coraje del enemigo en cuanto lo oyese. Era un artefacto monstruoso, de metro y medio de diámetro y sesenta centímetros de grosor, y golpeaban el parche con gruesas cañas de bambú atadas con correas de cuero a las muñecas del que lo aporreaba.*

Lo adornaban con pinturas de alguna victoria protestante sobre los labradores irlandeses, una glorificación del rey Guillermo o un retrato de un hermano que se fue. Ninguna Logia de Orange carecía de unos Lambeg. *La Logia de Templanza Total de Ballyutogue no era una excepción.*

En nuestro sector se producía un fenómeno que tenía lugar todas las tardes alrededor de la hora del Angelus. Algunos decían que era cosa de los duendes, porque no se encontraba otra explicación lógica. Descendía de pronto una calma extraña, seguida de un viento contrario que soplaba desde el pueblo, trayendo hasta los sonidos más insignificantes. A aquélla hora de la tarde, el Lambeg *era capaz de partir rocas hasta casi tres kilómetros de distancia.*

¡RAT A TAT TAT A TAT! ¡RAT A TAT TAT A TAT!

Conor y yo íbamos al cruce de caminos a recibir a nuestros padres, que bajaban de los campos. Los tambores Lambeg *parecían redoblar continuamente.*

Nosotros cuatro clavábamos la mirada abajo, al pueblo.

—¡Cuanto más fuerte tocan los tambores, más asustados están! —decía Tomas.

—Sí, muy cierto —añadía mi padre.

—Ya veis, muchachos, tienen que tocar el tambor para demostrarse a sí mismos y demostrar a sus vecinos que no tienen miedo y que nosotros deberíamos tenerlo.

—No te entiendo nada, en absoluto, Tomas Larkin —decía yo.

—En efecto, papá, ¿por qué habrían de tener miedo? Quiero decir que los constabularys *están de su parte.*

—Pues, chicos, le tienen miedo a Kevin O'Garvey. Sobre todo, les asusta la

igualdad.

Habían corrido rumores de que el mayor no se servía mucho de la Orden de Orange, pero esto debió ser antes del discurso en nuestro pueblo. Apenas se alejó del árbol de los ahorcados empezó a pasar todas las horas del día en las Orange Halls del distrito. Imagino que también debían estar asustados, porque en verdad que se echaban continuamente unos en brazos de otros.

¡RAT A TAT TAT A TAT! ¡RAT A TAT TAT A TAT!

Y las voces, furiosas, nos cubrían, nos inundaban, traídas por los céfiros del atardecer.

Es vieja pero hermosa;
Tiene bonitos colores.
Estuvo en Derry y en Aughrim,
Enniskillen y el Boyne.
Mi padre la llevó de joven,
En aquellos días de entonces.
En el Doce luzco yo
La faja que me dio padre.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!, sonaba el Angelus. *¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!*

Mi padre y yo nos arrodillábamos reverentemente, mientras Tomas se dirigía hacia la taberna de Dooley McCluskey y Conor se limitaba a volver la mirada hacia la plaza de Ballyutogue.

«El ángel del Señor anunció a María. Y concibió por obra del Espíritu Santo. Dios te salve…»

¡RAT A TAT TAT A TAT!

Los muchachos protestantes son fíeles y constantes,
Fuerte el corazón, la mano tajante,
En la guerra luchan, firmes hasta el fin,
Pacíficos, devotos cuando el peligro pasó…

«Derrama, Señor, te lo suplicamos, la gracia en nuestros corazones, para que nosotros, a quienes la encarnación de Cristo tu Hijo…»

¡RAT A TAT TAT TAT A TAT A TAT!

Entonces los de Orange recuerdan al rey Guillermo
Y a vuestros padres que le defendieron
Y lucharon por nuestra gloriosa emancipación
En las verdes y lozanas laderas del Boyne.

«… por el mensaje de un ángel, podamos por su pasión y su cruz ser llevados a la gloria de su resurrección por el mismo Cristo Nuestro Señor.»

¡RAT A TAT TAT TAT A TAT!

Fuera, fuera, so perros papistas.
Vamos a vencer o vamos a morir…

«Amén.»

Amén.

5

El brigadier Swan llamó con unos golpecitos desde su oficina, que estaba al lado, entró y dejó el informe sobre la mesa de sir Frederick.

—¡Dios mío, qué rapidez! —exclamó éste—. No me digas cómo has podido hacerlo, no quiero enterarme.

—No se lo diré.

Weed se frotó las manos de contento; después cortó la roja cinta con unas tijeras de plata.

ALTAMENTE CONFIDENCIAL: BIENES CONJUNTOS, FONDOS, INGRESOS Y VALOR LIMPIO DE LAS EMPRESAS FOYLE LTD., A. HUBBLE —CONDE DE FOYLE—, R. HUBBLE —GERENTE MÁXIMO Y HEREDERO.

—¿Cómo lo has conseguido? —acabó preguntando Weed.

—Con los mismos métodos infalibles de siempre. Dos fuentes principales: un individuo en el Castillo y otro en Rentas del Interior. Un descontento, antiguo escribiente de la oficina de Rankin que ha sido despedido hace poco.

—Estupendo.

—Creo que lo que quiere lo encontrará en las cuatro últimas páginas.

Sir Frederick hizo cabalgar las lentes en la punta de la nariz y se inclinó sobre el informe.

Bienes rústicos

24.000 acres de pastos y prados. El rebaño asciende a 3.300 cabezas, y se suelen embarcar anualmente 1.500 cabezas para Inglaterra.

4.000 acres de lino.

2.200 acres de bosques y terrenos de caza y de recreo, jardines y huertos contiguos a Hubble Manor.

Privilegios principales de pesca: lago Foyle y río Foyle.

Tierras arrendadas

90.000 acres arrendados por treinta años a labradores católicos romanos.

Desde que Roger Hubble ha entrado a formar parte activa de las empresas Foyle, se ha iniciado la aplicación de un plan secreto para reducir la extensión arrendada a católicos a 50.000 acres y mantenerla en este nivel. Es la cifra que se considera deseable para satisfacer las metas agrícolas del condado. Los acres restantes, o los venderán a los católicos más laboriosos o engrosarán los pastos del condado.

a) Todas las fincas vecinas y con hipotecas serán llevadas a subasta, compradas o eliminadas de algún otro modo. Esto reducirá la población y limpiará el suelo de las «variedades más débiles» de católicos. La mayor parte de estos terrenos han sido mal cultivados desde un principio para alimentar a familias demasiado numerosas y no han contribuido de manera apreciable al programa agrícola del condado. La conversión de dichos campos en tierras de pastos permitirá aumentar el rebaño vacuno del condado, que es la mayor fuente de ingresos en el capítulo agropecuario.

b) La restante extensión, la que continúe en manos de católicos romanos será mejorada y dirigida de modo que proporcione un fondo de materias primas que aumenten las empresas del condado.

Con la alarma del liberalismo y la reforma agraria partiendo de Westminster así como de los agitadores católicos, lord Roger ha procedido con gran cuidado y habilidad grande. Lord Roger calcula que habrán de transcurrir diez años para alcanzar todos los objetivos señalados en materia agrícola. La antigua táctica de derribar casitas de labradores ha sido sustituida por maniobras legales muy sutiles y complejas, arte en el que Roger Hubble parece destacar.

20.000 acres arrendados a cultivadores protestantes.

Esta es una población estable y deseable, presbiteriana en un noventa por ciento, descendiente en gran parte de los colonos inmigrantes del 1600. Sus fincas son mayores; y la tierra, más fértil. Debido al aislamiento geográfico del condado, se considera imprescindible la presencia de esta población leal.

Además, hay unos 35.000 acres propiedad de pequeños terratenientes descendientes de soldados de Cromwell. El noventa por ciento de éstos son anglicanos. El burgo y municipio de Lettermacduff están bajo el dominio de la familia Walby. Las fincas suman unos 600 acres, gozan de gran prosperidad, la población es estable, laboriosa y fiel. La producción está en perfecta concordancia con la política del condado.

Cuatro pueblos litorales con una mezcla de propietarios de tierras anglicanos y presbiterianos. Fundados originariamente para proteger los derechos de pesca del condado contra los pescadores furtivos católicos. Los protestantes, para poder pescar en el lago Foyle, pagan un canon anual.

Otros bienes raíces

Hubble Manor.

Daars: finca de verano, Kinsale, condado de Cork.

Casa en la ciudad, Hubble Square, Londres, W. 1.

De 7.000 a 8.000 acres en el condado de Warwickshire, Inglaterra, la mayoría cedidas para el cultivo del trigo en aparcería.

Extensas posesiones relacionadas con empresas mineras en el condado de Powys, Gales. (No se han podido obtener números exactos.)

Hubble Square, Londres, W. 1. Esta antigua propiedad londinense fue aprovechada y explotada a principios del siglo XVII por Erskine Hubble, sexto conde de Foyle. La mitad aproximadamente de las sesenta casas de la plaza las edificó este Hubble para arrendarlas a plazos cortos. En las cesiones por cien años del derecho de construcción de viviendas particulares, la familia se reservó siempre la propiedad del suelo.

Bienes industriales. En plena propiedad. Tradicionales

Hilandería de Lino & Industrias de Lienzos de Ballyutogue.
Hilandería de Lana de Londonderry.
Pesquerías de Foyle.

Adquisiciones recientes. En plena propiedad

El ferrocarril Little Northern line (Portrush, Coleraine & Limavady).
Fábrica de camisas.
Witherspoon & MacNab, Londonderry. Una de las tres mayores del Reino Unido.
Destilería Doles & Doles, Millford.
Grandes Almacenes Norton, Liverpool.
Cristal Limavady.

Principales accionistas de:

Astillero Londonderry, Londonderry.

Muelle de despalmado de buques y trenes. Talleres de fundición y maquinaria, Londonderry.

Línea de paquebotes L. & L. La Londonderry & Liverpool opera con ocho barcos de pasajeros y mercancías cuyas clases van desde 800 a 4.000 toneladas, incluyendo dos buques transatlánticos. Esta línea transporta alrededor del cincuenta por ciento del tonelaje que entra o sale de Londonderry.

Línea de Donegal (de Londonderry a Sligo).
La L. C. & D. Londres (Londonderry, Claudy & Dungiven).

Accionistas o copropietarios poco importantes de:

Minas del condado de Tyrone, Canteras de Inishowen, Minas de Cavan. Canadiense de Cinc y Plomo, Ltd.

Tradicionalmente, los Hubble han ejercido una sólida dictadura sobre Londonderry y varias instituciones bancarias irlandesas y numerosas organizaciones

de crédito semipúblicas.

Por todo lo que podemos colegir, la familia no tiene deudas dignas de consideración. Numerosos préstamos bancarios que le concedieron fueron para adquisiciones de tipo financiero o para ampliación de capitales. Aunque sus reservas de caja son limitadas, el movimiento de pagos y cobros es importante. Las diversificaciones introducidas por Roger Hubble han aliviado muchísimo los aprietos que originaba antes el depender de las rentas de los arrendatarios. Las operaciones marginales y aquellas en que se ha perdido dinero, como por ejemplo el Ferrocarril L. C. & D., y Cristal Donegal, han quedado sobradamente compensadas por las ganancias de Witherspoon MacNab, etc. Bajo Roger Hubble, las empresas Foyle han pasado paulatinamente del inmovilismo a la movilidad. Debe considerarse el condado como extremadamente sólido y sano.

Es muy difícil establecer una cifra exacta, pero los cálculos más objetivos representan un valor limpio que oscila entre 2.500.000 y 3.000.000 de libras esterlinas. Los ingresos limpios de la familia, deducidos impuestos, préstamos y nuevas inversiones, se acercan a las 200.000 libras anuales.

Resumiendo, lord Roger ha enfocado los asuntos desde un punto de vista rigurosamente moderno. Mirada la cuestión por encima, se podría pensar que se ha dado una prisa excesiva en operar cambios; pero es evidente que los tenía meditados desde hacía mucho tiempo, y en cuanto asumió la dirección eliminó todo lo inservible. Es probable que en el futuro el crecimiento industrial y la reducción de los terrenos de los pequeños arrendatarios continúen a un ritmo mucho más lento.

Sir Frederick sacudió las cenizas que le habían caído sobre el informe y levantó los ojos hacia Swan, sonriendo.

—Por Dios que al oro viejo nunca le ganas la partida. Ha de ser una gente muy lista para acumular todo eso en esta mísera parte del mundo.

—Parece que lord Hubble iba en cabeza de toda Irlanda en cuestión de juicios hipotecarios durante el hambre, con objeto de procurarse dinero de combate para financiar a los tiburones de los préstamos. Se calcula que los prestamistas a sus órdenes se zamparon más de un millón de acres por falta de pago de hipotecas durante el hambre, casi sin desembolsar un céntimo. Pasada la calamidad del hambre, Su Señoría volvió a vender, centuplicando el dinero.

—El hambre, ¿eh? ¡Vaya! Eso equivale a convertir un desastre en un triunfo. Por lo visto, ese Roger es un retoño de pura cepa. Max, envíale una invitación para que venga a vernos, cuando se traslade a Daars. No, no, déjalo. Le invitaré yo

personalmente.

Se podía contar con los dedos de una sola mano el número de personas a las que Frederick Murdoch Weed no fuese capaz de intimidar… y aún habrían sobrado tres dedos. Estas personas eran Maxwell Swan y Caroline Weed. Ninguna más. La misión de domar a Caroline jamás llegó a buen puerto.

Su madre, Livia, fue una criatura delicada, en apariencia una compañera inverosímil para aquella especie de toro que era Frederick Weed, pero lo cierto es que éste la adoraba infinitamente. Livia había fallecido ocho años atrás, en una epidemia de gripe, dejando a la familia sin heredero varón.

A la sazón Caroline tenía veinte años, había sido educada en el continente, deliciosamente mimada, y había reunido ya una pequeña pirámide de calcinados huesos de pretendientes despreciados. Aunque había heredado la espléndida belleza de su madre, los mayores constituyentes de su personalidad eran la codicia y la independencia propias de su padre.

Sir Frederick había querido compensarse de la pérdida de su esposa haciendo de Caroline un ama de casa y una compañera y concertando el matrimonio que la haría concebir y alumbrar unos hijos varones que él anhelaba desesperadamente.

Caroline se rebeló con olímpica decisión; pasó a Francia y se encastilló en un ático de bohemia. El padre juró por tres veces que la dejaría morir en la pobreza, tres veces se echó atrás, y tres veces lo volvió a jurar, saltando y volviendo a saltar el canal en una búsqueda y captura que se prolongó durante tres años.

Sir Frederick iba pensando ya en la desesperada medida de tomar una segunda esposa con objeto de procurarse un hijo, cuando he aquí que el hado intervino en forma de Marco de Valenti, un grande italiano, encantador pero desharrapado, que iba a la caza de damas inglesas y americanas con mucho dinero. Este vagabundo aristócrata se granjeó la afición de Caroline. Fue en Florencia. Después de un breve y obstinado período de conquista, indujo a Caroline a convertirse al catolicismo en una dudosa ceremonia dirigida por un joven sacerdote que sentía una debilidad muy mundana por el dinero. Poquísimo después de haberse alejado de ese primer altar, la muchacha se encontró delante de otro, intercambiando promesas matrimoniales. Todo ello sucedía en menos de una semana.

Fuera lo que fuese lo que la encaprichó al principio de aquel hombre, se disipó casi inmediatamente. El sujeto resultó una especie de pavorreal aburridísimo, un amante grosero y si alguna gracia física poseía quedaba completamente anulada por un aura omnipresente de ajo. Caroline huyó del lecho de novia.

Habiendo sufrido muchos años de privaciones, Marco de Valenti no se dejaba disuadir fácilmente. Caroline huyó hacia el norte, a Suiza, mientras le ladraba en los mismos talones un sinfónico, gesticulante y sobrecogedor aguacero lanzado por el

despreciado novio. Ella logró hacerle perder la pista, en Saint-Moritz, y envió un frenético cable de «¡PAPÁ, SOCORRO!», después se escondió y ensayó una escena de tragedia griega en la que pediría perdón gimiendo y llorando, atormentada por los remordimientos.

El padre llegó, colorado por el triunfo, y aquilató los daños. El conde Marco de Valenti era un sujeto perseverante al que hubo que cortar el paso con una barrera de libras esterlinas. Sir Frederick, que jamás fue hombre al que se pudiera acusar de no jugar bien sus naipes de triunfo, se avino a comprar la libertad de su hija, pero imponiendo unas condiciones firmes, inalterables. A cambio de sacarla del embrollo, Caroline habría de regresar al Ulster, reasumir sus deberes de ama de casa en Rathweed Hall, buscar un compañero adecuado de estirpe británica y renunciar a la basura continental de una vez y para siempre.

En un épico pataleo final, Caroline Weed despojó sus habitaciones del hotel de cortinajes, destruyendo armarios, jarrones y otros enseres delicados hasta componer la sinfonía de cuatrocientas libras esterlinas, acompañada de un lenguaje jamás oído en aquel elegante y antiguo hotel. Sir Frederick fue testigo presencial de la representación, y la acompañó con un retumbar de carcajadas.

Caroline regresó malherida a Rathweell Hall y se sumió en un prolongado período de autocastigo. Anular los lazos que la unían a Marco de Valenti no resultó tan sencillo. En lo referente a la conversión de Caroline al catolicismo, el conde demostraba ser el romano menos noble de todos. No sólo hubo de satisfacer el apetito pecuniario del italiano, sino que era preciso evitar que sonara el nombre de los Weed. No convenía que entre los círculos orangistas y anglicanos del Ulster, caracterizados por una mentalidad estrecha, severísima, circulara la noticia de que la hija de Weed se había casado con un papista.

El brigadier recibió la sacrosanta orden de conseguir la anulación del matrimonio a la chita callando. Ante ellos se levantaban obstáculos formidables, y hubieron de llevar el juego según las normas vaticanas. Swan se saltó las jerarquías inferiores y acudió directamente al cardenal de Irlanda. A partir de ahí sembró un reguero de monedas que alcanzó hasta Roma, donde contrató al mejor abogado canónico de la Ciudad Santa, el cual a su vez lubrificó la marcha hasta una petición directa a la Curia Romana. Después, este tribunal recabó la decisión de la Sagrada Rota, que entendía en la disolución de matrimonios en representación del Vaticano.

A pesar de abordarlo todo con la bolsa abierta y a pesar de los contactos interiores, el juego de palabras teológico duró cerca de tres años antes de que la Sagrada Rota se ocupara del caso de Caroline. Según todas las escalas de comparación, esto significaba una rapidez sin precedentes. Swan había dado pruebas de ser un lince.

Caroline Weed tuvo que pasar por las llamas de una última humillación. Cuando

fue a Roma a enfrentarse con los sacerdotes del Tribunal de la Rota, hubo de someterse a interminables días de interrogatorios sobre todos los pormenores de las relaciones que había tenido con De Valenti. Allí se desenterró toda expresión, diversión y perversión de carácter sexual imaginables. Y no podía defender la menor intimidad, por miedo a que la petición fuese rechazada. Caroline se vio encadenada hasta el agotamiento por unas mentes que se movían por espinosos laberintos y afiladas trampas. No se le ahorró ninguna mortificación personal.

Al final Caroline alegó ignorancia de lo que el matrimonio implicaba, dijo que se casó con falso designio, que alimentó siempre reservas secretas de modo que sus votos habían sido desleales y, finalmente, que no tenía intención de alumbrar hijos.

Después de tres años y veinte mil libras, se le concedió la anulación y fue misericordiosamente excomulgada de la Iglesia católica. A lo largo de este proceso de humildad, Caroline Weed se humanizó bastante. Swan había actuado tan hábilmente que sólo hubo unos leves murmullos acerca de lo ocurrido, y aun éstos cesaron muy pronto al ascender Caroline a la categoría de símbolo de la cultura, la caridad y la alegría de Belfast.

La muchacha era ya una mujer. Ella y su padre se perdonaban las respectivas debilidades con tácita comprensión. Ahora Caroline circunscribía sus nuevas aventuritas amorosas dentro del marco de su amado París, con absoluta discreción, en compañía de artistas, escritores y músicos.

Caroline y sir Frederick disfrutaban de uno de los escasos ratos que pasaban en mutua y sosegada compañía en el hotel Antrim, sin la carga de los negocios y los deberes sociales. Después de comer se habían retirado a la sala de billares.

—¿Qué, Freddie? ¿Al billar inglés, o al *snooker*, Freddie?

—Al billar, simplemente, ¿Cinco libras por partida será demasiado para tus posibilidades?

—Tú empiezas.

Caroline se convenció pronto de que su padre no ponía atención en el juego. Se había apuntado dos partidas con demasiada facilidad y llevaba muy buenas trazas de apuntarse la tercera. Cuando ella falló el golpe, él frotó el taco con yeso y se acercó a la mesa. La bola acertó en el agujero; luego, cuando se disponía a pegar por detrás de la espalda, Caroline le dijo:

—Tú y Max estáis confabulados para exiliarme a Londonderry, ¿verdad?

El padre por poco hunde el taco en la tela.

—Ni mucho menos. Yo no he pedido sino que te muestres razonablemente cortés con el vizconde de Coleraine durante su estancia. Si logramos hacerle cambiar de ideas, yo lograré un ferrocarril de una a otra parte del Ulster, y ya sabes cuánto lo ansío.

—Oh, Jesús, Freddie; no sabes mentir… Veamos qué tenemos aquí en la mesa.

—Me has desbaratado el juego intencionadamente… intencionadamente.

—Parece que siempre te desbarato esa clase de juego que tanto te gusta —comentó la hija.

—Deja ya el maldito taco. He terminado —replicó él.

—Me debes diez… quince, si quieres concederme esta partida.

Sir Frederick contó los billetes refunfuñando con fingido disgusto mientras ella se escondía el dinero en el seno con gesto travieso y le guiñaba el ojo.

—Mira, Caroline… Yo soy un hombre razonable.

—Eres el hombre menos razonable de Europa.

—Te diré, supongo que el vizconde de Coleraine cruzó por mi mente, aunque de un modo vago.

—Entonces, déjale que, también de un modo vago, la descruce.

—Antes de que desates los vendavales, te encarezco que medites bien el asunto. O sea, que te fijes bien en ese buen chico.

—Lo he meditado —respondió Caroline en tono serio—, pero cada vez que entreveo un destello de posibilidad me acuerdo de aquel espantoso y grotesco mausoleo prehistórico que es Hubble Manor. Estuvimos allí hace diez años y todavía tengo la nariz llena de olor a moho. ¡Oh, Dios mío, Freddie! ¡Pensar que sería capaz de condenarme a aquella horrible mazmorra!

—¡Bueno, cámbialo todo a tu gusto!

—¿Qué he de cambiar? ¿A Londonderry? ¿A Roger Hubble? En cuanto a cultura, todo el maldito Oeste es una urticaria, una pesadilla. Y por lo que recuerdo de él, Roger Hubble es un tonto pedante y desagradable que ríe a bufidos.

Sir Frederick dio un suspiro apesadumbrado.

—¡Vaya! ¿Debe pesar eternamente sobre mí la maldición de que tu delicada y adorable madre no pudiera darme más hijos?

—Oh, deja el violín de los gemidos, Freddie.

—Yo no te pido que te enamores locamente de él, ¡por amor de Dios! Basta con que te cases con ese truhán, nos des unos cuantos herederos, y después puedes largarte a París y armar orgías con toda la colonia de bohemios ¡por todo el resto de tu vida!

—Eres un hombre bajo, sucio, repulsivo y desagradable.

—¡Porquerías!

La puerta se cerró de golpe detrás de Caroline, y otro estruendo parecido sonó al seguirla el padre hacia el salón y entrar en su dormitorio antes de que ella pudiera darle con la puerta en las narices.

—Por Dios, Freddie, déjate de ataques cardíacos, deja de recordarme que envejecemos a una marcha loca, déjate de lagrimitas y de réquiems por mamá, y de

amenazas de pobreza, y sobre todo, POR FAVOR, déjate de ¡porquerías!, de que ansías esto como no has ansiado nada en tu vida.

Puesto al desnudo, sir Frederick levantó los hombros y se ablandó hasta casi despertar compasión.

—Pues me imagino que sí lo quiero como no he querido nada en el mundo —dijo.

—Sí —respondió ella compasivamente—, creo que sí lo quieres de veras.

—Perdona lo que voy a decirte, Caroline, pero a veces deseo que De Valenti te hubiese conservado a su lado el tiempo necesario para engendrar un hijo. A veces me siento profundamente deprimido. Caroline, tú lo eres todo para mí; todo lo hice por ti, completamente. Quiero que pertenezca a tus hijos. ¿Está mal eso? Por favor, no me obligues a casarme otra vez —y abrió la puerta para salir.

—Freddie.

—Sí, cariño.

—¿Qué harías si me hubiera casado y supieras que soy desdichada?

—No está bien que me preguntes esas cosas.

—Pero te las pregunto.

—Si sigues cerrando la mente, alejando a los que te cortejan antes de haberlos conocido bien, no me dejas otro recurso que el de fundar una segunda familia. Caroline, ¿cómo puedes tener un matrimonio feliz, o infeliz, con una persona si te niegas a conocerla? Pero, para responder a tu pregunta, ¿qué tenemos nosotros, real y verdaderamente, sino una recíproca lealtad y un sentido de continuidad de la familia? Creo que si te encontraras con un matrimonio no muy satisfactorio sería capaz de pedirte que resistieras el tiempo suficiente para asegurarnos descendencia y te diría que fueses a buscar los placeres donde pudieras.

Caroline se dejó caer sobre el borde de la cama.

—Sí, eres razonable. Yo confiaba que podríamos continuar como estamos indefinidamente. Has tenido la inmodestia de crear un imperio y poner sus riquezas a mis pies. ¿Por qué habrías de tener el instinto menos desarrollado que un salmón que remonta la corriente del río, o la loba que cruza la tundra para tener lobeznos? Te amo, Freddie. Me porto horriblemente mal al negarte lo único que me has pedido nunca.

Su padre apoyó la mano en su hombro y Caroline apretó la mejilla contra ella.

—¡Quién sabe! —exclamó—, bien mirado Hubble quizá resultara cómodo y flexible como un buen zapato viejo. Ojalá aquella maldita casa suya no fuese tan… ¡Oh, Freddie, lárgate ya de aquí!

6

Rathweed Hall asentaba su refulgente opulencia en un elevado otero de los montes Hollywood apenas fuera del alcance de East Belfast, cuya deprimente vista se ahorraba gracias a una espléndida muralla de bosque mixto formado por abetos, mostajos, alisos, tejos y álamos temblones. La casa principal estaba emplazada de manera que proporcionase una avenida de visibilidad sobre Weed Ship & Iron Works y además sobre la bahía de Belfast.

No era tan grande como solían ser las mansiones regias; constaba de sus buenas treinta o cuarenta habitaciones (según como se contaran) encerradas en un modesto recinto de trescientos ondulantes acres de prado y bosque. Sin embargo, en toda Irlanda no había otra que la aventajase, y a menudo la comparaban con los pequeños palacios del Loira, en Francia.

Desdeñando las filigranas, maderas oscuras, pomposidad y exageración que caracterizaban las decoraciones victorianas, lady Livia y posteriormente Caroline la habían abierto al aire y la luz utilizando los productos más logrados de artesanos venidos allá, representando media docena de culturas diferentes.

Livia cuidó de que la casa se distinguiera por su carácter italiano gracias al mármol blanco de Paonazetto, surcado por delicadas venas y matizado por vetas rosadas y moradas, asombrosa maravilla que pregonaba el nombre y la absoluta singularidad de aquella mansión a los cuatro puntos cardinales del Ulster. El piso principal, vestíbulos, escaleras, salones y columnas utilizaban generosamente los *paonazettos* para luego hundirse dramáticamente (en las habitaciones del dueño de la casa de los pisos superiores) en *breccias*, más oscuros, y antiguos *verdes*. El peligro de una excesiva preponderancia del mármol quedaba conjurado por dos mil cuatrocientos metros cuadrados de alfombras de Savonnerie, cada una ideada para contrapesar su sector determinado. El suelo de la sala principal aparecía cubierto por una alfombra «polaca» de lustre sedeño que medía algo más de nueve metros por casi veintiuno y medio, tejida en Persia.

Todos los techos y umbrales de los pisos segundo y tercero, y muchas de sus paredes, estaban adornados con frisos azulados y tintes de alabastro según la escuela de los hermanos Francini, y narraban, sucesivamente, toda la historia de Escocia e Irlanda.

Asimismo se encargó una original colección de murales en papel Cole para paredes que representaban escenas del Ulster. Estos papeles cubrían las paredes de las habitaciones de menos categoría, las habitaciones de los niños, la sala de armas, las salas de juegos, la sala de fumar y la biblioteca. Las escenas las habían grabado en madera, y después de aquella tirada única para Rathweed Hall destruyeron las planchas.

Caroline trajo la colaboración de Francia. Para tapizar la numerosa colección de *chippendales* auténticos convenció a Francois Bony, por aquellas fechas campeón de los diseñadores de París, de que recorriera el Lejano Oriente en busca de damascos chinos y brocados raros de los períodos mogol y manchú.

Intercalados entre una sobrecogedora abundancia de espejos dorados venecianos, colgaba un despliegue al parecer interminable y más sobrecogedor todavía de tapices de Gobelin, Karcher y Boucher. Todo había sido escogido de modo que diera una sensación de euforia suave; todo, cada jarrón griego, cada candelabro, cada artefacto. La única parte de la casa que tendía hacia lo ponderoso eran las macizas lacas venecianas de las habitaciones particulares de sir Frederick.

Según una tradición secular, pocos nobles se gastaban el dinero en Irlanda. En cambio, sir Frederick rindió tributo a su patria de adopción adquiriendo tres docenas de candelabros de cristal de Cork. El del saloncito principal pesaba más de una tonelada y colgaba de unos cables de acero especiales, escondidos, fabricados en sus talleres. La porcelana era de Limoges —un juego completo para setenta personas— y la plata fina, Garrard, según su pauta típica.

Sin embargo, casi no había jardín a la manera clásica, ni otras cuadras que las necesarias para el transporte, ni retrato de la reina, ni capilla, ni asta de la bandera, ni una cimera de armas siquiera… lo cual venía a ser un alarde de ostentación a la inversa.

Apenas llegado al Ulster y después de poner en marcha el primer y modesto muelle de los astilleros actuales, sir Frederick decidió que en el despacho había de tener un cuadro de Turner que representara un barco. El dinero andaba escaso por aquellas fechas, y el óleo que ansiaba valía bastante. El hecho de haber ganado en el juego una cantidad muy respetable le permitió adquirir *Vapor en aguas superficiales*, precursor de una colección que había de ser la más notable de todas las particulares que hubiera en el Ulster. Más tarde, cuando sus actividades se ampliaron a los ferrocarriles, adquirió otro Turner, *Ferrocarril en la tormenta de nieve*, uno de los primeros óleos que se han pintado tomando un tren por motivo.

El arte engendró más arte, según el celo habitual de Weed. Unas correrías por Venecia y España motivaron que penetraran en su vida Hyeronimus Bosch y Goya. En grotesco contraste con las sobrias líneas de casa de campo que tenía el edificio y sus detalles de discreción, venía luego una legión de cuerpos desnudos, satanistas, monstruos dominados por mil perversiones, misas negras, sátiras grotescas de semihombres y semibestias. *El Jardín de espinas*, de Bosch, y *El herido*, de Goya, formaban parte de aquella inestimable clasificación. Su mayor golpe y el que le distinguía como coleccionista era haber descubierto seis esbozos originales que Goya utilizó en su obra maestra de ochenta aguafuertes, los *Caprichos*.

Lady Livia se quejaba de que aquella mansión estaba en guerra consigo misma e

iba tomando el aspecto de un asilo de dementes. Sir Frederick hizo caso omiso de la dulce rebeldía de su esposa hasta que la vio en su lecho de muerte, momento en que le prometió ordenar mejor las cosas. Y cumplió la palabra, construyendo el primero de los dos notables pabellones exteriores de Rathweed Hall, que le sirvió de pequeño museo para albergar la mayor parte de la colección.

Este edificio, casi a la altura de las obras de arte que contenía, se abría magnánimamente al público el día del cumpleaños de la reina y en otras numerosas solemnidades del año.

La francofilia de Caroline dio entrada a un nuevo chorro de arte. Durante aquel intermitente escarceo amoroso que parecía sostener con París se identificó con la nueva ola y con los que la movían. Era amiga de los artistas, y a menudo les servía de modelo. Algunos fueron amantes suyos. Y como eran gente desconocida, sus obras se vendían a precios irrisorios. Muy a menudo Caroline pudo escoger entre las obras de uno de ellos antes de ser subastadas en el hotel Drouet por unos pocos francos. Sir Frederick despreciaba aquella «porquería» y se negaba a colgar los cuadros en sus dominios. Con ello, las habitaciones particulares de Caroline se convirtieron en un bosque de Manets, Monets, Siselys y Pissarros. Un tipo llamado Degas la utilizó como modelo para una docena de esculturas de alambre de la serie *La bailarinita* y otro individuo, un tal Renoir, la pintó dos veces; primero en *Joven en el bosque* y luego en *La dama inglesa*, que le regaló en pago de haberle servido de modelo para el primero. Claude Moreau, el amante más serio que tuvo, la representó desnuda en una apasionada riada de óleos, esbozos y acuarelas.

Hasta que un colega constructor de barcos francés, Gustave Caillebotte, se puso en contacto con él para hacerle una oferta por toda la colección de Caroline, brindándole una ganancia escandalosa, no se dio cuenta sir Frederick de lo que significaba la mencionada colección. Esta oferta despertó su curiosidad, y la investigación que llevó a cabo puso de manifiesto que realmente aquel arte nuevo se iba abriendo camino fuera de París también. Entonces colgó el Renoir de Caroline en la galería y se sorprendió a sí mismo pasando muchísimo tiempo inmerso en él. Un día, con súbita decisión acompañada del imprescindible puñetazo sobre la mesa, declaró que destinaba un pasillo entero de la galería a la «porquería francesa» de Caroline.

Sopesando el conjunto, se habría creído que Rathweed Hall había requerido toda una vida; pero al inquieto Frederick Weed no le costó tanto tiempo. Con agentes dragando el mundo y un ejército de expertos y artesanos en su zaga, quedó completo en un período, como si fuera bíblico, de siete años.

Roger Hubble, vizconde de Coleraine y heredero del condado de Foyle, llegó al cubil. Los zorros entraron en acción inmediatamente, pero habría sido difícil definir

quién seguía a quién.

Roger Hubble poseía todos los atributos que se le suponían. Tenía una figura inglesa relativamente buena, rufa y frescota. Un poquitín demasiado alto y delgado. Y cierto aire desgarbado parecía darle un carácter adolescente. Era bastante agradable y poseía un mínimo de rasgos molestos; acudía demasiado pronto a enseñar los dientes en una sonrisa estereotipada, y en ocasiones movía el cuerpo con una especie de sacudida, cuando habría sido mejor que hubiese permanecido quieto. Por lo demás, tenía unas maneras muy aceptables. Caroline y sir Frederick veían ante ellos a un sujeto excesivamente vulgar, sin ninguna de aquellas cualidades especiales que había descubierto Maxwell Swan en él. A la luz del día, lo que destacaba era una cortesía superficial y una notable falta de contenido. Roger quedó debidamente impresionado por Rathweed Hall, los Weed Ship & Iron Works y el dominio de los Weed en el escenario de Belfast. Permaneció completamente al margen, en un banquete para hombres solos dado en su honor en el Patrician Club, y si Caroline había estremecido más o menos su sensibilidad amorosa, no lo manifestó en manera alguna.

Fue precisamente esta falta de definición lo que empezó a intrigar a los Weed, padre e hija. Evidentemente, algo se cocía detrás de los ojos gris mate de Hubble. Sir Frederick prefería hombres de su propio temperamento, francos y abiertos. Este parecía estar tomando apuntes y efectuando evaluaciones dentro del secreto más absoluto. En un par de ocasiones Caroline observó en él una fugitiva y atemorizadora expresión de gran vehemencia que parecía estar en contradicción con su carácter habitual; aunque luego volvía a sumirse en su personalidad de antes, aceptable y mediocre. Es decir, quedaba la dosis suficiente de intriga para mantener la aventura en marcha.

El segundo día, sir Frederick invitó a Roger a que le acompañara a la península de Newtonards, donde tenía el campo de prueba de sus ferrocarriles. Entre las diversas dotes que poseía Frederick Weed, la de jefe de vendedores no era de las más desdeñables. La locomotora «Red Hand Express» estaba llamando la atención más allá de Irlanda. Como parte de las tareas de venta, sir Frederick organizaba todos los años una gira de su equipo de rugby por los Midlands ingleses, y lo transportaba en un tren particular arrastrado por el último modelo de «Red Hand».

Los ferrocarriles, lo mismo que los barcos de vapor, se extendían cada día más y, si exceptuamos Estados Unidos, Gran Bretaña iba a la cabeza del mundo. La línea experimental inglesa Liverpool Manchester había realizado unos tanteos con los Talleres Weed, y aunque un pedido inglés le habría dado mucho prestigio, sir Frederick estaba pensando en caza mucho mayor. Gran Bretaña y el continente contaban sus líneas ferroviarias por decenas de kilómetros. Estados Unidos y Canadá los contaban por centenares y millares.

Dentro de un año se celebraría en Chicago, centro ferroviario de su nación, la

mayor feria industrial jamás habida, y sir Frederick estaba dispuesto a concurrir a ella para desafiar a la locomotora «Baldwin» y a todas las demás grandes locomotoras americanas y llevarse una parte del negocio.

Esto planteaba un problema difícil que reclamaba un ingenioso motor de compromiso armonizando dos filosofías ferroviarias distintas. La locomotora británica normal era un mecanismo más pequeño y refinado, construido para cubrir distancias cortas. Las partes activas de la locomotora británica iban cubiertas, eran más precisas y debían ser cuidadas con gran esmero. En Inglaterra había una mayor densidad de gente y de casas de campo, de manera que el terreno propiedad del ferrocarril quedaba meticulosamente delimitado por unas vallas. Los raíles estaban sólidamente agarrados, de forma que los motores podían atacar cambios de vías y curvas a toda velocidad y sin riesgo alguno, y ni siquiera llevaban faros.

Por el contrario, las grandes distancias de América se reflejaban en las dimensiones de las locomotoras. En los campos abiertos del Oeste era frecuente que los trenes corrieran centenares de kilómetros sin ninguna estación. Por consiguiente, el terreno de la vía quedaba abierto, los raíles estaban colocados más al descuido y no se cuidaban los motores con tanto esmero.

Era el goliat americano de grandes distancias y grandes velocidades contra la joya británica.

La locomotora «Red Hand» representaba un intento de compromiso; era un artefacto mediano con bastante precisión para los raíles británicos y, no obstante, bastante fuerte y resistente para las grandes distancias. El «Red Hand» había conseguido triunfos espectaculares en los rincones más apartados de Australia, dando motivo para que los Weed abrigaran la esperanza de vencer también en las praderas americanas y canadienses.

Vender era una cosa que los americanos comprendían bien. Sir Frederick sabía que la clave estaba realmente en una sola palabra: velocidad. Y había decidido llevar a Chicago un motor compuesto que había establecido una marca al superar el tope recién establecido de las cien millas por hora.

Parecía tenerlo ya al alcance de la mano. Littlejohn había modificado con éxito el diseño fundamental, una configuración tipo «Pacífico» construida para Nueva Zelanda. El furgón limpiavías y dos coches remolcados que venían a continuación contrapesaban delicadamente los casi catorce metros y las sesenta toneladas de plancha lisa. Sus seis pares de ruedas de tracción alcanzaban los dos metros diez de diámetro, con la embolada meticulosamente aumentada de treinta y cinco centímetros y medio a cuarenta y medio, todavía poco más de la mitad de la embolada de los mayores leviatanes americanos.

Habían quitado de la locomotora los depósitos laterales, sustituyéndolos por un depósito de agua de trece mil seiscientos litros junto con seis toneladas de carbón.

Aunque también aquí se quedaba a la mitad, aproximadamente, de lo que solían llevar las locomotoras americanas.

Lo que hacía de ella una posible competidora era la fórmula combinada, el doble aprovechamiento del vapor, recuperándolo en un doble cilindro, sistema que los americanos no sabían igualar.

En consecuencia, la «Red Hand» podía correr las mismas largas distancias que una locomotora americana y arrastrar el mismo peso consumiendo solamente la mitad del carbón y el agua, y, no obstante, a mayor velocidad.

Littlejohn se doblegó de mala gana a ciertas exigencias americanas. Así dejó al descubierto algunas partes móviles, para que los maquinistas pudieran engrasarlas. Cambiaron de sitio las válvulas y el aparato de tracción a fin de que el conductor pudiera sentarse en el costado derecho de la cabina. A Littlejohn le tenía perplejo que los americanos se empeñaran en conducir desde el lado contrario. Parecía una idiotez total; pero hubo que adaptarse a la idiosincrasia de aquella gente. Tres primeras series de pruebas contra reloj originaron nuevas modificaciones, de modo que la «Red Hand» número 367 corría regularmente a cien millas por hora en la línea Grayabbey-Portaferry bajo la brillante mano del maquinista Cockburn y el fogonero Henry Hogg.

Las cosas se iban acercando angustiosamente al punto decisivo.

El grupo se arremolinaba en el lugar de partida del terreno de pruebas. Sir Frederick daba vueltas en torno a su creación acompañado de Littlejohn y su equipo, y hablaba al maquinista Cockburn en una reverente media voz y con el aire confidencial del entrenador que da instrucciones a un jockey. Una impartición final de sabiduría, una frase deseándole suerte, y sir Frederick se fue hacia la torre de observación, desde cuya plataforma se divisaba la mayor parte de la sección de cronometraje, de cuatro kilómetros y medio de longitud. Un sistema de comunicaciones telegráficas enlazaba la meta de arranque y la de llegada con la torre. La asfixiante calma sólo fue interrumpida por la palanca anunciando, primero, un aplazamiento, y, después, que la carrera había empezado. Como un solo hombre, todos los reunidos levantaron los gemelos y anteojos de campaña. Unas acompasadas bocanadas de humo entre los árboles distantes anunciaban el asalto para batir la marca anterior.

—¡Ahí viene!

Un silbido agudo señaló la entrada de la «Red Hand», y cuando ésta pisó la línea de partida una multitud de relojes bien dotados de manecillas para los segundos tomaron nota de la hora.

La locomotora apareció a la vista con su penacho de humo en una suave curva y enfiló inmediatamente el trecho recto. Al pasar por debajo de la torre, ésta tembló por el impacto de hierro sobre hierro. Un negro manto de hollín subió disparado hasta los espectadores, atacando sus pulmones, al mismo tiempo que un chorro de ruido

ensordecedor les cubría los oídos. La «Red Hand» parecía lanzarse hacia aquella barrera final de tiempo buscando su propio punto de desintegración, y luego se perdió, se perdió, se perdió.

Se produjo un silencio sobrecogedor que duró hasta ser perforado de nuevo por la clave telegráfica, que sir Frederick sabía leer tan aprisa como el telegrafista.

«Noventa y seis con dos décimas.»

Abatimiento; seguido de un inquieto renacer de la esperanza en cuanto se inició el viaje de retorno. Ochenta y nueve con tres décimas.

Depresión.

La tercera carrera sería la que decidiría. Hasta el estoico Littlejohn crispaba las manos alrededor de la barandilla, secos los labios y el corazón desbocado, porque se veía a simple vista que aquélla era una carrera extraordinaria. Sir Frederick cortaba el cigarro a mordiscos mientras la «Red Hand» pasaba como una exhalación. Sir Frederick iba y venía como un orate esperando que el cronometrador oficial confirmara el tiempo registrado por él y dijera que habían conseguido la meta. Noventa y ocho millas bien completas.

Todos los demás soltaron un gemido al verle levantar los brazos al cielo, rugiendo. Las dos carreras finales fueron de corte académico. Con ello vinieron las acusaciones, los vilipendios, y el corro en torno de sir Frederick se ensanchó con objeto de dejarle espacio suficiente para zurrar el aire. De regreso a los talleres, sir Frederick se encerró en una pequeña oficina del coche del jefe. En el apeadero del interior de los talleres, escapo hacia su oficina sin decir palabra a nadie y cerró de un portazo. Después de diez minutos, que le concedió para que los hervores se redujeran a un mero borbotear, el brigadier Swan tuvo la bravura de entrar allá.

—¡Cochino canalla! —le saludó el amo—. ¡Cochino canalla! Lo teníamos en la mano, en la mano, seguro. Cockburn ha cerrado las admisiones. ¡Eso es! Tiene un corazón de cachorrillo. Le habría bastado con abrir unas cuantas válvulas una media vuelta, hasta un cuarto de vuelta. ¡So canalla sin valor! Ya no fabrican hombres, Max. Quiero que dimitan, inmediatamente.

Swan depositó dos hojas de papel delante de sir Frederick.

—¿Qué diablos es eso?

—Sus dimisiones. Tanto Cockburn como Henry Hogg quieren marcharse.

Weed desgarró los papeles y los echó a la papelera.

—Bueno, no se marcharán tan fácilmente. ¿Qué… qué posible explicación podía tener Cockburn? ¿Qué posible excusa para esta actuación?

—Ninguna en absoluto. Ha dicho que todo estaba abierto al máximo.

—¡Una historia muy verosímil!

—Dice que el tren no quiere correr más aprisa, sir Frederick. Hoy lo ha empujado hasta el límite máximo.

Weed iba y venía por la habitación.

—¡Claro que no correrá más aprisa! Yo le dije al canalla de Littlejohn que aumentara la embolada hasta sesenta centímetros. Diez cochinos centímetros más. Se lo dije ya en el momento que vi los planos, hace seis meses. Sesenta centímetros de embolada, Littlejohn. Esas fueron mis palabras, así como Dios ha de juzgarme. ¿Dónde rediablos está Littlejohn?

—Prefiere no verle a usted hasta dentro de un par de días.

—Ah, lo prefiere, ¿eh? Y supongo que también tienes su renuncia al empleo.

—No, no la tengo; pero me ha dicho que si usted mencionaba los sesenta centímetros de embolada le replicase que con ellos el tren habría quedado sembrado en pedazos por todo el condado de Down. Dice que ha tenido usted suerte de que no se hiciera pedazos en la tercera carrera.

—¡Porquerías! ¡Lo único que consigo son porquerías! —Weed inclinó la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Arregla lo de Cockburn y Hogg, ¿quieres, Max? Una gratificación, una palmadita a la espalda. Envíalos al pabellón de pesca; déjales que cojan las cañas y saquen unos cuantos salmones. Di a Littlejohn y a los muchachos que celebraremos una reunión a primera hora de la mañana. Mira si la 367 admite otra modificación todavía. Si no, habremos de lanzarnos como el rayo a otra tarea. Ahora el tiempo cuenta contra nosotros.

Swan hizo un gesto de asentimiento y dio unos pasos para retirarse.

—Ah, de paso, su invitado de usted está en mi oficina arañando el aire.

—Ah, sí, Hubble. ¡Jesús, lo olvidé! Bueno, tráelo acá.

Sir Frederick se derrumbó detrás de la mesa, estudiando por milésima vez las características de la 367 y buscando dónde se le podría dar un empujoncito más. No quería volver a empezar desde el principio, en fecha tan avanzada. Roger Hubble entró y le mostró toda una bocaza llena de dientes comprensivos. Sir Frederick pensó: «Si dice "maldita suerte" ensucio los pantalones.»

—Lamento la mala suerte —dijo Roger—. ¡Maldito contratiempo!

—Sí —retumbó sir Frederick, levantándose otra vez y deambulando para moderar las llamas.

Nunca había sido maestro en el arte de contenerse, y aunque Swan le había advertido que no embistiera demasiado enérgicamente contra Hubble, dos días de vacío total y luego el hado de la «Red Hand» 367 le habían puesto los nervios de punta.

Roger se encaramó a un bajo poyo de la ventana, fijando la mirada en el conjunto de los astilleros, cuando he aquí que Weed interrumpió el paseo y dio una brusca media vuelta.

—¿Por qué demonios se niega usted a venderme la línea de Donegal y aquella miseria de la L. C. & D.?

Roger acogió la embestida con calma.

—¿Le sabría muy mal que habláramos de ello? —continuó Weed.

—Me imagino que hablaremos, tanto si me sabe mal como si no —contestó Roger.

Weed volvió a su mesa, separó bien los dos faldones de la levita y buscó el *dossier* indicado.

—Oiga, Hubble, ambas líneas están lamentablemente destrozadas, el material rodante no se tiene en pie. Le hemos ofrecido tres veces más de lo que vale todo aquello, y, por añadidura, le sacamos a usted de una situación desagradable.

—Creo haber informado al brigadier, con una claridad meridiana, que las líneas no están en venta.

—Yo sugiero que es una decisión poco afortunada. ¡Vaya, hasta sobre la base de asociarnos, estoy dispuesto a derrochar millones en ellas para rehabilitarlas! Me parece, señor, que usted podría tomar en cuenta la buena marcha de su propia parte del Ulster. Esto lo HAGO en bien del Oeste, ya sabe.

Roger se levantó pausadamente del poyo, fue a sentarse frente a sir Frederick, estiró las piernas y fijó en él una mirada tremendamente seria e inquisitiva. Sus grises ojos buscaron los de Weed, y los encontraron. Los dos hombres se sondeaban con la mirada; ninguno de ambos cedía.

—¿De veras? —dijo Roger.

—Muy ciertamente, señor. Hasta un colegial vería que al Oeste una línea trans-Ulster sólo puede traerle beneficios.

—Como guste —contestó Roger.

Una de las regordetas manos de sir Frederick arañaba el dorso, de la otra.

—Me dice el corazón que usted se está poniendo cínico, lord Roger. Veamos, ¿duda de mis móviles?

—Claro que sí —respondió el otro, desencogiéndose de nuevo y volviendo a la ventana.

Empezaban a asomar las primeras características que Maxwell Swan había descubierto en Roger Hubble. Un tipo con la sangre fría de verdad, pensaba Weed.

—¿Qué quiere dar a entender, exactamente?

—Esa preocupación que decía por el Oeste del Ulster es lo que tiene usted más lejos del pensamiento. Es una monserga indecente.

Weed no pudo disimular la sorpresa, pero sí logró reprimir la cólera.

—Siga, por favor —pidió.

—Ciertamente —contestó Roger—. Mire usted, una de las tragedias que nos afligen aquí en Irlanda es la de que, aparte de Belfast, la Gran Bretaña no ha invertido ni un chelín en industrializarnos. Hemos quedado convertidos en un país de feudos medievales a punto de descomponerse. A nuestra manera reducida, nosotros, en

Londonderry, somos el centro comercial natural del Oeste. Nuestra pobre industria y nuestro puerto llenan la función de terminal de ferrocarril, centro de distribución, etcétera, etcétera, para la población hasta el mismo Galway. Un ferrocarril trans-Ulster nos obligaría a combatir contra un descarado intento de saquear Londonderry, destruir su función natural, robarle sus bienes y reducirlo a moscardón de Belfast.

—Oiga, en usted el descaro sólo queda igualado por la imaginación —exclamó sir Frederick, tratando de montar en indignada cólera, pero en realidad manteniéndose a la defensiva, como lo estaría aquel a quien sorprendieran *in fraganti*.

—No me salga con ésas, sir Frederick —dijo—. Usted y yo sabemos que si el trans-Ulster se hiciera realidad, el primer paso que usted daría sería el de reducir los precios del transporte marítimo por debajo de los nuestros. Se encargaría de que desde Inglaterra resultara más barato enviar las mercancías a Belfast y luego las llevaría por ferrocarril hasta Londonderry, o las traería de Londonderry para acá. Lo primero que se hundiría serían las líneas marítimas de Londonderry, porque Belfast controlaría todos los transportes. Nuestro puerto quedaría en la miseria y la poca competencia que podamos ofrecer en construcción de barcos quedaría eliminada. Belfast sustituiría nuestras funciones naturales con barcos Weed y locomotoras «Red Hand».

La sirena de la tarde interrumpió el discurso, seguida del movimiento masivo de obreros. Esta noche sir Frederick no se plantaba en el puesto habitual junto a la ventana para recibir el homenaje de sus legiones.

—He ahí la razón de todo ello —dijo Roger, señalando a los obreros que pasaban —. Belfast es el corazón de la Irlanda protestante; Londonderry está en segundo término. Para mantenerse en su acorazado predominio, Belfast ha de monopolizar los empleos y la industria. Ustedes no pueden permitir que Londonderry ni la Irlanda católica se lleven ni la menor partícula de la prosperidad que reina aquí. Todo es un complot de Belfast para encerrar dentro de sus dominios ferrocarriles, puertos, fábricas… Cuando usted, con su infinito afán devorador, hubiera aniquilado toda posibilidad de competencia y nos hubiera reducido a la servidumbre, nosotros tendríamos que conformarnos con las migajas que quisiera arrojarnos. ¿Verdad que comprende mi punto de vista? ¿Verdad que sí, sir Frederick?

Lo que Frederick Weed comprendía perfectamente era que tenía delante a un hombre tan implacable como él.

—Esa tesis de usted es una locura, una demencia; carece de base en absoluto —dijo.

—Quizá —admitió Roger—. Digamos que mis sospechas carecen de base, totalmente. A pesar de todo, han cruzado por mi mente. Luego no es lógico que me exponga a ningún riesgo sólo por la posibilidad de que me equivocase en mis deducciones. ¿Verdad que no?

—Lo que les pasa a ustedes, los del Oeste, es que están un poco excitados. Tienden a dejarse llevar por sus fantasías.

—Ah, sí, no cabe duda de que aquel aislamiento nos pone un poco nerviosos. Pero después de las próximas elecciones, a ustedes, los de aquí de Belfast, no les será tan fácil hacerse dueños de Londonderry.

Apropiarse del Oeste formaba parte del plan desde hacía mucho tiempo. Weed dijo en tono cauteloso:

—No sé si le entiendo bien.

—Parnell nos arrebatará los escaños. Ambos lo sabemos. Buen Dios, hasta es posible que perdamos el de los Comunes dentro del condado. Cuando Parnell y la banda de música del Papa entren en formación en Westminster nos van a meter en una red de triquiñuelas parlamentarias.

—Sí —concedió Weed—, Parnell es un granuja inteligente, en efecto. Ojalá lo tuviera trabajando para mí, se lo digo a usted de veras.

—Entonces, ¿qué planes tiene, sir Frederick?

—Nosotros ya pensamos en después de las elecciones. La victoria de Parnell, más que ningún otro factor, provocará la unión de los más diversos elementos protestantes, gracias al miedo que inspira a todos la autonomía. Hemos empezado a formar el Partido de Defensa de la Unión. He ahí una medida.

—¿Para levantar una muralla alrededor del Ulster? —interrumpió Roger.

—Es cierto. La fría realidad nos dice que las tres provincias meridionales de Irlanda las hemos perdido ya. Según la definición que usted mismo ha sentado, se han descompuesto bajo un sistema agrario fenecido. El Sur está que rebosa de católicos.

—Entonces el juego consiste —dijo Roger— en evitar que Parnell se apodere del Ulster, ¿no es cierto?

—Ese es el juego —asintió tranquilamente Weed—. Estamos tomando medidas para soltar a nuestros pastores y que marquen la «R» de Reforma en la frente de todo recién nacido. Buscaremos el apoyo de nuestros piadosos hermanos presbiterianos de Escocia. Les arrancaremos las pelotas a los de Westminster.

—¿Cómo? —preguntó Roger—. ¿Cómo?

—Enseñándoles que el Imperio empieza y termina aquí, en el Ulster. Perded el Ulster y lo perderéis todo. Impondremos una unión total y permanente con Inglaterra…

—¿Aunque signifique separar el Ulster de Irlanda? —puntualizó Roger.

—Quiero saber cómo se propone conservar el Ulster. Los católicos nos superan todavía en número, incluso aquí, ¿no es cierto?

Weed se sentía incómodo. Sabía perfectamente bien a donde dirigía los tiros Roger Hubble.

—¿Debo decirle qué ideas tiene usted en la cabeza, sir Frederick?

—Sí, se lo ruego…

—Usted está dispuesto a reducir la extensión del Ulster. ¿Verdad que sí? Usted planea un Ulster en el que los católicos no le superen en número ni en prole, y esto significa renunciar al Oeste.

—Yo no daría por tan seguro eso de que estemos dispuestos a ceder nada —esquivó Weed.

—Pero ha cruzado por su mente… la idea esa de soltar el Oeste. ¿Verdad que sí?

—Claro que sí. No se puede sostener a una pequeña y aislada comunidad protestante en un mar de indígenas hostiles. He ahí una de las razones por las que nos precipitamos a establecer la preeminencia de Belfast… antes del otoño. Hemos de plantar los mojones de un Ulster manejable, un Ulster que podamos conservar en nuestro poder.

—Y de Londonderry se puede prescindir…

—Para conseguir un Ulster manejable, habría que resignarse.

—Entonces, sir Frederick —atajó Roger sin perder punto—, le supongo a usted bien preparado para presentarse ante una convención de grandes maestres de Orange y advertirles que, por sí y ante sí, sir Frederick ha eliminado su ciudad santa, Londonderry… y precisamente por cuestiones de negocios. ¿Qué le parece que dirán ellos entonces del bueno de sir Frederick?

—¿Qué demonios quiere usted sugerir? —espetó Weed, ya incapaz de contener la marejada de cólera.

—Le sugiero que quizá pueda usted decirle a un judío que no podrá ir nunca a Jerusalén, y a un musulmán que jamás podrá viajar a La Meca; pero que Dios se apiade de usted si un día le dice a uno de Orange que no puede ir a desfilar alrededor de las murallas de Derry.

Frederick Weed palideció ante el hombre a quien había subestimado tan lamentablemente y se sintió invadido por una sensación extraña que muy bien podía ser miedo. Por la llama viva, celosa de aquellos ojos grises, comprendió que su dueño le jugaría la partida en sus propios reductos de Orange.

—¿Trata usted de hacernos chantaje para obligarnos a conservar Londonderry?

—Por supuesto que sí —runruneó el joven Hubble—. Usted se ha unido y abrazado a Inglaterra para salvarse, y nosotros nos abrazamos a ustedes por el mismo motivo. Usted tiene sus argumentos que esgrimir: bastión del Imperio, lealtad, importancia industrial… Nosotros también tenemos el nuestro. Nosotros somos la ciudad santa de Londonderry, sin la cual no hay Ulster posible. Usted le hace a Inglaterra el chantaje de la unión; nosotros se lo hacemos a usted.

—No se contenta con cualquier porquería, ¿verdad que no, Hubble? —dijo Weed.

Roger pasó bruscamente de la expresión amenazadora anterior a una jocosidad jovial, se metió las manos en los bolsillos y saltó sobre la punta de los pies, dando un

suspiro.

—Todo ello forma parte del Ulster, y el Ulster forma parte de Inglaterra. Lo que hacemos ahora es planear un futuro en el que se le arrancará a Irlanda una de sus provincias. Por el método que sea, con el pretexto que se quiera… amenazas contra nuestra madre patria, furor religioso, cualquier cosa.

Roger preguntó si a sir Frederick le sabría mal que cogiese un cigarro puro. El cigarro llevaba la faja particular de Weed; pero Roger sabía que era Villar Barquinero, Habana; o acaso Excepcionales Rothschild. Cortó las puntas, lo encendió y se puso a chuparlo meditativamente.

—Ya sabe, navegamos todos en el mismo barco. Londonderry, Belfast, todos juntos en el mismo barco.

Weed no contestó, pero sabía que Roger Hubble había entrado a formar parte del grupo escogido, compuesto ahora por tres personas, al que no podía intimidar.

7

Dos docenas de amigotes de sir Frederick, colegas de la industria y nobles hacendados asistían a la comida de camaradería que el magnate daba en su Logia de caballeros de la Orden de Orange. También estaba presente un número similar de dirigentes e ingenieros de Weed Ship & Iron Works. Caroline, única mujer del grupo, actuaba de anfitriona.

La comida se servía en el invernadero, uno de los famosos pabellones exteriores de Rathweed Hall, copia a escala de un octavo del gran Palacio de Cristal que había albergado la exposición industrial de Londres treinta y cinco años atrás.

El invernadero contenía un pequeño teatro que había permitido a lady Livia, y más tarde a Caroline, ofrecer conciertos particulares, recitales, conferencias y estrenos teatrales, y a sir Frederick presentar combates de boxeo y lucha. Servía además para salón de Orange, el más pretencioso del Ulster, para la Logia de caballeros de sir Frederick.

El tono general de las conversaciones era el de una queja expresada de mil maneras sobre las próximas elecciones, queja que se centraba en una sola cuestión, la cuestión irlandesa.

La vieja irritación se les subía a la cabeza a Ellery Chillingham, marqués de Monaghan, y a Thurlow Ives, el mayor propietario de telares mecánicos de Belfast. Entre los reunidos circulaba un dibujo de retrete representando a «Paddy», el anarquista irlandés, criatura simiesca, incitando a Parnell a pasar a cuchillo la noble Britania, la cual protegía a su vez a una frágil y llorosa Hibernia. El dibujo en cuestión desencadenó el tono ácido… la venta de Gladstone, el liberal… los agitadores papistas atreviéndose a presentarse para el Parlamento… los impuestos sobre la industria de Belfast, si la autonomía se hacía realidad… debían haber retenido a Parnell en la cárcel, cuando estuvo encerrado en ella… ¿desde cuándo el colono otorga a sus indígenas el derecho a votar?… otra ley agraria, y a nuestras propiedades irlandesas se las habrá llevado el viento… y todo eso bajo la batuta de Roma…

—Si no podemos dominar la basura irlandesa en nuestras propias islas —silbaba lord Monaghan—, ¿cómo diablos podemos pensar que la dominaremos en la India y en otras partes? Yo digo que el frente de batalla está aquí, y que debemos resistir.

—Eso, eso —respondía Thurlow, golpeando el cristal con la cuchara—. Eso, eso.

Aunque parezca raro, sir Frederick habló muy poco. Roger se fijaba en el comportamiento del industrial, lleno de curiosidad.

—Esta salsa chatni, esta salsa india, es riquísima —decía Ives, galante, a Caroline —. Dile a tu *chef* que envíe la receta a Martha.

—No hay sino mango y Bengal Club de Harrod's —respondió ella.

Weed se sumió más profundamente en sus meditaciones, mientras lord Monaghan se hinchaba para una segunda arremetida contra Parnell.

Después de comer, el grupo se trasladó a la sala principal del Sunhouse, edificio de usos diversos, parecido a un teatro, con una alta cúpula de cristal. En medio habían levantado un cuadrilátero de boxeo, rodeado del número de mesas conveniente para acomodar a los invitados. Mientras se servía el coñac, el humo del tabaco iba creando una atmósfera deportiva. La diversión corría a cargo de una escudería de luchadores jamaicanos de camino hacia Londres, contra los que se enfrentarían los mejores muchachos de la localidad. Caroline, que ocupaba un asiento entre Roger y su padre, muy cerca del cuadrilátero, encendió un delgado cigarro puro. Roger reprimía su enojo.

Anunciaron el primer combate. Un par de pesos ligeros, vivos y ágiles, hicieron alarde de gran habilidad como púgiles, amagando golpe tras golpe, sin hacerse mucho daño, durante los seis asaltos programados. En el segundo combate, el jamaicano sufrió una paliza espantosa y manchó la mesa de Caroline de gotas de sangre. A los gritos de «¡Buen muchacho!», quiso reunir sus fuerzas, pero tuvieron que sacarlo en vilo del cuadrilátero después de diez asaltos. A Roger le fascinaba mucho más la presencia de Caroline que los combates. Durante el último, se quedó completamente absorto en ella. El último jamaicano era un peso pesado hercúleo y moreno que entró en el cuadrilátero bañado en sudor, con lo cual resaltaba más la magnífica musculatura de sus brazos y su cuerpo. Sus negros ojos despedían miradas mortíferas, profundamente incrustados detrás de unas mejillas color tabaco negro.

Después de haber sido presentado, se inclinó en todas direcciones; luego miró directamente a Caroline, la cual le miraba fijamente, y le dedicó una reverencia, dilatando el pecho y arqueando un poco los labios. Con ojo delicado, ella observaba hasta el menor movimiento del boxeador, cómo se golpeaba un guante contra otro, cómo inspiraba profundamente, cómo saltaba sobre las puntas de los pies, mientras iban explicando las reglas del juego. Su adversario era un conocido caballo de guerra de Belfast, un achaparrado obrero del muelle, con un historial mediocre y el cuerpo lleno de tatuajes.

Lo negro reposaba sobre lo blanco mientras los dos púgiles se agarraban, gemían y resollaban bajo los ruidos de los golpes. Los ojos de Caroline se entornaban hasta quedar semicerrados en una especie de trance, mientras los dos hombres luchaban allí, casi sobre su cabeza, el sudor mezclándose con el sudor, cada uno haciendo un esfuerzo tremendo por resistir, por impedir que el otro le aniquilara. El rostro de Caroline se contraía muy levemente cada vez que el negro recibía un puñetazo, cada vez que hacía una mueca, cuando le chorreaba sangre de la nariz, cuando le rodaban los ojos después de un golpe demoledor. La respiración se le hacía más rápida y profunda cuando se ponían en guardia y se vapuleaban bien.

El combate terminó súbitamente cuando el de Belfast fue al encuentro de un gancho con la derecha que por poco lo decapita y que lo envió contra la lona como a cámara lenta. Aplausos, gritos de «muy bien» y de «matón», mientras el negro volvía a danzar por el cuadrilátero, ofuscado, abotargado, nudoso. La última reverencia la hizo en dirección a Caroline; fue un movimiento descarado, fue un instante de orgasmo mutuo entre él y ella. Roger Hubble se sentía hechizado.

—¿Una última copita? —dijo sir Frederick, encerrándose en su cubículo con Roger.

—Muy bien.

—Un deporte precioso —comentó sir Frederick—. Opino que el negrazo triunfará plenamente en Londres. ¡Viva!

—¡Viva!

—Francamente, me gustaba más con las reglas antiguas, a mano desnuda y combatiendo hasta el final. Queensberry lo ha convertido en un juego de niños.

Sí, pensaba Roger, sin duda a Caroline también le habría gustado más así.

—Debo decirle, sir Frederick, que hace un rato le vi un poco pensativo. Por la elección, quiero decir.

—Lord Monaghan es un loco condenado. Él y los otros siguen escudándose en esa tontada del labio curvado y el gesto altanero, y dividen nuestras energías presentando candidatos en lugares donde no tenemos ninguna posibilidad de ganar. Lo mismo hace con sus malditas tierras. La gente de su especie se resiste a ver francamente lo que está sucediendo. Bueno, todos despertarán a la realidad una vez celebradas las elecciones.

Frederick Weed se había pasado la mayor parte de la vida hablando de superior a inferior, y ahora le resultaba muy difícil sostener una conversación con una persona que no le temía nada en absoluto y se consideraba de tanta categoría como él.

—Roger —empezó muy despacio—, he pensado muchísimo en la conversación que sostuvimos ayer. En la necesidad de salvar a Londonderry dentro de la ordenación general del Ulster. Me gustaría muchísimo ir allá, a visitarle, ver cómo están las cosas y mirar si tenemos alguna posibilidad de trabajar juntos.

—Me encantaría —contestó Roger.

—Quiero decir que el partido de Defensa de la unión empieza a remontarse. Quizá convendría revisar el plan general e incluir algunas ideas nuevas sobre el Oeste.

Roger movió la cabeza en signo afirmativo, como modesto reconocimiento del triunfo logrado.

—¿Qué le parece si me invitase yo mismo a ir a Hubble Manor para el día de los Aprendices? ¿Tienen allá algún predicador que saque verdaderamente fuego por la boca? ¿Uno que dé la nota fundamental para el futuro? Quiero decir un hombre de

esos que saben convertir un auditorio en una masa gimoteante.

—Ah, no; allí no tenemos ninguno de esos estilo campamento militar, como los tenéis en Belfast. Aquí hay presbiterianos sólidos, anglicanos sólidos.

—Tengo un hombre que les conviene, un tal Oliver Cromwell MacIvor. Excitará los humores violentos de todo el mundo. Un verdadero aporreador del púlpito, un hombre muy devoto. ¿Por qué no lo dispone de modo que sea quien predique en la catedral?

Roger sonrió levemente.

—¿Será el bautismo del Oeste?

—Sí, algo así.

—Con una condición —dijo Roger.

—¿Cuál es esa condición?

—Que traiga a Caroline consigo.

—Creo sería mejor que ese asuntillo se lo resolviera usted mismo —dijo sir Frederick.

El museo de Rathweed Hall arrancaba directamente de la terraza principal. Era un edificio cuadrado, con un patio central abierto. Cada pasillo tenía casi cuarenta metros de longitud y estaba cubierto por una bóveda ojival vidriada para recoger la luz natural. El suelo, diferente en cada pasillo, era creación de la Doulton Ceramic de Londres, y al final de cada pasillo había una ventana de vidrio policromo realizada según antiguos dibujos de Bosch.

A Roger le impresionaron los profundos conocimientos que tenía Caroline de la colección de arte de Weed; hasta las cosas extrañas que había visto en ella eran de una rareza impresionante. Roger se sentía desazonado. ¿Cómo has de tratar a una mujer tan inteligente como tú? Roger tenía la amedrentadora sensación de que Caroline nunca daba el brazo a torcer, conservaba siempre el dominio y hacía lo que le daba la realísima gana. El baluarte parecía demasiado peligroso para asaltarlo.

Entraban ahora en el pasillo del museo que guardaba su colección de impresionistas franceses, justo en el momento en que el sol del Ulster hacía una de sus escasas apariciones.

—Tome el sol —dijo ella—. ¿Por qué no nos sentamos en el patio y dejamos lo mejor para el final? Dentro de diez minutos, la luz de aquí dentro tendrá un matiz hermosísimo.

—Tiene razón —dijo Roger.

Pasaron al patio interior abriendo una de las macizas puertas bronceadas y fueron hasta un gran surtidor traído de un castillo de Lombardía, ya en ruinas, y remodelado en una serie de estanques de mosaico dorado y plateado que reflejaban la luz. El jardín estaba adornado por una profusión de copias de la estatuaria griega

reproducidas con cuidado exquisito.

El surtidor era como una invitación a meditar. Roger repartía el tiempo entre el surtidor, fascinado por su manera de girar, y la hermosa criatura de cabello castaño sentada junto a él en el banco de mármol. El joven se decía que mañana correría a Daars a ver a su padre y que, por consiguiente, si quería dar un primer paso, sería mejor que no lo dejara para luego.

—Oiga, Caroline —dijo—, yo he estudiado la situación financiera de usted y sin duda usted ha estudiado la mía. Estoy seguro de que ambos hemos quedado impresionados. ¿Debemos alentar una relación más íntima entre nosotros, o lo dejamos?

—Viviendo con Freddie, estoy perfectamente habituada a las brusquedades —respondió Caroline—. Si he de informarle sobre lo último, usted impresiona más a Freddie que a mí.

—Temporalmente, confío. Usted sabe de sí misma que posee el don de intimidar. ¿Logra que todos los hombres se sientan unos ineptos?

—Casi siempre —respondió llanamente ella.

—Será un deporte para usted, imagino. —Enlazó las manos detrás de la espalda y se puso a caminar junto a la fila de estanques.

Caroline se dio cuenta de que estaba a punto de alejarlo para siempre, como a todos los demás. No le había parecido terriblemente interesante, ni arrebatador, pero tampoco quería ahuyentarlo. Angustiar a Freddie habría sido un error. Sobre el papel, Roger representaba el mejor enlace posible… sólo que… ¡oh, Señor!, ¡necesitaba refinarse tanto! Sólo la jugada del matrimonio pondría en evidencia si era capaz de admitirlo. Caroline fue a situarse detrás de él.

—Me alegra que hayas venido —dijo—, y me gustaría cultivar tu amistad.

Roger interpretó la frase como una cortesía vacía de significado.

—Caroline —repuso—, esta situación me plantea un problema. No tengo ni la menor idea de cómo lograr hechizarte —levantó las manos para echarse el cabello hacia atrás y luego abrió los brazos en un gesto de frustración—. Ya ves —continuó—, la mayor parte de mis treinta y dos años la he pasado en colegios de muchachos, equipos de hombres, clubs masculinos, el regimiento… No soy homosexual, tenlo bien presente, pero junto a los derechos sobre los vestuarios de esas entidades, todos despidiendo un olor fuerte, he vivido bajo el axioma de que un deporte duro y una ducha fría despejan el problema, cuando uno está en erección. Hasta la fecha, mis experiencias con mujeres han sido escasas y nada edificantes.

—¡Qué confesión tan encantadora! —exclamó Caroline.

—No se trata de que no sea capaz de salir airoso, ni mucho menos, te lo aseguro. Cuando llegue el momento, desempeñaré mi tarea muy satisfactoriamente, te lo digo. Ya ves, Caroline, para ser franco y llano, no me paré mucho a pensar en el sexo, hasta

que te he conocido a ti. En fin, lo que quería decir es que me parece que tú le das bastante importancia.

—¿Qué significa eso exactamente, Roger?

—Pues… hummm… tú has jugueteado con él de vez en cuando, ¿no?

—Estuve casada una vez, por corto tiempo, y también fuera del matrimonio hubo quien me atendió muy bien. Yo, por mi parte, he correspondido a esa atención. Han corrido rumores, por supuesto. ¿Qué querrías saber, Roger?

—Pues uno oye hablar de cierta inclinación que sientes por… por los extranjeros.

—Los rumores son bien fundados y muy ciertos —contestó ella.

Roger se puso colorado y tartamudeó.

—¿Qué importancia le das tú al sexo, exactamente? —inquirió Caroline.

—Pensaría —contestó él levantando la voz— que ha de ser muy importante en cuanto uno se imponga sobre sus secretos. Mira, desde que dejé el regimiento he vivido en una esclavitud horrible, poniendo en orden asuntos de negocios.

A Caroline le divertía la total sinceridad del muchacho. Le cogió de la mano y lo guió de nuevo hacia el museo, entrando en la galería de impresionistas franceses y parándose ante cada artista para darle una brevísima lección.

Roger fijaba la mirada en el pequeño óleo con el rotulito de *La dama inglesa*, pasando la vista de la modelo al cuadro multitud de veces, como si estuviera realizando un gran descubrimiento.

—Muy notable, hermoso de veras. ¿Quién es ese Renoir?

—Un amigo muy querido. Roger, ¿qué te han dicho de mi inclinación por los extranjeros?

—No mucho, realmente. Se deduciría que has tenido varios amantes… franceses… artistas.

—¿Lo consideras una cosa vulgar?

—No. El pasado de una persona es asunto de esa persona. Si quieres que te diga la verdad, envidié siempre a mi padre y a su amante.

—¿Clara Townsend-Trowbridge?

—Sí; Clara.

—¿Qué te atrae de ella?

—Que sea actriz. Que viva en una especie de pecado Y tiene un seno exquisito. Me gusta la deliciosa relación que sostienen, llena de infinidad de matices callados, secretos. Se excitan el uno al otro. Da gusto verlo.

—Entonces, ¿no miras a las de mi cofradía como a una mercancía manchada y averiada?

—Ciertamente que no; al contrario. No se me ocurre nada más deprimente que comprometerme con una virgen, lo sea físicamente, lo sea de espíritu. Pero ¿cómo se mide un muchacho recién salido del regimiento con una mujer capaz de superarle en

todos los aspectos? He ahí el problema —seguía mirando la pintura, sin dejar de mover los brazos y meciéndose sobre los pies, actuando puntas y talones—. ¿Conocías bien a esos sujetos?

—Mucho. Algunas veces era la única persona capaz de tenerlos amarrados a sus telas y sus óleos.

—Debían de adorarte como modelo.

—Se declaraban prendados de mi esbelto cuerpo de inglesa. ¿Te gustaría verlo?

—¿Tu cuerpo?

—Unos cuantos cuadros.

Roger se cogió las manos detrás de la espalda y enseñó los dientes.

—Supongo que sería muy apropiado.

—Ven.

Roger Hubble no había visto jamás una habitación tan deliciosamente blanca y sensual, como una constelación de mármoles interrumpida por transparencias de velos y paredes cubiertas de espejos, ni había olido nunca su perfume embriagador. Al entrar en el *boudoir* una pantalla de baldosas formando un enrejado de claro encaje dejaba entrever una bañera hundida en el suelo y poblada de aceites y perfumes. Roger murmuró algo acerca de lo hermoso que era aquel lugar para bañarse, cuando he ahí que sus ojos fueron a posarse en una pared de desnudos pintados por un hombre de talento que, evidentemente, estaba muy enamorado de la modelo. Las poses no habían sido coartadas por el pudor y ofrecían un atrayente panorama carnal.

—¿Te gustan?

—No sabría encontrar la definición adecuada. Son asombrosas.

—Claude Moreau —explicó ella.

—¿Le amaste mucho?

—Era un canalla aborrecible.

Roger se acercó más, casi tocando las pinturas; después se volvió hacia ella, que permanecía en el centro de la habitación en ondulado esplendor. Los dedos de la mujer tiraron del cordoncito de la blusa y luego desabrocharon los botones con intencionado esfuerzo.

—Quizá te gustara ver por ti mismo si Moreau consiguió un parecido suficiente.

Roger bajó los ojos y sus manos revolotearon, desamparadas, por el aire.

—Te estás burlando de mí, Caroline. Sabes que no puedo competir contigo, y te diviertes a mi costa. No tienes derecho.

—Levanta los ojos, Roger, y dime qué ves.

Roger los levantó. Caroline estaba desnuda hasta la cintura.

—¿Te gustaría acariciarme?

—Es posible que no sea un amante tan volcánico como tu francés, pero tampoco

soy un juguete. No permitiré que me traten como a un cachorro que no sabe por dónde anda. Si un día quiero poseerte, habrá de ser a mi manera, vulgar y corriente.

Caroline dibujó la mueca de una sonrisa para sofocar la humillación.

—Oh, por amor de Dios —dijo—, ve y date la ducha fría.

Sir Frederick insistió en que Roger continuara hasta Kinsale en su vagón particular, gesto cargado de implicaciones. Convinieron en reunirse dentro de seis semanas en Hubble Manor para tomar parte en las fiestas de los Aprendices de Londonderry. Sir Frederick llevaría a su nuevo ministro para que oficiara en el servicio religioso que se celebraría en la catedral protestante. Aprovecharían bien el tiempo para seguir explorando cuestiones que interesaban a ambos.

El vagón particular era precisamente lo que uno habría esperado tratándose de Frederick Weed. Construido más o menos según el modelo del propio George Pullman en América, su equipo lo convertían en una prolongación móvil de Rathweed Hall. Aparte del salón principal, adornado de brocados, y los espacios para comedor, contenía una pequeña oficina, dos juegos de habitaciones-dormitorio, una cocina y un «palco de la ópera» aislado para la intimidad de las damas que viajaran en él.

Roger se enfadaba consigo mismo, perdido en aquel esplendor, después de la despedida de «palmaditas a la espalda» que le había dedicado sir Frederick. Aunque le gustaba el curso que tomaban las cosas con respecto a Frederick Weed, se sentía fracasado en lo relativo a Caroline. Roger no se había dejado seducir nunca por una mujer, no había deseado jamás con dolorosa pasión a ninguna determinada, ni siquiera había anhelado una aventura pasajera con una mujer a la que no pudiera dominar. Como es lógico, estaba perplejo.

—¿Estás ahí, Roger?

El se concentró en un aire de indiferencia, mientras Caroline venía del extremo del vagón.

—¿Te sabrá mal tener una compañera de viaje hasta Dublín? Llevo una lista de compras un metro de larga.

Roger dominó el impulso de estrecharla entre sus brazos. Era, sin duda, lo que ella esperaba, para luego tratarle como a un idiota. Roger hizo un gesto que significaba que el tren pertenecía al padre de ella.

En pocos momentos cargaron el equipaje de la joven, y el tren partió lentamente de la estación Victoria y se internó por el oropel del Belfast del sudoeste. Después de una breve parada en Lisburn, se dirigió hacia la costa.

—Me dejaría convencer para acompañarte hasta Kinsale —dijo Caroline por fin.

Roger disimuló la sorpresa y el placer; luego devolvió la jugada con un golpe deliberadamente frío.

—Maldita suerte —exclamó, fingiendo simpatía y desamparo—, pero en Daars se

reunirá conmigo otra persona. Con toda franqueza, te habría preferido a ti. Quizá quieras visitar Hubble Manor con sir Frederick en agosto.

Caroline se irguió ante un desaire tan bien calculado que era imposible adivinar si decía la verdad o si se trataba de una jugada de ajedrez. Fuera lo que fuese, había aprendido por fin lo que su padre ya sabía, a no subestimar a aquel hombre.

8

Daars, en Kinsale, condado de Cork, julio de 1885

—El carruaje de lord Arthur acababa de aparecer en el fondo de la colina.

—Gracias, Cronin —dijo Clara—, tomaremos el té en el apartamento de Su Señoría.

Clara salió al porche lateral y vio cómo el carruaje disminuía la marcha por la empinada cuesta. Daars coronaba la colina más alta de Summer Cove. Sus jardines y parques descendían por la ladera con una estupenda vista sobre la curva de la bahía hasta Kinsale. Desde allí se divisaba hasta más allá de Charles Fort y el mar libre, donde una pequeña flota de velas ondulantes corría hacia el refugio del puerto huyendo de un ramalazo de viento.

A los pocos momentos, Arthur Hubble, décimo conde de Foyle, sacaba el carruaje del camino principal para enfilar por la entrada lateral donde un par de manos fuertes cogieron las bridas y le ayudaron a bajar.

—Has llegado temprano —le saludó Clara—. ¿Has tenido buena travesía?

El conde se cogió las manos detrás de la espalda, sacó una mandíbula poblada de barba y ascendió los peldaños hacia el porche.

—Ventosa y fea —respondió pasando junto a ella.

Clara esperó hasta que él se hubo secado y calentado.

—Recibimos el telegrama, querido. Roger llegará hoy con el correo de Cork, de Dublín. Habría de llegar a tiempo para cenar.

Arthur expresó su malestar con un gruñido. Clara sabía que tenía mucho cariño a su hijo y Roger venía acá muy de tarde en tarde; pero siempre había motivo de ansiedad. Además, la visita de hoy, en esta época del año precisamente, significaba que venía a buscarle a él para llevárselo en seguida a Hubble Manor con ocasión del día de los Aprendices. Tales contrariedades solían hacerle recaer en el tartamudeo. Clara agradecía que Roger viniera a Daars solo, sin aquel pelmazo espantoso de Glendon Rankin. El administrador de fincas había quedado relegado a segundo término desde que Roger abandonó el ejército e hincó el diente en los asuntos del condado. Pero aunque Rankin no estaría presente, había enviado una carta acongojadora antes de que llegara Roger; una carta que originó más tensión aún de la que solían provocar habitualmente.

Cronin puso el servicio del té, preparó una mesita con instrumentos de barbero y se retiró. Clara sujetó una servilleta alrededor del cuello de Arthur, le peinó la barba con mucho esmero, retocándosela con las tijeras, a la perfección, habilidad adquirida durante sus días de artista.

Lord Arthur abrió el cajón de la cómoda y releyó la epístola de Rankin. La carta

empezaba explicando con mil rodeos la adhesión y fidelidad de la familia Rankin al condado, manifestadas durante siglo y medio de servicios al mismo. Rankin no se olvidaba de repetir el sacrificio supremo de su tío Owen, muerto de un disparo cuando cumplía con su deber, lanzando a un arrendatario que se resistía. Continuaba diciendo que lord Roger había representado una muy conveniente adición a la empresa. Después seguían las recomendaciones de cautela, expresadas en palabras cuidadosamente escogidas, el miedo de que las medidas de Roger de apartarse de la agricultura para entregarse a la industrialización pudieran rayar en temerarias.

La brecha entre el hijo y el administrador era profundamente filosófica y se ensanchaba cada día. Roger traería consigo más ideas para mayores inversiones.

«La razón de que haya tan gran demanda de lienzos manufacturados radica en que el algodón todavía no ha reconquistado plenamente sus mercados, después del hundimiento consiguiente a la guerra civil americana. Pero, Su Señoría, el algodón va ganando puntos y la industria del lino podría sufrir una depresión de la noche a la mañana. Es peligroso vender sólidas tierras para ese tipo de especulación.»

A continuación Rankin lamentaba las ideas radicales de reforma agraria que habían invadido Europa, pero insistía en que el hecho no se aplicaba a Irlanda. Sin un superintendente que le dijera qué tenía que hacer, el labrador católico no haría más, sencillamente, que desatar el caos.

La carta terminaba con todas las válvulas de Rankin abiertas y sangrando. Y sentaba el sobrecogedor pronóstico de que cuantos más bienes tuviera el condado en el capítulo de fábricas, mayor sería el peligro de una calamidad total. Las ciudades estaban inundadas de católicos sin trabajo, que vivían en condiciones que engendraban epidemias, crímenes y fomentaban las ideologías papistas y anarquistas. Las ciudades harían que los Hubble se vieran metidos en el pozo sin fondo de los problemas relativos a escuelas, hospitales, asilos y beneficencia en general. ¿Por qué, ciertamente —argüía Rankin— se había de dejar arrastrar el condado a una «roya de la patata» urbana?

Al devolver la carta al cajón, lord Arthur soltó unos gemidos ante la triste perspectiva de los próximos días. Clara le aplicó ron de laurel a la cara, le friccionó también el cuero cabelludo y, de momento, el puro placer superó al puro espanto. Después, una muy moderada aplicación de brillantina a la barba para darle algo de luz, un peinado, y el espejo. Lord Arthur estudió el resultado final con profunda admiración.

Habían llegado los números de toda una semana del *London Times*. Leyeron, intercambiaron chismorreos… pero Arthur estaba indiscutiblemente triste.

—Artie.

—Di, ángel mío.

—¿No puedes disuadir a Roger de iros a Hubble Manor el mes próximo? Hace tres años te mantuviste firme en tu decisión y, sin embargo, la casa no se derrumbó.

Como Clara había acertado con el verdadero meollo de su descontento, el lord escondió más profundamente el rostro en el periódico.

—¡Es tan desabrido todo aquello! —continuó la mujer—, y a mí, de veras, no me gusta que me tengan encerrada aparte como el tonto de la familia. ¡Aquella gente es tan condenadamente mojigata! Uno pensaría que eres el único miembro de los lores que vive con su amante.

—C… C… C… C… Clara.

—Vamos, Artie, no es preciso que tartamudees. Hace años que te lo digo.

—No estoy recitando a Shakespeare en el es… es… es…cenario de Londres y puedo tarta… ta… ta… mudear todo lo que me plazca.

—Es nuestra única fuente de discusiones. Aquella gente hace que me mire a mí misma como a una ramera. Hubble Manor es tan oscuro, torvo y mohoso como aquellos severos ulsterianos, y todo ello hace que me sienta una cualquiera.

—Por favor, no quiero teatro.

—No diré ni una palabra más —prometió ella, poniéndose en pie con agilidad. Normalmente, le aventajaba varios centímetros en estatura, y estando él sentado, muchos más, es natural—. No sé por qué te has de vestir como un payaso, con aquel sombrero de hongo y aquel cuello naranja ridículos. Pareces un cómico salido de un *music-hall* del Soho. Logia de moderación total de Ballyutogue, no faltaba más, y ahí vas tú, el conde de Foyle, con una petrificada sonrisa de estricnina en el rostro, desfilando en compañía de aquellos labradores que no se lavan nunca, patanes mal educados y sus pustulosos predicadores.

—¿Has te… te… te… terminado del todo?

—No diré una palabra más.

—Da la casualidad de que aquél horrendo, mohoso, mojigato lugar paga un sinfín de costumbres carísimas que has ido adquiriendo, querida mía.

—Oh, me aburres, Arthur.

—Una vez al año me solicitan para unas cortas pompas rituales en aquel lugar que nos paga los billetes. Este año la situación política reclama mi presencia más que nunca. Un maldito feniano arremete contra el escaño del bueno de Walby. Francamente, no tienes derecho a buscar guerra todos los años por una cosa tan simple.

—Si es tan simple, de verdad, ¿cómo te quedas tan derrotado cada vez que Roger está a punto de llegar?

El pequeño lord Hubble abandonó su asiento temblándole los labios y con gotas de sudor en la frente. Quería hablar, pero no podía. Se fue con paso vacilante al

dormitorio contiguo y fijó la mirada abajo, en la bahía, aunque sin ver nada. En cierta ocasión había estado de pie delante de su padre en aquella horrible biblioteca de Hubble Manor, y su padre tenía los ojos encarnados y vidriosos, y junto a él había un baúl lleno de órdenes de lanzamiento ejecutadas…

…Arthur Hubble se había pasado toda una vida esquivando remordimientos de conciencia por murallas del hambre, barcos de la muerte, evicciones y defunciones por inanición, aunque nunca consintió que tales remordimientos arrollasen la benevolencia que tenia consigo mismo.

Desde hacía mucho tiempo había aceptado resignadamente el hecho de que le faltaba valor para dirigir el condado. Fue el único conde de la dinastía que no sirvió en el regimiento que le correspondía ni prestó servicio civil ni colonial de ninguna clase. En cambio, se casó temprano y dejó a su mujer embarazada para alistarse en la Marina. Cuando Morris Hubble, su padre, empezó a declinar, él lo dejó todo en manos de MacAdam Rankin y, más tarde, de Glendon Rankin.

Cuando Roger se hizo mayor, Arthur no tardó en cargar sobre los hombros del hijo todas las responsabilidades, de modo que él pudiera seguir persiguiendo los placeres sin estorbo alguno. Pero había calculado mal el celo de Roger, un celo que rivalizaba con el de su propio padre, lord Morris. Roger se hacía cargo de los asuntos sin tener en cuenta para nada que en el pasado el condado había estado absolutamente unido al suelo que poseía. Y le obligaba a él, su padre, a tomar las aterradoras decisiones que hasta ahora había evitado tan hábilmente.

—Artie —dijo Clara, viniendo a situarse detrás de él—, lo siento.

—Tienes toda la razón, Clara. No me dejaré intimidar y no me iré al Ulster. Me mantendré firme.

Ella se le arrimó para confortarle, sabiendo que el pequeño lord no decía la verdad, pero procurándole la sensación, por el momento, de que era muy valiente.

Roger confiaba poder pasar unos días navegando a la vela y pescando tiburones azules antes de entregarse a los negocios, pero se dio cuenta de que no sería posible. En lo único que su padre le aventajaba era en jugar al golf. Cuando Arthur se apunto cinco *puttees* en el segundo agujero y cuatro en el sexto, Roger comprendió que valía más que comunicara el mensaje.

Durante el desayuno, Roger propuso un paseo a caballo. Arthur sabía que era el aviso de una conversación entre hijo y padre. Ya su propio padre, Morris, utilizaba los paseos a caballo para las conversaciones entre padre e hijo. Ahora le tocaba practicarlo con Roger. Sólo que Roger asumía el papel de padre, y él hacía de hijo una vez más. Mientras se alejaban de Daars, Arthur se sentía como el muchacho a quien van a dar una lección, tratando de animarle.

Al sur de Summer Cove galoparon por unos prados cubiertos por una alfombra de

florecillas amarillas. En Rinncurran las peñas y la cúspide se llenaban de ladrillos y yedra del Charles Fort, cuyas defensas daban sobre un angosto paso hacia el mar libre. El fuerte había sido construido a mediados del siglo XVII sobre el emplazamiento de un castillo de Barry Og y en el transcurso de las generaciones muchos nuevos dueños lo habían ampliado hasta hacer de él un inmenso conjunto de edificaciones. Parte de las mismas se aprovechaba todavía para albergar a la guarnición británica. La guardia reconoció a lord Arthur y, con ceremonioso ademán, le invitó a franquear la entrada. Padre e hijo dirigieron las cabalgaduras hacia un barracón abandonado, que empezaba a desmoronarse, y las dejaron libres en un cercado cubierto de hierbas y matas; luego subieron los peldaños de la pared de un baluarte del perímetro exterior. Con la esperanza de poner a Roger a la defensiva, lord Arthur le pasó la carta de Glendon Rankin. Roger la leyó y se la devolvió.

—Me temo que al viejo Rankin le ha llegado el turno —dijo Roger en tono que no admitía réplica—. Quería, hablarte de su acomodo.

Arthur se quedó atónito y sin argumentos.

—Yo no me precipitaría… evidentemente, yo me he descansado muchísimo en ti; pero dominar todas las complejidades requiere tiempo, un largo tiempo, y la familia Rankin lleva en ello más de un siglo.

—Glendon Rankin no tiene ni la más brumosa idea de lo que está ocurriendo hoy —contestó Roger en tono seco.

—Lo que yo digo, Roger, es que cuando te hayas impuesto por completo en las empresas Foyle tu intervención crecerá en la misma medida. Sencillamente, no podemos echar por la borda el siglo y pico de experiencia de los Rankin.

Roger pasaba como una locomotora sobre las cautelosas advertencias de su padre.

—En el último decenio ha habido tres grandes leyes de reforma —dijo— y después de las próximas elecciones se desatará la locura de una reforma total. Glendon Rankin no es más que un recaudador de rentas. No tiene ni sombra de cualidad alguna para hacer frente a las nuevas leyes ni a la Liga Campesina, ni puede seguir abriéndose camino con sus anticuados métodos de matón.

—Vamos, Roger, es demasiado pronto para que tú sepas todas las soluciones.

Roger le explicó su proyecto de dirigirlo todo, desde el semillero hasta la tela terminada y a punto para ser embarcada en los barcos de Hubble y vendida en las tiendas de Hubble. Era su proyecto que se extendía además, y de manera similar, a la lana, el ganado y las minas. Se estaba librando de millares de acres de tierras de poco rendimiento y los convertía en grandes ranchos. En el terreno de la industria, Londonderry era una población ideal porque sufría una escasez crónica de empleos y la mano de obra seguía siendo la más barata de todas las islas británicas.

Las explicaciones de Roger quedaban, en gran parte, fuera del alcance del padre. Por lo demás, éste había tenido noticia de la amistad y la camaradería de su hijo con

Frederick Weed y abrigaba sus dudas. Sabía que Weed era un fanfarrón y un pirata. La aparente ingenuidad de Roger con respecto a Weed le angustiaba.

Lord Arthur se golpeó la palma de una mano con lo fusta de montar y siguió caminando a lo largo de la muralla.

—La dirección en que te lanzas encierra muchos azares.

—O nos libramos de la condición de simples terratenientes, o nos hundimos con ella —contestó Roger—. Esta es la realidad de los tiempos.

—Francamente, Roger, descubro que ciertos aspectos sociales de este movimiento en conjunto me entristecen más y más.

—No sé si lo entiendo bien —contestó su hijo.

—Estamos llegando al final de un siglo en el que hemos sido testigos de… cómo lo diría… una gran cantidad de ilustración. Estos días he leído bastante, he examinado algunas de las filosofías nuevas que nos llegan del continente. Esa revolución industrial tiene, toda ella, un fondo oscuro. No se trata tan sólo de lo que Rankin dice de los vicios y males de la urbanización. Francamente, a mí no me gusta demasiado el feo espectro de aprovechar el trabajo de niños, huérfanos y mujeres, y contribuir a través de nuestras fábricas a la suciedad de las ciudades.

El pequeño lord se sintió más desahogado después de haber dicho esto. Era una declaración valiente, que denotaba su recta conciencia social. Ahora estudiaba el desconcierto reflejado en el semblante de su hijo haciendo chasquear la lengua de contento. «Conviene bajarle los humos —pensaba Arthur—. Está demasiado seguro de sí mismo. Necesita que le enmienden la plana.»

—¿Sabes qué pienso, padre? —dijo Roger.

—¿Sobre qué?

—Sobre tus escrúpulos de conciencia y tu nueva ilustración mundana. Pienso que eres un hipócrita redomado.

—Perdona, ¿qué dices?

—He dicho que eres un hipócrita redomado. Nuestra fortuna arranca de una colonización despiadada, de apropiarnos tierras de otros y de explotar la mano de obra más barata del mundo. ¿Qué salario crees que dan a un niño católico de nueve años que trabaja de pastor, y qué crees que cobra una campesina para la fabricación casera de lienzos?

—Hay una diferencia, Roger.

—¿Qué diferencia?

—El campo y el campesinado son un estilo de vida natural que perdura inalterado desde hace siglos. No importa a quién pertenezcan las tierras, el campesino es el mismo en todas partes. Las fábricas y las ciudades son obra del hombre, y todo lo malo que hay en ellas es obra del hombre. En esto Rankin dice verdad.

Roger perdía la paciencia.

—¡Dios mío, hombre, Dios mío! No doy crédito a lo que estoy oyendo. Tú pretendes ilustrarte. Bien, será mejor que te ilustre sobre lo que he descubierto estudiando los documentos de la finca. ¿Tienes la más vaga idea de lo que contienen?

—Rankin ha representado siempre los intereses del condado…

—Tú no estás enterado porque te has apartado de aquellos libros como de la lepra. Pero el hecho de que hayas nombrado un delegado tuyo no te absuelve de las porquerías que ha hecho en tu nombre.

—Pr… pr… pr… prohíbo que continúe esta conversación.

—Lo prohíbes, ¿verdad? —repitió el hijo, dando un rodeo para plantarse delante de su padre—. Pues no te separarás de esta muralla hasta que me hayas oído —le gritó con el cuello hinchado de rabia—. Tu asignación, tu sed de placeres nos han tenido clavados a la pared desde el mismo instante en que pasaste a ser conde de Foyle. Un cochino despilfarro acumulado sobre otro despilfarro indecente. Dos establos de carreras que no valían un pito, una villa en el sur de Francia, las escandalosas rachas de compras de Clara, yates de diez mil libras; con sólo la cuenta de tu sastre se vestiría a medio Londonderry. Pero todo eso estaba muy bien, porque tú no sabías lo que Glendon Rankin tenía que hacer para que siguieras recibiendo tu asignación. Arrancaba el pellejo a tus arrendatarios, he ahí lo que hacía. Por cada diez libras de simiente que vendía en primavera, recogía cincuenta en otoño. En cada arriendo que terminaba, exigía sobornos si querían renovarlo. Estaba en contubernio con todos los prestamistas de Donegal, beneficiándose de unos intereses escandalosos y manipulando los precios de los frutos del campo. ¿Tienes la menor idea de cómo se ha lanzado de sus casas a mucha gente bajo tu humanitario gobierno? ¡Oh, hay más, padre, muchísimo más…!

Arthur levantó la fusta, pero Roger la detuvo con el brazo sin sufrir ningún daño.

—Te estás poniendo en ridículo, padre. Pegas como una mujer. —Arthur se convirtió en una masa temblorosa mientras su hijo le cogía por las solapas y le gritaba en pleno rostro—. Tú no eres mejor que yo, ni que tu padre, el conde del hambre, a quien tanto desprecias. No eres mejor, nada en absoluto; de modo que en el futuro ahórrate tus tontas filosofías.

—¿Has… has te… te… terminado del todo?

—¡No! A partir de hoy, yo dirijo la empresa… todo. Tú recibirás tu maldita asignación; pero no quiero que te entrometas. O te decides por mí, o puedes ir a colgarte con Glendon Rankin.

—Roger —gimoteó Arthur—, Roger —gritó cogiéndose desesperadamente a los brazos de su hijo—. Hijo mío, tú no hablas en serio…

Roger apartó de sí, con firmeza, las manos de su padre.

—Me temo que insisto en que pongamos este convenio por escrito.

—Mi propio hijo… ¡Es una estafa!

—En verdad que no, padre. Dimitiré inmediatamente. Y lo haré con la gozosa certidumbre de que Glendon Rankin te habrá llevado a la bancarrota antes de tres años.

—Muy bien…, muy bien… —susurró Arthur—. Lo pensaré. Te daré la respuesta.

—No, padre. Te has pasado la vida sin pensar nada y esquivando la realidad. Me darás la respuesta aquí, ahora mismo.

—¡Estoy asombrado, asustado, total y completamente atónito!

—No deberías estarlo —atajó fríamente Roger—. Esto se te venía encima desde que me hiciste poner pantalones de hombre mucho antes de lo que requería mi edad. Tú me has empujado hasta aquí, padre. Tú me has empujado hasta aquí para poder tener el escalón de delante de tu puerta limpio de sangre.

Arthur no tenía salida alguna, excepto la de arrojarse muralla abajo. Un cuerno del fuerte hendió el aire, aumentando el frenesí que le dominaba. Hasta ellos llegaban los ecos de un sargento soltando una exagerada andanada de órdenes. Roger continuaba imperturbable, sin jactancia ni irritación. Aquello era una limpia operación de cirujano. El poco espíritu de lucha que su padre hubiera tenido se había disipado. Ahora la voz de Arthur era como un lloriqueo.

—¿Qué diablos le diré a Glendon Rankin?

—Un simple documento con tu firma bastará. Del resto me encargo yo.

—Muy bien. —El pequeño lord pasó por delante de su hijo como el hombre que ha salido de una trampa y busca aire para respirar.

—Padre, hay otra cuestión. —Arthur se volvió—. La perspectiva política es fea. En Belfast me pidieron si podían contar contigo para aparecer en público durante las festividades del 12 de Julio. Yo acepté, condicionalmente, en tu nombre.

—No tenías derecho a comprometerme.

—He dicho que la perspectiva es fea.

—Hace quince años que no voy a Belfast para la fiesta del 12 de Julio. Además, ¿qué demonios haría yo un mes entero hasta el día de los Aprendices?

—Hamilton Walby se encuentra en un grave aprieto. Necesitan tu presencia allá todo el mes.

En la última boqueada de independencia que daría jamás ante su hijo, Arthur Hubble se puso todo lo colérico que pudo. Roger sabía que la protesta nacía de la resistencia a perderse lo mejor de la temporada de sociedad de Kinsale y a incurrir, además, en las iras de Clara.

—No voy a someterme —dijo con énfasis lord Arthur— a un mes de paranoico redoblar de tambores, discursos pedantes y un histérico aullar himnos. ¡Yo… no… iré!

Después de decir esto, bajó los desmoronados escalones del baluarte y montó su caballo.

Roger le siguió, bajando la mano para levantar el cerrojo de la puerta.

—Saldremos pasado mañana —anunció como cosa que no admite vuelta de hoja —. He cablegrafiado a mi madre, en Londres. En atención a las apariencias, seria mejor que ambos cumplierais juntos vuestros deberes públicos, durante este período. Lady Edna se reunirá con nosotros en Belfast. Te recomendaría que organizaras un viaje a París o a Italia para Clara.

Roger picó espuelas y se fue, dejando a padre y caballo inmóviles.

9

Al final, lord Arthur fue allá, sosegadamente.

El 12 de julio, en Belfast, participó en un largo desfile de carruajes abiertos llenos de aristócratas descendientes de ingleses en un deliberado recordatorio de los lazos que unían al Ulster con la madre patria. Miles de orangistas pertenecientes a centenares de logias militares al son de docenas de bandas por un bien cuidado recorrido hasta Finaghy Field donde se estableció la ominosa atmósfera de todos los años y el Belfast protestante se excitó una vez más hasta no distar de un motín sino por el grueso de un cabello.

El regreso a Belfast significó una amarga desilusión para Roger, que se prometía una reanudación de la guerra de terciopelo trabada con Caroline. Esta se había ido a París. Y la idea de que se estaría revolcando entre los Claude Moreau le ponía fuera de quicio.

Terminado el glorioso 12 de Julio, los Hubble se retiraron a su cubil, donde Roger y Arthur se dedicaron a la tarea de apuntalar las aspiraciones de Hamilton Walby y de desembarazarse de Glendon Rankin.

Rankin recibió aviso bajo forma de una carta fría, impersonal. Se le pasaría una pensión vitalicia razonable y podría vivir en un retiro veraniego propiedad del conde, en Escocia. Exilio sin enfrentamiento. La misma táctica que había utilizado él para limpiar el condado de arrendatarios indeseables y de enemigos.

Rankin sabía qué vendría luego. Ahora desenterrarían del pasado muchos crímenes no castigados y atropellos contra arrendatarios y se los atribuirían a él, en un esfuerzo por limpiar el historial. Cuando estuviera lejos, se harían circular rumores aludiendo a sus fraudes. Después, Roger Hubble procedería a una magnánima declaración pública, diciendo que no quería hundir en el deshonor a una familia que había servido fielmente al condado y que echaría tierra al asunto sin llevar a cabo ninguna investigación. Glendon Rankin, antiguo verdugo, sabía que a la víctima no le quedaba ninguna posibilidad, aun cuando la víctima fuera él mismo. Al final, también se fue calladamente como los demás. Al aparecer en el horizonte el día de los Aprendices, en los terrenos de Hubble Manor se levantaban tiendas de hospitalidad y albergue, y Londonderry preparaba el escenario para renovar la batalla por el Ulster. La corriente submarina de hervores veraniegos burbujeaba en la superficie, subiendo de profundos manantiales de ira justiciera, dispuesta a extenderse por todas partes durante el aniversario orangista más santo de todos.

Cuatro días antes del gran acontecimiento, Inishowen recibió los azotes de una tormenta que duró tres días y que parecía indicar que el mismísimo Todopoderoso había tomado nota de la situación en el Ulster y expresaba a rugidos su sincera aprobación. Hubble Manor cerraba puertas y ventanas bajo la azotaina, mientras

zigzagueantes centellas casi a ras de tierra y fuertes estrépitos de truenos resucitaban todas las historias de fantasmas que hubieran circulado jamás relacionadas con el castillo.

Lord Roger trabajaba en la biblioteca sin que le molestaran explosiones ni ruidos, pero levantó los ojos al advertir por fin que alguien llamaba insistentemente a la puerta.

—¡Entre! —era su padre, que se acercaba visiblemente alterado—. Di, padre.

—Ha llegado una persona.

—¿Quién?

—Un tal reverendo MacIvor.

—¿MacIvor? No creo haber oído ese nombre.

—Será mejor que le veas. Un tipo muy raro —dijo Arthur.

Roger siguió a su padre hasta el saloncito principal. En su mismísimo centro aguardaba, de pie, un hombre de un metro sesenta y cinco, aproximadamente, de estatura. Fuera, una nueva salva de truenos hizo vibrar las maderas de la casa. El hombre vestía un triste gris presbiteriano, capa de Inverness y sombrero *terai* de fieltro blando y alas anchas. Aunque le hubiera acompañado hasta allí un criado portador de un paraguas, ofrecía huellas de la lluvia; tenía el rostro brillante de humedad y de los bordes del sombrero caían gotas. Roger avanzó hacia él. El desconocido tenía la cara lampiña, como un chiquillo, y los labios gruesos. Sus ojos despedían las flechas de un desafío constante.

—Mi hijo, el vizconde de Coleraine —dijo Arthur.

—Oliver Cromwell MacIvor —respondió el clérigo, con una voz retumbante de barítono que no concordaba con su corta estatura.

—No creo recordarle —contestó Roger—. ¿Ha venido con alguna Logia de Orange?

—Tenía que llegar con sir Frederick Weed. Pero he llegado antes.

—Ah, sí, perdóneme —dijo Roger.

—Por el camino yo me ocupaba del trabajo del Señor, y hemos venido separadamente.

—Sea usted muy bien venido. Padre, invité aquí al reverendo a petición de sir Frederick. Predicará en la catedral. ¿Sus maletas?

—Han cuidado de ellas.

—¿Ha cenado ya?

MacIvor respondió con una sonrisa extraña y cínica.

—Cuando uno se entrega a la tarea del Señor, a veces se olvida.

—Bueno, pues ¿por qué no va a cambiarse y le subiremos algo? ¿Puedo reunirme con usted?

—Como quiera —respondió, siguiendo al criado escaleras arriba.

Media hora más tarde, Roger se detenía delante de la habitación del reverendo y llamaba a la puerta. Dentro se oyó un gemido bajo, ininteligible, que ascendía y descendía sobre los aullidos de la tormenta. Otra llamada fuerte quedó sin respuesta. Un son asfixiado, anhelante lanzó a Roger al interior de la habitación.

Oliver Cromwell MacIvor estaba sentado delante de la lumbre meciendo el cuerpo adelante y atrás como un viejo judío en oración mientras el carraspeo de su garganta pasaba de una especie de silbido ahogado a un gorgoteo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Roger.

No pudo entender la respuesta. Roger dio un paso para observar la cara del predicador. La tenía brillante de sudor, y los ojos estaban en blanco.

—¡Reverendo MacIvor!

El grito sacó repentinamente al reverendo de su trance y lo puso en pie de un salto.

—¿Quién le ha dicho que entrara? ¡Me ha interrumpido! ¡Salga! ¡Salga! —Roger retrocedía con expresión curiosa—. No…, espere —pidió MacIvor, volviendo a dejarse caer sobre la silla—. Perdóneme. —Levantaba los ojos y las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¿Sabe usted qué es tener a Dios hablando contigo? No, claro que no. Nadie lo sabe. Por favor…, por favor, váyase.

Cuando Roger se fue, Oliver Cromwell MacIvor se acercó al lavabo calmosamente, hundió la cara en el agua y luego atacó el ágape con gran voracidad, encantado de la comedia que acababa de representar.

Los espantosos tambores Lambeg resonaban de pueblo en pueblo como mensajes tribales en el continente negro. Orangistas con falda escocesa delante de los Orange Halls en ciudades, pueblos y aldeas bombardeando el panorama. Durante la temporada de los desfiles, que se prolongaba todo el verano, ningún lugar era inmune al redoble de los tambores, y ninguno demasiado remoto para los confiados,

agresivos pasos de baile de aquellos manifestantes que desfilaban danzando.

Los orangistas habían llegado a Belfast por decenas de millares para celebrar, el 12 de julio, la victoria sobre los católicos en el río Boyne el año 1690. La temporada de desfiles llegaba a su apogeo en la ciudad santa de Londonderry, donde adorarían a su salvador, Guillermo de Orange.

Venían en tren de Coleraine y el condado de Tyrone, del de Donegal, del de Fermanagh y de Dublín. Venían en barcos, contratados para la ocasión, de Belfast y de los condados de Down y Antrim, y de Canadá, de Inglaterra y de Escocia, siendo los orangistas de Glasgow los más fanáticos de todos.

Londonderry volvía a estar sitiado, esta vez por los herederos de sus antiguos defensores. Cuando todas las casas de todos los hermanos estuvieron llenas, unas acampadas que parecían antiguos regimientos acomodados en tiendas se extendían por las colinas del distrito de Waterside y las tierras de Hubble Manor.

En todas las casas y casitas pertenecientes a familias leales ondeaba la Union Jack al lado de la Red Hand del Ulster. En las avenidas principales de la ciudad y en sus plazas habían levantado centenares de arcos adornados de guirnaldas de flores y retratos del muy amado rey Billy y la muy amada reina Victoria, y proclamando DIOS BENDIGA AL IMPERIO y DIOS SALVE AL ULSTER y RECORDAD 1690 Y DIOS SALVE A NUESTRA REINA.

Los clanes peregrinaban a la ciudad santa en aquel santo día para recrearse en las victorias seculares sobre papistas y labradores irlandeses en el río Boyne y Enniskillen, y en Angrim y el Diamond y en Dolly's Brae. Luego, en el *sancta sanctorum*: las murallas de Derry.

Costa este arriba de Inishowen, a ambos lados del río Foyle, las fogatas inflamaban los cielos con tintes satánicos. En Londonderry, por la calle Irish y el Waterside y la ciudad antigua amurallada, Los Muchachos protestantes poblaban el aire de banalidades, y un buen orangista podía dar unas patadas al Papa, en efigie, por un penique, que se destinaría a las mejores obras de caridad.

Como se acercaban las elecciones y se había concedido el derecho al voto a los indígenas, la renovación anual de la pasión protestante adquiría el aire de una guerra santa.

10

Yo cascabeleaba de contento cuando mi padre me dijo que iría a Derry con él para una reunión de todos los candidatos de los tres condados del partido irlandés. Eché, pues, a correr por la acostumbrada ruta, a través de nuestra habitación principal, cruzando el patio y saltando la pared en dirección a la casita de los Larkin. Las voces de Tomas y Finola levantadas en viva discusión me detuvieron delante de su establo.

—Cochina ocasión esta para llamaros a Derry —decía Finola— con todos aquellos orangistas enloquecidos y a punto de lanzarse al ataque.

—Yo creo que Kevin O'Garvey ha convocado la reunión intencionadamente —respondía Tomas—. Quiere que este año olamos de cerca el genio protestante.

—¡Como si no lo conociéramos ya, con esos tambores suyos redoblando todo el día y la mitad de la noche! Y como si no les oyésemos cantar aquellas canciones horribles en las tabernas. Casi no hay seguridad ni para ir a la iglesia…, cosa que tú no sueles hacer.

—Bah, mujer, tu voz sería capaz de hender las rocas.

—Y como si no fuera bastante malo meterte tú en Derry, tienes que llevarte a Conor contigo, ¿verdad?

—Oirá los tambores durante todo el resto de su vida, mujer. Cuanto antes sepa qué representan, mejor.

—¿Y he de suponer que Liam no los oirá? ¿Te parece justo llevarte a Conor y dejar a Liam, puesto que te empeñas en arrastrar chiquillos a Derry? ¿Qué me dices de Liam?

—Alguien ha de quedarse a hacer el trabajo. Conor, por ser el mayor, tiene ciertos privilegios.

—Ve y díselo a Liam. Está enfadado, y con razón. Es la tercera vez este verano que te llevas a Conor y a él le dejas.

—¡No quiero que se hable más de ello! —dijo Tomas en aquel tono suyo que señalaba el final de una conversación. Aunque Conor era mi amigo más entrañable, Finola decía verdad. Tomas casi siempre dejaba a Liam en casa, y Liam se sentía profundamente herido. A Conor, por su parte, le enojaba que le concedieran tales privilegios. Más de una vez trató de convencer a su padre; pero Tomas no atendía a razones. No cabían dudas acerca de cuál era su favorito.

Cuando hubo transcurrido un tiempo prudencial, me introduje en la sala de los Larkin para anunciarles que yo también iría a Derry. La noticia mereció una acogida fría; luego, Tomas nos ordenó, a Conor y a mí, que enganchásemos los caballos a la gran carreta comunal. Se trataba de un vehículo grande de cuatro ruedas y altas estacas utilizado para acarrear mieses y también, en ocasiones, para el transporte de

personas. No era exactamente como el coche de Su Señoría, pero nos llevaría a Derry.

Daddo Friel, que había recorrido el distrito haciendo campaña por Kevin O'Garvey y se había hospedado en casa de los Larkin, también esperaba para emprender el viaje hacia Derry. Tomas lo acompañó fuera de la casita, lo levantó en brazos y lo subió a la carreta. Conor y yo lo acomodamos en el heno, situándonos uno a cada lado, porque era un regalo singular poder recorrer tan larga distancia en su compañía y que él respondiera a todas las preguntas que se nos pudieran ocurrir.

Mi papá arrojó sobre la carreta un saco de comida y subió al asiento del conductor, al lado de Tomas. Después, ambos se volvieron cara a sus respectivas esposas, plantadas allí con una expresión tan sombría como si emprendiéramos el último viaje hacia el árbol de los ahorcados. Mis padres no eran aficionados a manifestaciones en público, pero los Larkin solían besarse antes de emprender un viaje. Esta vez, sin embargo, Tomas se limitó a agitar la mano, soltó el freno y puso a los animales en marcha.

Tres noches atrás, los del Constabulary *habían realizado una siniestra incursión, coronada por el éxito, en la destilería de* poteen *de las viudas, y la habían destruido, cerrando luego la taberna clandestina del pueblo. Por tanto, habían dejado tras ellos una sequía terrible, y nosotros tuvimos que parar en casa de Dooley McCluskey con objeto de adquirir unas botellas de whisky legal para el viaje.*

Tomas paró a la sombra del árbol de los ahorcados mientras papá saltaba al suelo y entraba en la taberna. Aquellos días el cruce de caminos estaba lleno de hermanos de la templanza de la ciudad, así como de muchos visitantes forasteros, que estaban de fiesta y pensaban asistir a las ceremonias de los Orange.

—Seamus —me llamó Tomas.

—Diga.

—Conviene que vayas y asomes la cabeza para ver qué hace tu papá —me dijo—. Es mejor no exponerse a ningún riesgo con esa turba por ahí.

El aire de la sala estaba cargado de humo de tabaco prohibido y olía a cerveza ilegal y a whisky ilegal. La mitad de los buenos hermanos presentes habían perdido el seso. Yo me empequeñecía todo lo posible en el umbral, viendo cómo mi padre se internaba por el bullicioso tumulto, sin mirar a derecha ni a izquierda.

Dooley McCluskey temblaba de extasiado gozo por la rapidez con que amontonaba chelines. Mi padre golpeaba nerviosamente el mostrador con los dedos, tratando de captar la mirada de aquel avaro.

—Necesitamos seis botellas —decía papá—, la mitad a cuenta de Tomas y la mitad a la mía.

A McCluskey le disgustaba vender al fiado y nunca dejaba de quejarse por ello, pero viendo que se trataba de Tomas Larkin, sacó las botellas, aunque refunfuñando.

Y como seis eran demasiadas para que las llevara papá solo, entré con intención de ayudarle.

—¡Eh, Paddy! —gritó una voz detrás de mi padre. Ay, ay, aquello no presagiaba nada bueno. La voz pertenecía a un forastero que se había acercado por entre la gente y había visto que mi padre era demasiado bajito para significar una gran amenaza—. ¡Eh, Paddy! —repitió—. He visto que te parabas. Si te entretienes más, te encontrarás saliendo en dirección opuesta.

Dooley se pasaba la lengua por los labios, con gesto nervioso, mientras deslizaba las botellas sobre el mostrador. La taberna quedó en silencio, dirigiendo la atención hacia el pobre Fergus.

—Ah, es un bebedor, ¿no es cierto?

—No te molestes con él, Malcolm, no tiene grasa ni para freír un huevo.

—Si no fuera por las orejas, el sombrero le bajaría hasta los hombros.

—Me han dicho que se dejó esas patillas porque su hermano se llevó la navaja a América.

—¡Que no te caigas, con tantas botellas, Paddy!

Padre me dio un par de ellas, fingiendo no oír nada, y cargó con las restantes. Pero he aquí que entonces el tal Malcolm le cerró el paso. Yo aceleré el paso en dirección a la puerta.

—Arriba la escala y bajemos soga larga… Dios bendiga al rey Billy, y mierda para el Papa. ¿No está bien esto, Paddy? —decía el sujeto llamado Malcolm.

—Fuera de mi camino —respondió sosegadamente mi padre.

—Ah, pero no será antes de que hayas rezado un Ave María.

Reinaba un silencio total. Dooley McCluskey se persignaba mientras mi papá y el tal Malcolm se miraban de hito en hito… Y Malcolm no bromeaba. Estaba borracho, era malvado y fornido, terrible combinación. En aquel preciso instante noté que alguien se había parado detrás de mí. Gracias a Dios, era Tomas Larkin. La masa humana amontonada delante de mi padre se deshizo, quedando sólo Malcolm como contendiente. Mi padre dio un rodeo y siguió adelante ileso. La cobardía de Malcolm levantó un murmullo de descontento.

—Déjalo, hermano Malcolm —recomendaba la voz de Luke Hanna.

—No le detengas, Luke —dijo Tomas—. Me gustaría conocer al hermano.

Sin embargo, el hermano Malcolm parecía más que contento de que le ordenasen dejarlo, así que refunfuñó algo y se marchó otra vez hacia el mostrador. Como Tomas echaba tras él, Luke le cortó el paso.

—Por amor de Dios, Tomas —dijo.

Tomas Larkin paseó la mirada por toda la sala con aquella devastadora expresión de desprecio tan suya.

—Sácalo de aquí —le dijo a Luke.

—Lo sacaré.

Luke siguió a Tomas fuera de la taberna, lo cogió por el brazo y lo volvió cara a él.

—Lo siento, Tomas —le dijo.

—Podías haberlo impedido.

—No te enfades, Tomas. Son, ¿qué te diré?, como niños en la primera feria de primavera después de un invierno duro. Tienen ganas de jugar, nada más. Yo no habría permitido que ocurriera nada.

—Sé perfectamente cómo son —replicó Tomas.

—Malcolm no es mal chico. En su propia casa no es peor que yo.

—Quizá. Quizá todos ellos sean buenos en sus casas. Pero cuando se reúnen en pandilla y llevan esa maldita faja se convierten en una manada de animales.

—Eh, para un poco…

—Una manada de animales, malvados, carniceros.

Eran amigos esos dos; lo habían sido casi siempre. Al fin habían aprendido a vivir en mutua compañía. Ambos se sentían ofendidos. Ahora fue mi padre quien se llevó a Tomas, dejando a Luke Hanna, profundamente lastimado, bajo el árbol de los ahorcados.

Yo caí en un sueño estupendo y recuerdo que entré en Derry como a través de una neblina. Tambores y fogatas rompían el silencio y la oscuridad de la noche. Habíamos cruzado las líneas enemigas en las colinas que rodeaban la ciudad. Todos los clanes escoceses se hallaban concentrados en sus respectivos campamentos, excitándose los humores para la batalla que librarían por la mañana. Y nosotros estábamos en las tierras bajas, donde se habían concentrado nuestros clanes —nuestros septs*— con picas y arqueros vestidos de pieles. Nuestro rey, sujetando un par de perros lobos por sus correas, llamaba a los cabecillas a concejo para rechazar a los usurpadores.*

11

Si bien la casa de Kevin O'Garvey en Bogside era tan buena como la primera, Teresa O'Garvey plantaba la tradicional tabla de patatas en el patio de la fachada y criaba cerdos y gallinas en la parte de atrás. Este sembrado de patatas, legado del tiempo del hambre, venía a ser una especie de manto de seguridad. Los animales los tenían porque siempre había alguien que le pagaba de este modo los honorarios de abogado de Kevin.

Kevin había construido sobre el establo un segundo piso que sirviera de posada a la corriente continua de peticionarios de la Liga Campesina que llegaban de las zonas rurales. Ahí dormimos nosotros.

La excitación de encontrarnos en Derry nos despertó antes de que cantara el gallo. Nuestros padres y Daddo Friel se habían marchado ya. Nos vestimos apresuradamente, acercamos los rostros a la bomba de agua y luego nos fuimos a la cocina, donde se había reunido una docena, o más, de visitantes a comer gachas y tortas de avena.

Tomas nos dijo que nos divirtiéramos todo el día, porque ellos estarían ocupados; pero nos advirtió severamente que nos mantuviéramos apartados de las ceremonias de los Aprendices. Salimos, pues, de casa de O'Garvey con los bolsillos lastrados por el peso de dos peniques para cada uno y habiendo de decidir si gastábamos aquella suma sin precedentes en una panadería o en la confitería. Mientras caminábamos junto a la muralla, luchando con ese dilema, la música vino a hostigarnos, y el monolito dedicado al reverendo Walker, protestante, que salvó a Derry de caer en poder del rey Jaime durante el asedio, se levantaba como grave recordatorio. Por su manera de levantar los ojos hacia la columna, pude adivinar lo que pasaba por la menta de Conor.

—Ya sé qué piensas —dije—. Nuestros padres nos despellejarán a golpes. Además, es demasiado peligroso subir ahí arriba.

El señuelo era irresistible, para muchachos como Conor Larkin.

—Tú puedes quedarte aquí abajo, si quieres —me dijo—. Te veré luego.

—¡Conor! ¡Espera! Voy contigo.

En realidad no quería ir, pero sentía tanta repugnancia, al menos, a quedarme. Oh, Jesús, san Patricio y santa María, el corazón se me subía a la boca mientras corríamos Bishop Street Without arriba. Yo me santiguaba a cada diez pasos. Conor se paró un momento bajo Bishop's Gate. Esperé que un milagro le hiciera cambiar de idea. No hubo milagro.

—Pórtate como un protestante —me dijo.

—¿Cómo? Fíjate en el color de mi cabello. Llamea. Si me cogen me lo cortarán.

—¡Bah, qué importa que pierdas el cabello, siempre que conserves la cabeza!

Nos internamos en tierra prohibida por Bishop Street Within. Y vimos muchísimas Union Jacks y banderas del Ulster. Poniéndome las manos en los bolsillos con el aire más natural y despreocupado que supe adoptar, quise expresar mi tranquilidad silbando, pero tenía los labios demasiado secos para adelantarlos siquiera en el gesto requerido. Mi valor aumentaba minuto a minuto al ver que no nos cubrirían de alquitrán ni nos emplumarían. Corrimos hacia la cima de la muralla y presenciamos una tormenta de actividad. De súbito, las multitudes se agolparon por toda la longitud de Bishop Street, sobre la plaza y abajo hacia Shipquay Gate que estaba más cerca del río Foyle.

—¡Oh, mira, Conor! —grité, señalando hacia el puente.

—¡Jaysus! *—exclamó él—.* ¡Jaysus!

Pronto notamos que estábamos situados en el mejor punto de observación posible de todo Derry y nos quedamos mirando con unos ojos que se nos salían de las órbitas.

Una negra masa de hombres se derramaba por Carlisie Bridge con la banda atacando furiosamente el Adelante, soldados cristianos. Detrás venía una hilera de carruajes dorados ocupados por funcionarios y aristócratas. Pude reconocer a lord Hubble, a su hijo y al mayor Hamilton Walby. Detrás de los carruajes venían legiones de orangistas que desfilaban contoneándose, con sus sombreros negros, sus trajes negros y sus negros paraguas bien plegaditos…, además de sus negras bocas. Aquel océano negro y su negra marea aparecían salpicados por rociadas de lirios anaranjados, símbolo de la Orden de Orange, y «williams» olorosos, en honor del rey Guillermo, que llevaban en las cintas de los sombreros, solapas y fajas, y que revelaban si sus portadores eran «morados» o «negros», «escarlata» o «azules» —es decir, indicaban la jerarquía de sus portadores en el seno de las logias— y los pechos aparecían cubiertos de muchas cintas de colores para alardear de los servicios militares prestados a la reina.

Seguían bandas y bandas y más bandas. Conté setenta. Delante de la bandera de cada logia iba la correspondiente banda de caramillos, tambores, gaitas y acordeones. Aunque no leíamos muy bien, entendíamos los nombres de algunas. Había la LOGIA DE OLIVER CROMWELL, *la de* DEFENSORES DE DERRY, *la de* HIJOS DEL REY GUILLERMO, *la de* LOS AUTÉNTICOS CHICOS AZULES DE COLERAINE, *la de* LOS FIELES PANADEROS DE BELFAST, *la de* DESCARGADORES LEALES DE LONDONDERRY *(a Derry lo llamaban Londonderry), la de los* HONORABLES MUCHACHOS COMBATIENTES DE ENNISKILLIN, *la de los* MUCHACHOS DEL IMPERIO *y, naturalmente, la de la* TEMPLANZA ABSOLUTA DE BALLYUTOGUE. *Y veíamos otras banderas y pinturas en sus tambores Lambeg, diciendo*: «Fe de nuestros padres.» «Recordad el Boyne.» «En glorioso, bienamado y reverenciado recuerdo del buen rey Billy.»

Ahí, sí, los ojos nos ardían y el cerebro nos estallaba con tanta lectura rara, pero al cabo de una hora habíamos sacado el quid de la cuestión, porque todo aquello se repetía y volvía a repetir hasta el infinito. Al frente de cada logia iba un predicador. A su lado, un hombre con un cojín de terciopelo; sobre el cojín, una Biblia dentro de una urna de cristal; y sobre la urna, una corona. Junto al portador de la Biblia iba otro hombre con una espada desenvainada, reluciente. Yo pensaba todo el rato que nosotros éramos de verdad los cristianos dementes.

El gentío continuaba afluyendo por el puente para bajar por Foyle Street, cerca de la costa y después penetrar en la ciudad amurallada por la puerta de Shipquay y subir colina arriba, cruzar la plaza y pasar por delante de una mesa de revista a la que estaban sentadas, ahora, todas las Señorías. Pasada la plaza se dispersaban y algunos subían los peldaños de la muralla hasta que ésta sostuvo a una compacta muchedumbre. Andaban tan apretados que no podían moverse entre ellos, sino que continuaron marchando en el mismo orden, dejando oír el martilleo acompasado de sus pies, y se alinearon sobre la cima del barrio de chozas, revestidas de planchas de hojalata, del Bogside.

Mientras la mitad de aquellos hombres cantaban una cosa, la otra mitad cantaba otra, en una tremenda mezcla de discordancias. Conor y yo nos acercamos poquito a poco a una fila de unos veinte tambores Lambeg que redoblaban locamente. Las tiras de cuero de las muñecas de los que los tocaban se hundían en la carne, de forma que los parches no tardaron en quedar teñidos del color de la sangre.

El tiempo pasa despacio, muchachos,
Hace ya doscientos años
Que a las murallas de Derry
No se asoman los rebeldes.
Cuando la banda de James
Vino hasta la Puerta del Obispo,
Con la espada y el escudo,
La hicimos retroceder.
Sabíamos que Dios nos iba
A ayudar en las batallas
Y que la sangre enemiga
Muchas noches correría.
De pie ante las murallas,
Decidíamos morir,
O vencer y combatir

Silbando, ululando, chillando y sin dejar un momento de tocar los tambores, se

metían las manos en los bolsillos y sacaban monedas de cuarto de penique y medio penique que arrojaban al Bogside. Yo me puse a temblar, de modo que Conor tuvo que cubrirme con sus brazos.

—¡Cerdos papistas!

—¡Abajo Parnell!

—¡No a la autonomía!

—¡Mierda para el Papa!

Con una fuerte andanada,
Dios deshizo la avalancha.
Jacobo quedó derrotado
La bandera por las aguas arrastrada
Con gran gozo fue izada
Sobre el barco saltarín
Que salvó a los Aprendices
De la pena de morir.
Luchad, pues, y no os rindáis.
A nuestras santas batallas,
Es preciso que acudáis.
De Derry con nuestra espada,
Guardaremos las murallas.

Pueden estar seguros que yo tenía protestantes de sobra para todo el día. Me moría de ganas de bajar de la muralla y buscar el refugio de Bogside y de mi padre, pero a Conor Larkin le tenía hipnotizado aquel frenesí creciente y me cogía de la mano y me arrastraba hacia todas partes. ¡Oh, Jesús, yo me sentía el cabello de color rojo! Los orangistas se dividían en grupitos, algunos sobre la muralla, otros por las calles, todos cantando y danzando como locos.

En esto se inició un movimiento hacia la catedral anglicana, adonde se dirigían, escoltados por los policías, los dignatarios de la tribuna desde donde se pasaba revista a la manifestación.

—Mira —decía Conor—, allí está el conde de Foyle y toda la barahúnda de su especie.

—¡Oh, Conor, por favor, por favor, por favor, marchémonos de aquí!

Pero Conor se acercaba más y más a la catedral, como un pedazo de acero a un imán gigante. Y esto no presagiaba nada bueno. La plazuela estaba llena de personajes que se ladeaban los sombreros de copa, y hacían reverencias a las damas, y se estrechaban las manos solemnemente, y luego iban entrando en el templo.

—Vamos a entrar —dijo Conor.

Yo me cogí a la barandilla de hierro y doblé el brazo sobre ella. Conor tiraba de mí.

—Vamos, peque —me decía—, nos escabulliremos hacia la parte de detrás — viendo que realmente quería entrar, yo me sujetaba a la baranda como para salvar el pellejo—. Bah, Seamus, en cuanto nos hayamos metido en el campanario, ellos ni se enterarán y apuesto a que desde allí podremos ver todo el interior de la catedral.

—Conor —suplicaba yo—, tú sabes que entrar ahí es pecado mortal. Sumado a todo lo que hemos hecho hoy, eso nos valdrá diez mil años de purgatorio.

Conor me soltó y se dirigió hacia el campanario él solo. Por razones que ignoro totalmente, me encontré a su lado, y él me sonrió y me dio un codazo en las costillas. Juntos avanzábamos hacia el país de irás y no volverás.

La función se desarrollaba monótonamente en un anglicano soso. Lord Arthur Hubble se sentaba en el presbiterio, en una fila de sillas de diácono, llenas hoy de nobleza rural, grandes maestres de Orange, aristocracia, militares y altas jerarquías de la administración. Arthur tenía un aire plácido que contrastaba con los hervores de su interior. Aquel horrible mes terminaría pronto y podría huir en busca de Clara y lejos de la pesadilla del Ulster.

Lord Arthur miraba a hurtadillas a Roger, sentado en el banco de la familia. Roger se había tragado todo entero al ratoncito de Rankin y se lanzaba a unas aventuras que aterrorizaban al viejo Hubble. Junto a él, Frederick Weed, aquel hombre huraño, dominador, se comportaba igualmente como un gato agradecido.

Arthur se revolvía inquieto en su semitrono. A su vera, el espantoso reverendo O. C. MacIvor respiraba orgásmicamente, aumentando su malestar. Haber traído a ese hombre a la catedral parecía una pura vulgaridad.

O. C. MacIvor captaba la inquietud de lord Hubble. A pesar de su cara lisa y suave y su apariencia engañosamente angélica, practicaba el arte de estremecer a los que le rodeaban. El predicador estudiaba la concurrencia de la catedral como lobo que se prepara para el ataque.

Al bautizarlo le pusieron Enoch; pero él se había cambiado el nombre de la misma manera que lo cambiaba todo en provecho de su propia causa. Hoy había de ser el día que diese un paso de gigante; y a pesar de la trascendencia del momento, o no estaba nervioso, o no lo daba a conocer en nada. Sonriendo brevemente, saludaba a su benefactor, sir Frederick, sentado allá abajo, en la esfera del poder y la riqueza.

Por el momento, él daría tiempo al tiempo y serviría a ese poder y esa riqueza hasta que le conviniera seguir otra conducta. Se terminaron los sermones en tiendas azotadas por el viento, recogiendo peniques, se acabaron las tristes comedias de traer a Belfast falsos «jesuitas arrepentidos», se acabó la pamplina de poner en escena misas negras para aterrorizar al rebaño, se acabaron los trucos de las curaciones por la

fe, se acabó secuestrar menores de edad católicos que luego veían la luz gracias a él, se acabó estafar a viudas, se acabaron los falsos diplomas en teología. De hoy en adelante, predicaría en auténticas casas del Señor, y aquellos altos y poderosos cerdos asquerosos de ahí abajo aprenderían a respetarle… no… no a respetarle, a temerle.

Me están mirando, todos, pensaba. Se preguntan, ¿no es verdad?, qué puede decirles este hombrecito. Pues esperad un poco, sólo un poco, queridas almitas, esperad un poco.

—… Con gran placer yo cederé hoy el pulpito para que pronuncie el mensaje del día de los Aprendices al hermano Oliver Cromwell MacIvor, que ha venido de Belfast para esta trascendentalísima solemnidad —dijo con voz cascada el obispo anglicano, y se retiró del pulpito.

Oliver Cromwell MacIvor se puso en pie. Su corta estatura y su aspecto adolescente levantaron un murmullo. Él avanzó despacio, pensativamente hacia su destino. Frederick Murdoch Weed le hizo una rápida señal de vía libre, levantando el pulgar, dio una palmadita en el hombro a Roger y guiñó el ojo.

MacIvor llevaba una levita y unos pantalones de corte austero, según una moda secular, la de un sobrio predicador escocés inundado de celo reformador y devoción. MacIvor miraba a su auditorio con gesto cansado, manipulándolo con unos gestos teatrales. Cuando hubo conseguido centrar una atención total sobre su persona, tronó de repente…

—¡Reina la apostasía! —bramaba su voz, retumbando a oleadas sobre la congregación, trastornándola—. En el estudio de la historia de los antiguos hebreos hallamos una repetida narración de apostasía y resurgimiento. En nuestra propia historia, desde los tiempos de la Reforma, hubo igualmente una lucha continua contra la tiranía y luego, cuando nos hallábamos ya sobre el filo del cuchillo, Dios intervino para resucitar la verdad, para resucitar la libertad, para resucitar nuestras maneras de obrar sencillas y sanas.

Las dudas se disiparon. Con unas rodantes erres de Reforma y el martillazo de Dios, salía de su pecho un ritmo, cortado con deliberadas entonaciones en un acento enteramente inventado e introducido por O. C. MacIvor. Con un poder narrativo anonadador, urdió un folklore fascinante, levantando la bondad de la Reforma contra la maldad católica en ese juego de reyes y reinas en lucha por el trono inglés. A Roger todo aquello le parecía un poco pedante, pero estaba igualmente desconcertado por el dominio del auditorio que poseía MacIvor.

—… Cuando el Papa intentó una vez más traer otro reino de tinieblas y roña, Dios nos envió a Oliver Cromwell para que nos libertase, nos envió la gran fuente de santidad puritana y la divina alma redentora de ese hombre.

MacIvor se apartó del pulpito, yendo de una punta del altar a la otra, volviéndose para mirar a la fila de notables, retorciéndose las manos e inclinando la cabeza en

gesto de humildad personal, invocando las iras de Dios, ablandándose hasta admitir a los oyentes en su confianza, como amigos e iguales, para despreciarlos luego. Los tenía preguntándose: ¿Pegará duro, o flojo? ¿Elogiará o condenará? Parecía tener poder para todo, un poder inusitado, un poder absorbente, un poder que trituraba y amansaba.

—Toda la codicia…, todo el libertinaje…, todo el poder del clero…, todas las tinieblas retornaron. Porque donde gobierna Roma ¡impera la tiranía! Donde gobierna Roma ¡impera la ignorancia! Donde gobierna Roma, ¡impera la depravación! Donde gobierna Roma ¡imperan las tinieblas eternas! Yo os digo, dejad que el perro vuelva a lamer lo que ha vomitado, pero que los habitantes del Ulster, temerosos de Dios, no retornen jamás a los días de felonía papal que imperaban antes de nuestra gloriosa Reforma. ¡No puede haber libertad si hay vaticanismo!

Su voz descendía de las alturas, hundiéndose en unos tonos bajos que obligaban a los oyentes a esforzar el oído. Con aquellos párrafos pronunciados en un semimurmullo, Oliver Cromwell MacIvor manifestaba, confidencialmente, que él estaba en una relación especial con Dios y que la mejor manera, si no la única, de redimirse era por su mediación. El excelente entrenamiento vocal y dramático y toda la experiencia recogida en sus giras de propaganda baptista evangélica por la América del Sur se aunaban para lograr un brillante resultado.

—Pues bien, amigos —decía con acento pacificador—, en el silencio de mis meditaciones hubo veces que recibí comunicaciones inconfundibles. Una cosa sé, amigos. Sé por qué estáis aquí. ¿Sabéis por qué estáis aquí? ¿Creéis que estáis por casualidad? —Se interrumpió, señalando hacia el centro de la catedral—. ¿Lo sabéis? —Y de pronto, señaló a Roger Hubble—. ¿Lo sabe usted? —Roger y el obispo se pusieron colorados. Ahora, habiendo destacado, aislado del conjunto a un hombre poderoso, el puño de MacIvor se abatía contra el pulpito—. ¡Tú y tú y tú y tú estáis en el Ulster porque Jehová os necesita! ¡Jehová me ha manifestado que necesita un pueblo singular! ¡Un pueblo redimido! ¡Un pueblo lavado con sangre! ¡Un pueblo escogido! ¡Jehová os ordenó que vinierais aquí para continuar la lucha que ha de salvar su noble creación, la REFORMA! ¡Sois los guerreros elegidos por Dios!

Las lágrimas acudieron a los ojos de Oliver Cromwell MacIvor.

—¡Qué bien escogió el lugar para su batalla! El sitio de Derry de 1689 no representa un momento trivial de la historia. Dios puso detrás de las murallas de Derry a unos protestantes sencillos, honrados, trabajadores, devotos, redimidos por la Reforma, y les dijo: «Aquí está mi causa.» Dios hizo que aquellos trece santos aprendices cerraran la puerta ¡en las mismas narices del ejército papista! Y… dentro de estas murallas manchadas de sangre santa…, los hijos… morían en brazos de sus madres. Las madres… en brazos de sus maridos, y los viejos en los brazos de los jóvenes. Los jóvenes, de alma angelical y corazón puro, levantaban los ojos a Dios y

las últimas palabras que pronunciaban sus labios eran para ensalzar a Dios. Miles de nuestros adorados antecesores perecieron en aquel cruel e inhumano ultraje papal. A pesar de la traición del apóstata Lundy, que negoció con el enemigo, se negaron a dejarse destrozar. A pesar del hambre, a pesar de un viento y una lluvia terribles, ellos… SABÍAN… que habían de permanecer firmes y librar la batalla de Dios.

Y Dios miró y dijo:…Sí…, vosotros sois míos y yo soy vuestro. Y vosotros ya sabéis qué hizo Dios entonces, ¿verdad que sí? Dios quebró la avalancha sobre el río Foyle, poniendo fin al bloqueo ¡y libertando a su pueblo!

Por primera vez en aquella venerable y antigua casa del Señor sonaban los aplausos y la gente se ponía en pie.

—… Y más tarde, amigos —continuó MacIvor, surcando las olas de entusiasmo que había levantado—, en el río Boyne, donde Jacobo y sus hordas papistas aguardaban la batalla ¡surgió nuestro rey Billy! Herido en la mano derecha y sangrando, levanto la espada con la siniestra mano y sobre un corcel color de alabastro se abrió paso hasta el corazón del enemigo. Y Jacobo, que no tenía valor para un combate, y sus hordas papistas y enemigas de Dios huyeron, ¡y aquella huida señaló el final de las monarquías papales y de la tiranía papal, para siempre, en las islas británicas!

—¡Aleluya!

—¡Dios salve al rey Billy!

—¡Acordaos de las murallas de Derry!

—¡Jesús! ¡Yo veo a… JESÚS!

Estalló un griterío incontenible, hasta que el predicador levantó las manos, frenándolo, interrumpiéndolo. Entonces se puso a vilipendiar a los oyentes por su tendencia a recaer en las pesadas culpas, por haberse olvidado de la misión que se les confió. El predicador orquestó una reprimenda que convertiría los aleluyas de hacía un instante en gimoteos y encogimientos. Había llegado el momento en que él, MacIvor, los guiaría hacia el camino de la justicia. Los Hubble, padre e hijo, estaban profundamente avergonzados por el dominio que tenía aquel hombre sobre todos ellos. MacIvor se crecía, preparándose para el punto culminante de su gran aria.

—¡La lucha del Ulster era, y es, una batalla de la verdad contra la mentira! ¡De la libertad contra la tiranía! ¡Del protestantismo honrado, limpio, decente, contra la vileza de las abominaciones católicas! ¡Tú y tú y tú podéis rendir culto a Dios aquí, con esa sencillez vuestra, gracias a las grandes victorias aquellas del Boyne y de las murallas de Derry! ¡Sois afortunados gracias a aquellas grandes victorias! ¡Lo mejor y más noble del Parlamento más glorioso del mundo… el Parlamento británico… nace de las aguas del Boyne y de Guillermo de Orange! Los sacrificios de nuestros antepasados nos salvaron del déspota y nos hicieron partícipes de este legado inapreciable. ¡Tú y tú y tú tenéis libertad…, libertad…, LIBERTAD…, GLORIOSA

LIBERTAD!

—¡Jesús, sálvame!

—¡Padre, vuelvo a ti!

—¡Aleluya!

—¡Dios salve al hermano MacIvor!

Mientras el griterío rebotaba fuera de los límites de la catedral y seguía en aumento, O. C. MacIvor subía y bajaba por el pasillo central, impartiendo bendiciones, tocando manos, gritando banalidades. Después retornó al pulpito y abrió los brazos de par en par para abrazar a todos sus recién conquistados hijos.

—Recemos —dijo, con gran alivio del obispo. El rebaño se puso en pie lentamente, temblándoles las rodillas, en torbellinos de miedo y adoración; los humores justicieros de los hombres estaban en efervescencia y las flores de papel de los sombreros de las mujeres temblaban, al inclinar la cabeza sus dueñas.

—¿No nos visitarás, Señor? Vamos, me prometiste que sí. Somos tu pueblo y estamos vivamente acongojados. La negra nube del papismo ha descendido una vez más sobre nuestro bienamado Ulster. En este mismo momento, mientras te cantamos himnos y los cantamos a nuestra democracia y a nuestra libertad, a nuestra manera de vivir bondadosa y humilde, y a nuestra adorada reina, agentes del Papa proyectan nuestra destrucción, incluso aquí dentro, en nuestra ciudad sagrada de Londonderry. ¡Oh, Dios, bendice a tus soldados cristianos y dales fuerzas a fin de que se preparen para inmortal batalla contra los diablos satánicos de los papistas enemigos de Dios…! Amén y amén.

Conor y yo lo oímos todo, hasta la última palabra. Dentro del campanario había una abertura que daba acceso al desván del coro. Allí nos habíamos deslizado y nos habíamos acurrucado como sendas pelotas detrás de la baranda, por encima de la cual atisbábamos de vez en cuando. Al final regresamos al campanario y bajamos las escaleras con las piernas muy abiertas para que los escalones no crujieran. Con cuidado, con cuidado, con cuidado, dando vueltas y más vueltas por el interior de la torre. Por fin llegamos abajo. Yo levanté la aldaba. ¡HABÍAN CERRADO LA PUERTA! ¡Santa María, ayúdame! Conor probó también, e igualmente la halló cerrada. Había otra puerta, cierto, pero estábamos seguros de que llevaba adentro de la catedral, detrás mismo del altar.

—Será mejor que nos quedemos aquí hasta que la catedral se haya vaciado —susurré.

—Imposible —respondió Conor—. Imagina que cerrasen ésa, además. Podríamos morirnos en el campanario.

—¡Oh, Jesús, tengo miedo!

—De nada te sirve el miedo —adujo Conor—. Si quieres conservar la cabeza, y

también el cabello, será mejor que empieces a utilizarla.

Mis hijos han visto la gloria
De la venida del Señor.
El Señor está pisando en la bodega.
Donde se guardan las uvas de la ira.

—Sin duda podéis cantar en honor de nuestro Dios con mayor energía —gritaba aquel horrible predicador—. ¡Cantad ahí arriba en la galería, para que Él pueda oíros! ¡Cantad, para que venga al Ulster y nos salve! ¡Cantad, hermanos! ¡Cantad, hermanas! ¡Cantad!

—Conor —dije—, yo preferiría esperar y correr el albur de buscar una salida más tarde.

—Acaso —replicó Conor—, pero ¿cómo la encontraremos a oscuras?

—Conor, tengo miedo.

La decisión se impuso cuando un celador que debía haber oído nuestras voces y sentido curiosidad abrió la puerta de la torre. Y en verdad que era un fornido y amedrentador ejemplar de hombre, pues mediría más de dos metros de estatura y llenaba por completo el hueco de la puerta.

—¡Corre! —gritó Conor, abriendo la otra puerta. Y allí nos tenían a los dos, corderos expiatorios en un altar anglicano.

¡Gloria, gloria, aleluya!
¡Gloria, gloria, aleluya!
¡Gloria, gloria, aleluya!
Su verdad está en marcha…

La voz del predicador hacía vibrar el edificio de un modo que parecía ponerlo en peligro de hundirse.

—Ah, os oigo a vosotros los de la galería, y cantáis mucho mejor que los de abajo. ¿Es que vosotros, los de abajo, permitiréis que los de la galería os aventajen?

En el preciso instante que se volvía, chocamos de lleno con él; pero antes de que nadie pudiera salir de su asombro, nosotros bajábamos a la carrera del presbiterio y las mujeres chillaban como si fuéramos un par de ratoncitos corriendo sueltos por el fregadero del Señor. Conor emprendió la carrera por el pasillo central; yo le pisaba los talones.

—¡Detenedlos!

Un ujier anciano, con su faja color naranja, nos cerró el paso. Conor Larkin bajó la cabeza y, a la carrera, embistió contra la barriga del hombre y le mandó por

el suelo gimiendo y pidiendo aire para respirar. Saltamos por sobre su cuerpo y tiramos desesperadamente de la puerta, y cuando ésta cedió, nos arrojamos al vestíbulo y bajamos las escaleras de la fachada.

—Pórtate con naturalidad —decía Conor.

Logramos hacerlo así unos cuantos escalones, pero he ahí que los de dentro saltan a chorro en nuestra persecución, chillando como si les hubiéramos robado los candelabros de oro. Nosotros huimos cual cometas de verano por el firmamento septentrional, zigzagueando por entre las turbas de borrachos desgarbados que seguían divirtiéndose. Por fortuna no tenían unos reflejos tan despiertos como nosotros. Llegamos a Bishop's Gate a una velocidad cegadora, poniendo tierra entre nosotros y la turba de la catedral. A partir de aquí, gracias a Dios, correríamos cuesta abajo.

¡Me caí! Comprendía que mi cara había chocado contra el empedrado porque sentía ruidos en la cabeza y cuando quise levantarme volví a caer y no me quedaba aliento ni para pronunciar el nombre de Conor. Intenté arrastrarme, y entonces vi con espanto que Conor desaparecía.

—¡So papista cochino!

Me doblé sobre mí mismo procurando convertirme, lo mejor que pude, en una concha cerrada. Con la cantidad de puntapiés que me estaban dando, pensé que me romperían las costillas. Debí caerme de espaldas, porque abrí los ojos y allí estaba el hombre blandiendo los puños y zarandeándome al mismo tiempo. Y cuando ya pensaba que no viviría para verme pelo en la cara, divisé a Conor con una enorme piedra en la mano. Mi amigo blandió la piedra, y la paliza que yo recibía cesó al instante, pues el que la daba había caído, sin sentido, a mi lado.

Conor me puso en pie. Yo vi al individuo caído. Su cara parecía hundida. El hombre gemía y arrojaba sangre por la boca y la nariz. Conor me sostenía, mientras yo probaba de correr, cojeando.

Los otros nos perseguían, gritaban, y las piedras repiqueteaban alrededor de nuestros pies. Conor cayó. Había recibido una pedrada en la espalda. Le levanté, y nos apoyamos el uno contra el otro, mientras la turba se nos venía encima. ¡Oh, Dios mío, papá! ¡Dios mío, mamá! Conor…, vamos a morir… Conor…

¡Y entonces se obró un milagro! De repente, la turba se detuvo y retrocedió; yo vi una lluvia de piedras y pedruscos volando hacia ellos. ¡Ah, Dios sea loado, eran santas piedras católicas, venidas del Bogside, que nos protegían! Sin pérdida de tiempo, entramos en nuestra zona.

Ambos nos sentamos, jadeando y llorando, junto al pozo de la comunidad; luego nos arrastramos hasta el agua para efectuar unas reparaciones y prepararnos una explicación verosímil que ofrecer a nuestros padres. Yo no sabía qué podríamos contarles. Estábamos cubiertos de sangre y teníamos las ropas hechas jirones.

Hablamos de huir y luego enviarles una carta…, quizá pudiéramos emigrar a Boston. Debimos pasar una hora sentados allí, hasta que vino un sacerdote, nos tomó de la mano y nos llevó de nuevo a casa de Kevin O'Garvey.

Allí, plantados delante de Tomas, teníamos tanto miedo, casi, como cuando cruzábamos la catedral a la carrera.

—Unos chicos se han enterado de que llevábamos dos peniques cada uno, y entonces se ha reunido toda una cuadrilla…

—Sí, serían diez o doce, al menos.

—Sí, y recios.

—Sí, fornidos de veras.

—Bueno, pues se han puesto a perseguirnos, ¿comprendéis?, con palos.

—Y cuchillos.

—Yo creo que uno hasta tenía un arma.

—¿Estáis seguros de que ha sido así realmente, muchachos? —preguntó Tomas.

Conor bajó la cabeza, la movió negativamente y murmuró algo.

—¿Qué has dicho, Conor? —preguntó su padre.

Conor lo repitió, pero él siguió sin entenderle.

—¿Querrías decirlo de nuevo de modo que te oiga?

—Hemos entrado en la catedral protestante —dijo Conor. Y ambos nos pusimos a llorar ruidosamente.

—Muy bien —dijo Tomas—, buscad un par de ramas de fresno, traedlas y bajaos los pantalones.

Hicimos lo que se nos ordenaba y nos inclinamos con el culo al aire, esperando. Tomas, que ahora parecía dos veces más alto, como ocurría siempre que se ponía furioso, empuñó la vara de fresno y se plantó junto a nosotros. Yo pienso que, por una vez, hasta Conor rezaba.

—¿Estáis arrepentidos? —inquirió Tomas.

—Sí, estoy arrepentido —contesté yo—, nunca estuve más arrepentido… Nunca…, jamás…, nunca…, jamás…

—¿Y tú, Conor Larkin?

—No, papá. A mí sólo me pesa que tengan la iglesia tan llena de maldad.

El suspiro que exhaló aquel hombre se habría oído por la mitad del Bogside. Arrojó el palo, se dejó caer sobre el heno, se cogió la cabeza y combatió las lágrimas con unas carcajadas histéricas.

—Casi nos habíais vuelto locos de miedo. Abrochaos esos necios pantalones y venid acá.

No creo haber hallado nunca nada tan tibio, bueno y suave como el regazo de Tomas Larkin, al sentarme y rodearme él con aquel robusto brazo suyo.

—Sí —suspiraba repetidamente—. Sí, y ahora ya lo sabéis. Aquella chusma de

allá arriba bastaría para hacerle volver a uno al seno de la fe católica Romana, de veras que sí.

En la catedral, el reverendo Oliver Cromwell MacIvor echaba espuma ante el ultraje infligido al templo por los dos diablillos papistas. Excitando a la congregación hasta el frenesí, les hizo salir fuera, mientras su retumbante voz de barítono hendía el aire con el Adelante, soldados cristianos. Los fieles le seguían y cantaban con él, llenos de ira. MacIvor los llevó hasta la plaza y celebró un servicio religioso, al aire libre, con una oratoria de fuego infernal que penetraba como las púas de las horcas de los demonios vengadores. La turba se convirtió en muchedumbre y se elevó el grito pidiendo sangre papista… Un enjambre de gente abandonaba la plaza buscando un lugar apropiado donde desahogar el furor; primero zumbaban en círculos, sin objetivo concreto, después el hervor se orientó hacia el Bogside, enconándose, por el camino, hasta un frenesí loco.

12

Mi padre entró corriendo en el establo de O'Garvey, parloteando excitadamente acerca de que los protestantes habían perdido el juicio. Él y Tomas habían de presentarse en el Comité de Defensa del Bogside, que estaba en estado de alerta con ocasión del día de los Aprendices. Conor y yo teníamos que irnos al centro del Bogside, donde correríamos menos riesgo. Sólo entonces nos dimos cuenta de la excitación creciente del exterior.

—Yo voy con mi padre —dijo Conor.

Fergus O'Neill era el alma más dulce que hubiera adornado nunca a Inishowen. Por primera vez en mi vida, le vi arremeter contra alguien.

—¡Tú te irás a un lugar seguro, con Seamus! —gritó—. Ya hemos sufrido bastantes cochinas estupideces vuestras por un día. ¡En marcha!

Conor no se movió. La respuesta la tenía escrita en la cara; era un mensaje de terquedad pétrea.

—Y no vayas a defenderle, Tomas. No permitiré que ese chico se haga partir la cabeza y yo tenga que explicárselo a Finola.

—Fergus, por amor de Dios…

—¡No, no y no! ¡No me dejaré convencer!

—Tendrás que atarle y llevártelo en vilo —respondió Tomas—. Yo jamás ordenaré a un hijo mío, en un momento como éste, que huya corriendo.

Viendo a los dos firmes contra él, mi padre se arrojó sobre una paca de heno y se llevó las manos a la cabeza.

—Mairead me suplicaba que no nos llevásemos los chicos a Derry. Y yo le he prometido a Finola, sobre la santa Cruz, que no permitiría que ocurriera lo que está sucediendo ahora precisamente. Hombre de Dios, ahí fuera hay una muchedumbre dispuesta a lincharnos.

—La turba no se marchará, Fergus —replicó Tontas—. Si Conor no se enfrenta hoy con ella, mañana también la tendrá aquí.

Mi padre blandía las manos desesperadamente y se las estrujaba.

—Al diablo, dices tú. Quítame esa carga de encima, hombre. Yo asumí la responsabilidad, y piensa que he de vivir con una de aquellas dos mujeres.

—Yo me voy con papá —repitió Conor.

—¡Oh, Jaysus! —gimió el mío.

Personalmente, yo no me he distinguido nunca por mi bravura, excepto estando al lado de Conor. A mí no me gustaba la idea de desobedecer a mi padre, ni la de hacer frente a aquella enloquecida turba de protestantes…, pero había llegado el momento…, un momento en que un muchacho ha de portarse como un hombre. ¿Cómo podría seguir viviendo en la casa contigua a la de Conor, si ahora le

abandonaba? ¿Verdad que me entiendes? Cerré los ojos, apreté los puños y balbuceé:

—Si tratas de guardarme en un lugar seguro, me escaparé y buscaré a Conor. Sé tirar piedras tan bien como el primero de Ballyutogue. Es la verdad. Pregúntaselo a Conor. Vamos, pregúntaselo.

Kevin O'Garvey asomó la cabeza.

—Conviene que os presentéis al Comité de Defensa. Ahí fuera la situación se pone fea de verdad… Y llevad esos chicos a un lugar seguro.

Hubo un silencio prolongado.

—Santos y mártires —dijo papá con amargura—. Lo único que producimos en este país son santos y mártires. Dios nos ayude, Tomas, si hemos hecho lo que no debíamos.

—Lo sé —respondió Tomas.

—Será mejor que vayamos todos juntos —dijo mi padre—. Nuestro delegado del Comité de Defensa esta en William Street.

Abandonamos, pues, el establo tal como habíamos vivido toda la vida, juntos, codo a codo.

Fuera de las murallas de la ciudad, William Street era una arteria de primer orden entre el Bogside y el centro comercial, abajo, a la orilla del agua. Las experiencias pretéritas habían enseñado al Comité de Defensa que William Street era la vía de acceso indefectible en caso de motín. Nos enviaron, pues, al cruce de las calles William y Rossville, donde se había improvisado una barricada sobre carretas volcadas y montones de trastos inútiles. Conor y yo nos unimos a un grupo de muchachos que reunían piedras sueltas, y después levantamos el empedrado de la calle para proveernos de proyectiles. Entretanto, Tomas y Fergus trabajaban unas manzanas más allá, evacuando ancianos jubilados de varias calles, en su mayoría personas débiles, incapaces de defenderse, domiciliadas en un sector que, tradicionalmente, recibía los primeros golpes de una revuelta.

Bowie Moran, canoso veterano bogsideño de una docena de motines, era él comandante de nuestra barricada y estaba dando órdenes como un general de la Corona. Cuando regresaron nuestros padres, la muralla que habíamos levantado parecía inexpugnable, y las piedras y guijarros que habíamos reunido formaban un respetable montón. Había allí varias docenas de hombres y muchachos, muchos de ellos armados de palos, y todos con la convicción de estar en lugar seguro.

Por un instante hubo un murmullo de alivio, cuando vimos varias carretadas de constabularys *que se derramaban William Street arriba.*

—No alimentéis esperanza alguna —aconsejó Bowie— en cuanto empiece la lucha. Sea donde fuere, esa gente resultará tan inútil como las tetas de un verraco.

¡Del mismo modo me amilané yo! La negra masa de humanidad que habíamos

visto horas antes subía, viniendo de la Strand, y llenando la calle de una acera a otra. Tal como Bowie había predicho, los constabularys desaparecieron de la vista. El ruido que producía el ulular de aquella gente tenía menos calidad humana todavía que el festejo anterior. La mayoría llevaban mangos de hacha o duelas de barrica con grandes púas en una de las puntas. La turba aquella destrozaba los escaparates, entraba en las tiendas, arrojaba las mercaderías a la calle y luego lo incendiaba todo. Avanzando lentamente, dejaron atrás nuestra barricada, sin que ni ellos ni nosotros abriésemos las hostilidades; después se dirigieron hacia las casas evacuadas y las abrieron a mazazos. A los pocos minutos, el aire hedía a causa de las columnas de negro humo. Algunos chavales nuestros querían salir a luchar fuera de la barricada; pero Bowie les obligó a quedarse. Decía que los constabularys no esperaban otra cosa que aprehender a aquellos de los nuestros que se extraviaran.

Al atardecer, todos los comercios católicos de los alrededores de William Street eran un revoltijo, y una manzana entera, de treinta casas, había quedado arrasada hasta el suelo por el incendio. Cuando terminó con las propiedades sin defensores, la turba se volvió hacia la barricada y se dirigió contra nosotros a oleadas, blandiendo proyectiles y chillando.

—¡Mueran los cerdos papistas!

—¡Abajo los pisaterrones!

—¡Mierda para el Papa!

—¡Mueran los traidores!

Por estos momentos, francamente, yo había ensuciado ya los pantalones y deseaba de todo corazón que Fergus hubiese convencido a Tomas antes de alejarnos de allí. Aquello era como…, bueno…, como una especie de sueño…, una oleada tras otra corriendo hacia nosotros y bombardeándonos.

—¡Botellas incendiarias! —gritó Bowie.

Todo lo que había en la barricada que pudiera arder se pobló de llamas; nosotros retrocedíamos tambaleándonos, tosiendo e intentando apagar el fuego a pisotones. ¡Venían a chorro! Un diluvio de piedras cayó contra nosotros. Yo chillaba, inclinado sobre mi padre, que había caído, y trataba de arrastrarle más atrás. El terror total y absoluto me invadió cuando vi a Tomas Larkin tendido de espaldas, terriblemente quieto y con la cabeza manando sangre. Allí arriba, sobre mí, la oleada negra se lanzaba contra nuestra barricada y un fuego cruzado de proyectiles diversos cerraba el paso a la luz del sol. Unos hombres recogieron a Tomas y a mi padre y lo llevaron a lugar seguro. Cuando los orangistas perforaron nuestra barricada, les recibimos con un fuego graneado de guijarros. Por toda la calle se veían manchas de sangre; los hombres corrían con las manos a la cabeza, se arrastraban o permanecían inmóviles en el suelo. Otros se azotaban recíprocamente como maníacos.

Conor estaba al lado de Bowie, luchando como diez, y de mí debo decir que

tampoco me desenvolvía nada mal tirando piedras. Les hicimos retroceder y recibimos la oleada siguiente a pie firme; pero ellos volvieron otra vez.

Tomas Larkin, a pesar de estar medio muerto, corrió hacia la primera fila, levantando protestantes por encima de su cabeza y haciéndolos volar por el aire. Estaba furioso como un salvaje y nos contagiaba su locura a todos, y así fue como saltamos por encima de la barricada y los perseguimos calle William abajo, que ahora estaba cubierta de docenas de heridos suyos. Pero se reagruparon y atacaron una vez más, haciéndonos retroceder hasta el punto de partida. Nos salvó una patrulla móvil del Comité de Defensa, compuesta de expertos en el manejo de las hondas y que les infligió un castigo terrible.

Aunque ya no volvieron a asaltar en masa nuestra posición, oíamos el ruido del cristal al romperse, acompañado de gritos y más gritos, hasta que la oscuridad trajo una variedad nueva de terror. La noche seguía su curso con una lentitud inquietante, preñada de horrendas maldiciones y limitadas intentonas de ataques por sorpresa de los orangistas. De las murallas de Derry bajaba interminablemente una lluvia de proyectiles y teas incendiarias, quemando varias filas más de chozas.

Los protestantes lograban, de vez en cuando, penetrar en las otras barricadas, pero la escuadra móvil de honderos los sometía a un castigo terrible.

Las tropas inglesas se pasaron la noche tranquilamente en sus cuarteles de la otra orilla del río. Eran más inútiles todavía que el Constabulary. *Los soldados no intervinieron hasta el amanecer, cuando se dieron cuenta de que el Comité de Defensa tenía la rodilla en el pecho de los orangistas. Creo que nadie lo esperaba. Cuando las autoridades hicieron el balance de bajas, se vio que los protestantes habían recibido una paliza superior que la de los católicos, y se puso fin a la diversión.*

En William Street la capa de trozos de cristal y otros desperdicios llegaba a la altura del tobillo; otros accesos al Bogside estaban peor aún. El fuego había destruido ochenta casas, cinco católicos habían perdido la vida y varios cientos habían sido heridos. El ejército y el Constabulary *cerraron totalmente el Bogside para evitar que saliéramos y nos lanzáramos hacia los sectores protestantes.*

Lo más triste de todo era la expresión que tenían los ojos de nuestros padres. Nos habían llevado a Londonderry para que viésemos de cerca el odio de los Orange, pero no esperaban que las cosas tomaran este cariz. Con su mirada nos confesaban que aquél era el legado que nos dejarían, la destrucción de los sueños, el fin de todo lo auténtico de Irlanda.

Por lo que respecta a Conor y a mí, en aquel momento perdimos la inocencia para siempre.

13

La respuesta a los sermones del reverendo MacIvor había sido arrolladora, tanto en la catedral como más tarde en una movida reunión al aire libre celebrada en la plaza. Aquello demostró ser la inyección en el brazo que se necesitaba ante la creciente amenaza de los *croppies*, los labradores irlandeses, y un toque de clarín llamando a una cruzada. Últimamente, cierto número de orangistas habían refunfuñado su descontento al observar el carácter cada vez más defensivo y la mentalidad de sitio, más acusada cada día, de sus propios predicadores presbiterianos y la diluida y aguada sangre de la iglesia anglicana.

MacIvor no era un fundamentalista estúpido dotado de pasión y elocuencia, un hombre de Dios, un santo. El mayor Hamilton Walby, que antes desdeñaba esa especie de evangelismo, vio los efectos que podía producir en el ánimo de las masas y se dio cuenta de que era posible utilizarlo como un arma política de la que estaban desesperadamente necesitados. Walby suplicó a MacIvor que se quedara en el distrito para varias reuniones más. O. C. MacIvor aceptó, porque ahora se dedicaba al negocio de conceder unos préstamos espirituales que pensaba cobrar en el futuro con enormes intereses.

A la hora en que estallaron los desórdenes, los Hubble y Weed estaban a salvo en Manor, la mansión de aquéllos. Lord Arthur salió aquella misma noche, al galope, para Daars.

Lord Roger y sir Frederick se pasaron los dos días que precedían a la fiesta de los Aprendices sondeando las aguas con respecto a un proyecto general ideado para sujetar Londonderry a Belfast en caso que, en el futuro, el Ulster siguiese un camino distinto al del resto de Irlanda. En principio se llegó a un acuerdo acerca de algunas ideas generales que allanaban el camino para nuevas y serias negociaciones.

Pero después la atmósfera entre ellos se enfrió. Evidentemente, a Roger le había enojado que Caroline no hiciera acto de presencia. La idea de que se estaba dando una vida de juergas en París le irritaba. El descontento de Roger llegó a su clímax el día de los Aprendices, que resultó altamente desagradable, debido en gran parte a los programas trazados y puestos en solfa por Weed.

Sir Frederick advertía que las delicadas conversaciones que estaba sosteniendo con Roger podían quedar en agua de borrajas, y decidió coger el toro por los cuernos, antes de abandonar Belfast.

Una hora antes de su partida se hallaba en estudiada postura en sus habitaciones, perfectamente tranquilo y esperando que el otro diera el primer paso. Pero Roger no lo daba y el tiempo iba pasando.

—Oiga —dijo—, tengo la idea de que esconde algo en el pecho, y antes de marcharme con la música a otra parte me gustaría dejar esto sabiendo que hemos

llegado a una sólida avenencia.

—No es nada, en verdad que no es nada —contestó Roger.

—Vamos, amigo, usted está mohíno por algo. ¿Es por Caroline?

—De ningún modo —respondió, demasiado prestamente Roger.

—¿De qué se trata, pues?

—Creo que vale la pena que discutamos el asunto —concedió Roger—, si hemos de continuar dialogando. Me tiene fuera de quicio el predicador ese que ha traído usted y me tienen fuera de quicio los motines que por sí solito ha desatado.

—Yo, en su lugar, no estaría fuera de quicio —replicó Weed, sonriendo—. Habrá oído sin duda los elogios que le han prodigado a usted.

—Esto es precisamente lo que me inquieta. ¿Por qué ha de gozar la gente con esos derramamientos de sangre?

—Porque está excitada, Roger. Porque ha escuchado lo que quería escuchar. Porque ahora no se siente tan abandonada.

Roger movía la cabeza.

—Uno tiene derecho a formularse unas cuantas preguntas. La gente trata a ese hombre como a un mesías. ¡Buen Dios!, ¿dónde encontró usted a esa horrible criatura?

Sir Frederick levantó los hombros, desenvolvió un cigarro y lo acarició.

—Ya sabe lo que pasa en Belfast. Cualquiera que tenga un poco de labia y diez libras, puede alquilar una tienda y procurarse el diploma de predicador bautista, presbiteriano, metodista, o de lo que quiera en cosa de pocos meses.

—Ese hombre ha promovido un motín —insistió Roger, sin poder creerlo todavía.

—Lamentable —murmuró Weed con acento insincero—. No quería parecer presuntuoso, pero usted está dando los primeros pasos en política, recién salido de los pañales. Como sabe muy bien, la provincia se halla todavía en un estado mental de incubación, aislado y estéril. Usted ha percibido la necesidad de tomar parte en la lucha por conservar el Ulster; pero no creo que comprenda bien que en los tiempos que corremos no podemos, sencillamente, llamar a los militares si algún día nos encontramos en un aprieto. Gladstone y su maldito liberalismo han sido los causantes de esta transformación. Por mucho que nos repugne, hemos de depender de masas de gente. La base de nuestro poder es la unidad protestante, la Orden de Orange, si quiere. Nuestros buenos paisanos del Ulster compensan lo que les falta en cultura y sofisticación con una piedad libremente elegida. Tienen una mentalidad sencilla que hay que alimentar y satisfacer con unas migajitas de Jesús al antiguo estilo mezcladas con sus gachas de cada día. Por muy repulsivo que nos pueda resultar, MacIvor sabe decir lo que esa turba desea oír, exactamente, y no hay modo más efectivo para tener a esa gente unida que ponerla en un estado de ira justiciera… el santo grial… la cruzada… en fin, todas estas estupideces.

Entró un criado para comunicar que el tren particular de sir Frederick había llegado a un apeadero cercano a Hubble Manor. Roger despidió al sirviente con una frase lacónica y se echó el cabello atrás, desalentado.

—Esto puede ser táctica corriente en Belfast; pero no consentiré que aquí se utilice intencionadamente el arma de la revuelta.

Sir Frederick abandonó el asiento, se abrochó el chaleco y se acercó a Roger, posando una mano protectora en su hombro.

—Le guste o no, los Oliver Cromwell MacIvor son el arma mas potente de nuestro arsenal.

Roger se apartó; luego volvió con los ojos inyectados de ansiedad.

—¿No se ha parado nunca a pensar qué ocurriría si Oliver Cromwell MacIvor decidiese tomar las riendas en sus manos?

Weed se puso a reír.

—Eso es perfectamente imposible. Está bajo mi dominio, por completo; se le vigila estrechamente. Y él lo sabe.

—Por el momento, quizá. Usted mismo dijo que es astuto, ambicioso, despiadado, implacable, un auténtico demonio con grandes dotes. Yo le he observado de cerca durante tres días. Nos odia. Hasta hace dos días no podía abrirse paso hacia Hubble Manor y la catedral de Londonderry. Nos odia porque sabe que vemos su interior como si fuera transparente y vemos su porquería, y sabe que solamente lo utilizamos para nuestros fines. Pero yo le aseguro que en el fondo de esa mentecita torcida y negra que tiene aspira a ganar la partida entera y hacerse el amo.

—Eso suena un poco teatral, ¿no? Si se observa la cuestión a fondo, ese sujeto es poco más que un agitador de la chusma con cierto talento, y si llegase el momento de escoger, la gente tendría bastante sentido común para continuar a nuestro lado. Saben muy bien quién les unta el pan de mantequilla.

—Pero ¿de verdad la gente tiene bastante sentido común? —preguntó Roger—. Usted ha oído las burradas que se tragaron. Asusta pensar en el poder hipnótico que este hombre tiene sobre ellos y que podría utilizar contra nosotros.

—Querido Roger, le aseguro que no llegará jamás el día en que los militares y los industriales no puedan dominar a un O. C. MacIvor. Lo utilizaremos únicamente mientras se abra paso en beneficio nuestro.

—Permita que le asegure con la misma convicción que en cuanto haya hincado el diente en el poder, usted mismo lo encontrará peligroso. Tendrá a las turbas en el bolsillo, y no podremos impedírselo. Ahora usted le tolera y admite porque cree que eso es bueno para el Ulster. Francamente, yo creo que está coqueteando con el demonio.

Weed se desahogó con la sonrisa más borreguil.

—Claro que estoy coqueteando con el demonio —admitió—. Eso es el Ulster, en

fin de cuentas, un coqueteo con el demonio.

Roger continuó sintiéndose nervioso hasta que la fila de criados se llevó el equipaje de sir Frederick. Weed arrojó el cigarro al hogar de la lumbre, diciendo:

—La colonización es un juego muy duro; pero fíjese en lo que disputamos en Irlanda. ¿Está dispuesto a abandonarlo, o quiere hacer lo que sea preciso?

—¿Y cuándo puede considerarse demasiado elevado el precio? A sabiendas, vamos estableciendo una alianza repugnante tras otra con dementes como MacIvor con objeto de perpetuar el mito arcaico de la Reforma para dominar a la gente, y utilizamos deliberadamente el odio y la violencia física como armas políticas.

—Alégrese —dijo Weed—. Eso es lo que venimos haciendo, bajo una u otra forma, durante siglos.

—Y estamos creando una raza mongoloide. Eso me asusta… esos hombres del Ulster con un fervor religioso idiota. Es una ridiculización del sentido común.

—Bueno, por estas latitudes, todo es una ridiculización del sentido común —admitió Frederick Murdoch Weed—. Y si tenemos que ridiculizarlo, no hay más, lo ridiculizamos. A menos que sepa otro modo de conservar el condado formando parte del Ulster y el Ulster formando parte de Inglaterra.

Roger levantó las manos al cielo.

—A veces pienso que nos vamos asfixiando poco a poco en la tela de nuestras propias intrigas.

Anduvieron por el largo pasillo y bajaron las amplias escaleras. Sir Frederick dio las gracias a los criados que habían sido asignados a su servicio personal, cumplimentó al ama de llaves y al cocinero, dejando un sobre bien lleno de agradecimiento. Roger le acompañó al carruaje.

—Le necesitaremos en el partido —le dijo Weed—. Espero que seguiremos en contacto.

—Para salvar a la Unión… sí, estaré a vuestras órdenes.

—Ah, Roger, no le inquieten demasiado los motines. Al fin y al cabo es un deporte sangriento, y mientras ellos crean que la sangre se derrama por una causa noble, ¿qué mal hay en que corra?

—Que tenga buen viaje —respondió Roger, haciendo seña al cochero. Y siguió con la mirada al vehículo que se alejaba entre las largas filas de álamos temblones y desaparecía por la entrada principal.

14

He visto patatas más parecidas a una cara de persona que los rostros que Conor, nuestros padres y yo tentamos a la sazón. Nos habían apaleado y llenado de cardenales. Ni Conor ni yo podíamos levantar el brazo derecho de lo cansados que estábamos de tirar piedras. Los días siguientes tuvimos un trabajo inmenso: desmontar las barricadas, limpiar el revoltijo, llevar a los que se quedaron sin hogar a unos albergues comunales para que cuidasen de ellos. Fueron unos días de llanto y rabia. A los cinco católicos asesinados se les rindieron honras fúnebres de mártires. Todo el Bogside caminó detrás de sus ataúdes, y hubo la pompa trágica y los discursos inflamados propios de tales ocasiones.

Por todas partes se veían tropas británicas, y bandas dispersas de orangistas merodeaban por allí mientras nosotros avanzábamos a través de las cenizas con una calma llena de recelos. Desde Bishop Street Without hasta Iniscarn Road y desde William Street hasta Brandywell, los muchachos del Comité de Defensa habían montado un servicio de vigilancia.

La magna reunión que había motivado nuestra venida a Derry tuvo que ser aplazada a causa de los disturbios, cosa más que conveniente, porque nosotros cuatro no estábamos en condiciones de ponernos delante de las mujeres, allá en casa.

El antiguo Royal Fever Hospital, famoso en la época del hambre, era desde hacía tiempo una ruina abandonada, cuando he aquí que la falta de una sala de reuniones decente en el Bogside motivó que un consorcio de organizaciones lo remozasen. Rebautizado con el nombre de Celtic Hall, se convirtió en un eje de vida comunal, sirviendo de domicilio social del partido autonomista y también de la Liga Campesina. Tenía una sala de reuniones pequeña sin cabida más que para unos centenares de personas, pero ¡qué panorama! Había colgaduras y banderas verdes y arpas doradas, y hasta una banda reducidita que interpretaba canciones de los levantamientos sin desafinar mucho.

Conor y yo acudimos allá temprano, reservando asientos en primera fila para luego poder sentarnos a los pies de nuestros padres. El espíritu que nos había salvado dos noches atrás se extendió de una manera contagiosa. Kevin O'Garvey presidió la reunión, con todos los candidatos en majestuoso despliegue detrás de él, y después de presentarlos uno por uno, los correspondientes a Donegal y a Tyrone y al condado de Derry, se elevó un gran bramido y la banda se puso a tocar y ellos hablaron con gran optimismo sobre la elección. Hubo informes oficiales de diversos comités, anuncios de futuras concentraciones, y se pasó el sombrero para recaudar fondos.

La atmósfera estaba caldeada ya cuando Kevin O'Garvey presentó al orador

principal, venido expresamente de Dublín, nada menos, y que impresionaba de veras. Se llamaba Desmond Roche y vestía a tono con su nombre, como un gomoso dublinés. Jerarquía destacada del partido, se decía de él que era amigo íntimo del mismo Parnell. Aunque era católico, le habían cortado, evidentemente, de distinta tela que a los habitantes del Bogside y a los croppies. *Los Roche eran una antigua familia aristocrática normanda que se contó entre los grandes condes irlandeses; pero cuando habló, habló nuestro lenguaje.*

Aguijoneando, deslumbrando y gritando hasta la última fila, proclamó:

—Vamos a ganar de sesenta a sesenta y cinco escaños, y esta vez no nos empujarán de acá para allá como a parientes pobres. El partido autonomista irlandés será el que inclinará el fiel de la balanza entre los conservadores y los liberales de Gladstone y ¡por Dios que al partido gobernante le haremos pagar el precio de nuestro apoyo!

Bien, esas palabras templaron los ánimos, excitando a la muchedumbre a prorrumpir en vivas y aplausos.

—Si os fijáis en la línea de mi nariz y en el acento de mi voz conoceréis que soy, pura y simplemente, un «Paddy» más. No os dejéis engañar por mi traje bonito y mi nombre… Soy tan mick[2] *como el que más de esta sala y no tiemblo de miedo delante de ningún inglés. Por mi propia experiencia en Westminster os digo y repito que ningún inglés nos entenderá jamás; pero puesto que hemos de tratar con ellos, Gladstone es el mejor perro del cubil. Gladstone conoce la realidad de la autonomía irlandesa. No seguiremos siendo aquella pobrecita gente rara, que vive en chozas, ignorada por los concejos y los ministros de Su Majestad. ¡Bajo Charles Stewart Parnell seremos los forjadores de nuestros propios destinos!*

Se lo digo a ustedes, esto aceleró a la vieja sangre por las venas. La desharrapada masa congregada allí pedía a gritos que Desmond Roche continuara hablando. Él emprendió el ascenso de la montaña de ganancias que nos habían proporcionado la Liga Campesina y nuestra lucha interminable contra la Corona, y exhortó a la andrajosa legión que tenía delante a que doblara y triplicara sus esfuerzos, durante los días venideros. Cuando por fin pudo sentarse, el público, puesto en pie, le dedicó una tremenda ovación.

Cuando Kevin pudo restaurar el orden, nos invitó a que hiciéramos preguntas. Y parecía como si Desmond Roche tuviera respuestas en los labios aun antes de que las preguntas hubieran salido de los nuestros, ¡tan listo era aquél hombre! La ceremonia tocaba a su fin, y Tomas Larkin se puso en pie. Todo quedó en un silencio, porque Tomas era alto y fornido y todo el mundo estaba enterado de su heroísmo en la barricada de William Street.

—Queda todavía una sola pregunta —dijo Tomas—, una pregunta que es como una llama encendida desde el comienzo. Es una pregunta que yo no sé responder

cuando me la hacen, y que nos lleva a la desesperación. Aun en el caso de que consiguiéramos una ley de autonomía para Irlanda, dígame, en nombre de Dios, ¿qué le impedirá a la Cámara de los Lores interponer su veto?

—¡Yo responderé a esa pregunta! —gritó alguien desde el fondo.

Los cuellos se estiraban. Había otro sujeto elegante allá detrás. Desmond Roche saltó sobre una silla y gritó pidiendo atención.

—¡Caballeros! ¡Escuchadme! Esta mañana en mi hotel he recibido un telegrama de Parnell, expresando la profunda inquietud que le causan los disturbios ocurridos aquí. Decía en su mensaje que si era humanamente posible, vendría a Derry hoy mismo. ¡Caballeros! Tengo muchísimo gusto y me siento altamente honrado presentando a mi íntimo amigo, al hombre a quien Irlanda ha llamado y que ha contestado a la llamada. Os entrego vuestro jefe… ¡CHARLES… STEWART… PARNELL!

¡Oh, santa Madre, jamás creí que pudiera vivir lo suficiente para verle en persona! Ahí venía, andando tan tranquilo como usted quiera por el centro de la sala, lo mismo que Jesús sobre las aguas. ¡Erguido! ¡Alto! ¡Majestuoso! ¡Guapo! Santa Madre, era guapo, ¡guapo como el mismo Jesús! Todo el mundo se había subido a las sillas y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, algunos hombres se pusieron a llorar y a saltar, y él seguía tan tranquilo como en un paseo dominical, estrechando las manos que le buscaban y saludando con la cabeza, como un rey. Sí, era el mayor de nuestros caudillos exaltado por sus guerreros… y él, en cambio, se comportaba con tan impasible dignidad.

Cuando se encontraba ya a la mitad de la sala y los ayudantes trataban de abrirle paso, el griterío tomó forma.

—¡Parnell! ¡Parnell! ¡Parnell!

—¡Parnell! ¡Parnell! ¡Parnell!

El grito aumentaba, se elevaba, estremecía las vigas y ascendía derechamente hacia el cielo. El crescendo fue realmente enloquecedor cuando, ayudado por varias manos, subió al estrado y saludó, mientras el público seguía rindiéndole homenaje apasionadamente.

—¡Parnell! ¡Parnell! ¡Parnell!

Él levantó las manos, pidiendo silencio, y a los pocos segundos se habría oído el murmullo de un duende.

—¿Quién ha hecho la pregunta? —pidió, con un acento muy británico.

—Tomas Larkin, de Ballyutogue.

—¿El hijo de Kilty?

—Sí.

—Me siento muy honrado —respondió Parnell.

¿Podrían creerlo? Charles Stewart Parnell de pie allí, tan cerca que me habría

bastado estirar el brazo para tocarlo ¡y diciendo que se sentía muy honrado de poder saludar a Tomas!

—La cuestión es ésta, Tomas, y todos los demás que se hayan hecho la misma pregunta, la cuestión es que no se trata de una batalla de un solo día. Ninguna ley, ninguna disposición legal, por sí solas, terminarán la lucha. Esto es una guerra, una guerra que sólo terminará cuando Irlanda haya conseguido la independencia total. En el pasado hubo batallas, dirigidas por Wolfe Tone y O'Connell; batallas para la conquista del suelo y de la libertad religiosa. La autonomía es la batalla de hoy, la estrategia de hoy en esa guerra. Con esta elección conseguiremos que Irlanda y la cuestión irlandesa se conviertan en el problema más importante de toda la política británica. Utilizaremos todas las tácticas parlamentarias que tengamos a mano para sacar el mayor partido de la atmósfera de liberalismo actualmente en boga. Un veto, o dos, o tres, de los lores podrán aplazar, nada más, la carrera hacia la autonomía, pero jamás podrán desviarla.

Evidentemente, la cuestión quedaba tan clara que hasta yo la comprendía. Parnell habló con voz calmosa y siempre competente de todos los problemas, fuesen de la clase que fueren, que le consultaron. Su lógica, su tranquila resolución se contagiaba a todo el mundo, elevaba todos los espíritus. Conor había escuchado todo el rato boquiabierto, como un aguilucho hambriento. Cuando se dio por terminada la reunión, fue el primero en llegar junto a Parnell, y aunque había una agitación y un revuelo indecibles en torno al jefe, se produjo ante mis ojos un acontecimiento mágico. Conor Larkin y Charles Stewart Parnell parecían estar solos en la sala y hablándose, aunque sin palabras, como si cada uno de ellos hubiera hecho vibrar una entraña muy profunda del otro. Parnell levantó la mano y cogió la de Conor, y Conor hizo una mueca de dolor, y creo que fue entonces cuando Parnell vio las otras heridas y cardenales. Y lo supo al momento.

—¿Eres el hijo de Tomas Larkin?

—Sí, me llamo Conor.

—Yo me hospedo en el Donegal House. ¿Por qué no pasas por allá, digamos dentro de una hora, y charlaremos?

—Oh, no podría, señor; al menos sin mi amigo Seamus.

—Claro, quise decir que pasarais los dos.

Yo estaba tan excitado que cuando nos acercábamos al Donegal House faltó poco para que vomitase. El vestíbulo estaba lleno de figuras políticas, de solicitantes y de visitas, pero ¿no saben?, el mismísimo Desmond Roche nos aguardaba y nos hizo pasar antes que a nadie, introduciéndonos en el salón de Charles Stewart Parnell.

Allí estábamos los dos, de pie, solos delante de Parnell. Yo sentía el impulso de ponerme de rodillas y rezar; pero me arrimé bien a Conor y procuré responder sensatamente a las preguntas que me dirigió aquel hombre. Él y Conor conversaron,

durante una eternidad, casi diez minutos enteros, cuando he ahí que Parnell cogió algo de encima de la mesa.

—Me gustaría que te quedaras con este libro, Conor, y, por supuesto, debes compartirlo con Seamus.

Conor se humedeció los labios y se esforzó por leer la cubierta. Luego movió la cabeza y lo devolvió.

—Darme este libro seria perder el tiempo —dijo.

—Veamos, tú tendrás el propósito de saber leer perfectamente algún día, ¿verdad que sí?

—Sí, lo tengo, señor Parnell.

—Guárdalo para entonces. Se titula Los derechos del hombre y es obra de un americano llamado Thomas Paine. Contiene unas cuantas ideas importantísimas que deberías conocer.

Parnell puso el libro en las manos de Conor, y éste bajó los ojos, que estaban a punto de llenársele de lágrimas.

—Señor Parnell —susurró—, ¿por qué diablos está perdiendo su tiempo con un don nadie como yo?

Charles Stewart Parnell levantó ambas manos, y con la izquierda tocó a Conor, y a mí con la derecha.

—Ese es uno de los mayores problemas que tenemos aquí en Irlanda. Nos hemos sentido don nadie durante muchísimo, demasiado, tiempo. Tú eres alguien, Conor Larkin… ¿Me entiendes, muchacho?

—Sí, le entiendo —contestó él.

Mientras Conor retrocedía para salir de la habitación, yo no pude resistir el impulso que me arrastraba hacia Parnell. Le rodeé con los brazos y le dije:

—Dios le bendiga, señor Parnell.

Tendidos en el heno, nos pasamos la noche entera agarrados a aquel momento, negándonos a soltarlo. Conor hojeaba el libro, recogiendo aquí y allá palabras que sabía. Tarde, muy tarde, vino Tomas a ver cómo estaban nuestras heridas y a abrigarnos. Se adivinaba en él una profunda tristeza. Había traído a Conor a Derry para deshechizarle, para enseñarle realidades feas. Y en cambio el fuego había prendido en Conor y no se le apagaría en toda la vida, y su padre se sentía terriblemente afligido.

15

Sir Frederick llamó vivamente a la puerta con la empuñadura del bastón. Caroline la abrió de par en par, ilusionada. El calor del abrazo de oso que dio a su padre revelaba que su venida le tranquilizaba. Los tiempos han cambiado, se decía sir Frederick. En días pasados habría tenido que revolver toda la orilla izquierda para acabar encontrándola en algún cuarto piso abandonado de Dios de un edificio sin ascensor. Aunque las habitaciones que ocupaba ahora en el Ritz estaban más a tono con su posición social, apenas concordaban nada con su antiguo espíritu bohemio. Caroline estaba singularmente pálida y parecía muy nerviosa.

Caroline no le había escrito a su padre que viniera a París, pero tampoco que no viniera. Lo que leyó entre líneas y unas leves insinuaciones involuntarias inquietaron suficientemente a sir Frederick como para hacerle emprender el viaje. Después de acomodarse en una *suit*e del fondo del pasillo y devorar la siempre anhelada cocina francesa, el padre trató de abrirse paso, poquito a poco, hacia el origen del desconsuelo de su hija.

—¿Has encontrado obras interesantes?

—Empiezan a escasear —respondió Caroline—. Toda la escuela impresionista en peso se está convirtiendo en víctima de su propio triunfo. Actualmente corren por ahí demasiados imitadores malos. Y los precios a que se pagan los Corots y los Ingres son francamente exorbitantes.

—Hummm —el padre iba tanteando con estúpidos rodeos. Caroline se ponía irritable—. ¿Qué, te has divertido mucho?

—No me he divertido nada, y tú lo sabes muy bien —estalló.

—¿Qué pasa, Caroline?

La joven fue hasta las puertas vidrieras, las abrió y salió al balcón. El padre siguió tras ella. Desde allí se dominaba plena, estupendamente, la magnificencia de la plaza Vendôme y su concurrida columnata.

—No puedo creer que todos los artistas hayan abandonado París —comentó el padre.

—Parece que todos se han hecho mayores —respondió ella—, y yo también —jugueteaba con el seto verde del balcón—. Creo que voy entrando en años. Encuentro a los jóvenes terriblemente aburridos, importunos, jactándose de una hombría que no han conseguido y muy probablemente no conseguirán nunca, y, además, son unos amantes horribles. Nunca sabrán sustituir por un poco de delicadeza sus cargas de caballería frontales. Hasta el bueno y fiel Claude Moreau se pasa los días en unos cafés insoportables, que en otro tiempo me parecían deslumbrantes, charlando interminablemente de cosas que antes me parecían o trascendentalísimas o muy divertidas. Para subir las escaleras de su cubil se tarda demasiado rato, tiene la cama

demasiado dura y el agua excesivamente fría. La verdad es que siempre está con un pie descansando sobre una silla y una almohada por culpa de una gota que él irrita incesantemente consumiendo enormes cantidades de vino tinto barato. Es un alcohólico incorregible. Oh, Freddie, lo he pasado muy mal.

Padre e hija sumaron sus fuerzas para exhalar un suspiro al unísono.

—¿Qué piensas que deberíamos hacer? —preguntó él.

—Marcharnos corriendo, imagino.

Un aire frío les hizo entrar de nuevo en el salón. Las primeras palabras de capitulación oídas de labios de su hija hubieran debido causar una especie de placer perverso al padre; pero éste sabía desde siempre que una de las bases más firmes del amor que los unía era el respeto y la admiración que sentía él por el carácter independiente de su hija. Ahora deploraba verla derrotada.

—Imagino que la diversión de toda mi vida ha consistido en huir lejos de ti —dijo Caroline—. Mientras he podido justificar esa clase de juego, por muy ridícula que fuera la excusa hallada, lo encontraba todo muy divertido. Divertido mientras me fue posible argumentar, justificar ese ir probando la salsa de todas las cazuelas, ese cultivar mis propios caprichos de niña malcriada. Y ahora me encuentro, de pronto, con que la vida ha perdido repentinamente parte de su contenido. Ya no reboso de alegría ni pierdo el sentido montando ese tiovivo, ni me deleita atraer tus iras sobre mi cabeza. Parece llegado el momento de que me gane la travesía, y todo indica que Roger Hubble es mi travesía.

Weed se aflojó el chaleco, la corbata y el cuello de la camisa con gesto mohíno.

—Una vez dije que te dejaría contraer un matrimonio no demasiado satisfactorio; pero no quiero verte en una situación que haya de hacerte desgraciada.

—No es Roger Hubble la causa de mi desdicha, sino lo que él representa: el final de la locura, el paso del ecuador y la llegada a la mayoría de edad de Caroline Weed.

—¿Crees que tendrás una buena perspectiva con él?

—Si me adapto y tomo las cosas como son, Freddie, lograré que salga bien.

—Pienso que hemos llegado al final de un juego que hasta a mí me divertía bastante —dijo Weed—. Me sabe mal reconocerlo, pero resultaba divertido, de verdad. Ojalá pudiera declararme entusiasmado por tu decisión.

—Freddie, yo quiero ganarme el pasaje realmente. La conmoción que he sufrido nace de ahí, de haberme dado cuenta de esta realidad.

—Cuando las aguas hayan entrado por su cauce —comentó el padre, con un movimiento afirmativo—, comprenderás, pienso yo, que has tomado una decisión sensata. Roger es un hombre de los que corren pocos.

—¿Quieres que te diga una cosa? Me asusta un poco. Mientras parece estar comportándose de una manera banal, ve perfectamente todo lo que hay en mi interior y deja que me entregue a mis ridículos jueguecitos.

—Sé qué quieres decir —asintió el padre—. El brigadier fue el primero que vio en él esta cualidad. Roger siempre camina más adelante, siempre lleva ventaja y espera que le alcances. Posee unos toques sutiles de dominio, delicadeza en las negociaciones, unos dedos expertos en tomar el pulso a los tiempos y una mirada de águila para el futuro. Es un pensador; su redomada mente es como una trampa. Nunca le sorprendes embistiendo a diestro y siniestro como los toros Weed. Obsérvale bien, será una de las personas clave a la hora de señalar los destinos del Ulster.

Padre e hija dejaron esta realidad calara más adentro de sus espíritus durante el té.

—Y ahora que estoy a punto de cruzar el Rubicón —dijo Caroline—, hasta es posible que me deje entusiasmar por la perspectiva.

—¡Magnífico! —exclamó sir Frederick—. Así es como tiene que ser. Bueno, pues, démosle un empujoncito al negocio, ¿no te parece?

El viaje a Hubble Manor lo prepararon, ostensiblemente, como para concluir con cierta solemnidad las negociaciones habidas entre lord Roger y el brigadier Maxwell Swan. El muelle de despalmado de Barcos y Trenes, y los Talleres de Fundición y Maquinaria eran modestas empresas orientadas a la reparación y readaptación de barcos en servicio entre Londonderry y el noroeste de Irlanda, aparte de algún visitante ocasional dañado por una tormenta. La parte del recinto dedicada a la fabricación monopolizaba la metalurgia del hierro para tres condados. Sir Frederick se brindó generosamente a comprar las acciones de todo el mundo, excepto las de Roger, con objeto de tener los mismos derechos en la empresa. Una de las condiciones para esta transacción era la de que Weed modernizaría la compañía, pues al igual que la mayoría de industrias de Londonderry, había quedado bastante anticuada.

Esta compra de la mitad de un muelle de despalmado tenía más de simbólica que de práctica. Era un gesto que venía a expresar de modo inconfundible que sir Frederick y los demás industriales de Belfast reconocían el derecho de Londonderry a conservar sus mercados. Más aún, equivalía a una declaración tácita de que el Oeste quedaría inscrito dentro de Belfast, exclusivamente en los futuros programas para el Ulster. Lo cual representaba una victoria aplastante de Roger Hubble y señalaba el advenimiento de una atmósfera favorable a futuras asociaciones entre los dos extremos de la provincia.

Apenas firmado este compromiso, ambos empezaron a olisquear la posibilidad de establecer una moderna casa de máquinas y un taller de reparaciones en Londonderry. Lo cual insinuaba la posibilidad de una futura fusión de ferrocarriles para dar nacimiento a la línea trans-Ulster.

Aunque todo se llevó con gran sutileza, no cabían falsas interpretaciones sobre los significados ocultos puestos de relieve por la presencia de Caroline Weed. Presencia

que Roger aceptó como algo que se da por descontado, aunque fingiendo conceder poca importancia a los manejos y propósitos que roncaban bajo la superficie. Era la primera vez que a los Weed, padre e hija, los manejaban de aquel modo. No por haber conseguido la ventaja en el juego se pagaba de sí mismo, ni hacía el fanfarrón.

Hubble Manor y Londonderry se le antojaron a Caroline simplemente tolerables. El castillo contenía la misma mohosa colección de reliquias antiguas que ella recordaba de años atrás. Se necesitarían años enteros y sería preciso someter las arcas a un severo ataque para que a sus ojos aquello quedara un poco habitable. Además, se hiciera lo que se hiciese, Londonderry nunca dejaría de estar en provincias. Si el Ulster era un desierto en lo cultural, Londonderry era el horno del suelo del desierto. Aquella situación tenía sus visos y ribetes de desafío. Recomponer Hubble Manor podía convertirse en manantial de satisfacciones, y la idea de intentar civilizar Londonderry tenía sus aspectos interesantes. Caroline fue aceptando poco a poco las circunstancias, y olvidando su intención de volverles la espalda. Pero la muralla increíble, sorprendente, con que tropezaba Caroline era la falta absoluta de correspondencia por parte de Roger. Él joven Hubble seguía portándose como un anfitrión encantador, pero completamente encerrado en sí mismo. Caroline comprendió claramente que tendría que ser ella quien pasara al ataque.

Un día, mediada la tarde, se introdujo en el Long Hall, parte del primitivo castillo que había sobrevivido satisfactoriamente intacta a través de incendios y saqueos. Era esta dependencia una especie de caverna gargantuesca, con una boca enorme, de magnífico estilo gótico, llena de óleos de dimensiones enormes que representaban a toda la estirpe del condado.

—¡Ah! ¿Estás ahí? —gritó Roger desde el otro extremo—. ¿Cómo diablos encontraste la entrada?

—La puerta trasera estaba abierta; fuera llovía, y Freddie me enseñó ya de pequeña que me librase siempre de la lluvia.

Roger hizo como que olisqueaba la humedad y las tinieblas.

—Me temo que habría que alegrar esto un poco. No creo que lo hayamos utilizado desde que mi padre abandonó la vieja finca.

—Una tropa que intimida —dijo Caroline, indicando con un movimiento de cabeza la hilera de pinturas que cubría los cuarenta y cinco metros de longitud que habían dado nombre al vestíbulo.

—Una galería de bribones —dijo Roger—, de canallas. —El joven dio unos pasos y se plantó delante de Calvert Hubble, primer conde de Foyle, patriarca de la dinastía. Él y Caroline levantaron los ojos hacia la pintura clásica de un guerrero, esforzado jinete que se lanza a la carga el primero de todos—. Lord Calvert no tenía nada en pequeñas dosis —comentó Roger—. Cuando la flota isabelina atracó en Kinsale para ultimar la conquista de los enojosos celtas y los renegados normandos,

Calvert se escapó solo, efectuó una larga correría costa arriba y penetró en Lough Foyle, reclamando como suyo hasta el menor pedacito de suelo que hubiera pisado. —Roger levantó la punta del pie, llenando el aire de gestos que a Caroline habían llegado casi a gustarle—. A Calvert le concedieron una baronía en pago de sus servicios, pago que apenas bastaba para abrirle más el apetito. Su generosa fantasía contribuyó a convencer al rey de que había que cultivar las tierras del Ulster. Comprando tierras a un penique el acre, fundó un condado, después vendió grandes parcelas con su poblado, incluso a quinientas libras parcela. Con mil libras se compraba una baronía entera. Una buena granja del terreno de los O'Neill la habían tasado en cinco libras. Como era casi imposible rehusarla a este precio, vinieron acá millares de escoceses leales.

»Ese avaricioso sujeto poseía escrituras sobre terrenos a ambos costados de Lough Foyle; detentaba los derechos de pesca sobre la bahía y hacía pagar un impuesto a todos los barcos que entraban o salían de Londonderry. Avanzando siempre hacia el este, Calvert creó el título de vizconde de Coleraine, que yo llevo con cierta aprensión. El título quedó reservado para los futuros herederos varones con objeto de reclamar los asentamientos de los alrededores de Coleraine y de la desembocadura del río Bann como pertenecientes al condado. ¡Ah! Quiso la fortuna que fuera a topar con los Chichester, que estaban zampando tierras y más tierras desde el este hacia el oeste, igual que hacía él partiendo del oeste y avanzando hacia el este. Se dice que el día que otorgaron los derechos de pesca sobre el Bann y la bahía de Neagh a los Chichester, lord Calvert sacaba espumarajos por la boca como un hombre lobo.

Caroline soltó una carcajada tan franca y sonora que por un instante parecía que era su padre el que se reía.

—Sin arredrarse por el tropiezo —prosiguió Roger—, Calvert continuó presionando. Para asegurarse la defensa del condado, urdió otra ingeniosa patraña, convenciendo al rey de que arrendase la ciudad de Derry, toda entera, a los gremios de Londres. Para dirigir esta empresa, se creó la Honorable Sociedad Irlandesa, y la ciudad fue rebautizada con el nombre de Londonderry, que los indígenas todavía no admiten. Como superintendente de la primera colonia inglesa, lord Calvert dirigía o manipulaba todos los asuntos comerciales, agrícolas, militares, políticos y financieros, hasta que a los cuarenta y cuatro años, murió prematuramente por culpa de la bebida y el libertinaje.

—Tengo la impresión —dijo Caroline— de que te gustaría horrorizarme, si pudieras.

—¿Horrorizarte? ¡No, buen Dios! —contestó Roger, alejándose con paso rápido —. Lo cierto es que he sido muy generoso con Calvert. Ven por acá —pidió, tratando de no percibir la proximidad de aquella mujer—. Aquí tienes a mi candidato personal

para el «Hubble de los Hubbles», el número tres: Sidney. Viendo ese porte suyo, vivo y noble, nadie creería que era un bicharraco asmático, aunque también un general sorprendente. Fue el brazo derecho de Cromwell en el Ulster occidental y en tal función dirigió tres de las carnicerías más notables de la historia de Irlanda. Como en la Tesorería británica no había dinero para pagar las locuras de Cromwell, se deportaba a los católicos, según sabes, al oeste del río Shannon, y así reunió tres millones de acres, cien mil de los cuales se apropió lord Sidney. Con muy buen criterio, donó grandes extensiones de dichas tierras a los soldados de Cromwell, en concepto de recompensas, formando así un ejército particular dentro del condado. El cuerpo de alabarderos creado por aquellos chavales se ha conquistado una fama amedrentadora… y no sin motivo.

El resto de la fila eran hombres de talla más o menos reducida. La serie se prolongaba hasta la entrada principal del Long Hall, que había permanecido cerrada durante años.

—Mi abuelo, lord Morris, el conde del hambre —señaló Roger—, y mi padre, lord Arthur, el único Hubble que ha vestido el traje de marino. —A Roger se le había agotado súbitamente el chorro de nerviosa locuacidad y no sabía qué hacer de sí mismo.

Caroline se acercó a una cancela de hierro forjado, muy maltratada por cierto, que cubría casi toda la anchura del vestíbulo de entrada.

—Esto es magnífico —dijo—. Habría que restaurarlo.

—Nunca me había fijado mucho —contestó Roger.

La joven tocó el hierro, levantó la vista hacia su elevada cima, y luego se volvió, pausadamente, hacia el joven Hubble.

—Quizá debería encargarme yo —le dijo.

—Ah, comprendo —contestó Roger, incómodo.

—Roger, una vez me dijiste que no tenías ni la más ligera idea de qué debías hacer para enamorarme. Ahora yo me encuentro en la misma situación respecto a ti. Eres un enigma, una evasiva. Ahora que tienes a los Weed plegándose a tus deseos como corderitos mansos, ¿qué te propones?

Roger Hubble se sonrojó, evitó la mirada de Caroline y se escabulló hacia un polvoriento sillón labrado, de alto respaldo, que casi parecía un trono.

—La verdad —dijo— es que he meditado muy a fondo este asunto.

—¿Y qué has decidido?

—Tú eres una muchacha increíblemente mimada, astuta y dominadora, y no quiero pasarme el resto de la vida en un combate de esgrima contigo. No quiero mirarte a los ojos preguntándome qué taimadas cosillas bullen por tu cerebro. Para citar al bueno de sir Frederick, yo puedo vivir tan ricamente sin toda esa connivencia femenina. Tampoco quiero sentirme agitado por un ataque furioso de celos cada vez

que te pongas a jadear mirando los músculos sudorosos de un trabajador medio desnudo. No me convertiré en un acróbata de tocador de señora siempre en activo por miedo a una banda de tenorios y libertinos anónimos.

Aquí la antigua Caroline volvió por sus fueros, arqueando el lomo enérgicamente.

—¡Y por si debes saberlo, yo no quiero tu condenado título, ni quiero pasarme el resto de la vida haciendo que esta desdichada monstruosidad se vuelva habitable, ni hay en toda tu persona ninguna gran maravilla de Dios!

—Tienes muchísima razón, Caroline —contestó mansamente Roger—. No hay nada excesivamente atractivo; ése es el caso.

—¡Y mira que Londonderry…!

—También en esto tienes muchísima razón. Tú no has nacido para vivir exiliada en las colonias. Habrás advertido, sin duda, que aquí no hay retratos de las mujeres de la familia Hubble. Fueron elegidas por su recato y su capacidad de procrear. En cuanto a mí, pienso que también me llevaría mucho mejor con una persona más bien sencilla, sumisa y bovina.

—¡Cochino canalla! —exclamó ella en un alarido, tirando de la portezuela de la reja para escapar de allí.

—Me temo que tendremos que salir por el otro extremo —advirtió el dueño de la casa.

Caroline giró en redondo y pasó en tromba junto a él, escupiéndole de nuevo el calificativo:

—¡Canalla!

Era un vestíbulo muy largo, lo suficiente para que la humildad, una virtud desconocida por los Weed, se filtrara adentro de su pecho. Caroline fue acortando el paso hasta detenerse a mitad del trayecto, y se quedó inmóvil, temblando de ansiedad hasta que Roger casi la tocaba.

—Es muy bonito eso que dices, Caroline; pero yo soy un tipo corriente y vulgar. Jamás toleraría las aventuritas fuera de casa de mi mujer. Llamando a las cosas por su nombre, soy algo así como un zapato viejo.

—¡Por el diablo lo serás! —exclamó ella—. Roger, sé que eres el amo.

Él se encogió de hombros.

—Sólo porque me muestro un poco imperativo con una persona para quien esto es una novedad; pero no me apetece hacer el papel de Bautista con Katherina. «La fierecilla domada» no fue nunca mi tema shakespeariano preferido.

Las manos de la mujer se levantaron para cogerse a los brazos del hombre, al que se arrimó con delicadeza exquisita.

—Probemos una vez si nos avenimos y veremos qué tal va —suplicó ella—. Por favor, hombre, que estás encendiendo en mí los fuegos del infierno.

Los ojos de Roger se dulcificaron y abandonaron las reservas por primera vez

desde que ella le conocía. Con voz entrecortada y un gesto afirmativo, el joven Hubble contestó:

—Creo que me gustaría.

El pabellón de caza de los Hubble, Knockduff, estaba enclavado en un bello paraje de los montes Urris, en la otra parte de Inishowen, entre los cabos Lenan y Dunree, con una obsesionante panorámica sobre la bahía Swilly.

A pesar de tantas incertidumbres en cuanto a si era el tipo adecuado para amante de Caroline, Roger Hubble era sólo un hombre. En fin de cuentas, no estaba dispuesto a dejarla marchar…, como tampoco ella estaba dispuesta a renunciar a él. Ambos demostraron comprender, profunda aunque calladamente, la esencia de la unión de una pareja, fundiéndose el uno con el otro como dos grandes fuerzas que se respetaban recíprocamente por completo, dispuesto cada uno a someterse al otro en aquellas cosas que el otro era superior. Dispuesto cada uno a idolatrar, magnificar, absorber la fuerza del otro, en lugar de atacarla. Y finalmente, una especie de miedo acabó de cimentar la unión. Ahora que habían llegado hasta este punto cada uno por su parte y habían hecho este descubrimiento juntos, el miedo de perderse, el uno al otro, señaló de una vez y para siempre el fin de los juegos estúpidos entre ellos.

Como regalo de bodas para su suegro, lord Roger fundió sus líneas ferroviarias con las de sir Frederick, creando el primer ferrocarril trans-Ulster, y la vizcondesa Caroline ingresó en la camada de los Hubble para empezar su reinado.

16

Nos acercábamos a la época de la cosecha con paso inseguro. Las elecciones eran como un peso tremendo, amenazador, que pendía sobre nosotros. Los rumores se sucedían, repentinos como rayos de verano, preñados de malos agüeros. Se hablaba de la caída vertical de los precios de la lana, los cereales y el ganado, de un recorte de los beneficios comerciales y de imponer derechos de aduana a Irlanda. También circulaban rumores sobre aumentos de los precios de los arriendos y sobre nuevas evicciones. Mientras el padre Lynch y otros agentes de Dios y la Corona despotricaban incesantemente contra los impíos fenianos, el mayor Hamilton Walby se convertía en un demagogo, al estilo del reverendo O. C. MacIvor. Lo malo del hacendado era que cuanto más se enfadaba más se le embarullaban las palabras, hasta hacerse incomprensibles. La campaña electoral, moderada al principio, había degenerado en un ensayo de fanatismo. «Autonomía», «Kevin O'Garvey» y «Parnell» se habían convertido en las blasfemias más indecentes del idioma.

La época de la cosecha era siempre tiempo de ansiedad, porque establecía el balance del trabajo del año y señalaba el momento en que ya no se podía eludir la respuesta a cómo sobrevivir durante el invierno. Hamilton Walby había logrado sembrar el miedo a las represalias que una victoria del partido irlandés desencadenaría.

El Royal Irish Constabulary irlandés, que contrataba a muchachos campesinos empobrecidos bajo sueldos míseros y había instaurado el soborno y la confidencia como una manera de vivir, se beneficiaba por aquellos días de un Hamilton Walby y un Roger Hubble singularmente generosos. Los demás vivíamos con un nudo corredizo en el cuello, nada flojo precisamente. Continuamente identificaban sediciosos auténticos o imaginarios y procedían a otras detenciones de carácter público.

Estábamos trastornados. Los hombres de la especie de Tomas Larkin y Daddo Friel tenían muchos problemas por conservar la unidad. Al acercarse la fecha de las elecciones, emergió de pronto a la superficie la fea amenaza del «secuestro», una práctica abandonada desde hacía lustros. El secuestro consistía en apoderarse del ganado y las herramientas si se retrasaba en el pago de las rentas o los préstamos. Para que los constabularys *entraran en acción bastaba con la sola palabra del dueño de la tierra, y a menudo sin proceso legal. Si a uno le quitaban el ganado y los aperos, se veía obligado a aceptar el dinero de un prestamista a unos réditos exorbitantes para poder pagar el rescate y seguir viviendo. Con gran frecuencia el ganado lo trasladaban a lugares designados para guardarlo, a varias millas del domicilio de sus dueños, y mientras duraba el secuestro de los animales no los alimentaban. Lo cual, sumado a las fatigas del regreso, originaba a veces tales*

pérdidas de peso que el grano que se necesitaba vara hacérselo recuperar se llevaba todas las ganancias que hubiera podido rendir.

Kevin O'Garvey y la Liga Campesina tuvieron que emplear más de dos semanas de forcejeos legales para poner fin a los secuestros; pero por entonces el mensaje que se nos dirigía había llegado sobradamente a su destino, y el mal ya estaba hecho

Luego vino la notificación de que todos los colegios electorales se montarían en las plazas de los pueblos o bien en el centro de zonas con gran densidad de población protestante. Antiguamente, los terratenientes utilizaban papeletas de votación de determinados colores, para controlar las elecciones, y Dios se apiadase del arrendatario que osara rebelarse. Aunque para estas elecciones habían prohibido las papeletas de colores, obligarnos a votar en barrios hostiles venia a resultar casi lo mismo.

Una semana antes de las elecciones, se puso en juego una última intimidación. En todas las comunidades católicas pegaron carteles ofreciendo empleos de una semana de duración en la cantera y como peones en ferrocarriles, carreteras y canales. El quid estaba en que a los únicos que se contrataba era a los que tenían voto, y el período de trabajo los tendría lejos de su pueblo el día de las elecciones. A los nuestros los llevarían en barco a Sligo y a Meat, a pesar de que en los mencionados lugares había cientos de parados que habrían podido ocupar los puestos.

Sumado y mezclado todo, el plan consistía en alejar a más de quinientos votantes del distrito, número suficiente para asegurar la victoria de Hamilton Walby. Sólo un idiota sin remedio habría dejado de ver lo que se escondía tras este soborno; pero nuestra situación económica era tal que pocos pudieron resistirse. Además, nuestra gente calculaba que, de un modo o de otro, Walby robaría las elecciones, después de todo; por consiguiente, muy bien podían aprovechar aquella semana suplementaria de trabajo. Se repetía en pequeña escala lo del 1800, cuando los ingleses sobornaron al Parlamento de Dublín para que se autodisolviera y aceptara la Ley de Unión con Inglaterra. En aquella pretérita fecha lo consiguieron creando nuevos pares irlandeses en la Cámara de los Lores y manipulando escaños en la de los Comunes. Este soborno de ahora no tenía tanto alcance, ni mucho menos, pero lo habían calcado sobre el mismo sucio modelo.

No había más que una manera de combatir la estratagema. Tomas Larkin, Daddo y los demás cabecillas del partido irlandés se reunieron y acabaron por acordar que a todo el que se presentara para los empleos citados se le sometería a un ostracismo total. Pero si Hamilton Walby echaba mano de armas pretéritas para sus tácticas, nosotros esgrimíamos otras más antiguas todavía. El ostracismo era la más terrible que se pudiera emplear contra nuestra gente. El castigo de los renegados haciéndoles objeto del boicot de la comunidad, habida cuenta de nuestro estilo de

vivir siempre tan unidos, era una prueba que pocos hombres serían capaces de soportar. Uno corría el peligro de que sus vecinos no volvieran a dirigirle la palabra en toda la vida.

Tal era la atmósfera en la víspera de la primera elección libre que se celebraba en Ballyutogue después de siglos de dominación británica.

Conor, Tomas y yo bajamos a la plaza. Me pareció la caminata más larga de mi vida. Reinaba una tensión abrumadora. Sabíamos que el hacendado y los orangistas no se rendirían caballerescamente, y nos habíamos preparado a todo evento. Los demás hombres de la parte alta del pueblo aguardaban en el cruce de caminos, para ver si Tomas lograba salirse con la suya. El miedo paralizaba a todo el mundo. Nuestra gente no entendía bien el proceso de depositar el voto; se sentía confundida como si se tratara de una carga más, y no quisieran llevarla.

La noche anterior, sin ir más lejos, Tomas confesó que habían querido sobornarle, ofreciéndole tantas tierras como ya tenía, y, además, fértiles y libres de deudas. Imagino que nos lo dijo para que supiéramos que él perdía más que nadie al emitir el voto.

Cuando llegamos nosotros tres, la plaza parecía una concentración de orangistas, aunque sin tambores. El silencio, un silencio feo y penetrante, nos saludó desde unos ojos encendidos, inflamados todos por el odio. El colegio electoral se encontraba arriba, en la cámara del magistrado, aquella misma sala del jurado que había administrado justicia a los labradores irlandeses durante cerca de doscientos años. Nosotros nos quedamos allí de pie hasta que el reloj dio la hora en que debía abrirse el colegio electoral, momento en que empezamos a cruzar la plaza.

Causaba extrañeza ver a Luke Hanna viniendo hacia nosotros. Había sido siempre un hombre razonable, pero era gran maestre, y de los más entrados en años, y volvía con los de su especie. Luke y Tomas se miraron de hito en hito durante toda una eternidad. Luke se sentía desconcertado; evidentemente, no esperaba ver a Tomas por allí. No podía creer que hubiera rechazado el soborno. Él y el hacendado se equivocaron lamentablemente al creer que habían encontrado su precio.

—¿Qué estás pensando, Luke?

—Te convendría reflexionar sobre las desventajas de lo que vas a hacer; y reflexionar en bien de tu pueblo —respondió Luke, atropelladamente.

—Apártate —le pidió Tomas.

Luke Harina sintió pánico, pues sabia que tendría que derribar a Tomas Larkin para que los otros volviesen la espalda como corderos. En un barullo no había ni que pensar, pues eran demasiadas las cosas que convenía tener en secreto y no podían exponerse a que una investigación ulterior las hiciera salir a la luz del día.

—Este año no compraremos lino —dijo Luke—. Y que ninguno de tus muchachos busque trabajo como arriero, y tampoco en los muelles.

Luke se difuminaba bajo la mirada de su antagonista y retrocedió un paso; aunque luego, cuando Tomas pasaba junto a él, lo cogió por el brazo.

—No seas tonto, Tomas. He visto un plan magistral para quitaros una tercera parte de los campos. Si tu gente vota hoy, lo pondrán en práctica; y tú cargarás con la responsabilidad de lo que ocurra, si entras ahí.

Alrededor de la plaza, los orangistas se acercaban lentamente, como una turba dispuesta para un linchamiento. Tomas los miraba casi risueño.

—Ninguna de las royas que han asolado nuestros campos se puede comparar con la roya humana que nos llegó del otro lado del mar de Irlanda. ¿Por qué no declaráis la guerra a vuestra propia ignorancia?

Estas fueron las palabras de Tomas Larkin al entrar en la sala del tribunal del magistrado, firmar en la lista y pedir la papeleta de votación. Conor y yo vimos, con nuestros propios ojos, cómo la metía dentro de la urna. Cuando hubo terminado se plantó fuera, junto al umbral, cruzados los brazos y mirando aquella turba en ebullición, como el hombre más tranquilo y fuerte que haya habitado este mundo.

Entonces vinieron los otros, del cruce de caminos. Mi padre, Fergus, Billy O'Kane y Grady Mulligan. Primero venían de dos en dos y de tres en tres, y luego a docenas, cruzando la plaza y entrando en la sala electoral.

Pasarían días antes de que se supieran los resultados. En Ballyutogue todo marchó bien, pero en otros lugares hubo incidentes. Nosotros nos encerramos en nuestras casitas para hacer frente al invierno. A pesar de la amenaza de que no habría trabajo, al otro lado del charco hubo los mismos puestos que todos los años, y los que se hallaban en el filo mismo de la supervivencia hicieron la fatigosa travesía.

La tempestad de la noche aquella en que llegó la noticia fue normal, un fuerte chaparrón ni mejor ni peor que los muchos que solían caer en noviembre. En la casita de los Larkin se había reunido cosa de una docena de mujeres, mi madre entre ellas, para hacer encaje en tejidos de lino terminados, tarea nocturna, gracias a la cual entraban unos peniques más en la casa. Las mujeres se reunían en buen número para ahorrar velas.

Tomas y Fergus se dedicaron un rato a remendar arneses; luego sacaron el tablero de «glink», fabricado en casa. El «glink» era precisamente el juego en que mi padre podía aventajar a Tomas, y gritaba de contento cada vez que cogía en la trampa un acoso contrario o desbarataba una doble defensa. Conor y yo disponíamos de un libro de estudio: el catecismo, naturalmente, que leíamos por millonésima vez.

Estando así, se oyó fuera un estruendo tan fuerte que dominó limpiamente los ruidos de la tormenta. Fui el primero en llegar a la puerta. Y no faltaba más, era el carruaje de Kevin O'Garvey con la mitad del pueblo detrás lanzando gritos y

alaridos como endemoniados. Kevin entró en la habitación principal, chorreando agua y jadeando después de haber corrido furiosamente toda la noche, desde Derry, para darnos la noticia, riendo y llorando al mismo tiempo, ¡de que había triunfado!

Ya pueden figurarse que estalló inmediatamente una histeria general, seguida al poco rato de una orgía de licor. Ustedes no saben de ningún velatorio como el que celebramos aquella noche por el mayor Hamilton Walby, el hacendado de Lettermacduff.

En noviembre del año de gracia de 1885, Kevin O'Garvey fue elegido para el Parlamento británico como uno de los ochenta y seis miembros del partido irlandés que consiguieron escaños. El problema de la libertad de Irlanda, después de siglos de ocupación británica, ya no volvería a quedar enterrado nunca más.

La estrella de Parnell había llegado al cenit. El hombre distante que se expresaba con más rigor escuchando, aquel exterior impasible que lloraba por dentro en presencia de una injusticia, el tímido cuya fuerza moral destacaba clara, poderosamente, el protestante que defendía la causa de los católicos, el terrateniente descendiente de ingleses que acaudillaba a los sin tierra, el genio educado en Cambridge, capaz de reunir y dominar un conglomerado de irlandeses enloquecidos, estaba en su apogeo. En verdad, ciertamente, Charles Stewart era el rey, sin corona, de Irlanda.

17

La victoria de Parnell disparó, en la comunidad protestante del Ulster, una inflamada reacción muy acorde con las líneas preanunciadas por Frederick Weed, quien había efectuado acertados preparativos para unificar a los elementos divergentes. El partido de Defensa de la Unión, cuyo núcleo habían formado ya él y unos centenares de componentes de la nobleza campesina en las logias de caballeros, creció como una marea iniciada en los Orange Halls de la provincia.

La Orange Society se ceñía ahora el cinto para representar el papel que tenía señalado. Desde su concepción, durante las guerras campesinas de cien años atrás, había ido cayendo en el descrédito. Una conducta alborotadora por parte de unos hombres alborotados había provocado la repulsa de la nobleza campesina y del gobierno. No obstante, a lo largo de su diversificada historia, el espíritu del orangismo, que exigía la degradación del católico indígena, impregnaba a la comunidad protestante.

Aunque declarada fuera de la ley en algunas ocasiones, la Orange Society continuaba medrando activamente bajo endebles disfraces que la presentaban como una colección de sociedades benéficas y de clubs de bebedores. A medida que iban transcurriendo los decenios de 1800, el odio sectario se convirtió en un elemento permanente y característico de la vida del Ulster, y la Orange Society transformó su mancillada imagen, dejando de constituir una banda de maleantes para convertirse en un baluarte inspirado en la Reforma, contra los papistas. En el seno de la oficialidad británica se formaron cabildos secretos, mientras la expansión legal de la Orden alargaba sus tentáculos hasta Inglaterra, Canadá y Escocia. La sociedad devino respetable gracias a una avalancha de predicadores, anglicanos y aristócratas. Los terratenientes y los industriales, todos ellos antes tan altaneros, veían cómo el antiguo orden se iba destruyendo siendo así que habrían podido apelar a los militares y correr sobre los nativos, haciéndoles catar las herraduras de sus caballos. Se precisaba un nuevo centro de poder, un poder de masas de gente, y la Orden de Orange era la indicada para suministrarlo. De ella nació el brazo político, el partido para la Defensa de la Unión con Inglaterra, el partido unionista, que unía a todos los elementos protestantes bajo una sola bandera.

Después de las elecciones, sir Frederick voló a Londres en busca de apoyo. Sobre la tormenta en ascenso cabalgaba sir Randolph Churchill, quien se dejó convencer para realizar una gira por la provincia, y desembarcó en Larne, con sir Frederick, a comienzos de 1886. El joven Churchill, ultraconservador e imperialista declarado, tenía algo más de treinta y cinco años y aborrecía a Gladstone y todo lo liberal. Todavía le quedaba odio suficiente para dedicarlo a Parnell, el anarquista irlandés, que ahora estaba maniobrando y negociando, en beneficio propio, con los dos

partidos británicos.

El brillante, aunque inestable, aristócrata se decía que si lograba derrotar la inminente Ley de Autonomía para Irlanda, el gobierno de Gladstone caería. Con lo cual volvería al poder su partido conservador, y, por añadidura, las aspiraciones de Parnell quedarían enterradas durante lustros.

En última instancia, a Churchill le impulsaba una ambición personal despiadada, implacable. A este fin, calculó astutamente que el único naipe que se podía jugar era el de la Orden de Orange y que había que trasladarse al Ulster y pulsar las cuerdas de la antigua paranoia protestante en una comunidad encabritada, enfurecida por la arrolladora victoria de Parnell. El Ulster protestante le abrió los brazos.

Caroline eligió para su luna de miel la península de Bere, salvajemente agreste y mítica, en el sudoeste de Irlanda, con preferencia a Venecia, España y otros lugares de rigor. Y la encontró más agreste y oculta de lo que había imaginado. Por su parte, Roger reconocía que, a través de Caroline, se le había abierto una puerta que creía cerrada, para él, por toda la vida. Y supo agarrarse inmediatamente a esta experiencia, poniendo al descubierto su carácter íntimo y esforzándose en realizar descubrimientos, a su vez. Había quedado abierto el camino para largos ratos de conversación, de amoroso autoexamen, lo cual preparaba el terreno para otras aventuras conjuntas, más íntimas y atrevidas.

El idilio quedó interrumpido de pronto, temporalmente, por la intempestiva aparición de sir Frederick. Después de enredarse en mal pergeñadas expresiones de pesar, sir Frederick alegó que la situación era tan grave que debían regresar a Londonderry para atar cabos y tapar grietas en el Oeste, mientras él recorrería el Este en compañía de Churchill. Para resarcirles de tan inoportuna injerencia, prometió enviarlos luego a un lugar exótico del norte de África, un lugar donde podrían satisfacer las más eróticas fantasías y del cual ni siquiera Caroline tenía noticia.

La cruzada Churchill resultó mucho más espectacular de lo que podía esperarse. Unas concentraciones monstruo en el Ulster Hall de Belfast y por los condados orientales inflamaron pasiones que ya estaban a punto de estallar. Al mismo tiempo, en Inglaterra crecía la simpatía por la causa en nombre del Ulster. Adictos miembros del partido liberal que se habían mostrado partidarios del gobierno autónomo para Irlanda se sentían trastornados, las sólidas filas que formaban antes vacilaban ahora. La salida de Churchill de Belfast señaló el comienzo de tres días de disturbios contra los barrios católicos de la ciudad.

Internándose tierra adentro en el «Red Hand Express» particular de Weed, lord Randolph encontró una llave mágica en Lugan en forma de un grito de batalla que

repitió luego a las enfervorizadas turbas de Portadown, Armagh y Dungannon.

—La autonomía no llegará aquí, entre vosotros, como un ladrón nocturno —les repetía a las embravecidas masas protestantes—. Yo os aseguro que en esta hora, la más negra que hayáis vivido, no os faltarán millares de corazones ingleses y de manos inglesas que unirán su suerte a la vuestra y compartirán vuestro hado. Yo os digo con orgullo, humildad y resolución: ¡EL ULSTER LUCHARÁ Y EL ULSTER ESTARÁ COMO DEBE ESTAR!

A medida que la campaña de Churchill iba alcanzando todo su ímpetu, la consigna de EL ULSTER LUCHARÁ Y EL ULSTER ESTARÁ COMO DEBE ESTAR salía como un trompetazo en todos los periódicos por todos los ámbitos del Reino Unido. Roger se sumó a la comitiva a tiempo para tomar parte en la concentración de Ballymena, que estudió con esmero y frialdad puramente impersonales. El hechizo de Churchill había galvanizado a la sociedad entera, sin distinción de clases, a nobles y plebeyos por igual. Después de la reunión, Roger se encerró con su suegro y Churchill en el castillo de lord Taggart-Royce, barón de Ballymena, donde solicitó que la última aparición ante el público tuviera lugar en las murallas de Derry. Al fin y al cabo, eran el símbolo más sagrado de la Corona protestante de Orange. Luego ¿qué mejor heraldo de un triunfo final? La propuesta parecía sobradamente lógica, y Churchill la aceptó.

—Allá sufrimos ciertos problemas exclusivamente nuestros —continuó Roger, después de haber conseguido la primera petición—. Escasez de población, falta de comunicaciones y una sensación de aislamiento.

—Creo que podríamos llamarlo mentalidad de asediado —interrumpió sir Frederick.

—En efecto —contestó Roger—. Lo que yo desearía es exponer nuestra decisión de conservar el Oeste, pero manifestada de un modo que hiciese temblar la tierra.

Sería muy conveniente convocar una reunión especial en Hubble Manor antes de la concentración general. Podríamos reunir a los dirigentes de los tres condados para organizarlos y calentarlos; algo así.

Churchill se había habituado a pedir consejo a sir Frederick y dirigió una mirada curiosa en dirección a éste. Weed quedó impresionado, una vez más, por la astucia de su yerno. Constituiría toda una solemnidad reunir en Hubble Manor a todos los hombres poderosos o con ascendiente sobre las masas y ver a Roger descendiendo como un águila y arrebatando la dirección política del Ulster occidental. Roger conseguiría de un solo golpe lo que él había alcanzado a fuerza de años en Belfast.

«Muy bien, chaval —pensó Weed—. Me estás jugando una treta, pero te cobraré un precio.»

Mientras daba una larga chupada al cigarro, elaboró la respuesta.

—Aparte del interés de Roger, por sus inversiones, la idea me parece acertada.

Decididamente, el Oeste necesita una base de poder y un dirigente único y enérgico del nuevo partido unionista. Dejando aparte toda consideración familiar, Roger y Caroline son, indiscutiblemente, las personas adecuadas para esta misión. —Los ambiciosos se comprenden bien mutuamente. Era de rigor que ahora se amansaran el uno al otro—. Sólo insistiría en una cosa —continuó sir Frederick—. Para garantizar el éxito de las reuniones, me gustaría que el reverendo O. C. MacIvor figurase entre los oradores principales.

Por primera vez desde que se conocían, sir Frederick creyó notar que Roger acusaba el golpe, y halló en ello un placer supremo.

—Se me antojó un sujeto un poco bronco —dijo Churchill—, pero cierto que somete a la turba a una especie de magia; debo reconocerlo en su honor.

—Sí, y las mejores reuniones de propaganda que usted haya visto fueron aquellas en que intervenía él. Bueno, ¿qué opinan, caballeros?

—A mí me parece muy bien —contestó lord Randolph.

—¿Roger?

—Delicioso, sencillamente delicioso —dijo Roger.

La vizcondesa Caroline se lanzó de cabeza a los preparativos, aunque todavía no estaba familiarizada con las condiciones, buenas y malas, de Hubble Manor. Y empezó reuniendo el necesario ejército de cocineros, criados, personal de limpieza, carpinteros, pintores y mozos de establo. La Manor, y particularmente el Long Hall quedaron libres de moho y se les dio toda la luz y alegría que el tiempo disponible permitió. Se repararon tiendas para que sirvieran de albergue y de centro de recepción, y se trajo de Belfast todo un tren de víveres junto con una orquesta, cantores y actores para divertir a los reunidos.

Roger se preparó para el nuevo papel, dejando a un lado la antipatía que le inspiraba desde siempre la Sociedad de Orange. A todos los grandes maestres de los tres condados se les envió invitaciones en forma de veladas convocatorias. Con un golpe maestro, lord Roger hizo que cada sacerdote protestante quedara afiliado automáticamente al nuevo partido unionista, y también a ellos se les aconsejó que asistieran.

Mientras los preparativos continuaban a una velocidad loca, el vizconde y la vizcondesa de Coleraine fueron hasta Cookstown para escoltar personalmente a lord Randolph por el Oeste.

Después del *Dios salve a la reina* y la invocación, el vizconde Hubble pasó, casi tímidamente, de la mesa de la presidencia a la tribuna, enfrentándose con una multitud de casi seiscientas personas. Sobre ellas, en un extremo del *hall*, colgaba de las desnudas viguetas una Union Jack gigante, que tenía por pareja una gigante bandera del Ulster colgando en el otro. Detrás de Roger, un rótulo igualmente gigante

cubría toda la anchura del *hall*, con estas palabras: EL ULSTER LUCHARÁ Y EL ULSTER ESTARÁ COMO DEBE ESTAR.

Sir Frederick seguía los preparativos y observaba la llegada del momento de la verdad con una punzada de envidia. Roger y su hija formaban una entidad que por la rapidez y la decisión de sus actuaciones se había colocado en cabeza de todos. La entrada en escena de la vizcondesa había deslumbrado por completo a la torva colección de ulsterianos.

Pero sir Frederick no tenía la más leve idea del golpe de efecto que su yerno escondía en la manga. Lord Roger se había acercado al atril con aire casi tímido y había pronunciado una bienvenida formularia como diciendo: «Es un gran día para vosotros, gente vulgar, porque esta empresa nos reúne a todos.»

Cuando se puso a mencionar la larga historia de saqueos y renacimientos de Hubble Manor, Weed le vio alegando sus derechos a la jefatura fundándose en la permanencia de su linaje. Hasta aquí, muy bien. Pero en seguida vino la primera salida inesperada. Roger declaraba tranquilamente que lord Churchill había tenido la idea de celebrar la reunión final de la gira en el histórico Long Hall. Al dar una importancia exagerada a Hubble Manor, se situaba a sí mismo como centro del universo del Ulster occidental.

Porque si bien se habían juntado por un objetivo común, Roger daba por descontado, sin que cupiera la menor duda, que él y la nobleza campesina eran los padres benévolos, protectores y jefes de las masas protestantes.

—Se me ha pedido que aceptara el honor, y humildemente lo acepto, de asumir la jefatura de los unionistas del Oeste.

Ni Churchill había tenido la idea de celebrar la reunión allí, ni nadie había tenido la de situar al joven Roger en la junta directiva unionista, pero nadie estaba dispuesto a romper la unidad entre los convocados oponiéndose a esta audaz maniobra inspirada por la sed de poder, y todos la dejaron pasar sin comentarios.

No obstante, sir Frederick se preguntaba si Roger y Caroline iban de común acuerdo en esta cuestión y hasta qué punto podrían llegar si se lo proponían de veras.

—Es para mí un gran placer presentarles a ustedes al primero de los oradores que les dirigirán la palabra sobre el tema de la separación económica de Inglaterra. No necesitaría que nadie me lo presentase a mí, porque es mi padre político, y tampoco necesita que se lo presentaran a ustedes, pues ¿quién no ha oído hablar en el Ulster de sir Frederick Murdoch Weed?

Mientras Roger rubricaba el deslumbrante tributo, sir Frederick apago el cigarro y bebió un último sorbito del vaso que contenía ginebra, y no agua, a la vista de varias docenas de ministros de la templanza. Luego dobló la espalda y se dirigió refunfuñando hacia la tribuna, disimulando la irritación que le causaba la treta de Roger, cuya mano estrechó con un apretón que parecía símbolo de la unidad del este

y el oeste, de la riqueza, el poder y la estirpe del Ulster. Eran los dos capitanes del barco.

—No nos hagamos la menor ilusión sobre las consecuencias de la autonomía —empezó diciendo sir Frederick—. Significaría un golpe de muerte en toda Irlanda para los descendientes de protestantes, y nada menos. Mis antepasados y yo vinimos al Ulster —dijo, identificándose estrechamente con el estado llano que Roger había desplegado ante él— y de una arcilla despótica hicimos un verdadero Edén. Basta dirigir una mirada a la ignorancia y la miseria de las otras tres provincias irlandesas para ver quién ha hecho algo aquí. Y ahora esa mismísima gente atrasada, inepta, dirigida por Parnell y sus políticos de taberna de chusma, junto con la charanga del Papa, tienen la cara de decir que ellos, que no saben gobernarse a sí mismos, van a gobernar el Ulster.

—¡Jamás!

—¡No nos rendiremos!

—¡El Ulster luchará!

—¡Dios salve al Ulster!

La mitad de los oyentes se había puesto en pie. Frederick Murdoch Weed los hizo sentar, con un ademán. Paseando la mirada por ellos, veía hombres recién bañados y aseados en altares santos deslumbrantes de bondad.

—La buena vida de que disfrutamos, vosotros y yo —continuó—, la hemos conquistado mediante una inteligencia superior, una tradición de laboriosidad extremada, lealtad y decisión. Pero ahora, esa fuerza ajena, esa fuerza de Dublín desprovista de genio industrial, ¡se dispone a asestarnos un golpe de muerte!

Roger captó unas ondas, y levantó la vista. Su radiante y bellísima esposa estaba en una de las pequeñas entradas laterales. Marido y mujer se sonrieron, expresando su mutua aprobación por aquel magno acontecimiento. Cada momento que pasaba aumentaba el poder de ambos y la primera y dulce degustación del triunfo conjunto esclavizaba el ánimo.

—¿Podéis traer a vuestras mentes, por un solo instante —tronaba sir Frederick—, el cuadro del Parlamento de Dublín en manos de campesinos irlandeses? Los mercados, los privilegios comerciales, las concesiones en materia de tarifas de que hoy disfrutamos como miembros que somos del Reino Unido se habrían evaporado de la noche a la mañana, y nos encontraríamos en competición directa con Inglaterra. Ahora, caballeros, imagináoslos en Dublín, en su Parlamento, vedlos contemplando por encima de la frontera la riqueza del Ulster. ¿A quiénes creéis que abrumarán de impuestos hasta dejarles sin sangre en las venas? ¡A nosotros! ¡Nosotros, los del Ulster, pagamos el pasaje de aquellas tres provincias miserables!

Los hombres congregados en Long Hall se habían estremecido hasta lo más hondo. Sus terminaciones nerviosas, siempre fácilmente excitables, vibraban ahora al

unísono, y las frentes se poblaban de gotas de sudor. En otra parte, los blancos pañuelos que salían a la luz para secar aquellos sudores, habrían podido ser tomados por banderitas de rendición. ¡Pero no en Long Hall!

—Con un Parlamento en Dublín, ni una sola granja, ni una sola finca volverían a estar a salvo jamás. Las tierras por las cuales dieron su sangre vuestros antepasados serían objeto de leyes que os tendrían en perpetua servidumbre. La autonomía amañaría los límites de las circunscripciones electorales de forma que el Ulster protestante quedara reducido a la impotencia política. La autonomía significaría que ni un solo protestante leal podría ser funcionario de un gobierno repleto de decenas de millares de sujetos de su especie… y que prodigaría sueldos y subvenciones benéficas con vuestro dinero. Vosotros y vuestras esposas y vuestros hijos os enfrentaríais con una fuerza de policía de su especie. Os enfrentaríais con su sistema de leyes ¡y no es preciso que os diga qué clase de protección y justicia podríais esperar de ellos! ¿Es éste el Ulster que vuestros antepasados soñaban cuando vinieron y trataron de iluminar a los paganos?

Sir Frederick hizo una pausa en deferencia a su propia pasión, cada vez más inflamada, se secó el sudor y echó una miradita a las notas que tenía preparadas. Y se dijo que ahora iba a darles el golpe allí donde más duele. Para ello bajó la voz desde los bramidos de toro hasta un sincero temblor de pena.

—Como hombre —dijo iniciando el párrafo final— que da trabajo a millares de personas leales, de las nuestras, he pasado largas horas meditando, atormentado por una pesadilla que se niega a dejarme en paz. Si un Parlamento de Dublín pudiera manejar la autonomía, tardaría muy pocos días en promulgar leyes de paridad para sustituir a los protestantes leales de las fábricas de la provincia. Hombres decentes…, leales…, temerosos de Dios se encontrarían con que la recompensa a generaciones de obediencia firme, constante, inalterable consistiría en verse tirados al arroyo. Y antes que expulsar del trabajo a protestantes, yo preferiría ver cerrados mis talleres. He manifestado esta postura mía, sin rodeo ni ambigüedad algunos a todos los miembros del partido de Gladstone. ¡El Ulster democrático ha de seguir siendo libre, con la ayuda de Dios y de nuestra noble reina!

Sentada ya la gravedad de la situación como cosa indiscutible, libre de especulaciones, la segunda separación de la Gran Bretaña quedó en manos del doctor Oliver Cromwell MacIvor. Su «doctorado» acababa de llegar por correo del mismo sitio donde había conseguido su título de «master». Era un diploma americano contra reembolso, procedente de un lugar llamado Manitou Springs (Colorado). El de «master» le costó cincuenta dólares. El «doctorado» le causó un perjuicio de cien.

El doctor MacIvor se rezaba silenciosamente a sí mismo para denotar que se hallaba en exclusiva comunicación con el más allá, enlazando las manos y moviendo la cabeza en asentimiento a medida que aquella poderosa voz de allá lejos se filtraba

en su interior. En realidad procuraba ganar tiempo y se irritaba consigo mismo. Sir Frederick había recaudado gran parte de la trepidación del momento.

—Nuestro gran bienhechor, sir Frederick Weed, os ha dicho lo que sería de vuestras tierras y vuestros empleos. Yo voy a deciros lo que será de vuestras almas. ¡Oh, Dios! ¡No nos abandones! ¡Estamos solos y es de noche, y nos encontramos entre salvajes hostiles!

—¡Amén!

—¡Jesús, sálvanos!

Mandíbulas y puños apretados. Nuevo sudor salía en pos del primero.

—Autonomía —gritaba el predicador— significa imperio de Roma. —Lo repitió tres veces, por si alguien no lo hubiera oído—. Y el imperio de Roma significa que el primer acto de un Parlamento de Dublín infestado de basura papista sería imponer un tributo que vosotros tendríais que pagar con vuestros sudores y vuestro trabajo honrado para que fuese a llenar los cofres de la Iglesia católica. ¡Un tributo para henchir de tesoros los sótanos del Vaticano! ¡Un tributo para la edificación de lujosas, adornadas catedrales por todo lo largo y lo ancho del Ulster protestante! ¡Un tributo para pagar vestiduras sacerdotales recamadas de oro y plata!

Y así continuó, haciendo un retrato de horrores de colegios con la enseñanza a cargo de sacerdotes y monjas, de colegios usurpados por los jesuitas y niñitos protestantes obligados a arrodillarse en rituales paganos. Gráficas descripciones de Roma, la ramera, la mujer escarlata que devoraría la carne protestante como larvas de mosca, dejaron aplanados a los oyentes.

Lord Randolph Churchill nunca oyó discursos como los tres escuchados hoy. Se daba cuenta de que había venido a Hubble Manor y a Londonderry como florete de una lucha por el poder entre Hubble y Weed. Se había dejado meter en una situación incómoda por un trío de groseros. Aunque cada uno de los tres utilizaba a los otros dos en la consecución de sus ambiciones particulares, sir Randolph se dijo que no podía fiarse de aquella gente y que no les debía permitir que se aprovecharan de la Corona de una manera tan descarada. No tenían nada en absoluto de caballeros, y sólo Dios sabía hasta qué extremos serían capaces de llegar para que aquella provincia suya, pequeña y sucia, siguiera siendo británica. Mirando aquella turba de gente, se le ocurrió que, bajo el disfraz de la lealtad, serían capaces de traerse acá todo el ejército británico, si era preciso, para salvarse a sí mismos. Lord Randolph dio las gracias a sus patrocinadores, y comprendiendo que el auditorio estaba emocionalmente agotado, mantuvo sus comentarios en el tono de una mansa y desgarradora sinceridad.

—Vine al Ulster con el corazón afligido, pero me vuelvo a Inglaterra muy animado. Me entristece ver a los hombres del Ulster haciendo ejercicios militares en los campos, por las noches, con rifles de madera, preparándose para la defensa de su

Dios, su reina y su libertad. Sin embargo, me reconforta pensar que docenas y docenas…, ¡no, centenares!… de oficiales británicos me han dado palabra de que, si fuese necesario, vendrían y os dirigirían en la batalla.

»Ruego a Dios, desde lo más profundo de mi corazón, que el eco de nuestras voces se oiga por todos los rincones de Inglaterra y que las gentes de Gladstone mediten y consideren detenidamente la gravedad y las con secuencias que traería promulgar una ley malvada de autonomía. Y ruego a Dios que vuestros hijos y los dos míos, Winston y Jack, a quienes tanto quiero, no se vean atormentados ni por un momento en todas sus vidas por la maldición de un problema irlandés.

Mientras lord Roger y sir Frederick se regodeaban con sus respectivos triunfos, Churchill, el inglés de pura cepa, el que hablaba con toda la pompa inglesa, lograba que el auditorio derramara copiosas y patrióticas lágrimas.

—Parnell ha introducido a hombres repugnantes en el reino sagrado de Westminster. Hombres tan extranjeros, por su manera de ser, como los chinos o los negros. Hombres a los que domina y maneja a su antojo, por completo, y que se entregan a la destrucción del Imperio británico. Vosotros, bravos camaradas del Ulster, defendéis el baluarte más avanzado de nuestra gran aventura imperial, y no debéis titubear. Yo os encargo que defendáis las murallas lo mismo que defendisteis las de Derry. Hay dos Irlandas, en espíritu, en religión y en la realidad. La Irlanda leal a la Corona debe continuar dentro del Imperio. —Levantando una mano, como si fuese una copa llena, en un brindis, terminó con una nota poética—. Sigue navegando, oh, barco del Estado…, sigue navegando, oh, gran Unión… ¿Habrá de separarse de la Gran Bretaña el Ulster? Por el Dios que nos hizo, ¡jamás!

El impacto del triunfo de lord Randolph Churchill en el Ulster reverberó por toda Gran Bretaña. La prensa montó una campaña vitriólica contra la traición de Parnell al mismo tiempo que la Cámara de los Lores cerraba filas preparándose a vetar todo intento de autonomía. Los sitiados orangistas encontraron voces aliadas en Inglaterra y hermanos celosos en la Escocia presbiteriana.

El sentimiento antiirlandés, siempre a punto de emerger, hizo erupción en Inglaterra al encenderse la indignación pública pensando que unos vasallos británicos leales del Ulster estaban a punto de ser vendidos a los bestiales irlandeses.

La Orden de Orange acumulaba una amenaza sobre otra, de forma que se acentuaba la posibilidad de una guerra civil en Irlanda.

Al final, la unidad del partido liberal se deshizo. Noventa diputados de la minoría de Gladstone cruzaron la línea para votar con los conservadores y derrotar una Ley de Autonomía ya muy aguada. La última votación arrojó trescientos cuarenta y uno contra trescientos once.

El gobierno de Gladstone cayó. Randolph Churchill causante mayor de esa caída,

fue recompensado con el cargo de canciller del Tesoro y jefe de los conservadores en la Cámara de los Comunes.

Había jugado el naipe de Orange.

Tercera Parte

LA CABAÑA DEL MONTE

1

Junio de 1885

Una semana después del día que Kilty Larkin fue llevado a su última morada, Tomas se presentó de madrugada en casa de los O'Neill acompañado de sus tres hijos.

—A Finola le ha llegado la hora —anunció.

Mairead, que llevaba en la memoria el calendario de más de una docena de embarazadas, arrugó la frente.

—Le falta más de un mes. Habrá sido a causa de la excitación del velatorio de Kilty.

Fergus reunió a los chicos en la parte del establo que servía de dormitorio, los acostó y se vistió a tientas.

—Voy allá y te haré compañía —le dijo a Tomas, como le había dicho en todas las otras ocasiones. Cogió el tablero de glink y a los pocos minutos seguía los pasos de su mujer.

A medida que transcurrían las horas, Tomas empezó a ponerse intranquilo. Cada alarido que salía del dormitorio despertaba el recuerdo de casos funestos de tiempos pasados. Habitualmente, Mairead entraba y salía, haciendo comentarios picarescos; en cambio, esta mañana no salía del cuarto. Al amanecer, ambos hombres descabezaron el sueño; ahora estaban dormidos como troncos. Un fuerte zarandeo despertó a Tomas.

—Tomas…, Tomas… —repetía Mairead.

—¿Qué? —gruñó él.

—No quiero asustarte, pero se nos presentan dificultades. Creo que convendría que mandases alguien a la ciudad en busca del doctor Cruikshank.

Era muy raro que una mujer que había asistido al alumbramiento de docenas de docenas de niños sin ayuda de nadie hiciera semejante recomendación, y Tomas se puso en pie de un salto.

—¿Qué pasa?

—El niño viene mal. Creo que tiene el cordón rodeándole el cuello. Si lo sacamos a la fuerza, puede estrangularse, y Dios sabe que no continuará dentro mucho rato más.

Conor quedó encargado de la misión. Montó en pelo el viejo caballo que tenían para arar y entre las primeras nieblas salió al galope de la parte alta. Ya llegado el día, los cascos del caballo tronaban sobre los guijarros de la plaza del Ayuntamiento. Conor paró delante de la casa de Ian Cruikshank, ató al rocín, se acercó a la puerta, inspiró hondo y llamó fuertemente con la aldaba. La esposa del médico abrió la puerta.

—Se trata de mi madre. Tiene un parto difícil, y Mairead O'Neill me ha enviado en busca del doctor.

—¿Quién es? —preguntó Ian Cruikshank desde lo alto de las escaleras.

—Un niño católico de la parte alta. ¿Cómo te llamas, hijo?

—Conor Larkin, y mi padre es Tomas, y mi madre es Finola.

—Ya —dijo el médico desde arriba—. Ve al establo, Conor, y ensilla la yegua negra.

—Oh, Dios le bendiga, doctor —decía Mairead, haciéndole entrar en el dormitorio sin pérdida de tiempo. Liam y Brigid se escabulleron hacia su casita, aterrorizados por la presencia del médico.

—¿Se pondrá bien mamá? —lloriqueó Brigid.

—Perfectísimamente. Hemos tenido problemitas así otras veces; no es nada grave —la tranquilizó Tomas—. Volved a la cocina de los O'Neill y preparadnos unas tortas de sartén.

En Ballyutogue las desgracias no hacía falta verlas, ni olerlas, ni oírlas. La de hoy se fue difundiendo, se notaba en los aires, y a medida que se percibía más y más, los vecinos se iban reuniendo aprensivamente alrededor de la casita de los Larkin. Algunas mujeres procuraban animar a Tomas explicándole las espantosas dificultades sufridas por ellas en algún parto.

Los alaridos del dormitorio subían de volumen. Tomas despejó la casita, donde sólo quedaron Fergus y él. Fergus rezaba, y él iba bebiendo hasta quedar medio atontado.

Los tres primeros años de matrimonio, Finola había permanecido estéril. Aunque costaba mucho sustentarlos, los hijos seguían dando la medida de la riqueza de un labrador, y a una mujer no le podía sobrevenir mayor desgracia que la de quedar estéril.

Finola se había pasado todas las horas de vigilia de aquellos tres años en oración, implorando la gracia de la preñez. Había consultado a la curandera del pueblo, la bruja, que le ordenó descortezar raíces de fresno, partir patatas en el hogar de la lumbre, echar sal de la manera prescrita, y todos los demás rituales, no sólo para concebir hijos, sino para impedir que los duendes le cambiaran el suyo por uno de los de ellos.

Al final del segundo año, Finola hizo los viajes necesarios para visitar cuatro manantiales santos diferentes, y en otra ocasión durmió dos noches en una cueva de montaña que se decía había sido lecho de Brigid, y juró que a la primera hija que tuviese le pondría el nombre de la bendita santa.

El primer hijo nació muerto.

En el tercer año de matrimonio, Finola emprendió la terrible peregrinación a

Crough Patrick, recorriendo a pie doscientos cuarenta kilómetros hasta llegar a la montaña sagrada del condado de Mayo. Allí, siguiendo el ejemplo de decenas de millares de personas devotas, invirtió una noche entera en subir a la cumbre de la montaña desde la cual san Patricio había echado a las serpientes fuera de Irlanda.

La ascensión la realizó descalza, en compañía de campesinos, monjas, mendigos y sacerdotes que buscaban alivio a los sufrimientos cotidianos a la vez que reafirmaban la profundidad de su fe. Tropezando por el camino y poniéndose a rezar, arrodillada, en las estaciones, llegó a la cima con el alba, sangrantes los pies y repitiendo en un frenético estupor, saturado de fanatismo, la desesperada petición de que Dios le diese hijos.

Finola Larkin fue recompensada con un milagro: el feliz alumbramiento de un niño sano, Conor. Luego vendrían Brigid y Liam, con enormes dificultades, entre abortos y el alumbramiento, además, de otro hijo muerto.

A una hora aterradoramente avanzada del día, Ian Cruikshank emergió del dormitorio, anunciando:

—Tienes un hijo.

Tomás escuchó atentamente, pero no oía nada. Una oleada de espanto invadió su ser.

—¿Por qué no llora? —susurró.

—Es muy chiquito y está muy cansado.

—¿Y mi esposa?

—También está muy cansada. Me gustaría hablar contigo, amigo mío.

—Sí, venga a tomar un sorbo de té. Tiene que estar rendido de hambre.

—Él té me sentará muy bien, y quizá reforzado con unas gotas de whisky.

—Sí, sí, venga.

Fergus ya tenía la tetera a punto. Animó el fuego y desapareció. Después de lavarse, el doctor Cruikshank cogió un escabel enfrente de Tomas, junto a la lumbre, y meneó el té con gesto cansado.

—El pequeño tiene problemas —dijo.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó Tomas secamente y con voz ronca.

—Ha venido antes de tiempo, ya sabes, y con gran dificultad. Tiene fluido en los pulmones. Mairead O'Neill está preparando unas piedras calientes para ponérselas debajo. Has de tener a todo el mundo apartado de él, hasta a los niños.

—¿Qué posibilidades tiene?

—Muchas. Aunque quizá quieras llamar al sacerdote para que le diga las últimas oraciones, sólo por si acaso.

El rostro de Tomas se puso tenso.

—Esos canallas siempre se te meten en el dormitorio, por uno u otro camino —exclamó—. Allí los tienes, la noche de bodas, después de haber manipulado el

cerebro de la pobre mujer, utilizando todas las tretas posibles para asfixiarlo a copia de miedo y sentimiento de culpa. Lo utilizan todo menos la razón. En el mismo lecho de muerte, la absolución es la teología del miedo, desterrando a la teología del amor. El miedo e mete hasta dentro de la matriz de una mujer, tan ridículamente qué es preciso lavar las culpas de una criatura de un día.

—¿No te parece que deberías dejar tus opiniones aparte, amigo? Aquella mujer que está allá en la cama ha soportado un trabajo terrible. ¿Qué daño podría acarrear a vuestro matrimonio si le negaras esto?

Tomas se puso en pie, hundió las manos en los bolsillos y dirigió una mirada hosca al grupo de mujeres del exterior, tocadas todas con pañuelos negros.

—¿Qué harás? —insistió el doctor Cruikshank.

—¡Traer al maldito sacerdote! Siempre acabamos así; no hay escapatoria —con paso cansado, fue hasta la puerta y la abrió de un tirón—. ¡Conor!

El chico estaba allí, esperando. Tomas lo hizo entrar y cerró la puerta.

—Deslízate por el establo y no digas nada a nadie. Ve a buscar al padre Lynch.

—¿Madre? —preguntó Conor, temblando.

—El niño.

Tomas puso otro ladrillo de turba en la lumbre, que no lo necesitaba, y murmuró algo acerca de enviarle un cordero asado al médico en pago de sus honorarios.

—Debo hacerte unas preguntas acerca de la salud de tu esposa —dijo Ian Cruikshank—. ¿Ha tenido dificultades en otras ocasiones?

—Sí, todos los partos los ha tenido difíciles. Ha perdido cuatro hijos por abortos, y dos nacieron muertos.

—¿Ha consultado alguna vez a un médico sobre esto?

—¿A un médico? Desde aquí a Derry no había ninguno, hasta que llegó usted. De lo único que estamos bien abastecidos es de sacerdotes y lo único que le recomendaban siempre era que rezase.

—Me temo que los problemas de tu esposa no se resuelven con oraciones.

—¿Qué quiere decir?

—¿Sufre hinchazones desacostumbradas durante el embarazo? Quiero decir hinchazón de los tobillos y abotargamiento alrededor de los ojos.

Tomas movió la cabeza afirmativamente.

Ian Cruikshank refunfuñó y se inclino hacia el fuego, desviando la mirada hacia Tomas de vez en cuando.

—Hoy se nos ha presentado un problema serio ahí dentro, Tomas. Creo conveniente que lo discutamos —levantó el vaso para que se lo volviera a llenar de whisky, apuró el licor de un sorbo y exhaló un suspiro desazonado—. Como sabes, yo subo con frecuencia a la parte alta. Hace un tiempo asistí un parto en el que se planteó el dilema de perder el niño o perder la madre. La mujer pidió con histérica

tozudez que enviara a buscar al padre Lynch. Fundándose en motivos religiosos, el padre me obligó a salvar al pequeño y dejar morir a la madre. Una madre que ya tenía cinco hijos, Tomas. Con el cura a mi alrededor, no pude elegir. ¿Sabes de quién te estoy hablando?

—¿De Meara O'Malley?

—De Meara O'Malley —repitió el médico.

—Oh, *Jaysus*. No lo sabía…, pobre almita.

—Hoy, aquí, nos hemos encontrado en las mismas circunstancias. Tu mujer no lo sabe. Cuando me he dado cuenta de lo que ocurría, he cuidado de que perdiese el conocimiento por unos instantes y he dicho a Mairead O'Neill que había que optar entre Finola o el niño. La verdad es que ya se lo figuraba. Mairead ha estado de acuerdo conmigo en que lo primero era salvar a tu esposa y me ha jurado que se llevaría el secreto a la tumba. —Tomas escondió la cara entre las manos, y el médico trató de consolarle—. Ahora no puede tener más hijos —dijo por fin—. Tener otro la mataría.

La manaza inmensa de Tomas Larkin apartó dulcemente los pañales que cubrían al niño. Este no semejaba mayor que un paro, esas avecillas de los campos, todo moradito y boqueando con ansias de vida.

—Ah, mira al chaval, el pequeño Dary Larkin —exclamó—, otra azada para la turbera.

Por el rostro de su esposa se extendió una expresión demente; los ojos rodeados de un círculo rojo, la piel yesosa y el cabello enmarañado.

—Nunca —jadeó.

Tomas le cogió la mano y se la besó.

—Finola, amor mío, el pequeño está en peligro, pero sé con toda seguridad que lo salvaremos. Tan cierto como estoy sentado aquí, a tu lado, que el niño llegará a ser todo un hombre. Sólo que ahora tiene algunas dificultades, y dadas las circunstancias no haríamos nada malo encargando que le recen las últimas oraciones.

La mujer lloraba con patética aflicción, no queriendo dejarse consolar por su marido.

—Se pondrá bien y fuerte —repetía Tomas a unos oídos sordos. Hasta que renunció.

La mujer interrumpió el llanto.

—Estamos pagando los pecados que has echado sobre esta casa —dijo—. Pesa una maldición sobre nosotros por las blasfemias contra la Iglesia que tú has pronunciado. ¡Dios nos castiga!

Tomas dejó caer la cabeza sobre el borde de la cama y la puerta se abrió con un gemido. Tomas levantó la vista. El padre Lynch se reclinó en su mejor actitud abatida

para el momento de la muerte y entró. La gravedad de la situación le obligaba a disimular la gozosa emoción de triunfo por el castigo que Dios había infligido a Tomas Larkin.

2

Se podía hacer muy poquita cosa para mejorar el exterior cavernoso, de piedra gris, de Hubble Manor; pero la renovación del interior se abordó con la pasión típica en los Weed. Después de un inventario que duró dos meses, retiraron todo aquello que no era necesario guardar, con gran contento de los museos, asilos e iglesias que lo recibieron. El ala sur, que contenía la mayor parte de las instalaciones de servicios, sufrió un asalto no menos furioso que el de Jacobo II durante la guerra guillermiana. Quedó reducida a una concha, después de haber cargado un tren de vigas consumidas y yeso desconchado.

Después de unos primeros gemidos de alarma, lord Roger se acomodó a la idea y gozó con ella lo mismo que se deleitaba con todo lo que procedía de su esposa. Caroline desplegaba todas las dotes de organización y la energía de ariete de su padre, pero sublimadas por un gusto exquisito. Hasta el coste de la operación quedó aminorado por una serie de fusiones con sir Frederick, que supo dar pruebas tangibles de contento y gratitud por la felicidad de su hija.

Caroline se trajo tres de los mejores arquitectos de la empresa que construyó Rathweed Hall, y los contrató por tiempo indefinido, poniéndolos al frente de unos subordinados talentudos. Se trazó un nuevo plan magistral. Y así se reunió una legión de obreros, artesanos, artistas, técnicos, decoradores y agentes de compras que se encargaron de escudriñar Londres y el continente en busca de muebles, materiales, artefactos y obras de arte.

El ala sur quedó anclada al suelo mediante una enorme cocina de dimensiones descomunales, ideada por el ingeniero jefe naval de sir Frederick, prototipo de lo mejor para tierra firme de los transatlánticos Weed.

Esta ala sur quedó completa con una serie de dependencias: establos modernos, cochera, almacén de herramientas, caballerizas, cocinas, almacén de leña, carbonera, gallinero, caja fuerte para la plata, tahona, fregaderos, cuatro despensas, dos dependencias refrigeradas, despensa para caza, cuarto de acecinar, armero, almacén de conservas, oficina del ama de llaves, cuchillería, zapatería, cuarto de las escobas, cuarto de la porcelana, despensa del mayordomo, ídem del mayordomo suplente, cuarto de equipajes, vaquería, ropero, bodega, almacén de licores, cuarto del pescado, y un descomunal cuarto de calderas y maquinaria también construido en los talleres navales.

Se edificó, además, una sección de mantenimiento, compuesta de carpintería, taller de tapicería, tienda de cortinajes, carretería, herrería, marmolistería, estudios de arte y un costurero en el que trabajaban una docena de modistas. El resto del ala sur contenía veinte juegos de habitaciones y cuartos para albergue de los criados de categoría superior, tales como el cocinero jefe, el jefe de cocheros y el supervisor de

los servicios de mantenimiento. La mayor parte de los otros criados que vivían en la casa estaban distribuidos por ella, cerca de las habitaciones de sus respectivos amos. El resto del personal, hasta un total de ciento cincuenta, entre jardineros, guardas de caza, cuidadores de los parques, mozos de establo y domésticos vivían, bien en casitas alejadas de la casa señorial, bien en Ballyutogue.

Estando el trabajo en el ala sur en pleno apogeo, Caroline contrató a Victor Lessaux, estudiante, asociado y discípulo de Violet-le-Duc, el maestro más famoso del mundo en restauración de castillos. Lessaux quedó encargado de devolver al Long Hall su antiguo esplendor; para lo cual, él, a su vez, se trajo picapedreros, tallistas de madera y artistas del vidrio policromado. Lo más difícil de restaurar resultó ser una cancela de hierro forjado semidestruida que cubría el vestíbulo. Lessaux convenció a Caroline de que aquello podía esperar hasta el final, cuando estuviera terminado todo lo demás. Ella aceptó con desgana, sabiendo que aquella cancela era un enigma para el maestro francés y decidiendo concederle todo el tiempo posible para descubrir su misterio.

Los arquitectos y decoradores más jóvenes trazaron planes para la reestructuración de los aposentos más importantes del ala norte, habitación por habitación, amén de otras treinta habitaciones del ala central, formada por los salones y salas de estar más extensos, la sala de las mañanas, el jardín de invierno, la sala de música, las salas de juego y el comedor de las solemnidades. La biblioteca fue lo único que dejaron intacto.

Allí se ensayó todo lo más nuevo en materiales de construcción. En la parte ocupada por los dueños, se instaló la calefacción central, con el complemento de unas calderas de agua caliente. En un gran arranque de imaginación y osadía, que dejó al mismo sir Frederick boquiabierto de incredulidad, Caroline hizo instalar la luz eléctrica, que generaban en la finca y que fue la primera de toda Irlanda.

Durante el autoimpuesto exilio de lord Arthur en Daars, y no habiendo una dueña que la llevase personalmente, la dirección de la casa se había deteriorado mucho, era muy deficiente. La cocina no había sido nunca sino de lo más vulgar. Unos expertos traídos ex profeso de Londres, junto con un jefe de cocina francés y dos ayudantes contratados en París, adiestraron al personal.

En tanto que Caroline se introducía en la anémica vida cultural de Londonderry, cada vez apremiaba más a Lessaux para que acelerase las obras del Long Hall. En Londonderry cuidó de arrendar un teatro vacío, lo renovó y contrató cierto número de conciertos, funciones teatrales, conferencias y hasta espectáculos musicales de variedades. A partir de entonces, compañía o solista que fuesen a Dublín o a Belfast, tenían que ir luego a Londonderry. Con gran frecuencia se daba también, en el Long Hall, una representación privada.

Una noche, bastante tarde, Caroline enseñó a Roger la primera colección de

dibujos terminados para un cuarto de los niños en el ala norte, a manera de anuncio de que estaba embarazada. Después de los ataques iniciales de mareos matutinos, Caroline floreció como si estuviera realizando una misión sagrada y llevase un mesías en el vientre. Recordando su antigua despreocupación y sus atrevimientos, pocas personas habrían pensado que la idea de dar a luz un heredero la llenase de una satisfacción tan grande. Se recreaba en el papel de futura mamá. No se lo dijo a Roger, pero por primera vez en su vida se sentía a la misma altura que su padre…, tan importante como él…, pues en su interior se estaba realizando una obra que sir Frederick no podía llevar a cabo.

Roger acogió el embarazo sin demasiado revuelo. Era una cosa que había de venir forzosamente, a su debido tiempo. En cambio, sir Frederick echaba las campanas al vuelo; se entusiasmaba. Aunque a las primeras explosiones de gozo las vino a sustituir, periódicamente, un exagerado temor por la salud de su hija. La inquietud le traía a Hubble Manor cada quince días, en unas visitas que disfrazaba, muy torpemente, de asuntos de negocios. Unas visitas que no engañaban a nadie.

La preocupación de sir Frederick fue en aumento al ver que su hija entraba en el sexto mes de embarazo y seguía trabajando a toda marcha. En su última visita, encontró el boudoir de Caroline convertido en una oficina llena de planos, capataces en rotación, muestras de materiales, hojas de costes, listas de trabajadores y cocineros franceses gritando furiosos. Caroline llevaba unas gafas gruesas, prácticas, para repasar los papeles, sin hacer caso apenas del incesante refunfuñar de su padre. Sir Frederick, nunca muy hábil en disimular un enojo, lo puso tan al descubierto que la hija no tuvo más remedio que despejar el ambiente.

—Vamos, Freddie, suéltalo de una vez —dijo, advirtiendo que había venido a la carrera de Belfast con ganas de armar camorra.

El padre sacó un cigarro, se acordó del estado de su hija y volvió a metérselo en el bolsillo del chaleco. Caroline alargó el brazo por encima de la mesa, se lo sacó del bolsillo, lo desenvolvió, mordió la punta, lo encendió y se lo entregó.

—No deberías hacer eso, Caroline —la reprendió él, apagando el cigarro inmediatamente.

—¿Por qué no?

—No es bueno para el niño.

—Bah, tonterías, Freddie.

El padre refunfuñó un poco más, buscando y reuniendo todo su coraje.

—La pura verdad —empezó— es que sostuve una conversación con el doctor Chadwick hace algún tiempo. No creas, me topé con él por casualidad en el Patrician Club. Claro, me preguntó por ti, y esto nos llevó a hablar, pues, de tu estado. Está completamente de acuerdo en que tanta actividad por tu parte puede resultar perjudicial.

Roger oyó las últimas palabras mientras entraba en el boudoir, se inclinaba y besaba la mejilla de su esposa. Exteriormente parecía que la observación de sir Frederick carecía de base, porque Caroline nunca había estado tan radiante.

—Dentro de unas semanas estarás en el séptimo mes. Simplemente, no puedes andar por ahí subiendo por escaleras de albañil de diez metros de altura ni arrastrándote a gatas por esos túneles, donde los trabajadores van dejando… ¡colillas! —Sir Frederick se volvió hacia Roger en busca de apoyo—. ¿Verdad que no, Roger?

—Parece que Caroline nunca se harta de obreros sudorosos —respondió el marido. Le habría gustado añadir que el embarazo había levantado la tapadera de la fuente de erotismo de su mujer y que a él quizá le convendría tenerla en aquel estado continuamente.

Weed sorprendió el intercambio de miradas y gestos amorosos de la pareja.

—Sois insoportables, los dos —y se frotó las manos para (usando de una antigua treta suya) formular una pregunta de manera tal que no pudiera caber más que una sola respuesta, una conclusión decidida de antemano—. Sea como fuere, dentro de poco estarás en Londres, en una buena clínica particular. La verdad es que encargué al bueno de Chadwick que examinara unas cuantas…

—Freddie —interrumpió Caroline.

—Bueno, por supuesto, la última etapa la pasarás en Londres.

—El niño nacerá aquí, en Hubble Manor —replicó la hija, con voz tranquila pero resuelta.

—Pero… pero… pero… ¿os habéis vuelto locos los dos? Vamos, Roger, supongo que no te dejarás dominar de este modo…

—Parece que al decirle a Caroline qué tiene que hacer he logrado un éxito tan rotundo como usted. Por otra parte, la idea me gusta bastante. Con diez generaciones de condes, los vizcondes han engendrado unos cincuenta hijos, y éste será el primero que nazca en suelo irlandés.

—No puedo aceptar esa basura sentimental. Caroline está cerca de la treintena y no es una yegua de cría católica.

—El médico dice que estoy tan sana como la libra esterlina.

—El médico… ¿Qué médico? He ahí otro punto que quería discutir. ¿Qué médico podéis tener aquí? —dijo con una voz que se elevaba hasta un falsete.

—Ian Cruikshank, un hombre muy capaz —respondió Roger.

—¿Cruikshank? ¿Cruikshank? ¿Cruikshank?

—Tiene muchísima experiencia, Freddie —adujo Caroline—. Ha traído al mundo a la mayoría de pequeños de toda esta parte de Inishowen.

—Yo no había oído nombrar jamás a ese Cruikshank. ¿Os habéis enterado de dónde estudió, dónde hizo el servicio militar, a qué clubs pertenece? ¿Dónde ejerce ese tal Cruikshank?

—En Ballyutogue.

—¿En Ballyutogue? ¿Me estáis diciendo en Ballyutogue?

—Sí, Freddie.

—¿Ballyutogue? ¿Un médico de pueblo ayudando a nacer a mi nieto?

El rostro de sir Frederick quedó petrificado, como si fuera a darle un ataque. Roger daba ánimo a su esposa cogiéndole el hombro con fuerza mientras sir Frederick se ponía en pie, furioso. La mitad de las cóleras de sir Frederick eran puro teatro; ésta no, ésta era real. El hombre seguía mirándoles, pasmado.

—¿Os ratificáis en esa demencia?

—El niño nacerá aquí —repitió Caroline.

Sir Frederick era presa de la confusión. No podía hacer nada, absolutamente nada. No podía invertir grandes sumas de dinero para la satisfacción de sus deseos; no valían amenazas para imponerlos.

—Voy a… voy a enviar aviso a Dublín… No, a Londres… inmediatamente, para que envíen aquí nombres adecuados que cuiden de que ese… ese… Cruikshank haga su tarea debidamente.

—Freddie, Freddie, es probable que vea él más partos difíciles en un año que Chadwick en toda la vida.

—¡Ahí está! ¡Lo que yo digo, exactamente! Reconoces que va a ser un parto difícil.

—Nada de eso. Digo que ese hombre vale para cualquier situación.

—Quiero saber —dijo, mientras su puño entraba en juego contra la mesa—, quiero saber quién le ayudará.

Roger y Caroline se miraron unos momentos. Roger dio unas palmaditas al hombro de su esposa y se revistió de valor…

—Una matrona —respondió.

—¡Eso de Jesús en el pesebre ya está pasando de la raya!

—Freddie, por favor…

—No volveré —aseguró, con un puñetazo a la mesa para mayor fuerza de la expresión— hasta que hayáis recobrado el juicio. En cuanto a ti, Hubble, me dejas sorprendido y desilusionado. Todo desastre que pueda acarrear esta locura pesará sobre tu cabeza.

Sir Frederick se marchó dejando ruidosas muestras de su enojo en una estela de golpes, portazos y pisadas fuertes. Roger quiso seguirle.

—¡No! —le ordenó Caroline—. Está en el apogeo del furor y es absolutamente incapaz de razonar. Déjale que vaya a dar cabezazos contra la pared. Volverá.

Roger se pasaba la mano por el cabello, afligido.

—Es su primer nieto, Caroline. Déjame que trate de apaciguarle.

—¡No! —contestó secamente ella.

—Oye, tú acabarás tan disgustada por este incidente como lo está él.

Sin abrir los labios, con gesto adamantino, la esposa se caló las gruesas gafas y se puso a examinar los planos que tenía sobre la mesa. Roger miraba pensativo hacia la puerta por donde había salido Weed. Se hallaba aprisionado entre dos de las personas más peleonas y testarudas de todo el Ulster en una nueva escaramuza del combate que estaban librando desde toda la vida. Y comprendió que bastaría con que diese un paso más para quedar barrido por el fuego cruzado del amor-odio de padre e hija.

Los dos últimos meses del embarazo de Caroline transcurrieron sin que ni ella ni su padre cedieran. Roger se sentía aplastado y rechazado hacia el exterior, casi como un extraño. Los Weed eran gente de pasiones inamovibles. Roger se comunicaba con sir Frederick para asuntos de negocios y sólo por conducto del brigadier Swan. Un gran silencio descendió sobre Hubble Manor mientras padre e hija seguían consumiéndose en su propia terquedad. Por una vez, ninguno de ambos sabía cómo deshacer las ataduras y decir la primera palabra o dar el primer paso, de la forma que fuere. Los ciclos de silencio se convertían en ciclos de tensión a medida que a Caroline se le acercaba la hora. Una o dos veces, Roger decidió romper el hielo, yendo personalmente a Belfast; pero los ultimátums de Caroline no eran para tomarlos a broma.

La noche empezó con un leve pero inconfundible calambre. Pronto los dolores fueron aumentando, y cuando se sucedieron ya a intervalos cortos, Roger envió a buscar al doctor Cruikshank, y luego él y su esposa se retiraron a un aposento preparado especialmente para el caso. Pasaron varias horas; Roger siempre al lado de Caroline, cogiéndole la mano y controlando el intervalo entre una contracción y la siguiente.

—¿Te quedarás aquí, Roger? —le preguntó ella.

—Mientras el estómago me lo permita; y luego no me iré más lejos que hasta el cuarto vecino. —Con gran esfuerzo lograba disimular el enojo que le causaba que Cruikshank no hubiera llegado todavía.

—Oh, Roger —dijo Caroline—, eres un hombre maravilloso. Estoy contentísima de que nos uniéramos. Y adoro este genio tuyo.

—Vamos, vamos, condesa, eso se lo dice usted a todos los trabajadores.

—¡Eres tan… así, como un chiquillo tímido cuando nos entregamos a nuestros jueguecitos! En estos dos últimos meses he ideado unas cuantas cosas maravillosas que practicaremos cuando esto haya terminado. Por no sé qué loco motivo, me excitas a todas horas. Una cosa tan… tan condenada y maravillosamente inglesa…

—Caroline, que me pones en un apuro —inclinándose sobre ella, le susurró—: Ya sabes, las criadas andan por aquí.

—Creo que han adivinado ya lo que pasa entre tú y yo —respondió ella.

Y le cogió la mano y se la metió entre las piernas, diciendo que tenían que hacer el amor una vez más, allí mismo y en aquel mismo instante. Y Roger se puso como la grana (tal como ella sabía que había de suceder), y disimuló el enfado tosiendo repetidamente. Ella le apretó la mano con más fuerza y se contorsionó. El dolor parecía mucho más vivo que el pasado. Roger dirigió una mirada furtiva al reloj, pero en seguida suspiró aliviado oyendo un revuelo en el vestíbulo exterior.

El doctor Cruikshank entró, seguido de una mujer baja y rolliza. Por el vestido y el aire, Roger la identificó como una católica, muy probablemente esposa de un arrendatario.

—Lo siento, milord —se excusó el médico—, he tenido una emergencia en la cantera.

Roger se irguió en una reacción que transmitía a las claras el no articulado mensaje: «¿Qué podía haber en la cantera que fuese más importante que la vizcondesa?»

Cruikshank recibió las vibraciones mientras se lavaba las manos, y correspondió a ellas con otras suyas.

—He tenido que amputar. Un corrimiento de piedras. El pobre hombre ha perdido las dos piernas —el mensaje del médico decía que si en la cantera de Su Señoría se hubiesen tomado las medidas ordinarias de seguridad, no habría habido corrimiento de piedras. En cuanto las miradas de los dos hombres se soltaron una de otra, el médico se acercó a la vera de la cama—. ¿Cómo vamos, lady Caroline?

La parturienta movió la cabeza en un signo afirmativo.

—¿Cuánto tarda de un dolor a otro?

—Poco menos de siete minutos —contestó Roger.

El médico hundió la mano en el maletín, sacó el estetoscopio y lo colocó sobre el vientre y el corazón de la mujer.

—Tenemos para un ratito todavía —dijo—. Les presentó a Mairead O'Neill. Ha traído al mundo centenares de bebés sin ayuda de nadie. La señora O'Neill es la mejor matrona que he conocido.

Caroline indicó con un movimiento de cabeza que comprendía por qué la había elegido; pero no saludó a la mujer ni preguntó nada. Mairead hubo de enterarse de que hasta en esta situación la ponían en el puesto que le correspondía; pero no le importaba. En cambio, le extrañó que la parturienta no hiciera aquella serie de preguntas que estaba acostumbrada a escuchar de todas las primerizas.

Caroline notó que le venía un dolor. Y cuando se le propagó por todo el cuerpo, se puso tensa y rompió a sudar, pero no abrió los labios para proferir queja ninguna, mirando en cambio a la matrona como para decirle: «No me oirás gritar; pertenezco a una raza tan fuerte como la que más de todas las mujeres que has conocido, y voy a darte pruebas de mi coraje.»

Mairead le secó la cara y le tentó el pulso.

—Sería mejor para todos nosotros y para usted misma que se relajase un poco, milady. Entonces, todo marcha mejor. —Cuando otra serie de dolores tampoco arrancó el menor grito, Mairead miró a la parturienta con mirada compasiva. Inclinándose sobre ella de modo que los demás no la oyesen, le dijo—: No demostrará ni ganará nada portándose de este modo o del otro. En esta situación, todas somos exactamente iguales… Deje de reprimirse, querida.

—No puedo… —susurró Caroline—. No puedo.

El médico se llevó aparte a Roger y le dijo:

—Todo marcha bien. Ahora la señora O'Neill preparará a su esposa, lord Roger. Creo que usted debería esperar fuera.

—Hemos decidido estar juntos mientras me sea posible.

Ian Cruikshank emitió un sonido inarticulado. Y pensó que era un caso extraño, pero muy bonito. Vaya pareja rara aquélla, tercos como el infierno, pero tan unidos. Rascándose la cabeza, intentó imaginar el origen de aquella compenetración tan grande, y terminó con un gesto de asentimiento.

—Bueno —dijo—, pero manténgase apartado; no nos estorbe.

Fuera, las tinieblas de la noche aumentaban, y a pesar de que los dolores se intensificaban hasta extremos desgarradores, Caroline seguía negándose a gritar. Cuando habían transcurrido ya siete horas, Mairead tocó al médico por el hombro.

—Ahora viene —dijo.

Roger se levantó y acudió a la orilla de la cama para coger la mano de su esposa.

—Empuje, milady —decía Mairead—, eso es, empuje, cariño, empuje…

—¡Freddie! ¡Freddie! —gritó Caroline en el momento de nacer Jeremy—. ¡Papá! ¡Papá!

3

Finola tomó la más tremenda decisión de su vida y resolvió llevarla a efecto sin titubeos y sufrir todas las humillaciones precisas, porque vistos por sus propios ojos, había cometido unos pecados enormes.

La casa del párroco era la mejor de toda la parte alta, y así había de ser, según la tradición de la Iglesia. No seguía el modelo de las sencillas casitas de labrador, sino que constaba de dos pisos y era tan grande y hermosa como las que poseían los protestantes más distinguidos de Ballyutogue. La viuda O'Donnelly, ama del cura, dio entrada a Finola y la hizo pasar a una habitación pequeña pero bonita, con unos sillones blandos y profundos que los feligreses habían comprado años antes.

—¿Y cómo está el pequeño Dary? —preguntó el padre Lynch, interesándose por el bebé.

—No verá otro como él ni en cien años —se vanaglorió ella. Era su tema favorito—. Dary será pequeño y más delicado que los otros, pero estará sano; yo me encargaré de ello. Nunca dejaré de agradecerle a la Santa Madre que le salvase la vida.

El padre Lynch aceptó la gratitud, en representación de la Virgen.

—¿Y tú, Finola? ¿Qué problema urgente te trae?

Ella estrujaba el excelente pañuelo de lino con mano nerviosa, luchando por conservar la compostura.

—Tengo un gran peso sobre la conciencia, padre. Lo que voy a decirle ahora hubiera debido confesarlo muchas veces en el transcurso de los años.

El padre Lynch se puso muy serio y reunió su valor.

—Padre —dijo Finola, bajando los ojos y con la voz debilitada por la vergüenza—. Hace casi veinte años que soy la esposa de Tomas Larkin y durante todo este tiempo he pecado. —Se revolvió; luego soltó de pronto—: He gozado siempre de los placeres de la carne.

El sacerdote se puso en pie, disparado, enlazó las manos detrás de la espalda y levantó el rostro hacia el cielo.

—Comprendo —suspiró—. ¿Tendrías la bondad de puntualizar mejor lo que has dicho?

—He gozado siempre con el acto sexual —murmuró ella.

—Eso es perfectamente antinatural, ya sabes.

—Lo sé.

—¿Qué es, exactamente, lo que encuentras deleitoso?

—Todo —gimoteó ella.

El padre Lynch acercó la silla y casi arrimó la cara a la de la penitente.

—Lo que me has dicho es muy grave. Si debo aconsejarte debidamente debes

confesarte ahora, sin esperar más. ¿Estás dispuesta?

—Sí… Estoy dispuesta.

—Mírame, Finola —ella le miró por el rabillo del ojo y se puso encarnada por la culpa—. Hemos de examinar esta cuestión, punto por punto —ordenó el cura.

Era una experiencia degradante, pero si las puertas del cielo habían de abrirse algún día para ella, debía soportarla. Finola fue enumerando uno por uno los placeres saboreados, levantando toda una montaña de desenfreno y pecados mortales como no los había escuchado él en los treinta y cinco años que llevaba de representante de Dios. ¡Vaya, si aquella mujer le encontraba gusto a todo! Desnudez, pellizcos, palmadas, mordiscos, lamidas, besos, frotes, ¡hasta en los mismísimos órganos reprensibles! Al parecer, no había nada que la pareja no ensayara, ¡incluso el catarse el uno al otro! Cuando Finola hubo vaciado el saco, se puso a sollozar. El padre Lynch se había vuelto de color ceniza.

—¡Todos esos son actos antinaturales perpetrados bajo la influencia de Satán!

Ella gemía, él andaba de un lado para otro.

—Yo comprendía que allí había algo malo, padre, pero siempre que nuestro propósito fuera hacer niños y no pudiera evitar el sentir placer en ello, pensaba que lo que sentía no era un auténtico gozo físico, sino una especie de experiencia santa ante la posibilidad de quedar embarazada.

—Es una maldición —aseguró el cura—. Conozco a otras mujeres que han experimentado esas mismas sensaciones carnales, pero no hacían cosas tan obscenas como las que me has contado tú.

—¡Oh, padre! ¿Cuál es la causa?

—Dios, que nos está recordando continuamente el pecado original en forma de una mujer —respondió el cura—. Lo auténticamente grave del caso es que no te confesaras antes. ¿Has rezado, al menos, pidiendo que esas sensaciones desaparecieran?

—Con muchísima sinceridad, no. Pretendía no saber qué eran.

El hombre movió la cabeza repetidamente.

—Al menos te queda la fe suficiente para buscar una expiación.

—La expiación es sólo una parte del problema —respondió ella—. La cuenta ya nos la pasaron con el nacimiento del pequeño Dary. Como sabe, fueron momentos muy difíciles. El doctor Cruikshank advirtió a Tomas y luego a mí misma que tener más hijos sería fatal para mí.

¡Maldito Cruikshank!, pensó el cura. Siempre entorpeciendo la obra de Dios y contándoles aquellas porquerías a las mujeres. Sin embargo, y a pesar de su gran poder, el padre Lynch era demasiado cuerdo para desafiar al médico. Si aconsejaba que desobedeciesen al médico y la mujer moría, habría repercusiones terribles.

—Sé que eso significa violar un deber sagrado —dijo Finola—, y estoy

perfectamente dispuesta a correr los riesgos que entrañe el no violarlo; pero mi marido toma muy en serio al médico. Oh, padre, el corazón me dice que Dios nos castiga por lo que hizo Tomas cuando murió Kilty…

—¿Cuál es el problema, pues? —inquirió el sacerdote.

—Ahora que estoy completamente restablecida, y aunque tememos mucho tener otro hijo, mi esposo y yo deseamos ardientemente volver a ser, en la cama, marido y mujer.

El cura se sintió ultrajado. Después de todo lo que Finola le había contado, todavía quería seguir acumulando pecado sobre pecado. Al mismo ritmo que su cólera, crecía su determinación de exorcizarla para expulsar al demonio que se había apoderado de su alma.

—Has pecado más que de sobra intentando estafar a Dios al experimentar placeres de la carne y has acentuado más ese pecado al seguir experimentando sensaciones carnales un año sí y el otro también sin confesarte. Es sobradamente malo que abandones tus deberes con Dios y dejes de tener hijos por consejo de un protestante…, ¡pero no puede haber pecado mortal más grave que el de correr anhelosamente tras el sexo por el sexo mismo!

—¿Qué debo hacer, padre? Ahora Tomas y yo nos portamos como si fuésemos dos extraños.

—Dime la verdad. ¿Seguís compartiendo la misma cama?

—Eso es lo terrible del caso, la compartimos —confesó ella, llorando—. ¡Ah, estar tendidos allí, sin tocarnos, sabiendo que ya no volveremos a tener relaciones sexuales! El se queda en la taberna de las viudas toda la noche, y cuando vuelve a casa por fin, cae, simplemente, sobre la cama, borracho. Por las mañanas ya no nos dirigimos la palabra apenas —Finola hizo crujir los dientes, tratando de sacar fuera unas palabras más; pero se le atascaron. Sabía que durante el mes, una mujer tenía unos días libres de riesgo aunque cohabitara con su marido, y quería pedir permiso al cura para aprovecharlos; pero ya había quedado sobradamente claro que jamás se lo daría, porque estaba disgustado con ella—. Oh, padre, ¡ayúdeme! —suplicó, cayendo de rodillas.

El cura se irguió sobre su víctima, y luego la señaló con un nudoso índice:

—La causa de que sientas esos deseos perversos y antinaturales está en que te has olvidado de la Madre Iglesia. En vez de ceder a la tentación, habrías tenido que confesarte hace ya muchos años, haber fortificado tu alma y saturarte del dolor, la bondad y la misericordia de Jesús y María. ¡Has ofendido gravemente a Dios! —Finola Larkin sollozaba ruidosamente—. Eres afortunada, mujer, al pertenecer a una Iglesia que lo perdona todo. ¿Estás dispuesta a someterte a los poderes redentores sobrenaturales de Dios?

—¡Haré lo que sea! —y continuó de rodillas mientras el otro consideraba las

alternativas.

—Tu caso es gravísimo. Debo meditar y pedir que Dios me ilumine. A su debido tiempo, te daré un programa de penitencias mediante oraciones y ofrendas a la Iglesia. ¿Juras que cuando te lo dé lo seguirás fielmente?

—Sí, padre, sí.

—Mediante esta devoción, irás encontrando fuerzas para seguir viviendo con Tomas del único modo posible… como hermano y hermana. Ya nunca más te someterás a él para que desahogue sus apetitos sexuales, porque este pecado sería irreparable. Bien, aguardo tu respuesta… ¡o por ahí, al infierno!

—Sí…, sí, lo prometo…

—De acuerdo —dijo él—. Finalmente, siendo tu pecado tan grave, no quiero exponerme a que esta penitencia no bastase. Tienes que disponerte a dar uno de tus hijos a la Iglesia. Estoy seguro de que de este modo, Dios mirará tu caso con ojo misericordioso, te concederá una pronta absolución en la tierra y acortará tu estancia en el purgatorio.

—Tomas se opondrá tenazmente a que un hijo suyo se haga sacerdote —lloró Finola.

—He ahí tu gran empresa, Finola Larkin. Tienes que hacer que ese hombre vuelva, de rodillas, a Jesús.

—Padre, es muy posible que prefiera morir, primero.

—Si tú cumples con tu deber, no. No debes dejarle olvidar, ni por un instante, que han sido sus pecados, su lascivia, lo que te ha puesto en esta situación. Al final, cuando retorne al seno de la Madre Iglesia, ésta le dará, también a él, la fuerza necesaria para olvidar sus lascivas costumbres y vivir en paz contigo como hermano y hermana.

Sin tenderle la mano para ayudarla a levantarse del suelo, el cura le volvió la espalda y se encaminó hacia la puerta.

—Ahora tengo que ir a meditar. Cuando haya terminado, te llamaré y te diré cuál ha de ser la penitencia.

4

En el otoño de 1886 se produjo un gran acontecimiento en mi vida, con la llegada de una escuela nacional para los niños de los pueblos apartados. El padre Lynch no acogió de buen talante la invasión de lo que él consideraba un dominio personal suyo, pero se vio obligado a tener la lengua quieta, porque el obispo Nugent no estaba dispuesto a ofender a los británicos. Por lo demás, no tenia que inquietarse; en la parte alta nadie pensaba frecuentar aquella escuela. No era sólo el factor económico el que estaba contra ella, sino que, además, durante el hambre gran parte del ansia tradicional de cultura de los irlandeses feneció.

A nuestros padres los habían instruido los maestros de valla, tales como el padre de Daddo Friel, y luego el mismo Daddo, que iban de pueblo en pueblo y daban sus lecciones sentados cara al sol junto a las vallas. Aquellos hombres tenían una parte de poeta, una parte de erudito celta y una parte de maestro normal, con la misión de mantener vivos el idioma y el folklore antiguos. Cuando desaparecieron de la escena, la lengua irlandesa desapareció con ellos de nuestro sector del país.

La única instrucción que Conor y yo recibíamos consistía en una clase semanal del padre Cluny, el diácono, y de él no podían salir grandes estudiosos.

Yo era las raspaduras del bote, el benjamín del nido. Y esto tenía sus ventajas. Exceptuando hacer de pastor durante el verano, no solía trabajar en la finca, y era el mimado de mamá. No había motivo fundado alguno para que no asistiera a la escuela nacional, salvo el miedo de mis padres a que me viera tirado en medio de una bahía llena de tiburones protestantes; pero hice pucheros y pataletas hasta que cedieron.

Conor no mencionó siquiera la escuela; pero su actitud, sus miradas y expresiones revelaban sin lugar a dudas ni equivocaciones cuánto habría deseado inscribirse como alumno. Cuando le comuniqué la feliz noticia sobre mi caso, decidió echar su propio cuarto a espadas. Ambos subimos más arriba del cruce de caminos y aguardamos toda la tarde. Conor se había sentado recostado contra la pared, mirando camino arriba en espera de que bajase su padre, con un aire más nervioso e inseguro que en ningún otro momento de su vida.

Hasta hacía unos meses, Conor solía venir a esperar a su padre aquí casi todos los días. Algo raro les pasaba a los Larkin. Tomas reprendía a gritos a sus hijos, y todo el mundo sabía que se estaba dando a la bebida más y más. Muchísima gente pensaba que todavía era la aflicción por la muerte de Kilty, a pesar de haber transcurrido más de un año.

Aquel día, al bajar del monte y ver a su hijo esperándole allí otra vez, el rostro se le iluminó con una sonrisa.

—¿Podemos hablar, papá? —dijo Conor.

—Claro, hijo, en seguida que haya entrado en casa y me haya lavado.

—Me gustaría hablar contigo ahora.

—Bueno, si es tan importante… —respondió, sentándose sobre la pared—. ¿Qué cavilas?

—Seamus irá a la nueva escuela nacional —anunció Conor.

—Lo sé. Fergus y yo lo discutimos extensamente.

—Pues, yo más bien esperaba… ya sabes, nuestra familia y los O'Neill casi siempre hacen las cosas juntas… que quizá también podría ir a la escuela con Seamus.

Yo sonreí de oreja a oreja para expresar que compartía el deseo de mi amigo, aunque la cautela de Conor me tenía receloso. Conor solía ir al fondo de las cuestiones sin rodeos ni balbuceos.

—Esto no es como enganchar un par de caballos para formar una yunta —respondió Tomas—. Es una decisión completamente independiente y aparte que cada familia ha de tomar por sí misma. Los O'Neill están en distinta situación. Seamus tiene un hermano mayor que ayuda a Fergus. Yo necesito tus brazos.

—Lo he hablado con Liam. Él no quiere ir a la escuela y es casi tan fuerte como yo, y podría hacer la mayor parte de mi trabajo, y yo prometo seguir haciendo el mío y no representar ninguna carga.

Tomas se puso serio.

—No tenías derecho a discutir este asunto a mis espaldas.

—No ha sido a tus espaldas, papá. La mitad del tiempo anda detrás de mí para que se lo deje hacer, y nunca está tan contento como arriba en los campos, contigo.

Tomas bajó calmosamente de la pared, sumido en profundas meditaciones. Sabía lo tenaz que podía mostrarse Conor, y me imaginé que por este motivo no quiso dar un tono de mandato a sus palabras. La petición de Conor parecía lógica…

—Oye, mira, yo no estoy contra la escuela, fíjate bien —dijo, como quien quiere portarse de un modo razonable—. Por otra parte, no necesitas tanta instrucción, y más que probablemente ya sabes bastante ahora.

—Pues, no —rebatió Conor—. Lo único que sé es catecismo.

—¿Y qué diablos crees que te enseñarían en aquella escuela? —espetó Tomas, iracundo—. No saben nada de Irlanda, no les importa nada de Irlanda. Aprenderías historia inglesa, leyes inglesas, saludarías la Union Jack y cantarías el Dios salve a la reina. No llegarían siquiera a enseñarte la leyenda de Finn MacCool ni la Invasión del ganado de Cooley. Si levantan escuelas nacionales es sólo por un motivo: porque se proponen crear vasallos británicos fieles.

—Pero, papá —alegó Conor—, yo quiero aprender a leer, para poder leer todo lo que quiera, y quiero saber sumar y multiplicar y cómo se hacen los cielos y los mares. Te juro que cuando me enseñen cosas británicas cerraré los oídos.

—No… no sirve, muchacho, no sirve —quiso marcharse de allí, pero Conor se le adelantó y le cerró el paso.

—Mamá ha dicho…

—La lengua de tu madre es como una yarda de vinagre. Sería capaz de armar una pelea en una casa vacía —y siguió adelante a buen paso. Luego se volvió y se dulcificó un poco—. Deja que te diga una cosa, Conor. No necesitarás toda esa instrucción. Tienes el pan amasado para toda la vida. Serás el que me sucederá en las tierras.

Tomas acababa de dar a su hijo lo más precioso que tenía: la finca. Desde el hambre, era ilegal dividir las fincas en otras menores. Fuese propiedad o fuese arrendada, la finca tenía que pasar intacta a un solo heredero. Con gran frecuencia los padres utilizaban esta herencia como un soborno, y en ocasiones se desataba una competición feroz entre los hijos. Por lo general el padre aguardaba hasta el último instante para tomar una decisión, habitualmente hasta que le llegaba la hora de la muerte, o cuando los hijos emigraban.

—He dicho que la finca será tuya —repitió Tomas.

Conor permaneció inmóvil y mudo. En aquel instante comprendí que entre padre e hijo estaba ocurriendo algo terrible.

—No importa —dijo Tomas, disimulando la ofensa recibida—, mañana despertarás sabiendo la importancia que tiene lo dicho y cantarás de gozo, chaval —levantó la mano para acariciar a su hijo como le había visto hacer yo un centenar de veces, aguardando luego que Conor correspondiese a la muestra de afecto. Pero no hubo ninguna correspondencia. Tomas quedó abatido, me parecía verle envejecer. Luego siguió camino abajo, para gritar en seguida, en un ataque de cólera—: ¡Y también has terminado ya con el padre Cluny! ¡No quiero que ningún otro maldito celibatario enseñe a mis hijos!

Y desapareció dentro de la taberna de Dooley McCluskey.

5

El primer día de la escuela nacional, éramos seis los niños católicos, pertenecientes a cuatro pueblos, y nos encontramos muy pronto. Cuando se celebraron en el patio las ceremonias de apertura, bajo la Union Jack, nos apretamos el uno contra el otro, temblando. Nos acogió en su seno una sala nueva, deslumbrante, todavía oliendo a pintura y barniz y llena de niños protestantes muy almidonados y con unos preciosos vestidos y zapatos nuevos que crujían al menor movimiento. Nosotros nos fuimos al fondo de la sala y nos apiñamos los seis junto a un retrato descomunal de la reina Victoria que nos miraba con ojo furioso, y allí esperamos la aparición del maestro, tal como habríamos esperado el mismísimo día del Juicio Final.

Ante nosotros se plantó un hombre alto, delgado y aparentemente delicado, como un obispo que se dispusiera a pronunciar nuestra sentencia. Cuando golpeó la mesa con una regla, yo pensé que el corazón iba a saltarme fuera del pecho y a brincar por el pasillo.

—Me llamo Andrew Ingram —dijo—. Soy escocés, de Edimburgo. Dentro de unos días también sabré cómo os llamáis vosotros. Ejercí cinco años en una escuela nacional de Gales, y pedí el traslado cuando supe que había plazas aquí. Desde las vacaciones que pasé allí, de niño, nunca olvidé la belleza de Donegal; además de que, como escocés que soy, me gusta pescar.

Bueno, se los digo a ustedes, se veía claramente que no era labrador, y a mí se me antojó muy demasiado blando para descendientes de la época de Cromwell, lo mismo si eran protestantes del Ulster que croppies irlandeses. ¡No faltaba más!, sólo hubieron de pasar unos minutos para que lo pusiera a prueba Sandy Hanna, nieto de Luke, el chico más fornido y bruto de la escuela. Sandy parecía más que indicado para recibir unos azotes de la vara de fresno del debilucho señor Ingram al hacer chirriar el yeso sobre el pizarrín de forma que pareciese una gaita cuando la afinan.

Entre risitas, el señor Ingram se interrumpió y localizó a Sandy Hanna.

—¡Eh, tú!

Sandy no hizo caso y siguió produciendo chirridos. El señor Ingram bajó de la tarima, emprendió por el pasillo y se plantó ante la mesa de Sandy. Nosotros no osábamos respirar, y mucho menos movernos.

—¿Cómo te llamas?

—Sandyhanna —respondió el otro, como si fuese una sola palabra. Más risas, como tácito aplauso para Sandy.

—Sandy, cuando hables a la clase o a mí, ten la bondad de ponerte en pie —Sandy se levantó; era tan alto como el maestro y mucho más corpulento, a causa del heno que había cargado—. Ponte la camisa dentro de los pantalones —le ordenó el

maestro.

Sandy hizo un gesto ocioso al faldón de la camisa, y cruzó los brazos con aire de desafío. El señor Ingram sonrió, casi cariñosamente. Yo empezaba a sospechar que sus maneras suaves eran altamente engañosas y, por ende, sospechosas. Apartándose de Sandy, el maestro se dirigió a toda la clase.

—Agradezco que la relación entre nosotros me haya ofrecido tan pronto la ocasión de exponer unas cuantas sencillas reglas. Cuando las comprendamos todos, y muy especialmente tú, Sandy, nos llevaremos muy bien unos con otros, sin problemas de ninguna clase.

Ah, era un tío con sangre fría, y por estos momentos hasta Sandy Hanna lo iba entendiendo así. El señor Ingram se le acercó pausada y deliberadamente. Sandy se iba poniendo nervioso, pero había sentado sus reales y tenía que defender la posición. Mientras Ingram le tomaba las medidas con la mirada, Sandy se mecía inquieto, descansando ora en un pie ora en otro, y como queriendo tragarse la nuez de Adán.

—Yo no creo en el palo ni las humillaciones, porque me gustaría dar por supuesto que todos nos comportaremos como damas y caballeros.

Nos desconcertaba aquel señor Ingram; pero al mismo tiempo acaparaba toda nuestra atención. Poco a poco, Sandy había quedado acoquinado, como un hombre a quien el sacerdote condena delante de todo el pueblo.

—Sandy, ten la bondad de pedir excusas a tus compañeros de clase y asegúrame que te portarás bien. De lo contrario… vete a casa, y vuelve cuando estés dispuesto a portarte como un caballero.

En confianza les diré que a mi parecer lo que Sandy deseaba más en este mundo era pedir excusas; pero se había comprometido demasiado.

—No he hecho nada que me obligue a pedir excusas —dijo, sin demasiada convicción.

Ingram le volvió la espalda, regresó a su mesa y se sentó.

—Vete de la escuela —dijo con la misma voz suave que había utilizado todo el rato.

Sandy no se movió. Era el momento crucial. Los ojos de todos los chavales se clavaban, inflamados, en aquel par de personas. Ingram volvió hacia allá con la misma calma intencionada. Lo que vimos entonces fue más rápido que el palo de endrino del padre Lynch. El maestro cogió, como un relámpago, la mano de Sandy Hanna y en un movimiento digno de Finn MacCool le hizo dar media vuelta y, con una sola mano, le hizo las claves del brazo, de la muñeca y del pulgar. Sandy gritaba. ¡Ingram le disparó a través de la puerta como el potente cañón de Athlone!

Quedamos todos total, completa, absolutamente hipnotizados. Todo había terminado para Sandy Hanna, que, simplemente, estaba fuera en el patio, llorando, y

luego entró en la clase, arrastrando los pies y suplicando que no le enviaran a casa, para luego balbucear la más desgarradora petición de clemencia que uno haya querido escuchar jamás.

Después de este incidente, nunca tuvimos grandes problemas de disciplina.

Cada uno de nosotros se puso en pie por turno, dando nuestros nombres y pueblos. Los ojos de Ingram se posaban en los seis temblorosos papistas del fondo, que nos habíamos identificado sin lugar a dudas al pronunciar los apellidos de O'Neill, O'Kane, O'Connor, O'Doherty, O'Bannon y O'Toole.

—Queda otra norma todavía, que cada uno de vosotros ha de entender claramente —dijo—. Aquí somos, todos, una sola familia —luego, dejando aparte las O' y los Mac del comienzo de los apellidos, nos anotó por orden alfabético.

No sé qué puedo decir sinceramente de mis sentimientos por el señor Ingram. En el corto espacio de vida que había recorrido entonces y en el trozo bastante mayor que he recorrido después, siempre ha parecido haber alguien que sentía la necesidad de hacernos morder el polvo; fueran los orangistas, o los administradores de fincas, o los prestamistas, o los alguaciles, o nuestros propios curas. Andrew Ingram fue la primera persona en mi vida, descontando a Charles Stewart Parnell, que me hizo sentir como un igual suyo y como un ser humano muy importante.

La mayoría de chicos protestantes habían recibido un nivel de instrucción bastante notable. Nosotros estábamos mucho más atrasados. No pueden contarse las horas extraordinarias que Ingram se pasó ayudándonos. Al cabo de poco tiempo, todas las chicas estaban enamoradas de él, y, como dije antes, los chicos jamás le causaron grandes problemas. Ingram se había ganado las espuelas enseñando a hijos de mineros, en Gales, que no eran pasta demasiado blanda precisamente.

Unos meses después de su llegada, los ministros protestantes del distrito y los grandes maestres de las Logias de Orange murmuraban de él y refunfuñaban. No les gustaban algunos de los libros que utilizaba; decían que estaban llenos de ideas malas. También les disgustaba que invirtiera tanto tiempo enseñando poesías y ciencias naturales y en cambio no enseñara bastante historia inglesa ni religión protestante.

Pronto se difundieron malintencionados rumores acerca de que se había marchado de Gales por haber puesto en apuros a una muchacha. Otras murmuraciones sostenían que le gustaban los chicos y que por esto era maestro. Se concitó una tormenta y se convocaron reuniones. Él salvaba todos los escollos con aquella silenciosa dignidad tan suya. Las dos veces que le hicieron presentarse ante la junta de la escuela puso en ridículo a los inquisidores por la amplitud de sus conocimientos, demostrando además estar tan familiarizado con la Biblia que dejaba mudos y petrificados a los predicadores.

Ingram era extraordinariamente popular entre los estudiantes, muchos de cuyos

problemas personales había tomado sobre sí. Por sí solo, sin ayuda de nadie, había establecido un refugio neutral donde prevalecían la razón y la compasión en un paraje que sabía muy poco de una y de otra, y la posibilidad de perderle nos aterrorizaba.

Después el Señor envió un ángel nada menos que en la persona de lady Caroline Hubble, la cuál, con palabras encubiertas, le invitó a la mansión Manor para que diera lecciones a los hijos de los trabajadores extranjeros. Cuando todo el mundo supo que Ingram asistía a funciones teatrales y conciertos en el Long Hall y que él mismo había dado allí un recital de poesía, dejaron de mover guerra contra él… gracias a Dios.

Yo recordaba todo lo que me enseñaban en la escuela nacional porque tenía que aprenderlo para mí, y luego tenía que enseñárselo a Conor. Él me esperaba todos los días en el cruce de caminos y, mientras yo todavía guardaba las cosas frescas en la memoria, nos escondíamos en la antigua torre normanda y repasábamos el trabajo del día. Yo le explicaba todo lo sucedido en clase, de modo que él se sentía identificado con la escuela, y, por mis descripciones, llegó a conocer a todos los muchachos.

Al cabo de un tiempo, Conor vino a esperarme un poco más allá, en la herrería de Josiah Lambe. La herrería era una fuente de maravillas, con sus mágicos estanques de fuego destacando la silueta del musculoso señor Lambe cuando golpeaba el hierro, levantando chispas y haciendo realidad unas fórmulas rigurosamente secretas transmitidas a través del tiempo por los duendes.

En la vida del pueblo, el herrero sólo le cedía en importancia al sacerdote. Y en verdad, Lambe habría podido tener tanta incluso, de no obstar su condición de protestante. La parte alta había perdido su propio herrero por culpa de la emigración, durante el hambre. A la sazón, el padre de Josiah Lambe, que hacía el trabajo de los protestantes, se encargó asimismo del de los católicos. Sujetándose a un código no escrito, siempre contrataba a un católico como ayudante y a otro como aprendiz, y así seguía trabajando para ambas comunidades.

Veinte veces echó a Conor de la herrería, pero Conor volvió allá veintiuna, y quiso el azar que la veintiuna fuese el día que el aprendiz había aceptado el puesto de ayudante del herrero de Clonmany. Aquel día encontré a mi amigo moviendo el pedal del doble fuelle, y una semana después, Conor hacía clavos. Estaba tan entusiasmado que uno habría creído que los había alumbrado él, personalmente.

—Esos de esta artesa son de cabeza cuadrada —me decía—, y éstos son de gancho, y los de aquí, estoperoles.

Amigos míos, Conor sonreía dichoso. Yo le elogié entusiásticamente después de un minucioso examen de su obra. Por supuesto, había visto clavos como aquéllos

mucho antes; pero no hechos por Conor.

A Tomas no le gustaba aquello, pero desde un punto de vista práctico, difícilmente podía oponerse. Como Liam ya estaba en condiciones de trabajar la jornada entera en el campo, y el dinero que ganaba Conor significaba demasiado para la familia y no era cosa de despreciarlo, Tomas consintió que su hijo trabajase de aprendiz con Lambe.

Cierto día, a finales de otoño, nos dieron fiesta en la escuela. No era un determinado santo, ni algo así como la Navidad o una fiesta inglesa, sino una fiesta particular de los protestantes del Ulster. Encontré a Conor en la herrería y me fui al pueblo con él, a ayudarle a repartir trabajos hechos. Entregando el último, Conor llevó el caballo a casa de Lambe, lo puso en el establo y luego subimos hacia la parte alta. Al llegar a las afueras del pueblo oímos un coro de voces potentes que salía de la iglesia protestante, entonando himnos.

—Los protestantes celebran una función de gracias por la cosecha —expliqué con aire enterado—. Por esto han cerrado la escuela.

—¿Por qué darán las gracias? —inquirió él.

—No creo saberlo bien.

—No lo entiendo. Ya sabes lo nerviosos que están nuestros padres y nuestras madres por culpa de la última cosecha, además de que vencen los arrendamientos y el invierno se nos echa encima.

—Ingram no nos lo ha explicado —respondí con un levantamiento de hombros.

—Escúchales cómo cantan, haz él favor. Si me lo preguntas, te diré que es raro. Vamos, echemos un vistazo.

—Oh, no, Jaysus*, no —contesté, retrocediendo—. La última vez que entramos en un templo protestante por poco nos matan.*

—Vamos, peque —me dijo, subiendo los escalones de puntillas.

Después de asegurarme de que disponíamos de vías de escape y de que podríamos huir sin obstáculos, le seguí hasta el ventanal de la fachada y nos pusimos a mirar, como dos cabras sacando el hocico por encima de un seto. El cuadro que vi me dejó boquiabierto. A uno y otro lado del altar había pilas de hogazas de pan y espuertas de maíz. Había también nabos, y coles, y calabazas enormes, y zanahorias y chirivías y cebollas (todo ello bien frotado y brillante), y cestas de nueces formando caprichosos dibujos. Había manzanas, grandes y jugosas, y tomates y bayas, y toda clase de frutos que nosotros veíamos y comíamos muy raras veces. Distribuidos delante del altar había un cerdo relleno, corderos y pavos artísticamente adornados para un banquete. El predicador tenía los brazos abiertos y ensalzaba a Dios por la generosa cosecha. Y los fieles volvieron a expresar con himnos el gozo que les embargaba.

—Marchémonos —dijo bruscamente Conor.

Con las manos hundidas en los bolsillos se dirigió hacia el camino, guardando silencio; lo cuál indicaba que, o estaba meditando profundamente, o se sentía muy ofendido, o ambas cosas a la vez.

—Quizá su Dios sea mejor que el nuestro —aventuré.

—¡Ca, demonios! Las tierras que nos robaron son mejores.

Yo andaba cosa de medio paso rezagado, hasta que llegamos a la escuela. Conor se detuvo. Los ojos se le humedecieron y los músculos del rostro le temblaban de la fuerza con que apretaba los dientes.

—Pienso que sería mejor que te desahogaras —le dije.

—No tengo que desahogar nada.

—Te rezuma por todo el cuerpo, Conor, y no quiero pasar el día contigo si has de estar furioso todo el rato.

—Eh, vete al infierno.

—Oye, Conor, sé un acceso secreto para entrar en la escuela —le dije. Lo cierto es que no era tan secreto, porque Ingram nunca cerraba con llave la puerta trasera. Conor me seguía titubeando, mientras sus ojos hambrientos se paseaban por las mesas y la pizarra, toda llena de problemas aritméticos.

—Aquí me siento yo —le expliqué— y a mi lado se sienta aquella niña que te decía, la que me trae manzanas y pastelillos de miel y otras cosas para comer.

Conor pasó la mano por encima de la mesa, luego se deslizó en el asiento, se puso muy erguido y cruzó los brazos como si Ingram fuese a llamarle.

—Hola, amigos.

Conor se puso en pie de un salto, alarmado, mientras Ingram salía de su despachito lateral.

—Ah, buenos días, señor Ingram —saludé—. Pasábamos por aquí ahora mismo y este amigo mío, el mejor que tengo, Conor Larkin, quería ver mi mesa.

—Hola, Conor. Soy Andrew Ingram.

Conor le estrechó la mano con recelo. Ingram no tenía necesidad de preguntarle por qué no venía a la escuela. Había visitado ya a todos los curas del distrito para encarecerles que insistiesen cerca de sus feligreses a fin de que éstos enviasen más niños a la escuela; pero había tenido muy poco éxito.

—Conor sabe leer y escribir —dije con orgullo.

—Me alegra la noticia —respondió Ingram.

—Seamus me ha enseñado.

—Comprendo. Bueno, tienes un gran maestro. Seamus es uno de mis alumnos más distinguidos. Pronto ocupará mi puesto.

—No piense en eso, señor Ingram —dije yo—. Sólo enseño a Conor porque es mi mejor amigo.

—Y me gusta mucho que lo hagas, Seamus. Una de las mejores cosas que le

pueden ocurrir a un maestro es que produzca misioneros continuadores de su obra. ¿Hay alguna posibilidad de que vengas a la escuela, Conor?

—Estoy demasiado ocupado, me temo. Mire usted, soy el aprendiz del señor Lambe, y además, trabajo para mi padre. Por si fuera poco, a mi padre no le gusta la escuela… —Intenté darle un codazo para que se callara, pero él continuó—, dice que aquí no enseñan nada verdaderamente irlandés.

—Comprendo —respondió Ingram, sin demostrar irritación alguna.

Aunque Conor se esforzaba por aparentar una estatura mayor de la que le correspondía, no podía menos que volver los ojos hacia los estantes de libros, que cubrían, desde el suelo hasta el techo, toda una pared de la sala. La mirada con que contemplaba aquellos libros desmentía la comedia arrogante que estaba representando, porque el deseo se le pintaba en el rostro sin poder remediarlo.

—¿Crees que podría prestarte un libro, Conor?

—¿Cuál?

—Pues, veamos. Quizá podamos encontrar alguna cosa irlandesa hasta en los mismos dominios de la reina. Aquí tienes uno: Tradición bárdica del período medio irlandés.

—¿De qué trata?

—Oh, perdona; te creía enterado de todo lo referente a Irlanda. Este libro habla de los poetas cortesanos irlandeses durante la Edad Media. Yo creo que antes de hincar el diente en los auténticos revolucionarios de sangre roja, hay que adquirir unos conocimientos básicos de historia irlandesa primitiva. Es una auténtica historia, ya sabes. ¿Crees que te gustaría leerlo…? No es demasiado difícil.

—Puede que esté muy bien —dijo Conor, aceptando el libro, desconfiado—. Tenga por seguro que se lo devolveré.

—No hay prisa. La puerta está siempre abierta. Cuando lo devuelvas, coge otro. Basta con que dejes una notita sobre mi mesa.

¡La puerta se había abierto, ciertamente! Conor recorría con la mirada las filas de volúmenes, desde el techo hasta el suelo, aunque no sabía descifrar la mitad de los títulos. Y seguía mirando como en un sueño, forzada irresistiblemente su mano a tocar los lomos de los libros.

—Si puedes tomarte el tiempo —dijo Ingram—, una hora semanal, digamos, podrías pasarte por aquí después de las horas de clase y charlaríamos un poco sobre lo que leyeras. A veces, cuando uno lee solo, el texto le resulta complicado y confuso, y no le iría mal una pequeña explicación.

—Puede que venga.

—De este modo conoceré si Seamus continúa dándote lecciones, o quizá hasta yo pueda señalarte un poco de trabajo.

Conor fue hacia la puerta, pero no se avenía a marcharse de aquel modo.

Retrocedió hasta Ingram e hizo un esfuerzo por decir algo; pero estaba demasiado emocionado por el regalo que le habían hecho.

—Quiero darle las gracias de todo corazón —dijo por fin. Giró sobre sus talones y salió corriendo.

Conor Larkin había tenido siempre manos de mago. Desde que me alcanzaba el recuerdo, hacía juguetes de paja para los niños del pueblo y trajes de paja para bodas y fiestas, y excelentes esculturas de madera, y cruces de santa Brígida para alejar a los malos espíritus, y otros talismanes para conservar el hogar y el establo a salvo de incendios, duendes y otras calamidades. Hacía cuerdas y redes de pesca con pelos de colas de caballo, y jaulas para mariposas y era casi tan hábil como Tomas en reparar muebles y remendar aperos de labranza.

Todo este talento cobró vida en la herrería de Lambe. Conor no sólo forjaba vertederas de arado, azadas, goznes y herraba los caballos, sino que pronto dominó las artes del carretero y se entretuvo con trabajos artísticos que tenían perplejo a Lambe. Los mangos de los utensilios para el hogar tomaban hermosas formas ondeadas, y sus trébedes no tenían rival, ni siquiera en Derry. Todo lo que hacía Conor traía un sello especial, y podía considerarse dichoso quien recibiera, en su cumpleaños, el regalo de unos utensilios o unos candelabros forjados por él.

Conor no se plantaba ante el yunque y ¡dale que te pego!, como Lambe. Él se movía a su alrededor a la manera de los maestros de baile de Inishowen, en vuelo, y estiraba el metal y lo doblaba como un artista ante una tela o un poeta hablando al pájaro azul. Le correspondía a Josiah Lambe la gloria imperecedera de estimular siempre a Conor, aunque el discípulo igualara ya al maestro.

Mientras le veía florecer en la herrería, empecé a darme cuenta de que Conor no quería entrar en la finca de los Larkin. Nunca sería capaz de decirlo abierta y claramente, por no herir a su padre. Lo que hacía en cambio era irse apartando de la familia, a medida que adquiría habilidad en el oficio, y todos los ratos libres que tenía los dedicaba al estudio.

Por otra parte, Liam estaba siempre al lado de Tomas en los campos, arrancando turba en la turbera, arando, cavando las tablas para las patatas. Liam Larkin tenía la tierra en el alma, pero Tomas era incapaz de verlo, por lo mucho que amaba a Conor.

Lo que causaba más pena era que Conor y Tomas se amaban entrañablemente como nunca, pero apenas se dirigían la palabra. Eran dos personalidades vigorosas hiriéndose deliberadamente la una a la otra con aquel terco silencio y acercándose al punto desde el que ya no se puede volver atrás.

6

Ingram pidió que todos los que tuvieran algún pariente que hubiera emigrado de Irlanda levantaran la mano. Todos los de la clase la levantamos. Generalmente, los parientes estaban en América. Nosotros, los seis chiquillos católicos, teníamos familiares que vivían en grandes ciudades, como Boston y Baltimore. En su mayor parte, los protestantes habían emigrado ya años antes y estaban repartidos por todos los Estados Unidos, y hasta había muchos en el Canadá. Como ejercicio más importante del curso, Ingram nos hizo escribir una larga y detallada carta, o una narración, a nuestros parientes, dándoles noticias nuestras.

No recuerdo a mi hermano, Eamon, que se marchó cuando yo todavía no tenía edad para conocerle. En la única fotografía que teníamos, estaba con un grupo de bomberos, en el parque, y apenas podíamos distinguirle. No teníamos noticias suyas con frecuencia, quizá una vez al año. Recuerdo muy particularmente la carta en que nos comunicaba que se cambiaba el nombre de Eamon, adoptando la versión americana de Ed. Naturalmente, por Navidad siempre recibíamos un gran paquete, y cuando el abuelo murió, Ed envió dinero para una hermosa piedra sepulcral, según era costumbre. Pasando por el cementerio de San Columbano, uno habría podido deducir quiénes tenían familiares en América.

Recuerdo que estaba sentado junto a la lumbre, pensando cómo empezaría la carta, y mirando a mi madre. Entonces me di cuenta por primera vez de lo vieja que se estaba haciendo. La veía trabajar, así, un poco encorvadita, porque ya nunca andaba verdaderamente erguida. Atizaba el fuego constantemente para mantenerlo bien vivo y apaciguar a los duendes, porque se dice que cuando el fuego se apaga, la casa no tardará en derrumbarse. Durante el hambre, los vecinos solían atizar el fuego de las casas de los que habían emigrado, para que las encontraran calientes cuando terminase su exilio y volvieran a Irlanda. Por supuesto, nunca regresaron, y las lumbres se apagaron, y las casas se fueron derrumbando. Así empecé yo la carta.

Todas las mujeres de Ballyutogue envejecían prematuramente. Las interminables tareas de la casa y los campos y el establo las tenían trabajando como esclavas de la mañana a la noche. Eran las conservadoras de las tradiciones, trayendo al mundo vidas nuevas, y en el caso de mi mamá, ayudando a nacer a centenares de niños. Cuando le pregunté a cuántos alumbramientos había asistido, me sonrió con aquella sonrisa semidesdentada y respondió:

—En verdad que no sé contar números tan altos. Cuando empecé, hubiera tenido que ir a la escuela, como vas tú, y entonces lo sobria.

También había pequeños de cuatro patas, los animalitos nacidos en el establo. Y se hacía pasar a las vacas por delante de la lumbre porque esto traía suerte, y se colgaban las cruces de santa Brígida y ramitas de serval de cazador para que

alejasen a los malos espíritus, y uno se aseguraba de que en el mango de la guadaña hubiera un grillo, y mezclaba cenizas con la simiente nueva para que le dieran buena suerte. Acaso no supieran leer y escribir, ni contar números tan altos, pero sin duda habían de saber muchísimas cosas las mujeres como mi madre, sólo para estar bien enteradas de las antiguas creencias y fabricar vidas nuevas, y tener en marcha a las antiguas.

Cuando llegaba la noche y los hombres bebían su jarrito de whisky en la taberna de las viudas o jugaban al glink, las mujeres se reunían en una casita y se sentaban alrededor de la lumbre, con una sola vela encendida, o una sola linterna, y hacían sus filigranas de encaje en las telas de la fábrica de Su Señoría. Tenían los ojos continuamente enrojecidos por el esfuerzo, pero los escasos peniques ganados así hacían muchísima falta.

Con las horas que trabajaban y la gestación de un hijo por año, no hay que maravillarse de que las canas vinieran pronto y los dientes cayeran y el encorvamiento del cansancio se iniciara mucho antes de lo que hubiera correspondido. Pocos placeres hallaban en la vida, aquellas mujeres. Hasta el gozo que pudieran sentir al verse unas mozas gallardas y cortejadas y el del momento del matrimonio pasaban demasiado pronto.

El único camino que les quedaba era el de sumirse en los cuentos de hadas de su fe; sólo así podían seguir bregando; porque esa fe contenía la promesa de un más allá y de un largo descanso y del fin de todo sufrimiento. Con gran frecuencia, muchas de las que no sabían sumergirse en la devoción de Jesús y María seguían el camino de la demencia.

Entrada la última cosecha y pagadas las rentas, quedaba un tiempo desocupado, porque nuestros campos eran excesivamente pobres para trabajarlos en los meses invernales. Entonces nos convenía que produjesen hierba para alimentar vacas y ovejas. El invierno era la época en que se encargaban los bebés, que se cosechaban en el otoño siguiente, con las patatas.

En el transcurso de aquellos largos y tempestuosos días y noches invernales, solía producirse algún pequeño interregno; acaso la agitación y el revuelo de una boda, que estaban a la par de los que traía un velatorio. La novia era objeto de un simulacro de secuestro por parte del novio, que aparecía gallardamente montado a caballo y se la llevaba, y había de soportar que se sumaran al jolgorio los «muchachos de paja» disfrazados de marineros de un barco naufragado a los que las olas habían arrojado a la playa. Pero la canción de la boda iba bajando de volumen con la pronta llegada del primer niño y se quedaba en nada, excepto una monotonía eterna, con la llegada del segundo, y el tercero, y el cuarto. Pero seguían viniendo, porque dejar de alumbrar hijos significaba renunciar al sueño de una vida ultraterrena en compañía de Jesús y María.

Nosotros, los jóvenes, gozábamos de una fiesta quincenal de cantos y bailes rústicos en la torre normanda. La mitad de los muchachos del pueblo habrían podido cantar en cualquier coro de ángeles y la otra mitad poseía un talento similar para las flautas. El padre Lynch había impuesto severas medidas restrictivas sobre todas las concentraciones en las que estuvieran presentes ambos sexos, y solía rondar por ellas para asegurarse de que se cumpliera la voluntad de Dios. Pero por más que se esforzara, no lograba tener completamente alejado al demonio; no, en un cien por ciento, no.

Otras reuniones de carácter más viril tenían lugar en la taberna clandestina y en la legal. Allí las canciones y las leyendas chorreaban rebeldía, y los poetas entablaban un dulce combate.

El clima de Inishowen de una tormenta dentro de otra, y una tempestad como entreacto de otras dos, pesaba más sobre los hombres, que estaban más ociosos que las mujeres. Tomas Larkin estaba sobradamente ocupado procurando evitar el estallido de rencillas familiares, cada vez más enconadas a medida que los miembros iban perdiendo la paciencia.

Conor y yo éramos los únicos que parecíamos pasárnoslo bien. Yo era tan feliz en la clase de Ingram como Conor en la herrería de Lambe. Él tenía todo el tiempo ocupado en reparar aperos viejos y hacerlos nuevos, —además de cumplimentar los encargos de la cantera.

La primavera siempre daba la impresión de haber venido a rescatar a Ballyutogue justo en el último momento. Por el primero de marzo los hombres estaban ya afanosos y andaban por los campos, abiertos o cerrados, de nuestro parcelado término, hurgando aquí y allá para ver si el suelo estaba bastante firme y volviendo la vista en dirección a la bahía para indagar el tiempo, pidiendo a Dios al mismo tiempo que lo hiciera benigno. Si podíamos revolver la tierra el día de San Patricio y plantar el primer caballón de patatas el Viernes Santo, lo considerábamos buen augurio. Tomas Larkin era casi siempre quien tomaba las decisiones en cuanto a organizar el trabajo comunal y componer los grupos de trabajo. A su conjuro, empezaba el año laboral. «En nombre de Dios», solía decir, escupiendo al viento y arrojando un puñado de heno para alejar las tormentas; luego volvía los caballos hacia la parte que había resultado afortunada y abría el primer surco.

Tomas, mi padre, y mi hermano Colm, y más tarde Liam, solían coger unas azadas largas y delgadas y preparaban las tablas para las patatas. Yo les subía agua. Las tablas las cavaban a mano y consistían en una serie de surcos y caballones ideados de forma que se aprovechara al máximo el terreno de la ladera de la montaña, aunque asegurándose al mismo tiempo de que quedara suficientemente drenado para evitar la putrefacción, así como de que las lluvias arrastrasen bastante hierba seca y humus como fertilizantes. Ningún arado podía competir con la mano

del hombre, y cada tabla manifestaba una individualidad y una técnica ligeramente distintas.

Preparada la tabla, yo plantaba con mi mamá, del mismo modo que Finola plantaba con Brigid. Era un trabajo de mujeres y niños. Yo era demasiado joven para la azada, pero ya empezaba a ser bastante mayor para que me ruborizase trabajar con las mujeres. El plantador, en sí, era un instrumento arcaico, un palo corto, afilado, que se clavaba en el suelo practicando un agujero en el que echábamos la semilla. Las mujeres solían plantar, y los chiquillos iban detrás con unas horquitas cerrando los agujeros.

Cuatro pedazos en el agujero,
Uno para el grajo,
Otro para el cuervo,
Uno que se pudra
Y otro que medre ufano.

Luego venían las siembras de maíz, una semana aquí, otra semana allá, y cuando el verano se nos echaba encima los chiquillos menores de la familia subían a las montañas y apacentaban el ganado.

Mairead y Finola no perdían de vista a ese místico animal, el cerdo, único en todo el mundo al que los duendes concedieron la facultad de ver el viento. El cerdo era el caballero que pagaba el arriendo, y su peso, bienestar y número de crías tenían una importancia enorme.

Hecha la siembra, los hombres subían a las turberas a arrancar turba durante los meses secos, que empezaban en mayo, cortándola, secándola y reservándose la necesaria para nuestro propio consumo. La llegada de esa época señalaba todos los años el advenimiento de la inquietud y la tensión. El mes siguiente era junio, el primero de los meses melancólicos, durante los cuales entraban en juego todas nuestras supersticiones y plegarias. Por esta época, el alimento y el forraje escasearían. Al entrar julio, toda la comunidad contenía el aliento. El 12 de julio, fiesta de los orangistas, se procedería a la primera siega del heno, a la que seguirían el centeno, luego el trigo, la cebada y la avena, por este orden.

En el bendito octubre, arrancábamos las patatas, y aunque el hambre había quedado treinta y cinco años atrás, nadie la olvidaba nunca. Si al cabo de una semana continuaban sanas, todos exhalábamos un suspiro de alivio.

Poco después, muchos hombres estarían conduciendo ovejas y vacas a Derry, y luego cruzarían el agua para buscar trabajo en los muelles de Liverpool, o como sirvientes en Inglaterra. Si todo había marchado bien, si no nos había azotado ningún desastre natural, si los miembros satélites de la familia se habían casado, o

habían emigrado o marchado a la ciudad, si el alimento y el forraje habían durado para todos los meses melancólicos y no hubo que pedir préstamos onerosos, el labrador estaba en condiciones de esperar la llegada de otro año. El margen de supervivencia era tan estrecho que en verdad no se precisaba ningún gran desastre para barrernos; bastaba con la serie de pequeñas calamidades que nunca dejaban de presentarse (pérdida de unas cabezas de ganado, enfermedades, daños parciales en las cosechas u otro inesperado asalto contra nuestros magros recursos) y nos ponían, invariablemente, en la necesidad de hacer esfuerzos y equilibrios para nivelar el presupuesto. La única vez que uno de nosotros terminaba la campaña con todas las cuentas saldadas era cuando hacía su última visita al cementerio de San Columbario.

Cuando los Rankin se marcharon de la heredad y ésta pasó al cuidado directo del vizconde de Coleraine, tuvimos la sensación de habernos quitado de encima un gran peso. Nos equivocábamos por completo, naturalmente.

El lino había significado siempre una buena cosecha para nosotros. Lo cultivábamos comunalmente en varios campos abiertos de los más extensos. Después, Luke Hanna dio aviso de que los Hubble ya no comprarían más lino, porque iban a dedicar al cultivo del mismo la multitud de acres no arrendados, y los protestantes proporcionarían el que les faltase. Quería que nosotros convirtiésemos en pastos las tierras antes dedicadas al lino y que aumentásemos nuestros rebaños; pero, mientras, la pérdida de ingresos resultaría catastrófica. Por lo demás, el ganado vacuno corría muchísimos más riesgos que el lino.

El vizconde de Coleraine no llevaba bastante tiempo al frente de la hacienda para conocer los efectos de un boicot. Cuando los murmullos de descontento y cólera se extendieron por todo el condado, Kevin O'Garvey, actuando de portavoz de la Liga Campesina, logró convencer a Su Señoría de que había que encontrar medios de compensar las pérdidas que sufríamos. En honor de Su Señoría hay que decir que olió el conflicto inminente y acto seguido consiguió fondos del gobierno para construcción de carreteras, duplicó el número de hombres empleados en la cantera, y, finalmente, concedió a la parte alta el contrato para la preparación de los campos en que sembraría lino, así como para la recolección del mismo.

¡Oh, Jaysus, Jaysus*!, era un trabajo sucio, aborrecible, desagradable. Había que arrancar los tallos del suelo a mano, actuando nosotros, los chiquillos, de espigadores, para recoger lo que la brigada de hombres había dejado atrás. Al final de la jornada, uno quedaba tan encorvado que tardaba más de una hora en ponerse bien erguido.*

Después de atar los tallos en haces, los poníamos en balsas o estanques artificiales para que la parte leñosa interior se consumiera. Quince días pasaba el lino metido en el agua, y cuando el interior leñoso se consumía despedía tal hedor

que habría mandado a una bruja al otro lado del mar de Irlanda. Luego nos tocaba a los muchachos el trabajo concreto que me convenció de que yo nunca querría ser labrador. Habíamos de meternos en aquellas balsas pútridas, corrompidas, malolientes, con un agua que se había vuelto extremadamente viscosa; además, habíamos de sacar las gavillas, sacudirlas bien y extenderlas a mano para que se secaran. Aquello era peor que rezar el rosario.

Los hombres apilaban el lino en hacinas para que terminara de secarse y construían chozas de dos pisos, esperando los carros de Luke Hanna que vendrían del molino a recogerlo para hilarlo, tejerlo, blanquearlo y dejarlo convertido en lienzos.

Me he limitado a mencionar la cosecha del lino a causa del olor, que recuerdo tan vividamente.

Había concentraciones religiosas y fiestas tradicionales durante las cuales teníamos ocasión de alejarnos de los ojos de taladro del padre Lynch y bailar arrimados a las respectivas parejas, y jugar y apostar y beber y cortejar y pelearnos. Había peregrinaciones a fuentes sagradas y lugares santos, pero a mí no me apetecían demasiado, aunque nuestras madres las tomaban muy en serio, y de vez en cuando nos obligaban a participar en ellas. Santa Brígida y san Columbano preponderaban en Donegal, aunque, como en todo el resto de Irlanda, san Patricio era el más importante y con gran diferencia. Daddo Friel decía que algunos ritos que practicábamos como católicos eran tan antiguos que en realidad los habían iniciado los sacerdotes druidas de los celtas, tales como la peregrinación a la montaña de Croagh Patrick, en la que los fieles escalaban descalzos uno de los picos más altos de Irlanda. Sólo tres personas de Ballyutogue habían hecho este largo viaje al condado de Mayo, y, como todo el mundo sabía, una de ellas, Finola Larkin, fue recompensada con el nacimiento de Conor.

Conor y yo nos sentíamos en las mismas nubes la mañana de las ferias mensuales, que solían celebrarse el día de algún santo. El día de la feria de Muff, de Moville, Bucrana o Culdaff, entrábamos en el recinto tan arrogantes como dos pisaverdes de Derry.

Allá había puestos de ropas escocesas de segunda mano, de utensilios de cocina y aperos de labranza, y muchachos buscando pelea y chicas, y a veces carreras de caballos, e ilegales peleas de gallos y compañías ambulantes de bardos y actores y cantores de baladas y narradores de historias y pilas de prendas de vestir y nasas y juguetes y jugadores ambulantes entregados a sus juegos de apuestas.

Conor y yo siempre teníamos que realizar alguna transacción importante en la feria, como por ejemplo comprar un par de zapatos de segunda mano. Llegado el día, nos llenábamos los bolsillos de amuletos a fin de que la feria nos trajera suerte y

encontrásemos un calderero y le cruzáramos la mano con cobre y él nos dijera la buenaventura, completa, hasta con las profecías más adversas. Ellos nos decían qué teníamos que buscar y de qué cosas nos convenía permanecer alejados. Los caldereros que no decían la buenaventura se dedicaban a su oficio de tratantes de animales, mientras sus mujeres e hijos se metían por todas partes, mendigando.

Daddo Friel nos explicó, a Conor y a mí, que los caldereros no eran verdaderos gitanos sino irlandeses como nosotros mismos que se habían lanzado a los caminos generaciones atrás, después de que les hubieran derribado las viviendas, o luego de un levantamiento fracasado, o en la época del hambre. Una vez al año acampaban sus carretas en el cruce de caminos, cerca del árbol de los ahorcados. Nosotros les dábamos albergue de balde, y, en correspondencia, ellos casi no nos hurtaban nada. En Ballyutogue considerábamos que traía buena suerte ser amables con ellos. Se encargabande los trabajos de hojalata y planchistería, reparaban los alambiques del poteen *y se marchaban a otra parte. Llevaban una vida dura. El doctor Ian Cruikshank había instaurado también un día anual de los Caldereros en el que los visitaba gratis a todos y les regalaba medicinas.*

El segundo día era conocido como día de la feria. Todas las rencillas y querellas familiares o de clan que se habían concitado el día de la reunión solían estallar entonces. En la medida que aumentaba el número de gente, también lo hacía el de alguaciles. Los hombres prudentes como Tomas Larkin eran solicitados de continuo para reconciliar adversarios. A veces su intervención no servía de nada, y las peleas más sonadas daban tema de conversación en la taberna el invierno siguiente.

El día de la feria se compraba y vendía a ritmo frenético. En primavera buscábamos un buen caballo, y las mujeres compraban ropas con el dinero que habían sacado de los huevos. A finales de primavera se vendía el ganado, junto con los primeros vellones de lana, para poder hacer frente a los dos primeros plazos del arriendo. Y las ferias del otoño eran más cruciales todavía. Tener una vaca u ovejas de mucho precio podía representar la diferencia entre un año más o uno muy bueno. Allí tenía lugar la última subasta de las terneras que no estaban bajo contrato con Su Señoría, y allí nos contratábamos nosotros mismos para conducir los animales a puerto, a fin de hacer frente al segundo pago anual de las rentas a finales de octubre.

Recuerdo las fogatas del día de Mayo y la verbena de la noche de San Juan, en la que todo el mundo aguzaba el oído para oír el canto del cuclillo, que predecía una buena cosecha de cereales, y el día de Todos los Santos, la fiesta más importante, porque habíamos recogido ya las patatas, pagado la renta y el campo entero bullía de brujas y duendes y fantasmas y jinetes decapitados.

Y luego venía otra vez el invierno.

De todas las cosas que recuerdo de Ballyutogue nada me caldea tanto el corazón

como una solemnidad anual que debía su existencia al período del hambre. En aquellos problemáticos meses de principios de verano, cuando esperábamos la primera cosecha, era muy posible padecer hambre. Después de aquella época en que la escasez hizo estragos, se llevaron a cabo unas negociaciones, coronadas por el éxito, con la familia Hubble, que nos cedió unos derechos de aprovechamiento de despojos de pesca en la bahía.

El pueblo entero…, hombres, mujeres y niños, bajaba a la costa y se albergaba, muy primitivamente, en un pueblo de pescadores abandonado.

Daddo Friel nos explicaba que antes del hambre los que se dedicaban a recoger algas marinas trabajaban desnudos, lo cuál resultaba cómodo y práctico. Pero a nuestros buenos sacerdotes les dio por bendecir esta manera de ganarse la vida, y, naturalmente, nosotros tuvimos que salvar nuestra moral, de manera que lo único que todavía llevábamos desnudo eran los pies.

Al hacernos mayores, a Conor y a mí se nos permitió utilizar cuchillos, guadañas y especialmente escardaderas afiladas. En la costa se elevaban pilas de enrolladas sogas. Cuando venía la marea baja nos metíamos en las barquitas de mimbre y salíamos a los campos de algas, y cada dos barquitas arrastraban una balsa.

Del mismo modo que habían trabajado los campos codo a codo toda la vida, Tomas y Fergus trabajaban en barquitas emparejadas, cortando algas y apilándolas en la almadía. Colm ayudaba a papá, y Liam, Conor y yo íbamos al lado de Tom y entre los tres hacíamos el trabajo de un hombre. Pronto las balsas iban y venían de la playa. Luego atábamos las pilas de algas y las arrastrábamos a mano por la blanda arena hasta terreno más firme, donde las ruedas de los carros no se hundieran bajo el peso. Allí se cargaban carros y serones de burro, y se transportaba la hierba marina hasta una larga pared de piedra donde se sacudía y se extendía para que se secase. Antes de ponerse enfermo, Kilty había sido el encargado de esta parte del proceso, Kilty y los demás ancianos del pueblo revolvían las algas puestas a secar, recogiendo millares de coquinas y mejillones, y clasificaban las algas según sus variedades y aprovechamientos.

Mientras, mamá y Finola y Brigid se metían en agua hasta la cintura para recoger algas arrojadas allí por las tormentas, las desenredaban y las sacaban a grandes brazadas.

Si la marea baja ocurría durante la noche, la gente trabajaba a la luz de las linternas. Terminada la recolección en las cercanías de la playa, nuestros padres y nosotros entrábamos más adentro, formando parte de un equipo de dieciséis barquitos, cortábamos todo un lecho de algas y lo arrastrábamos hacia la orilla como a una ballena henchida de agua.

Parte de los derechos conquistados por Kevin incluían la pesca de mariscos. Toda la noche, cuadrillas de chicos y chicas hurgábamos en busca de almejas,

veneras y ostras, y arrancábamos mejillones de las rocas. Esto era lo que nos gustaba más a Conor y a mí, porque podíamos elegir a nuestras chicas con semanas de anticipación. Un año vino con nosotros Alanna, la primera chica que he besado en mi vida, y Lissy… y con ésta hicimos más que besarnos. Estaba también Brendt O'Malley, que casi lo hacía todo, de manera que llegué a compartirla con Conor. El padre Lynch y el padre Cluny trataban de vigilar la búsqueda de almejas, pero nosotros habíamos elaborado métodos perfectos para engañarlos y orientarlos hacia pistas falsas. Tal como ellos nos vigilaban a nosotros, nosotros los vigilábamos a ellos, y habíamos perfeccionado hasta tal punto la imitación del canto de los pájaros que nadie nos habría distinguido de un petirrojo de verdad. La busca de mariscos eran lo mejor del trabajo en el mar, pero luego las confesiones se prolongaban semanas y semanas.

La clasificación de las algas significaba una tarea larga y enojosa. Una parte de ellas la utilizábamos para alimento de los animales, otra parte para sacar yodo, y otra para fertilizante. Había algas comestibles que mi madre mezclaba con las patatas, y otras de las que se podía hacer una gelatina con la que espesar leche y mantequilla.

A lo largo de la costa humeaban fuegos de petróleo para quemar algas y hervirlas para hacer jabón y almidón, y todavía otra especie se ponía en agua para conservar los mariscos de concha. Las conchas las triturábamos y convertíamos en lechada. Unas semanas después de la campaña en el mar, nuestras casitas deslumbraban con sus nuevos enjalbegados.

Lo mejor, aunque no tanto como buscar almejas con las chicas, era poder comer luego a dos carrillos. Los que habían sobrevivido al hambre todavía conservaban en la boca el amargo sabor de las algas y las coquinas, de ahí que despreciar los alimentos de aquella época se hubiera convertido en costumbre que perduraría a lo largo de nuestras vidas. Pero durante los meses tristes, tener o no tener algas y mariscos marcaba la diferencia entre tener el estómago lleno o tenerlo vacío. Además, como yo no había vivido la época del hambre, a mí no me habría sabido mal que el olor que venía de las grandes ollas donde hervíamos las coquinas hubiese llenado mi nariz incluso en mi lecho de muerte.

Las algas eran viscosas, y el agua, sucia, y el hedor que despedían aquéllas cuando las quemaban, tan malo como el del lino al consumirse en los estanques. Era el trabajo más rudo de todos los que hacía un arrendatario irlandés; sin embargo, al recordar las noches bajo las linternas con las muchachas en la arena, debo declarar que aquello fue también nuestro primer paso por el mundo del amor entre hombres y mujeres.

¡Ah, cuántas cosas hacíamos juntos en Ballyutogue! Rezábamos juntos, y juntos trabajábamos los campos. La alegría de los nacimientos, las lágrimas de emoción en

las bodas y los llantos de dolor a la hora de la muerte, todo era cosa comunal. Pero en toda mi vida no he vuelto a encontrar nada más entrañable que la cosecha de las algas.

Muchas de estas cosas se las escribí a mi hermano Ed. Sé que las había vivido de muchacho, aquí, pero como hacía tanto tiempo que estaba en América, era posible que las hubiera olvidado y le gustase recordarlas.

7

Mi hermano Ed respondió que se había sentido muy dichoso al recibir mi carta y le enorgullecía que me instruyese. Decía que la instrucción importaba mucho, sobre todo si tenía la idea de emigrar. Me pedía que siguiese escribiéndole, y en el último párrafo prometía enviarme libros de América. Bueno, eso era como poner vasos de whisky delante del borracho del pueblo, porque entre nosotros los libros escaseaban tanto como el sol en invierno.

Conor y yo discutimos el asunto acaloradamente, porque recibir la clase de libros que ansiábamos no sería demasiado fácil. Apenas llegaba un paquete de América, todo el pueblo lo sabía. Y el padre Lynch no tardaba más de diez minutos en ir a meter las narices. En mi caso querría ver los libros, se los llevaría, los quemaría, y el domingo siguiente haría un sermón sobre las penas del infierno.

En consecuencia, Conor y yo ideamos un plan temerario. A Conor no le gustaba demasiado la idea, pero decidió darme gusto y aceptarla, porque el cebo de unos libros le tentaba en exceso.

Él visitaba a Ingram regularmente cada quince días y había leído ya a varios escritores irlandeses de los primeros tiempos, como Edmund Burke sobre la Revolución francesa, Oliver Goldsmith y Los viajes de Gulliver, de Jonathan Swift. La verdad es que Conor casi le ganaba a cualquiera en eso de leer, salvo a Ingram.

Fuimos a la escuela a una hora que sabíamos que Ingram estaría solo en ella, y, en efecto, allí estaba, en su despacho, corrigiendo papeles. Al vernos, sonrió y dijo:

—Hola, muchachos. ¿A qué debo la visita?

—A un asunto de gran importancia, señor —respondí, entregándole la carta de Ed—. Es el referente al último párrafo.

—Bien, bien…, libros de América. Muy interesante. Entrarás en la opulencia, Seamus.

—Sí, pero necesitamos la colaboración de usted para que nos indique qué debería enviarnos —dije.

—Con mucho gusto.

—Sin embargo, se nos presenta un pequeño problema —continué—. Si recibo un paquete de América, el padre Lynch estará llamando a la puerta apenas llegue.

—Casi no nos permiten leer nada —lamentóse Conor.

—Comprendo. Bueno, pues conviene que pensemos la manera de salvar el escollo —dijo Ingram, sonriendo—, a menos que vosotros hayáis encontrado ya alguna solución.

Ambos cambiamos un par de veces de postura, rascándonos las cabezas con cara muy seria y tratando de poner en juego nuestras mejores dotes de embustero.

—No sabría imaginar cómo hacerlo —dije yo.

—Bien, bien…, veamos. ¿Qué os parece si Ed me enviase los libros a mí?

Conor y yo acogimos la sugerencia con una ancha sonrisa.

—¡Oh, es una gran idea! ¿Cómo no se me ocurrió? —exclamé—. Pero no quisiéramos que se buscase un contratiempo —añadí apresuradamente.

—¿Qué clase de contratiempo podría buscarme? —inquirió él.

—Si algún día se entera, el padre Lynch se pondrá furioso —dijo Conor.

—Según parece, me he ganado las antipatías de todos los ministros protestantes del distrito. Tanto da que me gane las de los otros —comentó él.

Conor ya se había mostrado raro por el camino, yendo a la escuela; tuve ya entonces la sensación de que lo echaría todo a perder.

—No, no podemos aceptarlo —estaba diciendo ahora—. Si el padre Lynch lo descubre, no permitirá que ningún otro niño vuelva a la escuela, y no podemos hacernos responsables de una cosa así.

—Tengo que mostrarme en desacuerdo contigo, Conor —respondió Ingram—. Sí lo hace, la responsabilidad pesará sobre él, no sobre vosotros.

—No, estaría mal —insistió Conor.

—Lo único que está mal es someterse a la tiranía. Tú tienes derecho a informarte de todo lo que se te antoje.

—No lo tengo.

—Lo tienes. Naciste con ese derecho; no renuncies a él ahora tan fácilmente.

—Queda otro problema —añadió Conor—. Sí los de Orange se enteran, le echarán a usted de aquí.

—Parece que se me plantean un sinfín de problemas —respondió Andrew Ingram —. Afortunadamente, esos hombres no tienen la menor idea de lo que hay detrás de las cubiertas de un libro. Imagino que vosotros queréis libros que hablen de Irlanda.

Conor y yo nos miramos.

—La verdad es que… —dije, con una voz que se me salía de camino.

El maestro se arrellanó un poco en el sillón, sonriendo.

—¿No estaríais pensando, quizá, muchachos, en un poco de literatura insurreccional?

—Oh, no, señor; de ningún modo, señor; no, no, señor —contesté.

—Eso es exactamente lo que queremos —rectificó Conor.

—Hecho —respondió Ingram.

Creo que debimos quedarnos allí, boquiabiertos de asombro. Ingram reanudó la tarea de corregir papeles; luego levantó la vista para mirarnos.

—¿Queríais algo más? —preguntó.

Nosotros negamos con la cabeza.

—Entonces, tened la bondad de entornar la puerta, al salir.

Entrando en horrenda conspiración con nosotros, Ingram escribió personalmente

a Ed, y a finales de primavera llegaron de América cuatro libros como cuatro tesoros. Entre ellos figuraba la autobiografía de Theobald Wolfe Tone, y también La salida de la luna*, volumen de canciones y lecturas revolucionarias.*

Tomas había sufrido una racha de mala suerte con las cosechas y varias crías de lechones. La situación monetaria de la familia se había puesto tan mal que el salario que cobraba Conor en la herrería resultaba una ayuda importantísima. A pesar de lo cual, la inquietud de Tomas viendo al hijo apartarse más y más de las tierras y el hogar crecía por momentos. En la actualidad, Liam hacía casi todas las tareas, de modo que Conor, entre la herrería y las horas que se pasaba con la nariz entre las páginas de un libro, quemándose los ojos a la luz de una vela, entraba en casa como un forastero, casi. Lo tradicional era que en verano el hijo menor (Liam en este caso) subiese a las montañas a guardar el ganado, mientras el mayor trabajaba al lado del padre. Ahí se iba concitando un problema. Yo estaba presente la noche que Tomas llegó a una decisión.

—Liam se quedará en casa, conmigo —anunció bruscamente—. Tú, Conor, te irás a la cabaña del monte con el ganado.

Conor se quedó de piedra.

—Pero ¿por qué?

—Porque por aquí has demostrado no ser bueno para nada. Menos que nada.

—Pero, papá, ¿y mi trabajo en la herrería?

—He hablado con Lambe. Te aceptará de nuevo como temporero, siempre que bajes de los pastos recordando que antes que nada eres un labrador. De lo contrario, despídete de una vez y para siempre de ser herrero.

Ah, sí, Tomas se había puesto duro como no le había visto yo nunca. Era evidente que a Conor le enviaban al purgatorio, en castigo de sus culpas. No cabía la menor duda, las palabras de su padre no admitían réplica. Conor se había quedado inmóvil, pálido, con el mundo que se había creado hecho añicos a su alrededor, y por añadidura, con la amenaza de perder el empleo, Tomas había calculado que esta amenaza le amedrentaría lo suficiente para mantenerlo por el buen camino.

—¿Queda bien claro, Conor?

—Sí —respondió mi amigo, apartándose de la mesa y abandonando la casita.

Yo le alcancé camino abajo, le cogí y le obligué a mirarme.

—¡Suéltame! —gritó.

—¿No lo ves? —repliqué, gritando a mi vez.

—Lo veo perfectamente. Veo qué se propone.

—Oh, Dios mío, Conor, a veces pienso que eres tan estúpido como un orangista. Oye, amigo, aquí nos tienes a los dos con cuatro libros nuevos, más los que vayamos cogiendo de la biblioteca de Ingram, y con todo un verano solos en la cabaña del

monte. ¡Podremos leer hasta que nos venga en gana, sin nadie que nos estorbe, y sin tener que escondernos por ahí!

—¡Oh, Jaysus, *peque, no se me había ocurrido! —Y me echó los brazos al cuello, estrechándome con tal fuerza que poco faltó para que me hiciera rodar la cabeza por el suelo—. ¡Por la mañana iremos a ver a Ingram y escogeremos los otros libros que queramos!*

Cuando cargábamos el carrito del borrico con las provisiones, fingiéndonos apenados y cuidando de que los libros estuvieran bien escondidos, porque Tomas nos acompañaría hasta la cabaña del monte, éramos los dos muchachos más felices de Inishowen.

Conor y Tomas sacaron los rocines fuera de Ballyutogue y los juntaron con las ovejas y las vacas, ayudados por los perros, que se habían abierto en apretado círculo. Yo iba en el carrito, cubriendo la retaguardia. Nos internarnos tierra adentro, hacia el oeste, más allá del ancho cinturón de turberas, penetrando en una comarca en la que las ondulantes colinas cedían el puesto a verdaderas montañas. Si todo iba bien, tardaríamos tres días en llegar.

No creo que Tomas y Conor se cruzasen ni una docena de palabras siquiera hasta el tercer día, cuando faldeamos las laderas de Crocknamaddy y empezábamos a ascender hacia Slieve Sneigh y Slieve Main a una altura de unos quinientos metros. Nuestro grupo iba subiendo bajo la tensa vigilancia de los gavilanes, que volaban en círculo sobre nuestras cabezas, y de las águilas doradas.

La cabaña del monte descansaba a la sombra de un hermoso bosquecillo de alerces, delante de un riachuelo que descendía de Slieve Sneigh. Era una pequeña edificación circular, de unos cinco metros y medio de diámetro, construida estilo colmena, levantando paredes de piedras curvadas, sin mortero, y con un tejado de glebas. Junto a la cabaña había un sótano para almacén

Echamos fuera los murciélagos que habían anidado allí, y nos pusimos a descargar las ropas para las yacijas, botes y cacerolas, una mantequera, herramientas, unas cuantas trampas y recado de pesca, unos sacos de patatas, alubias secas y harina de cereales. Como de costumbre, el año anterior había quedado turba suficiente para encender fuego y mantenerlo en rescoldo hasta que pudiéramos arrancar y secar otra provisión de turba.

Mientras Tomas encendía el fuego, Conor y yo medimos setenta y cuatro pasos, paralelamente al riachuelo, yendo a parar a una espesura de aliagas donde cavamos hasta poner al descubierto un escondrijo de armas. Las encontramos limpias y secas, bien engrasadas y envueltas. Yo elegí una escopeta, y Conor, que tenía mejor puntería que yo, escogió un rifle de pequeño calibre. Las demás las envolvimos de nuevo con gran cuidado y las volvimos a meter en el escondite. Cuando oscureció, amaneamos los caballos, limpiamos las armas, comimos y nos acostamos cansados

de veras.

Por la mañana, Tomas inspeccionó el prado con nosotros. La hierba se doblaba de puro lozana y espesa y se adornaba de flores silvestres. A lo largo del riachuelo, espesuras de helechos, aliagas y brezo tierno serían excelente pasto para las ovejas. Cierto número de tranquilos estanques excavados por el hombre y que se renovaban cada año parecían saturados de peces.

Dispersos por el prado había una docena, o más, de edificios en ruinas. De chiquitines, Daddo Friel nos contaba que aquello eran casas de duendes que habían sido ángeles y que fueron expulsados del cielo por sus travesuras. Ya bastante mayores, nos explicó que muy probablemente serían los restos de un campamento de Finn MacCool, y todavía más tarde los identificó como ruinas de las invasiones vikingos. Pero lo más probable de todo era que no fuesen ni más ni menos que antiguas cabañas de monte de nuestros antepasados.

La nuestra se hallaba en excelente estado; sólo necesitaba unos pocos días de reparaciones, principalmente glebas para el tejado. Conor y yo fuimos a una pequeña turbera superficial cercana y la examinamos. Como la hallamos muy empapada de agua, calculamos que el trabajo más duro que nos aguardaba, después de reparar la cabaña, sería el de arrancar y secar la turba necesaria para el verano.

Cuando regresamos, Tomas había atado los caballos detrás del carro del burrito, dispuesto a regresar a Ballyutogue. Al acercarnos para decirle adiós, vimos que tenía el rostro tenso de cólera reprimida. Todos nuestros libros, los cuatro de América y cuatro más de Ingram, estaban dentro del carro, perfectamente visibles. ¡Nosotros los mirábamos horrorizados!

—¿Pensabais que después de cincuenta años de labrador no sabría cuánto puede pesar un saco de alubias? —preguntó, dejando al descubierto el escondite donde los pusimos.

Conor y yo estábamos demasiado asustados para defender nuestro destrozado mundo, por el momento.

—¿Por qué quisisteis llevároslos a mis espaldas?

Conor recobró la calma más absoluta, como hacía siempre que el terreno se ponía resbaladizo.

—Creí que no lo comprenderías —dijo.

—¿Adónde crees que te conducirá ese camino, Conor? Jamás llevó a ninguno de nosotros a ninguna parte, salvo al árbol de los ahorcados. Escarbas con mal pie, muchacho, y te estás preparando un infierno en la tierra. Será mejor que te pases el verano aquí, meditando un montón de cosas, antes de regresar.

Tomas subió al asiento del carrito, dio una palmada al asno, y el vehículo se puso en marcha. Conor lo alcanzó y cogió la brida.

—¡Cuando llegues a casa, envía a Liam, porque yo ya no estaré aquí!

Tomas bajó al momento. El revés de su mano golpeó la faz de Conor, mandándolo contra el suelo. Yo corrí a echarme sobre mi amigo para que no recibiera otro golpe. Tomas se erguía sobre ambos, bullendo de rabia, y Conor le miraba, echando sangre por la nariz y la boca. Les juro a ustedes que daban tanto miedo el uno como el otro. Tomas Larkin fue el primero en rendirse. Volvió hacia el carro, se quedó plantado allí tres minutos largos, luego metió la mano dentro y arrojó los libros al suelo.

—¡Papá! —gritó Conor, corriendo hacia su padre y echándole los brazos al cuello. Sólo que esta vez fue Tomas el que se mostró duro como una piedra, apartando de sí los brazos del hijo, para subir en seguida al carro.

—Antes de disparar, aseguraos de dar en el blanco. No gastéis todas las municiones la primera semana. Volveremos a vernos en otoño.

Unos momentos después, había desaparecido.

8

Después de reparar la cabaña y arrancar turba, pasamos a ocuparnos de nuestra provisión de víveres. El rebaño nos proporcionaría un suministro inagotable de leche, que podríamos agriar o convertir en mantequilla para mezclarla con las patatas. O también, con la leche de las ovejas, podríamos preparar un queso algo primitivo. Recorríamos el terreno lo mismo que colonos de la Edad de Piedra, recogiendo sacos de setas que crecían silvestres en el húmedo suelo de debajo las espesuras de coníferas. Había tres o cuatro variedades de bayas que se podían comer, si se las mezclaba con nata, y en los bordes de los estanques habitaban millares de caracoles comestibles. Después de reunir simientes de las vainitas de las aliagas, probamos nuestra suerte pescando. Había truchas y escarchos que ya medían más de medio metro. El primer pescado que conseguimos lo abrimos, lo partimos en filetes y lo pusimos a secar, reservándolo para los días que no picaría ninguno. Las espinas y las tripas las dejamos al sol a fin de que produjeran larvas de mosca que luego emplearíamos como cebo.

Conor puso trampas para la liebre y la ardilla roja, animales que también cazábamos a tiros con bastante buena fortuna. Lleno el sótano a rebosar, pasamos a enfrascarnos en nuestros libros, en compañía de chovas, urracas y cuervos que se encargaban gozosamente de recoger la basura del campamento, manteniéndolo muy limpio y mostrándose más sociables a medida que transcurrían los días, de modo que al poco tiempo comían de nuestras manos.

Al amanecer, solíamos precipitarnos a realizar los trabajos del día, para luego poder entregarnos a la lectura. Al acercarse el verano, las horas diurnas se prolongaban. Entre los ratos dedicados a la caza, la pesca y a ordeñar, descabezábamos algún que otro sueñecito, guardando la conversación para las horas de la noche, a fin de ahorrar velas. Pocos serían los temas que no abordáramos aquel verano. Los libros nos habían encendido el alma en sueños y anhelos: en este instante luchábamos y moríamos como mártires por la libertad de Irlanda, y el siguiente viajábamos hacia místicas tierras muy lejos de Ballyutogue.

De vez en cuando teníamos compañía. Eran aquellos caldereros nómadas, siempre en movimiento, o bien otros pastores, de los prados bajos. Alguna que otra vez, hombres fugitivos buscaban un día de descanso. Ninguno solía pertenecer a la casta de los furiosos, y era costumbre generalizada darles albergue. Con nuestras armas y nuestros perros, estábamos a salvo, además de que era muy raro que un fugitivo intentara causar el menor daño porque con ello habría faltado a la antigua ley de la hospitalidad. Siempre se presentaban como luchadores por la libertad de Irlanda que no habían recibido merced de los tribunales por haber perpetrado un delito contra la Corona, aunque Dios sabía por qué los reclamaba realmente la

justicia. Nosotros les dábamos de comer, les dejábamos descansar durante el día y luego los acompañábamos hasta el grupo vecino de cabañas de monte de Crocknamaddy, donde tampoco corrían peligro.

Había un tema importante y que cada día nos interesaba más, y era el referente a cuestiones sexuales. Lo que más echaríamos de menos este año sería la recogida de algas, dado que ambos habíamos pensado en conocer más íntimamente a Brendt O'Malley. Era tanto lo que ignorábamos que estábamos sopesando la idea de acudir a Ingram para que nos proporcionase libros sobre la cuestión. Conor calculaba que sería hombre de espíritu abierto sobre estas cosas.

Sería por los alrededores de la noche de San Juan cuando vino, porque casi había luz durante las veinticuatro horas del día, y leíamos tanto que nos pasábamos la mitad del día echando siestecitas junto a las cañas de pescar.

Los perros ladraron, avisándonos que venía gente extraña. Conor y yo fuimos a ocupar nuestros puestos de observación y divisamos a dos jinetes en el horizonte conduciendo a un par de burros cargados de provisiones. Cuando estuvieron más cerca y los vimos bien, ¡nuestros corazones saltaron de gozo! En uno de los dos caballos cabalgaba nada menos que Andrew Ingram. Corrimos a saludarle. Con gran asombro nuestro, el otro caballo lo montaba una dama.

Ingram nos la presentó. Era la señorita Enid Lockhart, maestra también, que ejercía en la escuela nacional de Muff. Disimulando prestamente nuestro asombro, le estrechamos la mano, fingiendo que su presencia allí no tenía importancia ninguna. Ingram nos dijo que se proponía pasar unos cuantos días de pesca. ¡Qué suerte la suya!

A casi un kilómetro de nuestra cabaña había otra que se conservaba en buen estado. Conor y yo corrimos allá para adecentarla y que pudieran ocuparla nuestro maestro y su amiga. Pronto la dejamos lista. Luego, mientras les ayudábamos a descargar, Ingram nos dio la más hermosa sorpresa de nuestras vidas en forma de seis libros más. Nunca olvidaré los títulos: Los cabecillas confederados, *sobre el levantamiento de 1641, la* Historia de Irlanda, *de John Mitchell, y* La historia de la rebelión irlandesa de 1798. *Luego había* La vida y la época de Daniel O'Connell *y* La vida de lord Edward Fitzgerald, *de Thomas Moore. El último libro era, en realidad, sólo para Conor, que se estremeció de pies a cabeza cuando leyó el título. Era una traducción inglesa de la gran epopeya celta,* La invasión del ganado de Cooley, *parte de los cuentos fenianos de Finn MacCool, Queen Maeve y Cu Chulainn, drama vibrante, conocido también como la* Odisea irlandesa, *y las más preciosas palabras que nacieran nunca en el Ulster.*

—Bien —dijo Ingram, viendo unos grandes espacios blancos en nuestros salientes ojos—, estos libros deberían mantener en efervescencia la antigua insurrección. Parece que en Filadelfia hay una librería feniana muy bien abastecida

y que tu hermano Ed la ha descubierto. La invasión del ganado es un regalo que os traigo yo de Dublín. —Estábamos demasiado sorprendidos aún para poder articular palabra cuando él volvió la mochila del revés, dejando caer dos libretas y una docena de lápices—. Quizá conviniese anotar unas cuantas ideas de las que se os ocurran andando por ahí. A la señorita Enid le encantará enseñaros a dibujar una silueta según las reglas del arte.

Por fin logré dar las gracias a Ingram; pero Conor continuó sumido en un estupor eufórico. Luego cogió mi escopeta y dijo que volvería dentro de un ratito, alejándose por el prado, seguido de los perros. Al cabo de un rato volvió, efectivamente, trayendo un hermoso faisán de cuello anillado. Era su manera particular de dar las gracias a Ingram.

—Sabía que estaba allí —dijo, entusiasmado—. Descubrí el nido hace unos días y esperaba que se nos presentara una solemnidad.

Enid resultó ser una cocinera fantástica; sabia preparar platos de los que nuestras madres ni habían oído hablar siquiera. Rellenó el ave con una harina hecha de diversos productos y con setas y caracoles, echándole ron sin regateos ya en el momento de prepararla, y la asó sobre un asador. Nosotros teníamos unos cuantos huevos que habíamos cogido en un nido de águilas doradas, y bayas, y nata, y té rociado con unas gotas de whisky poteen *que habíamos adquirido de un calderero de los que pasaron por allí. Quiero hacer notar que no dijeron ni media palabra de que nosotros bebiéramos* poteen*.*

Enid Lockhart era una dama muy bonita, por así decirlo, si a uno le gustaban los tipos frágiles protestantes. Parecía poseer un espíritu tan abierto como Ingram, porque fue ella la que sugirió que el poteen *resultaría bien, si teníamos un poco. De lo contrario, no nos habríamos atrevido a sacar el jarro delante de ellos. Sea como fuere, viendo cómo se comportaban, no era difícil adivinar que tenían ganas de casarse.*

Creo que Conor y yo estábamos orgullosísimos de que existiera entre nosotros cuatro un lazo implícito. Las parejas que no fuesen marido y mujer no vagaban por las montañas, ni siquiera las protestantes. Si aquello llegaba a saberse, despertaría las iras mojigatas de todos los predicadores de Inishowen. El hecho de que confiaran en nosotros, sin ni siquiera hablarnos de esta confianza, nos hacía sentir más íntimos suyos, e imagino que Conor y yo comprendíamos que Ingram reservaba un lugar especial en el corazón para sus dos papistas. El maestro encendió la pipa y se puso a contemplar el prado que se llenaba de morados y violetas atenuados, reflejo del sol poniente. Y todos roncábamos de satisfacción.

—¿Quién toca la flauta? —preguntó la señorita Lockhart.

—Yo. Aprendí de mi padre Fergus, que es el poeta de nuestro pueblo.

—¿De veras?

Reinaba un silencio total, excepto por una levísima brisa que movía el brezo, y sin otro sonido que el de mi flauta, mezclado de tarde en tarde con una armonía de los animales, mientras los perros corrían de un lado para otro, jugaban a la pelea y se revolcaban. Yo me sentía sinceramente impresionado por los sones que producía; nunca en mi vida me habían parecido tan sublimes. Cuando hube terminado, Conor cantó una antigua melodía de pastores, tan sosegada y bella como el campo que nos rodeaba.

—Ha sido hermosísimo —dijo la señorita—. Lo de los dos.

—Siempre sostuve la teoría —dijo Ingram— de que cuando vayamos al cielo nos parecerá un lugar bastante aceptable. Las necesidades y los temores que sufrimos aquí en la tierra habrán desaparecido para siempre. Sin embargo, es preciso considerar que con los miles de millones de almas que hay allá, la administración de aquel lugar ha de dar un trabajo espantoso.

—A fe mía que nunca había pensado en ello —dije.

—Por ejemplo, llevar y traer las almas del purgatorio. Alguien ha de inscribirlas y les ha de seguir el historial, precisamente para ver si tienen méritos para quedarse. Estoy seguro de que a cada uno le asignan un trabajo, algo que le guste; pero la organización del lugar ha de ser cosa tremenda. Cuando uno ha pasado cinco o seis siglos allí, los placeres que encierre aquello han de parecerle un poco sosos.

Evidentemente, el padre Lynch nunca nos había hablado en esa forma, y nosotros suponíamos que allá arriba todo se haría por una especie de magia. La disertación de Ingram sobre la logística del gobierno del cielo resultaba, indudablemente, toda una revelación.

—Lo que quise decir, en última instancia —continuó él—, es que parece que las personas hemos de sufrir momentos de agitación para establecer el contraste con los momentos de paz, si queremos comprender y apreciar verdaderamente esa paz. Aquí, ahora, en este prado, hemos gozado de unos instantes de paz. Ahora, en estos momentos, esto es el paraíso. ¿No estáis de acuerdo?

—Sí, lo es —asintió Conor.

—Pero nos confundimos al creer que el cielo y el paraíso son una misma cosa. Siempre que seamos capaces de gozar de unos momentos de paraíso aquí, debemos saborearlos, porque quizá no tengamos paraíso en el cielo.

—¡Bravo! —exclamó la señorita Lockhart.

—Tiene razón —dije yo—. El cielo no puede ser mejor que esto.

A continuación toqué la flauta de nuevo y, dirigidos por Ingram, todos cantamos unas canciones escocesas.

Conor se paró a la orilla del riachuelo y tiró una piedra al quieto remanso del otro lado.

—Aquí encontrará buenos puntos para pescar escarchos, especialmente ahora que se nubla el firmamento.

Ingram se frotaba las manos, como hombre que seguía viviendo en el paraíso.

—Yo te enseñaré a pescar, chaval, tal como pescan los escoceses.

—Bien, hágalo a su manera —respondió Conor—. En ocasiones he sido testigo de una suerte rara que desafía a la razón.

—Te acordarás de estas palabras luego, cuando contemples mi cesta.

—Bueno, vea si saca bastante para que podamos comer a placer los cuatro —replicó mi amigo—. Ahora voy a ocuparme de mis tareas. Hasta luego, señor.

—¡Conor! —llamó vivamente el maestro.

—¿Qué?

—¿No te parece que tendríamos que hablar un rato?

Conor suspiró e hizo un signo afirmativo.

—Creo que sí. —Y se sentó en la margen, dejando colgar los pies dentro del agua —. Mi papá le dijo dónde estábamos, ¿verdad?

—En efecto —contestó Ingram, sentándose a su lado y preparando la caña de pescar.

—¿Qué le dijo?

—Muchísimas cosas. Fundamentalmente, que tú eres labrador.

—¡He sido tan feliz en la herrería y con mis libros! ¿Por qué querrán que lo mire como un pecado? ¿Y por qué, en nombre de Dios, se me ha de amenazar con perder lo uno y lo otro?

—¿No sabes la respuesta, Conor?

—¿Qué le dijo usted a mi padre, señor Ingram?

—Le dije que ser labrador no es motivo para hacerte renunciar a la luz y la belleza que puedes encontrar en los libros. Un labrador tiene tanto derecho a enriquecer su mente como cualquier otra persona.

—¿Ha conocido a mi hermano Liam?

—Lo tomé como una cuestión de honor.

—Liam es un buen chico. Él no quiere otra cosa que la finca y ser el continuador de mi padre. Papá sabe qué quiere Liam y qué quiero yo. Si cumpliese con un deber que me parece indiscutible, labraría la felicidad de ambos.

—¿Lo sabe, eso que dices?

—Es posible que finja no saberlo. ¿Por qué, señor Ingram?

El maestro movió la cabeza.

—Él mira los libros y las ideas como una amenaza, un señuelo que te alejará de Ballyutogue. Tiene un miedo horrible a que te pongas a luchar por la causa de la libertad de Irlanda. Para él, ése es un camino que sólo conduce a la desdicha y a la muerte. Por otra parte, no quiere que la dinastía de los Larkin termine. Todos los

Larkin han sido hombres fuertes, uno tras otro; han sido jefes de los demás, y Liam no podrá serlo nunca.

—Pero ¿por qué no puedo serlo igual trabajando de herrero?

—No. Tu padre da un valor infinito a la tierra; en un campesino irlandés este amor cala más hondo que el mismo aliento vital. Conor, todos los padres con quienes hablé me dijeron que amaban exactamente igual a todos sus hijos. Y la mayoría de padres hasta se lo creen. No es cierto. Tu padre te ama más a ti que a los otros. Como sabes, la tragedia de la vida irlandesa está en que la gente se va de Irlanda. Al verte con libros, con un oficio, tu padre se desespera, porque el transmitir la tierra es la única manera que sabe de cerrar el ciclo de su vida.

—Señor Ingram, yo amo a mi padre, pero… pero…

El brazo del maestro rodeó el hombro de Conor con gesto comprensivo.

—En la mayoría de lugares casi todos los padres llegan a darse cuenta de que sus hijos encontrarán por sí mismos el camino que deban seguir. Acaso no les guste que sea así, pero acaban por resignarse a ello.

—Pero mi padre no se resignará nunca. ¿No es eso lo que me está diciendo?

—Le sería tan imposible resignarse como seguir viviendo sin respirar.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Conor, trastornado.

—Mira, ambos, tú y yo, somos de raza celta. Sabemos que los de nuestra estirpe somos capaces de pasar cien años sin hablarnos. Vendrá el momento en que tendrás que plantarte ante tu padre y enterarle claramente de la decisión que hayas tomado.

—No puedo, señor Ingram, no puedo hacerlo.

«Está bien, muchacho —pensaba Andrew Ingram—, sigue adelante y ten tus afanes encerrados dentro de ti días y años. Un día llegará el momento crítico, y cuando llegue será día de gran tormento.»

—Conor.

—¿Qué?

—¿Duermes?

—Desde este momento que me has despertado para preguntármelo, no.

—He decidido ya lo que haré con eso.

—¿Con qué?

—Con el cuaderno de notas que el señor Ingram me ha dado. Escribiré mi versión de la historia de Irlanda.

—Será magnífico. Duérmete.

—¿Y tú? ¿Qué harás con el tuyo?

—Todavía no lo he pensado.

—Bah, me estás mintiendo, amigo. Yo te vi escribir en él. ¿Qué escribías?

Conor no me contestaba; y se lo pregunté otra vez.

—Poemas —acabó diciendo.

—¿Puedo leerlos?

—Quizá más tarde. Y no andes metiendo las narices a mis espaldas si no quieres que te dé un puñetazo en la barriga. Vamos, duérmete, ¿quieres?

—Conor.

—¿Qué?

—Es simpática.

—¿Quién?

—La señorita Lockhart.

—Ya lo creo, muy cierto —convino él.

—¿Has pensado alguna vez qué significaría ser sacerdote? —le pregunté.

—Jaysus, *Seamus*, Jaysus.

—Mamá siempre me está soltando indirectas. Creo que por eso decidió dejarme ir a la escuela nacional. Al fin y al cabo, dice ella, ¿qué voy a hacer de mi vida? La finca será para Colm. Y aquí me tienes a mí que ya sé leer y escribir EXACTAMENTE IGUAL QUE UN SACERDOTE. *Dice que sería la persona más importante del pueblo; no, de toda la parroquia, quizá la única persona que sabría leer y escribir. Y si llegase a obispo, sería lo mismo que tener un condado para mí solo. Me bastaría con decir a la gente lo que hubiera de hacer, y me obedecerían. Después de todo, dice, ¿para qué sirve, si no, tanta instrucción?*

—Mi madre meterá a Dary a sacerdote —dijo Conor.

—¡Oh! ¿De veras? ¿No se pondrá furioso tu padre?

—Sobre aquel pequeño no tiene voz ni voto.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la manera como mamá lo tiene atado a ella. Ha cumplido dos años nada más y ya la imita poniéndose de rodillas. Sabrá rezar antes que hablar.

—Te entiendo perfectamente —respondí—. Un día estuvo a punto de abrirme la cabeza, porque le chillé a Dary.

—Mamá no permite siquiera que nadie mire de reojo al pequeño. Hasta le hace dormir con ellos. —Conor se incorporó sobre un codo—. Yo no serviría para cura. Me gustará demasiado acostarme con mujeres.

—Ha de haber algo bueno en eso para que sea un pecado tan grande —asentí yo —. Hasta casi confiaba que podríamos hacerlo con Brendt O'Malley este año en la cosecha de las algas.

—Estarías loco si lo hicieras —advirtió Conor.

—¿Por qué?

—Siempre está confesándose.

—Sí, creo que tienes razón. Lo tendré presente —dije corriendo al rescate de mis masculinas intenciones—. De todos modos, esas cosas no valen tanto la pena,

probablemente. Nunca he oído decir de nadie que disfrutara con ellas después de casado. Bueno, sobre todo después del primer hijo, ¡nada!

—Mamá y papá siempre disfrutaban mucho —opuso Conor.

—Tú quieres tomarme el pelo.

—No, es cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues aunque cerrasen la puerta del desván, hay suficientes rendijas para mirar. Siempre se reían muchísimo cuando lo hacían, y se besaban y decían las cosas más raras del mundo.

—¡Canastos!

—Sí, te lo aseguro. Y solían hacerlo tres o cuatro veces por semana.

—Pero ¿será cierto?

—Sí, sí. Cenando, yo adivinaba siempre si les venían las ganas. Papá se quedaba cerca de la lumbre y le daba palmadas en las nalgas a mamá y la pellizcaba, y ella se ponía a reír. Te lo digo…

—¡Uf! —exclamé—. En casa no ocurre así, ni mucho menos. Yo oía a papá y mamá desde el establo, y no se parecía nada a lo que dices, te lo puedo asegurar, Papá hacía una especie de gruñidos horribles, ya sabes, como algunos animales de la granja, y mamá se quejaba de no sé qué dolores y le pedía que terminase pronto. No recuerdo ni una sola vez que gozasen con ello. Oye, Conor, ¿Tontas y Finola le encontraban gusto después de haber tenido hijos y de todo lo que han pasado?

—Bueno, desde que nació Dary no han vuelto a hacerlo. ¿Recuerdas cuando tuve que ir a buscar al doctor Cruikshank?

—Sí, lo recuerdo —exclamé yo—. Las mujeres esperando allá, todas, alrededor de vuestra casa, cuchicheando que Finola se iría de este mundo. ¡Tenía un miedo…!

—Yo creo que a mamá algo le quedó mal, por dentro —dijo Conor—, porque ahora ya no lo hacen nunca. Pero una vez, antes de nacer Dary, se enviaban uno a otro la misma clase de mensajes secretos que el señor Ingram y Enid.

—¿Crees que también lo hacen? —pregunté, atónito.

—¿Estás tonto? Fíjate en ellos.

Aquello sobrepasaba mi capacidad de comprensión. Gozar de la carne… y no pecar.

—Quizá a los protestantes les estén permitidos esos placeres por algún motivo que nosotros no sabemos.

—Están permitidos a todo el mundo —aseguró Conor.

El verano huía demasiado raudo y nuestros corazones iban muriendo a medida que las horas de sol se reducían más y más. Se nos echaba encima la hora de marcharnos. Habíamos engordado el ganado y traído al mundo una docena de

terneras, sin perder ni una, y las ovejas estaban cubiertas de lana como las grandes nubes blancas que navegaban por el cielo.

Liam subió con el carro y los caballos a buscarnos. Guardamos nuevamente las armas, sacamos las redes del riachuelo, levantamos el campamento, apagamos el fuego y bajamos de Slieve Main casi llorando.

Yo había terminado mi cuaderno de historia irlandesa y pensaba regalárselo al señor Ingram. La última noche, Conor me dejó leer un poema suyo.

EL PRADO MÁGICO

Subo al alto prado, mar de belleza,
Cuando el día entero se baña de luz
Y acomodado en vieja fortaleza
Espero las hadas vestidas de tul.

El grito de Wolfe Tone en su celda
Hasta mí, más claro, ha llegado.
Llamando a los que aran la tierra,
O el hogar y el establo han cuidado.

Miro caviloso el mágico prado
Donde tan lozanas crecen las aliagas.
No veo ni oigo ningún ser humano,
¿O es que me juegan sus tretas las hadas?

Callado desciendo del prado ideal,
Parda está la tierra y la mies madura.
La voz de Tone no me deja en paz:
¡Empuña el arma que sale la luna!

Conor Larkin, 1887, edad 14 años.

Cuando cruzamos el río Crana dirigimos una última mirada al lugar aquel donde se abría y nos llamaba el mundo de más allá y donde nuestros entendimientos se habían abierto a todo un ciclo de nuestra propia tragedia irlandesa. Era también el lugar donde el tiempo se quedó dormido en el instante aquel que llegamos a identificar como el paraíso.

9

Las estaciones llegaban y se iban, una tras otra. Nada cambiaba mucho, sino el cansancio, cada vez mayor, de nuestro pueblo, subiendo siempre los peldaños de la rueda de molino, siguiendo el interminable camino de una lucha sin sentido. El paso se iba haciendo más lento, y más ferviente la oración implorando que el sueño final viniera a darles la paz. Cada día iba en aumento el número de «velatorios americanos», a medida que hijos e hijas emigraban y sus familiares y vecinos se reunían para llorarlos lo mismo que lloraban a los muertos; porque si una vez abandonaban Irlanda… la habían abandonado para siempre.

La boda del señor Ingram y la señorita Enid Lockhart no cogió de sorpresa a nadie. A Conor y a mí nos invitaron a la fiesta. No asistimos por razones obvias, pero observamos la ceremonia desde fuera del templo. Luego hubo una recepción en Hubble Manor, pues el señor Ingram se había convertido en un señalado favorito de lady Caroline. Nosotros nos fijábamos en todos los que cruzaban las grandes puertas de entrada. Debo confesar que lady Caroline era la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Cuando la pareja volvió de viaje de novios por Escocia, Conor y yo fuimos a ver a nuestro maestro. Conor había forjado una colección de soportes para libros, la más hermosa que uno podía imaginarse, y se los dio como regalo de bodas en nombre de ambos, suyo y mió. Creo que el señor Ingram se emocionó de veras. No nos preguntó por qué no habíamos asistido a la boda; ya lo sabía. Había muchas cosas entre nosotros que nunca expresábamos en palabras concretas, porque quedaban entendidas tácitamente.

—También a mí me gustaría daros algo —nos dijo—. La señorita Enid… o sea, la señora Ingram, tiene un sobrante de Biblias familiares, con lo cual a mí me gustaría regalaros la mía.

Conor y yo nos quedamos mirándola fijamente, cuando la puso sobre la mesa, porque aquello era el contrabando más peligroso que pudiera imaginar gente como nosotros.

—Los labradores de Escocia son gente muy pobre y trabajadora —explicó el maestro—. Nunca lo han pasado tan mal como vosotros; pero su vida tampoco ha sido una merienda campestre. —Luego pasó la mano por los soportes para libros, sonrió y se acercó a la ventana, cogiéndose las manos detrás de la espalda como le había visto hacer muchísimas veces en clase—. Nadie sabía leer muy bien, excepto en el libro santo. Todas las noches antes de acostarnos teníamos un rato de placer especial. Nos reuníamos en torno a mi padre, junto a la lumbre, cuatro hijos y cuatro hijas, y él nos leía la Biblia. Su padre había seguido esta misma tradición tan fielmente que él, y casi todos los otros, hubieran podido recitarla de memoria. La Biblia es el manantial de nuestro idioma. —Apartándose de la ventana, añadió—: He

llegado a enterarme de que no es un idioma tan rico como el vuestro, aunque tampoco es muy pobre… ved, hasta hablo ya un poco como vosotros. Si mis deseos se cumplieran, vosotros podríais leer la Biblia en vuestro propio idioma. Ya veis, muchachos, nunca, en ninguna otra parte, se han empleado las palabras ni expresado los pensamientos de una manera más hermosa.

Conor asintió con la cabeza, indicando que le comprendía. Cuando abrió la cubierta, yo me incliné ante él. Era una Biblia vieja, muy vieja, y cada hijo que la había heredado había escrito su nombre en ella. Empezaba con Adair Ingram, más de doscientos años atrás, hasta llegar a Andrew.

—Nos sentimos muy honrados —dije— pero creo que no la merecemos.

—Quiero que la tengáis Conor y tú, especialmente porque creo que las hadas os han dotado de un don singular para las palabras. A pesar del padre Lynch, ¿tendríais la bondad de aceptarla, sólo por el espíritu de aprender?

Conor y yo estuvimos a punto de morir de dolor cuando Andrew Ingram y su encantadora esposa abandonaron Ballyutogue. Por designación de lady Caroline, le nombraron director del mayor colegio de Derry.

Desde el día que regresamos de la cabaña del monte, Conor y Tomas se habían sumido en un período de silencio. A Conor le permitieron volver a la herrería de Lambe, y estudiaba tan febrilmente como antes, pero padre e hijo continuaban practicando un sucio juego. Tomas seguía fingiendo que Conor se quedaría en Ballyutogue y se encargaría de la finca, y Conor nunca se manifestaba claramente ni decía nada en sentido contrario.

Por fin, la noticia de la defunción de Daddo Friel rompió el silencio. Daddo había recorrido ya todo el camino que tenía señalado en este mundo, pero aun así nos causó una pena terrible. Junto con Ingram, había sido el gran maestro de nuestras vidas. Subimos, pues, a su pueblo de Crockadaw para tomar parte en lo que sería el último gran velatorio de Inishowen.

Kevin O'Garvey vino de Derry y pronunció un elogio fúnebre capaz de poner al viejo feniano de pie en la sepultura. La noche se llenó de anécdotas de Daddo. El círculo de amigos suyos lloraba ruidosamente delante de los vasos de poteen*.*

La segunda madrugada, Kevin se derrumbó y se puso a parlotear de la angustia que le inspiraba la lucha política que había desgarrado al partido irlandés. A Charles Stewart Parnell lo habían apartado de la jefatura y Kevin, que se contaba entre sus incondicionales, derramó en nuestros oídos todo lo que rebosaba de su corazón.

Desde mucho tiempo, los enemigos de Parnell formaban una camada de chacales siempre al acecho, esperando el momento de saltar a la garganta del gran hombre. Y lo habían arrojado a esa galería de mártires irlandeses que era la prisión de

Kilmainham, años atrás, cuando la Liga Campesina fue declarada ilegal. Los británicos acabaron dándose un puntapié a sus propios labios, y volvieron a declararla legal.

Más tarde, Parnell fue acusado de complicidad en el asesinato político del primer secretario británico en Dublín. Sólo en la sala del juzgado, sometido a interrogatorio, acabó su acusador, Richard Piggot, por derrumbarse y confesar que la carta acusatoria era una falsificación. Luego, Piggot huyó a España y se suicidó.

Pero apenas había capeado Parnell una tormenta política cuando ya los británicos se lanzaban de nuevo en su persecución. Por fin lograron destruirle sacando a la luz un asunto antiguo. En los primeros tiempos de su carrera, había tenido como asociado de confianza al capitán W. H. O'Shea, que vivía separado de su esposa desde hacía mucho tiempo. Esta pasó a ser la amante de Parnell y con el transcurso de los años le dio tres hijos, uno de los cuales murió. Un decenio entero de convivencia entre Parnell con Kitty O'Shea hubo de transcurrir para que el marido de ésta considerase oportuno solicitar judicialmente el divorcio y acusar a Parnell de haber premeditado y realizado a sangre fría una venganza. Después de una sentencia de divorcio que no halló oposición por ninguna parte, Parnell se casó con su bienamada; pero las puertas de la ira habían quedado abiertas.

Al principio, el partido irlandés y el pueblo se reunieron a su alrededor y le defendieron; pero al poco tiempo todos los pulpitos católicos del país vomitaban condenas contra los adúlteros. Nuestro propio padre Lynch no era de los que se quedaban en zaga. Cuando los obispos intervinieron furiosos y el escándalo arreció, Gladstone, el deslumbrante caballero liberal, exigió, como precio para presentar otro proyecto de Ley de Autonomía, que Parnell abandonara la jefatura del partido irlandés.

Los miembros de este partido que tenían escaños en el Parlamento se reunieron en un salón de Westminster. En la batalla que se libró allí, Kevin O'Garvey militó en el grupo de los veintiséis que continuaron leales a Parnell. Entre los jefes de la oposición que le echó fuera se contaba el mismísimo Desmond Roche, el que en otro tiempo nos había arengado en el Celtic Hall de Derry.

Parnell regresó a Irlanda con Kevin O'Garvey y realizó un intento baladí por reconquistar el dominio. La cuarta noche del velatorio de Daddo Friel, Kevin nos confió que Parnell estaba agotado a consecuencia de catorce años de batalla incesante. La salud de su amigo le tenía muy preocupado.

—Está medio tullido de reuma y agriado por la derrota. Yo le supliqué que descansara, pero no quiso atenderme.

Daba espanto escuchar tales palabras. Para Conor y para mí, Parnell era como un dios. Tomas alimentaba el fuego de la amargura de Kevin repitiendo una y mil veces que la libertad era un espejismo, y el único final lógico, el árbol de los

ahorcados. Por supuesto, yo sabía que estas palabras iban destinadas a los oídos de Conor.

A Kevin lo llamaron y tuvo que ausentarse del cementerio en el mismo instante en que Daddo bajaba a la fosa. Un mensajero de la oficina general de Correos le traía un telegrama, que entonces solía ser heraldo de alguna defunción. Tan pronto como pudimos marcharnos, corrimos ansiosos en busca de Kevin y le encontramos en las afueras del pueblo, con la cara manchada de lágrimas, sollozando convulsivamente, incapaz de hablar. Conor le arrebató el telegrama de las manos y vi cómo del rostro de mi amigo desaparecían las ganas de vivir.

—Parnell ha muerto.

Más tarde descubriríamos que se había tendido en su lecho de muerte durante una corta visita a Inglaterra. Kitty estaba a su lado. El cadáver lo retornaron a Dublín, donde a los dirigentes irlandeses los ultrajan en vida, pero los exaltan una vez muertos. Las manifestaciones de dolor, sincero y fingido, cuando le pusieron a descansar al lado de Daniel O'Connell, no tuvieron jamás parigual. Todo esto ocurría en el año 1894. Parnell nos abandonó a la edad de cuarenta y cinco años.

El magnífico partido irlandés que había forjado y que se convirtió en una amenaza para los británicos, ahora se fragmentaba y doblegaba bajo las exigencias británicas. Fallecido Parnell, gran parte de las aspiraciones irlandesas fenecieron también. La llama que parecía apagarse en Conor y en mí mismo, se apagaba en todo el pueblo irlandés. La gran embestida hacia la libertad cesaba de repente, en medio de la confusión. Volvíamos a ser labradores ignorantes, plantados fuera, a la intemperie, helándonos de frío con las narices apretadas contra los cristales de la ventana… esperando… esperando… esperando…

10

—Vine tan pronto como pude —decía Roger—. ¿Cómo está?

—Tiene cáncer, Roger —respondió sosegadamente Clara, que había puesto en juego todos sus talentos teatrales para el último ritual—. A cortos intervalos le vienen unos dolores terribles. Sea como fuere, debes saber que el desenlace es fatal.

—¿Por qué no me avisaron antes, por amor de Dios?

—Arthur es muy experto en fingir que lo real no es real. Aunque ahora ya importa poco.

Su padre tenía un aspecto terrible. Roger aparentó que le tranquilizaba verle mucho mejor de lo que había esperado. Lord Arthur estaba semiincorporado, con unas almohadas, chupando un cigarrillo y sosteniendo una copita de coñac con la otra mano. Roger se quejó de estos excesos, pero su padre le contestó que en realidad no importaba y que prefería bajar a la sepultura conservando un gusto agradable en la boca.

—Clara me ha arreglado el cabello, sólo en honor a ti. Al menos no has tenido que pagar las facturas del barbero, encima de todo lo demás.

—No me parece muy divertido eso, padre.

—Tendrás que perdonar este nuevo sentido del humor que he descubierto en mí. A ratos se me pone perfectamente diabólico.

—Ahora escúchame, pronto volverás a estar perfectamente bien.

—Roger, esa porquería que tengo es espantosa, realmente espantosa. Prescindamos los dos de toda simulación; dejémonos de fingir que saldré vivo de ésta. Vamos, dime, ¿cómo están Caroline y los niños?

—Terriblemente preocupados. Caroline regresa de Inglaterra, ahora. Estará aquí en cuanto haya podido ir a buscar los niños. Sir Frederick enviará su vagón particular para que podamos llevarte a Manor.

—No, no iré. Sólo que esta vez lo digo en serio que no iré.

—Tengo que insistir, padre.

—Si Caroline puede alumbrar sus hijos sobre la mesa de la cocina del Manor, yo tengo derecho a morir en Daars. No temas, hijo, no tardaréis mucho en disponer de mi cadáver para todas las pompas y la solemnidad que os apetezcan. Pero, Roger, nada de fajas de Orange, por muchísima importancia que pudieran tener para los intereses de la familia. No quiero ser enterrado en la cripta de la familia con las notas del *Vieja flauta de Orange* en los oídos. Preferiría una cosa más majestuosa, la banda de la guarnición de Belfast, por ejemplo, interpretando un antiguo réquiem militar. Quizá Caroline pudiera reunir una orquesta de cámara. Esa chica tiene un gusto tan refinado que, mira, lo dejo en sus manos…

—¡Padre, ya está bien!

—Ya te dije lo de mi sentido del humor.

Roger rechinaba los dientes y contraía los músculos faciales, no viendo objeto en la discusión, pero desagradándole el torrente de burlas de sí mismo que hacía correr su padre.

—Roger, durante estos largos años, tú y yo hemos logrado soportarnos recíprocamente. Lo cual es una prueba de buena crianza. —Ahora fue el padre quien rechinó los dientes, y gimió, agitando el cigarrillo—. Echad fuera esta maldita porquería.

—¿Se puede hacer algo para aliviar el dolor?

—No, ya estoy totalmente drogado. Clara hasta me ha procurado una pipa de opio conseguida de una antigua compañera de escenario. Me ayuda un poco. Se rumorea que tú y Caroline también practicáis un poco esta diversión, cuando estáis en el continente. Una mujer formidable, esa Caroline. Los chinos son terriblemente civilizados. A los viejos enfermos, cuando tienen eso que tengo yo, los llevan a un rincón apartado, les dan una pipa y les dejan que se vayan poquito a poco. ¿Cómo están los chicos?

Agotados los temas preliminares, lord Arthur permaneció un rato con la atención extraviada. Luego abrió los ojos, como saliéndole de la cara, empujados por un miedo desgarrador, despertando del trance.

—Tendido aquí, día tras día, uno enhebra un montón de sermones morales. ¿Sabes qué haría si estuviera en tu lugar?

—¿Qué, padre?

—Lo vendería todo y me marcharía de Irlanda. Dios sabe cuántos Parnellitos habrá engendrados ya por los arroyos de Dublín. Por estas fechas, esa gentecita rara se ha recuperado del hambre, y puedes estar seguro que sus cochinas habitaciones traseras hierven de espíritu de rebelión…

Después de tomar el medicamento, Arthur se sintió cansado a empujones semicoherentes, mientras su hijo montaba guardia junto al lecho de muerte. Él y Clara tomaron el té, sin hablar. Luego ella, a instancias de Roger, salió para descansar un rato.

A mitad de la noche, Arthur emitió unos gemidos y recobró el conocimiento.

—Aquí estoy —dijo Roger.

—¿Roger?

—Sí.

—Has sido muy bueno viniendo. ¿Cómo están los chicos?

—Están bien, padre. Vienen para Daars.

—Bien. ¿Sabes, Roger?, estos días he meditado mucho. El siglo que se acerca entrará de la mano de una insurrección de esa gente. Deberíais marcharos del Ulster.

—Es nuestro hogar —susurró con voz áspera el hijo.

—¿De veras? ¿Lo ha sido de veras alguna vez?

Roger fue hasta los pies de la cama de su padre y dijo, como para sí mismo:

—En todos los juegos hay que calcular si la recompensa merece correr los riesgos que entrañe. Imagino que el colonialismo es un juego de mucho riesgo, lo mismo que pescar tiburones ahí en Kinsale. Pero, francamente, nosotros habríamos de ser los últimos que nos quejáramos de las recompensas.

—Así, así, bien dicho… Baluarte del imperio, y todas esas patrañas. Yo, en cambio, me siento… como si la Corona estuviera a punto de abandonarme… No tendrán muchas ganas de seguirme adonde voy ahora.

—No quiero que tengas miedo.

—… Y al final es posible que… que no quieran ir a donde el Ulster los está llevando… —Otro dolor terrible le hizo estremecerse convulsivamente. Roger cogió la demacrada mano de su padre, asustado por la humedad y el frío que se extendía por ella.

—Te entrego —jadeaba Arthur— el legado de los colonos. Después de trescientos años de permanencia en este país nuestro, con todos los sentimientos de inferioridad que suscita el estar mirando por encima del hombro…, a veces con ansiedad…, a veces con aire de reto…, pero siempre… siempre como unos forasteros. Y somos igualmente extraños para los que nos enviaron aquí. Somos extraños para aquellos a quienes hemos saqueado y explotado. Y ahora… somos unos extraños para nosotros mismos…

Roger tiró del cordón de la campanilla del servicio con mano temblorosa. La puerta se abrió al momento, comprensivamente. El final vino con misericordiosa rapidez.

Después de transmitir las disposiciones para unas honras fúnebres adecuadas, Roger, Caroline y sus hijos se dispusieron a acompañar al cadáver en el viaje de retorno al Ulster.

—Me duele enormemente —le dijo Roger a Clara—, pero tendrás que despedirte de mi padre aquí.

—Lo comprendo perfectamente. Nunca me sentí a gusto en Hubble Manor. Nuestro hogar era Daars. De todos modos, dentro de una semana, poco más o menos, me marcharé.

—No hay prisa, por supuesto. ¿Puedo ayudarte en algún plan que tengas, Clara?

Ella se encogió de hombros.

—¿Adónde te irás?

—A donde sea que vayan las rameras viejas.

—Vamos, mujer, nada de eso. Habrá cierto número de legados, de acuerdo con los deseos de mi padre… Pienso que te parecerá todo… bastante… generoso.

—En pago de los servicios prestados —replicó ella con acidez.

—Sé lo mucho que os amabais, y nunca, ni por un solo momento, me sentí ofendido por vuestras relaciones. Vamos, por favor…

El impacto de la soledad inminente, la amargura del abandono total, de verse colocada fuera del círculo para siempre, todo ello hirió repentinamente a la mujer, haciéndola revolverse como una perra rabiosa.

—Entre las horas mejores que pasamos estaban las que dedicábamos a imaginar qué podíamos hacer para atormentarte. De vez en cuando, desde que tienes a Caroline, pareces casi humano; aunque, por supuesto, a nosotros no nos engañabas.

Los ojos de Roger adquirieron una inexpresividad mate. La mujer continuó:

—Arthur solía debatir quién había sido el peor de Hubble, si tú, él o su padre. Se despreciaba a sí mismo; pero, como sabes, era incapaz de hacer nada para corregirse. Su padre, por su parte, se había encontrado con una crisis de la que no era responsable, el hambre, y reaccionó canallescamente para poder sobrevivir. En cambio, tú, Roger, tú vas planeando, fría, cuidadosamente, lo que haya de haber dentro de veinte años. Eres el calculador, el creador de una nueva era de tragedias. ¡Ah, sí, Arthur envidiaba tu talento y tu habilidad! Solía decir: «Ese chico es una maravilla… ¡Mira cómo disimula tanta crueldad bajo una fachada de amabilidad inglesa!»

—Sí —replicó mansamente Roger—, se comprenden bien los buenos ratos que le dabas a padre.

—Pues bien, el Ulster y tú sois dignos el uno del otro —escupió ella—, y no sabría imaginar maldición mayor. Ahora sal de aquí y déjanos solos el poco tiempo que nos queda.

Roger fue hasta la puerta y la abrió.

—¡Roger! ¡Oh, Dios mío…! Lo siento…

—En fin, no se puede pedir a una vieja prostituta que renuncie a la arenga de antes de caer el telón. Sería muy poco delicado, en verdad —dijo, y se marchó.

Los enlutados Hubble, rodeados los brazos de negras bandas, trajeron los restos de lord Arthur a las tierras de sus mayores. La ceremonia pública principal tuvo lugar en el Guildhall de Londonderry, símbolo casi gótico del poder y la presencia perdurables de la Corona. Aquello era Londres, hasta por el reloj de cuatro caras, imitación del Big Ben de la ciudad tocaya madre. La reina envió a un distinguido representante suyo a rendir homenaje a uno de sus grandes condes de Irlanda.

En una sosegada pero lucida ceremonia, un tiempo después del entierro, Roger Hubble fue declarado undécimo conde de Foyle, y a su hijo mayor, Jeremy, se le nombró nuevo vizconde de Coleraine.

Dos años después de haber vetado, la Cámara de los Lores, la segunda ley de autonomía, hubo otra defunción notable. Lord Randolph Churchill, creador de una

variedad nueva de conservadurismo imperial, encontró su fin. Habiendo sido el orador genial que jugó el naipe de Orange y proyectó la caída del gobierno de Gladstone, al principio se le recompensó con altos cargos, pero su inestabilidad degeneró pronto en debilidad, y luego en locura. Murió demente y de sífilis a la edad de cuarenta y seis años.

11

1895

Cuando cumplí los veintiún años, los Larkin se habían consolidado en este tipo, demasiado corriente, de familia en la que el afecto entre los padres ha quedado sustituido por la indiferencia. La devoradora idea de posesión que Finola manifestaba con respecto a Dary forzaba todavía más la normalidad y la razón. Finola había pasado a engrosar el mayoritario número de madres de Ballyutogue que habían perdido hacía tiempo la facultad de experimentar sensaciones físicas o esotéricas de ninguna clase en el acto sexual. Su hogar se igualó a todos los demás en cuanto a que el marido era un huésped a pensión y a los hijos se les trataba como a marqueses.

Cada día parecía más seguro que se cumplirían las predicciones de Conor de que Dary sería sacerdote. La mujer que ha perdido hasta el recuerdo de los placeres de la carne no comprende por qué nadie ha de ansiarlos o echarlos de menos. Es una mujer siempre dispuesta a empujar al hijo hacia el celibato, concordante con la más pura tradición irlandesa. Dary era él niño mimado de mamá, la cual sofocaba los impulsos del hijo y lo equipaba con unas anteojeras que no le dejaran mirar sino en una sola dirección: la del seminario. A los diez años (en el de 1895) el muchacho había adquirido toda una serie de costumbres y maneras clericales. Menos llamarle «padre», Finola hacia cuanto podía por estimularle todavía más.

Tomas perdió la voluntad de combatir la obsesión de su esposa, a la que dejó el campo libre. Pero con frecuencia estallaba en arrebatos de hostilidad contra Dary, muy poco naturales en él, y luego el orgullo no le dejaba pedir excusas.

Sólo Conor mantenía un precario equilibrio dentro de la familia. Por una parte llenaba el vacío dejado por Tomas y actuaba como padre putativo de Dary. Ignorando los apremios de Finola, Conor se llevaba al hermano menor de caza y de pesca, compartiendo con él las largas caminatas y los buenos ratos de filosofar que estas actividades implicaban. Los días de feria, Dary se los solía pasar montado sobre los hombros de su hermano. Por otra parte, Conor comprendía el dilema de su padre e impedía que Tomas cayese todavía más bajo. Sin Conor, los Larkin habrían sido víctimas de la terrible maldición irlandesa: la guerra en el seno de las familias.

Dary seguía algo delicado, pero a pesar de los mimos de su madre llegó a ser un muchacho adorable. Era un chico amable, de ingenio despierto y con unas dotes de persuasión que le hacían jefe de otros chavales más robustos y fuertes que él. Era el shanache, el narrador de leyendas, y en el pueblo todo el mundo compartía el entusiasmo de Finola, considerándole un muchacho especial.

Gracias a su estatura, Dary llegó a ciertas conclusiones acerca de sí mismo.

Desde que supo que había de ser cura, comprendió que la primera condición para serlo bueno era la facultad de resistir el dolor y la mortificación como Cristo los había resistido. Era capaz de derrotar a enemigos más corpulentos con el arma de la compasión. Su capacidad por resistir más castigo que el que nadie pudiera imaginar sin derramar nunca ni una sola lágrima asustaba desde el comienzo a los posibles torturadores. Dary era hijo auténtico de Tomas Larkin en muchos más sentidos de lo que su padre comprendía.

Conor y yo fuimos a ingresar en la «hermandad» de los solterones beodos, elemento típico de la vida del período posterior al hambre. Los ancianos, tanto solteros como casados, que bebían con nosotros, habían renunciado casi a todo lo de esta vida.

Los de nuestra misma edad mataban el tiempo, principalmente. Unos cuantos heredarían las fincas de sus padres. Otros emigrarían, o se irían a la ciudad… o también renunciarían a la lucha por la vida. Los muchachos que no tenían posibilidades de heredar tierras no querían comprometerse con las chicas, ni, por lo demás, eran muy apetecidos como futuros maridos. La carga del matrimonio se miraba como una predestinación insoslayable. Y como cortejar y perseguir chicas sin intención de casarse era pecado, cortejábamos muy poco. La mayoría de chicas sólo aceptaban intentonas serias con la idea del matrimonio. Eliminada de nuestra existencia, por la Iglesia y la situación económica del país, esta actividad tan normal, de andar tras las muchachas, hallábamos una válvula de escape en la «hermandad» de bebedores.

Liam era un muchacho bueno y sencillo que parecía aceptar su estado de segundón sin tierras sin rencor alguno. No poseía el atractivo, ni el ingenio, ni la fuerza de su hermano mayor. Se acercaba el momento en que tendría que tomar la decisión de si se marchaba o se quedaba a marchitarse allí, porque estaba a punto de cumplir los veinte años. A pesar de lo limitado de sus facultades, Liam se sentía más y más desgarrado. Las tierras lejanas, desconocidas, le daban miedo, pero el ejemplo vivo de los que se quedaban allí resultaba igualmente aterrador.

En Ballyutogue, los débiles, los que carecían de coraje para emigrar, tenían las mayores probabilidades de permanecer célibes para siempre. En el mejor de los casos, llegarían a contraer matrimonio ya muy maduros. Había allí una dotación completa de tíos y tías viejos y desdentados que se habían quedado solterones, viviendo en el establo o el desván y ayudando en las labores de la granja por unos tristes peniques. A medida que nuestros pueblos se llenaban de esta clase de personas, y las enérgicas y fuertes se marchaban, nuestra raza se iba debilitando. Pero a pesar del conflicto del exceso depoblación y de gente sin tierras, el padre Lynch insistía en que se tuvieran muchos hijos y se empeñaba en que nos quedáramos sumidos en la pobreza de Irlanda antes que emigrar a unos países

donde viviríamos entre paganos, negros y chinos.

Liam Larkin era un joven asustado que se acercaba a su hora de la verdad.

Pero el destino más triste era el de Brigid y las otras chicas. Tenían unas posibilidades de elección prácticamente nulas y su hado estaba sellado de antemano. Todas competían denodadamente por conseguir maridos, a pesar de que el matrimonio significaba una cadena perpetua de servidumbre y preñeces incesantes, pues, de lo contrario, ¿qué quedaba? Quedaba la condición de tía solterona, de patata desecada, o el irse a un convento y hacerse monjas. A una chica le resultaba mucho más difícil emigrar. La posibilidad de una vida plena, gozosa, parecía no existir. Con el martillo de la castidad machacándolas desde la cuna, el miedo a cometer el mayor pecado mortal de todos volaba en círculo sobre sus cabezas lo mismo que un buitre en busca de carroña. A Brigid y a sus amigas les estaba negado el alivio de la bebida, los deportes y las caminatas en los campos. ¡Qué largos habían de ser para ellas los días, sin risas; qué largas las noches, sin placer!

Brigid Larkin no era una belleza, pero siendo hija de personas como Tomas y Finola tampoco podía estar desprovista de algunos atractivos. Parecía contenta con la perspectiva de buscarse un muchacho que tuviera tierras y no marchar nunca de Ballyutogue. El apellido de Larkin significaba una dote decente; de forma que se le ofrecían unas probabilidades bastante satisfactorias en la competición por hallar marido.

Conor… ¡Este sí que era todo un hombre! Nunca estaba detrás de la puerta cuando pasaba por la calle una chica guapa. Se crió alto y robusto como su padre, y aunque ganaba a todos en beber y en fuerza física, su verdadera fuerza radicaba en su afabilidad. Cuando aquel muchacho cantaba, los ángeles lloraban de emoción, y había música en sus poemas, que sólo veíamos Dary y yo, porque no era hombre de vanaglorias.

La herrería del señor Lambe recibía a una procesión incesante de muchachas que hacían reparar cosas que no estaban averiadas. Hasta las muchachas protestantes andaban tras él. Pero Conor jamás hizo nido con un solo pájaro; sus ojos miraban más allá del horizonte. Llegó a maestro herrero, parigual del señor Lambe, y como éste envejecía y trabajaba mucho menos que antes, el gobierno de la herrería pesaba en buena parte sobre Conor. A Josiah Lambe le había sobrevenido la calamidad de engendrar cuatro hijas, únicamente, y de que las cuatro se casaran con labradores; de modo que se rumoreaba insistentemente que la herrería pasaría a manos de Conor. Entre amo y mozo existía ese lazo especial que se forma entre hombres que han trabajado mucho tiempo codo a codo, labrando el hierro.

Solíamos reunimos por las noches en la shebeen, la taberna clandestina, o en la taberna legal con la hermandad de bebedores, y jugábamos a los naipes, o a las carreras de galgos de la ciudad, o a cualquier cosa que se pudiera jugar.

Procediendo de Armagh, los Larkin habían traído el juego de bolos por la calle, y cuando Tomas dejó de practicar este deporte, Conor pasó a ser el campeón indiscutible en el arte de lanzar las dos bolas, de casi un kilogramo de peso cada una, por la pista que iba desde la parte alta hasta el Ayuntamiento. También sobre esto hacíamos apuestas, desplumando a los invasores que pretendían arrebatar el trono a Conor.

Conor Larkin era nuestro jefe. Todo el mundo daba por descontado que cuando Tomas abandonara el mando, él le sucedería; pero Conor nunca prometió nada en tal sentido. El Conor más auténtico era el de los meditativos paseos por la montaña con Dary y conmigo, leyéndonos un poema nuevo a la orilla del riachuelo. Habían pasado nueve años desde aquel verano en la cabaña del monte; pero nuestros corazones no se alejaban de ella. La horrenda batalla de voluntades entre Conor y Tomas continuaba incesante. Este ya no tenía tanta energía como antes, pero seguía siendo la figura dominante, lo mismo que Kilty lo fue antes que él. Al cabo de un tiempo renunció a los excesos en la bebida y se conformó a su condición de huésped de Finola, la cual se había constituido en furiosa celadora de sus hijos, retando a las muchachas que osaran acercarse a estas posesiones suyas, las más preciadas de una madre irlandesa.

La terrible carta del presidente de la Baltimore Fire Fighters Benevolent Association comunicándonos que Ed había muerto en el cumplimiento de su deber, nos llegó apenas haber terminado la recogida de las mieses. En el transcurso de los años se había establecido entre nosotros una relación entrañable, y nunca me consolaré de no haber podido volver a verle. Ed había suscrito una póliza de seguros de mil quinientos dólares americanos, que me legaba a mí, a condición de que los emplease en instruirme. Su muerte significó mi liberación.

Esta herencia fue el acontecimiento del año en Ballyutogue. ¿Se imaginan la cantidad de consejos que me daban? Allá vino el padre Lynch, con la cara larga y melancólica de un amargado y el corazón de una quincena de lluvia. Arguyendo con una lengua capaz de cuajar la nata, insistía en que aquel generoso regalo a la Iglesia (queriendo decir a sí mismo) hallaría mucho favor ante el Todopoderoso. La presión se hizo espantosa, pues mamá apoyaba las pretensiones del padre Lynch de meterme en el seminario.

Con aquel dinero había más que suficiente para pagarme los estudios en un colegio, cosa que yo ansiaba con toda el alma y pensaba no conseguir en mi vida. Conor exigió que no entregase las armas, y, gracias a Dios, la convivencia de tantos años había infiltrado en mí suficiente acero de los Larkin como para defender mis reales. El asunto seguía siendo objeto de una discusión monumental el día que Kevin O'Garvey mandó aviso de que había recibido ya los documentos y el dinero. El calor

de la discusión habría bastado para derretirme la piel de la espalda; pero por primera vez en la vida, dejando aparte el motín del Bogside, me planté ante mis padres, irguiendo toda mi estatura de un metro treinta y cuatro centímetros anunciando:

—Me iré a Derry, a consultar al señor Ingram.

Por el llanto y los gemidos que siguieron, aquello más parecía un velatorio que otra cosa.

—¿Para qué diablos puede servirte esa instrucción, sino para hacerte sacerdote? —suplicaba mamá.

—Pienso hacerme maestro y quizá también escritor —¡Ahí lo tenían! ¡Lo había dicho por fin!

—Pero ¿y el padre Lynch?

—El padre Lynch cierra mentes; yo me propongo abrirlas.

¡Oh!, mamá se cubrió los oídos con las manos para no escuchar más blasfemias como ésa y papá se limitó a rascarse la cabeza tanto rato, que temí llegara a raer su cuero cabelludo. En el mismo momento en que yo partía hacia Derry, ambos estaban en San Columbano, rezando por mi alma inmortal.

Ingram era director del mayor colegio de todo Derry. Su esposa Enid le había dado dos hijos. En mi vida he tenido una satisfacción mayor que cuando entré en su despacho y vi los soportes para libros que le habíamos regalado, allí enfrente, en el estante de detrás de su escritorio.

El número de colegios a elegir era extremadamente limitado. El Trinity College de Dublín representaba un sueño inalcanzable. Durante siglos había sido una institución reservada a los protestantes, y aun suponiendo que un católico hubiese podido entrar en él, nuestros obispos se lo habrían prohibido bajo la pena de excomunión. Ingram me aconsejó un colegio católico nuevo en Dublín, dirigido por los jesuitas, pero las perspectivas para estudiantes no religiosos eran extremadamente limitadas.

—Parece que sólo nos queda el Queens College de Belfast.

¡Dios mío, eso producía espanto! Ingram me sometió a una serie de pruebas, que casi duraron un día entero, y cuando las hube terminado fue a su casa. Por la expresión preocupada que tenían él y su esposa, comprendí que los resultados no habían sido buenos.

—Has continuado muy bien en lo referente a inglés y literatura, pero necesitarás muchas clases particulares para poder aprobar los exámenes de ingreso. Conociendo tu capacidad de trabajo, yo diría que después de cuatro o cinco meses de trabajar de firme, estarás en condiciones.

¡Clases particulares! Mis sueños se los llevaba el viento y mi cuerpo se quedaba sin energías.

—¿Cuánto costarán esas clases particulares? —pregunté con un hilito de voz.

—¿Todavía tocas la flauta? —preguntó Enid.

—Sí.

—¿Qué te parecerían dos tonadas por noche?

—Creo que no la entiendo —respondí.

—Desde que me encerraron en casa con los dos niños, tengo hambre de dar clases —contestó—. Poseemos un espléndido cuarto en el ático, ideal para estudiar de día y soñar de noche. Te pondremos bien relleno y preparado para el Queens. De modo que, vete a casa, empaqueta tus cosas y pongámonos a la tarea.

Me mordí la lengua e hice cuanto pude, pero a pesar de todo se me escaparon las lágrimas. Cuando pude hablar, les prometí que se enorgullecerían de mí.

—Nos hemos enorgullecido ya muchísimas veces —contestó Ingram.

La hermandad de los bebedores, vírgenes todos, excepto Conor, que había tenido tratos íntimos con chicas protestantes, se reunió para una última farra en la taberna de Dooley McCluskey. Me aconsejaron que no destrozara demasiados corazones en Derry, y me aseguraron que, sin duda alguna, las chicas se morirían por mí, cuando fuera a Belfast Yo… Seamus O'Neill, el primer estudiante universitario de Ballyutogue. Ganaría un millón de libras y le compraría el condado a lord Hubble…

…todos, excepto Conor, estaban rendidos de gozo… Conor, en cambio, sufría.

…la espalda me dolía de tantas palmadas y los oídos me retumbaban de tantos hurras invitándome a conquistar el mundo. McCluskey pagó una ronda de su bolsillo, cosa rarísima no tratándose de velatorios; luego señaló el reloj. La diligencia para Derry estaría en la plaza del Ayuntamiento dentro de poco rato…

…fuera de la taberna y bajo el árbol de los ahorcados nos echamos una vez más unos en brazos de otros…

…luego McCluskey en persona retuvo a los otros para que Conor y yo pudiéramos irnos a la plaza del Ayuntamiento solos…

…y así lo hicimos sin cruzarnos palabra y aguardamos allí…

…y al poco rato, vino la diligencia…

—Adiós, peque —me dijo Conor, haciéndome la clave del cuello cariñosamente, luego me dio una palmada en la nalga y me señaló el carruaje…

…¿acaso olvidaré nunca a Conor Larkin allí de pie, solo, en la plaza, mientras la diligencia se alejaba al redoble de los cascos de los caballos… de pie allí nada más… las manos muy hundidas en los bolsillos… la gorra con la garbosa inclinación como solía llevarla… mirando al horizonte hacia el cual me dirigía yo?

12

Liam entró en la herrería casi a la hora de cerrar. Conor le hizo una seña, sacó de la fragua un pedazo de metal al rojo vivo, lo colocó sobre un cincel del yunque y en pocos momentos lo tuvo forjado en el ahuecado tipo de azada para las tablas de patatas, que preferían la mayoría de labradores de Ballyutogue. Luego mandó al aprendiz que respaldara el fuego y limpiara el taller, se desató el grueso delantal de cuero y dio una palmada a la espalda de Liam.

Fuera, en el pozo, Conor se lavó la cara y se arregló un poco. Liam le entregó una carta, y se quedó mirando cómo la cara de su hermano se abría en una sonrisa, mientras las manos desgarraban el sobre.

—Ah, sí ¡ése es un gran chaval! —exclamaba Conor—. Seamus ha aprobado los exámenes de ingreso al Queens y se ha trasladado a Belfast, a casa de su tío Conan. Me pararé en casa de Fergus y Mairead y les leeré la carta —la dobló y se la metió en el bolsillo para releerla después. Cuando echaba a caminar de nuevo, Liam le cogió por el brazo y le retuvo en su sitio.

—Ayer estuve en Derry —dijo con nerviosa precipitación—. Kevin O'Garvey me dijo que fueras a verle.

—¿Por qué?

Liam se recostó en la gran piedra, junto al hoyo para los cubos de las ruedas, inclinó la cabeza y se mordisqueó el labio.

—¿Por qué? —repitió Conor, adivinando un conflicto.

—¿Recuerdas cuando fui a Derry el año pasado para la subasta especial de lana?

—Sí.

—Al mismo tiempo fui a ver a Kevin.

—¿Por qué? —replicó Conor, aprensivo.

—Para emigrar en buenas condiciones. Ha estudiado la cuestión por mi cuenta.

Conor reaccionó como un conejo asustado. Una sacudida de miedo le dejó sin voz. Sus ojos se agrandaron mientras Liam cogía un puñado de piedrecitas y las iba tirando al camino de una en una.

—Me marcho dentro de unos días —añadió.

—¿Por qué lo has tenido en secreto? —chilló Conor.

—No era un secreto exactamente. Todo el mundo sabía que estaba destinado a emigrar. Un minuto lo quería, y el minuto siguiente, no. Sencillamente, no sabía qué decisión tomar, Conor. Ya sabes, yo era un mar de confusiones.

Aun en medio de la angustia, Conor dio una palmada en el hombro a su hermano, indicando que le comprendía. La noticia había caído sobre su espalda como pesado yunque; su mente continuaba atascada.

—¿Adonde te vas, Liam? —consiguió preguntar.

—A Nueva Zelanda —respondió el hermano.

—¡Nueva Zelanda! No puedes ir, hombre de Dios. ¡Aquello está terriblemente lejos!

—¿Qué importa la distancia?

—Oh, no, tú eres tonto, hombre —dijo Conor, agarrándose al clavo ardiendo—. No tenemos dinero para enviarte allá; es inútil, perfectamente inútil —dio unos pasos de acá para allá, pegándose en la palma de una mano con el puño de la otra y tratando de encontrar otro clavo—. Dile que no puede ser. Después hablaremos del asunto.

Liam meneó la cabeza, desconcertado.

—No puede ser. He firmado un compromiso para pagarme el pasaje. En la mitad sur de aquel país hay ranchos inmensos y necesitan pastores, labradores y vaqueros. Deberé trabajar dos años para pagar el pasaje, pero luego estaré libre. Me han dicho que allá se puede conseguir tierra fácilmente, de modo que con otros dos o tres años, después de haber satisfecho el pasaje, quizá pueda comprarme una poca.

—Oye —gritó Conor—, eso es una maldita trampa, lo mismo que los barcos del hambre. No dejaré que te metas en semejante estafa. Cuando te tengan allá, te harán trabajar toda la vida para pagarte el pasaje… eso es… No puedes ir, Liam.

Todavía confundido por el arrebato de su hermano, Liam hizo un gesto para cortar la discusión.

—Es un plan legal. El mismo Kevin me lo asegura. Lo pusieron en marcha una docena de inmigrantes irlandeses que le han dado gran auge, y estamos bajo la supervisión de la Iglesia. Kevin ha enviado ya tres muchachos de Derry, y actualmente ya empiezan a medrar.

Conor puso una rodilla en el suelo, deshinchado. Los ojos le bailoteaban como locos. Comprendía que debía calmarse. Había una sola manera de enfocar el asunto, y ninguna más.

—Nueva Zelanda —susurró.

—Mejores perspectivas tengo allá —insistió Liam.

—Nueva Zelanda —repitió Conor, como si fueran las dos palabras más pesadas del idioma. A continuación clavó una mirada penetrante en su hermano.

—Te lo diré sin rodeos. No quiero que vayas. Yo tengo mi oficio, y gano casi tanto como un carretero. ¿Te quedarías aquí si papá se aviniese a transmitirte la finca a ti?

—Ahora eres tú quien dice tonterías —objetó Liam, moviendo la cabeza—. Has de saber que jamás te tuve mala voluntad; la tierra te corresponde a ti, en buena ley.

—Pero si papá estuviera conforme…

—No estará; sé que no estará.

—Si estuviera —insistió Conor—, ¿te quedarías?

—Sí —respondió Liam, como mecido por un dulce sueño—, es lo único que he

deseado en la vida. ¡Oh, Santa Madre!, ¡si conozco hasta la última querida pulgada de todos los campos y cada una de las piedras de todas las paredes! Conor, cuando pienso que he de marcharme tan lejos me quedo helado de miedo. Nunca se lo había dicho a nadie, porque no quería alentar mis esperanzas, pero hay un par de mocitas que me miran con muy buenos ojos, y me pondría a cortejar a una de las dos con sólo que… ¡Oh, Conor!, ¿de qué diablos estamos hablando? Tomas no se conformará nunca. Oye, quiero que sepas que no te tengo mala voluntad.

Conor agarró los brazos de su hermano con furia.

—Vamos a hablar con papá, Liam, y se lo haremos comprender.

Liam retrocedió.

—Tendrás que ser tú el que hable. Yo no me atrevería a presentarme a papá con esa proposición.

—Yo le hablaré, yo le hablaré.

Se sabía con certeza la hora en que Tomas entraría en la casita: después de que hubieran rezado el rosario y antes de que sirvieran la cena. Cuando Brigid, Dary y Finola, que estaban arrodillados, se levantaban, entraron los hombres. La cena transcurría en el silencio habitual.

—¿Vas a hacer encaje esta noche, Brigid? —preguntó Conor mientras la chica levantaba la mesa.

—No pensaba ir.

—Ve a visitar a una amiga… y llévate a Dary contigo.

—¡Vaya, escúchenle al señor! —replicó irónicamente Brigid.

Pero casi saltó fuera del propio pellejo al oír el puñetazo de Conor, que por poco parte la mesa. Nunca le había visto comportarse de aquel modo. Todos los ojos se cruzaban miradas; el aire olía a batalla inminente.

—Será mejor que hagas lo que dice tu hermano —aconsejó afablemente Tomas.

—Vamos, Dary —dijo Brigid—, parece que habrá golpes. —Y salió dando adrede un fuerte portazo. Los tres hombres quedaron en un silencio sepulcral, mientras Finola gimoteaba entre dientes, yendo y viniendo junto a la lumbre.

—Liam se marcha a Nueva Zelanda la semana que viene —soltó de repente Conor.

—¡Oh, Santa María, sálvanos! —gritó Finola.

—Silencio, madre —ordenó Conor. Y se inclinó sobre la mesa hasta quedar mirando de hito en hito a su padre—. Papá, te ruego que pidas a Liam que se quede.

Tomas sorbió el té.

—Yo soy maestro herrero y no me encargaré de las tierras —prosiguió Conor—. ¡Dile ahora a Liam que quieres que se encargue él!

Tomas volvió a beber un sorbo, pausadamente, y dejó la taza con gesto mesurado. Sus ojos iban de un hijo a otro.

—No vais a tomar vosotros decisiones que me corresponden a mí —concluyó.

—¡Y tú no vas a tomar decisiones que debo tomar yo! —gritó Conor.

—Lo que pasa es que te entristece ver marchar a tu hermano. Esto es parte de nuestras vidas; y ninguno de nosotros se habituará a ello por muchísimas veces que ocurra. ¡Cuántas noches me he pasado despierto y llorando por no poder teneros a los dos aquí! Pero en Irlanda no se puede, ni se podrá mientras seamos arrendatarios de nuestro propio suelo.

—Sé razonable, Tomas —imploró Finola—. En tus manos está ser razonable. Si quieres a los dos hijos aquí, puedes tenerlos. Sé razonable, Tomas…

—¡Razonable! ¿Quién no es razonable aquí? ¡Mira, cómo le robas el aire y le escondes la luz a Dary!

—¡Dary no tiene nada que ver con esto! —gritó Conor.

Tomas se había puesto en pie y blandía el puño contra su esposa.

—Dary es delicado porque tú quieres que lo sea. ¡Cállate, mujer, o vete! ¡Esto va entre mis hijos y yo!

La mujer se retiró a un rincón, sollozando. Tomas exhaló un suspiro, fue hasta Liam y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Ya ves cómo se vivirá aquí, chico. Yo sufriré por ti.

Liam soltó un chillido y aporreó la mesa.

—¿Por mí sufrirás? ¡Eso es mentira, papá! ¡Tú amas a Conor! Por eso yo me voy al lugar más apartado de la tierra… ¡porque tú sólo amas a Conor! ¡Embustero! ¡Embustero! —se cogió a la escalera y subió furiosamente los travesaños hasta esconderse en el desván. Conor quiso seguirle.

—¡Déjale! —ordenó Tomas.

Conor se detuvo, luego bajó de la escala poco a poco y se acercó a su padre. Los ojos se le subían al desván, oyendo los angustiados sollozos de su hermano, que descendían hasta ellos. Arriba, grandes bocados de lágrimas bajaban a llenar la boca de Liam, para luego correrle por la barbilla. Conor se irguió delante de su padre.

—¡No quiero tus cochinas tierras! —le gritó.

Tomas levantó los brazos hacia él; pero Conor se apartó.

—Lo hice por ti, Conor —suplicaba el padre—. Te quedarás, muchacho, te quedarás… Diablo conocido es mucho mejor que diablo por conocer.

—¿Qué me dices del diablo que Liam no conoce?

—Es una carga que le corresponde a él. Y lo sabe. Ah, Conor, muchacho, el Larkin eres tú. Tú eres el Larkin de gran estatura a los ojos de todo el mundo.

—¡No, papá! —escupió Conor—. Tú has creado un Conor que no ha existido nunca. ¡Yo no quiero ser ese Conor tuyo! ¡Yo soy yo, maldita sea, soy yo! No soy Kilty, ni Tomas… ¡Soy yo, y he de vivir mi vida!

—Oh, escucha, muchacho, lo hice todo por amor a ti.

Ahora los sollozos de Liam descendían sofocados, débiles, mientras los dedos cogían y soltaban puñados de heno, y los dos gigantes que habían proyectado tan poderosas sombras sobre su vida escupían veneno uno sobre el otro.

Aquella misma noche, Conor abandonó la casita, y al llegar al cruce de caminos no volvió la cabeza para mirar atrás, un solo momento se detuvo delante de la fragua del señor Lambe, luchando por gobernar la atormentada mente.

—¡Conor! —gritaba la voz del pequeño Dary a través de la oscuridad—. ¡Conor!

Conor emprendió la marcha prestamente y siguió camino abajo.

—¡Conor! —suplicaba repetidamente la voz.

Conor se detuvo a escuchar, mientras los piececitos corrían furiosamente hacia él, y, un instante después, los brazos del pequeño le agarraban las rodillas con gesto desesperado. Conor lo levantó en vilo, como había hecho millares de veces, y lo escondió entre sus poderosos brazos; luego volvió a dejarlo en el suelo cuidadosamente y movió la cabeza para indicarle que era incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Dary hizo un signo afirmativo, expresando que le entendía, y Conor siguió su camino.

Dary entró en la casita. La expresión de su rostro reveló a Finola y Tomas todo lo sucedido.

—Será mejor que pidas a Liam que no se marche —dijo Finola.

Tomas movió la cabeza.

—Sería una gran injusticia para Liam —replicó—. Él sabe que tiene que irse. Lo ha sabido siempre. No puedo pedirle que se quede porque… cuando Conor vuelva… todo ha de estar preparado… cuando Conor vuelva…

Cuarta Parte

BOGSIDE

1

—¿Quién hay ahí? —gritó Kevin O'Garvey desde la ventana del segundo piso.

—Conor, Conor Larkin.

Al cabo de un instante, Kevin abría la puerta de su bonita casa de Creggan Road, en Derry, y acercó la linterna al rostro del visitante.

—¿Eres tú mismo, de veras? Son las tres de la madrugada, Conor Larkin, y pareces la ira de Dios.

Una ruina de ojos enrojecidos y poblada barba siguió a Kevin hasta el recibidor, donde se derrumbó, inclinó la cabeza, dejó caer los brazos entre las piernas y fijó una mirada neblinosa en la alfombra. Teresa O'Garvey vino unos instantes después en pos de su marido, abrochándose la bata. Después de mirar a Conor, dijo:

—Tráelo a la cocina.

En la cocina de los O'Garvey la gran olla del estofado estaba siempre caliente, porque no podían saber de antemano quién vendría, ni cuándo. Teresa llenó una escudilla, cortó media hogaza de pan y ordenó:

—Echate esto entre pecho y espalda.

El calorcillo del alimento bajaba deliciosamente por el conducto digestivo. Conor tosía y sorbía, tembloroso de hambre, murmurando que no había comido nada en tres, o quizá cuatro, o cinco días. Había andado errante, sin rumbo, durmiendo en los campos. Después de tres escudillas, el alimento empezó a obrar efecto. Ante la mesa de la cocina, Conor fue explicando su aventura a trancas y barrancas. Kevin miró a su esposa con una mirada que equivalía a pedirle que los dejara solos.

—¡Dios misericordioso! —exclamó la mujer, saliendo de la cocina.

Kevin iba y venía, preparando el té.

—Había de ocurrir forzosamente —dijo—. Habéis pasado años y años portándoos de una manera brutal el uno con el otro.

—Yo me decía continuamente que, más pronto o más tarde, padre tendría que ver las cosas tal como son. Me decía que cambiaría de idea y nos sentaríamos a discutir el caso, y le pediría a Liam que se quedara. Ahora, mientras andaba por los campos, quise volver allá un millar de veces para suplicarle; pero habría sido perfectamente inútil. He conseguido respuestas mejores de una muralla. ¿Querría hablarle usted?

O'Garvey se quitó los gruesos lentes, se frotó los ojos y luego se azucaró el té.

—Y tiene que hablarle antes de que el barco de Liam zarpe, ¿no es verdad?

—No lo sé —respondió Kevin, pensativo—. ¿Crees que lejos de Ballyutogue te desenvolverías mejor?

Conor movió la cabeza, asintiendo, medio avergonzado de creerlo así, realmente.

—Para Liam, volver a casa podría ser una magnífica solución; pero no lo sería para el Conor Larkin que yo conozco. La incógnita nunca ha sido si te marcharías de

aquí o no, sino cuándo.

—Eso es lo peor del caso —admitió Conor—. Tiene razón. Sé que no puedo volver a casa.

—No, no puedes. Y Liam emigra dentro de pocos días. ¿Seguirás sus pasos?

—Nadie me sacará de Irlanda —respondió Conor.

—Oye, chico, ahora estás rendido. No pensemos más en ello esta noche. Ya sabes dónde está la habitación de encima del establo.

—Sí.

—Quiero que no te precipites. Yo me iré a Londres para asistir a una sesión de los Comunes. Quédate aquí y deja que se te despeje la cabeza, al menos hasta que yo regrese. ¿Me lo prometes?

Conor lo prometió, y mientras hablaba, el agotamiento se apoderó de su ser de tal modo que al caminar hacia el establo, daba traspiés. Cogió la linterna, subió la escala y murmuró:

—Gracias.

—De nada —respondió Kevin.

—He causado una herida a mi padre. Una herida terrible.

Teresa le estuvo observando desde la ventana del dormitorio, hasta que la luz del establo se apagó.

—Pobre muchacho —dijo.

Kevin iba y venía junto a los pies de la cama.

—A estas horas, ya debería haberme habituado a verles partir. ¡Qué aborto de pueblos somos que todos los años enviamos lejos de aquí a millares de chicas y muchachos como él, dejando aquí a los débiles, despilfarrando nuestra riqueza! ¿Cuántos más podemos perder todavía, sin quedar arruinados?

—Estás despotricando, hombre —le reprendió Teresa—. A los Larkin siempre los has tenido demasiado dentro del corazón.

—Sí, pero el secreto de la cuestión es éste, Teresa. Con Parnell… —se interrumpió, porque el recuerdo de este nombre le había quebrado la voz—. Con Parnell solíamos comentarlo horas y horas. Y no puedes por menos de volver a recordarlo todo, cuando piensas que vas a perder un muchacho como Conor.

—Quizá encontremos la manera de retenerle aquí.

—Hemos de encontrarla. No podemos seguir renunciando. Conor puede representar el límite. Él no se dejará vencer fácilmente.

—Ven, acuéstate ya.

Kevin se envolvió con la manta, pero continuó con la vista fija en el techo. Teresa alargo el brazo, le quitó las gafas y las dejó sobre el mármol de la mesita de noche.

—Ojalá viviera Parnell. Entonces, siempre había una esperanza…

Liam salía de la Oficina de la Junta del Puerto. Conor le esperaba en la esquina. Cogió la maltratada maleta de mimbre de su hermano y dieron unos pasos en silencio.

—¿Tienes todos los documentos en regla?

—Echemos un vistazo —Conor abrió aquel sobre tan grande, lleno de documentos cubiertos de sellos, timbres y cintas—. ¡No te digo! —exclamó—. Rabat, Túnez, Alejandría, canal de Suez, Aden, Bombay, Ceilán, Yakarta, Perth, Melbourne y Wellington.

—La mayoría de esos nombres no los había oído nunca —dijo Liam—. Tú, sí. ¿Verdad que sí, Conor?

—Sí, bueno, es un decir. Seamus y yo hablábamos de ellos, y leímos unos cuantos libros sobre esta cuestión. Oh, son lugares exóticos… ¡Y pensar que tú pisarás su suelo y sentirás su contacto y olerás sus aromas! ¡Hermano, estás emprendiendo una aventura fantástica!

—¿Qué sabes de Nueva Zelanda? —preguntó Liam con voz temblorosa.

—Nunca pasamos más allá de Australia. No obstante, ahora he visitado la biblioteca de aquí. La verdad es que no había gran cosa sobre Nueva Zelanda. Por lo que he podido deducir es una tierra preciosa. ¡Y el viaje! ¡Eres un hombre afortunado, Liam!

Doblaron la esquina para internarse por el muelle Princess. Y se detuvieron en seco a la vista de un viejo y herrumbroso vapor volandero, el SS Nova Scotia. A Liam le dio una náusea, se llevó la mano al estómago, se cubrió de sudor, cerró los ojos, volvió la espalda y se apoyó contra la pared.

Su hermano le daba unas palmadas de aliento, aunque sin aliento. Conor esperaba desesperadamente, contra toda esperanza, que Tomas aparecería de pronto, corriendo por el muelle y llamándoles.

¡Oh, Dios mío, papá! ¡Por favor…!

—¡Tengo tanto miedo! —gimió Liam con voz ronca.

—Porque es una cosa nueva y desconocida para ti. A los diez minutos de travesía volverás a ser tú mismo, y cuando lleves dos meses en el barco estarás tan dispuesto a conquistar Nueva Zelanda que no habría manera de hacerte regresar. —Liam dio media vuelta y se arrojó en brazos de Conor por primera vez en su vida, temblando de pies a cabeza y entre sollozos incontenibles—. Domínate —le requirió el hermano—. No eres el primer muchacho irlandés que pisa esa pasarela.

Y le zarandeaba con fuerza, luego dulcemente… con fuerza, dulcemente. Liam se soltó y fijó la mirada en el barco, tambaleándose. Se humedeció los labios, inspiró con dificultad e inició su marcha hacia el exilio… Andaba por el muelle como flotando… Enseñó los documentos y le hicieron pasar. Kevin y Teresa estaban allí, como habían estado durante muchos años, junto a unos fatigados barcos amarrados al muelle. Teresa había llenado un cesto de víveres salados y desecados, para completar

la ración del barco… Había llenado un cesto una vez más… Las frases de despedida fueron tan penosas como de costumbre.

—No estoy enfadado con papá, ni lo estoy contigo —dijo Liam.

—Que Dios te guarde, Liam —respondió Conor.

—Y que el mismo Dios cuide de ti. Creo haber llegado a comprender que es posible que lo necesites más que yo —replicó Liam.

Cuando Kevin se marchó a Westminster, Conor empezó a buscar trabajo.

—¿Tu nombre?

—Conor Larkin.

—Te pondré en la lista de aspirantes.

Fue al astillero, al despalmadero, a los carreteros; luego recorrió los muelles desde Bucrana Road a Letterkenny Road, el taller ferroviario en Waterside, sobre el puente, y se paró en todos los establos y talleres que tuvieran fragua.

—¿Tu nombre?

—Larkin.

—Lo siento. El puesto ha quedado cubierto.

—Oiga, veo con mis propios ojos que en este taller falta un hombre.

—Lo siento, el puesto ha quedado cubierto.

Convencido de que su pericia de maestro en el oficio se pondría en evidencia en cualquier sitio donde encontrara trabajo, Conor se ofrecía a empezar como aprendiz. Pero le advirtieron que los puestos de aprendiz se compraban, y a muy alto precio; aunque, además, no había ninguno disponible.

En menos de quince días, el sistema de Derry se había puesto de manifiesto con toda su horrible fealdad. La empresa que daba trabajo a mayor número de herreros y metalúrgicos era el Muelle de Despalmado de Buques y Trenes. Era una empresa que se llevaba automáticamente todos los encargos del Ayuntamiento y la mayoría de los privados sin que nadie osara competir con ella. Las forjas de menos importancia tenían que contentarse con los huesos que les echaba la grande, siempre que hiciesen lo que se les ordenaba. Además, empezando por el Muelle de Despalmado y bajando hasta su satélite más insignificante, todos los talleres eran propiedad de protestantes y estaban gobernados por protestantes. Las únicas herrerías católicas que había, se encontraban en barrios católicos; eran talleres raquíticos que apenas lograban subsistir y nunca recibían encargos de Buques y Trenes. La única firma católica de cierta consideración, una fábrica de cerveza que tenía fragua para sus caballos y carruajes, salvaba a los herreros católicos de hundirse definitivamente.

Si un hombre llevaba un apellido católico, quedaba eliminado automáticamente de los trabajos importantes. Si se veía a las claras que el apellido no era católico, se procedía inmediatamente a comprobar su credo religioso, viendo qué templos

frecuentaba, o a qué colegio había asistido, o si estaba afiliado a la Orden de Orange. La perduración del sistema de Derry quedaba asegurada mediante la venta de los empleos de aprendiz, pues pocas familias católicas podían pagar el precio, y si alguna podía, le decían que el puesto ya estaba cubierto.

Después de agotar todas las posibilidades en su oficio, Conor se puso a buscar trabajo de otra clase. Derry tenía un notable complejo de hilanderías, fábricas de tejidos y talleres de confección de camisas, pero en ellos casi sólo trabajaban mujeres y niños.

La línea del fondo del sistema de Derry aparecía inconfundiblemente clara. El único trabajo que quedaba para los católicos era el de peón. Para los oficios de la construcción había largas listas de peticionarios. Los hombres católicos que tenían empleo debían enviar, a pesar de todo, al resto de la familia (esposa e hijos) a las hilanderías y las fábricas para poder subsistir.

Quedaban los empleos de portero, basurero, limpiador de cloacas, criado, enfermero de asilos y de manicomio. El cuarenta por ciento de los hombres católicos estaba sin trabajo. El cincuenta por ciento se lanzaba a la caza de cualquier empleo que se ofreciese. Se hallaban trabajos temporeros en los corrales de ganado del muelle y como peón del ferrocarril; pero Conor se negaba a competir con hombres que tenían familias que alimentar.

He ahí el sistema de Derry, concebido por Roger Hubble. Mano de obra de mujeres y niños, muy barata, y una buena reserva de parados, a fin de que sus productos salieran más baratos que los ingleses y pudieran competir con ellos. Siempre que el Ulster continuase bajo el dominio de la Corona y se beneficiara de concesiones comerciales especiales, su industria iría floreciendo, beneficiándose de esta ganga. Y aunque la emigración sangrase notablemente la reserva de mano de obra, el obispo Nugent y los dictados de su Iglesia conseguían que la región siguiera teniendo el índice de natalidad más elevado de Europa. El hedor del sistema de Derry originó en breve el estancamiento humano del Bogside, cuyos habitantes o se sumían en una especie de letargo, o habían de sufrir los dolores de la emigración.

Terminando cada día exactamente igual que el anterior, Conor regresaba a su habitación de encima del establo con paso más y más cansino. Buscaba el alivio de la biblioteca, pero no lograba concentrarse en la lectura, y su frecuente presencia en tal lugar suscitaba radiaciones hostiles. La biblioteca no había de servir de refugio de ociosos y le hacían notar que no era persona grata.

Una tormenta en el mar dañó dos barcos, que entraron en el puerto renqueando, necesitados de reparaciones urgentes. Con ello, Conor pudo trabajar una quincena en Buques y Trenes, en relevos de dieciséis horas, y demostró ser tan experto, y más todavía, que la mayoría de herreros fijos de la empresa. Por todo el dominio protestante se murmuraba y refunfuñaba contra el papista, pero la fortaleza física de

éste disuadía a los demás de hacerle objeto de hostilidades corporales y, por otra parte, todos sabían que se trataba únicamente de un empleo pasajero.

Desde el interior de la empresa, Conor vio más claramente aún la perfidia total, refinada, del sistema de Derry. Era evidente que había trabajo de sobra y que faltaban herreros, pero los empleos se reservaban para los leales, en pago de su lealtad, y cuando llegaron de los Talleres Weed de Belfast una docena de herreros, prestados por el suegro al yerno, a él le despidieron inmediatamente.

Sólo dos meses después de su llegada a Derry, el asco y la indignación habían llevado a Conor hasta el límite máximo de su resistencia. Y cuando Josiah Lambe se presentó de pronto en Derry y le vio, se sintió invadido de una extraña mezcla de alivio y miedo.

Josiah Lambe era un hombre simplista que había trabajado con y para católicos. Ya de joven abandonó la generalizada idea de que el Ulster había de ser campo de batalla de la Reforma. Aunque dotado de una devoción presbiteriana muy aceptable, su verdadera religión era el trabajo del hierro. Jamás llevó la faja de Orange.

Cuando estaba dispuesto ya a desentenderse progresivamente del trabajo, se rumoreaba que Conor Larkin le sucedería en la herrería. Los protestantes de Ballyutogue habrían tolerado este cambio, porque los Larkin, aunque adversarios, eran gente importante. Las muchachas solteras no se habrían opuesto a la presencia de Conor.

Josiah estudió profundamente el problema que le planteaba la repentina marcha de Conor. Había abrigado la esperanza de que, al retirarse, la herrería le proporcionaría los ingresos suficientes para pasar desahogadamente el resto de su vida; sin embargo, al marcharse Conor, no sabía decidirse a vender la fragua a un extraño. Por tal motivo, había ido a Derry, y cuando encontró a Conor abordó el asunto sin rodeos, ofreciéndole la herrería. Le concedería un pago a plazos, de modo que en un tiempo prudencial Conor le hubiese satisfecho el precio convenido, ganándose al mismo tiempo la vida con gran holgura. Era un trato sin complicaciones, porque el viejo herrero era un hombre sin complicaciones.

Después de la desgarradora experiencia de Derry, la imagen de una herrería pequeña, más abajo del cruce de caminos, entre amigos de toda la vida, se había clavado profundamente en sus pensamientos. Sin embargo, incluso mientras sacaba a la luz del día sus confusiones, Conor se sentía preso de una mano poderosa que le impedía retornar.

—¿Por qué no vas a pedir consejo a una persona de tu confianza? —le sugirió el viejo Lambe.

—Kevin sigue en Londres todavía. Y se levanta todas las mañanas y se acuesta todas las noches con los problemas de otras personas sobre los hombros. No necesita cargar con los míos, además.

—No me refiero a O'Garvey, con todo y tratarse de un hombre excelente. No sabría enfocar la cuestión de un modo objetivo, y menos tratándose de ti.

—No me estará recomendando que vaya a ver a un cura, ¿verdad que no?

—Ah, no, chaval. Un cura sería peor aún. Mira, Conor, tú tienes en Derry un viejo y sólido amigo un poco ofendido de que no hayas considerado conveniente ir a verle.

Conor apartó la vista con expresión culpable.

—¿Qué? ¿Te da miedo hablar con Andrew Ingram?

—Estuve tentado infinidad de veces. Allá en el pueblo los Larkin significan algo; aquí no soy más que otro derrotado del Bogside, sin rostro y sin trabajo.

—Nunca serías tal a los ojos de Andrew, como tampoco lo eres a los míos. ¿No se te ocurre pensar que él no sabe por qué no le has visitado? ¿No te da un poco de vergüenza?

—Sí, me la da.

—A mí me dijo: «Conor debía acordarse más de nuestra amistad.»

—Tiene razón, Josiah, tengo miedo. Miedo de que me digan la verdad.

Enid Ingram empujó a los niños para hacerles salir del estudio de Andrew y cerró la puerta tras de sí.

—Son unos niños magníficos —dijo Conor—. Seamus me habló de ellos en sus cartas muchísimas veces.

—Del mismo modo que a ellos les hablaba de ti. Ya sabes, en esta casa eres un semidiós.

—Mi amigo se desenvuelve estupendamente en el Queens —explicó Conor.

Ingram sonrió y dejó pasar la frase, sin comentario.

—Pienso que todos sabíamos que Seamus sabría situarse ventajosamente.

Los ojos de Conor se llenaron de súplicas.

—¿Y yo? —dijo.

Andrew Ingram llenó la pipa con aquel gesto pausado tan suyo. En sus ojos brillaba una mirada de pena; una pena que parecía destacar las delatoras canas de las sienes y las primeras arrugas profundas de la senectud que se acercaba. El maestro estudiaba al membrudo joven que tenía delante con una expresión extraña, sobre todo en un hombre que le conocía tan bien.

—Algunos de nosotros estamos destinados a determinadas cosas —empezó—. Doy gracias a Dios por haber descubierto en edad temprana cuál era mi destino y haber podido reconciliarme conmigo mismo dentro del estrecho marco que se me concedía. Hay un libro en el que llevan las cuentas de cada uno de nosotros desde el momento en que nacemos. El problema está en que la mayoría se pasan la mayor parte de la vida buscando, antes de comprender lo que hubieran debido saber desde el

principio.

—¿Qué me reserva a mí el destino? —preguntó Conor.

—Pues que no volverás atrás, Conor —contestó resueltamente el maestro.

—Creo que ya lo comprendo ahora. Pero tampoco me echarán de este país.

—Me doy cuenta con gran pesar.

—¿Con gran pesar, señor Ingram? ¿Sólo porque no sé doblegarme a la injusticia?

—Con gran pesar, porque te pasarás la vida tratando de corregirla. No hay nada malo en luchar contra la injusticia. Sólo que… bueno, estoy tratando de decirte lo que ya quería decirte tu padre.

—¿Qué?

—Que mientras las voces te retumben en los oídos, nunca hallarás la paz.

Conor se puso en pie y movió las manos en un ademán que rechazaba aquellas palabras considerándolas una tontería.

—No sé qué libro ha leído sobre mí, pero está equivocado.

—¿De veras?

—Pero ¿cómo puede saberlo?

—Hay un determinado momento en cada hombre, Conor, en el que todas sus facultades se acrecientan, en que está vivo como nunca lo había estado e ilumina el mismo firmamento con su vivacidad. Por supuesto, hay personas que carecen de este don, y otras que sólo parecen poseerlo en el acto sexual. Ese segundo, ese instante que salta como una chispa es tu verdadero ser, tu alma, tu espíritu. Yo lo siento en mí, a veces, cuando escucho a un actor genial interpretando a Shakespeare. Me siento transformado, único, completo. Somos amigos, Conor, y sé que he visto ese momento en ti muchísimas veces.

El muchacho palideció.

—¿Me está leyendo la sentencia, señor Ingram?

—No, pero si comprendes la realidad y la aceptas, quizá la soportes mucho mejor.

—Dígame lo que lee en el libro, señor Ingram… ¡Dígamelo!

—Leo que Conor Larkin de Ballyutogue ha ingresado en un grupito de hermanos porque en realidad no podía hacer otra cosa. Leo que llaman su hogar a cualquier jergón de alguna escondida covacha. Al comienzo, Conor ardía en consignas y estaba saturado de un tremendo sentido de justicia. Luego, cuando hubo recibido una lluvia de golpes y más golpes, y de desengaños sobre desengaños, las consignas se convirtieron en sombras sin sustancia, y al final, poca cosa ha cambiado, a pesar de tantos y tantos esfuerzos suyos.

—¡Bah, usted está tonto, amigo; nadie escribió tales cosas acerca de mí!

Andrew Ingram pasó un buen rato sin preocuparse de replicar. Como el humo de la pipa ya no sabía bien, la dejó sobre la mesa, y se le humedecieron los ojos.

—El día que Seamus partió para el Queens, Enid y yo nos pasamos la noche

preguntándonos qué sería de nuestros dos papistas rebeldes. Aquella noche marqué un libro que tengo aquí y me dije que quizá Conor me visitase algún día para preguntarme por qué son las cosas como son dentro de su pecho. ¿Te gustaría verlo, Conor?

—¿El libro de la verdad? —susurró el joven Larkin.

Ingram se acercó a los estantes y sacó un volumen. Tenía una señal entre sus páginas. Abrió por ella y leyó, con voz sonora y entonada por la mucha práctica:

Innumerable ejército de espíritus armados,
Los arrojados desdeñan su reino, y yo prefiero
Su poder supremo con otro poder contrario enfrentado
En dudosa batalla por las llanuras del Cielo,
Sacudo su trono. ¿Qué importa que el campo se pierda?
Si no se pierde la voluntad indomable
Estudio de venganza y de odio perdurable
Y coraje para nunca someterse o ceder
¿Qué otra cosa hay que no se pueda vencer?

Ingram entregó a Conor el volumen de *El paraíso perdido*, y Conor lo abrió por la primera página, donde habían escrito la dedicatoria: «A mi amado alumno, Conor Larkin, combatiente en insegura batalla.»

2

Desde el momento que Liam y Conor se marcharon, la mente de Finola entró en incandescencia. Había que pensar muy en serio en la transmisión de las tierras. Tomas no quería aceptar la idea de que Conor no volvería nunca más, pero Finola sabía que ocurriría así. A su modo de ver, los dos hijos mayores habían desaparecido, y había que considerarlos desaparecidos para siempre. Dary iba siguiendo el camino que con el tiempo le llevaría al sacerdocio y se pasaba muchas horas de su existencia ayudando la misa y en otros menesteres por los contornos del templo de San Columbano.

Con esto quedaba solamente Brigid, y había que considerarla única heredera. La sencilla, religiosa, trabajadora Brigid se aproximaba a los diecisiete años y era objeto de infinidad de silenciosas discusiones y sutiles maquinaciones de las madres vecinas, que más bien parecían halcones volando en círculo. Había cierto número de buenos partidos en Ballyutogue, muchachos que heredarían tierras, que podrían hacer muchas cosas peores que casarse con la chica que traería el apellido y la dote de una Larkin.

Considerando todos los factores, daba siempre como resultado que Colm, hermano mayor de Seamus, con sus treinta años y pocos más era el de edad más conveniente, entre todos los solterones jóvenes, con perspectivas de seguir cultivando unas fincas. A Finola le parecía completamente lógico que la unión de Colm y Brigid y las dos fincas culminara toda una vida de buena vecindad y estrecha compenetración. Entre los dos cónyuges reunirían unos sesenta acres, lo que les situaba entre los católicos más prósperos del distrito.

Con todo, era un tema delicado, incluso entre amigas tan íntimas como Finola y Mairead. Siguiendo la moda general, Mairead estaba con las uñas afiladas y pronta a sacar los ojos a toda chica joven que se arrimara a su Colm. Si seguía la tradición, Mairead cuidaría de que su hijo quedara solterón, aun en el caso de que Fergus fuese el primero de ambos en abandonar este mundo y la dejara viuda. La idea de compartir la cocina con otra mujer le parecía inadmisible. No obstante, Finola sabía que Mairead miraba a Brigid con ojos de madre, y en caso de que quedara viuda, contando como contarían con dos casitas, se podrían combinar las cosas de forma que las mujeres no se encontraran nunca una sobre otra. Finola exploró el terreno cautelosamente, descubriendo con gozo inmenso que su querida amiga había estado estudiando la misma posibilidad que ella.

Fergus y Tomas sabían qué se cocía en los cerebros de sus respectivas esposas. Además, no se necesitaba ser un genio para imaginar qué tramaban. Y ambos daban su bendición al proyecto. Tomas, sencillamente, guardaba silencio acerca de la posibilidad de que Conor regresara.

Todo parecía marchar viento en popa, salvo por un pequeño detalle: Brigid, muchacha dulce e inocente, no tenía idea de aquellas maniobras, y como nadie la había hecho participar en el complot, había dejado germinar en su alma unas semillitas de su propia cosecha.

Durante cerca de dos años, con eso de que Liam estuviera en el campo, Conor en la fragua y a Dary lo reservaran para pequeñas tareas domésticas, Brigid había ordeñado diariamente las vacas y luego había llevado la leche, con el carro, al cruce de caminos, donde se la recogían. En el cruce de caminos, bajo el árbol de los ahorcados, encontraba a Myles McCracken, dedicado a idéntica tarea. Los McCracken tenían la finca más pequeña, pobre, pedregosa y perdida arriba en los brezales de Ballyutogue. Sin embargo, la pobreza no restaba nada a la buena figura de Myles, que en cierto modo le hacía pensar a Brigid en su hermano Conor.

Los ojos de ambos empezaron a buscarse por entre la gente que se reunía allí todos los días, y al cabo de un tiempo, ambos empezaron a llegar al cruce de caminos más y más temprano, pues aunque sin decírselo, querían estar solos un rato. La conversación discurría a empellones, sin que ninguno de ambos aludiese a los sentimientos que nacían en sus pechos. Cada uno procuraba enterarse si el otro iría a una feria determinada o a una velada con danzas y recitales, y cuando había un velatorio o una boda, ello significaba que podrían pasar varias horas juntos, aunque jamás se comunicasen lo que pasaba por su interior.

Finola, siempre alerta, olió un conflicto en esto de que Brigid tuviera tanto afán por salir para el cruce de caminos todas las mañanas. Un día la siguió hasta el templo de San Columbano, en el que entró para encender cirios por sus hijos ausentes. Luego, desde un punto estratégico, junto al confesionario, miró al exterior y pudo ver el árbol de los ahorcados. Sus sospechas quedaron confirmadas. Brigid y el chico se miraban con ojos de corderillo tierno, estaban loquitos el uno por el otro. Pero Myles McCracken era el peor partido que una muchacha pudiera encontrar. Pertenecía a una familia tan pobre que tenían que contar las miguitas de pan que echaban a los pájaros. Myles era el mediano de los siete hermanos y no heredaría ni por valor de una corteza de patata.

—Será mejor que hablemos con Brigid —le anunció aquella misma noche Finola a Tomas—. Es hora de que pensemos en buscarle un acomodo conveniente.

Tomas soltó una especie de bufido de asentimiento.

—Supongo que has meditado detenidamente con quién debe buscársele este acomodo.

—Si vieses más allá de la nariz, sabrías que Colm O'Neill, nada menos, está mendigando sus favores.

—Y supongo que tú y Mairead habéis llevado a cabo todo el trabajo de base preliminar.

—Y yo supongo que no hay partido mejor en todo Ballyutogue —le espetó ella.

—Y yo supongo que no estarás pensando en juntar las fincas, ¿verdad que no?

Finola sabía que había de andar con cuidado porque juntar las fincas de ambos significaba aceptar el hecho de que Conor no volvería más, contingencia que Tomas nunca querría admitir.

—No hay tal —respondió—. Lo que tomo en cuenta es que harían muy buena pareja y se conocen desde toda la vida. Vamos, ¿estás en pro o en contra de este compromiso?

—*Jaysus* —gimió Tomas, dejando caer los brazos—. Ojalá Colm no fuera tan desagradable. Es un pelmazo mayúsculo. ¿Brigid lo quiere de veras?

—¿Qué tiene que ver eso con el matrimonio? —preguntó la mujer.

—En cierta ocasión tuvo que ver bastante —respondió él.

Acaso estas palabras revolvieran algún recuerdo; pero en caso afirmativo, Finola disimuló sus emociones y sirvió el té con gesto impasible, al mismo tiempo que seguía pleiteando en favor de su casa.

—Si quieres saber quién le gusta a ella, te lo diré pronto. A ella le gustaba Myles McCracken.

—¿Aquel pescado barato?

—Aquél, precisamente. La imagen misma de los McCracken; peca de escasez por todas partes. Entre toda la familia no reúne más carne que la que se encuentra en unas tenazas.

A Tomas tampoco le gustaba la alternativa. Desde que sus hijos se fueron batallaba con los demonios de la duda, y no quería verse en el trance de tomar otra decisión importante. Myles McCracken anunciaba tormenta.

A pesar de su candidez, Brigid no pudo dejar de percibir las vibraciones que la rodeaban. Colm la había visitado tres noches seguidas, y ella se había puesto nerviosa. Era un viejo amigo, en verdad, el mayor de todos los que tenía, pero nunca sería otra cosa. Y ahora le dirigía desmadejadas insinuaciones, poniendo en peligro su misma amistad.

Brigid amaba entrañablemente a su hermano Conor; pero en lo íntimo de su corazón sabía que no volvería nunca más y había empezado a concebir deseos con respecto a la finca. Su cautela inicial se convirtió en una decisión callada. Al percibir más claramente cada día el olor de la conspiración, se prometió adoptar una actitud resuelta ante Colm O'Neill.

Los jóvenes de Ballyutogue estaban confabulados para sustraerse a las miradas de sus padres y del padre Lynch, haciendo el trabajo de quien tuviera que dejarlo y actuando de vigilantes en los puntos donde se daban cita. Las ruinas de la antigua torre normanda dominaban perfectamente todo el terreno de su contorno, de modo

que un solo centinela podía avisar a una docena de parejas de novios imitando un sencillo canto de pájaro.

Myles aguardaba junto al puentecillo del riachuelo que bajaba de la parte de la torre. Brigid corrió hacia él; se cogieron las manos, se besaron en las mejillas (uno de los pecadillos menores que se permitían) y luego desaparecieron en el bosquecillo de fresnos.

—Te añoraba, Brigid.

—Y yo te añoraba a ti.

—Cuando tu mamá apareció con la leche en el cruce estos tres días últimos, comprendí que sospechaba algo.

—Nada de eso —mintió Brigid—. Lo que pasa es que estoy haciendo algunas tareas pesadas, porque ella tiene dolor de espalda.

—¡Ah, es una gran cosa que no sospeche! —exclamó el muchacho.

—Myles —dijo ella, vivamente—, quiero que me beses.

—¡Ah, claro! —respondió él, dándole un besito en la mejilla.

—No. Bésame en los labios.

—¿En los labios?

—Sí, y estréchame entre tus brazos mientras me besas.

El muchacho levantó los brazos en un gesto defensivo y se apartó.

—¡Dios mío! ¿Has perdido la cabeza? Eso es muy peligroso. Podemos ponernos en toda suerte de conflictos.

—He consultado a Abbey O'Malley. Su hermana Brendt solía hacerlo todo y siempre antes de casarse. Hasta lo hizo con Conor y Seamus.

—¡Dios mío! ¡Imagina que nos pase algo!

—Bueno, ¿qué puede pasar?

—Pues ya lo sabes.

—Una chica no queda embarazada porque la besen —dijo Brigid.

—Pero los besos nos pueden conducir a muchas otras cosas.

—¿Quieres o no quieres besarme?

—Te estás portando de un modo que me das un miedo de muerte, Brigid Larkin.

Ella le rodeó con los brazos, apretó el seno contra el cuerpo del joven y le besó apasionadamente en la boca.

—¡Santa Madre de Dios! —Myles retrocedió asustado y se sentó en un pedazo de roca.

—¿No te ha gustado, Myles?

—Claro que si. Es lo más grande que me había ocurrido nunca.

—Entonces, besémonos un poco más.

En un tiempo relativamente corto penetraron en el secreto de la cuestión. La mente del chico se encabritaba excitada; las manos tocaban el cabello, las mejillas,

los hombros de la muchacha y hasta un par de veces osaron rozarle los senos. Ambos percibían extrañas sensaciones en la garganta y el estómago y empezaron a emitir sonidos salvajes y a entresudarse. Brigid fue ahora la que tuvo miedo y cortó la escena. Y se separaron jadeando, perdidos en una maravillosa confusión.

—¿Estás enfadada conmigo, Brigid?

—Oh, no, no, no. No sabía que existiera nada que pudiera causar estas sensaciones, ni siquiera rezando a la Virgen.

Myles bailaba deslumbrado, hiriendo el suelo con los pies.

—Debemos estar locos.

—¿Crees que hemos ido demasiado lejos? —preguntó ella.

—No, no es eso. Me refiero al cortejar en serio. No podemos; sería una locura. Yo no puedo hacer nada, nada por ti; nada en absoluto.

—Escúchame, Myles McCracken. Quizá no nos convenga excitarnos así en lo sucesivo; pero yo quiero continuar viéndote.

—¿Para qué? En casa somos tan terriblemente pobres que no podría darte ni el polvo que se me pega al cuello; lo necesitaríamos para fertilizar los campos.

—¿Quieres seguir viéndome, o no? —preguntó la muchacha.

Él inclinó la cabeza. Por un instante, Brigid sintió que la vida huía de su ser. Luego, Myles levantó los ojos y suspiró:

—Sí.

Brigid cruzó el puentecillo corriendo, dejó atrás la torre normanda y no se detuvo hasta llegar a su casa, sin aliento.

—Llegas tarde —la saludó su madre—. La mantequilla no se batirá por sí sola.

Brigid se volvió hacia el otro lado para esconder lo alterado de la respiración y el color que le teñía la cara.

—Lo siento, voy en seguida —respondió, lanzándose hacia el establo.

—¡Brigid! —llamó Tomas.

La muchacha se quedó inmóvil.

—Colm vendrá a verte esta noche. Tiene el propósito de llevarte a dar un paseo en un cochecito alquilado, después de la misa del domingo.

¡Nadie podía equivocarse respecto a lo que significaba esto!

—No me siento demasiado bien, papá. La garganta me desespera. Creo que me convendría más descansar un poco.

—Y yo creo que deberías pensar un poco más en Colm O'Neill —replicó Finola.

Brigid dio media vuelta y les disparó las primeras palabras de desafío que les dirigía en su vida.

—Si Colm os gusta tanto, podéis atenderle vosotros. —Y luego quedó paralizada por el sonido de su propia voz.

—No hables a tu madre de ese modo —reprendió Tomas.

—Conviene que sepas —adujo Finola— que se te está preparando un compromiso.

—¡Nunca querré arte ni parte en él! —gritó Brigid, corriendo hacia el establo.

Finola se había levantado con un bastoncito en la mano; pero Tomas le cerró el paso inmediatamente.

—¡Es ese Myles McCracken! ¡Pero jamás pondrá los pies en esta casa! ¡Tomas, mándale que rompa esa relación!

La perspectiva de una nueva y desastrosa interferencia con uno de sus hijos llenó de espanto a Tomas, quien soltó a su mujer y se derrumbó junto a la mesa.

—¡No permitiré que esa chica nos desafíe! ¡Primero la encierro en un convento! —chillaba Finola.

Tomas movió la cabeza.

—No —dijo en voz baja.

—¡Llamaré al padre Lynch y les obligaré a confesar qué han hecho a espaldas nuestras!

—No, no le llamarás —replicó mansamente Tomas—. La muchacha correrá su aventura con el chaval; no le hará ningún daño.

—¡Estás loco! —El silencio del marido la desconcertaba más que unas palabras de cólera—. ¿No has visto la cantidad de chicas que se acercan al altar todos los años con un crío en el vientre? —bramó la mujer—. ¿Es eso lo que quieres?

Tomas levantó la vista con un rostro lleno de cuadros de ayer.

—Quiero que conozca la emoción de estar enamorada —respondió—, aunque sólo sea por una vez, y por un corto tiempo. Más adelante quizá la consuele de muchas cosas saber que por un corto tiempo hubo un muchacho que suspiraba por ella. Tiene derecho a esto, mujer, tiene derecho.

3

La primera vez que le eligieron para los Comunes, Kevin O'Garvey alquiló una habitación en la pensión de Midge Murphy, a la altura de Jamaica Road, en una de las «ciudades irlandesas» de Londres, cerca de los penetrantes olores y las cantarinas ruedas de acero de las carretas de la Surrey Commercial Docks y a un corto paseo subterráneo por debajo del Támesis hasta el Parlamento.

Durante el primer decenio en Westminster, su estilo de vida cambio poco. Hizo méritos para la mejor habitación de la casa y se le concedieron ciertos privilegios acordes con su jerarquía. Midge procedía de la isla de Aran; le costaba mucho conceder su amistad y gobernaba el establecimiento con puño de hierro, fijando en la cocina el centro de su vida. A pocos se les permitía visitar dicha dependencia, excepto a la hora de comer; menor todavía era el número de los que podían pasar un rato en ella, y sólo Kevin tenía «libertad de movimientos» por ella. Después de cenar utilizaba un cuartito contiguo a la despensa como despacho.

Por lo demás, todo seguía casi lo mismo. Kevin daba audiencia nocturna en un reservado del fondo de la taberna de Clancy, unas manzanas más allá. La sala se llenaba de portuarios irlandeses vehementes entre los que se formaba una fila interminable de paisanos que iban a pedirle consejo. Desde la muerte de Parnell, el partido irlandés se había convertido en un vino aguado, desprovisto de su primitiva fuerza, y O'Garvey era una de las pocas grandes figuras que quedaban en sus filas.

Cuando el cieno de la revolución industrial llenó el sumidero hasta rebosar de atropellos, los Comunes nombraron un comité. Al acentuarse desesperadamente la necesidad de una reforma legislativa, el comité quedó encargado de investigar las condiciones de trabajo en las zonas industriales. Desde el principio, O'Garvey destacó como la figura dominante e incluyó el Ulster en las zonas donde había de efectuarse la investigación.

Las primeras audiencias las habían tenido en los Midlands ingleses, en el sector Bradford-Leeds. O'Garvey fue elegido para redactar el borrador del informe sobre lo averiguado, y corrió la voz de que sería un documento devastador. Entre la comunidad industrial del Ulster aumentaban los temores suscitados por la inminente investigación de que serían objeto. Luego vino el destructivo rumor de que O'Garvey, personalmente, había escogido la fábrica de camisas Witherspoon & McNab, de Londonderry, como blanco principal.

Como trabajaba hasta altas horas de la noche para acabar el informe, Kevin canceló su habitual sesión nocturna en la taberna de Clancy. Unos días antes de terminar el documento, uno de los muchachos de la taberna de Clancy se presentó en la cocina de Midge Murphy.

—Ha venido un tipo raro y presumido que le busca —dijo, entregando un sobre a

Kevin.

Contenía la tarjeta de visita del brigadier Maxwell Swan. Kevin esperaba desde hacía días una visita de los alarmados industriales del Ulster, y Swan era su representante más idóneo. El emisario tendría un interés especial en mantener al comité alejado de Whiterspoon & McNab, porque por aquellas fechas distribuía su tiempo entre Belfast y Derry, montando un sistema de espionaje laboral en las empresas Hubble, tal como lo había montado anteriormente para sir Frederick Weed.

Kevin reunió los papeles, los guardó en su habitación, se refrescó en la pila, se puso la ajada chaqueta y se fue a la taberna. El coche del brigadier estaba junto al bordillo.

Al entrar observó que la gente hablaba en tono desacostumbradamente bajo, llena de visible curiosidad acerca del hombre calvo y de porte militar que esperaba en el cubículo particular de Kevin. Todos se apretujaban ante la barra, para poder echarle un vistazo por el espejo de la pared.

Swan indicó que como se trataba de una discusión confidencial quizá fuera mejor reunirse en otra parte. Salieron al momento, subieron al coche y pararon en las cercanías de Southwark Park. Después siguieron a pie por la orilla del parque, rodeados por el aire nocturno, húmedo y neblinoso. Se detuvieron ante un banco del parque y se sentaron.

—Parece que ya estamos fuera del alcance de los oídos de nuestros respectivos informadores —dijo Kevin.

Swan apoyó ambas manos en el puño del bastón, contemplando mansamente la niebla eterna, que iba creciendo.

—Hemos de acordarnos de vez en cuando de que lord Roger es uno de los poderdantes de usted y tiene el mismo derecho a formularle peticiones y expresarle sus opiniones como cualquier otro.

—Muy cierto —respondió Kevin—, pero yo no suelo reunirme con mis poderdantes en bancos de parques.

Swan le dedicó una sonrisa dura como el acero y se tocó el sombrero con el bastón a guisa de saludo.

—Evidentemente, nos preocupa la inminente visita del comité al Ulster.

Y se puso a levantar un razonamiento completo, detallado y lógico. Los industriales del Ulster habían invertido grandes capitales, apostándolo todo en el telar mecánico para lino. Plenamente recuperada América de la guerra civil, el algodón competía directamente con el lino. Esta fibra tenía, en el mejor de los casos, un mercado escurridizo, y todo lo que lo pusiera en peligro ponía en peligro a la totalidad del Ulster. Una investigación en la fábrica de camisas Witherspoon & McNab, actualmente la mayor del Reino Unido, podía representar un golpe fatal para toda la industria del lino.

—Me está contando un montón de sandeces, Swan. Lo que ustedes temen es que se pongan al descubierto los manejos a que recurren, y nada más.

Swan se había temido ya que O'Garvey se mostraría intransigente.

—Permítame exponer unos cuantos argumentos o puntos prácticos —dijo, cambiando de rumbo—. Punto número uno —empezó, siempre con la vista perdida en el espacio—, Witherspoon & McNab emplea a más de un millar de mujeres católicas. Es la firma de Londonderry con mayor número de obreros. Junto con las otras fábricas de camisas, constituye la espina dorsal de la economía.

—El punto número uno es cierto —admitió Kevin.

—Punto número dos —continuó Swan—. De todas las empresas que posee lord Roger, esa fábrica es la que le rinde más beneficios. Estamos en mitad de una carrera al galope tendido por conseguir que el dinero que hemos apostado en dichos telares mecánicos dé fruto. Toda investigación y toda legislación subsiguiente que redujeran las ganancias a las de una empresa secundaria nos obligarían a cerrar. La economía de Londonderry se hundiría, y sobrevendría una depresión.

Kevin O'Garvey sacudió la cabeza con gesto incrédulo y se puso a reír.

—En verdad que no doy crédito a mis oídos. ¿No sabe que investigamos seis fábricas en Bradford-Leeds y los seis propietarios nos explicaron ese mismo maldito cuento? O les dejamos que sangren a los obreros, o cierran. Llévese el chantaje a otra parte, amigo. Mientras ganen medio penique siquiera, seguirán trabajando.

—¿Y si le enseñara números demostrándole que no podemos soportar grandes inversiones de capital y continuar en el negocio?

—Entonces, cierren. No tienen derecho a operar bajo el supuesto de que han de sacar los beneficios de las entrañas de sus empleados. Las condiciones de trabajo en Bradford-Leeds son sobradamente malas, pero no tienen comparación siquiera con aquellas tejedurías viscosas, tuberculosas, ensordecedoras, y lo que de verdad me aterra es el edificio de Whiterspoon & McNab. Es, ni más ni menos, que una bomba de siete pisos a la que sólo falta que le prendan fuego. Ustedes no tienen derecho a fabricar unas camisas que deberían llevar el monograma pintado con sangre humana; no tienen derecho ninguno.

Maxwell Swan se quedó perfectamente impasible.

—Bien —dijo—, ambos hemos manifestado nuestros puntos de vista. Examinemos algunos aspectos prácticos.

Kevin sabía que tenía enfrente a un sujeto de sangre fría, que no había empezado aún a disparar sus proyectiles. La cirugía de Swan para extirpar las amenazas de formación de sindicatos había tenido una eficiencia de verdugo. Mientras estudiaba a su oponente, Kevin había de hacer un esfuerzo sobrehumano por dominar la cólera que le invadía.

—Veamos, pues —continuó Swan—. El comité llega a Londonderry y realiza la

investigación. Luego envía un informe que levanta ampollas y recomienda una legislación correctiva. ¿Qué se figura usted que haremos nosotros mientras tanto?

—Amenazarán con cerrar, hasta que la gente advierta que se trata de una amenaza falsa; luego amenazarán a los obreros para que no declaren.

—Sí, poco más o menos, será así. Lucharemos contra ustedes, disputándoles el terreno palmo a palmo. Toda ley nueva que consigan presentar a los Comunes saldrá aprobada después de uno, dos, tres años de enconada y acerba batalla. Siendo así, quedará reducida a una componenda sin casi contenido, y al final resultará una de esas leyes que sorteamos con gran facilidad. En otras palabras, cuente con que nosotros llegaremos hasta el límite para proteger nuestros bienes.

—¡Oh, Señor! —exclamó Kevin—. He ahí el sucio programa que Hubble y Weed han trazado para Derry.

Todo situado en dos niveles distintos. El nivel superior proporciona bastantes empleos buenos para retener en esa ciudad sagrada de ustedes a una población leal. En el nivel inferior se maneja a los seres humanos como si fueran cabezas de ganado. En lugar de montar industrias nuevas en una población con millares de parados, la conservan deliberadamente empobrecida y nos dejan a nosotros peleándonos como perros hambrientos, de tal forma que, literalmente, les suplicamos que nos dejen trabajar como esclavos, por unos miserables peniques, en aquellas trampas de muerte.

—Tiene una manera bastante extremista de considerar el problema, O'Garvey. Existe un orden de cosas, un sistema establecido desde muy antiguo. Los herederos de ese sistema no van a echarlo a la cloaca todo de una vez. ¿Cree de veras que dentro de cincuenta años el Bogside no seguirá siendo el Bogside? ¿Cree de veras que unas cuantas leyezuelas de aliño van a cambiar realmente la situación?

—Eso es lo que decían ustedes de la Liga Campesina —replicó Kevin—. Yo no he vivido ya en vano, porque sí que hemos cambiado, y mucho, el sistema que regía en el campo. Y cambiaremos también el que rige en las sucias fábricas de ustedes.

—¿En lo que le queda de vida? —preguntó Swan.

—Esto no importa.

Swan arrojó el cigarro al suelo y lo apagó con la contera del bastón.

—¿Y si usted tuviera la oportunidad de cambiar la situación del Bogside ahora, inmediatamente?

Kevin se puso en tensión.

—¿Debo continuar?

—No estoy a la venta, si es esto lo que está sondeando.

—¡Buen Dios! No soy tan tonto como para tratar de sobornarle.

—¿Por qué no? Su gente ha tratado de sobornar a todos los miembros del partido irlandés, y no sin algunos éxitos notables.

Swan consiguió sonreír.

—¿Debo continuar? —repitió.

—Sí, pero será mejor que yo me levante y me vaya.

—Usted, Frank Carney y el padre Patrick McShane formaron una asociación del Bogside, unos años atrás, en un intento de financiar pequeñas empresas y cosas así. Y rodó por el suelo.

—Porque ustedes nos combatieron por miedo a la competencia de los católicos.

—Sea como fuere. Suponga que alguien financiara de nuevo la asociación y se llegara a un acuerdo particular de tal naturaleza que se puedan patrocinar varias empresas nuevas en la comunidad católica. Más aún, supongamos que ustedes pudieran comprar, digamos, cincuenta puestos de aprendiz al año y se les garantizase que tendremos esos puestos a su disposición. ¿Qué efecto causaría en el Bogside? ¿Cuál es la necesidad más apremiante de ustedes? ¿El orgullo? ¿La dignidad? ¿Trabajo para los hombres?

Kevin O'Garvey había quedado petrificado. Esperaba cualquier clase de proposición para mantener al comité apartado de Londonderry, pero no ésta. El Bogside, manantial de la desesperación donde los hombres se revolcaban sin esperanza y donde no se hacía nunca nada, de verdad, para reducir la pobreza ni crear un sentimiento de propia estimación. La diabólica concepción de Maxwell Swan equivalía a una migajita de esperanza. Sin embargo, ¿cuan urgentemente se necesitaba esa migaja?

¿Qué alternativa quedaba? Kevin sabía que le esperaban años y años de guerra de trincheras en la que habría de enfrentarse personalmente, y debería enfrentar a su destrozado partido, contra un sistema todopoderoso que contaba con salas de juzgado y tribunales suyos propios. Si emprendía la batalla por la reforma industrial, el fruto de la lucha se cosecharía mucho después de haber fallecido él.

¿Era o no era dejarse sobornar aceptar dinero para poder ofrecer una esperanza allí donde no aleteaba ninguna? ¿Cuál era el precio? Kevin sabía que las abominaciones al estilo de las de Witherspoon & McNab continuarían, a pesar de todo. En la Liga Campesina había continuado una antigua lucha que mantuvo a Irlanda en un baño de sangre durante siglos. ¡Cuán caros había pagado cada uno de sus triunfos! La guerra por la reforma industrial sería más enconada todavía. En verdad, ¿podía un hombre hacer mucho más que llevar un rayo de esperanza a su desesperado pueblo?

Swan tenía todas las soluciones en la mano, en efecto. Después de liquidar las deudas de la asociación de Bogside, les haría llegar dinero, en secreto, durante una serie de años para subvencionar pequeñas empresas y comprar puestos de aprendiz. ¿Por qué, en nombre de Dios, el precio del mismo había de consistir en seguir explotando a mujeres y niños? ¿Por qué? Porque de ahí se sacaban las ganancias. ¿Por qué? Porque éste era el sistema de Derry, el sistema del Ulster, donde no se

permitía ni el más leve intento de ayudar a los católicos, y cualquier gesto de amistad debía mantenerse en secreto a toda costa.

Kevin O'Garvey vivió tres semanas de tormento, desgarrado alternativamente por la contemplación mental de la podredumbre de las hilanderías y tejedurías y los cuadros dementes de la fábrica de camisas, de una parte, y de otra por la mirada de desesperación de sus camaradas del Bogside, por aquellos ojos atormentados que le perforaban el alma todos los días de su vida. ¿De quién era la voz que gemía más fuerte? ¡Esperanza… ahora! ¡Esperanza ahora! ¡ESPERANZA AHORA!

El comité sobre relaciones industriales de la Cámara de los Comunes se trasladó al Ulster por recomendación de Kevin O'Garvey, del partido irlandés. No visitaron Belfast ni Londonderry, sino la ciudad de talleres y fábricas de Ballyomalley, centro experimental fundado con capital de los cuáqueros. Allí encontraron las mejores condiciones de trabajo y de vida de toda la provincia, y posteriormente se citaba a Ballyomalley como brillante ejemplo del espíritu progresivo del Ulster.

4

En el desamparado cenagal del Bogside había un oasis; este oasis lo constituían el Celtic Hall, las actividades que engendraba y los terrenos de diversión vecinos. La resurrección de los antiguos deportes celtas llevada a cabo por la Gaelic Athletic Association, acompañada, como es lógico, de la reanimación de una cierta dosis de orgullo nacional, se extendió por toda Irlanda mucho más de lo que podía esperarse. El Bogside en particular había dado muy pocos motivos de orgullo o vanagloria a Irlanda y, sin embargo, ahora el hockey irlandés y el fútbol gaélico traían apretadas masas de gente a los polvorientos campos de juego todos los domingos después de la misa.

Varios años después de constituirse la GAA, cobró existencia una réplica urbana y sofisticada, la Liga Gaélica, promoviendo el renacimiento del idioma y la cultura antiguos.

Se trataba de organizaciones legales, pero todo el mundo sabía que la GAA y la Liga Gaélica incurrían en actividades republicanas ya casi en la misma frontera de la legalidad, nacidas del clima de descontento. Su glorificación de la historia irlandesa y de los disidentes irlandeses señalaba un rumbo opuesto al secular intento británico de anglicanizar la colonia. Estos olores de nacionalismo irlandés eran considerados peligrosos por la Corona, que los miraba como un criadero de futuros agitadores fenianos, y por ello vigilaba estrechamente sus actividades, así como a sus miembros más vocingleros.

No extraña, pues, que la presencia frecuente de Conor en la pobre biblioteca de la Liga fuese acogida al principio con bastante recelo. Un extraño fornido como él podía ser muy bien miembro de alguna de las escuadras especiales del *Constabulary* o del Castillo de Dublín a quien hubieran confiado la misión de infiltrarse en sus filas. Había que recelar constantemente de los confidentes, lepra de la vida irlandesa.

Después de agotar todas las posibilidades de encontrar empleo, Conor quería marcharse. Teresa O'Garvey lo advirtió y escribió a su marido, el cual, a su vez, escribió a Conor desde Londres, recordándole la promesa de aguardarle hasta que regresara de los Comunes. Mientras esperaba, Conor erraba hacia los lugares de reunión de los desocupados para hablar de cosas ociosas. Eran hombres como él mismo que habían agotado ya el último medio penique, de forma que hasta el pequeño alivio de una cerveza significaba un gran lujo.

Después de su visita diaria a la biblioteca de la Liga Gaélica, solía pasar el rato por los campos de deportes, viendo los entrenamientos. La regularidad de su presencia originó las pesquisas defensivas habituales, y sólo entonces descubrieron que vivía con Kevin O'Garvey. Verificadas las satisfactorias credenciales, se le aceptó y se le saludó con acogedores movimientos de cabeza.

—¡Eh, tú, tío recio!

—¿Yo? —preguntó Conor.

—Sí; nos falta un hombre para el entrenamiento. ¿Te apetecería cubrir el puesto de mediocampista?

—Me temo que no conozco mucho el juego.

—¿No has jugado nunca?

—Unas pocas veces nada más.

—Para entrenarnos, sirves.

Conor había jugado unas cuantas veces al fútbol que los escoceses introdujeron en el Ulster, así como también unos partidos de fútbol gaélico. Tenía sobrado vigor, no cabe duda, y además corría como una liebre. En el centro, la variante gaélica requería mucha fuerza bruta, pues uno se encontraba en medio de una piña de hombres y tenía que saltar más que los otros, coger la pelota y sujetarla con fuerza. Se decía que era un juego tan antiguo como san Patricio, y es muy posible que el santo patrón hubiera pensado ya en Conor para medio centro. Como la mayoría de muchachos campesinos, apenas supo andar aprendió enseguida a saltar setos de piedras como un venado, y poseyendo unas manos de herrero para sujetar lo que fuese, un cuerpo extraordinariamente vigoroso, una talla de metro ochenta y ocho y casi noventa y ocho kilos de peso, constituía una materia prima formidable.

Apenas había entrado Conor en el campo cuando he aquí que un jugador de plantilla con camiseta azul vino corriendo hacia él, cruzando el terreno. Al llegar a su altura, se paró, hizo ademán de sortearle con un movimiento de cadera y pierna, y luego quiso seguir adelante. La maniobra hizo perder el equilibrio a Conor, a pesar de lo cual logró asirse a la camiseta del otro, levantarlo y echarlo al suelo con golpe sordo, atajándole de la manera más efectiva, si bien nada científica El corredor rodó en una dirección y la pelota en otra. Luego, el primero se puso a gatas, boqueando en busca de aire y unos instantes después se acercaba a Conor con paso vacilante, aunque blandiendo el puño.

—¡So canalla estúpido! —le gritó—. ¡Esto es un entrenamiento nada más!

—Lo siento. ¿Hice algo malo?

—¡Por poco me matas! Eso es lo que has hecho, so basura tonta. —El hombre dio media vuelta para marcharse, todavía tembloroso; pero, de pronto, se paró y volvió —. Eh, lo siento, amigo —dijo, tendiéndole la mano—. He quedado un poco atontado, ya sabes. Me llamo Pat, Pat McShane.

—Yo soy Conor Larkin. No quería jugar tan duro.

—No has sido duro. Después del entrenamiento, te invito a una cerveza en la taberna de Nick Blaney.

Cooey Quinn, entrenador y gerente de los Bogsiders, observaba atentamente al tal

Larkin, quien parecía aprender las tretas del juego, mejorándose a cada minuto que pasaba. Cooey pertenecía al GAA desde el comienzo, era uno de los más destacados futbolistas gaélicos de Derry, gran corredor, a pesar de tener arqueadas piernas. Al retirarse como jugador, convirtió a los Bogsiders en una potencia regional. Sus años de deportista no le habían forrado los bolsillos; era un deporte de aficionados, jugado por el orgullo de ganar y con ciertos tintes y matices de nacionalismo. Apenas terminó el entrenamiento fue en busca de Conor.

—Hola, chico fuerte, yo soy Cooey Quinn.

—Te había oído nombrar —respondió Conor. Y se presentó a su vez.

—¿Has jugado mucho?

—Tres o cuatro partidos, a lo sumo. Allá en Inishowen generalmente jugábamos al fútbol con los equipos protestantes.

—¿Estarás un tiempo en Derry?

—Sí.

—Creo que serías un medio centro formidable. Si vienes a entrenarte, me encargaré personalmente de que te practiques un poco en los puntos más delicados.

—Estupendo por tu parte, pero ando en busca de trabajo.

—Como no lo encontrarás, tanto da que te entrenes unos ratos. —Cooey estudiaba el fornido cuerpo de Conor con ojo avaricioso; luego, se le acercó v le habló en confianza—. Francamente, de paso uno puede ganarse un par de chelines.

—¿Cómo?

—Algunos gomosos que vienen a vernos apuestan sobre el resultado del partido, y si ganamos… pues, ya sabes…

—En verdad que no es la manera que yo había pensado de ganarme la vida —respondió Conor.

—A menos que tengas algo mejor que hacer, ¿por qué no intentarlo?

—¿Por qué no? —repitió Conor, levantando los hombros.

—Bueno, ven a la taberna de Nick Blaney y conocerás a los chicos.

El establecimiento de Nick Blaney era el más distinguido del Bogside, debidamente equipado de suelos embaldosados y caoba reluciente, y con un espejo sobre el mostrador en el que se leían unas palabras que eran un alarde de chovinismo local: Carney's Derryalf, la cerveza que pretendía quitarle el trono a la Guinness. Nick pertenecía al mundillo del deporte, había sido boxeador, en otro tiempo el tercero de todos los pesos medios del Reino Unido. A no ser porque lo sorprendieron en frío con un puñetazo afortunado, solía explicar siempre, habría podido aspirar a campeón. A la taberna acudía cierto número de parroquianos habituales, hombres con empleos fijos o pequeños negocios. Los atletas constituían sus *alter egos*, y ellos siempre estaban dispuestos a llenar el vaso de un jugador.

—Mira qué tío tan desarrollado —exclamaba Mick McGrath, que parecía llevar

en todos los puntos de su cuerpo la marca de as de los Bogsiders, fuerte como un roble y seguro de sí mismo. Y adelantó una vigorosa mano, presta para el saludo—. ¿Cuánto pesas, Larkin?

—No lo sé con seguridad. Creo que más de noventa y cinco kilos.

—Por *Jaysus*, es precisamente lo que necesitamos —dijo Mick.

—Puedo dar fe de que pega como un vagón de cerveza dejado suelto —dijo Pat McShane desde la periferia del grupo.

Conor miró hacia él y se puso color carmesí. Pat McShane llevaba cuello duro de sacerdote católico.

—¡Sálvame, Virgen María! —murmuró Conor—. Resulta que he tirado por el suelo a un cura.

Hechas las presentaciones, Conor se acercó al padre McShane, todavía angustiado. Al sacerdote le divertía aquella turbación y abrió los labios en una franca sonrisa, dejando al descubierto el hueco de dos dientes que faltaban, prueba fehaciente de que alguien le había entrado al ataque antes que Conor.

—No lo entiendo, padre —dijo el herrero.

—He estudiado todos los libros sagrados y no he hallado en ninguna parte ni una sola palabra prohibiendo que un sacerdote juegue al fútbol gaélico.

—Pero ¿y el obispo Nugent? ¿No se pone furioso?

—Sólo cuando pierde el Bogside.

Como nunca había encontrado sacerdotes de aquella especie, Conor seguía poniendo cara de asombro, pero Pat McShane había visto ya a otros campesinos recién llegados del pueblo. Era un padre que había salido de un molde distinto que el cura de misa y olla, indiferente pero entrometido, que suele llenar los seminarios. Procedía de una familia de nuevos ricos del sur y estudió dos años en Cambridge antes de decidirse por el sacerdocio.

En los días siguientes se estableció entre ambos una camaradería espontánea y profunda, pues en cierto modo ambos eran ajenos al mundo del Bogside. Pronto descubrieron que la poesía y la literatura eran lazos que los unían. Si por una parte los sacerdotes del Bogside pertenecían a otra especie que los dogmáticos que Conor había conocido, por otra el padre Pat se distinguía incluso de los del Bogside. En secreto, era la luz que guiaba a la Liga Gaélica y el día que Conor asistió a una reunión, invitado especialmente, fue el más dichoso que había pasado en Derry.

Habían apostado vigías en todos los accesos al establo abandonado de Lone Moor Road. Sólo cuando éstos dieron el parte de «todo despejado» empezaron a entrar los asistentes, en grupitos de dos y de tres. Eran jóvenes, pobres y andrajosos, y con gran sorpresa de Conor, casi la mitad eran chicas de las tejedurías y las fábricas de camisas. Una vez en el establo subían por la escala hasta el desván, donde una recia

lona tapaba la luz que habría podido filtrarse al exterior. Dentro había una claridad tan mortecina que apenas se distinguía a las personas congregadas. Todos hablaban en voz baja, reprimida, a pesar de lo cual se respiraba una atmósfera de excitación y desafío.

Conor había venido acompañado de Mick McGrath y Cooey Quinn, y al ser presentado a los demás, éstos le saludaban con silenciosos apretones de manos y movimientos de cabeza.

Maud Tully, un pedacito de chiquilla con unos grandes ojos castaños, pidió que prestaran atención.

—Apiñaos más —dijo—, y así no tendré que hablar tan alto. —Los treinta y pico que poblaban el desván se sentaron en corro a su entorno—. El padre Pat —anunció ella— ha enviado aviso de que le han llamado al lecho de un feligrés gravemente enfermo.

Se elevó un murmullo seco de desencanto.

—Ha dicho que vendría tan pronto como le fuese posible. Entretanto, sugiero que iniciemos la discusión del tema de esta noche: Theobald Wolfe Tone.

Los reunidos se miraron con aire desamparado. Conor había traído su biografía de Wolfe Tone, porque el padre McShane le había hablado de la conferencia. Él se mantenía en forma.

—¿Nadie sabe lo suficiente sobre Wolfe Tone para empezar? —preguntó Maud.

Y como una vez más sólo cosechaba un rumor de lamentaciones, Conor levantó la mano, titubeando.

—Parece que tenemos un poco de suerte —dijo Maud—. Nuestro nuevo hermano, Conor Larkin, se ofrece voluntario. ¿Por qué no vienes aquí, Conor?

El forastero se levantó del suelo y cruzó entre los demás en medio de unos susurros de curiosidad. Las reducidas dimensiones del desván hacían resaltar todavía más su gallarda figura. Maud señaló la caja donde podía sentarse. Los otros se apretujaron a su alrededor. En aquel instante mágico, los vio a todos como a otros tantos Conor y Seamus sentándose animadamente a los pies de Daddo, ansiosos, sedientos de aprender.

—Confío que no me tomaréis por un presuntuoso —empezó—. Yo no sería capaz de dar una charla comparable a la de un hombre tan erudito como el padre Pat. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó el pequeño volumen titulado *Vida y aventuras de Theobald Tone escritas por él mismo y extraídas de sus diarios. Editado por su hijo, William Theobald Wolfe Tone*.

—En primer lugar —empezó Conor—, nuestras aspiraciones republicanas se honran con la historia de cierto número de patriotas descendientes de protestantes. Es una tradición que pasa por Robert Emmet, Napper Tandy, Henry Joy McCracken, Thomas Davis, Isaac Butt, así como por el mismo fundador de esta Liga Gaélica. Dos

de estos protestantes tuvieron tanta importancia para la emancipación de los católicos y el anhelo de libertad de los irlandeses como el mismísimo libertador, Daniel O'Connell. Me refiero a Charles Stewart Parnell, cuya pérdida no ha quedado compensada jamás, y a Theobald Wolfe Tone, padre de los republicanos irlandeses, de quien os hablaré esta noche.

En el desván reinaba un silencio absoluto.

—Wolfe Tone nació en Dublín el 20 de junio de 1763 —continuó con una voz no muy bien avenida a la tarea encomendada.

Pero enseguida percibió la instantánea comunicación que se había establecido entre él y el grupo alineado a sus pies. Con lo cual su malestar se transformó en una sensación de poder, observando que los ojos y los oídos del auditorio se centraban en él y que las palabras que pronunciaba conquistaban sus mentes. De súbito, los largos años de escuchar los relatos de Daddo, las conversaciones con Andrew Ingram y los libros que había leído por los campos y a la luz de las velas empezaron a insuflar en sus palabras esa magia irlandesa única, sin par, llevándole a salpicar la narración con rasgos de fantasía, picaresca y humorismo. En virtud de una transformación instantánea, él era el *shanache* y la historia salía de sus labios como si hubiera sido testigo presencial de lo que narraba.

Línea por línea, verso por verso y capítulo por capítulo, reprodujo la turbulenta carrera del primer gran patriota; el voto hecho en Belfast de reunificar Irlanda, la huida a América, la influencia de la Revolución francesa, las intrigas en París para conseguir apoyo, la tempestad en el mar que destruyó la armada francesa, el segundo y fútil intento de invasión en Lough Foyle, la captura, la condena, la sentencia de muerte… y el suicidio.

Los ojos del galvanizado auditorio estaban húmedos, y las mejillas, mojadas sin excepción. Durante un buen rato, imperó un silencio sepulcral.

—¡Bravo!

Todo el mundo se volvió. Allí estaba el padre McShane, que había entrado sin que lo advirtiesen y había presenciado el final de aquella mesmerizante actuación.

—Por favor, caballeros, una última ronda —decía Nick Blaney.

Conor hubiera querido pasarse la noche hablando con el padre Pat, pero Cooey Quinn y Mick McGrath le estaban dando palmadas a la espalda, presentándole a unos y a otros y soltando aire caliente como fuelles de fragua.

—Si, sí, ha sido una noche memorable —repetía Cooey por milésima vez— y todo el mundo está entusiasmado. Vamos, si aprendes a jugar al fútbol tan bien como sabes hablar, serás el alcalde extraoficial del Bogside.

—Indiscutiblemente —convino Nick.

—Espero que no; en mi familia eso ha sido como una maldición —respondió

Conor.

—Caballeros, caballeros —suplicaba Nick Blaney.

Los cuatro amigos abandonaron la pastosidad de la Derryale para internarse por los olores y sonidos de pobreza que perduraban como una erupción incurable. El padre Pat se detuvo súbitamente como si le diera miedo cruzarlos una vez más. Un borracho descarriado orinaba en la base de las murallas sagradas, el sonido vil del rencor doméstico hería el aire trayendo sobre sus lomos el discordante llanto de un niño que muy probablemente estaría tan hambriento como asustado. Fabricaban niños en las tinieblas, tenían el mayor porcentaje de nacimientos de todo el reino. Niños que comerían desperdicios de cerdo y trabajarían en la fábrica de camisas, niños que arrojarían medios peniques contra la pared, niños que crecerían y envejecerían y esperarían la muerte en cubículos desnudos como celdas de fraile.

El padre Pat se cogió un momento al brazo de Conor para recobrar el equilibrio.

—Si al menos pudiéramos hacer algo… —murmuró.

Conor asintió con un movimiento de cabeza.

—Un día cualquiera me escapo de aquí —afirmó Mick.

—Sin duda —respondió Cooey—, es lo que decís todos.

—Recuerda lo que te digo, me escaparé.

—¿Viene con nosotros, padre? —preguntó Conor.

—Debo ir a ver a mi feligrés. Me temo que morirá esta noche.

Conor y Mick siguieron con la mirada a Cooey y al padre Pat, que desaparecían calle abajo, entre la doble fila de casitas de muñecas, mientras un coro de gatos muertos de hambre pregonaba su descontento a maullido pelado. Luego se subieron el cuello de la chaqueta para combatir el frío y emprendieron por Leck Road. La muralla de Derry se levantaba sobre ellos, sosteniendo el omnipresente obelisco y la estatua del reverendo Walker con el dedo apuntando a la media luna, guardia invariable que escarnecía a las heces de abajo, del Bogside.

—Cooey se figura que voy a pudrirme aquí. Está loco. Lo malo del caso es que casi no sé hacer nada, en absoluto.

—¿No posees ninguna habilidad, Mick?

—Tiempo atrás fui aprendiz de carnicero, y no pasé de aquí. Esperé cuatro años que me dieran un puesto en los oficios de la construcción, y todo quedó en nada. Pero fíjate en lo que te digo, no voy a hundirme en esta población. —Mick volvió la cabeza con gesto nervioso para echar un vistazo por encima del hombro—. Diablos, Conor —susurró—, nos siguen desde la taberna.

Conor miró atrás. Un par de *constabularys* que los seguían acortaron el paso; pero enseguida lo aceleraron todavía más.

—Alguien te ha delatado ya —dijo Mick.

—¿Por qué?

—Por la charla que has dado esta noche. Apuesto a que te toman por un agitador de Dublín. Escucha, al llegar al final de la manzana, nos separamos y ponemos pies en polvorosa.

—No podremos —respondió Conor. Allá enfrente venía hacia ellos otra pareja de *constabularys* en traje de paisano, pero armados de garrotes. Estaban acorralados. Mick se quitó el cinturón de los pantalones y se lo enrolló en la mano, dejando que la enorme hebilla de latón colgara como un azote, y al mismo tiempo cogió un guijarro suelto. Luego dio un codazo a Conor, y ambos a la vez se lanzaron contra los dos perseguidores, cogiéndolos de sorpresa.

Conor paró el garrote con el antebrazo, mientras Mick enviaba la hebilla contra la cara del *constabulary,* el cual se cerró el desgarrón que le bajaba desde el ojo a la boca, soltó un alarido y cayó de rodillas. Mick acabó de tumbarle y dejarle sin sentido con el guijarro.

El segundo agente se lanzó contra Mick y lo alcanzó dos, tres veces con el garrote, derribándole a su vez. Pero cuando se plantó sobre él, Conor le dio un puñetazo entre los ojos y lo tumbó. En el momento que intentaba sacar a su amigo de debajo del cuerpo del guardia, llegó la segunda pareja y fue arrojado al suelo por unos palos que partían el aire silbando.

—¡Canallas fenianos!

Cuando Mick iba a ponerse en pie con gran esfuerzo, una bota le hirió en el estómago, cortándole la respiración. Mick tuvo arcadas y vomitó. Conor se incorporo e inició la retirada al mismo tiempo que se defendía para librarse de la lluvia de golpes, la mitad de los cuales hacían blanco en su cara y sus costillas. Pero al ver que los dos mercenarios iban a ensañarse con Mick McGrath, caído al suelo, brotó de su interior tal estallido de cólera que arremetió contra ellos, hundiendo el puño en el vientre de uno de los dos atacantes con tal furia que le derribó. A continuación puso en pie a Mick. El cuerpo del muchacho aparecía cubierto de sangre y vómito. Conor le rodeó con un brazo, al mismo tiempo que enseñaba el otro puño al *constabulary* restante, el cual miró a sus compañeros semiinconscientes, hizo ademán de atacar, pero al ver que Conor dejaba a Mick en el suelo y se ponía en guardia para plantarle cara, dio media vuelta y huyó.

El campo de batalla se pobló de gritos y luces, y unos instantes después los silbatos de la policía rasgaban el aire del Bogside.

Más tarde, los *constabularys* trataron de echar tierra al asunto, como hacían con todo lo relativo a los sospechosos de la Liga Gaélica, pero el hecho de que tres policías hubieran tenido que ser hospitalizados fue la comidilla general. En los tres minutos que duró el encuentro hubo un número sorprendente de narices rotas, costillas quebradas, cortes y dientes saltados. Para salvar la faz, se hizo circular la especie de que los guardias habían sido atacados por una cuadrilla de una docena de



rufianes.

Para las autoridades, el incidente quedaba cerrado oficialmente; pero no lo quedó entre los habitantes del Bogside, bien enterados de lo ocurrido.

5

Durante varios meses, después del regreso de Kevin, hubo un florecimiento de negocios nuevos financiados con préstamos de una Asociación del Bogside súbitamente revitalizada. Una panadería, dos tabernas, una casa de transportes, una fábrica de sogas, una imprenta y una tienda de venta de productos fabricados en las casitas de los labradores fueron puestos en marcha a bombo y platillos.

Además, y cosa singularmente rara, en el arsenal, la pesquería y la casa de máquinas del ferrocarril hubo una docena de puestos de aprendiz disponibles. Y por primera vez fueron vendidos a católicos y financiados por la Asociación del Bogside. Una chispa de luz había penetrado en las tinieblas y por primera vez desde que a uno le alcanzaba la memoria, unos cuantos hombres andaban con paso vivo y alegre.

Frank Carney, el retumbante y extravertido miembro de la junta de tres hombres de la Asociación, estaba en sus glorias con el papel de bienhechor. Era el católico más afortunado de Derry, dueño de la fábrica de cerveza y figura importante en la política municipal. Le gustaba exhibir su buena fortuna luciendo chalecos de brocado, un aseo personal impecable y oro en todo aquello que lo admitía: cadena del reloj, gemelos, sortijas, dientes… Estaba satisfechísimo de sí mismo, porque había llegado a la cumbre después de haber escalado todos los peldaños de la escala social del Bogside. Aunque muchas de las operaciones comerciales que realizaba dejaban mucho que desear en el terreno moral, continuaba fiel a su pueblo y adicto a su Iglesia.

El padre Pat McShane, segundo miembro de la junta, y el más joven de los tres, se limitaba a bendecir las nuevas empresas del Bogside, y a procurar que siguieran su santo camino, dejando los honores y la publicidad para Carney.

El más apasionado defensor del Bogside había sido siempre Kevin O'Garvey, del mismo modo que fue el trabajador más incansable de la Liga Campesina. Sin embargo, Kevin parecía muy poco alborozado por aquel chorro de actividad. Conor se fijó inmediatamente en que Kevin había regresado de Londres transformado en su misma esencia profunda; era un hombre extravertido, y se había vuelto retraído. Discutió la cuestión con el padre Pat, y ambos concluyeron que quizá los años de agitación y lucha se cobraban un impuesto y que acaso Kevin empezara a envejecer, cosa que, por otra parte, no querían admitir. En realidad, Conor no estaba muy seguro de que fuesen éstas las verdaderas causas; sabía únicamente que su amigo no era el mismo de antes.

Cuando la junta de la Asociación del Bogside llamó a Conor al Celtic Hall y le dijeron que hiciese un presupuesto de lo que costaría financiar una herrería, él lo consideró un milagro repentino y oportunísimo, porque ya estaba dispuesto a marcharse. Dominado el asombro que le causaba el súbito giro de los

acontecimientos, se lanzó a cumplir la misión encomendada y halló que el abandonado establo de Lone Moor Road era adecuado, y barato, para albergar una fragua, y calculó además que podría ahorrarse mucho dinero fabricándose él mismo la mayor parte de las herramientas que necesitaría.

No obstante, había un problema. Conor quería un empréstito varias veces mayor que el concedido a los otros establecimientos nuevos. En el Bogside la necesidad de una fragua de primera categoría se hacía sentir desde mucho ha, y él soñaba con algo que no fuese simplemente una herrería más. Quería un taller adecuado no solamente para el trabajo corriente y para la fabricación de una serie de productos de ferretería, sino también donde dar salida a su vocación en el campo del hierro forjado.

El padre Pat McShane y Kevin O'Garvey dieron su conformidad después de minúsculas resistencias y leves retoques al presupuesto. En cambio, Frank Carney fue el gran entusiasta desde el primer instante. Carney patrocinaba desde antiguo los equipos de fútbol y de hockey irlandés, y después de todo, Conor Larkin era una figura deportiva ascendente. La fragua había de ser la pieza de exposición de la Asociación del Bogside, calculaba él. Los otros se aguantaron el aliento varias veces, pero al final concedieron el empréstito. Desde el primer momento hubo una cantidad de trabajo muy aceptable. Mick McGrath y otros dos muchachos del equipo tuvieron los primeros auténticos empleos de su vida como aprendices. Conor estaba impaciente por empezar a forjar sus piezas de ferretería, pero tenía unos ayudantes inexpertos y había poquísimos herreros hábiles entre los católicos. Por este motivo cruzó el río Foyle y contrató a un protestante, Tippy Hay, para capataz, a fin de que dirigiera el trabajo y entrenase a los aprendices mientras él dedicaba todas sus horas a la fabricación de piezas nuevas.

Tippy era un artesano excelente, demasiado viejo y lento para encontrar trabajo fijo en el muelle de despalmado de Buques y Trenes, en el que había trabajado treinta años. En las temporadas de muchos encargos, le empleaban lo suficiente para seguir viviendo; pero, de todos modos, habían llegado para él las vacas flacas y buscaba consuelo en la bebida. El buen hombre agradeció tanto esta segunda oportunidad que moderó su afición al licor lo suficiente para hacer una jornada satisfactoria, y además, resultó un excelente maestro para los aprendices.

En una de las periódicas emergencias debidas a un siniestro en un barco, Buques y Trenes volvió a reclamarle, y él le dijo a Roy Bardwick, director del muelle, que ni pensarlo.

Unas semanas después lo encontraron inconsciente en la calle y fue hospitalizado. El primer rumor sostenía que la maldita cerveza le había tumbado por fin, pero las huellas físicas de una paliza tremenda obligaron a cambiar la versión. Se dijo entonces que aquello había sido obra de una vengativa pandilla de maleantes católicos. Tippy se negó a dar el nombre de los que le habían atacado. Hasta varios

meses después, y entre los vapores de una borrachera, no confesó que sus antiguos compañeros de Buques y Trenes y los hermanos de logia de la Sociedad de Orange le habían avisado de que dejara la herrería de Larkin. Y al negarse hubo que dar ejemplo de lo que les pasaba a los desleales. Luego aparecieron carteles advirtiendo que a Conor Larkin sólo se le toleraría mientras no se saliera de su puesto.

No pudiendo encontrar un sustituto conveniente, Conor duplicó la carga de trabajo que se había echado sobre los hombros, llegando a jornadas de dieciocho horas y con el tiempo sacó una colección de artículos: martillos de orejas, limas, cuchillos, hachas, azuelas, barrenas, taladros, escariadores, goznes, clavos, tijeras cerrojos, pernos, empuñaduras de puertas, veletas, piezas para carruajes, palas, tenazas, cabrias y los diversos instrumentos que las mujeres utilizaban en la cocina. Sus productos podían competir ventajosamente con cualquiera de los que se fabricaban en Derry, a pesar de que los vendía más baratos que nadie. Pero aun así no lograba colocarlos en las tiendas de venta al detalle más distinguidas, fuera del Bogside. Por ello hubo de decidirse a venderlos directamente, y a pesar de una especie de boicot tácito, los protestantes empezaron a pasar por allí, pues ahorrar dinero no se consideraba sectario y era una tendencia que los escoceses manifestaban desde antiguo.

—Prueba en la de Larkin; es posible que allá lo encuentres.

—Larkin te hará cualquier pieza especial que necesites y te cobrará un precio razonable.

La gran calidad de sus artículos propagó su nombre, y el chorrillo intermitente de parroquianos se convirtió en una corriente continua. Se elevaban murmullos de recelos sobre aquel mismo Conor Larkin que estuvo complicado en actividades fenianas y quizá en una refriega con los del *Constabulary*; no obstante, su situación iba mejorando poquito a poco.

Al final del primer año, Mick McGrath y los otros dos aprendices habían subido unos cuantos peldaños en el oficio y empezaban a poderse encargar de las tareas menos especializadas. Uno de los otros dos herreros del Bogside falleció, y el restante, el viejo Clarence Feeny, tuvo un cambio de impresiones con Conor, pues había llegado a la conclusión de que saldría mejor librado como capataz de éste que trabajando por su cuenta. De este modo, Conor heredó todo el trabajo inherente a la fábrica de cerveza de Frank Carney, incluyendo el establo, las carretas y una considerable cantidad de aros para los barriles. El hijo de Clarence Feeny y otro muchacho empezaron el aprendizaje, con lo cual pronto trabajaron en la herrería una docena de hombres, contados el vendedor y el carretero de reparto.

Teniendo al viejo Clarence para resolver el trabajo del día, Conor quedó libre para satisfacer el antiguo anhelo de dedicarse a la forja artística.

Frank Carney abrió el camino al encargarle una verja y una puerta para la capilla

particular que había fundado en la catedral de San Eugenio. Salió un trabajo tan precioso que el mismo obispo Nugent encargó un pulpito de hierro labrado; el primero de aquella parte de Irlanda. Siguiendo el ejemplo del obispo Nugent, una serie de templos, hasta Limavady por el este y Ballyshannon por el oeste, hicieron encargos parecidos. A Conor no le gustaba demasiado trabajar para los curas, porque se imaginaba una colección de padres Lynch sacando los cuartos de los bolsillos de los feligreses a base de cuestaciones, pero no podía negarse en modo alguno.

Al entrar en el segundo año de existencia, la fragua había dejado ya una huella, pequeña pero definida. Lo cual destacaba más todavía siendo así que algunas otras empresas patrocinadas por la Asociación del Bogside habían cerrado.

La vida era más que tolerable en Derry, si uno se llamaba Conor Larkin. El herrero entró a formar parte de un reducido y selecto círculo de intelectuales no sectarios organizado alrededor de Andrew Ingram, el padre Patrick McShane y el claustro del colegio Magee. Y bajo el patrocinio de la condesa de Foyle, lady Caroline Hubble, se importaba una vida cultural medianamente aceptable.

Por otra parte, Conor había pasado a ser una figura bien conocida en los terrenos de juego de la Liga Gaélica y el GAA. Cooey Quinn y Mick McGrath refinaron su primitiva técnica hasta convertirlo en un jugador terriblemente eficiente, ya que en la taberna de Nick Blaney nunca tenía el vaso de Derryale vacío. Cuando se hallaba en el centro de la piña de jugadores y la pelota volaba hasta él, sus manos la aprisionaban como tenazas de hierro y el vigor de su cuerpo intimidaba a todos los adversarios. Cuando un corredor del equipo contrario caía en su poder, podía esperar un severo castigo. Los aficionados al deporte apostaban buenas sumas a su favor, con lo cual, además de beber de balde, contaba con una fuente regular y constante de ingresos.

También esto le tenía inquieto, lo mismo que se había intranquilizado por los encargos de los curas, pero Pat McShane le aseguraba que su presencia entre los míseros, como un *alter ego* de éstos, equivalía a una compensación más que suficiente. En el cenagal del Bogside, los hombres apostaban y bebían para borrar la realidad. Apostaban con dinero, y apostaban sin dinero. El juego era un estilo de vida, como perder era un estilo de vida, y lo era también prestar dinero con usura. Los hombres perdían el amor propio y languidecían entre nieblas de sueños. Conor Larkin y Mick McGrath eran dos héroes en un terreno que los necesitaba más que el pan de cada día.

Por el momento, Conor parecía en paz consigo mismo, y hasta echaba una mirada en torno suyo por si trababa una relación permanente. Maud Tully, de la Liga Gaélica, era la mujer de mente más despierta que hubiera conocido en su vida, y Gillian Peabody, una maestra de escuela protestante, poseía la finura y el encanto de una dama de alta sociedad. Cuando asistía a una reunión cultural, solía ir acompañado

de una de estas dos. Conocía también a otras; todas posibles candidatas. Por el momento, Conor Larkin se había convencido a sí mismo de que había triunfado del Bogside y del esquema de Derry.

El triunfo de Andrew Ingram corrió parejas del de Conor cuando le nombraron inspector regional de las Escuelas Nacionales desde Strabane hacia el sur y hasta Dungiven, por el este.

La primera noche de un festival shakespeariano que había de durar diez días, Enid Ingram saludaba a Conor a la puerta de la casa de aquélla en Academy Road. Enid ponía semblante de persona desesperada.

—Me temo que esta noche tendrás que cargar con una mujer vieja y casada —le dijo—. Andrew está sumergido en su trabajo burocrático hasta aquí arriba.

—¡Oh, qué pena! Bueno, el *Rey Lear* lo repetirán al terminarse el festival.

—Espero que por entonces lo tendrá listo. A veces me pregunto por qué aceptó el nuevo cargo. Ah, de paso, cuando supe que venías solo, di el billete de Andrew a Gillian Peabody. Confío que no te sabrá mal.

Conor refunfuñó y le dirigió una mirada sesgada.

—No se habrá metido en ninguna intriga, ¿eh?

—Claro que no. Además, podrías tomar peor partido —añadió, llamando a la puerta del estudio de su marido y entrando en él.

En la faz del maestro se notaba la carga que acarreaba la nueva situación. Los saludó, dedicando una mueca a las exigencias del trabajo administrativo que se le había echado encima.

—El presupuesto anual y los de los que se ofrecen a realizar trabajos —dijo, dando un manotazo a la gruesa resma de papel que tenía sobre la mesa—. Bonita manera de pasar los días de su vejez un estudioso. Sonó la campanilla de la puerta.

—Debe de ser Gillian —dijo Enid, dejando que Andrew y Conor intercambiasen miradas de inteligencia.

—Enid es mujer. La visita de un solterón feliz enardece su sangre femenina. Ahora está apoyando a su caballo en la carrera de Conor —explicó Andrew.

—Gillian es una muchacha muy simpática —respondió Conor—, pero esta semana ya la había visto. No se apure, lo pasaremos magníficamente bien.

—Tómate el tiempo necesario, Conor. Estás en situación de escoger la medicina que más te convenga. Por supuesto, podrías elegir peor.

A sus oídos llegaba el parloteo de las damas en el saloncito.

—Ah, antes que vengan, Conor…

—Diga.

Andrew se quitó las gafas, se frotó los ojos con las palmas de las manos e indicó con un movimiento de cabeza la pila de presupuestos para contratos de obras y

servicios.

—¿Te importaría pasar por aquí después de la función? Estaré trabajando todavía. Quiero hablar contigo.

Cuando Conor abrió la puerta del estudio, Andrew Ingram, que estaba sumido en profunda meditación, levantó los ojos. Era más de medianoche. Con un gesto, le indicó que cerrase la puerta y se acomodara. Mientras Conor se quitaba la chaqueta y la colocaba en el respaldo de la silla, sobre el escritorio aparecieron una botella de whisky escocés y dos vasos.

—Quiero que eches una mirada a esto —dijo Andrew, empujando hacia el visitante un legajo de papeles.

—¿Qué es?

—Trabajos de fragua para las escuelas y patios de recreo del distrito por estos dos años venideros. Reparación de pupitres, vallas, astas de bandera, barandas nuevas y objetos diversos. Como inspector del distrito, formo parte también del Concejo de la Corporación de Londonderry. Este segundo librito es el presupuesto de trabajos en hierro para la ciudad: postes de farolas, bancos, hierro labrado. Además del establo municipal y el del *Constabulary*.

Andrew Ingram hizo una pausa y bebió un sorbito de whisky.

—Me temo que si los toco me quedaré con ellos —dijo Conor.

—Quiero que mires ahora otra cosa distinta —y le entregó un tercer librito—. Este es el presupuesto que ofreció hace dos años Buques y Trenes por una cantidad de trabajo aproximadamente igual a la que hemos de contratar ahora.

Los ojos de uno permanecieron fijos largo rato en los del otro antes de que Conor examinase el antiguo presupuesto. Andrew Ingram acercó la lámpara y levantó el chorro de luz, proyectando la sombra de Conor sobre la pared del fondo de la oficina. Este abrió la cubierta y estuvo mirando unos segundos la primera página. Después volvió a cerrar el legajo.

—¿Qué?

—Lo pusieron un poco caro —dijo Conor.

—¿Un poco?

—¿Qué quiere saber, Andrew?

—¿Cuán caro?

—Les roban descaradamente —respondió el ex alumno, abandonando la silla y acercándose a la ventana, cuya cortina de encaje descorrió para observar un coche que pasaba por la calle.

—¿Cuánto?

—Si los números de las páginas siguientes van a tenor de los de la primera, les sobrecargan más de un cincuenta por ciento.

—¿Quieres leer el resto?

—No —respondió Conor, moviendo la cabeza.

—Buques y Trenes funciona desde 1855. Durante cuarenta años se han encargado de los trabajos del municipio, así como de los distritos escolares de la mitad occidental del condado sin que nadie les haya disputado el terreno.

—Déjeme ver si adivino qué piensa —dijo Conor, mansamente.

—¿Cómo está tu fragua?

Conor se encogió de hombros.

—¿Puedes encargarte, o no?

Conor se apartó de la ventana.

—Esa no es la cuestión, y usted lo sabe. Más de la mitad del trabajo lo ceden a su vez a los pequeños talleres de los alrededores de Waterside. Todo el mundo puede hacerlo igual. Pero ¿vale la pena abrir esa caja de los truenos? Yo me desenvuelvo bastante bien tal como estoy ahora.

—Deja que te lo plantee de este modo: Con lo que ahorremos en ese contrato, yo puedo abrir una escuela nueva en Dunnamanagh. Hace ocho años que les consuelan con promesas. Tienen un sacerdote instruido y me ha prometido que para empezar habrá una clase con cuarenta estudiantes.

—Mire, yo estoy metido en deudas hasta las cejas con la Asociación del Bogside. No podría aceptar ese contrato sin hablar primero con Kevin O'Garvey, y ahora está en Londres.

—¡Qué oportuno!

—Tengo que alimentar a una docena de hombres y a sus familias. Usted es íntimo de lady Caroline. ¿Cómo no le pide que interceda por esa escuela nueva?

El semblante de Andrew se puso tenso. El maestro se apoyó en la mesa y señaló a Conor con una regla, como a un alumno.

—Porque la instrucción no es una limosna de los Hubble. Más todavía, ninguna escuela nueva debería ser fruto de una conspiración. Aquí todo apesta a pactos y convenios hechos a puerta cerrada.

—Por amor de Dios, Andrew, yo apenas empiezo a tenerme en pie.

—Lamento haber sacado el tema a discusión.

—No soy un cobarde, téngalo presente.

—No es preciso que me des explicaciones, Conor… Esto no es lo mismo que soñar en la insurrección en el aire puro de una cabaña de monte. Acabarás siendo un hombre importante, Conor.

—Piense en usted, Andrew. Si sigue así echarán su carrera a paseo.

Ingram se arrellanó en el sillón y encogió los hombros.

—Mi carrera es ésta, Conor. Yo sólo sé que con lo que han robado para crear una prosperidad falsa a fin de poder despedir a quien quieran y apoyarse sobre vasallos

leales en Londonderry, se podría dar instrucción a todos los niños de este condado. He ahí el ulsterismo en curso, Conor Larkin. Naturalmente, yo no soy un idealista de la Liga Gaélica ni un revolucionario de cervecería irlandesa como tú. Yo soy un simple maestro de escuela.

—¡No tiene derecho a hablarme de ese modo!

—No, supongo que no. Imagino que un año de comodidades puede aguar la indignación que a uno le inspiraba la injusticia.

Conor cogió el vaso con mano brusca, apuró su contenido y clavó unos ojos inflamados en el hombre terco, zahiriente, atormentador que tenía delante. Enseguida se sirvió otra ración de whisky, echándosela al coleto con la misma presteza… Luego inclinó la cabeza, plantado en el centro de la habitación, y trató dos o tres veces de argüir; pero las palabras no acudían a sus labios. Por fin se acercó a la mesa escritorio, revolvió los folletos y cogió un lápiz del portaplumas, exclamando:

—¡Que Santa María nos ampare!

6

A partir del momento que presentó su presupuesto para la concesión de los trabajos, Conor organizó la vigilancia de la fragua estableciendo un turno de guardia entre los cuatro aprendices. Además, montaron un sistema de alarma sencillo pero efectivo, mediante el cual si alguien intentaba forzar las puertas o las ventanas ponía en marcha, automáticamente, un silbato de vapor cuyo sonido alcanzaba sobradamente hasta el Celtic Hall y los terrenos de juego, siempre poblados de una pequeña tropa de ociosos.

La primera vez que sonó el silbato lo hizo a altas horas de la noche, varios días después de que el Concejo Municipal de Londonderry abriera los pliegos sellados. Frank Carney había querido entrar desapercibido en la fragua, y ahora estaba fuera de tino. Restablecida la calma, Frank trepó por la escala hasta el desván que servía de vivienda a Conor.

—¿Cómo no me explicó nadie que existiera ese maldito silbato? —preguntó.

—Lo habría desconectado muy a gusto, si hubiera sabido que vendría a verme a las dos de la madrugada.

Frank iba y venía, bramando, por aquel aposento lleno de libros. El oro y el barniz no resaltaban ahora, sino que pasaban tan inadvertidos como descompuesto y airado se mostraba Carney.

—¡*Jeese*, yo te creía un muchacho listo! Bueno, ya está; has tenido que meter la pata. Me he pasado cuatro horas hablando, me he quedado morado de tanto argüir con la gente de Buques y Trenes y con los del Concejo Municipal. ¿Qué recanastos te figuraste?

—El único pecado que he cometido ha sido el de sorprender a un ladrón en el momento del robo —respondió Conor.

—¡Vamos, y me lo dices a mí, a Frank Carney! Hemos de vivir con esa gente, muchacho. Hay que anular esa tontería. Tienes que retirar tu presupuesto.

—No veo por qué.

—¡Pero, so burrote! ¿Dónde estuviste todo este año pasado? Has faltado a todas las reglas.

—Esas reglas no son las mías, y no pienso acatarlas.

—Ah, no piensas acatarlas, ¿eh?

—No, no pienso.

—Entonces, métete esto en la mollera, Conor. Tú estás en deuda con la Asociación del Bogside y no puedes presentar presupuestos como éste sin nuestra aprobación. Y del mismo modo que antes te abrimos un negocio, ahora te lo cerraremos.

—Alto ahí, Frank —replicó afablemente Conor—. Si hubiera sabido que el

préstamo traía aparejadas ciertas condiciones, no lo habría aceptado jamás. Si me está diciendo que hicieron determinados tratos a mis espaldas con respecto a esta fragua, ciérrenla de una vez, hombre.

—¡Te juro que no te creo! En el Bogside, la vida entera es un enorme convenio. ¿Cómo diablos te imaginas que llevo yo la fábrica de cerveza? ¿Crees que poseo siete tabernas en la parte protestante de la ciudad gracias a mi ingenio y mi gracia irlandesa? Esas cochinas martingalas no se cuentan por ahí con todas las palabras. Es un estilo de vida, hombre de Dios, y sólo un chico listo puede abrirse paso por este berenjenal.

—A mí nunca me habían acusado de ser listo —replicó Conor.

—¡Porquerías! ¡Lo que quieres tú es ser un héroe, con aquellas conferencias de tío listo que das en la Liga Gaélica, y ahora quieres ser todavía más héroe imbécil con este presupuesto! —Carney se llevó la mano al corazón, que le brincaba desbocado, y se derrumbó en una silla, buscando aire—. Entiéndelo bien, Larkin —jadeó—, no voy a permitir que me cierren los establecimientos por culpa tuya. No voy a hundirme, después de haber escalado el pico donde me encuentro.

—¿Por qué no da unas palmaditas en la cabeza a un par de huerfanitos y no regala un par de candelabros de oro al obispo, y por qué no le cuenta a todo el mundo cuan buen católico es usted?

—¡So maldito canalla! —chilló Carney, arremetiendo contra él.

Conor desvió sin el menor daño los golpes del otro, le cogió por las solapas con la fuerza necesaria, solamente para que sus palabras penetrasen en la mente del obcecado, quien se quedó luego inerte.

—Ya no está en forma, Frank. No debe hacer esfuerzos desmesurados.

Carney dio unos pasos atrás, refunfuñando, y se apretó el estómago, que protestaba con vehemencia.

—Me han designado para enderezar este maldito lío —chilló—. Por la mañana tengo que hablar con los de Buques y Trenes, y te conviene no enojarme. O entras en cintura, o te cierro el taller.

—Tenga cuidado al bajar la escala, Frank, no se caiga. Sería una gran pérdida.

Conor Larkin se pasó la noche andando en torno a los bastiones sagrados; después se fue a recorrer The Strand, la orilla del río Foyle. Siguiendo su costumbre, se detuvo un momento en la Oficina de Aduanas, recordando el día que su asustado hermano emigró y preguntándose con mayor insistencia que nunca si no sería éste el destino final de todos. Pasado el colegio Magee, la calle se ensanchaba; era el viejo camino de regreso al hogar. El alba le sorprendió en Madam's Bank entre Luz Pnnyburn y el faro Crook, en el último recodo del río. Derry tenía un aire inmensamente pacífico, mirado desde aquí, con su ondulante extensión de tejados de

pizarra coronados por los tiestos de las chimeneas.

El reloj de cuatro caras de la torre del Guildhall dejaba oír levemente las doce mientras él seguía mirando distraídamente, desde un banco, los jardines de la ciudad que bordeaban Madam's Bank.

—Buenos días.

Conor miró por encima del hombro y vio al padre McShane acomodándose en el otro extremo del banco.

—Como una vez te encontré aquí, he pensado que quizá volviera a encontrarte. Todos tenemos nuestros puestos de meditación favoritos.

—¡Desde aquí se ve un panorama tan tranquilo! —respondió Conor—. ¿Cómo está Frank?

—Oh, se deshizo en un mar de lamentaciones. Los votos de la junta de la Asociación del Bogside están igualados de momento. Uno a favor y otro en contra del mal aconsejado presupuesto de Conor Larkin. Frank se da cuenta de que Kevin se pondrá de mi parte, y por este motivo se ha pasado toda la mañana con los de Buques y Trenes tratando de salvar el pellejo.

—Yo tenía que haber comprendido desde el primer momento que el camino del cielo lo paga con buen dinero.

—Frank representa el colmo de la corrupción del sistema. El hecho de que los indígenas les quiten trabajos a los colonizadores va contra el dogma fundamental del ulsterismo y contra todas las normas civilizadas, viejo amigo. Por supuesto, tú ya sabías a qué te exponías cuando lo hiciste, y Frank no está dispuesto a que le corten el cuello por tu causa.

—¿Qué opina del caso, padre?

—Yo he votado por ti.

—No es esto lo que le pregunto.

La cara adolescente del sacerdote se levantaba hacia lo lejos con cierta melancolía, mientras el cerebro meditaba.

—Mi primera reacción fue de resignado pesar. ¿No está ya bastante mal la situación para que tengamos que cargar con esto? Pero ese momento pasó. Habíamos de llegar a este punto más pronto o más tarde, y siempre imaginé que serías tú quien moviera el interruptor.

Ambos se levantaron y se pusieron a pasear por el sendero de los rosales.

—Andrew Ingram… ¡ése sí que es un hombre! —comentó el sacerdote—. ¿Estás preocupado por él?

—¿Por él? No. Él lo había meditado todo desde hacía mucho tiempo. Es como mi padre: callado. Me he pasado casi toda la noche pensando en mi padre. Él no tuvo un gesto así una sola vez, sino un centenar de veces. Le recuerdo cruzando solo la plaza del Ayuntamiento de Ballyutogue para echar la primera papeleta electoral de todas

nuestras vidas. Y lo hizo sin cantar las propias alabanzas. Él vive la revolución a su manera, como una tarea cotidiana. Estoy preocupado por Conor Larkin. Toda la vida me he preparado para un determinado momento y me he dicho: «¡Ojalá pudiera hacer algo!» Y llegado el momento me quedé asfixiado de miedo. Y le dije a Andrew que se arrastrase a los pies de lady Caroline, que hiciera lo que quisiera, pero que no me mezclase a mí. Un presupuesto para un trabajo no es la clase de insurrección que me apetece. Andrew ha visto claro en mi interior, padre Pat; soy un patriota de taberna, uno más de los tantos que hay en Irlanda.

—Ya te he dicho que cuando me enteré del paso que habías dado gemí por dentro —replicó el sacerdote—. Era lo mismo que habías sentido tú. Todos perdemos la noción de quiénes somos y por qué estamos aquí. A veces, después de unas cuantas escenas brutales abajo en el Bogside, me voy, cojeando, a mi habitación, contemplo aquel sucio lugar y pienso cuánto me gustaría ser un hombre corriente y buscar placeres corrientes.

—Usted quiere consolarme, padre Pat.

—Ni lo pienses. No soy una imagen de Cristo; sólo una copia de hojalata. ¿Crees que no me ha pasado nunca por la mente la idea de una mujer?

Conor vio de pronto, en toda su realidad, la carga de infiernos humanos que aquel hombre llevaba sobre sus hombros. Y la contemplación de un cuadro tan extraño le dejó paralizado de espanto.

—No es pecado, ni fracaso, hundirse en un momento de ansiedad —continuó el sacerdote—. El único fracaso consiste en no reconocer lo que uno ha hecho y dejarlo pasar con mirada indiferente. Frank Carney ha concertado una entrevista entre tú y Roy Bardwick, director de Buques y Trenes. ¿Querrás verle?

—Debo saber si alguien, si alguno de la junta, hizo algún pacto relativo a mi fragua.

—Yo no. Con eso quedan dos. Lo más probable es que Kevin tampoco. Con eso queda uno.

—No mejoraría nada el hecho de reunirme con él —dijo Conor.

—Tampoco perjudicaría nada. Ahora eres su parigual, y no creo que debas empezar portándote con ellos lo mismo que ellos se han portado con nosotros.

Roy Bardwick parecía sentirse molesto; lo habían llevado, como para esconderlo, a la capilla que tenia Frank Carney en la catedral. El recinto estaba lleno de estatuas, de ojos apagados, del paganismo romano. El padre Pat abrió la puerta de la verja, para dar paso a Conor, y salió. Los dos hombres se estudiaron. Bardwick era alto y fornido, casi tanto como Conor; tan alto habría sido en realidad, si sus setenta años no le hubiesen encorvado un poco. Tenía la cabeza bordada de blanco, pero todavía estrechaba la mano con firme apretón. Por un momento, la escena le recordó a Conor el día que su padre se reunió con Luke Hanna para negociar, para que su gente

pudiera respirar un poco más libremente. Roy Bardwick era viejo, pero estaba completamente tranquilo y seguro de sí mismo.

—Le conozco ya, Larkin. Le había visto antes.

—Hace algo más de un año, en ocasión de una emergencia, trabajé unas semanas en el muelle de despalmado.

—Eso es, cuando dos vapores canadienses llegaron malparados a consecuencia de una tempestad. Nunca olvido una cara. Vayamos al grano. Frank Carney me ha convencido, al menos, de que él no sabía nada del presupuesto que usted ha presentado.

—Frank ha dicho la verdad.

—Entonces, fue cosa de usted y de Ingram.

—Es posible. Y puesto que empezamos cultivando la sinceridad, ¿qué me dice de Tippy Hay?

—No fue cosa mía, Larkin. Personalmente, aprecio al viejo Tippy. En estas cuestiones, las cosas se dan por descontadas. No es necesario cursar órdenes escritas.

—Por lo demás —interpuso Conor—, usted no hizo nada para impedirlo.

—¿Por qué había de hacer algo? —replicó el otro, poniendo al descubierto su brutalidad.

—¿En nombre de quién habla? —inquirió Conor.

—En el de todos, incluso en el mío. Mientras le esperaba, sentado aquí, iba pensando: «¿Cómo enfoco la cuestión?» Sería inútil recurrir a las amenazas, porque si usted perteneciese a la especie de los que se doblegan a ellas habría empezado por no licitar. Pienso será mejor que hablemos claro.

—Adelante.

—Sé lo que usted busca, y sé lo que persigue Ingram. Permítame decirle qué pretendo yo personalmente. Tengo setenta años y dentro de dos me jubilaré con la pensión completa. He trabajado cuarenta en el muelle, desde el día que lo construyeron. Si dejo que se me escape ese contrato, podría echarlo todo a peder. Y no hablo del dinero, sino de los principios. ¿Comprende mi punto de vista?

—Sí.

—En lo referente a Ingram, la Corporación Municipal está dispuesta a reconsiderar el presupuesto que había hecho para construcción de escuelas nuevas. El año que viene tendrá su colegio en Dunnamanagh.

—Con lo cual, sólo quedamos Buques y Trenes y yo —dijo Conor.

—Aceptando la palabra de Carney de que él no tuvo nada que ver y que usted es un hombre obstinado, nos hemos sentado todos y buscado una manera razonable de enfocar el problema. Unos cuantos muchachos se pronunciaban por la guerra sin cuartel. Yo no. Quizá se acerque un orden de cosas nuevo; pero todavía no estamos preparados para recibirlo. Sobre esta cuestión, mi gente se pone muy quisquillosa.

Partiendo de la premisa de que la guerra no beneficiaría ni a unos ni a otros, nosotros le hacemos una proposición. Necesitamos que usted retire la licitación, o que cuando la declaren nula e inexistente no se apele. El Concejo Municipal encontrará un motivo técnico… falta de instalaciones, o algo por el estilo. Quedará en firme la licitación de Buques y Trenes. Como sabe, la mayoría de estos trabajos se encargan luego a terceros. Todas las pequeñas fraguas de los alrededores del Waterside han dependido de estos ingresos durante treinta años, y no podemos dejar desamparada a esa gente.

—¿Y mi parte?

—Del trabajo restante, el que se hace en el muelle, estoy dispuesto a encargarle el veinte por ciento.

Conor levantó la vista hacia un ensangrentado Cristo en brazos de una Virgen con ojos de gacela. La mano del herrero reseguía el sarcófago. ¡Ahí estaba la salida! Podía beneficiarse de una ganga sin que le aplastaran la nariz. La moral del «vive y deja vivir» resultaba casi aceptable y, en todos los sentidos, habría que considerarla una victoria y una solución al problema. Sin embargo, en fin de cuentas, quedaría en pie la licitación hipertrofiada. ¿Quién la pagaría, sino su propio pueblo, viviendo miserablemente? Sería una conspiración más, concluida en un lugar oscuro, y aunque los otros hubieran cedido un par de centímetros, el sistema perduraría con toda su perfidia.

Bardwick desdobló el pañuelo y se sonó ruidosamente.

—Como decía, Larkin, no pretendo intimidarle, pero sería tonto si se creyera libre y rechaza nuestra oferta. Acepte la situación durante un tiempo, hasta que mi gente acepte la idea de la competencia.

—¿Digamos por unos dos años, hasta que usted se haya jubilado?

—Lo que pase cuando yo esté jubilado me importa un comino.

—Cuando era muchacho —explicó Conor— había en nuestro distrito un viejo hacendado. Su familia conservó el escaño en los Comunes durante generaciones. ¿Se imagina usted las amenazas y las puñadas al pecho cuando uno de la Liga Campesina le disputó el puesto? «Dadnos tiempo para acostumbrarnos a la idea», gritaban, acompañando la petición con serias amenazas. Pero había llegado el momento de un cambio; el candidato de la Liga Campesina ganó, y la vida siguió su curso. Lo siento, señor Bardwick.

El anciano, que había tenido que enfrentarse ya con muchísimos retos, se enfrentó con uno más sin dar muestras de cólera ni insinuar amenazas. El tiempo le había enseñado lo que tenía que hacer. Había querido evitarlo; pero ahora sabía que tendría que llegar al final.

—También lo siento yo —dijo.

Publicadas las licitaciones y otorgando el contrato, Conor permanecía siempre alerta. Las semanas se convertían en meses y se trabajaba intensamente para satisfacer las necesidades de la escuela y la ciudad en lo referente a hierros. La mayoría de fraguas protestantes del Waterside se beneficiaron de la misma cantidad de trabajo que cuando lo subcontrataban de Buques y Trenes, y sus temores se disiparon. Sólo en el muelle de despalmado en sí y las herrerías de los afiliados a las Logias de Orange perduraba el odio. Y téngase presenté que la buena memoria era el factor más constante de la vida del Ulster.

San Sinell gozaba de una devoción particular en el Bogside de Derry. El día de San Sinell se celebraba una gran peregrinación a la bahía de Erne, en el condado de Fermanagh, en honor de los doce apóstoles de Irlanda. Y quiso el azar que coincidiera en el mismo día que el Bogsider's Gaelic Football Team se trasladaba a Enniskillen para el gran partido tradicional de la temporada. Ocurriendo, pues, ambos acontecimientos en la misma comarca, se contrató un tren especial que dejó el Bogside casi vacío.

Ahern, el hijo mayor de Clarence Feeny, era el aprendiz a quien tocaba estar de guardia en la fragua aquel día. Durante la semana, el capataz había observado el disgusto de su hijo, y como él andaba retrasado en un trabajo encargado por un templo, el viernes dio a su hijo la buena noticia de que podría irse con el equipo, pues él se encargaría de la guardia.

El incendio fue breve. La fragua de Conor Larkin quedó arrasada por completo pocos minutos después de haber empezado a arder. La sirena de alarma no sonó. Un importante experto en incendios provocados, venido de Belfast, no supo encontrar indicio alguno de sabotaje, a pesar de que abundaban las pruebas en contra. Al revolver las cenizas se notó la falta de centenares de herramientas pequeñas que no podían quemarse, y la mayoría de las mayores habían sido destruidas por medios distintos del fuego. El informe del forense estableció como más probable que Clarence Feeny se había dormido después de iniciar el incendio por casualidad y había quedado prisionero del fuego. Se dedujo que el hombre bebía en exceso y que más que probablemente estaría borracho a la sazón. Aunque el cadáver quedó casi totalmente destruido, se encontró la cabeza con el cráneo hundido en cuatro puntos distintos, particularidad que el informe oficial se olvidó de mencionar.

Una semana después todo el trabajo restante para la Corporación de Londonderry y el distrito de escuelas nacionales se transfirió al muelle de despalmado de Buques y Trenes.

7

Un año de penitencia, y la herida de Kevin O'Garvey casi no había sanado nada. Se rumoreaba que el viejo luchador no había logrado sobreponerse nunca a la muerte de Parnell. La causa de aquel cambio continuaba en secreto, y en ocasiones sólo el padre Pat y Conor Larkin podían acercarse al diputado.

Kevin deploró el pacto concluido con Maxwell Swan casi desde el mismo momento de cerrarlo. Los paseos nocturnos por el Bogside le llevaban invariablemente delante de la fábrica de camisas Witherspoon & McNab, y el ácido de la culpa le roía las entrañas. La colección de quejas y peticiones de auxilio de los obreros reunidas por él aumentaba cada día, y quedaban siempre sin respuesta, porque había cerrado las vías legales de protesta que se les ofrecieron.

Los frutos conseguidos demostraban que había hecho un trato poco ventajoso, puesto que de las empresas de la Bogside Association pocas prosperaron; la mayoría fenecieron. Los puestos de aprendiz que pudieron comprar hicieron poca mella en el desempleo crónico del Bogside y contribuyeron muy poco a su mejoramiento económico.

Kevin penetraba en la mansión georgiana de la calle Abercorn que albergaba el cuartel general de las empresas del conde de Foyle. Acortó el paso visiblemente. Como solía hacer siempre, se detuvo una vez más para dirigir una mirada condenatoria a los siete pisos de calabozos sucios, peligrosos, huérfanos de luz y aire a pesar de encontrarse sobre el nivel del suelo, que albergaban la fábrica de camisas, y la losa que le oprimía el pecho creció todavía más.

La planta baja de la casona albergaba una fofa colección de empleados con blancas camisas y viseras verdes sobre los ojos, y de mujeres con largas faldas, todos en hileras y más hileras. Un ayudante le acompaño arriba a la lúgubre oficina donde el brigadier Swan se sentaba en un crujiente sillón de cuero. Primero intercambiaron unas frases de cumplido. Por la ventana, Kevin contemplaba la vista del río. Como tantas cosas de Donegal, mirando desde cierta distancia resultaba pintoresco; era una ciudad de hadas dormida en la falda de una montaña, sobre una corriente serpenteante. Desde aquí, en cambio, la perspectiva cambiaba; la podredumbre aparecía por todas partes y las imperfecciones resaltaban como en una ramera vieja y sin afeites. Kevin se volvió hacia el interior de la oficina, se limpió las gafas y se sentó frente a Swan.

Al brigadier, el pacto cerrado con O'Garvey le había dado muchas horas de meditaciones y recelos. Pocos lograron intimidarle jamás, fuesen rudos dirigentes laborales, fenianos o rebeldes de las colonias. A todos les había bajado las ínfulas, y él, Swan, era el único hombre capaz de mirar de hito en hito a Frederick Weed. Sin embargo, O'Garvey le ponía nervioso. Quizá había incurrido en un error de juicio, de

cálculo. El historial de O'Garvey mostraba una serie completa de anatemas: amenazas, palizas, encarcelamientos, excomunión de su Iglesia. Nada había desviado su voluntad ni cambiado su dirección… excepto aquel soborno.

Maxwell Swan se consideraba extraordinariamente listo por haber descubierto una grieta en aquella férrea personalidad. O'Garvey derramaba amargas lágrimas por la gente del Bogside, y Swan aprovechó esta debilidad arrojando unas migajas a la Asociación. ¿Había cometido un error? Aunque no hubo repercusiones y Kevin condujo la investigación del comité fuera de Derry, Swan no podía menos de pensar que no había salido incólume del pacto. Era obvio que sobre la mente de su socio conspirador se extendía la nube de un remordimiento de conciencia. El tormento interior de O'Garvey se manifestaba en forma de unas patas de gallo en los ojos y un rostro hundido, demacrado. El cuadro que tenía ante los ojos inquietaba muy justificadamente a Maxwell Swan.

—¿Quién ha sido el autor, Swan? —preguntó Kevin—. Al jefe de una de las cuadrillas de maleantes más expeditivas que tienen ustedes en Belfast lo vieron al otro lado del río dos días antes del incendio.

—No sabía que fuera usted detective, además de tantas otras cosas —respondió el brigadier.

—Es preciso serlo, cuando ustedes tienen en su lista de asalariados a forenses y mal llamados expertos en incendios provocados del Royal Irish Constabulary.

Swan se revistió de su mejor aire militar; la profunda voz hacía rodar palabras con acento seguro y los azules ojos cobraban una dureza capaz de partir el acero.

—¿Qué importa? Usted sabe muy bien que no vamos a permitir que en Londonderry se establezca un precedente tal como que Buques y Trenes pierdan un contrato. Usted es responsable en parte, O'Garvey. Debía haber dicho a su gente cuáles eran las normas, cuando les concedió los empréstitos.

—Oh, la mayoría ya las sabían, no faltaba más. He ahí por qué fracasaron sus negocios.

—Si su gente es incapaz de dirigir una simple tienda, o dos acaso, la culpa no la tengo yo.

—¡Claro que son incapaces! ¡Se les ha hecho así a fuerza de generaciones de vivir subyugados! Yo les mentí. Les dije: «Ahí tenéis unas cuantas libras, recobraos.» Pero no tenían posibilidad alguna, si conjugamos su ignorancia con el hecho de que ustedes los asfixian, al suprimir la competencia. Y mentí todavía más a esas mujeres del otro lado de la calle, las esclavas de la abominable fábricas de ustedes, y cada vez que cruzo el Bogside lloro de vergüenza. Cuando tuve la ocasión, debí protestar a gritos.

Swan se aclaró la garganta.

—No puedo hacerme responsable de las mórbidas filosofías de usted, y al final

aquí nada cambiará de veras.

—Quizá no; pero tengo poder para llevármelo a usted al infierno conmigo.

—Valdrá más que se ande con cuidado, creo yo.

—¿Para qué? ¿Para dejar que la labor de toda mi vida termine en un pacto con un animal como usted?

Swan consiguió disimular su reacción, pero por el mismo hecho de no haber conocido nunca el zarpazo salvaje del miedo, ahora experimentaba un terror más vivo y profundo todavía. Tenía sed, aquella clase de sed que había hecho sentir él otras veces a centenares de hombres. Necesitaba agua, pero sabía que si levantaba el brazo para coger un vaso se le vería temblar la mano. Al final se encogió de hombros.

—Haga lo que le venga en gana.

—Es lo que pienso hacer —respondió Kevin, poniéndose en pie.

—Hablemos —balbució Swan, sorprendido por su propio y repentino hundimiento.

—El negociejo que concluimos entre usted y yo —dijo Kevin— ha servido para que unos cuantos hombres recobrasen la dignidad humana. Ahora que la han probado, aunque sea en una dosis mínima, no será usted quien los aplaste. En este momento y lugar vamos a romper la argolla con que se dispone a estrangularnos. Usted se dirigió contra Larkin, el hombre que había dicho: «¡Eh, muchachos, podéis estar orgullosos de vosotros mismos!», y se dispuso a destruirle. Ahora le reconstruirá la fragua y le devolverá el contrato.

—¿De lo contrario…?

—Ah, sí, los conspiradores siempre guardan cosillas escondidas en los bolsillos —Kevin arrojó sobre la mesa un sobre que contenía el relato de cómo había aceptado un soborno a cambio de mantener al comité de investigación alejado de la fábrica de camisas—. ¿Le gustaría pasar media hora leyendo eso?

—No se apure —contestó Swan—, ya sé qué dice.

—¿Y sabe también dónde está el original?

—En manos de algún periodista de Londres, sospecho, que tiene instrucciones sobre cuándo y por qué ha de abrirlo.

—Trabajar con un hombre como usted da gusto, uno se ahorra mucho tiempo en explicaciones.

Swan sopesó el problema febrilmente. Daba por razonablemente seguro que O'Garvey estaba dispuesto a ir a la cárcel, a purgar la participación que había tenido en aquella componenda. ¿Que perjuicios recaerían sobre los Hubble y los Weed? De las conversaciones y acuerdos que hubo entre lord Roger, sir Frederick y él sobre aquel pacto no había quedado ningún testimonio escrito. Swan sabía que si el soborno salía a la luz pública, él tendría que cargar con toda la responsabilidad, para salvar a sus amos. Y si intentaba revolverse contra ellos, estaba perdido. Además, había

llevado a cabo demasiadas misiones clandestinas, secretas, para no saber qué haría Weed con él si intentaba meterse a delator.

La brillante espada afilada de Maxwell Swan se rajó, y su metal se convirtió en polvo en unos momentos. En otras ocasiones había tenido que enfrentarse con fanáticos dispuestos a que los llevaran al paredón, pero nunca con uno armado de semejante contragolpe. O'Garvey parecía más que encantado con la perspectiva de su propia destrucción, si de este modo podía limpiar el alma de culpas.

¿Qué rara ocurrencia le había llevado en busca de O'Garvey, para empezar? Sí, claro; de este modo quizá salvó la fábrica de camisas y buena parte de la basura de la industria, pero al mismo tiempo abrió Londonderry a la competencia económica.

Si el convenio se hacía público, el escándalo subsiguiente llegaría al Parlamento y daría motivo a que se promulgasen las mismas leyes, precisamente, que quiso evitar. No cabía la menor duda, se ordenaría inmediatamente una investigación en Witherspoon & McNab.

No debía haber tenido tratos con O'Garvey; a hombres como ése les gustaba ahorcarse por sus cochinitas causas. El, Swan, el manipulador, había manipulado de tal modo que acabó colocándose un nudo corredizo en el cuello.

—La fragua de Larkin se reconstruirá, y se le devolverá el contrato. Quiero que me entregue todas las copias de esa obra maestra y me dé palabra de que no escribirá otra jamás.

—Es un placer tener tratos con usted, brigadier Swan. —Kevin se puso el sombrero.

Swan se dejó arrebatar por una oleada de rabia, sin precedentes en él.

—¡Ya sabe lo que les pasa a los que faltan a la palabra dada!

—Sí, más bien sospecho que lo sé.

—Sabe que si me engaña se juega la vida.

—Lo sé.

—Como parece demasiado ansioso por desprenderse de ella, le prometo que si no cumple la palabra que acaba de darme, Larkin y unos cuantos amigos más de usted no verán el final del día.

—Lo sé —murmuró Kevin.

—¡Y desde hoy en adelante, mantenga a los suyos dentro del Bogside, que es su puesto!

—Me temo que acaso no me escuchen. Buenos días, señor.

Swan se dejó caer en el sillón; el impulso violento le había abandonado con la misma rapidez que le invadió.

—O'Garvey… ¿Por qué? —la voz le temblaba.

—¿Por qué? —repitió Kevin—. Mi padre, a quien no he conocido, seguía a Daniel O'Connell, nuestro libertador. Le seguía con la misma adoración que yo seguí

a Parnell. O'Connell y Parnell eran hombres pacíficos y honrados, sin asomo de violencia en su personalidad. Su recompensa consistió en un reguero de traiciones y en su destrucción final a manos de ese cochino y embustero Parlamento de ustedes. Mire usted, brigadier, he llegado a darme cuenta de que toda la vida he jugado un juego decidido de antemano, porque lo he jugado en el tribunal de ustedes y según las normas de ustedes. Ah, sí, ustedes se doblegan un poco aquí y allá, cuando las cosas se ponen demasiado feas, pero en el fondo de todo anida siempre la falacia británica. Al final tendrá que haber un levantamiento. He acabado por comprender que será la única manera de arrojar las malditas posaderas de ustedes fuera de Irlanda.

8

1897

Cuando los vecinos de Ballyutogue exhalaban el aliento, lo hacían con un gemido de dolor. Sin embargo, cuando lo inhalaban, suspiraban calladamente de alivio. El bendito padre Lynch había caído, víctima de un fatal y repentino ataque cardíaco. Las manifestaciones exteriores llegaron a proporciones lamentables cuando el reverendo obispo Nugent, envarado también por los años, dio los toques llamando a misa de difuntos. Sepultado el párroco que habían tenido durantecuarenta años, una enorme nube negra se levantó de la parroquia, flotó sobre la bahía de Foyle y se fue hacia Escocia.

El padre Cluny, ascendido a la categoría de párroco, era un hombre muchísimo más amable, y no teniendo a su alrededor al padre Lynch incitándole a incurrir en mezquinas tiranías, una bendita paz reinaba en la parroquia.

Se acercaba la fecha en que Brigid Larkin cumpliría veinte años, lo cual significaba que ya no estaba muy lejos de los veintiuno, tiempo de angustias y temores para las muchachas solteras. Cuando una chica había cruzado la frontera de los veintiuno, el fantasma de la soltería se hacía grande y tangible. El número de solteronas, en el pueblo, crecía continuamente. En adelante ya no sería objeto de tantos complots y maquinaciones. La batalla de voluntades que libraba con Finola tomaba aspectos que subrayaban la terquedad de los Larkin y la fea amenaza de vivir en compañía sin dirigirse la palabra. Su relación amorosa con Myles McCracken quedaba limitada a unas espaciadas citas, a cuál más penosa. Continuaban viéndose en secreto, cogiéndose las manos, lamentándose en un círculo cerrado de desesperación, para separarse al cabo de un rato, insatisfechos y malhumorados.

Con relativa frecuencia, Myles se hartaba de aquella situación, la cólera le endurecía, induciéndole a negarse a acudir a una cita o amenazar con irse de Ballyutogue. Y entonces Brigid se moría de miedo. La única manera que sabía de apaciguarle consistía en permitirle unos momentos incontrolados de pasión, que había que cortar bruscamente cuando llegaban al umbral del más grave de todos los pecados. Y a cada una de estas escenas le seguían días y días de corrosiva frustración.

Brigid se volvía más nerviosa cada día, cultivaba un genio irascible y sufría a menudo accesos semihistéricos. Finola decía que aquello era obra de los duendes, que los duendes se le estaban metiendo en el cuerpo. Al cabo de un tiempo, la misma Brigid empezó a creerlo y a dudar de su propia salud mental.

Mientras vivió el padre Lynch, Brigid se sentía demasiado aterrorizada para confesar los pecados que había cometido con Myles, y no confesarlos aumentaba su desdicha. De modo que la pobre muchacha se contaba entre los que suspiraban más

profundamente de alivio cuando murió el viejo párroco. Al fin, pensaba, podría acudir al padre Cluny.

Escogió el día de la confesión con todo intento y se fue a la iglesia de San Columbano. Una vez cruzada la puerta, no pudiendo volverse atrás ya, temblaba pensando en la grave falta de no haber confesado antes sus pecados. Y le pedía a Dios que no estuviera loca de veras como sugería su madre, y que se obrase un milagro que viniera a socorrerles, a ella y a Myles. Al final de una larga lista de peticiones, suplicaba también que se le concediera la fuerza suficiente para resistir la tentación de tener comercio carnal con Myles antes de que pudieran casarse.

—Oh, bendita Virgen María, Madre de Dios, mi querido ángel de la guarda y todos vosotros benditos ángeles y santos del Cielo, rogad por mí, para que pueda hacer una confesión bien hecha y desde hoy en adelante lleve una vida santa, a fin de que pueda reunirme con vosotros en el Cielo para alabar a nuestro amado Señor por los siglos de los siglos.

Derretida en lágrimas, recitó el acto de contrición dos veces por haber ofendido a Dios. Rezó hasta quedar casi en trance e hipnotizada. En este estado se acercó al confesionario y llamó débilmente.

La portezuela se abrió.

—Perdóneme, padre, porque he pecado. Padre, perdóneme, por favor, que he pecado durante tres años.

La aguda voz del padre Cluny era inconfundible.

—Es muy grave lo que me estás diciendo. ¿Cuál es tu pecado, hija mía?

Después de un desesperado rato de silencio, durante el cual hasta cruzó por su cabeza la idea de levantarse y escapar, Brigid carraspeó, se acercó más todavía a la portezuela y susurró:

—Compréndalo, por favor, padre. He confesado todos los otros pecados regularmente, todos los que recordaba, menos los referentes a esta materia particular.

—Lo comprendo, hija mía.

—Padre —gimió ella—, padre…

—Di, hija mía.

—Oh, padre —estalló por fin—, durante tres años he incurrido en miradas y contactos impuros con un chico. He… he besado… y abrazado.

—Comprendo —respondió tristemente la voz—. ¿Con un solo chico?

—¡Naturalmente, sólo con uno!

—Vamos, ¿cuántas veces has hecho eso con ese chico?

—Antes de venir hoy aquí me he esforzado cuanto he podido por recordarlas. Me habré encontrado con él un centenar de veces. La mitad de estas veces en lugares secretos. Por lo que puedo recordar, cada vez que nos encontrábamos en secreto le di una veintena de besos, por lo menos.

—Veamos, hija mía, eso serían mil besos, aproximadamente.

—Al menos —asintió Brigid, cogiéndole la palabra al padre Cluny.

—Dime, hija mía, ¿eran de los muy apasionados?

—Oh, sí, muy apasionados. Y le dirigí miradas impuras dos años antes de empezar a besarle.

—¿No ha habido pecados de otra clase? ¿Todos terminan aquí?

—Oh, Dios mío… —a la muchacha le temblaba la voz—. Me ha tocado unas cuantas veces… no más de veinte o treinta… y sólo por poco rato… y… y… yo le toqué… una vez… bueno, dos o tres veces.

—¿Y eso es todo?

—Me he complacido con pensamientos poco castos tantísimas veces que no sabría contarlas.

—¿Cuándo tuviste el último pensamiento poco casto en relación con ese chico?

—Para ser sincera, momentos antes de entrar a confesarme.

Durante la media hora siguiente, Brigid se extendió en revelaciones completas que incluían el rodar por la hierba y el heno con el muchacho, el apretar su cuerpo contra el del chico intencionadamente y hallando placer en ello, hasta el punto de permitirle nuevas libertades con sus pechos, y tres veces entre las piernas, aunque con la ropa interpuesta.

Desde la muerte del padre Lynch, el padre Cluny había escuchado buen número de confesiones retroactivas. Algunas eran más graves que ésta; otras, menos. Se le estaba ocurriendo ya la idea de conceder una amnistía general, antes que tener a la mitad de la parroquia haciendo penitencia. Con tanto rezar, las cosechas correrían peligro de perderse.

Hacía dos días solamente, había escuchado la confesión de un joven que concordaba claramente con la que acababa de oír, con lo cual daba por entendido que la pareja la formaban Myles McCracken y Brigid Larkin. Durante las horas de meditación hallaba un deporte más interesante todavía en comparar confesiones. Sea como fuere, durante algún tiempo el confesionario, de la parroquia no resultaría demasiado aburrido.

Tomas Larkin estaba solo en casa y tenía que recurrir a Brigid para que le descargase de una considerable parte de su trabajo. Se acercaba un nuevo siglo, trayendo una pequeña simiente de esperanza; pero esto le preocupaba muy poco. Los hijos se habían marchado uno tras otro; a los amigos los iban enterrando en el cementerio de San Columbano. Se habían marchado muchísimos jóvenes, y muchísimos viejos se habían cansado de la vida. La muerte no se contentaba llevándose a la gente al otro mundo, nada más. Su hedor se filtraba por todo el pueblo y hasta en la tierra de los campos, porque la tierra era vieja y estaba tan agotada como

los hombres.

Durante el día, Tomas miraba un centenar de veces atrás, más allá de los campos, como si confiara ver a Conor, o hasta a Liam, subiendo por el sendero. Vivía con el recuerdo de la mano de Conor descansando dentro de la suya, de los penetrantes ojos de Conor fijos en los suyos, mirándole gozosamente, henchidos de amor y admiración. Y el andar se le iba volviendo cansino. Cada vez pasaba más tiempo en la caseta de los baños de vapor para alejar a los demonios del reumatismo que le paralizaban las manos y le hacían sentir un dolor constante en la espalda.

Un día se extendió por la turbera un murmullo, como lo habría originado la presencia de un intruso. Aunque al padre Cluny mal habría podido considerársele un intruso, sólo se le veía por allí en algún caso de urgencia. El padre Cluny dirigió los pasos por el tajo hasta encontrar a Tomas, el cual se enderezó, dejó la azada a un lado y se fue con el sacerdote hasta un matorral de carrascos donde no pudieran ser oídos.

—Gracias por haber venido, padre Cluny.

—Creo que podría decirse algo así como aquello de la montaña viniendo a Mahoma.

Tomas soltó la carcajada. El cura había florecido en su propia personalidad, desde la defunción del padre Lynch, y resultaba un hombre bastante agradable.

—Mi presencia aquí, con usted —continuó el padre—, ha despertado toda suerte de habladurías, y hasta yo siento un poco de curiosidad, Tomas.

—Sí —respondió el labrador—. Sin ánimo de ofensa, creo que no estaría demasiado bien que yo entrase en el templo, y hace un día precioso para dar un paseo.

—El terreno parece perfectamente neutral —convino el sacerdote.

—Bueno, téngalo presente, padre, sólo quiero charlar un rato. No será una confesión; pero necesito consejo y hallo en usted al hombre adecuado, compasivo y comprensivo.

El padre Cluny movió la cabeza asintiendo enormemente complacido para sus adentros, advirtiendo que esto, en el caso de Tomas Larkin, significaba un paso gigante, y recordándose que no había de parecer mojigato.

—La situación es la siguiente, padre, he cometido una infinidad de errores y lo he estropeado todo —Tomas se humedeció los labios y exhaló un profundo suspiro—. Quiero enmendar todo lo que pueda antes… antes de que llegue mi hora.

—¿Qué clase de enmiendas, Tomas?

Al labrador se le humedecieron los ojos.

—Creo que hasta yo mismo sé que Conor no volverá. Ya no es tiempo de querer seguir engañándome. Tengo que enmendar algunas cosas. Mire usted, yo cogí los corazones de mis hijos en mis manos, y los resultados han sido desastrosos. Lo que voy a decirle ahora ha de quedar como absolutamente confidencial.

—Así quedará.

—Hace un tiempo sufro ataques de vértigo y hay ocasiones en que me quedo casi ciego. Hasta hoy he conseguido que ni Finola ni Fergus se enterasen.

—¿No cree que debería ir a consultar al doctor Cruikshank?

—Bah, no tiene importancia. Lo que haya de pasarme, pasará. Lo que importa es poner las cosas en orden. Quiero que Liam vuelva a casa y me suceda en las tierras. ¿Querría escribirle una carta por mí?

El padre Cluny se puso en pie torpemente; era un hombre pesado, sin gracia ni músculo. Luego se quedó observando a Tomas, cuyo rostro continuaba mirando al suelo.

—¿Y Brigid, qué? —preguntó.

—Esto lo hago por su bien, asimismo —respondió Tomas—. Es cosa segura que Finola me sobrevivirá, y no aceptará nunca al hijo de los McCracken. Por lo demás, cuando Liam regrese y se encargue de la finca, Brigid tendrá que renunciar a sus ambiciones sobre ella. Ahora bien, yo tengo unas cuantas libras ahorradas, y Conor se desenvuelve satisfactoriamente en Derry. Entre los dos podríamos pagarles los pasajes a Brigid y su chaval para que pudieran irse lejos de aquí y casarse.

El padre Cluny intentaba seguir el razonamiento. Parecía sencillo, y sin embargo…

—No sé, Tomas. Es un plan arriesgado. Son muchas las cosas que pueden salir mal.

—¿Qué puedo hacer si no, padre?

El cura, que no era hombre de mucha inventiva, no supo indicarle nada mejor.

—Le escribiré la carta para Liam. No hará ningún mal, y es posible que dé resultado.

—Vamos, usted es un buen hombre, de veras. Ojalá pudiera estar allá en Nueva Zelanda cuando su párroco se la lea. Mi Liam será un muchacho feliz.

Tomas se puso en pie con dificultad, y el padre Cluny advirtió lo desmejorado que estaba. Parecía envejecer ante sus ojos. Tomas levantó la vista sendero arriba, hacia la turbera y la azada que le estaban esperando. Se había dicho una y mil veces que seguiría trabajando, como pudiera, hasta que Liam llegase a casa. Entonces… quizá descansaría un poco.

—También quiero recobrar el cariño de Dary —añadió Tomas—. Usted le ve mucho más que yo. Es un buen muchacho, oiga, a pesar de ciertos problemas de su crianza. He llegado a comprender que será un buen sacerdote; sí, un buen sacerdote.

Esta súbita concesión a la Iglesia desconcertó al padre Cluny, que se puso a estudiar a Tomas con recelo. Este tenía algo más que decir, pero se retuvo, y los dos hombres guardaron un silencio embarazoso. Y en aquel preciso instante, el labrador cruzó la frontera con decisión.

—Queda otra cosa —dijo—. Ahora, al hablar de Dary, la he recordado. No sé cómo expresarlo en palabras, padre, pero si me ocurriera algo… Bueno, digámoslo de otro modo: Finola ha tenido que compartir mi vida, y aunque las cosas no marchan demasiado bien entre nosotros desde hace bastante tiempo, tuvimos unos años magníficos, maravillosos. Lo menos que puedo hacer por la mujer que ha compartido mi cama es pedir la absolución. Lo haré por ella. De modo que si usted se entera de que he caído enfermo, adelante.

—Tomas Larkin, usted no me está diciendo la verdad, hombre de Dios.

—No, no; ésa es la verdad, toda entera —insistió el otro.

—¿No tiene otros motivos para pedir la absolución?

—Pues, me gustaría descansar al lado de Kilty.

—Lo siento, Tomas, no aceptaré esta clase de convenios.

—Vamos, padre. Usted es cura. Tiene el deber de darme la absolución.

—Se la daré, pero tendrá que recibirla ahora, aquí mismo, y habrá de venir a la iglesia el resto de sus días.

—¡Ah, padre Cluny! Todos los curas son iguales. Ea no quiera utilizarme como ejemplo.

—Ya sabe que no sería capaz de tal cosa.

—Entonces, ¿por qué no me la da un momentito antes de los últimos ritos?

—En primer lugar, porque usted no me dice la verdad absoluta acerca de por qué quiere la absolución, y en segundo, porque no quiero que Conor se enfurezca contra mí como se enfureció usted contra el padre Lynch en el funeral de Kilty.

Tomas se rascó el mentón y refunfuñó:

—Comprendo su punto de vista.

—Muy bien, pues. Los feligreses le verán regularmente en misa. No quiero que, a mis espaldas, toda la parroquia murmure que fui a hacerle presión en su lecho de muerte.

—Sí, sí. Comprendo su punto de vista. Permítame que lo piense un poco más.

—Sin duda; no hay prisa. Bueno, si viene a mi casa esta noche, resolveremos lo de la carta a Liam.

9

Cuando chocó contra el suelo, Conor ya estaba inconsciente. Cooey Quinn penetró en el campo con una escuadra de portadores de camillas, mientras la excitación del público cobraba una virulencia epidémica. Los cinco jadeantes portadores levantaron a Conor y le depositaron oblicuamente sobre la camilla, la cual se rompió de puro vieja, dejando caer al jugador por segunda vez. Bajo las frenéticas indicaciones de Cooey, cada uno de los cinco portadores cogió al paciente por un brazo, o una pierna, o los hombros y así le sacaron fuera del campo.

Mick McGrath, segundo factor de la colisión, se puso a gatas gimiendo. Un par de compañeros de equipo le pasaron los brazos por debajo de los sobacos y le arrastraron a través del campo, yendo a tenderle al lado de Conor. Mick quiso levantarse, pero volvió a caer de bruces sobre el barro.

—¡Que se reanude el juego! —gritó el arbitro, dominando el bramido de la gente.

—¡Santa Madre de Dios! —gritaba a su vez Cooey, pasando el frasco de sales de una a otra nariz, arrodillado junto a sus dos ases—. ¡Ah, despertaos, muchachos! Hacedlo por mí, por Cooey, ¿queréis? ¡Maldita sea, echaos atrás, todos! ¡Dejadles terreno libre!

Mick despegaba los párpados y movía la cabeza de un lado para otro; y estaba sincronizando con los timbres que sonaban en sus oídos cuando Cooey le dio unos cachetes.

—¿Quién soy? —le preguntaba.

—¡Ssssiiittt! —gimió Mick—. ¡Ssssiiittt!

El trueno de las pisadas hacía retemblar el suelo; el juego se acercaba peligrosamente a los guerreros caídos. Cooey se plantó delante, haciendo ademanes a los jugadores de que se alejaran, no fueran a pisotear a sus muchachos. La lucha rodó hacia el otro lado del campo.

Mick recobraba el sentido despacio; tenía los ojos vidriosos. Blandió un poco la cabeza para reunir en un punto toda la sangre que le flotaba suelta por la boca, la escupió (acompañada de un diente), luego examino a Conor con la mirada y empezó a recordar qué había pasado.

Unos momentos después, Conor respondía a las sales y se incorporaba sobre los codos. El primer saludo que recibieron, él y Mick, consistió en unos cubos de agua arrojada a la cara. Cooey corría y saltaba por el borde del campo, amenazando con el puño al equipo arbitral, dirigiendo gritos a su tambaleante equipo, soltando tacos contra los jugadores contrarios, y por fin volviéndose hacia Mick y Conor con gesto suplicante.

Un momento más y Conor logró ponerse en pie, levantando a Mick por el jersey a tiempo para ver cómo los Strabane Eagles marcaban contra los Bogsiders, con un gol

limpio, que les daba la delantera.

El doctor Aloysius Malone, a quien habían conducido a través de la muchedumbre, se puso de puntillas y miró atentamente los ojos de Conor y luego los de Mick. Luego les hizo una serie de preguntas; por ejemplo: contra quiénes jugaban, cómo se llamaban sus hermanos y hermanas, y sus compañeros de equipo, y varios temas del catecismo. Mientras el médico preguntaba, el nudo que Conor sentía en el cerebro adquiría el tamaño de un huevo, y al mismo tiempo que el nudo crecía, los párpados se le entornaban hasta no dejar más que una estrecha rendija.

Ausentes los ases del Bogsiders, los jugadores del Strabane se envalentonaban.

—¡Eh, Mick! —increpó Conor—. ¿Qué dices?

Mick sonrió, y de la boca le salieron unas salpicaduras de sangre. Ambos entraron de nuevo en el campo y pareció que los graderíos iban a reventar. Cooey gritaba de gozo, al mismo tiempo que les recomendaba que tuvieran cuidado. El Bogsiders cobró ánimo y atacó con nuevo empuje, pero el partido acabó en empate.

El establecimiento de Nick Blaney más parecía un matadero que una taberna, mientras aficionados y jugadores de buen humor se reunían y felicitaban antes del banquete con que la GAA celebraba las finales de todo Derry.

Cooey Quinn se abrió paso a codazos hasta Conor y Mick, acompañando a un tipo elegante, y poniendo una cara tan pesarosa como si hubiera recibido la visita de una bruja.

—Os presento a Derek Crawford —dijo con evidente disgusto—. Quiere hablar con vosotros dos.

El gomoso era un hombre alto, con unas manos nudosas y una cara maltratada que indicaba que tiempo atrás también luchó en algo.

—¿Podemos ir a un domicilio privado? —inquirió.

Se abrieron paso lentamente, como chapoteando contra el oleaje, para salir de la taberna de Nick Blaney y emprendieron calle abajo en dirección a la fragua recién reconstruida de Conor. Este despidió al muchacho que estaba de guardia y dedicó unas atenciones a los hinchados labios de Mick. Derek Crawford paseó la mirada por la herrería y apoyó un pie sobre un yunque bajo.

—Magnífico juego —comentó—. ¿Os ha dicho Cooey quién soy yo?

—No.

—Derek cuida del East Belfast Boilermakers —explicó Cooey.

La mención del equipo de rugby más prodigioso del Ulster obró el efecto deseado. Era el club de los Weed Ship & Iron Works, único equipo profesional de Irlanda, casi tan ilustre como el mismísimo equipo nacional.

—Iré al grano directamente, muchachos —empezó Derek—. He realizado una gira por la provincia en busca de talentos nuevos. Hemos contratado a tres muchachos del equipo nacional, el equipo que ganó para Irlanda la triple corona al

eliminar a Escocia, Inglaterra y Gales en una sola temporada. No sería preciso decir que la hazaña provocó los gritos y protestas de la Amateur Union, como tampoco sería preciso decir qué clase de equipo sacaremos al campo la temporada próxima. Por ello os invito a los dos a que vengáis a Belfast para someteros a una prueba, y apuesto a que ambos entráis en el club.

—¡Santa Madre! —farfulló Mick por entre los hinchados labios.

—Nosotros no jugamos al rugby —puntualizó Conor.

—Todo el que sepa jugar el gaélico (nosotros lo llamamos «garlic»)… —Derek hizo una pausa, esperando la risa que había de acoger la gracia de sustituir la palabra «gaelic» por la similar en sonido de «garlic», que en inglés significa «ajo»— puede aprender el rugby normal. Tenemos el club de los jóvenes, que es más o menos de aficionados; pero vosotros podríais estar, casi con toda seguridad, en la plantilla del Boilermakers antes de terminar la temporada.

—¡Santa Madre! —repitió Mick.

Derek Crawford les pintó un cuadro exótico. Tendrían empleo seguro en los astilleros, con un sueldo mínimo de una libra semanal, y mientras jugasen en el club de los jóvenes, les darían (por debajo de la mesa) diez chelines por partido. Más tarde, cuando pasaran al primer equipo, cobrarían una libra por partido, además de unas primas cuando ganasen.

Mick, que después del choque no tenía la cabeza perfectamente bien, casi se desmayó al escuchar lo que les ofrecían. Crawford siguió con su voz aguda y rápida, ensalzando la decisión de sir Frederick Weed de tener el mejor club del mundo y recargó las pinceladas finales con una florida descripción de la gira anual del equipo por los Midlands ingleses… *en un vagón particular del «Red Hand Express Train»*. Conor no dijo nada Cooey estaba terriblemente inquieto.

—Ah, es una oferta estupenda —dijo Mick.

—Sí, pero ¿qué me decís de tener católicos en el astillero? —espetó Cooey.

—Cuando se trata de los Boilermakers, sólo tenemos una religión: vencer. Cerca de la mitad de nuestros muchachos son católicos. Personalmente, no quiero saber nada de tonterías sectarias; mientras pertenezcáis al equipo tendréis un trabajo decente y no se os presentará ningún problema en los astilleros. Es más, si nos dais unos cuantos años buenos como jugadores, tendréis el pan seguro para toda la vida. Sir Frederick siempre jubila a sus muchachos a lo grande.

Conor cogió a Mick por la manga antes de que pudiera aceptar definitivamente, y dijo:

—Hemos de discutirlo con Cooey.

—Sin duda, muchachos. Yo estaré en el Donegal House hasta mañana por la mañana. Por amor de Dios, no os perdáis esta magnífica oportunidad. Cometeríais un error espantoso.

En el banquete celebrado en la sala de actos del Celtic Hall, dos muchachos del Strabane Eagles y Mick y Conor de los Bogsiders fueron designados para el County Derry Team, el equipo del condado de Derry, para llevar su bandera en el partido de desempate del campeonato de Irlanda. El azar de la moneda designó a Cooey Quinn para *manager*, quedando el otro, el no favorecido, como ayudante suyo. Mientras la hermandad predominaba por todas partes como correspondía a un festejo en honor de los cocampeones del condado de Derry, Mick y Cooey estuvieron todo el rato clavados en sus asientos. Ambos se encerraban en un silencio huraño y se dirigían feas miradas hasta que la llamada para el último tren hacia Strabane vació la sala, que quedó bastante desordenada.

Conor hizo un gesto al padre Pat, quien cerró la puerta en seguida que hubo salido el último asistente. Mick quiso escabullirse, pero le cerraron el paso.

—No voy a quedarme aquí y hablar mientras Cooey me haga sentir como un cochino traidor.

—Pues eso eres, precisamente —replicó Cooey—. Quizá no oyeras los discursos esta noche, ni las palabras del mismísimo padre Pat acerca del significado de nuestros juegos. Da una mirada alrededor de la sala, Mick MacGrath; fíjate en los cuadros de las paredes, si quieres. Este es el significado, hombre de Dios, que nosotros hagamos deporte en y por nuestro país, y no nos vayamos a jugar cochinos partidos para los cochinos ingleses… Perdone mis palabras, padre, pero es que me siento destrozado por dentro.

—Tonterías —replicó Mick.

—Es una tontería, ¿verdad? Por si fuera poco ultrajar los ideales que inspiraron la fundación del GAA, ¿qué te parece abandonar a tus compañeros cuando podemos aspirar a ser campeones de Irlanda? Eso es venderse miserablemente, y tú lo sabes.

—¡Te aplastaré la cabeza, helo ahí! —balbució Mick a través de unos labios tumefactos.

—Calma, calma —recomendó el padre Pat—. Estás empleando palabras un poco gruesas, Cooey.

—¿Usted cree? Habría tenido que oír las mieles del bueno de Derek Crawford. Quien se llevó también a los dos muchachos aquellos del Strabane Eagles, y Dios sabe a cuántos mas del equipo del condado. Nosotros le importamos menos que una basura… y dispense, padre. Yo le pedí que aplazara las pruebas hasta después del partido de desempate… Pero, ¿piensa que aceptó? Está insuflando una infinidad de aire caliente en el globo de unos empleos que no verá nunca.

—Yo he comprobado lo que dice, Cooey —interpuso el padre Pat—. Es un equipo profesional, y no pueden probar jugadores durante el invierno, eso es evidente. No le regalaría a Mick un billete de ida y vuelta a Belfast si no hablara en

serio.

—Los billetes no le cuestan un penique. Su amo es el dueño del ferrocarril.

—¡Cállate, Cooey! —exigió el padre Pat—. ¿Qué opinas, Conor?

—A mí no me afecta el caso; yo no puedo abandonar Derry —respondió Conor.

—Demos gracias a Dios de que alguien conserve un poco de lealtad todavía —exclamó Cooey.

—Mi decisión no tiene nada que ver con la lealtad —objetó Conor—. Yo tengo un negocio. No puedo irme.

—¿Y yo, qué? —alegó Mick.

Conor levantó los hombros.

—Bueno, respóndele, Conor —dijo el sacerdote.

—Yo ya veía a Mick en el puesto de encargado de fragua, dentro de un par de años; pero si estuviéramos conversando él y yo solos, le recomendaría que se marchase corriendo de este lugar. Creo que deberías ir, Mick. Si no escalas el Bogsiders, te expones a que aquí te esperen con la manta… para mantearte.

Las mejillas de Cooey Quinn se quedaron sin sangre. El achaparrado y patizambo Cooey tenía treinta y siete años; había dejado atrás la edad de los sueños. En sus mejores tiempos nadie le habría ofrecido la menor posibilidad de ingresar en el Boilermakers. ¿Fútbol gaélico? Un pobre deporte de muchachos que se jugaba en campos pedregosos cubiertos de hierbajos y en los que sólo se recaudaban medios peniques. Una taberna llena de héroes pretéritos empinando el codo. El, Cooey, seguiría empujando un carretón, y la mujer y los hijos seguirían trabajando en la fábrica de camisas hasta que emigrasen o murieran. Sin embargo, los Bogsiders eran el orgullo de su vida. No, mejor dicho, lo único que había en su vida. Era él, Cooey Quinn, quien había descubierto a Mick y a Conor y había hecho de ellos unos grandes jugadores. Era él quien les había insuflado la personalidad de irlandeses, que parecían tan prestos a despreciar a la primera oferta que les hacían unos malditos extraños.

—¿Por qué será, padre Pat? —rechinó Cooey—. Cada vez que tenemos en Derry un hombre que vale ¡ha de marcharse de aquí!

—Porque en Derry todo lo que un hombre puede esperar es llegar al nivel superior del estancamiento.

Cooey parecía aplanado, y Mick McGrath se puso a llorar. En cierto modo resultaba cómico, por lo abotargados que tenía los labios. Por otra parte, aquellas lágrimas daban doble pena, porque brotaban de un muchacho duro y recio que había derramado muy pocas en toda su vida. Conor trató de consolarle, pero él se apartó, se puso de cara a la pared y la aporreó a puñetazos.

—Mira qué has hecho y a qué extremo has llegado, Cooey —le espetó Conor.

Mick dio media vuelta.

—¡Maldita sea! ¡Miradme! Tengo cerca de treinta años, y hasta que Conor abrió

la fragua no había podido trabajar más que un par de años. ¡Jesús, al menos debo intentarlo! ¡No tienes derecho a hacerme sentir como un condenado traidor!

—Cooey Quinn —dijo el padre Pat—, por estos contornos los sueños reciben sobradas patadas. No puedes cortarle el paso a un hombre que tiene la posibilidad de luchar por ver un día el sol.

—¿Y mis sueños, qué, padre? —replicó Cooey. Y paseó la mirada por las paredes, llenas de fotografías de equipos andrajosos. En un relámpago fugitivo se vio a sí mismo solo con sus pensamientos en el carro de reparto. Allí estaba también su fotografía, en la pared, mayor que las otras, y al lado, en un marco, un relato de sus hazañas. Los titulares del *Belfast Telegraph* pregonaban: «*Cooey Quinn, el gran extremo izquierdo del Boilermakers después de marcar tres tantos en el partido en que, por sí solo, derrotó al Brighouse Rangers. ¡El más famoso atacante irlandés en una arremetida! ¡Cooey Quinn, vitoreado por millares de personas! ¡Cooey Quinn, un nombre que perdurará en los anales!*» Un momento después, Cooey Quinn se acercó a Mick y le dio un codazo en el costado—. Como dice Conor, siempre que vuelvas serás bien recibido. Hala, Mick, vámonos al Donegal House a ver a ese Crawford.

El padre Pat y Conor se hicieron fuertes contra la dentellada del aire mientras se encaminaban, automáticamente, hacia la taberna de Nick Blaney.

—¿Y tú, Conor?

—No sé, padre. ¿Verdad que esto no puede terminar aquí?

—El Bogside se nos mete en la sangre a todos, antes o después; pero es una parte de Irlanda. Quizá sea la propia Irlanda.

Uno tras otro, se marchaban; se marchaban todos los muchachos que tenían una pizca de valor, que no estaban dispuestos a conformarse con el nivel superior del estancamiento. Las cartas de Seamus O'Neill habían representado una vía de comunicación con el mundo exterior, incitándole. Conor quería conservar la paz que había encontrado; pero el camino de la vida le aconsejaba que se fuese. Aquellas filas de chozas medio derruidas, las calles fangosas, la terrible convicción de que no se podría evitar el propio hundimiento, la desesperación que minaba todo anhelo de vida. El triunfo conseguido significaba, para Conor, una derrota y cada nueva prueba de dicho triunfo aumentaba el peso de la piedra de molino.

Mick tendría su oportunidad, y acaso regresara suficientemente bañado de gloria para llenar todo lo que le quedase de vida. ¿Era Derry, de verdad, el corazón y el compendio de Irlanda? ¿Era el final del trayecto?

El herrero se detuvo un momento, contemplando la fragua, toda reconstruida de ladrillo y rebosando de trabajo.

—¿Eres tú, Conor? —llamó el aprendiz que estaba de guardia.

—Sí.

—¡Ah, qué suerte que estés aquí!
Cuando entraba, su hermana le echó los brazos al cuello y le estrechó contra sí.
—¡Es papá! —dijo llorando.

10

Ya no se trataba solamente de que Ballyutogue fuese tan pequeño, sino de que, además, había quedado despojado de todo vestigio de su pretérita belleza. De la noche a la mañana, el pueblo había encanecido, se caía de viejo. Hasta el distrito protestante y sus grandes granjas daban signos de desgaste.

Conor Larkin salió de la plaza del Ayuntamiento y subió por el camino de su niñez, afligido por el engaño a que le había sometido la memoria. La escuela nacional estaba cerrada. La herrería de Lambe ocupaba un tercio de la superficie de la suya y estaba cargada de trabajos pesados, enojosos. Ahora la regentaba un extraño, venido del otro lado del mar. El árbol de los ahorcados estaba muriendo. También Dooley McCluskey había envejecido; pasó varios momentos haciendo preguntas a Conor antes de reconocerle.

Brigid había aconsejado a su hermano que antes de subir a la casita hablase con el padre Cluny. El sacerdote le dijo que se preparase para observar un cambio tremendo en su padre; y luego sacó una carta.

—Llegó en respuesta a una que escribí por encargo de Tomas el año pasado. Como ves, han tenido que pasar unos meses, entre el ir y el volver. Pocos días después de habérsela leído, se desplomó en el campo.

Cuando Conor abría la carta, el padre Cluny salió de la habitación.

«Christchurch, Nueva Zelanda
»3 de mayo de 1898

»Papá:

»He tardado cierto tiempo en contestar a tu carta que recibí hace unos meses, porque el sacerdote que tengo más cerca está en Christchurch, muy lejos de donde estoy yo. El sacerdote que escribe la presente es el padre Gionelli, italiano y católico, y pide excusas por su inglés, que no es perfecto.

»Trabajé, para pagar el importe del pasaje, en un gran rancho cercano a Dunedin. Yo pensaba tener que pasar dos años allí, pero Conor me fue enviando dinero, de modo que pude dejar liquidada esta deuda muy pronto. Al momento empecé a ahorrar. Aquí las cosas son distintas, porque el gobierno se propone tener buenos granjeros y cuida de que uno pueda comprar tierras buenas, a buen precio y a plazos. Ya te he dicho que es diferente de ahí en Irlanda. No lo crees, ¿verdad que no? No se trata solamente de que no tenemos terratenientes ni administradores de fincas, sino que nadie ha oído hablar nunca de usureros, excepto los inmigrantes irlandeses. Aquí la mayoría de la gente es inglesa, aunque no se portan como tales, pues son verdaderamente agradables. Hasta se llevan bien con los indígenas, que son gente de

color.

»Al final de la última temporada pude entregar una cantidad a cuenta de unos campos y conseguí un préstamo por el resto. No sé si lo creeréis, pero el gobierno hasta me prestó dinero para adquirir ovejas. Sé que no lo creeréis, pero tengo seiscientos acres de tierra y casi un millar de cabezas. He podido levantar una casita, voy pagando los plazos, y dentro de ocho años seré dueño de mi granja.

»A veces el terreno me recuerda el de Inishowen por su verdor, pero el suelo es mejor, y no hay tanta gente. Hay una familia católica a unas quince millas de aquí. Son ingleses, pero buenos católicos, y tienen una hija que se llama Mildred. La he cortejado y he hablado con su familia. Nos casaremos en cuanto termine la temporada del esquileo. Es raro que aunque estemos en mayo nosotros entramos en el invierno, porque aquí eso va al revés. Mildred se educó en un convento do Auckland, y cuando nos hayamos casado, escribirá en mi nombre más a menudo.

»Casi lloré, cuando recibí tu carta. Agradecí muchísimo que quisieras darme las tierras, pero no quiero marcharme de Nueva Zelanda.

»Dile a mamá que rezo el rosario todas las noches y también el Angelus y cuando Mildred y yo estemos casados seremos un hogar católico, y no es preciso que se inquiete por eso. Saluda a todos mis antiguos amigos. Saluda muy en particular a Brigid y Dary. He devuelto a Conor parte del dinero que me envió, y le enviaré más después del esquileo. Aquí tienes algo de dinero para ti. Lo puedes cambiar por moneda irlandesa en la oficina de correos.

»Tu hijo,

»Liam.»

Tomas estaba sumido en un profundo sueño. Aun preparado para lo peor, el hijo quedó trastornado por lo que vio; y abrazó dulcemente a su padre.

Rinty Doyle, viejo solterón, primo de Finola, había sido contratado como mozo y dormía en el establo. Rinty hablaba muy poco, se mantenía apartado de todo el mundo y parecía reproducir el eco de una casa pronta a derrumbarse. Rinty ensilló un caballo para Conor, que se fue al pueblo en busca del doctor Cruikshank.

El médico dijo que era diabetes. Los resultados del laboratorio fueron francamente malos. El estado del enfermo no dejaba lugar a ninguna esperanza, porque ningún tratamiento conocido podía compensar el desequilibrio insulínico que había ido destruyendo el organismo del enfermo. Por lo que podía deducir Ian Cruikshank, Tomas había contraído la enfermedad hacía un año, y era milagro que no hubiese caído ya en un coma mortal.

Sin embargo, todavía era posible mantenerle vivo y en relativo buen estado, si bien para ello sería preciso enviarlo a un hospital de Derry y tenerlo sometido a un

régimen riguroso. Conor pensó que, gracias a Dios, entre él y Liam tendrían lo suficiente para sufragar los gastos.

—Tienes que saber —le explicó el doctor Cruikshank— que esta enfermedad es virtualmente incurable y que la víctima está muy expuesta a infecciones que su organismo será incapaz de combatir. Pero hasta el momento tu padre se ha negado categóricamente a marcharse de esta casa.

—¿Qué sucederá? —preguntó Conor.

—Las alternativas pueden ser ceguera, pérdida de extremidades y enfermedades del corazón y los riñones. Convéncele de que debe ir a Derry.

—Haré lo que pueda —prometió Conor.

Rinty Doyle preparó un simulacro de té mientras Conor estaba sentado al lado de su padre. Rinty era un hombrecito pacífico, dispuesto a trabajar por la comida y el albergue solamente. Tenía cincuenta años y pico y se hallaba todavía en situación de trabajar como los buenos, al menos lo suficiente para que Brigid y Finola pudieran desenvolverse. Fergus y los demás vecinos se encargaban de tener los campos de Tomas al día. Cuando Tomas se revolvió, Rinty salió del cuarto.

Tomas murmuraba en sueños. Conor vio que arrancaba a sudar y abrió la manta. El enfermo tenía los brazos llenos de forúnculos y sarpullido, y adelgazados por la falta de apetito. El aliento despedía un olor a acetona que delataba la enfermedad.

—¿Conor?

—Sí, papá.

—¿Eres tú de veras, o se trata de otra fantasía mía?

—Estoy aquí, papá.

—Tengo la vista muy mal. Dame la mano.

Aquellos dedos que antes parecían tenazas ahora estaban frágiles. Tomas los pasó por el rostro de Conor.

—¿Cómo van las cosas en Derry?

—Me desenvuelvo muy bien.

—¿Te has enterado de la carta que recibí de Liam?

—Sí.

—Seiscientos acres tiene ese muchacho. ¡Vaya, eso es una baronía! ¿Verdad que es como para cantarle un himno? ¡Y qué buen hermano fuiste al ayudarle a salir adelante…! A todas horas tengo sed. ¿Serías tan amable…?

Conor incorporó a su padre. Tomas atacó el agua con tanta avidez que se atragantó.

—Es la enfermedad —dijo—. Tengo las entrañas herrumbrosas de tanta agua que bebo. —Tomas reunía fuerzas minuto a minuto, forzando los ojos a ver y los labios a sonreír de nuevo—. Supongo que sabes que Finola contrató a Rinty Doyle.

—Sí.

—Es un viejo chiflado y nada más, pero por mi vida que nunca me hubiera imaginado pudiera existir una especie de hombre que se contentase recibiendo órdenes de una mujer y durmiendo todo el resto de su vida en un establo. ¡Ah, fíjate quién habla! Mírame. Haber sobrevivido a la gran hambre sólo para acabar contrayendo una enfermedad de mujer.

—¿Qué te crees? Segarán el heno en el próximo siglo y todavía estarás aquí, viéndolo.

Los ojos del padre le replicaron al hijo: «Si quiero, estaré.»

—Antes de derrumbarme la enfermedad, vi una cosa terrible en el campo. Abajo en Ballyutogue vi a la gente de Su Señoría probando una máquina de vapor. ¿Te imaginas una maquina de vapor arando campos? Hacía el trabajo de veinte hombres, y dicen que podrá hacer otros trabajos, además de arar.

—En tu vida verás una máquina capaz de preparar una tabla de patatas —consoló Conor.

—Sí, pero que una máquina haga el trabajo de los hombres… Quizá me marche de este mundo en el momento preciso. ¿Qué significa esto realmente?

—En verdad que no sabría contestar —mintió Conor, pues había comentado todo aquello con Andrew Ingram durante horas y horas.

—Yo creo que sí sabría —murmuró Tomas—. Con el tiempo significará el fin de todos nosotros.

—¿Cómo puede haber quien diga esas cosas?

—¿Cómo puede haber quien las diga distintas? —replicó Tomas—. Si una máquina hace el trabajo de veinte hombres, los diecinueve restantes tendrán que abandonar las tierras y trasladarse a la ciudad. Y los que se trasladen a la ciudad no se fabricarán las telas por sí mismos, como hacemos nosotros, ni se construirán las casas, ni cultivarán lo que deben comer. Tendrán que comprarlo todo, y para ello tendrán que trabajar en fábricas con otras máquinas que producirán las cosas que hayan de comprar. Martiriza pensarlo, Conor, pero las máquinas en los campos están tocando a difuntos por nosotros. Todo aquello que motivó las luchas que sostuvimos aquí habrá desaparecido. Las máquinas conseguirán lo que ni entre el hambre y los británicos juntos pudieron conseguir. Y las ciudades crecerán; serán mayores, más feas y más sucias.

—Hablas demasiado, papá. Te cansarás.

—He esperado tres años para hablar, y si espero mucho más ya tendré que conversar en el Paraíso. Conor, debo decirte una cosa muy importante.

—¿Qué, papá?

—El padre Cluny es un hombre sinceramente piadoso y espiritualmente digno. Ha pasado a ser mi mejor amigo, pues después de Fergus. Conor… Conor…, he

pedido la absolución.

—¿Estas convencido, papá? ¿Estás realmente convencido?

—Sí. Uno ve las cosas de otro modo desde este extremo del camino.

Conor paseó una mirada atenta por el pequeño dormitorio donde había nacido él y donde nacieron sus hermanos y su hermana. Y que se iba sumiendo en una oscuridad cada vez más densa. Abrió la ventana para que entrase un soplo de aire, y las cortinas nuevas de encaje que había puesto Finola danzaron hacia el interior de la habitación.

—¿Por qué, papá?

—Al padre Cluny no le he dicho toda la verdad —explicó Tomas—. Cuando yo me haya ido, él se quedará todavía, y no he querido aumentarle la carga que ya lleva.

—¿Por qué, Papá?

—Se lo debo a mis vecinos. Vinimos al mundo juntos y hemos vivido juntos. Hubo momentos de gozo; pero los que quedamos fuimos pasando de una desesperación a otra. Y ahora van muriendo, todos. Si puedo darles a entender que he visto a Dios, les dejo una especie de legado, un punto firme al que agarrarse. Con ello quizá les ayude a andar el camino hasta el final… No puedo dejarlos a todos despojados de esperanza…

—Lo comprendo, papá. Pero, oye, hombre, tú no te irás de aquí tan aprisa. Te lo juro.

—Ian Cruikshank es un hombre excelente, bueno de veras, pero no vale mucho para mentir. Y ahora que hablamos de ello, yo no quiero ir a ningún hospital de Derry; os lo regalo.

—Es preciso que vayas.

—No iré a ningún hospital de Derry, gracias.

Conor le cogió los brazos.

—No sé qué te contaría Cruikshank; pero no estás tan enfermo como crees… estás peor.

—Jesús, muchacho, no creas que no sé lo enfermo que estoy.

—Entonces deja de armar tanto revuelo por el hospital. Yo estaré en Derry contigo y te veré todos los días.

—Esta parte de la cuestión me tienta, de veras.

—Entonces, ¿irás?

—Ah, Conor, ¿cómo puedes desear que tu padre se encuentre en una oscura sala de hospital? No puedo abandonar mi terreno ni a mis amigos.

—No, maldita sea, ¡escúchame! Si no vas a Derry, ¿sabes qué fin sufrirás? Te vas a caer a pedazos: los ojos, los dedos de los pies, los dedos de las manos, el corazón… ¿Eso es lo que quieres? —Conor temblaba hasta quedar sin aliento, al mismo tiempo que se le quebraba la voz—. ¡Yo no quiero ver tanta calamidad!

Tomas llevó la mano hacia él y sonrió una vez más.

—Miradnos a los dos, cacareando por ahí como una gallina que acaba de poner un huevo. Tú sabes que no puedo marcharme. Lo sabes bien, ¿verdad que sí, muchacho?

—Sí —admitió Conor, llorando—, lo sé.

—Vamos, pues, asunto resuelto. ¿Podrás quedarte unos días?

—Sí, papá.

Tomas no siguió hablando. Estaba en paz. Sabía, por severa advertencia del doctor Cruikshank, que beber alcohol había de serle fatal. Si bebía, entraría en un coma que no tendría retorno posible. Tomas había guardado un cuartillo de *poteen* escondido bajo el colchón, para semejante posibilidad. Había meditado si primero recibía la absolución y luego se envenenaba; porque el suicidio era pecado mortal. Calculaba que pasaría mucho tiempo en el purgatorio, y una vez allí podría poner sus cosas en orden y defender su causa. Pero ahora que estaba Conor con él, y se quedaría, ya no tema necesidad de preocuparse.

Los días pasaban. Conor y Dary velaban a Tomas. Durante aquellas largas horas, Conor explicó a su hermano la historia completa de su padre, y también la de Kilty. Dary se había imaginado mucho tiempo atrás la causa del extrañamiento que había entre él mismo y su padre, pero amaba a Tomas a pesar de todo y siempre había estado a su disposición. En estos momentos se operaba un renacimiento del amor y la fuerza de la unión familiar que había singularizado tanto a los Larkin.

Al principio a Conor le afligía que su padre quisiera confesarse. Luego esta pena se moderó. El, por su parte, había trabado la amistad más íntima con el padre Pat y había llegado a conocer a otros sacerdotes, curas del Bogside, entregados a actividades secretas de la Liga Gaélica. Gran parte de su resentimiento contra la Iglesia se había modificado. El padre Cluny, siempre presto a cuidar y consolar a Tomas, acrecentaba el espíritu de avenencia. Conor aceptaba los deseos de su padre, aunque al mismo tiempo se prometía que él jamás seguiría el ejemplo.

Conor percibió muy pronto la corriente subterránea de lucha entre Brigid y su madre. El cambio operado en Finola resultaba casi tan dramático como el de Tomas. Finola se había abandonado definitivamente al miedo de que los duendes habían invadido la mente de Brigid y estaban conspirando día y noche para robarle las tierras y arrojarla a la intemperie.

Durante las horas que pasaba despierto. Tomas no se olvidaba nunca de sacar a colación el tema de llevar a Brigid y a Myles fuera de Ballyutogue para saldar la deuda que tenía con sus hijos por las desdichas que había atraído sobre ellos. Conor abordó el asunto con el padre Cluny, pero el sacerdote se expresaba de una manera vaga, como temiendo violar un secreto de confesión y, además, lleno de miedo de tomar una decisión equivocada.

Una mañana, quince días después de su llegada, Conor observó que Brigid salía en dirección a la torre normanda, lugar de cita más allá del puente que él conocía bien desde los días de su adolescencia. Conor confió el cuidado de su padre a Dary y salió en pos de su hermana. Brigid iba y venía nerviosamente, esperando la llegada de Myles, cuando Conor cruzó el puentecillo a hurtadillas y se le apareció inesperadamente.

—No pasa nada —le dijo.

Brigid miró a su alrededor, como gacela asustada, dispuesta a huir, se fue acercando al puentecillo disimuladamente, acelerando el paso cada vez más. Conor la alcanzó a la mitad, más o menos.

—Cálmate, chica. Quiero ayudaros. Quiero ayudaros a ti y a Myles, conjuntamente.

—No tienes derecho a presentarte aquí después de tres años y ponerte a dirigir la vida de todo el mundo —replicó ella.

—Seguimos siendo una familia, y no se cuenta el tiempo a minutos en el reloj, ni por millas en el océano —Brigid trató de cruzar y dejarle solo allí; pero él se mantuvo firme. La hermana se retorcía las manos; luego se hundió.

—Estoy chiflada —dijo—. ¿No lo sabías? Estoy chiflada. Los duendes se han apoderado de mí.

—Es mamá la que está demente. Y quiere convencerte de que lo estás tú. Si estás nerviosa e irritable es por haber contrariado unos deseos perfectamente normales.

—¡No son normales! —gritó Brigid—. Son pecaminosos, y por esto me castigan.

La suavización de la animosidad contra la Iglesia operada en Conor cedió el paso a la cólera y la indignación. Después de proferir una sarta de juramentos, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra, cogió a su hermana y la zarandeó.

—Eres un ser humano normal, decente, completo, con los deseos normales, decentes y sanos de cualquier joven de veinte años. Quieres hacer el amor con tu novio. Quieres dormir con él. ¡No hay nada pecaminoso en ello!

—¡No puedo escuchar esas cosas!

Ni siquiera llorar en brazos de su hermano y querer creer sus palabras lograba hacer mella en los cuatro lustros de levantar esa santa fortaleza que encierra a la razón fuera de ella y al pecado dentro. Al final el llanto se moderó.

—Tú no crees que esté loca, ¿verdad que no, Conor?

—No lo creo ni lo estás.

La muchacha se tranquilizó, le cogió de la mano, cruzaron el puentecillo y anduvieron hasta el pedazo de roca en que Brigid se había sentado tantas veces con Myles.

—Hermanita, tienes que dejar de practicar ese deporte con mamá. Tal como está ahora no sabría aceptar un vestido nuevo a cambio de uno viejo. Si sigues así te

destruirás a ti misma. Por amor de Dios, ¿es a Colm O'Neill a quien quieres?

—Ya ni puedo soportar su presencia siquiera.

—¿Y por qué habrías de soportarla? Tienes un muchacho fuerte y guapo que te ama, Brigid, y eso vale más que un millón de acres de ese montón de piedras. Quiero que os vengáis los dos a Derry. Le enseñaré a Myles el oficio de herrero.

Brigid se apartó del hermano y movió la cabeza negativamente.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué vas a perder sino un sucio combate con una anciana que ha perdido el juicio?

—Aborrezco Derry —respondió ella—. Allá el sol no calienta bien. No te besa como el sol de Ballyutogue. Si da calor, lo da de un modo que te abrasa la piel de la espalda y te derrite la grasa. La lluvia no deja dulzura en el ambiente. Te arrastras por allí como si tuvieras los pies clavados en arcilla; y el aire del Bogside es tan denso que parece que inspiras nubes de una tormenta de polvo. Derry me da miedo. Tengo miedo a las fogatas y los tambores del Waterside y a los feos bramidos de hombres y mujeres chillando unos contra otros, y a sus hijos cubiertos de llagas y a la eterna tristeza que lo envuelve todo. Ah, Conor, tu intención es buena, pero vendrá el día que no habrá trabajo para ti ni para Myles, y él tendrá que recostarse en la pared y recoger, peniques mientras yo voy a la fábrica de camisas o limpio el retrete de alguien…, y los ojos de Myles perderán la dignidad y la hombría.

Conor dejó caer los brazos. «¡Oh, Señor! —gritaba interiormente—. ¡Oh, Señor, y cuánta razón tiene!» Pero se le acercó por detrás y volvió a cogerle los hombros.

—Si lo que quieres es tierra, niña, en Nueva Zelanda hay toda la que necesites, y allá está Liam que os ayudará a poneros en marcha. Pero salid de aquí mientras os quede una posibilidad.

—No, Conor. Esta granja quizá no haya sido bastante para hombres como tú, pero sí lo ha sido para tres generaciones de Larkin… ¡Y por la Santa Virgen que yo soy tan Larkin como cualquiera de nosotros…!

Conor le hizo dar media vuelta y le encerró la cara entre las manos.

—¿Te expondrías por esto a perder tu amor?

—¿Cómo no comprendes que no todo el mundo es como tú, que no tuviste miedo de huir hacia las tinieblas de lo desconocido? Yo no tengo tu cabeza para aprender, ni tu encanto para cortejar, ni tu fuerza. Yo soy, sencillamente, una antigualla. Amo hasta el último rinconcito de nuestra casa. Es mi lugar. El mundo de más allá de Ballyutogue me asusta. Quiero arrimar nuestra casita a mi alrededor todas las noches, quiero envolverme en ella.

Conor rozó la mejilla de su hermana con los labios, la abrazó con fuerza un momento, y luego regresó al pueblo, solo.

Al cabo de un momento apareció Myles. Los enamorados estuvieron un momento inmóviles, interrogándose en silencio.

—Lo he oído —dijo el muchacho.

—Sí, lo has oído —murmuró ella.

—Es posible que Conor tenga razón. Si pudiera ir a Derry y trabajar allí unos años, y aprender un oficio, y ahorrar algún dinero, luego podría volver acá y ser alguien.

—No —respondió la muchacha—, nadie regresa jamás a Ballyutogue.

—Oh, Jesús —replicó Myles—, la situación en mi casa es desesperada. Ahora me toca a mí el turno de emigrar. Mis hermanos de América me han enviado el pasaje. No puedo quedarme ya más. La única perspectiva que me queda, Brigid, es convertirme en un Rinty Doyle. Sé que tampoco soy fuerte como Conor, pero no quiero ser mozo de nadie. ¿No lo ves, chiquilla, que tengo que marcharme?

La muchacha sintió la cabeza vacía y casi se derrumbó sobre la piedra, crispado el rostro, mientras la expresión de locura volvía a enseñorearse de él.

—Pienso hablar con Conor —dijo Myles—. Pienso irme a Derry con él y aprender. Si estoy en Derry no tendré que cruzar el charco…, podré verte de vez en cuando.

—¡Oh, Myles! —exclamó ella llorando—. Myles, Myles, Myles…

—Ya verás. Saldremos de esta situación. En un año, o dos, quedará aquí algún campo libre, y tendré dinero para comprarlo. Ya verás.

Cuando Conor salió de la casita, Tomas dormía. Poco después, despertó. La visión le había quedado limitada a percibir unas vagas sombras y un dolor lacerante en el pie izquierdo le hacía sufrir horrores.

—Conor…

—Conor estará un rato fuera —respondió Dary—. Yo estoy aquí contigo, papá.

—Ah, ¿eres tú, pequeño Dary?

—Sí. ¿Me ves, papá?

—Pues, claro que te veo —mintió Tomas—. Es que tengo arena en los ojos. —El dolor le perforaba la pierna como si le hubieran marcado con un hierro al rojo blanco —. Dary —gimió—, ¿querrías ir a buscar al padre Cluny? Tengo que hablar con él.

—Sí, papá.

Mientras el muchacho salía corriendo, Tomas Larkin reunió sus últimas fuerzas y metió la mano bajo el colchón, en busca de la botella de *poteen*.

Conor regresaba a la casita en el mismo instante que el doctor Cruikshank saltaba del caballo. Los envejecidos vecinos se acercaban poco a poco, con callado miedo, porque si era cierto que Tomas Larkin había fallecido, la hora de partida de todos ellos quedaba señalada con terrible claridad. En la sala todo el mundo estaba de rodillas, rezando en voz baja.

Finola, Dary y el padre Cluny se apiñaban junto a la cama. Conor y el doctor

Cruikshank divisaron la botella simultáneamente. El doctor la cogió de un zarpazo, cruzando penetrantes miradas con Conor. Cuando el médico salió de la habitación, Conor se fue al establo.

Ian Cruikshank se reunió con él al cabo de unos momentos, le dio una palmadita en el hombro y ambos salieron de la casita y anduvieron hasta el riachuelo, más abajo del pueblo.

—¿Cuánto durará? —preguntó Conor.

—Horas, o acaso un día, o dos.

—¿Qué ha pasado?

—Él sabía que beber licor había de serle fatal. Se lo advertí hace algún tiempo, y luego se lo volví a recordar. Pero… sospecho que se guardaba una botella.

—¿Por qué no trató de encontrarla?

—Creo conocer a Tomas.

—¿De modo que le ha permitido que se mate? —se enfureció súbitamente Conor.

—¿Puedes resistir lo que voy a decirte, muchacho? —respondió el médico.

Conor dio unos pasos atrás, temblando.

—Esta mañana, tu padre se ha quedado ciego. Ahora he de volver a su lado y amputarle el pie.

—Perdóneme, doctor Cruikshank —gimió Conor.

—No te inquietes, muchacho. Procuraré que sufra lo menos posible.

Conor se quedó allí, vacilando; luego echó a andar, sin rumbo, tambaleándose, cayó de rodillas, doblegado por la pena, y vomitó sobre el sendero.

—¡Papá! —lloraba, atormentado—. ¡Papá!

Tomas Larkin, el hijo de Kilty, estuvo dieciséis días en coma. Todo Inishowen se estremeció. Los vecinos del pueblo y muy particularmente Fergus O'Neill se sentían enfermos de espanto al tener que hacer frente a la vida sin Tomas Larkin, cuyo poderoso corazón se negaba a pararse, como en una protesta por lo que su dueño había hecho contra sí mismo.

El día decimoséptimo, el gigante se desplomó.

11

Con el paso de los años, Caroline Hubble parecía volverse más adorable. Ya no muy lejos de los cuarenta años, poseedora de una elegancia exquisita, durante dos lustros había detentado el mecenazgo cultural del Ulster occidental, con Hubble Manor como centro de todas las actividades. Los Hubble no dejaron nunca de ser objeto de toda clase de habladurías, diciéndose que la humanización de Roger en cuanto a la vida social había sido la sutil obra maestra de su esposa, y la domesticación de Caroline, la obra maestra del marido. Se decía que eran una pareja mágica, una sola mente actuando a la vez en dos cuerpos que estaban en total y constante comunicación.

Dentro de los estrechos límites de la buena sociedad irlandesa no faltaban jocosas insinuaciones sobre sus largas visitas a lugares exóticos, ni murmullos sobre consumo de opio y otros excesos muy alejados de los horizontes puritanos del Ulster. Las murmuraciones crecían y se derramaban acerca del pabellón de caza que los Hubble tenían en los montes Uris, del que se decía que estaba dispuesto como una fantasía erótica, y algo se susurraba de cierto aposento escondido de la casona, adornado con doseles y profusión de espejos. La vida pública de la pareja seguía siendo un cuadro perfecto mientras la vida privada encerraba un elemento místico que hechizaba a la gente.

Roger se había parapetado en el puesto de mayordomo de la vida política del Ulster occidental. En la esfera de las empresas, pugnaba incesantemente por reducir la extensión de terreno arrendado para convertirlo en pastos o dedicarlo al cultivo del lino o de otros productos que sirvieran de primeras materias para el complejo fabril. Una serie de arreglos interfamiliares con Weed fueron identificando las pertenencias de uno y otro, de manera que llegó a ser difícil distinguir dónde empezaba lo de Hubble y terminaba lo de Weed, y viceversa. Todas las operaciones que realizaban estaban calculadas cuidadosamente de acuerdo con el plan magistral trazado para separar al Ulster de las otras tres provincias de Irlanda, por si las exigencias de liberación de los irlandeses se hacían imperativas.

La unión de Roger y Caroline produjo dos herederos varones: Jeremy, que pasó a ser el vizconde de Coleraine al ascender Roger a conde, y Christopher, nacido un año después que su hermano. Eran distintos y complementarios, la realización de los sueños de su abuelo. Jeremy, niña de los ojos de sir Frederick, era madera del viejo tronco, un jefe entre los muchachos, que luego sería un jefe entre los hombres. Ya desde el comienzo, Christopher dio muestras de poseer la mente estudiosa de su padre; de manera que, sumando sus aptitudes, formarían una combinación perfecta para dirigir el imperio familiar.

Resuelto el problema de tener herederos, el voraz apetito de expansión de sir

Frederick se moderó. En adelante se trataría de consolidar las posesiones, dirigir el plan trazado para el Ulster y entrenar bien a los nietos. Sir Frederick emprendió la campaña ideada para ascender a la dignidad de par. Se estructuró el programa adecuado: sir Frederick sostuvo las obras benéficas convenientes, asistió a las conferencias apropiadas, sirvió en las juntas recomendables y prestó los servicios públicos más pertinentes.

Ya se veía como barón de Holywood, o acaso vizconde de Holywood. No, ni siquiera esto último quedaba fuera de sus posibilidades. Un muy merecido escaño en la Cámara de los Lores, postre final, homenaje sobradamente ganado. Oh, sí, runruneaba Weed satisfecho. Caroline se había desenvuelto muy bien a su lado, había hecho de su matrimonio un brillante triunfo, y Roger era para él lo mismo que un hijo.

La restauración de Hubble Manor había costado cerca de seis años. Llegó a ser un hogar que recibía los plácemes de todo el mundo, mediante un gasto que se calculaba había sobrepasado las trescientas mil libras esterlinas.

Sin embargo, quedaba todavía un terrible lunar, la cancela de hierro labrado del Long Hall. Al continuar incompleta, se convertía en un hueso de contención, en un reto constante. En dos ocasiones distintas trajo Caroline sendos maestros herreros de Italia y Alemania. El italiano no supo desentrañar el misterio de la cancela y abandonó después de varios meses de tormento, desahogándose en frenético arrebato. Cuando éste se marchó del Ulster, dejando tras de sí una estela de maldiciones, Caroline encontró a Joacim Schmidt, que tenía fama de ser el primero de Europa en restauraciones. La cancela se negó a confiarle sus secretos y se burló de sus metódicos ataques de lógica histórica. Al marcharse el alemán, vencido y moviendo la cabeza, Caroline sintió la tentación de quitarla y sustituirla por una de madera labrada. Pero esto habría sido aceptar la derrota, y la obstinada terquedad heredada de su padre le exigía algo muy distinto.

Gary Eagan, el aprendiz nuevo, metió la cabeza dentro del despachito de Conor, muy abiertos los ojos, de asombro, e hizo un gesto seco con el pulgar, indicando la fragua.

—Explícate, Gary —dijo Conor.

—Ahí fuera hay una gran dama. Ha venido en coche, con cochero y lacayo, de veras que sí, y pregunta por usted.

—Bien, hazla pasar.

En la fragua se impuso una boquiabierta detención del trabajo mientras lady Caroline Hubble se levantaba la falda, para no ensuciársela en el negro suelo, y cruzaba a paso vivo.

—¿Señor Larkin? —preguntó desde el umbral.

—Sí —respondió el herrero, poniéndose en pie y paseando una mirada por el atiborrado espacio—. Gary, sube a mi cuarto y baja una silla para la dama; una limpia. —Ofrecía ya la mano, pero la retiró, para no manchar la de la mujer.

La silla llegó en manos de Gary, ayudado todavía por un par de herreros; pero en el despachito no había espacio suficiente. Conor miró a su alrededor irritado.

—¿Le importaría que nos fuésemos a la taberna de Mick Blaney? El exceso de cosas que tengo aquí me está echando a la calle.

—En modo alguno.

Mientras acompañaba a Caroline, saliendo de la fragua, el trabajo se interrumpió de nuevo. Conor se detuvo en la puerta.

—¡Que no es el cumpleaños de O'Connell! —gritó.

Luego, en la taberna, pidió un cuartillo de Derryale y un vaso de jerez para la dama.

—Me gustaría hablarle de un trabajo —dijo ella—, pero primero permita que me presente.

—Sólo el tonto del pueblo ignora quién es usted. Lo cierto es que en una ocasión yo la saludé personalmente, pero no creo que usted se fijase en mí.

—¿De veras? ¿Dónde?

—En el festival de Shakespeare del año pasado. Mi fragua figuraba entre los pequeños patrocinadores, como figura también entre los de los conciertos y de la temporada de ópera.

—Oh, magnífico. ¿Y asiste regularmente?

—Sí, asisto. No me perdería un concierto. Y por la cara que pone usted imagino que se está preguntando qué hace un herrero en una sala de conciertos, ¿no? Es un hecho bien sabido que san Patricio, un romano que vivía en Inglaterra, fue enviado a Irlanda como esclavo por los que saqueaban nuestras costas. No tan conocido, pero igualmente cierto, es el hecho de que también Shakespeare hizo un viaje a Irlanda antes de emprender su carrera, a fin de aprender el buen uso del idioma inglés. Desde que el *shanache* me explicó esta verídica historia, sentí mayor interés por Shakespeare.

—Adelante, pues, Larkin —alentó Caroline, riendo—. Es usted terrible.

—El caso no está en cómo la conozco yo a usted, condesa, sino en cómo me conoce usted a mí.

—Vi el balcón que hizo para Andrew Ingram como regalo de cumpleaños, y también me enseñaron algunas otras cosas hechas por usted.

—Ah, fue Andrew. Debí suponerlo. De manera que ahora quiere que vaya a Hubble Manor y vea si puedo hacer algo en relación con la cancela aquella de Long Hall…

Caroline sonrió, sacudió la cabeza y le amenazó con el índice.

—Bueno, condesa, en cierto modo usted pertenece al público y, por mi condición de herrero, las anécdotas sobre la cancela han llegado a mis oídos. Me estaba preguntando cuándo se decidiría a descender hasta el fondo de la barrica y vendría a verme.

Caroline se irritó. Una cosa era mostrarse amistosa con los artesanos, y otra que éstos olvidaran el puesto que les correspondía, y se veía claramente que a ese joven le divertía el dilema en que ella se encontraba.

—Dígame, señor Larkin —atajó con intencionada sequedad—, ¿es siempre tan atrevido?

—Sólo cuando tengo algo que un cliente ansía con toda el alma. Ya sabe, no sería humano si no me llenara de satisfacción ver que usted ha tenido que buscar aquí precisamente, en Derry, en el mismo Bogside, lo que no ha podido encontrar en toda Europa.

Caroline acarició la idea de bajarle los humos y marcharse. Por otra parte, había tratado lo suficiente con artesanos para saber que se empeñaban en defender sus derechos artísticos. Aunque nunca había considerado que un católico irlandés pudiera pertenecer a esta categoría, la maldita cancela la había obsesionado años enteros. En realidad no creía que ese Larkin fuese capaz de hacer lo que Joacim Schmidt no hizo, pero habiendo llegado a este punto, había que realizar un último intento.

—¿Puedo esperarle en Hubble Manor mañana? —preguntó.

—Lo siento, condesa, la fragua está hasta los topes de trabajo. No podré salir hasta la semana próxima.

«Vamos, ¿por qué demonios he pronunciado estas palabras?», se preguntó Conor. Naturalmente, sabía que un antiguo labrador del condado siempre hallaba cierto placer en hacer un ligero desaire a la condesa de Foyle, pero… ¿sería además por ser ella tan guapa? ¿O por ambas cosas?

Caroline levantó el vaso de jerez con estudiada frialdad, diciéndose que Conor sabía que había esperado diez años y aun entonces acudía a él como último recurso. Y se preguntó si el herrero quería afirmar su personalidad de hombre, o de artista, o quería establecer la base de una futura igualdad. Conor era guapo, y lo sabía muy bien, probablemente. Además, había ese intrigante detalle de sus inverosímiles inquietudes culturales… «Muy bien, chiquillo —pensó—, diviértete un poco.»

—La semana próxima me parece muy bien —contestó.

Las fuertes puertas de bronce del Long Hall cedieron. Conor recorrió el vestíbulo en dirección a la cancela con la reverencia de un fraile mendicante acercándose al Papa. Luego preguntó a lady Caroline si podía dejar entrar algo más de luz y si conservaban los dibujos originales.

—Me temo que fueron destruidos en alguna guerra —respondió ella—. Lo que

tengo son los planos de arquitecto de la reciente restauración del Hall y unos esbozos de Joacim Schmidt y de Tustini, que le precedió.

—Sí, todos me serán útiles. Ahora me gustaría disponer de una escala alta y de una hora de tiempo para estudiar la cancela. Confío que luego podré hablarle con conocimiento de causa.

Después de haberse retirado la condesa, Conor se plantó ante aquella obra que resplandecía como un delicado concierto en hierro. Las soldaduras, sin excepción, quedaban cubiertas por hojas y pergaminos, elementos clásicos de los adornos en repujado. Lo que quedaba ahora era, quizá, un tercio del original. En todo su esplendor, aquello había tenido más de doce metros de altura y otros tantos de anchura. Posiblemente figurase entre las tres o cuatro cancelas más bellas que nadie hubiera forjado jamás, pensaba él.

—Oh, caramba —susurró—, caramba, caramba, caramba.

Lady Caroline regresó al cabo de dos horas, acompañada de una criada que les serviría el té. Los planos que había enviado un rato antes estaban extendidos sobre una pesada mesa de refectorio de gruesos tablones de roble que Conor había arrastrado hasta la misma cancela. Entre los dibujos de los otros andaban los que acababa de trazar él. Y estaba ensimismado en ellos cuando la dama miró por encima de su hombro con curiosidad.

Al notar la presencia de otra persona, Conor levantó la vista, dejó el lápiz y puso un semblante que decía que ver aquel trabajo equivalía a vivir una experiencia religiosa. Sus ojos continuaron posándose en aquellas maravillas como los del amante que contempla, arrobado, a su dama, desnuda.

—Tijou —dijo Conor—. Jean Tijou.

En ese instante, Caroline se desilusionó. Confiaba que el herrero irlandés se mostraría a la altura de las esperanzas que, secretamente, había puesto en él. ¡Con qué seguridad lo había afirmado! Era evidente que no sabía distinguir entre un gran maestro y un imitador realmente bueno. Sin embargo, había de mostrarse magnánima sobre este punto. Habría sido muy indelicado rebajar todavía más a un obrero católico.

—Sí, ya sé —dijo—. Todo el mundo creía que era un Tijou. Schmidt también lo creyó, al principio. Pero me temo que no lo es.

—Es de Tijou —repitió Conor en voz baja.

Caroline perdía la paciencia. No quería enzarzarse en una larga discusión sobre el tema.

—No es posible —replicó sin embargo—. Hemos investigado el caso con un historiador de Oxford, entre otros.

—¿Cómo lo interpreta usted? —preguntó Conor.

—Entiendo que Jean Tijou fue un protestante francés que se refugió en Holanda,

en Orange. Sabemos que vino a Inglaterra por el 1690 aproximadamente con el rey Guillermo y fue protegido por la corte de Guillermo y María. Realizó su obra entre 1690 y 1710. No consta que estuviera jamás en el Ulster.

—Pues sí vino al Ulster —la interrumpió Conor.

—Señor Larkin, tenemos cartas que demuestran que esta cancela fue hecha unos sesenta años antes de la época de Tijou; unas cartas irrefutables.

—No es verdad que lo sean —replicó llanamente Conor—. Ustedes han combinado y acoplado datos falsos.

Mientras la dama arqueaba el lomo, el herrero continuaba plantado ante la cancela, eufórico, aunque sin apasionamiento.

—Me gustaría saber de qué está hablando, señor Larkin.

Conor regresó junto a la mesa y bebió unos sorbos de té, dándole las gracias por la atención. Comprobó los dibujos, trazó unos garabatos sobre el papel durante unos momentos y cuando entrevió algo más del secreto de la cancela, sonrió y dejó el lápiz.

—Es probable que Daddo Friel supiera tanto de este castillo como la mayoría de condes que lo habitaron.

—¿Le importaría decirme quién es Daddo Friel?

—Era —corrigió el herrero—. Era un *shanache*, un maestro narrador. Mi mejor amigo y yo fuimos dos alumnos favoritos suyos. Era capaz de pasarse horas enteras, y hasta días, contándonos historias.

—¿Y les contó que los asaltantes de la costa echaron a Tijou de Inglaterra?

Conor se puso a reír, y dijo:

—Ah, no le reprocho esta reticencia. En serio, la versión de Daddo se ha demostrado exacta y sin el menor error en todo lo relativo a levantamientos y asedios ocurridos aquí.

Caroline sentía que le iban administrando cierta dosis de sortilegio irlandés, pero estaba demasiado intrigada para poner fin a la discusión, y el mismo Larkin la confundía en exceso. ¡Parecía tan seguro del terreno que pisaba!

—Durante el levantamiento campesino de 1641 —empezó Conor—, el conde de Foyle acaudilló las fuerzas antiinsurreccionales, como usted sabe. En determinada fase de la lucha, copó a quinientos labradores irlandeses, los llevó al Long Hall y los encerró detrás de la reja. No es preciso que me extienda en las subsiguientes torturas, hambres y matanzas que sufrieron los prisioneros.

—No había oído hablar nunca de un hecho semejante —replicó la dama en tono de reto.

—Tengo una historia en dos volúmenes sobre la insurrección del Ulster occidental, obra del historiador británico Wycliff y publicada hace un año por la Universidad de Oxford. Sus versiones son asombrosamente similares a las de Daddo

Friel.

—Continúe —le ordenó ella en tono lacónico.

—El caso es que la reja se convirtió en un símbolo odiado. En mi pueblo, todavía forma parte del lenguaje de las madres, cuando quieren asustar a un niño, la frase de: «Te pondré detrás de la reja del conde.»

Caroline logró sonreír, al mismo tiempo que se decía que no debía dejarse arrastrar por entero.

—Durante el sitio de Derry en 1690, Hubble Manor fue atacada por las fuerzas de Jacobo, cuyo primer blanco fue la reja. Esta quedó completamente destruida, como lo fue casi todo el Long Hall y el castillo primitivo.

Caroline pensó que hasta el momento el folklore iba quedando en buen lugar como manantial histórico.

—En prueba de agradecimiento al conde de Foyle por sus servicios a la Corona, el rey Billy en persona despachó a Jean Tijou para Hubble Manor, a fin de sustituir la reja destruida.

La complacencia de Caroline se disipó. Estaba desconcertada. Era lógico que la reja primitiva fuera destruida. La época y los acontecimientos históricos indicaban que la cancela quizá fuese más nueva de lo que ella había creído y hasta era posible que hubiese salido de las manos de Tijou. Sin embargo, parecía que en la versión se intercalaba muchísima fantasía irlandesa, y todo el mundo sabía perfectamente que los *shanache*s eran capaces de urdir embustes mayúsculos.

—En 1772 hubo un corto levantamiento local —continuó Conor—. El Long Hall fue arrasado nuevamente, y cuando se hundió el tejado destruyó los dos tercios de la cancela de Tijou. El resto es lo que tenemos ante los ojos.

—Señor Larkin, ¿me está diciendo que el narrador de su pueblo tenía realmente noticias de Jean Tijou?

—No bajo este nombre; pero yo he oído hablar de «el francés» muchísimas veces en relatos sobre la insurrección de aquella época. El pueblo posee un pundonor singular y es tradición en él que el cura deje constancia escrita, día por día, de la historia de su parroquia. Después de la visita que usted me hizo la semana pasada, fui al pueblo y pedí prestado el volumen relativo a la época en cuestión. La referencia está en gaélico y en ella se menciona que treinta hombres del pueblo fueron al castillo Hubble, como se le llamaba entonces, y trabajaron en la restauración del Long Hall para el que se forjó una magnífica reja de hierro labrado, bajo la dirección de un francés.

Caroline había quedado reducida al silencio.

—Comprendo muy bien su escepticismo, condesa —añadió Conor—. No obstante, además de que los cabos sueltos concuerdan, la prueba definitiva está aquí —dijo señalando la reja misma—. Todo artesano deja su propia rúbrica, y la de Tijou

se halla por toda esta cancela. Yo la distingo tan claramente como distingue usted a un pintor impresionista. Esta reja no se pudo forjar sesenta años antes de la época de Tijou. Por aquellos tiempos se hacían unos trabajos demasiado pesados, demasiado densos. Sólo Tijou supo hacer encajes con hierro y dejar flotar las hojas como si danzasen corriente abajo.

Conor buscó por entre los recientes planos de restauración, encontró lo que quería y lo extendió. Eran los detalles arquitectónicos para reforzar las vigas y los cimientos del Long Hall, precaución necesaria para que la reja se sostuviera con toda seguridad.

—Esta nota marginal está en francés.

—Sí, esta última restauración del Hall la hicieron unos franceses de la escuela de Le Duc.

—Sí. Yo no la sé leer exactamente, pero ¿no diría acaso que cada noventa centímetros encontraron pernos y otras piezas de sujeción que no tenían nada que ver con la reja actual?

Caroline revolvió los planos, se caló los impertinentes y luego fijó una mirada atónita en el herrero.

—Sí, eso dice.

—¿No sacaría usted la conclusión de que esos pernos sujetaban una reja anterior?

—¿La destruida durante las guerras de Cromwell? —preguntó ella, excitada—. De modo que, en efecto, Tijou hizo una posteriormente.

—Eso es lo que yo deduzco —dijo Conor.

—Señor Larkin, creo que debo pedirle excusas. He sido muy escéptica. Como usted sabe, esta cancela ha sido objeto de muchísimas indagaciones.

—Bueno, es que ustedes no habían oído a Daddo. El problema es: ¿Qué hacemos ahora?

—¿Cree que podría realizar una restauración completa de esta cancela?

Conor movió la cabeza negativamente.

—Venga acá, condesa; permítame enseñarle una cosa —ambos se acercaron hasta el límite que permitía el enfoque de la mirada, y Conor pasó los dedos por una barra curvada en ancho arco y que se trenzaba en un círculo cada vez más reducido para terminar dando nacimiento a una vegetación metálica que formaba un dibujo repetido y vuelto a repetir—. Aquí en este punto puede usted ver dónde termina Tijou y dónde empieza el maestro alemán Schmidt. No sólo son distintas las herramientas y diferentes los moldes, sino que la composición del hierro es distinta. Lo mismo que los óleos o los mármoles de diferente textura, ciertos hierros adquieren un carácter suyo propio y único. De todos modos, la diferencia mayor radica en que un maestro no puede penetrar en la mente de otro. Schmidt es muy bueno, pero ¿habría podido pintar Cézanne una imitación perfecta de Renoir?

—Comprendo su argumento —dijo ella, hechizada.

—Sin duda Tijou sabía que estaba creando una obra de arte tan importante como la reja que forjó para la fuente de Hampton Court, e introdujo unas trampas para asegurarse de que nadie pudiera reproducirla. Copiarla, sí, pero reproducirla, no. Fíjese en esas volutas de los ángulos, ¿quiere? Seguro que se trajo un herrero zurdo para ejecutarlas. En cuanto a la restauración italiana de la parte alta, la diferencia entre ella y el original es tan grande como la que existe entre Verdi y Wagner.

Caroline no le había dicho ni enseñado nada que pudiera indicarle que había trabajado en la reja un italiano también, pero era evidente que aquel nombre leía en la cancela como en un libro abierto, y la dama ya no pensaba discutir ni un momento más su maestría. Se sentía inundada de gozo al ver que aquello era ciertamente de Tijou, una verdadera obra inmortal en su clase.

—¿Qué debería hacer, Larkin? —preguntó la dama. Pero ya mientras salían las palabras de sus labios le vino la sombra de la duda de que quizá aquel hombre tratara de ganarse su confianza y quisiera lograr un encargo que hiciese famoso su nombre por toda la nación—. ¿Qué recomendaría usted?

—Si esto fuese mío, no habría alternativa —respondió Conor—. Jean Tijou significa tanto para mí como Da Vinci para usted. La tercera parte de una obra de Tijou vale por un centenar de las de Conor Larkin. Yo la dejaría tal como está. —Mientras los ojos del herrero volvían a recrearse en la contemplación de la reja, Caroline renunció definitivamente a poner nunca más en duda la rectitud de su intenciones—. Deberían hacerse unas cuidadosas reparaciones, y habría que quitar las falsificaciones que representan estas partes italiana y alemana.

—¿Querría encargarse de ello?

—Me gustaría intentarlo.

Acordaron que Conor vendría a la Manor una vez por semana para hacer el trabajo allí mismo.

—Siento curiosidad por saber dónde aprendió.

—Ah, caramba. Pues, en cierto número de lugares inverosímiles. En una pequeña herrería de mi pueblo, con un maestro excelente, y bajo un árbol…

—¿Bajo un árbol?

—Es donde suelo ir a leer. Luego está el patio de un picapedrero; un picapedrero muy bueno, de Derry, que vale mucho como escultor. Creo que el oficio de picapedrero es uno de los más antiguos del mundo. Precede a la escritura y hasta al trabajo del hierro en millares de años, de modo que esa gente ha de saber algo. Cuando le pregunté el secreto del labrado de la piedra me dijo que estudiase las hojas. «Mira —me dijo—, no hay dos hojas iguales.»

—De modo que Tijou es Tijou y Schmidt es Schmidt.

—Sí, algo por el estilo.

Caroline le dejó solo para que trazara unos esbozos. Ella se retiró a su boudoir. El

alboroto de los muchachos, que jugaban fuera, la llevó hasta la ventana. Jeremy, Christopher y un grupo de visitantes venidos de Inglaterra disputaban un partido de rugby en el vasto prado de abajo. En esto su atención se desvió hacia Larkin, que salía del Long Hall.

Era un hombre bellamente construido, tenía esa clase de cuerpo que en otro tiempo la chiflaba, al verlo en boxeadores y otros tipos musculosos, si bien en este caso la musculatura quedaba matizada por el rollo de dibujos que Larkin llevaba bajo el brazo. ¡Cuan completamente irlandés resultaba con su gorra inclinada y su hablar dulce; pero cuan entendido al mismo tiempo! De pronto la pelota vino hacia él; la paró ágilmente con el pie, la recogió y la chutó. La pelota subió en arco hacia el firmamento, pareciendo querer volar eternamente. Cuando se cansaron de permanecer boquiabiertos, los muchachos vinieron corriendo y le suplicaron que jugara veinte minutos con ellos.

Roger siempre se traía el papeleo que no había podido resolver durante el día al *boudoir* de Caroline, donde habían colocado dos mesas escritorio frente a frente para poder pasar las veladas trabajando juntos. A mitad de una pila de correspondencia, la condesa indicó que había llegado el momento de conversar.

—Creo que por fin podremos hallar una solución al problema de la cancela.

Roger dejó el trabajo a un lado y se dispuso a escuchar que alguien había sacado de su madriguera a un maestro herrero húngaro y que pronto oirían sus gritos por los pasillos de la Manor.

Caroline le explicó con gran detalle la historia de cómo el rey Billy había encargado, muy posiblemente, una reja nueva para regalarla en sustitución de la antigua, que fue destruida. Roger buscó por su memoria, pero no pudo añadir nada.

—Me gusta bastante la idea de restaurar y guardar la reja que tenemos —dijo.

—También a mí —coincidió ella.

—Ese sujeto ha de tener una formación más que notable para ser capaz de desenterrar toda esa historia.

—Debo decirte inmediatamente que es católico y de Londonderry.

—¿De veras? ¡Estás de guasa!

—Es la pura verdad, querido. Será el más experto en su campo que hemos tenido aquí, de modo que me ha parecido que debía prevenirte, para que tú prevengas a los otros.

—Creo que podemos resistirlo. Será una prueba de democracia, y lo demás que suele decirse. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Conor Larkin.

—¿Larkin? ¿Y es herrero? ¿En Londonderry?

—En efecto.

—¿Larkin? Su familia vive aquí desde hace años. Son fenianos, creo. Hace cosa de un año, poco más o menos, Swan tuvo que hacer frente a un asunto feo relacionado con ese Larkin. Algo que afectaba a Buques y Trenes.

—No me prohibirás que le contrate. ¿Verdad que no?

—Claro que no —respondió el marido—. Francamente, no recuerdo los detalles. Bueno, no importa. Acuérdate bien de comprobar si es honrado y de confianza. Ya sabes cuan temerarios y sanguinarios son.

—Tengo la impresión de que será perfectamente honorable —respondió Caroline.

12

El padre Cluny llegó a la casita de los Larkin dominado por la excitación. Había recibido una carta de Liam que contenía veinte libras destinadas a erigir la piedra sepulcral más hermosa que encontraran para Tomas.

Conor encargó a su amigo picapedrero de Derry que esculpiese un monumento adecuado, y añadió dinero de su bolsillo con que sustituir la piedra sepulcral de Kilty por otra más a tono. Terminados los encargos, los trajo a Ballyutogue junto con una verja de hierro labrado para aislar el suelo correspondiente a los Larkin.

Brigid, Dary y Finola habían cuidado siempre de conservar las sepulturas de la familia limpias y adornadas. Ahora podían vanagloriarse todavía de unas distinguidas losas funerarias pagadas por hijos que se marcharon del pueblo, se habían desenvuelto bien y recordaban siempre a los suyos.

En su carta, Liam explicaba, además, que se había casado ya con Mildred, la muchacha inglesa, y que esperaban un hijo. Mientras un nuevo Larkin se preparaba para venir a este mundo, en el otro lado del globo terrestre, otro Larkin de Ballyutogue preparaba su partida. Habiendo cumplido los catorce años, le había llegado el momento a Dary de irse al seminario diocesano. Aunque lo tenían planeado todo desde hacía varios años, aquel momento de la separación se anunciaba preñado de tristeza.

Una vez más, Finola empaquetó las escasas pertenencias que cada uno de sus hijos había reunido en una destrozada maleta comprada a los buhoneros, años atrás, en una olvidada feria. Por última vez se afanó en cuidarle y prepararle, dándole toda clase de consejos y conteniendo las lágrimas lo mejor que pudo.

Cuando vino el padre Cluny, Finola cogió a Dary de la mano y bajaron penosamente sendero abajo, con las puertas de todas las casitas abiertas para impartir al que marchaba aquellas palabras de despedida que tan a menudo habían de repetir.

—Que Dios cuide de ti, Dary.

—Y que el mismo Dios cuide también de ti.

Detrás de la familia se formaba una estela de mujeres con pañuelos negros, y todos juntos entraron en San Columbano a encender cirios y rezar. Luego, Dary pasó solo al cementerio a decir adiós a un padre a quien no había conocido nunca de verdad. Después, en el cruce de caminos, se paró y cogió la maleta de manos de su hermana.

—El resto del camino lo haré solo —dijo, repitiendo un adiós tradicional de Ballyutogue.

—Adiós, padre Dary —dijo Brigid.

El pequeño sonrió y siguió andando.

—¡Es tan chiquitín! —lloraba Finola—. ¡Tan chiquitín y tan frágil!

Por un momento, Brigid sintió el impulso de consolar a su madre; pero se detuvo súbitamente cuando iba a tocarla. El padre Cluny estudiaba a las dos mujeres y se sentía anonadado por lo lamentable de aquella situación. Se moría de ganas de recomendar a Brigid que se marchase. Myles McCracken se había ido a Derry a trabajar con Conor, y la casita de los Larkin se convertiría en un mausoleo. Pero el padre Cluny se sujetó la lengua. Desde mucho tiempo atrás había aprendido a compartir en silencio las interminables penas de sus feligreses.

Un silencio espantoso descendió sobre la casita de los Larkin, mientras cada uno de sus moradores se retiraba en su aislada celda; Finola al dormitorio en que en otro tiempo dormía con Tomas y donde vinieron al mundo sus hijos; Brigid al desván que había compartido con sus hermanos, y Rinty Doyle al establo, para pasar lo más desapercibido posible. Como si cada uno de ellos hubiera hecho un voto monástico de silencio, todos se ocupaban de sus respectivas labores sin cruzarse más palabras que las puramente imprescindibles.

Alejado Myles McCracken, parte de los temores de Finola se disiparon. Si alguna vez rompía el silencio era únicamente en breves y secas andanadas recomendando a Brigid que se casara con Colm O'Neill. Brigid se mordía la lengua hasta que no podía resistir más; entonces contraatacaba con violencia verbal tan espantosa que Finola acabó por no insistir más. De modo que hasta el tema de Colm pasó a engrosar los otros temas de silencio.

Brigid había sido siempre una muchacha sencilla y vulgar, pero mientras tuvo a Myles cerca logró conservar cierto atractivo. Ahora se había vuelto desaliñada. Se odiaba a sí misma por no saber dejar de alimentar la persistente y corrosiva idea de que la vida sería mucho mejor si su madre falleciese. Confesaba este mal pensamiento una y mil veces. Y después de cada confesión, el rencor contra Finola aumentaba.

El círculo vicioso de desear la muerte de su madre, sentirse culpable, confesarse, cumplir la penitencia y volver a empezar se convirtió en la rueda del molino de penado de su existencia. Aunque al cabo de un tiempo empezó a olvidar la cara y la figura de Myles. Olvidaba la dulzura y el dolor de las sensaciones que inundaban su ser tiempo atrás, cuando corría por el puente para echarse en brazos del amado. Todo ello se confundía y apagaba, como si en realidad Myles no hubiera existido jamás. Luego, al desvanecerse la figura de Myles, el odio contra la madre se desvaneció también.

Brigid Larkin se resignó perfectamente a la soltería, y ya nunca más fue capaz de amar ni de odiar con vehemencia.

Trece kilómetros más allá de Derry, donde el puente salvaba el río Burntollet, una carretera secundaria serpenteaba hasta una arbolada cresta donde se levantaban los muros que limitaban los dominios del seminario del Sagrado Corazón de la Santa

Orden de los padres de San Columbano.

Dary Larkin era uno de los ocho novicios que cruzaban la prohibitiva entrada. La mayoría de los ocho aspirantes tenían las mejillas lisas y las manos blandas, indicando que habían sido los reyezuelos de unas madres que los adoraban. Unos habían venido de buena gana, anhelantes, como Dary; otros, empujados por una familia sobrecargada. Para algunos, el viaje sería corto, un fracaso. Los otros seguirían adelante doce años, hasta el final, hasta llegar al sacerdocio.

Dary entregó sus pertenencias, excepto las cuentas del rosario, y se le destinó una celda de unos tres metros y medio por dos y medio en el edificio aislado que albergaba a otros veinte novicios. Aquella celda sería su hogar durante años; sencilla, rústica y manchada, sin otros adornos que un crucifijo en la pared y un descolorido cuadro del Sagrado Corazón para hacerle compañía.

El primer día les fueron presentados los hermanos consagrados, de la Orden de Hermanos Cristianos, que actuaban de profesores. A continuación se les ordenó en tono severo que siempre que monseñor entrase en la sala de reuniones, debían hacer una genuflexión. Y el monseñor, viejo y marchito, les recitó el motivo de que estuvieran allí y les informó de lo que se esperaba de ellos, con una voz monótona, sin entusiasmo, y sin que ni por un momento su dueño viera de verdad las caras que tenía delante, lo mismo si aparecían iluminadas por un brillo augusto, que si el miedo las petrificaba. Con la misma ausencia de pasión se les impartió los dogmas que exigían pobreza, castidad y obediencia, y se les informó de las reglas: una crónica de largas horas de devoción completa.

La maquinaria que hacía funcionar el seminario actuaba al son de unas pocas palabras, que se transmitían siempre en susurros. La inclinación de cabeza, para asentir, y el gesto de la mano, para llamar, daban a los movimientos todos de aquella casa una impresión de ingravidez, de andar flotando.

El rosario se rezaba con voz enfervorizada; el menú variaba según la estación, y era invariablemente malo; las horas de instrucción clásica, una batalla de resistencia y una demostración de humildad absoluta. A Dios se le imploraba a pie descalzo y postrados, con ilimitados rezos y con trabajos y deberes del tipo del lavado de orinales.

El hermano Dary parecía estar a gusto, si bien muchos otros derramaban silenciosas, escondidas lágrimas, presas del miedo o la soledad. En aquel primer instante, Dary quedó definido y destacado como un muchacho fuerte, porque, evidentemente, se había preparado para aquella situación desde que le alcanzaba la memoria.

Myles McCracken y Conor se hicieron amigos íntimos. Myles se entrego con toda el alma al trabajo de la herrería, oportunidad que jamás creyó pudiera tener en sus

manos.

Fuera de la herrería, Conor, Mick McGrath y Cooey Quinn le entrenaron en el fútbol gaélico hasta hacerle escalar un nivel aceptable, y además se dedicó al hockey irlandés. Myles no significó solamente una bien recibida aportación al GAA, sino también a la Liga Gaélica, donde se esforzó en hallar sus raíces irlandesas.

Y las chicas empezaban a echarle el anzuelo; porque Myles poseía la mejor cualidad para poder casarse: tenía trabajo fijo. Era casi tan alto y guapo como Conor, cantaba baladas con mayor dulzura aún y tenía una sonrisa capaz de hacerle soltar un gusano a una mamá petirrojo que lo estuviera llevando al nido. Habiendo vivido hasta entonces pobre y sin atenciones, la repentina avalancha de interés que desataba le tenía embelesado. Permanecería fiel a Brigid, naturalmente; aprendería el oficio y luego volvería a su lado como hombre de calidad que sería, y reclamaría lo que antes no pudo reclamar. He ahí el plan. No sabía decidirse a visitar a Brigid hasta que llegara ese momento, porque verse les haría sufrir en exceso. ¡Ah, pero!…, cuando fuese un hombre de posición, ¡las cosas habrían cambiado!

Al principio, Myles dormía en un rincón de la fragua; más tarde se trasladó arriba, con Conor. El dinero del pasaje que no utilizó lo dieron al hermano que venía a continuación para que emigrara, de modo que en Ballyutogue quedaban tres hermanos McCracken. El mayor de los tres heredaría las fincas, y los que habían marchado del pueblo enviaban dinero para el pasaje de los otros dos. Buena parte del salario la destinaba Myles a este menester. No obstante, todavía le quedaban unas cuantas monedas en el bolsillo, cosa que al principio no sabía comprender. Cuando Conor le aumentó el sueldo, alquiló la primera habitación, la primera para él solo que había tenido en la vida.

Conor empezaba a recelar. Aunque Myles no renegaba nunca de sus propósitos respecto a Brigid, ya no se mostraba tan amigo de tener a las chicas a distancia.

—Escúchame bien, Myles —le advertía Conor—. Te están preparando trampas. Te conviene tener los pantalones bien abrochados, si no quieres acabar siendo otro patán del Bogside.

—No te pongas así, Conor —insistía Myles—. Yo soy fiel a Brigid.

—En el fondo del corazón, quizá lo seas; pero ese palitroque que guardas entre las piernas no tiene corazón y menos conciencia. Me ha llegado el rumor de que eres el amante de moda.

—Por amor de Cristo, amigo mío, sólo me divierto un poco. Ya sabes, sólo juego un poco.

—Lo mismo decían todos esos pobres truhanes.

—No te apures. No me cazarán.

Pero las palabras no concordaban con los hechos. Hallarse en la ciudad, lejos de la disciplina y la pobreza comunales, y verse continuamente solicitado constituían un

señuelo demasiado irresistible. La inquietud de Conor iba en aumento.

—Si tienes necesidad de ir a la cama, no mojes la pluma en tinteros católicos, por amor de Dios. Con tantas *Ave Marías*, tantos llantos y tanto pecado, la cosa no resulta demasiado divertida. Además, tiran a matar.

Myles volvía a quitarle importancia.

—Conozco a unas preciosas pajaritas protestantes —insistía Conor—, en Claudy y también en Dungiven. Te darían la gran revolcada de tu vida, y sin condiciones. Por lo tanto, ¡no andes por ahí montando chicas católicas!

A pesar de las buenas intenciones y los consejos de Conor, el ojo de Myles McCracken rodaba de chica en chica, hasta que fue a posarse en Maud Tully. Se había rumoreado que Maud y Conor formarían pareja, pero de esto hacía más de un año. Cuando la muchacha dio a entender que iba en serio, Conor se echó atrás. Le gustaba la compañía de Maud, sobre todo para asistir juntos a manifestaciones culturales; pero se veía claramente que ella aspiraba a un compromiso definitivo. Además, en este sentido, Conor más bien se inclinaba por Gillian Peabody.

Maud Tully era una chiquilla de diecinueve años, inteligente, alegre, vivaracha, que trabajaba en la fábrica de camisas Witherspoon & McNab desde los diez años. Sus padres habían tenido once hijos, ocho de los cuales pasaron de la infancia. Ninguno de sus cinco hermanos había tenido nunca un empleo fijo. Salvo cortos períodos, su padre estaba en paro desde hacía treinta años. A medida que los chicos fueron emigrando, Henry Tully se fue convirtiendo en un borracho amable, marchito y sin dientes, que aparentaba veinte años más de los que realmente tenía y nunca salía del todo de la neblina alcohólica. La madre y las dos hermanas de Maud trabajaban a destajo en la fábrica de camisas, sacándose un promedio de cuatro peniques por hora.

Maud Tully mostraba un apasionamiento singular por librarse del hado del Bogside. Había encontrado una primera rendija de esperanza en la Liga Gaélica y su bandera de irlandesismo. Maud se había lanzado con furia a la tarea de aprender a leer y escribir; estudió el idioma antiguo y tenía la cabeza llena de ideas sobre política, poesía, nacionalismo y deseos humanos.

En Ballyutogue no había chicas como ella, ni parecidas, y fascinaba por completo a muchachos como Myles McCracken. Los domingos, cuando paseaban juntos por la orilla del río, más allá de la ciudad, era frecuente que Myles se pusiera a cantar, sin razón alguna. Se paraban bajo un árbol, y ella le leía libros, y hablaban de cosas que uno jamás llegaba a saber en Ballyutogue, a menos que fuese tan listo como Conor o Seamus O'Neill. Myles no tenía el propósito de comparar a Maud con Brigid, su amor verdadero, y sin embargo, no podía dejar de advertir la diferencia. Después de un rato de conversación con Brigid, se marchaba siempre dominado por la tristeza y el frenesí. Maud le hacía reír.

Era una noche de agosto tan sofocante que el calor levantaba ampollas al polvo de las piedras de las murallas de Derry. Conor iba desnudo hasta la cintura y sudaba copiosamente, trabajando en unos dibujos de macizos candelabros artísticos que le habían encargado para la iglesia de Buncrana.

Y de súbito apareció Myles con una cara color de muerto. Conor levantó la vista y temió que su amigo estuviera muy enfermo, porque se había quedado inmóvil, boquiabierto, y emitía unos sonidos inarticulados.

—¿Qué te pasa, hombre?

Myles se estrujó las manos. Grandes lagrimones surcaron una faz atormentada.

—Se trata de Maud Tully —balbució—. Va a tener un hijo.

El puño de Conor aterrizó en los labios de Myles, mandándole para atrás hasta que chocó con un yunque y se derrumbó de espaldas. Allí quedó, sentado, paralizado, con la cabeza dándole vueltas. Cuando Conor se plantó ante él, parpadeó atontado; luego se pasó el dorso de la mano por los labios y tiró del faldón de la camisa para limpiarse la sangré.

Conor abrió los puños, volvió a su despachito, se dejó caer detrás de la mesa y se cubrió la cara con las manos. Myles se puso a gatas, se levantó tambaleando y se dirigió hacia la puerta de la calle. La cara le iba adquiriendo ya un color oscuro.

—No te vayas —ordenó Conor con voz cascada.

Myles dio media vuelta, todavía sin sostenerse bien sobre los pies, incapaz de hablar, y los dos hombres se quedaron plantados uno frente al otro.

—Lo siento —murmuró Conor.

—No, tienes derecho a matarme.

—No, Myles, no tengo ninguno.

—No puedes imaginarte lo que siento, Conor, después de todo lo que has hecho por mí; sabiendo que lo has hecho por amor a tu hermana.

—Cállate, hombre. Todos vivimos martirizados por otra gente que quiere gobernar nuestra vida. Yo no tengo ningún derecho a gobernar la tuya —y le dio unas palmadas cariñosas en el hombro. Lo cual desesperó todavía más a Myles.

—¡Tú me odias!

—No, no te odio —respondió Conor—. ¿Amas a Maud?

—Sí, es cierto. No sé cuándo se produjo el cambio; pero es cierto, la amo.

—Será mejor que vayamos a ver al padre Pat, en seguida.

Maud Tully no era la primera muchacha del Bogside que se acercaba al altar estando encinta, de modo que la vergüenza de su situación duraría poco. El festejo que hubo después en el Celtic Hall rebosó especialmente de alegría y esperanza, porque si alguien había de ser capaz de salir del Bogside había de ser aquella muchacha.

Conor calculaba que Myles necesitaría dos años más para ser un herrero completo, capaz de establecerse por su cuenta. Había dos alternativas: emigrar, porque a cualquier parte del mundo que uno fuera los herreros siempre encontraban trabajo, o coger una herrería en alguna parte de la región. Maud prefería quedarse en Irlanda, pero la otra perspectiva también resultaba aceptable. Había tomado la decisión, firme, inquebrantable, de poner a Myles en pie. Muchísimas chicas habían hecho semejante voto el día de la boda, pero los que conocían a Maud sabían que ella triunfaría allí donde otras habían fracasado.

La nueva esposa hizo que Myles dejase la habitación alquilada y se trasladara a la choza familiar, a fin de ahorrarse el alquiler. La choza estaba perpetuamente atestada, y tuvieron que arreglarse una alcoba en la cocina, que por las noches separaban del resto colgando una manta en la entrada. Maud seguiría trabajando en la fábrica de camisas hasta el momento en que hubiera de nacer el niño, y guardarían hasta el último penique.

Con aquel pedacito de muchacha al lado, Myles perdió el miedo y el susto iniciales del matrimonio, y juró que estaría a la misma altura de ella, sacrificio por sacrificio, trabajando más horas en la fragua y renunciado a todo gusto, a todo placer particulares, pues sabía que había conquistado una de las mayores y mejores cosas de la vida. Dos años no serían nada, pasarían rápidamente, y cuando hubieran transcurrido podrían caminar a la luz del sol por todo el resto de sus vidas.

13

Todos los martes Conor salía de Derry, a caballo, antes del alba y estaba en la fragua de la Manor y en el andamio antes de que la casona se hubiera puesto en movimiento. Lady Caroline seguía su tarea con apasionado interés, y había advertido a su secretario particular que los martes no estaba en casa para ninguna actividad exterior. Después del desayuno se presentaba en el Long Hall, donde Conor repasaba los planes para el día, y al atardecer volvía a entrar, con un té ligero, a inspeccionar los progresos.

Levantado el andamio, Conor procedió a limpiar dos siglos de escorias, herrumbre y hollín de las barras metálicas con ácido, cepillos de alambre y papel de lija, y trocito a trozo fue poniendo al descubierto los secretos de Tijou. El maestro había construido la reja por secciones y la había colocado en su puesto mediante poleas con aparejo. Luego había cubierto todas las uniones y soldaduras de tal manera que sólo otro maestro sería capaz de descubrirlas.

La edad y el descuido formaban sólo una parte del problema. En esta o aquella época, bombardeos, incendios, desprendimientos del techo habían doblado y debilitado el hierro, exigiendo un examen minucioso para decidir, centímetro a centímetro, qué había que sustituir, cómo reforzar lo demás y qué casaría con las filigranas, las hojas y la vegetación primitivas.

A medida que iban pasando las semanas, una tras otra, la obra del antiguo maestro empezaba a recobrar un aura de elegancia. El corazón de Conor albergaba sus dudas y recelos sobre el hecho de trabajar en Hubble Manor, mientras Caroline, por su parte, se daba cuenta de que aquel hombre era un caso especial. El herrero se esforzaba por apartar a un lado un odio intrínseco, cultivado durante generaciones. La reja, como arte puro, reclamaba toda su pericia profesional, además de que él sabía que estaba viviendo una experiencia única, trabajando en una creación única. Y la empresa le absorbía por entero, ponía en juego su pasión y su tenacidad.

Conor se mantenía apartado de la corriente principal de la vida doméstica de la Manor, esquivando elegantemente las aspiraciones de una bandada de criadas. Cuando hacía buen tiempo, comía solo en el prado, bajo un árbol; si lo hacía malo, se quedaba en el Long Hall.

Con la única persona que trabó auténtica amistad fue con Jeremy, el vizconde de Coleraine, quien parecía sentir más interés por colgarse cabeza abajo de las ramas de los árboles y escupir más lejos que nadie, que por su aristocracia y su título. Ya se sabía de antemano, Jeremy aparecería bajo «el árbol de Conor» con el balón en la mano y una docena de compañeros en zaga, suplicándole que jugasen un partidito corto. Si el tiempo era malo, rondaba por el Long Hall (privilegio no concedido ni siquiera a su madre) y procuraba ser útil dándole herramientas a Conor y,

últimamente, haciendo el trabajo que habría correspondido a un aprendiz.

A medida que los prejuicios que como buen Larkin había alimentado respecto a los Hubble se moderaban, Conor reconocía ante sí mismo que le gustaba la actitud abierta y acogedora de lady Caroline con todos los miembros de la familia, y en especial su manera de tratar al marido. Las habladurías eran un mar en el que flotaban todas las grandes casonas, y Conor no pudo dejar de oír ciertas murmuraciones acerca de que la condesa había tenido que hacer frente a su padre y a su esposo para que sus hijos continuaran en el Ulster, en vez de llevarlos a estudiar a Inglaterra.

Conor llegó a esperar los martes con impaciencia, por algo que no era la reja precisamente y que le atormentaba hasta el punto de no dejarle absorberse por completo en su trabajo y que acabó por hacerle tratar bruscamente a Jeremy y a echarle fuera. A medida que la grieta se ahondaba en su mente, se puso deliberadamente a ensanchar la distancia entre la familia Hubble y él.

Caroline observaba esta evolución, preocupada a su vez. Jeremy, que vivía la fase de la adoración al héroe, no se dejaba repudiar. Un determinado martes, Caroline estaba en su boudoir y había fijado la mirada casualmente en Conor, que leía bajo el árbol, cuando Jeremy corrió hacia él, balón en mano.

—Hoy no tengo tiempo para ti —dijo secamente Conor.

—Vamos, Conor, por favor.

El herrero se levantó airado, le arrebató la pelota al muchacho y la chutó lejos.

—¡Y ahora piérdete de vista y no me molestes!

Jeremy se quedó inmóvil, sencillamente, y levantó los ojos. Después se puso a sollozar y corrió en busca del balón. Conor le siguió con la mirada, disgustado de su propio comportamiento, y se alejó pisando con furia.

¿Debía hablarle, o pasar el incidente por alto? Hablarle ¿significaría conceder demasiada familiaridad sobre una cuestión personal a un obrero contratado? ¿O quizá la situación especial de Larkin lo requería? Mientras sopesaba la cuestión, advirtió que el herrero se había dejado el libro bajo el árbol y decidió llevárselo. Ya con el volumen en la mano, una curiosidad irresistible venció la repugnancia a lo indiscreto que sería atisbar en el santuario de Conor, y Caroline se volvió a su refugio con el libro.

La condesa se acurrucó en el canapé. Las cejas se le juntaron, desconcertada, al leer el título: The Kavevala, de Elias Lonnröt. Las páginas interiores contenían el poema épico finés, extensa leyenda popular no muy distinta de una narración celta. Hacia mitad del libro había varias hojas de papel sueltas. Algunas contenían dibujos obviamente relacionados con la cancela, pero otras mostraban garabateadas palabras escritas al azar por Conor; era una serie de versos cortos. Caroline titubeó un momento más todavía; luego se sumió en la lectura.

Los obispos diluviaban
Condenas.
El Parlamento lamentaba
Tentaciones.
Decidieron matarle tres veces.
Una moral falsa manaba de labios venales
Exigiendo el sacrificio.

Parnell ha muerto.
Parnell ha muerto
Y el alma de Erín está enterrada en su fosa.

Odio, Derry, la bazofia acumulada ante tus murallas,
De esta pocilga del Bogside pretendo huir.
Mas si un día, así incitado, marcho de aquí,
Ramera inmigrante en tierra extraña, ¿hallaré paz?
Y una vez lejos, ¿no me atormentará ya nunca más
La dantesca visión de tus feas murallas?
¿Dónde está el bien, mi Derry? ¿Estará allá?
¿O he de seguir llorando ante tus piedras canallas?

No hay placer que se pueda comparar
Al de ir a coger algas en la mar.
Brincando libre, la cabeza loca,
Y aquella sal llenándote la boca
Y aquel montón de chicas bullendo alrededor,
Los labios sonrientes y los pechos en flor.

EL PADRE LYNCH

Inclínate, arrodíllate, póstrate.
Recita el acto de contrición,
Tiembla de miedo y de su misión.
Pecado, espanto y penitencia
Siguen al ciego
En su demencia.
Confiesa y llora ¡absolución!
Vida, fenece.
¡Gloria a la muerte!

UN PASEO HASTA DERRY

Casas caídas,
Murallas de hambre,
Labios verdosos de comer hierba.
¿Por qué tenemos que comer como bestias?
Vientres hinchados,
Hospitales, fiebre.
Bodegas pestilentes de barcos de la muerte.
¿Por qué han de transportarnos como a triste ganado?
Montones de cadáveres.
Piras comunales,
Dios salve a nuestra noble reina…

Había más; un soneto inacabado y místico a su padre y unos garabatos casi incoherentes sobre las emociones del fútbol, un amigo llamado Seamus O'Neill y un maestro de valla.

Pálida, Caroline cerró el libro y volvió a bajar prestamente al prado. Conor había regresado y buscaba su libro. Ella se lo entregó.

—Me temo que soy culpable de una vergonzosa indiscreción —le dijo.

—No se apure —respondió mansamente Conor—. Todos somos iguales, nosotros, ya lo sabe. Supongo que lo único que Irlanda no necesita es un poetrasto más.

—Señor Larkin, ¿querría decirme ahora, en seguida, si trabajar aquí le da remordimientos de conciencia?

Conor se estudió las manos. Nunca las tenía completamente libres del negro de la fragua, como les pasa también a los mineros del carbón con los pulmones.

—Siento una simpatía personal por usted —diio con su mejor evasividad irlandesa—. En cuanto a lord Hubble, me ha tratado bien, y siento un sincero aprecio por el joven Jeremy, y también por Christopher.

—Ha esquivado mi pregunta con arte consumado —dijo Caroline.

—Sí, me revuelvo entre sentimientos contradictorios.

—¿Terminará la reja?

—Hice un trato.

—Pero no quisiera —insistió ella.

—Quiero terminarla por dos motivos —respondió Conor—. Sería criminal saber que puedes hacer algo por salvar una obra como ésa, y no hacerlo. Y soy lo bastante presuntuoso para creer que usted no encontraría otro como yo.

—Estoy de acuerdo —dijo Caroline—. ¿Y el segundo motivo?

—Quizá cuando volvamos a vernos en el futuro, el trato que sostengamos no sea tan agradable como ahora. Entre usted y yo ha habido una relación desacostumbrada y hermosa. Me gustaría que usted y Jeremy se acordaran siempre de mí con un poco de afecto. No sé por qué, súbitamente, la opinión de ustedes tiene tanta importancia para mí; pero la tiene.

—Y yo se lo agradezco —respondió Caroline.

Cuando se acercaba el fin de la obra, Caroline Hubble acariciaba la idea de buscar otro trabajo para que Larkin siguiera frecuentando la casa; pero la abandonó. Era una idea poblada de cosas que valía más dejar en paz.

Un día la reja quedó terminada, y Conor se despidió.

Uno de los factores de solidez del matrimonio Hubble lo constituía el saber comprender que dos personas pueden amarse con absoluta devoción y, sin embargo, sentir admiraciones normales, amor y hasta deseo físico por otras. Mientras Caroline y Roger se dejaron recíprocamente en libertad para albergar tales pensamientos y mientras los comentaron abiertamente, nunca tuvieron necesidad de satisfacer estos deseos en secreto. No se necesitaba una penetración especial por parte de Roger para advertir que su esposa estaba encaprichada con aquel Larkin, probablemente en todos los aspectos. Caroline no había abandonado nunca su admiración por los obreros musculosos, sudorosos, y Larkin poseía, en verdad, su buena parte de ambas cosas. Tiempo atrás, cuando Caroline o Roger eran presa de semejantes pulsaciones, éstas les servían de tema para conversaciones jocosas y obscenas. Lo que le fastidiaba a Roger, en el caso de Larkin, era que Caroline no lo mencionaba nunca. Era como si, por primera vez, le estafase, pretendiendo guardarse aquella fantasía para ella sola. Sin embargo, gozando como gozaba Roger de la libertad y la confianza que su mujer y él se concedían, habría sido muy poco fino por su parte ponerse como un toro en celo y arrojar al tal Larkin de casa. A pesar de todo, no pudo dejar de experimentar una sensación de alivio cuando la cancela quedó terminada.

La noche que Conor se despidió, Roger bajó a comer enojado.

—Conviene que vayas a ver a Jeremy —le dijo a Caroline—. Está arriba, en su cuarto, llorando.

Más tarde, durante la partida de billar, Roger rompió el silencio que había imperado toda la velada:

—Esta maldita casa está como de luto. ¿Ha cazado Larkin a muchas criadas nuestras?

—Yo sería la última en enterarme de una cosa así.

—¿Has llegado a conocerlo a fondo, de veras? —preguntó Roger.

—No, se mantenía a distancia.

—Bueno, lo cierto es que ha causado gran impresión en Jeremy.

—Por el rugby y esas cosas.

«¿Debo o no debo?», se preguntaba Roger a sí mismo, mientras preparaba un disparo. Y lo soltó.

—¿Le encontrabas terriblemente atractivo?

—Supongo que sí —respondió Caroline.

—Podías haberlo dicho.

—Le encontraba un atractivo desgarrador, un atractivo que te serenaba. Es un hombre fuerte y perspicaz, y tengo la sensación que no es la última vez que hemos de ocuparnos de él. Y no pienso en él nada más, sino en todos ellos. Este hombre me ha dado ocasión de contemplar el interior de nuestros enemigos. Una se estremece un poco al pensar que este país nuestro está lleno de gente de su clase.

—Sí —convino Roger—, lord Arthur murmuró algo sobre este tema en su lecho de muerte. Bueno, mientras el brigadier Swan vigile la tienda, todo continuará en buen orden por todo el resto de nuestros días.

—¿Y los días de Jeremy y Christopher?

Roger celebró con una carcajada el giro serio que tomaba la conversación, dejó el taco de billar en el rastrillo y abrazó a su esposa.

—La cancela ha quedado que quita el aliento —le dijo—. Estoy contento de que hayas resuelto el problema para siempre.

A los seis meses permitieron que Dary recibiera visita, un domingo, y le dieron permiso para salir del recinto del seminario. Más allá del puente de Burntollet había un hermoso garito de madera llamado «The Ness» que traía incluida la asombrosa sorpresa de una cascada, «Shane's Leap», llamada así porque se decía que el tal Shane, un Robín Hood legendario, de Derry, había huido saltándola.

Dary y Conor merendaron allí, y al poco rato las ardillas rojas y los pájaros parloteaban y correteaban a su alrededor, viendo si les echaban algo. Conor sonreía a su hermano. Era muy propio de Dary que los animalitos comieran en su mano, sin miedo. Conor había sentido una profunda compasión por Dary, criatura hermosa, pequeña y delicada que parecía muy poco dotada para cargar con las penas de la vida. Y sin embargo, allí le tenía, perfectamente dueño de sí mismo y en plena floración de paz interior.

Dary sabía que su hermano hervía por dentro y estaba a punto de estallar. Había leído las ansiedades que le atormentaban en las palabras de sus recientes poemas, y durante el día Conor había andado mordisqueando por los bordes de su frustración. Entre otras cosas, estaba la repulsa que le inspiraba el sacerdocio, y, no hay que decirlo, había soltado las alusiones habituales a la libertad que se perdía Dary.

—Mira —le dijo éste de pronto—, soy feliz. La puerta del seminario no tiene cerradura. Hay personas que consideran una tragedia que un hermano suyo siga el

camino del sacerdocio.

«Quizá tengas razón, Dary —pensaba Conor—, si acabas siendo un sacerdote al estilo de Pat McShane. Pero también de los ojos del padre Pat he visto huir el espíritu, y, sí, también he visto en ellos aquellos momentos fugitivos de deseos, de anhelos terrenales. También tú sufrirás, también tú sentirás hambre.»

—No ha habido ni un solo sacerdote que no haya tenido que luchar con la tentación —comentó Dary, adivinando los pensamientos de su hermano—. Creo que no seré yo el primero.

—Eres demasiado listo para tu edad, muchacho —soltó Conor.

—Y tú estás a punto de estallar, Conor. Por amor de Dios, dime qué pasa en tu interior.

Libre de la obligación de guardar silencio que se había impuesto a sí mismo, Conor musitó:

—No lo sé, Dary. Quizá se deba a la condenada reja de Manor. Era una situación extraña. Aquí me tienes, entregando el corazón a una casa y a un objeto que son símbolos de la injusticia más absoluta. Sentía cariño por los hijos y afecto por la madre. Supongo que un afecto mayor de lo que podría confesar. Trabajar en aquella cancela era como un sueño. Siempre esperaba los martes. Ahora que se terminó, me siento solo, y estoy disgustado conmigo mismo.

—Se han encendido en ti unas llamas que valía más dejar apagadas. No querías ver nada bueno en personas a las que odias desde la cuna. No querías sentir afecto por ellas. Querías que fuesen malvadas de pies a cabeza, para confirmar tu odio —explicó Dary.

—¡Maldito seas, Dary! ¡Asusta la claridad con que ves el interior de la gente!

—Eres mi hermano, Conor. No son los Hubble los que te atormentan, ni es la cancela…

—¡Ah, tú serás todo un cura de tomo y lomo, en verdad que lo serás! —exclamó Conor, privado de las meditadas defensas en que se escudaba.

—¿Qué te pasa, pues, Conor?

—Si quieres saberlo, pequeño Dary, ven a cruzar el Bogside conmigo. Mira los ojos suplicantes de los chiquillos, flacos, huesudos, viejos, ancianitos de diez y once años, y mira las expresiones apagadas de sus derrotados padres, y mira, si quieres, toda aquella colección de micks jóvenes, amontonados bajo la fría llovizna, hundidas las manos en los bolsillos, malgastando un día, y otro, y otro, hasta que huyen a América, persiguiendo la última fantasía. Y las cuadrillas de muchachas de las fábricas, arrastrándose a casa demasiado cansadas para cantar, o hacer el amor, o conocer la alegría, sólo capaces de dejarse llenar el vientre hasta que caminan como los gansos y se quedan más exhaustas todavía de vida. Y el vómito en el arroyo, y las primeras peleas y los alaridos agudos de los que desahogan sus frustraciones unos en

otros como animales. ¡Y ellos, los de Hubble Manor, cuidando bien de que los micos irlandeses continúen ineptos para todo lo que no sea ensuciar las cloacas! ¡He traicionado a Conor Larkin, esto es lo que hay! Alrededor de mis entrañas se está formando una capa de grasa por culpa de tener dinero a puñados para comprar tanta cerveza como quiera, y estoy tan cochinamente satisfecho de mí mismo que ya no oigo los sollozos de los míos, cuando lloran. No los oigo porque no quiero oírlos. Quiero paz, ¡pero no puede haberla! ¿Sabes por qué? Porque pesa una maldición sobre mí, porque pesa una maldición sobre el apellido de Larkin. ¡La maldición vuelve, una vez, y otra, y otra, a hostigarme! ¡Ronan! ¡Kilty! ¡Tomas! Y ahora ¡yo! ¿Qué somos los irlandeses en el conjunto de los nombres? ¿Somos leprosos? ¿Somos una plaga? ¿Tendrán fin algún día nuestras lágrimas?

El toque del *Angelus* llegó a sus oídos, señalando que el tiempo que podían pasar juntos había terminado. Dary arrojó las últimas migajas a los alados pedigüeños. Repasaron el puente, subieron por el caminito que llevaba al seminario y se detuvieron ante la entrada sabiendo que pasaría mucho tiempo antes de que pudieran volver a verse.

—No es que haya de servir de mucho, pero intercala una oración por mí, de vez en cuando —pidió Conor.

—Siempre rezo por ti.

—Ya lo sabía, pequeñajo. Te he visto rezar desde que supiste andar. Por supuesto, siempre lo llevaste muy a la callada. Dime, Dary, ¿qué pides para mí?

—¿Qué importa lo que pida?

—No, dímelo. Creo que necesito saberlo.

—Pido que mi hermano Conor no caiga abatido por las armas británicas.

14

Nadie sabía con certeza que fuesen las cuatro y media de la mañana, pero cuando llegaba esta hora, el movimiento empezaba de una manera automática. Estos días la casita de dormitorio único de Sparrow Lane, edificada el siglo XVIII, estaba menos atestada, pues de los ocho hijos de los Tully sólo quedaban en ella dos hijas. Los padres, Henry y su esposa Bessie, ocupaban el dormitorio. Peg, que era la hermana mayor, su marido y los cuatro hijos dormían en la salita.

A cambio del privilegio de estar en la intimidad de una alcoba de la cocina separada por una manta, Maud y Myles debían ser los primeros en levantarse. Pasaban la noche abrazados, y así resistían hasta el último instante, con el niño pataleando furiosamente en las entrañas de Maud, que estaba al final de su séptimo mes. Maud se sentaba en el colchón, parecía más pequeña, la mitad de como era antes, con los delgados brazos y los reducidos senos más achicados todavía por la enormidad del vientre. Luego ambos se vestían en silencio, realizando los movimientos típicos, entrenados desde mucho tiempo atrás, de las personas que viven en una morada muy apretujada y se despiertan entre tinieblas.

Myles recogía del suelo el colchón y las ropas de la cama, lo enrollaba todo y lo metía bajo la escalera, mientras su esposa se iba al patio trasero a iniciar el desfile hacia el retrete y la bomba de agua entre el frío de los primeros minutos del amanecer.

Bessie, Peg y la hija de ésta, Deirdre, que había empezado a trabajar en la fábrica, desayunaban con sobras de cerdo picadas y patatas. Despachaban el condumio adormiladas, enrojecidos los ojos, en un estupor matutino amenizado por Henry Tully, que dormía la borrachera eterna disparando un bombardeo de ronquidos. También el marido de Peg se quedaba en la cama, con los tres hijos restantes formando ovillo en un solo colchón.

Cuando terminaron las tres primeras, Maud y Myles ocuparon la mesa y desayunaron con un huevo; uno de los dos con que se regalaban todas las semanas. Maud guardaba en el limpio bolsito de la compra un almuerzo consistente en salchicha de cerdo, una patata, una manzana y té. Luego encendía la linterna y salía a hundirse en la oscuridad, cuyo frío le helaba el aliento. Myles acompañaba siempre a su esposa a la fábrica, aunque la fragua tardaría casi dos horas en abrir sus puertas. Myles las pasaba haciendo trabajo extraordinario, si lo había, o en la oficina de Conor, estudiando gaélico o leyendo algún libro de los muchísimos que Conor tenía sobre hierro labrado.

Arriba y abajo de las calles brillaban las linternas mientras las mujeres dirigían sus pasos hacia Witherspoon & McNab y las otras fábricas e hilanderías para el turno que empezaba a las seis, en una procesión que más bien parecía una comitiva

fúnebre. Deirdre, la sobrina de Maud, acababa de cumplir los once años y había pasado a engrosar el triste desfile junto con centenares de muchachas del Bogside que abandonaban la niñez para echarse en las fauces de las fábricas y talleres de Londonderry.

Myles rodeaba a su esposa con el brazo para protegerla del frío. Sería un día particularmente duro, porque la fábrica no tenía otra calefacción que la de las estufas de las planchadoras, en el tercer piso; pero Maud trabajaría demasiado lejos de allí para poder beneficiarse. El invierno era la estación más cruel. En invierno Maud casi nunca veía la luz del día, salvo los domingos; había de levantarse, ir al trabajo y regresar caída ya la noche, lo mismo que un minero.

Se sentía espantosamente cansada, pero se negaba a rendirse. Vendría el verano, y tendrían luz. Pasaría año y medio y abandonarían el Bogside para siempre. Marido y mujer se pararon delante de la fábrica, al otro lado de la calle, y se quedaron mirando cómo devoraba el forraje humano. A medida que, dentro, encendían hileras de lámparas de gas, el mortecino brillo de sus llamas atravesaba las sucias ventanas, procurando una triste y amarillenta iluminación. Maud subía más despacio cada día al sexto piso, rindiéndose con renuencia al peso que llevaba en el vientre.

—Odio esa fábrica porque me separa de ti y por lo que hace contigo. Trabajaré hasta despellejarme las manos para compensártelo —prometía Myles restallando los dientes.

—A veces —murmuró ella— me odio a mí misma por haber querido conseguirte, al precio que fuese, y me avergüenzo de estar utilizándote para que me saques de Derry.

—Es el estado en que te hallas lo que te hace hablar así. No quiero volver a escuchar palabras semejantes. Esto pasará, Maudie, como un mal sueño. Fíjate en lo que nos espera, ¿quieres? Esta noche tenemos una reunión de la Liga, con una conferencia del padre Pat, y el domingo, después de la misa, cogeremos el tren para Convoy y veremos la fragua de allá, que está en venta.

—¿Crees de veras que el dueño esperará hasta que estés preparado?

—Me prometió que sí. Y si no espera, ¿qué importa? Habrá otras que comprar.

Maud se arremangó las faldas para entrar. Myles la cogió por los hombros.

—En mis veintitrés años no he tenido nada excepto tu amor, Maudie. Sin ti, no soy nada. Contigo, lo soy todo.

—Adelante, muchacho —respondió ella, pellizcándole la mejilla y esforzándose por sonreír—. No se está tan mal allá arriba; me paso el día entero pensando en ti.

Las muchachas soltaban risitas maliciosas al cruzar, mientras Myles y Maud McCracken permanecían unos momentos abrazados y besándose, como solían hacer todas las mañanas. Se habría pensado que todavía eran novios, en vez de estar ella encinta de casi ocho meses. Myles casi no se podía avenir a verla desaparecer en

aquel oscuro antro; por ello dio media vuelta y se marchó, y las tinieblas le engulleron inmediatamente. Deirdre corrió a reunirse con su tía. Maud levantó la vista hacia el sexto piso y suspiró:

—Vamos, amor, demos a Su Señoría su libra de carne.

Los padres de la Corporación Municipal de Londonderry pensaron que Angus Witherspoon y Simón McNab se habían vuelto locos cuando éstos les comunicaron sus planes de levantar una fábrica de camisas en Abercorn Road. Era el año 1870 y los dos inmigrantes escoceses habían prosperado enormemente. Confeccionaban las camisas combinando un conjunto de talleres pequeños y dando el trabajo a destajo; esta última modalidad se cultivaba principalmente en casas particulares como «industria doméstica». Antes de las leyes de reforma, la astuta pareja utilizaba la mano de obra de orfanatos, asilos, cárceles y reformatorios. En 1870 al lino se le presentaban mejores perspectivas que nunca. A causa de la guerra civil americana, el mercado del algodón se había hundido, y el lino se encontraba en auge.

La idea de unificar todos los elementos, pequeños, dispersos en un gran edificio moderno, concebido para la producción en masa trastornaba el cerebro. Pero más lo trastornó todavía el edificio en sí. En 1873 perforó el firmamento de Londonderry una mole enorme, de siete pisos, la mayor hazaña arquitectónica de todos los tiempos en aquella parte de Irlanda. Tal construcción fue posible gracias al empleo de grandes pilares de hierro colado, en forma de tubo hueco. Cada uno de los siete pisos había sido ideado como una sección de un único plan magistral para confeccionar camisas por el método del trabajo en cadena.

La planta baja de Abercorn Road albergaba las oficinas de la compañía, e inmediatamente detrás de éstas, en el costado izquierdo del edificio, se hallaba la sección de recepción, en la que descargaban la tela. Las camisas terminadas bajaban al costado derecho del edificio, listas para el embarque, de modo que en la parte trasera, que albergaba un extenso establo, había siempre un bullicio de carretas de reparto tiradas por caballos.

Rollos de tela blanca y estampada subían al séptimo piso por el costado izquierdo mediante un montacargas movido a mano y que funcionaba a base de soga y polea. El piso superior albergaba la sección de corte, a fin de aprovechar mejor la luz natural. Simón McNab, que era el genio de la pareja en materia de producción, había ideado unas mesas inmensas para cortar las piezas, así como las «tijeras McNab» con cuchillas de más de cuarenta centímetros de largas, capaces de cortar siete capas de tela a la vez, con lo cual se cortaban a la vez siete piezas iguales.

Los cortadores eran hombres. Además de que el lino ofrecía más dificultades que el algodón, cortar el número mágico de siete exigía una buena musculatura. Con siete juegos de mangas, bolsillos, pecheras y espaldas cortados según el patrón, el cortador

hacía paquetes según color, talla y estilo.

—¡Mensajera! —gritaba—. ¡Paquete, paquete!

Niñas de nueve a catorce años de edad formaban una procesión constante yendo y viniendo de las mesas de los cortadores, con un paquete bajo cada brazo, o sea, un total de catorce camisas sin coser. Utilizando un ascensor del costado derecho del edificio, bajaban a los pisos sexto, quinto y cuarto, cada uno de los cuales contenía una batería de doscientas máquinas de coser, a pedal, y un número menor de ojaleras. La mensajera dejaba el paquete en una de las seiscientas máquinas que lo requerían, y regresaba a la sala de corte con el ascensor de la izquierda, cerrando así un círculo de movimiento incesante.

Las que movían las máquinas de coser, todas mujeres, recogían los marbetes especiales de los paquetes. Un marbete por camisa, un penique por camisa, y se ponían a coserlas, completando de tres a cinco camisas por hora.

A continuación actuaban las ojaleras de los tres pisos, cosiendo los botones a mano y pegando los cuellos. Eran las obreras selectas y cobraban un salario básico de una libra y dos chelines semanales.

La camisa terminada seguía su camino hacia el tercer piso, la caja de vapor y las planchas. Por el rectángulo del edificio estaban repartidas veinticinco estufas de carbón, cerca de las mesas de las planchadoras. Los complicados pliegues y alforzados requerían una mano de mujer en la plancha. Las planchadoras eran chicas de quince o dieciséis años, ascendidas del empleo de mensajeras. Cinco muchachos aprendices, futuros cortadores, se encargaban de alimentar las estufas y tenerlas bien calientes. El tercer piso de la Witherspoon & McNab era una antesala del infierno; allí la resistencia humana llegaba al límite, lo mismo en invierno que en verano. Las planchadoras pasaban uno o dos años en esta categoría, hasta que quedaba libre una máquina de coser en alguno de los pisos superiores.

Continuando el descenso, en el segundo piso, las mujeres maduras, que ya no podían resistir una jornada de diez horas en las máquinas de coser, se encargaban del etiquetado y doblado de las camisas y de ponerlas en cajas. Se les permitía acabar la vida sin mayores daños para sus cuerpos ni sus mentes, pero con la mitad del salario de antes, a veinte chelines por semana.

En la planta baja, el producto terminado (unas treinta mil camisas diarias) pasaba a los muelles de embarque para ser trasladado a los almacenes, las tiendas de la ciudad, la estación del ferrocarril que lo distribuiría por toda Irlanda, o al puerto, para ser enviado a Gran Bretaña y a los mercados de todo el mundo.

Cuando Simón McNab concibió y construyó la fábrica tomó en consideración todos los factores, excepto uno: el de que las mil cien mujeres, los trescientos hombres y los doscientos niños que trabajarían en ella eran seres humanos.

A las pocas semanas quedó refinado el movimiento de su cadena de producción.

Pero no había ningún servicio especial de limpieza y conservación, salvo en la planta baja, que albergaba a jefes, contables, vendedores y diseñadores. Arriba en la fábrica se esperaba que cada obrero y cada obrera tuvieran su área particular limpia, cosa perfectamente imposible. En el suelo se formaban gomosas capas de suciedad, que cubrían también las columnas y volvían opacas las ventanas.

En este sentido, los cortadores eran los más favorecidos. Sus ventanas eran las únicas que se limpiaban, porque con luz natural trabajaban más y mejor. Por el resto de las ventanas de la fábrica no se veía el exterior. En cada piso había un solo retrete para uso de unos doscientos obreros y obreras. Tampoco limpiaba nadie los retretes y como los grifos de las pilas se obturaron a los pocos años, tampoco había agua corriente. El olor a orina y excrementos llegó a ser tan fuerte que penetraba en las zonas de trabajo, y los hombres y las mujeres se aguantaban sus necesidades antes que entrar en aquellos cubículos.

El esquema de McNab no había cuidado de regular la entrada de materia prima, de modo que por escaleras, rellanos y pasillos se acumulaba una reserva de rollos de tela, impidiendo el paso y aumentando el hacinamiento general.

Al cabo de un año, las ventanas quedaron atascadas por la suciedad, de manera que no circulaba por allí ni un soplo de aire y a cada inhalación entraban en los pulmones menudas hilazas y polvo de la tela.

Las salas de trabajo estaban iluminadas por baterías de lámparas de gas nunca puestas a plena potencia, con objeto de ahorrar, de modo que había una luz grisácea, insuficiente para un trabajo delicado. Los capataces de los tres pisos de destajo competían enconadamente entre ellos. El encargado elevado recibía premios, el de pequeña categoría se veía sometido a una presión brutal; en consecuencia, unos y otros empujaban a las obreras a trabajar hasta el límite de su capacidad.

Al cabo de pocos años, la fábrica empezó a poblarse de ruinas humanas. Diez horas al día, seis días por semana y el pedal de la máquina sometían los organismos de las mujeres a esfuerzos antinaturales, de modo que pocas obreras se libraban de graves dolencias de la columna vertebral y sus ojos soportaban una sobrecarga implacable. Los pulmones, faltos de aire puro y cargados de polvo, buscaban un desahogo en los accesos de tos. La tuberculosis azotaba el Bogside. Las tumefacciones reumáticas de las articulaciones tullían a los obreros en aquellos largos y húmedos inviernos sin calefacción.

Pero los veranos eran peores aún. El calor de las estufas y las planchas del tercer piso elevaba la temperatura de esta dependencia hasta los cuarenta y seis grados centígrados, temperatura que las columnas de hierro colado transmitían a los pisos superiores, convirtiendo a la fábrica entera en un horno.

El ruido de las máquinas, que había estropeado el oído de todas las obreras, sólo cesaba durante veinticinco minutos al día, el rato que tenían las obreras para el

almuerzo. El taponamiento de las escaleras impedía abandonar la fábrica, de modo que la comida se despachaba ante la respectiva máquina.

Aun así, las condiciones de trabajo eran mejores que en otros tiempos, antes de las leyes de reforma, cuando la mayor parte de la mano de obra venía de manantiales públicos: cárceles y orfanatos. Otra parte procedía de la industria doméstica. Entonces cobraban salarios de seis peniques al día. Y sí se necesitaban chicas del exterior, habían de vivir en dormitorios de la misma fábrica y sólo podían salir a visitar a sus familias los domingos. La situación, indudablemente, había mejorado.

Maud llegó al rellano del sexto piso haciendo un esfuerzo en cada peldaño y tuvo que cogerse a la barandilla, boqueando, hasta que el furioso martilleo de su corazón se calmó. Peg le rodeó los hombros con el brazo, la sostuvo y luego la llevó detrás de una pila de piezas de tela, donde no pudieran oírlas.

—Estoy perfectamente, Peg.

—¡Diablos estás! Mírate, te has quedado en la piel y el hueso. Es el primer hijo y deberías cuidarte mejor —tentó la frente, húmeda y viscosa de su hermana—. Esta noche hablaré con Myles.

—No, no lo consiento, Peg.

—Por amor de Dios, tu marido se gana la vida.

—Necesitamos el dinero, si queremos marcharnos de aquí.

—De poco te servirá, si para ganarlo te matas.

—No hables con Myles.

—Hablaré.

—Te prometo que dentro de unas semanas me iré.

Dejó plantada a su hermana y entró en la sala. Una sala que sus ojos no distinguían bien, que giraba en torbellino. Doscientas chicas…, doscientas máquinas. La luz de gas aumentó de intensidad, con renuencia. Maud se encaminó hacia aquella máquina, la suya, tal como había hecho ya más de dos millares de veces… Sólo unas cuantas veces todavía, hasta que nazca el niño… El capataz correteaba arriba y abajo del pasillo parloteando un poco antes de comenzar el trabajo. Desde hacía una semana, el sexto piso quedaba detrás de los otros dos en producción. ¡Si no se ponían a la tarea en cuerpo y alma habría que verificar algunos cambios! Maud se abrochó el suéter para protegerse del frío. Por las columnas, pronto subiría algo de calor del tercer piso. Y ella trabajaba cerca de la columna, gracias a Dios. ¡Ojalá no tuviera que trabajar cerca también en verano! Había cortado los dedos de los guantes de lana, y así podía tener las manos calientes y gobernar la máquina. En ella le aguardaba un paquete de siete camisas. Cortó el cordón, quitó los marbetes y se los puso en el bolsillo del delantal. Siete peniques por siete camisas. Siete peniques para libertad. Siete peniques para la herrería de Convoy. No se estaba tan mal en el sexto piso, si no

hubiera que subir las escaleras. El frío del invierno quedaba más que compensado por el hecho de que el calor del tercero no les llegaba en todo su furor durante el verano. Peg estaba en la máquina de al lado y Deirdre bajaría corriendo de la sala de corte.

¡Pobre Deirdre! Dentro de unos meses empezaría el terrible período de un año, o dos, en las planchas del tercer piso. Después, un penique por camisa. Su sobrina Deirdre, y su madre Bessie; la vieja y la joven del equipo. Actualmente Bessie era una anciana destrozada, de cuarenta y cuatro años, que pasaba los últimos días de su vida empaquetando en el segundo piso.

Deirdre llegó, se situó entre su madre y Maud y dio un bulto a la primera.

—Acaba de alborear —dijo—. Parece que hará buen día. Quizá podamos subir a comer al terrado.

Y mientras guardaban en sus pensamientos esta hermosa idea, la sirena de las seis puso a la sala en febril actividad.

Al cabo de una hora, los dolores y molestias del pedal, de encorvarse, del niño, del frío, del ruido y el torbellino quedaron relegados al olvido. Maud se hallaba en Donegal, en Convoy, donde las colinas ondulaban bellamente el suelo; estaba de pie en la fragua de Myles, con una criaturita en brazos y otra cogida al delantal, y Myles, musculoso y cubierto de hollín y herrumbre, levantaba los ojos del yunque, y le sonreía y se secaba el sudor de la frente, y se lavaba la cara y las manos antes de besarla, y se alejaban cogidos por la cintura, dirigiéndose como todos los días hacia aquel árbol tan grande que había entre la fragua y la casita y bajo el cual ella servía el almuerzo…

Angus Witherspoon, o sea, la mitad comercial de la pareja, percibía un mordisqueo en los bordes del mercado del lino, mientras el algodón retornaba por sus fueros. Él y Simon McNab eran viejos, sin herederos dignos de mención y con más dinero del que podían gastar en toda una vida. Cuando se presentó un comprador de verdad, en la persona del conde de Foyle, consideraron llegado el momento de descargar de sus hombros el peso de la fábrica.

MacAdam Rankin, en representación de lord Arthur Hubble, trajo una prestigiosa firma de arquitectos que examinaron la fábrica en su aspecto material y confeccionaron una lista de defectos alarmantes. Dicha lista sirvió a Rankin de instrumento de regateo. Con ella en la mano argüía que sería preciso gastar un mínimo de doscientas mil libras para poner la fábrica en condiciones. Contradiciendo el argumento de los dueños de que el edificio era a prueba de incendios, los arquitectos sostenían que si las columnas de hierro colado se sobrecalentaban alguna vez a causa de un fuego y se les echaba agua se resquebrajarían. Con lo cual el edificio entero podría venirse abajo.

Además de introducir marcos de acero, para prescindir de algunas vigas, el

edificio necesitaba de un sistema de bocas de agua contra incendios y salidas de emergencia. Por otra parte, había que construir un almacén para terminar con la costumbre de taponar los pasillos con pilas de piezas de tela. Finalmente, se precisaba una renovación completa, de cabo a rabo; desde devolver a las ventanas su función ventiladora hasta instalar sistemas de calefacción y diseñar de nuevo las sillas de las operarías… Todo ello a fin de conseguir un máximo de producción.

Durante las negociaciones, MacAdam Rankin utilizó sabiamente todos estos argumentos para rebajar el precio de la fábrica. Cuando Witherspoon & McNab hubieron vendido, las recomendaciones de los arquitectos se guardaron en un archivo y no se habló nunca más de ellas. El viejo edificio siguió en activo tan lóbrego como siempre, envejeciendo a ojos vistas, volviéndose más sucio y peligroso a medida que pasaban los años.

Cuando Rankin salió de la escena y lord Roger tomó las riendas del negocio, el mercado del lino volvía a estar en auge y la fábrica en plena producción. Lord Roger inspeccionó el edificio una sola vez y ya no volvió a subir más arriba de la planta baja. Controlando como controlaba los campos de lino y las hilanderías, la fábrica de camisas rendía unos beneficios increíbles, alrededor del medio millón de libras al año; dinero que financiaba en buena parte las incursiones de lord Roger en el campo de los ferrocarriles, los barcos y otras adquisiciones. Se hablaba con cierta frecuencia de mejorar algo el edificio, pero siempre resultaban habladurías ociosas. So pretexto y alegato de que el mercado del lino podía hundirse de nuevo, no se procedió a renovación alguna. Las empresas Foyle adoptaron como principio fundamental la idea de que la fábrica de camisas era una vaca a la que había que ordeñar hasta que se quedase seca.

Eliminada toda precaución por renovar el edificio viejo o levantar uno nuevo, el problema principal quedaba reducido a mantener alejados de allí a los organizadores de sindicatos obreros. Maxwell había demostrado desde antiguo su temple para estos menesteres en los Talleres Weed de Belfast. Después de organizar personalmente un sistema de espionaje en la fábrica, destacó a Kermit Devine, primer ayudante personal suyo, a Londonderry para auxiliar a lord Hubble. Aunque Devine era católico, había servido lealmente a la Corona durante tres decenios y Swan le había sacado del Castillo de Dublín, comprando su libertad.

El sistema de espionaje que dirigió Devine no solamente estaba a la altura del que funcionaba en los Talleres Weed, sino que Devine creó una escuadra de fanáticos incondicionales del conde. Sus componentes estaban siempre preparados para aplicar sus artes antisindicales en cualquier nivel, en cualquier misión, en cualquier instante. Pero a pesar de sus esfuerzos, la paz laboral de Witherspoon & McNab seguía insegura.

El personal era católico casi en su totalidad, no como aquellos obreros leales que

tenía sir Frederick en sus dominios de Belfast, y la vigilancia contra la anarquía había de estar en pie día y noche.

Lord Roger llegó al cuartel general de las empresas Foyle a las nueve en punto exactamente. La mansión georgiana de Abercorn Road se hallaba a cosa de una manzana de distancia de la fábrica de camisas, desde algunas de cuyas ventanas más altas podía verse. Por aquellos días, ir a la oficina resultaba una auténtica fiesta; su suegro tenía un juguete nuevo con que distraerse.

Durante cierto número de años, reinó en la isla familiar una incertidumbre con respecto al teléfono. La compañía nacional era de propiedad particular y se la consideraba una amenaza para el sistema telegráfico, monopolizado por el Gobierno y dirigido desde la Oficina General de Correos. Mientras el Parlamento discutía el caso y los comités selectos investigaban, el crecimiento del servicio telefónico quedaba interrumpido. En las ciudades hacían falta líneas nuevas, pero habría sido de mal gusto, además de impracticable, pasar los cables de una casa a otra, y el gobierno se resistía a conceder permisos de paso subterráneos. Igualmente se desestimaban las solicitudes de derecho de paso para las líneas a larga distancia, es decir, entre una ciudad y otra.

Sir Frederick se enamoró del teléfono desde el primer momento e invirtió mucho capital en una filial para el Ulster de la compañía nacional, filial que estableció en Belfast la primera centralita para los abonados de la ciudad. Lejos de la isla madre resultaba más fácil manipular y maniobrar, y después de años de disputas y desavenencias, sir Frederick consiguió un permiso de paso de Belfast a Londonderry, utilizando la ruta del ferrocarril Trans-Ulster.

El sistema a larga distancia del Ulster empezaba en una centralita de los Talleres Weed y terminaba en las empresas Foyle, otro gran golpe del dinámico sir Frederick.

Lord Roger acudía a su oficina dos veces por semana, los lunes y los viernes, para abrir y cerrar los negocios semanales. Lord Roger lamentaba vivamente el absentismo observado durante el reinado de su padre; absentismo que lo dejaba todo en manos de subalternos y, en consecuencia, dañaba notablemente los bienes de la familia.

Además de Ralph Hastings, ayudante personal suyo, Roger tenía siempre a su lado a Kermit Devine, como enlace permanente con Manor House. Devine no llegó a ocupar una posición comparable a la de Swan, pero cuanto más trataban los sindicatos de alterar la marcha normal de las cosas, más a la sombra desarrollaba sus actividades el fiel servidor. Tipo estrambótico, a sus cincuenta años y pico (un pico largo) Devine había organizado una escuadra que se encargaba de las peores tareas en materia de palizas, secuestros o cualquier otra cosa necesaria para conservar la paz laboral.

Después de la rueda matutina de reuniones con los directores de la fábrica, las hilanderías y las tejedurías, los encargados del ferrocarril y los buques, y los solicitantes, el juguete nuevo entraba en funciones. Lord Roger charlaba extensa, detalladamente un par de veces por semana con sir Frederick, por lo general a la hora del mediodía. Además de poder hablar de los negocios antiguos y los proyectos nuevos gracias al juguete en cuestión, un día Caroline y los niños fueron a Londonderry para alegrarle las pajaritas al abuelo. ¡Era una gloria, una pura gloria aquel teléfono!

El viernes que historiamos faltaban diez minutos para las doce cuando lord Roger llamó; precisamente la hora en que empezaba el fuego.

Terry Devlin acababa de cumplir los dieciséis, completando cinco años largos de aprendizaje en el tercer piso. Se hallaba en la cima de su escala de salarios, nueve chelines semanales, y tenía el número uno para subir arriba, a la sala de los cortadores. Ese sería el día de gloria, la señal de acceso a la edad adulta. Tendría un empleo fijo, esa cosa tan rara y esquiva en el Bogside, y, como llevaría un par de chelines en el bolsillo, podría empezar a beber en las tabernas. Terry trabajaba entre muchachas en flor, planchadoras que tendrían sus mismos años poco más o menos. Terry había experimentado secretos anhelos con respecto a unas cuantas, pero no estaba en situación de expresar sus sentimientos. Antes de poder trabar una amistad auténtica con ellas, parecía que cada una de las candidatas corriese a subir a un piso más alto, pasando a encargarse de una máquina de coser. Por su parte, llegar a cortador significaba que podría empezar a cortejar a una chica, si así lo deseaba.

Había sido una etapa larga y cruel, y durante los meses del verano, Terry había pensado más de una vez que aquel calor le mataría; pero ahora, llegado el ascenso, lo daba todo por bien empleado. Antes de las doce, la rutina del tercer piso consistía en limpiar cenizas y residuos de las estufas que calentaban las planchas y bajarlas a los recipientes del exterior. Terry Devlin se arrodillaba ante las estufas que tenía a su cuidado, una tras otra, abría la portezuela de debajo de la reja, y con una pala, echaba la basura dentro de un par de cubos. Cuando los tenía llenos, gimoteaba bajo su peso y los sacaba de la sala.

Terry acomodaba prestamente los ojos a la oscuridad en que se hundía de repente, porque las pilas de camisas que llegaban cerraban el paso a la luz de gas del vestíbulo. Hoy había dos mil camisas acumuladas allí, de modo que casi no dejaban paso. Terry inspiró con miedo. En aquella oscuridad se hacía difícil divisar exactamente el hueco del ascensor, que no tenía puerta ni nadie que lo vigilase. Con el transcurso de los años, varias personas habían hallado la muerte cayendo en aquel pozo, y entre estas personas se contaba el mejor amigo de Terry. Otras habían quedado tullidas al quedar atrapadas entre las paredes del hueco y el ascensor que

bajaba.

Terry andaba de puntillas, ágilmente, pero de pronto perdió el equilibrio al tropezar con una pila de camisas que no había visto, y las cenizas de los cubos se derramaron. El muchacho se levantó presa del frenesí, y lo primero que se le ocurrió fue que había ensuciado las camisas. ¿Qué hacer? ¿Tratar de limpiarlas de cenizas y escabullirse para abajo antes de que se fijara nadie? ¿Intentar encender luz y ver cómo estaba aquello? No, le verían. Pero la oscuridad era demasiado profunda para poder hacer nada…, acaso debía abrir las puertas de la sala… No…, no…, le verían. Si se enteraban de su torpeza, aquella falta podía costarle el sueño de toda su vida: llegar a ser cortador.

Terry permanecía inmóvil, temblando, gimoteando y mordiéndose un dedo. Sus ojos se abrieron de pronto, muy redondos, al ver una brasa caída del cubo que se hundía en una pila de camisas. El aro encarnado que se había formado en la tela se ensanchaba y ahondaba, mandando al aire pequeñas volutas de humo. Terry se abrió paso a través de la masa de prendas hasta un estante vecino del retrete donde guardaban un cubo de agua. ¡Cogió el cubo y quiso arrojar el líquido sobre las camisas! ¡Estaba vacío; el orín se había comido el fondo! El muchacho quedó completamente aturdido, en aquel momento, y mientras giraba en todas direcciones buscando un remedio, las pilas de camisas se le echaron encima como los tentáculos de un pulpo. Levantó las manos para apartarlas, dio unos pasos atrás… y el pie le resbaló por el hueco del ascensor. Terry Devlin cayó al fondo, con un alarido que nadie oyó, porque la sirena del mediodía lo ahogaba.

Al oír el silbido de la sirena, Peg y Maud abandonaron las máquinas prestamente. Un instante después, Deirdre se reunía con ellas. Si estaban de suerte, si las escaleras no se hallaban demasiado atiborradas, tardarían cuatro minutos en subir al terrado y tres en bajar. Así que podrían pasar diecisiete minutos enteros allá arriba.

Los días buenos, los cortadores del piso superior dejaban que las muchachas disfrutasen del terrado. Ellos ya tenían la ventaja de trabajar con luz natural y disponer de buena ventilación. Eran tantas las muchachas que intentaban trepar las cuatro escaleras de hierro y meterse a través de la trampa que habría sido injusto aumentar la congestión a menos que uno tuviera novia y aquello le brindase la oportunidad de pasar unos minutos juntos. Aparte de la galantería, uno podía atisbar así un poco debajo de las faldas, ayudando a las chicas, a petición de las interesadas o por propia iniciativa exclusivamente, a subir o bajar por las escalas.

A su vez, cada una de las mujeres gritaba de gozo al recibir en la cara el chorro de luz y aire. En pocos segundos, el terrado sostenía a sesenta o setenta mujeres que devoraban los almuerzos al mismo tiempo que contemplaban el panorama siempre espléndido del río, que describía un ancho arco.

Sólo Maud McCracken miraba al Bogside. Desde allí casi podía divisar la fragua de Lone Moor Road. La semana estaba a punto de terminar, gracias a Dios. El domingo cogerían el tren y se irían a Convoy a ver la herrería. Acariciaba la idea de dejar el trabajo. Esta semana lo había pasado terriblemente mal, y sabía muy bien que en las sucesivas no iba a pasarlo mejor. Hoy apenas pudo subir las escaleras y ahora, al mediodía, estaba a punto de desmayarse. Peg tenía razón. Debía parar. Si caía y tenían que llevarla a casa sólo habría conseguido llenar a Myles de inquietudes. Sería magnífico que el lunes se despertara sin tener que venir hasta que hubiera alumbrado al hijo.

—Peg —dijo impulsivamente—, creo que mañana será el último día que venga.

Su hermana sonrió y le dio unos golpecitos en la mano.

Durante los quince minutos últimos de conversación telefónica con Belfast, lord Roger se vio interrumpido continuamente por una sucesión de conmociones en el exterior. El desbarajuste empezó con el toque de la sirena. Como tenía la oficina en la parte trasera, lord Roger no podía ver qué ocurría. La voz del otro extremo del hilo se apagaba más que de costumbre, aumentando su malhumor. A las doce veinticinco, toda posible idea de continuar la conversación quedó eliminada por el ruido de la brigada de bomberos que subía a la carga por Abercorn Road. Roger gritó a sir Frederick que trataría de llamarle más tarde, cuando las cosas se hubieran sosegado, y colgó.

En aquel momento, Kermit Devine abría precipitadamente la puerta.

—¿Qué demonios pasa ahí fuera, señor Devine?

—Se ha declarado un incendio en la fábrica —respondió Devine, abriendo la puerta de doble hoja que comunicaba con la sala de reuniones, desde la cual se veía un trecho de Abercorn Road hasta el edificio de Witherspoon & McNab. Los dos hombres contemplaron el cuadro de los obreros derramándose fuera del edificio por ambos costados y dispersándose por la calle en una atmósfera que parecía semicarnavalesca.

Desde varias direcciones aparecían carretas de enrolladas mangueras y de productos químicos, tiradas por caballos, seguidas al cabo de un momento por las de garfios y escalas y de bombas de vapor contra incendios, tiradas éstas por yuntas de bueyes. Un vehículo del *Constabulary* vació a sus ocupantes, los cuales despejaron el espacio suficiente para poder luchar contra el incendio y formaron una cuerda.

—No parece muy grave —murmuró Roger, señalando hacia la delgada espiral de humo que salía del tercer piso.

—En el terrado, milord, ¡mire!

—Dios mío —murmuró entonces Roger, cogiéndose a las cortinas. Se sintió desfallecer; luego volvió a recobrar el dominio. Allá arriba había mujeres; gritaban.

Si pasaba algo malo, podía convertirse en una gran calamidad. Roger se dijo que tenía que pensar. ¡Piensa! ¡Piensa! ¡Piensa! No era momento de perder la cabeza—. Señor Devine, conviene que conservemos las facultades bien despiertas.

—Perfectamente de acuerdo.

—¿Están disponibles los hombres de usted?

—Lo están, señor.

—Bien. Si no podemos dominar eso en pocos momentos, quizá tengamos que señalarles misiones especiales. —Roger iba y venía por la sala de reuniones, mesándose el cabello y dirigiendo repetidas miradas a la conmoción, siempre en aumento, de la calle—. Se acordará perfectamente de los disgustos que tuvimos en días pasados con Kevin O'Garvey acerca de ese edificio.

—Me acuerdo, señor. Afortunadamente, Kevin está en Londres, en estos momentos.

—Pues demos gracias a Dios por ello. Quiero que vaya usted allá, hable con el jefe de los bomberos y se haga una composición de lugar lo más exacta y completa que pueda. De paso, mande a la centralita telefónica que me comuniquen con sir Frederick. Que mantengan la comunicación hasta que le hayan localizado.

Devine movió la cabeza asintiendo y se fue. Roger vio cómo la columna de humo del tercer piso se hacía más densa, al mismo tiempo que los obreros seguían abandonando el edificio. Y mientras fijaba la mirada en el terrado, la figura de Kevin O'Garvey se alzaba ante sus ojos, cada vez más amenazadora. Si moría alguien, O'Garvey levantaría la tapa, y esta vez los resultados podían ser ruinosos. Roger se maldecía por no haber seguido el consejo de Swan de desembarazarse de O'Garvey a la primera oportunidad. Bueno, era demasiado tarde para mirar atrás. Todo aparecía prístino como una joya. Si no cerraban el paso de O'Garvey y no le ponían a buen recaudo, el pacto entre Swan y él saldría a la luz pública. Por otra parte, hasta era posible que les acusaran de homicidio. Con los reformistas dueños del Parlamento, el escándalo sería demoledor…, los arrastraría a todos al mar… Cuando salieron del edificio las primeras llamas, Roger volvió a su oficina y cogió el teléfono.

—¿Cómo diablos está la conferencia con sir Frederick?

—Lo siento, señor, hay un poco de confusión por aquí.

El viejo Ben Haggarty, antiguo capataz de cortadores, asomó por la trampa del terrado con cierto número de hombres cuando las primeras volutas de humo empezaban a danzar por allí.

—¡Señoras! ¡Señoras! ¡Por favor! —gritó, levantando las manos para cortar el fuego graneado de preguntas—. ¡Si tenéis la bondad de callar! —Todas se reunieron a su alrededor—. Parece que se ha declarado un pequeño incendio en el tercer piso —anunció él—. Los muchachos de la brigada contra incendios están a mano y el fuego

deberá quedar dominado en cosa de unos minutos. No hay peligro ninguno.

Un murmullo general de alivio acogió sus palabras; el hombre volvió a poner fin a los parloteos con un ademán.

—Procederemos a evacuar ordenadamente. No quiero apreturas ni empujones. Nadie debe dejarse dominar por el pánico, pase lo que pase. Mis muchachos os conducirán abajo; tenemos linternas, y deberíais estar en la calle antes de diez minutos. De una en una, de una en una.

Mientras Ben hablaba, Maud fue la única que supo ver a través de su fingida calma y adivinar el desastre que se aproximaba.

Acaso lo estuviera soñando; fuese como fuere, en aquel instante supo que iba a morir. Y mientras el buen hombre continuaba dando instrucciones, ella consiguió situar a Deirdre junto a la vía de escape. Deirdre, pobre rapazuela, era la propia imagen de como había sido ella ocho años atrás. Maud contempló a la chiquilla, que no había saboreado jamás todavía una auténtica oleada de gozo, y tomó una decisión. Ella había vivido un par de momentos de plenitud; hubo aquella chispa de esperanza que encendió en su pecho la Liga Gaélica, unos cuantos momentos locos con unos cuantos muchachos arrebatados, un chorro de carcajadas aquí y allá. Con Myles había gozado noches de magia total, así por el propio Myles como por el sueño que se habían forjado entre los dos.

Deirdre no había gozado de nada.

Ben Haggarty había contribuido enormemente a mantener la situación en buen orden, y con la ayuda de sus muchachos, las mujeres empezaron a bajar. Maud empujó a su sobrina hacia la trampa.

—Baja enseguida, amor mío —le dijo—. Yo esperaré un poco. Primero tengo que ajustar cuentas con esta barriga que traigo.

—Te esperaré, tía Maud —respondió la muchacha.

Maud le dio un fuerte bofetón en la mejilla.

—¡Haz lo que te digo! —ordenó.

—Has oído a tu tía Maud —dijo la madre—. Baja. Yo la esperaré a ella.

—¿Por qué me has pegado?

—¡Baja!

Peg cogió con fuerza la mano de su hermana mientras la chiquilla, todavía vivamente ofendida, desaparecía por la abertura de la trampa y se perdía de vista. Abajo el ruido aumentaba, al tiempo que un viento que se había levantado de la parte del río mandaba una columna de humo hacia el terrado.

Roger iba y venía como un loco entre la sala de reuniones y su oficina, viendo cómo las llamas se encaramaban por el edificio aceleradamente, sin un momento de reposo. Cogió el teléfono innumerables veces. Allá abajo los alaridos aumentaron de

intensidad en el momento que algo cruzaba su línea visual y desaparecía más lejos. Al final, Kermit Devine regresaba jadeando.

—Me temo que la cosa no presenta buen aspecto.

—De acuerdo; cuénteme.

—Por lo que podemos deducir, el fuego ha empezado en un piso bajo y se propaga hacia arriba por los huecos de los ascensores y las cajas de escalera.

—¿Qué pasa con las mujeres del terrado? ¿Cuántas hay?

—No lo sabemos, señor. Dos se han dejado dominar por el pánico y han saltado. Los bomberos han tendido las redes de mano; pero los cuerpos de las mujeres las han desgarrado y han chocado contra el suelo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Es que ese condenado jefe no sabe lo que se hace? ¿Cómo diablos no colocan las escalas?

—Sólo llegarían hasta el cuarto piso.

Roger se recompuso lo mejor que pudo. Mientras él y Devine se cruzaban miradas de inteligencia, Ralph Hastings, ayudante de Roger, apareció ante ellos.

—No querría trastornarle, milord, pero han recomendado que evacuásemos esto. He hablado con el jefe de bomberos y me ha dicho que no hay peligro de que el fuego llegue aquí, pero que es mejor no exponerse.

—Sí, sí, Hastings. De acuerdo. Haga salir a todo el mundo. Yo no saldré hasta dentro de unos momentos.

—Señor, debo insistir…

—¡Váyase al diablo, Hastings! —gritó Roger, empujándole fuera y cerrando la puerta tras él. Luego volvió a su mesa con la mayor calma—. ¿Qué piensa usted, señor Devine?

—Mis muchachos están alerta, esperando las órdenes de usted. He mandado uno al comandante del sector solicitando que envíe soldados a Hubble Manor para proteger a la condesa y a sus hijos.

Roger movió la cabeza en señal de aprobación.

—He solicitado también que se prevenga al resto de las guarniciones de Londonderry y Donegal para que vayan a cerrar el Bogside en caso de desórdenes populares. El gran interrogante lo constituye O'Garvey. Si estuviese aquí, mis hombres se encargarían de la tarea.

—Debemos impedir que la noticia del incendio salga de Londonderry hasta que haya podido comunicarme con sir Frederick —dijo Roger—. Quiero que corten las líneas telegráficas de la Oficina General de Correos y se detenga todo movimiento de trenes. ¿Podrá conseguirlo, señor Devine?

—Sí, señor.

—Buen servidor.

Mientras Kermit Devine salía a la carrera, Roger regresaba a la sala de reuniones

¡a tiempo para ver cómo la fábrica estallaba en llamas!

Deirdre volvió a trepar al terrado llamando a gritos a su madre y su tía. La mitad de las mujeres se habían arrodillado y rezaban llorando; las otras corrían de un lado para otro, chillando histéricas. A medida que las columnas de humo ennegrecían el firmamento, el calor de las llamas que se iban acercando convertía el terrado en una tapadera de fogón.

Maud rodeó a la sobrina con los brazos, y la chiquilla balbució una versión semicoherente según la cual unas cuantas mujeres habían bajado, pero luego las escaleras se derrumbaron, dejando a las demás aisladas arriba.

La desesperación y el frenesí se apoderaron del grupo apenas las primeras llamas subieron por encima de la cornisa y empezaron a empujar a las mujeres hacia un rincón. Peg chillaba y corría sin rumbo, azotando el fuego, para echarse luego atrás, perdido por completo el juicio. Cuando un dedo de fuego brincó hasta su falda, la pobre mujer, en un acceso final de espanto, saltó fuera del edificio. Maud tenía a Deirdre abrazada, para impedir que viera la escena.

—Dios te salve María… —rezaba, arrodillada—, bendita tú eres entre todas las mujeres… Ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte…

Roger tosió con una tos seca; el humo le llenaba las narices. Gritaba al teléfono, pero inútilmente. Ahora se notaba cómo el calor iba invadiendo la estancia. Roger se quitó la chaqueta con gesto torpe y furioso y se aflojó el cuello. Por un angustioso instante pensó en olvidarse del teléfono, pero se daba cuenta de que podía significar el final de todos ellos.

—Oiga, oiga —gritaba una voz apagada, pero bendita, como si quisiera hacerse oír por todos los confines del Ulster.

—Freddie, gracias a Dios… ¿Quién está en la centralita?

—Yo, señor. Devine.

—Has hecho muy bien volviendo a llamar, Roger…

—Estamos en un grave apuro. Escuche con gran atención.

—Sigue.

—La fábrica de camisas está en llamas. ¿Lo sabía?

—Sí. Continúa.

—Habrá cierto número de muertos. Ya sabe qué tipo de reacción se producirá.

—¡Escucha, Roger! Quiero que saques a Caroline y a los chicos de ahí, inmediatamente.

—No, no, no, no. No corremos ningún peligro personal. Antes de una hora habrá una unidad militar en Manor. Lo que me preocupa es Kevin O'Garvey. ¿Me

comprende bien, Freddie?

—Dios mío…, es cierto…

—Exacto. En una ocasión estuvo a punto de romper el silencio. Con esto, nos revolcará por el suelo. Oiga, Freddie…, oiga…, oiga. Freddie, ahora está en Londres.

—Te entiendo con toda claridad, Roger. Estamos de suerte. El brigadier también está allá. Pero, Roger, aunque todo salga bien por estos contornos, me costará unas horas localizar a Swan. Por entonces la noticia del incendio se habrá extendido por todas partes.

La línea quedó muda al penetrar en la habitación un chorro de humo, que entraba detrás de una avalancha de aire caliente que había abierto las ventanas. Roger se quedó casi ciego, de momento, cubierto de sudor y presa de un acceso de tos.

—Oye, Roger, oye, oye.

—Sí, volvemos a estar en comunicación, Freddie… Todas las líneas telegráficas y telefónicas y todos los trenes que salen de Londonderry se han estropeado. Es probable que podamos aprovecharnos de la confusión hasta mañana por la mañana.

—Me lanzo a la tarea sin pérdida de tiempo. Te recomiendo que lleves a Caroline y a los chicos al pabellón.

La línea quedó en silencio. Roger tenía el aparato en la mano y se tambaleaba de estupor. Hastings entró de nuevo.

—¡Milord, tiene que salir de aquí! —le cogió y le sacó de la oficina.

Cuando llegaron al descansillo, Roger gritó a Devine que abandonara la centralita y cortase los hilos. Luego salieron los tres a la calle.

Witherspoon & McNab estaba completamente fuera de control, era un holocausto demente. ¡Una pira que lo consumía todo!

Conor Larkin y Myles McCracken alcanzaron la cuerda de policías cuando saltaba del terrado una lluvia de cuerpos.

En aquel instante el agua de las mangueras, que había llegado hasta el tercer piso, chocaba contra las columnas de hierro colado. Estas se hicieron pedazos una tras otra. Rumoreando despacio, primero, con un trepidar de muerte, el edificio se retorció y tembló; luego los techos crepitaron y se partieron como en un terremoto y un piso se vació sobre el otro, en avalancha.

15

El brigadier Maxwell Swan tenía como cosa normal en la rutina de su vida llevar esmeradamente al día el historial de enemigos declarados, enemigos potenciales, anarquistas y competidores. Sus años de lucha contra la insurrección le hicieron muy valioso a los ojos de sir Frederick. Los movimientos diarios, las costumbres y las peculiaridades de una persona tan importante como Kevin O'Garvey debían estar forzosamente guardados y catalogados en la cabeza de Swan.

Cuando sir Frederick pudo comunicar con el brigadier, ambos consideraron un elemento favorable, un afortunado azar que tanto éste como O'Garvey se encontraran en Londres en aquellos momentos, y que lord Roger hubiera tenido la presencia de espíritu de no dejar salir de Londonderry la noticia del incendio.

Swan tenía en Londres cierto número de personas a las que podía acudir en cualquier momento y que le ayudarían de muy buena gana. Algunas de estas personas eran antiguos oficiales de policía y confidentes. Otras eran católicos irlandeses que habían trabajado a sus órdenes en operaciones secretas realizadas en el Castillo de Dublín, habían conseguido el pasaje y se habían situado bien en Inglaterra. Eran hombres que estaban en deuda con él. Swan se puso inmediatamente a buscar entre las mencionadas personas a los paniaguados que le convenía utilizar en esta ocasión.

Seis horas después (ni un minuto más) de haberle comunicado la noticia sir Frederick, llegaba Swan a su domicilio de Londres, el Colonial Club, en cuyo *foyer* le saludaba el jefe de camareros Steward Tompkins.

—Buenas tardes, brigadier —dijo Tompkins en el murmullo que constituía la norma habitual del club, mientras liberaba a Swan de la capa, el bastón y el sombrero de copa—. ¿No ha oído la noticia, señor?

—No, estuve muy ocupado.

—Ha habido un incendio terrible en Londonderry. Si no me equivoco, ha sido en una fábrica de lord Hubble.

—¡Espantoso! —comentó Swan.

—Sir Frederick ha intentado ponerse al habla con usted por cablefono a gran distancia hace unos cuarenta minutos. Yo me he tomado la libertad de ver para qué hora había pedido usted la comida, y he concertado una conferencia para esa misma hora.

—Muy bien, señor.

Swan, que era un solitario incluso en su propio círculo de oficiales, fue a refugiarse en su canapé habitual escondido detrás de una columna y hundió la cara en los periódicos del día hasta que llegó la llamada.

—Hola, Freddie. Aquí Max.

—¿Algo nuevo en Londres? —preguntó Weed.

—Ciertas noticias sobre un incendio en Londonderry. Las primeras llegaron hace cosa de media hora. ¿Ha sido grave? —preguntó Swan.

—Mucho. Varias docenas de muertos, me temo. No se sabrá en toda su extensión hasta dentro de un par de días.

—Espantoso.

—¿Pudo acudir a la cita que tenía concertada, Max?

—Sí, todo marchó extraordinariamente bien. Las negociaciones llegaron a buen fin sin tropiezo alguno. El trato está cerrado y sellado. Asistí personalmente a la firma definitiva.

—Estupendo. ¿Cómo está el teatro esta temporada?

DESAPARICIÓN DE UN CONOCIDO MIEMBRO DEL PARLAMENTO DEL PARTIDO IRLANDÉS

Londres, 5 de diciembre de 1899 (Reuter)

Scotland Yard informa que el señor Kevin O'Garvey, diputado al Parlamento por East Donegal y perteneciente al partido irlandés, falta de su domicilio en Londres (Jamaica Road, Southwark) desde hace cuatro días. La investigación de rigor llevada a cabo, a petición de la señora Midge Murphy, dueña de la pensión donde se hospedaba el señor O'Garvey, entre sus parientes, en los lugares que solía frecuentar y en su casa de Londonderry no ha proporcionado pista ninguna sobre los motivos y las circunstancias de su desaparición.

Se le vio por última vez el viernes por la noche en la taberna de Clancy's (Neptune Road, Southwark), cuya clientela se compone principalmente de descargadores del puerto irlandeses, trabajadores temporeros e inmigrantes. El señor O'Garvey era muy conocido en dicho establecimiento, que frecuentaba varias veces por semana para atender a electores irlandeses. La señora Enda Clancy, propietaria de la taberna, vio salir a O'Garvey a las seis de la tarde, aproximadamente, acompañado de un joven que había ido a buscarle. Dicho joven no era conocido en el establecimiento, pero por su manera de hablar y comportarse, la señora Clancy y otras personas dedujeron que era de origen irlandés. De todos modos, entró y salió con tanta prisa que no ha sido posible dar una descripción exacta de su persona.

Respondiendo a las preguntas del inspector Arnold Sheperd de Scotland Yard, Clancy no vio nada anormal en el caso. «Kevin O'Garvey era casi como un sacerdote o un médico —dijo—. Continuamente atendía llamadas de urgencia.» Lo cual fue confirmado por la señora Murphy, quien atestiguó las frecuentes idas y venidas de O'Garvey en beneficio de los que acudían a él.

Cuando se le preguntó sobre el estado de salud y la conducta de O'Garvey en los

últimos tiempos, el inspector Sheperd dijo que no se había observado nada fuera de lo corriente. O'Garvey era extremadamente metódico en sus hábitos y movimientos; generalmente cruzaba Southwark Park yendo de su alojamiento a la taberna, o a la inversa. «La minuciosa inspección llevada a cabo en el parque ha resultado infructuosa», informó Sheperd.

O'Garvey fue elegido por primera vez para los Comunes hace tres lustros, cuando el gran triunfo electoral de Parnell, y se ha dado a conocer por sus actividades «republicanas». «Su larga historia de actividades fenianas es del dominio público —añadió Sheperd—, y forzosamente había de tener innumerables enemigos.» Sus electores tenían fácil acceso a él, de manera que no se puede descartar una acción criminal.

Lord Roger y sir Frederick pusieron sus fuerzas en juego masivamente. Querían evitar una investigación rápida y a fondo, aunque la prensa británica había acudido a Londonderry como en enjambre. Abundaban los rumores según los cuales el fuego había sido obra de unos anarquistas o fenianos, tesis a la que los periodistas se agarraron prestamente.

Iniciando sus apariciones con cierta cautela, aunque con la pompa y solemnidad adecuadas, la comisión investigadora pasó revista al incendio y a las leyes laborales y de seguridad en el trabajo, prácticamente inexistentes, y declaró acto seguido que no se había faltado a ninguna de las leyes mencionadas. Un desfile de «alta costura» de expertos atestiguó que el edificio no podía arder a menos que aquello hubiera sido obra de incendiarios profesionales, lo cual reforzó la hipótesis anarquista-feniana que tanto gustaba a la prensa. Además, la mayoría de los muertos estaban en el terrado, violando con ello una norma de seguridad dictada por la compañía. Ninguno de los citados expertos fue sometido a un interrogatorio digno de tal nombre, y a los obreros de la fábrica no se les consideró personas entendidas ni peritas en cuestiones de incendios, ni se les permitió atestiguar sobre las condiciones del edificio y el trabajo, por considerarse que no venían al caso. Al final de la primera jornada se llegó ya a la conclusión de que el día del holocausto, de no mediar algún factor ajeno y extraordinario, el edificio no ofrecía peligro alguno y estaba a salvo de incendios.

A primeras horas del segundo día de investigaciones, la comisión se quedó petrificada por las palabras del jefe del *Constabulary*, el cual pidió permiso para interrumpir los procedimientos y se puso a leer una declaración firmada de un incendiario.

Un tal Martin Mulligan, «conocido feniano y republicano», había firmado en la celda de la casa de corrección de Londonderry y delante de tres testigos, una declaración en la que decía haber pegado fuego al edificio. Infortunadamente, concluyó el jefe, acababan de encontrar el cadáver de Mulligan. Al parecer se había

suicidado colgándose con el cinturón en su misma celda inmediatamente después de haber firmado la declaración.

Dando muestras de una eficiencia asombrosa, a los pocos minutos de la confesión vino toda una brigada de testigos que aseguraron que tiempo atrás Mulligan trabajó en la Witherspoon & McNab como obrero fijo durante un corto tiempo, pero hubo que despedirlo por acudir al trabajo en estado de embriaguez. Posteriormente varios habían oído las amenazas que hacía en voz alta por las tabernas de arrasar la fábrica mediante el fuego. También se había vanagloriado públicamente de innumerables hazañas fenianas y republicanas de carácter ilegal.

Lo que no decía el documento era que Martin Mulligan había sido un viejo patán inofensivo que desde hacía años no había respirado ni medio minuto sin estar borracho y que con suma frecuencia se presentaba por voluntad propia en el *Constabulary* para que le dejaran dormir de balde un par de noches antes de volver a su verdadera ocupación, que era la vagancia. Ni un solo testigo de la colección estaba allí para atestiguar que Martin se jactaba de muchísimas otras fantasías, todas ellas balbuceado fruto de un borracho con las facultades mentales extraviadas. Nadie afirmó haberlo visto por los alrededores del edificio el día del incendio, como tampoco nadie trató de explicar por que no lo provocaron, en todo caso, durante las horas de la noche. Nadie se tomó la molestia de declarar que aquel hombre no llevaba cinturón, sino tirantes, y que, además, era muy dudoso que hubiera podido suicidarse.

Sin embargo, a pesar de que la explicación del accidente resultaba tan endeble, no había nadie que pusiera cada cosa en su lugar. Kevin O'Garvey, el adalid del Bogside, había desaparecido. Si hubiese estado allí, habría puesto fin a la farsa, pues poseía demasiadas pruebas contra el edificio y estaba demasiado bregado en tales procedimientos para permitir semejante alteración de la verdad. Pero Kevin O'Garvey había desaparecido.

El desafuero se cometió bajo el patrocinio de tres hombres que hicieron de testigos y juraron que la confesión de Martin Mulligan era auténtica. De los tres, uno era el jefe del *Constabulary*; otro, un procurador de los Hubble y al mismo tiempo concejal del Ayuntamiento de Londonderry. Si bien estos dos caballeros, y los móviles que pudieran impulsarles, podían parecer sospechosos, el tercer testigo daba el carpetazo definitivo al problema, porque se contaba entre los católicos más prestigiosos de Londonderry.

Frank Carney juró haber escuchado las palabras de Mulligan.

En consecuencia, la confesión se dio por buena, y la investigación quedó oficialmente cerrada antes de Navidad.

16

A continuación vinieron las horas macabras. Cuando el fuego se hubo apagado del todo, revolvieron los derribos, luego buscaron entre las cenizas y mientras el impuesto en vidas aumentaba, un nuevo estupor se acumulaba sobre el antiguo. Las personas que lloraban la ausencia de seres queridos se aferraban a la loca esperanza de que un santo hubiese intercedido por ellos y hubiese obrado un milagro, pero ninguna vio cumplidos sus deseos. Los ausentes habían perecido, y no había más que contar.

La mayoría de las cuarenta mujeres que saltaron del terrado quedaron aplastadas de tal modo que no se las podía identificar y formaban una hilera sanguinolenta, retorcida y mutilada en el depósito de cadáveres, cuya atmósfera desgarraban los alaridos de la procesión de familiares aterrorizados que iban a reconocer a los suyos mediante una prenda de vestir, una sortija o los zapatos. Los cadáveres extraídos de debajo de las ruinas estaban peor todavía. A los que habían sido víctimas del fuego, era completamente imposible reconocerlos. El número de muertos ascendía a un centenar, y en el hospital había otro centenar de personas con quemaduras graves.

El capítulo más elevado de víctimas lo constituían setenta y dos mujeres que habían quebrantado las normas de seguridad de la compañía subiendo al terrado para gozar de diecisiete minutos de luz de sol. Dos docenas de estas mujeres llevaban hijos en las entrañas.

Diez cortadores, la mayoría de los cuales se habían quedado para ayudar a evacuar a las mujeres, murieron aplastados o asfixiados cuando el edificio se hundió, y así perecieron también cinco bomberos cuando las columnas se hicieron pedazos.

El resto eran chiquillos, dieciocho en total, de nueve a quince años.

La familia Tully perdió tres mujeres. Otras perdieron más todavía. No hubo compensaciones, ni subsidios de gastos médicos para los que habían sufrido quemaduras, y una sola fosa común engulló los desperdicios ennegrecidos, no identificados.

Entretanto se había abierto y cerrado una investigación y la Navidad llegó como una aparición sórdida. Y amaneció el siglo XX, símbolo de esperanza festejado en todos los otros rincones del mundo.

El Bogside pasó largas semanas azotado por una demencia de dolor. Los músculos y los cartílagos, ya bastante debilitados, se desgarraban y destrozaban más aún. A nadie le sorprendió que la investigación terminara en un amaño escandaloso, porque no había nadie con una memoria tan larga como para retroceder hasta una época en que hubiera habido justicia. En el pasado, las comisiones de la Corona habían resuelto así todos los problemas y conflictos; así los resolverían una vez más. Entre los oprimidos tomaba cuerpo el anhelo de devolver el golpe a los opresores y

atormentadores. En los entierros, junto a la fosa, los arrebatos de dolor y de cólera se mezclaban con los llantos y arrancaban singulares oraciones de los labios de unos supervivientes enloquecidos. Agotado este furor de la sangre, la antigua letargia, la vieja tradición de doblegarse a la tragedia les hundió más y más todavía en su acomodación religiosa y en el triste recurso de buscar la vía de escape en la bebida y la droga. El Bogside era el Bogside, ni más ni menos que el Bogside.

Cuatro meses transcurrieron sin que volviera una apariencia al menos de normalidad en el habla y en los movimientos, cuatro meses para que empezase a mitigarse levemente el dolor. Durante este tiempo la gente estaba demasiado atontada para darse cuenta de que Kevin O'Garvey ya no estaba con ellos. No se había encontrado ni rastro del diputado. Pasada la agonía del Viernes Santo, otra agonía nueva, el despertar a la realidad de la pérdida de su campeón, se abatía sobre ellos con retardado impacto.

Durante aquellos meses, Conor vivía en una noche interminable. Él era fuerte, y los otros débiles; pero estaba pálido, tenía la mente embotada y los ojos enrojecidos. El vigor huía de su poderoso cuerpo, la poesía huía de su corazón, y la canción de sus labios. Conor se degradaba hasta confundirse con sus ebrios hermanos del Bogside, encontrando unos pocos momentos de atormentado descanso cuando tenía el cerebro empapado de adormecedora ginebra. Se arrastraba por el Bogside más resentido cada día, correspondiendo apenas con un leve movimiento de cabeza a los que le adoraban, y despreciándoles precisamente por el hecho de que le adorasen. «No tengo soluciones mágicas —alegaba calladamente, respondiendo a las anhelosas miradas—, no tengo solución alguna.»

Lo único que parecía salvarle de cruzar la línea después de la cual no hay retorno era el desesperado afán de evitar que Myles McCracken se dejara hundir por la pena. Se lo llevaba consigo, escuchaba sus interminables gemidos de desesperación, se ahogaba con sus lágrimas, lo vestía, lo alimentaba, le hablaba noche tras noche. A pesar de la profundidad de la herida, parecía que para Myles la solución era más simple. Era evidente que la encontraba en el fondo de la botella. Bebía y bebía hasta pasar de la demencia a la imbecilidad y de ésta al estupor… para volver a rodar por este ciclo sin principio ni fin. Conor se decía que no era momento para privar al hombre de aquella droga, porque si se le quitaba recaía en ataques de puñadas al pecho de pura desesperación. Por el momento, necesitaba el licor tanto como el aire. Acaso, pensaba Conor, suplicaba Conor, cuando la terrible impresión se hubiese mitigado, llegara el momento de cogerle por los hombros, zarandearle y obligarle a ser hombre de nuevo, aunque hubiera que convencerle a cachete limpio. Ahora no. No valían sermones; sólo valía el estar alerta, esperando que se iniciara el proceso curativo, que se extendiera, que ayudase. Conor suplicaba a Dios que Myles volviera a ser lo que había sido; aunque de momento sólo fuese polvo de la tierra.

Si se alejaba de Myles McCracken, Conor caía en una depresión espejo e imagen de la de todo el Bogside. La confusión se hacía dueña del cerebro hasta que los pensamientos perdían valor y no se tenía ganas de despertar después de dormir, sino únicamente de dormir de nuevo. Pero ni el sueño traía ningún descanso; traía un alboroto de llagas purulentas, de bombas humanas estallando contra las murallas de Derry y arriba de aquellas murallas, grandes calderos de aceite hirviendo derramados sobre viejos pordioseros que se ahogaban en él y gatos huesudos sacando los ojos a los niños y tonantes tambores encabezando columnas de hombres vestidos de negro, que desfilaban a paso fúnebre con cruces de Orange en las manos, y campos blanqueados por el moho de las patatas podridas y cientos de mujeres cogidas en una trampa mientras las llamas bramaban, y las pobres mujeres no podían cruzar la cancela de hierro.

El Bogside le estaba devorando la voluntad. El Bogside le estaba destripando vivo. El Bogside vencía.

El obispo Nugent, anodino príncipe de la Iglesia, cuyo reinado de seis lustros sobre la diócesis se caracterizaba por la mediocridad, había entrado en el octogésimo año de su existencia. Ordinario sacerdote de Derry dotado de una facundia más que regular y una buena comprensión de la política de la Iglesia, dirigía sus negocios con espíritu pragmático, cuya nota dominante era la de dudar y titubear en todas las cuestiones hasta que se sabía situado en el bando de los que se llevarían la victoria. En ese hombre, la descomposición y la ruina del Bogside no hacían nacer otra cosa que una insípida y vacía sucesión de oraciones.

En su último decenio, la vieja actitud de sentarse en la valla, para saltar hacia la parte que más conviniera, había degenerado en la incapacidad de elaborar ningún juicio concreto, por lo cual la diócesis vivía suspendida en una especie de limbo teológico. Rodeaba al obispo un equipo de clérigos severamente autoritarios que le tenían aislado del resto del mundo y se dedicaban a trazar planes para una era de onerosa hegemonía eclesiástica.

El Bogside había constituido siempre un elemento moderador. Las tristes circunstancias allí imperantes daban origen a unos curas liberales que aplicaban las leyes de la Iglesia con espíritu libre y tenían de las mismas un criterio más libre aún. Cuando la mente del obispo Nugent empezaba a desvariar, una pequeña cuadrilla de «jóvenes turcos» dirigida por el padre Patrick McShane procuraba imponer sus ideas propias y adaptaba las normas a la medida de sus propias necesidades y de las de sus acorralados rebaños. Dichos sacerdotes ingresaban en la Liga Gaélica para resucitar el idioma y la cultura irlandeses, postura tan contraria a los grandes señores de la Iglesia como a los del Estado.

Cuando el obispo Nugent se hallaba en los estertores de la muerte, la guardia de

palacio cerró filas, formó un frente unificado y envió al cardenal de Armagh el nombre de Charles Donoghue como sucesor. Donoghue fue elegido.

Apenas existía en Irlanda poder más absoluto que el le un obispo autocrático que gozara de la confianza le los británicos. El nuevo obispo Donoghue afirmó sin pérdida de tiempo su autoridad mediante una serie de fallos y disposiciones destinados a someter a los «jóvenes turcos» del Bogside. La doctrina que se imponía era la de aceptar sin reparos la interpretación más tosca del catolicismo. Humildad por parte de los curas v los legos; ésta fue la nueva consigna. El liberalismo del Bogside había sido sentenciado.

Durante las semanas que siguieron al Viernes Santo, pareció por el Bogside un sarpullido de organizadores obreristas, reformadores y republicanos, y los «jóvenes turcos» se identificaron con ellos. Gesto intolerable para el entramado de dueños del país, fuesen éstos de Orange, protestantes, británicos, el conde o el nuevo obispo Donoghue. Este aprovechó el momento para reordenar la situación, a paso de carga.

El padre Pat entraba en la fragua en el preciso momento que la carreta de reparto quedaba lista para salir y Conor se había encaramado ya al asiento del conductor. El sacerdote se alegró de verle afeitado, bien vestido y con los ojos relativamente despejados. El padre trepó al pescante mientras Conor soltaba los frenos y ambos guardaron silencio mientras el vehículo subía por la cuesta y penetraba al otro lado de las murallas, donde había de efectuarse el reparto. Luego, el padre indicó un paraje donde estarían a solas y ataron al caballo en el Gran Paseo, para continuar ellos a pie hasta la muralla. Desde allí, el Bogside, extendido abajo, no parecía tan malo. Había cierta belleza en las hileras de tejados de pizarra perfectamente uniforme elevándose y descendiendo simétricamente y en las ollas de las chimeneas, todas elevando al cielo las delgadas cintas de humo de turba, de olor siempre tan penetrante. Los dos hombres hallaron un rincón en el que nadie les estorbaría.

El padre Pat, lo mismo que Andrew Ingram, había renunciado ya a sermonear a Conor acerca de aquella orgía de depresión que duraba tantos meses, sabiendo que el herrero empezaría a remontarse cuando ya no pudiera hundirse más abajo. Obviamente, se había iniciado ya la esperada ascensión.

—Eso de ahí abajo empieza a mostrar pinceladas del vida —comentó el padre Pat —. Y lo mismo pasa contigo.

—Yo viviré porque no quiero morir —respondió Conor—, pero ese pueblo ha muerto. Había perecido ya antes del Viernes Santo, antes de la desaparición de Kevin O'Garvey. Jamás volverá a levantar la cara del fango. Es Myles quien me preocupa. No parece que logre nada con él, padre Pat.

—Es hora de que le sueltes, Conor, si no quieres que empiece a arrastrarte hacia el fondo.

—No sé avenirme a soltarle; no puedo.

—Myles McCracken nació destinado a perder siempre —afirmó el cura—. Dos veces en su vida tuvo el atrevimiento de amar, y las dos han terminado en un desastre. Nunca más dará su corazón a nadie. Le aterrorizaría la sola idea.

—Pero enderezarse y vivir…, esto tiene que hacerlo, padre Pat.

—Hay hombres capaces de sobreponerse a la tragedia, la cual hasta puede servir de estímulo que les haga escalar las más altas cimas. La mayoría no lo son, y el Bogside está lleno de estos últimos.

—Comprendo lo que me está diciendo, porque esa misma idea había cruzado por mi mente… ¿Y qué será de él?

—Está demasiado asustado para volver atrás y más asustado aún para seguir adelante. Entonces se quedará quieto. El Bogside se lo tragará, y con el tiempo Myles se habrá convertido en un viejo borracho inofensivo que se mantendrá a sí mismo en un estado permanente de beatitud alcohólica como muro de defensa contra la pesadilla.

Conor sabía que la sentencia era cruel, pero acertada; eran las mismísimas palabras que él había procurado no pronunciar. Esa era la situación. Los débiles se quedarían, irían marchitándose, como pasaba siempre en Irlanda.

—Me marcho de aquí, Conor —dijo súbitamente el padre Pat.

Conor tuvo una sacudida, cerró los ojos y no hizo ningún esfuerzo por contener las lágrimas. La náusea de los meses pasados invadía una vez más todo su ser. Levantó los ojos hacia su amigo, con el corazón sangrante.

—Parece que el padre Eveny, el padre Keenan, el padre Ballory y yo hemos sobrepasado en extremo la ración de pecado que se nos toleraba —dijo, procurando dar un tono de naturalidad a sus palabras.

—¡Jesús, padre! ¡No es posible eso, encima de todo lo demás! —estalló Conor.

—Sí, amigo, lo es. No se puede pactar con Dios en este negocio nuestro.

—¡Qué Dios ni qué niño muerto! No es Dios quien le echa de aquí. ¡Es ese canalla de obispo!

—Será preferible que no me meta en una discusión jesuítica acerca de quién hace tal cosa o tal otra y por qué motivo. Me trasladan, me voy; así, sencillamente.

—¿Adonde? ¿Cuándo?

—Me van a encerrar en el seminario para que medite, me limpie y me reoriente. Podré ver a Dary. Además…, ¡qué diablos!…, siempre quise irme del Bogside.

—¿Adonde, padre?

Las luces de gas se encendían una después de otra, clavándose en la oscuridad que iba descendiendo. El padre Pat encogió los hombros con gesto indolente, pero no pudo sustraerse a la insistencia de Conor.

—Oh, hay un viejo sacerdote venerable llamado padre Clare que ya no puede

atender demasiado bien a su parroquia. Y la parroquia es demasiado pobre para que él pudiera reunir algún dinero con que retirarse… Y como sabes, nuestra orden no reserva nada para el sustento de los sacerdotes ancianos.

—He preguntado: ¿adonde?

—A los confines más apartados de los dominios del obispo Donoghue. En lo más al norte de Carrickart, en la península de Rosgull.

—¡No, maldita sea! No quiero verle de cura, silbando letanías al viento en iglesias medio vacías de místicos celtas moribundos.

—Lo siento, Conor, pero también ellos tienen derecho a un cura —el padre cogió a Conor por los brazos—. O ir allá, o emigrar a América; y yo no me dejaré echar fuera de Irlanda, como tampoco te dejarás tú. Además —añadió riendo—, eso es precisamente lo que América necesita: ¡otro sacerdote irlandés!

Conor reprimió la indignación y la protesta que le agitaban. El padre Pat le soltó, y estuvo largo rato titubeando.

—Necesito confesarme —susurró por fin.

—No le comprendo.

—He dicho que tengo necesidad de confesarme. ¿Quieres escucharme, Conor? El padre Pat se alejó unos pasos por la muralla, lo suficiente para ver la reventada cáscara de Witherspoon & McNab. Y en aquel momento murió la luz.

—Frank Carney y yo nos comprometimos en una conspiración; la conspiración del silencio. Por la época que viniste a Derry, la Asociación del Bogside estaba completamente destrozada, virtualmente difunta. Luego, de manera repentina, dispuso de abundantes fondos, a través de Kevin O'Garvey. Tu propia fragua se pagó con dichos fondos. Frank y yo nunca preguntamos de dónde venía el dinero, porque la verdad era que no queríamos saberlo. Siempre sospechamos que Kevin aceptaba dinero sucio de lord Hubble a cambio de avenirse a no llevar a cabo ninguna investigación en la fábrica esa.

—¡Oh, Dios mío! ¡No quiero escuchar nada más sobre ese tema!

—Será preciso que lo escuches, muchacho.

—No, Kevin no habría sido capaz de una cosa semejante, no… ¡Maldita sea, no, no y no! —pero se interrumpió de pronto. Iba ya a preguntar: «¿De veras? ¿Lo aceptaba de veras?» Y suplicaba con la mirada que no le obligasen a creerlo.

—No tengo verdaderas pruebas —continuó el padre Pat—. Se trata únicamente de una suposición. Me había confiado el odio que sentía por esa fábrica, y no una sola vez, sino cien veces. Y últimamente me dijo que iba a someterla a una investigación. De súbito, no lo hizo. Pero, todos los que vivimos aquí, en el Bogside, hemos pactado alguna vez con el diablo. Frank pactó ante la comisión que investigó el incendio. No se necesita ser un genio para imaginarse quién se le acercó y por qué Frank atestiguó aquello. Yo he pactado algunas veces. Y lo mismo hizo Kevin.

—¡No!

—Sólo para poder ver a unos pobres desdichados sonreír una vez en la vida. No se puede condenar a un hombre por esto, Conor. Yo he sentido una desesperación tan grande que he pensado en abandonar el sacerdocio. Hasta pensé en quitarme la vida. Bueno, Kevin se la quitó por otros. Y no olvides nunca que se la quitó por ti.

—Sí —susurró Conor, comprendiéndole—. Sería muy duro no corresponderle.

—De modo que, ya ves, somos hombres, nada más. Los Hubble y los británicos nos poseen de tal modo que no son solamente los causantes de nuestras penas, sino que hasta nos reparten nuestros pedacitos de alegría. Eso es lo que Kevin compró, un momento de alegría para unas cuantas personas. Tienen poder hasta para racionar y gobernar nuestras esperanzas.

El semblante de Conor se endureció por una idea repentina.

—¿Cree que le mataron?

—No, realmente, no. Le mató el Bogside. Quizá se enterase del incendio, quizá no. Sea como fuere, ya no habría vivido mucho tiempo, después de esta calamidad.

—¡Cristo!, siento náuseas, padre Pat. Tengo el alma seca. Siento náuseas —gimió Conor.

—He ahí un lujo que no puedes seguir permitiéndote. Esos de ahí abajo se apoyarán en ti, más y más.

—No —gemía Conor—, no. —Bajo el chorro de luz de la lámpara, proyectaba una sombra bien recortada. Hundió las manos en los bolsillos y levantó los ojos hacia el cielo, aunque sin ver. Luego se acercó a su amigo—. Yo no soy el padre Pat. Tampoco soy su Frank Carney. Yo no puedo pactar con mis enemigos. Tampoco puedo andar entre esas almas perdidas rezando mis oraciones en silencio. Ni puedo presentar la otra mejilla. No puedo hacer lo que no puedo hacer, ni ser lo que no puedo ser. He de encontrar mi camino, padre. Yo también me marcho.

—¿Adonde irás, Conor?

—Se habla de que en Belfast y en Dublín vuelven a organizar la Hermandad.

—Ya sabes que no puedo dar mi bendición a ese camino.

—Ni yo la pido.

—Supongo que no podré convencerte de que es un camino equivocado.

—Eche una mirada ahí abajo, padre. ¿Me asegura que el camino de usted o el de Kevin han sido mejores? En una ocasión, por un fugitivo instante, Kevin me miró y dijo: «Al final tendremos que organizar un levantamiento; no hay otro camino.» Estamos en el siglo veinte, padre. Sobre esta tierra ha de brillar algo de luz. No podemos seguir andando entre tinieblas.

Conor bajó la escala que conducía a su habitación y movió la cabeza mirando al padre Pat. Myles estaba allí arriba, inconsciente, en una situación terrible.

—Veré de hacer algo por él, mañana —dijo Conor—. Si no para, tendrá que ir al

hospital —dio una vuelta por la tienda, examinando este trabajo y el de más allá, y dirigió la linterna hacia su despachito, lleno de planos y dibujos—. Es chocante, acabo de pagar el último plazo del empréstito. Ahora soy dueño de este cochino taller.

Los dos hombres caminaban con la cabeza baja y las manos hundidas en los bolsillos por las rutas de miseria de Bligh Lane y a continuación de Stanley's Walk casi sin oír los regueros de: «Buenas noches, padre Pat. Buenas noches, Conor.» Este aguardó fuera mientras el cura hacía la última visita. Después ambos doblaron hacia la taberna de Nick Blaney. Al acercarse a ella oyeron una voz que cantaba. Hacía muchísimo tiempo que no se oía cantar a nadie en el Bogside. No cantaba con la dulce voz de un Myles McCracken, pero era una canción a pesar de todo.

Oh Danny mío, las flautas te llaman,
De valle en valle de la montaña…

La entrada de los dos amigos solía desatar un vigoroso chorro de bienvenidas. Hoy, en cambio, hasta por las ropas rezumaba la amargura de las almas y los demás se apartaban en silencio para dejarles sitio.

Mas vuelve a mí si ya llegó el verano,
O la fría nieve tapiza el prado…

Tres copitas de whisky hallaron pronto su fin, reforzadas con vasos de cerveza de Derry. Conor y Pat señalaban otra vez sus respectivos vasos.

Yo estaré aquí, siempre esperando,
Oh, Danny mío, ¡te quiero tanto!

En la taberna lloraba todo el mundo, sin excepción, ¡era una canción tan hermosa!

—¿Es usted Conor Larkin en persona? —preguntó un tipo elegante.

—Sí.

—Sammy Meehan le está hablando desde Cleveland por larga distancia. Estoy visitando el viejo terruño de mi padre y mi abuelo. ¿Puedo invitarles a usted y al buen padre a beber una copa?

El forastero retrocedió un paso, asustado al ver correr las lágrimas por las mejillas de Conor. Este levantó las poderosas manos, cogió a Sammy Meehan por debajo de los brazos y lo sentó en el mostrador como si levantase una pluma.

—¡Me siento inclinado a obsequiar a nuestro amigo yanqui con una cancioncita insurreccional! —gritó.

Y en el silencio de la taberna, su voz se elevó, fuera de tono y cascada:

—Oh, dime pues. Sean O'Farrell, la reunión ¿dónde ha de ser?
—Como siempre, junto al río; tú y yo lo sabemos bien.
Como santo y seña silbad, y silbad todos a una,
Con la pica sobre el hombro, CUANDO SALGA YA LA LUNA.

Conor se echó otra copa al coleto.

—¿Habré de cantar solo? —gritó arrojando la copa contra la pared.

El silencio se prolongaba, torpe, miedoso, mientras Nick sacaba una copa nueva y volvía a llenarla. El padre Pat hizo una seña al flautista y al acordeonista, posó la mano en el hombro de Conor y añadió su menguada voz a la de éste.

Por las grietas de las tapias, mil ojos buscaban luz,
Latían los corazones, rebosantes de virtud.
Las consignas circulaban, como murmullos de bruja,
Y mil aceros brillaban, CUANDO SALÍA LA LUNA

Una tras otra, las voces se iban sumando al coro, vencidas, arrogantes; desamparadas, retadoras.

Por la vieja y pobre Irlanda, murieron los desdichados,
¡Qué gran orgullo y qué pena, el recuerdo de aquel año!
Pero quedan corazones, viriles para la lucha,
Que seguirán sus pisadas ¡CUANDO SALGA YA LA LUNA!

Quinta Parte

POLVORIENTAS CAMPANILLAS AZULES

1

Cuando nací, medía yo pocas pulgadas y nunca crecí mucho, y en el Queen's College nunca destaqué como vencedor ni como vencido. Por Belfast había diseminados numerosos O'Neill, los suficientes para proporcionarme cama y sustento y conservarme en marcha. El Queen's College acogía el número simbólico habitual de católicos, y encontré en él los santuarios liberales que uno podía esperar en un recinto universitario. Como espejo de la inquietud social y frecuentemente su arúspice, llegué a comprender que un día el Queen's sería manantial de aspiraciones republicanas.

Creo que el lema de la familia Hubble definía perfectamente la atmósfera política dominante a finales del siglo XIX. Dicho lema estaba incrustado en un vidrio policromado sobre el escudo de la biblioteca de Hubble Manor y, traducido del latín, decía: UNA CARGA MÁS PARA GLORIA DE LA CORONA. *Victoria, la vieja dama, cuyo nombre había quedado estampado ya en la época como el cenit de la aventura imperial, seguía presionando desde el palacio de Buckingham. Los conservadores lograron volver al poder a tiempo apenas para celebrar las bodas de diamante de la reina con el Trono.*

A los irlandeses aquel jubileo nos repugnaba. Con ocasión de los festejos se ensalzaban e incensaban todas las banalidades del imperio, como para recordarnos que éramos un pueblo sometido, los primeros a quienes habían colonizado y reducido a la condición de siervos. En el transcurso de aquellas solemnes fiestas muchos irlandeses enviaron pequeños anuncios de que el viejo encono no se había mitigado y de que nuestra larga hibernación republicana estaba tocando a su fin.

Acaudillado por la GAA y la Liga Gaélica, el espíritu nacionalista aumentaba y el renacimiento celta se incrementaba a todo galope. El doctor Douglas Hyde, fundador de la Liga, lo mismo que Emmet, Wolfe Tone y Parnell, descendía de protestantes, lo cual no le impedía ser celtófilo y republicano.

En Londres, los festejos con motivo de las bodas de diamante de la reina Victoria quedaron empañados por el boicot que les hizo el partido irlandés, y en Irlanda, por un estallido de motines y por aquel tipo de retórica que afirmaba, sin lugar a dudas, que se estaba escribiendo ya otro capítulo de la «cuestión irlandesa».

*Hacía treinta y cinco años que la anciana reina lloraba la pérdida de su esposo, que seguía durmiendo bajo una fotografía del cadáver colocado ya en el ataúd, y todas las mañanas ordenaba a las sirvientas que sacasen las ropas del difunto. Toda recuperación republicana que hubiésemos logrado después del hambre y del abortado levantamiento feniano se desvaneció con la muerte de Parnell, pero mientras ahora el imperio se preparaba para «*UNA CARGA MÁS PARA GLORIA DE LA CORONA*», nosotros resucitábamos de entre los muertos y estábamos*

*pensando en «*UNA CARGA MÁS PARA IRLANDA*».*

A la vuelta del siglo, después de conseguir mi licenciatura, la gente no se atropellaba por venir a ofrecerme empleos. Pasé a formar parte del pequeño puñado de católicos instruidos a los que los anglosajones no aceptaban del todo. Además, a mí muchos de los míos me miraban enarcando las cejas, a causa de haberme educado en un colegio protestante. Mi alma y mi cuerpo desplegaban sus mejores dotes respecto a mi empleo de periodista de un diario insignificante y evidentemente pobre del Belfast católico y para alguna que otra lección particular que me salía. Escribía un poco: algo de poesía, algunas obras teatrales, unos ensayos. Ni británicos ni irlandeses trepidaban bajo la fuerza de mi pluma, pero yo satisfacía mis apetencias célticas.

La vanagloria trompeteada durante el jubileo había saturado de euforia y arrogancia a los hombres de espíritu imperial. Gran Bretaña sufría un hambre insaciable de adquisiciones, y el opio de la conquista no le dejaba percibir los vapores de descontento y subversión que se acumulaban sobre los pueblos que tenía sometidos.

La efervescencia del jubileo rebosó en forma de otra arremetida imperial, una arremetida destinada a convertirse en una crisis épica, en un cambio de rumbo de la historia. A caballo de la antigua codicia, una retumbante y costosísima aventura abrió las primeras grietas en los ilimitados dominios de la Gran Bretaña. Cecil Rhodes, epítome del hambre imperial, no se contentaba con disponer de la cornucopia de diamantes, oro y otras riquezas que venían a riadas de la colonia de El Cabo y otras pertenencias sudafricanas. Anhelaba el Transvaal y puso en marcha una descarada y grosera exhibición de poder para anexionar al Estado vecino en una gran «unión» británica.

La mayoría de colonos del Transvaal eran bóers, dura estirpe de gentes de origen holandés. Obligados a presentar batalla, sorprendieron a los británicos con tácticas guerrilleras, de movimientos rápidos y emboscadas. Por culpa de su modo de maniobrar, pesado y arcaico, añadido a las inesperadas furia y astucia de los bóers, las fuerzas británicas sufrieron una serie de derrotas humillantes.

El Ministerio de la Guerra tuvo que abrir los ojos y reconocer la inquietante verdad de que en su marcha hacia el Imperio los británicos habían pasado decenios v decenios sin procurarse un ejército moderno y bien armado. Y reaccionó mandando a la lucha más de medio millón de hombres sacados de las unidades que tenía repartidas por todo el Imperio. Irlanda participó con los Royal Irish Fusiliers, los Ulster Rifles, los Inniskillings y el regimiento local de los Hubble, los Coleraine Rifles. Una vez más nos veíamos cogidos en el antiguo hado de demostrar nuestra capacidad combativa vistiendo uniformes no irlandeses, en campos de batalla

alejados de nuestras tierras y en una guerra que habían organizado otras gentes.

Pero en cualquier parte que luchasen los británicos, solía aparecer una fuerza simbólica irlandesa para luchar en el bando contrario. La guerra bóer no había de ser una excepción. Unos cuantos soldados de fortuna —en su mayoría irlandeses americanos—, unos pocos supervivientes fenianos y unos cuantos republicanos nuevos buscando dirección formaron una brigada irlandesa que combatiera al lado de los bóers. Aunque su número no sobrepasó el de unos pocos centenares, su presencia tuvo un valor enorme en el teatro de la propaganda. En Baltimore, Boston, Filadelfia y Nueva York hubo un despertar de la consciencia irlandesa como no lo había habido desde la época del hambre. En Dublín, en el corazón de la ciudad, abrió las puertas un comité del Transvaal bajo la dirección de los nuevos republicanos y alimentado por las llamas, siempre crecientes, del renacimiento celta.

Anoten a un servidor de ustedes.

Yo dirigía, con pluma febril, una pequeña pero ruidosa ramificación belfastiana del comité del Transvaal. A mediados de 1901 se puso en contacto conmigo un sindicato de periódicos irlandeses-americanos con la proposición de que me fuese al África del Sur como corresponsal suyo.

Por la fecha en que llegué al Transvaal, la mayor parte de las batallas importantes se habían librado ya. Simplemente, la superioridad numérica británica había aplastado la tenacidad y el valor de los bóers. Estos seguían resistiendo, dando pequeños golpes esporádicos, pero sin conexión unos con otros y sin la contundencia de tos primeros tiempos.

Sin embargo, algo ocurría cuando llegué, algo asombroso y repugnante, un algo que convertía la anexión impuesta por los británicos en una victoria pírrica. Los británicos rodearon a cien mil bóers, o quizá más, hombres, mujeres y niños, y los encerraron en lo que llamaban «campos de concentración». A unos treinta mil soldados bóers los tenían en campos de prisioneros de guerra. A toda esa gente le fueron confiscadas las propiedades, y sus casas y cosechas fueron arrasadas por el fuego.

Mientras el Parlamento británico imponía otra escandalosa «Ley de Unión» (como había hecho un siglo atrás con los irlandeses), miles de bóers perecían detrás del alambre espinoso. El tributo a la muerte ascendió a treinta mil personas en los campos de concentración; y de estas treinta mil, más de veinte mil eran niños.

Mediante sobornos, conseguí entrar y salir del más famoso de tales campos, el de Bloemfontein, y escribí una serie de veinte crónicas sobre las condiciones de vida de los prisioneros. Mis relatos habían de alcanzar mucho más allá del pequeño grupo de periódicos asociados para los cuales escribía, pues los reproducían no sólo en Irlanda, sino en toda la Europa continental y en la misma Inglaterra. Otros periodistas y la dama cuáquera Emily Hobhouse colaboraban conmigo

desenmascarando el horror inglés.

Mientras los generales rebullían, el público inglés, que durante los festejos de las bodas de diamante fue presa de una histérica pasión de conquista, recapacitó súbitamente ante aquéllas revelaciones. Medio siglo antes, el hambre irlandesa a causa de la roya de las patatas no había logrado conmoverle. Ahora, en cambio, la conducta de su nación con los bóers le indignaba.

Creo que en el Transvaal se plantó la semilla de que nacería un árbol cuyos frutos sembrarían el descontento hacia toda la estructura imperial inglesa, y hacia todas las estructuras imperiales futuras, un elemento magníficamente humano desafiaba a los antiguos ritos de conquista y esclavización practicados por el hombre. Algo sucedería en el siglo veinte que derribaría el orden establecido durante siglos.

Yo sabía en cierto modo que Irlanda y los irlandeses serían los primeros en plantear ese reto.

Mi padre, Fergus O'Neill, murió durante mi estancia en Transvaal. Yo le había visto por última vez en el velatorio de Tomas Larkin, y la tragedia que descubrí en su alma me dijo que pronto seguiría a su entrañable amigo. Juntos habían trabajado los campos y juntos habían soportado las penas y las alegrías de medio siglo. No podía ser de otro modo, Fergus había seguido a Tomas toda la vida; también ahora lo seguiría al cementerio de San Columbario.

Quedaban las ancianas, Finola y mi madre Mairead, con los más débiles de nuestros linajes, Brigid y Colm.

Con mis artículos sobre el campo de concentración de Bloemfontein no he ganado ningún campeonato de popularidad entre los británicos, ni mucho menos; pero en ciertos aspectos son gente honorablemente justa. No había recurso legal alguno para procesar a un periodista legítimo por haber realizado su tarea. A mi regreso a Irlanda, mi nombre estaba bien grabado en ciertas listas de enemigos del Castillo de Dublín; pero era, al mismo tiempo, un pequeño héroe entre los simpatizantes del movimiento republicano, movimiento que se hallaba en fase de crecimiento.

Dublín trepidaba. Las palabras brotaban a millones de unas plumas irlandesas, todas henchidas de antiguas esperanzas. Se había fundado un teatro nacional. Los escritores lo estaban convirtiendo en una Atenas de nuestro tiempo. Yo encajé maravillosamente bien.

Las pesquisas que realicé en busca de Conor Larkin no me llevaron a ninguna parte. Mi amigo había desaparecido de Derry poco después del incendio de la fábrica de camisas y la desaparición de Kevin O'Garvey. Algunos le habían visto errar por Irlanda como un alma en pena. Luego se fue. Yo no sabía adonde, y tenía el

corazón destrozado. Lo único que Irlanda no necesitaba era un dramaturgo más; pero yo sólo podía desahogar mi pena de una manera: cogiendo la pluma en serio y escribiendo sobre nuestra juventud en Ballyutogue. Escribí un drama sobre el verano que pasamos en la cabaña del monte, y cada línea que manaba de mi pluma era como un grito en la oscuridad llamando a Conor. Un día mis oraciones fueron escuchadas. Recibí una carta de Liam, desde Nueva Zelanda. Él había recibido un cablegrama que Conor le mandó desde Shanghai. Había embarcado y se dirigía a Christchurch.

2

Las campanas de Belfast repicaban y la ciudad que cantaba Evangelios sobre el río Lagan entraba suavemente en movimiento para celebrar el día del Señor y todas esas santidades. En el Shankill, a lo largo de Sandy Row, en el Belfast Este y en las demás fortalezas de Calvino, Lutero y Knox, las tabernas estaban agriamente cerradas y las puertas de las casas del Señor agriamente abiertas.

De aquella gran armada de templos, de aquellos acorazados de la Reforma, emergían fúnebres cantatas como si fuesen el movimiento funeral de una sinfonía trágica. Unas manos endurecidas por el trabajo sostenían destrozados himnarios y las voces seguían su marcha propia, arriba, abajo y enfrente del coro que pugnaba por imponerse.

Venid, pecadores, pobres y necesitados,
Débiles, heridos, enfermos y afligidos.
Jesús os aguarda, dispuesto a salvaros,
Lleno de piedad, amor y poder infinitos.
Jesús es bueno, os ama, os tiende las manos,
Oh, no dudéis más, hermanos.

Arriba en Andersontown, a lo largo del Falls, y en Ballymurphy, los católicos despachaban sus negocios con Dios y la Virgen en rápidas misas rezadas por relevos de cuarenta minutos.

En el Belfast el protestantismo era una cosa mucho más seria entre los anglos y sus hermanos escoceses, porque allí estaba la línea de batalla, atrincherada, inexpugnable de la fe «asaltada», y en ninguna otra parte se proclamaba tan gloriosa y celosamente el nombre de Dios y el de su Hijo.

Lucy MacLeod se despertó temblando. De contar por semanas había pasado a contar por días; pronto sería cuestión de contar por horas. Un domingo más y, cuando las campanas tocaran, podría estirar el brazo, allí en la cama, y sentir a su lado otra vez a su Robin, tibio, soñoliento, adorable.

Las doce semanas de gira de la Liga Septentrional de rugby de los Midlands ingleses habrían terminado y Robin estaría en casa de nuevo. Desde que ingresó en el equipo, hacía seis años, ella esperaba siempre con temor el momento de su partida, pero ni la más leve queja salía de sus labios. Su marido jugaba en el equipo del East Belfast Boilermakers, elevada cima difícil de escalar, y los ingresos que esto les proporcionaba la salvaban a ella de trabajar en las fábricas.

Mientras iba realizando los movimientos precisos para vestirse, Lucy tentaba y admiraba todo lo femenino que había en su cuerpo. No lo tenía delicado ni pálido,

sino de carne sólida y fuerte, que Robin adoraba. Unos senos redondos, con salientes capullos rosados que no habían perdido nada de su juvenil firmeza… Lucy se sentó ante el espejo, imaginándose que se sentaba delante de Robin. Él estaría con la espalda recostada contra la cabecera de la cama, los ojos humedeciéndosele de puro brillantes. Lucy ensayaba con toda precisión qué llevaría, cómo se habría perfumado, con qué refinamientos le sorprendería.

El implacable tictac del reloj puso fin a sus fantasías. Lucy se cubrió con renuencia. Una vez estrechamente aprisionado todo dentro del corsé, se abrochó un vestido estampado de flores que descendía por su figura de reloj de arena, se dijo que continuaba siendo hermosa y se coronó con un sombrero de anchas alas, arqueado y adornado con plumas, flores y velo. Luego llamó a su hijo:

—¡Matthew!

El chico entró, hecho un diablo de hombrecito desde los pies a la cabeza de sus diez años. Lucy le inspeccionó y le declaró apto para ir a la iglesia.

—¿Cuándo llegará el barco de papá?

—Lo sabes tan bien como yo —respondió la madre—. El viernes al mediodía.

—¿Puedo dejar de ir a la escuela, mamá?

Ella le retorció la oreja, con dulzura, aunque con un leve gesto de firmeza.

Su casita de Tobergill Street era exactamente igual que la contigua, que pertenecía al abuelo Morgan y a la abuela Nell, y madre e hijo pusieron rumbo a ella como hacían desde una eternidad de domingos. La gente los saludaba al pasar y expresaba la gozosa esperanza de que Robin volvería a estar allí dentro de pocos días.

Abuelo Morgan presentaba una figura imponente. Con su levita gris de esmerado corte, su sedoso sombrero de copa y las manos, toscamente labradas, escondidas dentro de unos guantes blancos, tenía un aire noble, como las fotografías de los monarcas. El abuelo Morgan sacó el reloj de oro del bolsillo del chaleco y lo abrió. Morgan MacLeod había empezado a trabajar en Weed Ship & Iron Works desde el mismísimo día que esta empresa abrió sus puertas, en 1878, y en los cinco lustros siguientes no perdió ni un solo día de trabajo por enfermedad. Decían de él que trabajaría hasta el mismo día que le enterrasen. Todo el mundo tomaba a Morgan por modelo. Era conocido de punta a cabo del Shankill y en muchas otras partes de Belfast. Diácono del templo, gran maestre de su Logia de Orange, capataz de los constructores de buques del muelle seco «Big Mabel»…

La única cosa fuera de tono en aquel, por todo lo demás perfecto, concierto de piedad era la tía de Matthew, tía Shelley. Tiíta Shelley, ella sólita, hacía frente al abuelo Morgan, a todos los reverendos (y había muchos), a las risitas de los vecinos (que habían cesado ya) y a todo el que se entrometiera con su independencia personal, que no tenía precedentes ni parigual.

A su manera particular, era una MacLeod tan de pies a cabeza como su papá y su

abuelo, una auténtica maravilla. Hasta Robin balbuceaba delante de Morgan. En cambio, tiíta Shelley no hacía ningún secreto de que de vez en cuando fumaba cigarrillos, leía libros prohibidos y desaparecía largos fines de semana sin dignarse explicar a nadie adónde había ido ni quién la había acompañado. Matt la veía guapísima, hasta más que a su propia madre. El abuelo Morgan parecía resignado, aunque seguía representando la comedia de que quizá con el tiempo se le contagiaría a su hija algo de la santidad del ambiente.

Morgan dio unas palmaditas en la cabeza al niño, como solía hacerlo todos los domingos y con gran frecuencia entre semana. Sin embargo, la palmadita de los domingos encerraba mucho más significado. El reloj de oro salió una vez más del bolsillo, muestra de impaciencia por culpa de la abuela Nell. Estaban ya todos reunidos cuando Nell bajó las escaleras, tan florida, almidonada y llena de encajes como su nuera.

Entonces los MacLeod salieron a la calle y se unieron al etéreo desfile de los santos. Era como si a Belfast lo hubieran desangrado por completo para su embalsamamiento dominical. La santidad lo empapaba todo, las ropas que llevaban, las barbas del abuelo, hasta los crujientes zapatos de charol del niño. Todos saludaban con la cabeza, rígidamente y al unísono, a los vecinos que encontraban de paseo, y que correspondían del mismo modo, con idéntica rigidez y al mismo unísono. La carga de su religión descendía sobre ellos como el pesado albatros y se clavaba profundamente en los arrugados, severos rostros.

Hay una fuente que sangre mana,
Sangre del cuerpo del Salvador.
Los pecadores que allí se lavan
Truecan su culpa en flor de amor.
Yo sí lo creo, y lo creeré,
Que el buen Jesús sufrió por mí.
Y si persevero en esta fe
Libre de culpas podré morir.

El reverendo Bannerman salió del compromiso pasablemente. El rebaño le escuchaba de diverso modo. En sus labios, hasta la riqueza expresiva del Evangelio adquiría la rigidez de estilo de un hombre sin otro rasgo de carácter que una integridad seca, mecánica. Dada la mediocridad del reverendo Bannerman y el pequeño ejército de predicadores colegas suyos, los fieles se apiñaban en rebaño y llenaban el templo y canturreaban los himnos y dormitaban durante los sermones como cautivos de un lugar en el que se habían encerrado por miedo a estar en otra parte.

A Matthew MacLeod lo habían recluido en una celda triste de madera barnizada, oscura. Le dolía la espalda, apretada contra el respaldo apenas almohadillado por una delgada tela de terciopelo verde guisante, color que le pondría furioso todo el resto de su vida. Encima mismo de su persona se extendía un océano de sombreros con flores, almidonados cuellos blancos y mostachos encerados.

—No te cuentes entre los bebedores de vino —encarecía sin entusiasmo el predicador—, no fijes la vista en el vino cuando es tinto… —carraspeó a la manera del hombre que quisiera expectorar pero no se atreve—. Al final muerde como una serpiente y pica como una víbora.

Matthew contaba las flores de los sombreros, luego los ensortijamientos de los pilares de madera, después descubría rostros en el grano de la madera del respaldo del asiento que tenía delante. Había allí la cara de una zorra, de un payaso y hasta quizá de una dama, si uno forzaba la imaginación hasta este extremo.

El reverendo Bannerman se inflamaba en pro de la templanza (último confín a que llegaban sus iras) y denunciaba a las personas que no la poseían, estuvieran donde estuviesen.

Matt se inclinaba adelante, con exquisita cautela, atisbando hacia el final de la larga fila, por en medio de generosos senos y crecidísimas barbas. Cerca del final de la misma, una cabecita llena de cintas atisbaba igualmente hacia él. Matt agitó los dedos, y la niña movió los suyos; él hizo monos, y ella los hizo también; después él sacó la lengua, y la niña sacó la suya. En ese momento, una mano autoritaria cogió al niño por el pescuezo y le hizo mirar al frente.

Preciosa, sangre preciosa de Jesús,
Derramada en la Cruz,
Por salvar a los rebeldes, los malos, los pecadores,
Por salvarte a ti.

Una y otra vez iban refunfuñando los versos, y el vapor que impulsaba sus pulmones iba perdiendo fuerzas a cada nuevo verso murmurado. Matthew oía que, fuera, los niños cantaban Polvorientas campanillas azules.

A continuación se recitó la lista de aquello que había que recordar: tómbolas, reuniones, colectas, servicios especiales, penitencias, clubs de hombres, auxiliares de damas, enfermos que visitar, solemnidades de Orange…

¡El órgano tocaba! Un horroroso solo interpretado por la esposa del donante más generoso, un batiburrillo en homenaje a Cristo en el que la letra profanaba la música de *Londonderry Air*. Matthew se rascaba un codo… cuidadosamente…, luego el otro, y como si le circulasen arriba y abajo del espinazo unas corrientes eléctricas, empezó a revolverse, a culebrear. Y se revolvía y culebreaba, y otra vez, y otra vez. El abuelo

Morgan le miró con ojo furioso, y él quedó petrificado.

—El borracho quedará sumido en la miseria; la soñolencia cubrirá a un hombre de harapos… todo el mundo recibirá según lo que haya trabajado.

Una variación más sobre el tema de los temas del Ulster: la excelencia del trabajo. Ya a la temprana edad de diez años, Matthew MacLeod sabía que los protestantes eran más laboriosos que los católicos, y los presbiterianos más industriosos que los anglicanos y los baptistas. La Biblia era un verdadero catálogo de la encumbrada posición de la laboriosidad, lleno y repleto similarmente del pecado y la corrupción de la pereza, conocida enfermedad de los católicos, que corría parejas con su afición a la bebida. Cabían muy pocas dudas acerca de quiénes estaban de parte de Dios y de parte de quiénes se ponía Dios.

Muy avanzada la segunda hora, un fuerte codazo sacó a Matthew de la modorra en que había caído. El niño se puso en pie automáticamente.

¿Qué puede lavar mis manchas?
¡Sólo tu sangre, Jesús!
¿Qué puede sanar mi alma?
¡Sólo tu sangre, Jesús!
Río divino que viene
A dejarme blanco y puro como nieve.

Morgan MacLeod era tenido en alta estima y no podía sustraerse, ni mucho menos, a ciertas cortesías sociales, en el vestíbulo. Hoy se comentaba el regreso de su hijo, el famoso Robin. Con la mano del abuelo rodeando fuertemente la suya, Matthew tuvo que soportar unas cuantas palmadas más en la cabeza, unos pellizcos en las mejillas y las consabidas frases por el estilo de: «Es igual, igualito que Robin, este niño.»

Media docena de veces se llevaron al abuelo Morgan adonde los demás no pudieran oírles para pedirle que reservase tal o cual empleo en los astilleros, o que diera una buena recomendación para este o aquel ascenso. La estructura social de Belfast, junto con su calidad de gran maestre de una Logia de Orange, le otorgaban tales prerrogativas.

¡El sol! ¡Por fin la luz del sol!

Matthew, todavía prisionero de la mano del abuelo, miraba con envidia a los niños paganos que jugaban a «chuta el bote» y a «bandera del Ulster» y saltaban a la cuerda al son de *Polvorientas campanillas azules*.

Para que sus familiares no olvidasen el mensaje del sermón pronunciado por el reverendo Bannerman, el abuelo Morgan analizaba y reiteraba sus palabras durante la comida dominical.

A estas horas, el niño ya no le encontraba gusto a nada. Le regañaban porque no comía, y le advertían que no se ensuciase porque el día era largo aún.

El segundo encuentro del día con Dios fue motivo de una larga discusión entre abuelo y abuela Nell, quien, para la función de la tarde, prefería ir a la nueva, espaciosa y deslumbrante iglesia de los Mártires de Shankill, para escuchar al reverendo Oliver Cromwell MacIvor. «Allí al menos no me aburriré», pensaba Matthew. Aunque, por otra parte, el reverendo MacIvor le daba miedo. Ya se sabía que cuando se le llenaba la boca de espumarajos, por toda la iglesia habría gente que se desmayaría, otros se levantarían, gritarían y se retorcerían, y otros se arrojarían al suelo, al pie del pulpito.

El abuelo manifestaba grandes dudas respecto a MacIvor, y este domingo concreto ganó él. Tenían el caballo en un establo a dos manzanas de allí, y Matthew fue con el abuelo a engancharlo al carricoche. Con el niño firmemente incrustado entre la madre y la abuela y la infinidad de corsés que parecían llevar las dos, fueron a dar un paseo por el río hasta las afueras de la ciudad en cuyas evangélicas tiendas se producía un remolino de frenesí religioso de última hora, sin truenos caprichosos ni condenaciones del evangelio fundamentalista.

Los predicadores de las tiendas iban y venían en varias oleadas santas. Quien poseyera cierta elocuencia y unos cuantos chelines podía sacar un título en poco rato y meterse en el negocio. El juego consistía en andar de acá para allá hasta encontrar a los recién condenados para aquel divertido carnaval.

Después de una última lectura de la Biblia hecha por el abuelo Morgan, el pequeño Matthew se fue a su casa, allí al lado, con mamá. Papá regresaría pronto, y entonces los domingos serían diferentes. En Belfast había iglesias para todos los gustos, y su padre solía elegir una que se especializase en funciones cortas y amables. Las de esta clase solían estar muy concurridas. Después se pasaban el resto del día divirtiéndose.

Luego por supuesto papá volvería a salir de viaje con el equipo. A la orilla de la cama, Matthew MacLeod rezó en serio, por primera vez en aquel día. Pedía a Dios que los domingos que su padre estuviera en Inglaterra a él le metiesen en la cárcel, librándole así de tanta bondad.

3

Christchurch, Nueva Zelanda, 1904

El tren disminuyó la marcha al cruzar el río entrando en Christchurch por el norte y describió un arco alrededor de los jardines botánicos de esa ciudad jardín. Conor los vio en el andén: los Larkin de Nueva Zelanda. Liam, tratando inútilmente de parecer bien vestido, una dama más bien regordeta con la más ancha de las sonrisas, y que era Mildred, esposa de Liam, y cuatro hijos —dos chicos y dos chicas— con ramos de flores en las manos. Los seis parecían terriblemente asustados.

El primer torpe apretón de manos se derritió en un abrazo, y luego la tensión se desvaneció por completo cuando Conor cogió en brazos a las sobrinas y les dio permiso para revolverle los bolsillos. Traía collaretes de piedras semipreciosas, de Hong Kong, y relojes de bolsillo auténticos para los muchachos. La dicha y la locuacidad imperaban en el grupo que entraba en la estación a esperar el tren que los llevaría tierra adentro.

Liam descubrió unas hebras grises en las sienes de su hermano.

—Has viajado mucho —le dijo—. Pararás aquí y descansarás una temporada.

—Sí —susurró Conor—, será estupendo.

La finca de Mildred y Liam Larkin, que habían bautizado con el nombre de «Ballyutogue», se encontraba a unos ochenta kilómetros al interior, a la mitad, aproximadamente, de la estrecha cintura de la isla. En Kowi Bush continuaron en tren de caballos hasta un lugar en las faldas de los Alpes Meridionales, donde el río Wiamakari saltaba hacia el mar. El suelo ofrecía toda una gama de verdes, desde los iridiscentes a los ultramarinos. La vivienda que albergaría a Conor no era una choza de adobes, sino una casa de madera, de dos pisos, más hermosa que la de cualquiera de las granjas protestantes de Inishowen. Liam Larkin se había convertido en un auténtico hacendado, con un millar de acres de ricos prados y tierras de cultivo de mucho fondo y nada menos que dos mozos de labranza fijos.

Durante una semana, los pequeños (Spring, Magde, Tomas y el menudo Rory) pudieron escuchar deliciosos cuentos marineros y canciones irlandesas. Mildred y las chicas solteras de los ranchos vecinos, e incluso los hombres, miraban al forastero con ojos hechizados.

Conor y su hermano se pasaban la mitad de la noche hablando. Todo les parecía bueno como tema de conversación. Excepto Ballyutogue, excepto Kevin O'Garvey, excepto Finola, excepto Irlanda. Hablaban mucho, mucho, y no decían nada. Al final, Liam quedó enterado de poca cosa, aparte de que Conor había pasado quince meses

en Australia y el resto en el mar.

Liam se acercó a la redonda mesa de roble. Mildred le llevó un vaso, cogió otro para sí, se quitó el delantal y marido y mujer revolvieron las respectivas bebidas al unísono.

—¿Has hablado con él? —preguntó la mujer.

—No, todavía no.

—Hace quince días que está aquí, amor.

Liam estudió los cuadros del mantel y pasó el dedo sobre una lágrima diminuta. La mujer le dio unas palmaditas en la mano y ambos sorbieron al unísono en los respectivos vasos.

—Pues no esperes ya más —dijo Mildred resueltamente—. Son trescientos acres de la mejor tierra que hay por aquí, y los Smith están casi dispuestos a cederlos. Ya sabes, amor, podríamos prestarle dinero nosotros mismos.

—Eso no representa ni la mitad del problema, Millie.

—¡Anda, hombre! ¿A qué viene la mirada que tienen sus ojos cuando escudriña más allá de las montañas? Sé conocer cuando un hombre está hambriento de tierra.

—Esa mirada la hemos tenido todos, al llegar aquí —explicó Liam—. Esto nos recuerda nuestro país.

—¿Querrás decirme que en una persona excelente como Conor es natural eso de marcharse y pasar cinco años errando por el mundo, habiendo abandonado su casa y sin dejar aviso a nadie?

—En mi hermano es perfectamente natural —contestó el marido—. Pertenece a otra especie de hombres, Millie; tiene facetas raras que nadie llega a conocer jamás. Cuando supe que venía tuve miedo. Yo había pasado toda la vida bajo su sombra. Pero ahora, al ver cómo sufre, le compadezco. No sé si Conor encontrará jamás lo que tenemos nosotros aquí.

Mildred fue hasta el fogón alimentado con leña, atizó el fuego, y luego inspeccionó la olla, revolviendo su contenido hasta quedar satisfecha. Aquellos dos hombres eran hermanos; pero no lo eran. Conor parecía haber venido a traerles un rayo de sol, aunque al mismo tiempo revelaba una sombra en su interior. Cinco años de requemarse por dentro. ¿Quién sería capaz de otro tanto? Mildred regresó a la mesa. Liam tenía una expresión como de pedir excusas que manifestaba que Conor quedaba fuera de los límites de su comprensión.

—Quizá cuando haya pasado tiempo aquí —dijo Mildred, más ilusionada que práctica y con una deducción típicamente femenina—, la hermosura de esta tierra se le meterá en el alma, lo mismo que se metió en la tuya y la de todos los muchachos irlandeses.

—No empieces a hacer planes —objetó Liam, moviendo la cabeza.

Pasó una semana, y otra más. Una noche Conor anunció que iría a Christchurch a ver si encontraba puesto en algún barco que llegase. En los barcos siempre faltaban herreros, de manera que no tardaría en ofrecérsele algo conveniente. La tristeza se adueñó del hogar.

Liam guiaba el caballo por una florida ladera, subiendo a un lugar coronado por un roble gigante de ancha copa. Había ido allí quinientas veces: cuando compró la primera parcela, cuando cortejaba a Mildred, y luego con sus hijos. Había pasado muchos ratos bajo sus ramas, pescando en el riachuelo, aunque nunca se atrevió a pensar que llegaría el día en que casi todo lo que se extendía ante la vista sería suyo. Ató el caballo y examinó la cesta de Conor. Estaba vacía.

—No se te da demasiado bien —comentó.

—Pienso que los peces de aquí son más listos que los de nuestra tierra —respondió Conor.

—No encontrarás otro riachuelo para truchas como éste, ni siquiera en Irlanda. Veamos —dijo, examinando las moscas—. Esta Taihape Tickler no deja nunca de entregarte su presa a esta hora del día. —Liam se subió las botas Wellington y al cabo de unos minutos enganchaba una arco iris, que fue trayendo hacia la orilla maniobrando al estilo de Nueva Zelanda, para luego poner el dedo del pie debajo y la sacó a tierra firme.

—Buen trabajo.

Liam reía contento. Los dos hermanos se acomodaron recostándose en el tronco del árbol.

—Échate eso en el jarrillo y agítalo un poco —dijo Liam, pasando una botella a Conor. Era el retrato mismo del hombre feliz. Conor sonreía contento al verle así—. Ahora puedo decirte cosas que antes se negaban a salir de mi pecho —continuó Liam—. Cuando ibais con papá o Seamus O'Neill a sentaros bajo árboles como éste, te envidiaba. Ahora sé la inmensa satisfacción que causa ser dueño de un árbol junto a un riachuelo que también me pertenece. En cierto modo, tú y yo hemos trocado los papeles.

—Sí, da gusto verte así, como estás ahora, Liam.

—No queremos que te marches, Conor —soltó repentinamente Liam—. Todo rastro de celos que me hubieras inspirado ha desaparecido. Quiero que disfrutes de la misma felicidad que yo he conquistado. Quiero que te quedes.

—No creo que esto sea para mí —murmuró Conor.

—¿Qué te espera fuera de aquí?

Conor no respondió; guardaba un silencio denso, pesado.

—A esta tierra se lo debo todo —continuó Liam—. Sí, claro, mi mujer es inglesa y mis hijos son neozelandeses. Sí, claro, celebro el cumpleaños del rey, pero ¿y qué?

Me gusta esta tierra. Es chocante, todo el mundo ama a los irlandeses, menos en Irlanda e Inglaterra.

—Así es la historia de nuestro pueblo —asintió Conor.

—Si quieres saberlo, yo me digo: Irlanda ¡que se fastidie! ¿Qué nos ha dado jamás, a ti y a mí, sino sufrimientos?

Un ramajazo de cólera brotó del pecho de Conor, pero se disipó inmediatamente. Su hermano hablaba con acierto en su propio nombre y en el de todos los que emigraron. Sin embargo, él, Conor, no había hallado remedio alguno en la ausencia. Cinco años tratando de arrancarse Irlanda del corazón no habían dado el menor fruto. Conor se levantó con aire fatigado. Liam exhaló un suspiro de pena; temía por su hermano.

—No lo dije completamente en serio —se excusó.

—Así es la historia de nuestro pueblo —repitió Conor.

—No bajes a casa, todavía no. Tengo un peso en la conciencia. He cometido una mala acción. Durante estos años he tenido noticias de Seamus O'Neill, que ha escudriñado el mundo entero buscándote. Yo le prometí que si un día venías aquí le avisaría. Esta carta llegó antes que tú. Viendo tu estado, viendo cuánto necesitabas descanso y paz, yo y Mildred decidimos guardar la carta por si te decía algo que pudiera afligirte de nuevo. Y seguimos guardándola en la esperanza de que decidieras quedarte. Pero puesto que quieres ir a ver si encuentras un barco… —y le entregó el sobre—. Lo siento.

Conor se quedó mirando la carta de su amigo, sin abrirla. Como si ya supiera qué diría, Liam desató el caballo pausadamente y dejó solo a su hermano.

«… el espíritu vivifica a Dublín cada día más. Teatros, reuniones, asociaciones, panfletos. Es una ola creciente que ya se nota perfectamente a simple vista. Yo me encuentro en medio de ella, y se nos van sumando multitud de hombres brillantes, abnegados. Por primera vez en mi vida puedo decir que estoy orgulloso de ser irlandés, en Irlanda…

»…viene, se acerca, Conor. Puede costar unos años, quizá un par de lustros incluso, pero nada puede detener ya la marea…

»…me acuerdo de la cabaña del monte y de los miles de millones de horas que pasamos hablando del momento. ¡Oh, el momento, el momento, el momento! ¿Puedes estar lejos de aquí cuando llegue?

»…la Hermandad ha renacido. Claro, es pequeña y débil; pero va creciendo. ¿Eres capaz de repetir su solo nombre, Hermandad Republicana Irlandesa, sin estremecerte?

»…por amor de Dios, Conor…, ven a la patria…»



4

Nos pasamos la noche hablando, pero Conor sólo soltó unas alusiones a su odisea. Nos interrumpimos unos momentos, atisbando la primera claridad que rompía sobre los planos tejados del Dublín georgiano.

Mi topera de Cornmarket High Street había quedado institucionalizada como cuartel general de un escritor y actor, situado entre el infame Castillo de Dublín y la famosa fábrica de cerveza «Guinness» de St. James Gate y lindando con el Liberties, que había sido uno de los barrios bajos más lóbregos de Europa. El Liberties era un antiguo criadero de insurrecciones. Dentro de ese triángulo mío se advertía la omnipresencia de la Corona, manantial de revolución, cubilete inagotable de licor. Yo estaba, pues, maravillosamente situado para toda eventualidad.

Conor dejó caer la cortina que cubría la ventana. Yo había esperado todo el rato que desahogara su pecho. Un día y una noche de beber y tantear le llevaron una vez más hasta el mismo borde. El alba le había vuelto más lúcido y con menos miedo a oír su propia voz narrando los tormentos pasados.

—Después del incendio, cuando el padre Pat McShane me habló del pacto que muy probablemente Kevin O'Garvey había hecho, yo no podía continuar en Derry. Kevin se había pasado la vida entera tratando de llevar el juego según las normas de los británicos, en sus tribunales, en su Parlamento, lo mismo que lo intentaron Parnell y O'Connell. Al final los británicos le estafaron, como nos han estafado a todos. Ah, sí, son unos estafadores de palabra grandilocuente, de mente superior; pero estafadores de todos modos. De pronto se abrió ante mis ojos, repentinamente, la certeza de que los O'Garvey y los Parnell no pueden llevarnos más allá de lo que nos llevaron. La insurrección armada es lo único, la sola realidad que los británicos entenderán. Abandoné Derry para buscar el lugar, donde fuere, de Irlanda en el que la Hermandad Republicana siguiera existiendo.

»Un año entero rodé por los caminos, de Donegal a Cork, de Galway a Dublín, de Belfast a Kerry, de Wexford a Sligo. No había Hermandad Republicana por ninguna parte.

»Además de habernos despojado de nuestra virilidad, haber destruido nuestros sueños y dispersado nuestra simiente, el miedo al hambre perduraba como una nube negra y poderosa sobre la segunda generación. Vi al pueblo irlandés destrozado, despojado de voluntad de protesta, obediente, sumiso, semicómico. Me daban ganas de coger a aquella gente por el cuello y gritarles que fueran hombres, pero eran perros. Se entretenían jugando a los perros, gañendo un valor falso, un coraje que no poseían. Unos perros que se contemplaban arañando el suelo para recoger unos desperdicios y enviando a sus hijos a las ciudades a mendigar. No os instruyáis, no luchéis, no os enfurezcáis. Vivid entre visiones nebulosas.

»No, Seamus, no había Hermandad, no poseíamos la facultad de enfurecernos. Acabé por sentirme tan destrozado y frustrado que pasó lo que había dicho siempre que no pasaría jamás. Me echaron de Irlanda. Ah, pero no fueron los británicos, sino la apatía de nuestro propio pueblo.

Conor se había hundido hacia el borde de mi camastro, inclinados los hombros y la vista fija en el suelo, Por un instante levantó la cabeza y escudriñó la habitación con la mirada, como si todavía anduviera buscando aquel milagro. Yo bajé la llama del gas para dejar entrar la luz grisácea del día.

—Toda Irlanda era un inmenso Bogside. Como no podía seguir gritando desde unas cumbres desiertas a unos oídos sordos, tuve que marcharme. ¿Verdad que lo comprendes? Tuve que marcharme.

—Sí.

—Y encontré a los nuestros otra vez… allá en el extranjero… Eran los celadores de las cloacas del mundo, los combatientes de las guerras que interesaban a otros, los eternos vagabundos del universo, embutidos en pequeños Bogsides por toda la madre Tierra, la gente rara, una raza de hombres y mujeres malditos… ¡tan queridos, tan amables, tan preciosos, y sin embargo, tan cansados y destrozados!

»Vi un Bogside detrás de otro en la creación del colonizador. Bogsides negros del África, Bogsides rojos del Caribe, Bogsides amarillos en Asia, Bogsides morenos en la India. Nosotros éramos ellos, y ellos eran nosotros. ¿Cuánto tiempo habíamos de continuar todavía en el sanguinario puño de la arrogancia británica? Y yo corría de nuevo hacia el mar, con el cerebro ardiendo de fiebre.

»Permanecí una temporada en Australia. Es un país bastante decente. No obstante, dondequiera que encontrase un poco de comodidad y paz, empezaba a oler fuegos de turba y oír las canciones de la taberna de Dooley McCluskey, y acababa bañado de sudor en mitad de la noche. Yo me esforzaba, Seamus, me esforzaba, pero el mundo no era bastante grande para amortiguar la visión de Irlanda o extirpar de mi alma la maldición que pesa sobre mi pobre país. Me había convertido en traidor a mí mismo, y huía al mar otra vez.

»Cuando velaba en el barco, haciendo la última guardia, podía estar solo por fin. De pronto podía sentirme a mí mismo plantado allí, inmóvil vuelta la mirada hacia mi interior, y veía cómo el mundo de más allá del horizonte se volvía loco.

Mi amigo se acercó una vez más a la ventana, descorrió la cortina y parpadeó. Yo me puse en movimiento para preparar el desayuno.

—No puedo decir que no odie muchas cosas de esta tierra, pero sí puedo afirmar que no volveré a abandonarla más.

—La Hermandad es tan chiquita que casi no se la ve; pero la componen hombres de convicciones tan arraigadas como las tuyas propias. Puede que nos cueste años, pero te lo juro, Conor, nos estamos remontando en alas de un fénix de oro.

Barrymore asistía, representando al condado de Cork. Butler representaba Clare. O'Burne y Nolan eran dublineses, y Gannon venia de Kerry. Madigan procedía del condado de Kildare, y Larkin y yo del Ulster. Nos habían escogido laboriosamente y reunido en un cuarto sobre la panadería de Marrowbone. Lane, en el corazón del barrio de Liberties. Un cuarto de una austeridad revolucionaria.

El hombre que se erguía ante nosotros había sido un gigante, un pequeño héroe de leyenda; era una reliquia del levantamiento feniano. El año 1867 lo capturaron en un asalto contra un cuartelillo del Constabulary. A la sazón tenía dieciséis años, pero era un muchacho talludo, y a pesar de su edad le encerraron en el presidio de Brixton, en Inglaterra. Después de haberse fugado y ser aprehendido de nuevo estuvo domiciliado en media docena de cárceles como invitado de la Corona, y durante los cuatro lustros siguientes sufrió toda suerte de humillaciones que se les ocurriera imponerle. Recuerdo que cuando yo estudiaba en el Queen's vi unos dibujos que le representaban obligado a comer a cuatro patas, y todavía con los brazos atados con una cuerda que le pasaba por la espalda.

Después de haber salido de la cárcel para marcharse al exilio, aparecía de vez en cuando por Canadá, Australia, Inglaterra…, es decir, por cualquier parte donde hubiera dos, tres o cinco antiguos fenianos que quisieran escucharle, y finalmente por América, con sus dos millones de pobladores naturales de Irlanda.

Era un revolucionario de cuerpo entero. Era un hombre que despreciaba la pasión por las mujeres, si alguno había caído en ella. Un hombre que no probaba ni una gota de licor, porque quería tener la mente clara para dirigir hombres, manejar explosivos y tomar decisiones. Las realidades de las celdas de prisión y habitaciones «sobre la marcha» como aquella en que estábamos le habían vuelto desdeñoso para tópicos y banalidades. Sin embargo, de la cabecera de su cama colgaba un crucifijo como antiguo recuerdo de la adolescencia y para no romper el último hilo de unión con una Iglesia que le había acusado y repudiado. Era hombre de cosas concretas, de realidades, en el campo revolucionario, y su entrada en la escena de Dublín señaló el primer intento serio de resucitar la Hermandad Republicana Irlandesa.

Se llamaba Dan Sweeney el Largo.

No había entre nosotros ni uno solo que no se hubiera alimentado de la sangre que él derramó.

A los veinticinco años, Largo Dan tenía el cabello completamente blanco. Su cutis reflejaba una palidez rojiza de enfermo, de persona que había vivido privada de la luz del sol. Tenía la cara como un mosaico de grietas y rendijas. El tiempo y los británicos le habían apaleado tanto que a veces se deleitaba con excentricidades cínicas. Pero nosotros le escuchábamos porque aquel hombre era revolución auténtica, real.

—Confío que no tenéis prisa —dijo con una voz casi huérfana de matices—. El mero hecho de que el hermano Seamus O'Neill, aquí presente, y algunos escritores colegas suyos y ciertos políticos hagan estallar palabras como en una tempestad de verano no significa que el pueblo irlandés vaya a echarse a la calle y armar un motín. El pueblo irlandés —añadió con inconfundible desdén— es casi tan enemigo nuestro como los británicos. Ha vivido subyugado demasiado tiempo. Cuando salgáis de esta habitación, salid sabiendo que la mayoría de los componentes del pueblo irlandés os odiarán, y odiarán todo lo que intentéis hacer. Los británicos son maestros inigualables en el arte de manejar a unos irlandeses contra otros.

Largo Dan metió la mano debajo de la almohada de lo cama, sacó un revólver Webley y lo movió de forma que cada uno de nosotros viera el interior del cañón.

—Los confidentes son la peste de nuestra existencia. Miraos bien los unos a los otros, aquí, y no os fiéis de nadie más.

Clic, clic, sonaba el gatillo del arma cuando cargaba y apuntaba.

—Los confidentes serán destruidos sin piedad —todos nos encogíamos y agachábamos cuando apretaba el gatillo. Pero el revólver no tenía munición. Lo arrojó sobre la mesa y el revólver chocó con golpe sordo—. Sin piedad —repitió el hombre.

»Somos un pueblo —continuó luego— famoso por su coraje en bares y tabernas. Los que viven al otro lado del mar se creen irlandeses porque se visten de verde el día de San Patricio y desfilan pomposamente arriba y abajo de los bulevares del mundo. Nadie nos iguala en pregonar tontadas sobre la añoranza que sentimos por el antiguo terruño. Pero lo cierto es que no les importa. Preguntáoslo a vosotros mismos, los que tenéis hermanos a la otra orilla del mar… ¿su cariño pasa realmente de esa lagrimita simbólica anual? Estamos solos, vosotros y yo, solos. Solos aquí. Solos allá.

Dan Sweeney el Largo no se inflamaba, ni se enfriaba, no se mostraba amargado ni entusiasta. Su tono era, pura y simplemente, aseverativo.

—Es verdad que contamos con algún apoyo de América, el apoyo de un puñado de leales que pagarán lo que hagamos. Sin ellos, estaríamos perdidos. Con ellos, podemos alcanzar ciertas metas. Lo que debemos hacer es montar una organización, de la clase que sea, y tener trazados unos planes de emergencia para el día que el pueblo irlandés diga que ya está harto. Es posible que algunos de vosotros veáis el día que nos rebelemos, pero no contéis con verlo. Y no os hagáis ilusiones necias. Por el momento, somos un grupito perfectamente ineficaz que representa a un pueblo absolutamente ineficaz. No hay nadie tan desorganizado como los irlandeses. Os arrancaréis el cabello, cuando tratéis de poner en práctica el plan más sencillo.

»De modo que os preguntaréis: ¿Por qué perdemos el tiempo? ¿Qué tenemos que nos estimule a seguir adelante? Al fin y al cabo somos un pueblo débil, sometido,

desorganizado, plagado de confidentes. Os diré qué tenemos. Tenemos el odio de los británicos. Nos temen tanto, al menos, como nos odian. ¿Por qué? Porque mientras quede un solo feniano inquieto, mientras tres hombres como nosotros se reúnan en un cuarto como éste, su imperio no estará perfectamente seguro. Los británicos saben que los irlandeses serán los primeros que se levanten contra ellos, y por este motivo hemos de ser los primeros a quienes paren los pies. Nosotros (vosotros, yo, la Hermandad Republicana) somos la punta de una flecha envenenada, y si traspasamos la piel británica, nuestra lucha y nuestras ideas se propagarán por sus colonias en todo el mundo. Eso es lo que tenemos.

Mientras nosotros nos encabritábamos escuchando aquellos poderosos pensamientos, él se frotaba las manos. También éstas aparecían arrugadas por una vejez prematura, lo mismo que el blanco cabello, pero aún conservaban el tamaño que las hizo legendarias, pues medían casi veinticinco centímetros desde el final de la muñeca hasta la punta del dedo del corazón.

—El enemigo se sienta en cuartos de caoba y dicta normas. Por estas normas se declaran con derecho a colonizar pueblos que no queremos ser colonizados, normas sobre cómo hacer la guerra, normas para matar realmente a las personas de inanición, normas para llevar a cabo todo lo que quieran y se les antoje. Dicen con gran arrogancia que estas normas proceden del padre de todos los Parlamentos tan palmariamente que ellos han de tener razón a la fuerza y todo el que se oponga a esas normas ha de estar equivocado. Como pueblo sometido que somos, se pretende que vivamos según sus normas, luchemos por ellas, y las obedezcamos. Pero nosotros no tenemos su ejército, ni sus armas, y no podemos luchar según sus normas, de modo que mientras se desarrolla esta lucha tenemos que estructurar las nuestras propias. Bien, según las normas de ellos, somos una gente depravada… asesinos, fanáticos, anarquistas, pistoleros, o cualquier tipo de escoria que indiquen con aquel calificativo, y por consiguiente acreedora a ser destruida por la legalidad que ellos han promulgado.

»Y no sólo son dueños del libro de las normas, sino que lo son además de la prensa y los periodistas para denunciarnos ante el mundo como a unos lunáticos, y nosotros no contamos con ninguna voz que les rebata. Hemos de estar dispuestos a soportar no solamente las acusaciones y la ira de nuestro propio pueblo, sino las del mundo entero. Su prensa arremeterá contra nosotros, furiosa y perversa. Todos gritarán que no respetamos sus normas.

Largo Dan se inclinó sobre la mesa y la hirió varias veces con el puño. Era la primera prueba de emoción que nos daba.

—Aunque fuere a costa de no acordaros de nada más, acordaos de esto: ninguno de los crímenes que un hombre cometa en defensa de su libertad puede ser tan grande como los cometidos por aquellos que le niegan la libertad. Nosotros no les

mataremos a ellos de hambre en un período de calamidad pública, nosotros no dispersaremos su simiente por toda la Tierra, nosotros no les negaremos la posesión del suelo inglés. Nuestros ejércitos no patrullarán por las calles de Londres. Nuestros tribunales no los ahorcarán.

»Nos entregamos a una lucha altamente susceptible de una propaganda de descrédito, una lucha que muchos de los nuestros aborrecerán; pero sólo Dios, únicamente Dios decidirá en su día qué bando defendía unas aspiraciones justas y qué bando defendía la iniquidad.

»Claro, nunca veremos el día en que podamos enfrentarnos a ellos en lucha abierta, ni que podamos oponer un arma, a cada arma que ellos tengan, y así ellos denunciarán nuestras tácticas tachándolas de cobardes. Pero nosotros no carecemos de armas propias. Recordad que ni en todo el arsenal inglés, ni en todo el poderío imperial inglés hay nada que pueda pararle los pasos al hombre que se niega a dejarse anonadar. La palabra irlandesa, la capacidad de sacrificio irlandesa y, en lugar supremo, el martirologio irlandés son nuestras armas. Hemos de ser capaces de resistir el dolor en tal medida que ellos pierdan la capacidad de infligirlo. Esto, y sólo esto, es lo que les vencerá al fin. El martirologio.

Sé que nos estaba midiendo y sopesando. Que medía y sopesaba quién se acobardaría, quién podía ser un confidente, quién fanfarronearía sin hacer honor a sus jactancias. Y quién poseía temple de mártir.

De pronto nos sacudió con el trallazo de una sonrisa, y se sentó detrás de la mesa.

*—Es la primera y última conferencia que os doy —*dijo*—. Sé que ahora estáis ansiosos por saber noticias acerca del escondite de armas que se ha rumoreado hay en Inglaterra. Es cierto.*

Largo Dan explicó a continuación la historia de los barcos que regresaban de la guerra bóer, la mayoría de los cuales amarraban en Liverpool. Uno en particular llevaba un cargamento de armas cortas y rifles y atracó durante una huelga portuaria. Por ello se llamó a una unidad militar para que pasara la mercancía a unos vagones de transporte que estaban aguardando. A causa de un típico lío burocrático se utilizó para esta tarea a los Fusileros Irlandeses, algunos de los cuales dieron aviso a la Hermandad, en Inglaterra,

El tren salió de Liverpool, con destino a un arsenal del interior, sin excesiva guardia. En un descampado, alguien lo hizo descarrilar limpiamente, despacharon al maquinista, los demás empleados y los guardianes, y los vagones fueron saqueados y las armas trasladadas a unas carretas que aguardaban. Cuando no quedó nada, dinamitaron los vagones para que pareciera que había sido un accidente. El cargamento de armas fue escondido en una mina abandonada y más tarde trasladado a otros pozos de mina de carbón también en desuso. Para no poner en mala situación

al Ministerio de Guerra, se dio la menor publicidad posible al hecho. El tren quedó tan destrozado que nunca se supo si los británicos se habían enterado del robo de las armas o no.

—Fue una de esas raras ocasiones —dijo Dan Sweeney con aquella extraña contorsión de labios que pasaba por una sonrisa— en que llevamos a cabo un plan sin malbaratarlo por completo.

»Ahora la tarea más urgente que tenemos es la de sacar aquellas armas de Inglaterra, traerlas a Irlanda y esconderlas. Dentro de tres o cuatro años, cuando la Hermandad haya crecido hasta formar unidades de combate, los británicos vigilarán atentamente todo posible contrabando de armas. En este momento no recelan. Por ello es ahora cuando hay que traer las armas y esconderlas en suelo irlandés. Quiero que cada uno de vosotros estudie la situación en su localidad y trace un plan.

Largo Dan cogió el revólver una vez más, y terminó diciendo:

—Y no olvidéis nunca lo que os he dicho de los confidentes.

5

Imposible hacer frente a las armas británicas en un campo de batalla. Nuestras armas eran las de los subyugados: una tenaz capacidad de resistencia y de esfuerzo por conservar nuestra cultura, un sentido del humor y, sobre todo, palabras. Nunca faltos de palabras, nosotros, los irlandeses, establecimos un fuego de barrera en la euforia del renacimiento gaélico.

Este fue el momento en que Dublín se echó a la calle yendo desde el Worker's Republic de Connolly hasta el United Irishmen, así titulado en honor a la insurrección de un siglo atrás, de Arthur Griffith. Este último había estado en el Transvaal, regresando con visiones de triunfo. Una belleza legendaria, de ascendencia escocesa, Maud Gonne, formó las Hijas de Irlanda y recorrió las zonas rurales como defensora de la causa de los campesinos, así como de la de los habitantes de los barrios bajos de las ciudades. Las Sociedades de Jóvenes Irlandeses y los Clubs Wolfe Tone se propagaban como un fuego en el monte. En América, el Clan de los Gaélicos salió de su letargo.

En el frente político, el proyecto de autonomía había quedado dormido por más de un decenio, durante el último mandato de los conservadores. John Redmond, heredero del partido irlandés de Parnell, se había desfondado. Harto de ineptitudes, Arthur Griffith fundó un nuevo partido: el Sinn Fein.

Por el momento, el Sinn Fein era tan débil como la novel Hermandad, pero la mayoría de los cerebros mejores se sentían atraídos por él y se estaba convirtiendo en el portavoz central del republicanismo. Yo no dudaba que el Sinn Fein estaba destinado a encargarse de la guerra de palabras, del mismo modo que la Hermandad se encargaría en última instancia de la guerra de proyectiles.

En aquellos agitados, anhelosos días, el nervio interior del renacimiento se declaró en un manifiesto firmado por William Butler Yeats, lady Gregory y un hombre llamado Edward Martyn.

«Tenernos intención de representar en Dublín, en la primavera de cada año, ciertas funciones teatrales celtas e irlandesas, que, sea cual fuere el grado de perfección que consigan, serán escritas con gran ambición y, en consecuencia, crearán una escuela de literatura dramática celta e irlandesa… Demostraremos que Irlanda no es la patria de la bufonería y el sentimentalismo fácil, como la han pintado muchos, sino la cuna de un antiguo idealismo. Confiamos en el apoyo de todo el pueblo irlandés, que está cansado de no ser presentado como le corresponde, en esta tarea que proyectamos y que queda al margen de todos los problemas políticos que nos dividen.»

Y así nació nuestro teatro nacional, por obra de unos irlandeses que hacían lo

que se les daba mejor y nos procuraron un arrogante y poderoso portavoz. El dramaturgo contra la Corona, el lector contra la artillería y las bayonetas de la Corona.

En la primavera de 1905, mi obra La cabaña del monte fue estrenada en el teatro del Mechanic's Institute de Abbey Street. Y fue recibida con respeto. Más tarde a ese teatro se le conoció por el Abbey Theatre, el Teatro Nacional de Irlanda, nuestro más hermoso triunfo como pueblo.

La noche después del estreno, la Hermandad Republicana Irlandesa destinó a Conor Larkin a Belfast, el rincón más negro del país. Se le ordenó que llevase una vida normal y que permaneciese al margen, exteriormente, de toda actividad republicana. Debía estudiar la situación, elaborar un amplio plano general de la ciudad, recorrer los bares, escuchar. Más tarde se pondría en contacto con unos cuantos antiguos y sólidos fenianos y buscaría cuidadosamente otros nuevos, así como refugios y caminos de escape.

Y lo más urgente era que viese si Belfast podía ser la puerta de entrada y el camino para traer en secreto las armas escondidas en Inglaterra.

Durante los años pasados en el Queen's College llegué a comprender que Belfast era una ciudad rara, dentro del panorama irlandés. Si había un renacimiento en el sur, hacía muy poco impacto en aquella población. Había alguna actividad en el frente laboral, y algunas publicaciones, tales como La anciana de Irlanda de Shan Van Vocht, pero en general tenían pocos compradores y a la causa republicana la impulsaban solamente desde despachos escondidos y reducidos que disponían de pocos fondos y recursos.

Porque Belfast era el corazón de la colonia protestante. Los condados de Down y de Antrim nunca ofrecieron un número elevado de pobladores católicos. En 1600, cuando los presbiterianos se establecieron como labradores, Belfast nació en medio de una marisma. Casi todos los primeros habitantes que tuvo venían de las fincas presbiterianas de los dos condados adyacentes. La vida comunal y la cooperación en el trabajo, tradición agraria introducida en Belfast, tendía a dar a esta población el aspecto de una sucesión de pueblos enlazados más bien que de una verdadera ciudad.

El espíritu del terrateniente se introdujo también, y lord Donegal fue uno de los grandes arrendadores urbanos de todas las islas británicas, dando origen a los futuros barrios bajos e implantando la característica monotonía del ladrillo rojo. Al final recibió el premio que merecía, arruinándose en el juego.

En 1800, con medio siglo de retraso, Belfast se sumó a la revolución industrial, vanguardia de la más inmunda miseria del reino. El hedor de los barrios pobres de Belfast brotaba de las abiertas cloacas, se elevaba volcánicamente de montones de

estiércol, tenerías, casas particulares que fabricaban cerveza y del amoníaco de la orina con que regaban las paredes de los patios a los que se penetraba por callejuelas de menos de dos metros de anchura. Una vez dentro, se cerraba el paso de manera que la suciedad no pudiera salir y el aire y la luz no pudieran entrar. Familias de doce personas, y más, vivían amontonadas en chozas abismales, sin agua ni desagües. Los pocos baños públicos eran insuficientes para hacer frente a la avalancha de suciedad. Llagas abiertas, cabello greñoso y desarrollo corporal defectuoso formaban parte del atuendo de los pobres.

Los telares retumbaban implacables, desgarradores; primero tejiendo algodón, después lino; con la mano de obra suministrada por mujeres y niños, puesto que Belfast, lo mismo que Derry, era una ciudad de obreras, de hembras. Como el lino subía y bajaba en los mercados en una repetición de ciclos de recesión, ascenso y nueva depresión, los escasos peniques semanales resultaban todavía inseguros, por lo cual millares de hiladores y tejedores se marchaban a América.

Durante los dos primeros siglos no hubo en Belfast población católica digna de mención. Cuando empezaron a llegar otros católicos, los presbiterianos escoceses, liberales, convivieron humanamente con ellos. Pero luego los católicos vinieron en oleadas masivas, empujados por los lanzamientos de los campos, el desempleo rural y, posteriormente, por la época del hambre. Y entonces las actitudes cambiaron para siempre.

Los católicos se asentaban en su propio «pueblecito» alrededor del corazón que era el templo. Los otros no los recibían a gusto, no querían tenerlos en tan gran número. Los católicos venían a introducirse en un orden establecido ya, en el que no tenían voto alguno, y muy poquita voz. En Belfast, los católicos eran gente extraña, invasores. A medida que su número iba creciendo, los «pueblos» católicos enlazaban unos con otros, en la parte occidental de la ciudad, y en otros sitios quedaban como enclaves aislados. En Belfast, lo que había sido al principio una serie de asentamientos comunales se convirtió en dominios tribales de dos clanes hostiles.

Cuando el telar movido a vapor trajo la gran explosión industrial, en el cinturón de Lough Belfast y las ciudades vecinas del sur, centenares de telares brotaban a lo largo de los cursos de agua. Al hundirse el algodón, durante la guerra civil americana, Belfast ascendió a la categoría de capital mundial del lino.

Hacia 1878, Frederick Weed había empezado ya su poderoso astillero, y otros se inauguraron también, y por primera vez hubo trabajo para millares de hombres. Casi todos los trabajadores de sir Frederick eran protestantes y la mayoría habitaba en Belfast Este y en el Shankill, que se convirtieron en sus fortalezas particulares.

El complejo industrial de Belfast se enriqueció con industrias de maquinaria pesada, armamentos, cordelería, destilerías, elaboración de tabaco, harineras, muelles de despalmado y unos astilleros de primer orden. Ni entonces, ni nunca más ha habido nada capaz de impedir que el sudario de basura industrial contaminara el aire de Lough. El año 1870, el horror que causaba este hecho trajo comisiones de investigación que se dijeron muy preocupadas, asegurando que la polución del aire y el agua de Belfast obraba un efecto debilitante en sus moradores. Pero nadie hizo caso de estas voces de alarma, porque nada podía detener al telar, al martinete de vapor y a la remachadora.

Los barrios bajos protestantes y el distrito del puerto eran sentinas de delitos e inhumanidades. Los barrios bajos católicos eran llagas purulentas de las islas británicas y ni a los agentes de la ley ni siquiera a los curas les gustaba demasiado internarse por ellos. Eran demarcaciones de las que habían desaparecido la mayoría de huellas de la civilización occidental. Dichos barrios sufrían a menudo los asaltos del cólera y la fiebre tifoidea y su porcentaje de tuberculosis superaba muchísimo al del resto de la nación. Sus moradores, sin instrucción, diezmados por el escorbuto, leprosos sociales y ruinas humanas, quedaban abandonados allí, revolcándose en una miseria de la que había huido toda sombra de moralidad. Mendigos, carretones de enfermos, asilos, prostitutas, chulos, navajeros, robos, hambre, locura, droga, alcohol eran nuestro pan de cada día. Cuándo no había peleas de perros o de gallos en las que apostar la última moneda que le quedaba a uno, las madres echaban a sus propios desnutridos hijos a la palestra a que batallaran entre ellos hasta cubrirse de sangre.

Más allá de los ghettos, las grandes moles de los edificios Victorianos huérfanos de inspiración aportaban una fachada de grandiosidad para esconder la podredumbre. Venían y se sucedían las construcciones para el comercio, la industria y las dependencias del gobierno y cerca de la orilla del mar se levantaban las casonas de la costa de oro más reciente de este mundo.

La época de oro de los motines de Belfast formaba parte de la lista de calamidades acarreadas por unos evangelistas escupefuegos que tenían a los pobres protestantes sobre el filo de la navaja. Colosales reuniones al aire libre organizadas por los reverendos Drew, Cooke, Hanna y otros de su calaña desembocaron en salvajes motines, en los años de 1813, 1832, 1835, 1843, 1864, 1872, 1880, 1884, 1886 y 1898. El derramamiento de sangre, en Belfast, no es un fenómeno del siglo XX. Era la tragedia de unos pobres a los que arengaban para que luchasen contra otros pobres de las unidades tribales de protestantes de Sandy Row, el Shankill y Belfast Este dándose cornadas con las unidades tribales católicas de los Falls, el Pound y Divis.

La estructura de gobierno consistía en una múltiple alianza del partido de Defensa de la Unión, la Orden de Orange y elementos del clero protestante. Objetivo de este gobierno: maniobrar continuamente aprovechando, y estimulando, la división de la clase obrera, para conservar por entero el control de la policía y el aparato de gobierno.

Oliver Cromwell MacIvor encajaba en esta ordenación como el predicador más temido y temible de todos. Entronizado actualmente en su magnífica iglesia de los Mártires, en Shankill, tenía una influencia y un poder enormes.

Generosamente subvencionado por Frederick Weed, el reverendo MacIvor daba la nota del espíritu imperante a la vuelta del siglo. Una palabra suya habría bastado para sumir el Shankill en el frenesí y la desesperación, o para hacerle formar y desfilar como marchando a una cruzada. Era el hombre adecuado para servir de comunicación entre el gobernante y las masas, y tenía una misión clarísima. MacIvor era el conservador del mito, el satírico en cristiandad, porque en ninguna otra parte del mundo había conservado un poder tan infinito aquella deidad política que llevaba ya dos siglos de existencia y que se llamó Guillermo de Orange. Desde más allá de la muerte, seguía hablando a través de su portavoz Oliver Cromwell MacIvor.

Para respaldar el poder espiritual del reverendo, Weed y sus camaradas lo habían investido, además, de un poder práctico. En su calidad de dirigente, entre otros, de la Orden de Orange en Belfast tenía derechos de contrato en los Talleres Weed y en cierto número de fábricas e hilanderías. Una palabra suya podía proporcionarle empleo a un hombre, o convertirle en un forajido social. Gracias a sus hábiles manos, sir Frederick tenía la situación en el Shankill notablemente controlada. Entre Maxwell Swan y la iglesia de los Mártires, del Shankill, embotaban la mente de los hombres, reprimiendo los anhelos que hubieran podido sentir de librarse de la servidumbre a que los sometía la era industrial. MacIvor, con su eterna «Reforma», mantenía desterradas la cultura, la belleza y la libertad de pensamiento. La iglesia de los Mártires del Shankill era el símbolo y compendio del ulsterismo.

Con el advenimiento del siglo XX, Belfast pasaba a ser un factor de primer orden en el contexto británico, un gigante de la industria, una fuente de ingresos que compensaba sobradamente la existencia de aquella colonia real, perfecta, que resolvía por sí misma el problema de los disidentes que pudieran surgir en su seno, proporcionando de paso cierta prosperidad marginal a unos cuantos personajes y un verdadero cuerno de la abundancia a los escogidos. El comercio y la economía toda de la ciudad dependían en gran parte de su condición de ciudad británica, por lo cual la sola idea de un gobierno autónomo irlandés o de un ideal republicano

provocaba reacciones de miedo y cólera.

Belfast marchaba con el reloj atrasado dos siglos, era un recinto con estructura feudal en el que a los «desleales» indígenas se los seguía castigando a disfrutar únicamente de una minúscula porción de riqueza, trabajo y poder.

Mantener a la clase obrera apartada constituía la norma fundamental para asegurarse de que el chorro de riqueza siguiera afluyendo a los bolsillos de los acomodados y de que el progreso y las ideas liberales continuaran desterrados.

Los colonos de Derry habían fundado una fortaleza amurallada en un puesto avanzado rodeado y constantemente sitiado por católicos hostiles. Belfast era distinta. Belfast era una monstruosidad deliberada. Belfast había nacido como el hijo mongoloide del imperialismo británico.

Conor Larkin había oído de labios de su amigo Andrew Ingram, y luego de los de Dan Sweeney el Largo, que estaba destinado a ser un soldado en insegura batalla. Y cuando llegó a aquella tosca entidad de ladrillo rojo, ningún otro lugar tenía más acentuado el carácter de campo de una dudosa batalla.

6

El Ardoyne era una de las pequeñas áreas del asentamiento católico en Belfast Oeste aislada del núcleo principal. La rodeaban los barrios protestantes de Woodvale, Cliftonville y el Shankill.

Conor abandonó su cubil, una habitación en Flax Street, y bajó por la arteria de Crumlin Road. Era sábado, noche de taberna antes del día del Señor. Musculosos trabajadores de los astilleros y otras empresas se apiñaban en los bares, trasegando cerveza Guinness y charlando en el dialecto de Belfast, rápido y cortado. El lenguaje era rudo. El humor era rudo. La rudeza era la marca de fábrica, la escarapela de gloria; se vanagloriaban constantemente de ser rudos. Los hombres rudos descubren instintivamente y respetan a los que también lo son, y Conor bajaba por el Crumlin sin contratiempo.

El New Lodge, un poco apartado, contenía otro enclave católico. Conor pasó por delante de un cuartelillo del *Constabulary*, preparados ya para los combates nocturnos del sábado, lo mismo en los límites que en el interior de las demarcaciones tribales, dobló la esquina y penetró en Shandon Lane, parándose a mitad de una deslustrada hilera de casitas de muñecas hipertrofiadas, con tejas de ladrillo blanco sobre puertas y ventanas. Llamó. Sin saludarle siquiera le hicieron pasar a la habitación donde le esperaba Dan Sweeney, sentado a una mesita cuadrada de madera. Largo Dan levantó la vista; después intensificó la claridad de la lámpara y los dos hombres se pusieron a cambiar impresiones sobre un plano de la ciudad. No parecía que ocurriese nada de particular. En los sectores católicos la gente discurría pausadamente de un bar a otro, de una iglesia a otra. Entre aquella corriente sólo unas pocas preguntas, en voz baja, sobre un antiguo «hermano» o un simpatizante declarado. Conor y sus camaradas eran como diminutas células que flotaran sin rumbo y sin una forma definida, tanteando en busca de puntos donde solidificarse.

Todo continuaba guardado en las mentes de unos cuantos hombres. Mientras la agitación y la presión verbal conseguían las metas apetecidas, o las fallaban, esos dirigentes supremos de la Hermandad andaban sigilosamente en las sombras. Conor había aprendido ya que la paciencia es el elixir de la revolución. Ninguna prosa puede obligar a un hombre con el estómago lleno a salir a las calles y sublevarse, como tampoco ninguna ley puede impedir que un hambriento sí se lance a la calle. Dan Sweeney no tenía prisa. Había dejado de creer hacía ya muchísimo tiempo en milagros inflamados; no le gustaba engañarse a sí mismo. Trazaba sus planes lo mismo que un cirujano.

El Belfast católico acabaría comprometido en una guerra por las calles. Estudiaban minuciosamente la táctica bóer, puesto que el mencionado tipo de lucha requeriría pequeños grupos móviles, aprovechándose del apoyo de la población

católica, para retener a gran número de tropas convencionales. Quizá este procedimiento no estuviera al nivel de las normas del cuarto de caoba, pero lo habían ideado para igualar las probabilidades y hostigar, frustrar y desgastar la paciencia de un poder militar tardo y pesado.

¿Cuánto había de tardar? Dos elecciones más, quizá tres, y los conservadores saldrían del gobierno, en Inglaterra. Se hablaría de la autonomía una vez más; pero la gente tenía poca fe en John Redmond y el partido irlandés. Redmond lo intentaría. Y fracasaría. La gente empezaría a ingresar a bandadas en el partido Sinn Fein de Arthur Griffith. Otra cosecha perdida, una depresión más, otro nuevo engaño por parte de los británicos y la gente empezaría a buscar a la Hermandad. Y la Hermandad estaría preparada; sería pequeña, pero estaría bien organizada en unidades concretas y con planes concretos.

Belfast era un problema intrincado. Largo Dan refunfuñaba, quejándose de que esa ciudad estaba siempre a un paso de la demencia. Sabía que Larkin desempeñaba una misión difícil. En todas las demás partes (en Cork, en Dublín, en Galway, en el campo) había una abrumadora mayoría de población católica. La Hermandad siempre encontraba algún simpatizante situado en un puesto clave, y llegado el momento de la acción, la mayoría de la gente los respaldaba. En Belfast todo era protestante y ultrabritánico, y todo estaba bien sujeto: el gobierno, los muelles, el transporte, el *Constabulary*…, todo. Por la fecha del levantamiento, la Hermandad habría preparado unas cuantas unidades combatientes buenas, reclutadas en los purulentos barrios bajos católicos; pero el resto de la población se mantendría leal a la Corona. Y sería un auténtico quebradero de cabeza tratar de hallar alguna persona en un puesto de mando que quisiera colaborar.

Largo Dan dobló el plano y las demás informaciones que Conor había reunido, sin formular elogios ni comentarios.

—Tengo una idea respecto a cómo pasar las armas —dijo Conor.

Dan le alentó con un movimiento de cabeza.

—Me parecería conveniente pedir trabajo en los Talleres Weed.

Largo Dan arrugó el ceño, desconcertado.

—En un conjunto de diez mil obreros empleados en el astillero hay menos de doscientos católicos, de manera que tendrías menos probabilidades de ser admitido que una botella de ginebra en un club de abstemios. Pero aun en el caso de que lo consiguieras, ¿de qué serviría?

—Están los muelles particulares —respondió Conor.

—Sigue.

—No sé si en otros lugares de Irlanda hay mucha vigilancia en los puertos; aquí en Belfast es rigurosa. Tienen un personal de aduanas, protestantes casi del primero al último.

—Así es en todas partes —dijo Sweeney.

—Los Talleres Weed tienen una especie de instalación particular. Hay una corriente constante de material y barcos que van y vienen de Inglaterra casi diariamente. Casi no hay ninguna vigilancia y los pocos veteranos de aduanas no inspeccionan demasiado. He pensado que los astilleros podrían ser una puerta trasera sin vigilancia. No sé qué, dónde, cuándo ni cómo, pero me gustaría introducirme y echar un vistazo.

La única debilidad que tenía Largo Dan era su afición al tabaco. La faz se le contrajo en un gesto de profunda meditación, al mismo tiempo que se rodeaba de una nube de humo. ¡Qué idea! ¡Entrar armas por el baluarte más firme y poderoso que tenían los protestantes en toda Irlanda, los Talleres de Weed Ship & Iron Works! Era una locura; y sin embargo, parecía tan maravillosamente sencillo…

—Nada perderemos intentándolo —dijo—. Claro, supongo que ya has pensado en cómo te las arreglaras para que te den trabajo allá.

—Sí, tenía una idea —respondió Conor.

La expresión irónica de Sweeney se desvaneció.

—¿Cómo?

—Movilizando un par de antiguas amistades.

La mente del viejo rebelde pasaba y repasaba la cuestión.

—Inténtalo —dijo con un gesto afirmativo.

—Sí.

La temporada había sido dura y difícil para el East Belfast Boilermakers, orientada toda ella hacia el desastre. Después de perder sucesivamente ante el Batley, el Rochdale Hornets y el Wigan, el gerente Derek Crawford sobrevivía gracias a un notable consumo de galletas de carbón vegetal, Lavalle's Gout Mixture y una diversidad de específicos para combatir la colitis crónica. Habiendo de jugar todavía más de media docena de partidos en Belfast antes de la gira por los Midlands ingleses, por todas partes se oían gruñidos y murmullos de disgusto, desde Rathweed Hall hasta los hinchas de las tabernas.

Sentado en su oficina, detrás del estadio del Boilermakers, Crawford hacía crujir ruidosamente los nudillos mientras estudiaba las listas de jugadores de todos los clubs de aficionados de los condados vecinos. Pero, al parecer, el mal no tenía remedio.

—Entre —refunfuñó, contestando a unos golpes a la puerta.

Conor entró en la espaciosa madriguera y se acercó a la mesa escritorio.

—Usted no me recordará, probablemente. Hace unos años, en Derry, bebimos un trago juntos. Usted me invitó a una prueba para jugar en su club. Soy Larkin, Conor Larkin.

Crawford le miraba, entornando los ojos, sin llegar a reconocerlo.

—En el Bogside —apuntó Conor.

—¡Jesús! Habrá pasado un siglo, al menos.

—Sí, hace mucho tiempo. He dejado el barco y pensaba venirme a Belfast, de modo que estoy buscando trabajo y equipo.

—¿El Bogside? Vosotros jugabais al fútbol «garlic», ¿no es verdad?

—Es cierto, pero en Australia, hace un par de temporadas, jugué al rugby en la Liga del Norte. Pertenecía a los Melbourne Outbacks.

Crawford estudió las hebras blancas de las sienes y la curtida faz del marinero.

—¿Cuántos años tienes, Larkin?

—Treinta y uno.

Un retortijón en los intestinos contrajo la faz del entrenador, quien luego movió la cabeza negativamente.

—Bueno, nosotros no somos blandengues como los Outbacks. Este año me han derrumbado a tres hombres sin comerlo ni beberlo, y los tres más jóvenes que tú. Es un juego demasiado duro para ancianos.

—Soy bastante duro —aseguró tranquilamente Conor.

A Crawford le gustaba la jactancia en los hombres. Rebuscó por las vaguedades del pasado y recordó algo así como que ese Larkin le había impresionado por su fuerza. Su mirada subió y bajó por el cuerpo del aspirante. En el aspecto de Larkin nada indicaba que se hubiese debilitado. Por otra parte, veinticinco años como entrenador y jugador le habían enseñado que no había nada mejor que un tipo que saltara de un barco e ingresara en un club.

—¿Dónde juegas?

—De delantero centro de apoyo.

«¡Jesús, uno de los puntos más escandalosamente débiles del equipo!», pensó. Bart Wilson lo había ocupado durante nueve años, y entonces, de repente, falló. El equipo no había sabido imponerse en las peleas por falta de fuerza física en la primera línea. Por otra parte, un delantero centro no se te presenta así, salido de un barco.

—¿De veras crees que puedes incorporarte?

Conor levantó los hombros.

—Estoy aquí. En este punto de la temporada no podemos perder nada dejándome probar.

—De acuerdo, Larkin, voy a probarte —dijo el entrenador haciéndose el magnánimo—, pero no te hagas demasiadas ilusiones, ¿eh?

—El juego va acompañado de un puesto de trabajo, ¿no?

—Si vales para el club.

—Soy herrero.

—¡Ah, caramba! —exclamó Crawford—. ¡Doxie!

A la llamada acudió un hombre bajo, con mucha barriga, que parecía desentonar con sus pantalones cortos de rugby. La rubicunda cara de luna lucía una nariz aplastada y otros recuerdos de los servicios prestados al deporte.

—Doxie O'Brien, entrenador de los juveniles y ayudante mío. Te presento a Conor Larkin, paisano tuyo de Londonderry. Quiere que le probemos. Jugó al «garlic» y en la Liga del Norte de Australia…, en los Sidneys Outhouses, o cosa así. Échale una mirada.

Mientras le decía a Conor que esperase fuera, Crawford abrió el cajón de la mesa y desenvolvió una botella de *paddy*.

—No deberías ni probarlo, con lo destrozado que tienes el estómago.

Crawford ignoró la advertencia de Doxie y pasó la botella.

—De veras, sinceramente, me gusta el espíritu de ese hombre —dijo Derek en respuesta a la mirada de extrañeza de Doxie—. Le recuerdo claramente. Fuerte como una chapa de caldera.

—Basura. Tal como va la temporada miras con ojos de deseo a todo descargador del muelle o patinador de buena talla. Una cosa es correr sobre un puñado de micks flacuchos y otra jugar en la Liga del Norte. ¿Qué diablos tenemos aquí, una guardería de niños?

—¿Qué me dices de los Australian Outcasts…?

—¿Y qué requetedemonios saben del deporte allá abajo?

—Lo bastante para que sir Frederick esté pensando en irnos a dar una vuelta por allí; ya ves. Pruébale.

—Por amor de Dios…

—Lárgate, Doxie.

El estadio del Boilermakers, auténtica joya de dieciocho mil plazas y uno de los primeros con armazón de acero, era otra de las golosinas personales de Frederick Weed. Sir Frederick había sido uno de los grandes del rugby en Cambridge, un gallo de pelea de quien se acordarían durante mucho tiempo. Después de Cambridge ganó ocho distinciones en partidos internacionales como miembro del equipo nacional escocés, y después de trasladarse al Ulster, otras dos para el equipo nacional irlandés.

Poco después de inaugurar su astillero, el East Belfast Boilermakers se convirtió en su creación, su *alter ego*, el monumento a sus hazañas pretéritas. Los entrenaba y jugaba en compañía de reparadores de barcos y remachadores hasta que las exigencias de su creciente imperio, y las de su creciente cintura, dictaron que debía retirarse como jugador activo. Pero su interés por el deporte no menguó jamás. Weed organizó un club que era el orgullo del Ulster, azote de Irlanda, y se había conquistado el profundo respeto de los del otro lado del mar. Weed lo proveía de jugadores a los que otorgaba una consideración especial, empleos y preferencias. Esto

motivó que él y su equipo tomaran parte en el gran enfrentamiento que la cuestión del profesionalismo desencadenó en el rugby.

El deporte de aficionados era mirado con desdén no sólo por sir Frederick, sino también por los potentados de los industriales Midlands ingleses, donde los jugadores eran mineros y obreros de fábrica y se les regalaba dinero sin recato. Ante la disyuntiva de deshacer sus clubs, lo que hicieron fue repudiar la Rugby Union, de la que procedían, y formar la Northern Rugby League de profesionales. Los Boilermakers se unieron a ella, convirtiéndose en el primer y único equipo profesional irlandés.

Además del salario, una vivienda gratuita en Bangor y el uso de un pabellón de caza en Escocia, el nuevo estadio del Boilermakers encandiló a Derek Crawford, induciéndole a dejar el Brighouse Rangers, del que era copropietario. El estadio estaba al lado del astillero, todo adornado de verde oscuro, el color del Ulster, con un fondo de pequeños muelles, gradas, diques secos y no secos y las cuatro grandes chimeneas de la fundición de acero. Más allá, la extensión azul de la bahía de Belfast, el palco y el pabelloncito particulares que sir Frederick tenía en la terraza eran únicos, lugar de exposición de trofeos, puesto de espectador lujoso como no hubiera otro, con su bar y su comedor.

También únicas eran las instalaciones para uso de los jugadores debajo del estadio, con espacio para cada uno y duchas con jabón y toallas suministradas por el club. Allí había la única sala para jugadores de todo el Reino Unido, con sillones de cuero, una mesa de billar, flechas y un bar con una provisión interminable de Guinness.

No hay que extrañar, pues, que todos los chiquillos de Belfast se viesen ya en el equipo del Boilermakers, porque ello significaba un empleo de los mejores, ser famoso en la localidad, una gira por los Midlands y la oportunidad de ganar un salario doble del normal.

Conor y Doxie O'Brien salían del túnel, y emergían en el campo en el preciso momento que sonaba la sirena del astillero, poniendo en marcha una maciza columna de obreros por King William Channel. Con los cestos de la comida en la mano y la suciedad de la jornada en el rostro, iban acortando el paso y algunos hasta se detenían para mirar unos momentos cómo se entrenaban los héroes.

—No te hagas demasiadas ilusiones —advirtió Doxie, entre dientes.

—Hoy ya me lo han dicho otra vez.

—Mira, hombre, sir Frederick y Crawford no tienen reparo alguno en que tú y yo seamos católicos, si vales lo suficiente para entrar en el club. Sin embargo, ya tenemos un católico romano más de lo que solemos, y para que acepten otro conviene que superes al que ya está.

—Lo supero —afirmó Conor.

Al entrar en el terreno y dirigirse hacia el túnel, los jugadores miraban a Conor con respetuoso odio. Él sabía que le estaban tomando las medidas y que durante la hora, el día y la semana siguientes recibiría palos, golpes y otras delicadezas que le pondrían a prueba para determinar si era digno de la compañía de aquellos hombres. Unos saludos, escasos y fríos; sin apretones de manos.

—Ah, de paso —dijo Conor—. Había un chaval de Derry llamado Mick McGrath que hizo la prueba unos ocho años atrás. He repasado unas fotografías del equipo. Y no he podido localizarlo.

—¿Un McGrath de Derry? ¿Un católico romano?

—Sí.

—Lo recuerdo vagamente. No pasó de los juveniles. Sufrió una lesión. Luego pasó a trabajar en el astillero. Me parece recordar que me dijeron que se había marchado. Habla con el número suficiente de curas de Belfast y quizá lo encuentres.

—¡Conor! ¡Conor Larkin! —llamó una voz.

—¡Vaya! ¿Quién había de pensarlo? ¡Nada menos que Jeremy Hubble! ¿Cómo estás, peque?

Lord Coleraine no era hombre ni muchacho, sino una cosa intermedia. Con sus diecinueve años era un hierbajo lozano y fuerte.

—Veamos, echémoste un vistazo, Jeremy. ¿Qué tal tienes a mano la navaja estos días?

—¡Conor, qué alegría verte!

—También me la da el verte a ti. ¿Cómo está tu encantadora madre?

—Perfectamente. Estará contentísima al saber que te he encontrado.

—¿Y tu hermano Christopher?

—Ah, está en Londres, estudiando en la Escuela de Economía y en el Colegio de Abogados. Leyes, negocios y cosas así.

—¿Acaso trabajas para tu abuelo?

Jeremy tenía una sonrisa luminosa como la de su madre.

—Yo estudio para oveja negra. Al terminar el año iré al Trinity de Dublín, pero abuelo y yo estamos confabulados para que vaya de gira con el equipo. Ya sabes, yo soy de la plantilla del juvenil. —Jeremy se detuvo de repente, advirtiendo que Conor llevaba el uniforme de entrenamiento, y una sonrisa ensanchó su hermosa faz—. ¿Vas a jugar con los Boilermakers?

—Es muy probable —respondió Conor, posando la mano en el hombro del muchacho—. De veras que no quiero sacar ventaja de amistades pasadas, pero si consigo que me admitan en el club trabajaré en el astillero. Quizá, quizá pudieras pedirle una cosa a tu buena madre.

—¿Qué, Conor?

—Oh, es una tontería.

—No, dímelo; insisto.

—Desde que tenía tu edad, poco más o menos, tengo unas ganas locas de trabajar en los trenes. Sería la ilusión de mi vida si pudiera trabajar de herrero en el taller de locomotoras.

Jeremy lanzó el destello de otra sonrisa, guiñó el ojo y desapareció por el túnel para cambiarse. Conor se sonrojó ante aquella tanda de buena suerte. Los acontecimientos marchaban tal como le convenía. Si él cumplía como le correspondía, Jeremy le plantaría en el centro del astillero.

Varios días después de la primera actuación, seguían llamando a Conor para los entrenamientos. Los jugadores le miraban con malos ojos y le habían apodado «el herrero»; pero las tentativas por mantenerle fuera del club salían bastante caras.

A los pocos minutos de las primeras topadas, Conor se hallaba indefectiblemente en posesión del balón y obligado a correr con él. Claro, se lo habían tirado flojo y mal para dar ocasión a que la manada se le echase encima. Apenas sus manos lo habían apresado, los cuerpos saltaban sobre él con impacto audible, amenizado por una variedad de zancadillas, golpes en los riñones, coces, golpes con los antebrazos, golpes a las espinillas y rodillazos.

Conor prefería no pagar en la misma moneda, sino jugar al rugby. Rebasaba a los zagueros de menor talla y dejaba sin sentido a cierto número de los más fornidos. El deseo de devorarlo vivo se iba moderando incesantemente por la necesidad en que se hallaban los otros de velar por su propia integridad personal.

En cuanto Conor dejó bien sentada su capacidad de sobrevivir, las otras cualidades de su juego se hicieron patentes. Era un chutador fenomenal y hombre de mano segura lo mismo al pasar que al recibir. Sabía aprovechar con gran criterio sendas y ángulos para atajar a los zagueros más rápidos. Y cuando ponía la mano encima de un atacante, no había que discutirlo, el atacante rodaba por el suelo. Pero su faceta más brillante era la facilidad con que sabía llevar el balón junto a la línea de meta enemiga y abrirse paso con aterradora potencia entre los que intentaban atajarle.

A pesar de la sorprendente demostración, Conor distaba mucho de ser un jugador refinado; poseía defectos que le menoscababan considerablemente. Tanto Derek Crawford como Doxie O'Brien consideraron que lo lógico sería ponerle en el equipo de los juveniles y desear que su proceso de perfeccionamiento fuese mucho más rápido que el de acumulación de edad.

Una llamada para que se presentara en la oficina de sir Frederick nunca dejaba de trastornar el delicado equilibrio gástrico de Derek Crawford. El entrenador se

acercaba al edificio como si estuviera al final de un largo tablón que saliera fuera de la borda. En esta ocasión, sin embargo, al entrenador le sorprendió ver que el rostro de sir Frederick no tenía el ceño malhumorado habitual, y más todavía ver a lady Caroline paseando por la oficina.

—Derek —dijo sir Frederick, yendo al caso sin rodeos—, lady Caroline tiene un interés personal por el tal Larkin.

—Sí, señor. —Crawford suspiró de alivio—. Lo imaginé al oír a lord Jeremy. ¿No trabajó en Hubble Manor hace algún tiempo?

—Sí, en efecto —respondió Caroline.

—¿Qué tal marcha? —inquirió sir Frederick.

Crawford se rascó la mandíbula.

—Tiene madera, no cabe duda. Es fuerte como un co…, perdone, milady, fuerte como un toro. Tiene un buen par de manos, bota bien el balón; pero ya sabe usted, nuestro equipo es el Boilermakers, y ese hombre pasa de los treinta años. Sencillamente, no puedo decir qué tal resistirá la paliza del partido semana tras semana. Luego está el detalle de los secretos importantes del juego. Se necesita tiempo y experiencia para aprenderlos.

—Larkin es muy inteligente —adujo Caroline, simplificando en exceso la cuestión—. Se pondrá en forma rápidamente.

—Quizá sí, pero yo no quiero seguir perdiendo partidos sólo para que él aprenda antes.

Sir Frederick tamborileaba sobre la mesa e intercambiaba miradas con su hija.

—Derek, ¿qué te parecería si lo llevásemos como reserva?

Hasta el momento, Weed se había mostrado más bien afable y sin exigencias. Crawford comprendía, no obstante, que la «petición» traía gancho.

—Si yo pudiera someterle a un entrenamiento intensivo…, hacerle forzar el paso…

—¿Qué necesitarías, Derek?

—Pues… —respondió Crawford, inquieto— digamos que se le dieran clases muy especiales. A mi entender, Robin MacLeod es quien más entiende en rugby de todos nosotros. Si sir Frederick no tuviera inconveniente en permitir que MacLeod dejara el trabajo muy temprano y se dedicara a entrenar a Larkin, digamos dos o tres horas diarias, antes de que lo hiciéramos jugar en el equipo…

—Me parece muy bien. Ve y arréglalo así.

Crawford exhaló un suspiro. El estómago se le había puesto furioso.

—Hay otro pequeño problema. Tenemos seis católicos romanos en el equipo. Y nunca hemos tenido siete. Si Larkin entra, sustituirá a Bart Wilson. Como usted sabe, Bart juega bien, y es de los antiguos; el cambio podría ser impopular. Quiero decir que Bart es una figura importante en la Orden de Orange. Eso de que a mitad de

temporada se le reemplazase por un católico podría caer mal por Belfast Este.

—Bah, tonterías —refunfuñó Weed. Dio un mordisco a la punta del cigarro, cortando un trozo y haciéndolo rodar luego entre los labios en actitud meditativa—. Llamaré a Bart personalmente y le indicaré que abandone, en bien del equipo. Se le brindará un puesto de capataz, de modo que no sufra disminución en sus ingresos.

—En este caso —dijo Crawford— lo encontrará completamente leal al bien del equipo. Y él personalmente cuidará de acallar todo intento de murmuración. —El entrenador se levantó y salió visiblemente aliviado.

Weed levantó los brazos en un gesto indicador de que había capitulado a los deseos de su hija, la cual le dio un pellizquito en la mejilla y le dijo que era un encanto.

—Ah, de paso —añadió—, Larkin trabajará en la herrería.

—Hummm, sí, eso me imagino; es herrero, o algo así, creo.

—Apenas se le puede llamar herrero, Freddie. Ya viste el trabajo que hizo en la Manor. No creo muy adecuado que un artista del hierro se entretenga herrando caballos. Por pura casualidad, Jeremy dijo algo acerca de que Larkin sentía una preferencia por la fragua contigua al taller de locomotoras.

—Oye, Caroline, aquella gente se toma muy en serio lo de la antigüedad de cada uno en la empresa… No puedo exponerme a disgustar a todo el astillero.

—¿Sabes qué se me había ocurrido? Sería una idea formidable que Larkin hiciera algo que tú pudieras regalar para el nuevo Ayuntamiento. ¿Comprendes? Si hace un trabajo especial no cabe el cuento de la antigüedad ni caben celos mezquinos.

—¡Buen Dios, lo tenías meditado hasta el último detalle! De acuerdo. Es más de lo que quería conceder; pero te complaceré. Ahora viene tu capítulo de concesiones. Jeremy acompañará al equipo en su gira.

—Freddie, yo no he concedido tal cosa.

—Oh, claro que sí. Ya ves, yo me he dejado desplumar sin protesta.

—Freddie, ese muchacho hace lo que quiere de ti. Si ha de entrar en el Trinity necesita unas clases preparatorias especiales. No puede irse a trotar por los Midlands.

—Ah, sí; puede muy bien.

—Christopher tiene un año menos que Jeremy y está a mitad de un curso dificilísimo.

—Quid pro quo, querida Caroline, *quid pro quo*. Yo acabo de echar patas arriba, por ese Larkin, la distribución que había hecho; y tú habrás de cumplir tu parte del convenio.

—Eres un canalla. Roger se pondrá loco de cólera.

El padre soltó una carcajada estentórea.

—De Roger te encargas tú, cariño. Además, tener a ese *paddy* tuyo en el equipo te proporciona un argumento de mucho peso.

—No te comprendo.

—Oye, ¿qué mejor acompañante para Jeremy que ese Larkin? Un día quizá convenga recordar que fueron buenos amigos, etcétera, etcétera.

Caroline fijó los ojos en la sonrisa picaresca de su padre y comprendió que el viejo se saldría con la suya.

—Muy bien —suspiró—, pero deja que se lo comunique a Roger cuando me parezca oportuno.

7

Matthew MacLeod y una pandilla de compañeros suyos se apretujaban contra la ventana de la cocina. Dentro, su papá y Conor Larkin casi no dejaban espacio libre en la reducida dependencia.

—¡Ese es! —exclamó Matt—. ¡Conor Larkin!

—Oh, fijaos qué alto y fuerte. Con los pies que tiene sería capaz de tardar un rato en caerse aun después de que le hubieran pegado un tiro.

—Papá dice que cuando echa a correr sería capaz de pasar a través de una pared de ladrillos. Ayer, en el entrenamiento, marcó un ensayo, a pesar de tener a tres hombres colgando de diversas partes del cuerpo.

Las dos casas, contiguas, de los MacLeod en Tobergill constituían mojones de cierta categoría. Morgan, el patriarca, fue capataz del muelle seco «Big Mabel» y pilar de la Casa de Orange y la iglesia. Su hijo Robín era uno de los mejores jugadores de rugby de Belfast. Siempre que Robin traía a su casa un compañero de equipo, los vecinos lo consideraban una solemnidad.

Robin MacLeod tomó afecto por Conor Larkin apenas se dieron cabeza contra cabeza en el terreno de juego. En cuanto a Conor, Robin MacLeod le recordaba en muchos aspectos a Mick McGrath. Tenía una complexión por el estilo de la de Mick, sólida, era pronto y combativo y lucía una cabeza poblada de rizos bermejos. En el campo, Robin era el cerebro director y la centella del Boilermakers, y cuando le encargaron de entrenar a Conor, que había pasado a formar parte del equipo, congenió con él desde el primer momento.

A Matt le habían echado a la calle, pero Lucy revoloteaba por allí, entrando y saliendo un número no programado de veces. Y precisamente cuando los dos jugadores se disponían a realizar un estudio en serio, entró el abuelo Morgan.

—Es un placer extraordinario, por cierto —dijo Morgan, sacudiendo la mano de Conor.

Después de unos cumplidos entró Nell, y luego vinieron cierto número de vecinos, todos los cuales deseaban hacer unos comentarios con el nuevo jugador del Boilermakers para después poder dar la noticia y emitir sus impresiones en la taberna. El puesto de delantero centro libre no tenía nada de sectario. Lo que importaba era el equipo. A Conor se le aceptaba como a uno de los ejemplares más sobresalientes de su religión, un hombre con un oficio, como ellos mismos.

—¡Por amor de Cristo, no dejes entrar a esos pelmas y podremos trabajar! —gritó Robin a Lucy después de una nueva interrupción.

—¿Sería mejor que nos fuésemos a mi refugio? —preguntó Conor.

—No, dentro de unos días ya se habrán habituado y nos dejarán en paz.

Robin había trazado un programa a fin de que Conor se enterase a fondo de las

jugadas del equipo, de sus adversarios, club por club, de las tretas especiales y de las reglas. Y le impresionó vivamente la penetración intelectual de Conor en lo referente al juego. Esta temporada la única cosa que los Boilermakers lograban inflamar era el estómago de Derek Crawford. Robin estaba decidido a entregar un jugador bastante pulido para que pudiera ingresar en el equipo y participar en la gira por los Midlands.

Antes de una semana todos los vecinos de Tobergill Road en dos tabernas a la redonda habían venido a presentar sus respetos. Todo el mundo, excepto Shelley MacLeod. A Conor le hicieron sentir a sus anchas con toda la familia, pero en cierto modo se le dio a entender que la hermana de Robin tenía algo de ave solitaria, era un poco altiva.

Al saber que su hermano entrenaba a un jugador nuevo, Shelley se mantenía deliberadamente alejada de casa de Robin. Era, real y efectivamente, una muchacha del Shankill y de vez en cuando podían traerla a la sesión de cerveza Guinness de las noches de los sábados, pero se mantenía distanciada durante largos períodos, mostrándose bastante extraña con sus familiares. Los compañeros de Robin, aunque honrados y dignos, le parecían una pandilla sosa y tosca, con mentalidad y deseos de simios. Un jugador más tenía muy poco interés.

A pesar de la aversión de Shelley, el aura especial que rodeaba la aparición de Conor Larkin, en noches alternas, no se apagaba con el paso de los días. La familia parecía prendada de él. Se percibía entre las dos casas una vibración especial que convertía la presencia del irlandés en un verdadero acontecimiento. Por fin, después de un par de semanas de evadir cuidadosamente al visitante, Shelley tuvo que satisfacer la natural curiosidad que le cosquilleaba la mente. Y anunció que iría a comer con ellos un determinado sábado, que habían invitado también a Conor.

Shelley se dijo que aquel hombre tenía una figura impresionante, si se tomaba en consideración el aspecto físico únicamente. Porque el irlandés era media cabeza más alto que su hermano, y cuando la saludó, Shelley pudo observar que a ella la aventajaba en una cabeza entera. La muchacha se sorprendió a sí misma murmurando un «Hola» tímido mientras él continuaba aprisionándole la mano y estudiándola en silencio. Aunque la mirada del hombre sólo recorría un corto espacio, descendiendo desde el rojo cabello para detenerse en los ojos, increíblemente verdes, de la joven. Conor se sentía invadido de un raro y apasionado deseo; no de un deseo carnal, sino de la pasión del buscador que ha encontrado súbitamente aquello que anhelaba. Conor y Shelley permanecían inmóviles, mirándose, y así estuvieron largo rato, hasta que entró Matthew, a quien habían retirado de la calle, y le dio a su tía la ocasión de salir de aquella especie de trance hipnótico para ir a lavarle mientras él se desahogaba gritando como un condenado.

A la sazón, Morgan dejó a un lado la postura de hombre moderado, bebiendo un vaso con ellos; luego se revistió de su aire pomposo habitual y se sentó

ceremoniosamente a la cabecera de la mesa. Acto seguido se colocó bien los lentes, gesto innecesario porque siempre leía la Biblia de memoria. Después de abrir aquel tesoro de cinco generaciones más, se aclaró la garganta, signo de que había llegado el momento de que los demás inclinaran la cabeza.

—«He ahí las cosas que debéis hacer: Que cada uno de vosotros diga verdad a su prójimo; realizad el juicio de verdad y paz en vuestras puertas; y no permitáis que ninguno de vosotros piense mal, en su corazón, del prójimo; y no tengáis apego a falsos juramentos; porque Yo aborrezco todas esas cosas, dijo el Señor.»

Después de pronunciar estas frases, que significaban que aceptaba a Conor Larkin, cerró el libro e inclinó la cabeza a su vez. Y en el momento de inclinarla entrevió a su hija y a Conor mirándose fijamente, y comprendió, por la experiencia que le daban los años, que en su casa se estaba encendiendo el más antiguo de todos los fuegos. Nunca había visto a su hija presa de tan repentina conmoción, ni la había considerado jamás capaz de quedar tan profundamente impresionada. Shelley solía ser siempre dueña absoluta de Shelley.

—Gracias, Señor, por tus generosos dones y por la presencia de un nuevo amigo que ha honrado nuestra casa. —Morgan levantó los ojos para ver si Conor se persignaba o deseaba añadir una palabra más. Como no se oyó respuesta alguna, añadió—: Amén.

Despachada la comida, se retiraron al saloncito, alrededor de la estufa de reverbero, runruneando satisfechos en pleno calor de hogar. Lucy se encaramó al incómodo taburete del piano en cuanto la voz tonante y nada cohibida del abuelo Morgan los empujó a entonar una ronda de canciones. Al llegar a la cuarta, el desasosiego que a unos les pudiera inspirar la presencia de los otros se había desvanecido por completo, y Conor galvanizó la reunión entonando una antiquísima balada de Donegal con una voz que nadie había esperado. Hubo un breve momento de embarazo cuando Matt pidió un fogoso himno de Orange; momento que quedó superado al instante atacando todos a coro Cruzando el centeno.

Matthew se dormía. Robin lo llevó a casa… Y todo el mundo desapareció por ensalmo, dejando completamente solos a Conor y Shelley. Pero al mismo tiempo retornó entre ellos el malestar de los primeros momentos.

—Ha sido una velada memorable —dijo Conor.

Y cogió la gorra de la percha y se fue.

Una interminable semana después, Shelley llamaba a la puerta de la cocina de Lucy y entraba. Conor estaba solo, recogiendo unas hojas sueltas de encima de la mesa.

—Creo que Lucy y Matthew están dentro —dijo levantando la vista—. Robin ha ido a la taberna a buscar cerveza para él y para mí.

—Lo sé —respondió la muchacha—. Esperé a que se fuera —parecía clavada en el suelo, visiblemente furiosa consigo misma por haber cedido al impulso de venir a verle y encima todavía decírselo.

—Todas las noches la he buscado con la mirada —dijo Conor—. Me alegra que haya decidido no esperar más.

Shelley había sabido alejar siempre a los tipos duros del Shankill con poco más que una mirada penetrante. Ahora hubiera querido humillar a este hombre, pero no sabía decidirse a darle un bofetón. Conor había dicho la pura verdad, nada más. Ella le había esquivado y él esperó. Ahora ya no parecía capaz de seguir esquivándole. Durante toda la semana, la atracción que Conor ejercía sobre ella se había vuelto irresistible y tremendamente incómoda.

—¿Qué? —preguntó Conor.

—Sí, en efecto, ¿qué? —repitió ella, todavía asombrada por su propio comportamiento.

—¿Hemos de vernos, Shelley? —dijo él, sin rodeos.

—¿Podremos esperar hasta mañana por la noche?

8

Sir Frederick aceptó entusiasmado la proposición de Caroline de hacer en el astillero algún objeto de hierro artístico para regalarlo en nombre de los Weed al nuevo Ayuntamiento de la plaza Donegal. Enviaron, pues, a Larkin a examinar el edificio, que estaba a punto de quedar terminado, para que luego propusiera lo que le pareciese más adecuado. Se habría pensado que aquella imponente estructura debía albergar la capitalidad de Irlanda, o al menos de una provincia, en lugar de servir tan sólo de albergue al Ayuntamiento de una población de cuatrocientos mil habitantes.

Levantado sobre el solar del antiguo Linenhall, tenía unas dimensiones descomunales, y coronaba el conjunto una cúpula que se remontaba unos cincuenta y tres metros sobre Belfast y era un canto a las hazañas industriales de la ciudad.

Conor reprimió el odio que le inspiraba semejante proyecto, diciéndose que gracias al mismo se encontraba donde quería estar, exactamente en el complejo de los Talleres Weed. Y se pronunció en favor de un par de puertas que separasen el *foyer* del vestíbulo grande, que ocupaba toda la fachada este del rectangular edificio.

Partiendo del supuesto de que Belfast era el núcleo de aquella pesada y piadosa mentalidad ulsteriana, Conor comprendió que no había ni que pensar en puertas trabajadas como fino encaje, al estilo de las de Tijou o de la escuela italiana. Por consiguiente, se puso a diseñar un barroco casi germano que apestaba a «Reforma». La pesadez de estilo le permitía llenar las puertas de toda suerte de escudos heráldicos y símbolos de progreso para remover la sangre del Ulster.

Conor había comprendido que sir Frederick era un coleccionista de arte y hombre de mucho gusto, y había de tener cuidado en no ofenderle. Al mismo tiempo, las puertas habían de estar en armonía con el edificio y asimismo con el tema de la región y las personas gobernadas desde dicho edificio. Conor recorría una estrecha línea tendida entre una broma muy sutil y la grandeza.

Al cabo de un mes presentó el estudio, acabado con todo detalle. Sir Frederick encendió el cigarro habitual, extendió los dibujos y al momento quedó deliciosamente desconcertado. Allí estaba ello, y sin embargo, no estaba. Los rasgos buenos lo eran de verdad, brillantes incluso. Y el mal gusto parecía tratado con arte exquisito. Weed estudió a Larkin, además de los dibujos, con ánimo divertido, pero súbitamente respetuoso. Sabía que el hombre que tenía enfrente había trazado el proyecto tal como estaba a sabiendas, con toda intención.

—Oye, Larkin, ¿me estás buscando las cosquillas?

—¿Ha visto usted el interior del edificio?

—Hummm, recientemente no.

—Quizá debería echarle un vistazo.

—Bueno, sí, es cierto, caracteriza al Ulster por los cuatro costados, te lo concedo.

—¿Podría sugerirle que enseñe mi proyecto a los padres de la ciudad afectados y se beneficie de su reacción? —indicó Conor.

Weed lo hizo. Todos se pusieron locos de satisfacción. Larkin había dado en el clavo y aprobaron el proyecto.

Cuando un católico invadía los dominios exclusivamente protestantes de los Talleres Weed había que esperar siempre rumores de descontento. En este caso el murmullo de disgusto quedó reducido al mínimo cuando Bart Wilson, a quien había sustituido Conor en el Boilermakers, fue ascendido a capataz de un taller de laminado con objeto de calmar las aguas que pudieran agitarse. El mismo Bart presentó a Conor en los talleres, con lo cual el irlandés fue tácitamente aceptado. Los componentes del equipo de rugby de sir Frederick gozaban de una consideración especial. Además, habiéndosele encargado un trabajo particular de sir Frederick, el irlandés no parecía significar ninguna amenaza en cuanto al empleo de cada uno de los demás. La nota dominante consistía en una mutua frialdad; en mantenerse apartados los otros de su terreno, y él, a su vez, no meterse en el terreno de los demás.

En el complejo de instalaciones, los talleres para las locomotoras se extendían por la orilla sur del canal del rey Guillermo, enfrente del astillero, arrancando desde las sombras de la fundición de acero. Una línea de talleres auxiliares corría vecina a la planta principal del trabajo en cadena, y en una fragua de dicha línea se aposentó Conor. Se le recibió con la misma alegría que a un leproso, pero generalmente le dejaban en paz.

Gozando de libertad para andar por allí a su antojo, Conor estudió la anatomía del gigante complejo. En algún punto de su inmensidad debía haber aquel punto ciego, aquella puerta trasera de entrada al Ulster que permitiese traer las armas de Inglaterra. No obstante, mientras iba efectuando la disección, sector por sector, el posible lugar deseado seguía escondido, sin revelarse. Las perspectivas esperanzadoras iban quedando en nada, una tras otra. La maniobra que desde el exterior había parecido fácil y sin complicaciones resultaba mucho más difícil y problemática. Todo el material, todos los cargamentos y los movimientos estaban sometidos a estrecha vigilancia. Aun suponiendo que se pudieran traer armas de Inglaterra a los muelles particulares de Weed ¿qué hacer entonces? ¿Cómo descargarlas en el astillero y luego sacarlas de allí? La hazaña empezaba a parecer imposible. Sin embargo, él estaba dentro de la instalación, y en alguna parte, de algún modo…, la puerta trasera existía, sin duda.

Conor pasaba del taller de fresado de hierro a las gradas y los muelles, levantando mentalmente el plano de todo ello, centímetro a centímetro, plano que luego confiaría al papel. Su ojo se habituó a hacer cálculos instantáneos. Conor siguió buscando y rebuscando, hasta que llegó a recelar de la libertad de movimientos que le concedían.

Y se dijo que si le veían cuatro o cinco veces por el mismo sector, observando nada más, antes o después realizarían una investigación.

Al principio quería estar cerca de los talleres de locomotoras, porque no había nada tan perfectamente situado en el centro del complejo. Por razones que ni él mismo entendía bien, percibía que aquello había de encerrar algún elemento favorable. Dichos talleres estaban un poco más abajo, por la línea mencionada antes, que su fragua, y podía entrar y salir de ellos sin inconveniente varias veces al día, porque había trabado amistad con Duffy O'Hurley, maquinista del tren particular de sir Frederick.

El maquinista que manejaba el regulador de la «Red Hand Express» que rompió la barrera de los ciento sesenta kilómetros por hora era Duffy O'Hurley, del condado de Tipperary, con su cuñado Calhoun Hanly como fogonero. Duffy había sobrevivido a todos los peligros de los primeros tiempos de los ferrocarriles, entre los que habían figurado numerosas roturas de frenos y enganches, descarrilamientos y un choque monumental. Era un «majador» cuya táctica de humo denso y cuyo consumo de carbón y agua delataban el amor a la velocidad.

O'Hurley y Hanly formaban una pareja de *tads* (irlandeses) más legendaria que ninguna en una profesión que tendía a crear leyendas. A pesar de ser católicos, sir Frederick los contrató de puro desengañado. Cuando Duffy y Calhoun bajaron por la vía recta de Newtonabbey a ciento seis millas por hora el día que hicieron saltar la barrera por primera vez, sir Frederick les recompensó otorgándoles el empleo vitalicio de maquinista y fogonero respectivamente de su locomotora particular. Y nada logró apartar a Weed de su promesa y su afecto por la pareja, ni siquiera las constantes quejas de su hija por la poca delicadeza de O'Hurley al conducir.

Parte del perdurable atractivo de la «Red Hand» se debía a la continua modificación del magnífico diseño inicial y al esfuerzo particular de sir Frederick por atraer constantemente hacia ella el ojo del público. La gira del Boilermakers por los Midlands servía al mismo tiempo de campaña anual de propaganda de la locomotora.

El tren iba tirado todos los años por el modelo más reciente de locomotora, y todos los años se daba una tremenda publicidad al acontecimiento.

En la Inglaterra industrial, la llegada del tren del equipo se esperaba con ilusión y se recibía con la misma alegría que una feria de condado. Locomotora, ténder y vagones particulares habían sido pintados con los colores del Ulster, adornados, cubiertos de banderolas y decorados hasta la chimenea. Sir Frederick en persona daba fiestas en honor de posibles compradores y de la prensa, con estudiados paseos diurnos y meriendas en las que se servía champaña. Se daban paseos para los niños de las escuelas, y en cada ciudad los escolares que habían vencido en la contienda tenían derecho a sentarse delante, con el mismísimo O'Hurley. La prensa nunca

dejaba de publicar las fotografías del último modelo de locomotora, el modelo que cada vez llenaba de orgullo a sir Frederick. Algunas personas rumoreaban que tales caprichos habían estado a punto de costarle a sir Frederick el ascenso a la dignidad de par. Aunque lo cierto es que el estilo de sir Frederick quedaba dentro de la mejor tradición de la época de aquellos gallardos creadores que se constituían al mismo tiempo en los supervendedores de sus productos.

Duffy O'Hurley encajaba formidablemente en el cuadro: era un irlandés teatral que gozaba lo indecible con el papel que le había correspondido, un aditamento pintoresco, siempre con un chiste en los labios y siempre dispuesto a una apuesta, siempre gregario y siempre con un vaso en la mano.

Cuando no estaba de viaje con el tren particular de sir Frederick, se plantaba en los talleres, en la sección de construcción de locomotoras concretamente, como un padre que espera el nacimiento del hijo, vigilando la marcha del modelo que estaban preparando. Como sería el responsable final y máximo del funcionamiento de la máquina, vigilaba su alumbrado, supervisando hasta el último detalle.

Cuando no se iba a los talleres de locomotoras, se hallaba en el estadio de los Boilermakers, porque indudablemente si no hubiese sido el mejor maquinista de Irlanda, habría sido su mejor jugador de rugby. Hombre fuerte y arisco, con un nervio sin límites, los jugadores le aceptaban como uno más de ellos y era la única persona que tenía acceso a su salón. Su puesto y el estar en íntimo contacto con el equipo le daban categoría de héroe en todos los bares que se dignara honrar con su presencia.

Conor y Duffy O'Hurley no tuvieron la menor dificultad en hacerse amigos al poco tiempo de tratarse. La fragua de Larkin se hallaba a poca distancia de la sección de locomotoras y atraía la curiosidad de Duffy. Larkin era un hombre de categoría, como él mismo, era un artesano, lo mismo que él era un artista en la conducción de locomotoras; ambos eran católicos romanos (y a ratos uno se sentía solo en el recinto) y ambos eran miembros del Boilermakers, por así decirlo.

Conor adivinó inmediatamente en O'Hurley a un aliado potencial y retornó las visitas, con lo cual le mostraron el funcionamiento interior de la locomotora «Red Hand». A Duffy le gustaba muchísimo explicárselo todo, todo en absoluto, hasta los menores detalles. Conor puso buen cuidado en mantener la amistad a un nivel libre de compromisos y no quiso sondear cuáles fuesen las simpatías, las costumbres o el pasado de aquel hombre.

Lo que empezó a captar su interés no fue la locomotora en sí, sino el ténder del agua y el carbón y los movimientos que hiciera el tren durante el año.

Determinado día, después del entrenamiento, Duffy se encontraba en su puesto habitual, junto al bar del salón de los jugadores, bullendo de excitación porque dentro de una semana probaría la locomotora nueva.

—¿Y qué es de la locomotora una vez realizada la gira? —inquirió Conor.

—Continúa al servicio particular de sir Frederick durante un año, hasta que sale el modelo siguiente.

—¿Viaja mucho?

—Oh, no demasiado para un hombre sin esposa. Generalmente hasta Derry y regreso. Un par de salidas hacia el pabellón de verano que tienen en Kinsale, ir a Dublín y volver, y a Inglaterra unas cuatro veces al año. Pero siempre, lo mejor de lo mejor.

—Sí, claro, eso está muy bien. ¿Y qué hacéis con la máquina vieja después de haber puesto la nueva en servicio?

—¿Podrías creer que hay una lista de más de una milla de longitud de gente que quiere comprarla? Todo gallo de corral de maharajá y todo dueño de minas de oro en África del Sur quiere esa locomotora particular, aunque ya la haya utilizado otro. Tenemos en la lista de pretendientes a cuatro generales sudamericanos. ¿Acaso piensas comprarla, Conor?

—Acaso —respondió en voz baja el herrero.

La puerta trasera de acceso al Ulster acababa de abrirse una rendijita.

9

Markets, un pequeño enclave católico, se hallaba junto al río Lagan como una cuña entre los talleres del gas y un conglomerado de almacenes y factorías. Consistía en una extensión de viviendas del siglo XVIII en verdadero estado de ruina, no ya de mero abandono. Unos mucilaginosos guijarros ostentaban un recubrimiento de suciedad que nadie cuidaba de lavar. Conor pisaba con tanto cuidado que no habría aplastado un huevo aunque lo hubiera tenido bajo los pies. Así llegó a la entrada de un patio en fondo de saco. El rótulo de la calle estaba ilegible desde hacía mucho tiempo. Cuatro chiquillas que saltaban a la cuerda le cerraron el paso.

Van y vienen las polvorientas campanillas azules,
Van y vienen las polvorientas campanillas azules,
Van y vienen las polvorientas campanillas azules,
Yo seré vuestro dueño.

Seguidme hasta Londonderry
Seguidme hasta Cork y Kerry
Con paso alado seguid
Pues yo seré vuestro dueño.

Tiper-iper-rip en el hombro izquierdo,
Tiper-iper-rip en el hombro izquierdo,
Tiper-iper-rip en el hombro izquierdo,
Seré vuestro dueño.

—Buenos días, preciosas —dijo Conor cuando la cuerda dejó de rodar—. Estoy buscando el callejón de Cyril.

—Es éste de aquí, señor.

—¿Sabríais acaso dónde vive Mick McGrath?

Las niñas se quedaron repentinamente calladas, reflejo condicionado de la costumbre de huir constantemente de los cobradores de recibos. Conor sonrió.

—No os alarméis, no soy un recaudador. Soy un antiguo amigo suyo de Derry.

Las niñas se miraron, a punto de echar a correr, pero de pronto, la menor de todas cogió a Conor de la mano, lo acompañó hasta el extremo del patio, y señaló con el dedo. Después huyó.

Al pasear la mirada a su alrededor, Conor reprimió un suspiro. El inmenso depósito de reserva de los talleres del gas colgaba inmediatamente encima del patio, cerrando totalmente el paso a los rayos del sol. El ruido de unos movimientos precipitados respondió a su llamada. Volvió a llamar con más fuerza. Por el rabillo

del ojo advirtió que le estaban espiando por un agujero de una corrida cortina de persiana. Entonces pegó con toda la fuerza.

—Abrid, ¡soy un amigo!

Dentro, un llanto de niño traicionó la simulación de no haber nadie. Conor repitió los golpes, y la puerta se abrió un poquitín. Mick McGrath parpadeaba ante aquel asalto de luz del día. Se había degradado tanto que no parecía el mismo.

—¿Quién es? —preguntó con voz ronca.

—Conor Larkin, de Derry.

La puerta osó abrirse unos milímetros más, dejando al descubierto la ruina de Mick McGrath. Una memoria renuente dio a la cara la expresión de recordar algo.

—¡Vaya, Dios me bendiga! —exclamó Mick—. ¿De modo que eres tú?

Conor empujó la puerta para abrirla de par en par y recibió el impacto de un desagradable olor a moho y un hedor compuesto de toda clase de emanaciones humanas.

—Eh, lamento no haber contestado antes —decía Mick—. Los cobradores la han tomado conmigo desde hace algún tiempo. No tienen corazón; sólo les importa cobrar los malditos alquileres.

Conor penetró en la habitación. En el desconchado tono gris reinante distinguió a una anciana meciéndose y musitando algo para sí misma. Evidentemente, no estaba en sus cabales.

Una mujer flaca, con unos ojos duros como piedras, estaba sentada de través sobre un catre, apoyada la espalda contra la pared.

—Mi esposa Elva; hace unos días que se encuentra mal.

El bebé se puso a llorar a gritos. La mujer lo cogió con movimientos de autómata y le puso un flaccido pecho en los labios. Poco después tosía y volvía a toser repetidamente a causa de la succión del niño, hasta que se dio por vencida y, apartando al bebé del pecho, escupió y llevó la mano hacia la botella de *poteen*. El rorro se puso a llorar de nuevo.

—Te… tengo la cabeza destrozada esta mañana… esa condenada herida se me abre —dijo Mick.

Conor retrocedió hacia la puerta.

—Arréglate y recóbrate —dijo—. Te espero en la taberna de la esquina de la calle Little May.

Mientras cerraba la puerta tras de sí, las cuatro niñas que antes cantaban *Polvorientas campanillas azules* estaban allí, inmóviles, boquiabiertas. Conor percibía por todo alrededor del patio el fulgor de unos ojos escondidos.

—Hala, a lo vuestro —les dijo, alejándose prestamente.

Conor estaba entregado por entero a la tarea de despachar copitas de *paddy* puro, empujándolas con vasos de cerveza Guinness cuando por fin llegó Mick y se

acomodó a su vera. Conor le pasó la botella sin levantar la vista. Mick se echó una pareja al coleto sin pensarlo dos veces, temblándole las manos hasta derramar parte del licor de tanta ansiedad por beberlo.

—¿Cómo me has encontrado?

—¡Qué sé yo! Preguntas, y vuelves a preguntar.

—¿Cómo no te has cuidado de tus cochinos asuntos y no me has dejado en paz?

—Dispensa —respondió Conor, bajando del taburete—. Aquí queda la botella, a tu disposición.

Mick le cogió por el brazo.

—No te vayas.

Permanecieron sentados, sin decir palabra hasta haber vaciado la mitad de la botella. En este punto, Mick dijo:

—Pasé al equipo de los juveniles, muy cierto. Iba por buen camino, Conor, iba por muy buen camino. Me estaban observando con toda atención, te lo aseguro, para pasarme al club grande. Nunca tuve mejores perspectivas. Ganaba más de una libra en la herrería de la empresa; el dinero me cantaba en los bolsillos y estaba en marcha hacia el primer equipo. Ah, basura, ¿de qué me sirve?

El peso de la mano de Conor le hacía sentir un calorcillo en el hombro, y el recuerdo esplendoroso de los tiempos en que ambos jugaban en el Bogsiders llenaba su mente. Mick apartó los ojos del espejo de detrás del mostrador para no verse a sí mismo.

—Me hospedaba en casa de Elva y su anciana madre, ya viuda. Es la abuela que has visto allá. Ocurrió en el cuarto partido, o quizá en el quinto. No lo recuerdo. Sólo… sólo recuerdo que Doxie O'Brien vigilaba todos mis pasos, porque se disponían a pasarme al otro equipo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Conor.

—Me rompí la rodilla. El chasquido se oyó por todo el estadio. Yo sentía un dolor tan terrible que lloraba y gritaba como un niño, camino del hospital. Me cortaron y volvieron a cortar de lo lindo. Tendido allá, noche y día, empecé a llenarme la cabeza de estupideces. Sabía que no volvería a jugar ya nunca más, y luego se me ocurrió la idea de que iban a cortarme la pierna. Perdí la cabeza a causa del terrible dolor, ¿comprendes? Total, que me fugué.

—Cuando Dios repartió cerebros, tú estarías escondido detrás de la puerta, sin duda —refunfuñó Conor.

—La culpa la tuvo el dolor. Elva y su anciana madre se portaron maravillosamente conmigo. Eran pobres de solemnidad, pero cuidaban de tenerme bien abastecido de licor, para que pudiera resistir. Al cabo de un tiempo, el dolor disminuyó mucho… no ha desaparecido nunca del todo, ya sabes, pero… está muy encerrado ahí dentro. ¿Y tú, Conor?

—Yo anduve por el mundo.

—Sí, corrió el rumor de que te habías ido de Derry.

—Sí.

—¿Continúas practicando el rugby?

—Sí, estoy en Belfast por algún tiempo. Me entreno con los Boilermakers.

—Entonces, ¿conoces a Doxie O'Brien?

—Lo conozco.

—Tratándose de un católico como nosotros, fui a verle para que volvieran a emplearme en la herrería. ¡Me jugó una buena treta el tal Doxie! Sí, no hay pegas, puedes trabajar allá mientras pertenezcas al club. ¡Pero que la Virgen te saque las castañas del fuego si no perteneces! Ni haber quedado inútil defendiendo a su maldito equipo me sirvió de nada. Ya sabes qué puede significar trabajar en una fragua llena de metal ardiente, si no te quieren allí —Mick se subió una manga para enseñarle la lívida cicatriz de una quemadura—. También tengo una en la espalda. Desde un andamio me arrojaron encima un remache al rojo vivo.

—Por amor de Dios, Mick, en Belfast hay centenares de fraguas.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Mick, que temblaba tanto que Conor hubo de llenarle la copa.

—Lo sé. Me despidieron de la mitad de ellas. No supe librarme de esta porquería. Cuando la madre de Elva tuvo el primer ataque, me sentí en el deber de velar por ellas.

—¿Qué le pasa a tu mujer? —preguntó Conor.

—Ha trabajado de rastrilladora en las hilanderías de lino desde los doce años. Deberías ver esas malditas hilanderías de aquí. Algunas son grandes como la mitad del Bogside. Las ventanas se llenan de vapor del motor, que no deja entrar la luz; las mujeres trabajan descalzas sobre los húmedos suelos doce horas seguidas. Lo primero que las hiere es el ruido, que les reblandece el cerebro y, además, les hace perder el oído, poco a poco. Luego la humedad se les mete en las articulaciones y se las deforma. Y al cabo de un tiempo se les reblandecen los pulmones a causa del polvo de lino. Dos hermanas suyas habían sido ya rastrilladoras, y las dos quedaron inútiles antes de cumplir los treinta. Las rastrilladoras se emborrachan para seguir trabajando.

Conor pidió otra botella y golpeó el mostrador con el puño con desacompasado ritmo.

—¿Serías capaz de recuperarte, Mick? Yo te ayudaría.

El ofrecimiento de Conor no hizo vibrar a Mick. Había perdido la facultad de entusiasmarse.

—Si te quemase por tonto —replicó— me quedarían cenizas de listo. Ya nos has visto. No duraremos el tiempo que necesitarías para dejarte una barba digna de tal nombre. —En este punto Mick soltó una carcajada que parecía suplicar a Conor que

no siguiera abrigando esperanzas sin fundamento—. Dime, Conor Larkin, ¿qué tal se te da el rugby?

—Bastante bien para unas cuantas temporadas.

—En el segundo equipo, ¿no es verdad?

—Cuando llegue la hora de emprender la gira por los Midlands, jugaré ya en el primero.

La faz de Mick adquirió una expresión luminosa, por primera vez.

—¡La gira! —exclamó, como si acabara de ver a la Santísima Virgen—. ¡Oh, me han dicho que es una cosa magnífica! Ponte la camiseta del equipo, ¿eh?, y sir Frederick te pone en una madriguera de primera clase y hay un filete de ternera en la mesa todas las noches, y todo el *paddy* y la Guinness que puedas echarte al coleto, y me han dicho que él mismo en persona va a verte, y viajas en vagón particular y el mismísimo sir Frederick siempre juega veinte libra para que el equipo se reparta el premio, suponiendo que ganen. ¡Y, por *Jaysus*, la misma gira en sí! Eso es lo que me pesa. Lo habría dado todo por la gira de una temporada.

—Sí —murmuró Conor, bajándose del taburete.

Mick levantó la mano, rechazando el dinero que tan desesperadamente necesitaban.

—No vengas más a verme, Conor —pidió—, no vengas a verme. Tengo trabajo; reparto carbón para un pariente de Elva. No paga mucho; pero, por otra parte, tampoco necesitamos mucho.

—Hasta la vista, Mick —se despidió Conor.

—Hasta la vista, Conor.

10

La excursión dominical por la bahía de Belfast llegaba a su hermoso fin en la discreta elegancia de la Old Inn de Crawfordsburn, una taberna de una generación de antigüedad, con un techo bajo de vigas y ladrillo. Mientras Conor encargaba el menú, ambos tomaban el aperitivo en la terraza junto a un jardín que estallaba en plena floración de rosas del Ulster.

El pequeño *maître d'hôtel* movía la cabeza en signo de aprobación, o consultaba preocupado respecto a cada plato, y luego se inclinaba en una reverencia.

—Gracias, señor; muy bien, señor. La mesa estará preparada dentro de unos momentos, señor.

Shelley MacLeod estaba subyugadora. Trabajaba para un establecimiento de *haute couture* y sabía sacar el mejor partido del hecho. Había emergido del pequeño vestuario de allá en la playa al más puro estilo Cenicienta, con sedas de tonos verdes que se conjugaban estupendamente con su cutis y dejaban el escote y las hendiduras en sus justas proporciones. La presencia de ambos, al entrar, impuso un silencio casi total en el establecimiento. Conor se sorprendió con la mirada fija en su pareja, tal como la había tenido todo el día, y en otras muchas ocasiones, además.

—Te aseguro que estás cultivando el demonio que llevo dentro y me estás depravando, Conor Larkin —dijo ella.

—Te aseguro que no se puede depravar un diamante —replicó él.

A diferencia de otros días, en el de hoy, Shelley se había sumido varias veces en largos e incómodos silencios. En estos momentos estaba francamente nerviosa y quería encender un cigarrillo; pero conservaba las manos en el regazo. Una revivificación de la lumbre de la terraza recortó su perfil sobre un fondo de llamas. Había sido otro día memorable. El delicioso instante en que ella abrió la puerta con gesto decidido, cesto de la merienda en mano y muda de ropas en la maleta que tenía al lado, sonrientes los rostros, suspirando de alivio cada uno de ambos al ver al otro, el alegre viaje en tren hasta la bahía de Helen, la travesía a vela por la picada bahía, el concierto de banda de Bangor y luego la gloriosa escena culminante y el lento y cansado viaje de regreso a Belfast. Días así los habían tenido en gozosa sucesión, y sin embargo, faltaba algo; faltaba terriblemente. Iban estableciendo entre ambos una relación íntima, agradabilísima, sembrada de conversaciones interminables. Dios sabía que ella no quería desviarle de su camino; pero si un costado oscuro había en él, Shelley iba a descubrirlo antes de que aquella relación siguiera adelante.

Conor percibía las inconfundibles radiaciones de la muchacha, y se recluyó en el silencio a su vez. Ambos bebían pequeños sorbitos, hasta que la joven dejó el vaso con gesto decidido.

—Conor —dijo bruscamente.

—¿Qué?

—Entre nosotros hay algo que no encaja bien. Cada día se nota más…

—¿Por ejemplo…?

—Por ejemplo, nos hemos abrazado y besado y revolcado por la hierba. Es evidente que estoy completamente loca por ti. Hemos salido juntos quince veces o más en un mes, y no comprendo ese sutil refregarnos el uno contra el otro, ni tus prolongadas y hambrientas miradas. ¿Cómo no has intentado poseerme, hombre de Dios?

—Lo he intentado, al menos de pensamiento. No sé exactamente qué ha sido lo que me ha retenido. Acaso no quiera ser otro rufián del Shankill.

—Sabes perfectamente bien que hay una gran diferencia —replicó ella.

—Déjame decirte una cosa: eres una mujer imponente. En primer lugar, eres el ser más hermoso que haya visto en mi vida.

—Vamos, Conor, no puedo creerlo… habiendo estado tú en tantos sitios distintos y con todas las cosas que has hecho y con tantas mujeres como habrás poseído…

Conor levantó el vaso hacia el camarero, que lo cogió para llenárselo otra vez.

—No te dejes engañar por mi buena figura —dijo riendo, como para rebajarse un poquitín. Somos una pandilla retrógrada, ya sabes. En mi pueblo hay hombres que no se casaron hasta después de cumplidos los cincuenta años. Algunos no se casaron nunca. Otros no se acostaron nunca con una mujer. Creo que sobre nosotros pesa una colección distinta de prioridades. Yo soy un irlandés raro, en efecto, porque antepongo las mujeres a la bebida. Por lo demás, son bastantes las viejas tradiciones que se me han borrado.

Shelley no tenía necesidad de preguntarle si había estado enamorado alguna vez; sabía que sí, y sabía que los hombres como él, por muy decididos que fuesen exteriormente, se quedaban aturdidos, paralizados en presencia del amor.

«¡Qué extraordinariamente guapo es!», se decía Shelley, mientras él penetraba en aquella parte escondida de la mente en busca de unas arrebañaduras que sacar fuera. Por fin, levantó la cabeza con aire un tanto triste, y explicó:

—Un día, siendo yo todavía un muchacho joven, vi una bella dama. Era condesa, y yo quería odiarla por ser quien era; pero no pude, no podía por más que lo intentara. Yo la veía de vez en cuando, siempre mirando desde el otro lado del seto. Un día nos hicimos amigos. Ella encarnaba la idea secreta que yo tenía de las perfecciones de una mujer. De modo que fuese adonde fuere y fijase la mirada en los ojos de quien la fijare, tenía que establecer la comparación, y nunca admití que nadie pudiera ni parecerse de lejos a mi condesa. Ahora, Shelley, la condesa no puede aspirar ni a parecerse de lejos a ti, y no sé qué hacer con esta pasión que me abrasa, ni sé si podré resistirla siquiera.

—Yo no soy de porcelana, Conor —susurró la muchacha—. Debajo de esta seda

hay ni más ni menos que una muchacha de Belfast.

Mientras se estudiaban recíprocamente, Conor Larkin advirtió que, por primera vez en su vida, retrocedía ante una mujer. Agrietadas sus defensas, se hallaba desamparado.

—Te juro por Dios que creo que tengo miedo, Shelley. Si te cojo entre mis brazos, será distinto a todo lo pasado. Me temo que no podremos detenernos en la superficie. Me temo que querré penetrar dentro de ti y devorarte. Y hace tanto tiempo que evito este impulso que no sé si…

—Por lo que a mí se refiere —replicó llanamente Shelley—, no combates con nadie más que contigo mismo.

—Oye, chica —adujo él, súbitamente defensivo—, hay cosas de mí que tú no sabes.

—Tampoco tú sabes otras cosas mías —replicó ella.

Y de pronto puso sus naipes sobre la mesa. En su actitud no había miedo, ni orgullo, ni ganas de incitar. Sus verdes ojos casi despedían llamas cuando se acercó y posó la mano sobre la de Conor—. Me has dicho que navegaste por todo el mundo buscando algo. ¿Buscabas algo vivo, que respirase, o era sólo un juego que se desarrollaba en el interior de tu mente?

Conor movió la cabeza.

—Ya te he dicho que nuestra lista de prioridades no sigue el orden general —contestó con voz alterada—. ¿Creerás que con tanto buscar por el mundo nunca busqué una mujer?

—Búscame a mí, Conor.

—Eso quiero.

—Permíteme que te lo diga clara y sencillamente. He pasado demasiados ratos malos en mi vida. No me había encontrado jamás cara a cara con un hombre como tú, y no pienso dejar que se me escape por hacerme la recatada. Quiero poseer y retener, sólo para ver si en este mundo hay algo distinto, y si de este algo nos toca un pedacito a nosotros.

Conor se llevó la mano de Shelley a los labios y rozó con ellos la yema de los dedos. Ambos se levantaron cuando el *maître* retornó y les hizo una indicación con un leve gesto de la cabeza. Conor deslizó el dolmán sobre los hombros de Shelley y ambos siguieron al *maître* hacia el pabellón de caza, artesonado y dotado de bancos.

El regreso en tren a Belfast fue un auténtico tormento, porque había nacido en ellos un deseo carnal sobre el que Conor ya no tenía poder alguno. Le habían sacado rudamente de su torre de marfil, de aquella elevada y ensalzada posición en la que se consideraba por encima de los juegos que practicaban los débiles y los melosos. Él había sido demasiado fuerte para tales tonterías. Cuando un hombre ha tenido este

concepto de sí mismo y se le demuestra rudamente que se equivoca, la impresión que recibe resulta tanto más devastadora.

Conor rodeaba a Shelley con el brazo, y ella se recostaba contra él, soñolienta y mimosa, mientras pasaba dulcemente los dedos por su camisa. Otras muchas mujeres lo habían intentado, pero Conor siempre había sabido ser dueño de sí mismo.

El contacto de la piel de la muchacha le embriagaba y la pasión que leía en sus ojos le inundaba de sensaciones. Cerró los suyos y apoyó la cabeza contra la ventanilla, dejando que las sacudidas del tren se convirtieran en una serie de golpecitos en ella. Exteriormente, parecían inmóviles, agotados por un cansancio dulce; pero a la respiración, cada vez más profunda, de Shelley respondía la alterada respiración de Conor, hasta que el subir y bajar del pecho de ambos adquirió el ritmo propio de los enamorados. Entonces se abrazaron más estrechamente. Conor acariciaba el suave cabello de la muchacha, le pasaba muy suavemente las yemas de los dedos por la garganta, sentía las ondulaciones de sus propias yemas al rozar sus pestañas.

El tren disminuyó la marcha. Conor y Shelley se separaron y se arreglaron las ropas. Conor miró por la ventanilla y recibió el impacto frío de una confusión adversa al pasar lentamente junto a los Talleres de Weed Ship & Iron Works.

—¡Belfast! ¡Belfast! ¡Estación de Queen's Quay! ¡Final de trayecto!

Los cansados excursionistas bajaban de los vagones. El coche de alquiler subía por una Shankill Road dormida en el silencio. Él y ella sentían una extraña agitación en el pecho. El coche se internó por las estrechas callejuelas de casas pegadas unas a otras, en cuyos umbrales se veían todavía algunas parejas rezagadas. Todo lo demás había desaparecido.

Shelley empujó la puerta con mano temblorosa, cogió la del amado y le hizo entrar en el vestíbulo. Conor y Shelley se unieron en un abrazo que fue como una explosión. ¡Llegó el momento! Rápido, furioso, total.

__Conor —logró decir ella—, llévame a alguna parte.

Él estaba ya casi junto a la puerta, llevándola de la mano, cuando una aborrecible realidad se abrió paso a través de la euforia que los embargaba. Era ya muy tarde y sólo habrían podido ir a la habitación de Conor, sembrada de diagramas, planos y papeles del astillero y los talleres de locomotoras.

Conor se dominó y estrechó a Shelley entre sus brazos.

—¡Dios mío! Estuve a punto de olvidarlo. Hay un compañero mío de Dublín alojado en mi habitación. Tendremos que esperar hasta mañana.

—Mañana —repitió ella, jadeando—. ¿Será mañana, de verdad? —Sí, mañana.

Desde que conoció a Shelley, poco a poco, como por piezas, se había ido forjando en el alma de Conor una realidad nueva, que ahora se manifestaba de repente en toda

su plenitud. El momento de separarse había sido como un desgarrón en el alma. El recorrido desde Tobergill Road hasta Ardoyne, un calvario. Conor subía a su habitación, atacando los escalones muy despacio. Antes, la soledad nunca le molestó. Todo lo que necesitaba era, al principio, un libro; más tarde, un libro y una botella. La mejor compañía se la proporcionaban sus propios pensamientos. Esta noche la soledad se había convertido en un enemigo. Conor fijó la mirada en la cama. Estaba desierta. Conor ansiaba la compañía de Shelley.

Su castillo se había desplomado instantáneamente, completamente, sin quedar piedra sobre piedra.

Conor había permitido que Shelley se apoderase de sus pensamientos días y días, que le distrajera del trabajo. Ahora ocupaba aquellos escondidos dominios. Conor se quitó la chaqueta, se subió las mangas y quiso abrir el grifo de aquel depósito de fuerza de voluntad y disciplina en otro tiempo inagotable. Extendió, pues, los planos y mapas sobre la mesa e hizo todo lo que pudo por concentrar la atención en ellos.

¿Cómo debía ser el cuerpo de Shelley?

Conor apartó los papeles con mano colérica y se puso a deambular por allí, terminando en la cocinita y quitando el tapón de una botella de *paddy*.

¿Qué sensación daría tocarle los pechos? ¿Cómo reaccionaría si se los besase?

Conor se echó sobre la cama. Al cabo de un momento se revolvía desazonado. La mente le volaba hacia otras camas de otras habitaciones. Se sentía levemente unido por una especie de parentesco con otras mujeres que había tenido tendidas junto a sí y que le habían amado sin que él correspondiese de veras a su amor. ¡Cuántas veces había fingido falsa compasión por las lágrimas que derramaban, deseando al mismo tiempo levantarse ya de la cama e irse a casa! ¿Cuándo empezó lo de ahora? Casi desde el primer día. Si al despertar por la mañana sabía que la vería, era aquél un día de gozoso arrebato.

—¡Tonterías!

Conor saltó de la cama y volvió a la mesa escritorio y con renovada decisión. En su mente apareció de nuevo aquella visión brumosa de la condesa Caroline. Una visión que siempre quedaba confusa, borrosa, porque, en pura verdad, era la princesa del cuento de hadas, la ilusión de lo que él ansió. Conor se había fijado deliberadamente como ideal lo inalcanzable. «Si alguna vez encuentro una mujer así, iré por ella.» He ahí el juego. He ahí el engaño. Como sabía que no la encontraría nunca, estaba a salvo. Pero ahora Shelley MacLeod había arrasado la antigua fortificación y le había convertido en un hombre como los demás, con las mismas malditas debilidades que deploraba en los otros.

Mañana estará desnuda en esa cama. Yo la exploraré, la conoceré, acariciaré con los dedos y los labios todo su cuerpo. La cubriré.

Y por si no bastara estar descontento de sí mismo, la estupidez de este caso

empeoraba todavía su situación. Él formaba parte de la Hermandad, pertenecía a la Hermandad. Y Shelley y la Hermandad eran como el agua y el aceite, que jamás se mezclan.

Shelley tendida allí… mirándole… con aquellos ojos…

A veces había pensado en cohabitar con mujeres, por supuesto. Había hecho largas travesías sin escala en ningún puerto. Un idilio era cosa bonita, si lo había en perspectiva; pero, si no lo había, se contentaba con menos. Nunca tuvo una aventura que no pudiera dominar, o de la que no pudiera alejarse sin dedicarle ni un recuerdo siquiera. Jamás había pensado en ninguna mujer concreta, ni había sentido la menor añoranza por ninguna. Y ahora se le ocurría que podía causar un daño terrible a Shelley. Cosa curiosa, nunca se le había ocurrido que lo pudiera causar a las otras. Con despreocupación brutal las había retado a combatir contra aquel ideal, aquel fantasma inasequible que llevaba en el pensamiento.

Shelley, Shelley, ¡qué hermosura! Era demasiado preciosa para hacerle daño…

Conor se sentía turbado por la súbita revelación de sus propias debilidades humanas, destrozado por el conflicto con la Hermandad, enervado al comprender que quizá necesitase la energía de otra persona. Cuando se decía de mentirijillas que aquello podría ocurrirle a él un día, jamás dio verdadera cabida a semejante posibilidad. Pero ahora sus pensamientos giraban de nuevo alrededor de Shelley y del deseo que le inspiraba. A medida que transcurrían las horas de la noche, una cosa se iba perfilando como bien segura: nada le apartaría de la cita que tenía con ella para el día siguiente.

Una vez sentado este pensamiento como una verdad absoluta, empezó a gustarle la idea y empezó a saborear, más bien que a rechazar, la extraña gama de sensaciones que le invadían. La aurora le encontró agotado, pero dichoso. Había capitulado ante la muchacha de tal modo que estaba contando las horas que faltaban para poderla traer acá.

Conor siguió atisbando en los dibujos y papeles de la mesa. Long Dan estaría en Belfast dentro de poco tiempo, y él anhelaba poder darle una solución. De pronto se sorprendió con los ojos clavados en un diagrama del ténder que había mirado centenares de veces. ¡Ahí había algo distinto! En un instante sublime vio la solución del rompecabezas con una claridad meridiana. Siguió mirando, enrojecidos los ojos y abierta la boca en una muda exclamación de incredulidad. ¡Era tan sencillo! ¡Tan recondenadamente sencillo! O acaso se tratara de una deformación ocasionada por la niebla que le envolvía la mente. Corrió a la pila, la llenó de agua, se empapó bien la cabeza para despejarla y luego sacó todos los dibujos en los que apareciese el ténder. ¡Sí, era cierto!

—¡Dios mío, eso es! —gritó—. ¡Eso es! ¡Lo encontré! ¡Lo encontré! ¡Lo encontré!

11

Las rendijas detrás de las cuales moraban los ojos de Dan Sweeney el Largo quedaban horriblemente aumentadas por unas gafas de antigua cosecha. Largo Dan miraba de soslayo y desde muy cerca los dibujos y cálculos de Conor. La mayoría de los dibujos consistían en vistas y secciones transversales del ténder.

—Muy bien, explícame despacio qué es lo que estoy mirando —pidió.

—En realidad, es muy fácil —dijo Conor, inclinándose sobre el hombro de Dan y utilizando un lápiz como puntero—. El ténder lleva seis toneladas de carbón y tres mil galones de agua. La artesa del carbón se halla en la parte delantera y tiene el suelo inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados para que el carbón resbale por la fuerza de gravedad.

—El resto del ténder lo compone un depósito de agua en forma de "U" que ocupa los dos lados de la artesa del carbón y corre hasta el otro extremo del vagón. Es como una gruesa herradura que rodea la artesa del carbón por tres costados.

—Lo he advertido.

—El depósito del agua ha de servir de escondrijo. Se llena por una boca de entrada muy ancha situada en la parte superior trasera del ténder. Mi proyecto consiste en abrir dos portillos, cuidadosamente disimulados y suficientemente grandes para dar paso a dos cajas de metal herméticamente cerradas que descenderían dentro del depósito, una a cada costado.

—¿De manera que las cajas viajarían sumergidas en el agua?

—En efecto. Dentro de las cajas estarían las armas. Para cargar y descargar, nos bastaría con bajar el nivel del agua, abrir los portillos disimulados y meter a un hombre dentro para que abriese las cajas.

Tanta simplicidad hizo fruncir el ceño a Sweeney.

—Dos cajas de armas desplazarían gran cantidad de agua, ¿no es cierto?

—No importará, por varias razones —respondió Conor—. En los círculos ferroviarios, Duffy O'Hurley es conocido como un machacador, un hombre de humo denso. Gasta un cincuenta por ciento más de combustible que otro maquinista de espíritu conservador. Está cargando el fogón continuamente. Nadie cuenta los ladrillos de carbón que consume la locomotora particular de sir Frederick. Nuestra política ha de consistir en no dejarnos llevar por la codicia, de modo que hemos de construir unas cajas pequeñas para que no se note la disminución de la cantidad de agua.

—¿Cuántas armas?

—Yo hice los cálculos basándome en la que más abundaba en el Ejército británico durante la guerra bóer, el rifle Lee-Enfield.

—Es lo que más hay —dijo Dan.

—Dado su tamaño y su peso, podríamos poner cincuenta rifles en cada caja; o sea, transportaríamos cien rifles en cada viaje de ida y vuelta.

El silbido del té hizo que Largo Dan se quitara las gafas y se frotara los ojos, debilitados por la estancia en la cárcel. El viejo luchador preparó la infusión y la sirvió en dos vasos sin lavar.

—Lo bueno de este plan es que el tren hace cinco viajes de ida y vuelta a Inglaterra todos los años. Va y vuelve con un *ferry* propiedad de una línea de barcos de Weed y atraca en los mismos talleres de Ship & Iron Works. El servicio de aduanas nunca inspecciona ese tren. Los rifles pueden permanecer quietos en el recinto, o viajar por Irlanda hasta que el tren huelgue.

—¿Huelgue?

—Vaya de vacío, sólo con el maquinista y el fogonero. Hace también muchos viajes a Derry, Dublín y Cork. Potencialmente, puede entregar las armas en cualquier punto de esos recorridos. Una parada de pocos minutos, de noche y en un cruce de caminos rural, bastaría para un rápido transbordo de mercancía.

El viejo feniano se había adiestrado a no manifestar emoción ni reacción alguna; pero le resultó difícil ser fiel a esta costumbre, cuando observó los dibujos y el proyecto por segunda y por tercera vez. Mientras no tuvieran las armas en Irlanda, no se podía poner en auténtico movimiento ninguna otra cosa, no se podían formar unidades, no se les podía dar verdadera instrucción militar. Cuando se encargó de traerlas, quiso que le trazasen cierto número de planes distintos, a fin de que si fracasaba uno pudieran seguir utilizando los otros, sin que quedara comprometida la operación entera. Larkin había tenido una idea brillante, pero ¿cuánto tiempo serviría? Y si todo iba bien, entrarían un máximo de quinientos rifles al año. Pero hasta el momento no había otra alternativa aceptable.

—¿Qué necesitarás? —preguntó Sweeney.

—Dos cosas. Primera, ¿podrán trasladar las armas de donde estén ahora, en Inglaterra, a Liverpool? Es, invariablemente, la estación de llegada y de partida del tren.

Dan movió la cabeza indicando que podía hacerse.

—En segundo lugar, necesitaré una fragua, con preferencia en Liverpool, para preparar el ténder y construir las cajas.

—Tenemos un elemento bueno allá. Dame una lista de lo que necesites. ¿Cuánto tiempo se necesitará?

—Unas horas, nada más. Cortaré las trampas que dije de forma que sea imposible distinguirlas a simple vista.

—Bueno, para ojos como los míos no sería muy difícil —comentó Dan.

Y se dijo: «Este Larkin ha pensado en todo.»

Hubiera querido tener un gesto de agradecimiento; pero se limitó a darle una

suave palmada en el hombro y echar a pasear por la habitación. Apreciaba a Larkin y esperaba con ansia sus visitas a Belfast. Le gustaba entrevistarse con él. Larkin siempre tenía alguna información positiva que dar. Hasta el momento había demostrado poseer cualidades para llegar a jefe supremo. Sin embargo, los años de autodisciplina repudiaban toda intimidad. Todos los hombres por quienes sintió afecto habían perecido. Era un error poner cariño en personas que podrían perderse. Dan Sweeney volvió a sopesar el plan.

—Todo depende, pues, del maquinista y el fogonero —dijo por fin—. ¿Qué me dices de ellos?

Conor levantó los hombros.

—No sé mucho. O'Hurley es el amo absoluto de la «Red Hand». Puede sacarla para recorridos de prueba, llevarla a los talleres para efectuar reparaciones y modificaciones; tiene carta blanca, por completo.

—¿No imaginas cuáles sean sus simpatías?

—O'Hurley huele a irlandés por los cuatro costados. Es soltero y responde a la idea que uno se haría del gremio de ferroviarios. Es alto, recio, amable. El fogonero, Hanly, parece imitarle. Está casado con la hermana de O'Hurley. Tieso como una tabla, cuando no maneja el carbón con la pala. Supongo que seguiría el ejemplo de O'Hurley. Ambos son de Tipperary, trabajan para Weed desde hace diez años, beben como esponjas, pero siempre se presentan serenos para el trabajo, que toman como una diversión. Estoy en perfectas relaciones con ellos.

—Mantén una amistad normal, nada más —ordenó Sweeney—. No sondees. Si recoges algún indicio sin buscarlo, tanto mejor. No te expongas al menor riesgo; no le hables de las armas. Si reaccionase mal, perderías el pellejo. Tenemos unos enlaces en el Castillo de Dublín y nos proporcionarán el historial de ambos. ¿Seguirás necesitando estos dibujos?

—No, lo tengo grabado todo en la mente.

—Quémalos.

—Bien.

—Tengo que discutir tu idea con unas cuantas personas. Tan pronto como hayamos recibido los datos referentes a O'Hurley y a Hanly volveré acá. Me pondré en contacto contigo por el conducto habitual. La próxima vez acaso me aloje en otra parte. A ésta le están saliendo ojos.

Conor recogió los papeles y se puso la gorra.

—Acuérdate especialmente de mí en tus oraciones, Dan. El sábado próximo por la noche juego mi primer partido con el Boilermakers. Pide a Dios que no me rompa una pierna y no tengáis que prescindir de mí.

—Todo te saldrá bien, Larkin.

Se estrecharon la mano brevemente. Antes de que llegara a la puerta, Sweeney ya

volvía a estar detrás de la mesa, estudiando otro asunto. De pronto, levantó la cabeza.

—Conor.

—¿Qué?

—Has hecho un buen trabajo.

—Gracias, Dan, muchas gracias.

12

Faltaban todavía unas horas para que Shelley saliera del trabajo. Conor se trasladó a la calle Greshem a bordo del nuevo motivo de orgullo de Belfast, su primer tranvía eléctrico, y descendió para encontrarse con una escena un tanto carnavalesca. La calle estaba llena de hombres que vendían leche helada y aromatizada, las chispas saltaban de la rueda del afilador, el manubrio tocaba en honor de unos pocos oyentes y un par de vendedores ambulantes de bocadillos se recostaban más allá de las tiendas de los guarnicioneros, los zapateros y los sastres. Conor se abrió paso por entre la muchedumbre hasta la hilera de tiendas de animalitos domésticos, situada inmediatamente después del mercado de puestos al aire libre de Smithfield. Por aquellos días, las palomas mensajeras eran su deporte favorito, y el caso era que se acercaba el cumpleaños de Matthew McLeod.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Necesitaré un par de palomas mensajeras buenas de verdad.

El tendero tomó a Conor por un caballero acomodado, viéndolo vestido con un elegante gabán y pantalones de casimir. Por ello, le hizo seña agitando el dedo y lo condujo sigilosamente hacia el fondo de la tienda, donde, con gesto lento y amoroso, levantó la tapa de una jaula que albergaba un hermoso par de palomas blancas.

—Son volteadoras —explicó el tendero—. Jamás tuve una pareja más preciosa.

Después de duro regateo, pagó al vendedor, dispuso que entregaran los animalitos el día del cumpleaños de Matthew y regresó al barullo de la calle, pasando ligero por la callejuela de puestos de libros viejos. Un redoble de tambores en la esquina iba puntuando el aire.

—¡La bebida es la ruina, la doncella de Satán, la destructora de las familias cristianas! —gritaba un destemplado panegirista de la templanza sosteniendo en el aire una botella de alcohol con un gran pedazo de carne flotando en él—. ¿Queréis que vuestro hígado tome este aspecto?

Conor se dirigió hacia la calle Royal, hermosa y ancha vía que conducía al Ayuntamiento, recién terminado. Era un edificio que nunca dejaba de causarle una sensación de angustia. Se había dispuesto que la ofrenda de las puertas que estaba construyendo tuviese lugar inmediatamente antes de iniciar la gira. La biblioteca Linenhall, que en otro tiempo ocupó aquel encumbrado suelo, había sido trasladada al otro lado de la calle. Conor escondió la cara dentro de periódicos y revistas de todas partes del mundo, repasó el catálogo en cartulinas y se anotó en la lista de peticionarios de algunos de los títulos más recientes.

Como le quedaba tiempo libre, desanduvo sus pasos para entrar en el Grand Central Hotel, cruzó el vestíbulo y subió las escaleras de mármol al trote corto, para precipitarse hacia la peluquería. ¡Estupendo, un sillón vacío!

—Afeitado y masaje. Dispongo de veinte minutos solamente.

El barbero repasó con la mirada al parroquiano y luego volvió la vista hacia la pared, llena de filas de jarrillos personales para el afeitado, algunos de los cuales correspondían a viajantes de comercio.

—No tengo instrumentos míos aquí —dijo Conor mientras el aprendiz le quitaba la chaqueta, el cuello y los puños, para regresar luego con la primera toalla caliente.

Cuando Conor se hubo semitendido en el sillón, el barbero le fue dirigiendo las preguntas habituales. ¿De viaje? ¿De visita? ¿De negocios? ¿De dónde? ¿Adónde? Pasó la navaja por la correa, e inspeccionó la barba de Conor; volvió a pasarla y volvió a inspeccionar.

—¿Y cómo quiere el afeitado? —inquirió finalmente.

—En silencio —respondió Conor.

El día empezó como en escarpias, para Shelley MacLeod. Se había despertado en brazos de Conor, como se había despertado varias noches, recordando la fría resolución que había tomado, completamente decidida a llevarla hasta el final. Conor la llevaba a casa con el alba, y él seguía su camino, hasta Weed Ship & Iron Works. Shelley llegó al Madam Blanche's Salon de la calle Bedford en un estado que llamaba la atención.

En su caso, Blanche Hemming llenaba el doble oficio de amiga íntima y de patrona. Una mirada a Shelley, y le hizo cruzar el cuarto de costura para entrar en su despacho. Shelley repitió insistentemente que no estaba enferma.

—¿Has visto a David? ¿Os habéis peleado? —apremiaba Blanche.

—David no pelea, ya lo sabes. A veces querría con toda el alma que fuese capaz de hacerlo.

Blanche movió la cabeza en gesto de inteligencia.

—La verdad es que le has mandado sobrados mensajes estas semanas pasadas. Hubiera tenido que ponerse hecho una furia y sacar llamaradas por la boca.

—No es ése su estilo —dijo Shelley—. Pero yo voy a llegar hasta el fin, Blanche.

—¿Estás bien segura de ese Conor Larkin?

—No lo sé. ¿Quién podría saberlo? ¡Ha sido tan repentino! Ah, sí, es una cosa loca y salvaje, pero no sé si por un día o por un año. Lo que sé es que Shelley ha mirado a fondo a Shelley. No puedo jugar así con David —la muchacha se examinó en el espejo, angustiada—. Parezco una ruina.

—Quédate aquí y recóbrate.

—Dentro de diez minutos tengo que probar un vestido a lady Dryden.

—Se lo probaré yo —dijo Blanche.

Shelley se pasó cinco minutos largos con los ojos clavados en el teléfono antes de levantar el receptor y llamar a la central.

—Querría el cuatro, nueve, dos —dijo.

—Sede del Gobierno, Departamento del Ulster.

—Póngame con el señor David Kimberley, por favor.

—Kimberley al habla.

—David, soy Shelley.

David paseó una rápida mirada por su oficina, según solía hacer siempre que ella le telefoneaba, como para ver si la puerta estaba cerrada y no había espías que escuchasen. Luego bajó la voz hasta poco más que un susurro.

—Bien, ¿qué hay?

—Esta tarde, antes de que salgas para Dublín, querría verte.

—Será bastante difícil —respondió él.

—Me temo que se trata de una cosa importante —insistió Shelley.

David comprendió que debía ser algo muy urgente, porque Shelley casi nunca se mostraba exigente. Cogió, pues, su agenda y pasó los ojos por ella, fijándose en las entrevistas señaladas para media tarde.

—¿Te parece bien a las cuatro?

—Sí, estupendo.

Eran las nueve de la mañana. Siete horas. Shelley se hizo fuerte para soportar el angustioso paso del tiempo.

En el otro extremo de la línea, David Kimberley había palidecido. Shelley había rechazado cierto número de entrevistas, durante las pasadas semanas. Era casi evidente que había visto a otro. No era la primera vez que ocurría. Siempre había temido que llegara el día en que Shelley le hablaría como acababa de hacerlo hoy. El acento solemne de la voz de la muchacha le había puesto la mente al galope, haciendo girar la piedra del molino de las conjeturas.

Después de sus primeros encuentros con Conor Larkin, Shelley advirtió que su existencia se había trastornado por completo. Conor pertenecía a una especie completamente nueva; no pertenecía al Shankill, ni era un hacendado rural. La verdad es que no encajaba en ninguna categoría salvo en la suya propia. Al principio se sentía confundida cuando la invitaba a un recital de poesía, le atemorizaba la triste perspectiva de soportar dos horas de versos. Pero fue entonces precisamente cuando recibió los primeros rayos de luz que emanaba aquel hombre. Antes de entrar en la sala, pasaban juntos los poemas, y él le explicaba los sentidos recónditos, los matices, los pasajes aparentemente oscuros, los tormentos que sufría el poeta. Entonces, cuando las palabras descendían del atril, aparecía súbitamente un contenido allí donde antes no había nada. Lo demás que Conor le hizo degustar (teatro, conciertos, conferencias) hizo florecer su mente.

Venía luego aquella última parte de las veladas en la que la más desenvuelta

relación que hubiera tenido jamás con un hombre los llevaba como sumergidos hasta más allá de la medianoche y hacía que no notaran el paso del tiempo. Shelley sentía un vivo deseo de asimilar los pensamientos de Conor, aunque al mismo tiempo, y con mayor intensidad todavía, la invadía una especie de infantilismo, que se manifestaba en oleadas de pura alegría. La embelesaba verle feliz a él, pues comprendía que la risa no había venido fácilmente, y descubría maneras de hacerle reír. Al mismo tiempo que parecían abrirse el uno al otro rápidamente, la presencia de otra persona o la perspectiva de conocer alguna adquirían nuevo significado. Ambos estiraban los brazos del alma esforzándose desesperadamente por alcanzarse el uno al otro por encima de un inmenso y oscuro espacio vacío.

Y entonces vino aquel domingo, y la noche siguiente, y las noches que sucedieron a la primera. Shelley creía que la unión carnal con él la elevaría a una altura que jamás había escalado antes. No sabía que un hombre pudiera ser tan dulce, cuidadoso y tierno, y, sin embargo, tan imperativo. Conor era el hombre más arrebatado del mundo, aunque siempre con un dominio exquisito, y sabía excitarla con palabras y miradas tanto como con caricias. Era capaz de excitarla hasta sin más que mirar al espacio. Aquello fue, desde el comienzo, un viaje a la luna; un viaje sin regreso.

Shelley MacLeod pertenecía al reducido número de mujeres que se habían librado de la condena que pesaba desde el principio sobre la clase obrera de Belfast, cuyas muchachas sólo podían escoger entre un limitado número de fábricas, si no tenían la buena fortuna de casarse con un hombre que tuviera un empleo fijo. Había unas cuantas maestras de escuela, dependientas, enfermeras, limosneras y cosas por el estilo, pero lo cierto es que los puestos de trabajo no abundaban.

Ella había sido distinta ya de niña. Fue una chiquilla extraña, retraída, retratada con unos ojos grandes y tristes, y se pasaba las horas del día corriendo, imaginariamente, tras la ilusión de que era una dama distinguida que había volado sobre el Shankill.

Al hacerse mayor, se entrenó laboriosamente a hablar sin rastro siquiera del confuso acento de Belfast, a andar bien erguida y sujetarse a un protocolo de buenos modales. La ilusión era para ella el foso de fortaleza contra la frontera de la pobreza siempre suspendida sobre sus cabezas y contra la fealdad impuesta por una madre tiránica que oscurecía todas las vidas que tocaba. El odio, reproduciéndose como bilis venenosa sembrada por predicadores fanáticos, había empapado todas las fibras del ser de su madre, se había extendido por su hogar como una plaga y había afligido al esposo y a los hijos. Mientras iba creciendo, Shelley se apegaba a su hermano Robín como al único amigo íntimo que tenía, y compadecía a su padre, que era impotente para contender con una mujer cada día más loca. Pertenecer a la clase pobre de Belfast había destruido a su madre ya desde los primeros años de la vida.

Cuando Robin se fue al mar, Shelley no pudo resistirlo y huyó a Inglaterra; mintió diciendo tener más de quince años, y logró emplearse como doncella en una casa solariega de Essex. Tal empleo le concedía poca libertad personal, de modo que una vez más hubo de cultivar la ilusión observando el lujo de la vida que la rodeaba y soñando desesperadamente en aquellas galas y abundancias dentro de su habitación, chiquita como un armario. Shelley se sintió más impulsada todavía a recluirse en sí misma cuando descubrió su condición de objeto útil al que se tendría en poca estima por su humilde categoría social. Un par de experiencias extremadamente desagradables (una con un mayordomo jefe y otra con un hijo del dueño) habrían arruinado una voluntad menos firme. El atrincheramiento en sí misma subsiguiente nacía, en parte, de la determinación de romper francamente con el sistema de clases entronizado.

Cuando murió su madre, Morgan fue a pedirle que volviera a Belfast. El hombre se sentía encenagado en la culpa por la vida que le hizo pasar. Shelley regresó a casa. Después de un adecuado período de luto, Morgan empezó a cortejar a Nell MacGuire, solterona, cuarentona y firme puntal de la iglesia que frecuentaba Morgan. Nell estaba envidiablemente colocada como institutriz de los tres hijos de los barones de Ballyfall, lord y lady Temple-Whyte.

Al aceptar las proposiciones matrimoniales de Morgan, Nell encareció a lady Temple-Whyte que probara si Shelley podía sustituirla, y a pesar de que la muchacha no había cumplido aún los veinte años triunfó plenamente, gracias al tiempo y al esfuerzo invertidos en perfeccionarse. Pronto intimó bastante con la dama, y cuando lord Temple-Whyte falleció de un ataque cardíaco, pasó a ser la compañera y confidente de la viuda. A los niños los educó con mano firme y amorosa.

Para volver a casarse, lady Temple-Whyte tenía que regresar a Inglaterra. Aun siendo amiga íntima de la baronesa y los niños, Shelley no admitía la idea de llegar a vieja en el puesto de institutriz. Había ayudado a su benefactora a vencer un período difícil, al mismo tiempo que daba un paso más por el camino de bastarse a sí misma. Había llegado el momento de seguir adelante. Y a pesar de las súplicas de la baronesa, se quedó en Belfast.

Los establecimientos de alta costura de Belfast se podían contar con los dedos de una sola mano… y todavía sobraban dos dedos. Las señoras que podían permitírselo, solían renovar su guardarropa durante la temporada en Londres o en ocasión de un viaje a París. En Belfast había unos pocos establecimientos de lujo para la nobleza campesina y los nuevos ricos de la costa dorada. En el transcurso de los años, lady Temple-Whyte había dejado unos cuantos miles de libras en el salón de Blanche Hemming. Y ésta le devolvía ahora el favor empleando a Shelley.

Shelley MacLeod se adaptó con gran facilidad. Poseía gracia natural, con un vestigio de fanfarronería distinguida y trataba a la clientela con gran delicadeza, sin

caer en el servilismo. Nadie habría creído que procedía del Shankill. El rasgo más destacado de su personalidad era la independencia.

A medida que entre Blanche Hemming y ella nacía una sincera amistad, aquélla le enseñaba el discreto arte de hechizar a los caballeros más inclinados a abrir el portamonedas. Los más vulnerables y los que derrochaban más el dinero eran los que se entregaban al deporte de tener querida. Según la moral belfastiana, el oficio de querida era un empleo decente para una mujer. En la casa de alta costura, Shelley disfrutaba de un viaje anual, de compras, a Londres, su bendita independencia; un grupito de amigas entre las que se dedicaban al negocio de la moda y una vida social fuera del Shankill.

Pero pronto volvió a descubrir lo que ya había aprendido como doncella de gente de alcurnia en Inglaterra. Los acomodados andaban a la caza de hembras con no menos vigor y con mucha más astucia que los muchachos del Shankill. Shelley había ahuyentado a los pretendientes que hubieran podido salirle en el barrio, lo cual traía consecuencias buenas, pero también malas. Así no tendría que pasarse las noches de los sábados luchando por librarse de agarrones no deseados, ni la molestaría nadie en ese mundo al servicio de los hombres. No obstante, había por ahí muchachos excelentes, y otros muchos que resultaban atractivos a causa de su misma terrenalidad, aunque ella jamás había sostenido relaciones formales con ellos, porque no podía aceptar la vida en Shankill como meta, a pesar de que su vida del Shankill contenía abundancia de alegría pura, una alegría en la que medraban su padre y su hermano. Para ellos el vecindario era la mismísima personificación de la alegría de vivir.

El mundo de los distinguidos rechazaba a Shelley, excepto como objeto útil. Ni siquiera la intimidad que había tenido con lady Temple-Whyte había ido acompañada nunca de vestigio alguno de igualdad.

En el establecimiento de Madam Blanche se dio cuenta de que era una dama en el limbo, situada entre los extremos opuestos del espectro cultural y social. Para los caballeros parroquianos del salón, ella, Shelley, era una dama a la que se podía proponer determinadas cosas, pero a la que no se había de tomar nunca en serio.

El juego estaba siempre en marcha; continuamente le brindaban largos fines de semana en un pabellón de caza o en una casona solariega (mientras la señora estuviera fuera, de parranda por el continente), o la posibilidad de ocupar uno de aquellos niditos de la ciudad o la costa. En el mejor de los casos, un crucero o unas vacaciones. La mayoría de chicas de su cuna y su situación social consideraban un honor supremo que alguien las eligiera para amantes. Shelley se resistía. Al menos los hombres del Shankill eran sinceros en su lascivia. Además, entre los distinguidos había una colección interminable de pelmas.

Unas cuantas veces y por exceso de soledad, intentó tener una aventura. Siempre

fue con individuos atractivos y bastante decentes; pero nunca quiso practicar el deporte de las amantes. Shelley conservaba su independencia, en absoluto; no aceptaba pagos, no presentaba peticiones, no hacía escenas. Se acostaba con un hombre porque le venía en gana, y se aconsejaba a sí misma que aprovechase bien lo mejor que cada uno de aquellos breves encuentros pudiera ofrecerle.

Pero no resultaba. Detrás de cada aventura venía siempre el alba fría, la frustración, un zambullirse más profundamente todavía dentro de sí misma, un quedar más sola. En ocasiones habría querido poseer el cinismo frívolo de Blanche Hemming; pero no sabía fingir.

Su puesto estaba señalado como por una ley matemática, y después de unas breves llamaradas fue recluyéndose más y más en el único lugar donde había conocido el cariño: la casa de su padre, y tenía, además, a su hermano al alcance de la mano.

Un día entraron en el salón los Kimberley. David era un hombre de otra especie, extraordinariamente dulce y abrumador amenté necesitado de compasión. Y ella aceptó la aventura porque estaba cansada del juego y también necesitaba, a su vez, el calor de un afecto. Quebró la tácita ley de no trabar una relación seria con un hombre casado, y David y ella levantaron un santuario donde hallar refugio contra el ajetreo cotidiano y el infierno maldito de la soledad.

Shelley comprendió desde el primer momento que se había colocado en una situación imposible. David era el retoño de una familia de banqueros, debidamente casado y profundamente incrustado en su casta. El matrimonio había vivido sin amor desde el primer día; él y su esposa habían sido dos personas extrañas viviendo bajo el mismo techo, aunque durante diez largos años guardaron las apariencias ante el público.

David seguía la tradición familiar de una temporada de servicios al gobierno en el Castillo de Dublín, como administrador de los asuntos del Ulster, pasando la mitad de su tiempo en Belfast. Su esposa se quedaba casi siempre en Dublín, si es que no estaba en Londres.

Morgan MacLeod jamás habría aceptado el concepto de moral que tenía Shelley. A pesar de lo cual chocaban poco y sin virulencia, porque el padre se daba cuenta de que su hija era tan independiente, siendo mujer, como pudiera serlo él, siendo hombre. Morgan echaba a un lado su propio concepto del bien y del mal; pero sufría pensando que, en el mejor de los casos, su hija sólo viviría la mitad de la vida. Shelley necesitaba el refugio de la casa de su padre, particularmente aquel día que la aventura llegaba a su fin inevitable.

Por otra parte, el matrimonio de Morgan con Nell MacGuire se había convertido en fuerza cimentadora de cómo había de comportarse una familia. Aquella santa mujer recompensaba a los hijos de buena parte de lo que habían sufrido en su

infancia. Las dos casas, codo a codo, en Tobergill Road, eran el monumento visible de la gran hazaña de su vida.

Dos casas en las que, actualmente, al rezar sólo se pedía que Shelley se apartase de David Kimberley. En cambio, la misma Shelley consideraba preferible vivir aquellas horas con David que rendirse en cualquier punto del trillado sendero por el que se iba en busca de seguridad y de su compañero el aburrimiento. Shelley quería tener hijos de David, y fue para ella una tragedia descubrir que no podía tenerlos, que era estéril.

El piso de Stranmillis Gardens guardaba casi cinco años de recuerdos; allí cada uno de ambos había gozado de lo mejor que el otro podía proporcionarle, dadas las circunstancias. Allí habían encontrado veladas cálidas, noches de ternura, alivio de los sufrimientos exteriores. Sin embargo, ahora todo aquello parecía sombrío y estéril.

Sentado, los brazos caídos sobre el regazo y la cabeza inclinada, como un sentenciado, David Kimberley estaba más pálido, más desamparado, más hermoso que nunca. De sus labios había brotado un largo, semimurmurado soliloquio de remordimiento, un chaparrón de culpa, un canto épico de confusión, de condenas contra sí mismo y de autocompasión. Decía, llorando, que la había tratado pésimamente mal, que había malgastado la juventud de aquella muchacha; la había tenido trabajando de dependienta, y él había sido tan cobarde que no había sabido plantar cara a su familia y a su esposa.

Shelley le escuchaba como le había escuchado siempre, con paciencia infinita. Luego se sentó a sus pies, apoyó la cabeza en su regazo y le besó las manos. Cuando David hubo vaciado todo lo que tenía dentro y se hubo quedado sin palabras, se levantó y adoptó la postura decidida y resuelta tan propia de su carácter.

—No ha sido como tú dices, ni mucho menos. Nadie me obligó, y no tengo el menor remordimiento. Siempre que estuve contigo, fue porque así lo quería y deseaba.

—¿Comprendes? Ahí está el mal —se lamentó David—. Has sido demasiado honrada. Nunca exigiste nada. Yo quizá hubiera sido más capaz de enfrentarme con mi familia, si tú te hubieses mostrado exigente.

—David, David. Ambos necesitábamos un puerto seguro. Y lo hemos tenido. Ahora yo quiero zarpar fuera de ese puerto.

Una profunda desesperación se cebaba en él mientras buscaba algo adonde agarrarse.

—¿Me amas?

—Todo lo que he conocido y sentido como mujer ha sido contigo, aquí, en esta habitación. Pero hemos tenido nuestra oportunidad y se ha pasado ya. Lo que

necesitaba ya no lo necesito. Debes decirme que hago bien marchándome; que quieres que me vaya.

—¿Me has amado alguna vez?

—David, no me lo preguntes.

—Pues, te lo pregunto. ¿Qué he sido para ti, en verdad, aparte de una especie de amortiguador?

—Lo único que hemos compartido —contestó Shelley— ha sido una habitación, una cama y unos cortos ratos. No hemos recibido nunca juntos la luz del sol, el viento, ni las gotas de lluvia. Cuando estuvimos juntos, fue siempre una cosa tan pasajera que nunca tuvimos tiempo de ser nosotros mismos. El amor no puede madurar en una sola habitación. Ha de nacer de compartirlo todo: alegrías, anhelos, caídas… todo. Ese es el único camino que lleva al amor.

El hombre temblaba de pies a cabeza, asustado por el enfoque frío y racional que ella adoptaba.

—¿Qué ha ocurrido?

—Una noche —contestó Shelley con una leve sonrisa— me sorprendí riendo. Me reía, y me reía, hasta que se me saltaron las lágrimas y sentí dolor en el costado. Nunca me había ocurrido una cosa parecida. La mañana siguiente me desperté con una sensación extraña. Fui al salón, hablé con Blanche, le expliqué al detalle aquellas sensaciones peculiares que me invadían y le pregunté qué me pasaba. Ella me contestó: «Dios mío, Shelley, sencillamente, que eres feliz; no hay otra cosa.»

Por fin, David Kimberley tenía plena conciencia de su derrota. ¡Era cierto. Señor! En realidad, él nunca la había hecho feliz. Le había dado placer de vez en cuando; pero lo que realmente habían compartido había sido huir del mutuo desencanto. En su comercio habían encontrado cierta desesperación carnal, pero nunca felicidad.

—Es raro —decía Shelley— sentirte feliz por primera vez en tu vida y no saber siquiera qué es…

—Ese…, ese sujeto… ¿Estás enamorada de él?

—Quiero estarlo. Puede que estemos enamorados, o que no lo estemos. Lo que sé es que debo intentarlo. No puedo dejar pasar por mi lado, indiferente, esta ocasión.

—Esperaré. Haz la prueba. Yo esperaré —dijo el hombre.

—No, David. Tengo que poner fin a una cosa, antes de empezar otra. Lo contrario sería indigno de todos nosotros —replicó la muchacha con firmeza.

—¿Está enterado de mí?

—Sí.

—Comprendo. ¿Te ha poseído? —chasqueó insegura su voz.

Shelley no respondió.

—Pregunto si te ha poseído.

—No tiene sentido que te atormentes así.

—¡Quiero saberlo!

—Está bien, hemos dormido juntos.

David le dio un bofetón. Shelley aceptó el cachete, sin reaccionar de otro modo que compadeciéndole. Él se puso a sollozar, cayó de rodillas y le abrazó las piernas.

—No quise hacerlo. Lo siento. Por favor, perdóname.

—Sé que ha de ser horrible para ti —dijo ella.

Cien oleadas de desesperación murieron en el vacío. Ni estallidos, ni súplicas, ni promesas servirían de nada. Había llegado el momento. Hasta quizá fuese un alivio, porque así terminaría el pecado. Ella había sido extremadamente honrada en todo, le había dado muchísimo. David se suplicó a sí mismo portarse como un hombre, se puso en pie, sacudió los brazos y luego se volvió hacia ella.

—Deseo que tu dicha perdure y aumente. Dios sabe que la mereces —dijo con voz ronca.

—Y yo deseo que tú también encuentres algo de felicidad.

David movió la cabeza.

—Me temo que no poseo tu coraje para romper ni para saltar de una vez. Bien, sea como fuere, entre otras cosas hermosas que te debo, siempre me has ahorrado las escenas desagradables. Lamento de veras no haber sabido ahorrarte una. Gracias por todo. Lo digo de veras. Ven a verme como a un amigo si alguna vez me necesitas.

Shelley le rozó la mejilla con los labios.

—Lamento esta pena que te causo, y lloraré por ti.

Conor examinó el trabajo del barbero, al espejo, pagó, dirigió unos elogios al servidor y luego subió al vestíbulo del hotel.

Shelley entraba, cortado el aliento, y miró a su alrededor con un asomo de desesperación al no ver en seguida a Conor. Pero a los pocos segundos se divisaron desde los extremos opuestos de la vasta estancia y se reunieron… felices.

13

Conor y Shelley contaban los pasos al unísono mientras subían cañada arriba hacia un reverberante bosquecillo de avellanos a unos trescientos metros sobre la bahía. Siguieron por el flanco de Cave Hill, acortando el paso para recobrar el aliento, después de la ascensión, y buscaron un lugar recoleto, apartado de los frecuentados por los demás paseantes venidos de Belfast y sus movidos y vocingleros hijos. Abajo se veía confusamente la ciudad; aunque era domingo, el humo y la calígine de toda la semana seguían cerniéndose sobre la población.

Conor estaba pensativo. Tenía el ojo derecho como un desordenado arco iris de feos colores y casi completamente cerrado a consecuencia del partido del día anterior. Había sacado todas sus energías y todo su saber para demostrar que no se habían equivocado al incluirle en el equipo, y gracias a su esfuerzo precisamente los Boilermakers habían cosechado la primera victoria de la temporada.

Shelley pasaba el índice sobre los aporreados párpados, tratando de sanarlos con un pase mágico. Para la familia MacLeod, el partido del domingo había sido siempre un gran acontecimiento. Sin embargo, Shelley sólo iba de vez en cuando, por atención a su hermano; por lo demás, consideraba el rugby un deporte duro y sucio. Y jamás la había afectado de veras, hasta que vio a Conor derrumbarse sobre el suelo y quedar terriblemente quieto.

Entonces abandonó su asiento, se escondió detrás de las tribunas y se puso a llorar, dominada por una oleada de miedo que la había invadido inopinadamente y que no pudo resistir. Hasta aquel momento, la gira por los Midlands significaba poco para ella, excepto por la simpatía que tenía a Matthew y Lucy. En cambio, ahora se iluminaba en su mente la plena conciencia de que Conor estaría fuera doce semanas seguidas, terribles.

Shelley estaba tendida, adorable, sobre la hierba; su rojo cabello flotaba por entre hojas de un verde intenso y el cutis adquiría, bajo los rayos del sol, una blancura casi translúcida. Conor se incorporó sobre un codo y la besó en la mejilla, y en la frente, y en la punta de la nariz y en los ojos.

—¿No le he dicho nunca lo contento que estoy de haberla conocida, dama mía?

—Oh, no, nunca —respondió ella.

—Pues, deje que se lo cuente. Toda la vida anduve a través de multitud de multitudes. He visto los rostros de las mujeres en el templo y he oído salmodiar al distraído sacerdote. He visto a los hombres bajando de los campos y caer de rodillas como fulminados por el Angelus. He visto las duras ciudades. Y todo este tiempo hundía yo la mirada en ojos estériles para penetrar en estériles corazones. Luego, un día miré, y fue distinto, a todas las otras veces, y me dije que hubiera tenido que ser el loco más loco del mundo si, viendo que me había sucedido algo extraordinario, no

obraba en consecuencia.

Los ojos de Shelley se humedecieron de lágrimas.

—¡Vaya, qué suerte —murmuró—, he hallado un poeta! En verdad que sois gente con un don especial para las palabras.

—Sí, somos gente sagaz, lista, porque todo lo que hemos tenido son palabras, y nada más. Pero mis palabras no son sino tus propios pensamientos que vuelven hacia ti. Tú me haces decir cosas que ya no me importa esconder, y no temo escuchar mi propia voz pronunciándolas.

Shelley rodó alejándose de él, se sentó, se sacudió la hierba del cabello y el vestido, luego apoyó la mejilla en las rodillas de Conor y se puso a canturrear en voz baja.

—*Polvorientas campanillas azules* —dijo Conor.

—Sí. Me las cantaba a mí misma, cuando era niña, saltando a la comba, o sin hacer otra cosa. Era muy soñadora —dijo ella.

—¿Qué piensa de nosotros tu familia? ¿Piensan que has saltado fuera de la sartén para caer en las brasas?

—No lo creo. Ven lo feliz que soy. Y yo pienso que mientras ellos sepan que lo soy, todo lo demás se irá resolviendo por sí mismo. En el fondo de todo, detrás de su fachada de santurronería, esconden un gran tesoro de amor. Por otra parte, Conor, lo que ellos pensaran o dejaran de pensar importaría muy poco.

—Tú lo dices así, pero no es cierto. Los MacLeod estáis dispuestos a combatir unos por otros de un modo que tú misma no adviertes. La vida de cada uno de vosotros arraiga profundamente en las vidas de los demás.

Una ola de calor se extendió por la muchacha al aparecer el sol desde detrás de una nube. Shelley volvió a tenderse en la hierba y se estiró, manifestando su contento con unos gemidos mimosos.

—Dime cosas verdes, Conor. Me pongo loca cuando me murmuras obscenidades al oído.

Conor se puso a reír, se rascó la cabeza y la miró. —Bueno, déjame decirte sin rodeos que para ser protestante trabajas bastante bien en la cama.

—Adelante, muchacho. Me han dicho que las chicas católicas tienen vidrio triturado entre las piernas.

—No te engaño sobre este punto, zagala. Por esos prados hay un montón de yeguas católicas salvajes y en celo que no han oído ni una palabra de lo que les decía el cura. Además, no era con ellas con quienes quería compararte. Más bien pensaba en algunas chicas que conocí durante mis tiempos de marinero.

—¿Por ejemplo? —insistió ella vivamente.

—Pues, por ejemplo, las de Bali.

—¿Y qué condenada gran cualidad les encontrabas?

—Pues, en primer lugar, su hospitalidad. Y su actitud. Y el vestido; o la falta de vestido. Y el cutis moreno. Tienen un cutis con un tacto de satén que no se encuentra en ninguna otra parte, fuera de aquellas islas. Además, las han criado para el servicio del hombre, que es como debe ser. Desde la infancia, han cultivado una sensualidad, una delicadeza, un estilo, una manera de acariciar que la mujer occidental ignora por completo. Ah, te aseguro que sólo pensarlo me arrebata. ¡Aquello es fantástico! Verdaderamente fantástico. Y sin timideces, ya sabes. Cuando se está con dos o más, especialmente si son hermanas…

Shelley saltó sobre Conor, le tumbó de espaldas y le hizo cosquillas en todos los puntos vulnerables.

—Vamos, vamos, déjame —suplicaba él—, eres demasiado fuerte para mí.

Shelley suspiró y agitó el cabello. —¿Sabes qué es lo mejor de todo?

—No sabría imaginarlo.

—Cuando empezamos. Aquellas ocasiones en que te acercas y me haces rodar y me pones boca abajo y recorres todo mi cuerpo con aquellos jueguecitos sutiles. Tienes un tacto tan delicado que me enloquece, y sabes pasar de la suavidad a la firmeza y a la suavidad de nuevo y encontrar hasta los menores puntos y rinconcitos a la perfección.

—Yo no hago más que seguir los mensajes que tú me envías. Eres tú quien me dice qué tengo que hacer.

—¿De veras? —preguntó ella, muy en serio.

—No lo dudes; es un hecho cierto.

—¿No es un milagro? Oh, mírame, hombre, me estoy volviendo una salvaje. Cuando voy por la calle, me digo: «Soy una mujer desenfrenada», y cuando los muchachos me miran, pienso: «Chico, si supieras lo desenfrenada que soy, perderías la cabeza.» ¿Sabes? (y me sonrojo al decirlo), me paso el día entero pensando en lo que haré contigo por la noche. ¡Me entusiasma hacer lo que hacemos!

—Eres totalmente repulsiva.

—Ya lo sé. ¿Y no es maravilloso que lo sea? ¿Crees que llegará el momento en que ya no será mejor cada vez?

—Al menos durante unos días, no.

—Amigo mío, antes de conocerte a ti, el juego ése me parecía una sosería. En cambio, ahora he pensado a menudo que soy la mejor amante del mundo. ¿Cómo pude sobrevivir antes? ¿Sabes de qué cosa se puede decir que es una lástima?

—No tengo la menor idea.

—Que nunca sabrás qué significa ser amada por ti. Es una pena, una verdadera pena. Tú nunca sabrás qué siento yo cuando derramas esa potencia tuya dentro de mí.

Los dos amantes juntaron las mejillas.

—He mentido —susurró él—. Eres mejor que todas las muchachas de Bali.

—¡Oh, amigo mío! ¿Dónde aprendiste a gozar del amor?

Conor la miraba a los ojos.

—Una cosa es gozar del amor con alguien, y otra cosa es gozar del amor con Shelley. Son dos cosas completamente distintas. He aprendido de ti.

Se cogieron de las manos… y de una manera repentina, Conor pareció ausente, lejano. Había vuelto la angustia. Volvía siempre. Estaba siempre presente, cuando hacían el amor, cuando jugaba al rugby, en la fragua… Estaba siempre al acecho. Más pronto o más tarde habría de contarle a Shelley el significado que se escondía detrás de los años pasados en el mar. Más pronto o más tarde tendría que salir a la luz su peregrinaje en busca de la Hermandad. De momento, necesitaba desesperadamente gozar hasta el máximo de su amor y su compañía y dejar en un rincón todo lo demás. Era demasiado el embeleso para detener de pronto aquel carrusel de dicha; pero el imperativo insoslayable seguía apuntando siempre hacia Dan Sweeney el Largo y hacia unos vagones ténder y aquellas armas.

—¡Eh, tú!

—¿Qué?

—Me has abandonado.

—Estaba pensando en la gira y en la partida del equipo.

Shelley se levantó súbitamente y anduvo hasta el borde del precipicio, donde la colina descendía bruscamente hacia la ciudad y su manto de niebla y humo; luego dio media vuelta, notando que Conor se le acercaba por detrás. La expresión y la voz de la joven se endurecieron de una manera que no correspondía a la Shelley de todos los días.

—¿Sabes qué sucedió aquí, en Cave Hill? —preguntó.

—Dicen que era el cubil del antiguo rey celta McArt…

—No, no es eso. Lo que sucedió pudo ocurrir en este mismísimo sitio. Antes de partir para América, en 1795, Theobald Wolfe Tone estuvo aquí, rodeado de sus «irlandeses unidos» y les prometió que regresaría para libertar Irlanda.

Conor se puso nervioso.

—¿Por qué lo dices?

—Tú no tienes la exclusiva sobre la historia de Irlanda, muchacho.

—¿Por qué lo has dicho, Shelley?

—No soy tonta, y tú tampoco lo eres. ¿Crees que no sé hacia donde se dirigen tus pensamientos? ¿Crees que no tengo idea del trabajo que estás haciendo? Lo que no quiero es que se interponga entre nosotros, del mismo modo que tampoco permitiría que se interpusiera mi familia.

—No se interpondrá —respondió Conor. La abrazó y la estrechó contra su pecho —. No se interpondrá —iniciaron el descenso—. Hemos llegado, tú y yo, al punto en que nada puede interponerse —afirmó él.

—Llegamos ya la primera noche que nos conocimos. Hemos necesitado todo este tiempo para decidirnos a alcanzarlo. Tú me has dado poesía y música, y me has dado un Conor. Yo estoy dispuesta, muchacho, y pienso dártelo todo.

Conor se paró y su poderosa mano acarició la cabeza, el cabello, de Shelley, cuya inflamada y resuelta mirada se le clavaba hasta el fondo del alma. Hasta aquel instante, Conor jamás había tenido que corresponder a una mirada parecida.

—Cuando termine la gira —dijo— tenemos una semana de vacaciones. Buscaremos una casa en Inglaterra o Escocia. Una casa primitiva, solitaria, como un nido, con la luz de una lumbre por las noches.

—Allí estaré —respondió Shelley.

Conor la cogió por debajo de los brazos y la levantó en vilo hasta que los ojos de la muchacha quedaron al nivel de los suyos. Luego la aprisionó entre sus brazos y la besó.

—Te amo, zagala —le dijo—. Te amo.

14

Tal como anticipó Sweeney, el lugar de reunión era otro. Había cambiado, pero la verdad es que resultaba casi idéntico al cuarto de Shandon Lane, y al de Dublín. Aquí, en el corazón del barrio católico de Ballymurphy, sería mucho más difícil localizar al jefe revolucionario.

—Todavía no hemos reunido demasiados datos y no podemos decidir nada acerca de O'Hurley y Hanly —explicaba Dan, deambulando desgarbado por el cuarto—. En su ciudad natal así como entre Tipperary y Limerick hubo siempre mucha actividad feniana, pero no encontramos nada que nos diga si ellos tuvieron simpatías por los republicanos. Se les recuerda, simplemente, como un equipo de ferroviarios sin seso, hasta que sir Frederick se los llevó al norte. ¿Y tú, has reunido alguna información?

—Nada, en realidad —respondió Conor.

—Hablando en términos generales, los católicos bien situados, como lo están ellos, suelen mantenerse apartados de toda actividad republicana. La mayoría son perfectamente fieles a la Corona.

Conor hizo un gesto indicando que también lo entendía así. Tal como acababa de decir Sweeney, los que tienen la barriga llena no se sublevan y se lanzan a la calle, y cuanto más llena menos riesgo de que sientan semejante inclinación.

Sweeney se permitió un cigarrillo. Raras veces dejaba de pedir excusas por esta debilidad, pero argüía que ser revolucionario y no fumar es casi imposible.

—Tenemos una teoría como base de trabajo —prosiguió Sweeney—. O'Hurley estira más el brazo que la manga. Gasta muchísimo y siempre está en descubierto en el banco, rasgo típicamente irlandés. A un hombre así quizá se le podría comprar.

—¿No es un poco arriesgado? —preguntó Conor.

—Lo es y no lo es —contestó Sweeney, levantando los hombros—. En este negocio, todo es arriesgado. Lo que importa es que tu plan nos gusta a todos. A veces conviene que un hombre esté en deuda contigo. En cuanto tienes una espada sobre su cabeza, es capaz de descubrir en su pecho una pasión patriótica que él mismo ignoraba.

—¿Y quién le pone el cascabel al gato? —preguntó Conor.

—Tú quédate al margen. Durante la gira, alguien tanteará a O'Hurley. ¿Cuándo jugáis en Bradford?

Conor cerró los ojos para trazarse una imagen mental del calendario de los partidos.

—¿En Bradford? Casi al final. Será uno de los dos o tres partidos últimos.

—Bien. Cuando lleguéis a Bradford sabrás si O'Hurley se ha enrolado o no.

—¿Y por qué en Bradford? —preguntó Conor.

—¿Te dice algo el nombre de Brendan Barrett?

—¿Brendan Sean Barrett?

Brendan Sean Barrett era otro de aquella colección de héroes y poetas fenianos menores bien conocida por todo muchacho que se hubiera criado en un hogar republicano. Barrett, lo mismo que Largo Dan, conocía de primera mano las cárceles británicas. Había sido maestro de escuela y luego fue escritor, idealista y conferenciante del movimiento en rescoldo, permaneciendo durante años en América, en el Clan (igualmente dormido) de los Gaels. Lo que le hacía más acreedor a la fama era el haber sido el primer republicano que hizo la huelga del hambre en la cárcel. «Desafío callado» llamaban entonces a este nuevo tipo de arma consistente en martirizarse uno mismo. Barrett consiguió lo que pretendía, después de veinticuatro días de ayuno. Los poetas escribieron romances cantando la hazaña.

—Brendan es el enlace que tenemos en Inglaterra —dijo Sweeney—. Es el conducto a través del cual recibimos los fondos del Clan de América y es el que guarda las armas escondidas.

Conor se limitó a mover la cabeza en señal de inteligencia, al mejor estilo Sweeney, procurando que no se notara el brinco que le había dado el corazón.

—Te pondrás en contacto con él en Bradford, y te dirá si O'Hurley está con nosotros o no. Si la cosa marcha, Brendan te dará posteriormente instrucciones sobre dónde y cómo preparar el ténder. Irás al establecimiento de pompas fúnebres de Callaghan, de Wild Boar Road, Wapping District, Bradford. Callaghan preparará una reunión. Dan mucho dinero por la cabeza de Brendan, cuida, pues, de ser discretísimo al establecer contacto con él. Utiliza tu buen criterio. Si notas que te han seguido los pasos, espera a que la gira haya terminado; luego volverás a Bradford.

—Sí, queda todo entendido.

—Un detalle más. Brendan te dará un paquete de dinero; una buena suma, tres mil libras. No lo pierdas.

—Procuraré no perderlas. ¿Algo más?

—Sí. Al final de la gira tenéis una semana de vacaciones. Quiero que la emplees para ponerte en contacto con otras personas de Londres y de Manchester.

Conor se quedó paralizado y palideció, incapaz esta vez, de disimular su reacción.

—Escucha, Dan. Entre explorar los talleres, trabajar los barrios por la noche, el rugby y mi trabajo normal, he estado en activo unas veinte horas diarias. Después de diecinueve partidos en veinte semanas de gira, estaré rendido. Hice planes para unas vacaciones.

—Cámbialos —replicó Sweeney.

Conor retuvo el aliento y apretó los dientes un instante.

—Creo que no los cambiaré —respondió.

Las miradas de los dos hombres se trabaron una con otra por encima de la desvencijada mesa.

—¿Una mujer?

—Es posible.

—Anula esas vacaciones —ordenó Sweeney, blandamente.

—No.

La silla de Largo Dan retrocedió con un crujido. Su ocupante se puso en pie, hundió las manos en los bolsillos y volvió la espalda a Conor, permaneciendo así muchísimo rato. Sólo mostró su rostro nuevamente cuando tuvo la mente bien despejada.

—El plan queda abandonado. Dejas de pertenecer a la Hermandad. Vete.

—¡No quiero dejar de pertenecer! —gritó Conor, alarmado por la repentina vehemencia de sus propias palabras.

—He dicho que dejas de pertenecer, y estás de suerte saliéndote ahora. El juego todavía no está muy adelantado, y, además, no te tengo por un confidente; de modo que cierra bien la boca acerca de lo que sabes. Si nos hallásemos en una fase más avanzada, ya sabes lo que te ocurriría, ¿verdad que sí?

—Tengo una idea —respondió Conor, ásperamente.

Sweeney volvió a sentarse, exhaló un aliento maloliente y golpeó la mesa con el monstruoso puño, al mismo tiempo que indicaba la puerta con un movimiento de cabeza.

—¿No puedes cambiar de idea Dan? Veré a la muchacha y cancelaré el compromiso.

—De acuerdo por esta vez. Tu alma puede pertenecer a la virgen, pero tu cuerpo pertenece a la Hermandad. ¿Sí o no?

—Sí —respondió Conor, estremecido.

—¿Quién es ella? —preguntó el jefe.

Conor se doblegaba ante la primera paliza auténtica que recibía en la vida.

—La hermana de un compañero de equipo.

—¿Católica?

—No.

—Será mejor que la dejes.

—Veamos, Dan, escucha. Yo he dicho que renunciaría a las vacaciones; pero no hay ninguna norma que prohíba tener una mujer.

—Con respecto a tu vida, el libro de normas soy yo, Larkin. He conocido a un sinfín de muchachos listos que se creían capaces de compaginar ambas cosas, pero eran unos tontos malditos, todos ellos, del primero al último. Si quieres de verdad a esa chica que dices, convendría que pensaras en qué vida vas a darle. Un infierno, eso es lo que le darías, un infierno. Un infierno en cada instante de su existencia. Siempre pensando: «¿Volverá de ésta mi hombre, o ya tiene los sesos desparramados por la mitad de la calle?»

Conor rodaba por la habitación. Para detenerse fue a recostarse contra la pared, empujándola con fuerza.

—Tengo treinta y tres años —dijo ásperamente—. He esperado hasta ahora, Dan. Estoy enamorado, hombre de Dios. Si tú no sabes lo que es amor, no puedes condenarme por ello, ni puedes eliminarme porque yo lo sepa. ¡Tú no tienes corazón!

Sweeney reprimió bruscamente la marejada que se había levantado en su alma y se puso pálido como la ceniza.

—En eso tienes razón. A los dieciséis años me encerraron.

—Lo siento —se excusó Conor—, no debí pronunciar esas palabras…, lo siento…

—¡A mí no me compadece nadie! —gritó el viejo—. Por si quieres saberlo, Larkin, yo me enamoré también una vez. Pero hace tantísimo tiempo que ya no recuerdo qué figura tenía; y su nombre se ha convertido en una palabra sin sentido… Aileen… Aileen… O'Hara. —Los hombros de Largo Dan se desplomaban—. ¡No creas que no te conozco, muchacho! —gimió—. ¿No sabes que Dan Sweeney fue designado después de Daniel O'Connell y no piensas que también escribió poemas en la cabaña de monte de su padre? ¿No piensas que también lloré sobre la fosa de Parnell y también huí al mar? ¡Y volví a Irlanda a rastras, odiándome a mí mismo por no saber resistirme a regresar!

Conor se cubrió la faz con las manos. Cuando levantó la vista, vio ante sí el rostro del anciano y se estremeció al contemplarse a sí mismo, horriblemente envejecido, en un espejo del tiempo.

—Coge a tu chica y vete de vacaciones —dijo Dan.

—Será mejor que no me dejes ir, Dan. Soy capaz de no volver.

Sweeney refunfuñó con la sabiduría de los ancianos.

—Volverás —dijo—. Los asnos callados como nosotros vuelven siempre. De modo que vete y recréate con esa luna de miel. Cuando te llegue la hora del sufrimiento quizá el recuerdo de esa muchacha ilumine tu celda de la cárcel con una luz más alegre que la que iluminaba la mía.

Conor levantó la mano un momento. Luego la bajó sin decir nada y se encaminó, abatido, hacia la puerta.

—En el futuro —dijo Sweeney, volviendo a ser Sweeney—, no desobedezcas ninguna orden. Somos un ejército pequeñito y desgraciado, pero no te equivoques acerca de nuestra disciplina. Yo no vacilaría en agujerearte la rodillera con una bala, como tampoco vacilarás tú cuando tengas que hacérselo a otro. Ruego a Dios por el éxito de tu misión… y por ti personalmente también. Ahora, ¡largo de aquí!

15

El séquito, compuesto por el conde y la condesa de Foyle, el vizconde de Coleraine, sir Frederick Weed, sus auxiliares directos, unos cuantos criados y varios ayudantes bajaba de una hilera de carruajes en el muelle número tres de Weed Ship & Iron Works, donde aguardaba el tren a vapor para Liverpool.

En el muelle, Derek Crawford, Doxie O'Brien y los jugadores del Boilermakers estaban más o menos en posición de firmes ante varios centenares de obreros reunidos que aprovechaban el descanso para el almuerzo y una banda combinada de cuatro logias de Orange.

Enfrente del equipo y de sus propietarios se extendía una fila de jerarcas municipales y de otra clase, todos orondos y rebosantes, dispuestos a impartir adioses.

Sir Frederick prometió victorias aplastantes. El capitán del equipo, Robin MacLeod, aseguró que salvarían el honor del Ulster. Los dignatarios repartían abrazos. La banda amenizó el acto, y los incondicionales prorrumpían en «Hurras» mientras el equipo subía al tren.

En la cubierta del *ferry* reinaba una atmósfera de excitación y de palmaditas a la espalda, porque quedaba un asomo de esperanza de salvar aquella desastrosa temporada. La súbita y destacada presencia de Conor Larkin, más la adquisición de dos «caballeros jugadores» inyectaban nuevas esperanzas. Los caballeros jugadores eran aficionados sobresalientes que habían prestado meritorios servicios en equipos de colegios y en el nacional. Sir Frederick les había engatusado haciéndoles entrar en el deporte profesional por unos cuantos peniques brillantes y por «el bien del Ulster».

Robin y Conor se apoyaron en la baranda, observando el espectáculo del muelle, que alcanzó su punto culminante con la llegada de la «Red Hand Express», adornada como para transportar a la realeza. Las multitudes vitorearon. Duffy O'Hurley y Calhoun devolvían los honores con aplomo shakesperiano, y Conor subió a bordo de la máquina. Sus ojos no se apartaban ni un momento del ténder.

¿Quién sondearía a Duffy? ¿Dónde y cuándo tendría lugar la entrevista? ¿Cómo reaccionaría Duffy? Lo sabría cuando llegasen a Bradford… Cálmate, faltan tres meses. Cálmate…

—Anoche Shelley nos lo comunicó a Lucy y a mí.

—¿Eh, qué? —inquirió Conor.

—Sí, Shelley nos lo dijo. Ya sabes, que se vendría allá después de la gira. Quiero que sepas que nos alegramos por ti. Eh, Conor, te estás portando como si hubiese muerto tu perro favorito.

—Perdona. Me alegra que los dos lo aprobéis. Sólo que… falta muchísimo tiempo todavía.

—Cuídate; pasará rápido.

Cuando la «Red Hand» estuvo a bordo, una locomotora de maniobras arrastró los vagones particulares de sir Frederick. Eran cuatro en total: uno para los amos, otro para el equipo, otro para el personal y el cuarto para los invitados. La ayudante personal de lady Caroline, una alemana con cara de tormenta, dirigía la línea de baúles hacia los diversos camarotes. Jeremy Hubble se introdujo entre Robin y Conor, la banda interpretó *Auld Lang Syne* y la embarcación se divorció de las amarras que la sujetaban a la costa.

—¿Señor Larkin?

Conor se volvió. Una criada le entregó un sobre con un billetito manuscrito.

Querido señor Larkin:

Me gustaría poder contar con la compañía de usted después de comer. Si hace un tiempo aceptable, me reuniré con usted sobre cubierta. De lo contrario, tenga la bondad de venir a nuestro camarote.

Caroline Hubble.

Roger Hubble contemplaba el recorrido anual de los Boilermakers con mirada nada gozosa por cierto, viendo únicamente en dicho viaje un recurso para sosegar a sir Frederick y a Caroline. En lo que a él mismo le concernía, tenía un calendario sobrecargado, multitud de asuntos reclamaban poderosamente todo su tiempo. Roger había ascendido en la vida del Ulster hasta convertirse en una de sus figuras más destacadas y ser la personalidad unionista más poderosa de todo el oeste. Atendía a las obligaciones involucradas en su Escaño de la Cámara de los Lores con la misma fidelidad y devoción con que se entregaba a los asuntos del combinado de empresas Hubble-Weed. Durante tres años sirvió al Castillo de Dublín como consejero especial para el desarrollo del Ulster; auténtica carga adicional, si bien le daba considerables voz y voto sobre el futuro de la provincia.

De no ser por las exigencias de Caroline, haciéndole dedicar algún tiempo a la diversión, Roger se habría convertido en una figura pública y corporativa consumada. Este año su esposa había insistido hasta la intimidación en que se tomase algún descanso, el suficiente al menos para gozar de la temporada londinense.

Roger se ocupaba del interminable trabajo burocrático que le daban las empresas en un pequeño escritorio del barco cuando Caroline vino del camarote vecino en traje de calle y le acarició el cabello. Un cabello que había encanecido bellamente, que le embelesaba. Luego se inclinó sobre la mesa desde detrás de su marido, asegurándose de que la nuca de éste entrase, en contacto con su seno y la nariz percibiese bien las emanaciones de su perfume. Como el mensaje tenía un significado inconfundible,

Roger se quitó las gafas, un poquito molesto de que fueran a seducirle en aquel determinado momento. Cuando Caroline reclamaba atenciones, las obtenía. Roger dejó, pues, la pluma y correspondió a la insinuación.

Caroline llenó un vaso de jerez, y habiendo conquistado ya la plena atención de su marido, le frotó la nuca hasta que él se rindió, emitiendo un sonoro gruñido.

—Vas a disfrutar de nuestra estancia en Londres, y hasta presenciarás unos cuantos partidos de rugby.

—No será tan fácil. Durante los tres meses venideros, Freddie no me ayudará nada, nada en absoluto. ¿Sabes qué ha hecho ese hombre? ¿A qué extremos ha llegado? Ha contratado a un fotógrafo personal y a no sé qué periodista, exclusivamente para enviar notas a la prensa. Durante la gira es como un niño.

—Sufre, sufre —dijo ella—, que ya no le cambiarás.

—Por otra parte —continuó Roger—, casi creo que a ti el rugby, esa demencia, te gusta tanto como a él.

—Cuentan las leyendas que cuando Freddie descubrió que su hijo primogénito no era varón sino una hembra se fue a las Mourne Mountains y se pasó un mes entero en ellas, llorando. De modo que yo consideré un deber moral aficionarme al rugby.

Roger se libró del smoking y soltó varios aditamentos de la camisa; luego hundió la cara en la pila del agua, emitiendo unos prolongados «aahss» y se aseó ante el espejo.

—Yo veo que todos los años te largas.

—Estoy colada por aquel interior derecho feúcho y bajito; los pantalones cortos de seda esconden un culito absolutamente hermoso. Le tengo puesto el ojo encima desde muchas semanas.

—Eres terrible, Caroline.

Ella se sentó en la cama, con las piernas cruzadas.

—Lo realmente sexy, real y verdaderamente sexy, es verlos al final del partido, sudorosos y ensangrentados y desgreñados y oliendo a peste.

—Dios Santo, mujer, con los años todavía te vuelves peor.

—Oigo lo que dicen en susurros, Roger. Todavía me tienen por una pollita bien parecida, te lo aseguro.

Roger contestó acariciándole la pierna para arriba, y dándole un beso, que era mitad mordisco, en la espalda. Caroline había triunfado, porque entre ambos saltaban ya las centellitas. Mientras Roger volvía a ocuparse del atuendo y se abrochaba una camisa forrada, ella se mordía el labio, buscando la manera de introducir la cuestión.

—Cariño —aventuró.

Roger había recibido ya la señal de aviso y se sentó a su vera lleno de curiosidad.

—Se trata de Jeremy —dijo Caroline.

—¿Qué hay sobre nuestro hijo monstruo?

—Si Jeremy no acompaña al equipo, Freddie y él quedarán totalmente descorazonados. Jeremy lleva dos años soñando en esta gira.

El humor jocoso de Roger cambió notablemente.

—Roger, no seas mezquino —imploró ella. Luego abandonó, viendo la inmovilidad total de su marido, que no hacía otra cosa que mirar, sencillamente, con aquella mirada fija, furiosa y fea de Roger Hubble—. Bien, di algo, maldita sea.

—Estoy hasta aquí —replicó él, llevándose la mano al nivel de los ojos— de esta conspiración. Gracias a Dios, tenemos un hijo que ha decidido pasar por alto este aspecto de su instrucción.

Caroline reculó.

—Y estoy igualmente encantado, no, rebosante de gozo por completo, de que Jeremy Hubble acabe siendo un alto y peludo y maloliente jugador, en vez de un jefe de oficina. —Roger emitió unos ronquidos desdeñosos, y retornó ante el espejo—. Bastante difícil ha sido aceptar el hecho de que, gracias a su madre, vaya a esa monstruosidad de colegio de Dublín, en vez de matricularse en un instituto apropiado. Raya en la tragedia que tú y él conspiraseis para hacer caso omiso de sus estudios, de modo que hasta el hecho de entrar en el Trinity se haya convertido en una victoria monumental. Cuando empiece los estudios, si los empieza alguna vez, no tengo inconveniente en que juegue al rugby para ese pabellón provinciano de ahí fuera, pero que me cuelguen si se ha de pasar la mitad de su vida adulta derramando sangre por el East Belfast Boilermakers.

El ataque dejó muda a Caroline. La derrota de la mujer dejó mudo al marido, que le dio unas palmaditas en la mano y adoptó un tono completamente serio.

—Tenemos un problema con Jeremy. No voy a compararlo con Christopher. No, no haré tal. Ni apelaré a ti basándome en que espero que los muchachos entren en el negocio. Lo que me inquieta es la mentalidad de Jeremy, su actitud sentimental, su manera cerrada, de ostra, de ver el mundo como un campo de deporte. Le aguardan responsabilidades tremendas, y tiene que hacerles frente.

—Es un muchacho dulce, es delicioso y tiene el diablo metido en el cuerpo —adujo Caroline—. Por otra parte, yo sé de un hombre eternamente resentido de que su padre le echase encima todas las responsabilidades antes de estar preparado.

Roger soltó el cepillo para el cabello al oír estas palabras.

—No es lo mismo, ni mucho menos. Yo no soy Arthur, ni Jeremy es Roger. Mi padre lo hizo para poder entregarse de lleno a la buena vida. No creo que puedas decir lo mismo de mí.

—No quería sacar a discusión nada desagradable, pero el muchacho tiene diecinueve años y le queda toda una vida para servir a Dios, la Patria, el Ulster y las empresas. Déjale suelto. Si le reprimimos a estas alturas, nos exponemos a pagarlo caro después, con un hijo aturdido y acaso hostil. Unos pocos años más o menos no

van a significar tanto.

Roger levantó los brazos al cielo.

—Sí, señora, completamente de acuerdo. Tenga la bondad de tomar nota de mi pedido de diez…, no, no, hagamos la docena completa, doce locomotoras «Red Hand Express». No había topado nunca con una vendedora de tu calibre.

—Roger, dile que puede hacer la gira.

—No, díselo tú. Es un regalo tuyo, y de Freddie. Quedará al cuidado de Freddie, totalmente.

La campana de la victoria tenía un sonido hueco. Caroline descruzó las piernas y saltó de la cama.

—¿Te acuerdas de un individuo llamado Conor Larkin?

—Sí, perfectamente.

—Ahora está en el club.

—Lo sé.

—Jeremy le adora. Larkin es un hombre bueno y sensible. Doce semanas bajo sus alas pueden ser lo mejor del mundo para el muchacho. Larkin puede abrirle a Jeremy todo un universo de cosas.

—¿Me estás diciendo que ese tal Larkin está más capacitado para hacerse cargo de nuestro hijo que tu propio padre?

—Estoy diciendo que cuando se presenta un problema como éste, la mejor influencia quizá la ejerza una fuerza exterior. En este momento de su vida, Jeremy se dejará gobernar por un hermano mayor.

He ahí, pues, el caso; así quedaba expuesta toda la conspiración, pensó Roger. Y se fue al camarote contiguo, que servía de saloncito. Caroline le dejó en paz para que sacara la conclusión de sus meditaciones.

La primera vez que vio en la mesa de Freddie los dibujos de las puertas que regalaba para el Ayuntamiento de Belfast, el regreso de Larkin le alarmó. Ese hombre y Kevin O'Garvey habían sido como uña y carne. O'Garvey se volvió atrás del pacto hecho, para obligarles a reconstruir la fragua de Larkin.

Desde el incendio de la fábrica de camisas, Roger no vivía tranquilo. Todo lo que tuviera siquiera una lejanísima relación con aquel desastre despertaba sus sospechas. Hubo un periodista que se pasó más de un año tratando de indagar, con el propósito de desautorizar el informe de la comisión. Las versiones que habían circulado luego sobre las condiciones del edificio les pusieron en un aprieto. Por fortuna, Frank Carney nunca contradijo el testimonio prestado de que había escuchado la confesión del incendiario. Carney había sido su mejor sostén.

Roger comunicó sus temores a Freddie por el retorno de Larkin, y sólo entonces se enteró de que Caroline y Jeremy habían intercedido en favor del herrero. Los agentes de Swan vigilaron estrechamente a Larkin durante dos meses, y no

descubrieron nada que hiciera concebir sospechas. Libros, conciertos, tabernas y luego una mujer, la hermana del capitán del equipo. Larkin quedó libre de sospechas.

Bueno, muy bien, y ahora ¿qué? Roger sabía que si reaccionaba violentamente contra la petición de Caroline, el tiro podía salirle por la culata. La primera reacción de Caroline consistiría en deducir que su marido tenía celos, elemento que hasta ahora nunca se había interpuesto entre ellos. Por otra parte, una ofensiva contra Larkin les ponía en riesgo de revolver los recuerdos y pensamientos de éste con respecto al incendio y a O'Garvey. Convenía muchísimo mas aparentar que el herrero irlandés no despertaba en ellos ningún recelo.

¿Y lo demás?

¿Cuántas veces en su vida no anheló él mismo poder comunicarse íntimamente con la alimaña débil que tuvo por padre? ¿No fue esto en realidad lo que le hizo lanzarse, solo y sin ayuda de nadie, a la conquista del Ulster occidental? ¿Y Caroline…? Caroline, que era su mejor amigo, su hermano mayor, y su amante, además de ser su mujer. Caroline había librado una dura batalla contra el sistema inglés, que se sacude las responsabilidades mediante el frío, impersonal recurso de exiliar a los hijos internándolos en colegios, o alistándolos en el ejército, o al servicio del Gobierno. Así lo había hecho su padre con él. Christopher lo quería de este modo por propia voluntad. Y estaba muy bien que así fuera. Pero Jeremy se rebelaba.

Roger se detuvo en el umbral.

—Tienes mucho interés en conseguir lo que me pides, ¿verdad? —preguntó.

—Yo creo que es lo más conveniente, te lo juro.

—¿Sabe Larkin que desearíamos que velara por Jeremy, y lo acepta?

—No lo sabe.

—Quizá fuese mejor que le hablases tú, en vez de hacerlo yo —dijo Roger.

—Sí, es posible —convino ella.

La travesía, inmejorablemente tranquila aquella noche, dio lugar a una camaradería artificiosa. Los toscos muchachos del club se portaron lo mejor que sabían, como auténticos caballeros, en la mesa comunal. Los jugadores aficionados recién adquiridos y los titulares antiguos hicieron cuanto pudieron para mostrarse personas normales y corrientes. Pero con ese trastornar el orden social establecido, casi todo el mundo se sentía incómodo.

Sin embargo, había excepciones notables, que Roger iba observando atentamente esta noche. Su suegro se encontraba perfectamente a sus anchas. No era la primera vez que cenaba en compañía de rompe-cráneos. Su esposa, que había servido en desvanes con artistas amantes del vino, nunca perdió su gracia para lo vulgar. Su hijo Jeremy se hallaba en la gloria disfrutando de la amistad de aquellos hombres duros, musculosos… Y Conor Larkin, que parecía libre de todo sello de clase. Larkin se

hallaría en su ambiente en todas partes, pensaba Roger. La alianza familiar por el poder había triunfado.

En cuanto a él, lord Roger, se sentía tan incómodo como si le hubieran sorprendido en pecado mortal, y lo mismo podría decirse de los jugadores, que se sentían igualmente turbados por la compañía del noble señor.

El embarazo nacido de aquella impuesta solidaridad se dulcificó un tanto cuando abrieron el bar. Roger se retiró prestamente a sus cuarteles. Al cabo de unos segundos, sir Frederick y sus caballeros jugadores estaban completamente absortos en una sesión de gran estrategia con Derek Crawford y Robin MacLeod. Jeremy corría por entre los jugadores, haciendo amistades. El capitán «de fuera del campo» del equipo, Duffy O'Hurley, organizó un festival de canto, mientras su fogonero, Calhoun Hanly, daba rítmicas palmadas a una mesa de un rincón. Doxie O'Brien tocaba el piano en la medida que se lo permitían los rotos nudillos, y detrás vino una estela de canciones neutrales, ni orangistas ni republicanas, en un alarde de hermandad limpia de sectarismos.

La travesía fue notablemente tranquila. Caroline se acomodó en una silla de cubierta, se abrigó el regazo con una bata y se puso a escuchar las voces que cantaban más o menos armónicamente hasta llegar al dulce corazón de la noche.

Conor salió a cubierta, miró a su alrededor, la vio y fue a ocupar el borde de la silla, junto a la dama.

—¿Qué tal resiste la cancela del Long Hall?

—Debería continuar en buen estado unos centenares de años, si no se produce ninguna insurrección —respondió ella—. Usted ha estado ausente mucho tiempo… ¿Por qué y dónde?

—No ha sido más que una salida al mundo de un poeta. No se ha aprendido gran cosa, excepto que Irlanda no es un país tan malo, después de todo.

—Una suerte para Irlanda —comentó la dama—. ¿No hay ninguna dama que comparta la buena fortuna?

Conor sonrió.

—No sabría decir si es muy afortunada o muy poco.

—Me alegro por usted.

—Bastante he tardado. Usted está como para jugar de defensa en el equipo —dijo, cambiando de tema—. Me han dicho que quería verme. Se trata de Jeremy, ¿verdad?

Caroline hizo un signo afirmativo.

—Me lo figuraba.

La luna los atrajo hacia la barandilla.

—Entre aquello de que se me tuviera una atención tan especial —continuó él— cuando quise entrar en el club y luego se me procurase una fragua en los talleres, y un

encargo…

—Simplemente, un gesto obligado en honor a una antigua amistad —replicó ella—. Y nada, permítame añadir, que no hubiera conquistado usted mismo, sin mi ayuda.

—Jeremy se entrena todos los días —dijo Conor—. Él y yo hemos estado siempre en buenas relaciones. Creo que he captado el meollo de lo que sucede.

—Jeremy tiene que dar salida a un montón de impulsos locos; es como yo misma y como mi padre. A sus diecinueve años no deberíamos tener tanta prisa en meterlo dentro del corsé.

—Muy cierto, y es usted una buena madre al cuidar de estas cosas. Si uno tiene la buena fortuna de enamorarse, está salvado. Si no… Lo único verdaderamente hermoso de mi vida ha sido mi niñez. Sí, la infancia; es el alimento que nos sostiene todo el resto de nuestra vida. El amor pone la capa de caramelo en la vida. Pero si no encontramos el amor… mientras lo esperamos podemos apelar a los recuerdos de la niñez una y mil veces. En el caso de Jeremy, estos años venideros tienen una importancia enorme como terreno donde edificar luego.

—El muchacho le adora, ya lo sabe.

—Bah, los muchachos convierten en héroes a pedazos de leño, hasta que los encuentran una mañana tirados en el arroyo, durmiendo la mona.

—Le tomara bajo su custodia.

—¿Puedo hablarle llanamente?

—Por supuesto.

—No es que todas las noches los jugadores vayamos a casas de prostitutas y tabernas hasta las seis de la mañana; pero la presencia del muchacho alterará el estilo de vida del equipo. Aunque tampoco esto me preocupa mucho; soy un tipo bastante solitario y podría tener el hocico del muchacho limpio sobre este particular. Lo que realmente importa es que no procedemos del mismo barrio exactamente. Sería una locura y una extravagancia acompañar a un vizconde por los barrios irlandeses de unas cuantas ciudades bastante feas.

—¿Y no cree que esto podría hacerle mucho bien, si un día ha de llegar a ser conde de Foyle?

—En verdad que es usted una dama sensata. ¿No piensa en la posibilidad de que a Jeremy le picasen unas cuantas moscas republicanas?

—Correría gustosamente este riesgo con tal de que se contagiase unas cuantas cosas más de Conor Larkin.

—¿Quién derrama lisonja irlandesa sobre quién ahora? —preguntó Conor, soltando la carcajada y aludiendo al hecho de que Irlanda haya sido llamada «la tierra de las lisonjas».

—¿Se encargará de él, pues?

—A usted le convendría que, por una vez en la vida al menos, le diesen una zurra —dijo el herrero—. Siempre consigue lo que quiere.

—No siempre, señor Larkin —respondió ella, sosteniendo su mirada sin apartar los ojos.

Conor quedó aturdido. Tuvo que hacer un esfuerzo por contenerse y conservar los labios cerrados y se cogió a la barandilla para no dar un paso hacia Caroline. Esta continuó en su sitio, sin preocuparse de retirar lo dicho ni de retirar un poco el cuerpo.

—Usted anduvo por la cubierta de un barco años enteros, tengo entendido. ¿Pensó alguna vez en mí? —preguntó la dama.

—Cuando se está allá, solo, noche tras noche, se piensa casi en todo, antes o después.

—Eso no es lo que le preguntaba.

—Sí, pensé en usted.

—¿Y qué pensaba?

Conor sonrió levemente.

—De nada serviría contárselo. Nadie sería capaz de hacer realidad pensamientos como aquéllos.

—Bueno, pues el hecho de haber andado por una cubierta de barco no le concede la exclusiva del soñar despierto. Yo, por mi parte, también he soñado algunas veces en usted.

—Ah…

—Pero tampoco serviría de nada el contarle qué pensaba. Ni siquiera un Conor Larkin sería capaz de llevar a la realidad mis fantasías.

—Bueno —tartamudeó el hombre—, creo que ha llegado el momento de tomar una copita y acostarme.

—Un minuto nada más, Conor —dijo la mujer en tono firme—. Déjeme que le diga que es uno de los hombres más adorables que he conocido en mi vida. Una opinión que no influirá nunca, para nada, en mi conducta. Sin embargo, no veo nada malo en compartir los sentimientos que usted inspira a Jeremy. Buenas noches, Conor.

—Lady Caroline.

—Diga —respondió ella, volviéndose.

—Cuidaré del muchacho con todo interés.

—Lo sé —y se marchó.

Conor se quedó largo rato contemplando el mar, y a cada instante se sentía más disgustado consigo mismo. Había jugado a la perfección con la amistad que le tenían madre e hijo. Había maniobrado al muchacho de forma que contribuyera a que le incluyesen a él, Conor, en la gira y que tuvieran que andar siempre juntos.

Anteriormente se había aprovechado de ambos para trabajar en el astillero, ingresar en el equipo y lograr un puesto que le diera cierta libertad de movimientos. Ahora disponía de una capa inmejorable, de un aristócrata inglés como guardián suyo. Con semejante tapadera, nadie sospecharía de sus actividades. Sentir afecto por los enemigos no formaba parte del léxico de Sweeney. El viejo Sweeney se pondrá furioso si le viese encariñado con aquella gente.

Conor se sintió arrastrado hacia la escalerilla y descendió hasta el departamento donde la «Red Hand Express» esperaba, bien agarrotada, meciéndose al compás de los movimientos del *ferry*. El herrero se situó al lado del ténder y lo acarició.

—¡Eh, tu!

Conor se volvió, asustado. Duffy O'Hurley, que cuando estaba borracho solía cojear un poco, se le acercó bamboleándose.

—¿Qué pasa, Conor?

—Daba vueltas y más vueltas por ahí, nada más, para despejarme la cabeza y desahogar la excitación.

—Sí, es cierto. Tu primerísima gira. Ahhh —gruñó—, mira ese encanto. La mejor «Red Hand» de todas. Perdona el exceso de sentimentalismo, Conor; pero yo bajo siempre a darle las buenas noches a mi locomotora.

O'Hurley era un sujeto capaz de soltar un revés, y repetirlo mil veces. En dos ocasiones, Conor había visto los dientes postizos de Calhoun Hanly saliendo disparados después de un cachete de O'Hurley. Por ello acogió el afecto del maquinista sólo con una leve contracción del rostro. ¿Qué contestaría el viejo truhán cuando le hicieran la pregunta?, rumiaba Conor. ¿Cuántos días faltaban para llegar a Bradford y que entrase en escena Brendan Sean Barrett?

16

De los hermanos Larkin, sólo había venido Dary, desde el seminario Maynooth. Conor estaba en Inglaterra y, por supuesto, Liam muy demasiado lejos.

Brigid permaneció plantada delante de la casita de los Larkin por lo que parecía una eternidad. La larga espera había terminado. El *cairn*, el montón de piedras, cubría la fosa de su madre; se había rezado la última oración. Ahora esta casita era suya, y la tierra era suya. Brigid fue despacio, muy despacio, hacia la puerta. La empujó con cuidado, como si entrase por vez primera. Todo estaba exactamente igual; pero todo era muy diferente. Sus ojos recorrieron la habitación. El asiento más cercano a la lumbre sería el suyo, y todos aquellos grandes botes de cocina los fregaría hasta darles un brillo que no habían tenido nunca. Los taburetes, y los bancos, y la cantimplora, y la mantequera, y los candelabros…, todo lo que veía era suyo. Mañana recorrería los campos contando todo lo que le pertenecía.

Brigid pasó de habitación en habitación acariciando todas sus posesiones, dando unas ligerísimas palmaditas a los edredones de plumón, limpiando motitas de polvo que se acumulaban, imaginando cómo lo limpiaría todo para que no hubiera otra casita como aquélla.

Llegó a la puerta del dormitorio. Y se plantó a los pies de la cama donde habían nacido sus hermanos y ella. La cama de Tomas y Finola. Luego se arrimó hacia el costado, como cuando estaban enfermos y los cuidaba, y en seguida se estiró y se hundió en aquella blandura, y cerró los ojos, que se le llenaron de lágrimas.

De vuelta a la sala principal, atizó el fuego como sólo la dueña de la casa podría hacerlo y puso turba nueva; luego guisó la primera comida, poniendo la mesa para sí misma y para Rinty Doyle. Primero eligió el puesto de Finola como suyo propio; pero luego cambió de idea, escogiendo el de cabeza de familia, que solía ocupar Tomas.

—¡Rinty! —llamó en dirección al establo. Y asomó la cabeza—. Rinty, ¿dónde estás?

No se le veía por ninguna parte. Brigid se echó la bufanda sobre los hombros, picada en su amor propio, bajó el sendero con paso firme hasta el cruce de caminos e irrumpió en la taberna de McCluskey.

Los caballeros del mostrador se quitaron las gorras todos a un tiempo por respeto y recuerdo de su santa madre. El viejo McCluskey sólo bizqueó un poco; los años le habían dejado medio ciego, y el oído no lo tenía mucho mejor. El pequeño y arrugado Rinty estaba acurrucado en el rincón más escondido, gozando de los placeres de la vida que le brindaba un vaso de Derryale.

—¡Ahí estás! —le espetó Brigid—. ¿Y quién te ha dado permiso para ponerte como una cuba?

—¿Como una cuba? Mujer, estoy más sereno que el padre Cluny. Estoy tomando

un trago de despedida en memoria de tu bendita madre, y que la Virgen salve su alma.

—Dios la tenga en paz —coreó Billy O'Kane desde el mostrador.

—Dios bendiga a todos los presentes —retornó Rinty, levantando el vaso.

—Te vienes a casa en este mismo instante, o esta noche no tomarás el té.

Rinty miró a los caballeros del bar, mortificado. Todos quedaron acobardados. Rinty chasqueó los labios, ansioso de paladear el último sorbito, pero capituló y arrastró los pies hacia la puerta para seguir camino arriba, tras Brigid.

—Esa tiene un par de colmillos que le aprietan el labio —comentó McCluskey.

—No me gustaría ni la mitad de la dosis.

—*Jaysus*, uno los tomaría por marido y mujer.

Ya en la casita, Brigid cerró de un portazo y arqueó la espalda, llena de ira, amilanando al hombre con su sola figura.

—Yo no me opongo a que un hombre beba su cuartillo de vez en cuando, pero no pienso quedarme como una esclava junto a esa lumbre y que tú no estés aquí a la hora de las comidas. En adelante, si tienes ganas de ir a la taberna de McCluskey o a la sheybeen, primero me pedirás permiso. ¿Queda claro?

—Sí —gimoteó el hombre.

—Recemos el rosario.

Rinty se rascó la cabeza, tratando de infundirse a sí mismo el valor suficiente para protestar.

—¿Puedo hablar una palabra sensata contigo?

—¡Habla!

—Lo que quiero decir es que aquí sólo estamos nosotros dos, y que cada uno de ambos es una persona independiente. Si por ejemplo el representante de la primera persona, o sea, yo mismo, halla solaz en un cuartillo al final de la jornada, ¿por qué no puede ese representante de la primera persona disfrutar del susodicho cuartillo, mientras la representante de la segunda persona reza el rosario? De esta manera ambos representantes han satisfecho sus necesidades más apremiantes.

—Dios se apiade de ti, Rinty Doyle.

—Soy un hombre y tengo mis derechos.

—Se te permitió que te apartaras de Dios porque este año último mi pobre madre estaba demasiado enferma para luchar con un pagano dentro de sus propias murallas.

—Tengo mis derechos, ya sabes, tengo mis derechos.

—Mientras vivas bajo este techo, rezarás el rosario y oirás misa. Iba a permitir que te trasladases al desván; pero continuarás en el establo hasta que des a Nuestro Señor Jesucristo lo que se le debe. Y ahora, de rodillas, Rinty Doyle.

Rinty levantó los ojos al cielo; pero el cielo no le mandó socorro alguno. El bueno de Rinty dejó caer los brazos y se arrodilló en el suelo junto a Brigid.

Ambos siguieron viviendo como si Brigid dirigiera una gran propiedad que llevara implicado el título de baronesa. El rezo no empezaba ni terminaba nunca, continuaba, meramente. En toda la parte alta no había otra casita sometida a una limpieza tan despiadada, esmerada y ordenada. Toda mota de polvo era un invasor al que había que desterrar, todos los platos se fregaban hasta que sacaban brillo, cada cosa y cada adorno estaban en su sitio exacto. Botas sucias, cenizas de tabaco y otras muestras del descuido masculino, así como los que habían incurrido en ellas, recibían un castigo inmediato.

Lo lamentable del caso era que Brigid no cuidaba de su persona con el mismo esmero que de la casa o los campos. Engordaba mucho, y en el umbral de sus treinta años había perdido todos los atractivos de su juventud. De todos modos, en Ballyutogue la belleza física nunca tuvo tanta importancia como las tierras, y la finca de los Larkin seguía siendo la mejor. Los solterones de cuarenta y pico, y para arriba, husmeaban por ahí; pero eran una pandilla lamentable, de veras; y Brigid los ahuyentaba poco menos que con la horca del estiércol. La hermandad de los bebedores no tardó en dejarle vía libre.

Durante los meses siguientes, Brigid Larkin dejó asombrado a todo el mundo por la pericia con que gobernaba sus asuntos. Después de casi matar de trabajo al pobre Rinty, se trajo a otro primo lejano como segundo mozo de la finca. Organizó una industria doméstica del lino, vendiendo a un precio superior a lo que se ganaba trabajando a destajo, y dio otras muestras de poseer algo de la energía y la inteligencia típicas de los Larkin.

Liam y Conor enviaron dinero para la losa sepulcral de Finola. El menor de ambos, que había prosperado enormemente en Nueva Zelanda envió, además, lo necesario para hacer el tejado de la casita de pizarra. Por añadidura, Liam fue el primer hijo de Ballyutogue que encargó una ventana de cristal policromado para la iglesia.

Después de obligar al rezo de las oraciones finales del día, Brigid pasaba revista a su baronía y a todo negocio que hubiera quedado inacabado, antes de retirarse. Y todas las noches abría el cajón de la alacena y sacaba la descolorida carta que habían recibido de Conor mucho tiempo atrás. Era la carta que le anunciaba que Myles McCracken no regresaría a Ballyutogue. La carta contenía sólo unas pocas palabras que fuese capaz de descifrar por sí misma, pero se las sabía de memoria y había desgastado el papel de tanto doblarlo y desdoblarlo.

«Debido a varias circunstancias, Myles toma esposa aquí en Derry.»

—¿Cuáles son esas varias circunstancias? —le preguntó al padre Cluny la

primera vez que le leyó la carta.

El cura le dijo que no lo sabía, pero que sería inútil saberlo, porque Myles se había casado ya y ella no debía volver a verle.

El corazón de Brigid sollozó por Myles cuando se enteró del incendio. Brigid acudió al sacerdote nuevamente pasado algún tiempo, para pedirle que escribiera a Conor. Quizá cuando hubiera transcurrido un año, pudiera ir a ver a Myles. Pero se había marchado de Derry y nadie sabía dónde estaba. El padre Cluny, muy servicial, fue personalmente a Derry y regresó con la triste noticia de que a Myles lo habían encerrado en el manicomio.

El ritual de la carta se hizo tan fijo e inalterable como el del rosario. Brigid la devolvía a la alacena, apagaba la linterna y se refugiaba en la cama que había ansiado toda la vida.

—Fuiste un tonto, Myles. Si hubieses esperado otros ocho años, nada más, ahora te acostarías conmigo.

Los ojos saltaban de acá para allá por el cansancio de dirigir la finca y del exceso de oraciones.

«Debido a varias circunstancias, Myles toma esposa aquí en Derry.»

17

¡La gira!

Ninguna visita regia habría originado tanta tensión ni un aire tan festivo como la fiebre del rugby. Los East Belfast Boilermakers figuraban entre los pocos equipos de solera que venían a este collar industrial de Lancashire y Yorkshire. El equipo tenía fama de estar lleno de salvajes luchadores irlandeses.

Bien venidos, Boilermakers, rezaba la bandera del Ayuntamiento. Los jerarcas y las bandas saludaban, los corredores de apuestas hacían estimaciones, la prensa local —de talla periodística minúscula— devoraba el acontecimiento. A éste se le concedía siempre los honores de la primera página, y no solía faltar la insinuación sobre algún inexistente escándalo en las apuestas o un rumor sobre una incursión de tipo erótico poco antes del alba. Las tabernas se abrían de par en par, y las damas amigas de hacer favores procuraban hacerse muy visibles.

La chimenea de sir Frederick vomitaba interminablemente una columna de incienso y de gloria en la esperanza de que su último modelo de «Red Hand», con Duffy O'Hurley en los mandos, alcanzara los ciento setenta kilómetros por hora. Él y Duffy y Calhoun Hanly se derretían de gusto cuando veían las hileras de colegiales aguardando para atisbar el interior de aquellos legendarios vagones particulares, y cuando él dirigía la palabra a grupos cívicos, sobre temas relativos a la potencia industrial del Ulster, el rugby, sus obras benéficas, y política unionista. Sir Frederick daba generosas fiestas a base de champaña y caviar para clientes y presuntos compradores en el segundo decenio de poner en escena los sueños de hadas que todos tuvimos en nuestra infancia.

Durante los días y semanas siguientes, Conor deseó muchas veces que Mick McGrath hubiese podido probar a qué sabía la gira aquélla, como lo estaba probando él, y así no se habría pasado la vida deseándola. La famosa gran gira era el gran engaño.

Aparte de las ciudades mayores (Bradford, Leeds, Hull) y del atractivo de los suburbios de Liverpool, las demás eran poblaciones de cincuenta a cien mil habitantes en un denso cinturón textil asquerosamente sembrado de una monotonía de olores, colores y mugre, y todas eructando el mismo desperdicio debilitante que Belfast. Los filetes de ternera que Mick McGrath soñaba despierto eran correosos, salados y requemados, y las lujosas habitaciones resultaban una serie de cuartos oscuros, agrietados, manchados de hollín en los hoteles de más baja categoría de las estaciones de ferrocarril. El aburrimiento y la añoranza se constituían en compañeros de los dolores consiguientes a los partidos.

¡Día de partido!

Allá salían ellos, trotando, con los uniformes verde, naranja y blanco, con la

bandera del Ulster a la espalda y la «Red Hand» del Ulster en el pecho. Las tribunas vibraban bajo la ovación. Los campos de juego de Batley, Halifax, Swinton y demás poblaciones se transformaban en extrañas manchas verdes donde unas destrozadas tribunas sostenían como un milagro, en el aire, de diez a treinta mil exaltados hinchas revolcados en la inmundicia. Los corredores de apuestas pregonaban cotizaciones y desde el exterior los niños gritaban: «Eh, señor, páseme por encima de la valla. Por favor, señor, súbame por encima de la valla.»

DIOS SALVE AL REY.

Las agresiones empezaban en el campo al mismo tiempo que en las tribunas.

El deporte profesional era sobradamente libre. Una mancha de hombres precipitados, un choque de cuerpos, una maraña de miembros; allí te quedas, estirado y quieto, luego te revuelves a medida que poco a poco, muy despacio, recobras el conocimiento, y luego te estremeces otra vez al sentir ya las cuchilladas del dolor; la pelota se eleva y flota en el aire y luego baja a la deriva hasta dar en medio de una piña de gente; en la *melée*, dos murallas humanas chocan una contra otra, un placado brutal retuerce la cabeza de un defensa que corre y medio le decapita, pero él se levanta tambaleándose y vuelve a correr; codos y puños se acercan machacones; un corredor potente escapa y arrastra a los placadores, que hacen muecas de desconsuelo.

La angustia de Derek Crawford no conoce variaciones, excepto cuando la tapadera del pozo le estalla dentro del estómago. Doxie O'Brien está galopando continuamente a lo largo de las líneas laterales, gritando jugadas, maldiciendo a los árbitros, enseñando los dientes a la multitud.

El inventario se hace en los vestuarios de altísimo techo de debajo las tribunas donde la suciedad acumulada pregona un eterno gris mórbido. Los astillados bancos de madera se comban y mueven bajo el peso y el olor de los sudores de toda una generación que los empaparon para siempre. Los grifos abren las duchas de agua fría, y las toallas, del tamaño de sellos de correos, se amontonan, terrosas, por el suelo. Doxie O'Brien circula entre los jugadores, contando dientes rotos, desgarrones que requieren puntos, esguinces, narices aplastadas, costillas magulladas, rodillas retorcidas, livideces espantosas.

«Buen partido, muchachos», exclama sir Frederick, que entra pisando fuerte en aquella especie de depósito de cadáveres.

Una guinea, o un par, que un jugador ha merecido y otros doce chelines por barba, después de repartirse las ganancias que ha conseguido sir Frederick en sus apuestas. ¡Maldito dueño del equipo! No hay otro como él.

¡Ah, sí! Luego la camaradería. Después de haber hecho cada uno lo imposible por convertir a los demás en ruinas humanas, los adversarios se echan unos en brazos de otros para la larga noche de libaciones. ¡A beber, al acecho del manto de dolores que

va descendiendo! ¡Ah, sí! ¡Las «pájaras»! Eso de alejarse contoneando con un bombón de damita antes de que el rigor mortis invada los músculos e imposibilite la última actuación del día…

Con Conor Larkin «el Herrero», aprendiendo su oficio en primera línea y aquellos dos «caballeros jugadores» manifestando el calibre de su equipo nacional, el East Belfast Boilermakers reconquista parte de su legendario prestigio en Lancashire, derrotando al Leigh, al Oldham, al Salford y al Runcorn en quince días. Y hacia Wigan, para un partido decisivo…

Wigan, una de las ciudades menores entre las que tomaban parte en la Liga Septentrional de Rugby, era, no obstante, una potencia inalterable. Cuando el cereza y el blanco pegaron contra el verde, el naranja y el blanco la lucha quedó indecisa, en un empate durante cerca de ochenta minutos en uno de los partidos más magulladores que pudieran recordarse.

En los últimos momentos, la fuerza física inclinaba la balanza. Siendo así que los muchachos del Wigan tenían que trabajar en sus respectivos oficios todos los días, se habría podido pensar que los del Boilermakers habían de estar en mejor forma. No obstante, además del cansancio de los largos días de entrenamiento y el sobrecargado calendario de partidos, los del Boilermakers venían recargados por las noches de jolgorio y el desordenado consumo de cerveza Guinness. Su poder de penetración quedaba anulado. Sólo el herrero conservaba energías para marcar un «ensayo» con su patentado poder de arrastre.

La bandera del Ulster ondeaba muy alta sobre el Lancashire. El Yorkshire contenía el aliento y se estremecía.

Argyle Dixon, una especie de oso desenjaulado en la zona de defensa ayudaba al herrero en el trabajo de «policía» de cuidar de que los adversarios no cayeran por dos veces en la tentación del juego sucio. Maltratar innecesariamente a uno del Boilermakers desataba una represalia instantánea. Entre los equipos de la Liga corrió la voz de que Argyle Dixon tenía un ayudante y que convenía andar con cuidado. Por las fechas en que el equipo llegó a Hull, la cuenta de partidos perdidos y ganados estaba nivelada, y faltaba jugar seis. Derek Crawford había lavado su honor, y sir Frederick vivía en un éxtasis.

Después de unos cuantos partidos, el grupo de los Hubble se dispersó. Lord Roger se desentendió rápidamente de los deberes familiares y se fue. Al cabo de un tiempo, Caroline fue a sumarse a la escena londinense. Mientras Roger permanecía en Londres, más o menos satisfecho, Caroline se sorprendía continuamente en un tren con destino al norte para presenciar el partido del sábado.

Durante este tiempo, Jeremy realizaba un esforzado intento por seguir las huellas de Conor Larkin, quien le trataba como si estuviera al cuidado de un aguilucho y no

toleraba que se alejase demasiado del nido. Conor se alojaba con Robin MacLeod, pero teniendo a Jeremy al alcance de su voz, a quien permitía cierto consumo de bebida, pero mantenía alejado de la parte más delicada de los merodeos nocturnos. De este modo, Jeremy podía apoyar el pie en la barandilla del mostrador y hablar un poco a lo bruto con los jugadores, al mismo tiempo que permanecía esmeradamente apartado de posibles contratiempos. Entre conversaciones sobre mujeres, licor y rugby, se le permitía paladear cierta ilusión de masculinidad ruda, y el muchacho se sentía en la mismísima gloria.

Conor hizo una obra de arte con el muchacho, administrándole sutilmente dosis del amor que él sentía por la palabra escrita y el pensamiento inflamado. Jeremy adoraba a Conor en tal medida que se daba por entendido que si Conor amaba algo de verdad, los libros por ejemplo, es que ese algo era bueno, los libros habían de ser buenos. El tiempo era un artículo que poseían en abundancia, con lo cual sostenían largas conversaciones ante unos vasos de cerveza y trazaban programas sobre funciones teatrales y conciertos. A Jeremy le engolosinaban las descripciones sobre la belleza de Dublín y las diversiones que ofrecía, y así empezaba a esperar con ilusión las próximas temporadas que tendría que pasar en el Trinity College de dicha ciudad. A lady Caroline le maravillaban los ligeros pero hermosos cambios que se iban operando en su hijo. Era el verano en la cabaña del monte de Jeremy Hubble.

El Huddersfield se rindió ante el atronador Boilermakers lo mismo que el Brighouse, antiguo equipo de Derek, la victoria sobre el cual siempre llenaba de gozo al entrenador.

De pronto, y a pesar de hallarse todavía a finales de verano, llegó un amanecer frío. Era una de esas mañanas en que uno ve el vaporcillo del propio aliento. El tren particular rezumaba sobre el pardo y manso río Ayre y penetró en la estación de la ciudad de Leeds sin armar ruido en atención a lo temprano de la hora. El equipo desfiló fuera, encogidos los hombros, medio dormido, para cruzar la plaza y refugiarse en el hotel.

Los ojos de Conor se humedecían en aquella niebla cortante. Se sentía aterido, pero no de frío. Durante diez semanas había tratado de no acordarse de Bradford. Cuando le venía a las mientes esta palabra, se decía que faltaban ocho semanas, luego siete…, cuatro… y, al fin y al cabo, cuatro semanas eran un mes. Ahora ya sólo faltaba una quincena.

Próxima parada, Bradford.

Brendan Sean Barrett estaría en Bradford. Barrett le diría el resultado de la gestión cerca de Duffy O'Hurley. ¡Cuántas veces había bromeado con el maquinista y siempre preguntándose si ya le habían abordado! ¿Y cuántas veces había subido al tren, volviendo la vista hacia el tender?

En el interior de Conor Larkin había tenido lugar un fenómeno extraño. El

alborozo por el plan para la entrada de armas había empezado a menguar. Conor no quería reconocerlo ante sí mismo, pero había llegado a un punto tal que secretamente deseaba que el plan abortase. ¿Quizá O'Hurley se negó cuando le abordaron? Quizá llegaran a Bradford y Barrett hubiera emprendido la huida, no pudiendo establecer contacto. Acaso Barrett se limitara a decirle que siguiera su camino. En Bradford todo quedaría solucionado.

¿Todo solucionado? ¿Qué quería que se solucionase?

Todos aquellos veranos de soñar que se sumaba a la lucha, de soñar en patriotas y en la liberación, todas aquellas noches de deambular por la cubierta de extraviados barcos recibirían su recompensa ahí en Bradford. El momento en que estrechara la mano de Brendan Sean Barrett señalaría el instante en que su vida se llenaría de significado, sería el primer paso del levantamiento. Pero ¿por qué dicho momento se estaba alejando de la esfera de sus anhelos?

Leeds…, después Bradford. Pero ya no era la madre Irlanda la que inundaba la mente de Conor Larkin. Era Shelley MacLeod.

18

Llovía.

Conor entró en la habitación del hotel, se sacudió el agua, abrió la puerta del cuarto contiguo y asomó la cabeza.

—¿Dónde está Jeremy?

—Con su abuelo —contestó Robin, levantando la vista de la reciente novela de James Grant que estaba leyendo, *Lettys Hyde's Lovers*.

—No me ha dicho que pensara salir.

—Vigilas los movimientos de ese muchacho como si fuese un enfermo mental.

Conor se hundió en un sillón sobradamente tapizado y apolillado de puro viejo, pasó una pierna por encima del brazo del mueble y buscó el punto del libro que estaba leyendo.

—Tendrás que vigilar bien a Alfie Newton —le advirtió Robin, refiriéndose al jugador que ocupaba su mismo puesto en el Leeds Loiners.

—Sí, lo sé, lo sé.

—Es un monstruo sanguinario. El único hombre de la Liga a quien Argyle no puede contener por sí solo. Recanastos, no le paras ni con una llave de judo.

—Argyle me ha dado una conferencia sobre él, Doxie me ha dado otra, y Derek otra. Llevo una semana que me están matando a golpe de conferencia sobre Alfie Newton.

Conor levantó la vista, inquieto, y se observó a sí mismo en un espejito de encima de la pila. Luego se pasó el índice por la cicatriz de la mejilla, que ya iba sanando.

—Pues procura que Alfie Newton no lo advierta —prosiguió Robin.

Conor gruñó algo y se puso a mirar por la ventana como si pudiera producirse un milagro para que dejase de llover. Hasta la lluvia parecía negra. El agua caía como aceite abajo, sobre los guijarros, confundiéndolos con las brillantes, húmedas y apáticas hileras de ladrillo rojo y tejados de pizarra. Todo lo que se movía en el exterior parecía encogido y mísero. Conor se acomodó de nuevo y reanudó la lectura, pero pronto percibió que Robin estaba nervioso. Miró por encima de la página y vio que Robin tenía una expresión culpable. Sabía qué estaba preparando su compañero.

—Necesito que esta noche me protejas —balbució Robin.

—No faltaba más. ¿En su casa o aquí?

—Aquí. Es una mujer casada.

—¿A qué hora?

—A eso de las ocho y media. —Robin tiró el libro al estante—. Pensarás que soy un canalla, ¿verdad que sí?

—No —respondió Conor.

Robin iba y venía por la jaula del cuarto.

—Has de saberlo, amigo. Amo a Lucy y cuando estoy en casa, no ando por ahí, jodiendo con otras. Pero después de diez semanas de esta porquería…

—Cállate. Esto no es un confesionario.

—Oye, debo contártelo. Eres como de la familia y no quiero que tengas un concepto equivocado de mí.

—No has de contarme nada —dijo Conor.

—Es que me revienta a mí mismo.

—¿Qué es lo que te revienta?

—Que estando casado me porte de esta manera y, en cambio, tú sepas dominarte y esperes hasta reunirte de nuevo con Shelley. Ver lo honrado que eres con ella, sin apartarte un ápice del recto camino. Me indigna contra mí mismo.

—No te des coces. Tenemos distintas necesidades. Yo sé que amas a tu mujer y tu hijo.

—Tú eres un hombre cabal, muchacho. *Jeese*, me habría mandado al diablo cuando me dijeron que había de compartir la habitación con un católico romano, y soltero por añadidura. Mira, yo siempre había formado equipo con muchachos casados; de modo que cuando uno protege al otro no es tan difícil encontrar justificación a lo que uno hace. Ya entiendes qué quiero decir. Y, sin embargo, esto es lo que gusta de ti, tu honradez.

—No te inquietes, Robin.

Robin fue a situarse junto a la ventana.

—Cochina lluvia.

—Sí.

—Los chicos se pondrán nerviosos. Lo huelo. Diez semanas fuera, y ahora esta cochina lluvia. Puedes apostar a que antes de que termine la semana habrá un par de peleas. ¡*Jeese*, qué tranquilo estás, chico!

—Quizá —respondió Conor.

«No sabes de la misa la mitad, Robin», se decía Conor.

—¿Piensas mucho en Shelley?

—No es difícil pensar en ella.

—Claro que no —admitió Robin—. Creo que después de Lucy y Matt es en ella en quien yo pienso más Eres un chaval afortunado. Shelley vale la pena; de veras. —Robin se estiró en la hundida cama, con las manos a la nuca, dándose un festín de recuerdos—. No parece posible que de un muchacho de aspecto tan raro pudiera salir jamás una mujer hermosa. —Encendió un cigarrillo y envió un aro de humo hacia el techo—. Ya sabes que yo también escapé y trabajé en barcos.

—Shelley me lo contó.

—Ah, fue una desesperación. En Belfast, amigo mío, si eres pobre, eres pobre.

—Claro que no tenemos el monopolio de la pobreza —adujo Conor—. Pero

criarse en el campo puede ayudar a mitigar en parte la fealdad de la miseria. Me di cuenta cuando fui a Derry. Allá en el pueblo teníamos vecinos y siglos de historia de ayudarnos los unos a los otros. Siempre se puede cultivar algo, y si las cosechas van mal, siempre puedes cazar algo. En la ciudad la pobreza se te echa encima de manera distinta; te da la sensación de un desamparo total.

—Así es, enteramente —asintió Robin—. No puedes comerte el pavimento. —Ahora los ojos hablaban elocuentemente en aquella faz de tosca belleza y un reflejo de luz que entraba del exterior parecía juguetear con su enérgica fisonomía—. Si uno no tiene campos verdes, se los inventa.

—Y campos de polvorientas campanillas azules…

—Shelley te lo contó, naturalmente. Ah, solía cantar esa canción a todas horas. Cuando ella y yo empezamos a tener edad suficiente, nueve o diez años quizá, nos íbamos lejos, de aventuras. Subíamos al tranvía en una esquina donde hubiera mucha gente y pasábamos por delante del cobrador, fingiendo que nuestros padres nos habían precedido y habían pagado nuestros billetes. Al final del trayecto, en Malone, si encontrábamos un carro que saliera al campo suplicábamos que nos dejaran subir. Allá, fuera de la ciudad, estaba verde, auténticamente verde. Nosotros gritábamos de gozo sólo con verlo. Nuestro lugar favorito era el puente de Shaw, pequeño puente de piedra para cruzar el Lagan levantado en la parte más abierta y verde que puedas imaginar. Era nuestro sitio preferido, y en la baranda del puente todavía encontrarías nuestras iniciales, de Shelley y mías. —Con gesto repentino se quedó en posición de sentado—. *Jeese*, charlo por los codos.

—Me gusta oír cosas de Shelley —dijo Conor.

Robin sonrió, y siguió explicando:

—Shelley y yo… nos quedábamos en ropa interior y saltábamos del puente al río. Era peligroso, pero por aquellos tiempos, antes de la polución, el agua era clara y pura, y profunda. Y no tardaba en aparecer una barcaza. Por un penique yo montaba el burro de delante, en la orilla, arrastrando la barca, mientras Shelley manejaba el timón, y así el barquero podía descabezar un sueño de media horita. Siempre traían algo que comer, y si les mirábamos con bastante insistencia, nos daban parte.

»Un día bueno recogíamos cuatro o cinco peniques y empezábamos el largo regreso al hogar. Apenas llegábamos al Shankill, corríamos a la frutería del final de nuestra calle y enseñábamos al dueño el dinero que teníamos, y él nos dejaba coger hasta quince o veinte frutas golpeadas de la barrica en que las guardaba, y nosotros nos íbamos a un cobertizo secreto y nos hartábamos de fruta hasta dolernos la barriga. ¿Verdad que es raro que los recuerdos que más se te graban en la memoria se refieran a la comida?

La faz de Robin se alteró súbitamente.

—Un día —continuó—, al saltar del puente de Shaw, Shelley por poco se ahoga.

Sólo por misericordia divina logré salvarla. Todavía la veo, tendida allí, en la orilla, con el mojado cabello sobre la cara, tan quieta. Cuando le hicimos recobrar el sentido, le quedó un resfriado espantoso, y tuvimos que llevarla al hospital. Ya conoces a Morgan. Todo lo que tiene de cuerpo lo tiene de bondad; pero cuando se pone furioso, pocos hombres se le acercarían, ni con una horca de hierro. Cuando un médico le llevó la niña a casa, él me cogió por el cuello y me dio una paliza tan terrible que pensé que no viviría yo lo suficiente para que me naciese la barba. ¿No te ha contado nunca Shelley por qué me fui al mar?

—Sí.

—¿Y tú, Conor? ¿Por qué fuiste tú?

Conor no respondió.

—Puerco Belfast —exclamó Robin—. Nosotros hemos sido siempre vecinos del Shankill y trabajadores de los astilleros. Morgan entró en la Weed Ship & Iron Works el día que abrió las puertas, y anteriormente su padre había trabajado ya en los astilleros pequeños. Cuando había trabajo, se podía soportar la vida, excepto por esos espantosos domingos y la chachara piadosa. Cuando no había trabajo, venía una desesperación horrible, aterradora. El miedo brillaba en los ojos de los hombres, y el dolor de tener que presentarse ante sus familias con las manos vacías extraviaba sus mentes y los hacía revolverse contra sus vecinos. Estamos tan locos por nuestros empleos que nos los apuntan contra la garganta como si fueran puñales. He ahí la mitad del conflicto entre tu pueblo y el mío.

Robin MacLeod se acordaba de su madre como de una mujer que tenía la severidad de su religión tan profundamente grabada en el alma como las líneas fisonómicas en el rostro. Nunca se le escapaba una carcajada, sólo el chirrido de las oraciones.

—Oh, sí, tenía la cara de una noche de invierno, y un corazón acorde con la cara. Si no estaba enfadada era que aún no había nacido el día. En los tiempos difíciles, solía atribuir nuestros problemas a otros tantos castigos de Dios por las maldades que perpetrábamos Shelley y yo.

»El tremendo orgullo de Morgan no le dejaba someterse a permitir que Shelley y yo trabajásemos en las tejedurías. Las querellas adquirieron tal virulencia que durante un paro muy prolongado yo me fui al mar y Shelley huyó a Inglaterra.

»Por misericordia divina, a mi madre la libraron pronto de las miserias terrenas, y dejó este mundo rezando y cantando aleluyas hasta el último aliento. Morgan se casó después con Nell, la mujer más santa que haya honrado jamás el Shankill. Entonces nos suplicó que regresáramos, porque (decía él) si no éramos una familia no éramos nada. Yo creo que hay mucha gente así en Belfast. Es mejor vivir en esas cajas de píldoras que dispersarse por el mundo y morir lejos de aquí.

Liam lejos, yo lejos, Dary lejos. Nuestra semilla se ha dispersado… nuestra raza

se debilita…

La puerta se abrió con furia para dar paso a un Jeremy Hubble entusiasmado que se plantó chorreando en el centro de la habitación. Conor miró el reloj. Eran algo más de las siete.

—Sécate y comamos algo —le dijo Conor al muchacho.

—La mesa de los jugadores no estará servida hasta dentro de una hora o más —contestó Jeremy.

—Esta noche me pronuncio por una comida decente. ¡Y después…! *The Siege of Ladysmith*, nada menos, adorna el escenario del teatro local.

—¡Formidable! ¿Vienes tú también, Robin?

—Yo tengo que reunirme con Doxie y Derek para repasar los planes del partido contra el Leeds.

La mirada de Jeremy iba de uno a otro de los dos hombres.

—Me gustaría que no me trataseis siempre como a un chiquillo —concluyó.

La victoria sobre el Leeds Loiners fue dulce néctar y miel delante de veintiséis mil espectadores empapados. Apenas iniciado el partido, el temible Alfie Newton (que en verdad era un rinoceronte humano) tomó puntería contra el corte de la mejilla de Conor desde un punto que no dejaba escapatoria. Argyle Dixon se acercó y transmitió un aviso a tiempo. Conor se volvió, bajó la cabeza y pescó al violento Alfie, dándole con la frente entre los ojos y aplastando una nariz que otros habían aplastado ya muchísimas veces.

Alfie pudo entrar de nuevo en el campo antes de que transcurriera el plazo concedido para una lesión; pero ya no volvió a ser el mismo. Argyle y Conor se turnaban para marcarle como si fueran su propia sombra, o más todavía su propio pellejo, sin dejarle espacio ni para respirar siquiera. Antes de la media parte, Alfie se retiró. En diez años, era el primer partido que no terminaba. A partir de entonces los Boilermakers fueron dueños de las *melées*, y del tanteo final: East Belfast 24 y Leeds 3. Fue la hazaña cumbre de la temporada.

Al final del partido, Conor pasó un largo y tenso rato sentado, apretándose un paño húmedo contra la tumefacta frente, en el punto que había golpeado a Alfie Newton. No era el dolor del cardenal lo que le daba náuseas, sino el comprender que se le había terminado el plazo. Bradford y Brendan Sean Barrett le aguardaban en el primer recodo del camino.

Uno tras otro, los compañeros le dieron una palmadita a la espalda y salieron del vestuario para celebrar el triunfo a lo grande, hasta que sólo quedaron con él Jeremy y Robin.

—Hala, id vosotros también —insistía Conor—. Yo iré en seguida.

Ambos se marcharon, pues, y la poca luz que quedaba adquirió ese tono gris

negro desalentador. Conor permanecía sentado, con la cara entre las manos, contemplando el vacío. El anciano encargado del vestuario recogía toallas, gimiendo y maldiciendo el desorden, y luego fregaba aquel suelo tan curvado y rechinante como su misma persona.

Conor fue a la bañera y se restregó, sumergido en agua fría. El viejo seguía lamentándose de que nunca terminaba el trabajo, y de que todavía tenía que limpiar otro revoltijo, cuando he ahí que fijó la mirada en la frente de Conor.

—Oh, compañero —dijo—, vaya golpe feo que le han dado. De modo que usted es «el Herrero», ¿verdad?

—Sí, soy «el Herrero» —murmuró Conor.

Conor fue a sumarse a los festejos en el Old India House y durante unos minutos se dejó arrastrar, por la adulación y la bebida. La taberna retumbaba de canciones: canciones de Leeds, canciones de Belfast, cuplés obscenos, canciones de minas, cantos sentimentales irlandeses.

Luego, como de costumbre, los muchachos católicos desfilaron hacia su demarcación, hacia aquellas pequeñas ciudades irlandesas que se hallaban siempre en el corazón mismo de la zona más miserable. Las tabernas de Chaptel Town y de Quarry Hill tenían las puertas abiertas en espera de sus héroes.

Jeremy Hubble regresó al hotel, protestando inútilmente todo el rato, y Conor continuó hasta la taberna de Tooley para aceptar los abrazos de sus paisanos. «El Herrero» había ido a verles; era una solemnidad que se recordaría mucho tiempo, y que serviría para mitigar un tanto la sordidez de sus existencias.

Duffy O'Hurley, Doxie O'Brien y Calhoun Hanly habían establecido su corte en un rincón del local. Duffy estaba singularmente apagado, esta noche no se mostraba tan alborotador como de costumbre. Entre el estrépito, los ojos de Conor fueron al encuentro de los del maquinista. Muy lentamente, con la cabeza, Duffy dijo «sí» y levantó el jarrillo a guisa de saludo.

19

Bradford

Robin palpó en las tinieblas, localizó la lámpara y la encendió. Conor estaba junto a la puerta, abrochándose el tabardo. Robin se apoyó en el codo, movió la cabeza para despejarla de sueño y miró al reloj.

—Necesito un poco de aire —dijo Conor.

—Jeese, hombre, son más de las once. Mañana tenemos que jugar otro cochino partido.

—Lo sé. No tardaré mucho.

Robin se despejó de pronto, apartó las mantas y se sentó en el borde de la cama.

—¡Eh, Conor! ¿Qué gusano te corroe? Estos tres días has sido una auténtica cuba de vinagre.

—Vaya, tiéndete otra vez y duerme.

—¿Había alguna mala noticia en la carta que has recibido hoy de Shelley?

—¡Ninguna! —atajó secamente Conor.

—*Jeese…*

—Perdona… Estoy un poco nervioso, solamente.

—Bueno, no tardes. Nos espera un partido difícil.

Un último coche de alquiler esperaba a la puerta del hotel. Cochero y caballo dormían de buena gana. Conor tocó al hombre con el codo. El caballo dio un resoplido.

—¿Adónde, señor?

—Arriba, al Waping.

—¿Algún punto determinado?

—No, déjeme solamente en alguna taberna de la parte baja de Bulton Road.

Mientras se alejaban, Robin miraba desde tres pisos más arriba. ¡Qué demonios!, no era asunto suyo. Y no parecía probable que andara por ahí poniéndole cuernos a Shelley. Todos los católicos romanos tenían la extraña manía de marcharse solos. Robín se arrastró nuevamente hacia la cama, apagó la lámpara y se abrigó bien.

Conor despidió el coche delante de la catedral, donde Bulton Road se unía con Cheapside, y continuó a pie hacia el corazón de la ciudad irlandesa. Habían venido a Bradford a bandadas, huyendo del hambre, pasando de la nada a la nada, las mujeres de la limpieza, lavanderas, vendedores ambulantes, mineros, pobres, cargadores de lana, peones… La miseria engendraba degradación. Aquello apestaba.

Venía un guardia en dirección a él.

—Perdone, ¿cómo puedo hallar Wild Boar Road?

—Cinco manzanas arriba, y a la derecha.

—Gracias —Conor subió, internándose en un silencio más y más profundo, hasta quedarse a solas con las farolas de la calle y poco más. Llegó a la corta callejuela, inspiró profundamente y volvió la cabeza para mirar atrás por décima vez. Más arriba de la manzana se veía movimiento, una luz y gente que iba y venía. Conor reunió el ánimo y se dirigió allá; al cabo de un momento se detenía frente a las Pompas Fúnebres Callaghan. De la encortinada puerta de la calle entraba y salía continuamente una procesión incesante de plañideras y obreros tocados con gorras.

Conor cruzó la calle y entró.

La gente estaba arrodillada, rezando en torno de los restos mortales de Vincent O'Cooney, vecino del condado de Cork, que en paz descanse. Vincent O'Cooney, fallecido en un pozo de mina, a los treinta y dos años, dejando una viuda, Mary, y nueve hijos.

La estancia flotaba en sombras de cirios que proyectaban los pétreos rostros de los arrodillados devotos. Un sacerdote marchitado por los años emitía una desalentada compasión. Se oían pocos llantos, pocos gemidos. Estaban demasiado cansados.

—¿Es un amigo del difunto?

—Le conocía muy poco —respondió Conor, mirando por toda la estancia y tratando de localizar al tal Callaghan. Luego se arrodilló y se sumó al rosario, sin dejar de escudriñar las caras. Cuando el rezo tocaba a su fin, la puerta trasera se abrió, como a una señal, y apareció un hombre. Llevaba un ajado abrigo de vicuña y unos pantalones a rayas en zarrapastrosa concordancia con el ambiente.

Casi todo el mundo fue desfilando, perdiéndose en las tinieblas y dejando que la viuda continuara el velatorio. Estando la habitación casi vacía, Conor se puso en pie, se secó el sudor que le inundaba la faz y se acercó al funerario.

—¿Señor Callaghan? —preguntó por fin.

El hombre hizo un gesto afirmativo, y añadió:

—Usted es forastero.

—Yo… pues, sí, fui amigo del difunto hace algún tiempo. Esto me ha cogido como de sorpresa. Pasaba por Bradford y… pues… me enteré de la noticia en una taberna…

—¿Quiere pasar a la trastienda y descansar? Se le ve agotado —dijo Callaghan.

Los labios se le quedaron secos. Por primera vez en su vida se sentía débil, como si fuera a desmayarse Todo empezaba a flotar… Callaghan le había cogido por el brazo y lo guiaba hacia la trastienda. Conor se detuvo de pronto.

—No me pasará nada —dijo. Y se volvió y abandonó el establecimiento a una media carrera.

20

Gran número de galeses jugaban en varios equipos de la Northern Rugby Union, pero carecían de equipos y profesionales propios. Después de la temporada normal, sir Frederick organizó un par de partidos de exhibición entre los Boilermakers y el resto de los jugadores galeses en un «club de estrellas». Anunciados como Irlanda contra Gales, los partidos se disputaron en Swansea y Cardiff ante unas multitudes inmensas y delirantes. Aunque los galeses eran superiores, considerados individualmente, el Boilermakers jugaba como una unidad compenetrada desde hacía varios años y venció fácilmente en un par de partidos de gran empuje.

Había sido una temporada triunfal. Sir Frederick se puso a trazar planes para giras profesionales a Australia, Nueva Zelanda y Francia, y argüía, con aquella riqueza de argumentos convincentes que le caracterizaba, que Gales había de participar en la Liga Northern Rugby con equipos propios.

Terminada la gira y con una semana de vacaciones en perspectiva, sir Frederick organizó un golpe final. La fiesta, celebrada conjuntamente con los colegas galeses, tuvo lugar en un lujoso hotel de un lugar conocido por The Mumbles, a mitad de camino entre Thistleboon y Oystermouth, sobre la bahía de Swansea. Conor abandonó temprano el festejo a fin de estar bien preparado por la mañana para tomar el tren de Liverpool y esperar el vapor de Shelley. A su pupilo Jeremy lo dejó en las buenas manos de Robin MacLeod.

A las cinco de la mañana, Conor respondía a unos martillazos a la puerta, tambaleándose por la habitación como un borracho. Abrió, vio a su compañero y los ojos se le dilataron. Robin MacLeod venía hecho una calamidad. Conor le metió dentro de la habitación y cerró la puerta.

—Un ligero altercado —consiguió articular Robin a través de los hinchados labios, que dejaban salir los penetrantes aromas del exceso de licor.

Conor le llevó hasta la pila del agua, le limpió con una esponja y examinó la gravedad de los daños.

—Muy bien, ¿qué ha pasado?

—Veamos, déjame que piense. Calculo que tú saldrías del Pembroke Hotel cuando iban a dar las doce, más o menos, ¿verdad que sí…, eh…?

—Sí, en efecto.

—Vamos, déjame que piense. Teníamos una cosilla especial preparada en una de las mejores casas, por supuesto… en el mismo Thistleboon, si te place. De modo que allá llegamos cierto número de nosotros con cierto número de damas galesas. Estábamos yo y Argyle, y Big Brett, y O'Rourke, y Clarke… Ah, chico, lo pasábamos magníficamente. Todo discurría con la etiqueta y la cortesía social más refinadas…

—Claro, apuesto a que sí.

—El caso es que Brett se lía con una fulana, guapa entre las guapas, con unas tetas hasta allá… y ya sabes…, bueno, pues todos sabemos cómo se porta Brett en ocasiones, cuando encuentra buen género… de modo que al cabo de un rato todos opinamos que Big Brett debería pasarla a los otros compañeros. Y conste que aquellos muchachos galeses saben ponerse realmente desagradables. De repente el nacionalismo más sucio y exuberante invade una reunión por lo demás de tan alta sociedad. Y aunque Big Brett es un granuja asqueroso, el honor irlandés exige que le defendamos… —Robin se desplomó en una silla.

Momentos después exhalaba un grito, mientras Conor le limpiaba un corte profundo.

—De modo que os habéis peleado —dijo el herrero.

—Hemos hecho trizas aquel cochino establecimiento. Ha sido una reyerta de dimensiones monumentales. Cuerpos volando, muebles destrozados, las fulanas chillando. Una de las veladas más hermosas que he pasado en la vida. De todos modos…, estuve de suerte al poder salir sin contratiempos en el momento en que llegaba la policía. He podido llegar sin que me viesen. Me temo que los otros han quedado ligeramente detenidos —gimió.

—Es un problema que le incumbe a sir Frederick.

Robin exhaló un suspiro venido de siglos atrás e inclinó la cabeza.

—Tengo que decirte una cosa importante —añadió.

—¿Qué más?

—Bueno, déjame ver si sé explicarlo…, bueno, pues… había alguien más con nosotros…

Conor abrió la puerta adyacente. ¡Jeremy había desaparecido!

—¡So hijo de mala madre!

—Vamos, vamos, Conor, muchacho. Vamos, vamos.

—¡So hijo de mala madre!

—Permíteme que diga con todo el fervor que guardo en el pecho que hemos quedado orgullosos del chaval. De un puñetazo ha dejado fuera de combate a uno de aquellos galeses. Se portaba estupendamente, te lo aseguro, bien abrazadito a aquella rubia despampanante, dichoso como puerco sobre mierda…

—¡Te mataré, Robin, te mataré!

—Vamos, Conor, soy tu compañero. Prácticamente somos hermanos de sangre. Vigila ese genio, chico, vigila ese genio.

—¿Dónde está?

—Si tienes la bondad de acostarme y calmarte…

«El vizconde de Coleraine arrestado en una pelea», leía Caroline, temblando de rabia. Arrojó el periódico al suelo y cogió otro de la pila de encima la mesa. «La

noche de Su Señoría en la ciudad. El heredero del conde de Foyle pierde unos dientes en una juerga de madrugada con unas damas». Luego otro: «Lord Jeremy defiende a sus compañeros con un puñetazo demoledor.»

Sir Frederick se mostraba inusitadamente sumiso, acurrucado en un enorme sillón del extremo del saloncito de juego de las habitaciones del hotel, procurando pasar tan inadvertido como le fuera posible (aunque sin lograrlo) mientras Caroline agitaba un periódico ante sus narices.

—¡Mira esta basura! ¡Todos los diarios de sucesos de las islas Británicas vienen llenos de esa porquería!

—Sí, es un asunto feo —murmuró Weed—, es un periodismo terrible, terrible.

—¡Freddie, te estoy hablando de la escandalosa y repugnante conducta de tu nieto! —le gritó Caroline con un acento que tenía más de alarido que de grito.

—Una tormenta en un vaso de agua —se defendió débilmente sir Frederick.

La condesa se volvió hacia Jeremy, plantado en la chisporroteante alfombra.

—Quiero que me expliques una vez más y con toda exactitud qué ocurrió. Quiero saber la verdad. Tu padre habrá llegado ya, probablemente, y vendrá acá sin tardanza. ¡La verdad, Jeremy, la verdad!

Jeremy abrió la boca y Caroline hizo una mueca al ver el hueco de los dientes que le faltaban y que hacía juego con el corte en el labio, el ojo morado… por no hablar ya de las huellas de mordiscos y arañazos que había encontrado por la espalda y la nuca de su hijo.

—¡La verdad! —gritó nuevamente, mientras él se aclaraba la garganta.

—Pues, madre, estábamos comiendo todos en el Lord Pembroke, celebrando la victoria, en buena camaradería… y lo demás…, cuando circuló la voz de que…, de que alguien nos había buscado una compañía agradable…

—O sea, rameras, quieres decir —interrumpió la madre.

—Sí, pues…, más bien eso, diríamos. Terminada la comida, y cuando se disolvía la reunión, Conor…, el señor Larkin… me dice: «Vamos, peque…»

—¿Te llama peque?

—Es como un mote, mamá. Dicho con cariño. «Peque», me dice el señor Larkin, «es hora de largarse».

—Continúa —ordenó secamente Caroline.

—Bueno, pues, yo le contesto que voy en seguida con… con otro miembro del equipo…

—¿Quién?

—No me pidas que me chivé.

—¡He preguntado… ¿QUIÉN?!

—El capitán, señor MacLeod.

—De modo que Robin MacLeod te llevó a la fiestecilla aquella, ¿no es eso?

—Más o menos. Me enteré de dónde se celebraría la fiesta, regresé al hotel, asomé la cabeza en la habitación de Conor, le di las buenas noches, y luego me escabullí y fui a reunirme con los otros.

—Y a continuación te llevaron en una furgoneta de la policía, como un delincuente común, a las cuatro de la mañana… sin pantalones… lleno de sangre de pies a cabeza… Al menos habrías podido marcharte cuando empezó aquella asquerosa pelea.

—Bueno, madre, uno no se va corriendo y abandona al equipo, ¿verdad que no?

Caroline dirigió el latigazo a Freddie, que seguía acobardado en su sillón.

—Miente para no comprometer a Conor Larkin.

—Madre, no miento. Conor no lo consentiría.

—Ahora me fijo en que Conor Larkin permitió que te asociaras con una prostituta, en Hull, e incluso que la transportases hasta Halifax. ¿Es cierto, sí o no?

—Pues, no exactamente, aunque más o menos, podríamos decir —musitó sir Frederick.

—¿Permitió Conor Larkin que os relacionaseis con una prostituta durante varias semanas?

—Sí, es cierto —admitió Weed—. Larkin fue a verme y me contó que Jeremy se había metido en un amorío infantil y lo tomaba muy en serio. Discutimos juntos el caso y decidimos dejar que siguiera su curso. Si lo hubiésemos roto de pronto, habríamos tenido toda suerte de conflictos con el muchacho.

—El abuelo dice verdad —adujo Jeremy—. Yo creía estar enamorado. Conor… el señor Larkin…, dejó que viese por mí mismo lo tonto que era.

—Bueno…, ha sido una gira memorable, ciertamente —exclamó Caroline. ¿Y te permitía o no te permitía beber a tu antojo por todas las tabernas de Inglaterra?

—Simplemente, madre, no creo que se le pueda echar la culpa a Conor. Bebí un par de cuartillos por noche, nada más. Y la verdad es que no se le puede hacer responsable de que yo me escapara a escondidas…, que es lo que solía ocurrir.

—¡Que entre el señor Larkin!

Conor respondió a la llamada, yendo directamente adonde estaba Jeremy y examinando sus heridas. El adolescente bajó los ojos avergonzado.

—Tss…, tsss…, tsss…, ¡qué vergüenza, muchacho! —suspiró Conor.

—¿Es así como se encarga usted de la custodia de un menor? —preguntó lady Caroline con una voz estremecida de cólera.

Conor levantó los hombros.

—Eh, un momento, Caroline —interpuso sir Frederick—. Es indiscutible que Larkin no tuvo nada que ver con este incidente.

—Ah, comprendo. Todos los tíos intrépidos tomaban parte en la juerga…

—Si hay que decir la verdad —continuó Weed—, yo fui quien organizó la

última… humm… fiesta.

—¡Freddie! ¡Eres un ser despreciable! En cuanto a usted, señor Larkin, tendrá que responder a un par de preguntas.

—Pues no espere respuestas claras. Como ya sabe, somos una manada de psicópatas embusteros. Si me dispensa…

—No —ordenó ella—. No le dispenso —fue hacia él, levantó la mano y describió el arco. Conor se la cogió antes de recibir el cachete y le apretó la muñeca lo suficiente para indicarle que no siguiera por aquel camino.

—Si repite ese gesto —le dijo— voy a darle una zurra delante de su hijo y de su padre.

—¡Bravo, Larkin! —exclamó sir Frederick.

La dama que salió del puño de Conor era la misma encarnación de la sorpresa. La máscara de ira se le cayó del rostro y, de súbito, estalló en una carcajada incontenible.

—¡Ah, qué guapo está, Larkin! —dijo riendo. Sir Frederick se levantó como una flecha del sillón y se unió a la carcajada. Despacio, con gesto torpe, Jeremy cargaba el peso ora sobre este pie, ora sobre el otro, hasta que abrió la boca, luciendo los dientes, menos dos, y se puso a reír. Y Conor se rió también.

Entonces Caroline abrazó al hijo y se puso a llorar.

—No es nada, madre, no es nada —decía Jeremy—. Y te habría entusiasmado ver cómo molía al fulano aquel. Conor me había enseñado a pegar puñetazos en corto por detrás.

En este momento entró en escena Roger Hubble. Uno tras otro, todos dejaron de reír, mientras él permanecía plantado en la puerta, dominando su desagrado. En seguida los miró a todos, uno tras otro, impartiéndoles por turno su desprecio. Y con la misma frialdad glacial que había entrado, se volvió para marcharse.

—¡Padre! —gritó Jeremy, cruzando la habitación a la carrera y bloqueando la puerta—. Padre —susurró de nuevo—, padre.

Roger le cruzó la cara con un bofetón y se fue.

—¡Jeremy! —gritó la madre.

—No debía hacer eso —murmuró con aspereza sir Frederick.

El muchacho corrió hacia Conor Larkin; a éste acudía en busca de solaz. Conor lo abrazó y lo consoló:

—No tiene importancia, peque, no tiene importancia.

21

Blackpool estaba angustiosamente huérfano de vida. Dejaba a Conor y Shelley virtualmente solos por el largo paseo, únicamente en compañía de la arena y la mar, el grito agudo de las gaviotas y el choque sordo de las olas. Todas las incertidumbres que habían surgido durante la separación desaparecieron desde el mismo instante en que los dos enamorados se reunieron.

Lo que había empezado en Belfast cobró vuelo, un vuelo etéreo en aquella gran población cavilosa. Allí no estaban vivos ni muertos, sino en suspenso, fuera, en el infinito, en un espacio inmenso libre de tiempo. Ambos comprendieron al momento que aquel viaje podía durar eternamente, que podían explorarlo juntos sin retroceder jamás, pues lo que les esperaba más adelante siempre era el amor, gozar del amor, de un modo cada vez nuevo, cada vez completamente distinto. Quizá la actividad de los cuerpos se repitiera en buena parte; pero sus mentes no la interpretaban nunca igual.

Se hallaban delante de una cueva cuya boca cerraba una gran piedra que dejaba paso. Y entraban los dos, porque ésta era la única manera de penetrar en ella, por parejas. Las eternidades se les habían abierto y ambos sabían que se les había otorgado el don único, singular, de la regeneración constante y completa. Era un don, una cosa flotante y perdurable, que no terminaba nunca. Se asombraban al comprender que habían descubierto el nirvana.

Para Conor Larkin el amar a Shelley era como proceder a un inventario. Se había acercado hasta el mismo borde del abismo que prohibía esta clase de amor; pero había retrocedido en el último instante. Había huido de las Pompas Fúnebres de Callaghan. Primero debía encontrar a Shelley, tenía que verla una vez más antes de aquel compromiso final, saber si aquello era realmente cierto, o solamente una especie de ilusión poética.

Ya desde el comienzo, Shelley había entrado en escena, suscitando dudas acerca del curso que él, Conor, estaba imprimiendo a su propia vida. Shelley le hacía cavilar si lo que anheló siempre su corazón no era, quizá, el amor de una mujer. Acaso no lo hubiera comprendido nunca hasta que apareció ella. En el calor de aquella mujer había encontrado la paz por primera vez desde que llegó a la edad adulta, una paz sin límites. Para él, Shelley era la dispensadora de paz. Las dudas sobre sí mismo se habían convertido en una guerra. Conor sabía que no podía acabar de decidirse a entrar en aquella trastienda hasta que hubiera visto a Shelley.

Todas las noches, y también durante los días, penetraban en la cueva para remontar el vuelo y se encontraban al poco rato en un lugar poblado por decenas de trillones de galaxias, explorando un tejido de milagros. Cuando comprendían que habían alcanzado el nirvana final, encontraban otro más emocionante todavía… y así una vez, y otra, y otra.

A medida que las horas de Blackpool iban transcurriendo, Brendan Sean Barrett, Dan Sweeney el Largo, la Hermandad, los vagones ténder y las armas se desdibujaban.

El hotel estaba desierto, salvo por unos pocos rezagados. Una tormenta tardía se presentó súbitamente levantando un oleaje terrible y llenando el cielo de cálida iluminación. La pareja salió al porche a contemplar la tempestad, hechizados los dos por los relámpagos que iluminaban las enloquecidas cumbres blancas.

La decisión vino con igual rapidez, con igual claridad. Por detrás, Conor cogió los hombros de Shelley.

—Quiero llevarte lejos de aquí —dijo—. ¿Querrás venir?

—He tenido las maletas hechas toda la vida —respondió ella. Conor miraba atentamente a la mujer, cuya silueta se recortaba sobre el telón de fondo de la tormenta—. Sé que has meditado esta proposición durante las doce semanas últimas. Quizá sea simple y clara, Conor, pero ¿estás seguro? ¿Estás absolutamente seguro?

—Contigo puedo lograrlo, Shelley. Contigo puedo lograrlo.

Aquella noche durmieron poco, porque todavía les quedaba algo más salvaje que descubrir. Cuando se pusieron a descansar llegó el momento de retener profundamente, de tocar, de reiterar la decisión de marcharse. Por la mañana la tormenta se había disipado, y los dos amantes estaban tan agotados y calmados como el mar.

Ahora Conor parloteaba en voz baja, dichoso…

—Cuanto más lo pienso más me inclino por Australia. Allá podremos hacer lo que queramos, mientras yo conserve estas dos —decía, levantando las manos.

—Adonde quieras —runruneaba ella.

Él le cubrió la espalda de besos y la acarició de un modo que nunca dejaba de excitarla, aunque estuviera completamente agotada.

—¡Me siento tan a gusto! —decía Conor—. Antes de embarcar resolveremos el asuntito ese del casamiento, y desembarcaremos en Australia como marido y mujer.

Shelley lloraba de felicidad. Conor estiro el brazo hacia la mesita de noche y cogió un pañuelo para secarle las lágrimas y sonarle la nariz. Cuando él se recostó contra la cabecera de la cama, ella culebreó hasta arrimarse a él todo lo que pudo y se quedó observando cómo su amado meditaba afanosamente.

—Nos iremos en uno de los primeros barcos que zarpan, desde aquí, de Inglaterra. Yo bajaré corriendo a Londres y me encargaré de sacar pasajes y arreglar los documentos. Tú volverás a Belfast, recogerás nuestras cosas y saldarás mi cuenta.

—¿No irás conmigo?

—No quiero volver a Irlanda —susurró Conor—. No quiero volver allá —repitió—. No tengo mucho que hacer allí…

Ella le puso el índice sobre los labios para imponerle silencio.

—No digas nada más, Conor, excepto lo mucho que me quieres.

—¿Amarte yo a ti? ¿Estás tonta? Tienes los pechos demasiado pequeños, cuando cantas desafinas, andas con los pies planos, no eres capaz de beber un trago, y, lo peor de todo, rezas de pie.

Se pasaron el día deambulando por el paseo, repitiéndose mil juramentos, sin apartarse un instante el uno del otro. A la hora de comer se acariciaban con la mirada en un preludio de la nueva aventura de la noche.

Conor encendió la lumbre, y mientras Shelley se acurrucaba en el largo sofá y se calentaba repasaron sus planes. Luego él se sentó a la mesa escritorio y redactó unas cartas para Robin, Seamus O'Neill y Jeremy.

Una llamada a la puerta le interrumpió. Era el señor Thornton, el dueño del establecimiento.

—Lamento estorbarles —dijo el posadero—, pero abajo hay un hombre que quiere verle.

—¿A mí?

—Ha preguntado por Conor Larkin.

Conor levantó los hombros pensando que sería un elemento del equipo local que le conocería como jugador de rugby, y así lo dijo para apaciguar la inquisitiva mirada de Shelley.

—Ha de ser eso; nadie más sabe que estamos aquí —se puso la chaqueta y dio un beso a la amada—. Tardaré unos minutos nada más, amor mío —prometió.

El señor Thornton le señaló la larga terraza de más allá del vestíbulo que daba al mar.

—Le espera allá fuera, señor Larkin.

Conor salió, se dispuso a resistir el frío y miró a su alrededor. Unos brillantes tres cuartos de luna plateaban una mar singularmente en calma. En el extremo del porche había un hombrecito absorto en las maquinaciones de las olas. Conor se le acercó por detrás.

—¿Usted quería verme?

El hombre se volvió. ¡Conor se quedó mudo de asombro! Al principio creyó que era… no, no podía ser. Se acercó más, pensando que la luna formaba espejismos en el rostro del hombre. Era muy viejo, pero la semejanza… Conor movió la cabeza confundido… ¿Sería posible?

—¿Kevin O'Garvey? —preguntó con voz ronca.

—Sí, soy yo —respondió Kevin. ¡Imposible confundir aquella voz!

—¡Debo ser víctima de una especie de locura!

—No, soy yo, en efecto. Sé que mi presencia ha de causarte una impresión tremenda. Lamento no haber podido avisarte por adelantado.

—Espere un minuto —objetó Conor—, no puedo creerlo.

—He cambiado, lo sé; pero mírame bien, procura dominarte y te explicaré qué pasó.

Conor permanecía rígido, inmóvil; la mente se le nublaba al tratar de reconstruir rápidamente la secuencia de acontecimientos referentes a la desaparición de Kevin. Empresa difícil, porque por aquella época se dejó dominar por una profunda depresión.

—¡Jesús, tengo la cabeza atontada!

—Ya sé que te sientes desconcertado. ¿Podemos sentarnos y hablar?

Conor movió la cabeza asintiendo y se sentó, o se dejó caer, en una mecedora, mientras Kevin acercaba otra frente a él.

—¿Por dónde empiezo? Bien, veamos. Por motivos que sabrás dentro de unos minutos, desde mi desaparición no he establecido contacto con nadie, en Derry, excepto con el padre Pat, a quien hice jurar que guardaría el secreto. El padre Pat me escribió, después de haber sido trasladado del Bogside, explicándome que había tenido que informarte de sus sospechas acerca de que yo había establecido algún pacto con los Hubble para que no se investigara la situación de la fábrica de camisas.

Conor movió la cabeza afirmativamente, todavía tratando de despejar la niebla que envolvía su cerebro.

—Supongo que esa noticia causaría un efecto terrible en ti.

Conor volvió a mover la cabeza.

—Debes tratar de comprender el que produjo en mí la noticia del incendio. Yo era tan culpable de aquel centenar de muertos como si hubiese pegado fuego al edificio con mis propias manos. El horror de aquella tragedia estuvo a punto de aplastarme. Por lo demás, toda mi vida había sido un fracaso. Ah, sí, tomé en consideración la posibilidad de volver a Derry y enfrentarme con los hechos; pero no pude; no tengo valor suficiente, Conor. Además, estaba como conmocionado, con una conmoción profunda, depresiva… ¿Me comprendes?

—También lo estuve yo —respondió Conor—. El dolor de lo sucedido acabó por echarme de Derry. No puedo ni siquiera tratar de imaginarme el efecto que había de causar en usted.

—Yo huí —respondió Kevin.

Conor abandonó la mecedora de un salto, dejándola que se balanceara vacía.

—No doy crédito a lo que estoy escuchando. Todo es una fantasía demente. Si no estoy soñando ¿cómo podía saber usted que yo estaba aquí? Nadie sabe que estoy en Blackpool, y menos que nadie el espectro de Kevin O'Garvey.

—Brendan Sean Barrett me lo dijo.

—No conozco a ese hombre. Él no podía saberlo.

—Por amor de Dios, Conor, los de la Hermandad no son idiotas. Apenas

desembarcaste en Inglaterra, fuiste identificado. Militantes de la Hermandad te han vigilado en todas las ciudades del recorrido. Callaghan estaba en la estación del ferrocarril cuando bajaste del tren en Bradford. Todavía parece que dudas de mí… Bueno, pues ¿fuiste o no fuiste a las Pompas Fúnebres Callaghan de Wild Boar Road hace dos semanas y te marchaste, o no, del establecimiento sin haber establecido contacto?

Conor le miraba con ojos un tanto extraviados. Si se trataba de un fantasma, era un fantasma bien informado, ciertamente. Otra vez estudió la demacrada faz, que había llegado casi hasta la inanición por la pena; pero, indudablemente, era Kevin O'Garvey el hombre que tenía delante.

—Entonces, es cierto —dijo Conor.

—Sí, es cierto —le contestaron.

—¿Cómo sabía usted que yo estaba en Blackpool?

—Parece que olvidas que pertenezco a la Hermandad desde los días de los fenianos. Siempre estuve en contacto, incluso durante el tiempo que fue una organización durmiente. Apenas me eligieron para el Parlamento, ayudé a reanudar su funcionamiento en Londres.

—Continúe —murmuró Conor.

—Brendan Sean Barrett recibió una carta de Dan Sweeney en seguida que llegaste tú en esta gira. Nos aconsejaba que te vigilásemos de cerca —Kevin señaló el edificio del hotel con un movimiento del pulgar—. Una mujer, creo. Cuando saliste de Swansea comprobamos tus billetes del ferrocarril y tus reservas de hotel.

—Comprendo —dijo Conor, totalmente deshinchado—. De modo que la Hermandad recela de mí.

—Tú mismo le dijiste a Sweeney que pensabas en serio en esa mujer. Él no hacía otra cosa que tomar minuciosas precauciones.

—Y tenía razón —admitió Conor—. De modo que usted ha pasado todos estos años escondido en Inglaterra.

—No es exactamente así. Después del incendio de Whiterspoon & McNab, los muchachos me encontraron un país seguro. Un lugar donde un abogado puede ejercer y ganarse la vida sin que nadie le someta a interrogatorios.

—¿Adonde se fue?

—Al Paraguay. Pasé tres años antes de recobrar una semblanza de normalidad. Naturalmente, nunca dejé de estar en contacto con la Hermandad. Utilizando el Paraguay como base, empecé a viajar por cuenta de la organización, cuyo pasaporte me servía para entrar y salir de América, así como de Inglaterra.

—¡Y en todo ese tiempo jamás permitió que ninguno de nosotros supiera que usted vivía!

—Sólo el padre Pat. Es sacerdote, y podía hablarme de mis amigos y de Irlanda.

Dejando que lo supieran otros, no habría causado más que dolores y angustias.

—¿Qué me dice de su esposa, amigo?

—He derramado torrentes de lágrimas por ella, puedes creerme. Pero Teresa sabía que yo era feniano desde el día que nos casamos. Siempre comprendió que había cosas más importante que nuestras dos personas. Mira, Conor, a mí se me recordaba como a un militante de la Liga Campesina, un abogado que luchaba por su pueblo. Yo era un hombre respetado, quizá hasta amado. Dejando que los otros se enterasen no habría conseguido nada, excepto el destruir esta imagen.

Conor dejó de deambular y reunió el ánimo…

—¿Por qué ha venido aquí?

—Vine a Inglaterra para traer dinero del Clan de América. Tres mil libras. Se lo entregué a Brendan Barrett para que te lo pasara a ti. Cuando los muchachos comprobaron que después de haber escapado de casa de Callaghan te portabas de un modo extraño, celebramos una reunión. Yo les convencí de que a mí me hablarías claro, siendo como somos antiguos, muy antiguos amigos.

—Le hablaré claro —aseguró Conor—. Dígale a Barrett que he terminado. Usted me conoce lo suficiente para responder de mi integridad. Confío que tiene bastante confianza en mí para creerme si le digo que nadie sabe nada de la Hermandad a través de mí.

—Fíjate, Conor, nadie te ha tomado por un confidente aunque te portases como te portabas. Todos estábamos enterados de tu afecto por esa mujer.

—Muy bien, pues, Kevin. Es una separación limpia, y ninguna de las dos partes le debe nada a la otra.

—En efecto. De modo que has terminado de veras. ¿Por ella?

—Sí, por ella.

—¿Tanto la quieres?

—Sí.

Kevin movió la cabeza tristemente.

—Con Teresa era muy distinto. Teresa era de los nuestros, era una chica católica. Sabía que yo era feniano y nunca dejaría de serlo. Ya ves, la Hermandad no podía representar jamás un obstáculo entre los dos.

—No es ella —puntualizó Conor—, sino yo quien escoge. Ella haría todo lo que yo le pidiera; pero he descubierto que hay algo que amo más que los sufrimientos de Irlanda.

—Y tienes derecho a ello, ciertamente. La Hermandad lo sentirá mucho. Los viejos militantes tenían gran opinión de ti.

—Amo a mi mujer —dijo Conor con firmeza—. La amo de una manera… que usted no entendería.

—Debes amarla, sin duda.

—¡Qué diablos, Kevin! Vea lo que ha hecho de usted el amor a Irlanda.

—Sí, en efecto. He llegado a una edad en que me paso mucho tiempo meditándolo. Lo cierto es que he incurrido en dos grandes errores en mi vida. El primero consistió en tratar de pactar con el demonio encarnado en Roger Hubble. El segundo fue de huir. Había de regresar a Derry y enfrentarme con lo que hice, aunque ello significara pasar el resto de mis días en un calabozo y perder el amor de mi pueblo. He vivido en el limbo, Conor. Y el limbo no es lugar adecuado para morada de un hombre. Es una muerte en vida mucho peor que la muerte, es un rezar por la muerte.

—El lugar donde yo voy no es el limbo —soltó Conor.

Kevin detuvo la mecedora y se levantó con gesto cansado.

—Claro —dijo—, ya sé que lo tienes calculado todo.

Conor le cogió por el brazo.

—Usted piensa que soy un miserable traidor, ¿verdad?

—¿Cómo podría pensarlo? Te llevé en brazos cuando eras un bebé. He seguido todos los pasos de tu vida. ¿El hijo de Tomas un traidor? ¡Nunca! Tú no puedes traicionarnos. No está en ti. Pero puedes traicionarte a ti mismo, y, peor todavía, puedes traicionar a esa mujer. Vais a Australia, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha sabido?

Kevin levantó los hombros.

—Estuviste un año allí. Es el lugar de la tierra más alejado de Irlanda. Espero que estará bastante lejos. Deseo que no vuelvas a oír el nombre de Irlanda, como he tenido que oírlo yo. Recuerdos, olores, caras que pasan por tu lado, palabras… con el tiempo, esto puede llegar a destruirte. Cuando se produzca el levantamiento, deseo que no te enteres. La noticia te mataría, sin duda. Pero… ya le dije a Brendan Sean Barrett que venir a verte serviría de poco. Le dije que Conor Larkin es un hombre que piensa por su cuenta. No te apures. Pasaremos las armas allí, sea como sea. Bueno, llevo aquí más rato del que debía. Que Dios te acompañe, Conor.

El herrero se puso las manos en los bolsillos y se limitó a saludar con una inclinación de cabeza, sin mostrar deseo alguno de despedirse con manifestaciones de afecto, sino solamente de que Kevin comprendiese los motivos de la resolución que había tomado y le dejase en paz. Kevin hizo un gesto de entendimiento y echó a andar por la larga terraza. Pero en lugar de entrar en el vestíbulo bajó los escalones hacia la playa. Los pies se arrastraban por la arena como ventosas. Y le llevaban hacia el agua.

—¡Espere! —le gritaba Conor—. ¡Espere! ¡Va en dirección contraria!

Kevin no parecía oírle, y Conor pensó que además de sordo debía estar ciego. El viejo continuó por la playa, en dirección al borde del rompeolas, donde la arena se endurecía, y siguió en línea recta hacia el agua.

—¡Espere! —gritaba Conor corriendo tras él, escaleras abajo. ¡De repente quedó sujeto, incapaz de moverse! La arena le había aprisionado y lo tenía inmóvil. ¡Y allí seguía, pugnando inútilmente por libertarse mientras Kevin se iba internando en el mar!

—¡Espere! ¡Espere!

Kevin O'Garvey seguía andando sin cesar. El agua le llegaba a la cintura, luego al pecho, luego le cubrió el lustro y todo su cuerpo desapareció…

—¡Espere! ¡Espere! ¡Espere!

—¡Conor, despierta! ¡Conor! ¡Conor!

Conor levantó la cabeza de la almohada como si la tuviera de piedra. La luz del día inundaba la habitación y la cortina se movía bajo los impulsos de una suave brisa tibia. Conor tenía los dos puños cubiertos por la enrollada, atormentada sábana. Luego percibió la desesperación del cuerpo de Shelley apretado contra el suyo, mientras los dedos le daban masaje en la nuca.

—¡Conor! —gritaba Shelley.

La cabeza de Conor se desplomó de nuevo sobre la almohada, y así estuvo un rato, jadeando, esperando que el corazón dejase de galopar. Luego salió de la cama con esfuerzo, sin atreverse más que a dirigir una mirada fugitiva a los alarmados ojos de Shelley.

Sobre la mesa había dos cartas. Otra había quedado a medio escribir. La había dejado cuando Shelley se acercó a él. Entonces habían gozado del amor una vez más y se habían quedado dormidos.

Conor no dijo nada; se vistió calladamente, dio unos mordiscos al desayuno, y luego se excusó para ir a dar un paseo solitario por la playa.

Regresó al cabo de una hora y poco más con el filo de la pesadilla eliminado del organismo. Al cruzar el vestíbulo ¡tuvo un sobresalto! ¡Junto al mostrador de recepción estaban las maletas de Shelley! Subió las escaleras corriendo y abrió la puerta con furia. Shelley estaba sentada, muy tiesa, en el borde de una silla, con vestido de viaje.

—¿Qué diablos…?

—Dentro de una hora, aproximadamente, sale un tren para Liverpool —dijo ella —. Llegaré a tiempo para enlazar con el vapor de Belfast.

—Pero no debías marcharte hasta mañana. Naturalmente, si quieres volver allá pronto, todo eso que adelantamos para emprender la marcha.

El hecho de que Shelley no le respondiera le dijo todo lo que tenía que saber, y sólo entonces vio sus ojos, rodeados de un círculo encarnado. Conor quedó demasiado asustado para hablarle enseguida.

—No le des demasiada importancia —dijo por fin—, no ha sido más que un mal

sueño.

—El primero de otros muchos, me temo —respondió ella.

—Shelley, escucha, cariñito. Hace un momento, ahí fuera, he meditado a fondo, y sé qué importa realmente. Lo que importa son dos personas; y todo lo demás es nada. ¿Qué has ganado al fin, si no tienes el amor de una mujer? El único remedio capaz de eliminar el aguijonazo y el dolor del mundo consiste en que se reúnan dos personas capaces de constituirse cada una de ambas en refugio de la otra.

—No podemos pasarnos la vida en un refugio —replicó ella blandamente—. Los que lo intentan se esterilizan.

—Shelley…

—Déjame terminar, un hombre debe hacer lo que debe. Y también una mujer ha de seguir el camino que tiene señalado. Lo que hay que hacer debe hacerse, por muchos sufrimientos que entrañe. Sólo así se conquista el derecho de hallar refugio en otra persona para vencer las horas negras. Porque, amor mío, cuando llegue la hora otra vez, no tienes más recurso que salir y enfrentarte con el mundo, a pesar de todos los aguijonazos y todos los sufrimientos.

—No —replicó Conor—. Yo no haré eso contigo. Al final tendrías que pronunciarte por mí y contra tu familia. Yo sería el enemigo de tu padre y tu hermano. Si te llevo a Irlanda otra vez, te marchitarás a fuerza de sufrimientos.

—Y si huimos, te marchitarás tú.

—Shelley, eso que poseemos entre los dos es una cosa nueva. Nunca creímos que pudiéramos poseerla. Ahora, el estirar el brazo, apoderarnos de ella y cortar con el pasado asusta un poco; pero entre ambos tenemos la potencia y el amor suficientes.

Shelley MacLeod permanecía inalterablemente tranquila. Aquella serenidad en el centro de un volcán multiplicaba todavía su belleza.

—¿No sabes, Larkin? Yo puedo enfrentarme con cualquier cosa menos con un sueño de irlandés. Un sueño que nos seguirá con paso tozudo no importa dónde queramos escondernos. Lo que hemos descubierto aquí se nos agriará, y a medida que tú te vayas amargando, esta maravilla se volverá contra nosotros, violentamente. ¿Cuánto tiempo podremos resistirlo, Conor? Un año, dos, tres… Más pronto o más tarde nos vencerá y habremos dilapidado la facultad de combatir. ¿Qué sucederá entonces?

—¡No quiero regresar a Belfast, Shelley! No quiero seguir dedicando mi vida a esa idiotez irlandesa. Es una cochina maldición. Shelley, ven conmigo…

—¿Para verte morir, hombre de Dios? ¿A pedazos, como tu padre? ¿Crees que te amo tan poco?

—¡Shelley, te lo suplico!

La muchacha se libró de su abrazo y retrocedió.

—¿Quién es Kevin O'Garvey? —preguntó en un grito.

Conor se quedó inmóvil, paralizado.

—¿Quién es Brendan Sean Barrett? ¡Oh, Conor, durante unos días deliciosos me engañé a mí misma, convenciéndome de que podíamos superarlo todo! Pero en todo momento, bajo la furia de la posesión carnal, notaba los hervores internos que agitaban tu ser. Oh, amor mío, te quiero tanto… casi lo bastante como para huir corriendo…

Tal como el gigante de su padre había quedado desamparado delante de él, Conor lo estaba ahora ante las fuerzas que le habían conducido hasta este momento. El dolor de aquella situación le hacía arañar el aire… sin poder contener un alarido… y demasiado afligido para llorar…

—Yo estaré en Belfast —gimió ella— y tú también. Tú harás lo que tienes que hacer. Si la situación se pone muy mal, si estás solo si estás asustado, yo correré a tu lado. Siempre correré a tu lado. Si estuviese casada, abandonaría el lecho de mi marido para correr hacia ti.

Conor retrocedió hacia el porche y se cogió al pilar, temblando, de pies a cabeza, hasta el último milímetro de su ser. Así oyó las pisadas de Shelley… luego… oyó cómo se cerraba la puerta. Conor se volvió lentamente. Shelley se había marchado.

Sexta Parte

SIXMILECROSS

1

1905?

Dudley Callaghan, el de las pompas fúnebres, estableció contacto con Conor en el barrio de Goit Side de Bradford. Los dos hombres aguardaron hasta el anochecer y entonces se fueron andando hasta el depósito de carbón de Barddock, en Pool Alley. Una anciana severa y obesa, de apretados labios, abrió la puerta de la casa contigua y los guió hasta una habitación que olía ligeramente a moho. Callaghan se recostó contra la pared, mirando con la fijeza de un ciego. Conor se sentó en una de las dos sillas de la habitación; la silla gimió bajo su peso. Aguardaron. Una hora transcurrió sin que se dijesen ni media palabra.

Un ruido en el patio les hizo levantar los ojos y entrever una figura sombría que cruzaba precipitadamente junto a los negros montones y entraba en la casa. La puerta se abrió dando paso a Brendan Sean Barrett, quien clavó la mirada en Callaghan y con un movimiento de cabeza le indicó que se marchase.

Era un hombre bajo, de cutis amarillento y enfermizo y unos ojos que debían estar siempre encarnados. Llevaba un traje de profesor atildado, aunque con diez años de antigüedad y sin casi haber visto plancha desde entonces. La edad había ajado a los dos a la vez: hombre y traje. El hombre parecía tener los nervios bastante agotados, impresión acentuada por las grandes y delatoras manchas de nicotina de los dedos de la mano derecha. Era el poeta que había dejado de soñar.

Se mostraba intencionadamente desagradable, porque tal era su carácter, el de intelectual insatisfecho que sigue teniendo en poca estima a su auditorio. Toda su persona rezumaba desdén y recelo. Sentía aversión casi por todo el mundo, hasta por los jóvenes que con el tiempo habrían de dirigir el movimiento. Se plantó delante de la mesa como si fuera el escritorio de un gobernador, sosteniendo el cigarrillo con la mano, doblada sólo lo más imprescindible.

—Callaghan comunicó que fuiste a su establecimiento de Wild Boar Road y te marchaste sin haber establecido contacto —dijo, lanzándose al ataque inmediatamente.

—Sí.

—¿Por qué?

Conor reunió el ánimo para tratar con un hombre acosador, en cuya presencia se había sentido a disgusto desde el primer momento.

—Dan Sweeney me advirtió que tuviera cuidado. Tenía la impresión de que quizá me hubieran seguido.

—¿Qué te dio esa impresión?

—Durante los dos primeros meses que trabajé en los astilleros, en Belfast, los

hombres de Weed me siguieron. Ahora juego en el club de Weed. Había habido una pelea en Swansea y quedaba mucho encono. Por otra parte, no me gustaba establecer contacto con Callaghan en una habitación llena de gente. Podía haber alguien por allí que hiciera algo más que rezar por el difunto.

—¿Nada más?

—Tenía unos problemas personales. Es posible que usted los conozca, y es posible que no. Han quedado solucionados…

—¿Cuáles?

—Una mujer. He terminado con ella.

Brendan Sean Barrett le miraba con aquella expresión inalterable de menosprecio. Después se desabrochó el chaleco, se desató de la cintura un cinturón de dinero y lo hizo resbalar sobre la mesa.

—Entrega esto a Dan Sweeney personalmente.

Conor cogió el cinturón, se levantó la camisa y se lo ató a la cintura.

—Hay tres mil. Creo que primero deberías contarlas.

—No es necesario —respondió Conor—. Nos fiamos uno de otro por muchísimo más que dinero.

Los ángulos de los labios de Barrett se levantaron un poco.

—Lo de las armas lo llevaremos adelante. Hemos establecido contacto con O'Hurley y Hanly. Ambos están en el complot.

Conor meditó unos momentos, experimentó una sensación de debilidad, de desmayo, se rehizo y volvió a sostener la mirada implacable de Barrett.

—¿Cuánto hemos de darles?

—¿Por qué piensas que los pagamos?

—¿Por qué piensa usted que soy tonto? No sé mucho de ellos, pero sé que en sus cuerpos no hay ni una gota de sangre republicana. Viven demasiado bien y se encuentran a gusto tal como están.

Barrett encendió un pitillo con la colilla del otro y se rascó el dorso de la mano, que tenía siempre a punto de sangrar por culpa del prurito.

—Aciertas, naturalmente. Tuvimos que comprarlos. Una libra por rifle, además de un centenar por cada entrega.

El puño de Conor se abatió contra la mesa.

—¡Cochinos ladrones! ¡Es la mitad de lo que cuestan las armas!

—Bueno, podríamos decir que nos costaron el trabajo de robarlas. Quizá la próxima vez encontremos una revolución a buen precio para que te adhieras. Escúchame, y luego repítelo. Vete a Liverpool esta misma noche. Alquila una habitación en el Moorfield's Hotel enfrente del Exchange Rail Terminal en Pall Mall y Titheborn…

—Lo conozco.

—Bien. No salgas de la habitación. Establecerá contacto contigo bien Owen O'Sullivan, bien uno de sus hijos, Brian o Barry. El que establezca contacto contigo se identificará entregándote un ejemplar de mi panfleto *La tragedia suprema*. Tú te identificarás pronunciando las palabras: «¡Ah, es el que escribió en la prisión de Strangeways!» Por lo demás, ellos saben quién eres, como tú sabes quiénes son. Merecen toda la confianza.

—¿Y Duffy O'Hurley? ¿Sabe que soy yo quien hará el trabajo?

—No, todavía no. El proyecto podría abortar. La cuestión esa de meter el tren en la fundición de O'Sullivan resulta bastante espinosa. Si todavía sigue en pie cuando llegues a Liverpool, te llevarán a los talleres de O'Sullivan en Waterloo Road y Boundry Street, mañana a las seis. Hay una vía que entra directamente en la fábrica. Los rifles y todo el material que pediste, y que consideras necesario para hacer la adaptación, estarán a punto.

Conor repitió las instrucciones a entera satisfacción de Brendan Sean Barrett y se levantó.

Quería preguntar más detalles. Además, deseaba saber algo del hombre que tenía delante. Quería saber algo de las primeras hazañas heroicas de Barrett, sus escritos, la huelga del hambre que hizo; pero el hombre que tenía delante era una ruina, una sombra que no hacía nada para parecer educado ni, muchísimo menos, amable.

—Tanto da que sepas, Larkin, que tengo poquísima fe en este plan.

—¿Por qué?

—Todo lo que intentamos de este cariz se nos estropea. Es un plan que puede traernos más perjuicios que beneficios, si el precio de aquellos rifles significa poner al descubierto a hombres como Sweeney. Ahora bien, Dean Sweeney es el jefe de Estado Mayor de nuestro inexistente ejército, y ve las cosas de un modo. Yo las veo de otro. En fin, yo tengo un solo voto en el concejo supremo —Brendan Sean Barrett extendió la mano con la misma falta de interés de un obispo por si le besaban el anillo o no se lo besaban—. Me voy. Espera diez minutos, antes de salir tú.

Conor le vio deslizarse por el patio del carbón, internándose en la noche. Dudley Callaghan regresó.

—¿Siempre está tan agradable? —preguntó Conor refiriéndose a Barrett.

—Está destrozado. He trabajado con cadáveres que tenían más vida que él. Lo tiene todo muerto, excepto el cerebro, que se niega a dejar de funcionar. En otro tiempo era un hombre extraordinariamente amable. Considera un honor el simple hecho de poder sentarte a sus pies y escuchar sus explicaciones.

Aguardaron el tiempo indicado, y cada uno partió en distinta dirección. Dudley Callaghan fue inmediatamente a buscar los primeros cien rifles del escondite con objeto de prepararlos para ser enviados a Liverpool. Conor salió para la mencionada ciudad en el último tren.

En los muelles de Liverpool no era raro ver ataúdes con destino a Irlanda. Más de la mitad de los clientes de Callaghan eran reexpedidos a su vieja patria, para recibir sepultura en ella, y lo mismo podía decirse de todas las «pequeñas Irlandas» de las ciudades inglesas.

En el último exprés de aquella misma noche, dos ataúdes, cada uno de los cuales contenía veinte rifles Lee-Enfield Mark I, llegaron al depósito de mercancías de la Exchange Terminal. Otros tres llegaron con el correo de la mañana, todos ellos consignados a la Fundición de O'Sullivan para que les añadieran unos adornos y los reexpidieran hacia Irlanda. Se habían decidido por utilizar tan crecido número de ataúdes a fin de poder mantener el peso de cada uno en los mismos límites que si contuviera un cadáver, evitando así sospechas. En el futuro, una vez bien establecida esta ruta, los ataúdes de Callaghan llegarían a intervalos frecuentes, para ser almacenados en Liverpool y tenidos a punto.

Brian y Barry O'Sullivan, unos chavales de veinte y pico, llegaron a los andenes de carga con dos furgonetas de fondo plano, recibieron los ataúdes y se encaminaron hacia la fundición, a poca distancia de allí.

A Conor las horas le pasaban segundo por segundo, con una lentitud angustiosa. He ahí la parte fea del asunto, la soledad en una habitación desierta. La cortina desgarrada, la cama hundida, la vida en la penumbra. A partir de ahora, la soledad y la espera serían sus dos hermanas inseparables. Conor hubo de poner en juego su autodisciplina hasta el límite para no pensar en la vehemencia con que su corazón reclamaba a Shelley. Dar entrada a esta clase de recuerdos le destrozaría. Le esperaban años y años de situaciones como ésta… tenía que aprender. Actualmente era un discípulo de Sweeney y de Barrett. La piedra de la boca de la cueva había vuelto a su sitio, cerrando la entrada; ya no le dejaría pasar nunca más.

Tampoco le serviría de nada deambular por la habitación y mirar a la calle cada pocos minutos, o mirar continuamente el reloj. Disciplina. Soledad. Espera.

Conor cogió el panfleto *La tiranía suprema*, que había encontrado en un puesto de libros viejos. Estaba arrufado por la edad. Brendan Sean Barrett era demasiado orgulloso para preguntarle si lo había leído; pero todavía guardaba bastante vida en su cuerpo para decirle: «Lee eso, hijo mío. En mis tiempos y en mi esfera, yo también fui algo.» Por Brendan Sean Barrett desde su celda de la prisión de Strangeways, Manchester, 1880.

El reloj del Ayuntamiento dio la hora al unísono con unos golpecitos a la puerta. Conor abrió y se encontró frente a un joven de hermosas facciones irlandesas.

—¿Larkin?
—Sí.
—Soy Barry O'Sullivan.
—Entra, Barry.
—Te traía un ejemplar de *La tiranía suprema*, pero veo que ya estás leyendo uno.
—Sí, es el que escribió él personalmente estando en la prisión de Strangeways.

Y a continuación se estrecharon las manos calurosamente. Conor tenía el equipaje hecho, porque no lo había deshecho todavía. Barry cogió una maleta mientras Conor aseguraba mejor la correa que rodeaba la otra, paseaba una rápida mirada por la habitación y salía.

Cuando se pusieron a caminar cerca del agua, en New Quay, Conor empezó a calcular en términos de distancias y obstáculos potenciales. Se hallaban en el muelle Prince, que albergaba la estación de ferrocarril de Riverside y los trenes para el vapor de Belfast. El «Red Hand Express» esperaba siempre allí, cuando estaba en Liverpool. Las vías continuaban paralelamente a la calle Bath, que al cabo de unas cuantas manzanas tomaba el nombre de Waterloo Road. Se detuvieron en la calle Boundry. O'SULLIVAN E HIJOS, decía el rótulo, Fundición de Campanas y Taller de Reparaciones. Los raíles llevaban directamente a un recinto cerrado y luego al interior de un espacioso edificio.

Dos hombres les esperaban a la puerta.

—Mi hermano Brian, mi padre Owen. Conor Larkin.

Brian parecía un gemelo de Barry por la figura, aunque unos años más joven. El mayor de los O'Sullivan era un auténtico prototipo de Kerry, con la sonrisa pronta y el aire de haber sido republicano, y nada más, toda la vida. El taller principal de la fundición impresionaba de veras —había toda una hilera de moldes para campanas de ferrocarril, campanas de barco y otros instrumentos marineros, así como para campanas de iglesia—. En el taller se efectuaba una gran variedad de reparaciones, generalmente de vagonetas de las empleadas en los muelles. Había una fragua completa, así como poleas y polipastos.

—¡Vaya, tiene aquí todo un taller, Owen! ¿A qué hora llegará nuestro tren?
—A las ocho y media.
—Vamos, Larkin, deja que te enseñe lo que hemos hecho.

Mientras pasaban al patio, Owen O'Sullivan hablaba de su devoción a la causa, se jactaba de haberse formado por sí mismo y procuraba de diversos modos que el recién llegado se formase una imagen favorable de su persona. Era, en verdad, uno de los millares de durmientes de las «pequeñas Irlandas» de Inglaterra y de la misma Irlanda de los que echarían mano en el curso de la tarea. Conor se había impuesto bien de este particular durante la gira.

Sus acompañantes abrieron un gran almacén y le hicieron pasar. Allí aguardaban

los metros de hule y los cubos de grasa que él había pedido, así como la plancha de hierro que necesitaba para cubrir y esconder el corte que tendría que practicar en el ténder del agua. Dos cajas para las armas estaban perfectamente terminadas. Las habían hecho de delgada plancha de bronce y cerraban herméticamente.

—Dios mío, Owen, esto son obras de arte. No esperaba una cosa tan preciosa. Valdrían para ataúdes de reyes.

—¡Ah, qué demonios! —exclamó el aludido—, son para la Hermandad. ¿Te parecen hermosas? Hice los moldes yo mismo, y los chicos y yo cortamos la plancha de noche, cuando el resto del personal había salido del trabajo —el hombre anduvo hasta el extremo del cobertizo y señaló los cinco ataúdes que descansaban sobre el suelo—. Aquí están los cadáveres.

—¿De Callaghan?

—Sí, de Callaghan. Unas queridas almitas que se fueron y cuyos cuerpos van a buscar el descanso final en Irlanda. Barry, tráeme una palanqueta.

La tapa se abrió con un gemido bajo su mirada curiosa. Allí estaban las armas. Los cuatro hombres miraban fijamente; pero no despegaron los labios.

—Deberíamos pronunciar algunas frases elocuentes —exclamó de pronto Owen.

Conor alargó el brazo y cogió un rifle. Lo estudió desde la boca del cañón hasta la culata, hizo funcionar el cerrojo, apretó el gatillo, levantó el punto de mira, luego apuntó, y después entregó el arma a Owen O'Sullivan.

Conor se frotó los dedos con polvo de carbón y refunfuñó. Colegía que habían guardado las armas en pozos de mina de los alrededores de Bradford.

—Están en pésimo estado. No tengo idea de dónde las esconderán en Irlanda ni del tiempo de que dispondremos para limpiarlas. Convendrá que las protejamos lo mejor que se pueda aquí mismo. Veo que en el taller tiene vapor.

—En efecto.

—Ponga a los muchachos a la tarea. Quiten los cerrojos y necesitaremos un balde de agua jabonosa, uno de agua limpia y luego vapor. Después los recubriremos de grasa y los envolveremos en hules.

—¿Lo has oído, Barry? —preguntó el padre.

—Sí, señor.

Llevaron al taller principal las cajas de bronce, la plancha de cobertura y las armas. A las ocho y media la limpieza de armas marchaba a todo galope. Brian salió a ver si llegaba el tren. Nada a la vista. Sería difícil traerlo al minuto exacto. Como la maniobra de limpieza discurría satisfactoriamente, Conor ordenó al muchacho que se quedara fuera, de centinela.

Las nueve. Nada.

A medida que transcurrían los minutos, la tensión empezó a notarse. Las armas estaban limpias y preparadas. La primera de las cajas de bronce colgaba de una polea,

dispuesta a penetrar en el interior del ténder.

Las nueve y media.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —preguntó Owen, manifestando el primer asomo de nerviosismo.

—Dejemos pasar otros diez minutos; luego será mejor que saquemos las armas de aquí, por si se ha enterado alguien que no debía saberlo. ¿Tienen un escondite, Owen?

—Nos hemos preparado.

—Diez minutos —dijo Conor—. Cargamos, las escondemos y yo me voy a curiosear en busca de O'Hurley. Vamos, Owen, no ponga esa mala cara.

—No esperaba eso. Callaghan dijo que lo del tren estaba solucionado.

—El contratiempo tendrá, probablemente, una explicación muy sencilla.

—¡Ya viene!

Abrieron las puertas de par en par. El «Red Hand Express» entró despacio. Duffy O'Hurley estaba solo en la máquina y bajo con paso inseguro. Tenía los ojos inflamados y su aliento llevaba una mezcla de aromas de whiskys irlandeses caros. Conor se plantó ante él.

—¡Ah!, ¿eres tú? —exclamó O'Hurley—. Yo pensé que quizá lo fueses…

—¿Dónde diablos ha estado?

O'Hurley refunfuñó inquieto y eructó una historia según la cual sir Frederick le había enviado a un recorrido en el último minuto. Y no pudo establecer comunicación con O'Sullivan para avisarle. Conor sabía lo que había ocurrido realmente… el miedo del último minuto. Tenía que decidir entre si aceptaba la versión o abandonaban el plan. O'Hurley venía cargado de coraje de botella… y hasta a cien libras por viaje podía ser un mal negocio.

—¿Dónde está Calhoun? —le espetó Conor.

—Yo… yo… no he creído que le necesitásemos para nada. Le he dejado en una taberna…

—Nos falta personal y hemos perdido mucho tiempo. ¿Dónde está?

O'Hurley se rascó la cabeza y trató de recordar. Era inútil.

—¿Qué le vais a hacer a mi niña? —gimió.

La mirada de Conor iba de los callados O'Sullivan, las armas y al ténder. Conor tomó una decisión.

—Brian, dale café a ese granuja. ¡Eh, O'Hurley, debe serenarse!

—Pero tú mismo has dicho que era demasiado tarde… —musitó el maquinista.

Conor le cogió por la camisa con una fuerza que no sabía poseyera.

—Usted está en el ajo, y no pretenda salirse. ¿Entendido, Duffy?

O'Hurley gimió débilmente.

—Ahora recóbrese —le gritó Conor, enseñándole los dientes. Y subió al ténder y

retiró la capa del agujero de entrada del depósito del agua—. Ese maldito depósito está lleno, y lo mismo la artesa del carbón. ¡Maldita sea, Duffy! ¿No le dijo nadie que había de traer esto vacío?

—Jesús…, lo… lo siento…, me he confundido.

—Saque el tren al patio y vacíe el agua. Luego vaya a buscar a su condenado fogonero. Brian, será mejor que tú y Barry os pongáis a sacar paladas de este carbón.

—¿Qué le vais a hacer a mi niña?

—Cállese, saque el tren fuera y eche el agua. Tenemos tiempo para arreglarlo.

Mientras el tren salía fuera, Owen apoyó una mano en el hombro de Conor.

—Lo tendremos listo a tiempo —le dijo en voz baja—. Ese hombre está asustado. Habrás visto hombres asustados otras veces. Pero se da el caso de que éste es el maquinista de un tren que necesitamos, y no podemos sustituirle.

—Todavía estoy pensando en abandonar el plan.

—Hace demasiado tiempo que esperamos, Conor. Y por añadidura, antes del final habremos tratado con otros hombres mucho más asustados que él. Será mejor que le calmes.

—Quiero escupirle en la cara, Owen, eso es lo que haré. ¡Cien libras! —Miró al viejo metalúrgico. Y comprendió al instante que O'Sullivan tenía madera de jefe. En un momento infundía tranquilidad y firmeza a todos, mientras él, Conor, se había dejado llevar por la cólera y la indecisión.

—Estoy pensando, mientras nos metemos más profundamente en esta aventura —decía Owen—, que algunos de nuestros dirigentes quizá obren por motivos indignos y sufran ataques de miedo. Pero ahora vale más no ponerse a juzgar, es mejor que terminemos el trabajo.

—A veces me parezco demasiado a un lobo solitario —murmuró Conor.

Vaciado el ténder, Conor y Owen O'Sullivan utilizaron los sopletes como instrumentos quirúrgicos. Cortada la parte superior del depósito, hicieron descender las cajas de bronce y las sujetaron bien. Luego las llenaron de rifles. Hecho esto, colocaron de nuevo en su puesto la delgada plancha de acero para cubrir las cicatrices, y después volvieron a llenar el depósito de agua.

En el transcurso de la noche se disiparon los temores de O'Hurley, al ver la precisión del trabajo realizado. A menos que uno lo supiera ya y se fijara con gran atención, era imposible descubrirlo.

Una hora antes del amanecer, el «Red Hand Express» salía de la Fundición de O'Sullivan para embarcar en el vapor transbordador de sir Frederick, en el muelle Prince. Destino, Belfast.

Los Boilermakers se habían reunido para regresar en triunfo al Ulster, aunque sin la familia Hubble. A lord Jeremy lo desterraron al Trinity College de Dublín, y el conde de Foyle se despojó de una vez y para siempre de toda ficción con respecto al

equipo.

El tren estuvo una semana en su cobertizo de los Talleres de Weed Ship & Iron Works. El octavo día de su regreso, Duffy O'Hurley, actualmente encarnación misma de la calma, visitó a Conor en la fragua de éste para informarle de que habían señalado un viaje.

El tren recogió a lord Roger en Derry y continuó hasta Dublín para la acostumbrada conferencia económica mensual del conde en el Castillo. Mientras Roger permanecía en Dublín, el tren regresó, sin pasajeros, a Belfast. Por el camino se detuvo en un apeadero cercano a Drogheda, donde aguardaba una furgoneta con cuatro miembros de la Hermandad. Se apartó el carbón de encima, se redujo el nivel del agua, se quitó la plancha cobertora y las cajas de bronce fueron despojadas de los tesoros que contenían. Todo en menos de media hora.

La Hermandad Republicana Irlandesa había recibido las primeras armas que le proporcionaba el siglo XX.

2

1906

En el cuartel general del Partido de Defensa de la unión reinaba un abatimiento paralizador. Después de una noche entera de preocupadas llamadas telefónicas, la cinta telegráfica de Londres se rompió por fin, luego de haber relatado por extenso la devastadora noticia. El partido conservador, con sus aliados del Ulster, los unionistas, había sufrido una tremenda derrota en las elecciones. Tres lustros de gobierno de espíritu imperial habían llegado a su fin.

Sir Frederick y lord Roger salieron del cuarto del concejo y cruzaron el grupito de fieles desalentados. Weed salmodió unas frases asegurando que el Ulster continuaría la lucha, a pesar del alud liberal. Pero sus palabras no despertaron sino débiles aplausos.

Fuera, el aire frío del amanecer les dio de lleno en el rostro. Al internarse por Great Victoria Street, a la claridad gris del alba, sólo los golpecitos de los respectivos bastones y el clip-clop del carruaje que los transportaba iban puntuando el silencio. Al llegar al hotel Antrim, se retiraron inmediatamente al apartamento de ir Frederick, donde se les reunió al poco rato el brigadier Swan para hacer balance de los destrozos.

No era como si el país se encontrase otra vez en una nueva algarada republicana; pero, indudablemente, el problema de la autonomía volvería a plantearse. ¿Hasta qué punto se beneficiaría el nuevo partido nacionalista Sinn Fein?

La clase industrial dominante del Ulster se estremecía siempre que se hablaba de gobierno autónomo. Su posición competitiva dependía principalmente de mantener a la provincia diez años retrasada con respecto a Inglaterra en materia de salarios y condiciones de trabajo de los obreros. A Swan, Hubble y Weed no les convenía que la amenaza se extendiera.

Sin embargo, cabía distinguir un detallito afortunado en aquellas elecciones. En el pasado los liberales necesitaban al partido irlandés para formar con él un gobierno de coalición. Y a cambio de su apoyo los irlandeses les arrancaban una promesa de autonomía. En cambio esta vez la victoria liberal era tan arrolladora que tendrían la mayoría sin los irlandeses, a quienes en realidad no necesitaban. Por su propia iniciativa, cuando se veían libres de presiones irlandesas, los liberales nunca habían manifestado prisa alguna por conceder la autonomía. Por supuesto, el último baluarte protector de los unionistas seguía siendo, como siempre, el veto de la Cámara de los Lores, si el caso lo requería.

Roger estaba pensativo; hablaba poco.

—Yo digo que estás un poco fúnebre —comentó Weed.

—El problema se resume en que, con el tiempo, tendremos que jugar a fondo la carta de Orange. Quizá repetidas veces.

El triste mensaje fue calando mientras aparecía el mayordomo.

—Usted perdone, sir Frederick. El reverendo MacIvor espera en el vestíbulo y desea verle.

—Bah, porquerías —refunfuñó Weed—, es la última persona que deseo ver en el día de hoy. Dígale que estoy indispuesto.

—No, espere un minuto —interpuso Roger—. Veamos qué tiene en la mente el iluminado.

En el transcurso de los años, Oliver Cromwell MacIvor había prosperado mucho más todavía de lo que le hubieran permitido las generosidades de su bienhechor. Teniendo la iglesia de los Mártires del Shankill llena hasta rebosar y no necesitando ya las limosnas de sir Frederick, había elevado mucho sus miras y ambiciones. Por decreto singular, había proclamado una secta nueva, la «Iglesia Presbiteriana Universal», nombrándose a sí mismo «moderador» y creando una versión protestante de Estado casipapal.

Para respaldar «su» nueva iglesia, había establecido al lado de la Casa del Señor en el Shankill el Centro Misionero y Teológico Presbiteriano. En Londonderry, Lame, Belfast Este y Dungannon habían brotado templos de la nueva fe, y había en proyecto una docena más. Una casa editora propagaba el evangelio fundamentalista de MacIvor, orientado de cara a las masas, con la mano derecha, mientras con la izquierda hacía circular la condena dictada por Roma.

A medida que su poder sobre las masas aumentaba, el reverendo MacIvor se introducía en la Orden de Orange, en la que conseguía jerarquías elevadas, y husmeaba por los aledaños del partido unionista. Durante este ascenso, las autoridades toleraban el lenguaje desaforado y las ocasionales incitaciones a la revuelta del reverendo, porque casaban con el esquema general del Ulster. Roger había advertido repetidamente a sir Frederick que la creciente independencia de MacIvor era una amenaza, pero Weed calculaba que nunca llegaría el día en que no pudiera dominar al sujeto aquel.

Introdujeron, pues, a Oliver Cromwell MacIvor en el saloncito. El reverendo no perdía jamás su magnetismo personal. Esperaba que le invitasen a tomar té, y lo aceptó.

—Estamos todos agotados —dijo el menudo predicador— después de dos noches en vela rezando. Ha sido un día trágico para los cristianos.

Sus gruesos labios sorbieron la taza de té, dando motivo a que Weed hiciera una mueca de disgusto.

—Evidentemente, todos estamos un poco abatidos —dijo sir Frederick—, pero en conjunto no prevemos ningún trastorno importante. Creemos firmemente que la

legislación que promulga la autonomía tardará aún muchos años, y sin duda los Lores correrán en nuestro auxilio con el veto cuando llegue la ocasión.

MacIvor dejó la taza y dio salida a la mirada aquella de «soy más santo que tú» que hacía estremecer al rebaño, aunque obraba muy poco efecto en este saloncito.

—El Ulster ha entrado en el valle de las sombras. No es hora de entretener con juegos de palabras a los protestantes de esta provincia, cuya misma existencia está en peligro.

Roger procuraba astutamente intrigar al sujeto. Le parecía evidente que MacIvor husmeaba buscando el texto que había de recitar en una especie de drama del poder. ¿En qué posición se creía situado, exactamente? ¿Qué naipe guardaba en la bocamanga?

—Yo diría, reverendo —explicaba sir Frederick, continuando el diálogo—, que una reacción excesiva en esta fase del problema podría resultar un bumerang que se volviese contra nosotros. Estoy en contacto con muchos liberales. No es lo mismo prometer la autonomía a Irlanda durante una campaña electoral que cumplir luego esta promesa. En verdad, no creo que hayamos de desatar un huracán como advertencia. Esperemos y veamos qué intenciones tienen. Creo que eso de la autonomía quedará a un lado hasta que se pudra.

Estas palabras hicieron que MacIvor se pusiera en pie, meditadamente.

—No entiendo cómo no saben leer la sentencia escrita en la pared. No entiendo cómo pueden decidir quedarse quietos teniendo como tenemos un puñal apuntado a la garganta.

Bien, por supuesto, se decía sir Frederick, la tendencia de aquel hombre a sacar llamas de poder y gloria a los Evangelios, anunciar desastres inminentes y presagiar calamidades era parte del combustible que alimentaba sus máquinas. Sin embargo, su tono y sus maneras habían cambiado. En este momento parecía haber pasado de favorecido a favorecedor. La pamplina de la espontaneidad era una treta que empleaba con su rebaño; Weed sabía que nunca obraba espontáneamente sino que era un calculador redomado. ¿Cuánto tiempo hacía, exactamente, que estaba esperando un desastre político? El aguijonazo de las elecciones aún no había trascendido y, sin embargo, por el cariz que tomaban las cosas en el Ulster parecía que ya se estaba amasando algo nuevo.

—Ustedes pueden seguir con sus demoras —dijo MacIvor—, yo estoy dispuesto a replicar al desastre que se nos ha echado encima mediante una inspirada revelación divina. Voy a pregonar una cruzada de toda la provincia en la que organizaremos a los cristianos, hombres, mujeres y niños, para que defiendan su libertad y su herencia británica.

Swan y Roger se cruzaron unas miradas mientras observaban cómo sir Frederick se reprimía para no estallar. Este último sacó un cigarro puro con intencionada

severidad y, sin pedir permiso a MacIvor, lo encendió.

—Le recomiendo que ande con cuidado —dijo en un tono que equivalía, evidentemente, a un mandato.

—Y yo le indico que no le he pedido consejo sobre este asunto —respondió MacIvor.

¡De modo que así estaba la cosa! Había cortado el cordón umbilical. ¡Zas! Así, sencillamente.

—El problema —continuó el predicador— está en la complacencia de ustedes. Una y otra vez han dejado de reconocer como crecían los peligros. Han contestado con el pacifismo a esas satánicas maquinaciones papistas. Durante estos tres años últimos ustedes han permanecido al margen, ociosos, mientras la Corona compraba docenas de miles de acres de tierras protestantes y los regalaba, o poco menos, a la mismísima gente que ha jurado destruirnos.

A Weed se le estaba terminando la paciencia.

—Oiga —le espetó—, la ley sobre la tierra no ha hecho más que incorporarse unas tierras estériles y cargadas de hipotecas que estaban en manos de terratenientes abrumados de deudas.

—¡Y se las ha entregado a los papistas!

—Caballeros —se apresuró a interponer Swan—, estas elecciones nos han trastornado a todos. Creo que deberíamos dejar que la situación se decante, y luego, cuando nuestras ideas se hayan clarificado, nos reuniremos y nos pondremos a reorganizar nuestra estrategia.

—Quizá los intereses de ustedes se hayan divorciado irremediablemente de los del pueblo llano de esta provincia —respondió MacIvor.

—¿Debo entender que esto significa que dejamos de marchar unidos y asociados, reverendo? —preguntó Weed, llanamente.

—Puede interpretarlo, señor, como significando que ya no estoy ligado a los consejos y decisiones de ustedes. Es posible que pronto advierta un levantamiento, desde el Shankill a Londonderry, de gente insignificante que no se contenta dejando que le roben la libertad y busca dirigentes en otras esferas.

—Eso lo tiene pensado desde mucho tiempo, ¿verdad? —dijo mansamente sir Frederick—. Usted se ha pasado quince años medrando sobre la adversidad y esperando que los conservadores cayeran del poder. Buenos días, reverendo MacIvor.

Antes de que el predicador pudiera soltar un discurso, Swan lo cogía por el brazo y le hacía cruzar la puerta. Cosa rara, sir Frederick no estalló al sufrir la afrenta. Estaba trastornado.

—¿Qué conclusión sacas, Roger?

—Evidentemente, nos ha entregado un acta de divorcio —respondió el yerno.

—¡Porquerías! Todavía doy trabajo a medio Belfast. Si no saben dónde les untan

el pan de mantequilla, pronto se enterarán.

—¿Cómo? No será tan fácil. ¿Le gustaría ir al templo del reverendo y discutir con él cuando está en el pulpito? Mire, Freddie, es el mismo cochino fenómeno que se produjo hace cuatro décadas en Inglaterra. Gladstone se presentó con aquellas reformas y realizó una campaña fuera de su demarcación. Se ganó la simpatía de las masas, y por primera vez en la historia inglesa, la gente repudió la sabiduría de la clase gobernante y la nobleza a cambio de una reforma populista y unos políticos populistas de estirpe más cercana a la suya.

Sir Frederick sabía que Roger tenía razón. Al Ulster se le había mantenido deliberadamente rezagado con respecto a Inglaterra. Mientras los liberales de Gladstone implantaban reformas, Irlanda y el Ulster estaban trabados en una lucha nacionalista. Un partido luchaba en favor de la autonomía; el otro luchaba contra ella. Irlanda continuaba quedando atrás en materia de reformas sociales, creándose así un vacío. Con la derrota de los conservadores, el Ulster pasaba aviso de que también rechazaba el gobierno secular de la nobleza y buscaba sus voces propias populistas.

—Ya no podemos seguir contando con que la gente nos siga automática y ciegamente —comentaba Roger.

La exactitud del cálculo dejaba helado a sir Frederick, dando un tono ceniciento a su cutis.

—MacIvor se ha creído que ya tiene la fuerza suficiente para entrar en escena y llenar el vacío. Convocará a esa vieja estirpe de ulsterianos e intentará erigirse en su jefe político.

—Le aplastaré las pelotas, aunque haya de ser lo último que haga en este mundo —amenazó Weed.

Roger Hubble, siempre pragmático, parecía escéptico.

—Nuestro problema está en que hemos erigido a MacIvor y a un montón de otros MacIvor de menor talla como portavoces nuestros ante las masas. La gente está habituada y predispuesta a escucharles. Hemos creado un monstruo, y no tenemos ninguna vía auténtica para comunicarnos con el Shankill si no es a través de ese monstruo.

La ceniza se caía del cigarro puro de Weed, quien se sacudía los pantalones sin mirar siquiera.

—Tú me dijiste muchísimas veces que sucedería lo que acaba de suceder.

—Siempre confié, de todos modos, que en algún punto del trayecto podríamos abandonar a MacIvor y los de su calaña. Sin embargo, hemos estado tan embebidos en esta lucha contra la autonomía que hemos tenido que conservarle. Personalmente, he trabajado con irlandeses en el Castillo de Dublín un tiempo más que sobrado para darme cuenta de que, se mire como se mire, son personas perfectamente decentes. A veces creo que podríamos llegar a un compromiso y trabajar aliados con ellos. Pero

siempre surge entre una y otra parte ese ogro de Orange que hemos creado nosotros. Creo que los ingleses y los irlandeses siempre se las arreglan para sacar a la superficie lo peor que tenemos, y lo peor que hay entre unos y otros.

—De modo que ese pedacito de canalla piensa reemplazar a la clase dirigente de Irlanda. Bueno, gracias a Dios, la Corona no le ve así. En un enfrentamiento definitivo, pienso que hasta los liberales se pondrían de nuestra parte.

—Hoy sí se pondrían. Pero cuando el saldo del Ulster presente números encarnados, Inglaterra se desentenderá del negocio.

—¿Lo crees de veras, Roger? En el fondo de tu mente, ¿lo crees así?

—Estamos aquí, usted y yo, para reportar una ganancia. ¿Qué pasa cuando ya no rendimos beneficios?

—¿Cómo combatiremos a MacIvor?

—Por el momento, no haremos nada. Al cabo de un tiempo se dará cuenta de que no puede desenvolverse solo y vendrá a pactar con nosotros.

—¡Nunca pactaré con esa basura, nunca!

—Oh, quizá no resulte tan grave, Freddie. Puede darse un deslizamiento del poder, pero en realidad MacIvor sigue defendiendo nuestra causa. ¿Se imagina por un momento la ruina que se nos echaría encima si MacIvor fuese un Gladstone? ¿Si nos enfrentásemos de pronto con una voz que arengara a las masas reclamando reformas sociales y políticas? Podemos agradecerle que haya hecho su tarea manteniendo la mente de los buenos habitantes del Ulster fija en las cosas de la Reforma. Es un perro que no sabe más que una treta. Es el hombre que tendrá a las masas católicas y protestantes separadas y luchando entre sí. Nos hace ganar tiempo.

3

Domingo de Ordenación.

A Dary Larkin el gran día le llegó varios años antes de tiempo gracias a haber heredado en medida considerable el cerebro despierto característico de la familia. Durante los estudios había adelantado curso en varias ocasiones, y de este modo, a los veintitrés años se contaría entre los sacerdotes más jóvenes que hubieran salido ordenados del colegio de San Patricio, de Maynooth.

La mayoría de géneros, Irlanda los exportaba sólo en modestas cantidades, excepto emigrantes, cerveza Guinness, paños de Donegal, cristal de Waterford… y sacerdotes. Curas para atender a los exiliados irlandeses por todo el mundo y curas misioneros que irían a aquellas partes del mundo adonde sólo un cura irlandés sería capaz de ir. Dary Larkin eligió una orden misionera.

Apenas hubo elegido la orden, su último ascenso vino rápidamente. Se había inaugurado un nuevo curso en el University College de Dublín, regido por la Iglesia, sobre lenguas africanas; un curso destinado a un grupito selecto de sacerdotes. Cuando Dary fue aceptado para estas clases, su obispo consiguió que se le ordenara sacerdote por petición papal.

Una ordenación era un acontecimiento memorable en la vida de una familia irlandesa. A pesar de las inclinaciones personales de Conor y mías propias, habíamos conocido y tratado demasiados curas republicanos y de espíritu abierto a lo Wolfe Tone para que la excitación y la emoción del día no penetrasen también en nuestras venas.

La noche anterior al gran día me reuní con Conor en la estación de Dublín y pude posar los ojos en él después de muchos meses. En su persona se había operado un cambio penoso: había perdido todo vestigio de juventud. De regreso a Belfast no había visto a su amada, y yo descubría fácilmente la pena que le causaba esta ausencia. Aunque Conor creía haberse resignado a la separación, yo estaba convencido de que jamás se sobrepondría al recuerdo de Shelley. Seguir viviendo en Belfast, a sólo unos pasos de donde vivía, debía representar para él un tormento cotidiano. Pero como Conor era Conor, también estaba convencido de que ni me la nombraría siquiera.

Estoy seguro de que Conor quería marcharse ya de la ciudad, pero podríamos decir que era víctima de su propio éxito. Gracias a sus hazañas en el rugby seguía siendo un favorito de sir Frederick y continuaba en relación con Jeremy Hubble, como una especie de hermano mayor.

Aunque tuviera asignada una determinada fragua de los astilleros, gozaba de absoluta libertad de movimientos y solía trabajar en proyectos y encargos especiales. Parte del tiempo lo empleaba fabricando objetos de hierro artístico en Rathweed

Hall, hogar de sir Frederick.

Para nuestros objetivos, estaba situado inmejorablemente.

En el Abbey se representaba mi segunda obra teatral. Conor me prometió que se quedaría unos días en Dublín después de la ordenación de Dary e iría a verla. Bien, ya lo saben ustedes, cuando me podía pasar una noche entera charlando con aquel muchacho, era una fecha memorable para mí. Una fecha que esperaba con ilusión hacía varias semanas. Sin embargo, cuando llegó el momento, encontré a mi amigo terriblemente introvertido.

Esperé pacientemente la explosión que solía producirse cuando habíamos vaciado algo así como la mitad de la botella, pero esta vez todavía se puso más sombrío. Hablamos principalmente del progreso constante de la Hermandad y de la operación de traída de armas. El hermoso tren particular de sir Frederick Weed había hecho cuatro hermosos viajes a Inglaterra, desde la gira del rugby, y había regresado con doscientos rifles, cien carabinas y diez mil cargadores de munición. La operación se había desarrollado como una obra maestra, sin el menor contratiempo. Lo que más preocupaba a Conor era la imprevisible conducta de Duffy O'Hurley, que tan pronto estaba caliente como frío.

Conor había ideado una segunda estratagema para esconder las armas por la comarca. La Hermandad conocía a sacerdotes simpatizantes en Belfast, Dublín, Cork, Derry, Newry, Waterford y Mallow, poblaciones situadas a lo largo de la ruta más frecuentada por el tren de Weed. Apenas descargadas, las armas eran colocadas en ataúdes, y a estos «cadáveres» los enterraban en los cementerios, con la colaboración de los sacerdotes mencionados. Las sepulturas cuyas losas llevaban los apellidos de Carrick, Cassidy, Conroy, Coughlin, Concannon o Considine y el nombre de pila de Elva, 1879-1904, junto con la inscripción: Una auténtica hija de Erín, eran en realidad escondites de armas.

A primeras horas de la mañana siguiente, Conor y yo regresamos a la estación de la calle Amiens a esperar a Brigid. La muchacha bajó del tren y nos saludó muy turbada; era, y con mucho, el viaje más largo que hacía en su vida, y el que la llevaba a la ciudad más grande que hubiera visitado jamás.

No, la verdad es que no podía decirse que Brigid hubiese ganado en años sin perder en gentileza. Para la ocasión se había ataviado con unas prendas de confección compradas en Derry y que quizá ya no volverían a salir del armario. Su persona y su vestido eran dos entes extraños y bastante mal avenidos. En cuanto a los zapatos, le apretaban tanto que cojeaba. Dejando aparte la figura, los saludos fueron prolongados y calurosos, como lo reclamaba la importantísima ocasión.

De allí nos trasladarnos a la estación de Westland Row, para el corto viaje hasta Maynooth, en el condado de Kildare, donde estaba emplazado el colegio de San

Patricio, en un paraje majestuosamente sereno, precisamente en el mismo lugar en que se levantó un antiguo Castillo Fitzgerald.

A eso del mediodía, el grupo de familias venidas de todos los rincones del país se arremolinaba sobre el prado, delante de la capilla. La mitad de aquella gente parecía tan fuera de lugar como Brigid. A la capilla no le faltaba detalle como pieza de exposición; era una maravilla gótica cuya construcción había costado treinta años, trabajada a mano, literalmente, en mármol, madera y mosaico. ¡Vaya, si ya sólo los palcos del coro podían dar cabida a medio millar de personas! Nosotros sentimos aumentar en nuestro interior la tensión y el regocijo, a la vez, apenas entrar en aquella fortaleza religiosa de altísimo techo.

La ceremonia empezó con el lavabo, ritual consistente en que los candidatos se lavaban pies y manos y luego entraban en la nave a los tronantes acordes del potente órgano «Stahluhut». Los misacantanos desfilaban lenta, majestuosamente, por el pasillo central, flotando en blanco dentro de albas, amitos, casullas, cíngulos, estolas y crismas.

Y allí estaba el pequeño Dary, siempre el menor de la colección, y siempre más listo que los otros. Cuando nos encontró con la mirada, intercambiamos unas sonrisas, y Brigid engrosó la brigada de mujeres que resoplaban, a punto de llorar.

El obispo llegó entre un par de curas y se sentó en el trono.

—Los que han de ser ordenados sacerdotes que se adelanten —avisó el diácono —. Martin MacRannall.

—Estoy preparado y quiero.

—Edwin O'Meagher.

—Estoy preparado y quiero.

—Dary Larkin.

—Estoy preparado y quiero.

—Pearse MacSheey… —y así, hasta haber nombrado a los veinte candidatos.

—¿Sabéis si son dignos? —preguntó el obispo, cuando se hubieron colocado todos delante de su sitial, como una ristra de blancos vellones.

—Atestiguo que según las investigaciones realizadas entre los hombres de Dios y según las recomendaciones de las personas encargadas de su educación, han sido hallados dignos.

El obispo runruneó de memoria la vida y los deberes que les aguardaban, los interrogó acerca de si eran realmente dignos y les exigió un juramento de obediencia. Luego todos se postraron a sus pies, sobre el suelo de mármol, convertidos en incandescente nube.

Después de haber sido presentados, elegidos, instruidos, examinados, juramentados e invitados a rezar la concelebración llegó a la letanía de los santos.

Señor, ten piedad *Señor, ten piedad*

Cristo, ten piedad	*Cristo, ten piedad*
Señor, ten piedad	*Señor, ten piedad*
Santa María, Madre de Dios	*Ruega por nosotros*
San Miguel	*Ruega por nosotros*
Todos los Santos Angeles	*Rogad por nosotros*
San José	*Ruega por nosotros*
San Juan Bautista	*Ruega por nosotros*
Santos Pedro y Pablo	*Rogad por nosotros*
San Andrés	*Ruega por nosotros*
San Juan	*Ruega por nosotros*
Santa María Magdalena	*Ruega por nosotros*
San Esteban	*Ruega por nosotros*
San Lorenzo	*Ruega por nosotros*
Ignacio de Antioquía	*Ruega por nosotros*
Santa Inés	*Ruega por nosotros*
Santas Perpetua y Felicitas	*Rogad por nosotros*
San Gregorio	*Ruega por nosotros*
San Agustín	*Ruega por nosotros*
San Atanasio	*Ruega por nosotros*
San Basilio	*Ruega por nosotros*
San Martín	*Ruega por nosotros*
San Benito	*Ruega por nosotros*
Santos Francisco y Domingo	*Rogad por nosotros*
San Francisco Javier	*Ruega por nosotros*
San Juan Vianney	*Ruega por nosotros*
Santa Teresa	*Ruega por nosotros*
Santa Catalina	*Ruega por nosotros*

Era un ritual capaz de darle vértigo a uno, pero Conor y yo amábamos lo suficiente a Dary para dejar a un lado nuestra hostilidad a la religión y compartir su triunfo.

No obstante, cuando el runruneo avanzaba por la lista de los santos irlandeses, los doscientos diecisiete completos, desde Abben a Nuestra Señora de Youghal, aquella antigua sensación de náusea se adueñó nuevamente de mi estómago. Yo no había rezado las letanías desde que salí de Ballyutogue.

A mitad de camino de los santos irlandeses de Irlanda, los santos irlandeses de Escocia, los santos irlandeses de Inglaterra y los santos irlandeses de Europa me costaba de veras seguir la marcha.

Precisamente hacía pocas semanas había escrito yo un ensayo sosteniendo que si doscientos diecisiete santos actuando de semidioses no era paganismo…, ¿qué era? Nuestro pueblo cae de rodillas ante unos ídolos de mirada apagada en una adoración a los santos que condenaríamos como paganismo si la viésemos en un negro de una tribu africana.

¿No era paganismo pedirle a una estatua fecundidad en los campos y fecundidad en el útero, lluvia cuando hay sequía, y sol cuando hay exceso de humedad? ¿Y enviar muletas a santuarios llenos de imágenes, y pedirle a un santo la victoria en un deporte, o el abatimiento del enemigo, o que nos libre de verrugas, o nos haga encontrar oro, o que no se estropee la mantequilla?

¿Cuánta luz, cuánta verdad hemos apartado de nosotros mediante la obediencia ciega? ¿O acaso no habríamos podido soportar la verdad de nuestra pobreza y nuestra servidumbre? ¿Necesitábamos falsas esperanzas para aliviar el dolor de vivir?

En medio de aquel asombroso esplendor yo me interrogaba sobre aquella dominación…, aquel terrible y misterioso dominio sobre un pueblo en todo lo demás tan ilustrado. ¿Guardan la mayoría de personas en su interior una debilidad innata que hace que necesiten un misterio para continuar en marcha?

San Turnino	*Ruega por nosotros*
San Tutilo	*Ruega por nosotros*
San Craik Ultan	*Ruega por nosotros*
San Fosses Ultan	*Ruega por nosotros*
San Ursino	*Ruega por nosotros*
San Aosta Ursus	*Ruega por nosotros*
Santos Wiro y Plechelm	*Rogad por nosotros*
Nuestra Señora de Youghal	*Ruega por nosotros*
¡NUESTRA SEÑORA DE YOUGHAL!	*¡Lo había conseguido!*
Todos los Santos de Dios, hombres y mujeres	*Rogad por nosotros*
Señor, sálvanos	*Señor, libértanos*
De todo mal	*Señor, libértanos*
De todo pecado	*Señor, libértanos*

De muerte perdurable	*Señor, libértanos*
Por el misterio de tu encarnación	*Señor, libértanos*
Por tu muerte y resurrección	*Señor, libértanos*
Por la venida del Espíritu Santo	*Señor, libértanos*
Ten piedad de nosotros pecadores	*Te lo pedimos, Señor, escucha nues súplica*
Guía y protege a nuestra Santa Iglesia	*Te lo pedimos, Señor, escucha nues súplica*
Conserva a nuestro pueblo y a todo el clero fieles a la religión	*Te lo pedimos, Señor, escucha nues súplica*
Concede la paz y la unidad a todas las naciones	*Te lo pedimos, Señor, escucha nues súplica*
Danos fuerzas y consérvanos a tu servicio	*Te lo pedimos, Señor, escucha nues súplica*
Bendice a los elegidos	*Te lo pedimos, Señor, escucha nues súplica*
Bendice a los elegidos y hazlos santos	*Te lo pedimos, Señor, escucha nues súplica*
Bendice a los elegidos, hazlos santos y ponlos aparte para que se ocupen de los deberes sagrados	*Te lo pedimos, Señor, escucha nues súplica*
Jesús, Hijo de Dios vivo *Cristo, escúchanos*	*Cristo, escúchanos*

Mientras la suave luz inspiradora bañaba la inmensa estancia y el momento se acercaba más y más, el obispo se sumía en largas, profundas y antiguas oraciones, luego tocaba las manos y las cabezas de los aspirantes, después se revestía de vestiduras sagradas, les daba el Santo Alimento y plantaba en ellos el beso de paz.

Fuera, en el prado, entre un chorro de alivio y de lagrimas, los fotógrafos se afanaban en su lucrativa ocupación delante de aquella magnífica torre, tomando aquella fotografía que colgaba en cincuenta mil casas y cabañas irlandesas. Una y mil y diez mil veces los allí congregados saboreaban la reverenciada palabra: «Padre.»

—Padre Dary —lloraba Erigid—, padre Dary.

4

Mi drama La noche del peregrino no fue un fracaso ni un éxito. Tenía unos cuantos momentos felices, entre ellos un soliloquio estremecedor, cerca ya de caer el telón por última vez, un discurso desde el muelle, nada menos, que nunca dejaba de humedecer todo ojo irlandés que lo viera.

Si hubo en La noche del peregrino algún mérito salvador le correspondía a Atty Fitzpatrick, que hacía el papel de la protagonista. Dicen que cuando la buena de Atty aceptó el papel mi corazón cantaba tan fuerte que se le podía oír desde Tralee.

Dublín en particular era un mundo de hombres, con sus tabernas y sus campos de deportes. Nuestras buenas muchachas católicas aprendían el catecismo, alumbraban hijos y continuaban dóciles y sumisas en cuestiones terrenales. Sin embargo, el renacimiento daba paso a cierto número de damas extraordinarias, cortadas de una tela muy distinta. Este grupo, descendiente de anglos en su mayoría, se sentía ultrajado por siglos de desgobierno británico. Y ninguna más hermosa, más etérea que Atty Fitzpatrick, una especie de Juana de Arco irlandesa. El mismo Dan Sweeney el Largo la definía como la mejor combatiente de la Hermandad, y a veces decía que era el único miembro del concejo supremo que tenía un par de pelotas.

Había venido a este mundo en calidad de hija de lord y lady Royce-Moore, familia de terratenientes del condado de Galway. Cuando Atty Royce-Moore llegó a los veinte años había vivido sus temporadas de etiqueta social y se había instruido en Londres y en el continente. Pero, además, había sentido en su propia carne el problema de los campesinos, y antes de cumplir los veintiún años había renunciado a su clase social.

La primera noticia que Irlanda había de tener de Atty se produjo cuando pasó a heredera única de los bienes de la familia. Inmediatamente fraccionó las tierras, vendiendo parcelas por cuatro cuartos a los campesinos que las trabajaban desde tiempo inmemorial. Este gesto estremeció a la nobleza campesina y a los británicos hasta sus más hondas raíces imperiales, al mismo tiempo que le conquistaba el afecto del pueblo.

Atty estaba siempre en actividad frenética. Si se producía una huelga de pagos de arriendos y rentas en Wexford o en Waterford, o si se declaraba una epidemia en el Liberties de Dublín, o si se intensificaban las evicciones en el oeste, ella encabezaba la manifestación de protesta. La habían encarcelado ya un par de veces, y solía jactarse de que antes de terminar su carrera tenía intención de haber sido huésped de la Corona en todas las cárceles de Irlanda. Y todo ello no siendo más que una simple mujer.

Bueno, no era eso exactamente. Era una esbelta, estatuaria belleza, más alta que la mayoría de hombres y proyectando una imagen sólo un poco inferior a la de la

mismísima Madre Irlanda.

Su matrimonio con Desmond Fitzpatrick parecía una cosa tan natural como el brezo de las montañas. Fitzpatrick era el vástago de una antigua familia católica normanda descendiente de aquellos guerreros que en el siglo xii conquistaron Irlanda para los ingleses. Al cabo de un tiempo, los normandos se integraron tan completamente que llegaron a ser «más irlandeses que los irlandeses». Las familias antiguas, los Morris, Fitzgerald, Barry, Roche, Burke, Plunkett, Joyce, Fitzgibbon y Fitzhugh se lo pasaron mejor en todo tiempo que los croppies, los labradores irlandeses. Antes de integrarse, fueron los poderosos «condes de Irlanda». Cuando los católicos salieron de su Edad Media, nuestra clase media y superior no-anglo venía principalmente de procedencia normanda.

El joven Desmond Fitzpatrick fue uno de los primeros seguidores de Parnell. Era un abogado que defendía la causa de los campesinos en los tribunales con éxito asombroso. Cuando se casaron y se trasladaron a Dublín, se pusieron a trabajar por el renacimiento gaélico con fervor incesante. Atty se convirtió al catolicismo y aparte de alumbrar tres hijos continuó llevando a cabo su tarea decididamente. Marido y mujer se constituyeron en mecenas del teatro nacional, que empezaba a remontar el vuelo, y Atty hasta encontraba tiempo para colaborar como actriz, principalmente para ayudar a los dramaturgos nuevos.

Los Fitzpatrick se identificaron inmediatamente con Arthur Griffith cuando éste formó el partido político Sinn Fein y se contaron entre los primeros miembros secretos de la renaciente Hermandad Republicana Irlandesa.

Desmond Fitzpatrick cayó muerto en los Cuatro Tribunales cuando estaba defendiendo a un croppie. Tenia entonces treinta y ocho años. Yo estaba allí cuando sucedió.

Los que amábamos a Atty la vigilábamos atentamente para ayudarla a superar lo que parecía había de ser una tragedia abrumadora. Pero en lugar de dejarse abatir, Atty venció el dolor batallando más que nunca y entregándose al movimiento con devoción fanática. Desmond Fitzpatrick se había convertido en uno de nuestros primeros mártires y su viuda le veneraba apasionadamente. Sin embargo, yo me había preguntado alguna vez si el amor que los unía era muy profundo. Y llegaba a la conclusión de que el lazo más fuerte que existía entre ellos era el del republicanismo, y que la afinidad política había tenido más importancia, en aquel caso, que el hecho de ser hombre y mujer.

Toda esta introducción sirve para acabar diciendo que mi drama fue objeto de algunas sonrisitas, cuando Atty aceptó el papel varios meses después de haber quedado viuda. Yo estaba nervioso como una prostituta en el Vaticano, cuando he ahí que Conor vino a ver La noche del peregrino y me redimió expresando su aprobación con un abrazo de oso después del telón final.

Ambos subimos entre bastidores para reunimos con Atty y organizar una celebración de madrugada en la taberna del Jury's Hotel, refugio y albergue de periodistas y gente de teatro.

Nadie era desconocido para nadie. Todo él mundo conocía a Atty Fitzpatrick. Siendo como era la única mujer del concejo de la Hermandad, estaba perfectamente enterada de que Conor había sido el autor del plan para la entrada de las armas, de que era un artesano distinguido y un campeón en el deporte. Apenas presentarlos, vi que entre ambos se había establecido una corriente de mutua atracción. Conor había pasado muchísimo tiempo sin tener verdadero trato con una mujer, y se veía claramente que la que tenía delante le gustaba. Y ella hacía el tiempo suficiente que era viuda para albergar sentimientos parecidos.

Y como mi reducida presencia no hacía falta para nada, recordé de pronto que tenía que ocuparme de cierto reportaje, y les dije que me reuniría con ellos más tarde, en el Jury's.

Si Atty Fitzpatrick entraba en una habitación, su presencia no solía pasar inadvertida. Ella y Conor se sentaron en el canapé y Atty fue objeto del homenaje acostumbrado. Los dos bebieron unos sorbitos, hasta que la ausencia de Seamus O'Neill se hizo notoria.

—Me gustaría saber qué se ha hecho de él —decía Atty.

—Me parece que el muchacho es bastante benévolo para considerar que a mí me gustaría hablar contigo a solas —dijo Conor.

A la mujer le gustó esta declaración. La mayoría de hombres, o fanfarroneaban para situarse a la altura de ella, o se encogían ante su aventajada estatura.

—¿Y te gustaría? —preguntó.

—No estoy completamente seguro —respondió Conor—. He sufrido en cierto modo la misma soledad que has sufrido tú. No diré que sea tan terrible como haber perdido el marido, pero tampoco diré que no haya sido muy penosa. ¿Cuál es el momento apropiado para dejar ya una soledad tan grande? Supongo que es natural que uno se plantee esta pregunta cuando encuentra a una persona de su mismo temperamento.

Atty sopesaba las palabras, a quien las pronunciaba y la situación. Nadie sabía de verdad cuan terriblemente la había afectado la pérdida de Desmond. Algunos la llamaban la valiente Atty. Sabía que otros la consideraban insensible. Ella había estado entre hombres, en el mundo de los hombres la mayor parte de la vida. Y lo singular del caso era que había sido siempre ella la que imponía las condiciones de tal convivencia. Raras veces había habido una relación con nadie que no hubiera sabido gobernar ya desde el principio, o al menos manipular luego a su antojo. Ahora, este talludo sujeto la intrigaba, exhalaba una atmósfera de agradable novedad y parecía

completamente libre de estupideces. Pero también la intimidaba un poco… o quizá más que un poco.

—Me siento solo, Atty —dijo Conor, dirigiendo las palabras al fondo de aquellos grandes ojos castaños que habían derretido a medio Dublín.

La mano de la mujer fue a posarse pausadamente sobre la suya.

—También yo —dijo ella.

La noche siguiente el teatro estaba a oscuras y Atty le invitó a su casa, en el pueblo suburbano de Rathgar, a un corto viaje de tranvía desde el sur de Dublín. La casa de Atty Fitzpatrick, unida a las vecinas de Garville Avenue, era un edificio de tres pisos y medio y fachada plana que lucía una puerta de colores vivos y latones pulidos a la perfección.

Las inclinaciones proletarias de Atty no pasaban del umbral. Era una casa gobernada con inmaculado esmero y dotada de una colección de preciosos atractivos. Los pequeños eran adorables y estaban habituados a aceptar las idas y venidas de personas extrañas, así como largas ausencias de sus padres en beneficio del movimiento. Después de una comida en la que Conor procuró y consiguió atraerse el afecto de los pequeños, éstos desaparecieron como obedeciendo a una indicación, cual si supieran que mamá y el forastero habían de ocuparse de asuntos republicanos.

—Ven —dijo Atty, pasando por alto el saloncito de las visitas.

Y le guió hasta el piso superior, abriendo la puerta del cuarto de la fachada. Esta habitación era un combinado de saloncito íntimo, biblioteca y despacho, y había sido el refugio particular que utilizaba con su difunto esposo, contiguo al dormitorio de ambos. Ahora servía como de recordatorio, lleno como estaba de escritos suyos, libros de leyes, fotografías y otros vestigios de la vida y actividades de ambos en pro del movimiento. Después de la muerte de Desmond, Atty había pasado cerca de dos meses sin apenas salir de aquel refugio. Pero en cuanto salió ya no volvió a entrar… hasta este momento.

En la pequeña parrilla de debajo la campana de chimenea de mármol, Conor encendió un fuego de turba con la pericia de un muchacho campesino, y apenas percibir su olor se sintió transportado a tiempos pretéritos. Hablaron de la situación de los campesinos del oeste y de la Liga Campesina y de rejas de hierro labrado y de cárceles. Hablaron de la fuerza de la vida por aquellos días en Dublín y de otras tierras más allá de Irlanda. Hablaron de armas y de la Hermandad y del huidizo sueño republicano.

Y vino el momento en que Conor ya no podía seguir quedándose sin sentirse un tanto cohibido.

—Se nos ha hecho tarde ya, Atty —dijo—. Será mejor que me vaya.

—Parece que acabamos de empezar —replicó ella—. ¡Ah, todo el mundo sabe

que soy una charlatana! Pronuncio discursos y hablo en las reuniones del concejo como una *banshee* obsesionada. Dan Sweeney me ha pedido y repetido en más de una ocasión que me calle. Pero casi nunca puedo hablar con una persona sola. A veces converso con Seamus; pero siempre da la impresión o bien de que nos damos palmaditas a la espalda en una taberna, o bien que comemos a toda prisa para llegar a tiempo a la función, o a una asamblea. A veces Des y yo, en cambio, nos pasábamos la noche entera aquí conversando, y nos quedábamos atónitos al ver nacer la luz del día. ¿Lo comprendes?

—Sí —respondió Conor—. Cuando el amante es al mismo tiempo el mejor amigo, el mundo entero cabe en una habitación, aquella en que estáis los dos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Atty—. Ya estoy representando el papel de la viuda solitaria, y precisamente detesto que me compadezcan.

—No te preocupes; pero creo que el último tranvía para Dublín está a punto de llegar.

—Conor, pon otro ladrillo de turba en la lumbre —respondió ella—. Si pierdes el tranvía, hay una cama abajo, junto al cuarto de los niños. Entre haber utilizado esta casa como refugio y haber celebrado reuniones que duraron toda la noche, los pequeños están habituados a encontrar personas extrañas en ella por las mañanas.

—De acuerdo —dijo Conor. Y se echó otro chorrito de coñac—. Eres toda una mujer, Atty, y en poquísimo tiempo habrás dejado atrás lo peor de tus penas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo que más amas en este mundo es tu propia energía. No sé si habría nada que pudiera destrozarte.

Ella meditó si aquello era un cumplido o un menosprecio.

—¿Y tú?

—Yo descubro que me cuesta infinito caminar solo. Hasta que conocí a Shelley, la soledad no me importaba. Pero luego, y después de haberse ido ella, odio todos los momentos de soledad que he de vivir.

Se sentó en el suelo, contemplando la encendida turba, igual que Atty, satisfechos ambos de dejar que cada uno siguiera el curso de reflexiones que se le antojara. Luego, Atty se sorprendió pensando en Conor. Era un hombre amedrentador. A diferencia de casi todos los que había conocido, no temía sus propias debilidades ni hacía el menor esfuerzo por disimularlas, como tampoco intentaba poner de relieve su masculinidad. Teniéndole ahora aquí, en esta habitación, no había más recurso que compararlo con Desmond.

Larkin se introducía profundamente y a la callada. Seamus le había contado que alguna que otra vez estallaba en furiosas cóleras de poeta; pero a menudo se requería años de acumular motivos y más motivos en su interior para llegar al estallido. En verdad, aquel hombre no tenía nada de la jactancia y la efervescencia de Desmond.

Des estaba enamorado de sí mismo, amaba sus piruetas de sala de juzgado, amaba el sonido de su voz al pronunciar un discurso, amaba especialmente lo que estaba haciendo por Irlanda, porque volvía a reflejarse sobre él y le cubría de gloria.

El cuarto estaba tibio y sensual como solía; pero esta sensualidad no se debía a Desmond y Atty. Era la sensualidad del movimiento. ¿No era el movimiento lo que ella y Des querían de veras? Trabajar y vivir por aquella empresa que llevaban a cabo juntos había pasado a ser el latido mismo de sus corazones. Una realidad que ella había meditado muchísimas veces después de la muerte de Desmond. Cosa rara, en esta habitación nunca se habían echado uno en brazos de otro. ¿Era el movimiento el recurso que empleaban ambos para esconderse de sí mismos? ¿No sabían acaso que no eran capaces de dar ni de recibir recíprocamente la clase de amor que ambos habían derramado en el movimiento?

Todo lo que Atty sabía de Conor indicaba que no era menos devoto de la causa. Sin embargo, poseía la facultad de orientar el corazón y el alma hacia la mujer amada. Desmond le había concedido a ella la independencia que solicitaba dentro del matrimonio. Desmond sólo la necesitaba de una manera nominal; él era feliz con su propio ego. Conor Larkin poseería a su mujer, y sólo él brillaría en los ojos de ella. Atty lo adivinaba.

¿Sería ella capaz de vivir una experiencia parecida? ¿Cuántas mujeres habían percibido aquella fuerza tremenda en Larkin y habían huido de su lado? ¿Cuántas otras habían anhelado probarla, pero no lo habían conseguido? ¿Se podía poseer a un hombre como él en una relación accidental? ¿O sería tan fuerte que la haría cambiar por completo de mentalidad para poder poseerle?

Aquel hombre daba miedo, pero era también una tentación irresistible. ¿Qué sensación causaría tener al primer hombre capaz de adueñarse de ella por completo? Atty sufrió un escalofrío.

—Quiero volver a verte —dijo de pronto—. La función termina dentro de unas semanas. ¿Por qué no voy de visita a Belfast?

Palabras así las había dicho anteriormente a hombres que deseaba. No obstante…

—Me siento halagado —respondió Conor—. Pero me temo que tu fama te precedería, y allá destacarías como la estatua preciosa que eres. Francamente, Dan Sweeney y el concejo entero se opondrían con sobrada razón a que se nos viera corretear en público, particularmente en Belfast.

—No pensaba en eso. ¿Preferirías bajar tú a Dublín?

—No estoy en condiciones de ausentarme con frecuencia y, además, si debo decir verdad, no me siento muy a gusto entre aquellos intelectuales rimbombantes. Claro que quiero entrañablemente a Seamus, pero no me siento de verdad en mi ambiente.

—La mayor parte de aquellas conversaciones son pura fanfarria. Todo el mundo charla, charla, charla. Arthur Griffith, Yeats, Seamus O'Neill, Atty Fitzpatrick… —

dijo ella.

—Las palabras son nuestras balas, Atty.

—No tengas una opinión tan pobre de ti mismo. Cuando los charlatanes hayan gastado sus municiones verbales, la Hermandad habrá de recurrir a hombres como tú para hacer el trabajo. Además, tampoco eres tan malo peleando con palabras. He leído algunas poesías tuyas.

—Seamus no debería enseñar aquella porquería por ahí. Hace muchísimo tiempo que no escribo.

—Pues deberías escribir.

—Bueno, Dan me dice que cuando me encierren en la cárcel tendré todo el tiempo que quiera.

Por segunda vez hizo presa en ellos una oleada de turbación.

—Es curioso —dijo Atty en voz baja—. Siempre me había vanagloriado de ser una mujer deseable y de mi habilidad por rechazar pretendientes. Ahora me resulta un poco difícil, Conor. Hasta hoy, nunca había pedido a un hombre que me llevase a la cama.

Conor se levantó y la puso en pie. La estrechó entre sus brazos, y en verdad que tenía entre ellos un gran pedazo de mujer. Luego la apartó.

—Yo creo que será mejor que lo dejemos madurar durante algún tiempo.

Atty palideció. Las lágrimas de la humillación pugnaban por salir al exterior.

—Me he puesto en ridículo yo misma.

—Estás sola, necesitas un nombre, y no hay nada malo en que así sea. Eres también una mujer maravillosa, Atty, y no quiero hacerte el agravio de tomarte a la ligera.

Atty consiguió emitir una carcajada teatral.

—Estoy viviendo una experiencia nueva.

—No te rechazo, muchacha. Te lo aseguro, en el momento que te he visto me ha venido la idea de poseerte. Pero me doy cuenta de lo injusto que sería poseerte a ti cuando todavía lloro interiormente por mi Shelley. ¿No lo comprendes?

Ella lo comprendió muy bien, si es que no lo había comprendido antes. Sabía que el precio de jugar con aquel hombre consistiría en poner en peligro sus barreras, destrozar el recogimiento en sí misma y el contento de sí misma que había logrado conservar mediante un matrimonio feliz y tres hijos. Aquel hombre la llevaría a parajes de su propio interior que ni ella misma había visitado nunca por sí sola. Por un instante demencial sintió el afán de acompañarle al dormitorio vecino, que mantendría a oscuras, y pedirle que le amase de mentira, si así le placía, o que llorase sin rebozo, apoyada la cabeza contra sus senos. Pero tuvo miedo de hacerlo, porque nunca había concedido cosa igual a ningún hombre.

5

En los meses que siguieron a las elecciones, Oliver Cromwell MacIvor se aprovechó del pánico que despertaba la nueva amenaza de autonomía, desarrollando planes que se habían convertido en su sangre, luz y aire durante quince angustiosos años de espera. Utilizando sus propios templos como cajas de resonancia por toda la provincia, cabalgaba sobre las olas de los antiguos temores del Ulster.

«Cuando el Señor tu Dios te lleve a la tierra que poseerás y cuando el Señor tu Dios los suelte delante de ti, tú deberás aplastarlos y destruirlos por completo; tú no cerrarás convenio alguno con ellos, ni tendrás misericordia alguna con ellos… porque tú eres un pueblo sagrado para el Señor tu Dios; el Señor tu Dios te ha elegido para que seas un pueblo especial ante El, por encima de todos los pueblos…»

Roger Hubble tuvo razón en lo de que MacIvor continuaría sirviendo sus intereses, a pesar de la división habida entre ellos. El predicador añadía poca cosa nueva en una zona que pedía a gritos transformaciones sociales; se limitaba a recalentar el mismo estofado de siempre y servirlo otra vez. A los protestantes del Ulster se les había machacado el mismo tema durante tres siglos hasta que formó parte integrante de su mentalidad ya desde la cuna. Ellos formaban una cara de la trinidad irlandesa, las otras dos eran los británicos y los indígenas y se les seguía manipulando para conservarlos apartados del verdadero problema: el mejoramiento de la vida de todo el mundo, sin excepción.

Una vez más se les arrastró diciéndoles que iban, lo mismo que los antiguos hebreos, en busca de la tierra prometida, y que eran el pueblo privilegiado a los ojos de Dios. Lo único nuevo era que se daba el primer paso por el camino de abandonar la tradición, vieja de siglos, puramente automática ya, de obedecer y seguir en cuestiones políticas a la nobleza. Lo único que sucedía realmente era un sutil cambio de guardia. Fuere como fuese, MacIvor hipnotizaba a las multitudes y se veía a sí mismo, cada día más y más dotado de un poder mesiánico. Donde no había templo, se recurría a frecuentes reuniones de resurgimiento en tiendas de campaña. Y donde no había tiendas se echaba mano de grandes asambleas al aire libre.

Diez años atrás había organizado los Caballeros de Cristo, grupo selecto, círculo interior de los ultrajusticieros. Su verdadera finalidad (la de constituir el núcleo interior de una turba) se había mantenido en secreto esperando el momento propicio.

Mientras el fuego griego evangélico de MacIvor ardía sobre el Ulster, el predicador convertía disimuladamente a los Caballeros de Cristo en una vanguardia «para la defensa de la fe protestante contra los asaltos de satanistas, papistas y tránsfugas». Como si la Orden de Orange no desplegara sus actividades persiguiendo el mismo objetivo exactamente, el plan de MacIvor requería un ejército particular. Utilizando antiguos oficiales del ejército y numerosos elementos del *Constabulary*

fuera de servicio como jefes de grupo, hizo entrenar a los Caballeros en tácticas de combate irregular. A pesar de que patinaba por una capa de hielo legal muy delgadita, las autoridades titubeaban y se quedaron inmóviles. En pocos meses se había creado un cuerpo adecuado para resolver conflictos locales, realizar destrozos a la primera indicación que se les hiciera y dispersar ciertas reuniones de predicadores disidentes, porque allí no había más evangelio verdadero que el de Oliver Cromwell MacIvor.

De la noche a la mañana, parecía, surgían nuevos templos «universal-presbiterianos» en Armagh, Lisburn, Carrickfergus, Coleraine, Bangor y Lurgan. Templos que se dotaba de clérigos formados a la carrera por el colegio «teológico» del mismo MacIvor en un curso acelerado de cuatro meses y ordenados por el moderador en persona.

En las primeras fechas del año 1907, los Caballeros de Cristo instigaron un motín en el sector católico de Downpatrick con motivo de la contratación de tres profesores católicos para una escuela pública nueva. El éxito que coronó tal incidente podía servir de anuncio de otros más importantes que se producirían en Belfast y Derry más entrado el año.

Teniendo sus soldados a punto y sus instituciones desparramadas por todo lo ancho de la provincia, Oliver Cromwell MacIvor dio el gran golpe. Para que la noticia se divulgara más, se fue a Londres, convocó una conferencia de prensa y anunció la creación del partido político lealista.

—Hemos seguido obedientemente al antiguo orden y en premio a nuestros esfuerzos se nos ha llevado por la senda de la cobardía. Los sencillos cristianos del Ulster, cuyas vidas son las mayormente afectadas por esta situación, se disponen ahora a tomar las decisiones que les afecten y que afecten al futuro de su provincia. Este es un partido del pueblo. La era de vivir subyugados a la antigua clase gobernante ha terminado. —Después de lo cual disparó la consigna del partido—: NUESTRO ÚNICO DELITO ES LA LEALTAD.

Ahí estaba desplegado el gran plan: la Iglesia Presbiteriana Universal de Oliver Cromwell MacIvor, los Caballeros de Cristo de Oliver Cromwell MacIvor, y el partido lealista de Oliver Cromwell MacIvor, o sea, Padre, Hijo y Espíritu Santo…, de una Trinidad nada santa.

El 1907 nació con ánimo inquieto. En el campo había habido grandes reformas, gracias a las cuales vino un período de relativo bienestar. Ahora el foco de la pobreza se hallaba, indiscutiblemente, en las ciudades. En ellas imperaba la miseria negra. En Dublín, por ejemplo, la mitad de la población vivía en moradas de una habitación por familia. Y en la mitad de estos casos, la familia se componía de seis personas; o sea, seis personas por habitación. La degradación del ser humano progresaba a marchas forzadas, y no se veía en el horizonte inversiones británicas en instalaciones

industriales que paliaran aquella pobreza, salvo en los condados leales de Antrim y Down.

A medida que la gente iba prestando oído al movimiento laborista y que sus doctrinas calaban en las mentes, la clase obrera protestante del Ulster examinaba su propia situación y hallaba que tampoco era tan excelente. El obrero protestante empezaba a pensar que le habían utilizado como instrumento. Era una situación que sólo se podía corregir mediante la unidad con la clase obrera católica.

Hubo huelgas, y por primera vez en la sórdida historia de Belfast, se entabló un diálogo entre los obreros católicos y los protestantes.

La clase dominante, unionista y orangista, contraatacó con furia. Oliver Cromwell MacIvor, que no tenía verdadero programa propio, como no fuese el del buitre que se alimenta de carroñas, superó a todos en la batalla por mantener divididas a las dos clases obreras. Una vez más resultó acertada la predicción de Roger Hubble de que el predicador seguiría trabajando, aun sin querer, en beneficio de ellos.

A pesar de la inquietud universal y de los problemas laborales, siempre en aumento, sir Frederick Weed continuó atendiendo el negocio de mostrarse humanitario y bienhechor a su manera. Su proyecto más reciente era el de regalar a la provincia un Museo de Ferrocarriles y Marina del Ulster, que se erigiría cerca del estadio Boilermakers.

Después de la gira, Conor Larkin fue asignado a este proyecto, con la misión de reparar locomotoras que habían reunido para figurar en la exposición permanente. Entretanto, el «Red Hand Express» había hecho dos viajes más a Inglaterra, para llevar a lord Roger a la Cámara de los Lores y traerlo de nuevo y para una prolongada correría comercial de sir Frederick. En ambas ocasiones, O'Hurley metió el convoy en la fundición de O'Sullivan para recoger un cargamento de armas.

Dado que la entrada de armas marchaba sin contratiempo, Conor empezó a considerar la posibilidad de aumentar la cantidad de las traídas en cada viaje añadiendo depósitos suplementarios en los vagones y la locomotora, así como en el mismo ténder. Había un gran número de ingeniosas posibilidades: instalando paneles deslizantes y falsos suelos, y hasta quizá se pudieran sujetar cajas a la parte inferior de los vagones.

Cuando salió el último modelo de «Red Hand» de manos de los diseñadores y estuvo a punto de ser fabricado, Conor perfiló sus propios proyectos y pudo abordar a Duffy O'Hurley para exponerle sus ideas, sosteniendo la conversación en el mismo taller donde estaban construyendo la locomotora y el ténder.

Había sido un invierno largo, desolador y solitario sin un atisbo siquiera de Shelley MacLeod. Más de una noche había rogado que Dan Sweeney le enviara lejos de Belfast, aunque sabía que era imposible mientras los Talleres Weed sirvieran de tapadera para la entrada de armas. Anhelaba que llegase el día en que Dan Sweeney

le ordenara formar y conjuntar unas pequeñas unidades de la Hermandad, porque así podría al menos trabajar y relacionarse con otros hombres que pensaran y hablasen de lo mismo que él.

—Demasiado pronto para empezar a formar unidades —decía Dan—, demasiado pronto. La paciencia es el elíxir de la revolución.

Conor perdió la afición al teatro y a todas aquellas cosas que tiempo atrás entretenían una curiosidad insaciable. En una ocasión hizo un viaje a Dublín con el solo objeto de visitar a Atty Fitzpatrick, pero no le sirvió de nada, porque Shelley MacLeod no quiso dejarlo libre.

Al principio le gustaba recordar que en primavera volvería a practicar el rugby. Se hallaría al aire libre, cultivando la relación con antiguos compañeros, desahogando parte de las frustraciones acumuladas en su ser. Pero cuando pisó el terreno de juego, la realidad de los treinta magulladores partidos que le esperaban se impuso a todas las fantasías. Tenía ya treinta y cuatro años. Hacia el final de la temporada pasada le costaba unos segundos más que de costumbre levantarse del suelo después de un choque violento con un adversario y medio día más para que su cuerpo perdiera el envaramiento subsiguiente a un partido. El año pasado tuvo el aliciente de esperar a Shelley, una estrecha camaradería con Robin y el placer puro que le proporcionaba el exuberante Jeremy Hubble. Este año no le que daba nada de todo esto.

Jeremy escribía todas las semanas a Conor; era una correspondencia saturada de entusiasmo del adolescente que se convierte en un hombre joven. En sus primeros semestres en el Trinity College había logrado sacar buenas notas, y decía que había ganado unos seis kilogramos de peso y habría de estar en la misma cumbre del equipo del colegio. Aspiraba a jugar en el equipo nacional, como había jugado su abuelo; pero ¡ay!, no había ni que pensar en otra gira con los Boilermakers.

Conor y Robin se saludaban con un movimiento de cabeza cuando se encontraban por los talleres, pero no habían intercambiado ni una sola palabra. El primer día de entrenamiento de la primavera, fue Robin quien buscó a Conor.

—Me parece conveniente que hablemos unas palabras —dijo. Y se fueron detrás de las tribunas, fuera de la vista de los demás—. Ya sé que es embarazoso como el demonio para los dos —empezó Robin—, pero durante medio año habremos de estar en contacto continuamente. Será mejor para ambos y para el equipo si nuestra relación discurre por buenos caminos.

—Lo mismo pienso yo también —respondió Conor.

—Estupendo. Ya pensaba que lo comprenderías.

—¿Cómo están Lucy y Matt, y tu padre y Nell?

—Inmejorablemente, amigo. Matt crece como las calabaceras, y te echa muchísimo de menos. Si quieres saberlo, yo también te echo en falta.

—No sé qué os habrá contado Shelley, pero ninguno de nuestros problemas tuvo nada que ver con la familia, Robin.

Robin movió pausadamente la rizosa cabeza.

—No ha dicho ni una palabra sobre esta cuestión, ni casi tampoco sobre ninguna otra.

—¿Cómo está? —susurro Conor.

—Destrozada, amigo.

—¿Ha vuelto a reanudar la amistad con Kimberley?

Robin movió la cabeza en signo negativo.

—Jesús bendito, yo no sé qué os pasó, pero por lo que se ve, os está matando a los dos.

—Ciertamente, la cosa no marchaba bien. Habría sido una tontería querer esforzarse.

—¿Tiene algo que ver con…? —Robin se interrumpió en seco—. No importa; no es asunto mío. Mira, Conor, no quiero que lo tomes como cosa personal, pero dadas las circunstancias, he hablado con Derecho y le he dicho que creía mejor este año no nos pusiera juntos.

—Lo comprendo muy bien —respondió Conor.

—Bien, subamos a recibir la solemne bienvenida.

La primera reunión del equipo se celebraba siempre en el saloncito particular de sir Frederick, en la terraza de las tribunas. Entre trofeos de glorias pasadas, verdadera mina de oro y plata, la disertación anual discurría densa y campechana. Después de presentar a los posibles futuros jugadores, a los que se tomaba las medidas con el sano deseo de hundirles el cráneo, se narraba sin un sonrojo siquiera la historia personalizada del equipo y la visión de un solo hombre con respecto al mismo. A continuación el entrenador decía sin ambages que tenían el camino expedito hacia el título de campeones, y su ayudante decía que los juveniles estaban mejor que nunca. Parecía que los tres irlandeses de adopción, Weed, Crawford y O'Brien habían acaparado el mercado de lisonjas. Guardando lo mejor para el final, sir Frederick presentaba el cebo de una gira por Australia que estaban negociando… si el equipo resultaba victorioso.

Cuando se fueron al salón de los jugadores, Duffy O'Hurley estaba en su puesto acostumbrado, delante de una espita de cerveza Guinness. Conor no le veía desde hacía varias semanas, durante las cuales había perfilado los planes para incrementar la traída de armas.

—¡Ah, el equipo parece en toda forma este año, preparado y ansioso por lanzarse al ataque! —ensalzó Duffy—. Fíjate bien, Doxie me ha dicho que vamos a ser campeones, y yo estoy completamente de acuerdo. No perderemos los partidos de temporada como nos ocurrió el año pasado.

—No, no los perderemos —aseveró Conor—. Seremos duros.

—Y me han dicho que se habla de ir a Australia. Por Dios que ya me veo abriendo las válvulas en aquellas grandes extensiones.

—Pero sin que yo monte, confío. Oye, Duffy, muchacho; ha pasado muchísimo tiempo entre copa y copa.

—Estuve ocupado, gastando las ruedas del tren. En un mes no he pasado más de una noche seguida en Belfast.

—¿Qué te parece si comiéramos juntos y esta noche bebiéramos unas rondas? —preguntó Conor.

—Muy bien, muchacho, muy bien. Es una gran idea.

Duffy O'Hurley se hospedaba muy a placer en el hotel Balmoral de la arteria Lisburn Road, en un barrio al que se le solía conceder la benévola calificación de mixto. Como hombre cuya talla salvaba fronteras de secta, Duffy se recreaba en su propia imagen. Se hallaba a un corto paseo nada más de los hogares de su hermana y su cuñado Calhoun, y de su amigo íntimo Doxie O'Brien.

Conor se alarmó apenas Duffy le dio entrada en su apartamento. El talludo maquinista llevaba los ojos de medianoche, a pesar de que sólo eran las siete de la tarde. La botella de encima de la mesa estaba medio vacía de tanto suministrar coraje, mercancía que, según se veía claramente por su nerviosismo, el pobre de Duffy tenia que adquirir a cada momento.

—Quería hablar contigo; pero, como sabes Frederick no me ha dejado un momento de reposo. Está en contacto permanente con el Castillo por esas huelgas laborales.

—¿Qué tienes en la cabeza, Duffy?

—En primer lugar, que ningún elemento de la Hermandad se enfurezca conmigo. Hice todo lo que me pedisteis. Calhoun y yo hemos discutido el caso. Teniendo en cuenta que nos entregarán un tren nuevo y que se acerca una nueva gira, queremos salirnos. Con un año de este tormento, basta.

—¿Ha salido mal algo?

—No es nada en particular; sencillamente, estoy harto.

—Es un mal momento para dejarlo. El plan funciona a la perfección, y todavía tenemos montones de armas que traer.

—Al paso que vamos, tardaremos diez años en traerlas todas, y entretanto algo habrá, antes o después, que mande al diablo la combinación.

—¿Necesitas más dinero? —preguntó dulcemente Conor.

—En verdad que no. Todo lo que hago con él es gastarlo en bebida o en el juego. Se trata de esa cochina tensión. Me paso la mitad de los días, y también de las noches, imaginando excusas para llevar el tren allá, o para traerlo acá… A veces, cuando pienso que iré de vacío, me cargan unos cuantos criados, o algunos jefes de

segunda fila. Y esa porquería de entrar en la fundición de Owen cada vez que vamos a Liverpool me destroza los nervios. Luego, a veces me paso dos semanas corriendo por Irlanda con los malditos fusiles en el ténder. Esto arruina mi salud, Conor.

—Tienes que resistir una temporada más —dijo llanamente Conor—. He trazado unos planes para aumentar la capacidad de cada viaje hasta un millar de rifles, poco más o menos.

—¡Oh, basura! —gimió O'Hurley—. Ya se me había ocurrido la cochina idea de que ibas a cortar a rebanadas todos mis vagones. Se me ha ocurrido como visión milagrosa apenas he oído decir que sir Frederick encargaba el diseño de un vagón particular nuevo. Le he dicho a Calhoun, y éstas han sido mis mismas palabras: «Cuando Conor se entere querrá convertir el tren en un arsenal rodante.» Amigo, quiero estar fuera del complot antes de que la nueva locomotora pise las vías. Si tenías la idea de preparar los vagones dentro de los talleres, olvídala. Esta vez nos costaría el pellejo, tenlo por seguro.

Duffy atacaba la botella con furia. Conor evaluaba a un hombre sujeto a una crisis de nervios. Sería inútil querer apretarle los tornillos ahora. En el estado de ánimo en que se encontraba, y con su temperamento, podía dar un traspié serio, o acabar de emborracharse y revelarlo todo.

Conor se sirvió una ración corta de bebida, observando al maquinista, que luchaba por dominar la agitación del sublevado pecho y luego se limpiaba las gotas de sudor.

Conor apuró el vaso y se levantó.

—Tengo que hablar de este asunto con algunas personas —dijo.

—Eh, por amor de Dios, no se os ocurra creerme capaz de hacer nada contra la Hermandad. En cuanto las cajas aquellas estén fuera del ténder, mis labios quedarán sellados; debes decírselo así.

—Cálmate, hombre, cálmate.

Duffy se tragó el nudo de la garganta y se dejó caer en un sillón, ahora que había pasado ya por la ordalía de expresar lo que tenía en el pensamiento.

—Quiero saber una cosa, bien clara, y nada de tonterías —advirtió Conor.

Duffy levantó unos ojos que volvían a estar inundados de espanto.

—¿Hay alguna otra persona, aparte de Calhoun Hanly y tú, enterada del asunto?

En este instante, Duffy se delató, con un titubeo bastante revelador. Sus ojos se apartaron presurosos de Conor. Luego el hombre comprendió que le convenía dominarse.

—No —respondió con demasiada presteza.

—Me refiero a todas las personas posibles, incluida tu hermana.

—¿Por qué imaginas que puede saberlo?

—Porque cuando estás asustado bebes, y cuando bebes, hablas. Doxie O'Brien es

tu mejor amigo, y hablas mucho con él. ¿Lo sabe?

—No, por la tumba de mi madre que no.

—Deseo que me hayas dicho la verdad; tanto por Doxie como por ti mismo.

—Debes creerlo, Conor.

—No estoy seguro. Volveré a verte dentro de unos días.

Oliver Cromwell MacIvor seguía elevando las apuestas, llevando su audacia más lejos y burlándose de sus antiguos amos. Si el odio que le inflamaba tenía un centro, este centro era el de que la nobleza le despreciaba, nunca le aceptó como a un igual, nunca le otorgó el respeto que anhelaba. Y él pensaba cobrarse caro el desaire que le habían infligido toda la vida.

Hubo que tomar una decisión al convocarse unas elecciones extraordinarias para cubrir una vacante de la Corporación Municipal de Belfast, un escaño del Shankill que ocupó un doble unionista de Weed hasta que la muerte abrió la posibilidad de disputárselo.

La primera idea que tuvo MacIvor fue la de presentarse él mismo como candidato; pero le pareció un juego demasiado arriesgado. Si perdía, su recién nacido partido lealista sufriría un golpe demasiado fuerte. Lo que hizo, pues, fue escoger al único de sus seguidores que había conquistado cierta categoría social y se hallaba unos centímetros por encima del nivel de la masa, constituyendo una réplica de la fachendería de los nobles.

El primer candidato que representaría al partido lealista sería el teniente coronel Howard Harrison, retirado ya del ejército y «comandante» titular de las tropas de MacIvor.

HHH, como solía llamarle todo el mundo, era un sujeto amargado que no cesaba nunca de quejarse de que se le tuviera olvidado a la hora de los ascensos y para la concesión del título de caballero. Y halló el licor de la venganza jugando a los soldados al frente de las tropas de MacIvor.

La elección suplementaria para el escaño del Shankill se convertía en un punto focal. Cuando una huelga general estremeció todo Belfast y saltó sobre las fronteras de las sectas, uniendo en el mismo objetivo a obreros católicos y protestantes, MacIvor advirtió que la fortaleza de Weed se había vuelto vulnerable. Por aquellas fechas, el brigadier Maxwell Swan tenía las manos completamente ocupadas con la situación laboral, y para hacerle más difícil la tarea, la gente de MacIvor hacía campaña abiertamente, en los astilleros, por HHH. Como nadie replicó a la campaña, los Caballeros de Cristo que trabajaban en el complejo empezaron a celebrar reuniones de rezo en común, durante la hora del almuerzo, casi obligando a los trabajadores a que asistieran. Utilizaban una táctica muy sencilla. ¿Que camino más corto para desafiar a Weed y destrozarle que el de actuar dentro de su propio imperio?

Las unidades especiales de Swan habían de cargar ahora con la tarea adicional de vigilar de cerca las actividades del moderador.

Con la temporada de los desfiles al llegar y los tambores Lambeg desplegados delante de las logias de Orange, el millón de banderas se abría como flores silvestres. Weed Ship & Iron Works iba adquiriendo el carácter de una bomba sin estallar.

—O'Hurley está asustado —anunció Conor—. No es demasiado listo, y su fogonero le dobla todavía en estupidez. No tengo pruebas, pero creo que se lo ha explicado todo a Doxie O'Brien.

Largo Dan se había pasado la vida viendo murallas que se le derrumbaban encima, a pesar de lo cual no estaba totalmente inmunizado contra el fenómeno. Y la Hermandad necesitaba las armas desesperadamente.

—Cosa típica —refunfuñó—. No veo que podamos hacer nada, sino dar por terminada la operación.

—No del todo —objetó Conor—. Tengo que realizar una tentativa más. Los planes están elaborados. Si el tren pasa unas semanas quieto en los talleres, sé que podré efectuar las adaptaciones requeridas. Weed hará un último viaje a Inglaterra antes de vender la locomotora vieja. Yo digo que en pago de dejarles salir del complot hemos de obligar a O'Hurley y Hanly a traer la última remesa.

—¿Cuántas armas?

—Hasta un millar de Lee-Enfields y quizá más.

—¿Qué diablos debo decir, Conor? Tú sabes lo que significa para nosotros disponer de esas armas; pero también sabes el riesgo.

—Yo digo que debemos intentarlo. Ese será el precio. Un viaje más, un millar de rifles, y luego la operación se da por terminada.

El puño de Dan batía un redoble sobre la mesa.

—No rehuyo la responsabilidad; pero habrás de ser tú quien elija; la decisión depende de ti únicamente.

—Adelante —dijo Conor.

Largo Dan hizo un gesto de conformidad.

—En cuanto hayas efectuado la conversación, quiero que abandones el astillero de Weed. Podemos ocuparte en cosas más provechosas que jugar al rugby en Inglaterra.

—Sí, si puedo decir la verdad, estoy más que dispuesto. Aquello se está poniendo feo, Dan, condenadamente feo. Reuniones para orar y vigilias; comentarios sobre motines. Es un sitio desagradable.

—¡Uf! —exclamó Dan riendo—. Es Belfast. Belfast siempre ha sido así.

El plan final de Conor requería otras dos cajas de bronce en el depósito del agua, una en la carbonera, dos menores en la locomotora y una serie de planchas debajo de la carrocería de los vagones, formando una serie de falsos suelos. La meta: un millar de rifles.

—Eso es, muchachos —dijo Conor, mirando primero a Duffy O'Hurley y luego a Calhoun Hanly—. No quiero que se hable de ello, a menos que topemos con dificultades técnicas. En todo otro caso, o traéis las armas o sufrís las consecuencias.

El fogonero movió la cabeza indicando que lo comprendía.

—¿Duffy?

—Sí, pero jura que es la última remesa; júralo.

—Os he dado mi palabra.

—Sí —aceptó O'Hurley.

—Haremos todos los arreglos que podamos en los talleres. El resto se hará en Liverpool.

Conor se puso en pie y arrojó un paquete de dinero sobre la mesa.

—Aquí va la mitad por adelantado. En prueba de buena fe por nuestra parte. La Hermandad se propone cumplir su palabra en todas las cuestiones. ¿Lo comprendéis? En todas las cuestiones.

6

Era el 4 de Julio, día de la Independencia americana. Del mismo modo que los ulsterianos se comparaban a los antiguos hebreos que vinieron a la tierra prometida del Ulster, se identificaban no menos vehementemente con la emigración escocesa-irlandesa en América.

Por lo demás, todo motivo para sacar la banda a la calle les parecía satisfactorio. La temporada de los desfiles se acercaba a todo vapor. Weed Ship & Iron Works flotaba en un océano de Union Jacks, rojo, blanco y azul y una bibliografía de gritos de combate orangistas.

Era también la época de los rumores. Lenguas melosas hacían rodar los rumores del año, puntuados por el tronar de los Lambeg. El rumor de una venta por parte del Parlamento británico; el rumor de un complot papal; el de una conspiración de los católicos para conquistar la igualdad en el Ulster mediante huelgas obreras; el rumor de una depresión que se acentuaría.

A la hora del mediodía había de tener lugar la concentración anual en el muelle seco Big Mabel, donde una masa de bandas de Orange interpretaría música, y se conmemoraría con oraciones la gran fiesta americana. Como se acercaba la elección suplementaria, el partido lealista reclamaba que se permitiese que el teniente coronel Howard Huntly Harrison dirigiera la palabra a los reunidos, tal como estaba dispuesto que se la dirigiría el candidato unionista. Al negársele el permiso, corrió el rumor de que los Caballeros de Cristo provocarían desórdenes.

Conor repartía su tiempo entre el taller de locomotoras y el trabajo de restauración en el medio terminado Museo de Ferrocarriles y Marina, en el otro extremo del complejo. Aquel determinado día estaba en el edificio del museo, montando una locomotora «Folkstone» de 1850, del ferrocarril del sudeste. Ya cerca de las doce, se quedó completamente solo; todos los demás se habían ido al Big Mabel para tomar parte en los festejos. De pronto apartó la vista de las piezas dispersas y descubrió a Robin MacLeod que entraba en el edificio respirando fatigosamente como si hubiera corrido con todas sus fuerzas.

—¡Hola! —le saludó, lleno de curiosidad. Al ver la expresión de pánico de Robin, la primera idea que se le ocurrió fue que le había sucedido algo a Shelley.

Robin paseó una mirada a su alrededor para asegurarse de que no les oía nadie.

—Tengo que decirte una cosa —anunció con voz entrecortada—. Te he buscado por todas partes…

—¿Qué pasa?

—Mira, amigo, no preguntes; pero no vuelvas al astillero.

Del concierto de bandas, a casi medio kilómetro de distancia, llegaban las notas de *Dixie*. Conor se dio cuenta al momento. ¡Un motín! Casi el total de los doscientos

católicos del astillero, incluidos los jugadores del club, trabajaban en la planta del cobre cerca de los talleres de locomotoras. Fuese por la causa que fuere, era la única artesanía que no traían de Escocia. Siempre que había conflictos en el astillero, el taller del cobre era el primero que sufría. ¡Y en esto Conor recordó! ¡Duffy O'Hurley y Calhoun Hanley estaban hoy en el taller de locomotoras!

—Habrá revuelta, ¿verdad?

—No preguntes nada; márchate, nada más.

—La gente de MacIvor, esos Caballeros…

—Mira, amigo, ¿quieres marcharte, y basta?

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Morgan lo ha oído en la iglesia.

—¡Vaya cochina iglesia! —escupió Conor—. ¿Has avisado a los otros muchachos?

—No puedo, Conor, no puedo. No me importaría por mí; pero no costaría nada deducir quién dio el aviso, y esto podría significar la ruina de Morgan.

—¡Son tus compañeros!

—O ellos, o mi padre. Los muchachos del club sabrán pelear por sí mismos. Pero…, pero…, pero…, había de avisarte a ti, pasara lo que pasase.

—Apártate de mi camino —gritó Conor.

—No dejaré que te quedes, Conor. Los otros no me importan, pero tú eres como un hermano para mí.

—¡Yo no soy hermano tuyo! ¡Yo vomitaba por dentro cada vez que entraba en tu casa y veía la cochina faja de Orange colgada allá! ¡Échate a un lado, muchacho!

Robin se echó atrás, pero sus dedos volaron hacia el pecho de Conor.

—No dejaré que vayas.

Mientras Conor trataba de apartarle, Robin le envió un par de ganchos al rostro; pero hicieron muy poca mella en el herrero y no detuvieron su impulso. Las forzudas manos de Conor cogieron a Robin y lo arrojaron al suelo como si fuera un saco. Pero cuando emprendía la marcha, Robin se le cogió a las rodillas y le hizo caer por detrás en un placado brutal. Ambos se revolcaron por el suelo, agarrando y pegando en busca de un asidero, y cuando la pelea se hizo más salvaje, las rodillas y los codos chocaron y golpearon.

Ojalá estuviera en Dixie, huuray, huuray.

Conor se puso en píe primero, pero con Robin montado sobre él. De nuevo las fuertes manazas consiguieron libertarle, y los dos contendientes quedaron plantados nariz contra nariz, vapuleándose, hasta que Robin vaciló y retrocedió bajo los golpes. Luego se echó adelante, medio atontado. Conor le rodeó con un terrible abrazo de oso hasta hacerle jadear falto de aire. Robin perdió las fuerzas, el rostro se le puso

morado y los ojos se le pusieron en blanco. Se había desmayado. Conor le soltó y su cuerpo se derrumbó sobre el suelo.

¡Un segundo después abría la puerta de un tirón! El camino más corto consistía en cruzar diagonalmente a través del terreno de juego, bajar por la ruta del canal y cruzar el elevado puente hasta el costado de la fundición de acero.

Robin MacLeod consiguió levantarse y le atacó por detrás. Bum, en la nuca, bum, bum, bum. Conor giró sobre sus talones y mientras Robin reunía fuerzas para una última arremetida recibió un durísimo revés, seguido de un puñetazo espantoso al estómago. Cuando Robin caía de rodillas, Conor le dio un puntapié en la mandíbula, le levantó y le asestó el golpe final que había de dejarle inconsciente.

Cuando Johnny vuelve desfilando de nuevo hacia el hogar, hurra, hurra.

¡La sirena del mediodía dejaba oír su alarido!

La hierba se fundía bajo los pies de Conor, y las tribunas presidenciales se convertían en una mancha borrosa. ¡Por el canal del rey Guillermo abajo hasta el puente! Subió los peldaños y se detuvo un instante en el centro.

—¡Oh, Dios mío!

Varios centenares de hombres venían hacia él blandiendo porras con púas en las puntas, palanquetas, llaves inglesas y remaches. Conor salió disparado y bajó las escaleras hacia la fila de pequeños talleres auxiliares, echando a correr hacia el del cobre.

—¡Motín! ¡Motín! ¡Católicos fuera de la entrada este! ¡Motín! ¡Motín! ¡Católicos fuera!

Mientras una confusión de gente se derramaba más allá para huir por la parte trasera, Conor volvió a la entrada y vio que se extendían ya por el puente. Entonces miró atrás. Los católicos buscaban la seguridad en la huida, con una fracción de segundo de ventaja.

—El taller de locomotoras —musitó—, el taller de locomotoras —avanzó pegado a los edificios; llegó al final y se dispuso a lanzarse por terreno descubierto en el preciso momento que la turba llegaba al taller del cobre e irrumpía adentro, pegando a diestro y siniestro.

—¡Cerdos papistas!

—¡Muerte a los Taigs!

—¡Matadlos!

—¡Joded al Papa!

—¡Traidores!

—¡Allí hay uno!

Serpeando por las instalaciones del taller de locomotoras gracias al perfecto conocimiento adquirido de aquel lugar, encontró a Duffy y Calhoun entretenidos en la

oficina del capataz completamente ajenos al caos del exterior, Conor los cogió a los dos y los arrastró fuera de la oficina.

—¿Te has vuelto loco?

—¡Hay un motín en marcha!

—¡Oh, Jesús, ten piedad!

Conor miró a su alrededor, buscando una ruta de escape. No había ninguna. En las empañadas ventanas aparecían imágenes confusas de amotinados, que rodeaban el edificio.

—Arriba, a la locomotora, ¡rápido! —ordenó Conor—. Escondeos dentro de la caldera.

—Sube con nosotros —le gritó Duffy.

—No, saben que estoy aquí dentro. Lo destrozarían todo buscándome, y entonces os encontrarían a vosotros, además. ¡Hala, hala, hala!

Mientras los otros dos desaparecían, tratando de ponerse a salvo, Conor se permitió unas cuantas inhalaciones profundas para recuperar fuerzas, y luego se encaminó hacia la puerta principal, en el mismo instante que la reventaban. Al verle allí, tranquilo y sin armas, el tropel se detuvo.

Vessey Bain, un sujeto que odiaba a los católicos hasta la demencia y el más noble Caballero de Cristo del astillero, silbaba de rabia; pero aun así comprendía que atacar a Larkin no traería consecuencias demasiado agradables.

—Deja paso, Larkin —chilló—. Aquí dentro hay Taigs y venimos en su busca.

Conor se mantuvo en su puesto.

—¡So papista jodido, hijo de perra! ¡Tú no tienes más privilegios que nadie!

—¡Un lameculos de Weed; eso es, ni más ni menos!

—¡Sí! ¡Matad al cabrón!

Antes de que Vessey pudiera tomar una decisión, del tropel de gente salieron disparados media docena de remaches, uno de los cuales dio en la sien de Conor y le sumió en las tinieblas.

Conor recobró el conocimiento después de recibir un balde de agua en el rostro, y quiso hacer un esfuerzo; pero advirtió que estaba inmovilizado; le habían atado, abierto de piernas y brazos a los radios de una rueda de locomotora.

Carentes de sangre católica por culpa de Larkin, que dio la voz de alarma, decidieron pasarle cuentas. Vessey Bain le escupió en la cara y le dio puntapiés en las espinillas, sudando como un maníaco y medio sofocado de rabia. A pesar de que los demás gritaban que acabara con él de una vez, prevaleció el instinto de no meterse en un conflicto demasiado gordo.

—La muerte sería poco para él —refunfuñó Vessey—. Pongámoslo un buen rato en muelle seco. ¡Dejemos que Joey Hooker entre en acción!

Tiempo atrás Hooker era un púgil del peso medio bastante aceptable, hasta que

los golpes le nublaron el cerebro. Sir Frederick lo contrató por hacer una obra de caridad. Hombre que pensaba muy poco por sí mismo, a Vessey Bain le había convencido de alistarse en los Caballeros de Cristo. Quería disponer de los puños del ex boxeador.

Hooker se rió con carcajada necia del hombre atado frente a él. Pop, pop, pop, llovían sus puñetazos sobre el rostro de Conor; pop, pop, pop. Un derechazo en el estómago… ¡bum!

El esfuerzo de cada golpe hacía resollar la aplastada nariz de Joey Hooker.

Con los gritos de aliento elevándose a su alrededor, estaba otra vez en el ring defendiendo el título de campeón del Ulster de los pesos medios. Tenía un desgarrón en el párpado y al tambalearse fue a buscar el refugio de las cuerdas y luego salió disparado, machacando, soltando golpes… «¡Pega, Joey, pega!», le gritaba su manager, y la muchedumbre lo destrozaba todo delirante de entusiasmo al ver su reacción. «¡Pega! ¡Pega! ¡Mátale, Joey, mátale…! Es tuyo, Joey… Pega… pega… pega…»

7

Calhoun Hanly sostenía a Conor contra la pared mientras Duffy O'Hurley buscaba en los bolsillos y encontraba la llave. Cuando se abrió la puerta, Conor quiso entrar por sí mismo y hasta logró internarse, dando traspiés, por el vestíbulo; pero se derrumbó al pie de las escaleras.

Los dos musculosos camaradas le pusieron en pie, pasaron sus brazos por encima de los hombros y le arrastraron escaleras arriba. Conor colgaba inerte; un fuerte dolor recorría su cuerpo y le hizo soltar un alarido. Los otros avanzaban trabajosamente, un peldaño después de otro, hasta que por fin llegaron al descansillo. Cuando Duffy se volvió para abrir la puerta del piso, Conor se dejo resbalar para quedar de rodillas, se cogió a la barandilla, se levantó, consiguió meterse en la habitación y se quedó inmóvil, tambaleándose; volvió a caer y se arrastró hasta la cama, cogiéndose a las sabanas para volver a izarse; pero rodó de espaldas, haciendo caer las sábanas sobre su cuerpo.

Calhoun encendió una cerilla, encontró el tubo del quinqué y la luz se propagó mansamente. Él y O'Hurley se apresuraron a ayudar al herido.

Shelley apareció de pronto, vino hasta Conor y vio el cuadro. Su amado tenía ambos ojos escondidos tras sendas rendijas y una mezcla de colores fuertes, y los labios demasiado partidos para poder hablar. Shelley no lloró ni gritó, sino que se abrazó a él como a la vida misma, luchando contra las lágrimas que querían acudir a sus ojos y la sensación de náusea que la invadía.

—Súbanle a la cama y ayúdenme a desnudarle —al final cuando Hanly le quitó la camisa y los pantalones a Conor, hubo de apartar los ojos. Él cuerpo había quedado amarillo y morado a fuerza de golpes, desde los muslos hasta los hombros.

Shelley escondió la cara entre las manos, mientras Duffy le rodeaba los hombros con el brazo para darle fuerzas.

—¿Está muy mal?

—Está muy destrozado. Puntos dentro de la boca, la mitad de las costillas rotas y un par de fracturas pequeñas en el pómulo. Tiene una colección de puntos en la cara y la cabeza. El doctor le ha hecho una radiografía del cráneo. Gracias a Dios, ahí no ha sufrido daños.

—¿Por qué no le han dejado en el hospital?

—La turba sigue merodeando por ahí. Él ha vuelto en sí el rato suficiente para pedir que le sacásemos. Yo he telefoneado a ciertas personas de Dublín, en su nombre. Unos muchachos armados están en camino… Y no me pregunte más.

—Yo le cuidaré.

—Sí, venga acá, muchacha.

Duffy desenvolvió un paquete de medicamentos, entre los que había un frasquito

de morfina y una jeringa. Repasó luego las instrucciones del médico, y a continuación colocaron debidamente al lesionado, entre los tres, y le inyectaron una dosis de droga.

—Gracias —dijo Shelley.

—De nada. Si no hubiese sido por él, yo quizá estuviera muerto a estas horas. Vigile bien. ¿Lo hará?

—No nos pasará nada —aseguró ella.

Los dos hombres salieron. Shelley cerró la puerta, fue rápidamente al escondite que Conor se había arreglado debajo de la pila, encontró su pistola y luego se situó al lado de la cama, con el arma en el regazo.

Veinte horas después una Shelley rendida de sueño dejaba entrar un poco de luz en la habitación. Corrió las cortinas, subió la persiana y miró abajo, a la acera, donde un par de muchachos esperaban, recostados contra la pared, las manos en los bolsillos, matando el rato. Uno de los dos dio un codazo al otro; entonces ambos levantaron la vista… Uno de ellos se quitó la gorra un momento y movió la cabeza a guisa de saludo, para indicarle que la casa estaba guardada.

Conor parpadeó, hizo un esfuerzo para abrir algo más los ojos y soltó un lastimero gemido, al punzarle nuevamente el dolor. Momentos después procuraba recobrar el dominio para volver la vista de la mente hacia atrás y recordar lo sucedido. Pausadamente, sacó una mano fuera de las sábanas y se tentó la boca y los vendajes que le cubrían las orejas y el cráneo. Los dolores que sentía por todo el cuerpo casi le imposibilitaban todo movimiento y hacían que cada inspiración fuese una tortura.

—Shelley…

—Estoy aquí.

—Shelley…

—No hables, amor mío. Has pasado por una prueba terrible. El médico ha venido y se ha marchado ya. Ha dicho que si se lo hubieran hecho a otro habría podido quedar tullido, y hasta muerto. Tardarás unas semanas en poder levantarte y unos meses en dejar de sentir dolores, pero quedarás perfectamente bien.

—Agua…

Shelley apoyó el hombro contra su espalda para ayudarle a incorporarse. La mitad del agua se le derramaba por la barbilla y el cuello, porque no podía controlarla.

—Robin volvió a casa corriendo, y luego fue a la tienda de Blanche. Yo vine aquí y esperé. Los dos ferroviarios te trajeron. Conor, ya no te dejaré más.

Mientras la mujer volvía a tenderle bien en la cama, las lágrimas manaban de los ángulos de los ojos del hombre.

—Ssssttt, sssttt. De esta manera no ha salido bien, amigo. Preferiría estar muerta que soportar otros nueve meses de este tormento.

Los sonidos guturales de Conor, al sollozar, hicieron brotar las lágrimas en los ojos de Shelley.

—Y será inútil que quieras echarme, porque cada vez que me eches, volveré —dijo. Conor buscó a tientas, hasta que ella le dio la mano—. No me importa lo que estés haciendo, Conor. Me da igual. Yo no pido el mundo entero. Sólo le pido a la vida que me deje pasar contigo todo el tiempo posible. Es lo único que necesito, amor mío.

—Shelley…, yo destrozaré tu vida…

—Claro, ya la has destrozado. Estar separados es la desgracia mayor que me puedan imponer. Escucha. Hay una cosa de la cual estoy completamente segura. Cuando salgas por esa puerta, no te preguntaré nunca adonde vas ni qué haces. No exigiré que me dediques ni un minuto que no puedas regalarme libremente. Pero cuando hayas terminado la jornada, allí donde esté tu cama, allí estaré yo, desde ahora en adelante…

8

¡Frederick Murdoch Weed y el brigadier Maxwell Swan replicaron al motín con una rapidez que quitaba el aliento! La segunda mañana la turba seguía remolineando por el canal del rey Guillermo, y cuando los católicos vinieron a trabajar, estalló la lucha. Como el día anterior no habían podido llenar su copa de sangre, los Caballeros de Cristo querían más. Mataron a un católico, y a otro le infligieron heridas graves.

El personal de la escuadra especial de Swan localizó a los dirigentes, y durante el día se dictaron órdenes de detención. Aquella misma tarde. Vessey Bain, Joey Hooker y otros veinte Caballeros fueron aprehendidos, acusados y encerrados en la cárcel de Crumlin Road, sin fianza, por incitación a la revuelta, notables daños contra la propiedad, en el astillero, y el asesinato del obrero católico.

A los demás se les advirtió que estaban bajo sospecha, en el trabajo, hasta que se hubiera demostrado su inocencia. Y se prohibió toda nueva reunión «devota» y toda asamblea de Caballeros de Cristo, en el astillero, so pena de despido inmediato.

El reverendo MacIvor, que se hallaba en Cookstown, regresó inmediatamente a Belfast y anunció una concentración de protesta, al aire libre, en los escalones del Ayuntamiento. Convocó al teniente coronel Harrison y al cuadro superior de Caballeros para trazar planes de reagrupamiento, consecuencia lógica de los cuales había de ser una marcha, luego, hacia la cárcel de Crumlin Road. La reunión quedó interrumpida por la súbita aparición de un representante de la oficina del fiscal general, quien les informó de que el permiso solicitado para dicho reagrupamiento había sido denegado, que la reunión sería ilegal y que si desobedecían la orden se exponían a sanciones muy graves.

Mientras se montaban con gran rapidez las líneas de combate, MacIvor recibió aviso de que los cuarteles militares de Holywood, Lisburn y Bainbridge se hallaban en estado de alerta, contando además con unas unidades de apoyo del *Constabulary* para converger sobre Belfast, si MacIvor quería poner a prueba la seriedad de la prohibición.

En el pasado, pequeñas formalidades como éstas de solicitar permisos para reuniones al aire libre se cumplían muy por encima, y tampoco se solía exigir que se cumplieran. Las revueltas que se producían habían tenido siempre un carácter anticatólico y se consideraban actividad legítima para aliviar la tensión y los temores de los obreros protestantes. Después de una revuelta de aquel tipo, en caso de que hubiera tenido cierta importancia, una comisión de investigación solía condenar el comportamiento de los que habían participado en ella, pero raras veces se llamaba a nadie para que prestara declaración.

Esta vez la revuelta se había dirigido contra Frederick Murdoch Weed y la reunión y la marcha se dirigían contra un establecimiento penal de la Corona. De

modo que el juego era muy distinto. Oliver Cromwell MacIvor podía haber conquistado la atención de las masas, pero el conjunto Hubble-Weed destacaba entre los que gozaban de la consideración del Castillo de Dublín, desde generaciones, eran amigos personales de los comandantes militares y estaban íntimamente aliados con el aparato judicial y el de orden público.

Durante las horas siguientes, el moderador y su gente hubieron de considerar la diferencia que había entre abrirse paso a guisa de matones por un enclave católico indefenso, y arremeter contra la Corona. El reverendo esquivó el enfrentamiento definitivo alegando divinas revelaciones y motivos humanitarios de evitar nuevos derramamientos de sangre.

El cenit de la temporada de los desfiles solía ser época de trabajo lento en Weed Ship & Iron Works. Muchísimos obreros pedían fiesta entre mediados de julio y mediados de agosto para poder participar en la plétora de actividades orangistas. La pauta solía darse el 12 de julio con una concentración de logias y bandas de toda Irlanda, la marcha a través de Belfast y la reunión en Finaghy Field. Al día siguiente tenía lugar una multitudinaria concentración en Scarva Castle para la representación anual de la batalla del Boyne. Los pies orangistas estaban en movimiento un mes entero, culminando en Londonderry para el día de los Aprendices.

Por otra parte, se iba entronizando más y más la costumbre de dar vacaciones a los trabajadores, durante esta época del año. Las agencias de viajes, institución que operaba en Inglaterra, desde varios decenios atrás, se estaban introduciendo en el Ulster y organizaban giras colectivas por Inglaterra y el sur de Irlanda, a precios especiales.

Para adaptarse a la situación, se habían establecido turnos entre la fuerza obrera, dejando la mitad libre y la mitad en sus puestos. Este año, en cambio, se anunció lisa y llanamente que Weed Ship & Iron Works cerraría el 10 de julio y seguiría cerrado hasta nuevo aviso. Con esta medida, sir Frederick atacaba directamente el corazón y las gónadas de la situación. Aunque ligeramente disimulado, se trataba de un cierre económico con el índice apuntando claramente a Oliver Cromwell MacIvor como instigador.

El 8 de julio, dos días antes de la fecha señalada para el cierre, todo Belfast se despertó, a las tres de la madrugada, a causa de una tremenda explosión en el Shankill, una explosión que destrozó los cristales de las ventanas en un radio de mucho más de medio kilómetro e iluminó la noche con una claridad cegadora. Cuando el polvo se hubo posado, el Centro Misionero y Teológico Universal Presbiteriano y su servicio contiguo de publicaciones habían dejado de existir.

Aunque la explosión se cargó en el haber de los agitadores laborales, sediciosos y papistas, muchas personas pensaban de otra manera. La breve guerra parecía condensarse en un solo problema, o sea, el de las inminentes elecciones para el

puesto vacante del Shankill. Si triunfaba el teniente coronel Howard Huntly Harrison, su victoria proclamaría el éxito de un candidato populista y que el orden nuevo había llegado para quedarse, a pesar de las duras contramedidas de la clase dominante.

Naturalmente, si triunfaba el candidato unionista de Weed, el sueño que el moderador acariciaba desde tanto tiempo sufriría un contratiempo espantoso.

La casa de Doxie O'Brien, grande y confortable estaba enclavada cerca de la Quenn's University y del Jardín Botánico, en un hermoso sector de Belfast donde se recibió gustosamente a los católicos opulentos. La proximidad a la universidad insuflaba aires de liberalismo y de alejamiento del sectarismo típico del resto de Belfast. Los profesores, abogados y médicos católicos que, con Doxie O'Brien, vivían allí se daban cuenta y se enorgullecían de esta diferencia, de su carácter de personas selectas.

Duffy O'Hurley, íntimo amigo de Doxie, vivía unas manzanas más allá, como también los Hanly. Era un hermoso lugar donde criar a los hijos.

Un mes después de la revuelta del astillero, Conor pudo levantarse, todavía con el cuerpo rígido y las costillas protegidas con esparadrapos. Su colección de heridas quedaba reducida a límites tolerables.

Doxie se hinchaba de satisfacción y vanagloria mientras enseñaba la casa a Conor y le presentaba su interminable lista de hijos, uno de los cuales (una niña) llevaba el nombre de la reina, y otro, el de Frederick Weed. Fueron a sentarse en el rincón de las glorias de Doxie, una guarida recubierta de fotografías. Doxie abrió la botella de whisky. Lo mismo que se vanagloriaba de su casa, sus muebles y sus bien vestidos hijos, se enorgullecía también de la calidad de su licor: «Bushmills», etiqueta negra.

—¿Qué pasa, Doxie?

—Como sabes, aunque el astillero está cerrado, sir Frederick ha continuado pagando el salario a los muchachos del club, la mayoría de los cuales trabajaban discretamente en Rathweed Hall.

—Así me lo habían contado.

—Confidencialmente, nos ha informado, a Derek y a mí, de que este año piensa salir de gira, como siempre. Sería una lástima cancelarla. Yo creo que podemos aspirar al campeonato. Bueno, sea como fuere, me he tomado la libertad de consultar al médico, y éste opina que dentro de unas seis semanas volverás a estar en condiciones de jugar.

Conor no dijo nada. Doxie había sido un buen jugador y un entrenador bastante decente; pero no poseía el arte de disimular sus propósitos. El hombre paladeó el «Bushmills» y se puso a deambular por la habitación, vivamente preocupado.

—Como ya sabes, probablemente, ninguno de los muchachos católicos ha vuelto a los entrenamientos.

De modo que ahí estaba la cuestión. Conor se preguntó por qué Frederick Weed había elegido a Doxie como emisario, estando, como estaba, en buena relación con él. El único motivo posible lo daba el caso de los jugadores católicos, y la verdad era que mejor habrían podido discutir el caso sir Frederick y él que ahora él y Doxie. A Conor se le ocurrió pensar una vez más lo que ya sabía, o sea que los británicos todavía no habían aprendido nada sobre los irlandeses, después de siglos de tratar con ellos.

—No hay que maravillarse de que no volvieran —comentó—. Tenían muchas probabilidades de terminar como terminé yo.

—Este es el caso, seguramente —convino Doxie—. De todas formas, yo he hablado con ellos, uno por uno, separadamente. Ya sabes, como todos somos de la misma fe… Bueno, sir Frederick me ha encomendado la misión de volver a reunir toda la familia, por así decirlo. Ha concedido una gran prioridad a la cuestión, que también significa muchísimo para mí, personalmente. Además, hay que tener en cuenta la gira por Australia.

El silencio de Conor le irritaba.

—Bien, he ahí el caso, Conor. Si tú convocases una reunión de los muchachos católicos y les dieras la consigna, volverían a entrenarse. Sir Frederick me ha encargado que te diga que te necesitamos en el club, aunque no puedas jugar.

—Ya le responderé —dijo Conor, levantándose para marcharse.

—¡Vaya una manera de portarse! —estalló Doxie, con un dejo de desesperación. Necesitaba una respuesta—. Le debes cierta fidelidad a sir Frederick.

—¿Por qué?

—¿Por qué, hombre de Dios? ¿No ha encerrado en el calabozo a Vessey Bain y a Hooker? ¿Y qué me dices de haber disfrutado la hermana de Robin y tú de dos semanas de vacaciones en la bahía de Bantry? ¿No te presentaron excusas toda la familia, incluidos Jeremy y lady Caroline en persona? ¿Dónde está tu cochina fidelidad, hombre?

—Después de haberme regalado lo mío a mí, al día siguiente volvieron y asesinaron a Nappy Flynn. Lo destrozaron a golpes de tal modo que su mujer y los ocho hijos ni siquiera lo reconocían. Y Dick Talbot, después de veinte años en el astillero, se pasará el resto de la vida en una silla de ruedas. ¡Y sin una cochina libra de subsidio!

—Sir Frederick no puede comprometerse a sostener a todas las condenadas viudas ni a todos los imposibilitados de Belfast. Sería un precedente peligroso. El hombre ha de cuidar de sí mismo, ni más ni menos.

—Sí, claro, es bueno con sus monos favoritos, pero no te creas que encerraron a Hooker y Bain en la cárcel por mí. En cuanto a Larkin y Weed, el saldo está nivelado. Valor entregado, valor recibido; de modo que ahórrate esa historia de la fidelidad.

Doxie se retorcía las manos. No podía decirle a Conor que necesitaba

imperiosamente la gira por Australia. Weed y Crawford habían prometido nombrarle entrenador y gerente del nuevo equipo de Sidney. Tenía que llevarles nuevamente los muchachos católicos.

—Tú lo entiendes mal, Conor. Es la agitación de los radicales y los anarquistas lo que enloquece a los protestantes y los subleva. Weed ha levantado ese astillero con sus propias manos.

—Sin duda, Doxie. Y es conveniente que algunos católicos, como usted mismo, lo comprendan tan bien.

Doxie se puso color carmesí; luego empezó a resoplar.

—Puedes censurarme por mi lealtad. Yo era un mick del otro lado, con un pie en el arroyo y el otro en la sepultura cuando Derek me recogió. Tienes muchísima razón; soy leal y pienso que ha llegado la hora de que los otros católicos del equipo a quienes el amo trata con tanta decencia le otorguen a él la misma consideración. Me ha dicho, personalmente, que quiere este campeonato como no ha querido nada en su vida. En nuestras manos está dárselo.

—¡Cristo, Doxie! ¿Cuándo se compra el sombrero hongo y la faja color naranja?

—¡Vete al diablo, Larkin! ¡Sé muy bien qué basura llevas entre manos!

Apenas se le escaparon las palabras de los labios, cerró la boca vivamente y abrió en exceso los ojos.

—¿Qué basura llevo entre manos? —preguntó suavemente Conor.

—No quise decir nada.

—¿Qué basura?

—Nada, nada. Yo… yo… yo sólo quise decir… que no tolero una deslealtad con sir Frederick.

Conor posó una mano sobre el hombro de Doxie.

—No haga tonterías, amigo.

9

—El tren salió para Inglaterra anoche —le decía Conor a Dan Sweeney—. Curioso par de patos, esos Duffy y Calhoun. Vinieron a verme como dos chiquillos todavía en deuda por haberles salvado. Tienen unos dormitorios particulares en el segundo vagón, con cerradura y las llaves en sus manos. Están dispuestos a llenarlos de armas, sin cobrar nada por ellas. En verdad que son como veletas de campanario.

—Buena suerte. ¿Cuánto traerán?

—Con las cajas suplementarias que Owen está haciendo y lo que he arreglado yo en el arsenal, y ahora pudiendo utilizar sus dormitorios, imagino que podemos pensar en dos mil rifles y veinte mil cargadores.

Sweeney dejó el lápiz, silbó, hundió las manos en los bolsillos, paseo por el cuarto, encendió un cigarrillo y se lo fumó dándole media docena de chupadas.

—Dos mil —murmuró, como si estuviera levantando la tapa del tesoro de un pirata—. Te llena la cabeza de locuras.

Hasta este día, Conor no le había visto nunca excitado. Sweeney se recreó un momento con sus visiones; luego recobró su aire malhumorado habitual.

—¿Estás seguro de que O'Brien lo sabe?

—Duffy dice que no; pero yo creo que sí.

—¿Tendrá la boca cerrada?

—El tiempo lo dirá.

—Dos mil rifles. La línea de razonamiento es delgadísima, Conor. Una vez más debo decir que tú eres quien trata con esa gente, y tú has de ser quien decida.

—Si Doxie lo sabe, sabe también que será el último viaje. Sabe que sospecho de él. Sabe que he reunido a los católicos y los he metido en el equipo, dándole así la posibilidad de conseguir su empleo en Australia. Mirado en conjunto, si lo sabe, debería quedarse quieto. Por otra parte, puedo estar completamente equivocado.

—¿Adelante, o no, Conor?

—Por dos mil rifles hemos de correr el riesgo.

Dan hizo un signo afirmativo.

—Me pondré en contacto con Owen O'Sullivan y le avisaré que el proyecto está en marcha. Cuando hayan embarcado las armas, él enviará un cablegrama a Seamus. ¿Cuánto tiempo estará Weed en Inglaterra?

—Unos pocos días más, solamente. Ha de estar en Derry para el día de los Aprendices. —Conor gimió por culpa de unas punzadas de dolor en la espalda.

—¿Qué tal vas sanando?

—Más despacio de lo que creía.

Sweeney se concedió otra breve carcajada.

—Corre el rumor de que Bain y Hooker saldrán de la cárcel libres y sin costas.

¿Quieres que hagamos algo al respecto?

Conor le miró con recelo y movió la cabeza en signo negativo.

Era el tipo de pregunta que Largo Dan solía hacer cuando tanteaba el terreno. Dan se la había planteado intencionadamente. Le tenía demasiado presente en el pensamiento. Larkin se marcharía pronto de Belfast. Hasta el momento tenía figura de jefe. Dan estaba dispuesto a hacerle ingresar en el concejo; pero debía asegurarse bien de diversos extremos. ¿Sería Larkin capaz de abstenerse de apretar el gatillo, incluso tratándose de los que le habían dejado medio muerto a golpes? La falta de deseo de venganza de Conor, ¿a qué se debía?, ¿a buen criterio, o a debilidad?

—Recuerdo una vez, cuando Brendan Sean Barrett y yo estábamos en la cárcel de Strangeways y Brendan llamaba la atención sobre nosotros. Aquella gente estaba contra los fenianos, como demonios. Durante un mes entero, a Brendan le alimentaron con tripas de perro y gato. Y el grandísimo truhán se limitaba a mirarlos y sonreír. Acababa volviéndolos dementes. Al cabo de un tiempo hizo una huelga de hambre, les hizo perder el tino y se vieron obligados a ceder. Años después, en América, nos topamos con el gobernador de la prisión. Al jubilarse, se había retirado allá. Brendan lo dejó seco.

—¿Y…?

—Simplemente, continuó sonriendo —Dan estiró el largo cuerpo, y la eterna llama encendió el eterno cigarrillo—. Yo viví una experiencia parecida. Había habido una pelea en el patio, murió un hombre, y yo fui uno de los condenados. Desde ella veía cómo me levantaban el patíbulo. Cuando estuvo terminado, vino un guardián, que se llamaba Harold Barr… sí, Harold Barr… —los ojos del viejo todavía se encolerizaban con el recuerdo—. Harold Barr me llevaba al patíbulo todas las noches, me ataba por las piernas y me suspendía cabeza abajo, pasando por el agujero de la trampa. La longitud de la cuerda la había calculado de tal modo que faltaban sólo un par de pulgadas para que diera de cabeza contra el suelo. Barr no me soltaba hasta que le había cantado una cantilena irlandesa, o me había desmayado.

—¿Y…?

—Luego nos encontramos por casualidad. Él estaba de vacaciones, pescando lucios por Lough Derg, sobre el río Shannon.

—¿Sonreíste?

—Le rompí el cuello con las manos, nada más, y le arrojé al lago.

—¿Qué antigua parábola quieres enseñarme, Dan?

—Como sabes, vas a salir de Belfast. No sé con seguridad adónde irás. Me gustaría que formaras parte del concejo y sé qué trabajos tengo en la mente.

—¿Qué es eso?

—Tendrías que moverte mucho.

—¿Y tendría que tomar decisiones como la de romper cuellos en lugar de sonreír?

—Algo así —respondió Sweeney—. Si te pongo a la tarea que tengo en la mente, podría ser que debieras escapar.

—Háblame claro, Dan.

—El año pasado, cuando regresaste de Inglaterra, tuve una alegría. Por un momento, había pensado que te perderíamos. Lo que voy a decirte son las palabras de un anciano experimentado. Tuve pena al saber que habías vuelto con aquella mujer. Si te ascendemos en la jerarquía como yo deseo, sería un desastre total que siguieras viviendo con ella. Rompe de una vez, Conor.

—No —susurró Conor. Y se puso en pie lentamente, cogió la mesa por las patas, levantándola del suelo, la hizo rodar por el aire y la estrelló contra la pared, destrozándola—. ¿Sabes qué quiero expresar, Dan?

Había habido otros momentos como éste, por supuesto. Momentos en que a él, al comandante, le habían desafiado. Larkin le tenía confuso y desorientado. Tan intrépido en muchas cosas, tan listo… y sin embargo, tan lleno de fragilidades humanas. ¿Apretaría, o no, el gatillo contra su peor enemigo? ¿Tenía la madera del hombre dispuesto al supremo sacrificio personal que se requiriese? ¿Era demasiado lobo solitario, al estilo de Brendan Sean Barrett? Sweeney estuvo a punto de aceptar el desafío; luego, de súbito, hundió las manos en los bolsillos y apartó los ojos del hombre que tenía delante, furioso e inmóvil como una estatua.

—Comprendo qué quieres decir —murmuró—. No volveré a pronunciar el nombre de esa mujer.

10

La crisis, que para Frederick Weed empezó con la caída del gobierno conservador, había terminado. La inquietud laboral, la huelga general y la amenaza de formación de sindicatos obreros se habían despejado. Al final resultó que los obreros habían vivido pisoteados tantísimos años, y había tanta desunión entre católicos y protestantes, que, simplemente, no tuvieron nervio para alcanzar la victoria.

En su guerra particular contra Oliver Cromwell MacIvor, los resultados iban siendo igualmente concluyentes. El encarcelamiento inmediato de Vessey Bain y los alborotadores del astillero, el cierre de los talleres y la destrucción del seminario del moderador hicieron temblar el Shankill y todo Belfast Este. La temporada de desfiles se deshinchó y el tono de los discursos cambió de vitriólico a moderado. Cuando la temporada de los desfiles llegaba a su fin, lo que más preocupaba era si Weed abriría de nuevo el arsenal.

La victoria definitiva de Weed se produjo en la elección parcial del Shankill donde el candidato unionista aplastó al teniente coronel Howard Huntly Harrison y al partido lealista llevándose el ochenta por ciento de los votos. El pueblo quizá hubiera quedado desilusionado de la nobleza, pero tampoco estaba dispuesto a confiar su destino ni a MacIvor ni a las ideas liberales, que desembocaban en la autonomía.

Oliver Cromwell MacIvor se lamía las heridas, se tragaba el orgullo; y a fin de salvar un prestigio que se desvanecía rápidamente solicitó una entrevista con sir Frederick.

Weed le tuvo esperando una semana; luego le invitó a ir a Oxford, donde él estaba pronunciando una serie de conferencias de verano en el Magdalen College, ante una numerosa reunión de industriales y dirigentes.

Cuando se encontraron cara a cara en el apartamento que daba sobre el río Cherwell, el ambiente de la entrevista era muy distinto al de la última vez que estuvieron juntos. Sir Frederick fastidiaba al reverendo con el humo de un tabaco prohibido y echándose gaznate abajo un whisky igualmente prohibido.

El moderador calculaba que había habido un terrible malentendido. Rechazando toda responsabilidad por el motín, lo achacó a un exceso de celo de unos cuantos Caballeros de Cristo disparatados, a los que había que perdonar, por caridad cristiana. En cuanto a su partido lealista, dijo que nunca había tenido intención de retar al unionista, sino el deseo de identificarse más con el pueblo en problemas locales. Finalmente se preguntaba cuánto tiempo pensaba sir Frederick continuar teniendo el astillero cerrado, porque el miedo y la inquietud se extendían por Belfast Este. ¿Había la posibilidad de enmendar la situación? ¿Se podía poner de relieve la antigua unidad para levantar el abatido espíritu de la gente?

Weed miraba fija y fríamente al reverendo, mientras este llevaba adelante su disertación.

—Ha cometido un error estúpido —contestó luego—. Ha querido adueñarse del poder, y se ha caído en el fango.

—No sé qué puede llevarle a semejante conclusión —se lamentó MacIvor.

—Dejémonos de porquerías —le atajó Frederick Weed. El reverendo palideció. No podía enfurecerse, porque no tenía ningún naipe en la mano—. Quizá dentro de cincuenta años parte de esa basura populista gladstoniana llegue a las masas del Ulster y… ¡Dios las socorra!… sigan a un hombre como usted. Pero por el momento presente, las decisiones continuarán en manos de las personas más competentes para imponerlas. ¿Me expreso con bastante claridad?

—Yo he venido aquí con ánimo de conciliación —dijo MacIvor.

—Usted ha venido aquí porque le han derrotado —Weed se levantó, enlazó las manos detrás de la espalda, se acercó a la alta ventana y se puso a contemplar el hermoso y serpenteante río del exterior. Y siguió diciendo, siempre de espaldas a MacIvor—: Por desgracia todavía nos queda cierto número de intereses comunes, y se nos presentarán años difíciles. A pesar de lo aborrecible que es usted y del deseo que siento de apartarle de mí, todavía desempeña una función necesaria. Confío que en lo sucesivo la desempeñará sin dar queja ninguna.

Por primera vez en su vida, Oliver Cromwell se quedó sin saber qué decir. Tenía la cabeza hueca y privada de energías. Sin embargo, cuando se hubo empapado bien de las palabras de Weed agradeció el indulto que le concedían.

—Creo que hemos encontrado la base para un nuevo entendimiento —capituló.

—Bien. Vaya a Liverpool y espéreme. Estaré allí dentro de unos días. Luego iremos juntos a Londonderry para el día de los Aprendices, solemnidad que servirá para que usted pregone claramente que apoya en absoluto los principios unionistas en cuestiones de política nacional. Yo apareceré por su templo dentro de unos domingos y, cuando esté presente, usted anunciará desde el pulpito que gracias a mi generosidad puede empezar a reconstruir aquel centro teológico que tenía. Cuando todo esto se haya cumplimentado a mi entera satisfacción, anunciaré la reapertura del astillero, pero ni un segundo antes. Y tenga a sus cochinos Caballeros de Cristo apartados de mis asuntos —sir Frederick volvió a su mesa escritorio, echó intencionadamente una larga columna de humo al rostro del predicador y concluyó—: Puede marcharse.

MacIvor se retiró apresuradamente. Cuando su mano cogía la empuñadura de la puerta, Weed se puso en pie y golpeó la mesa con el puño.

—¡MacIvor!

El predicador se quedó de piedra.

—¿De dónde ha sacado la idea de que un aventurerillo falsamente evangélico como usted podía poner patas arriba trescientos años de experiencia imperial y

usurpar el puesto de los Frederick Murdoch Weed en el Ulster?

El 8 de agosto de 1907, Seamus O'Neill recibió el siguiente cablegrama de Owen O'Sullivan, de Liverpool: FELIZ CUMPLEAÑOS. OJALÁ VIVAS HASTA CUMPLIR DOS MIL. TODO NUESTRO AMOR. LA FAMILIA.

El día siguiente Conor se reunió con Duffy O'Hurley para almorzar juntos en el Grand Central Hotel. El hombre parecía bastante tranquilo mientras hablaban en voz más baja que el conjunto, más sosegado, de la estancia.

—¿Qué aspecto tiene el tren?

—El de un maldito arsenal; eso parece. Estaré muy contento cuando eso haya terminado.

—También lo estaré yo —dijo Conor—. Entiendo que todo marchó bien con O'Sullivan.

—Es un artista. Todo está bien escondido. Por lo demás, no me gustaría pasear demasiado tiempo aquel arsenal.

El camarero les interrumpió.

—¿Cómo te encuentras ahora?

—Voy mejorando. Ayer chuté unas cuantas pelotas. Principalmente para dar moral al equipo.

—¿Crees que jugarás esta temporada?

—Puede que sí, y puede que no. Me han pedido que acompañe al equipo en su gira. Los muchachos todavía están un poco trastornados, a consecuencia de la revuelta.

Ambos levantaron la vista y pidieron lo que querían. El camarero se fue.

—Mañana salgo de Belfast —explicó entonces Duffy—. Dejaré a sir Frederick y acompañantes en Derry, para las fiestas. De momento hay grandes posibilidades de que vaya de vacío a Dublín, por la ruta Gran Septentrional.

—Veamos… Strabane… Omagh… Portadown… Newry…

—Eso es.

—Hasta ahora nunca habíamos descargado en esa zona. Veré si puedo organizar la tarea sobre la base de una urgencia. ¿Cuándo lo sabré cierto?

—Cuando lleguemos a Derry, preguntaré a sir Frederick qué planes hay para el tren. Deberíamos llegar a media tarde.

—A partir de las cinco estaré en la Oficina General de Correos esperando que me llame por teléfono. Así dispondré del resto del día y la mitad de mañana para organizar algo.

—Por amor de Dios, saca de mi niña aquellas malditas cajas.

—Haré cuanto pueda. Sobre esta cuestión ambos pensamos igual.

—Conor.

—¿Qué?

—Ya sé que lo hice por dinero; pero después de lo que has hecho tú por Calhoun y por mí, me alegro de haberlo hecho.

10 de agosto, 1907

Conor leía pacientemente la revista, levantando los ojos de vez en cuando hacia el gran reloj de pared de la sección de telegramas de la Oficina General de Correos de las avenidas Royal y Berry. El reloj dio las ocho.

—Señor Larkin.

Conor cerró la revista y se acercó al mostrador.

—La llamada de Londonderry ha llegado por fin, señor. Puede recibirla en la cabina número cuatro.

—Hola.

—Hola, soy yo. He tenido buen viaje. Siento no haber podido acercarme a un teléfono más pronto.

—Está bien así. ¿Qué noticias hay?

—Marcharé de aquí mañana noche a eso de las nueve o las diez por la ruta que dijimos.

—Estaremos preparados esperándote.

Conor oyó un suspiro de alivio.

—Estaremos aguardando, digamos, de las diez y media en adelante. La señal estará en algún punto entre Beragh y Pomeroy ¿Conoce el paraje a que me refiero?

—¿Cerca de Sixmilecross?

—Sí, Sixmilecross.

11

El óbito de Rinty Doyle fue triste, muy triste. Apenas acudía a la taberna y a la shebeen, y menos aún a trabajar los campos, y se lamentaba copiosa y continuamente de dolores diversos, desde dientes cariados a hinchazón en las articulaciones. Cuando cayó enfermo de pneumonía y le dio la fiebre, se le localizó en la cabeza. Una noche, antes de la luna llena, bajó del desván, huyó de la casita en camisón y subió a los campos presa de un delirio.

Hasta la mañana siguiente no lo encontraron. Lo descubrieron los hombres que iban al trabajo. El bueno de Rinty se había plantado allí, los faldones de la camisa flotando al viento y un garrote en las manos, cerrando la entrada de los pastos comunales.

—¡Fuera de mis tierras! —gritaba, blandiendo el garrote—. ¡Fuera de mis tierras!

Los que le conocían sabían que nunca había sido dueño de mucho más que unos cordones de zapato, de modo que jamás pudo soñar en tierras propias, y comprendieron al instante que había perdido el tino.

Fueron a buscar a Brigid, la cual por poco si no muere decapitada cuando se acercó a él. Cuando los hombres se le acercaban, corrió más arriba, tirándoles piedras y gritando sin cesar:

—¡Fuera de mis tierras!

Como no querían hacerle daño al pobrecito cogiéndole a la fuerza, llamaron al padre Cluny. El cual tampoco fue reconocido por Rinty. Al cabo de larga discusión, enviaron un grupo al pueblo, y este grupo regresó con el mismísimo doctor Cruikshank. Por entonces Rinty se había escondido en las cuevas de la parte alta de los brezales. La búsqueda realizada todo el día resultó inútil, y la oscuridad les obligó a dejar las pesquisas para el día siguiente. Por la noche, todos le oyeron y vieron de nuevo, corriendo de acá para allá, más arriba de las casitas, gritando con una voz aguda como la de un alma en pena:

—¡Fuera de mis tierras!

La mañana siguiente lo encontraron misericordiosamente muerto. Aunque con anterioridad había sido dura con el pobre desdichado, Brigid se mostraba muy compasiva con él incluso cuando hacía ya mucho tiempo que no podía trabajar, cuidando de que tomara una comida decente todos los días y de que no le faltara dinero para su cuartillo por las noches. La verdad es que apreciaba tanto al viejo Rinty que permitió que le enterrasen en la parcela de los Larkin, a pesar de tratarse de un pariente bastante lejano. Todos los que conocían las tumbas de los Larkin sabían que eran las mejor cuidadas de Inishowen, de modo que el permitir que Rinty descansara allí representaba verdaderamente un gran honor para una persona de tan poca enjundia.

La necesidad de unos brazos fuertes se hacía sentir desde mucho atrás, así que después de enviar a Rinty al purgatorio, Brigid se puso en danza para encontrar un peón; cuando he ahí que el hado, siempre estrambótico e imprevisible, se dignó meter baza.

También Mairead O'Neill partió de este mundo una noche, rendida bajo el peso de los años, dejando a su hijo Colm en gran necesidad. Con la defunción de la madre de Colm, el corazón de Brigid se ablandó.

Ella y Colm habían vivido toda una vida en estrecha vecindad, y en todo este tiempo había visto en él muy poca cosa digna de mención. Parece que cuando se procedió a repartir buena presencia, junto con una personalidad a tono, por este pícaro mundo, Colm estaba encerrado en el armario.

Vivir con espectros y recuerdos se había convertido en una segunda naturaleza para Brigid. Por ello se acordaba siempre del joven y bello Myles MacCracken, cuya imagen cobraba mayor gallardía aún con el paso de los años. Se acordaba del épico enfrentamiento con Tomas y Finola (cuyas almas descansaran en la paz del Señor) cuando quisieron endosarle a Colm. Y no digamos nada de su igualmente épico combate por los derechos sobre la tierra. Brigid era la custodiadora de las cenizas de la familia.

En cambio, Colm no tenía muchas ideas sobre nada. Desde la cuna hasta el día en que murió su madre, el precioso hijo no había ni levantado un dedo en provecho propio. Mientras vivió Mairead, no aprendió ni a untarse el pan de mantequilla.

Entiéndanlo bien, no es que a su edad madura Colm se hubiese vuelto de pronto muy atractivo, sino que tampoco era bastante repulsivo. Como las casitas se tocaban, lo mismo que las fincas, hubo frecuentes ocasiones de hablar de asuntos de interés mutuo, tales como compras y ventas de caballos, precios de los frutos, trabajos de los campos, etc. Muerta la madre de Colm y habiendo quedado el hijo en tan desesperante abandono, Brigid no podía hacer casi otra cosa que ampliar su caridad cristiana. Colm frecuentaba la cocina de los Larkin tanto como lo permitían las circunstancias, y, como hubiera podido predecirse de antemano, Brigid barría el suelo alrededor de sus píes, quejándose de que había heredado un huésped privilegiado que no pagaba pensión.

Un par de noches, de vez en cuando, Brigid permitía que Colm se calentase en su hogar. La verdad es que el hombre era completamente inofensivo y se contentaba con fumar la pipa, además de que, naturalmente, el cultivo de la tierra les daba abundante motivo de conversación.

No es que Brigid careciese totalmente y por completo de pretendientes, y lo cierto es que alguna que otra vez iban a husmear por los alrededores. Pero se trataba de hombres de veinte o más años que ella y a los que sólo se les encendía la mirada después de haber visto su hermosa casita y sus fértiles campos. Eran una tropa

lamentable y disipada, pues en los mejores casos se trataba de viudos con numerosa prole que iban a la caza de una esclava de la casa.

Si venía una velada musical, una boda, una feria, o un velatorio parecía más que natural que, teniendo desde siempre las casitas y las tierras contiguas, asistieran juntos…, aunque no ciertamente como una futura pareja.

Los años de acumulado desdén hacia Colm se fueron moderando, camino de la tolerancia. El hombre tenía sus buenas cualidades, también. Era un buen labrador, y buen comerciante. Pagaba las rentas y las deudas a tiempo. Su amor a la bebida discurría dentro de límites soportables. Además, había rezado el rosario con su santa madre todos los días de la vida y nunca faltaba a misa.

A medida que un mes desembocaba en otro y los meses daban paso a las estaciones y los años, Brigid Larkin fue habituándose a mirar a Colm O'Neill como a un ser humano bastante razonable, admirar sus rasgos buenos y no ver los malos tan malos como en otro tiempo temió. Con el trato diario, llegó a ocurrírsele que Colm no era exactamente lo que llamaríamos un hombre duro. Nunca daba puñetazos a las mesas como lo hacían Tomas y Conor. Haría siempre lo que le mandasen, con tal de que le alimentaran, le respaldaran la lumbre y ordeñasen sus vacas. Nunca levantaría la voz, ni mucho menos la mano, llevado por la cólera. Todo lo cual parecía altamente encomiable.

El problema todavía tenía otra faceta. La cama. ¡Quedaba tan vacía! Sin embargo, la idea de compartirla con Colm seguía disgustándola en extremo. De él no podía decirse, en este sentido, que fuese mejor que nada. Era la cama lo que llenaba a Brigid de aprensiones. Se sabía torpe y sin experiencia, y en el mejor de los casos la aventura se le haría bastante difícil. Con Colm sería más que difícil; sería imposible.

Si, con todo, tomaba la decisión de casarse con él, no podía acudir a la Casa de Dios a pronunciar promesas sagradas, mintiendo en lo íntimo de su corazón.

Los hombres tenían sus derechos matrimoniales, y las mujeres tenían el sagrado deber de producir hijos. ¿Podría resignarse a las dos cosas?

Una larga visita al padre Cluny le proporcionó respuestas a unas cuantas preguntas. El sacerdote hizo notar que ella, Brigid, no sería la única mujer de Ballyutogue que hallase en la relación sexual con el marido una parte de los sacrificios que nos impone la vida. Dios, decía el sacerdote, nunca pretendió que la unión sexual fuese un aspecto placentero del matrimonio. Los deleites carnales en sí mismos eran pecados horribles, y toda esposa católica había de llegar a comprender que tales placeres no debían representar ningún papel en el matrimonio.

La cuestión estaba, encareció el padre Cluny, en que Brigid amase a Jesús y a María más de lo que aborrecía la idea de realizar su función de esposa y madre cristiana. Cuando notase que lo que predominaba era el amor a Dios, podría aceptar las incomodidades del sexo.

El padre Cluny era ciertamente un hombre sabio, y le dio a Brigid mucho material sobre el que reflexionar. Sí, concluyó ella después de muchas meditaciones y plegarias, amaba a Dios lo suficiente para vencer la repugnancia. Al fin y al cabo, ¿no era lo que sentían la mayoría de mujeres de Ballyutogue?

La cosecha estaba en el almacén, y había sido excelente. En esta época del año los días y las noches se hacían largos y desocupados, y Colm se sorprendía pasando más horas cada día en la casita de Brigid. La cual, a pesar del amor que tenía a Dios, no acababa de hacerse a la idea de dormir con aquel hombre.

…De modo que allí estaba él una noche de invierno, sentado junto a la lumbre, como Su Señoría en la casona, jugando al glink con su camarada Muggins Malone…

…Lo que iba a venir no tardó en llegar…

—Os agradeceré que no recojáis la mitad del fango de la población para venir a extenderlo por mi casa…

…A lo cual Muggins se escabulló silenciosamente hacia la taberna de Dooley McCluskey…

…Dejando a Colm rascándose la cabeza y mirando a su alrededor en busca de huellas delatoras.

—¡Si no hay barro ninguno por aquí! —exclamó—. Te aseguro que hemos dejado las botas en el establo, antes de entrar.

—Bueno, es posible que esta vez las hayáis dejado —atajó ella—, pero parece que me paso la mitad de las horas del día limpiando lo que tú ensucias y atendiendo a las necesidades de tu reverencia.

Colm se rascó la cabeza un poco más; luego se fue murmurando hacia la puerta del establo, elevo el volumen de sus parloteos y se calzó las botas.

—¿Y adonde imaginas que te vas ahora, Colm O'Neill?

—A casa.

—¿O a la de Dooley McCluskey?

Bien, hay que tener en cuenta que Colm era hombre de temperamento dócil, y no demasiado rápido en captar pensamientos premeditados. Aunque éste se veía sobradamente claro. Colm se puso en pie, refunfuñando:

—Ciertamente, puedo ir allá, si me place —dijo—. Ya sabes, no estamos casados.

Era cierto que desde que murió su adorada madre, Brigid había atendido algunas necesidades suyas, pero a la vez estaba haciendo mella en su libertad. Una libertad que Mairead le había garantizado desde la cuna y que había alejado de él todo deseo de cargar con el estorbo de una mujer. Ahora Brigid Larkin extendía ante sus ojos todos los males del matrimonio. ¿Por qué no había de beber en la taberna de Dooley McCluskey? Había recogido ya la cosecha. Había pagado ya las rentas. ¿Por qué diablos no había de beber?

Con la misma claridad alboreaban en la mente de Brigid unas cuantas ideas nuevas. Había ciertas necias y malditas concesiones que los hombres exigían, y habría de tener el buen criterio de aceptar esta realidad si quería alcanzar a Colm para marido.

—Ea, vamos, Colm —le arrulló—. Tengo el puchero en el fuego y el té estará listo dentro de un minuto.

—No quiero té —replicó él, enmurriado—. Quiero marcharme y nada más.

Brigid le pacificó sacando una botella de *poteen*. Después se explayó comentando cómo se preocupaba continuamente de su bienestar, desde que su santa madre les había dejado. Luego vino una discusión práctica sobre el terrible despilfarro de mantener dos casitas, dos fincas y dos… de todo. Se podía ahorrar una cantidad increíble de dinero.

Colm la oía en parte, y en parte no, porque se disponía a poner a prueba su recién adquirida autoridad y despachaba varias copitas de *poteen* en rápida sucesión, que aumentaron la graduación de su coraje. Se puso en pie un tanto inseguro, inspiró profundamente y expulsó un eructo de la auténtica masculinidad.

—Vi cómo tratabas a Rinty Doyle. Vaya, si el pobrecito andaba por ahí lamentándose como un perrito cruzado. Y puesto que hablamos de perros, no volveré más hasta que des entrada al mío para que pueda calentarse a la lumbre en mi compañía. ¡Caramba, mujer, llevas esta casa como si fuera una institución! ¡Si hasta las vacas tienen miedo de cagar en tu establo!

—¡Madre Santa! ¡Sujétate la lengua, Colm!

—¿Por qué? —exclamó él, tambaleándose—. ¡Cagar en el establo! ¡Cagar en el establo!

—¡Puedes marcharte!

—Sí, me marcho. No aguantaría ni la mitad —dijo chasqueando los dedos—, ni la mitad.

—¡Y no te arrastres más para acá!

—Nooo, no lo haré; no volveré hasta que recibas a gusto a mis compañeros y mi perro, y te diré además que Fanny O'Doherty no me encuentra tan desagradable…

—¡Caramba!

Brigid se sorprendió llorando desconsoladamente, cuando estuvo sola. Ya no podía contar sino consigo misma, y con nadie más. Había quedado tan malparada que ya ni Colm O'Neill la quería.

Colm pasó una semana sin asomar por allí. Todas las noches Brigid iba de una habitación a otra estudiando el esterilizado mundo que había creado. Gracias a Dios no andaba por allí ningún patán echándolo todo a perder. Podía continuar así hasta el final… si a ella le parecía bien…

No hubo una gran fiesta cuando Colm y Brigid se casaron. Tanto los solterones viejos como los casados cargados de hijos movían la cabeza con aire de personas enteradas. Colm había conquistado algunas concesiones, de momento, pero ¿cuánto tiempo tardaría ella en reanudar sus fumigaciones?

Pasado el día de la boda, Brigid empezó a coquetear con la gloriosa idea de la maternidad. Sin embargo, en medio de las ansiedades que sentía por sí misma, se acordaba demasiado poco de Colm. El pobre Colm era casi tan inexperto como ella, igualmente tímido y con muy poca capacidad para adaptarse a la nueva situación.

Noche tras noche continuaban desnudándose separadamente, cada uno de ambos metiéndose bajo las sábanas a toda prisa para que el otro no le viera, y se quedaban quietos, espalda contra espalda, sin hablarse ni tocarse, sin que ninguno de los dos tuviera medios ni recursos para cambiar de estilo.

Al cabo de un tiempo, el trabajo del día y el licor le la noche se cobraban su impuesto, y Colm rompía la tensión, anunciando con un tonante ronquido, que había llegado el sueño.

Al cabo de unos meses, a Brigid ya no le importaron ciertas cosas, tales como que Colm y su perro abandonaran el fuego para ir en busca del de Dooley McCluskey. A decir verdad, era un alivio que Colm saliera; de este modo ella podía prepararse para la cama sin la turbación habitual.

Al llegar y pasar varias estaciones sin que Brigid diera noticia de estar encinta, las comadres viejas y sabias de Ballyutogue empezaron a comentar que el legado de los Larkin había llegado a su fin.

12

Shelley leía los inexpresados mensajes. Sabía por experiencias que Conor no tardaría en internarse en aquel mundo misterioso por el cual ella no podía acompañarle. La primera indicación se la dio el hecho de que Conor se tomara tiempo libre. El astillero continuaba cerrado, pero él se había trasladado a Rathweed Hall todos los días para trabajar con el club. Luego solicitó tres días de permiso, el más largo que se tomaba.

Aquel día y aquella noche se abstuvo por completo del licor, detalle indicador de que no quería que nada le nublase la mente. Antes de marcharse solo, siempre se abstenía de beber.

Pero el detalle más elocuente fue la manera de poseerla aquella noche. Fue una posesión sin furia, un prolongar la unión sin estar completamente despierto ni completamente dormido, la manifestación más suave de amor, el intento de prolongar los minutos hasta la eternidad.

El despertador los retornó con una sacudida a la realidad. Ellos continuaron en su arrobo varios minutos más, hasta sobrepasar el margen de tiempo disponible; luego, pensativos los dos, se entregaron a las actividades del día.

A pesar de que Shelley se mostrase exteriormente plácida y tranquila, cada uno de ambos ocupaba el primer plano de la mente del otro, cada uno conocía las aprensiones del otro. Conor notaba el miedo, cada vez mayor, que invadía a Shelley, la cual esperaba que le dijese algo.

Shelley no le había hablado de las cartas anónimas. Había recibido tres, cada una manando veneno y pintándola como la peor especie de prostituta, por vivir con un católico. Cada una la amenazaba de muerte por tan inenarrable crimen.

Anteriormente había sufrido el trauma de romper con la familia. Por lo visto toleraban bien que tuviese un amorío clandestino con un hombre casado; pero que viviera abiertamente con un católico romano se les hacía insoportable. Morgan ordenó a la familia que no la viesen y que no pronunciasen su nombre entre aquellas paredes. Robin fue el único que desafió el mandato del padre, prolongando una relación más bien penosa con su hermana. Los demás obedecieron. Shelley y Conor se habían trasladado del pisito de la calle Flax a un barrio más acogedor, cerca de la carretera de Cavehill. Aunque dentro de Belfast ningún lugar resultaba suficientemente apartado.

—Quiero que te quedes en casa de Blanche —dijo Conor mientras desayunaban. Ella respondió que así lo haría—. Esta vez importa muchísimo. Yo estaré fuera varios días. El caso podría resultar arriesgado; por lo tanto comunica a Robin que estás en casa de Blanche y que si pasa algo anormal quizá tengas que salir de Belfast precipitadamente. Es mejor que Robin lo sepa. Vete a Dublín, entonces, a casa de

Seamus, o a la de Atty Fitzpatrick.

Shelley aguardó a que Conor hubiese abandonado la mesa para permitirse un estremecimiento. Nunca le había dado parecidas instrucciones. Era evidente que correrían un gran peligro. Conor regresó con la pistola y la dejó sobre la mesa.

—Cógela —le dijo.

—¿No deberías llevártela tú?

—O salgo bien de la empresa, o no salgo. Ese cacharro no cambiaría nada.

Shelley miró el arma fijamente y movió la cabeza.

—Ya sabes que no sería capaz de utilizarla.

—La verdad es que cuando estabas de centinela a la vera de mi lecho parecías dispuesta a disparar —observó Conor.

—Aquello era diferente —replicó Shelley.

Conor se encogió de hombros y se sujetó la funda del sobaco.

—Es lo que nos pasa a los dos, muchacha. Tampoco estoy seguro de ser capaz de apretar el gatillo. Mi comandante se da perfecta cuenta de esa posibilidad.

—Creo que me gustas más así —dijo ella.

Conor miró el reloj e hizo una mueca.

—Lo más probable es que cuando regrese de este viaje, nos vayamos de Belfast por mucho tiempo. Yo me alegraré mucho. Cada vez que vuelvo aquí tengo la sensación de haber entrado en un manicomio.

Shelley no le había contado nunca lo que soñaba ella repetidamente. Soñaba que se hallaba completamente sola y todas las calles estaban completamente oscuras y andaba interminablemente entre filas y filas de casas de ladrillo rojo, cruzando laberintos y metiéndose en callejones sin salida sin haber encontrado ni rastro de vida humana. Y se despertaba comprendiendo que había sido una visión de muerte.

Conor apuró el té, se puso la chaqueta y la gorra y se permitió una última y lenta mirada. Sí, sería bonito marcharse de Belfast. No era ciudad para un hombre católico y una mujer protestante.

Los chulos de Sandy Row tenían una importantísima cuenta que saldar con respecto al encarcelamiento de Vessey Bain y Joey Hooker. Las conversaciones sobre el tema no amainaban nunca en ciertas tabernas y en ciertas logias de Orange. Había tan pocas probabilidades de que olvidasen esta cuestión como de que dejaran de acordarse de la batalla del Boyne o de las murallas de Derry.

Y las damas de Oliver Cromwell MacIvor ardían en ganas de saldar una cuenta suya particular con Shelley por la vergüenza que había echado sobre su excelente y piadosa familia.

Conor y Shelley juntaron las mejillas.

—Pase lo que pase, contigo he tenido todo lo quería —dijo ella.

—Pase lo que pase —repitió Conor, y se fue.

Dan Sweeney el Largo vino a Belfast enseguida de recibir el cable de Owen O'Sullivan diciendo que las armas estaban en camino. Cuando Conor le informó de la ruta que seguiría el tren, Sweeney envió a buscar a Kelly Malloy de Dungannon.

Kelly era cultivador de rosas, de profesión, creaba variedades de las magníficas rosas del Ulster, lo cual le daba cierta fama por toda la parte oriental de la provincia. Era jefe oficial de los «Dungannon Clubs» que habían brotado por la zona con el renacimiento gaélico; primos hermanos de las Wolfe Tone Societies y otros grupos de matiz republicano del norte.

Además, militaba en la Hermandad Republicana Irlandesa.

Su negocio requería cierto número de carretas, aparte de una relación íntima con los campesinos de las colinas del sector, donde él analizaba suelos continuamente, condiciones de riego y fertilizantes, y hasta utilizaba pedazos de sus tierras como viveros de rosales para la exportación.

Kelly calculó que podría organizar la recogida de las armas en las treinta horas y pico que le concedían. Para ello tendría que reunir un grupo suficiente de simpatizantes y hallar un buen escondite temporal. Las montañas de los alrededores de Omagh estaban llenas de chozas, subterráneos y pozos mina. Se escogió Sixmilecross como el mejor apartadero, bajo el manto protector de un bosque.

Cuando Kelly se marchó, Dan Sweeney encontró a Conor como sobre brasas.

—¿Qué te pasa, Conor? —preguntó Dan sin rodeos.

—Deberías saberlo. Hasta cinco minutos antes de llegar Kelly, te estuve diciendo que en este caso el riesgo es superior al normal. Sabes perfectamente bien que quizá estemos coqueteando con un confidente. Había que decírselo a Kelly. Yo estoy dispuesto a correr el riesgo; pero al menos sé que existe.

Largo Dan estudió a Conor, y se acordó nuevamente de sus propios recelos de que se trataba de un hombre complicado. Cada vez que se proponía designar a Conor como miembro del concejo venía la duda a modificar la decisión. Larkin continuaba escapándosele como hombre y acaso fuera tarde para ver cómo reaccionaba en una situación crítica.

—Un comandante está obligado a informar a sus hombres —le espetó Conor—. ¿Crees que un oficial británico no se lo explicaría a una patrulla?

—Ya te dije una vez, Conor, que no podemos llevar el juego según las normas británicas. Como puedes haber recogido en las conversaciones que hemos sostenido, tenemos cuatro miembros de la Hermandad entre Dungannon y Omagh. Cuatro hombres, fíjate bien. Son el número total, no hay más. Antes de que esta guerra termine, habrás tenido que enviar a la muerte docenas de veces a hombres valiosos, sin que ellos lo sepan… si es que posees dotes de mando…

—Quizá no las posea…

—Quizá no, en verdad —respondió Dan—. Aquí no hay que tomar sino una sola decisión y el resto es retórica inútil… esos rifles importan más que Kelly Malloy, los hombres que Kelly pueda reclutar y Conor Larkin por añadidura.

Conor bajó del tren de pasajeros más que mediada la tarde en Sixmilecross, examinó el paraje y le pareció bien. No llamaba la atención en absoluto y contenía un apartadero ignorado rodeado de árboles, tal como Kelly Malloy había prometido. El camino que cruzaba la vía conducía directamente a las montañas hacia la parte de Ballygawley donde se extendía una colección de cabañas y minas abandonadas.

Conor siguió a pie hacia Carrickmore, preguntando por la granja de Sterling McDade, que al fin encontró.

Hacia el final de la tarde empezaron a llegar carretas, de una en una, procedentes del vivero que Kelly Malloy tenía en Dungannon, y también de Coalisland Pomeroy y Ballygawley. A las siete de la noche estaban todos reunidos. Eran en total, contando a Kelly y Conor, los cuatro «hermanos», seis simpatizantes y seis carretas. Se repartió entre los reunidos toscos planos, señalando el emplazamiento de los escondites. Sterling McDade, el más feo de todos los irlandeses, era el que conocía mejor el terreno, pues había correteado por aquellos montes cincuenta veranos de su vida. A la luz de unas linternas fueron señalando a cada uno misiones concretas y rutas a seguir. Conor calculaba que entre el desatornillar las planchas y otros varios problemas, el transbordo de las armas requería un par de horas. Siempre que el tren llegase al cruce no más tarde de la medianoche, Sterling calculaba que antes de despuntar el día podían quedar escondidas.

Mientras los hombres iban trazando planes, Conor los observaba atentamente. Eran los rostros de Ballyutogue, el cutis grueso, arrugado y correoso de hombres que no necesitaban explicaciones sobre lo que estaban haciendo ni por qué. Eran los Kilty y Tomas Larkin y los Fergus O'Neill de sus respectivos pueblos que habían vivido míseramente bajo la histeria de Orange y la arrogancia británica. Fisonomías angulosas, todas ellas. Eran los irlandeses.

A las ocho y media, cada hombre, por turno, recitó, a entera satisfacción de Conor, el trabajo concreto que tenía que realizar. La esposa de McDade (que formaba un hermoso contraste con el marido) y sus hijas sirvieron unas frituras, un estofado para calentar el estómago y pan de bizcocho.

Mientras los minutos iban transcurriendo, los hombres chupaban la pipa y fijaban la mirada en el fuego. Kelly Malloy salió y regresó a las nueve y media anunciando que el jefe de estación de Omagh había telegrafiado que el «Red Hand Express» especial pasaría a eso de las once. Se calculaba que llegaría a Sixmilecross a las doce y cuarto. Aunque todos la esperaban, la noticia causó profunda sensación. Conor concedió unos minutos para que cada uno de ellos volviese la mirada hacia su propio

interior, sin interferencias, y luego fue cuestión de ponerse en danza.

—Bueno, muchachos, un traguito, antes de enfrentarnos con la noche —dijo Sterling McDade.

—Nada de licor —prohibió Conor con voz tajante. Aunque luego se puso a reír —. Conviene que todos tengamos la cabeza despejada. Mañana por la mañana festejaremos la ocasión, dadlo por seguro.

A las diez y cuarto, las carretas empezaron a salir de la granja de McDade en dirección a Sixmilecross, a intervalos de varios minutos. Conor fue el primero en llegar y exploró el terreno. Todo despejado. Cuando llegaba una carreta, la situaban en uno de los lugares disimulados preparados anteriormente, y los hombres se reunían junto a la vía. A las doce menos diez, todo estaba listo. A los caballos les habían puesto morrales; así comían y no hacían ruido.

Medianoche. Conor estudiaba el firmamento, contento de que una capa de nubes cubriera la luna y aumentase la oscuridad. Luego hizo un signo a Sterling McDade, quien encendió una linterna y se alejó por la vía para señalar la llegada del tren.

Las doce y dos minutos. Dos borrachos de la taberna de Beragh que venían por la vía llegaron tambaleantes al cruce y decidieron sentarse y descansar un rato; en seguida echaron mano de su repertorio de canciones.

Conor miraba desesperadamente hacia el lugar donde se había apostado McDade; después se volvió hacia los otros.

—¿Quién los conoce?

—Yo —respondió Adam Sharkey.

—Coge tu carreta, cárgalos y aléjalos de aquí.

—¿Y mi cargamento?

—Tendremos que arreglarnos con una carreta menos.

Cada uno de los restantes cargará cien rifles más y dos o tres cajas de munición. ¿Me habéis entendido?

—Sí —susurraron los otros mientras Sharkey salía del escondite. Después de quitar los morrales a los caballos, subió a la carreta, aflojó el freno, se dirigió hacia el camino y paró delante de los calaveras nocturnos.

—Que tengas buenas noches, Jerry Hayes, y tú también, Rory Gleeson.

—De veras creo que es Adam Sharkey, o un facsímil de su espectro…, ¿y qué haces tú errando por aquí en medio de la noche?

—Yo y mi vieja hemos tenido una agarrada furiosa. Lleva en la cara la sonrisa del ruibarbo del año pasado. ¿No podría llevarte a casa y dormir en tu establo esta noche, Jerry? —preguntó, bajando del carro y ayudándoles a ponerse en pie. Como cada uno echaba en dirección opuesta sin saber lo que hacían, Adam Sharkey los empujaba con fuerza hacia la carreta.

¡Allá abajo la luz de la linterna de McDade hacía señas!

—Arriba, muchachos, hala, subid y dormid un poco…, arriba…

El sonido de cuatro pitidos débiles llegaba a Sixmilecross en el mismo instante en que Adam Sharkey dejaba la carreta de allí, con los ocupantes de la parte trasera rompiendo a cantar:
Ellen O'Connor, Ellen que te vas,
Dime que me quieres, y que pronto volverás,
Los ángeles bondadosos te guiarán, vida mía,
Para guardarte del mal, hasta que vuelvas un día…

—Calma, chicos —susurró Kelly Malloy.

Un momento después la linterna de Sterling McDade se mecía adelante y atrás, adelante y atrás. Ahora se oía perfectamente el ruido del tren, que disminuía la marcha bajo la acción de los frenos. Los ocho del cruce de caminos se pusieron tensos. Cuando el convoy apareció a la vista, después de una ligera curva, Conor ordenó que los hombres fuesen en busca de las carretas. El tren crecía, crecía. Los frenos chirriaban y el convoy gimió hasta quedar casi parado. McDade corría a su lado, movió la aguja del apartadero y el tren entró poco a poco en la vía muerta.

—¡A la tarea! —gritó Conor.

Las carretas avanzaron en línea junto a la vía. Los caballos protestaban de la brusca interrupción de sus divagaciones y del extraño trabajo.

—¡Bajad el nivel del agua! —gritó Conor a los del vagón—. ¡Darren y Carberry, sacadlas del depósito! —decía, repitiéndoles las órdenes—. Kelly, coge las llaves y quitemos esas planchas.

Mientras Kelly Malloy se deslizaba entre las ruedas, bajo el vagón, Conor encendió la linterna y subió a la locomotora para hablar unas palabras con los conductores.

¡Eran caras diferentes!

—¡Huid! —gritó Conor, saltando al suelo—. ¡Emboscada!

En aquel instante estalló el trueno de dos centenares de botas, de los soldados que saltaban de los vagones.

—¡Quedan todos detenidos!

Conor rodó bajo el vagón hasta donde estaba Kelly Malloy. Desde allí divisó el cruce de caminos, por donde venía una segunda fuerza militar, en furgoneta.

—¡Atención! ¡Atención! —gritaba el comandante por un altavoz—. ¡No hay escapatoria posible! ¡Quedan todos detenidos! ¡Dispararemos contra todo el que se mueva!

—¡Madre de Dios!

—¡Emboscada!

—¡Atención! ¡Atención! ¡No resistan! ¡Levanten las manos y reúnanse junto a la locomotora!

Los soldados bajados del tren formaron rápidamente un cordón alrededor del grupo de contrabandistas. Los soldados habían bajado todos del costado izquierdo del tren. Conor dio un codazo a Kelly, se lo señaló y Kelly movió la cabeza afirmativamente. Ambos rodaron por el no vigilado andén derecho, se pusieron en cuclillas y corrieron hasta el extremo del tren, mirando hacia unos matorrales protectores a unos metros de allí.

—¡Allá van dos más!

—¡Alto!

—¡Alto! ¿Me oyen? ¡Alto!

—¡Abran fuego!

Justo en el momento que llegaban al matorral los disparos desgarraron las entrañas de la noche. Kelly Malloy soltó un alarido y cayó de bruces. Conor se dobló… Le invadía una sensación extraña…, las piernas se le descarriaban… y se lanzó de cabeza hacia la espesura…

Shelley se incorporó y soltó un grito; el corazón le galopaba y tenía la cara empapada de sudor. La puerta se abrió de pronto. Blanche Hemming entró precipitadamente, iluminó la habitación y echó los brazos alrededor de su amiga.

—¡Conor! ¡Conor!

—¡Domínate! ¡Ha sido un sueño nada más!

—¡Blanche! ¡Lo he visto! ¡Sangra por todas partes!

—Sssiiittt…, por favor…, por favor…, Shelley…

—Trae a Robin —exclamó Shelley—. Blanche, trae a Robin… Tengo que salir de Belfast… enseguida…

13

Nosotros aguardábamos, medio enloquecidos, alguna noticia del desastre de Sixmilecross. Primero llegó Shelley MacLeod, con su hermano, y yo la acompañé al momento a un domicilio seguro.

Luego nos enteramos.

Kelly Mallow había muerto. Conor Larkin estaba gravemente herido. Sterling McDade y los labradores de las colinas Carberry, Macken, McGovern, Gorman, Gilroy y McAulay estaban en la cárcel de Mountjoy. Al otro lado del mar, Owen O'Sullivan, sus hijos Barry y Bryan, y Dudley Callaghan habían sido internados en Brixton. Parecía que un granjero había escapado sin ser aprehendido. Aquello era el caos y la ruina, una catástrofe irreparable para la Hermandad.

Pero cuando leímos los periódicos un día después no podíamos dar crédito a lo que veíamos. En su obstinado celo, los británicos habían cometido un error tremendo. La oficina de información de la Corona se jactaba de que habían «APLASTADO UN ORGANIZADO GRUPO DE CONTRABANDISTAS DE ARMAS DE LA HERMANDAD REPUBLICANA IRLANDESA, QUE HABÍA UTILIZADO DURANTE MESES UNA RUTA SECRETA DE ENTRADA». *El reportaje continuaba dando la versión completa de cómo se había utilizado el tren de sir Frederick Weed para la operación aquella.*

El Castillo de Dublín se había negado años y años a reconocer que existiera ninguna Hermandad Republicana Irlandesa. Una y otra vez se había declarado que no existía semejante organización, salvo en las mentes de unos pocos fenianos viejos y chochos. Bueno, pues, ¿cómo podía una entidad inexistente entrar armas en Irlanda? Con las prisas por hacer sonar su trompa, los británicos reconocieron que los años de propaganda invariable habían sido dedicados a mentir. Y de pronto, el desastre de Sixmilecross adquirió una dimensión distinta. La audacia del plan pertenecía al tipo de demencias que cautivan los corazones irlandeses y fue acogida con un humor que nosotros entendíamos y los británicos no comprenderían nunca. Todo el país estalló en una gran carcajada. Los del Castillo de Dublín reconocieron demasiado tarde lo que habían hecho y se sonrojaron humillados. Al confesar nuestra existencia, nos habían dado una fama que no habríamos logrado por nosotros mismos.

De modo que el perro irlandés se negaba a permanecer quieto y la Hermandad vivía. Mientras la incertidumbre sustituía a la arrogancia (y el oficial de información era sustituido también) la noticia de nuestro resurgimiento llegaba a todos los ámbitos del país. El Castillo de Dublín se convirtió en el gran reclutador de adeptos para nosotros al mismo tiempo que Sixmilecross pasaba de ser una derrota a constituirse en una muy rara variedad de victoria. Habíamos perdido las armas, pero

habíamos ganado la atención del país y, acaso, millares de hombres decididos.

Robert Emmet McAloon, arrugado viejo brujo de las leyes, había sido amigo íntimo de Desmond Fitzpatrick y heredado la plena responsabilidad de las cuestiones republicanas después de la defunción de este último. Emmet saltó a la brecha, pero fue a topar contra una muralla de piedra.

El gobernador de la cárcel de Mountjoy le advirtió que tenía la orden de mantener aislados a los prisioneros de Sixmilecross y no permitirles recibir visitas, ni siquiera la de sus abogados. El paradero de Conor Larkin se mantenía en secreto. Lo único que se sabía era que continuaba vivo, y todo lo que podíamos comunicarle era que Shelley se encontraba bien y había salido de Belfast.

Robert Emmet McAloon era un táctico de raro talento y había luchado demasiado tiempo en la resaca de una ley antiirlandesa para desalentarse. Durante tres semanas sus peticiones al tribunal cayeron en oídos sordos. Al insistir todavía más, vino la comunicación de los Cuatro Tribunales (hogar de la justicia británica en Irlanda) de que el habeas corpus había sido suspendido en este caso. El tribunal citaba algunas leyes coercitivas (cuyo número total sobrepasaba el centenar) dictadas contra los irlandeses durante el siglo XIX.

Entonces Robert Emmet McAloon empleó una táctica distinta. Los británicos estaban furiosos todavía por el incidente y querían recobrar la dignidad. Algunos miembros del concejo de la Hermandad ocupaban, asimismo, cargos importantes en el partido Sinn Fein, legalmente aceptado, y se trazaron planes para utilizar el Sinn Fein como fachada para soltar una plétora de oradores que redoblaran los tambores, hicieran hervir el puchero, recogieran fondos, atrajeran la atención, la indignación y la simpatía de todo el país en favor de los hombres de Sixmilecross. Como oradora callejera, Atty Fitzpatrick no tenía rival, y estaba templada y preparada.

Poco después que el Sinn Fein anunciase una serie de concentraciones públicas de protesta, llegaba de Inglaterra sir Lucian Bolt con el título de fiscal de la oficina del fiscal general. Bolt no era amigo de los irlandeses, ni mucho menos, y había dictado parte de las leyes más represivas contra nosotros durante su estancia en la Cámara de los Comunes. Los círculos republicanos le temían. McAloon calculaba que el Gobierno había acabado estructurando una política sobre la cuestión y sir Lucían Bolt no tardaría en ponerse en contacto… Acertó, como de costumbre.

Brendan Sean Barrett fue introducido clandestinamente en Irlanda, donde se consideró que estaría más a salvo, y junto con Dan Sweeney, Atty y yo constituyó el enlace de la Hermandad con McAloon sobre Sixmilecross. Después de la primera reunión de Bobby con sir Lucian, nos convocamos en la elegante biblioteca de una

casa segura de Ballsbridge. En espíritu, Robert Emmet nunca estaba muy lejos de la sala del tribunal y aquel día se paseaba delante de nosotros como si fuésemos el jurado que iba a constituirse.

—He convenido por el momento —empezó— en cancelar las reuniones públicas de protesta.

Atty refunfuñó de descontento.

—Sir Lucian anda tanteando el terreno para un acuerdo. De regreso acá se me permitió visitar, extraoficialmente, a los siete de Mountjoy. No es maravilla que no quisieran que les viésemos antes. Han sido brutalmente torturados.

Brendan Sean Barrett y Largo Dan no manifestaron la menor emoción ante estas revelaciones. Para ellos era una vieja historia.

—Los tuvieron encapuchados, —forzados a permanecer en posición de firmes contra la pared, con las piernas y los brazos abiertos por periodos de hasta veinticuatro horas, sin alimento, ni agua, ni poder hacer sus necesidades. El llamado Gorman presentaba unas enconadas quemaduras de cigarrillo. Se habían orinado varias veces sobre Gilroy, y a McDade le habían obligado a correr descalzo por un pasillo sembrado de trozos de vidrio. Todos declararon que les dieron a comer algo que les provocó vómitos y alucinaciones.

—Métodos antiguos, pero eficaces —comentó Sweeney.

—Por supuesto, quisieron utilizar las declaraciones de unos contra otros. Pero los pobres no podían informarles de nada, excepto del nombre del compañero que, según parece, ha conseguido huir. Ninguno sabía nada, sino que Kelly Malloy los había reclutado para esta tarea, y Kelly murió.

McAloon dejó caer su vieja mole de setenta años en un sillón de cuero excesivamente forrado y al instante quedó totalmente desaliñado.

—¿Qué se sabe de Conor Larkin? —pregunté.

—Al parecer no está en Mountjoy. Me prometieron que a su debido tiempo permitirán que le vea. Os lo digo porque me he comprometido a que tu pluma permanezca callada, de momento, Seamus, lo mismo que tus pulmones, Atty.

—¿Qué crees que se propone el Gobierno? —inquirió Dan.

Robert Emmet McAloon se inclinó adelante, se pellizcó la piel del cuello y luego levantó el índice.

—Yo colijo que los británicos quieren que esto quede quieto y que el público no se apasione. Y lo quieren por tres motivos. Primer motivo —dijo, cogiéndose el índice y moviéndolo rápidamente—: nada beneficiaría tanto a la Hermandad como un juicio severo y unas condenas a largos años de cárcel. ¿De acuerdo?

Asentimos.

—Segundo motivo —continuó Bobby, añadiendo el dedo del corazón—: la situación en Europa. ¿No lo crees así, Brendan?

El aludido asintió con un gesto, y continuó por su cuenta:

—Una guerra en Europa es inevitable. La Gran Bretaña acaba de concertar la triple entente con Rusia y Francia para contrapesar la alianza de Alemania, Austria y Hungría. Como sabemos, una de las viejas justificaciones que alega Gran Bretaña para ocupar Irlanda es la de que nos encontramos a caballo de sus rutas marítimas; ellos son una isla y nuestra situación geográfica nos hace necesarios para su defensa.

—Exactamente —interrumpió McAloon—. Y esto entre ellos puede llegar a constituir una fobia. Seguro que se imaginan una Hermandad Republicana Irlandesa hipertrofiada coqueteando con los alemanes para conseguir armas.

—¿Qué importa? —musitó Barrett—. Cuando llegue el momento oportuno, acudiremos a los alemanes, tanto si les gusta como si no.

Bobby abrió los brazos de par en par.

—Bien, ahí están, sentados alrededor de una larga mesa de caoba, jugando a sus jueguecitos, negándose a aceptar lo inevitable de la situación e imaginando cómo retrasarla todo lo que puedan.

—¿Motivo número tres? —preguntó Atty.

—El motivo número tres —continuó el abogado— quizá sea el más práctico de todos. Como sabemos, los protestantes del Ulster se arman desde hace años. Evidentemente, ése es el cesto en el que los británicos quieren poner sus huevos. La defensa de este flanco británico vulnerable debería estar en manos de vasallos leales, ¿no es cierto? Exteriormente no pueden aprobar la entrada de armas en el Ulster sin otorgar la misma consideración al sur. Se trata de un consentimiento tácito y se manifiesta en volverse de espaldas, cerrar los ojos y taparse los oídos. Quieren un Ulster armado con valla de contención contra la crisis de un gobierno autónomo y una guerra en Europa. Y por el momento quieren aparentar que no favorecen más a unos que a otros. Si imponen sentencias graves a los hombres de Sixmilecross, se encontrarán con peticiones de que procedan igual con los que introducen armas en el Ulster.

—En otras palabras —dijo Atty—, nos pegan y reducen, y nos persiguen si procuramos entrar armas, pero permiten que arriba, en el norte, sí las entren.

—Esto es —respondió Robert Emmet McAloon—, esto es, exactamente —estiró las piernas cuanto pudo, se llevó las manos a la nuca y se puso a mirar al techo, como si el techo celebrase audiencia—. Tengo la firme convicción de que sir Lucian Bolt está dispuesto a contentarse con sentencias moderadas, de unos pocos años, digamos, a cambio de que nosotros guardemos silencio sobre el trato a los presos y detengamos las reuniones públicas.

Los demás permanecieron callados un buen rato, digiriendo sus palabras. Atty se vería privada de su tribuna pública, su pedestal de gloria. En cuanto a mí, me movía

el egoísmo de ahorrarle a Conor veinte años detrás de las rejas. El peso de la cuestión caía sobre Dan Sweeney, que se enfrentaba con la tarea de organización de la Hermandad. Superficialmente parecía que debía pedir infinidad de protestas públicas, para cosechar una riada de nuevos afiliados. No obstante, fue él quien defendió la moderación con argumentos más poderosos. El alistamiento de gran número de reclutas para la Hermandad en esta fase de su desarrollo dejaría a nuestra organización terriblemente vulnerable. Todavía no habíamos formado los estados mayores, los cuadros de mando ni las unidades. No teníamos procedimientos establecidos para informarnos de los candidatos. A los británicos les costaría muy poco trabajo poblar nuestras filas de confidentes.

¿Qué haríamos con varios millares de hombres en esta fase? No teníamos armas con que instruirles, ni siquiera bastantes lugares seguros donde dar esta instrucción. Dan estuvo convincente. Admitiendo a demasiada gente antes de haber establecido los cimientos necesarios nos pondríamos al descubierto.

—Hemos de edificar lentamente, hombre por hombre —sostenía Dan—. En este momento todo nuevo recluta ha de ser persona de la mayor confianza. Cuando tengamos diez hombres buenos en Cork, diez en Derry, diez en Galway, podemos empezar a formar unidades. Tengo que manifestarme de acuerdo con Bobby y pedirle que concierte un pacto con Lucian Bolt.

Habiendo manifestado Atty, Dan y yo nuestra conformidad con esta política, nos volvimos hacia Brendan Sean Barrett, que había permanecido callado durante gran parte de la discusión. Estaba amargado, quizá más de lo que correspondía a su época y sus objetivos, y no sabría decir cómo noté cierto calor humano en aquel hombre.

—Evidentemente, ya no puedo alterar la votación —dijo en tono sarcástico.

—¿Qué ideas bullen en tu cerebro, Brendan? —refunfuñó Dan.

—Este país está en la miseria. Las huelgas obreras han fracasado porque estamos demasiado rendidos y pisoteados para plantarnos firmes. Necesitamos desesperadamente algo que remueva las conciencias. Ahora tenemos el momento en nuestras manos. Si no lo aprovechamos, quizá tarde muchísimo tiempo en volver, suponiendo que vuelva alguna vez.

—Yo sigo creyendo que será prematuro —replicó Dan—. Abramos nuestras filas y los británicos nos aplastarán en menos de un mes.

Brendan Sean Barrett levantó los brazos en gesto de «rendición» mientras los demás indicábamos con un movimiento de cabeza a McAloon que podía pactar con sir Lucian Bolt. La vida de Barrett había sido una sucesión de derrotas, por consiguiente, una más no importaría. Se levantó antes que nadie, fue hasta la puerta, y se volvió cara a nosotros.

—Decidme, tú Bobby, y tú Dan, ¿cuándo lo aprendisteis?

—¿El qué?

—Que un irlandés pueda sentarse a negociar un acuerdo con los británicos sin que le engañen.

14

Mientras Robert Emmet McAloon conferenciaba con sir Lucian Bolt, yo me dediqué por entero a tratar de averiguar y combinar los acontecimientos que habían desembocado en la emboscada de Sixmilecross. No tuve que esperar demasiado.

Terry O'Rourke, compañero de equipo de Conor en el Boilermakers, vino a verme al periódico una mañana. Terry procedía de una familia republicana de viejo abolengo y sabía la amistad que me unía a Conor.

Entre los muchachos católicos del equipo, Conor era el jefe admirado, y después de Sixmilecross se reunieron y trataron de deducir qué había ocurrido. Cuando lo hubieron deducido, enviaron a Terry a verme. Mis tendencias republicanas no eran un secreto. Sin que lo dijera claramente, Terry opinaba que yo trasladaría la versión a la Hermandad.

El confidente había sido Doxie O'Brien, sin lugar a dudas. Durante una de sus periódicas borracheras, Duffy O'Hurley habló de la maniobra secreta que estaba llevando a cabo. Doxie y otro elemento católico del equipo lo oyeron. En otra ocasión, el mismo Terry oyó a Duffy y Doxie discutiendo con motivo de la continuada participación del primero.

A Doxie se le presentaba la gran oportunidad de su vida, el puesto en el rugby de Sidney implicaba fama y fortuna. Pero el empleo continuaba en el platillo de la balanza, y dependía principalmente de cómo jugase el Boilermakers y de si se hacía la gira por Australia. Doxie ansiaba desesperadamente el mencionado puesto y sabía que, aparte de las condiciones antes mencionadas, el factor decisivo sería, simplemente, el antojo de su patrocinador sir Frederick Weed. La tentación era tan grande que Doxie estaba dispuesto a todo para granjearse el favor de sir Frederick y demostrarle su lealtad.

Al parecer, pues, Doxie se trasladó a Derry y presentó un ultimátum a Duffy. Al final, Duffy se dejó convencer de que había de presentarse a sir Frederick y contárselo todo, a cambio de ser tratado con una consideración especial.

La versión parecía convincente, porque la familia de Doxie había salido ya para Australia y a él le protegían con rigurosas medidas de precaución. Una cláusula del acuerdo entre McAloon y sir Lucian Bolt especificaba que la Hermandad no había de vengarse.

Mientras el resto de los comprometidos en lo de Sixmilecross esperaban en la cárcel, Duffy y Calhoun se declaraban culpables y eran condenados a menos de un año. Parecía evidente que hasta volverían a darles trabajo en un lugar lejano.

El acuerdo final se estructuró según las pautas que Bobby previera. Excluido Conor, con quien no se había establecido contacto todavía, los encartados de Sixmilecross pleitearían como culpables y serían sentenciados a penas de uno o dos

años de cárcel en aplicación de los artículos menos severos del código. A cambio, la Hermandad no buscaría la simpatía pública, no se vengaría de los confidentes, y yo me comprometía a no escribir sobre estos temas.

Por así decirlo, era un irónico cumplido que me dedicaban. Los británicos no me habían perdonado jamás los artículos sobre los campos de concentración de la guerra boer. Nadie sabía con certeza si yo pertenecía a la Hermandad; pero era imposible equivocarse sobre mis simpatías. Y concedían bastante mérito a mi pluma para obligarla al silencio. Naturalmente, a Conor lo guardaban como rehén para asegurarse este silencio.

Por el momento ambos bandos parecían satisfechos. La existencia de la Hermandad era ya del dominio público, y los dos adversarios disponían del tiempo que solicitaban. Brendan Sean Barrett tenía razón en una cosa: nosotros negociaríamos con los alemanes para que nos facilitaran armas, cuando estuviéramos preparados y los británicos se adormilaban en la creencia de que el problema irlandés desaparecería, lo mismo que lo habían creído en él pasado.

Bobby nos convocó de nuevo, y cuando nos reunimos le encontramos en un aprieto. Le habían dado permiso para ver a Conor Larkin, y quiso utilizarlo, pero Conor no quiso hablar con él. Se había producido un desquiciamiento en el acuerdo y nadie sabía exactamente por qué.

Dan estaba enojado y se extendía amargamente en sus dudas sobre Conor.

—Es un hombre que vale, no cabe duda —argüía—, pero es demasiado individualista, y si hay que decir la verdad, tiene otros defectos que me han preocupado mucho, además.

—Un momento, Dan —interrumpí—. Si Conor tiene alguna idea metida en el cerebro, puedes estar seguro de que la ha meditado con gran detención.

—La Hermandad le ha enviado un abogado y él se ha negado a verlo. Eso es desobedecer una orden. No tiene derecho a tomar decisiones como ésta a su antojo. Quiero saber qué diablos se propone.

Brendan Sean Barrett ponía semblante de hombre enterado.

—Todos sospechamos qué ideas navegan por su mente, ¿verdad que sí, Dan? —chufleteó.

—A mí se me ocurre que nos fastidiará de lo lindo si trata de hacer algo por su propia cuenta. Y no me vengas con tu estudiada basura, Barrett. Esto es una organización con un código y una disciplina, y él tiene que obedecer.

—Aquí se nos plantea un problema —interrumpí yo—. Fuiste tú, Dan, quien nos dijo unas palabras que deseábamos oír y queríamos creer desde que éramos niños. Tú extendías aquella porquería con la misma generosidad que la mamá de Conor me extendía mantequilla sobre el pan. «No te dé miedo la mantequilla», solía decir. Bien, Dan, ¿te está dando miedo la porquería que tú extendías? Ya sabes, aquello de que la

capacidad de resistencia de un solo hombre vale por todo un ejército… Ya sabes, Dan, él soliloquio de los mártires. Cito a Dan Sweeney el Largo, nuestro ídolo. «Los británicos no tienen nada en todo su arsenal, ni en su poder imperial, que pueda contrarrestar a un solo hombre que se niega a dejarse vencer», etcétera, etcétera, etcétera.

—Te oigo, Seamus, te oigo. Sabes condenadamente bien que yo tengo que llevar más de un sombrero en esta organización. A veces, cuando me encuentro delante de reclutas nuevos, tengo que tratar de inflamarles. Pero día sí y otro también soy el organizador, pragmático, de un ejército clandestino. Nuestras listas estarán llenas de mártires muy pronto. En este momento no estamos en situación de desencadenar un combate.

—Claro, de esto no sé nada —replicó el cáustico Brendan Sean Barrett antes de que pudiera tomar la palabra yo—. Dan, tú nos estás diciendo que el combate empezará cuando tengas las unidades organizadas, instruidas y armadas, y los planes de batalla en el tablero. Dan aprieta el botoncito mágico y pronuncia estas palabras inmortales: «… Muchachos, empieza el levantamiento.» El feniano no empezó así precisamente. ¿Verdad que no, Dan?

—Se cómo empezó y sé cómo terminó para ti y para mí.

—¿Y qué te hace pensar que esta vez será distinto? Con todos nuestros sueños, complots, reuniones secretas y el paso de armas clandestinas, sólo podremos sacar a la calle unos pocos millares de hombres. Y no lo haremos sin el arma que un hombre solo lleva en el corazón. Esa es la realidad que Larkin pone ante nuestras narices, y esto es lo que nos da miedo. Yo te diré, Dan, cuándo empezará, y no antes ni después. Empezará cuando un hombre, un hombre solo, decida que ya está harto.

Los demás digeríamos estas frases, temblorosos. Sweeney se pasaba la mano por el blanco cabello con un nerviosismo poco frecuente en él, y no se oía otra cosa que los golpecitos que Robert Emmett McAloon se daba en los dientes con las gafas, esperando que decidiéramos algo.

—¿Atty…? —preguntó Dan.

—A mí me parece que los británicos hacen un trato muy ventajoso imponiéndonos silencio. Estoy de acuerdo con Brendan en que deberíamos ponernos en pie y gritar mientras tenemos oportunidad de hacerlo y mientras la gente está ansiosa por escucharnos.

Dan descorchó un suspiro bastante sonoro mientras nos miraba a uno tras otro, derrotado por completo en la votación. Luego cerró los ojos, se los frotó con la palma de la mano y dijo:

—Agradezco vuestros puntos de vista. Pero como jefe de Estado Mayor, no puedo tomar una posición contraria a lo que considero reclama la seguridad de la organización. Decido, pues, ordenar a Bobby que vea si los británicos permitirán que

Seamus visite a Conor en su calidad de antiguo amigo. Seamus llevará a Conor el mensaje de que debe pleitear como culpable, lo mismo que los otros. Si se niega, la Hermandad ya no tendrá nada que ver con él —levantó la vista—. ¿Pensáis rebatir mi decisión?

Nosotros nos tragamos el nudo de la garganta; luego aceptamos el ultimátum sin contestar.

—De acuerdo, Bobby. Dile a sir Lucian que estamos conformes. Intentaremos convencer a Larkin. Si no quiere colaborar, queda fuera del acuerdo.

Un coche militar me llevó desde Dublín al condado de Kildare, al lugar secreto donde estaba encarcelado Conor. Poco más de una hora después de salir cruzábamos el puesto de guardia del campamento militar británico de Curragh. Después de cachearme detenidamente, me hicieron aguardar en el barracón disciplinario. Habían pasado seis semanas desde lo de Sixmilecross.

Cuando la puerta se abrió y Conor fue introducido en el aposento, mi corazón vacilaba entre derramar lágrimas de alivio, o derramarlas de pena. Lo traían esposado por el cuello, la cintura, las muñecas y los tobillos.

—Hola, peque —saludó con voz ronca, cojeando a consecuencia de una bala en la pierna.

El brazo y el hombro izquierdo los tenía aún cubiertos de vendas y en cabestrillo. Había recibido también varios balazos en la espalda. Los ojos se le habían hundido en unas cuencas con círculos morados, tenia la barba y el cabello sucios y greñosos, y los huesos de los pómulos muy salientes. Su cuerpo en general había perdido una enormidad de carnes.

Yo le rodeé con los brazos y no pude dominar los sollozos. Él se apartó, se dejó caer en el banco de junto a la pared y dirigió una mirada interrogativa al destacamento de guardia, cuyo joven oficial movía las aletas de la nariz como un conejo.

—Sí necesito camareros, les llamaré —dijo.

El oficial refunfuñó en tono despectivo y se fue, cerrándonos con llave y cerrojo.

—¿Tiene oídos esta habitación? —pregunté.

—Dios mío, no —respondió Conor—. Son capaces de sacarte los sesos a golpes, pero muy demasiado dignos para recurrir a una cosa tan baja como fisgar tras las puertas. ¿Cómo está Shelley?

—Muy bien, muy guapa —respondí, con un movimiento afirmativo—. En cuanto a ti, creo que durante el hambre cosechábamos patatas mejor parecidas.

—Este año no estaré en condiciones de jugar al rugby —dijo él, levantándose la camisa.

Yo cerré los ojos al ver los terribles morados que decoraban su azotado cuerpo.

Luego acerqué el taburete, y hablándole al oído, le puse al corriente de todo. Era la primera noticia que tenía de que Kelly Malloy hubiera muerto y de que Callaghan y los O'Sullivan hubieran sido detenidos también.

A continuación le expuse lo demás: La traición de Doxie O'Brien, que ya sospechaba, y las negociaciones secretas con los británicos. Y le expuse la dicha que me causaba pensar que se libraría con una condena leve.

—Comprendo los problemas de la Hermandad —susurró Conor—. Pero todavía comprendo mejor los míos propios. Lo comprendo todo, los días y las noches de lectura, el andar errante y el meditar. Y los años de ir tanteando. Lo comprendo todo.

—¿Qué vas a hacer? —grité, asustado.

—No lo sé muy bien. De lo que estoy seguro es de lo que no voy a hacer. Mira, peque, es muy sencillo: Para dar el paso que tengas que dar en la vida, lo mismo si se trata de casarte, o sembrar algo, o tener hijos… o sublevarte, no puedes esperar a que las estrellas estén en la órbita favorable. ¡Ah, sí! Podemos engañarnos a nosotros mismos y decir que esperaremos hasta que la situación nos sea favorable; pero, créeme, ellos pueden esperar más que nosotros. Podemos negociar, pero ellos negociarán con más ventaja que nosotros. Después de trescientos años de estar con las caras en el barro y de trescientos años de hablar y hablar y hablar, hemos de trazar la línea y poner a prueba nuestro temple como pueblo. Mira, hasta es posible que no demostremos ser dignos de la libertad. Es posible que no tengamos lo que hace falta. Pero hemos de descubrir si lo tenemos o no. Quizá yo no sea un buen elemento para la Hermandad porque ya no puedo seguir reprimiendo la ira que rebosa en mi ser, sean cuales fueren las órdenes que me den.

—Oye, el que habla no eres tú mismo. Te han idiotizado a golpes. Esta vez confía en mí lo suficiente para dejar que te guíe.

Sus negros ojos me traspasaron con la mirada.

—Mírame, amigo; mírame y dime que no sé qué me hago. Soy Conor Larkin. Soy irlandés, y ya estoy harto.

Me sentí terriblemente avergonzado. Con el desesperado afán de salvarle, lo había olvidado. Estaba casi dispuesto a repudiar los verdaderos principios que regían mi existencia. Él sí sabía lo que se hacía, en efecto. Y yo también supe en aquel instante que, fuese como fuere, debía encontrar la manera de romper la promesa de silencio…, aunque hubiera de correr lo misma suerte.

15

La llamada a la puerta me sacó de un pesado sueño. Yo pasé unos momentos dando traspiés y tanteando, y musitando que ya me había puesto en movimiento; luego encendí la luz y me puse el albornoz. Como el aire traía el frío que suele preceder al alba, deduje que se trataría de asuntos de la Hermandad.

¡Qué agradable sorpresa abrir la puerta y ver el hueco de la misma ocupado por la alta y bien formada persona de Atty Fitzpatrick!

—Vístete —me ordenó—, tengo un automóvil abajo.

Ella no me ofrecía más informaciones, ni yo se las pedí. Eran las cuatro y media de la madrugada. Mientras yo acababa de arreglarme, ella puso el puchero en el fuego. Bebimos una taza de té y despachamos los desabridos restos de mi alacena de solterón. Luego salimos a enfrentarnos con los alfilerazos de una escarcha helada.

El chofer era un muchacho de la Hermandad con talento para mecánico, lo cual permitía que Atty y yo nos acurrucásemos en el asiento trasero. El motor arrancó y el vehículo maniobró hacia el sur por las desiertas calles.

—Hace una hora poco más o menos, Robert Emmet McAloon me ha llamado por teléfono —dijo Atty—. Esta misma mañana, los británicos celebrarán el juicio contra Conor y los otros muchachos.

—Son las cinco de la madrugada y es domingo, ¿Adónde diablos vamos?

—No estoy bien segura. Parece que han montado una sala de tribunal en algún punto de los montes Wicklow.

—Es un asunto feo —dije.

Tal como yo interpretaba el convenio, los británicos celebrarían el juicio en una ciudad pequeña y olvidada donde llamaría muy poca atención y las actuaciones habrían terminado antes de que pudieran suscitar protestas. Pero al parecer estaban manipulando el acuerdo, convirtiéndolo en una artimaña. A esta hora de una mañana de domingo y en un lugar secreto olía a sesión «a puerta cerrada».

Atty siguió explicándome que Bobby sólo dio su consentimiento después de que los británicos se avinieran a que Atty y yo estuviéramos presentes como observadores. Una vez más, habían hecho un trato ventajoso, porque éramos los dos que habíamos prometido guardar silencio.

—Esto no me gusta ni poco ni mucho —murmuré, enojado.

Pasado el último suburbio de Dundrum continuamos hacia el sur, elevándonos pronto por las laderas de los montes Wicklow por un Eniskerry silencioso y dormido, a través de la heredad de Powerscourt, grande y majestuosa casona de granito de Wicklow arrasada y reconstruida repetidas veces a causa de las guerras, y cedida

últimamente a Richard Wingfield, sirviente leal de la Corona. Sus decenas de millares de acres igualaban las concesiones de los Hubble, y si a ello añaden otro centenar de baronías y condados podrán hacerse idea de quiénes eran los dueños de Irlanda y qué poseían.

Sea como fuere, aquellos parajes eran la puerta de entrada a las maravillas alpinas. Aunque hacía frío y no se trataba de un viaje de placer, mi corazón no podía dejar de acelerarse al contemplar el telón de la noche levantándose sobre los bosques, las cascadas y los riachuelos de un panorama de duendes y bandidos. Atty y yo quedamos atónitos ante el desfile de bellezas más allá de Great Sugar Loaf, arriba de Roundtree y el gran depósito de agua de Dublín.

Luego seguimos el río Avonmore hasta donde se juntaba con el de Glenmacnass en el valle de Clara, a sólo una pedrada de las místicas antiguas ruinas monásticas de Glendaloch, que habían sido feudo de san Kevin.

Media milla más allá, Atty ordenó al chofer que doblase hacia una antigua carretera militar que corría entre las cimas de las montañas, de este a oeste. La habían construido los británicos después del levantamiento de Wolfe Tone para que las futuras generaciones de rebeldes no pudieran buscar refugio en los bosques de las alturas. Al cabo de poco rato, nos deteníamos delante de una barricada.

Un capitán británico, extraordinariamente cortés, pidió que nos identificáramos, después de lo cual nos cachearon. Luego ordenaron que el coche y el chofer se quedaran allí mientras Atty y yo continuábamos ascendiendo, en un camión militar, por los arcos y recodos del camino hasta penetrar en la sombra de la Lungnaquillia, la montaña más alta de Irlanda. Nos detuvimos allí donde el río Ow desciende más abajo de Aghavannagh.

Habíamos llegado a un viejísimo cuartel, un enorme edificio rectangular de tres pisos, que seguía albergando a un contingente de tropas para hacer patrulla por aquella zona. Por rara coincidencia, Charles Stewart Parnell había tenido un pabellón de caza en Aghavannagh; pabellón que seguía utilizando John Redmond, jefe actual del partido irlandés. Por lo demás, no podíamos encontrarnos en un paraje más distante y extraño. El cuartel estaba rodeado de soldados en formación de combate, y antes de entrar sufrimos otra identificación y otro cacheo. Por fin, un tal mayor Westcott nos acompañó hasta una sala de armas abandonada, que habían convertido en improvisada sala de tribunal.

Atty y yo estuvimos dos horas solos allí, bajo la vigilancia del mayor Westcott y una escuadra de soldados. Un poco antes de las doce empezaron a entrar. Primero vino Robert Emmet McAloon, más desaliñado que nunca, después de una noche sin dormir. McAloon arrojó los paquetes sobre la mesa del defensor, nos saludó con un movimiento de cabeza y murmuró unas frases.

Luego vino sir Lucian Bolt. Era un sujeto glacial, en verdad, una piedra de seto

vivo dotada de ojos.

Los presos, excepto Conor, entraron con una sucesión de ruidos metálicos, esposados y encadenados uno con otro bajo la escolta de una docena de soldados que llevaban los fusiles con la bayoneta calada y los hicieron sentar en un largo banco aislado a un lado de la sala.

Daba pena ver allí a aquellos labradores montañeses de aspecto pobre, y, sin embargo, no parecían intimidados. Nacidos en el seno de una batalla eterna, habían cometido el delito de continuar la lucha, lo mismo que la habían continuado antes sus padres. Luchar contra los ingleses no despertaba escrúpulos morales; era una clase de vida que todo el mundo conocía de rutina en todos los pequeños Sixmilecross de Irlanda. Si ni siquiera en sus mejores tiempos tuvieron un aspecto muy rozagante, ahora la cárcel y los atropellos especiales con que se honraba a los republicanos les daban la apariencia de una camada de animales peligrosos.

Levanté la vista para ver entrar a Conor, barbudo, cojeando y demacrado. Conor nos dedicó un atisbo de sonrisa. Por la expresión de los ojos de Atty comprendí al instante que todo el amor que aquella mujer pudiera sentir volaba hacia él. Atty me cogió la mano, sintiendo la necesidad de estar en contacto con alguien; la suya estaba húmeda y temblorosa. A Conor lo separaron de los otros, y lo ataron a unas gruesas anillas de la pared como si hubiese fuera una muchedumbre preparada para irrumpir en la sala y libertarle. Por lo contenido de los movimientos a su alrededor y la extraña mirada que le dirigía sir Lucian Bolt, se advertía claramente que los británicos respetaban la energía de aquel hombre que no quería arrepentirse.

La sala de piedra, los presos encadenados y la abundancia de soldados hacían que aquello más bien pareciese un cuadro de la era posterior a la Revolución, en Francia, que un juzgado británico. No faltaba sino la chusma en la galería y la guillotina en el exterior.

—¡Levántense todos!

Sir Arnold Scowcroft, con un ropaje adecuado hasta para la coronación de un rey, entró apresuradamente acompañado de su séquito y se sentó detrás de la mesa de enfrente. La vista se resolvió en cuestión de minutos. Se leyó las acusaciones…, unos quince cargos; desde robar bienes del Gobierno, transportarlos ilegalmente y pertenecer a una organización ilegal hasta el incurrir en falta contra varios artículos de diversas leyes penales. Según lo pactado de antemano, Robert Emmet McAloon aceptó las acusaciones con respecto a dos cargos y el fiscal se avino a que los acusados fuesen juzgados según las normas pertinentes. Los otros trece cargos fueron retirados. Los presos serían trasladados a un penal ignorado donde serían sentenciados en fecha posterior, y les hicieron desfilar fuera de la sala.

—Su Señoría, tenemos que resolver el caso aparte del acusado Larkin —dijo sir Lucian.

—Traigan al preso al banquillo de los acusados —ordenó el juez. Pero enseguida se puso a reír—. Veo que no tenemos banquillo. Bien, tráiganlo delante del tribunal.

Conor fue desatado y esposado con las manos delante. Hasta cargado de cadenas imponía, y todavía más por su aire retador. Yo temblaba de miedo.

—Señor McAloon, ¿debo entender que el preso no ha querido abogado defensor?

—Tal es la situación, Señoría.

Scowcroft estudió a Conor con el desprecio que sólo un lord inglés podía dedicar a un croppie.

—Lea los cargos.

Las acusaciones fueron cayendo sobre Conor, estructurando un delito de traición de la peor especie. Después de mirarle unos momentos más, el juez continuó con acento amenazador en su murmullo de voz:

—Usted se da cuenta, ¿verdad?, de las consecuencias de continuar esta charada sin abogado defensor.

Conor paseó una mirada lenta por la sala.

—Me doy cuenta, efectivamente, de que se está procediendo a una charada —dijo.

La sala se hundió de pronto en un silencio sepulcral

—¿Qué alegato presenta? —preguntó finalmente el juez.

Conor permaneció callado.

—Anote que alega no ser culpable —indicó Scowcroft.

—Yo no alego tal cosa —dijo Conor.

—¿Le gustaría quizá explicárselo bien al tribunal?

—Sí —respondió Conor—. Yo no reconozco la existencia y mucho menos la legalidad de este tribunal.

Bobby nos miró, desconcertado, pero muy interesado. Después de meditar un momento, Arnold Scowcroft quedó perfectamente sosegado. Por lo visto, se decía que después de tanto viajar para llegar a aquel escondido lugar y habiendo despachado tan prestamente los otros asuntos, podía divertirse un rato. Se arrellanó, pues, en el asiento, movió la cabeza e incitó a Conor a puntualizar la cuestión.

—Al tribunal le interesa informarse de cómo ha llegado el detenido Larkin a esta conclusión.

—Este tribunal es ilegal —respondió Conor.

—¿Y en qué funda esta asunción el preso?

—En el código civil inglés.

Miren, se lo digo, si hubiesen escuchado con suficiente atención, habrían oído ustedes a Charles Stewart Parnell y a Daniel O'Connell revolviéndose en sus tumbas.

—Llévenselo —dijo Scowcroft, con un ademán. ¡Bobby se había puesto en pie!

—El preso tiene derecho a hablar en su propia defensa —dijo, citando una de las

piedras angulares de la justicia británica—. A menos, por supuesto, que el tribunal se contente con que figure en autos que se le obligó a guardar silencio.

Sir Lucian Bolt vino en socorro del juez.

—La Corona no tiene nada que objetar.

—Estoy dispuesto a permitir al preso Larkin que hable —dijo el juez—, pero le advierto de antemano que esto es un tribunal de justicia y que sus argumentos deberán circunscribirse al caso que nos ocupa, exclusivamente. Puede continuar, Larkin.

Conor se acercó unos pasos a la mesa, siempre mirando, ora a sir Lucian Bolt, ora a sir Arnold Scowcroft.

—Hay centenares de casos en la ley civil inglesa en los que un vecino poderoso ha utilizado la fuerza, bajo una u otra forma, para imponer su voluntad a un vecino más débil, y los tribunales ingleses han considerado siempre ilegal semejante empleo de la fuerza como método. Aunque no disponga de una biblioteca jurídica adecuada para apoyar mis argumentos, intentaré, no obstante, citar una docena, aproximadamente, de casos sobresalientes que estoy seguro usted conoce muy bien.

Conor se extendió en la más estupenda y extemporánea disertación que hubiéramos escuchado jamás ninguno de los allí presentes. Al principio nadie podía creer que semejante oratoria saliera de labios de un hombre vestido de andrajos y cargado de cadenas; luego todos quedamos arrobados. Citó casos, conocidos por todos los abogados, de querellas en las que se declaró ilegal el empleo de la fuerza entre vecinos en situaciones conflictivas en ciudades, entre labradores, entre grandes terratenientes, entre municipios, entre condados y entre provincias británicas de la isla madre: Gales contra Inglaterra; Escocia contra Inglaterra. A continuación recitó otra docena de decisiones, generalmente tomadas por tribunales coloniales en resolución de disputas entre tribus guerreras y clanes o provincias de una misma colonia. La última serie de citas que hizo se refería a querellas internacionales en las que los británicos habían actuado de árbitros y, de conformidad con la ley civil inglesa, declararon que el empleo de la fuerza por parte de un vecino más fuerte contra otro más débil no daba base legal para resolver una querella.

—Lo que ustedes dicen por boca de la ley civil inglesa —prosiguió Conor— es que están deseosos de vivir con sus vecinos en un país y un mundo en el que no se admita la fuerza para la resolución de querellas, porque la fuerza por sí misma no constituye un derecho. Como sabemos, según todas las definiciones, Irlanda es la vecina de Inglaterra.

La sala había quedado estupefacta. Lo que yo creo tenía atónitos a sir Lucian Bolt, sir Arnold Scowcroft y los otros británicos que escuchaban las palabra de Conor era que una teoría tan profunda emanase de un representante de una raza a la que creían, sinceramente, inferior. Tuve la sensación de que aquellos hombres de

leyes se daban cuenta de que no estaban escuchando una perorata ociosa, destinada a morir en aquella sala, sino una declaración que harían suya todos los pueblos ocupados del mundo que anhelaban su libertad. Si la ley civil inglesa era una prolongación de la ley suprema de Dios, les sería verdaderamente difícil explicar la formación de su imperio.

—Si Inglaterra hubiese dicho: «Nos apoderaremos da Irlanda porque somos más fuertes y queremos explotarla», quizá se comprendería mejor su presencia aquí. No obstante, los ingleses realizaron esfuerzos ingentes para sentar una base legal para su entrada en Irlanda. Evidentemente, querían decir a las generaciones futuras: «Este es el motivo de que viniéramos aquí.» ¿Qué le sirvió de instrumento a la legalidad inglesa para la invasión de Irlanda? Fue una bula papal publicada el año 1154 concediéndoles mi país a ustedes. ¿Quién les dio Irlanda a ustedes? El documento lo otorgó un papa inglés a requerimiento de un rey inglés… que se proponía acumular reinos para sus hijos… Ustedes desempolvan este documento y, en este año de 1908, dicen: «He ahí nuestro derecho sobre Irlanda.» ¿Era legal siquiera entonces? ¿Era el Papa dueño de Irlanda? ¿Acaso la invasión armada no destruía la legalidad de la bula papal, según la ley civil inglesa?

—Su Señoría —interrumpió sir Lucian, poniéndose en pie—, no veo por qué el tribunal se ha de someter a lo que ha degenerado en una diatriba feniana.

—No veo que nada de lo dicho por el prisionero se salga de las pautas establecidas por el tribunal —atajó McAloon.

Scowcroft repiqueteó en la mesa con los dedos. La cuestión había llegado al punto en que temía tener que emitir juicio sobre la tesis de Larkin, y él era un jurista muy preciado de sí mismo.

—Deseo escuchar el resto de lo que Larkin tenga que decir.

Conor inspiró profundamente y dio un paso más hacia el juez, señalándolo con el dedo.

—Dando por sentado que la presencia de Inglaterra en Irlanda se obtuvo fundada en una base legal falsa, las acciones subsiguientes, de carácter cuasilegal, carecen en verdad de fundamento. También ahora, sin el auxilio de una biblioteca jurídica, podría citar unos cuatrocientos ejemplos de leyes promulgadas contra el pueblo irlandés para incrementar, incitar y extender la presencia británica en las que había el propósito deliberado de destruir una antigua civilización mediante leyes contrarias a todo concepto de Dios y de democracia, leyes que desmienten las declaraciones públicas de ustedes de traer la civilización a los irlandeses salvajes.

Conor se interrumpió, deglutió varias veces para eliminar la sequedad de la boca y tosió un poquito.

—Se promulgaron leyes —gritó luego— para destruir el concepto celta de catolicismo, que era la luz y la flor de la civilización occidental en una época en que

Inglaterra y el continente europeo se revolvían en la Edad Media. Cuando el intento de imponernos la Reforma fracasó, ustedes dictaron leyes y sobornaron vergonzosamente a los obispos irlandeses para que sustituyeran el catolicismo celta por el anglocatolicismo, completamente ajeno al carácter irlandés. Igualmente y en la misma medida se dictaron leyes para erradicar nuestro idioma, nuestro avanzado sistema de gobierno democrático, nuestra economía, nuestras costumbres, nuestra herencia. La base legal que han buscado para justificarse ha consistido en convencerse a ustedes mismos de que somos una raza inferior incapacitada para compartir una vida justa ni siquiera en nuestro propio país y de que si queremos seguir viviendo en él hemos de volvernos ingleses. Ustedes han tratado de convencer al mundo y a su propio pueblo de que somos inferiores y de que esto les da licencia para tratarnos como animales. No, a los animales se les da de comer, sólo a los irlandeses se les mata de hambre en la misma Irlanda. Mediante el precedente de establecer a los irlandeses como salvajes y la misión de redimirlos de ellos mismos han seguido luego levantando un imperio en el que están salvando igualmente salvajes negros, amarillos y aceitunados, rescatándolos de sí mismos.

Ahora iba y venía con las cadenas sonando, pero nadie se sentía con ánimo para detenerle.

—Esos decenios —continuó él— generaciones y siglos de cómica perversión de la justicia y de Dios, esas leyes coercitivas en beneficio propio, esas leyes al minuto que se promulgan en un tris, al primer aviso, según las necesidades del momento, esas uniones de farsa impuestas sobre pueblos que no las querían se han llevado a cabo siempre con un desprecio total por el salvaje. Ningún inglés pide nunca opinión al salvaje sobre cómo le gustaría ser gobernado, porque por lo visto ése es un derecho otorgado por Dios a la excelente, adelantada cultura occidental de ustedes y a su Parlamento, padre de parlamentos.

»Los hombres que componen su gobierno en estos momentos son los mismos que se sentaban en el último banco del Parlamento hace unos años, expresando públicamente el horror y la aversión que les causaba el trato que los británicos daban a los boers. Pero ahora esos excelentes caballeros han subido al poder, y su compasión y su honradez han desaparecido de un modo extraño, como han desaparecido siempre cuando se ha tratado de los irlandeses.

—¿Debe continuar esta arenga? —gritó sir Lucian.

—¡Sí! —replicó McAloon—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Yo estoy aquí, en un mundo lleno de voces coléricas que suben de tono y no quieren seguir tolerando que sus vidas sean juguete de los perversos caprichos de hombres codiciosos. Este siglo XX no terminará sin haberles visto a ustedes recogiendo sus bártulos, expulsados a redoble de tambor, con desprecio, de todos los rincones del mundo. Ustedes son un puñado de hipócritas malditos que se presentan

ante el mundo como los sucesores de las democracias antiguas, con las manos empapadas de sangre y albergando esta burla en su Parlamento. ¡Lo único que realmente buscan ustedes es el dinero!

—¡Silencio! —estalló Scowcroft, con las mejillas color carmesí, saliendo de su trance hipnótico.

Conor echó la cabeza atrás y soltó una carcajada mientras los guardias le rodeaban.

—Pero, Señoría —rugió—, hasta el irlandés más bajo tiene derecho a pronunciar su discurso de defensa.

—¡Hagan callar al preso!

—¿Qué temen? Nadie me oirá. Se han asegurado bien de que no puedan oírme.

Mientras los guardias cogían a Conor, el mayor Westcott hacía una reverencia al juez.

—¿Desea Su Señoría que el preso sea amordazado?

—¡Sí, háganlo! —gritó Conor—. Acabemos con la pamplina de que obtendré justicia de la misma gente encantadora que promulgó las leyes penales.

Sir Arnold reflexionó sobre su propia actitud, se dominó y despidió al mayor Westcott con un ademán.

—Este tribunal ha sido excesivamente generoso. No hace falta que el detenido comparezca de nuevo.

—¿Tribunal? —se mofó Conor—. Yo no veo ningún tribunal. Veo una sala escondida, enterrada en los montes Wicklow. Aquí no hay libros de leyes, ni periodistas, ni ojos observadores, ni mentes imparciales. ¿Infiere usted, señor, que esto es la sala de un tribunal británico?

El juez estaba paralizado de sorpresa.

—¿Me dirá usted que me trajeron acá para administrarme justicia? —continuó el preso—. ¿O me dirá que ésta es la justicia que realmente tienen pensada para los irlandeses? —Conor se volvió hacia todos los puntos haciendo sonar las cadenas, y sus ojos se clavaron en todos los presentes en la sala. Los otros se apartaban del fulgor de su mirada—. ¿Tribunal? Esto es uno de aquellos escandalosos simulacros de tribunal de los Tudor y los Estuardo, un día sacado de las negruras de la Edad Media, una semblanza diabólica de la justicia, un retorno a la Inquisición. ¿O es que se toman en serio esta comedia?

Conor se arrastró hasta la mesa del juez, se inclinó sobre ella para mirarle a los ojos, y el juez parpadeó.

—Usted es un extraño en mi tierra, señor. Al final la pretendida legalidad de ustedes quedará en evidencia y tendrán que marcharse a rastras de Irlanda, envilecidos.

Se produjo un silencio, un largo y terrible silencio.

—Se devuelve el prisionero a su encierro —dijo el juez, con voz alterada—, mientras el tribunal estudia el caso.

Cuando Scowcroft salía presuroso de la sala, su alguacil se levantó como un resorte, gritando:

—Todos en pie.

16

Cuando se supo que la Hermandad Republicana Irlandesa había utilizado el tren particular de sir Frederick Weed para traer armas clandestinamente, el magnate entró en un período de grave mortificación personal. Y la cólera se transformó en rabia cuando descubrió que los encartados de Sixmilecross se librarían con sentencias leves. Convocando a lord Roger y al concejo unionista reclamó insistentemente que no se admitieran leyes estúpidas dirigidas a calmar a la Hermandad Republicana Irlandesa.

El hombre clave era necesariamente Alan Birmingham, *Chief Whip* del partido liberal, que estaba en el gobierno, o sea, encargado de cuidar de que los diputados de un partido asistan a las sesiones de la Cámara y voten. A la sazón, Birmingham se sentía muy satisfecho de poder llevar la cuestión irlandesa a su aire. Los liberales habían conseguido una victoria arrolladora, no necesitaban formar coalición con el partido irlandés y no pensaban insistir sobre la cuestión de la autonomía. Birmingham se daba cuenta de que a un gran número de militantes del partido les irritaba su periódico maridaje de conveniencia con los irlandeses, y espiritualmente estaba con los unionistas del Ulster.

Además, la oleada de sentimientos antiirlandeses que se levantó después del incidente de Sixmilecross convenció a Birmingham de que se requería una ley nueva y severa. Los ghettos de toda la nación llamados «Pequeña Irlanda» eran objeto de ataques y se levantaba un clamor de que «se deportara a todos los temerarios canallas fenianos». El tono del momento, sumado al conocimiento detallado y confidencial que tenía del arranque de Conor Larkin, le hicieron consentir en sentarse con los de la oposición a hablar de proyectos de ley.

Se dispuso una reunión que tendría lugar en Rathweed Hall. En ella sir Frederick y lord Roger representaban a los unionistas. Birmingham acudía en nombre de los liberales. Sir Philip Huston, *Chief Whip* de los conservadores, asistía en representación de su partido, y sir Lucian Bolt estaba como observador y para aconsejar al gabinete.

Formaban, pues, un poderoso grupo en el que el cálculo frío se reunía con el frío cálculo. La presencia de Alan Birmingham denotaba que no se mostraría remiso en materia de legislación antiirlandesa. En fechas pretéritas, Birmingham había visto como el sentimiento antiirlandés provocaba la caída de un gobierno; por ello los demás asistentes a la reunión sabían que se portaría bien.

Sir Frederick apuntó el cigarro puro hacia el otro extremo de la mesa de caoba, con la voz temblando de emoción.

—La humillación personal puedo soportarla. Lo que no soporto es que permitan que se organice en este suelo un ejército de traidores con el propósito de arrojarnos

por la fuerza de esta isla nuestra.

—Eso, eso —aplaudió sir Philip Huston. Solía dormitar y temblequear a ratos, pero poseía una mente despierta. Había sondeado a los conservadores y había visto que casi todos sin excepción estaban dispuestos a dar su apoyo a medidas severas en defensa de la Unión—. Usted sabe, por lo tanto, cuál es la postura de los unionistas y los conservadores. Evidentemente, todo depende de ustedes, compañeros —le dijo a Birmingham.

Alan Birmingham debía pensar en la estrategia a largo plazo tanto como en la de plazo corto. La táctica de la alianza y la desunión con el partido irlandés había funcionado generalmente como un aparato automático. A la sazón no necesitaban aliarse y las relaciones más bien se habían enfriado. Sin embargo, sabía que el partido liberal no podía perder el contacto con los irlandeses, porque en el futuro quizá se diera una situación completamente distinta a la de hoy.

—Yo no me pronunciaré por una legislación correctora, podríamos decir, como postura oficial de los liberales. No obstante, estoy aquí porque se ha puesto en evidencia cuán urgente y necesaria es. Lo que sí haré será quitarme el sombrero de *Chief Whip* de mi partido y dejarlo a un lado. Les diré a los míos: «Mirad, muchachos, para mí ésta es una cuestión de conciencia personal, y apoyo esta ley. Haced vosotros lo mismo, cada uno según lo que le dicte la conciencia sobre este caso.» ¿Comprenden lo que quiero expresar, caballeros?

Todos lo comprendieron muy bien.

—Dígame, Alan, ¿cuántos votos cree que podremos conseguir entre su gente? —preguntó sir Philip.

—Pues un centenar, diría yo. Sumados a los de ustedes, les darán una mayoría holgada.

Sir Frederick sonrió. Birmingham era un tío astuto. Con la mano derecha apoyaría la ley, y con la izquierda evitaría que motivase una lucha interna en el partido.

—Sir Lucian —dijo Weed, volviéndose hacia el representante especial de la Corona—, ¿ha reconsiderado el primer ministro su postura en lo referente a continuar la política blanda con respecto a la Hermandad Republicana Irlandesa?

Lucian Bolt combatía y hostigaba a los irlandeses desde antiguo y los odiaba con furor casi psicopático. La decisión del gabinete de andar con cuidado ofendía su propia personalidad. Y tenía bastante sentido práctico para comprender que la Hermandad reclutaría, antes o después, las fuerzas que necesitaba, y que cortejaría a los alemanes para que le proporcionasen armas. ¿Por qué, pues, darles tiempo? Esto sólo podía retrasar un enfrentamiento definitivo que había de llegar dentro de pocos años. Había que presionar ahora mismo, en este momento, y obligarles a luchar centímetro a centímetro. Era la única solución.

Lo único que le frenaba era el deseo de proteger la comunidad protestante del

Ulster. Los protestantes debían tener armas. Las nuevas leyes estaban concebidas de modo que se crearan «opciones selectivas». Sería cuestión de criterio personal decidir a quién se había de procesar y a quién no. Así el fiscal general podría perseguir a la Hermandad Republicana Irlandesa y al mismo tiempo permitir que los protestantes siguieran armándose.

—Estoy dispuesto a juzgar a los encartados de Sixmilecross según las leyes nuevas desde el minuto mismo que se promulguen y a dictar contra ellos el castigo que merecen.

Weed abatió el puño contra la mesa con gesto de aprobación.

—¡Valiente!

—¿No existe una especie de pacto con Robert Emmet McAloon sobre el particular? —sondeó Birmingham.

—Considerando la diatriba de Larkin, no creo que siga en vigor —respondió Lucian Bolt.

—Permitan que me informe al detalle de este punto —insistió Birmingham—. ¿No quedó Larkin fuera del convenio?

—Yo creo que McAloon le dio instrucciones para que hiciera lo que hizo —respondió sir Lucian.

—¿Lo cree de veras? —inquirió sir Philip Huston—. Yo tenía entendido que a McAloon le disgustó mucho la negativa de Larkin a colaborar.

—Fue una maldita comedia —replicó sir Lucian—. Basta con que examinemos los hechos. Ese Larkin es un labrador irlandés, sin instrucción alguna, un marinero que no pudo llegar a aprender más que el oficio de herrero. Evidentemente, era incapaz de exponer aquella clase de teorías, a menos que McAloon le hubiera instruido previamente.

—Pensándolo bien, supongo que tiene razón —murmuró sir Philip—. Las transcripciones eran tremendamente interesantes, se lo digo. Han levantado una marejada de discusiones entre la gente. Usted estuvo allí, sir Lucian, ¿qué impresión le causó?

—Era un tipo divertido, supongo. Ya sabe cómo es capaz de mostrarse esa gente. La perorata contenía la dosis precisa de demencia para encandilar a la chusma de Dublín, a la cual iba dirigida precisamente. El bueno de Scowcroft le dejó despotricar demasiado rato. —Sir Lucian se puso en pie y con su mejor estilo leguleyo se dirigió a los otros para poner de relieve sus razonamientos—. Puntualicemos bien la cuestión. Nosotros cerramos un convenio con McAloon porque la opinión del momento se inclinaba por evitar un clamor público. En la actualidad hemos cambiado de postura, estamos dispuestos a promulgar leyes al efecto para luego juzgar a aquella gente y aplicarles el castigo que merecen. Es evidente que los irlandeses pondrán el grito en el cielo, con lo cual el pacto que cerramos con ellos ya no es válido. Desde la

fecha que hicimos el trato, el objetivo ha cambiado.

Sir Philip y Alan Birmingham miraban con aire interrogativo, preguntándose si habían de ser testigos de una traición descarada.

Lucian Bolt se aclaró la garganta enfáticamente.

—Además, insisto en que fue McAloon quien rompió el pacto dando instrucciones a Larkin.

—Siento curiosidad, Freddie —continuó diciendo sir Philip, entre el malestar de todos—. Usted tuvo tratos con el tal Larkin. ¿Qué clase de hombre es?

—Yo le responderé —interpuso Roger Hubble—. Es un demonio irlandés despreciable. El tipo que encarna todo lo que hay de malo en su raza. Es un embustero, un complotador, un hombre capaz de cortarle el cuello a su mejor amigo. Hipnotizó casi al joven Jeremy con sus heroísmos deportivos y le llevó a lupanares, borracheras y a una pelea repugnante. —Sir Frederick bajó los ojos; le habría gustado poder taparse los oídos—. Recurriendo al escandaloso engaño de presentarse como maestro herrero, logró granjearse la confianza de mi esposa, y todos sabemos, por supuesto, cómo se aprovechó de la amistad con tres miembros de mi familia para poner en práctica el plan que se había forjado en lo de las armas. Es listo, demasiado listo. —Roger se interrumpió de pronto, advirtiendo que todos le miraban fijamente, y que él iba montando en cólera—. Nos… nos ha causado muchísimos sufrimientos a todos…

—Juega al rugby como un demonio —balbuceó distraídamente sir Philip—. Jugando contra el Oldham, le vi marcar tres ensayos en cinco minutos. Por poco me parte el corazón de alegría.

—No guardo ni una onza de venganza en todo mi ser —adujo sir Frederick—, pero confío que sir Lucian se encargará de poner a «ése» en el dique seco por muchísimo tiempo.

—Eso me propongo.

—¿Continuamos, caballeros? —dijo sir Frederick, dando unos golpecitos a la mesa para recabar la atención de Philip Huston—. Bien, pues, hasta este punto, todos estamos de acuerdo. Confío que podemos dar crédito a la palabra de sir Lucian de que no existe ningún convenio entre el fiscal general y la llamada Hermandad Republicana Irlandesa y de que sir Lucian es libre de llevar el asunto de Sixmilecross con gran energía bajo la nueva legislación.

Alan Birmingham y sir Philip asintieron con cierta renuencia, pero asintieron de todos modos.

—El partido unionista no desea presentar el proyecto de ley porque se podría tomar como una venganza, y Dios sabe que es lo que tengo más lejos del pensamiento —dijo Weed—. Por esto he insistido cerca de sir Philip para que sean los conservadores los que lo presenten. Finalmente, ¿contamos, Alan, con su apoyo

tácito, aun cuando en forma no oficial?

—Ese es el caso —respondió el *Chief Whip* liberal.

—Evidentemente, los del Ulster somos los más afectados y los que nos hallamos más cerca del problema —dijo Roger Hubble—. Yo he recabado de todos los presentes que nos confiaran la redacción del primer borrador del proyecto de ley. —En este punto repartió copias del mismo entre los presentes, y se quedó en pie—. Para que nos entendamos, al referirme a este proyecto lo llamaré Ley de Poderes de Detención y Emergencia, y si tienen la bondad de seguirme, voy a leer el preámbulo.

Hubo un movimiento general de acomodación de lentes y de manoseo de papeles. Luego, Roger leyó:

—«Se han cometido ciertos delitos de carácter extraordinario y sedicioso que no están suficientemente definidos por los estatutos en vigor y los procedimientos judiciales ordinarios. De lo cual se infiere que el fiscal general es la única persona facultada para identificar dichos delitos, cuando se cometan, y clasificarlos en una categoría determinada para ser juzgados según las previsiones de la ley.» La decisión queda, pues, en manos del fiscal general, exclusivamente —decía Roger, levantando la vista del papel—. Es él y nadie más quien ha de llevar a cabo la selección.

Cuando los puntos delicados quedaron definidos ya, varias horas después, sir Frederick iba estrechando manos con semblante extasiado.

—Bien —se relamía—, hemos estructurado una nueva colección de normas a las que sujetar el juego.

Sir Philip, que había dormitado un poco, se estiró y comentó que cuando uno tenía que trabajar muchas horas seguidas daba gusto encontrarse en un ambiente como aquél. Su mano resbalaba por el pulido grano de la madera.

—Yo diría que es khaya, de Nigeria, si no me constara otra cosa —decía, presumiendo de sus años de oficial en las colonias.

—Tiene razón, sir Philip —contestó Weed—. Caroline la encontró por casualidad años atrás. Es de Quintana Roo.

—¿Quintana Roo?

—Sí, una lejana provincia de México. La caoba más hermosa del mundo, ¿no? Tuve que enviar una expedición especial para procurármela.

Cuatro días después de la conferencia en Rathweed Hall, la Cámara de los Comunes británica aprobaba por mayoría abrumadora la Ley de Poderes de Detención y Emergencia.

17

Dos días después de ser aprobada la Ley de Poderes de Detención y Emergencia, Conor fue trasladado de su celda del cuartel de Arbor Hill, de Dublín, amarrado con las ya familiares esposas, encapuchado y trasladado a otro aposento, con los mismos rasgos de calabozo, de los sótanos del Castillo de Dublín.

Allí lo sentaron, lo ataron a la silla y lo colocaron junto a una mesa alargada, dejando que la capucha siguiera cubriéndole la cabeza. Desde el exterior, lo observaban por una mirilla. Así estuvo varias horas, sin alimento, ni agua, ni poder hacer sus necesidades.

A determinada hora (él no sabía ya cuál era) le quitaron la capucha, y cuatro hombres entraron pomposamente en el aposento. Los tres oficiales del ejército se situaron frente a él, detrás de la mesa. El cuarto, sir Lucian Bolt, se sentó en una mesa más pequeña. El oficial más antiguo, coronel Hibbert, despejó un paso por el gran cepillo del bigote para que pudieran salir las palabras.

—Prisionero Larkin, se encuentra usted ahora ante un tribunal de los instituidos por la Ley de Poderes de Detención y Emergencia. Sir Lucian Bolt está aquí en calidad de fiscal especial, en representación de la oficina del fiscal general y le explicará lo que podríamos llamar reglas del juego.

El mayor Disher, el de la derecha, y el mayor Young, el de la izquierda, estudiaron al peligroso feniano. Se lo habían pintado como un hombre salvaje. Era un personaje irritado, muy cierto, y Dios no quisiera que le quitaran las cadenas.

—Actuaremos como se debe —dijo el coronel—. Le aconsejo que coopere.

—Coronel, usted parece un sujeto bastante decente. ¿Cómo le han convencido de que se metiera en este asunto estúpido? ¿Con aquello del deber, y otras monsergas? Diablos, al menos el último lugar al que dieron el nombre de sala de tribunal tenía una bandera.

—Le pido por última vez que coopere.

—¡Vaya, pues! Tiemblo de gozo ante la idea de que voy a recibir la justicia del rey…

—¡Guardias!

La puerta se abrió de pronto, dando paso a cuatro soldados armados de pistolas que entraron a la carrera.

—Amordacen al prisionero —mandó el coronel.

Conor fue amordazado con tal fuerza que faltaba poco para que le sangrasen los labios. Luego se echó al suelo, arrastrando la silla consigo y forcejeó hasta ponerse de espaldas a los militares. El coronel ordenó que lo levantasen y que los guardias le sujetaran por el cabello, de forma que tuviese que mirar al tribunal.

—Puede continuar, sir Lucian.

Lucían Bolt se acomodó las gafas, se puso en pie, con la nueva ley ante los ojos y fue enumerando los artículos más importantes:

El fiscal general era la única persona que podía determinar a quién debía someterse a juicio.

No se necesitaba ningún otro requisito legal.

Toda persona considerada sospechosa podía ser detenida y registrada sin orden judicial.

Toda persona considerada sospechosa podía ser retenida indefinidamente sin proceso ni fianza.

La persona considerada sospechosa no tenía derecho a los servicios de un abogado defensor.

Toda persona considerada sospechosa podía ser llevada ante un tribunal militar de tres miembros, a requerimiento del fiscal general.

En tales tribunales quedaban suspendidas las normas habituales del procedimiento así como las de presentación de pruebas.

No estaría presente otro abogado que el representante del fiscal general.

No se llevaría registro de los procedimientos; sólo se requería un sumario del tribunal.

El acusado no podría presentar ningún testigo; sólo podría presentarlos el tribunal.

El tribunal estaba facultado para imponer cualquier sentencia, desde la absolución hasta una pena de cárcel de la duración que estimase conveniente, y hasta podía dictar pena de muerte.

No había apelación posible. Sólo la sentencia de muerte sería revisada por una autoridad superior.

Sir Lucian preguntó a los tres militares si habían entendido claramente lo leído y les explicó que tales medidas, si bien repugnaban a la ley inglesa, eran el único medio de combatir sediciones de aquel tipo. Los tres jefes estuvieron de acuerdo plenamente. Sir Lucian continuó su tarea leyendo los cargos y un sumario de los acontecimientos; finalmente enunció el alegato de la Corona.

—En interés del juego limpio —dijo el coronel Hibbert—, voy a pedir a los guardias que quiten la mordaza al prisionero y le permitan hablar en su propia defensa. Advierto por adelantado que no toleraré estupideces.

Conor trató de escupir. No era una saliva húmeda ni abundante, pero algo de ella llegó a la cara del coronel Hibbert. El coronel se la limpió pausadamente, sin apartar los ojos de su víctima. Los tres militares aplazaron la vista, acompañados de sir Lucian, y al cabo de tres minutos regresaron.

—El Tribunal de Su Majestad Británica, usando de las facultades que le concede la Ley de Poderes de Detención y Emergencia, halla al antes mencionado Conor

Larkin culpable de todos los cargos. El acusado será devuelto a una institución penal para ser llamado en fecha futura y cumplir sentencia por un período de cincuenta años. El tribunal toma nota, además, de la actitud hostil, provocativa y de no cooperación adoptada por el prisionero y le sentencia a recibir un castigo correctivo consistente en veinte azotes. El tribunal aplaza sus actuaciones por una hora, pasada la cual se reunirá de nuevo para ocuparse de los otros acusados del llamado incidente de Sixmilecross. Gracias, caballeros, por haber cumplido su deber; gracias, sir Lucian. Dios salve al rey.

18

«No dejes que tu corazón se incline hacia sus procederes, no te desvíes hacia los senderos de la malvada. Su casa es el camino del infierno, que desciende hacia las cámaras de la muerte.»

«¿Sabes que los inicuos no heredarán el reino de Dios? No te engañes: ni los fornicadores…, ni los adúlteros…, ni los ladrones…, ni los degenerados… heredarán el reino de Dios.»

Un miércoles tras otro, después de Sixmilecross, se arengaba a las Damas Auxiliares de los Caballeros de Cristo sobre la condición de ramera de Shelley MacLeod. Era una lección ocasional demasiado horrenda y demasiado clara para dejarla en olvido, y el moderador estaba decidido a grabarla en el cerebro de todas las mujeres de su iglesia.

Al final de la reunión de damas de los miércoles, MacIvor aparecía en el local social para una última oración y unas palabras sabias.

—Lo mismo que Sodoma y Gomorra, e igualmente las otras ciudades próximas, que se entregaban a fornicaciones y corrían en pos de carne extraña, se ofrecen como ejemplo de sufrimientos y venganza por el fuego eterno, así también esas sucias soñadoras manchan la carne, desprecian la potestad y hablan maldades…

Y se ponía a rezar, abiertas las manos, temblorosos los carnosos labios, lacrimosos los ojos.

—¡Hermanas! Damas, madres, hijas, esposas cristianas. Os han rebajado. La ramera ha huido, pero la ramera no se ha librado ni de los ojos, ni de la venganza del Señor. ¿Qué madre, entre vosotras, no tiembla de horror y de rabia al pensar que su propia hija virgen pudiera yacer, carne contra carne, con un traidor papista? No debemos abandonar la vela en busca de la ramera que ha arrojado esta vergüenza sobre su pueblo. No debéis olvidar nunca esta terrible lección en vuestra marcha hacia la pureza y la feminidad digna…

Una mano invisible había dibujado la marca de Caín sobre los hogares MacLeod de Tobergill Road. El silencio, que es la forma más cruel de tormento que pueden infligir los vecinos, había descendido sobre ellos; silencio roto únicamente por ataques de ira. Durante semanas, nadie dirigió la palabra a Morgan ni a su hijo. A Lucy le habían escupido, le hablan arrojado verduras, le hablan regado con una manguera. A Matt le dieron tantas palizas que sus padres lo internaron en un colegio particular. Hasta la buena de Nell hubo de sufrir que le tiraran basura a la cara.

Durante un tiempo Morgan y Nell continuaron desfilando retadores hacia la iglesia de los Mártires, de Shankill, cortando el banco de hielo que representaba el

conjunto de sus vecinos. En tales ocasiones, MacIvor murmuraba, por el rincón de los labios, frases de odio dando la pauta de conducta a los demás.

Muchos amigos de los MacLeod, de otros barrios, consideraban que ellos no tenían ninguna culpa. Entre los hermanos de la logia hubo división de pareceres. Aunque no se podía culpar a Morgan ni a Robin de lo que hiciera «ella», podía darse por seguro que ninguno de ambos volvería a ocupar ningún puesto elevado en la orden.

Lo mismo ocurría en el astillero. Muchos antiguos compañeros se acercaron para manifestarles su simpatía. Unos cuantos vecinos tuvieron el valor de imitar esta conducta, aunque no muchos, por miedo a ser víctimas a su vez de parecido trato.

La pestilente atmósfera de odio que no se alejaba nunca del Ulster cuidaba de que los Caballeros de Cristo y sus Damas no pudieran olvidar ya nunca más a Shelley MacLeod. MacIvor les enteró de que las consecuencias de todo ello eran mucho peores para las mujeres, por haberse tratado de un pecado cometido por una de ellas y porque quizá Shelley MacLeod reflejase ciertos deseos femeninos secretos, con lo cual todas habían de cargar con parte de la culpa.

La dignidad de Morgan MacLeod y su familia y la negativa a levantar los domicilios y huir les encerró en un terrible aislamiento. Cierto que hablaron de la posibilidad de marcharse, pero no pertenecían a la casta que llenaba barcos de emigrantes, ni iban a permitir que les echasen de su refugio.

Un día, en el astillero, Morgan sintió de pronto un dolor terrible en el pecho; no podía respirar, se tambaleaba impotente, y cayó del andamio desde una altura de seis metros sobre el duro pavimento, rompiéndose la columna vertebral.

De la noche a la mañana, Oliver Cromwell se sintió iluminado por la caridad cristiana. El próximo domingo dijo que el Señor había recibido reparación suficiente por los pecados de su extraviada hija y que ahora todos habían de empezar a perdonar.

Cubiertos de vergüenza por el comportamiento que habían seguido, los vecinos empezaron una tanda de rezos que duraba las veinticuatro horas del día mientras Morgan MacLeod estaba entre la vida y la oscuridad eterna.

En el paquete no quedaban cigarrillos. Robín aplastó el envoltorio y lo echó al cubo de la basura. Robin abandonó el andén para acercarse a la ventanilla del jefe de estación.

—¿Llegará a la hora el tren de Dublín?

—Sí, en seguida.

Robin se había mostrado tan excitado en aquellos cuarenta minutos de andar por allí como fiera en la jaula, murmurando en voz baja, sentándose, restregándose las manos y fumando incesantemente, que había llamado la atención del empleado. El

anciano jefe de estación sabía que muchas caras desconocidas venían a Lisburn para esperar a personas con las cuales no querían ser vistas en Belfast. He ahí un sujeto bien parecido que vestía con elegancia…, sin duda había de reunirse con una amiguita, a espaldas de su mujer.

Robin miró la hora. Faltaban diez minutos. Fue al quiosco.

—Un paquete de Player's de los de veinte, estilo marinero.

Volvió al andén, tragándose el humo y mirando a lo lejos, sobre la vía del ferrocarril.

Robin no estaba seguro de si había tomado una medida acertada. El primer mes, después de lo de Sixmilecross, había sido una pesadilla. Él se había dicho a si mismo que seria capaz de resistir la carga de la situación; pero hasta los jugadores estaban divididos unos contra otros. Primero eliminaron a todos los católico— romanos, y cuando los hicieron reingresar, éstos se mantuvieron aparte, formando grupitos que miraban con ojos inflamados, no bebiendo ya con los demás, ni —cosa todavía peor — jugando en equipo de verdad. La cosa se puso tan mal que sir Frederick canceló la gira por Australia.

Durante el tiempo que Shelley y Conor vivieron juntos, Morgan, su padre, impuso el silencio, ordenando que en aquella casa no volviera a pronunciarse el nombre de Shelley. Una prohibición que le destruía más que a nadie, le roía las entrañas, le minaba la vida. Morgan sabía que Robin veía a Shelley a escondidas, pero no decía nada, no preguntaba nada, no le daba recuerdos, ni bendiciones… nada. Pero Robin sabía que su padre se pasaba horas enteras a solas, sentado en la habitación de su hija, cuando creía que no había nadie en casa. El dolor del viejo no tenía fin.

Luego vino lo de Sixmilecross y la puñalada del ostracismo que instigó contra ellos la iglesia de su padre. Si su hermana era una ramera, entonces la Virgen María lo fue también, porque Shelley era la mujer más hermosa y buena que hubiera existido jamás. Tan buena como Lucy. Tan buena como Nell. Nunca hizo daño a nadie; nunca tuvo malas palabras para nadie.

Después de lo de Sixmilecross, Morgan trató de reunirlos nuevamente a su alrededor; pero se agostaba ante los ojos de todos ellos. Todas las noches les leía la Biblia, buscando pasajes que reclamaban arrepentimiento e intentando dar entrada a la luz del amor.

—«Los que moran en casas de arcilla, que tienen los cimientos en el polvo que se deshacen apolillados. Estos están destruyendo desde la mañana a la noche; perecen eternamente sin que nadie se fije… mueren, hasta sin saberlo.»

«¡Al diablo los vecinos, Morgan! —quería gritar Robin—. No te tomes la molestia ni de excusarlos ni de maldecirlos»…

Luego Morgan se ponía a leer pasajes sobre la muerte, siempre sobre la muerte. La noche antes de fallarle el corazón habló de la muerte con una voz rendida por el

cansancio.

Fue la última vez que les leyó…

«Glorificad al Señor vuestro Dios, antes de que traiga la oscuridad y antes de que vuestros pies tropiecen por las montañas oscuras, y, mientras vuestros ojos buscan la luz, Él la convierta en la sombra de la muerte y la transforme en una tremenda oscuridad. Pero si no queréis escucharlo, mi alma llorará en lugares secretos por vuestro orgullo; y mi ojo llorará más… y habrá agotado las lágrimas…»

—¡Robín, es tu padre! ¡Ha caído del dique seco Big Mabel!

Roca de los siglos, hendida por mí,
Deja que me esconda, dentro de Ti;
Deja que el agua y la sangre que manaron,
De tu hendido, santo, herido costado
Por el pecado doblemente curado,
Me laven la culpa y el poder que ha engendrado…

Malditos hipócritas que se amontonan alrededor de la casa gimiendo y rezando. ¡Vosotros lo habéis matado, cochinos hipócritas!

Yo no quería causar ningún daño, Robin…
Le tenemos presente en nuestras oraciones…
Si quisieras estrecharme la mano, Robin MacLeod…
Ha durado demasiado, Robin…
Si tú y Lucy quisierais venir a comer…

Hipócritas! ¡HIPÓCRITAS! ¡HIPÓCRITAS! ¡COCHINOS, JODIDOS HIPÓCRITAS!

Robin tuvo un sobresalto al oír el silbido de la locomotora allá abajo. Apagó la colilla y volvió a ponerla en el paquete, automático gesto de ahorro adquirido a fuerza de años en el astillero, y se recobró, mientras el tren paraba junto al andén.

Shelley y Robin continuaban abrazados mientras los últimos viajeros les miraban al pasar, antes de perderse en la noche, y el tren continuaba hacia Belfast. Por la vehemencia del abrazo, el jefe de estación comprendió que había acertado, y se dijo que aquellos dos estaban enamoradísimos.

Robin guió a su hermana hasta un banco.

—¿Cómo está?
—Te lo explicaré dentro de un momento.
—¿Podemos entrar en Belfast a verle?
—Esta noche, no.
—¿Has alquilado una habitación para mí?
—Oye, ¿te acuerdas del viejo Cappy O’Dwyer? Es… es… católico. Jugaba en el club cuando yo ascendí, saliendo de los juveniles. Eramos grandes cantaradas entonces. Me enseñó muchísimo. En resumen, el viejo Cappy prosperó mucho después de haber dejado el equipo. Pienso que tiene el monopolio de las destilerías de *poteen*, allá en las montañas. En fin, posee una casa grande y hermosa aquí, en las afueras de Lisburn. Hasta tiene una posada, ¿lo creerías? Estarás más segura allí.

La posada de Cappy O’Dwyer prestaba servicio a tres clases de clientes: varios distribuidores de *poteen*, muchachos republicanos que huían de la justicia, y hombres que tenían relaciones amorosas con damas que no eran sus esposas. La cocina estaba caliente y animada, abundante de jamón, sopa de pollo que hervía en una gran olla de cobre y otros platos, tales como alubias, estofado de conejo y bizcocho empapado de natillas y cubierta de nata batida. Cappy estaba orgulloso de sus dotes culinarias.
—Bien, os dejo —se despidió—. Tu buena hermana puede retirarse a su habitación cuando le parezca bien.
Shelley le pellizcó la mejilla y le dio las gracias.
—Hay ahí un timbre eléctrico, y otro al lado de la cama, y bastará que lo pulse para que yo venga corriendo de la casa grande. Acomodaos a vuestro gusto y pasad ahí todo el tiempo que queráis.
—Gracias por todo, Cappy —dijo Robin.
—De nada —respondió él, mirando a Shelley con una expresión que decía que a la amada de Conor Larkin se la recibía tan a gusto como a una santa.
Ambos hicieron ademán de atacar el banquete, pero lo abandonaron. Cada uno guardaba las palabras en el pecho, sin soltarlas. De pronto, Shelley se volvió bruscamente.
—Sin rodeos —pidió—, ¿cómo está?
—Morgan está agonizando —contestó Robin—. No quería vivir más. Él mismo se desea la muerte.
—Comprendo —susurró Shelley, dejándose caer junto a la mesa—. Supongo que me odia de veras desde que…
—Es por lo muchísimo que te ama. Empezó a morir el día que te fuiste de casa; pero no sabía cómo acudir a ti. La idea de verte es lo único que le mantiene con vida. Te llama todos los días. De lo contrario no te habría pedido que vinieras.
Shelley se arregló el cabello y Robin trató de sonreír. Estaba pálido de

agotamiento y tenía los ojos inflamados por la bebida. A pesar de la bravura que desplegaba en el campo de rugby, su hermana sabía que más que nadie, quedaría aplastado, si Morgan fallecía.

—Parece que os he causado una infinidad de sufrimientos a todos —dijo la hermana.

Robín negó con la cabeza.

—¡Es ese cochino Belfast! —exclamó—. ¿Por qué no podrán dejar en paz a la gente? ¿Qué les importa a quién ames tú? —y quedó callado—. En la familia —continuó luego— nadie te reprocha nada, Shelley. Confieso que cuando te saqué de Belfast, después de la aventura de Sixmilecross, maldije el día que naciste. Te maldije por lo que les pasaba a Matt, Lucy y Nell. Pero Morgan nos hizo recobrar el sentido. Morgan no quiso que nos consumiera el mismo odio que consumía a nuestros vecinos. Hizo que yo me avergonzase de mí mismo… porque… durante un corto tiempo… había dejado de amarte.

—Esa ciudad está demente, enloquecida por la enfermedad que sufre —comentó Shelley—. ¡Oh, Robin! Coge a Lucy y a Matt y marchaos. Idos a otra parte.

Robín encendió un cigarrillo con mano temblorosa; luego encontró whisky en la alacena.

—Esta es la extraña y terrible maldición que pesa sobre mí —gimió—. Incluso mientras escupían sobre su casa, Morgan los perdonaba. ¿Comprendes? Son nuestros vecinos… Cuando navegaba por el mar, tenía miedo, Shelley. Paso miedo todos los años, cuando voy a Inglaterra. Hasta lo tengo cuando paso un domingo fuera del Shankill. ¿Comprendes?… En el astillero, y en el campo de rugby, y por todo el Shankill, soy alguien. Cuando salgo de Belfast, no soy nadie. Morgan me enseñó esto. Dios mío…, nunca me sentí más satisfecho que el día que Morgan me pasó su sombrero hongo y me admitieron en su logia y pude desfilar a su lado mientras tocaban *Dolly's*. Yo no quería mal a los católicos. Nunca hice caso de los predicadores que sembraban el odio contra ellos. Conor me dijo que cuando veía mi faja de Orange le daba náuseas; pero la única razón de que yo la llevase era porque así iba al lado de mi padre, y él era el rey del Shankill, y yo su príncipe. He ahí el maldito tormento de la situación. Ni a pesar de lo que nos han hecho, puedo marcharme. Hasta Lucy se asusta tanto cuando nos vamos de vacaciones que se pone demasiado nerviosa para que pueda gozarla. No conocemos otro mundo que las casitas que tenemos allí. Aquél es nuestro puesto, ya sabes, el lugar donde nos sentimos a gusto.

Después de un par de generosos tragos, la faz de Robín brillaba de sudor.

—Y tú, ¿cómo lo has pasado, muchacha?

—Muy sola —murmuro Shelley—. Me faltaba él. Me faltabais vosotros.

—Matt preguntaba por ti, y Lucy también —Robin se irguió y reunió todo el

coraje que le quedaba, aunque no pudo dominar una vacilación en la voz—. ¿Cómo está Conor?

Los dos hermanos se miraron fijamente. Luego Robin cogió la mano de Shelley con gesto desesperado.

—Yo nunca tuve nada contra Conor porque fuese católico. ¡Jesús mío! ¡Ni siquiera entiendo por qué luchamos unos contra otros! ¡Pregúntaselo a los muchachos del equipo, Shelley! ¡Pregunta a Cappy O’Dwyer! ¡Toca el timbre, dile que venga y pregúntale si me oyó pronunciar ni tan sólo una palabra fea sobre los católicos! No sé por qué Conor me pegó y me insultó cuando yo sólo pensaba en salvarle. ¡Me pegó porque llevaba una faja de Orange! ¡Shelley…, Shelley…, tienes que hacerle comprender que le amo como a un hermano!

Shelley fue hasta él, le cogió la cabeza, se la apoyó contra el pecho y le meció como a un niñito…

19

En la vecindad, Heather Tweedey era una vieja miserable de otro tipo. Ella y su anciana madre habían vivido cuarenta años en la misma casa de la calle Malvern. Cuando la madre quedó inválida, Heather la sustituyó en la tarea de confeccionar sombreros de señora a medida y pantallas de fantasía. Más tarde añadió la tarea de repartir a domicilio corsés hechos también por encargo.

Tiempo atrás tuyo un pretendiente; hacía unos treinta años, y era un viudo con cuatro hijitos que trabajaba en el astillero. Cuando las relaciones entraban en una fase seria, la madre sufrió un ataque terrible que requería los cuidados constantes, a todas las horas del día, de Heather. El pretendiente se fue en busca de terreno más abonado, y Heather ya no volvió a tener ninguno digno de mención. Aparte del trabajo y de la pobrecita mamá postrada en el lecho, arriba, la vida de Heather giraba en torno a la iglesia y el Evangelio. Los individuos del sexo masculino eran adversarios suyos, porque llevaban entre las piernas ese instrumento perverso y amedrentador. Lo mismo que le había ocurrido a su madre, Heather Tweedey se convirtió en una persona huraña y flaca.

Dios bendiga el día, cuatro lustros atrás, que Oliver Cromwell MacIvor vino a Belfast como un salvador, un verdadero discípulo de Jesús, perfectamente limpio y puro y bañado en bondad. Ella le amó ya desde el principio; amaba su cara, dulce, resplandeciente, sensual; amaba sus manos, blandas y suaves; amaba la santidad de su hermosa mente. Todo esto lo guardaba Heather en secreto. Del mismo modo lo guardaban las otras damas de la iglesia que compartían estas mismas inclinaciones.

El predicador sabía perfectamente bien que su persona formaba un dramático contraste con el toscamente desbastado tropel del astillero. Él era el Niño Jesús, el objeto capaz de sacar a la superficie los instintos maternales más recónditos de aquellas mujeres, así como sus anhelos sexuales. Y cultivaba activamente estas tendencias con taimadas referencias a pasajes del libro santo que hablaban en tono subido de los placeres de la carne. En uno de sus sermones más famosos, MacIvor describía a Jesús como se describe a un amante en una incursión por las fantasías sexuales débilmente veladas para el inexperto pero encandilado rebaño…

—«*… El amado es el lirio blanco como la nieve… Es la hermosa rosa de Sharon… Es blanco y colorado… Tiene la cabeza del oro más puro…, pensad en los diez mil soles que calientan los planetas. Él es el mayor de todos… Sus mejillas son como un lecho de especias, una olorosa flor… Sus labios, como lirios que hablan de pureza… Sus labios derraman una mirra de dulce aroma… Nosotros lo hemos oído todo de los dulces labios del dulce Jesús… Su vientre es como marfil brillante*

recamado de zafiros… Sus piernas como pilares asentados en zócalos de oro fino… Su boca es lo más dulce, como lo son también sus besos…»

Heather Tweedey era firme pilar de la iglesia de MacIvor, ya desde el comienzo, la dama mas devota del rebaño, la trabajadora más infatigable. Visitadora de enfermos, maestra de escuela dominical, directora de celebraciones sociales y cuestaciones. Por su trabajo la habían premiado con el puesto vitalicio de presidenta de las Damas Auxiliares de los Caballeros de Cristo.

Heather soñaba en MacIvor desde hacía años; concebía una clase de pensamientos que no osaba compartir con ningún alma viviente y apenas habría querido confesarse a sí misma. Estos, sí, eran los profundos y arremolinados secretos de la carne; no los groseros gruñidos que oía a través de las delgadas paredes de papel, no los referidos al asqueroso instrumento masculino. Estos placeres eran elevados y hermosísimos y discurrían por escenarios de blancas nubes, con arpas y ángeles. Sueños de sensaciones inmaculadas. Sueños en los que… su amante… era… Cristo, bajo la forma de Oliver Cromwell MacIvor. En las horas que pasaba sobre la mesa de costura empezó a dar entrada a los sueños incluso a plena luz del día, y a menudo se levantaba con una extraña humedad entre las piernas.

¡Oliver! ¡Precioso salvador!

Como presidenta de las Damas Auxiliares asistía a la reunión semanal de la junta, que se celebraba los sábados por la noche, en su casa. En aquel grupito reducido, íntimo, se hablaba continuamente de Oliver. Ella adoraba los sábados. Las otras reverenciarían y glorificarían a su secreto amante, y ella sabía que aquella noche se iría a la cama gozando una vez más de las dulces sensaciones prohibidas.

Las damas formaban un grupo apasionado, fanático por la tarea de su vida. Heather no podía comprender que perteneciesen a las Damas casi exactamente por la misma razón que pertenecía ella, porque las otras eran señoras casadas. ¿Cómo podía Oliver significar tanto para ellas? Pero lo cierto es que sí lo significaba.

Heather apenas podía contenerse mientras se acercaba la hora de la reunión del sábado. Los maridos de las compañeras se habían ido a la taberna, y ellas habían venido a su casa. Cuando las seis que formaban la junta estuvieron reunidas y ella hubo acostado a su mamá, sirvió el té. Estallando la excitación, dio la noticia:

—He visto a la ramera —dijo en un aliento de voz—. He visto a Shelley MacLeod escabullándose cerca del hospital Victoria.

Pasada la primera conmoción de sorpresa, les aseguró que no la habían engañado los ojos.

—Anoche estaba yo en compañía de Arabelle Forbes. Como el viejo Georges tenía su fin muy cerca y yo soy tan íntima de Arabelle, las enfermeras me dejaron quedar hasta después de la hora de visita. Cuando me marché eran las once y bajaba

por el pasillo. En la puerta de Morgan MacLeod me paré un momento a rezar. La puerta estaba entreabierta, y allí la teníais a ella, oronda y satisfecha, sentada junto a la cama, cogiéndole la mano, manchada y escarlata como iba.

—¿Qué os parece que deberíamos hacer? —preguntó Ade MacGuire.

—Deberíamos ir inmediatamente a la policía.

—No, la perrita cochina no ha cometido ningún delito civil.

—Pues veamos al reverendo MacIvor para que nos aconseje —propuso Mae Duncan.

—No —atajó Heather—. No, hemos de protegerle. Ahora escuchad, yo he marcado siempre los pasajes que él citaba. Los referentes a Shelley MacLeod los señalaba en rojo —abrió la Biblia—. Si los leemos juntas y atentamente, el mensaje aparece bien claro, clarísimo.

La puerta de la celda se abrió. El guardián Hugh Dalton entró, se paró delante de la cama de Conor, se inclinó y lo sacó del sueño zarandeándole.

—Es tu hora, Larkin —le dijo.

Conor se dio la vuelta, desperezándose.

—¡Qué lástima despertarse para ver tu cara, Dalton! Precisamente soñaba una cosa bonita. ¿Qué has dicho?

—Tienes que venir conmigo.

Entonces Conor vio el quinteto de guardianes desplegados en arco junto a la puerta de la celda.

—Comprendo. La escolta real. Buenos días, caballeros. ¿Me espera la carroza? ¿Adónde vamos? ¿Al hotel Russell de St. Stephen's Green a comer con el arzobispo? ¿O quizá a la torre a que me corten la cabeza?

—Vamos al banco de los azotes —dijo Hugh Dalton.

—Ah, sí, al banco. Compré la entrada hace mucho tiempo. Ya empezaba a pensar que no me avisarían.

—¿Vas a darnos trabajo? —preguntó el guardián.

—¿Cómo diablos puedo saberlo? Es la primera vez que me azotan.

Dalton hizo un signo a los guardias.

—Será mejor que le pongáis los brazaletes.

Los guardias aprisionaron unas muñecas encentadas por las esposas. Hugh Dalton era un hombre alto, canoso y adiposo por los años de trabajar en las celdas. Era uno de los pocos guardianes católicos de la prisión Portlaoise, hombre valioso que sabía tener a los católicos romanos dominados mediante su simpatía, real o falsa. Ahora deslizaba un pedazo de caucho duro en la mano de Conor.

—Ponte esto en la boca y aprieta los dientes. Te ayudará un poco.

Mientras le hacían desfilar por delante de las celdas de otros hombres vagamente

convictos de delitos republicanos, los presos golpeaban las puertas formando un crescendo de aliento para Conor y profiriendo maldiciones contra la Corona.

La comitiva desapareció hacia el sótano acompañada de consignas republicanas que vibraban en sus oídos. Lo estaban aguardando el gobernador de la prisión, Greenlaf; el jefe de guardianes, Hyde; el doctor de la prisión, Faiser, y el guardián Inch, que era el que administraba los azotes. A Conor le desnudaron hasta la cintura.

El jefe de guardianes leyó el documento oficial autorizando el castigo. El guardián Inch escogió y probó un látigo. Después del mango, el látigo tenía nueve correas trenzadas de cerca de un metro de longitud y con las puntas emplomadas para que no se enredasen unas con otras.

Empujaron a Conor hasta un banco de azotes de madera, con unos agujeros horizontales a la altura de la cintura y el pecho. Le tendieron dentro, formando un ángulo, le encadenaron por los tobillos y las muñecas y le sujetaron por el centro del cuerpo. Luego le pusieron una banda de cuero alrededor del cuello para que no se le fracturase.

—Veinte azotes. Lleve la cuenta, señor Dalton. Puede empezar, señor Inch.

—Uno.

Unos dedos rosados aparecieron de pronto por todo lo ancho de la espalda de Conor.

—Dos.

El color se acentuó.

—Tres…, cuatro…, cinco…

AI dar el golpe; Inch, el azotador, hacía rodar las emplomadas puntas de tal forma que se doblaran hacia el expuesto sobaco de Conor y le arrancaran la carne como col picada. Inch sudaba y gruñía al impulsar el látigo con toda la fuerza que pudieran imprimirle sus ciento ocho kilos de peso.

—Nueve…, diez…

El guardián paró, jadeando en busca de aire, al rompérsele una trenza, se volvió hacia el mostrador y eligió otro azote de nueve colas. Los demás permanecían inmóviles, salvo el médico que se inclinó bajo el banco para observar el rostro de la víctima.

—¡Fuera de aquí! —exclamó Conor.

—Continúe, señor Inch.

—Hemos contado diez —dijo Hugh Dalton—. Once…, doce…, trece…

Conor escupió la pieza de caucho…

—Oh, esa gente cuelga hombres y mujeres por llevar la enseña verde…

—¿Qué diablos está haciendo?

—Pienso que podría usted decir que está cantando, gobernador…

—Señor Inch, si aplica usted los golpes debidamente, interrumpirá la canción…

—Cuando éramos salvajes, feroces y malvados,
Y farfullábamos sones necios, sin sentido
Inglaterra, madre, buena, vino a salvarnos.

—Catorce…, quince…, dieciséis…

Con mano cariñosa nos levantó del barro
Y nos curó de borracheras y delitos.

—Diecinueve…, veinte.

Se había formado una marea roja, un campo de sangre, una carnicería. El gobernador soltó un bufido de disgusto, y el azotador comprendió que sus días de verdugo estaban contados. El doctor se apresuró a tentar el pulso, auscultar el corazón, dirigir una luz a los ojos…

Conor Larkin se sonrió. Luego se irguió y los miró a todos.

—Guárdense esa cochina camilla; andaré —dijo.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó el del *Constabulary*.

El inspector Holmes apartó los ojos del cuadro. Se sentía débil y vacilante. Se recostó contra la pared en busca de apoyo.

—Dios todopoderoso, Dios del cielo —gemía.

El rojo cabello que habían cortado de la cabeza de Shelley aparecía esparcido por el suelo, pegado con el rojo más espeso, más fuerte de su sangre. Tenía el rostro grotescamente hinchado por un centenar de martillazos. La encontraron atada a una farola, a mitad de una callejuela de detrás del hospital.

—No había visto una cosa parecida… nunca en mis treinta años… —murmuraba el inspector—. Es el trabajo de un demente.

—Más de uno —replicó el detective MacCrae—. Yo diría que emplearon una docena, o más, de armas distintas. He contado más de cincuenta cuchilladas. Muy bien, corten las amarras.

Se oyeron unos gritos terribles en la estrecha punta de la callejuela, donde una docena de agentes del *Constabulary* mantenían a raya a una masa de curiosos. Un policía vino corriendo hasta el detective MacCrae.

—¿Qué sucede? —preguntó éste.

—Es el hermano, que prueba de abrirse camino.

—No le dejen pasar, por amor de Dios. No puede ver esto.

Del fondo de la callejuela vino otro detective.

—En el cubo de la basura hemos encontrado un brazo de la víctima.

Los ojos del inspector Holmes se fijaron en las palabras garabateadas en la pared. RAMERA PAPISTA.

20

El gobernador Greenlaf convocó una reunión de guardianes en el mismo momento que Conor se entero del asesinato de Shelley. Portlaoise albergaba a los otros presos de Sixmilecross, y se esperaban presiones extraordinarias.

De acuerdo con la lógica habitual de «católico con católico», se ordenó al guardián Hugh Dalton que vigilara personal y estrechamente a Larkin. En sus años de servicio, Dalton había visto a un centenar de reclusos enterarse de una tragedia horrible en el exterior… Una noticia de esta naturaleza destrozaba a un hombre más presto que cualquier otra calamidad. Después de la primera semana de vacío y atontamiento absolutos durante la cual la mente deja de funcionar y cierra el paso al pensamiento y al dolor, el paciente suele dar signos de supervivencia, o de muerte.

Conor no pronunciaba ni una sola palabra; no derramaba ni una sola lágrima. Se sentaba en el borde del camastro, de espaldas a la puerta de la celda. El único movimiento que hacía, aparte de evacuar sus necesidades, era el de tomar un par de cucharadas de alimento, beber un sorbo de agua de vez en cuando, o tumbarse sobre la colchoneta para dormir un momento. No cambiaba nunca, fuese día, fuese noche. Rehusaba todas las visitas, todos los mensajes, todas las órdenes. Permanecía sentado, al alba, por la mañana, por la tarde, al atardecer, por la noche…, sin decir nada, el ojo apagado.

Hugh Dalton había visto hombres que mantenían esta actitud varias semanas, para luego estallar cuando ya no les fue posible seguir conteniéndose. Aunque Larkin no manifestaba ni el más leve signo de vida, tampoco ofrecía indicios de haber de estallar. Una semana, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho. Continuaba sentado, seguía mirando al vacío. No variaba nunca.

El nuevo republicano, periódico de cuatro páginas nacido en el Liberties de Dublín, parecía haber sido obra de Seamus, aunque no había manera de demostrarlo. La distribución fue cuidadosamente calculada para que llegase fuera de Dublín, a todos los rincones de Irlanda y al otro lado del mar, a los barrios bajos irlandeses desde Manchester a Glasgow y a Londres. Causó una tremenda sensación.

El nuevo republicano empezaba con el devastador discurso de Conor Larkin desde el banquillo en el cuartel de Arghavannagh. Las páginas interiores llevaban un relato detallado de la violación del acuerdo entre la Hermandad Republicana Irlandesa y sir Lucian Bolt. Las páginas finales hacían la disección de los artículos y el significado de la Ley de Poderes de Detención y Emergencia, el tormento de Larkin y la traición contra los hombres de Sixmilecross.

Mientras se secaba la tinta de *El nuevo republicano*, Atty Fitzpatrick encabezaba

un desfile de oradores republicanos por salas y calles, dirigiendo la palabra a grandes e inflamadas concentraciones en Dublín, Cork, Galway, Derry y Limmerick. Y se iba a meter entre los dientes del huracán, anunciando una marcha sobre Belfast, cuando fue tomada en custodia (para protegerla, decían) y recluida a bordo de un barco-prisión anclado en el puerto de Kingstown, al sur de Dublín.

Mientras la situación estuviera al rojo vivo, incumbía al gobernador Greenlaf cuidar de que a Larkin no le ocurriera nada más. Por ello lo trasladó a una celda aislada del cuerpo principal de la cárcel, designando a Hugh Dalton vigilante personal suyo.

Y entonces vino el asesinato de Shelley MacLeod.

Al final del tercer mes, continuaba del mismo modo. Conor se resistía a llorar, y no aparecía signo alguno de que hubiera llegado al fondo del sufrimiento. Ni Hugh Dalton ni nadie habían visto jamás otra cosa parecida. El guardián empezó a preguntarse si Larkin se había vuelto loco, y decidió que había de imponer un contacto.

Se pasaba los días enteros tratando de hablar con el preso sin conseguir la menor respuesta, pero cada día observaba ligeros indicios de que Conor se daba cuenta de su presencia y le reconocía. Una cucharada más de alimento, un minuto o dos de andar por la celda… leves, muy leves indicios.

Después de continuar así unas semanas, Dalton hizo otra tentativa. Situó una silla delante de Larkin y se inclinó hacia él una vez más.

—Tú sabes quién soy —le dijo—, veo que me conoces. Advierto que cuando oyes que abro la puerta, levantas la cabeza. Sé que ahora me oyes.

Conor volvió la cabeza hacia otra parte. «Buena señal», pensó Dalton.

—Cuando te enteraste de que tu amada había muerto, algo te dijo que, no obstante, tú seguirías viviendo. De no haber sido así, habrías perecido ya. La persona que quiere morir, muere. Algo te impidió morir, entonces, y vuelve a impedírtelo ahora. De manera que, si vas a vivir, será mejor que empieces cuanto antes.

Conor exhaló varios suspiros delatores.

—Me han mandado que te tenga limpio y empiece a ejercitarte con un paseo por el patio. No te inquietes, no habrá nadie más. Estaremos solamente tú y yo, cuando los otros hayan regresado a las celdas. Te acompañaré personalmente.

Los suspiros se convirtieron en sonidos inarticulados y aumentaron de intensidad. Eran los primeros sonidos audibles que emitía desde hacía cerca de cuatro meses.

—Hombre, ya has sufrido bastante castigo. No me obligues a añadir otros. ¿Querrás pasear conmigo, Conor?

Los labios de Conor se entreabrieron, temblorosos.

—¡Dime lo que tengas que decirme, Larkin!

—Dalton —gimió Conor, como si hablase dentro de un tubo vacío—. Estoy

dispuesto a morir…, llévame a la fosa…, no permitas que me vea nadie…

Conor fue trasladado inmediatamente a una celda acolchada, en solitario. Lo sujetaron con cadenas para asegurarse de que no pudiera acabar con su propia vida.

Hugh Dalton fue el único que lo oyó… Conor Larkin exteriorizó su tormento a grito pelado durante treinta horas consecutivas, repitiendo mil veces, lastimeramente, el nombre de Shelley, revolviéndose contra las ligaduras, atragantándose de lágrimas, vomitando.

—¡Shelley! ¡Shelley!

Hugh Dalton no había pasado nunca por una experiencia semejante. Al cabo de una noche entera y mitad del día siguiente, cayó de rodillas y rezó pidiendo que Larkin se desmayara…

Pero los alaridos continuaban… más débiles… más débiles… más débiles…

—Shelley… Shelley… Shelley…

Transcurridos un día y una noche, la voz de Conor se apagó; pero luego siguió gritando, volviendo a la vida, repetidamente, cuando llegaba la oscuridad. Luego descendió sobre él un estupor seguido de un colapso total. Un agotamiento total, absoluto.

A finales de primavera y en el transcurso de los días que paseaba con el guardián Dalton, una briznita de vida volvió al organismo de Conor. Recobraba un poco de color, un poco de fuerza. Continuaba aislado del cuerpo principal de la cárcel y no le permitían recibir visitas. El clamor público no cesaba; Conor seguía siendo fuente de dudas y titubeos para las autoridades.

Durante los paseos, hablaba muy poco con Dalton; pero empezó a desear que llegase el momento de salir a dar vueltas por el patio.

—A partir de hoy dejo de ocuparme de ti —le decía Dalton mientras cruzaban la última puerta de guardia para entrar en el patio de piedra.

Conor siguió callado, pero tuvo una desilusión. Caminaron por la larga diagonal hasta la base de la muralla, dieron media vuelta y emprendieron el regreso.

—Van a tenerte incomunicado. Es posible que de vez en cuando sientas necesidad de hablar con otra persona. Quizá deberías empezar a frecuentar la iglesia los domingos.

—Te has equivocado de católico romano —respondió Conor.

—Eres duro, Larkin. Mirando atrás, por los treinta años que llevo en este negocio, sólo recuerdo a un par que fuesen como tú. El caso es que siempre se trata de republicanos. El viejo Dan Sweeney *el Largo* era un tipo duro, y también lo fue Brendan Sean Barrett.

Conor acortó el paso y miró a Dalton con ojos de sospecha.

—El caso es —continuó el guardián— que anoche comí con ellos.

Conor se detuvo y se sentó en un banco. La vista del preso Larkin y el guardián Dalton, andando, conversando y sentándose en el patio de la cárcel había sido un espectáculo normal y corriente durante los días pasados; de modo que no llamaba la atención de los centinelas de la muralla ni de los hombres recluidos en las celdas.

—Escucho —dijo Conor.

—Hemos tenido que esperar hasta que yo dejara de estar asignado a tu vigilancia. Nos conviene que transcurra el tiempo suficiente para que no recaigan sospechas sobre mí.

—He oído hablar de esos hombres, pero no los conozco —respondió Conor—. ¿Cómo es posible que una persona como tú encuentre a gente de esa clase?

—Por conducto de Seamus O'Neill.

—En verdad, no sabía que Seamus conociese a esos hombres.

—Yo lo consideraba posible —replicó Dalton, quitándose la gorra y secando la banda circular del interior—. Era una corazonada, solamente.

—¿Crees de veras que debería oír misa?

—Envía la petición para empezar a ayudar misa este domingo próximo. El padre Dermott enviará tu nombre arriba, a la oficina, como cosa de puro trámite.

—¿Qué gano yo?

—El primer domingo de cada trimestre aquello es algo así como una casa con la puerta abierta a todo el mundo. Ocurriría el domingo 5 de julio, dentro de cuatro semanas.

—¿Qué sucede?

—A unos centenares de presos que han observado buena conducta y ocupan las celdas de honor se les permite recibir visitas. Los visitantes y ellos van a misa juntos, como en familia. En tales ocasiones suele haber una docena, o más, de sacerdotes de varías partes del país, que han venido a visitar reclusos, o para dar noticias a sus familiares, dar consejos, entregar cartas…

—Interesante.

—La capilla es pequeña. En ese día particular se dicen de ocho a diez misas, quizá. Algunos sacerdotes visitantes relevan al padre Dermott y se turnan celebrando misas. Otros van y vienen por ahí, haciendo las visitas encomendadas, dando consejos y orientaciones. Hay muchísimo movimiento, y la vigilancia se relaja. Casi se arma tanta confusión como en un velatorio irlandés. Si empiezas a ayudar la misa ahora, parecerá muy natural que sigas ayudándola dentro de cuatro semanas.

—Mi historial demuestra que no voy a la iglesia.

—Muchos hombres han encontrado la religión aquí. No te denegarán la petición de ayudar a la misa.

—¿Qué sucede entonces?

—Te darán instrucciones cuando entres en la sacristía para la última de aquel

domingo.

—¿Te han hablado alguna vez de la *ley de fugas*, Dalton?

—¿Qué es?

—Una vieja costumbre española. Abre comillas: «Preso muerto a tiros cuando se fugaba.» Cierra las comillas. ¿Cómo sé que no me tiendes una trampa?

—Seamus O'Neill me dijo que te transmitiera este mensaje: «Este verano, el señor A. I. y la señorita E. L. han visitado la cabaña del monte.» Me dijo que el mensaje iba firmado por «Peque».

—¿Y los otros muchachos?

—Se fugarán por un túnel aquel mismo día.

—¿Por qué haces esto, Dalton?

—La verdad es que no lo sé. Creo que nunca acabé de habituarme a ver cómo les reblandecen el vientre a puntapiés a los muchachos republicanos. Me puse a pensar y a preguntarme en qué se habían compendiado mis treinta años de servicios. En besar culos británicos. El guardián católico mimado que se encarga de que los muchachos se porten bien. Me inspiraste curiosidad. Leí un ejemplar de *El nuevo republicano*. Después fui a Derry, para que nadie me reconociera y escuché a Atty Fitzpatrick. ¿Y qué tiene de raro? Soy irlandés. Será mejor que reanudemos el paseo.

Domingo 5 de julio de 1908

Durante el sábado los trenes Great Southern que paraban en Maryborough descargaban un número inusitadamente grande de viajeros para las visitas trimestrales a los reclusos de la prisión Portlaoise.

Las puertas del edificio se abrieron ruidosamente a las cinco y media de la mañana del domingo para unos dos centenares de familias y unas docenas de sacerdotes que venían a desempeñar su misión.

La última misa empezó a las doce. El preso Larkin, que hacía de monaguillo desde las diez, volvió a entrar en la pequeña sacristía contigua a la capilla para ayudar a revestirse al último sacerdote.

En cuanto llamó, le echaron dentro y el padre Dary Larkin le tapó la boca con la mano. Otro sacerdote se apresuró a cerrar la puerta.

Conor sonrió por primera vez en muchos meses.

—Este es el padre Kyle —dijo Dary—. El padre Kyle se ha prestado a ser victima de una jugada sucia que perpetraremos en él inmediatamente.

Dary hundió la mano en el maletín de ornamentos y sacó una soga, una caperuza, una mordaza para la boca y una porra. El padre Kyle se desnudó hasta quedar en paños menores. El plan era obvio y sencillo. El padre Kyle, íntimo amigo de Dary,

representaría el papel de haber sido atacado por Larkin, quien le habría quitado el hábito y habría huido vestido de cura.

—Para que la comedia parezca auténtica, voy a darle al padre Kyle un golpe en la cabeza, con esta porra —dijo Dary—. Dios mío, perdóname por lo que voy a hacer a Kyle.

El otro sacerdote cerró los ojos con una mueca de susto.

—Cumple con tu deber, Dary, y que tengas buena suerte, Conor —dijo.

Dary apretó los dientes, levantó la porra y le dio al talludo sacerdote un buen golpe en la frente, que no tardaría en adquirir el bulto y el color de un buen cardenal.

—He sacado sangre. ¿Te encuentras bien, Kyle?

—Un poco atontado; por lo demás, perfectamente.

Conor se vistió el hábito del sacerdote; luego ayudó a Dary a atarle y amordazarle. En pocos momentos tuvieron al padre Kyle metido en un gabinetito que cerraron con llave. Conor se había quedado con todos los documentos del sacerdote, y ahora los clasificaba rápidamente. Luego ayudó a Dary a revestirse de sus propios ornamentos para celebrar la última misa del día.

Sonó el silbato del mediodía.

—Quédate en la sacristía —ordenó Dary—. Yo vendré en cuanto termine de decir la misa, y me cambiaré. Nos reuniremos con los otros sacerdotes y visitantes de la capilla.

—¿No habrá curas que noten la ausencia del padre Kyle?

—Los que le conocen también son amigos míos. Bájate el sombrero sobre los ojos… Así es mejor. Tienes muy buena figura para sacerdote, padre Conor. —Dary inspiró profundamente—. Espero que podré terminar la misa sin delatarme. —Luego abrió la puerta de la sacristía y entró en la capilla por el fondo.

Unos ochocientos metros más allá, Sterling McDade salía de un clásico túnel que acababa de reconocer, emergiendo en una espesura de matorrales junto a un riachuelo. Carberry, Macken, McGovern y Gorman, todos los de Sixmilecross, seguían detrás. McAulay y Gilroy habían preferido quedarse.

Inmediatamente fueron acomodados en el falso fondo de una carreta de heno y estuvieron en camino hacia una casa refugio de una granja de las afueras de Abbeyleix.

En aquel momento, Conor Larkin cruzaba la puerta principal de la prisión Portlaoise en medio de veinte sacerdotes.

Séptima Parte

UNA TERRIBLE BELLEZA

1

El brigadier Maxwell Swan llegó a Hubble Manor en torvo maridaje con Warren Wellman Herd. Después de unos comentarios de circunstancias, se encerraron con lord Roger en la biblioteca, desplegados delante de la gran chimenea de mármol bajo el retrato del rey Guillermo de Orange. Allí se habían refugiado generaciones y generaciones de los Hubble a meditar y tomar decisiones.

W. W. Herd era un hombre delgado y gris que pasaba fácilmente inadvertido; pero bajo esta apariencia se escondía un maestro en su oficio, es decir, un finísimo investigador privado. Hasta que se dejó conquistar por la pareja Hubble-Weed se ganaba unos ingresos más que respetables solucionando escándalos a los granujas. Swan tuvo que ofrecerle una pequeña suma para llevárselo, pero durante los siete años que duraba la asociación demostró que valía todo lo que le habían dado, y más aún.

Sir Frederick se había enfurecido multitud de veces, y se había sentido humillado al ver que algún competidor le ganaba por mano respecto a un invento que hubiera tenido que lograr él, o una manera ingeniosa de trabajar el mercado. Y se le ocurrió que debía haber la manera de conseguir por anticipado datos sobre las ideas y proyectos de sus competidores. W. W. Herd llevó este problema con mano maestra. Montó una unidad muy poco numerosa, pero increíblemente eficiente, constituyéndose así en precursor y fundador del espionaje industrial. La unidad de Herd había trabajado en el anónimo, sin que nadie la descubriera, por espacio de cinco años, y en muchísimas ocasiones había arrebatado el trueno y el rayo de las manos de los colegas de sir Frederick en la construcción de barcos y material ferroviario. También lord Roger pudo meter la mano sobre cierto número de patentes, en especial para sus telares mecánicos.

Cuando Swan le encargó una cuestión de faldas al parecer insignificante, Herd comprendió que el asunto importaba muchísimo más de lo que parecía a simple vista.

Ahora Roger tamborileaba impaciente sobre el brazo del sofá, mientras W. W. Herd abría la cartera y sacaba un informe de varías páginas.

—Verá usted que el señor Herd ha estado a la altura que le caracteriza y no ha dejado nada en el aire —dijo Swan.

El investigador dejó el informe sobre la mesita de té.

—Me temo que las sospechas de Su Señoría han quedado completamente justificadas —dijo en una especie de susurro ronco.

Roger se permitió un espantoso suspiro de resignación y cogió el documento. Llevaba la fecha de 15 de febrero de 1909 y ostentaba un frontispicio que decía: «Actividades del señor Jeremy Hubble, vizconde de Coleraine. Altamente confidencial. Dos copias solamente.»

Roger volvió a dejarlo, sin abrirlo.

—Creo que será mejor tener a Caroline aquí desde el primer momento —dijo, pulsando el timbre del servicio y ordenando al criado que acudió que fuera a buscarla.

Apenas puso el pie en la biblioteca, Caroline se dio cuenta perfecta de la atmósfera que reinaba allí.

—Cariño, me gustaría presentarte al señor Herd, o sea, al señor W. W. Herd.

Caroline hizo un gesto de asentimiento mientras el hombrecito la saludaba con una leve reverencia.

—El señor Herd trabaja a nuestras órdenes desde hace ya unos años —anunció Maxwell Swan.

—¿En calidad de qué? —preguntó sin rodeos la dama.

—En misiones especiales referentes a relaciones industriales —esquivó Swan. Caroline sabía que esta frase podía cubrir una multitud de pecados.

—¿Qué misiones? —insistió.

—De profesión, el señor Herd es investigador privado —contestó Roger.

—¿Y qué estuvo investigando que le haya traído a Hubble Manor?

Roger le entregó el informe. Caroline dirigió una mirada al legajo, lo dejó y paseó la mirada de uno a otro. Por lo que decían de lady Caroline, Herd comprendió que la entrevista podía prolongarse bastante.

—¿Y qué ha hecho Jeremy precisamente? ¿Es un desviado delirante?, ¿un homosexual que se adorna con falbalaes?, ¿toma opio?, ¿soborna profesores?, ¿o ha contraído una deuda de juego monumental?

—No, no, no, no. Nada de ese tipo —contestó Swan.

—Peor —interpuso Roger—. Se acuesta con una muchacha, una católica. Procedencia: es hija de un sastre, un sastre con once hijos, todos pilluelos callejeros del barrio de Liberties. Ella es analfabeta y trabaja de costurera en el taller de negrero de su padre. Nos enfrentamos con una situación que puede volverse peligrosa. La chica parece estar embarazada. Dios sabe quién es el culpable, pero Jeremy acepta la responsabilidad. Conque, ya ves, estamos a punto de tener un condado como es de rigor, hasta con bastardos.

Roger saltó fuera del sofá y reanimó sus fuerzas con una copa de brandy.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Caroline.

—Observé una colección de detalles que despertaron mis sospechas —dijo Roger — y ciertos asuntos sentimentales pretéritos no indicarían precisamente que Jeremy sea incapaz de dar tales tropiezos. Sus continuadas ausencias los fines de semana y en vacaciones, el hecho de haber despedido al criado, Donaldson, que le asigné yo personalmente, y otras cosas me hicieron deducir que se llevaba ciertos manejos a nuestras espaldas.

—Comprendo —dijo Caroline—, y con esto ordenaste una investigación secreta

sobre tu hijo.

—Nuestro hijo —corrigió Roger.

—¿No has pensado que podías haber hablado conmigo primero? —dijo Caroline.

Los músculos de los carrillos de Roger se contrajeron apretando los dientes. Ah, ahí la tenemos, pensó, disponiéndose a emprender la defensa de Jeremy, aunque hubiera hecho algo sin justificación posible. ¿Cómo se atreve? Pero ¿por qué habría de ser diferente esta vez?

—Lord Roger estaba extremadamente trastornado —interpuso Swan—. Y no quería trastornarla a usted hasta que estuviera completamente seguro.

Caroline se apartó de su marido para dirigirse al investigador.

—¿Qué ha encontrado, exactamente, señor Herd? —preguntó.

W. W. Herd carraspeó en tono oficioso. La tarea de comunicar malas noticias a unos padres atónitos le concedía aquel momento de primer plano en el escenario.

—Comprendo la gran impresión que esto ha de causar en Su Señoría.

—Nadie está impresionado, sino solamente curioso, señor Herd —replicó la dama. Con lo cual el investigador supo que ni él ni su profesión gozaban de las simpatías de lady Caroline—. ¿Qué ha descubierto, y cómo lo ha descubierto?

Mientras descendía sobre el aposento una atmósfera de malestar y tensión, Herd fue a situarse delante del retrato del rey Guillermo, mirando al padre, que reprimía su aflicción, y a la condesa, poseída de una extraña cólera.

—La tarea en sí fue cosa más bien rutinaria —empezó—. Como sabe, su hijo tiene un juego de habitaciones en Marrion Square a un corto paseo del Trinity College. Como es un muchacho bastante sociable, su piso servía como de centro de reunión de sus compañeros. El hecho de despedir al criado, señor Donaldson, persona obligada a serle fiel a sir Roger, hubo de interpretarse como signo palmario de que el joven caballero quería estar… estar…

—¿Libre de ojos que le espiaran? —completó Caroline.

—Sí, eso podríamos decir —corroboró Herd—. Sin la presencia del señor Donaldson, podía dedicarse a ciertas actividades, libre de estorbos.

—¿Qué clase de actividades? —atajó Caroline.

—Oh, las habituales en muchachos universitarios. Libaciones en compañía de amigas. Aventuras sexuales. Perteneciendo al equipo de rugby y siendo muy popular en todo lo demás, Jeremy solía hallarse rodeado de un grupo numeroso. Además, era generoso y dejaba que sus amigos utilizasen alguna de sus habitaciones para citas, etcétera, etcétera.

—¿Qué quiere decir, exactamente, con eso de etcétera, etcétera? —preguntó Caroline.

—Pues… pues, milady, está todo en el informe con gran detalle.

—El informe lo ha escrito usted, señor Herd. Estoy segura de que un hombre tan

hábil ha de recordar hasta la menor palabra.

W. W. Herd se dio cuenta de que era él quien se sentaba en el banquillo. Lejos de mostrarse angustiada, la condesa arremetía contra él como un abogado que le sometiera a los tormentos del interrogatorio. Volvió, pues, a aclararse la garganta, esta vez por la creciente desazón que le invadía.

—Como usted sabe, condesa, es un piso grande con cinco dormitorios. El de Su Señoría, un cuarto para el criado, uno para las dos doncellas y dos dormitorios sobrantes. En los fines de semana solían ocupar dichos dormitorios sobrantes algunos caballeros amigos del vizconde, que cohabitaban con diversas damas. Por añadidura, en algunas ocasiones el piso era utilizado para este fin, también por las tardes. Unas doce veces durante estos meses pasados.

—Muy interesante —musitó Caroline—. ¿Cómo ha deducido el número?

W. W. Herd se lamió los secos labios.

—Parece encontrarse mal, señor Herd —dijo la mujer—. ¿Llamo pidiendo que le traigan té, o quizá preferiría algo más fuerte?

Herd pensó que le iría bien tomar unas gotas de whisky, y lo tomó, dejando ya de ocupar el centro del escenario para ir a deslizarse en el borde de un sillón, buscando ayuda con la mirada en Swan, quien no le ofreció ninguna.

—Continúe, por favor —dijo Caroline.

—Deduje el número de manera muy sencilla. Despedido Donaldson y habiendo vuelto a Hubble Manor, busqué la amistad del criado nuevo de lord Jeremy, un tal Wordlock, así como la de las dos doncellas fijas.

—Con eso de que buscó su amistad quiere decir que los pagaba para que le informasen.

Herd volvió a mirar a Swan solicitando ayuda.

—En efecto —contestó el brigadier.

—Y de esta manera pudo usted contar las cabezas, o quizá debería decir, los cuerpos —comentó Caroline.

El investigador afirmó con un gesto.

—Y los amigos de Jeremy eran, más o menos, chicos de buenas familias. Gente aristocrática.

—Sí, milady.

—Y esas familias quizá se molestarían un poco si supieran que alguien espiaba a sus hijos.

Herd levantó prestamente la mano para defender con aire piadoso su honor profesional.

—Puedo asegurarle que todo, pero todo, ha quedado enteramente secreto y sólo existen dos informes.

—Y está igualmente seguro de que las doncellas nunca hablarán para nada de

estos… recuentos de cuerpos.

—Han jurado guardar secreto —respondió, aunque poniéndose como la grana.

—¿Y qué me dice de las chicas que participan en… cómo lo expresa usted… la cohabitación?

—Ahí está el problema —dijo Herd.

—¿Prostitutas?

—Oh, no, milady, no precisamente. Vea usted, algunas eran católicas.

—¿Le alarma o le sorprende esto en algún sentido, señor Herd? —preguntó Caroline.

—No tengo opinión —respondió Herd—. Yo me limito a investigar y dar cuenta de lo que he hallado.

—¿Y qué halló?

—Pues que algunas de aquellas chicas vivían por los alrededores del Trinity o trabajaban en establecimientos frecuentados por los estudiantes.

—¿Muchachas livianas?

—Sí, algunas, sí.

—Y quizá otras corrieran su primera aventura, o estuvieran profundamente enamoradas. Y quizá… ¿no, señor Herd…?, algunas de aquellas parejas estuvieran casadas en secreto.

El tic que W. W. Herd había dominado tan bien se manifestó de pronto después de un decenio de inactividad: el ojo izquierdo se le cerraba y abría, sin que pudiera evitarlo.

—Milady, debo protestar. No tengo ningún interés personal, ni querella contra nadie.

—¿No se ensaña un poco con el señor Herd? —dijo Swan.

—Lo siento —contestó Caroline—. Por supuesto, usted se limitaba a hacer su trabajo, ¿no es cierto?

—Sí, milady.

—Déjeme poner las cosas en orden. Estos últimos años, Jeremy se ha hecho muy popular entre sus compañeros del Trinity, ha dado fiestas alcohólicas en su piso y ha permitido que algunos amigos con menos posibilidades utilizasen las habitaciones alguna que otra vez para hacer deporte entre las sábanas.

—Sí, milady.

—Más o menos lo que normalmente se podría esperar de un estudiante normal en las circunstancias en que se encuentra Jeremy —dijo Caroline.

—Aunque no doy opiniones, estoy de acuerdo con eso —asintió Herd.

—¿No diría que aquello sea un lupanar?

—Ni pensarlo, milady.

—Y como usted es un sujeto que hace las cosas bien, se enteró de cómo

marchaban los estudios de Jeremy, presumo, y halló que daba pruebas de una aplicación más bien notable, y no se inclinaba por sobornar a los profesores, ni trataba de engañar pagando a los estudiantes distinguidos para que le hicieran el trabajo.

—En efecto, no encontré nada de lo que dice.

Roger presenciaba la escena con enojo creciente, pero reprimido. En varios momentos estuvo a punto de intervenir y cortarla, pero decidió dejar que Caroline terminase la jugada y no hacer una escena encima de otra. No obstante, le habría gustado que su esposa hubiera manifestado algo más de cólera por la conducta de Jeremy y se hubiera recreado algo menos en atormentar a Herd.

—Bueno, pues, señor Herd —prosiguió Caroline—, me gustaría saber algo de la chica con quien se ha liado Jeremy.

En este punto, a Herd le habría gustado tener el informe en la mano, pero sabía que la condesa no iba a permitírselo. Resignado a repasarlo punto por punto, sacó un cuadernito de un bolsillo interior y se cató unas gafas.

—La chica en cuestión se llama Molly O'Rafferty. Es hija de un tal Bernard O'Rafferty, que tiene diez hijos, seis chicas y cuatro varones, y es propietario de un establecimiento de sastrería en Duke Street, unas dos manzanas más allá del Trinity College.

—¿Es un negocio próspero?

—Bastante —respondió Herd, pasando las hojas del cuadernito para apoyar la afirmación.

Maxwell Swan tenía los glaciales ojos fijos en Caroline. La conocía desde niña, y la miraba fascinado, viendo con qué arte desviaba el agua hacia el molino de su hijo. El brigadier se preguntaba qué tal resultaría la escena que representaría con Roger, cuando hubiera eliminado a Herd. Era muy posible que Roger y sir Frederick vencieran en este combate contra la muchacha, pero si mientras desataban las iras de Caroline, la victoria quizá les saliera muy cara.

—Ah, aquí está —dijo Herd, aclarándose la garganta una vez más—. O'Rafferty se embolsa bastante más de de tres mil libras de beneficios al año. Ha dado el oficio de sastre a todos los hijos y el de costurera a las hijas. El negocio funciona como empresa familiar. Podríamos llamarlo una industria doméstica de gran categoría. El trabajo es de calidad, midiendo según el rasero irlandés. Parece que el padre pone a los hijos en el negocio en cuanto terminan los estudios.

—¿He entendido que usted hablaba de estudios?

—Sí, milady.

—No quisiera contradecir a mi marido, pero ¿son personas instruidas, entonces?

—Sí, milady.

—¿En qué medida?

—Pues las chicas han asistido a la escuela desde un mínimo de cuatro años a un máximo de ocho.

—¿Escuela particular?

—Sí, milady.

—¿En un convento?

—Sí, milady.

—¿Y los chicos?

—Uno se graduó en Maynooth. Ahora es sacerdote en Kilkenny. De los otros tres… déjeme ver… sí, todos han llegado hasta la segunda enseñanza.

—¿Participan todos en el negocio?

—No, milady. Además del sacerdote, uno es dueño de un establecimiento en Londres, y otro ha emigrado a Chicago. También es dueño de su establecimiento. El hijo restante, Bernard, como su padre, actúa de gerente, y parece ser el llamado a heredar el negocio aquí en Dublín.

—¿Y las siete chicas?

—Cuatro se casaron, y dos de estas cuatro introdujeron a los respectivos maridos en la empresa. Molly y la menor, que todavía está en el colegio, siguen solteras.

—Resumiéndolo todo, pues, la familia O'Rafferty es una familia responsable, instruida, próspera y respetable.

—Yo no proporciono opiniones, pero ésta es la conclusión que sacaríamos.

—Entonces Bernard O'Rafferty no es el irlandés típico, abandonado y gandul, de los que se gastan el dinero en la bebida o el juego.

—No, milady, no tiene corredor de apuestas siquiera.

—Y tampoco tiene una casa arruinada en el barrio de Liberties —dijo Caroline, tirando a matar.

—No, milady; tiene un domicilio muy decente en Harold's Cross.

Roger salió disparado de su asiento.

—Nos gusta que sepas ir al detalle, Caroline; pero no sabría ver qué relación tiene eso con el problema.

—Pero, cariño —respondió ella amablemente—, has sido tú quien ha iniciado la investigación, y hasta el momento estoy bien segura de cuál es el problema. Continúe, por favor, señor Herd.

Roger volvió a desplomarse en el sillón con el rostro color ceniza, sumiéndose en un silencio elocuente.

¿Era posible, o imaginable siquiera, que Caroline aprobase aquel desastre?

—Continúe, por favor, señor Herd —repitió Caroline—. Hábleme de la chica.

Y en este momento se dulcificó visiblemente, fijando la mirada más allá de las altas pilas de libros, en el gran cristal policromado del otro extremo de la biblioteca, cuyos colores vivificaban en aquellos momentos los rayos del sol.

Herd jugaba con el cuadernito de notas, pasando la vista por una letra tan pequeña que casi resultaba ilegible.

—Ahí vamos. Mide cinco pies y dos pulgadas y media de estatura. Pesa…

—No, no —interrumpió Caroline—. Dígame solamente la impresión que le causaría si entrase en la biblioteca en este momento.

Por primera vez, W. W. Herd pareció humanizado y libre de la carga de su profesión.

—Yo diría que es muy hermosa. Sí, arrebatadoramente hermosa.

—¿Cuándo la conoció Jeremy?

—Hace diecisiete meses. Hay una taberna de estudiantes llamada Lord Sarsfield en la margen del Liffey. Por las noches, Molly O'Rafferty canta baladas allí. Es muy popular.

—¿Tiene buena voz?

—Sí, señora. Hasta yo iba de vez en cuando a la Sarsfield para escucharla —dijo, con unos acentos de intimidad.

—¿Cuántos años tenía cuando conoció a Jeremy?

—Dieciséis.

—¿Con una reputación de acostarse con cualquiera?

—No.

—Usted ha investigado el caso a fondo, ¿verdad que sí? ¿Era virgen cuando mi hijo la conquistó?

—Por lo que yo podría deducir, sí.

—Y en los meses que han vivido juntos, ¿ha dormido ella con otros hombres?

Herd luchaba consigo mismo. Sabía a quién había de obedecer, pero también sabía que no le convenía tomar por tonta a la condesa.

—No, milady, no ha dormido —respondió, apartando los ojos de Swan y lord Roger.

—Ya sé que no le gusta aventurar opiniones, señor Herd, pero ¿diría usted que Jeremy y Molly están verdaderamente enamorados?

—Un momento nada más —interrumpió Roger—. Eso queda completamente fuera de los dominios del señor Herd. He tenido muchísima paciencia, Caroline, y sé perfectamente qué propósito perseguías. Considero más conveniente que esas cosas las discutamos tú y yo en privado. ¿Hay realmente algo más que tengas que preguntar y no puedas encontrar en el informe?

—Una cosa solamente —dijo Caroline—. Se sospecha que la chica está embarazada, dice. ¿Cómo lo sabe?

Herd palideció.

—¿Lo encontraré en el informe? —preguntó Caroline.

—Prefiero no dar esta información. E1 brigadier Swan será testigo de mi

adhesión a su familia de usted, condesa, pero siendo como soy un investigador privado debo decirle que hay medios de conseguir información que deben permanecer estrictamente confidenciales.

—Le sugiero que no salga de aquí hasta que yo lo haya averiguado.

—Creo será mejor que se lo cuente —indicó Swan.

—Lo siento, pero debo negarme.

—Entonces, se lo diré yo a usted —replicó Caroline—. Usted fue a ver al confesor de la muchacha y le amenazó de muerte para coaccionarle y hacerle revelar el secreto de confesión. ¿No es así, señor Herd?

El silencio devoraba la biblioteca.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Caroline—, ¡no pongas esa cara de asombro, Roger, ni usted tampoco, Swan! No les favorece nada.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Roger en un alarido loco.

—Nuestro hijo me lo ha contado, he ahí cómo.

—¿Jeremy te lo ha contado? ¿Jeremy?

—La desesperación y el pesar por lo que le habían obligado a hacer llevaron al cura hasta el borde de la demencia. De modo que fue a pedir perdón a Jeremy y luego se puso en manos de su obispo. ¡Qué pandilla de gángsters!

—Pero… pero tú estabas enterada desde el principio. Estabas enterada y nos has hecho pasar por toda esta charada…

—Sí, estaba enterada, Roger. Sabía lo de Molly O'Rafferty desde el día que Jeremy la conoció. Ya ven, caballeros, se han tomado una infinidad de molestias por nada.

Dicho lo cual, Caroline salió majestuosamente de la biblioteca, dejándolos boquiabiertos.

2

Atty Fitzpatrick cerró la puerta de la casa detrás de si, cruzó la habitación y se detuvo delante de la mecedora en la que Conor se sentaba abandonadamente y en la que solía pasar la mayor parte de sus horas de vigilia. Él la miró unos instantes, y luego bajó los ojos al suelo.

—Todos estuvimos enfermos de angustia por ti —le dijo—. Casi no hablábamos de otra cosa.

Conor no respondió.

—Me quedaré contigo un tiempo.

—Si fueses sensato, te largarías —murmuró él.

—Nunca me han acusado de esa cualidad concreta —respondió Atty.

—No rondes a mi alrededor, Atty. No quiero que nadie brame de compasión. Lleva tu amor maternal a otra parte. Yo no valgo la pena.

—Vive si puedes, Conor, y muere si debes; pero no puedes continuar en el limbo.

—Tú no sabes qué pasa en esta habitación, Atty. La angustia y el sufrimiento que la llenan te mataran, si te quedas.

Atty se mantuvo firme, sin manifestar ninguna idea de volverse. Desde que Conor huyó de la cárcel de Portlaoise había acaparado todos sus pensamientos. Extraño, extraño, extraño. Atty Fitzpatrick, la campeona justiciera que se agotaba entregándose a causas y causas y causas. Sin embargo, con tanto entregarse nunca se había dado sin rubor a una sola persona. Nunca se había vaciado auténticamente en otro ser humano. Y ansiaba darse toda entera a Conor Larkin, sin esperanza de recompensa, ni de satisfacción, ni siquiera de que se lo agradecieran. ¿Por qué?

—No voy a permitir que te hundas, hombre —dijo resueltamente.

Conor la miró con curiosidad.

«Oh, Señor, cuánto sufre», gritaba Atty por dentro. Un ojo de Conor danzaba salvajemente en otra dirección, con la mirada de un loco. «Debo hacer algo para remediarlo.»

—Voy a acariciarte, Conor —le dijo—. No serán las caricias de Shelley MacLeod. Ya no volverás a sentir como con ella. Lo que te haré sentir yo será vida. La vida que hay en mí suplica que la transfundan a ti. No me rechaces, hombre, no me rechaces.

Atty estiró el brazo tentativamente, asustada, hasta posar la mano en la cabeza del hombre. Conor la aceptó sin experimentar gozo ni resentimiento. Despacio, muy despacio, hasta hallarse junto a él, a la distancia de un susurro… Entonces sus manos atrajeron la cabeza de Conor hacia su vientre y la apretaron fuertemente contra sí.

Durante un rato, el hombre continuó rígido; luego cerró los ojos, gimió, rodeó la cintura de la mujer y se sumergió en la compasión que manaba de todos los poros de

Atty.

La finca DUNLEER del barón Louie de Lacy se hallaba en el embrujado paisaje lunar de Connemara, en el condado de Galway. La baronía tenía una extensión de millares de acres y comprendía unas docenas de lagos de los centenares que picaban de viruelas aquella región. El suelo se elevaba hasta las cimas de las Twelve Bens, las montañas de desnudas masas de piedra, Benbaun, Bencorr, Benbreen, Benbrack y las demás, plantadas sobre una turbera con aire de páramo y una costa encantada de cavernas y playas escondidas y profundas rías. Esta mística del dominio de Lacy quedaba poco menos que escondida al ojo humano, constituía un maravilloso lugar desierto. Más allá de las faldas de las montañas, un archipiélago inundado de islas salpicaba un mundo acuático desde la bahía hasta la mar libre.

Los De Lacy pertenecían a la antigua aristocracia católica normanda de las ensalzadas «Tribus de Galway», que habían adquirido un espíritu excéntrico a fuerza de generaciones y generaciones en las soledades de Connemara. La heredad DUNLEER formaba parte de una herencia trágica: el terreno donde los irlandeses habrían de vivir exiliados, por sentencia de Oliver Cromwell.

El barón actual, a quien solían llamar afectuosamente «lord Louie», había cerrado recientemente una distinguida carrera en la Armada británica y en el servicio consular y se había retirado a DUNLEER a criar caballitos Connemara y continuar cultivando su pasión de erudito gaélico.

Lord Louie era además un republicano apasionado, y no lo disimulaba poco ni mucho. Pertenecía, en secreto, a la Hermandad Republicana Irlandesa. Aunque no formaba parte del concejo supremo, estaba en comunicación constante con Dan Sweeney el Largo, y la finca DUNLEER figuraba en primera fila en los planes de la Hermandad.

El día que Conor Larkin se fugó de la cárcel, fueron a esconderse inmediatamente en DUNLEER. Ensangrentado y recluido en sí mismo, la única presencia humana que toleraba o incluso reconocía era la de Atty Fitzpatrick.

Aunque ni Atty conseguía establecer una auténtica comunicación con él. Sólo había entre ellos el contacto suficiente para impedir que el infierno lo devorase. Atty lograba sacarle de la casita y llevarle adonde la apatía no lo consumiera tanto, y solía cabalgar detrás de él, a una distancia prudencial, mientras Conor se perdía por las laderas de las Twelve Bens, desde donde se ponía a contemplar interminablemente la rociada de lagos e islas y las mórbidas llanuras de granito y turba. En aquella soledad dulce y amarga, Conor se hallaba en lugares y circunstancias de los cuales Atty no sabía nada.

Atty no pedía nada, y lo daba todo. Tenía una paciencia infinita, y se consideraba recompensada por los casi imperceptibles signos de que Conor iba volviendo a la

vida. Eran como pequeños retazos, pero vida a pesar de todo.

Aunque Conor la tocaba, se acostaba a su lado, desahogaba con frecuencia la pena entre sus brazos, no manifestaba ni el más leve asomo de deseo de poseerla. Atty se preguntaba si el instinto del amor habría muerto en él para siempre.

Mientras Conor volvía a la vida poquito a poco, vino también el momento de irse de DUNLEER. El Consejo Supremo envió a lord Louie a entrevistarse con el embajador alemán en Londres, donde se había establecido un contacto activo. Tanto la Hermandad como los alemanes se habían fijado el objetivo de destrozar a los británicos, de modo que existían entre ambos bases comunes de colaboración. Así se dispuso una entrevista en el mar.

Una noche de octubre de 1908, lord Louie de Lacy y Conor Larkin se fueron al vecino pueblo pesquero de Roundstone donde estaba amarrado el yate *Grainne Uaile* de lord Louie. A la puesta del sol, se deslizaron fuera del puerto y navegaron hasta más allá de Slyne Head para reunirse, en el mar, con un pequeño cargo alemán, el *Baden-Baden*.

Dos semanas después, Conor cruzaba la frontera canadiense y entraba en Estados Unidos para ponerse en contacto con Joe Devoy, jefe del Clan Americano de los Gaels. Su misión: recoger fondos para un periódico clandestino y armas, esos instrumentos fundamentalísimos de una insurrección.

Con la ausencia de Conor, el crecimiento de la Hermandad se había detenido. La Hermandad seguía siendo débil y carecía de la atención de las masas. No se proponía más que un solo fin: liberarse de Inglaterra. Como movimiento revolucionario, conquistaba su propia legitimidad infiltrándose en la Liga Gaélica (GAA), los sindicatos obreros, el Sinn Fein, los boy scouts, las sociedades intelectuales y hasta la Iglesia.

Sin embargo, la Hermandad redactaba meticulosamente el libro de texto de los revolucionarios que surgirían este mismo siglo, y Conor había inscrito su nombre en él, indeleblemente. Su principio de no reconocer a las instituciones británicas en suelo irlandés y desobedecer a las autoridades británicas se transformó en una piedra angular universalmente aceptada para destruir el yugo del colonizador.

La gran influencia de la Iglesia sobre el pueblo irlandés fue el factor que más contribuyó a evitar que éste se levantara contra sus dueños. Aquí y allá, unos pocos sacerdotes que actuaban por cuenta propia se identificaron con el movimiento, pero los obispos deploraban la existencia de la Hermandad no menos de lo que el diablo odia al agua bendita.

Lo que temía realmente la Iglesia era el librepensamiento que emanaba de la sociedad urbana. El Dublín de aquella época era la parcela de Europa con el promedio de mortalidad más elevado, seguida, a mucha distancia, de Moscú. Sin

embargo, la Iglesia era enemiga acérrima de los sindicatos obreros, el renacimiento gaélico y el resurgimiento intelectual, que amenazaba su tiránico poder sobre el pueblo. Además, las ciudades favorecían la existencia de sociedades secretas, los nombres de cuyos miembros no iban a parar a los confesionarios. A la Iglesia le disgustaban las sociedades secretas, aunque no había ninguna más secreta que ella misma.

Las ciudades cultivaban ideas peligrosas, como la de liberarse de Inglaterra. Evidentemente, cualquier movimiento que conquistara la independencia para Irlanda trataría además de libertar a ésta del totalitarismo de la Iglesia. En materia de política clerical, los británicos habían concedido privilegios y jurisdicciones exclusivas que había que defender.

El tremendo poder del clero sobre el pueblo nacía y dependía de una cultura agraria. En los pueblos y en las ciudades pequeñas el cura párroco lograba imponer sus argollas doctrinarias sin apenas discusión ni oposición.

En 1909 el Vaticano derramó un aceite raro sobre las alteradas aguas irlandesas, acelerando la intranquilidad con la doctrina de *Ne Temere*.

Era una costumbre establecida aceptar los matrimonios mixtos sobre la base de que los hijos varones seguirían la religión del padre, y las hijas la de la madre. Después de siglos de guerras santas, inquisiciones, cruzadas, Reforma y Contrarreforma, el siglo XX fue saludado como el advenimiento de la luz. Y no lo sería.

De una sola y devastadora pasada, *Ne Temere* invalidó los matrimonios mixtos, excepto si se habían celebrado en templos católicos y a condición, además, de que los hijos de tales matrimonios fuesen inscritos como católicos ya desde el nacimiento. *Ne Temere* sumió a Irlanda en una Edad Media. El fanatismo que rezumaba esta doctrina casaba perfectamente con las más horrendas predicciones del espumeante clero protestante. Los Oliver Cromwell MacIvor no tardaron en reaccionar; *ninguna noche de San Bartolomé* habría proporcionado mejor tierra de cultivo a su paranoia.

Dos meses después de haber llegado Conor Larkin a América tuvieron lugar, en la otra cara del mundo, en Australia, el primer juicio y la primera ejecución llevados a cabo por la Hermandad Republicana Irlandesa. Un destacamento especial de combate localizó, secuestró y juzgó a Doxie O'Brien, hallándole culpable del crimen más nefando para los irlandeses: haber actuado de confidente. Después de una confesión escrita, fue despachado de un tiro a la cabeza.

3

Hubble Manor estaba en coma desde hacía una se mana. Las camareras que cambiaban las sábanas de las camas propalaban la noticia de que el conde y la condesa no habían dormido juntos en todos aquellos días, lo cual coincidía con el hecho de que tampoco habían comido juntos y habían cancelado todos los compromisos sociales en que hubieran de participar juntos.

Fue Roger quien cruzó la tierra de nadie, para entrar en el boudoir de su esposa. El rostro de Caroline mostraba los efectos de aquella guerra silenciosa. La condesa había repasado sus argumentos una y mil veces, había justificado su cólera, se había revuelto por la cama, sin poder dormir, había estado a punto de rendirse, aunque luego cada vez había vuelto a endurecerse.

¿Qué diría ahora? ¿Estallaría contra él, o adoptaría una actitud conciliadora? Sabía cuan arraigadas estaban las convicciones de su marido. La condesa acariciaba la idea de capitular. En cualquier caso, Roger sería la encarnación misma de la calma, seguro. Roger nunca meditaba un problema tantísimo tiempo sin llegar a una decisión inconmovible. «Oye, no saltes —se aconsejó Caroline a sí misma—. No permitas que te haga estallar de cólera.»

—Creo que nos conviene realizar una tentativa —dijo él—, teniendo bien presente que una sola chispa mal dirigida puede hacer volar esta casa. Esto es grave, Caroline, terriblemente, terriblemente grave. Es lo peor que nos ha ocurrido en nuestros veinticinco años.

Caroline se estiró pausadamente en el canapé. Llevaba el cabello suelto, como para acostarse, y no se había maquillado. Durante la semana transcurrida, las líneas de los años se habían profundizado. Y no obstante, seguía poseyendo una hermosura subyugadora.

—Me humillaste —continuó Roger—. Me dejaste como un perfecto idiota, no sólo a los ojos del brigadier y de Herd, sino también a los tuyos propios.

—¿Eso es lo que te molesta, que te hiciera quedar como un tonto?

—Y en verdad que es parte de lo que me molesta. Pero lo que me ofendió de veras fue que tú y Jeremy hubieseis conspirado a mis espaldas.

—¿Conspirar? ¿Qué conspiración? El chico me escribió, hace muchísimos meses, que se había enamorado locamente, y me suplicaba que no se lo dijera a su padre. Le contesté que se lo había de contar él, precisamente; pero tuvo miedo. «Padre no lo comprendería —contestó—, padre no lo comprendería.» En dos lustros no se ha pronunciado ni escrito otra frase que se quedara más corta que ésta. Padre no le ha comprendido nunca jamás, desde el primer día de su vida. Padre ha cursado la carrera del no comprender.

—¿Has terminado?

—¡Apostar espías de la empresa en el dormitorio de tu hijo, Roger! ¿Por qué no le hiciste fotografiar cuando poseía a su amada, también?

Roger levantó la mano para imponerle silencio.

—Pasaré por alto las insinuaciones que has introducido en tus comentarios.

—Nada de insinuaciones —le disparó ella—. Son acusaciones. Detectives de dormitorio que llevan la cuenta de sábanas y toallas. Es lo más despreciable y repugnante que he oído en mi vida.

—Jeremy Hubble no es hijo de un tendero. Nada del mundo puede cambiar el hecho de que será el duodécimo conde de Foyle. Es el heredero lógico y legítimo de tierras y fábricas valoradas en decenas de millones. No sólo tengo el derecho, sino también el deber de proteger los intereses de esta familia… incluido tu padre.

—Quizá si hubieses sabido presentarte ante el muchacho con cierto aire de amigo, hubiera acudido a ti, cuando se encontró en apuros.

Roger soltó una carcajada sarcástica.

—Da gusto ver cómo combinas y retuerces lo sucedido para echarme la culpa a mí. Supongo que también es culpa mía ser su padre y que él naciera vizconde de Coleraine.

—¿Y qué tiene eso que ver con que un muchacho se enamore?

—Muchísimo, Caroline. Toda su vida, el muchacho ha tenido obligaciones que excluyen este tipo de estupideces románticas.

—Sí, pobre Jeremy, sin culpa alguna por su parte, ni por la nuestra, es el vizconde Coleraine. Y, ¡ay de mí! no es tan listo como su padre cuando era vizconde. Lord Roger no habría concebido más que un matrimonio conveniente, calculado hasta el grueso del filo de una navaja. Jeremy se limitó a salir a la calle y enamorarse como cualquier patán sin títulos. Bien, Roger, está enamorado y no pidió permiso a su padre. ¿Qué diablos haremos?

Roger dejó apagar las centellas que despedía su mujer y aguardó a que ésta se calmara.

—Yo diría que Jeremy no tiene ni la más ligera idea de si se ha enamorado de veras o si está ladrando a la luna como perro en celo.

—Lo cual no se aparta del todo de lo que solía hacer su madre —soltó Caroline —. ¿No es raro que mis retozos por los áticos de París te parecieran tan excitantes, pero el mismo hecho lo veas como cosa vulgar, cuando se trata de tu hijo? ¿O quizá te gustaría borrarme la lista también a mí?

—Deja de alterar las cosas, Caroline. La realidad del caso es que durante toda la vida las faldas de su madre le han librado de responsabilidades.

Marido y mujer se miraban de hito en hito; pero ambos comprendieron que cada uno enconaba la ir del otro con demasiada furia y en tal medida que escapaba a su control e iba llegando a un nivel en que podrían producirse daños permanentes.

Caroline se puso a deambular por la habitación, retorció las manos y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Roger —suplicó en un susurro—, ¿qué quieres de ese chico? Jeremy es un joven franco, sencillo, y sus amigos le adoran. No tiene un átomo de maldad en todo el cuerpo. Tú te lo has enajenado porque quisiste que fuese una cosa que no es. Jeremy no es un tiburón emprendedor como Freddie, ni un ulsteriano pacato, ni un pretendiente a tronos antiguos. No es como su hermano Christopher, ataviado y dispuesto para asumir las glorias de la familia. En nombre de Dios, ¿cómo no puedes aceptarlo tal como es y amarle?

Roger estaba contemplando desde la ventana la gran extensión verde de abajo; luego se volvió lentamente.

—Yo te diré qué es Jeremy —replicó con acento triste—. Es la pesadilla que aflige desde siempre a la familia Hubble.

—Muy bien, tú lo has dicho —le atajó Caroline—. Jeremy y Arthur, tu padre, son una misma y sola persona. El querido y bueno y tartamudo de Arthur, viviendo de la pensión, aterrorizado por los tambores, pero desfilando; aterrorizado de la vida. Caso resuelto: Arthur es Jeremy, y Jeremy es Arthur.

Roger se desplomó y se cogió la cabeza un momento.

—He luchado contra la realidad —exclamó—, pero sería inútil prolongar el combate. ¿Sabes qué significa rendirse en la lucha por tu propio hijo? —gimió—. Se que destruiría en un par de lustros lo que hemos edificado durante generaciones; lo sé perfectamente. De manera que quedará bajo la tutela de Christopher… tal como mi padre estuvo bajo la mía.

—Disponlo de modo que pueda vivir en paz —suplicó la madre—. Él sabe desde siempre que Christopher llevará el timón. Y lo acepta gustoso, sin rencor.

—¡Oh, Señor, ojalá fuese tan sencillo! —contestó Roger—. ¿Qué diabólico capricho del hado hizo que Christopher fuese el menor? Ninguna disposición puede impedir que Jeremy sea en su día conde de Foyle. Comprende claramente este hecho, Caroline. Yo y solamente yo soy el responsable de la continuación de nuestra estirpe. No permitiré que una gorrona que lleva en el vientre el bastardo de alguien se convierta en la condesa de Foyle, ni consentiré que ese…, ese bastardo…, sea nuestro futuro conde.

—¡Basta ya, Roger! —gritó Caroline—. ¡Cállate! Molly O'Rafferty es una criaturita exquisita y delicada, ciegamente enamorada de nuestro hijo. No digas mentiras. Habla con ella, ve a conocerla; pero, por amor de Dios no digas mentiras.

—¿Es mentira que sea católica romana?

—Se convertirá en un minuto.

—¡Se convertirá! ¡Se convertirá! ¡Qué amable! Nosotros no somos trabajadores de los astilleros de Belfast que cambian de esposa, de barrio o de religión.

—Busca en tu corazón, Roger, el argumento para doblegarte, te lo suplico.

—No —respondió él llanamente—, no.

—Roger…

—Aunque tuviera ese argumento en el corazón…, aunque la chica fuese la mitad de lo que sostienes, quedaría fuera de discusión, por completo.

—Pero ¿por qué?

—Hemos saltado a la arena para la lucha a muerte. La guerra por este país estallará en el intervalo de nuestras vidas. ¿Crees de veras que puedo imponer a las personas cuya lealtad es vital para nuestra existencia una violación de sus creencias?

Caroline abrió la boca y vio al hombre por primera vez en su vida. No parecía abrigar ni una brizna de compasión por los dos jóvenes cogidos en la tela de araña urdida por él, ni un rastro siquiera de facultad de ceder. Caroline se asustó.

—En algún punto del recorrido —dijo con voz temblorosa—, tendremos que concertar la paz. Si no lo hacemos, Jeremy y Christopher, y sus hijos, tendrán que recomenzar la misma lucha una y otra vez. Todo lo que habremos conseguido al final será aplazar un Harmagedon y transmitir esta locura a los que vengan detrás de nosotros. ¿No podríamos dar un pequeño primer paso mediante el sencillo recurso de dejar que dos jóvenes enamorados demuestren que en este suelo puede existir el amor?

—Me estás fastidiando, Caroline…

—Y tú me asustas, Roger.

—¡Y eres una hipócrita!

—¿Cómo te atreves?

—Este liberalismo gladstoniano de última hora está muy fuera de tono —dijo él, poniéndose en pie y moviendo los brazos en un amplio ademán—. Si la memoria no me falla, fue lady Caroline la que nos animaba, plantada en el fondo del Long Hall cuando Randolph Churchill jugó la Carta de Orange. ¿Y dónde estabas cuando tu padre, y yo, y nuestros compinches cortábamos Irlanda como un pastel? ¿Dónde estabas cuando nosotros escondíamos las heces después del incendio de la fábrica de camisas? Ah, tú estabas presente, claro, tú estabas metida en el ajo hasta aquí arriba, porque creías en lo que hacíamos. ¿Y por qué? Porque querías tu millón de libras para remozar Rathweed Hall y Hubble Manor y adquirir arte y cultura y convertirte en una dama importante y poderosa. Ah, sí, tú estabas allí, efectivamente, porque tu precioso dinero y tu precioso poder venían de la misma experiencia imperial que ahora te hace levantar las manos y lloriquear: «Oh, Roger, ¿por qué no podemos convivir con esa gente?» Tú, señora, que en tus momentos mejores has gastado semanalmente más dinero del que cobraban entre todos los hombres de Weed Ship & Iron Works y la fábrica de camisas juntos. Ni podrás absolverte tú misma, ni podrá hacerlo esa basura de católicos que guardas en prenda, como tampoco podréis traspasar

convenientemente a tu marido y a tu padre los pecados que has cometido tú.

Roger había sobrepasado el límite a partir del cual ya no se podía retroceder, ni entonces ni nunca…

—¿Qué harás con ellos? —gritó Caroline.

—Ya está hecho.

—Roger, ¿qué?

—El brigadier y Herd, que te pareció tan desagradable, han enfrentado a Jeremy con el testimonio de dos amigos suyos que han jurado haber tenido comercio sexual con Molly O'Rafferty.

Caroline no lograba dominar los temblores que sacudían todo su cuerpo. Paseó una mirada semidemente por la habitación; luego se lanzó hacia el teléfono.

—Freddie… —gritó en un aliento de voz.

—No te molestes en llamar. Freddie está completamente de acuerdo conmigo. También comprende que es probable que te pongas sentimental hasta el histerismo por Jeremy.

—Pero esa chica… Molly…

—Se le está preparando una compensación adecuada.

—¿Y el niño, Roger? ¡Tu propio nieto! Ya sabes qué hacen con los expósitos. ¡No pueden sobrevivir! ¿Y Molly? ¡Una muchacha tan preciosa! La condenarán como a una ramera vulgar, poco faltará para que la quemen en la hoguera como a una bruja.

—Si la damita es sensata aceptará nuestro ofrecimiento de que se marche del país, donde se tomarán disposiciones para que el niño pueda ser adoptado sin que se sepa su identidad. A ella se le dará dinero suficiente para que pueda vivir mucho tiempo sin privaciones.

—¿Quién eres tú? ¿Dios? ¡Manipular la vida de tu hijo como si se tratar de un animal sin seso! ¡Roger, eres un monstruo sanguinario!

—¿De veras, Caroline? ¿De veras? Tu queridito hijo Jeremy ha preferido creer que esa señorita O'Rafferty le había sido infiel. ¿A estas profundidades llega su amor? Ya ves, Jeremy habría podido plantarse como un hombre por una vez en la vida y mandarnos a todos al diablo. En tal situación, no habríamos tenido más remedio que aceptar a la muchacha. De modo que puedes echar a Jeremy junto al resto de la carnada que de pronto te parece tan indecente.

Caroline se derrumbó, llorando copiosamente y por largo rato, sin el consuelo de su marido, sólo con la estatua de Roger mirándola con ojos llameantes.

—¿Qué será de nosotros dos? —preguntó ella por fin.

—Cuando supe qué tenía que hacer, comprendí el riesgo que entrañaba para ti y para mí. Pero comprendí también que al final no se me podría hacer responsable de destruir a mi familia. Cuando hayamos desaparecido, ¿qué importará realmente cómo hayamos terminado nuestro tiempo juntos?

El tono frío, incisivo, completamente desapasionado de Roger paralizó a Caroline.

—Hay una cosa que no sé —dijo—. No es posible que haya vivido con un hombre veinticinco años y no haya notado la fuerza del odio que percibo en ti ahora. Tú me odias, y odias a Jeremy. ¡Quiero saber por qué!

—¿Qué importa ya la causa? —dijo él en voz baja.

—Quiero saber por qué. ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué… cuándo…? He de saberlo, Roger.

Roger fue hasta la puerta del dormitorio como en un trance. Su voz sonaba lejana, como si hablara en un túnel…

—Sucedió ahí… en esa cama… tú estabas tendida en ella… brillando de sudor y retorciéndote con los dolores del alumbramiento… y entonces apareció un chorro de sangre entre tus piernas, y gritaste en el momento de nacer Jeremy… Gritaste llamando… a tu padre…

4

El fuego de turba brillaba despidiendo un aroma delicioso; yo tenía whisky en el vaso, y Conor Larkin estaba de pie delante de mí. Por el aspecto exterior, había entrado en la madurez con toda la fuerza y la belleza que habían caracterizado su adolescencia y su edad viril. Ninguna mujer se habría apartado de él, y pocos hombres habrían querido retarle. Había en su persona una suavidad, una miel que sólo adquiere el hombre que ha soportado terribles sufrimientos. Ahora muchos gestos y maneras de hacer y decir suyos me recordaban a su padre, Tomas.

Pero ¿y la cicatriz? ¿Todavía manaba sangre en las horas de meditación? ¿Se había formado en ella un tejido tan denso como para cerrar los recuerdos dolorosos? ¿Qué defensas había criado para situarse aparte de nuestro dolorido suelo? ¿Se había insensibilizado hasta convertirse en otra persona, que no se notaba en el exterior, en un Conor nuevo, cuyo espíritu, cuya poesía, cuya cólera y cuya tremenda fuerza de voluntad se hubieran disipado?

¿Seguía siendo el Conor de siempre, después del año pasado en América?

—Eso ha sido un ir a buscar unas bolsas de oro muy lejos —me decía—, pero valía la pena emprender el viaje. Un país como no los hay, Seamus. ¿Puedes imaginarte una sola nación con cuatro husos horarios distintos y cuarenta y seis estados, cada uno de ellos más grande y populoso que nuestras cuatro mezquinas provincias? Me asombra pensar, mientras corría por aquellas tierras, que hasta la última milla de vía de ferrocarril había sido extendida por peones irlandeses. Sí, pero ahí está, el peor suburbio de chozas era mejor que lo que habían dejado aquí. Entonces, por supuesto, el sueño americano se les planta ante los ojos como una contemplación del Santo Grial. ¡Estira el brazo, nada más, y cógelo! He ahí lo que les decían desde la cuna. ¡Es tuyo! ¡Cógelo! Y todos aquellos tiburones de empresa que se abrieron camino por sus propias manos tratando de peer más alto de lo que permitían sus irlandesas nalgas, llenando oscuras iglesias con rosetones vulgares de vidrio policromado en recuerdo de unos padres y madres que en realidad quieren olvidar.

Yo había dejado el vaso vacío a fuerza de sorbitos y sorbitos, y él se apresuró a llenármelo de nuevo.

—El problema que se me planteaba era que los pocos que se acordaban de sus comienzos querían ganarse la entrada en el cielo por medio de donativos a la Hermandad. Pero no les gusta hacerlos en secreto. Quieren pregonarlos a los cuatro vientos, como si Dios no se enterase.

—Para mis propios y egoístas propósitos, me alegra verte de regreso, aunque ello signifique que tengas que vivir a salto de mata —dije—. El periódico clandestino aparece quincenalmente, gracias a los fondos que has recaudado, y los británicos no

han encontrado nuestras imprentas.

—¿Os escucha alguien, Seamus?

—Quizá si. Somos objeto de ataques desde fuentes que solían ignorarnos. Fastidiamos a ciertas gentes, no cabe duda.

Conor se mordió el labio con gesto pensativo y dejó el vaso.

—¿Por qué me ordenaron que volviese? —preguntó.

—Dan Sweeney ha dado aviso de que se empiece a formar unidades. Te mandará que busques granjas amigas por todo el país y te encargues de la organización y la instrucción. Estarás al mando de todo lo de fuera del sector de Dublín.

Conor emitió un leve silbido.

—Lord Louie ha consentido en dejarnos utilizar DUNLEER como nuestra primera base de entrenamiento.

—Sí, está muy bien; pero ¿por qué he de ser yo? En el Concejo Supremo tenéis un buen número de personas con más méritos.

—¡Ay de mí! —exclamé—. Aquel augusto organismo está notablemente falto de soldados expertos, así como de políticos prácticos. Los soñadores están en primera fila. Dan se harta de ellos en ciclos periódicos de dos semanas. No una sola vez, sino docenas de veces ha golpeado la mesa con el puño, al discutirse un problema delicado, y ha expresado en voz alta el deseo de que estuvieras otra vez en Irlanda.

Conor levantó los hombros y murmuró una frase de una modestia que no venía al caso.

—He advertido en ti una mirada de desencanto, al entrar hoy en la casa —le dije.

Él se parapetó detrás de una sonrisa defensiva.

—¿Quizá esperabas que Atty apareciese conmigo? —pregunté.

—Si te quemara por tonto me quedarían cenizas de listo —contestó.

—Es curioso. Atty tenía la misma expresión en el semblante cuando me ha despedido en la estación del ferrocarril. Mientras me alejaba del andén, iba pensando si no era extraño que una mujer pusiera aquella cara, teniendo en cuenta que en seis meses no ha recibido ni una carta tuya.

—De acuerdo, peque —me dijo—, te escucho.

—Entonces, ¿qué?

Conor permaneció un rato observando el fuego.

—Había un viejo carcelero llamado Hugh Dalton que estaba conmigo cuando sucedió lo de Shelley. Cuando hube llegado al fondo, me explicó que en aquel instante de agonía suprema, todos los hombres toman la decisión de vivir, o la de morir. No es una decisión consciente, sino que la toma el espíritu de uno. Al parecer ya tomé la decisión de seguir viviendo… bajo una forma u otra. Desde entonces la cuestión ha sido… ¿en qué medida se puede vivir? ¿Qué cantidad de mi propio yo reposa en la tumba de Shelley? La respuesta no la sé.

—Acaso habría que realizar más pruebas —dije—. ¿Echabas de menos a Atty?

—Sí, muchísimo.

—Eso te dice algo, ¿verdad?

—En efecto. Mira, amigó, Atty y yo compartimos una experiencia horrible y desacostumbrada. Ella se negó a dejarme morir. Ella me vio en momentos negros en los que ningún hombre ni mujer alguna me había visto jamás, ni volverá a verme. De una u otra forma, yo vuelvo a ser Conor, y ella vuelve a ser Atty. Aquí en DUNLEER, por aquellas fechas, éramos dos personas distintas.

—¿O acaso la misma persona, sólo que de mayor talla? —sugerí—. Quizá la persona toda entera, toda puesta al descubierto, y no la persona estudiada que ofrece al mundo una versión calculada de sí misma.

—Dios sabe que durante mi estancia en América he pensado muchísimo en ella —dijo Conor—. Lo que Atty encontraba tan atractivo en mí, al comienzo, era mi energía y el poder que tenía sobre ella. Creo que ningún otro hombre lo había tenido, hasta entonces. Cuando vino a DUNLEER a estar conmigo, después de lo de Shelley, encontró un cachorrillo débil, bajo. Débil, como todos y cada uno de los hombres que había conocido. Y después de haberme visto en aquel estado, sabe que soy capaz de volver a ser débil. Y creo que si un día Atty huele que un hombre es débil, sucede lo mismo que cuando un lobo huele la sangre de un alce herido. Con el tiempo nuestra relación terminaría en un enfrentamiento entre mi fuerza y la suya. Pero aun así, ¿qué encontraríamos, cualquiera de los dos, en una relación íntima? Por su parte, ¿la mitad del hombre que conoció en otro tiempo? Por la mía, ¿el espectro de Shelley rondando, irritado, sobre los dos?

—Amigo mío —le dije—, la realidad del caso es que en lo sucesivo la vida de cada uno de ambos discurrirá poderosamente entrelazada con la del otro. ¿No piensas que esa mujer ya sabe que nunca reemplazará a Shelley?

Y como él se ponía inquieto, insistí más.

—De acuerdo —dijo por fin—. ¿Qué piensas?

—Pienso que eres el único hombre que yo conozco capaz de pasar de un gran amor a otro gran amor. Una variedad de amor muy diferente de la primera; pero un gran amor, a pesar de todo. Son muchísimos los lazos que te unen con Atty. Hasta el saber que cada momento puede ser el último de vuestras vidas os une. Pertenecerías a la peor especie de tonto si no lo descubrieras.

—Quizá lo descubra —murmuró él.

—¿Quieres que le lleve un mensaje?

—Nooo…, yo sabré cuándo llegue la sazón… —Conor bebió otro largo sorbo, y creo que él whisky hizo efecto. No le había visto borracho muchas veces; pero el viaje de regreso, el transbordo en el mar, el refugio en DUNLEER, las confusiones de América…, todo ello se le venía encima a la vez en este momento—. Sí —murmuró—,

de modo que estoy nuevamente en Irlanda…, he regresado realmente y estoy vivo…, sólo que, ya sabes, Seamus, aquí no pasa nunca nada en el futuro. Es siempre el pasado, que se repite una y mil veces. Nosotros y los británicos somos como dos cometas que cruzan el universo y dejan colas de polvo cósmico de un millar de millas de longitud…, seguimos nuestras órbitas por los cielos, cada uno en dirección distinta; pero luego, inevitablemente, nos dirigimos uno hacia el otro…, nos lanzamos a un choque frontal…, a veces erramos por una corta distancia pero pasamos tan cerca uno de otro que el polvo de una cola roza con el de la otra y da trompicones por el firmamento, y el calor de nuestros cuerpos sofoca los planetas que se hallan en nuestras estelas…, hirviendo…, silbando…, rodando hacia invisibles inmensidades. Destruimos el orden de los cielos. Y pasamos, y seguimos nuestros distintos caminos, lanzando alaridos por el espacio, y rodando, rodando, rodando hasta que cada uno ha dado sus vueltas particulares por el universo y, completando el ciclo, volveremos a encontrarnos sobre caminos que se cruzan… y… ¿qué sucederá esta vez? ¿Pasaremos muy cerca uno de otro, simplemente, nos rozaremos, o nos aplastaremos el uno contra el otro por fin?

5

Sin haberse internado nunca por el Liberties de Dublín, lord Jeremy entraba ahora como si pensara contener el aliento todo el rato. Le seguía una estela de miradas. Estaba tan claramente fuera de lugar entre aquella miseria que su malestar crecía a cada paso que daba. Abandonando la calle Bridgefoot para internarse por los angostos confines del callejón Tyndall, andaba como pisando huevos por el removido barro limitado a un costado y otro por unas chozas donde imperaba la miseria más negra. Jeremy reunió el ánimo y llamó vigorosamente a la puerta, aunque luego bajó los ojos para evitar la visión del interior.

—¿Qué quiere? —respondió un hombre.

—Busco a Molly O'Rafferty.

—No está aquí.

—Sí está —insistió Jeremy—. Quiero verla.

—Si usted es quien yo creo, ella no quiere ver a gente de su calaña.

—Oiga, mi buen hombre…

—Yo no soy su buen hombre.

Jeremy se sobrepuso, echó mano de sus reservas de energía y dio un paso adelante.

—Voy a entrar y le aconsejo que no me detenga, —cogió la puerta antes de que chocara contra sus narices y la abrió de un fuerte empujón.

—Está bien, Finn —llamó una voz desde el interior—. Dile que salgo en seguida.

El hombre hizo una mueca de desprecio y se volvió. Al cabo de un momento, Molly O'Rafferty cruzaba la puerta y salía al callejón. Jeremy no la veía desde hacia más de una semana. Los días pasados le habían llevado hasta el mismo borde de la histeria. Molly estaba hermosísima, incluso en aquel sórdido ambiente. Los vestidos se los hacía ella misma. Y él se había sentido siempre muy orgulloso llevándola del brazo. Jeremy le miró el vientre. Todavía no se notaba. La única señal que había visto del niño que estaba en camino eran los pechos de la muchacha, que crecían; y esta visión le había excitado. Hablando y cantando, Molly tenía una voz delgada y pura, una primavera de inocencia que concordaba con los negros ojos y el largo cabello color ala de cuervo.

—No te preguntaré cómo me has encontrado —dijo Molly—, pero sí te pido que me digas lo que tengas que decirme y sigas tu camino.

—¿Quiénes son? —preguntó Jeremy, indicando la casa con un movimiento de cabeza.

—Antiguos amigos.

—Oye, ¿podemos ir a algún sitio y hablar? ¿Abajo a la orilla del río?

En la ventana apareció la figura protectora de un hombre. Molly meditó la

proposición unos segundos.

—Volveré pronto, Finn —dijo.

La muchacha se abrigó los hombros con un chal y rehusó el brazo de Jeremy. Bajaron por la calle de Bridgefoot hasta el muelle de Usher, siguieron por la orilla del río Liffey y encontraron un banco. La verdosa cúpula de cobre del Palacio de Justicia se erguía altanera, al otro lado del agua mansa, parda. Cerca de la baranda, Jeremy volvió a reunir sus fuerzas.

—Casi no sé por dónde empezar —dijo nervioso, dando manotazos al aire, rascándose la cabeza y retorciéndose las manos. Inspiraba a boqueadas, para contener las lágrimas—. Vinieron a mi piso con Mal Palmer y Cliff Coleman. Cada uno de ambos, por turno, recitó cómo había tenido comercio sexual contigo, lo juró, fingió compadecerme y me dijo que también lo habían tenido otros más. Entonces, algo se disparó en mi mente: unos celos vulgares, violentos, espantosos. Aquel cuadro se desarrollaba en una atmósfera puramente irreal.

Cuando Mal y Cliff se hubieron marchado, el brigadier Swan y el tal Herd me tomaron por su cuenta, martilleándome el cerebro. Debes comprenderlo, Molly, éste es su oficio; lo dominan a la perfección. Primero el asunto de haber deshonrado a mi familia. Luego el otro…, el de lo que habían jurado aquellos dos…

Jeremy rechinó los dientes y miró a la chica; pero fue incapaz de conservar los ojos fijos en ella.

—Cuando hubieron terminado ellos —prosiguió—, vino mi padre, de Londonderry. Me dijo que, ya desde niño, no les había traído sino pesares. Me dijo que Dios sabe de quién será el hijo que llevas. En todo caso, decían, ellos harían por ti lo que había que hacer. Hasta mi hermano Christopher. Yo acudí a él buscando alguna comprensión; pero el canalla agitó la bandera del Ulster ante mis narices y me llenó los oídos de tópicos que oigo desde la infancia.

Molly permanecía inmóvil, las manos descansando sobre el regazo, con una pena inmensa en los ojos, que posaba sobre el atormentado joven.

—¿Y tu familia? —continuó él—. ¿Te han echado? Quiero decir si te… ya sabes a qué me refiero.

—No, no me han echado. Pero están divididos y derrotados. He derramado sobre ellos la mayor de las vergüenzas. Cuando una muchacha se ha dado a un hombre, las reglas del juego son perfectamente claras. Tengo que abandonar mi hogar y es muy probable que no vuelvan a pronunciar jamás mi nombre.

—Oh, Molly, me porté horriblemente mal. Cuando nos peleamos y tú te fuiste —después de la caída—, empecé a atar cabos. Primero me sentí devorado por una tremenda soledad; luego me di perfecta cuenta de lo que había hecho al darles crédito a ellos. Salí del piso, encontré a Mal Palmer y le arranqué la verdad.

—Podías preguntármela a mí, Jeremy; yo te la habría dicho —objetó la

muchacha.

—Lo sé, quisiste decírmela; pero yo estaba loco. Bueno, la cochina verdad es que a Mal Palmer y a Cliff Coleman los sobornaron; doscientas libras por barba.

—Tienes una familia muy generosa, Jeremy. Siembran su paso de bondades. También se han molestado en tomar toda suerte de disposiciones respecto a mí.

—¿Qué clase de disposiciones? —a Jeremy le temblaba la voz.

—Parece que en Suiza hay unas clínicas excelentes, y se encargan de los hijos bastardos de la aristocracia. Me han dicho que todo se hace en condiciones muy higiénicas. Y si una, por motivos religiosos, insiste en tener el hijo, se le asegura que lo adoptarán personas muy pudientes.

—¡Molly, por amor de Dios!

—Yo sólo decía lo considerada que es tu familia.

—Escúchame, cariño. Estoy asqueado. Estoy asqueado de mí mismo. Ni siquiera puedo pedirte perdón. Pero quiero ganármelo y demostrarte todos los días y todas las noches cuánto te adoro.

—¿Qué piensas hacer, Jeremy?

Jeremy hinchó el pecho de aire y golpeó con el puño la palma de la otra mano para encarecer los extremos a que llegaba su determinación.

—Padre me ha ordenado que marche de Dublín y pase un año de servicio público. En la Oficina Colonial, o el Servicio Consular, o algo por el estilo. A continuación vendrá el regimiento familiar. Por mí, estupendo. Quiero decir que supe desde el principio que me saldrían con esto.

—Ya sé lo importantes que son los deberes familiares —dijo ella.

—Oye, Molly, soy un tonto; un tonto rematado. Durante toda esta tragedia he permitido que desviasen mi mente de un hecho inalterable y devastador. Soy el vizconde de Coleraine. Nada ni nadie en este mundo de Dios puede cambiarlo. La herencia del condado me corresponde a mí, y a nadie más. Mi padre puede atropellarme cuanto quiera, puede amenazarme; pero no puede arrebatarme mis derechos de nacimiento. Sencillamente, me presentaré delante de él y le notificaré que Jeremy Hubble va a casarse con Molly O'Rafferty, y si le pica que se rasque. ¿No lo ves? Entonces no tendrá más remedio que aceptarte.

Molly esbozó una sonrisa y emitió un sonidito gutural.

—Yo diría que no pareces extraordinariamente contenta —dijo Jeremy.

La muchacha dio unas palmadas al banco.

—Siéntate aquí, a mi lado, Jeremy, y cógeme la mano. —Cuando Jeremy hubo obedecido, Molly le pasó los dedos por entre el cabello y luego recorrió delicadamente las mejillas y el mentón—. Yo amo a un muchacho, un muchacho amable y dulce que se esfuerza terriblemente por ser un hombre valeroso…, aunque no es demasiado capaz de conseguirlo. Yo te amo, Jeremy, tal como eres, y no por

otra cosa, muchacho, e iría contigo a cualquier parte menos al Ulster.

Jeremy la miró desconcertado y sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir, Molly?

—A mí no me importaría que te ganases la vida repartiendo hielo, o de oficinista, o de camarero en una taberna. Yo te aceptaré en cualquier parte; pero no quiero compartirte con esa familia que tienes.

—¿Tú… quieres que re…renuncie a mi título? ¿Que ceda mi herencia?

—No se trata de que lo quiera, sino de que es el único camino para Jeremy y Molly. Conozco al bueno y sencillo de Jeremy, y sé cuidarle debidamente, no lo dudes.

—Pero, cariño, creo que no me has entendido. Cuando nos hayamos casado y hayan tenido que aceptarte, te aceptarán.

—No me importa que me acepten o no, Jeremy. Yo no los acepto a ellos.

—¿Qué?

—Son gente enferma que vive en una casa enferma. ¿Esperas de verdad que viva bajo su techo después de haberme ofrecido dinero para matar a nuestro hijo?

—Pero…, pero…

—¿Esperas que me pase la vida tratando de convertirme en una mujer que acabaría destruyendo a Molly O'Rafferty? —exclamó la muchacha—. Si voy allá y adopto su manera de ser, habré de odiar. Adoptaré su odio, y su malicia, y estaré aguardando a que tu padre muera; y así, al final, acabaré siendo como él.

—Me aturdes, Molly, me aturdes.

—Te lo explicaré sencillamente. Me temo que tu familia es demasiado vulgar y de baja estofa para la hija de Bernard O'Rafferty.

Jeremy se quedó boquiabierto. Molly se levantó, fue a situarse donde había estado él, junto a la baranda, y por un momento se absorbió en la contemplación de una barcaza que pasaba.

—¿Qué quieres que haga? —graznó Jeremy.

—Sigue tu camino, simplemente, muchacho. Haz lo que te diga tu padre. No tienes energía para otra cosa.

Mientras transcurrían los segundos, la verdad penetraba en él como tal verdad. Le daba vergüenza mirar a Molly. Aquella chiquilla ¡poseía una energía tan tremenda! ¿De dónde sacaba tanta fortaleza? Ahí estaba el espíritu traidor de la familia Hubble puesto al descubierto para ser apreciado de una sola mirada. Y sin embargo, él carecía de temple para rebelarse. La posible idea de huir con ella se derrumbaba ante la perspectiva de unas callejuelas fangosas y unas habitaciones con las paredes desconchadas.

A pesar de los forcejeos y las resistencias que opusiera a su padre, le gustaba ser Jeremy Hubble, vizconde de Coleraine. Le gustaba el traje bien cortado…, las tres

docenas de trajes que tenía. Le gustaba montar en el lujoso coche de su padre e invitar a beber a toda la reunión. Le gustaba ser el bueno, campechano, deportivo Jeremy. Le gustaba todo esto más que ninguna otra cosa…, más que Molly…, el hijo…, todo… Irse con ella, imaginar que la aventura podía salir bien habría significado únicamente aplazar el desastre.

—No puedo ir contigo —murmuró.

—Lo sé, Jeremy.

Asunto resuelto. Jeremy se atrevió a levantar los ojos.

—Irás a Suiza, por supuesto.

—Creo que no —respondió Molly.

—Pero… es preciso que te solucionen esta cuestión.

—No te inquietes —respondió ella, alejándose.

Jeremy corrió hasta alcanzarla y la volvió cara a sí.

—¡Oye, he de saberlo!

—No quiero ser cómplice en un asesinato, aparte de todo lo demás. Tendré a mi hijo y lo criaré.

—¡Oh, Dios mío, Molly!

—Si estás preocupado por ti y por los remordimientos de conciencia que puedas tener, sospecha que con el tiempo te sobrepondrás a ellos.

—Pero aceptarás el dinero…

—Jeremy, por favor…

—Molly…

—Mi familia me sacará adelante. Aunque los haya cubierto de vergüenza, nos amamos. Me iré, de veras, a un lugar donde nuestra existencia no signifique ninguna molestia para ti ni para tu encantadora familia. Tengo dos manos y tengo la voz. Traer un hijo al mundo no dañará ninguna de ambas cosas.

—Déjame ayudarte. Prométeme que me dejarás ayudarte.

—Una sola cosa te prometo. No volverás a verme nunca, ni tendrás nunca noticia del niño, ni de mí.

Molly O'Rafferty, a punto de cumplir los dieciocho años, dejó a Jeremy en la orilla del río Liffey. Unos días después salía de Dublín y de Irlanda para siempre.

6

Al año siguiente de haber regresado a Irlanda, Conor Larkin emprendió su nueva misión con el mismo estudioso celo que había hecho de él un auténtico maestro herrero, un gran jugador de rugby y el mejor recaudador de fondos para la Hermandad en América. La meta inmediata de montar campos de instrucción en «granjas amigas» se había alcanzado ya. Fuera del sector de Dublín, se había establecido un emplazamiento importante en cada una de las provincias de Connaught, Munster y Ulster. El más importante de todos era la granja amiga de DUNLEER, en el Connaught.

Se organizó un método de adiestramientos en el uso de armas pequeñas: dinamita, tácticas urbanas, emboscadas rurales y sabotaje. Durante este período, Conor, poco menos que redactó por entero el texto militar de la Hermandad.

Hacía continuos viajes clandestinos, llevando el control de las unidades desde Cork a Derry, estableciendo una coordinación de mandos, comunicaciones, servicio de información, suministros, armas, medicina y formación política. Era un ejército minúsculo, con sólo unos centenares de hombres en cada provincia; pero en él se había cultivado meticulosamente el secreto y la abnegación. Y se esperaba que el fanatismo compensara la falta de efectivos.

Conor tenía lo que podríamos llamar su domicilio en una remota casita de campo, en el rincón más apartado de la baronía DUNLEER. La casona solariega y las granjas de la baronía se extendían junto al Ballyanich Lough y el bosque, por la parte en que éste iba al encuentro de las faldas de las Twelve Bens. Quedaban allí diversos restos de un primitivo castillo normando del siglo xv, incluido un torreón perfectamente conservado. Una milla adentro del bosque, un barranco natural a lo largo del Lough Fadda escondía el campo de instrucción de la Hermandad, así como la casita de Conor, de toda mirada exterior.

Se daba instrucción a los hombres a horas raras y en número inconcreto, dependiendo de cuándo podía escapar hasta allí. Estos hombres tenían su cuartel en un antiguo monasterio, restaurado, en la orilla del lago opuesta a la de la casita de Conor.

Este montó una fragua en la que manufacturaba una aceptable reproducción de la pistola Webly, del ejército británico, así como la munición correspondiente.

Las raras veces que se reunía con Atty, era por algún asunto de la Hermandad, y parecía que ambos, por mutuo acuerdo, evitaban todo contacto personal…

Un atardecer de principios de otoño, la señal de comunicación interior de la casona sonó en la fragua, comunicando a Conor que se había dado acceso al campo

de instrucción a una persona de confianza.

Conor salió hasta la orilla del lago y, con los gemelos, divisó un jinete solitario. Mientras caballo y caballero circundaban el lago sobre un fondo de pinos y los primeros rubores del agua pintados por el sol poniente, Conor pudo distinguirlos bien.

Era Atty Fitzpatrick.

Tenía, sobre el caballo, una postura magnífica, de persona que había pasado muchas horas montando. Por supuesto, en otro tiempo fue lady Royce-Moore, en el mismo condado de Galway, y había pasado una parte de la infancia y la adolescencia a horcajadas de un Connemara.

Cuando ya pudo llegarle la voz, Conor la llamó, y ella picó espuelas. El caballo corría al galope por la orilla del agua, y el cabello de la amazona flotaba en el aire como una cascada castaña. Atty paró en seco y saltó a un paso de Conor.

—¡Qué estupendo cuadro a la puesta del sol! —exclamó él.

—Estoy terriblemente desentrenada y en mala forma. Solía cabalgar bastante bien —contestó Atty, jadeando en busca de aire.

—No te acerques demasiado —dijo Conor, estirando el brazo para impedírselo—. Estoy cubierto de polvo de la fragua. Antes de informarme de lo que te trae por aquí, ¿estás en disposición de tomar un bonito baño reparador?

—¿Dónde?

—En ese lago, al desnudo —respondió Conor, quitándose el delantal de cuero, la camisa y los pantalones y echando a correr para luego saltar al agua, emitir un grito de penoso regocijo con el arranque adolescente que parecía haber brotado en él apenas ver a la amazona. Ya en el agua, se dio unas puñadas al pecho, se sumergió y se puso a gritar—: Bueno, ¿vienes o no vienes?

—Creo que te seguiría a todas partes, Conor, menos a ese lago.

—Entonces, ve a casa y tráeme una toalla.

Atty regresó con una toalla en la mano y otra alrededor del cuerpo. Quitándose ésta, saltó prestamente al agua y levantó una rociada glacial. Ambos se dejaban llevar, sin reparos, por una marejada de gozo, cogiéndose de las manos, saltando dentro del agua y chapoteando. Conor la cogió en brazos y la tiró más allá; luego ambos treparon por la orilla, sin aliento, con la carne de gallina y poblada de trechos morados por el frío, y se aplicaron las toallas vigorosamente.

—¡*Jaysus*! —exclamó Conor—. De una noche a la siguiente olvido lo vengativo que es este lago. *Jaysus*, entremos en casa.

Era una buena casita campesina irlandesa, puesto que la turba estaba siempre respaldada y a punto de arder; y en efecto, pronto se puso al rojo y los calentó, ayudada por una fogosa ración de *poteen*, mientras el sol se apagaba violentamente dentro del océano. Conor y Atty se vistieron, cada uno preguntándose a qué se

debería el loco alborozo que los invadió al verse. Ambos habían pensado mucho en el momento en que se encontrasen, y ambos habían temido que se poblaría de remordimientos, evasivas y verdades a medias.

—Bueno, ¿qué aflictivas noticias traes? —preguntó Conor, mientras el filo de la noche se arrastraba para acá, descendiendo de las Twelve Bens.

—Me envía Dan Sweeney. Quería enviar a Seamus; pero Seamus corre el peligro de ser demasiado crédulo cuando trata con el hermano Conor. Vosotros dos raras veces dejáis de remontaros en vuelos de fantasía celta.

—En este momento, le estoy muy agradecido a Largo Dan —bromeó Conor.

—Además, le pregunté si podía venir yo.

En la casita penetró una ráfaga de viento. Conor estudió el firmamento desde la ventana, notando las primeras gotitas de lluvia que cabalgaban en los vientos. Las cumbres de las Bens quedaron cubiertas de pronto por un espeso manto de nubes que bajarían rodando hacia los lagos.

—Se acerca una nube de tormenta —anunció Conor—. Se acerca con la misma rapidez con que se acercaban las venidas de Escocia, allá en mi casa. Sería mejor que te llevase a la casona antes de que empiece la tempestad.

—Lord Louie está en Londres, y ahora no hay aquí ningún recluta. Si no recuerdo mal, esta casita tiene un dormitorio suplementario.

—Sí.

—¿Por qué no nos metemos dentro y vemos qué nos guarda la alacena?

—Muy bien —dijo Conor. Y aseguró la puerta de la cuadra y las ventanas, ganando por segundos a la lluvia que bajaba disparada, de una sola arremetida, desde el Benleterry. Atty encendió la estufa de turba y escogió diversos elementos para un estofado, después de haber evaluado debidamente el contenido de la despensa de lord Louie. Entre las muchas cosas que Atty sabía hacer impecablemente, figuraba la de desenvolverse con soltura en una casita de labradores. Conor la había visto en aquella misma habitación dos años atrás, pero por aquellas fechas vivía tan sumergido en una especie de bruma que ahora le parecía estar viéndola allí por primera vez. Conor oscilaba indeciso entre el deseo de rodearla con los brazos y la sensación de estar cogido en una trampa.

La comida no se pareció a ninguna de las que tomó después de salir de América.

La tormenta restallaba de lo lindo. Atty estaba sentada ante la lumbre, las rodillas juntas y rozando el mentón, y los brazos rodeando las rodillas. Conor estaba junto a ella, en un taburete, puliendo y engrasando con mano ligera cuatro pistolas que había completado en la fragua.

—Dan está enfadado contigo —empezó la mujer.

—Es la situación habitual entre él y yo.

—Louie se disponía a salir al encuentro de un cargo alemán a la altura de cabo

Slyne para recoger un cargamento de armas. Pero tú revocaste la orden.

—Sí, la revoqué —admitió Conor.

—Queremos saber por qué.

—No quiero que se siga utilizando el yate de lord Louie para estos fines.

—Me temo que no lo entendemos. Los alemanes están dispuestos a concertar encuentros periódicos a cierta distancia de la costa. Incluso están meditando el proyecto de traer armas con un submarino.

Conor apuntó la pistola a un blanco imaginario, levantó el gatillo y lo apretó. Después limó con cuidado, sopló y volvió a mover el gatillo.

—El riesgo no guarda proporción con el beneficie —dijo.

—La respuesta no me parece bastante satisfactoria —comentó Atty.

—Entrar armas con aquel yate concreto y en esta zona particular llevaría a lord Louie al patíbulo en poco tiempo y acabaríamos perdiendo el campo de instrucción mejor, más escondido e irreemplazable que la Hermandad pueda tener nunca en suelo irlandés.

—Lo siento, Conor, pero no compartimos tu parecer —insistió Atty—. Louie se da cuenta del riesgo y lo acepta. Y acepta, además, las decisiones del Concejo Supremo. Quizá debería añadir que algo mejor que tú.

—Louie es un caballero aristócrata simpático, un erudito gaélico noble…, pero por lo demás muy capaz de haberse vuelto un poco zoquete por exceso de paisajes lunares en Connemara y demasiado contacto espiritual con la corte de san Jacobo. Yo decidiré por él, al menos en lo concerniente a su yate y a su casa.

—Yo sugeriría que decidirá, y ha decidido ya, el Concejo Supremo —dijo Atty.

—Bien, entonces yo sugiero que Seamus prepare un buen discurso para que lord Louie lo pronuncie desde el banquillo antes de que le ahorquen.

—Conor, maldita sea; eres obstinado y desobediente a la vez —Atty desdobló el cuerpo, poniéndose en pie, le quitó la pistola de la mano y la arrojó sobre la mesa.

—Atty, siéntate y escucha. Lo mismo en Roundstone que en Clifden hay confidentes que toman nota de cada vez que el *Grainne Uaile* entra y sale del puerto. Tienen vigilantes en todas las cuevas y playas del sector. El comandante Weatherton, de la Royal Navy, está mascando el freno, impaciente por tumbar de un manotazo a lord Louie. Para transbordar y desembarcar un cargamento de armas se necesita una brigada de diez a veinte hombres. Puedes apostar hasta la última libra a que uno o más de tales hombres estarán a sueldo de los británicos.

Atty se había puesto furiosa.

—¿Cómo diablos no nos dijiste todo eso desde un principio? —preguntó.

—Oh, cuida tu acento, Atty. No te encuentras en una reunión del Concejo. Si soy el comandante de este destacamento, tienes que permitir que utilice mi buen criterio. No toleraré que Dublín usurpe mis atribuciones por un capricho. Primero habrán de

convencerme de que he tomado una decisión equivocada. En otro caso, no queráis fastidiarme por el solo hecho de que tenéis una colección de mapas de Irlanda con que jugar.

La mujer aborrecía la arrogante suavidad de aquel hombre. Por supuesto, tenía toda la razón, y si no hubiese intervenido él, el Concejo habría cometido errores que habrían desembocado en una tragedia. Pero más que esta confianza en sí mismo, lo que le sublevaba, era que Conor se contase entre los dos o tres hombres a quienes no había podido dominar. Después del impulso inicial por suscitar una escena, ahora la aceptaba con sosiego.

—¿No hay nada más en la mente de Dan? —preguntó Conor.

—Sí —respondió Atty, reorganizándose para una discusión más tranquila—. Un problema entre tú y él. Me pidió que te hablara en su nombre porque le fastidia hacerlo él mismo. Detesta tu independencia, que en muchos aspectos va en contra de la esencia de la disciplina de la Hermandad.

—Bah, Dan sabría decirlo así por su propia cuenta.

—A lo que no sabe decidirse es a suplicarte que entres a formar parte del Concejo Supremo. Pero te quiere allá, Conor. Sencillamente, te quiere allá. Al diablo la independencia y la arrogancia. Ese hombre te necesita.

Conor recogió las pistolas con gesto pausado y las envolvió en sendos trozos de tela.

—¿Qué haría yo debatiendo con aquellos distinguidos intelectuales dublineses? —dijo.

—Actualmente diriges la mitad de la Hermandad.

—El Concejo no es para mí, Atty, te lo digo.

—Estamos sobrecargados de místicos y eruditos. Dan me dice que en la mayoría de las ocasiones soy la única persona práctica en la que poder confiar. También suele decir que has aprendido más sobre armas, tácticas e instrucción militar tú en un solo año que él en toda la vida.

—Yo sería, únicamente, como un tábano en el pescuezo de todos —esquivó el hombre—. Conozco la tarea que tengo aquí. En cambio, me falta estómago para discutir y discutir sin terminar nunca.

—Dan se está agotando. Lo que voy a decirte no puede salir de esta casita, Conor; pero Dan me ha confiado que está buscando quien le suceda.

Un postigo se abrió de repente. Conor pasó varios momentos mirando cómo iba dando golpes bajo el azote del viento.

—Muy respetuosamente, tengo que negarme —murmuró.

—Eso necesita una explicación.

—Voy a decirte una cosa que tampoco puede salir de esta casa. Para ser comandante de la Hermandad Republicana Irlandesa tendría que negar y traicionar

cosas que sé que son verdad. La verdad es… que no podemos ganar. No podríamos derrotar a los británicos, con las armas, ni en cien años; no los podemos derrotar en una mesa de conferencias, y no podremos reconciliar nunca a los habitantes del Ulster. He ahí unas verdades. Unas verdades brutales que ninguna extraviada fantasía de revolucionario podrá cambiar.

Conor cruzó la habitación, muy despacio, y cuando estuvo frente a la mujer le cogió los brazos y se los oprimió fuertemente.

—Todo lo que podemos esperar es una derrota gloriosa —siguió diciendo—. Una derrota heroica que, por lo que sea, agite las dormidas cenizas de nuestro pueblo y ponga en marcha una serie de derrotas más gloriosas todavía. Cada militante de la Hermandad deberá desafiar, chillar, dar puntapiés, vender cara la vida, sangrar, sacudir conciencias. ¿No ves?, la verdadera tarea de la Hermandad no consiste en crecer para conseguir la victoria, sino en afilar los dientes para vender cara la vida.

—¿Qué harías tú, Conor?

—Cuidar de que ninguna muerte pase sin notarse, en silencio. Destruir la voluntad de los británicos con nuestra fuerza de voluntad —Conor soltó los brazos de la mujer y se apartó—. De modo que ya ves, Atty, jamás podré ser el fabricante de sueños, porque no cabe sueño alguno, sólo una pesadilla. ¿No lo comprendes, muchacha?

Conor se alejaba. Atty le siguió, le tocó por la espalda; él dio media vuelta y se quedaron mirándose fijamente.

—Oh, amigo —exclamó Atty Fitzpatrick con voz estremecida—, ¡te añoré tanto!

—Yo también a ti —susurró Conor.

—Un día me puse en ridículo delante de ti, y me dolió mucho. Hoy voy a ponerme de nuevo, y no me importa. Desde que te conocí, no me he sentido en situación de someterme a la mirada de otro hombre ni a la mía siquiera.

Ambos continuaban, rígidos, en sus respectivos puestos.

—Aunque no quiera, tengo que acudir a ti, Atty, y hacerte sufrir. A veces me da miedo que seas tan fuerte. No sé hasta qué punto estoy dañado. No sé qué me queda por dar, o si ya lo he dado todo. Hasta tengo cicatrices de nuestra condenada iglesia…, sí, también de esa parte… —dijo.

Atty tenía el rostro contraído y pálido. Cerró los ojos y dejo que las lágrimas corrieran a placer.

—No he olvidado lo que hiciste por mí, Atty. Todas las noches venías a esa habitación en la oscuridad, abrías el camisón, te acostabas a mi lado, arrimabas mi cabeza a tus pechos y me dejabas llorar. Si vivo, lo debo solamente a tu misericordia. En cierto modo me alegró que me enviasen a América, porque empezaba a sentir vergüenza de mis lágrimas y de necesitarte tan desesperadamente.

—¿Piensas que hacía lo que hice por compasión, Conor? ¡De repente me vi capaz

de hacer todo aquello por un hombre! El saber por primera vez que poseía esta facultad fue como vivir el primer día de verdadera vida. Y entonces te fuiste y me dejaste sin nada. ¿Sabes qué representa para una mujer descubrir que tiene un tesoro tan grande por dar, pero verse desdeñada por el hombre que le reveló este secreto?

—No hubieras debido venir, Atty…, te haré daño…

—¡Conor! ¡El hecho de que Shelley muriera no significa que vayas a causar mi muerte también! ¡Tiemblo de deseo por ti, hombre!

Conor se dejó caer junto a la mesa y le volvió la espalda.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó ella, situándose detrás de él—. Yo no sé qué encontraremos tú y yo en esta pasión. Pero he de saberlo. Estoy agotada de tanto esperar. No quiero dejarlo para otro día, Conor…, la puerta de mi dormitorio estará abierta, y esta noche soy quien necesita que acudas tú a mi lado. Si no vienes, la puerta no se abrirá nunca más.

—¡Huye, si tienes seso!

—¡No!

Conor escapó fuera a recibir el azote de la lluvia.

«Oh, Shelley —gritaba para sus adentros—, no puedo seguir apegado a ti…, quiero vivir, Shelley…, déjame vivir, por favor…, déjame vivir…, por favor…, déjame vivir, te lo suplico…»

Conor abrió la puerta del cuarto de Atty, llenando el hueco del umbral. La luz de la sala grande caía sobre la mujer. Atty estaba de pie junto a la cama; se desató el cordón de la blusa, se pasó, orgullosamente, la prenda por encima de la cabeza, y se liberó los pechos. Luego se desabotonó la camisa y la dejó caer al suelo. Conor entró, despacio, en la habitación y cerró la puerta, con el pie, detrás de sí.

7

Un decenio de relativa tranquilidad política terminó bruscamente, por una crisis constitucional que provocó dos elecciones en un solo año, el de 1910.

Herbert Asquith había asumido la jefatura del partido liberal, entonces en el poder, y trataba de hacer aprobar un «presupuesto del pueblo» que pretendía cargar de impuestos a la nobleza y sus bienes. Un presupuesto que fue contundentemente rechazado por la Cámara de los Lores. Los liberales habían comprendido desde hacía mucho tiempo que sólo se podría legislar en bien del pueblo llano si se cercenaban notablemente los poderes de la Cámara de los Lores. La Ley del Parlamento fue introducida por fin a este propósito. Contenía una provisión que facultaba a los Comunes para contrarrestar el veto de los Lores, siempre que una ley fuera aprobada en tres sesiones consecutivas.

Para conseguir la aprobación de la ley, los liberales amenazaron con elevar quinientos pares de sus propias filas a la categoría de lores. El fantasma de un número tan elevado de hombres salidos de baja cuna accediendo a la nobleza se le hizo intolerable al estómago de la aristocracia inglesa, y, para conjurarlo, la Ley del Parlamento fue aprobada.

Aunque los liberales seguían gobernando, su mayoría se había reducido notablemente, y la historia se repetía. Asquith acudió al partido irlandés de John Redmond para formar un gobierno de coalición. El precio del mismo fue una vez más una Ley de Autonomía. Redmond tenía en la mano un poderoso naipe de triunfo, pero al estructurarse las líneas de batalla, vaciló y se mostró dispuesto a aceptar una legislación pasada por agua y que requería que se siguiera prometiendo fidelidad a la Corona británica, cosa que repugnaba a casi todos los irlandeses.

Si John Redmond tenía algún defecto destacado era el de haber pasado demasiado tiempo en la Cámara de los Comunes y conocer demasiado poco al pueblo irlandés. Así eligió lamentablemente la palestra de lucha, enfrentando a un centenar de diputados irlandeses contra quinientos cincuenta del «enemigo». Pues aunque estuviera aliado con los liberales, éstos adoptaban una actitud tibia y apática con respecto a las aspiraciones irlandesas. No obstante, John Redmond era la voz mejor que el pueblo irlandés podía seguir, puesto que la de Sinn Fein y la de la Hermandad sonaban todavía demasiado débiles y distantes para oírlas.

No eran tan ingenuos los unionistas del Ulster, los cuales —fuertes, ricos, unidos— sabían qué querían, y contaban con el apoyo fanático de su gente. Durante decenios, los unionistas habían tenido su mejor baluarte contra la Ley de Autonomía en el veto de la Cámara de los Lores. Perdida esta fortaleza, la reacción de los

unionistas fue instantánea y traumática.

Los grandes jefes son hijos de su época. Pocos hombres ilustran esta aseveración más sucintamente que sir Edward Carson. Abogado brillante que intervino en alguna de las causas judiciales más famosas de su tiempo, al interrogar a Oscar Wilde plantó un hito en la historia de los interrogatorios demoledores habidos en una sala de tribunal. Como miembro del Parlamento, ocupó altos cargos de Gobierno. Aunque nacido en Dublín y educado en el Trinity, Carson era el ulsteriano completo, epítome del hombre imperial, servidor incondicional de su clase, la aristocracia. Hipocondríaco huraño, con cara de hacha, sus tácticas despiadadas exhibían las cualidades que había de tener un jefe en semejante lucha. Como a la mayoría de grandes hombres, le obsesionaba una idea única. Había de mantener la unión con la Gran Bretaña.

Cuando se posaron la polvareda y las consecuencias de las elecciones de 1910, apareció en el horizonte una tercera Ley de Autonomía sin veto de los Lores que pudiera cerrarle el paso. Roger Hubble, que actuaba más a su gusto entre bastidores, se puso, como es natural, de parte de Carson, mientras los unionistas cerraban filas como se cierra el puño. Lord Roger fue designado para permanecer discretamente en contacto con Alan Birmingham, *Chief Whip* del partido liberal, relación que había mantenido a intermitencias durante años. La maniobra se proponía infiltrar conservadores entre los liberales y al mismo tiempo librar a Edward Carson de dirigir la lucha pública y la parlamentaria contra la Ley de Autonomía.

El tiempo se había llevado gran parte de la ingenuidad de Alan Birmingham sobre el objetivo, la arrogancia y la falta de escrúpulos de los hombres del Ulster. Fue Roger Hubble quien organizó la Oficina Unionista de Información, después de las elecciones de 1906, para «educar» a la Inglaterra media. Roger desató una avalancha de predicadores e instigadores antiirlandeses ambulantes por colegios, ferias de condado, iglesias y casas de la villa. Del Ulster salían sermones, desfiles nocturnos de linternas y un diluvio de libros y folletos que repetían siempre el mismo mensaje, hasta saturar la mente inglesa. El viejo violín tocaba la vieja tonada con tanta frecuencia que la mayoría de los ingleses acabaron tomándola por el mismo Evangelio. «El protestante del Ulster lucha en favor de la causa imperial británica y, por consiguiente, es preciso apoyarlo. El católico irlandés es desleal, y el gobierno autónomo conduciría a la destrucción del imperio.»

Ahí estaba el viscoso portillo de Alan Birmingham. Su partido se había unido otra vez en forzoso maridaje con el partido irlandés y estaba comprometido a defender la Ley de Autonomía. No obstante, la mayoría de militantes del partido liberal, así como la mayoría del pueblo inglés, apoyaban al Ulster.

El partido conservador utilizaba esta división para sus propios fines.

Comprometidos a continuar el imperio, argüían que toda medida de libertad que se concediera a los irlandeses podía provocar una reacción en cadena por las colonias. Iban alimentando el puchero irlandés porque contaban con las simpatías populares y confiaban que aquel conflicto traería la destrucción del partido liberal. En el fondo, la alianza de los conservadores con los unionistas del Ulster era un complot para reconquistar el poder, cambiar el signo liberal del momento y encauzar nuevamente a Inglaterra por el viejo orden imperial que ahora iba desapareciendo de la escena.

Cuando recibió a lord Roger en su estudio. Alan Birmingham se dio cuenta de que había en juego mucho más que la Ley de Autonomía irlandesa. La existencia misma de su partido estaba en el platillo de la balanza, y el hombre que tenía delante era uno de los decididos a destruirlo.

Alan Birmingham era un producto de la clase comercial, una figura perteneciente a una especie relativamente nueva en la política británica, que iba sustituyendo al monopolio de los aristócratas. Birmingham apareció en el primer plano de la política nacional al encabezar en los Comunes poco menos que una sublevación contra la política imperial durante la guerra bóer. Se le tenía por hombre honrado, moderado y hábil para llevar adelante la reforma social tan odiada de los conservadores.

Mientras los dos hombres intercambiaban unas frases intrascendentes preliminares (aunque ya tanteándose el uno al otro), en la desordenada guarida cargada de libros de Codogan Square reinaba una notable maldad. Los años habían dado un aire majestuoso a Birmingham. Tenía el cabello moteado de gris, lo mismo que el bien cortado mostacho, y una cara bonachona y huérfana de recelos. A Roger solía gustarle su trato, porque era un buen adversario, con el cual uno podía combatir y luego irse al teatro en su compañía.

—Creo que en eso del Gobierno autónomo nos encontraremos situados bastante cerca durante algún tiempo —decía Roger—. Tengo siempre la puerta abierta para usted, Alan, y confío que usted la tendrá para mí.

—Sí —contestó Birmingham—, es buena idea esa de saber qué piensa el otro. —Su regordeta mano buscó por la caja de tabaco, sacó un cigarro y lo encendió.

—Públicamente, Carson adoptará una actitud que por fuerza habrá de parecer inflexible, de modo que nuestra alianza puede evitar que la situación se ponga desagradable y confusa, tal como podría suceder si ambos hubiésemos de regirnos por informes de segunda mano y por la prensa —dijo Roger—. Nos damos cuenta de que Redmond les tiene a ustedes con la soga al cuello y que no se puede evitar la presentación de una Ley de Autonomía. Del mismo modo ustedes pueden presuponer que la Cámara de los Lores la rechazará en todo momento y obligará a que se la presenten las tres veces reglamentarias, de modo que no habrá nada listo para el asenso real hasta dentro de dos o tres años. Será un largo forcejeo. Deberíamos

continuar amigos.

—¿Qué fin persiguen ustedes, muchachos? —preguntó Birmingham, sin rodeos.

—Bueno, la forma final y definitiva de toda Ley de Autonomía debe excluir al Ulster —contestó Roger.

—¿Todo el Ulster? ¿Hasta los condados con una mayoría católica?

—Pues… digamos que no hemos llegado al extremo de dibujar un mapa; pero, ciertamente, de momento todo el Ulster.

—Evidentemente, nada de eso me sorprende demasiado, lord Roger.

—Claro que no, Alan. Pero lo que queremos saber es si usted está de acuerdo con el principio de un Ulster separado, o no.

Birmingham emitió unos soplidos guturales, haciendo girar el cigarro en un lento círculo de meditativa contemplación.

—La verdad es que Winston Churchill no está de acuerdo en que se divida Irlanda, y me atrevería a decir que nuestro partido está dividido en dos bandos sobre esa cuestión. Sea como fuere, John Redmond forma parte de nuestro equipo y no estoy dispuesto a divulgar ninguna noticia que pueda perjudicar sus posibilidades de negociación.

—Ea, vamos, sabemos perfectamente que a ustedes eso de la autonomía no les entusiasma de veras —objetó Roger—. ¿No es mejor que cada uno sepa las intenciones del otro?

Un zorro jugaba con otro zorro. Ciertamente, Birmingham deseaba saber hasta qué extremos estaban dispuestos a llegar Roger Hubble y sir Edward Carson para conseguir lo que pretendían.

—De momento —dijo— estoy dispuesto a luchar en favor de una Ley de Autonomía. Estoy dispuesto a defenderla en tres sesiones, y se trataría de una ley que incluyera toda Irlanda. He ahí nuestra posición. En el término de un mes, o de un año, quizá se ablande, o quizá se endurezca. No soy adivino.

—Y yo puedo asegurarle con toda franqueza que si no se excluye el Ulster, Carson soltará todas las amarras —contestó Roger.

—¿Qué quiere decir con eso exactamente, buen amigo? —inquirió Birmingham.

Roger se inclinó sobre la mesa tratando de no mostrarse demasiado amenazador, ni demasiado poco.

—Todas las amarras. Alan. Se repetiría, todo entero, el 1885; sólo que esta vez no emplearíamos rifles de madera.

—¿Una guerra civil?

—Yo no he dicho eso.

—Pero están dispuestos a despedazar el país. —Birmingham se puso en pie, se metió las manos en los bolsillos del chaleco y anduvo pesadamente, sin rumbo fijo, por la habitación—. En mi distrito electoral, allá al norte, hay una pequeña iglesia a la

que voy regularmente cuando estoy allí. Durante la última campaña había un predicador forastero, un sujeto de Belfast que había venido bajo el patrocinio de la Oficina Unionista de Información, cuyo jefe, según tengo entendido, es usted, lord Roger. Esa criaturita malvada se irguió en el pulpito de Dios y me denunció como a un traidor. Yo, Alan Birmingham, con diecisiete años en la Royal Navy, diez años en el Servicio Colonial, y veinte en la Cámara de los Comunes, convertido súbitamente en un traidor.

Roger levantó los brazos, falsamente horrorizado.

—Ya sé lo celosos que son capaces de mostrarse en ocasiones. Por más que nos esforcemos, siempre ha de haber unos pocos incidentes aislados altamente desagradables.

—¿De veras? Vaya, pues, estas historias de horror contra miembros del partido liberal abundan bastante. Bah, no se finja tan sorprendido. Lea algo de lo que ha escrito usted mismo, mi querido señor. Yo me pregunto: «¿Qué pasa, en nombre de Dios, cuando se pinta al partido gobernante de la Gran Bretaña como a una banda de tránsfugas sin seso y sin Dios? ¿Se puede asesinar la personalidad política en una democracia?» Y ahora usted tiene la desfachatez de sentarse en mi estudio y con el otro ángulo de la boca decirme: «Oiga, Birmingham, o ustedes los traidores nos dan lo que queremos, o nos rebelaremos contra el rey, porque nosotros sólo estamos dispuestos a cumplir las leyes que nos gusten.»

Roger se puso colorado.

—Mi querido colega, se lo está tomando demasiado en serio.

—Oh, le conozco bien, lord Roger, y conozco a Edward Carson. Desde el momento que me empujaron a aceptar aquella horrible Ley de Poderes de Detención y Emergencia, lamenté lo hecho. Ustedes aporrean la mesa en nombre de ciertas retorcidas ideas sobre la lealtad. ¿Sabe? Cuando empezó el asunto este de la Ley de Autonomía no me importaba un comino; pero ahora casi espero con ilusión el momento de hacerles tragar esta ley; porque, viejo amigo, tengo mi propia opinión sobre quiénes son los traidores en este juego.

Birmingham volvió a su silla, se dejó caer en ella y se esforzó en contener el temblor que le agitaba. No estaba acostumbrado a dispararse en parecidos arranques.

Roger había recobrado el dominio de sí mismo, y hasta movía la cabeza indicando que comprendía.

—Lo malo, Alan, es que personas que no suelen perder fácilmente el buen uso del sentido común, cuando se trata de este problema se inflaman como la pólvora. Yo sugiero que no perdamos nosotros el sentido común. Debe usted darse cuenta de un hecho, y es que nuestro pueblo está fanáticamente decidido a continuar dentro de la Unión.

—Oiga, lord Roger —dijo Birmingham, revolviendo unos papeles de encima de

la mesa—. Aquí está la maligna Ley de Autonomía en toda su infamia. ¡Vaya, si a los irlandeses no se les permite siquiera tener fuerzas armadas propias, y mucho menos recaudar impuestos por su cuenta! Tratados, comercio, navegación, relaciones exteriores, patentes, aparato legal…, todo continúa bajo control británico. No sólo habrán de prestar juramento al rey, sino que Westminster se reserva el derecho de revocar leyes promulgadas por el Parlamento de Dublín. —Birmingham tiró los papeles sobre la mesa—. ¿Y esto es lo que enfurece tanto a su gente?

—Aun a riesgo de tacharle a usted de ingenuo —silbó Roger—, le diré que esto constituye el primer paso tan sólo. Los irlandeses lo utilizarán como palanca para seguir presionando.

—Entonces yo digo que el ingenuo es usted —replicó Birmingham—. Cualquier táctico parlamentario de mente sencilla puede utilizar esta ley para atar a los irlandeses por cien años. Nunca pasarán más allá de las cláusulas de esta ley. Y lo que ustedes no saben ver es que si les negamos esta migaja los inducimos verdaderamente a un levantamiento. La Ley de Autonomía que hemos confeccionado aquí es el instrumento más positivo imaginable para pacificarlos —subrayó sus palabras con un puñetazo en la mesa, y luego soltó una carcajada algo triste—. A decir verdad, esta ley no empieza ni siquiera a cancelar la deuda que tenemos con ellos por lo mucho que les hemos oprimido.

—Esa afirmación demuestra solamente que usted no ve con buenos ojos nuestra decisión de quedar fuera de un Parlamento de Dublín —dijo lord Roger, tercamente.

—¡Ya estoy harto, lord Roger! —disparó, brusca y coléricamente Birmingham—. Antes de que me adormezca usted con sus elevados ideales, déjeme decirle que el unionismo del Ulster no es más que materialismo protestante. La era de voracidad de ustedes ha durado trescientos diez años, clásicos por el mal gobierno y la injusticia. Ustedes han desangrado y violado Irlanda. Han impuesto contribuciones anormales. Han maniobrado de forma que el labrador irlandés fuese el más pobre del mundo occidental y el jornalero irlandés el peor pagado de Europa. Han destruido la vitalidad del país de forma que lo han expuesto a un hambre incurable. ¡Ea!, han arrojado fuera de Irlanda a más irlandeses de los que hay en ella actualmente. Usted y su parásita cuadrilla sólo combaten por el dinero. Yo diría que han ordeñado una ubre grande y generosa, señor. Y todo lo dicho lo han llevado a cabo envolviéndose noblemente en la Unión. ¡Amar a Inglaterra, ciertamente! Amar a Inglaterra es respetar la ley, ciertamente. Introducir reformas, ciertamente. ¡Recanastos! Buenos días, señor, le digo, buenos días.

8

LA CONCENTRACIÓN DE CRAIGAVON REUNE A 100.000 PERSONAS. SIR EDWARD CARSON ES NOMBRADO OFICIALMENTE JEFE DEL PARTIDO UNIONISTA. CALIFICA A LA LEY DE AUTONOMÍA EN CURSO DE «CONSPIRACIÓN NEFASTA»

por Seamus O'NeilI

23 de septiembre de 1911, Belfast (Irish Overseas Press Service).

Más de 100.000 orangistas y unionistas se concentraron hoy en Craigavon, finca del capitán James Craig en la costa sur de Lough Belfast. Unas unidades que representaban a las logias orangistas de Belfast y del condado de Antrim, a los Clubs y Asociaciones de Mujeres Unionistas, partieron del centro de Belfast para Craigavon una mañana lluviosa. La muchedumbre se reunió en el vasto césped de la finca, que formaba un anfiteatro natural. La reunión fue presidida por el conde de Erne y en la tribuna de los oradores había la flor de las familias del Ulster.

Tomas Andrews, conocida figura de la Orden de Orange, presentó a la multitud su nuevo jefe, Edward Carson, con las palabras: «Jamás doblaremos la rodilla ante las facciones desleales dirigidas por el señor John Redmond. Jamás nos someteremos a ser gobernados por unos rebeldes que no reconocen ninguna ley, sino las de la Liga Campesina y de las sociedades ilegales.»

Sir Edward Carson, de cincuenta y cinco años, con cara huraña de bull-dog, aceptó la decisión de proclamarle jefe, con palabra combativa.

«En este momento, yo suscribo un pacto con todos y cada uno de ustedes, y con la ayuda de Dios…, todavía derrotaremos la más nefanda conspiración que se haya incubado jamás contra un pueblo libre.

»Hemos de estar preparados —la mañana que se apruebe la Ley de Autonomía— para encargarnos nosotros del gobierno de la provincia protestante del Ulster… y les pedimos permiso a ustedes para celebrar una reunión del Comité Ejecutivo Unionista del Ulster el próximo lunes…, de manera que en ningún momento y por ningún período de tiempo os falte un gobierno en el Ulster, y este gobierno lo habrá formado el Parlamento Imperial o lo formaremos nosotros.»

La proclama de Carson fue acogida con delirante júbilo y la mayoría de los observadores políticos allí presentes la consideraron equivalente a una declaración de independencia en el caso de que la provincia no consiguiera lo que quería. Otros, en cambio, creían que Carson estaba dando la pauta de una ficción monumental. Una tercera opinión entre los observadores sostenía que las palabras de Carson constituían una declaración traidora.

LOS UNIONISTAS DEL ULSTER ENCARGAN UNA CONSTITUCIÓN EN LA REUNIÓN DE BELFAST

por Seamus O'Neill

25 de septiembre de 1911 (Irish Overseas Press Service).

Inmediatamente después de la nutrida concentración de Craigavon, unos cincuenta delegados que representaban el Comité Ejecutivo del partido se reunieron en el Rosmary Hall de Belfast. Presidió la reunión lord Londonderry y el Comité votó unánimemente la propuesta de estructurar los procedimientos para la designación de un Gobierno provisional, en caso de que la Ley de Autonomía fuera aprobada.

También se tomó la decisión de nombrar una Comisión que dé inmediatamente los pasos necesarios para redactar y presentar una constitución destinada a un Ulster independiente. Este organismo lo presidirá el conde de Foyle, Roger Hubble.

EN UNA GIRA POR EL ULSTER, SIR EDWARD CARSON AMENAZA CON LA RESISTENCIA ARMADA

por Seamus O'Neill

30 de septiembre de 1911, Portrush, condado Antrim (IOPS).

Recorriendo la provincia en su nueva calidad de jefe unionista, sir Edward Carson repitió el mensaje anti-Ley de Autonomía que había enunciado en las concentraciones lealistas de estos días pasados.

«No vamos a luchar contra el Ejército y la Marina, pero si el Ejército y la Marina, por orden de un Gobierno británico, vienen a desplazarnos, lo harán a su costa. No es que pensemos luchar contra ellos. Dios impida que ningún ulsteriano leal dispare jamás, ni lo sueñe siquiera, contra el soldado o el marino británicos. Pero, créanme, cualquier Gobierno lo pensará bien antes de atreverse a disparar contra un protestante leal del Ulster, amante de su país y fiel a su rey.»

ANDREW BONAR LAW SUCEDE A BALFOUR COMO JEFE DEL PARTIDO CONSERVADOR ALIADO CON CARSON CONTRA LA LEY DE AUTONOMÍA

por Seamus O'Neill

12 de noviembre de 1911, Londres (IOPS).

Andrew Bonar Law, canadiense de nacimiento, asume hoy la jefatura del partido

conservador de Inglaterra, con los cual los unionistas han ganado un poderoso aliado, entregado desde antiguo a la causa del Ulster.

Se puede esperar que Law, cuyos padres nacieron en el Ulster, intervenga activamente contra la Ley de Autonomía. En caso de un futuro triunfo de los conservadores, Law tendría posibilidades de ser el primer ministro nacido en el extranjero.

LA INSTRUCCIÓN MILITAR «LEGALIZADA» PARA LOS CLUBS UNIONISTAS

EXCLUSIVA de Seamus O'Neill

25 de enero de 1912, Belfast (Irish Overseas Press Service).

Los Clubs Unionistas del Ulster, calladamente reactivados por lord Templeton el año pasado bajo la situación de «crisis», han recibido permisos «que legalizan» sus actividades. En una decisión dictada por dos magistrados de Belfast, se les ha dado permiso para «aprender y practicar ejercicios, movimientos y evoluciones militares».

Esta extraña y casi legal concesión de licencias se fundó en una oscura sección de un estatuto de siglo y medio de antigüedad que se utilizó originariamente para la formación de milicias y cuerpos de defensa comunal durante las guerras campesinas de finales del siglo XVIII.

Siguiendo la pauta de los magistrados de Belfast, se concedieron inmediatamente otras veinte licencias, en diversas partes del Ulster, a los Clubs Unionistas, fundándose en que… «tal autoridad la piden y la utilizarán solamente para hacerse ciudadanos más eficientes frente al objetivo de conservar la constitución del Reino Unido tal como está en la actualidad y defender los derechos y libertades de que disfrutan bajo el mismo».

Aunque las licencias se concedieron para establecer una base legal sobre la que actuar, es un secreto a voces que unas unidades paramilitares vienen haciendo instrucción desde varios meses atrás por toda la provincia.

El jefe del programa general es el coronel R. H. Wallace, muy destacado en los círculos de Orange y antiguo comandante de un batallón de Royal Irish Rifles durante la guerra bóer. Las filas de los Clubs están llenas de antiguos oficiales y soldados de las fuerzas armadas británicas.

SE DESCUBRE UN FONDO SECRETO UNIONISTA DE UN MILLÓN DE LIBRAS PARA ARMAS

EXCLUSIVA de Seamus O'Neill

3 de febrero de 1912, Belfast (Irish Overseas Press Service).

Este reportero se ha enterado de que unos protectores ricos de los Clubs Unionistas del Ulster, actualmente entregados a actividades paramilitares, han abierto una cuenta bancaria de un millón de libras esterlinas, a fin de comprar armas.

Este fondo, que funciona bajo el disfraz general de FONDO PROVISIONAL DE EMERGENCIA, lo dirige sir Frederick Weed, destacado industrial de Belfast y miembro de los organismos dirigentes del partido unionista y la Orden de Orange.

Resulta un tanto irónico que hayan confiado a Weed la administración de ese dinero, puesto que hace unos años sirvió de instrumento involuntario de un plan de la Hermandad Republicana Irlandesa para entrar armas. Recuérdese el famoso episodio de Sixmilecross. Cuando le preguntaron a sir Frederick Weed si pretendía vengarse de aquella humillación, respondió de modo tajante:

«La venganza no forma parte de mi modo de ser.»

Se sabe que Weed y su yerno, el conde de Foyle, aportaron 25.000 libras cada uno al citado fondo, cantidad con la que también contribuyó sir Edward Carson. Otros contribuyentes parecen miembros del directorio del Burke's Peerage o «Aristocracia de los Estranguladores», y gran parte del dinero procede de los conservadores ingleses. Se rumorea que Rudyard Kipling figura en la lista de los donantes con 10.000 libras.

Cuando se le pidió insistentemente detalles de ese fondo, Weed negó sin vacilar que ese dinero se utilizase para comprar armas.

«Tonterías —declaró—. El Fondo Provisional de Emergencia se ha establecido para el caso de una guerra civil, con objeto de atender a evacuaciones, hospitalizaciones y otras calamidades.»

A pesar de las negaciones de Weed, se han desenterrado unos cuantos hechos relativos al caso y que parecen confirmar el objetivo antes mencionado. Bajo las leyes en vigor es casi imposible importar armas. Pero lo mismo que en el caso de «legalizar» los Clubs paramilitares, los abogados unionistas han encontrado un refugio en la legislación vigente.

Con «finalidades deportivas» se permite que unos legalizados «Clubs de Caza y Tiro» importen cantidades limitadas de armas. Una investigación de los libros de las oficinas de aduanas y los ayuntamientos de la provincia permite formar una estadística sorprendente.

Y se han concedido nuevos permisos a supuestos «Clubs de Caza y Tiro», multiplicando el número de armas por trescientos desde el advenimiento de la crisis a causa de la Ley de Autonomía. En todos los casos, la lista de afiliados a dichos Clubs es idéntica a la de componentes de las unidades paramilitares unionistas.

Por añadidura, Aduanas ha concedido nuevos permisos de importación y

exportación de armas a personas particulares y empresas de Derry, Belfast y otros puertos de la provincia con autoridad para recibir cargamento de armas.

Aunque la instrucción y los ejercicios se han seguido realizando con imitaciones de madera, se calcula que han entrado de doscientos a trescientos rifles (la mayoría de fabricación italiana) semanales.

Cuando le preguntaron sobre este particular, sir Frederick quiso desecharlo con un levantamiento de hombros.

«Lo que ocurre, simplemente, es que la provincia atraviesa un período de desacostumbrado interés por la caza», sostuvo.

Cuando le preguntaron qué se podía cazar en tan gran cantidad por los escasos bosques del Ulster, Weed comentó:

«Duendes, bandidos irlandeses, Dios sabe qué cosas.»

Se sabe que ciertos bancos de la provincia han recibido aviso de pagar cheques en descubierto sin discusión alguna. El descubierto será repuesto con cheques contra el FONDO PROVISIONAL DE EMERGENCIA.

Sobre este punto, Weed respondió:

«Los Clubs se ocupan de medidas sanitarias y otras actividades de carácter humanitario que podrían ser precisas en caso de guerra civil. Por lo tanto, no hay nada que indique que las cantidades retiradas sirvieran para comprar armas.»

No obstante, los cheques del FONDO han coincidido, libra por libra, con los firmados por los recientemente autorizados importadores de armas.

EL FONDO PROVISIONAL DE EMERGENCIA DE LOS UNIONISTAS DEL ULSTER. ARMAS O HUMANITARISMO. LA DUQUESA DE SOMERSET CONFIRMA EL ASERTO DE SIR FREDERICK

EXCLUSIVA de Seamus O'Neill

4 de febrero de 1912, Londres (Irish Overseas Press Service).

La duquesa de Somerset anunciaba hoy que se ha fundado una organización para acudir en socorro de los protestantes del Ulster en caso de una guerra civil. El COMITÉ FILANTRÓPICO PARA EL ULSTER busca refugio en Inglaterra para decenas de millares de «nuestros leales vasallos de Irlanda».

La existencia de este comité fue puesta al descubierto de un modo bastante repentino al tenerse noticia ayer de un fondo de un millón de libras, que se supone destinado a la compra de armas, y corrobora la afirmación de sir Frederick Weed de que el FONDO PROVISIONAL cubría otros objetivos.

WINSTON CHURCHILL IRÁ AL ULSTER PARA UNA CONCENTRACIÓN PRO LEY DE AUTONOMÍA

EXCLUSIVA de Seamus O'Neill

5 de febrero de 1912 (IOPS).

Este reportero ha tenido noticia hoy de que Winston Churchill, diputado del partido liberal y primer lord del Almirantazgo, ha aceptado una invitación del partido liberal del Ulster para hablar en Belfast. En la provincia, los liberales constituyen una pequeña minoría y han sido poco menos que barridos desde la ofensiva del partido unionista contra la Ley de Autonomía.

Lord Pirrie, el constructor de barcos de Belfast y jefe de los liberales del Ulster, ha confirmado la noticia.

«Se espera —ha dicho— que las palabras de Churchill contribuirán a proyectar luz y buen criterio sobre una situación ya completamente incontrolada por culpa de una reacción exagerada y frenética ante un proyecto de ley moderadísimo.»

Luego, Pirrie añadió todavía: «Creo que el pueblo inglés ha llegado a la errónea convicción de que todos los protestantes de aquí hablan el mismo lenguaje: el unionista. Además de los liberales, hay decenas de millares de personas sin filiación alguna que consideran que la Ley de Autonomía aplicada por un Parlamento de Dublín es una idea viable y deseable.»

El Ulster Hall, propiedad del Ayuntamiento de Belfast, ha sido alquilado para la ocasión. La aparición en público de Churchill completará un círculo familiar de singular involucración en asuntos irlandeses.

Hará casi treinta y cuatro años, día por día, que el padre de Churchill, lord Randolph, habló desde la misma tribuna, aunque defendiendo un punto de vista diametralmente opuesto. Al jugar el histórico «naipe de Orange», lord Randolph pronunció su famoso discurso del «ladrón nocturno» a los encuadrados unionistas del siglo pasado.

MEDIDA UNIONISTA PARA IMPEDIR LA APARICIÓN DE CHURCHILL

por Seamus O'Neill

7 de febrero de 1912, Belfast (IOPS).

La noticia del proyectado discurso de Winston Churchill en pro de la Ley de Autonomía que había de pronunciarse en el Ulster Hall de Belfast provocó una reacción pronta y furiosa en los círculos unionistas.

En Rathweed Hall, domicilio de sir Frederick Weed, se reunió un quórum apresuradamente convocado del Comité Ejecutivo unionista y aprobó por unanimidad la resolución de negar a Churchill la utilización del Ulster Hall.

El coronel R. H. Wallace, jefe titular de los Clubs Unionistas paramilitares, advirtió llanamente que se producirían inevitables motines y derramamientos de sangre. Y amenazó con que sus fuerzas se apoderarían del Hall.

«Es lamentable —dijo sir Frederick después de la reunión— que ese hombre venga deliberadamente a esta ciudad leal bajo el patrocinio de los John Redmond a hablar como un traidor y deshonrar la mismísima tribuna desde la que su padre habló tan gallardamente en favor de nuestra libertad.

»La libertad de expresión —siguió diciendo Weed— no alcanza a los tránsfugas. Churchill renegó de su cuna y abandonó el partido conservador para confabularse con los que querrían destruir el Imperio. Es el orador más provocativo de la Gran Bretaña y este proyectado discurso no es sino un gesto arrogante y un insulto en un momento y un lugar en los que todavía resuenan en nuestros oídos las palabras de su reverenciado padre.»

Cuando le preguntaron si el juicio que le merecía Winston Churchill no era exagerado y suscitado acaso por el clima del momento, Weed replicó colérico:

«Según mi franca opinión, Winston Churchill no es inglés.»

CHURCHTL CEDE. LA CONCENTRACIÓN DEL ULSTER FRACASA

por Seamus O'Neill

12 de febrero de 1912, Belfast (IOPS).

Al desembarcar hoy en Larme, unos treinta y cuatro años después de su padre, Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo y principal portavoz del partido liberal, ha sido objeto de una recepción muy distinta de la que se dispensó a Churchill padre.

Las grandes turbas disponibles se han reunido animadas de un humor que sólo podríamos calificar de feo. Abucheándole y gritando consignas antiautonomistas, llenaban el trayecto desde la estación de ferrocarril de Midland hasta el Grand Central Hotel. A cada pocos pasos se topaba con un cartel insultante o un monigote que le representaba ahorcado en efigie.

La gente se excitaba una y otra vez hasta el borde de la violencia, y el progreso de Churchill se ha visto dificultado continuamente por hombres que se lanzaban contra su coche, blandían los puños, le escupían, tiraban piedras y le amenazaban de otros diversos modos. En un punto del recorrido, han arrollado la escolta de *constabularys* y han levantado dos ruedas del vehículo, zarandeándolo violentamente.

Después de unas precipitadas consultas con lord Pirrie y otros liberales de la localidad, se ha decidido, a fin de evitar derramamientos de sangre, cambiar el lugar de celebración del acto. En el último momento han elegido Parnell Field, campo de rugby del sector de la ciudad denominado Catholic Falls.

JOHN REDMOND ABOGA POR LA LEY DE AUTONOMÍA Y ACONSEJA A LOS BRITÁNICOS QUE NO RECURRAN A ESTRATAGEMAS

por Seamus O'Neill

31 de marzo de 1912, Dublín (IOPS).

Bajo la presión creciente del Ulster y el descontento de su propio partido y de todas partes del país, John Redmond dirigió la palabra a una concentración de masas en St. Stephens Green, pues se acerca el momento de la presentación de la tercera Ley de Autonomía.

Hablando en gaélico y con acento apasionado, Redmond expuso sin rodeos su posición y alineó su deslucido futuro político con una mezcla de súplicas y amenazas veladas.

«Hay aquí muchos hombres que destruirían el Imperio británico si estuvieran unidos… Nosotros no queremos destruir a los británicos, sólo queremos ser libres.»

A continuación dijo que él, personalmente, jamás rendiría homenaje al rey de Inglaterra, aunque al mismo tiempo declaró que el proyecto de ley que van a presentar es bueno para Irlanda, a pesar de que mantiene la obligación de jurar fidelidad a la Corona.

«… Si esta vez recurrimos a estratagemas, hay personas en Irlanda (y yo soy una de ellas) que aconsejarán a los gaélicos que no vuelvan a negociar nunca más con los extranjeros, sino que a partir de ahora les respondan con mano dura y con el filo de la espada. Hagamos saber a los extranjeros que si nos estafan una vez más habrá guerra sin cuartel en Irlanda.»

A la luz de su actitud conciliadora en Westminster, las «combativas palabras» de Redmond se tomaron como artículo para consumo interior exclusivamente, aunque teñidas con un dejo de desesperación para que los liberales, aliados suyos, no le abandonaran.

¡BOLETÍN!

4 de abril de 1912, Londres (Reuter).

La tercera Ley de Autonomía, después de haber sido aprobada en la Cámara de

los Comunes por 110 votos, fue inmediatamente rechazada por los Lores por 326 votos contra 69.

Se ha programado ya una segunda lectura del Proyecto de Ley para la próxima sesión de los Comunes, bien a finales de este año, bien a comienzos del próximo. Según la reciente Ley del Parlamento, se necesitan tres aprobaciones de la Cámara de los Comunes para anular a los Lores.

POR EL ULSTER SE EXTIENDE UNA OLA DE MOTINES CONTRA LA LEY DE AUTONOMÍA Y LOS CATÓLICOS

4 de julio de 1912, Belfast (Reuter).

El «confeti de Belfast», discos de hierro del tamaño de una moneda de dos chelines, aproximadamente, que se producen al perforar planchas de barco, fue introducido como arma semiletal de lucha callejera cuando centenares de trabajadores de los astilleros irrumpieron en el barrio católico de Ballymurphy disparando estos nuevos proyectiles contra personas y ventanas. Al mediodía, más de setenta personas habían tenido que ser hospitalizadas.

ANDREW BONAR LAW Y SIR EDWARD CARSON VITUPERAN LA LEY DE AUTONOMÍA EN LA DECLARACIÓN MÁS ENÉRGICA Y OMINOSA PRONUNCIADA HASTA LA FECHA, EN LA CONCENTRACIÓN DE BLENHEIM PALACE.

por Seamus O'Neill

11 de julio de 1912, Blenheim Palace (IOPS).

En la mayor manifestación habida hasta la fecha en suelo inglés en apoyo de los protestantes del Ulster, concentración del partido conservador en el lugar de nacimiento de Winston Churchill y también de su padre Randolph, se reunieron más de cien mil personas.

La casa ancestral del duque de Marlborough estaba en plena floración; aquello era un país de maravillas, de flores y bosques que saludaban a las multitudes sacudidas por vibraciones de combativa intensidad.

Bonar Law hizo la declaración más enérgica que se hubiera escuchado hasta entonces contra el Gobierno liberal de Asquith. Refiriéndose al Gobierno liberal como a «un comité revolucionario que se ha alzado fraudulentamente con un poder despótico», declaró que sus conservadores no se considerarían atados por las restricciones de la ley británica que influirían sobre ellos en una lucha ordinaria.

Bonar Law amenazó con que si se aprobaba la Ley de Autonomía para Irlanda, «hay cosas más fuertes que una mayoría parlamentaria».

«En cuanto a los protestantes del Ulster —dijo Law—, si se intentase privar a esos hombres de sus derechos de nacimiento, como una cláusula más de una componenda parlamentaria infame, sería muy justo que ellos se opusieran al intento por todos los medios a su alcance, incluida la fuerza. No sabría imaginar medida alguna de resistencia a la que el Ulster pudiera recurrir lo bastante extremosa como para que yo no estuviera dispuesto a apoyarles, tal como creo les apoyaría la mayoría absoluta del pueblo británico.»

Respondiendo a preguntas sobre el carácter traicionero de la declaración de Law, replicó sir Edward Carson: «Si eso es una traición, que lo sea. Al menos pondremos de nuestra parte a lo mejor de Inglaterra.»

ALAN BIRMINGHAM RENUNCIA A SU CARGO DE «WHIP» LIBERAL COMO PROTESTA CONTRA LAS CONTINUAS CONCESIONES PARA APACIGUAR A CARSON Y LAW

INTERVIÚ EN EXCLUSIVA por Seamus O'Neill

20 de julio de 1912, Londres. (Irish Overseas Press Service.)

Alan Birmingham, *Chief Whip* liberal durante el decenio pasado, ha entregado esta noche su dimisión al primer ministro Herbert Asquith como protesta por la pasividad de su Gobierno ante la «conducta claramente sediciosa del líder conservador Andrew Bonar Law y el jefe unionista sir Edward Carson», citando como gota que colma el vaso el discurso del «alzarse fraudulentamente con un poder despótico» pronunciado por Bonar Law en Blenheim.

«Carson y sus hordas han desenvainado la espada del terrorismo político más descarado —dijo airadamente Birmingham—. Él y Bonar siguen haciendo ostentosas alusiones a la ley británica y poniendo al partido liberal en ridículo públicamente por no haber sabido imponerla. Es un procedimiento premeditado, llevado pasito a paso, para ver hasta qué punto se soporta su actuación, y mientras nosotros nos quedamos cruzados de brazos, ellos se muestran más audaces cada día.

»Existe, ciertamente, una conspiración —siguió diciendo—, pero no somos nosotros los que conspiramos, sino aquellos que quieren destruir al partido liberal y que Inglaterra retroceda a los tiempos del gobierno de una clase.

»Si desean convertirse en mártires, deberíamos complacerles. Si desean una guerra civil, también en esto deberíamos darles gusto. Lo que no podemos permitir es que la traición más descarada siga adelante sin hallar obstáculo alguno. Si permitimos que este delito quede impune, yo predigo que dentro de cincuenta años todavía

pagaremos sus consecuencias en el Ulster.»

9

Aunque no gustaba a nadie que Conor volviese a Belfast, el plan exigía una organización y una mano izquierda que sólo él sabría darle. En Belfast, millares de apasionados del rugby y docenas de antiguos amigos conocerían a Conor apenas verle. Por ello, el Concejo no era muy favorable a este plan.

Cuando Conor presentó la idea al Concejo Supremo por primera vez, los dejó atónitos a todos. No obstante, era tan sencillo y lógico que todos quedaron interiormente convencidos de su viabilidad.

A principios del verano de 1912 alquilaron un local para oficinas en el segundo piso de un edificio de la calle Royal, que era la mayor avenida central y discurría cerca de la Administración General de Correos. El rótulo de la puerta ofrecía la nada llamativa inscripción de: B.R.I. IMPORTACIONES-EXPORTACIONES, F. Clarke-MacCoy, Corredor de Aduanas.

B.R.I. era la sigla de «Baptist Revival in Ireland» (o sea, Renacimiento Baptista en Irlanda) y parecía, exteriormente, una agencia de compras, apenas velada, para una docena de clubs unionistas paramilitares de la región de Inishowen, en el condado de Donegal. El B.R.I. se contaba entre la docena o más de operadores que habían recibido credenciales de corredores de aduanas. Todo el mundo sabía qué hacían, pero raras veces hablaba nadie de ellos, porque se habían establecido fundamentalmente con objeto de conseguir armas para los unionistas.

La B.R.I. adoptaba todas las apariencias de una suministradora más de los clubs, desde el papel de cartas hasta una oficina llena de suministros religiosos, tan necesarios en un movimiento de renacimiento. Cuando F. Clarke-MacCoy recogía su consignación semanal de dos a cuatro cajas de rifles, los funcionarios de aduanas le obsequiaban con un guiño y un cabezazo de asentimiento. El papeleo se despachaba con gran presteza, y el género pasaba automáticamente y sin inspección.

El caso es que el servicio de aduanas no se había fijado en que invirtiendo las iniciales del «Baptist Revival in Ireland» podía leerse Irish Republican Brotherhood (o sea, Hermandad Republicana Irlandesa). El simulacro continuaba funcionando una semana tras otra sin ningún contratiempo. Lo que más preocupaba era la seguridad personal de Conor, que seguía conservando su calidad de fugitivo (como se sabía perfectamente en Belfast) y debía alojarse entre media docena de «casas seguras», aunque sin ordenación fija.

Uno de tales pisos se encontraba en el barrio mixto de Finaghy. A éste sólo acudía cuando Atty podía hacer una escapada hasta Belfast. Las visitas de Atty eran forzosamente muy escasas y de muy corta duración. Para Conor los días transcurrían generalmente con una monotonía y una soledad abrumadoras; de modo que aguardaba las visitas de Atty como una ducha fresca en un día asfixiante.

A finales de otoño había cesado ya el último ciclo de motines; pero sir Edward Carson seguía elevando el envite, a la vista de la débil oposición por parte del Gobierno. Los unionistas se habían trazado minuciosos planes para rematar el año con un crescendo de alborotos, y eligieron el 26 de septiembre como fecha para desatar la mayor manifestación política de toda la historia de las islas Británicas.

Atty vendría el mismo día de la manifestación, y había de llegar asimismo un cargamento de rifles. La oficina del B.R.I. daba sobre la calle Royal, corazón del trayecto que seguiría el desfile. Muy entrada la noche, después de terminar el trabajo burocrático, Conor se tendió en un catre de la oficina. Quería ver con sus propios ojos y de cerca a los unionistas en acción para deducir las conclusiones pertinentes.

Era un día tranquilo de otoño, de colores suaves, un día apacible como para ser el del Señor, aunque en realidad sólo fuese sábado. El Ulster reposaba sin la batahola de las hilanderías y fábricas de la orilla de Lough Belfast, en un silencio que resbalaba por el campo, hasta el condado de Londonderry al menos. Nadie segaba heno en los campos y los puestos del mercado tradicional de los sábados estaban casi desiertos, mientras una callada atmósfera de santidad se extendía delante de la tormenta justiciera.

Se planchaban los pantalones domingueros; se limpiaban las botas de las fiestas. En cincuenta mil casas de la ciudad y en cincuenta mil casas de labradores se sacaban ceremoniosamente del armario la faja de Orange, las medallas al servicio y al valor, el sombrero hongo, el bien plegado paraguas negro…

El movimiento todo se puso en marcha suavemente al conjuro de las campanas de los templos. En aquel inusitado sábado, metodistas, baptistas, presbiterianos y anglicanos intercambiaban oraciones; pero el mensaje que traía todo aquello era tan viejo como la experiencia imperial en Irlanda.

Quien se encontrase entonces en Cave Hill, el punto más alto de Belfast, y escuchase atentamente habría podido oír, sin duda, cincuenta mil voces salidas de dos centenares de iglesias, todas cantando un solo himno.

Oh, Dios, nuestro sostén en el pasado,
Esperanza nuestra para el futuro,
Amparo en la tormenta que ha estallado,
Hogar eterno nuestro, bello y puro.

A la sombra de tu excelso manto,
Tus santos viven sin temor ni apuro.
Basta que Tú muevas levemente el brazo,
Para que yo esté tranquilo y seguro…

Este instrumento de supremo desafío había de constituirse en un Pacto de

Compromiso, en juramento de sangre destilado de un antiguo voto escocés. *Liga y compromiso solemnes del Ulster* era un documento épico que señalaba los males de la Ley de Autonomía, la calificaba de conspiración y juraba fidelidad a Dios y al rey. Después de tal declaración de fidelidad, el Pacto de Compromiso seguía diciendo: «Y en el caso de que nos impusieran a la fuerza tal Parlamento (el de Dublín) nos obligamos solemne y mutuamente a negarnos a re conocer su autoridad. En la segura confianza de que Dios defenderá el derecho, firmamos la presente con nuestros nombres…»

Todos los hombres, maestros, niños que habían aprendido de memoria la poesía de Kipling, la repetían a menudo esta mañana. En el gran Presbyterian Assembly Hall la repitieron a coro, respondiendo a las palabras del pastor.

Sabemos que la guerra alguien prepara
Contra todo hogar de paz y honra.
Sabemos que el infierno se declara
Contra quien no quiera servir a Roma.

Reina el terror, la amenaza y la muerte
En mercado, fábrica y taller.
Sabemos y guardamos en la mente
Que morimos, consintiendo en ceder.

Creedlo, lo decimos sin jactancia:
Aquello que el hombre tiene en más aprecio
Lo defenderemos con arrogancia,
Sin miedo y sin que nos importe el precio.

¿Qué responde el Norte al debate?
Sólo una Ley, una Patria y un Rey.
Y si Inglaterra nos lleva al combate,
¡Moriremos matando toda una grey!

Después de dar desde primera hora el tono del día, la gran catedral blanca y los demás barcos de la armada belfastiana de la Reforma vomitaron a la calle las purificadas feligresías.

La piedra del hogar de todo aquello era el Ayuntamiento de Belfast, donde una guardia de honor de doscientos veinte orangistas, formados con garrotes blancos y otros dos mil quinientos sin el mencionado adorno, desfilaban solemnemente detrás de la descolorida bandera de seda que Guillermo de Orange enarboló en la batalla del Boyne.

En el centro de la pomposa comitiva rodaba el acompañamiento de sir Edward

Carson, flanqueado por los poderosos capitán James Craig y sir Frederick Weed, amén de una pequeña legión de nobles, aristócratas, hidalgos campesinos y jefes orangistas, conservadores y unionistas. Todos subieron majestuosamente los escalones, detrás de los maceros, para entrar en la rotonda donde el sagrado Pacto aguardaba sobre una mesa redonda, y encima colgaba la Union Jack mayor del mundo. Detrás de la mesa se levantaba la cancela de hierro labrado que representaba la grandeza del Ulster tal como la había diseñado y ejecutado Conor Larkin.

La tensión del mundo anglo crecía a medida que se acercaba más y más el gran momento. Los encopetados jefes golpeaban nerviosamente el suelo con los bastones de empuñadura de plata mientras estallaba una nube de lámparas de fotógrafos. En el instante preciso, sir Edward Carson se acercó a la mesa, desenvainó una pluma cuadrada, de plata, destinada a la inmortalidad, y puso su firma en el documento. Uno tras otro, los grandes santificaron el Pacto y salieron mayestáticos.

Entonces se le abrieron las puertas al hombre vulgar. Todo marchó muy ordenadamente, con una organización esmerada. Si algo se pretendía demostrar aquel día era que el Ulster era uno, humilde y poderoso a la vez. Los pasillos del Ayuntamiento contenían ochocientos metros de pupitres en los que se podían acomodar quinientas personas, y, consiguientemente, mil quinientas por minuto.

Se hicieron cortes en las primeras muñecas (y fueron centenares las cortadas aquel día) y se escribieron los nombres con sangre.

Ahora todo el Ulster latía excitadamente con el espectáculo.

En Hillsborough firmaron el Pacto en el mismo lugar en que el rey Guillermo se había parado a descansar.

En Templepatrick lo firmaron sobre el parche de un tambor Lambeg.

En Derry, el Guidhall, lleno de cicatrices de balas de los motines anticatólicos, estaba bajo la protección de una guardia de soldados con la bayoneta calada mientras el conde de Foyle y su condesa encabezaban la procesión de firmantes.

A los enfermos y ancianos los llevaban adonde estuviera el Pacto en camillas o sillas de ruedas, como en una segunda romería a Lourdes.

En Ulster Hall, famoso por la escena del «Naipe de Orange», las mujeres firmaban el compromiso por separado, pero no con menos celo ni menos masivamente que los hombres.

En el Shambles de Monaghan, la bandera verde y la efigie de Carson fueron desgarradas por los excitados manifestantes en el mercado de cerdos.

Al mediodía, la disciplina que había imperado primero en Belfast se hizo añicos y millares de personas invadieron la calle Royal esperando para entrar en el Ayuntamiento.

Desde su ventana en la oficina de la B.R.I., Conor Larkin podía seguir el frenético y acompasado vocerío pidiendo que Edward Carson saliera a saludar desde el Reform

Club, situado en el recorrido. Cuando Carson, sir Frederick Weed y Craig; salieron al balcón, se produjo el primer estallido frenético del día. En el momento que trajeron al balcón la santa bandera del Boyne y la izaron, diez mil cabezas se descubrieron con gesto reverente, y hombres y mujeres derramaron lágrimas sin rubor alguno.

Perforaban el aire los cláxones de mil automóviles que rodaban hacia la calle Royal y bajaban por la calle North, al frente de legiones de *Orangemen, Purple Marksmen, Black Preceptories, Royal Scarlets, Garters, Crimsons Arrows, Link and Chains, Red Crosses, Apprentice Boys* y todo el resto de entidades y organizaciones más o menos «cívicas», todos contoneándose en columna de a ocho en fondo, detrás de los retumbantes Lambegs y las gaitas que tocaban al combate.

Otra columna descendía por la calle Howard, otra cruzaba el puente desde la fortaleza de Belfast Este, otra subía por la carretera de Dublín, pues todo Belfast parecía converger sobre el pesebre, el centro del universo.

Para acá seguían viniendo como furiosa catarata, a razón de mil quinientos firmantes por minuto. Y esto se repetía en todas las ciudades y aldeas de la provincia.

La escena de las calles había adquirido una turbulencia demente, con antiguas señales tribales haciendo erupción en Cave Hill, Divis, Stormont, y luego en un collar continuo alrededor de la bahía y por las montañas hasta las últimas poblaciones del Ulster. Llegada la noche, los reflectores asaltaban el cielo y los fuegos artificiales iluminaban la bahía.

La muchedumbre pisaba los talones de Edward Carson, que corría presurosamente de acá para allá. La gente se subía a las farolas y se acercaba de puntillas a los bordes de los tejados para echar una mirada. Los hombres tiraban de sus carruajes admirando profundamente a los nuevos rey Guillermo y Cristo de Orange fundidos en una sola persona. La emoción cortó todas las amarras y sobrepasó todos los límites cuando Carson y su séquito se dirigieron hacia los muelles, atestados de bandas y de cañones que disparaban salvas.

Al subir al barco de servicio nocturno, Carson trató de gritar a la muchedumbre que siguiera enarbolando la antigua bandera y les prometió regresar, en guerra o en paz.

A lo largo del día, Conor presenció gran parte de esa escena, transfigurado. Cuando el barco de Carson se apartó del muelle, todo se disparó, inflamando el cielo en una sola, última y violenta iluminación, y por un instante, Conor se dijo que o se encontraba ante las puertas del infierno, o había presenciado la destrucción de Sodoma y Gomorra por la mano del Señor.

10

—¡Atty! —gritaba Conor. Como no recibía respuesta, subió los escalones corriendo, de dos en dos, y entró en el piso con una extraña sensación de pánico—. ¡Atty!

—Aquí estoy —respondió ella, saliendo de la cocina.

Conor se permitió un gran suspiro de alivio. Ella le examinó con la mirada y frunció el ceño. Se le veía notablemente sucio, fuera de quicio, en un estado muy poco habitual en él.

—¿A qué demonios viene todo eso? —preguntó la mujer.

Conor movió la cabeza, dejó caer los brazos y se desplomó en el sillón. Atty le puso un vaso de whisky entre las manos. Conor lo despachó y levantó el vaso para que se lo volviera a llenar.

—¿Lo has visto? —preguntó él.

—He tratado de llegar hasta tu oficina, pero era imposible pasar por la calle Royal. ¿Hará algo esta vez el Gobierno?

Conor movió la cabeza negativamente.

—¿Qué van a hacer, Atty? ¿Encerrar en la cárcel a medio millón de protestantes? ¿Cuántos millares de los que firmaron el Pacto son militares, miembros del *Constabulary* o forman parte del Gobierno ellos mismos? Vamos, dame otro trago de esa pócima… Así, buena chica. Son astutos esos malditos unionistas. Han puesto al pueblo inglés de su parte, y han dividido por la mitad al partido de la oposición.

Atty fue a situarse detrás de él y sus dedos entraron en acción, dándole masaje en la nuca y los hombros. Aunque Conor quería aceptarlo, hoy se formaba allí una gruesa muralla, y Atty no logró penetrar.

Conor echó el brazo para atrás y dio unas palmaditas a la mano de Atty; se levantó, se puso a pasear y bebió unos sorbos más.

—Esto ha sido una obra maestra de organización y resolución. Lo que más aterra es la facilidad con que saben dar cuenta a medio millón de personas como si se tratara de muñecas mecánicas para que desfilen en perfecta formación a una señal determinada, y luego pulsar otro botón que dice «estallido de histeria general». ¿Cómo diablos no sabe levantarse así nuestra gente? Porque está vencida, he ahí la causa. La única ocasión en que podemos convocar una muchedumbre es para subir en romería a la santificada cresta de una montaña sagrada para expulsar serpientes y brujas del país.

—Una vez fueron a reunirse con Daniel O'Connell —contestó Atty—. Acudieron centenares de miles.

—Sí —replicó él—, pero eso fue antes de que el pueblo irlandés feneciera.

—¿Qué diablos quieres? —le espetó Atty—. ¿A quién querrías por padre, a tu

Tomas Larkin, o a un gran maestre de Orange con cara de patata? Si obrásemos como ellos, nos volveríamos como ellos. ¿Es eso lo que quieres? Nosotros somos irlandeses, confundidos, supersticiosos e ingobernables…, pero ¡por Dios!, que no ves que el Ulster críe ningún poeta!

—Supongo que tienes razón —murmuró Conor, volviendo a estirar el brazo hacia la botella. Aunque esta vez se hallaba bajo la mirada reprobadora de Atty. Conor miró un instante a la mujer; luego descorchó la botella, a pesar de todo.

—Además —dijo entonces—, si fuesen católicos los que hoy desfilasen por Dublín para ir a firmar un pacto, nos derribarían a tiros por las calles. ¡Hijos de perra! —gritó súbitamente—. ¡Cochinos hijos de perra! —El vaso se vació y volvió a llenarse.

—Estás furioso y bebes en exceso —le soltó Atty.

—No necesito tus consejos sobre mis hábitos de bebedor.

—Yo creo que sí. Te estás poniendo desagradable.

—¡Y supongo que te arrepientes de haber venido a verme!

—Yo no he dicho eso, Conor.

—Pero lo has dado a entender —insistió él.

—Saca las deducciones que quieras. Dios sabe cuánto desalienta y aterroriza ver hoy por las calles esas manadas de fieras. Cálmate, hombre…

—Sí, lo intentaré.

—¿Te apetece comer algo?

—No. Come tú —respondió Conor—. Yo no tengo apetito.

—Lo pondré todo en la nevera. Se conservará —dijo Atty, volviendo a la cocina. Al cabo de unos momentos regresó y se acercó a él tanteando el terreno.

—Me sabe mal enfocar ningún tema cuando estás de semejante humor, pero he traído órdenes. Debes regresar a DUNLEER mañana, sin falta.

—¿Quién se encargará de las armas?

—O'Leary te sustituirá.

—Lo desbaratará todo —dijo Conor.

—Hasta el momento se ha desenvuelto magníficamente en el papel de F. Clarke-MacCoy…

—Lo echará todo a perder —repitió Conor—. Cada vez que va a la Aduana tengo que volver a repetirle las instrucciones, palabra por palabra…

—Esa es la orden, Conor. Dan te quiere fuera de Belfast. Llevas demasiado tiempo aquí. Sabemos que estos meses pasados estuvieron a punto de cazarte un par de veces.

—Seamus O'Neill charla demasiado.

—¿Vas a darme guerra también por eso?

—No. ¿Qué diablos importa? Al fin y al cabo, todo lo que hago aquí es recoger

las arrebañaduras del bote. Por cada arma que conseguimos nosotros, los protestantes entran un centenar… ¿Qué diablos importa que me quede?

—¡Deja tus pesares aparte un minuto al menos! —le gritó Atty.

—Consigue las armas, no consigas las armas…, ojalá Dan se decidiera de una vez.

—Si le ayudases algo más en el Concejo, quizá pudiera decidirse mejor.

—Dan, Dan, Dan, Dan —soltó Conor—. A veces pienso que habría sido mejor continuar con lo de Jesús y María. ¡Vaya dios maldito elegí yo!

—Tu dios tiene cáncer —dijo ella.

Conor la miró fijamente, petrificado.

—Sí, me has oído bien —repitió Atty.

Conor se cubrió la cara con las manos, cerró los ojos y se meció lentamente.

—¿Cuánto tiempo…? —gimió con voz ronca.

—¿Quién puede saberlo?

—¿Cuándo te enteraste?

—Lo descubrí por pura casualidad. Sea como fuere, él me lo confesó. Soy la única del Concejo que lo sabe.

Conor saltó del asiento y poco menos que se escondió entre las cortinas de la ventana mientras miraba al exterior, sin despegar los labios. Al final Atty fue a situarse detrás, le dio una palmadita en el hombro y le quitó el vaso de la mano, plantándose ante él en una actitud que invitaba a que la rodease con los brazos.

—Espero con ilusión tenerte otra vez en DUNLEER —dijo en voz baja—. Solíamos ponernos tremendamente apasionados en aquella casita de campo.

Conor se apartó bruscamente.

—¡El suelo se hunde bajo nuestros pies, y en lo único que quieres pensar es en hacer el amor!

Atty se irguió, ofendida.

—Salgo a tomar un poco el aire —dijo.

Conor oyó el portazo, se derrumbó nuevamente en la silla y permaneció inmóvil muchísimo rato. Luego levantó la cabeza como en sueños, recobró el vaso y lo vació, así como el resto de la botella.

Se despertó con mal sabor de boca y sintiendo que la cabeza le estallaba. Luego se puso en pie emitiendo unos gruñidos. Fuere como fuese, Atty había logrado desnudarle y acostarle. Conor tentó en la oscuridad. Atty estaba acostada de espaldas a él, hecha un ovillo junto al borde de la cama, despierta, intensamente despierta, pero sin dar el brazo a torcer y fingiéndose dormida.

Conor anduvo inseguro hasta la pila, hundió la cabeza en el agua, se lavó los dientes y luego se sometió a un minucioso examen en el espejo. Lo que veía no le gustó nada. Miró de soslayo hacia el dormitorio, expresó su pesar con unos sonidos

inarticulados, regresó de puntillas, borreguilmente, se deslizó entre las sabanas y culebreó hasta arrimarse a la espalda de Atty. Sabía que estaba despierta, que sofocaba el disgusto en su interior, que no derramaría una lágrima.

—Estás furiosa contra mí, y tienes motivo sobrado para estarlo —le dijo.

Ella continuó inmóvil un rato. Cuando él se apartaba, derrotado, ella estiró el brazo para tocarle ligeramente. Él volvió a rodar hacia ella, aliviado.

—¿Estás furiosa? —preguntó.

—Un poquito, no demasiado —respondió Atty.

—No sé qué demonios me sucede —explicó Conor—. Me he pasado tres semanas, día y noche, esperando el momento de verte; y lo mismo me ocurrió la vez anterior, y la penúltima. Y luego siempre me las compongo para estropear la fiesta.

—Es muy natural —dijo Atty—. Vives solitario, sin poder desahogarte en nadie. Tienes que soltarlo todo sobre mí, supongo. Y lo comprendo.

Conor buscó la lámpara de la mesita de noche; luego la encendió con una cerilla y abrió los brazos. Atty se refugió entre ellos sin reservas.

—No sé cuántas bobadas como las que dije tendrán que soportar tus oídos —se lamentó Conor.

—Porque te emborraches de tarde en tarde, no voy a dejarte marchar, hombre. Además, en lo que se refiere a ti, tengo muy poco orgullo.

—Necesito un cigarrillo —dijo Conor.

—Yo también.

La mujer se anudó holgadamente la cinta de la bala y al encender el cigarrillo se pudo divisar buena parte de su lozano cuerpo. Conor se ató el albornoz y siguió tras Atty hasta el saloncito. Ambos estuvieron un rato chupando avariciosamente los pitillos y siguiendo cada uno el hilo de sus propios pensamientos. Luego, Atty aplastó su cigarrillo.

—He de confesar que la primera vez que nos amamos —dijo— cruzaron por mi mente algunas ideas mezquinas. Me decía: «Ese canalla me ha tenido dos años, esperando, y al cabo de este tiempo aún he tenido que acudir a él casi a gatas. Ahora que me necesita como mujer, voy a pagarle con la misma moneda.» Ni más ni menos que el viejo anticuado orgullo sediento de revancha en la batalla entre hombres y mujeres…, una batalla que hasta entonces yo no había perdido nunca. Pero ¿no sabes, Conor Larkin? Mi corazón no quiere luchar contra ti. Apenas me pones la mano encima, todo se ha disipado. En mi vida no había aparecido jamás ningún hombre capaz de conseguir conmigo, ni remotísimamente, lo que consigues tú…, ni Desmond Fitzpatrick ni otro alguno. ¿Comprendes, chico? Yo no fui verdaderamente mujer hasta que tú lloraste en mis brazos. Entonces brotó de mi corazón un amor que yo misma no sabía que poseyera. Y decidí esperar hasta que en tu interior se cerrase la herida por la pérdida de Shelley.

Ahora Atty estaba junto a él, llenándole el rostro de delicadas caricias.

—Esperaría media eternidad, si era preciso —siguió diciendo—. Pero cuando me di cuenta de que estaba en situación de abrirme a ti, y tú no me dejaste…, al principio fue como para matarme. A veces quizá te venga la idea de que no eres un hombre completo, que estás plagado de debilidades; pero para mí eres doblemente hombre desde el día que me dejaste que te cogiera la cabeza y lloraste. En fin…, eres todo lo que quiero, y cuando me tocas no puedo rebelarme contra ti.

—Mala suerte la tuya, Atty. Mereces mucho más.

—Conor, ¿verdad que no vamos a romper? —preguntó, con un dejo de desesperación.

—Mientras puedas soportarme, no.

—Ah, entonces tardaremos muchísimo tiempo —suspiró ella—. ¿Te preparo algo de comer?

—No…

—Los acontecimientos de hoy se te han clavado muy hondo.

—Sí, es cierto —respondió—. De todas formas, será conveniente que me marche de Belfast. Si uno está fuera de aquí, puede engañarse diciéndose que no existe siquiera esa ciudad, o que puede cambiar de manera de ser. Pero en días como hoy has de reconocer cuál es la realidad del Ulster.

Estaban sentados frente a frente. Atty esperó que Conor abriese la puerta de su alma y dejase salir todo lo que le atormentaba.

—Si existe un Dios —murmuró por fin Conor—, y estoy convencido de que así es, habrá fijado la mirada sobre católicos y protestantes de esta provincia y habrá movido la cabeza tristemente dándose cuenta de que es el único lugar del mundo donde el diablo le ha derrotado por completo.

Atty asintió con un gesto.

—Siempre creí —prosiguió él— que la bondad absoluta y la maldad absoluta no existían realmente, y que el bien y el mal podían vivir juntos, incluso dentro de una sola célula humana; pero pienso que hoy he visto por primera vez a la gente del Ulster tal como es realmente. Dios sabe que la Iglesia católica ha cometido todos los errores imaginables, ha hecho todo lo posible para alimentar el miedo que los protestantes tienen de Roma; pero el trabajo auténtico, a fondo, lo ha hecho la aristocracia británica. La aristocracia británica ha creado una raza mongoloide. Una raza que nunca se elevará por encima del nivel de una ignorancia autoimpuesta. La mente de estos hombres se ha convertido en un vacío impenetrable por la luz, el aire, las ideas y la belleza. Son robots que jamás sabrán verse tan lamentablemente esclavizados como… ¡Oh, Dios mío, ya estoy despotricando!

—Despotrica, Conor —pidió Atty.

—Oye, me has hablado de Dan porque quiere que asuma el mando de la

Hermandad. Es eso, ¿no?

—Sí.

—Pues no puedo.

—Ese miedo que tienes de no ser capaz de triunfar no es motivo suficiente —objetó ella—. Como comandante, podrás organizar la derrota gloriosa que buscas. Yo creo que Dan lo entiende así.

—No, Atty, no.

—¿Por qué, Conor?

—Porque voy viendo continuamente verdades que destruyen mis ilusiones.

—¿Qué verdades?

—Tápate los oídos, mujer; yo digo blasfemias que van contra el meollo e indignan el alma misma de toda idea republicana. Y aunque sean verdad, nadie de nosotros se atreve a decirlas. Lo cierto es que tenemos tantas posibilidades de inocular algo de razonamiento (y no hablemos ya de amor) a esa turba de ahí fuera como de sacarle sangre al viento. Mientras sigamos apegados a la ilusión de una Irlanda única, indivisa, los del Ulster ahogarán esta ilusión en sangre. ¡Ah, te hice palidecer, amiga mía! —prosiguió Conor—, pero ¿qué diablos hacemos con un millón de fanáticos? Tú misma has dicho que ellos no son nosotros, ni nosotros somos ellos. Ellos son los trágicos huérfanos de esta trilogía irlandesa, son los regios leprosos de Su Majestad Británica y, ¡por Dios, mujer!, nosotros los irlandeses somos gente civilizada y las personas civilizadas no dejan que un millón de leprosos anden sueltos entre ellas y contaminen sus manantiales. Yo digo: Aislémosles en su colina de leprosos maldita de Dios y dejemos que canten sus malditos himnos y que redoblen los cochinos tambores y que enarbolen sus malditas Union Jacks hasta que el infierno se llene de hielo; pero apartémoslos de nuestras vidas…, o acabaremos infectados por su odio. El hombre del Ulster es quien necesita un espejismo para sobrevivir. Si los dejamos que se las entiendan entre ellos, ¿cuánto tiempo aguantarán sin que su odio haya de buscar algo que destruir? ¿A quién odiarán, si nosotros nos hemos marchado? Se lanzarán unos contra otros, lo mismo que un mar lleno de tiburones sanguinarios. Al final, se revolverán contra la aristocracia que los llevó a tal situación y seguirán a maníacos como Oliver Cromwell MacIvor.

»¡Oh, Atty! ¿Por qué hemos de seguir agarrados a este sueño engañoso? Yo digo: Démosles su cochina provincia, porque si no se la damos habremos sentenciado al pueblo irlandés a una pena eterna.

Hasta este momento Atty Fitzpatrick no comprendió plenamente que Conor Larkin nunca sería el jefe de la Hermandad. Y sin embargo, ¿quién sino Conor Larkin se pondría en pie y gritaría la verdad contra un huracán de ilusiones engañosas?

11

Por aquellos días yo estaba continua y fatigosamente en danza entre Dublín, el Ulster y Londres, pues el año 1912 llegaba a su fin y el Gobierno preparaba la Ley de Autonomía para su segunda presentación a la Cámara de los Comunes.

La retórica había adquirido acentos furiosos, y tanto el primer ministro Asquith como el portavoz jefe Winston Churchill denunciaban la maniobra de partir Irlanda como antidemocrática. Al mismo tiempo sabíamos que la furia y la osadía de las tácticas de Carson habían rechazado los intentos unionistas de interponer continuamente enmiendas destructoras, por otra se habían abierto la puerta del compromiso.

El partido liberal continuaba la lucha porque se hallaba como un rehén en manos del partido irlandés, y John Redmond se lanzaba a la defensa de la última trinchera para salvar su prestigio. No obstante, por toda Irlanda cundía la irritación. Carson, Hubble, Weed y toda la pandilla habían quedado impunes de todos los delitos perpetrados. En las conferencias secretas que celebrábamos, el mismo Redmond sofocaba toda referencia a llevar a Carson a la cárcel; temía un coletazo en el Ulster que le hiciera perder el frágil agarradero que tenía en el proyecto de ley. Por estas fechas hasta nuestros renuentes obispos se sentían inclinados a admitir que la fachada de imparcialidad del Gobierno era una farsa.

Sabíamos que los unionistas no tardarían en dar un paso importante, y no tuvimos que esperar mucho para verlo. Yo recibí una llamada en mi oficina de Belfast para una conferencia de prensa en Rathweed Hall el 15 de enero de 1913.

El ampliado cuerpo de periodistas no recibía nada más a gusto que una convocatoria para acudir a Rathweed Hall. Una llamada significaba, por lo general, una noticia importante, amén de bebidas gratuitas y un festín a base de caviar, al opulento estilo de sir Frederick. Mis colegas llegaron al pabellón de invierno con una hora de anticipación, de modo que cuando Weed hizo acto de presencia estaban ya bien untados y ablandados.

Sir Frederick había cumplido los setenta hacía tiempo, pero no había perdido ni un átomo de chispa y de genio. Conmigo sostenía una especie de relación de antipatía. Solía llamarme su «feniano favorito» y raras veces dejaba de bromear sobre el hecho de que no hubiese ningún otro periodista que compartiese mis simpatías. En ocasiones, entre bromas y veras, me daba mensajes para que los transmitiese a la Hermandad.

Su manera de guiñar el ojo aquel día me dijo que los unionistas iban a lanzar una estocada definitiva. El hombre se recreaba con el papel que tenía en la mano, mientras nos reunía delante de él y solicitaba nuestra atención.

—Caballeros, estén atentos, se lo ruego —dijo—. Voy a leerles una corla

declaración.

Se caló las gafas con el gesto pausado y experto de un abogado famoso, se aclaró la garganta, levantó la vista hacia los cincuenta periodistas desplegados anta él, me localizó a mí y me dijo que me asegurase de tener el lápiz bien afilado.

—El Comité Ejecutivo Unionista —empezó leyendo— anuncia por la presente y en fecha de hoy la creación de la Fuerza Voluntaria del Ulster. Tenemos el propósito de reclutar un ejército de cien mil hombres de edades comprendidas entre los diecisiete y los sesenta y cinco años bajo un mando central unificado a fin de defender la libertad de esta provincia.

Weed hizo una pausa preñada de significado, dejando que los reunidos meditaran sus palabras. Los murmullos, en la encristalada estancia, iban desde la incredulidad hasta bien audibles comentarios de asombro.

Sir Frederick dio unos golpecitos pidiendo atención y siguió fingiendo que leía el papel, que en realidad se sabía de memoria.

—Hemos consultado a los ciento setenta clubs unionistas existentes y tenemos el gusto de informarles a ustedes de que todos los citados clubs transfieren el número total de sus afiliados a la Fuerza Voluntaria del Ulster, cuyo núcleo formarán; de manera que los primeros diecisiete mil hombres los reuniremos de una sola vez. El reclutamiento de los restantes empezará inmediatamente. Tenemos intención de organizar toda la gama de actividades y departamentos: cuerpo de transporte, cuerpo médico, servicio de información, comunicaciones, etcétera, etcétera, etcétera. Finalmente, caballeros, estamos en contacto con lord Roger, quien, como ustedes saben perfectamente, fue un destacado general de nuestro Ejército de la India. Lord Roberts y el coronel H. H. Pain, también del Ejército de la India, han contestado que están dispuestos a asumir el mando de los Voluntarios del Ulster.

Darwin Dwight, del London Times, fue, como de costumbre, el primero que se puso en pie.

—¿Debo entender correctamente, sir Frederick que se tratará en realidad de un ejército privado patrocinado por un partido político?

—En cierto modo, podríamos decirlo así. Sin embargo, los unionistas no hacen más que actuar de acuerdo con los deseos de la mayoría absoluta de la población.

—¿Y esa Fuerza Voluntaria del Ulster contratará los servicios de antiguos oficiales británicos? —insistió Dwight.

—Sí —se le respondió llanamente.

—Sir Frederick —interpuso ahora Tenley, del Mail, siguiendo el hilo del discurso —, ¿a quién jurará fidelidad la Fuerza Voluntaria del Ulster? ¿A la Corona? ¿Al partido unionista? ¿Con quiénes está obligada esa fuerza, y en qué orden de prioridades?

—Está obligada a defender la perduración de la libertad del Ulster como parte

del Reino Unido —contestó Weed.

—Pero, digo yo, sir Frederick, ¿sería posible que esta Fuerza Voluntaria del Ulster fuese utilizada contra el Ejército británico?

—Dios no quiera que se dé jamás ese caso; pero nosotros dispararemos contra todo el que nos niegue nuestra herencia británica.

—En otras palabras —dije yo, poniéndome en pie—, ¿dispararían ustedes contra el Ejército británico a fin de seguir siendo británicos al mismo tiempo que harían caso omiso de toda ley británica que no les gustase?

—¡Ah, mi feniano predilecto! —bromeó él—. Pues, por raro que parezca, Seamus, ésta es la situación a la que nos han llevado quieras que no quieras, y hasta diría que la mayoría del pueblo inglés haría lo mismo en favor nuestro.

—Entonces, ¿por qué votaron los ingleses a un partido liberal comprometido a presentar una Ley de Autonomía…? Con lo cual quiero decir: ¿No exagera usted el apoyo que encontrarían entre los ingleses?

—Vamos, Seamus —replicó él, exultando familiaridad—, usted sabe muy bien cuál es la posición del pueblo inglés sobre este problema. Y sabe también que si ese escandaloso proyecto de ley llegó a ver la luz del día fue porque Redmond y su carnada lo exigieron. ¿Alguna otra pregunta?

—Una más —dije—. ¿Ha discutido usted con sir Edward Carson y su Comité Ejecutivo la legalidad de esa llamada Fuerza Voluntaria del Ulster?

—Sí, en efecto.

—Bien, ¿es legal o no?

—Como usted sabe, los clubs unionistas y la instrucción militar que daban fueron considerados ilegales, y la importación de armas se consideró ilegal. Supongo que ciertas esferas quizá también consideren ilegal a la Fuerza Voluntaria del Ulster. El Gobierno sabe que es ilegal; pero sospecho que no va a preocuparse lo más mínimo.

—¡Sir Frederick! —gritaron media docena de periodistas, poniéndose en pie todos a la vez.

—Se acabaron las preguntas, caballeros —dijo él, levantándose—. Buenos días a todos.

Mientras los otros periodistas corrían hacia la Oficina Central de Correos para enviar sus crónicas, Darwin Dwight me llevó aparte.

—Me parece que esta vez han cruzado la línea —dijo—. El Gobierno tiene que actuar.

—¿Apuestas algo? —rebatí yo.

—Va una comida. Si no arrean decididamente contra Carson por esta jugarreta, Asquith caerá antes de quince días.

Hubo luego, una serie de apasionadas conferencias entre la oficina del primer

ministro, el Gabinete, el Ministerio de la Guerra y el Castillo de Dublín. Al mismo tiempo, millares de manifestantes que desfilaron ya el día del Pacto continuaban desfilando hacia los Orange Halls para alistarse en la Fuerza Voluntaria del Ulster.

Tanto John Redmond como la prensa liberal trataron de quitar importancia al caso, presentándolo como una bravuconada y una demencia de Carson, pero a puerta cerrada todos estaban terriblemente preocupados. La acusación de que los liberales eran incapaces de gobernar encontraba un auditorio cada día más favorable. Sin embargo, una medida demasiado severa en el Ulster corría el peligro de desatar una oleada de simpatías en Inglaterra y Escocia, provocando la caída del Gobierno.

Los conservadores presionaban, y Asquith abrió nuevas vías de compromiso. Con los gritos de «¡Vendido!» de los irlandeses retumbándole en los oídos y con los Voluntarios del Ulster más numerosos y descarados cada día, el primer ministro convocó por fin a los generales en el número 10 de Downing Street. Al disolverse la reunión, el jefe auxiliar de operaciones, en calidad de correo personal, salió para Irlanda y se fue directamente a Camp Bushy, en las afueras de Roscommon, orillas del río Shannon, donde estaban acuartelados los King's Midlanders.

Orden: TÉNGASE A LOS KING'S MIDLANDERS EN ESTADO DE ALERTA LAS VEINTICUATRO HORAS DEL DÍA PARA ENTRAR EN EL ULSTER ANTES DE UNA SEMANA. MISIÓN: PROTEGER PUERTOS, ESTACIONES DE FERROCARRIL, ARSENALES, PUENTES; REFORZAR LOS DESTACAMENTOS DEL ROYAL IRISH CONSTABULARY Y PROTEGER DE CUALQUIER OTRA FORMA LOS BIENES DEL ESTADO QUE A CONTINUACIÓN SE ENUMERAN.

12

El general sir Llewelyn Brodhead había dejado el suelo de su oficina seco de tanto deambular por él. Al otro lado de la ventana, los terrenos del secular cuartel Armand Bushy dormían en bucólica soledad allí donde el río Shannon se ensanchaba, invadiendo los juncales y los sauces de Lough Ree. El viejo Camp Bushy era desde siempre uno de los puestos de mando más apetecidos del Imperio, cosa muy natural teniendo a Inglaterra tan al alcance de la mano.

Brodhead había instruido y disciplinado su Midlander Division como en tiempo de guerra, por lo que pudiera pasar en el continente. Si estallaba la lucha, ellos estarían preparados. Y le enorgullecía singularmente que los Coleraine Rifles, un regimiento selecto del Ulster, hubiesen sido asignados a su división. La inclusión del regimiento de la casa de los condes de Foyle había reactivado a todo el mundo e infundido un muy necesario espíritu competitivo en todas las unidades.

Pero de la noche a la mañana, el mundo se desplomaba sobre sir Llewelyn. La orden de trasladarse al Ulster era vaga, intencionadamente vaga, pensaba él. Aquello casi equivalía a invadir la propia patria de uno. Tal como decía la orden, sus tropas podían entrar en conflicto con los Voluntarios del Ulster en cualquier parte, particularmente en los cuartelillos de los *constabularys*. Por toda la escala jerárquica reinaba un silencio ominoso, que parecía decir elocuentemente que esta vez al bueno de Brodhead le habían endosado una papeleta fea de veras.

Brodhead reunió a sus oficiales y les transmitió la orden sin comentario alguno, aunque en secreto confiaba recibir una serie de renuncias del Coleraine Rifles. Y no le defraudaron, pues treinta y cuatro de los treinta y cinco oficiales del regimiento se brindaron a retirarse cuando la división entrase en el Ulster.

Amén. Él haría lo imposible por adoptar una actitud no-militar, cuando desplegasen. Al fin y al cabo, la entrada de tropas británicas en la provincia se había interpretado siempre como una visita de amistad. La gente del Ulster comprendería que los Midlanders no hacían más que cumplir con su deber. Lo que cogió enteramente de sorpresa al general Brodhead fue que además de renunciar los del Coleraine también renunciaron la mitad de los demás oficiales de la división.

Habiendo de cumplir la orden dentro de setenta y dos horas, se hallaba en un dilema verdaderamente angustioso.

El capitán Christopher Hubble entró en la oficina del general y saludó militarmente, cuadrándose delante de su mesa. Brodhead estaba pálido, verdaderamente color ceniza, al indicar con un ademán al joven Chris que se sentara.

Christopher venía preparado para cualquier cosa que pudiera salir a través del

mostacho del general, desde una súplica a una reprimenda.

—Chris, estoy metido en un lío, ya sabes. Un asunto feo y cochino, ¡vaya! Confiaba resolverlo sin contratiempos.

—El general comprende mi especial situación, estoy seguro. Los Coleraine son el regimiento doméstico de mi familia; usted lo sabe, señor.

—Claro que lo comprendo, Chris, claro que lo comprendo. Tengo tu renuncia aquí, en medio de esta pila.

—Puedo asegurarle al general que obré por mi sola cuenta. No hablé para nada con los otros, señor, y no tengo idea de quien haya podido seguir mi ejemplo.

—¿Té? —invitó Brodhead, cargando la pipa.

—No, gracias, señor…

El general acercó la cerilla, chupó y despidió una columna de humo. Sus penetrantes ojos azules se encontraron con los penetrantes ojos azules de Christopher Hubble.

—Un militar comete un pecado capital si se mezcla en política, ya sabes… a menos que unos extremistas utilizasen el Ejército como instrumento contra nuestro propio pueblo. ¿Estás conforme con esto, Chris? —Del todo, señor.

—¿Hemos de hablar con franqueza tú y yo?

—Sí, señor.

Llewelyn Brodhead se inclinó sobre la mesa y sus recios nudillos la hicieron temblar con un golpe a cada dos palabras.

—Yo no he servido treinta y seis años en las fuerzas de Su Majestad para venir a parar en eso —el general levantaba los hombros y abría las manos y los dedos como si fuera a saltar por encima de la mesa—. Hemos pasado años y años viendo cómo el partido liberal se proponía desmantelar el Imperio, pieza por pieza. Nuestras fuerzas imperiales han creado y tomado sobre ellas un sistema de orden universal como el mundo no ha visto en toda su existencia. Pero ahora esos malditos canallas tienen la desfachatez de querer enviarnos contra leales ciudadanos británicos. Y todo ello en honor de esa gente de ahí abajo que profanaría la Union Jack, destruiría el Imperio y nos acuchillaría por la espalda en mitad de la noche.

Brodhead hizo una pausa y se dominó. —Dentro de tres días —dijo luego— entraremos en el Ulster, a menos que… —y se interrumpió deliberadamente—. ¿Debo seguir, Chris?

—Se lo ruego, sir Llewelyn.

—A menos —continuó el general— que hagamos algo aquí en Bushy que les obligue a rescindir la orden. Naturalmente, una cosa así requeriría una entrega singular, además de exponerse a ciertos riesgos. Chris movió la cabeza asintiendo. —Supongamos, diremos, que mañana al mediodía haya recibido las renuncias de todos los oficiales de la división, los ciento cuarenta completos. Supongamos que yo añado

además mi propia dimisión, lo llevo todo a Londres y me presento al jefe de Estado Mayor y le enfrento con un hecho consumado.

Chris se secó las gotas de sudor que aparecían súbitamente en su rostro.

El general se levantó y reanudó el paseo por un bien marcado sendero.

—Llámalo como quieras… insubordinación, motín…, llámalo como quieras. Pero los liberales han de saber que si quieren que se haga ese cochino trabajo más les valdrá que busquen unas unidades de negros para encárgaselo. Y si intentan juzgarnos a todos en consejo de guerra, la tentativa podría poner muy bien en franca rebeldía a todo el cuerpo de oficiales del Ejército. En el mejor de los casos, creo que podemos conseguir que anulen la locura esa de ocupar el Ulster. En el peor, creo yo, conseguiremos una reprimenda y la retirada de Irlanda de los Midlanders. No sé con certeza cuáles serían los consecuencias, pero tenemos amigos poderosos en todo el escalafón. ¿Crees que deberíamos realizar una tentativa, Chris?

—Lo creo.

—Buen chico. Evidentemente, te considero la persona indicada.

—Procuraré no defraudarle, señor.

—Ha de ser todos en peso. Ciento cuarenta resignaciones para mañana al mediodía. Sin excepción. Sólo así podemos vencer. Si algo sale mal, yo cargo con tus responsabilidades.

—Se hará, general.

—Buena suerte, Chris, buena suerte. A toda carrera, muchacho, a toda carrera.

Desde el instante en que Molly O'Rafferty desapareció de Irlanda, Jeremy Hubble, no volvió a ser el mismo. Por las fechas que había de nacer el niño, hizo una loca tentativa por localizar a Molly; pero topó con una muralla de silencio y de odio.

Jeremy se alistó en los Coleraine Rifles y por algún tiempo lo pasó mejor; luego la vida militar discurrió de modo muy parecido a los otros estilos de existencia. Su hermano menor estaba vaciado en el molde adecuado: era ambicioso y cerebral. Christopher reproducía los rasgos de su padre, desde el aspecto físico hasta el ingenio, tan fielmente que casi resultaba una duplicación de su personalidad. Pronto ascendió a capitán y permaneció al lado del general Brodhead, como ejemplo y modelo del ayudante perfecto.

En cambio, lord Jeremy se caracterizaba, en general, por la falta de cualidades que le distinguieran. Sin embargo, gozaba de gran popularidad como miembro del equipo de la división y entre los oficiales jóvenes. Seguía siendo un tipo campechano, un buen sujeto para prestarle dinero a uno y, ciertamente, mucho más agradable que su hermano. Estaba especialmente dotado para el papel de buen muchacho cuando gozaban de un permiso, y solía dar una fiesta ininterrumpida en Daars, o en Rathweed Hall, o en Hubble Manor. Andando en compañía de lord Jeremy uno

contaba con buenas diversiones, buena comida, buena bebida, montones de chicas y buen deporte.

Siempre que se veía rodeado de un grupo de compañeros estaba bastante alegre; pero en ocasiones escapaba solo hasta Dublín y erraba por allá en una especie de nostalgia trágica, frecuentando las tabernas que limitaban el Trinity College. Luego solía hundirse en una profunda depresión que desembocaba en bacanales alcohólicas y terminaba en algún lupanar. Jeremy se mantenía completamente mediocre. Nunca pasó de teniente, ni había mucha esperanza que dejara huella en ningún terreno.

Al cabo de un tiempo, su abuelo, que le adoraba, hubo de llegar a la triste convicción de que Jeremy era un incompetente. Sir Frederick y Roger se pusieron a la tarea de separar todo lo que no figurase en la lista original de bienes enumerados en la cédula de constitución del condado otorgada por la Corona. La herencia de Jeremy quedaría reducida al título y a las primitivas tierras que rodeaban Hubble Manor. Y como éstas no bastarían para sustentarle, se le asignaría una renta, una limosna de gran señor, para todos los días de su vida, como había hecho Roger con su propio padre.

Jeremy llenaría su papel en la vida cumpliendo con sus deberes públicos como conde de Foyle y engendrando un heredero varón bien dotado. Todo lo demás quedaría en manos de Christopher. En lo único que Jeremy parecía capaz de oponer resistencia era con respecto a las sutiles presiones que ejercían sobre él para que se casara y asegurase una descendencia. Ante el matrimonio se cerraba tan definitivamente que se podía deducir que hasta había perdido la ilusión por Molly O'Rafferty. Roger y Weed decidieron dejar la cosa en suspenso hasta que el muchacho hubiera terminado el servicio militar, y que luego la resolverían con un matrimonio conveniente.

Christopher y Jeremy ni se amaban ni se odiaban, pero acabaron aceptando el hado singular del orden en que habían venido al mundo y la prioridad de las respectivas habilidades. Hubo un tiempo en que el menor codició el título que nunca le pertenecería; pero se dio cuenta del poder y la riqueza inmensa de que se vería revestido él, y también de que podría adquirir un título para sí.

Entre la familia más cercana, sólo Caroline continuaba siendo íntima de Jeremy. Estos días el muchacho no veía con mucha frecuencia a su madre, porque ésta pasaba más y más tiempo en Londres, prácticamente separada de su marido, aunque no se declarase ni oficial ni privadamente tal separación.

Era bastante más de medianoche cuando Christopher se dirigió a la residencia de Jeremy. Christopher Hubble regresaba de las dependencias del general Brodhead con el resto de las resignaciones. Al principio la misión resultaba un tanto enojosa y difícil, pero a medida que se caldeó el ambiente, los reacios fueron sucumbiendo.

Ahora todos habían echado su apuesta, salvo uno, el teniente Jeremy Hubble.

Jeremy estaba despierto, porque sabía que Christopher volvería, y se había empapado de alcohol en espera del momento. Jeremy siguió tendido de espaldas con la mirada fija en el techo mientras Chris estudiaba despreciativamente la botella vacía y luego la arrojaba al cubo de los desperdicios, acercaba una silla al catre, plantaba un pie en el asiento y se inclinaba sobre él. Jeremy parpadeaba incómodo, con los ojos enrojecidos.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó Christopher.

—Padre tendrá que colgar mi retrato de cara a la pared en el Long Hall, sencillamente.

—Vuélvete, no puedo hablar a tu espalda.

El otro se sentó.

—Muy bien, Jeremy, cariñito. Aquí me tienes en mitad de la noche, suplicándote. Ya sé que queda muy bien sobre el papel que el vizconde de Coleraine de los mismísimos Coleraine Rifles sea el único oficial de Camp Bushy que decida no abandonar su puesto. Ya sé la increíble humillación que sufrirán padre y abuelo. Me doy cuenta de lo muchísimo que te divertirá derramar una vergüenza eterna sobre nosotros…, pero, Jeremy…, ¿quién engaña a quien? Tú no tienes valor para sostener esa postura.

—¡Ah!, ¿no?

—No, no lo tienes. Sé que lo único que te interesa de esto es tenerme aquí de pie la mitad de la noche, gritando y suplicando. A la luz del nuevo día me entregarás sin más dilaciones tu dimisión… Entonces ¿por qué no eres buen chico…? Entrégamela en seguida y déjame dormir un rato.

—Vete al cuerno…

—Me dan ganas de irme y dejarte para que veas mañana qué tal sabe cuando todos tus compañeros la emprendan con el bueno del «cambia de chaqueta» de Jeremy.

—No me obligaréis a firmar esa cochinada… no creo en ella… no comparto vuestro odio contra los católicos.

—Ah, no crees en ella. Eso es distinto, entonces.

—No, no creo en ella —dijo deslizándose fuera de la cama y fijando la vista abajo, en el terreno de maniobras.

Christopher se encaminó, pisando fuerte, hacia la puerta.

—Anunciaré al general Brodhead que habremos de presentarnos allá faltándonos uno para la unanimidad total. —Christopher abrió la puerta y la cerró de golpe, pero no salió de la habitación. Jeremy dio media vuelta, presa del pánico.

—¡So canalla! —gritó.

Christopher sacó un papel doblado del bolsillo interior, lo arrojó sobre la mesa y

desenroscó el capuchón de la pluma estilográfica.

—Firma —dijo.

El rostro de Jeremy se endureció. Miró el escrito con ojo furioso, y luego a su hermano.

—Ya sabes, Jeremy, si consigues resistir solo, puede ocurrirte lo peor de todo. Puede que tengas que desenvolverte por ti mismo y hayas de ver de ganarte la vida.

—¿No puedes comprenderme al menos por una vez? —gritó Jeremy—. Tengo motivos…, motivos profundos…, los siento de veras. Sólo por una vez ¿no ves que…?

—¿Qué motivos? —preguntó fríamente Christopher.

—Es como…, como firmar algo contra mi propio hijo.

—Molly O'Rafferty no volverá, ni ahora ni nunca —dijo Chris.

—¡Basta! ¡Basta!

—No volverá —repitió el otro.

—No tienes… ni vestigio de sentimientos…, vampiro maldito…

—Bah, deja de gimotear, Jeremy. Si te hubiera importado el hijo, te habrías plantado en tu puesto hace cuatro años. Ya me está asqueando un poco ese papel de amante desdeñado, destrozado, que vive en la añoranza de su amada. Eso no es más que una asquerosa muleta, y tú lo sabes. Y sabes las consecuencias de no firmar ese papel tan bien como yo. Ea, acabemos de una vez.

Jeremy se dejó caer sobre la silla de la mesa.

—Supongo que la primera firma de dimisión es la tuya —gruñó.

—Es cierto. Mi firma se estampó dos minutos después de llegar la orden de ocupar el Ulster.

—Es lo típico en nosotros, ¿verdad? Christopher es, invariablemente, el número uno, y Jeremy es el ciento cuarenta —Jeremy soltó una carcajada de asco—. Eso es lo que hay entre nosotros. Firma esto, firma aquello. Te tendré toda la vida irguiéndote sobre mí y poniéndome papeles delante.

—Con la compensación que obtienes, deberías ser el último en quejarte.

Jeremy se mascaba el labio, tratando de reunir el coraje necesario para un último desafío, y se entresudó, buscando algo más que beber, evitando la fija mirada de Christopher.

—Si abro la puerta otra vez —le advirtió éste—, la cruzaré ya y te dejaré con las consecuencias.

Jeremy se puso a lloriquear; luego a sollozar francamente. Levantó los ojos, vidriosos, llenos de lágrimas y de odio, cogió la pluma de un tirón y garabateó su nombre en el documento.

—¿Quién era, Alan? —preguntó Matilda Birmingham, medio dormida.

—Winston —respondió su marido.

—¿Churchill? Dios mío, son las tres de la madrugada.

—Sí, lo sé —respondió él, saltando de la cama, anadeando hacia el armario y buscando la chaqueta. Su esposa se levantó tras él, le preparó la bandeja del té y se la dejó a su vera en el estudio.

Desde su misión como *Chief Whip*, Alan Birmingham se había convertido en uno de los diputados de la masa más vocingleros, aplicando continuos alfilerazos a las vacilaciones de su propio partido respecto a la Ley de Autonomía. La verdad es que se había convertido en jefe de combate de un grupo de jóvenes turcos para ridiculizar la timidez de Asquith. Aunque el motín de Camp Bushy lo habían cubierto con un espeso velo de secreto, Birmingham había tenido noticia de él y sabía que el general Llewelyn Brodhead se había reunido privadamente en Londres con los jefes conjuntos.

Churchill le saludó adoptando sus mejores maneras para días de crisis y se excusó por lo intempestivo de la hora.

—Tenemos motivos para suponerle enterado de este terrible asunto de los King's Midlanders —dijo Winston.

—Lo estoy —respondió Birmingham.

—Y el Gabinete sospecha que mañana en la Cámara tendrá algo que decir sobre el asunto.

—Las sospechas de ustedes están bien fundadas.

Churchill refunfuñó y reagrupó sus fuerzas mientras Birmingham servía el té.

—Alan —dijo pausadamente—, voy a pedir que deje pasar esta cuestión en silencio.

—No sé si le comprendo bien, Winston.

—Deje que se sofoque.

—¿Que no haga nada?

—En efecto —dijo Churchill.

—Ciento cuarenta oficiales británicos y también su general se han sublevado. No me estará sugiriendo usted que nosotros condonemos las sublevaciones, junto con todo lo demás, ¿verdad que no?

—No se trata de condonarlas —respondió Churchill—. Alan, hemos pasado veinte horas seguidas discutiendo este asunto. Asquith y el Gabinete (concurriendo yo en su parecer) han llegado a la conclusión de que si intentamos castigar a esa gente nos exponemos a abrir una caja de Pandora.

—Yo diría que la caja de Pandora la abren al pasar este motín por alto. ¿Dónde trazamos la línea, exactamente, con esos señores, Winston? En cualquier momento vamos a enterarnos de que trasladan cañones a plena luz del día.

—Vamos, Alan.

—Mire, le diré lo que haría yo —insistió tercamente Birmingham—. Mandaría detener a Brodhead y le relevaría del mando en este preciso momento, enviaría un nuevo comandante a hacerse cargo de la Midland Division y daría una hora de tiempo al resto de canallas desvergonzados para retirar sus dimisiones, o para comparecer ante un consejo de guerra.

—Este punto de vista de usted se expresó con dureza adamantina en la reunión —dijo Churchill.

—Es el único camino a seguir, en efecto.

Churchill levantó la mano como un guardia de tráfico.

—No resulta todo tan dado y bendecido.

—¿Qué quiere decir?

—Lejos de recibirle como a un amotinado, en el Ministerio de la Guerra miran a Brodhead casi como un héroe.

—Por supuesto —replicó Birmingham—. La vieja máquina militar imperial se ha puesto en campaña para cortar el cuello al partido liberal, ya lo sabemos. Han de saber, aquí y hoy mismo, quién gobierna este país, Winston.

—El jefe de Estado Mayor nos ha advertido —dijo Churchill— que si procesamos a ese grupo podemos dar por seguro que una tercera parte de todo el cuerpo de oficiales renunciará a su destinos. Por añadidura, tenemos una docena o más de generales nacidos en el Ulster que ocupan puestos tremendamente importantes.

—Pero, mi querido amigo. Eso es un chantaje vulgar y corriente.

—Con la posibilidad de una guerra en un futuro próximo. Alan, no es momento para jugarnos la mitad de los oficiales en activo.

—Pues yo digo: dejemos que esos mendigos renuncien. Si no podemos controlar a los militares en una crisis menor en Irlanda, ¿cómo diablos vamos a gobernar en la dirección de una guerra importante?

—Alan…

—No, maldita sea; la justicia y la injusticia existen, Winston. ¿Qué pasaría mañana si el partido conservador decide reclutar un ejército particular y pasado mañana nosotros los liberales hiciéramos lo mismo? ¡Por Dios, en una democracia, los partidos políticos no se ponen a reclutar ejércitos particulares!

—Tendré que apelar a usted sobre la base de que hemos estimado, astutamente, que no podemos correr ese riesgo. Echaría por el suelo toda nuestra política exterior, así como la confianza de nuestros aliados. Nada le gustaría más a Berlín en este momento que ver a la mitad de nuestros oficiales dándose el bote.

—Ciertamente —musitó Alan—. ¿Tiene usted idea de qué puerta abrimos? Si en su momento se excluye la provincia del Ulster de la Ley de Autonomía, y sospecho que ustedes no tienen valor para hacer otra cosa, aquellos unionistas establecerán allá

una tiranía, una tiranía que llevará el sello de nuestra aprobación.

—Tenemos la guerra casi encima ya, Alan. Nuestro deber inexcusable es el de estar preparados para esa guerra y procurar ganarla. No podemos arriesgar nuestro cuerpo de oficiales por una tempestad en un vaso de agua. Todos vamos llegando a la conclusión de que el caso irlandés habrá de quedar aplazado, de momento.

—Comprendo. Entonces piensan rescindir la orden de entrar en el Ulster.

—En efecto.

Birmingham movió la cabeza con aire incrédulo.

—En Irlanda hemos confeccionado un catálogo de errores que abarca ocho siglos. Al final el Ulster se nos tragará. Se lo suplico, dentro de veinte años, volviendo la vista atrás, no venga a decirme que yo tenía razón. Si no tomamos la medida audaz que reclama el momento, nos veremos hundidos en malezas hasta el cuello y nos revolveremos sin poder liberarnos, incapaces de desenredarnos de Irlanda por tiempo inmemorial.

Seis horas antes de la señalada para que la King's Midland División entrara en el Ulster, la orden fue anulada. La División continuó de servicio en Camp Bushy. El general Brodhead y sus oficiales no sufrieron ni una ligera reprimenda.

La Fuerza Voluntaria del Ulster estableció su propia legalidad por la negativa del Gobierno a intervenir, y creció en efectivos y arrogancia. A mediados del verano de 1913 se habían alistado más de cincuenta mil hombres, y seguían acudiendo más aprisa de lo que podían ser absorbidos.

Las tres provincias de la Irlanda católica contemplaban la escena con resentimiento creciente hasta que por todo el país brotaron llamaradas espontáneas.

A finales de diciembre de 1913 se convocó en Dublín una reunión de masas para crear una fuerza que hiciera frente a los Voluntarios del Ulster. La gente acudió a raudales. Siete mil hombres llenaron el Rink de los Rotunda Gardens, invadieron el Concert Hall vecino, y a otros cinco mil se les hizo volver por donde habían venido.

Se había fundado el Irish Home Army, el Ejército Nacional Irlandés, al que se alistaron allí mismo cuatro mil hombres. Como núcleo de este nuevo grupo había cierto número de organizaciones legales de tendencias marcadamente republicanas, tales como la Liga Gaélica y la GAA. El Castillo de Dublín y Londres ardían en ganas de lanzarse contra este Ejército Nacional, pero no podían hacerlo a raíz de su comportamiento con los Voluntarios del Ulster.

Así estaba Inglaterra en las proximidades de 1914, con dos ejércitos particulares en sus provincias irlandesas. A Londres le serviría de poco consuelo el hecho de que el ejército católico estuviera muy mal armado y careciese de los supervisores profesionales que orientaban a los Voluntarios del Ulster. Parecía un ejército organizado a la manera irregular tradicional en Irlanda.

Para la Hermandad Republicana Irlandesa, la formación del Ejército Nacional Irlandés fue la llave que abría la puerta del tesoro. El diminuto grupo clandestino de dos mil hombres estaba perfectamente preparado. Dan Sweeney *el Largo* cedió el mando, y los miembros de la Hermandad se alistaron en bloque en el Ejército Nacional. Pronto se hubieron infiltrado en los rangos superiores y ocuparon puestos clave de mando y de organización.

El Ejército Nacional Irlandés creció más de lo que se podía esperar; hasta que Londres se alarmó. Entonces, y sólo entonces, Asquith declaró que había que poner fin a tanto importar armas en Irlanda. Los unionistas no protestaron, pues por aquellas fechas tenían los arsenales bien repletos y se les podía calcular una superioridad de cincuenta contra uno sobre los católicos del Sur.

13

Hamburgo, marzo, 1914

Herr Ludwig Boch volvía rápidamente las páginas de unos documentos, canturreando entre dientes. Seguro de que todo estaba en orden, los recogió todos, los metió en la cartera y abrió el reloj de bolsillo. Faltaba un buen rato para la reunión. Encendió un cigarrillo y lo chupó con gran contento, observando cómo se dilataban las anillas al vagar por el despacho.

Ludwig Boch, sesentón bajo y rollizo, tenía motivos para estar contento de sí mismo. Jamás había figurado entre los grandes traficantes de armas, aquellas misteriosas figuras internacionales que iban y venían de incógnito por el continente, pero se había labrado su propio camarín y estaba a punto de concluir la gran venta de su vida.

Boch contaba con la acostumbrada cadena de enlaces entre los militares, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, las Aduanas y la junta de armamento. Se había distinguido de sus colegas por saber tocar el violín de Irlanda con mano maestra y éxito consumado. Más que ningún otro traficante, había propugnado la idea de que Alemania saldría ganando si introducía armas en Irlanda para ambos bandos, dejando así que el conflicto entre católicos y protestantes se convirtiera en una espina clavada en el costado de Inglaterra.

Además, esto había resultado una mina de oro. Unos agentes protestantes recién delegados ofrecían comprar en grandes cantidades y primando los precios. El negocio se había de llevar como un juego de manos. Sí, superficialmente los del Ulster parecían fanáticamente leales al rey británico; sin embargo, el análisis político llevado a cabo por el Ministerio de Asuntos Exteriores confirmaba la conclusión sacada anteriormente por él de que las armas que se suministrara a los del Ulster tenían muchas probabilidades de ser utilizadas contra los británicos. La cacareada lealtad del Ulster no tenía más consistencia que una hoja de papel. Berlín lo creía así. Una suerte para Boch.

Aunque a Boch le asaltaba el temor de que no podría servir el pedido más reciente. Los del Ulster pedían armas automáticas y morteros, de los cuales había pocas existencias, por una parte, y, por otra, el Ejército alemán tenía prioridad sobre toda la producción. De modo que se sintió satisfechísimo y muy divertido cuando llegó de Berlín la autorización necesaria. Era lógico que estuviera contento; en aquella transacción realizaba un beneficio neto de ochocientos mil marcos.

Boch sabía que las exportaciones de armas desde Alemania se interrumpirían bruscamente cuando estallara la guerra en el continente europeo, y era cosa sabida que había de estallar forzosamente. Por esto él y los otros que se dedicaban al mismo

negocio se apresuraban como locos a servir los pedidos antes de que se les cerraran las puertas de aquellos lamentables mercados.

Con este cargamento, se habría cubierto el riñón para toda la vida. Cerraría el negocio, emigraría a la Argentina y cosecharía los frutos de su trabajo.

Pocos kilómetros más allá de la discretísima oficina de Ludwig Boch en el barrio costero de St. Pauli, Christopher Hubble deambulaba por el juego de habitaciones que ocupaba en el Hotel de las Cuatro Estaciones. Hasta este momento, aquello había sido una fiesta, pero ahora Christopher empezaba a ponerse nervioso. Faltaba una hora para la cita. Quizá un paseo… Christopher se puso la chaqueta de paño de Norfolk y la gorra de caza que hacía juego con ella, y le identificaba como inglés, y salió del hotel, andando por la orilla del lago Inner-Alster y contemplando las embarcaciones de vela hasta que las campanas de Radhous dieron la hora. En ese momento cogió un taxi.

—Schuemans Austernkeller, Jungfernsteig —ordenó en un alemán aceptable.

Al terminar el servicio activo, Christopher había llegado al grado de mayor. Era uno de los mayores más jóvenes del Ejército y el favorito personal del general sir Llewelyn Brodhead. Como reclamaba la tradición, siguió adscrito a la reserva activa de los Coleraine Rifles.

Después de discutir el caso con su padre y abuelo, todos llegaron a la conclusión de que por el momento podía prestar mejores servicios en el Estado Mayor General de la Fuerza Voluntaria del Ulster, en la que lord Roberts le recibió con los brazos abiertos.

Chris demostró ser el «hombre para la ocasión» a finales de 1913, cuando se produjo una pequeña crisis con motivo de la orden del Gobierno de que terminasen todos los cargamentos de armas para Irlanda. A la sazón, los Voluntarios del Ulster habían alcanzado una cifra superior a los cien mil y contaban con un rifle para cada hombre. De lo que lord Roberts y su estado mayor creían andar escasos era de armas automáticas y artillería ligera, en forma de morteros portátiles. Chris convenció al comandante de que debía hablar del problema con su padre y su abuelo, a pesar de la prohibición de importar armas, y ellos a su vez trasladaron el asunto al Comité Ejecutivo Unionista.

El Comité tomó la decisión de procurarse las citadas armas, a pesar de la orden en contra dada por el Gobierno. Suscribían la compra los industriales y los hacendados, y Maxwell Swan se trasladó a Berlín para ponerse en contacto con Ludwig Boch. Al principio Boch, el suministrador que les inspiraba más confianza, consideró que, debido a la prioridad del Ejército alemán, sería imposible conseguir los permisos;

pero con gran sorpresa por su parte, los permisos llegaron. Entonces los del Ulster enviaron al joven Chris a Hamburgo para hacerse cargo de las armas personalmente.

Otto Scheer le tomó antipatía a Christopher Hubble ya desde el momento de conocerle; pero el dinero era demasiado bueno para dejar que las apreciaciones personales lo estropearan. Aunque Scheer, que era oficial de reserva de la Marina alemana en el arma submarina, había sentido ciertos remordimientos de conciencia. Sabía que si volvía a encontrarse con aquel joven inglés sería como enemigos y muy probablemente se verían por la cruz de la mirilla de un arma.

Por el presente, a Scheer le habían contratado como mercenario, como contrabandista de armas, los mismos británicos a los que después combatiría. Boch dijo que la aventura contaba con la aprobación del Gobierno alemán. Bien, tal era el mundo loco de Ludwig Boch. Hombre experto como capitán de barco para el mar del Norte y el Báltico, Herr Scheer había rastreado todo el barrio de St. Pauli reuniendo una tripulación de buitres engolosinados por la gratificación especial.

Scheer se avino refunfuñando y de mala gana a la orden que designaba a Christopher Hubble como titular del barco, a pesar de que éste navegaría bajo bandera alemana.

Juntos repasaron el plan entero, desde las adquisiciones y manifiestos de Ludwig Boch a la ruta que seguirían. Para brindar por la conclusión del trato, Herr Boch pidió *schnapps*, un licor holandés que a Christopher se le antojaba una bebida vulgar, y unos renuentes apretones de manos completaron el almuerzo.

Por Hamburgo se había hecho circular la voz de que saldría del puerto un cargamento de armas para el ex presidente Castro, de México, que había sido depuesto y planeaba un golpe para reasumir el mando; pero el embuste no engañaba a casi nadie. La negociación entera había llevado el sello de la Fuerza Voluntaria del Ulster.

La noche del 24 de marzo de 1914, Christopher Hubble subía a bordo del carguero a vapor de novecientas toneladas *SS Prins Rudolph*, destinado habitualmente al transporte de cereales. Su hermano gemelo, el *SS Prins Oscar*, estaba anclado en el fondeadero contiguo. Christopher inspeccionó el cargamento de unas tres mil ametralladoras, mil doscientos morteros y varios millones de cargadores de munición; luego hizo cerrar los cuarteles de escotilla y mandó que le acompañaran a sus dependencias, estableciendo así su estilo de llevar el asunto sin hablar con nadie, excepto por unas secas instrucciones que dirigía a Otto Scheer.

Al despuntar el día el *SS Prins Rudolph* se deslizaba río Elba arriba seguido del *SS Prins Oscar*. Cuando los dos barcos llegaron al mar del Norte fueron localizados y seguidos por un destructor de la Royal Navy, el *HMS Battersea*. Christopher ordenó que los dos barcos pusieran rumbo al sudoeste, cruzando el canal de la Mancha, como

si se dirigieran a la mar libre.

Luego, cuando ordenó a Scheer que virase hacia el norte, para cruzar el canal de San Jorge y entrar en el mar de Irlanda, el alemán quería rebelarse. No le gustaba Hubble, no le gustaba su juventud, ni le gustaba pasar la maroma por el borde de las aguas territoriales británicas. Pero el condenado inglés no cedía, y las mil libras que percibía él por la tarea eran más que lo que normalmente cobraba en todo un año.

URGENTE. ALERTA AL PRIMER LORD DEL ALMIRANTAZGO DESDE *HMS BATTERSEA*. *SS PRINS RUDOLPH* Y *SS PRINS OSCAR* NAVEGAN RUMBO NORTE TODAVÍA ENARBOLANDO BANDERA ALEMANA. CREEMOS *PRINS RUDOLPH* LLEVA ARMAS VOLUNTARIOS ULSTER. PEDIMOS INSTRUCCIONES PARA BUSCA Y CAPTURA.

El primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, estaba pensando en la posibilidad de que se calificase de acto de piratería, si abordaba los barcos mencionados en aguas internacionales. Así pues, contestó prestamente con un mensaje ordenando al destructor de observación que continuara siguiendo a la pareja; luego consultó con su propio personal y tuvo una larga entrevista con el primer ministro.

La guerra era inminente, pero todavía no se había definido públicamente la postura de Inglaterra con respecto a los tratados suscritos con Francia y Bélgica. A Churchill le presionaban terriblemente para que no diera un paso que comprometiera a Inglaterra en el conflicto antes de estar preparada. Celebradas unas conferencias de medianoche, primero en el Almirantazgo y luego en el número 10 de Downing Street, predominó la opinión de que era preferible dejar que los del Ulster llevasen a cabo sin contratiempos su última jugarreta antes que ofender, por el momento, a los alemanes.

Sólo un alegato final de Churchill logró que el *Battersea* continuara vigilando a los dos barcos mientras él trazaba los planes de emergencia si las naves alemanas tenían la osadía de entrar en aguas irlandesas.

El *SS Prins Rudolph* y el *SS Prins Oscar* seguían navegando por el canal del Norte, que separa a Irlanda de Escocia. En su cuarta noche después de salir de Hamburgo se acercaron al Ulster y llegó el momento de tomar la decisión definitiva.

Al caer la noche, Otto Scheer llamó a la puerta y entró en el camarote de Christopher.

—El destructor continúa siguiéndonos —anunció.

—Sí, lo sé. Bien, proceda como tenemos planeado.

—Herr Hubble, la tripulación se está poniendo muy nerviosa.

—¿Y qué? Es natural que lo esté.

—Eso no es una broma —clamó enojado Otto Scheer.

—No he pretendido que lo fuera. Usted estuvo de acuerdo con el plan, ¿verdad que sí, Herr Scheer? Quiero decir que a ustedes los alemanes se les tiene por gente fenomenal para llevar a cabo un plan. Nunca pierden la serenidad, ¿verdad que no?

El alemán se puso de color carmesí. Christopher parecía imbatible.

—Apenas entremos en aguas territoriales irlandesas…

—Déjese de lloriqueos, Scheer. A todos ustedes les gustó el color de la moneda cuando se alistaron para el trabajo; ahora es el momento de hacerlo. —Scheer miró furioso a aquel joven que tenía la mitad de sus años; luego inclinó secamente la cabeza, a guisa de saludo, y giró sobre sus talones.

—Scheer, puede decir a su gente que por la mañana el *Battersea* habrá desaparecido de la vista.

—¿Cómo está tan condenadamente seguro?

—Sólo tratan de asustarnos para que lo dejemos. Ah, y de paso, dígale a ese cocinero que tiene…, bueno, no importa…, ya sólo nos queda otra comida juntos. Conseguiré entendérmelas con aquella bazofia.

Una vez a solas, Christopher exhaló un profundo suspiro y dobló los hombros, pálido y tembloroso. Sobre el papel, todo parecía ordenado y perfecto. Pero la operación entera descansaba sobre el hecho de que hasta el momento sir Edward Carson y el Ejecutivo Unionista habían salido indemnes de todas las bravatas contra el Gobierno. Temerosos de arriesgarse a un enfrentamiento en el mar que no figuraba en sus planes, habían hecho lo posible y lo imposible para que la Royal Navy estuviera enterada de los barcos y del cargamento que traían. De este modo podrían llevar la pelota al terreno del partido liberal, por así decirlo, forzándole a tomar la decisión. El montaje requería que se produjesen en Londres azoradas reuniones que durasen toda la noche y que por la mañana el barco de vigilancia hubiese desaparecido. Bueno, al menos éste era el plan.

Christopher volvió a tenderse en el catre. Hasta que despuntara el día dormiría poco y mal. Luego… ¿quién podía saberlo? La visión de una viscosa celda de cárcel le despertaba cada vez que empezaba a dormirse.

«No debo permitir que esos malditos *krauts* me vean angustiado —se decía—, hemos de mantener la vieja fachada…»

Un ruidoso parloteo despertó bruscamente a Chris. Hablaban tan aprisa que no podía entenderles. La luz del alba se filtraba por la escotilla. Christopher fue al lavabo, con el corazón desbocado, se lavó la cara meticulosamente, se peinó, se lavó los dientes y recobró el perfecto dominio de sí mismo.

Luego se presentó en cubierta con aire arrogante y subió por la escalerilla del puente. Mientras subía, abajo unos miembros de la tripulación prorrumpieron en

aplausos y vítores. La isla de Rathlin aparecía a estribor ¡y el *Battersea* no se veía por ninguna parte!

Chris enlazó las manos detrás de la espalda.

—Buenos días, Herr Scheer —dijo animadamente.

Scheer sonrió y saludó con la cabeza.

—¿Ha comunicado con el *SS Prins Oscar*?

—Sí, en efecto.

—Entonces diríjase al lugar de la cita, según lo acordado.

La isla Rathlin, pedazo de terreno semidesierto en forma de bumerang, se divisaba desde la costa norte del condado de Antrim. Campo, durante siglos, de sangrientas luchas a causa de las invasiones escocesa e inglesa, la isla se convirtió en heredad de los vizcondes de Gage, luego cayó en el abandono, quedando a merced de las bandadas de aves emigrantes que eran las únicas que se reunían entre sus espectaculares cuevas y peñas.

Un día antes había desembarcado en Rathlin una tripulación sustitutiva formada por antiguos marinos de la British Navy alistados en la Fuerza Voluntaria del Ulster y allí esperaban el barco del armamento.

A primeras horas del quinto día después de salir de Hamburgo, el *SS Prins Rudolph* y el *SS Prins Oscar* penetraron en el refugio de bahía Church y establecieron contacto por semáforo con la tripulación de tierra. Los componentes de ésta se acomodaron en diversas barcas de remos y a los pocos minutos subían a bordo del *SS Prins Rudolph*.

En una breve, pero adecuada ceremonia, Otto Scheer hizo entrega del barco. Arriaron la bandera alemana, izaron la del Ulster y el barco fue rebautizado con el nombre de *Glory of Ulster*.

Los botes salvavidas del *Oscar* vinieron a situarse junto al *Glory of Ulster* y recogieron a la tripulación alemana para llevarla al *Oscar*. Otto Scheer, que fue el último en bajar, estrechó la mano de Christopher con una extraña llamarada de afecto.

—Es usted muy audaz, Hubble —le dijo.

—Sí. Bien, buena tarea; que tengan buen viaje de regreso —respondió Chris.

Ya a bordo del *Oscar*, los alemanes levantaron el ancla y pusieron rumbo a Hamburgo a toda máquina, mientras el *Glory of Ulster* marchaba en dirección opuesta, hacia el oeste. Al anochecer echaron el ancla cerca de Punta Inishowen, allí donde el Lough Foyle comunica con el mar, y mandaron un mensaje por radio para que se les preparase el arribo a Londonderry al día siguiente.

Durante la noche todas las unidades de la Fuerza Voluntaria del Ulster entraron en servicio urgente realizando un plan para ocupar y guardar puntos clave de toda la provincia y mover unidades del cuerpo de transportes hasta Londonderry.

Al amanecer, la «toma» de Londonderry por los Voluntarios del Ulster había

quedado ultimada, la costa correspondiente estaba aislada y una flota de setenta camiones aguardaba en el Strand a lo largo del muelle de Buques y Trenes.

El *Glory of Ulster*, gobernado por Christopher Hubble, remontaba el río Foyle hasta más allá del faro de Pennyburn y se dirigía al muelle en el que el jefe de puerto D. E. Swinerton, oficial de la UVF fuera de servicio, aguardaba con toda la documentación necesaria. D. E. Swinerton echó una mirada al manifiesto del buque, que decía «Suministros Médicos para Comunicaciones», firmó y selló los documentos y a los dos minutos empezaba la descarga.

A plena luz del día y sin que aparecieran por los alrededores ni los *constabularys* ni tropas británicas, el tesoro del *Glory of Ulster* fue trasladado a los camiones, y antes de dos horas el convoy se dirigía a toda velocidad a un escondrijo preparado de antemano. En la noticia que lord Roberts dio más tarde a la prensa, definió la maniobra como un ejercicio para probar la eficacia de ciertas unidades de la Fuerza Voluntaria, declaró que el ejercicio había sido un éxito y negó con vehemencia que hubiera arma alguna a bordo del barco.

Los sentimientos de lord Louie de Lacy entraron en violenta ebullición. En contra de lo que aconsejaba Conor Larkin, Louie encareció al Concejo Supremo de la Hermandad que respondieran a la afrenta del *Glory of Ulster* entrando también ellos un cargamento de armas a plena luz del día, esta vez para el «legal» Ejército Republicano Irlandés.

Tres semanas más tarde, Ludwig Boch había efectuado su última venta de armas a los irlandeses y un pequeño cargo alemán anclaba precariamente a cierta distancia de Inishowen, la mayor de las islas Aran en la entrada de bahía Galway. Un millar de rifles y un centenar de ametralladoras fueron trasladados al yate de lord Louie *Graine Uaile* sin hacer nada para mantener la operación en secreto.

El comandante del Ejercita Nacional en el condado Galway dio orden a unas unidades de que se presentaran en los muelles formadas, descargaran el yate con ceremoniosa pompa y luego fuesen a desfilar por el centro de la ciudad.

El Castillo de Dublín dio orden al general sir Llewelyn Brodhead, en Camp Bushy, de trasladar un regimiento de los suyos a Galway «para evitar desórdenes». Los fusileros de la King's Midlands División llegaron a la orilla del agua al mismo tiempo que las unidades del Ejército Nacional Irlandés.

Los vítores y las músicas que saludaban la presencia de lord Louie y el *Graine Uaile* no tardaron en dejar el puesto a las amenazas y provocaciones de los soldados que llevaban los fusiles con la bayoneta calada, mandados por el general Brodhead en persona, caballero en su caballo.

Los codazos y empujones se convirtieron en abucheos y pedradas. Mientras se descargaba el yate, sonaron unos disparos contra el desarmado grupo. Al cabo de unos minutos, cinco miembros del Ejército Nacional Irlandés yacían muertos y otros

veinte, heridos.

La investigación y el comunicado subsiguiente concluyeron que «después de recibir armas del *Graine Uaile*, varios miembros del Ejército Irlandés hicieron uso de ellas, disparando contra los soldados. Los fusileros sólo respondieron al fuego como último recurso y con objeto de defenderse».

El 28 de junio de 1914 fue asesinado en Sarajevo el archiduque Francisco-Fernando. Cinco semanas después Inglaterra estaba en guerra con Alemania, Austria-Hungría y Turquía.

La Ley de Autonomía había quedado lista para la última presentación en los Comunes y la sanción regia, pero los Lores habían conseguido introducir enmiendas paralizantes que dejaban en suspenso la aplicación de esa ley mientras durase la guerra. Además, Carson había tomado medidas para la futura exclusión del Ulster.

A pesar de ello, Redmond se levantó en una Cámara de los Comunes rebosante de emoción y encareció a los irlandeses que tomaran parte en aquella contienda de Inglaterra. Pedía armas para el Ejército Nacional Irlandés, a fin de poder defender su propio suelo, y así las tropas británicas que lo guarnecían ahora quedarían libres para combatir en otra parte.

Mientras muchos acogieron el discurso con una sensación de alivio, el Ministerio de la Guerra lo acogió con recelo. No querían un Ejército Nacional Irlandés fuerte.

El proyecto de ley fue presentado poco después de haber empezado la guerra e inmediatamente pasó al cuarto de los trastos inútiles… al archivo de las cartas sin respuesta. John Redmond desapareció de la escena parlamentaria, asegurándose el mando del Ejército Nacional como garantía futura para un Parlamento en Dublín.

Al mismo tiempo, sir Edward Carson maniobraba astutamente en apoyo de las pretensiones unionistas en la época de la posguerra, y ofreció los Voluntarios del Ulster al Ejército británico. Lord Kitchener y los generales que gobernaban aplaudieron calurosamente el gesto. En consecuencia, se formó una División del Ulster con oficialidad, insignias y bandera propias.

Cuando Redmond quiso hacer lo mismo con el Ejército Nacional, el Ministerio de la Guerra no se sintió tan inclinado a poner unidades católicas irlandesas en el campo y hundió las peticiones de Redmond en un cenagal de papeleo burocrático. Aun después de sufrir esta afrenta, Redmond continuó recomendando fidelidad a la Corona y a una lucha que llegó a tomar la forma de competición por ver qué bando habría sacrificado más sangre a favor de los británicos, en apoyo de las respectivas posiciones en la mesa de conferencias después de la guerra.

Decenas de millares de católicos irlandeses se alistaron en el Ejército británico y

fueron aceptados y tratados como soldados de segunda clase, tal y como habían sido ciudadanos de segunda clase en su propio país. Y los dispersaron con intencionada y metódica mojigatería. El fervor por la contienda de Inglaterra disminuyó.

A mediados de 1915, el mensaje republicano empezó a calar… «Irlanda y el pueblo irlandés no tenían enemigos en las naciones del mundo, exceptuando a los mismos británicos, y ahora los irlandeses morían a millares, vistiendo el uniforme británico.»

La era de Redmond había terminado en un fracaso total. Había nacido el día de los republicanos.

14

Dan Sweeney se había quedado flaco como un espantapájaros. Pasó muchos meses sin poner el pie fuera de Dublín; ahora el viaje hasta DUNLEER a través de una red de casas seguras le había dejado exhausto.

Los dos hombres estaban sentados fuera de la casita, a poca distancia de la bahía. Era un anochecer tibio. Dan encendió un cigarrillo y sufrió un doloroso acceso de tos. La enfermedad que destruía su cuerpo había moderado su acidez. Estos días, mientras iba convirtiéndose en espectro de sí mismo, hablaba en voz baja, meditativa.

—En la última reunión del Concejo Supremo —decía—, nos proclamamos como el gobierno provisional de Irlanda y tomamos la decisión de organizar un levantamiento durante esta guerra, en el momento oportuno.

—¿Así lo decís todos? —preguntó Conor.

—Así lo decimos todos, yo mismo y Brendan Sean Barrett también.

—Es raro, yo pensaba que vendría con un desfile celestial y ángeles tocando las arpas y flotando todos sobre una escena con coros cantando antiguas letanías celtas.

—No temas, Conor. Cuando el pueblo irlandés haya de enterarse de nuestra decisión, estoy seguro de que Seamus y nuestro nuevo hermano poeta, Garrett O'Hara, encuadrarán el momento en un adecuado coro de aleluyas.

Dan volvió a toser y hurtó una mirada hacia la botella que descansaba entre las yemas de los dedos de Conor. Este se la ofreció. Dan se resistía.

—Vamos, Dan, nunca tomé en serio los votos de templanza que hayas podido pronunciar.

Dan refunfuñó y aceptó la botella, de la que bebió un buen trago con el placer del hombre que ha estado tomando sorbitos en secreto. Después del primer chorro de fuego, el dolor se le alivió. Dan indicó con una sonrisa que lo que necesitaba actualmente era whisky.

—Estoy seguro de que no has hecho este largo viaje hasta DUNLEER para hacerme saber que somos el organismo dirigente de un inexistente gobierno de una república que no ha sido proclamada todavía —dijo Conor.

—Bien expresado, muy bien expresado. Hemos de detener el empuje protestante —explicó Dan—. John Redmond está acabado. Asquith está acabado. Carson es la reina de la fiesta. No hay atrocidad bastante grande que él no pueda cometer y escapar libre y sin costas. Ha llegado el momento de hacerles saber que nos hemos puesto a la tarea.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Dentro de un año, poco más o menos, ordenaremos a nuestros hombres que se levanten en armas —continuó Dan—. Pero creo que antes de que entren en batalla han de tener una fe renovada en sí mismos. Han de saber que son capaces de triunfar.

Necesitamos una victoria, ahora, para fortificarnos, Conor. Y no de poesía o retórica. Tenemos que dar unos azotes… a quien sea, ingleses, ulsterianos… La Hermandad ha de saber que es una buena fuerza.

—Eso opino yo, sin reservas —dijo Conor.

—Pero ¿qué hacer? Nos hemos quedado secos de tanto discutir. La mayoría está a favor de un asesinato. De quien hemos hablado con más frecuencia ha sido de Augustine Birrel, primer secretario británico, pero también de los demás: Carson, Weed, Hubble, Bonar Law. Hasta se habló de eliminar a John Redmond. Hablamos de volar puentes, de asaltos, incluso de cometer un robo en el Tesoro.

—¿Y en qué quedó la cosa, Dan?

—Quedó en que yo viniera a verte en busca de ayuda. Sea lo que fuere que decidamos y ejecutemos, será mi último acto como comandante.

—¿Qué quieres decir?

—Durante un tiempo Atty y yo hemos mantenido mi inminente óbito en secreto. Cuando fue evidente para todo el mundo, envié a Atty a Belfast para verte. Como por tres veces te hemos ofrecido la corona de Roma y tres veces la has rehusado, yo propongo a Garrett O'Hara como sucesor mío. No tiene muchas dotes de militante, pero como zelote y estudioso embellecerá el levantamiento con floreos y aromas místicos. Quizá así logremos inflamar la fantasía del pueblo irlandés… ¡Quién sabe! Por el momento, aquí estoy con mi antiguo amigo y adversario Conor Larkin, único eslabón de acero en nuestra por todo lo demás deshilachada cadena de mando. Quiero que nos des la victoria que necesitamos tan desesperadamente.

—Comprendo —susurró Conor.

—Victoria es una palabra muy hermosa —exclamó Dan—. Por pasajera que sea, crecerá y aumentará de dimensiones con el paso de los años en nuestras fantasiosas mentes y nos reconfortará durante diez mil noches. ¡Hemos tenido tan pocas! ¡Y ellos han tenido tantas!

Dan sufrió otro acceso de tos y arrojó el pitillo con gesto enojado. Causaba extrañeza oírle hablar como un poeta, pensaba Conor. El bueno, liso y llano de Dan que siempre había sido hombre de lógica fría y expresión seca. Ahora, de veras, necesitaba por una vez el alborozo de la victoria para poder morir sin considerarse un fracasado.

—Tengo un par de ideas —dijo Conor.

—Por eso vine. Sabía que las tendrías.

—Lord Roberts y los cerdos asquerosos de su Estado Mayor británico importado han organizado en el Ulster un auténtico ejército. Sin embargo, conservan de los viejos tiempos unas cuantas costumbres nada recomendables. El motivo está, en parte, en que no les merecemos ningún respeto como fuerza combatiente. A la Hermandad la ignoran, y al Ejército Nacional lo desdeñan.

—¿A saber…?

—Llegaré a ello en su momento preciso. A pesar de cuanto fanfarronean que la espina dorsal de su fuerza son las masas de hombres del Ulster, ni la plana mayor militar británica ni la nobleza fían del todo en su propia gente. No han puesto las armas que adquirieron en manos de sus soldados. Por Otra parte, como no nos consideran una amenaza, tienen la guardia baja.

—A saber, Conor, a saber.

—A saber, han guardado todos los huevos en un solo cesto. Todo lo que descargaron del *Glory of Ulster* y probablemente la mitad del arsenal de la Fuerza Voluntaria del Ulster está almacenado en un solo lugar… en Lettershanbo Castle.

—Claro, en el castillo de Lettershanbo —musitó Dan—. ¿Cómo no planeas también un ataque contra el Peñón de Gibraltar?

Ambos se referían a una fortaleza del siglo XVIII que guardaba la boca de Lough Foyle. Una carretera por una larga y triste marisma representaba la única entrada, y desde las murallas del castillo se divisaban muchas millas de esta vía de acceso. La entrada de la carretera la cerraban unas defensas distribuidas de cuatro en fondo. Ya al pie de la fortaleza, una fuerza atacante se enfrentaba con unas murallas de más de tres metros de grosor cubiertas de ametralladoras y reflectores. Corría el rumor de que aquel castillo albergaba un gran escondrijo de armas; pero resultaba completamente inexpugnable para gente como los de la Hermandad.

—Estás loco —replicó Dan—. Yo te pedía una victoria sencilla, Conor; no que fueses un Wellington en Waterloo.

—Claro, ahora ya me conoces; siempre ando buscando puertas traseras.

—Dame otro trago de esa ponzoña —pidió Dan. La bebida hizo efecto—. Creo que somos un par de irlandeses viejos y borrachos jugando con los duendes. Por un momento creí que hablabas de volar el castillo de Lettershanbo.

—Hay una poesía que aprendí durante mis viajes y que dice algo así como… «Uno, si por tierra; y dos, si por mar…» Yo estoy pensando en el número dos.

Los desgarrados ojos ancianos de Dan Sweeney el Largo se entornaron hasta dejar sólo unas rendijas y estuvieron tres minutos largos mirando fijamente a Conor.

—Acaparas mi atención, toda entera —dijo por fin.

Conor regresó de la casita con un mapa del condado de Londonderry. Mientras hablaba, iba señalando el mapa.

—Lettershanbo se levanta a la derecha de Punta Magilligan en la boca que comunica Lough Foyle con el mar libre.

—Sé muy bien dónde diablos está —replicó Dan, con acento enojado.

—Estoy de acuerdo en que por tierra es imposible atravesar las defensas. Borremos este punto. Aquí en Punta Magilligan el paso hacia Inishowen, por el punto más angosto, es de una milla aproximadamente. A ambos lados hay cuevas que

ofrecen buen albergue para desembarcar.

—¿Hablas de la posibilidad de cruzar por detrás del castillo?

—Sí.

—¿Cómo? La costa de esa parte es muy traidora; está llena de arrecifes.

—Bueno, ¿conoces a esos irlandeses estúpidos y sus estúpidas embarcacioncitas de brea y madera llamadas curraghs que navegan por la cresta de las olas? —preguntó Conor con aire taimado.

—*Curraghs*… Sigue, sigue.

—De acuerdo. Hay una torre abandonada, Torre Martello, en la que podemos esconder los botes. Hay un paseo de un cuarto de milla hasta Lettershanbo.

—Muy bien, hemos cruzado el canal con los *curraghs*. Hemos andado hasta detrás del castillo. ¿Qué hacemos ahora? ¿Desfilar siete días y siete noches alrededor de las murallas, esperando que el Señor las derribe?

Conor dobló el mapa y sonrió.

—Mi pueblo tenía derecho de recogida de algas en el Lough por la parte del castillo. Por aquellas fechas, Lettershanbo estaba abandonado. Nosotros solíamos ir allá a hurtadillas, unas cuantas barcadas de chicos y chicas, a merendar en las ruinas. Así llegué a conocer bien aquella vieja fortaleza. En una de esas correrías de chiquillos, encontramos una cueva con un túnel secreto que penetra en el castillo. En años posteriores, cuando ya era herrero, Lettershanbo fue restaurado. Buena parte del trabajo de fragua lo hice yo. El túnel existe todavía.

—Déjame ver ese mapa —pidió Dan con voz ronca. Sus huesudas manos temblaban al desdoblar el papel; luego miró a Conor con suplicante curiosidad.

—De veras que no engañaría a un anciano caballero cariñoso como tú —dijo Conor.

—Pero ¿y ellos no estarán enterados de la existencia del túnel?

Conor movió la cabeza negativamente.

—Está cerrado con una pared de ladrillos y a simple vista no se descubre el menor acceso. Sólo los duendes podían encontrarlo. Conduce a un hogar de la lumbre, nada menos, de los sótanos.

—Jesús —silbó Dan—, ¡Jesús!

Con su estilo tan personal y peculiar, Conor expuso un plan que era una obra maestra de simplicidad, y Dan comprendió por qué había venido hasta DUNLEER para ver a este hombre. Dan hizo una infinidad de preguntas, profundizando hasta los menores detalles, y Conor parecía tener las respuestas preparadas de antemano.

—¿Cómo no nos hablaste antes de ese túnel?

Conor levantó los hombros.

—Con mis unidades me he entretenido en elaborar varios proyectos. Esto ejercita sus mentes. Sabía que cuando llegase la hora, el Concejo pediría ideas.

Dan sacudió la cabeza, incrédulo. Repasaron el plan una y otra vez. Aquello superaba las más locas esperanzas del anciano. No sólo lograrían destruir de un golpe la mitad de las armas y las municiones de los Voluntarios del Ulster, sino que la Hermandad se afirmaría a sí misma, adquiriría un prestigio enorme. Una hazaña tal afianzaría su sentido de cuerpo, le daría una sensación de victoria. Sería un golpe del que los ingleses nunca se recobrarían por completo. Aquello sería épico, la empresa más audaz desde los tiempos de Wolfe Tone, más de un siglo atrás.

—¿Qué necesitarás, y cuánto tiempo?

—Unos veinte hombres selectos y un mes para prepararlos.

—Lo tendrás todo —respondió Dan—. Yo seré uno de los veinte.

—Naturalmente, Dan —aceptó Conor, comprendiéndole—. Tú irás en mi bote.

Necesitaron una hora para empaparse bien de la magnitud de la gesta. Continuaban sentados allá, bajo el interminable crepúsculo, bebiendo y soñando. Largo Dan, no excesivamente habituado al whisky, se dulcificaba y se volvía cada vez más lúcido.

—Tenías que habérnoslo dicho —repetía—. Pero ahora te veo, Larkin, con toda tu desconcertante altanería, disociándote de jugadores y juegos porque habías imaginado ya quiénes serán los que ganen y quiénes los que pierdan, y te niegas a ignorar las sinceras conclusiones que has sacado.

—Quizá sea algo parecido, Dan.

—Pero yo también lo sé —añadió el viejo— y, sin embargo, continúa practicando los juegos. Y eso es todo lo que encierra para mí, la ilusión de un levantamiento. Así me pregunto: ¿Qué es lo mejor? ¿Le resulta fácil a una persona como yo jugar y pretender al mismo tiempo que no cree en el final? ¿No se engañan todos los hombres a sí mismos de un modo o de otro, no se agarran a los vestigios del sueño, por muy irreal que sea? ¿O es más fácil ser un Larkin, conocer el final y disociarse de los soñadores?

—Lo único que sé es que nunca sería capaz de conducir gente a la derrota, a sabiendas.

—Una cuestión peliaguda —dijo Dan—, peliaguda de veras. Mira, el problema pendiente entre la realidad y los irlandeses es nuestra profunda incapacidad por analizar las derrotas que hemos sufrido. A John Redmond le habría bastado con leer la vida de Parnell para saber hasta qué punto le permitiría llegar un Parlamento británico y qué fin le esperaba —Dan se echó al coleto otra ración de whisky, y la voz se le apagó por un momento—. Sin embargo, al final el opresor siempre acaba, inevitablemente, cometiendo errores que unifican y encolerizan a los oprimidos. Tan seguro como que estoy sentado aquí y borracho, los británicos acabarán cometiendo un error que, por fin, sublevará a los irlandeses.

—Lo han cometido ya —dijo Conor—. Y no parece que sirva de nada.

—Quiero decir un error monumental, un error estruendoso, repugnante. Cuando nos levantemos, quiero empujarles a cometer esa equivocación…

Súbitamente, Dan gritó de dolor.

—¿No tienes nada para eso?

—Unas píldoras.

—¿Puedo ir a buscártelas?

—No, no las tomo. Las píldoras me nublan la mente. Al menos, con el dolor sé que todavía estoy vivo. Me revientas, Larkin. En ti habríamos tenido un comandante de pelo en pecho, seguro.

—Hemos de preparar muchísimas cosas para ponernos en danza —dijo Conor—. Me pronuncio por que durmamos un rato.

—¿Dormir? ¿Quién duerme? —Dan soltó una carcajadita irónica—. Pronto tendremos tiempo, tú y yo, para dormir cuanto queramos; ambos dormiremos pronto el sueño eterno.

Conor se levantó y anduvo pausadamente hasta la orilla del agua, cogió un puñado de chinitas, las arrojó en el tranquilo estanque y se quedó mirando cómo se ensanchaban los círculos que habían formado. Dan vino a reunirse con él. El viejo tenía un aspecto lamentable, súbitamente encogido, arrugado.

—¿En qué piensas estos días? —murmuró Conor.

—En una chica. Pienso muchísimo en una chica —respondió Dan—. Hasta olvido su nombre.

—Aileen O'Day —dijo Conor.

—Sí, ésa es, Aileen O'Day. Es curioso que te acuerdes. Aunque, ¿no sabes?…, sí, es cierto, he vivido una vida sin amor, una existencia de fugitivo, pero yo estaba allí la noche que nos declaramos un pueblo libre. Después de aquel asalto y aquel levantamiento, formo ya parte de la historia de Irlanda. Nadie me puede arrebatar este honor.

—¿Basta con eso, Dan? ¿Basta para ese acongojante fardo de vacío que hemos transportado, ese saber que no éramos hombres normales y que nunca podríamos vivir unas vidas normales?

—Ha de bastar. Es todo lo que tengo. Lo único que sé es que los locos como tú y yo caminan hacia la cárcel desde el día que nacen.

—Vamos, vamos, esta conversación se está volviendo lúgubre —dijo Conor—. Miremos el lado positivo. Atty podrá viajar de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo con nuestros huesos, pronunciando nuestro panegírico y recogiendo fondos, y mi hermana no tendrá sino que esperar a mis hermanos Dary y Liam para hacer llenar todo un camposanto.

—Conor, voy a pedirte un favor personal.

—Naturalmente, Dan, lo que quieras, menos que yo pida la absolución.

—Antes de que subamos como endemoniados al castillo aquél, dile algo hermoso a Atty. Creo ser el único hombre de este mundo, contándote incluso a ti, que sabe lo mucho que te ama. Dile una mentira, si es preciso, pero no te vayas sin dejarle algo.

—Sí, debo hacerlo, y prometo que lo haré.

Dan se hizo fuerte contra otro acceso de dolor, que pasó sin fulminarle, y luego se fue a la casita a buscar otra botella. Cuando regresó, Conor estaba en la orilla del agua, con la vista fija en el infinito. Las horas de la noche se cubrían de negro, como desafiando al sol. Los Twelve Bens y el lago se convertían en mortecinos fuegos de matices maduros.

Mientras Dan se acercaba, Conor le miraba con una mirada extraña, como si estuviera viendo a una persona de otro tiempo y otro lugar.

—¿Qué te pasa? —preguntó el viejo.

—Por un momento… —empezó Conor con una voz áspera, que no era la suya del todo.

—¿Qué?

—Dan, ¿cómo es la muerte?

—No lo sé, Conor. Tú pareces verla mucho más claramente de lo que la he visto yo nunca. Se diría que te pasas la mitad del tiempo mirándola.

—Tú no quieres regresar del asalto que proyectamos, ¿verdad que no, Dan?

—No —respondió Sweeney—. Dime, Conor, ¿a quién veías hace un instante?

—A mi padre Tomas… Le veo con frecuencia. Y siempre estoy yo abajo en el cruce de caminos de mi pueblo, y subo corriendo a su encuentro cuando él baja de los campos. Y él me coge en brazos… Dan…, Dan…, ¡tengo miedo!

—Claro, conozco esa sensación. Somos hombres de poca importancia y menos propiedad. Tiempo atrás fuiste un muchacho acaudalado. Habías de heredar cuarenta acres de tierra de los Larkin…, pero luego… te marchaste de Ballyutogue.

15

Durante cinco semanas formé parte de un destacamento de veintidós hombres, seleccionados uno por uno, y una mujer, Atty Fitzpatrick, que se entrenaba en DUNLEER para una misión no revelada. Vivíamos en el monasterio, asimilando al comer, beber, respirar y dormir los ejercicios que nuestro instructor y jefe, Conor Larkin, nos metía dentro a martillazos.

Yo figuraba entre los elegidos, no por mi talla o por mi bravura, sino como cronista de la gesta. El objetivo constituía un secreto herméticamente guardado y conocido solamente por Conor, Dan y Charley Hackett, dinamitero de considerable pericia.

Nos entrenábamos de noche, siempre corriendo contra reloj, con un fardo de cuarenta libras a la espalda y dando señalada preferencia a los ejercicios en aguas agitadas navegando en curraghs y luego practicando muchísimo el arrastrarnos sobre la barriga por las cuevas de los Twelve Bens. Establecimos un sistema de comunicaciones «silenciosas» mediante señales con las manos, disciplina que sólo se rompía cuando no podíamos vernos unos a otros; entonces recurríamos a cantos de pájaros y gritos de animales silvestres. He ahí lo que sí sabíamos:

Atty estaba al mando de un camión que contenta un puesto de primeros auxilios.

Lord Louie ponía mucho empeño en que aprendiésemos a manejar y utilizar aquellos pequeños y frágiles botes.

Gilmartin, veterano de la guerra bóer y miembro del Concejo Supremo, trabajaba en equipo con Dan Sweeney para el manejo de una ametralladora. Gilmartin era un poco chillón, pero el más militar de todos nosotros, al mismo tiempo que competente marino.

Charley Hackett y sus ayudantes Jennings y Pendergast realizaban un sinfín de ejercicios de instalación de conductores eléctricos, ostensiblemente sobre dinamita.

Siempre que creíamos haber alcanzado la mayor pericia posible en nuestros respectivos cometidos, Conor nos bajaba de un puntapié de semejante pedestal y nos empujaba más allá de las facultades que hasta entonces nos suponíamos. Durante aquellas semanas, Conor fue un sujeto impecable, insoportable, esforzándose en hacernos alcanzar una perfección superior a toda perfección. No sabíamos qué hazaña se habrían propuesto, pero por la pasión que emanaba de sus personas comprendíamos que íbamos a lanzarnos a una empresa titánica.

A primeros de junio de 1915, levantamos el campamento y, de dos en dos y de tres en tres, nos fuimos a Derry, donde nos pusimos en contacto con Darren Costello, comandante de la Hermandad en aquel sector y desaparecimos en el refugio del Bogside. Conor, Dan y Charley Hackett estaban reclamados por los tribunales y necesitaron unos días más para llegar a Derry.

Cuando nos hubimos reunido todos, siguieron sin darnos ninguna explicación. Nos cargaron en un par de camiones y nos sacaron de Derry para llevarnos a un terreno que me resultaba más familiar, puesto que nos dirigíamos hacia Ballyutogue.

En cuanto hubo oscurecido, paramos en un bosquecillo a cierta distancia de la carretera, entre el núcleo central de Ballyutogue y la parte alta y nos introdujeron en la iglesia de San Columbano, que estaba singularmente desierta. Los únicos vecinos presentes eran Boyd McCracken, hermano mayor de Myles, que había heredado una de las peores fincas de Irlanda, y su hijo Tim, muchacho de catorce años a quien yo apenas conocía.

Algunos bancos los habían cambiado de sitio; en el suelo había ropas de cama junto con una cocina improvisada. Los ventanales los habían cubierto para no dejar salir la luz al exterior. En un rincón, detrás del pulpito, habían amontonado veinte sacos mochila como los que habíamos utilizado para nuestro adiestramiento.

Nosotros rodábamos por el templo extendiendo los límites de nuestra curiosidad y hasta un poco los de nuestra tensión, por la orden de no salir del edificio. En la sacristía se celebró cierto número de conferencias entre Conor y algunos otros, y al final nos reunieron a todos.

Alrededor de una pizarra, cerca del altar, habían colocado un semicírculo de candelabros de hierro labrado. Cuando nos acercamos, Conor esbozó una especie de plano y se volvió hacia nosotros.

—A partir de este momento, quedáis sometidos a las más férreas normas de seguridad —empezó diciendo—. Durante el día permaneceréis dentro de la iglesia. Cuando sea noche oscura podréis salir al patio. Fuera hay guardias que tienen orden de disparar a matar contra el que se aventure más allá.

¡Sí, evidentemente, ése era el Conor Larkin comandante militar! No había ni un dejo de calor afectivo o de humorismo en su voz, sino una continuación del espíritu de mando que la situación requería y que todos aceptábamos de muy buena gana.

—Estamos en el pueblo de Ballyutogue —prosiguió—, que es el de Seamus O'Neill y mío. La mayoría de los vecinos del pueblo están fuera recogiendo algas, según el derecho tradicional que les permite hacerlo una vez al año. No se puede establecer ni el menor contacto con los que queden. El padre Cluny y Boyd McCracken han utilizado este templo y la casa de Boyd como refugios secretos durante años.

El ruido más fuerte era el de las llamas al oscilar. La iglesia quedaba bañada en una luz suave, que daba un brillo anaranjado a la afligida Virgen y al ensangrentado Jesús.

—A estas horas ya habréis colegido cierto número de cosas —dijo Conor—. Os habréis imaginado que el objetivo se encuentra por este sector, que hemos de cruzar agua para llegar a él y que iremos de noche. Las tres suposiciones son acertadas.

Se volvió hacia la pizarra y rodeó con un círculo un punto del plano esquemático que había trazado.

—Vamos a destruir el castillo Lettershanbo —nos comunicó.

¡DIOS MIÓ! ¡DIOS MIÓ TODOPODEROSO! Yo sentía cómo me corría el sudor por las palmas de las manos, la lengua se me ponía seca y él estómago se me endurecía dentro del puño del miedo más absoluto y puro. No me atrevía a mirar a los otros; pero sospechaba que les pasaba lo mismo que a mí.

—Muy bien, prestad atención —ordenó Conor—. Nuestro objetivo lo constituyen cincuenta mil rifles, tres mil armas automáticas y morteros y una reserva de trescientas toneladas de dinamita —señaló con una X un punto de la pizarra—. Esto es Ballyutogue, nuestro emplazamiento actual. Mañana, a la hora del crepúsculo, subiremos por la costa en dos camiones. El primero lo conducirá un hermano de este pueblo; el segundo (equipado para estación de primeras curas) lo guiará Atty.

La mujer asintió con un gesto.

—Seguiremos hasta este punto, inmediatamente después de Ballybrack House; aquí hay una cavernita conocida por Agujero de Ballybrack. Allí lord Louie os dará las coordenadas. Boyd y los hermanos del sector tienen cinco curraghs escondidos en el Agujero de Ballybrack para cruzar el agua. Hemos elegido el día de mañana atendiendo a la luna, las mareas y el tiempo probable. Evidentemente, queremos tan poca luz sobre esta empresa como sea posible. ¿Alguna pregunta hasta él momento?

Nadie preguntó nada.

—A lord Louie y a Gilmartin se les comunicó el detalle de la operación hace sólo unos momentos. ¿Louie?

Lord Louie, que parecía singularmente fuera de lugar en nuestra compañía, se puso en pie. Conor siguió diciendo:

—Todo debería producirse exactamente igual que en los entrenamientos. Hemos realizado suficientes maniobras en aguas revueltas para saber qué podemos espejar. Quizá un poco más de influencia atmosférica aquí. Pero hasta bajo condiciones adversas, la travesía habría de llevarse a cabo en media hora a lo sumo. Fijaos bien los que os desviéis, tened la mirada atenta a la brújula y llevad los cinturones salvavidas.

»Cruzaremos por equipos, los mismos que formamos en los entrenamientos —continuó Conor—. Saldremos en el mismo orden también. Dan, Seamus, Charley Hackett y yo en el bote número uno. El equipo de Gilmartin en el número dos. Lord Louie en el número tres, y así sucesivamente. Boyd se sumará al bote de Gilmartin.

Conor trazó otra X en la pizarra.

—Nos dirigiremos a esta torre, la Torre Martello —dijo—. El desembarco debería ser similar a los que hemos ensayado en Slyne Head: oleaje fuerte, resaca traicionera, fondo rocoso. Sacad los botes fuera del agua, a terreno seco, y reuníos

en la Torre. ¿Alguna pregunta?

—¿Estáis seguros de que no patrullan aquel sector?

—Si —respondió Boyd McCracken—. He ido tres veces por tierra; una noche. La Torre está abandonada y el sector de desembarco sin vigilancia.

—¿Qué me dices de la Royal Navy? ¿No hay en Lough Foyle un bote de patrulla especial contra pescadores furtivos nocturnos?

—Darren Costeño y los muchachos de Derry llevarán a cabo una maniobra de apoyo para asegurarse de que la Royal Navy esté encerrada en el puerto y no pueda entrar en el lago —respondió Conor.

Unos murmullos de aprobación acogieron sus palabras, al darnos cuenta todos de cuan bien habían meditado los planes.

—Como sabéis, la Torre Martello la construyeron los ingleses como punto de defensa costera contra una posible invasión napoleónica. Aunque no podría resistir el fuego de los cañones navales de nuestros días, sigue siendo formidable. Dan y Gilmartin montaran un puesto de ametralladoras para cubrirnos durante la travesía de regreso.

Conor fue hasta el pulpito, cogió un fardo-mochila y lo sostuvo en alto.

—Los fardos con que practicasteis contenían dieciocho kilogramos de piedras. Hemos quitado las piedras y las hemos sustituido por dinamita. Los fardos cierran herméticamente y no hay peligro de que exploten por sí solos…, pero no juguéis encendiendo cerillas por sus proximidades.

Risas nerviosas.

—Desde la Torre Martello —continuó— bajaremos a este punto…, aquí a un trecho de cuevas y peñas. Durante la marea baja, entraréis en la cueva que se os indicará, con agua hasta la cintura. Unos treinta metros adentro de la cueva será cuestión de arrastrarse sobre la barriga por unos cincuenta metros más. Entonces, si hemos dado con la cueva precisa, un túnel nos conducirá adentro de Lettershanbo.

Otra ronda de comentarios le interrumpió un momento. Mientras Conor hablaba, yo la recordé también… de aquéllos días de pescar algas, cuando perseguíamos aquella chica…, ¿cómo se llamaba, vamos?

—Calculamos que no habrá de transcurrir más de media hora desde que entremos en la cueva hasta que estemos ya en el castillo. Cuando lleguéis al final del túnel, encontraréis una pared de ladrillo. Boyd, ¿quieres continuar tú ahora?

—Sí. —Al anguloso y prematuramente envejecido hermano de Myles todavía se le notaba cierta familiaridad, a pesar de haber pasado tantísimo tiempo—. Yo fui allá y viví en la cueva tres días enteros —dijo—. Conor me encomendó la tarea de ir arrancando el mortero de la pared de ladrillo. Me considero especialmente indicado para la tarea porque en las temporadas de poca urgencia en el campo, trabajo en la cantera. Laborando silenciosamente y sin ningún instrumento mayor que un

cortaplumas, lo dejé todo suelto, de manera que se pueden retirar los ladrillos a mano y dejar un agujero suficiente para pasar, tendidos, por él. Una vez hayamos pasado por dicho agujero, nos encontraremos junto a un hogar de la lumbre de un aposento de los sótanos. Partiendo de allí, el blanco está al final del pasillo. Yo pude andar por todas partes sin que me descubriesen. Parece que no hay centinelas ni patrullas fijas que vigilen el sótano. A pesar de todo, no hagáis ruido.

Boyd levantó en alto un par de zapatos con suelas de goma especiales para moverse por las rocas resbaladizas de la orilla del mar y que, además, apagarían el ruido de las pisadas por los suelos de piedra del castillo.

—Tenemos una pila de zapatos de este tipo en la sacristía. Que cada uno busque un par que le vaya bien.

—Charley —dijo Conor.

Charley Hackett, un sujeto parduzco conocido en varios continentes, borró la pizarra y trazó un diagrama del sótano del castillo.

—Eso es el cuarto de la caldera —dijo—. Al restaurar el castillo, instalaron la calefacción central con grandes conductos para el aire caliente que iban a todas las habitaciones de Lettershanbo. Apuesto a que dichos conductos transmitirán la explosión como un hilo de teléfono. Con la ayuda de Dios, nuestra dinamita se abrirá camino hasta las trescientas toneladas de dinamita de la Fuerza Voluntaria, la cual, al explotar a su vez, mandará él castillo al infierno.

—¿Y si no produce el efecto, Charley?

—Habremos hecho un largo viaje para reventar unas cuantas ventanas.

—¿Has visto alguna vez algo parecido y que saliera bien?

—No, y no voy a daros mi parecer —respondió Charley—. No obstante, hay un dinamitero conocido mío, cuya opinión tengo en alta estima y me adhiero a ella. Pues bien, en cuanto entremos en el castillo, colocaos detrás de mí y en silencio, soltad los fardos en el cuarto de la caldera y volved al instante a la cueva. Jennings, Pendergast y yo nos concedemos diez minutos para instalar los cables por todo.

Conor volvió a tomar la palabra.

—En el cuarto de la caldera se juntan dos corredores. Boyd lo sabe. En caso de que encontremos compañía poco agradable, Seamus manejará el fusil ametrallador. Es el punto más delicado de la operación. Si lo recordáis, en DUNLEER echamos suertes sin que yo os dijera para qué. Bien, Seamus, tú sacaste la paja más corta…

—Como de costumbre —respondí yo.

—Tú serás el último que volverás al túnel. Tendrás que moverte con rapidez frenética, porque cuando te vayas, el alambre detonador estará sin vigilancia unos diez minutos. Si lo descubren y lo cortan, habremos venido aquí por nada. Si nos atacan, Seamus habrá de proteger el alambre.

No diría que fuese la vez en toda mi vida que he tenido más miedo. Lo ahorraba

para el día siguiente, pero sabía, a pesar de que Conor mirase esas cosas con altivo desdén, que iba a sostener una conversación confidencial con Jesús y María… Me dominé todo lo que pude, dije unas palabras humorísticas para aliviar la tensión, pero casi vomité de miedo al pronunciarlas.

—Nos hemos reagrupado ya en la Torre Martello —siguió explicando Conor— y hemos vuelto a cruzar hacia la orilla del lago correspondiente a Inishowen, con la esperanza de haber dejado en Lettershanbo un destrozo y una confusión que impedirán que nos perdiga nadie. Atty y un hermano de Ballyutogue continuarán en el agujero de Ballybrack con los dos camiones. Allí permanecerá hasta una hora antes de amanecer, o cuando esté segura de que hayan regresado todos los que hubieren de regresar. Y se os llevará a la iglesia de nuevo. De allí nos trasladaremos a la casa de Boyd.

—Convenientemente situada arriba en los brezales —interrumpió Boyd.

—Desde allí, el joven Tim nos hará desaparecer por las montañas. No os encontrará nadie, creedme. Atty tiene las instrucciones para los gastos, y os las repartirá. Abandonaremos las montañas de uno en uno, en direcciones distintas.

Conor se golpeó la palma de la mano con el puño de la otra y repasó lentamente la mayoría de puntos expuestos; luego su cara se convirtió en una máscara torva.

—Saldremos mañana. No habrá aplazamientos. La operación se ha montado de forma que coincida con la incursión de Darren Costello en Derry, y no estaremos en comunicación con él. Si hallamos una mar picada y alguno de vosotros zozobra, no nos pararemos a buscarle. Si alguno es herido al lado del castillo de forma que no pueda seguir al paso de los demás, tendremos que abandonarle. Si alguno requiere atenciones médicas allí, tendremos que abandonarle. Todos os presentasteis voluntarios sobre la base de que emprendíais una misión suicida. Hemos hecho todo lo posible para que podáis regresar vivos. Si cogen a alguno, queda juramentado a guardar el secreto. Si alguien revela algo a los británicos y ellos no le matan, la Hermandad le matará. ¿Queda todo claro?

Quedaba brutalmente claro.

—Dan —dijo Conor.

Dan Sweeney el Largo *había reunido las fuerzas hasta más allá de su capacidad para hacer el viaje sin ser una carga, pero el dolor le iba destrozando ante nuestros propios ojos.*

—Muchachos y muchacha —dijo con voz ronca—, jamás creí poder ver, en toda mi vida, el día en que veinte irlandeses fuesen capaces de organizar una misión como ésta sin armar el caos más espantoso. Pero… aquí estamos…, y allá está…, allá está el objetivo… Si este disparo no se oye por el mundo entero, no nos importa; nos conformamos con que lo oigan en Londres. La Madre de los Parlamentos ha utilizado la guerra actual como última excusa para seguir denegando las justas

reclamaciones del pueblo irlandés. Es completa y muy poéticamente adecuado que utilicemos esta misma guerra en defensa de dichas reclamaciones. El éxito de esta misión podría significar muy bien la consecución o no consecución de nuestros objetivos durante la presente generación de irlandeses. Que cada uno de vosotros haga bien el trabajo que tiene encomendado. El momento que estamos viviendo pertenece a todos nosotros, y al pueblo irlandés también; pero no pertenece a nadie en particular. ¿Tienes que decirnos algo, Conor Larkin?

De modo que helo ahí; por toda la superficie del universo, por todo el círculo de la vida. Todo empieza y termina en el mismo sitio, ¿verdad que sí? Conor y yo en Ballyutogue. Sí, con el tiempo, todos volvemos al hogar. Ahora, plantado allí, ante nosotros, ya no era el comandante severo; ahora tenía el semblante de un muchacho, formándose, ardiendo en rescoldo…, lejos, muy lejos de nosotros…, tan extraño, tan tremendamente extraño… Le rodeaban unos hombres que le adoraban y una mujer que le amaba más allá del amor. Y él parecía no darse cuenta. ¿Se sentía satisfecho por fin? ¿Había conseguido al menos una respuesta, una sola, que le explicara el largo y penoso viaje de su vida? ¡Ah, Conor, muchacho; Conor, muchacho! ¡Qué gusto da estar aquí contigo en este momento! No me lo perdería por nada del mundo. Ni siquiera a cambio del día de la insurrección.

—Sí alguno de vosotros no regresa, lamentaré no haber sido bastante inteligente, o bastante minucioso. En cuanto a las palabras que os pudiera decir… Amigos, hay demasiada literatura grandilocuente y también demasiadas baladas pedantes que expresan nuestro afán de libertad. ¿Qué podría añadir un tonto como yo? Como católicos, de niños aprendimos a creer en misterios. Algunos de los que analizaron aquellos misterios hallaron que no eran tales. Pero sí existe un misterio que desafía todos los intentos por explicarlo. No hay misterio más profundo que el amor que un hombre siente por su país. Es la belleza más terrible de todas. Ninguna tragedia mayor se echó jamás sobre nuestra gente, que a través de generaciones de sufrir a manos de extraños, ha perdido este apasionado amor a su patria. Mañana presentamos nuestros argumentos para reanimar la flama de ese espíritu que flaquea.

El aire era dulce y fresco al lado de la tumba de mi padre. Yo estaba sentado a su vera imaginando que tenía una flauta en las manos y tocaba una danza para hacerle sonreír.

De pronto noté un movimiento allí cerca, en la parcela de los Larkin, y vi las figuras de Conor y Atty. Me quedé transportado mirándoles, y cometí el imperdonable pecado de escuchar lo que decían.

—Oh, Dios mío —susurraba Atty—, abrázame, hombre.

Atty lloraba dulcemente en brazos de Conor. Luego él le habló sobre las tumbas.

—He visto otra verdad —murmuraba Conor—. Sólo se me ha revelado aquí, en

este instante. Si amas a tu país, has de esforzarte por hacerlo vivir más allá del pobre momento de existencia mortal que te corresponde. Aquí estoy, en medio de los míos, y quizá tenga que reunirme pronto con ellos. Mi madre…, mi bisabuelo Ronan…, mi abuelo Kilty… y mi padre. Y me estaba preguntando: ¿Habremos llegado los Larkin a nuestro fin en Irlanda? Brigid no tiene hijos, Dary es sacerdote, y los pequeños de Liam no sabrán siquiera que son irlandeses. Me doy cuenta de que he querido cometer el crimen de no atreverme a necesitarte; pero siempre te necesité, y te necesito ahora. Quiero regresar y te veo ya llevando a mi hijo en las entrañas.

—Soy fecunda; soy fértil como las llanuras de Kansas —dijo ella—, pero no puedo esperar demasiado.

—Sí —repitió él—. Volveré indemne de esta aventura, porque sé la verdad. La multitud de fantasmas brumosos, las correrías por el mundo y los infiernos de duda se resuelven en una sola cosa. Esa cosa eres tú, Atty… Eres tú a quien llamaré cuando me llegue la muerte.

16

Comprobamos y volvimos a comprobar nuestro equipo. Todo el día estuvimos repasando lugares de reunión, rutas, tiempos transcurridos, detalles de la tarea a realizar. A cada hora nos traían un parte meteorológico dado por un observador situado en una altura que dominaba el lago.

Mediada la tarde divisaron el bote patrulla británico navegando hacia el sur en dirección a la desembocadura del río para entrar en Derry. Sabíamos que permanecería en el puerto hasta que hubiera oscurecido, y entonces saldría a dar su batida nocturna contra posibles pescadores furtivos.

A la mayoría de nosotros la Iglesia nos había expulsado de su seno por nuestras inclinaciones republicanas, pero permitan que les diga que a medida que las horas iban transcurriendo éramos muchos los que rezábamos sin disimulo alguno delante del altar. Quisimos dormir y no pudimos; la última comida quedó casi intacta.

La primera sorpresa la tuvimos cuando Conor nos ordenó secamente que limpiásemos el templo, eliminando todo rastro de nuestra presencia en él.

Lord Louie bajó del puesto de observación del tiempo refunfuñando disgustado. El cielo se nublaba rápidamente. Hasta aquí, muy bien; deseábamos operar bajo un manto de nubes. Pero yo conocía la región, y Conor la conocía tan bien como yo, y por él semblante que puso al recibir la noticia pude ver que temía que detrás del frente de nubes viniera una tormenta.

El firmamento se cubría con su primera somnolencia. Darren Costello y cinco miembros de la Hermandad Republicana Irlandesa sacaron una camioneta de reparto que habían robado y escondido en un abandonado almacén de patatas de Punta Quigley, en la carretera de la costa. Compañía de coches de alquiler Knockdara, decía el repintado rótulo del costado. Costello guiaba el vehículo, con su hijo Cassidy sentado a su lado y los otros cuatro amontonados detrás. Se dirigieron hacia la zona portuaria de Derry; concretamente hacia el muelle de Ship & Iron Works, donde estaba anclado el *Glory of Ulster*.

Desde la famosa traída de armas a la luz del día, el barco cerealista alemán se había convertido en una celebridad por derecho propio. Un caballero emprendedor, Edwin Gunn, antiguo gran maestre de logia a su vez, convirtió el *Glory of Ulster* en un crucero diurno alrededor del lago para que lo contrataran los grupos orangistas y unionistas.

A esta hora, cuando la camioneta de la compañía de coches de alquiler Knockdara se detuvo al lado del buque, la zona portuaria estaba casi desierta. Costello sabía que a bordo habría un solo vigilante. Él y Cassidy sacaron de detrás de la camioneta un

par de cajas de té y subieron por la pasarela.

—¡Eh, oigan! —gritó Darren—. ¿No hay nadie a bordo?

Un momento después, el anciano vigilante sacaba la cabeza con aire renuente por la ventanilla de la timonera.

—¿Quién hay ahí abajo? —preguntó.

—Traigo dos cajas de té, señor —respondió Darren.

—¿Té? ¿Quién diablos ha pedido té?

—Edwin Gunn, señor. Es para el crucero del próximo domingo con las Damas de la Templanza.

—Bueno, déjelo ahí en cubierta. Luego lo recogeré —gritó el vigilante.

—Lo siento, jefe. Necesito que firme. Voy a subírselas.

Darren subió corriendo la escalera, seguido de su hijo, y entró en la timonera. Cassidy apuntaba una pistola al vientre del vigilante mientras su padre le daba un fuerte golpe en el occipucio.

Darren salió, emitió un silbido y tres de los muchachos escondidos en la camioneta subieron a bordo. Uno de ellos fue al cuarto de máquinas; los otros dos soltaron las amarras y saltaron arriba. El hombre que había quedado en tierra puso la camioneta en marcha y se fue.

A los pocos momentos, el *Glory of Ulster* tenía las calderas en actividad y cruzaba lentamente río Foyle arriba. St. Columba's Park, en la orilla protestante del río, estaba lleno de gente que había salido de merienda, y de paseantes rezagados. Al ver el *Glory of Ulster*, todos agitaban las manos y gritaban jubilosos. El «capitán» Darren Costello respondía haciendo sonar la sirena del buque.

Se habían deslizado más allá de los Muelles Navales y del bote de patrulla, que estaba embarcando la tripulación que lo conduciría en su recorrido nocturno por el lago. Cuando el río se ensanchó, pasado el faro Clooney, bajaron el vigilante a la sala de máquinas. A Costello no le gustaba tener que proceder así; pero luego el hombre podría identificarles, a él y a su hijo. Lo mataron de un solo tiro a la cabeza.

Una milla más arriba, en un lugar llamado Boom Hall, el río se volvía singularmente estrecho. El paraje había sido bautizado con ese nombre porque allí fue donde las fuerzas del rey Jacobo arrojaron un botalón para cerrar la entrada durante el sitio de 1689, impidiendo la llegada de suministros de socorro por mar. Pidiendo prestado un pasaje a la historia, Darren Costello maniobró el barco hasta ponerlo de través en el estrecho canal, y luego abrió las válvulas, echándolo a pique en el mismo punto donde había sido hundido el botalón.

El *Glory of Ulster* se acomodó en el fondo, poco profundo, en una limpia maniobra, imposibilitando por completo el paso desde los muelles al lago y confinando al bote patrulla en Derry. Luego los cinco hombres fueron hasta la orilla a fuerza de remos, subieron a la camioneta de la compañía de coches de alquiler

Knockdara que les esperaba en la carretera de Limavady, y huyeron.

En el mismo momento que el Glory of Ulster *topaba con su irónico hado, los dos camiones se detenían dentro de la cueva de Ballybrack Hole, en cuyas altas hierbas estaban escondidos los cinco* curraghs. *Los transportamos hasta el borde del agua, cargamos nuestro equipo en ellos y aguardamos a que oscureciera. Conor nos reunió, nos explicó la participación de Darren Costello en nuestra aventura y calculó que podíamos borrar de la lista un barco patrulla británico.*

Luego se alejó, consultando el reloj casi a cada minuto, mirando al mar enojado e inquieto al verlo cada vez más enfurecido. Sí, se ponía muy picado; las nubes, más densas por momentos, dejaban caer su primera rociada de lluvia, Habitualmente, desde donde nos encontrábamos podía verse Lettershanbo; ahora había desaparecido, agoreramente, de la vista.

Subiendo en los camiones por la costa, yo me había sentido espantosamente mal, y no me atrevía a moverme siquiera. Cuando lord Louie nos dio el rumbo, me invadió un raro bienestar. Estaba a punto de cubrirme francamente de sudor; pero me salvó de esta vergüenza una repentina sensación de que todo aquello era irreal. Yo estaba completamente fuera de todo peligro, bañado en una especie de euforia que no dejaba paso a ninguna inquietud. ¿Había descubierto el secreto de los valientes en las batallas?

Conor me rodeó los hombros con el brazo y me llevó aparte.

—Lamento que sacaras la paja corta —me dijo.

—Alguien había de sacarla.

—Vamos, procura no despertar la guardia allá dentro y luego corre por el túnel cuanto puedas —me aconsejó.

—No te apures. Oye, Conor, tengo un remordimiento de conciencia —dije—. Anoche, en el cementerio, escuché lo que decíais tú y Atty.

—En toda mi vida sólo he podido tener un secreto para ti —comentó, refiriéndose al relativo a nuestra misión durante los días de entrenamiento en DUNLEER—. Casi se me escapó. De modo que nos oíste.

—Sí. ¿Era cierto lo que le dijiste?

—Quiero regresar, Seamus. Y quiero tener hijos con esa mujer.

—Eso es magnífico.

Con euforia o no, miré al agua y casi me doblé por la mitad, de miedo. La mano de Conor me agarró por el hombro.

—No eres el único —dijo.

Chocante, nunca se me había ocurrido pensar que Conor Larkin pudiera tener miedo…, chocante… Conor se alejó de mí para reunirse con Atty.

—Te veré dentro de un rato —le dijo.

—Aquí estaré —respondió ella. Sus ojos pregonaban que lo amaba tanto que hasta le perdonaría que le hubiese mentido al decirle lo que le dijo en el cementerio.

—Quédate al margen —le ordenó Conor.

—¡Te amo, Conor! —oí que gritaba ella.

Aunque él no la oyó, porque ya estaba a la orilla del agua. Luego me dio una palmada a la espalda y fue a colocarse en un costado del curragh.

—Entra, Dan. Vámonos, Charley. Cógete al rodete de alambre mientras zarpamos. ¡Buena suerte, chicos!

Hicimos resbalar la embarcación hasta el agua, trepamos prestamente por el costado y cogimos los remos. Según el raro estilo de los curraghs, *los remos no tenían pala, sino que estaban construidos de forma que peinasen el agua en marejadas y corrientes. A los pocos segundos la levantada proa se hundió en una cabrilla, la partió en dos y se alejó fuera de la vista de la cueva.*

La travesía no hubiera debido costarnos más de veinte minutos, pero en el centro del canal, el viento, que soplaba desde el mar, empezó a zarandearnos de un lado para otro, al mismo tiempo que encabritaba las olas. A cada golpe de remo, saltábamos y caíamos, saltábamos y caíamos. Charley Hackett sostenía la brújula y cada tres o cuatro remadas nos hacía corregir el rumbo. Dan esforzaba los ancianos ojos por divisar a los demás; pero no lograba verlos. Cada equipo luchaba por su cuenta. Aquello se puso confuso y revuelto; Charley y Dan achicaban agua para evitar que nos hundiésemos; nosotros estábamos empapados hasta los huesos, no veíamos nada y el curragh *subía y bajaba por las olas como un tapón de corcho.*

En el centro exacto del canal oímos unos alaridos escalofriantes.

—¡Alguien se ha hundido! —gritó Charley.

Unos gritos siguieron a los alaridos.

—¡Echemos un vistazo, Conor! —exclamó Charley.

—¡Siéntate y calla! —ordenó Dan—. ¡Siéntate, Charley!

—Empuja, Seamus —chilló Conor, rechinando los dientes y haciendo oídos sordos a los desesperados gritos de socorro.

Faltó poco para que una ola doblara por la mitad nuestra pobre embarcación, y tuvimos que luchar desesperadamente para mantenernos a flote. El agua entraba por el centro del bote a medida que la lona y la brea se estiraban y gemían a punto de partirse.

—¡Toma las olas de frente, Seamus!

Giramos en convulsivo círculo. Conor me cogió y me echó fuera del asiento, sustituyéndome en el remo. Poco a poco logró dominar el bote, mientras yo ayudaba a Dan y Charley a vaciar agua. Luego jugó hábilmente con las crestas y los fondos de las olas. Bajo su mando, el bote danzaba y andaba de puntillas por el oleaje como lo habría hecho bajo el de su padre.

—¡Veo tierra! —gritó Charley.

—Acaso tengamos que entrar montados sobre una ola, como un tiro —gritó Conor—. Charley, Seamus, preparaos para saltar cuando yo diga, y entonces coged la proa y sujetadla con fuerza. ¡No dejéis que se estrelle contra el fondo!

De repente, nos lanzamos hacia la orilla cabalgando sobre una alta y precipitada ola. El bote se levantaba como en una catapulta…, más cerca…, más cerca…

—¡Ahora!

Charley y yo saltamos y quedamos con agua hasta el cuello; luego nos levantamos para sostener la proa en alto y evitar que el bote se despedazara. Me sentí levantado del suelo, luego bajado y luego vuelto a levantar. Yo procuraba clavar los pies bajo las rocas, dando arcadas por el agua que tragaba y sufriendo zarpazos de dolor a causa de los golpes. Conor estaba a mi lado, sumando su fuerza a la mía.

—¡Corre hacia la playa! —gritó.

Allá nos lanzamos. El curragh *subió por la arena como si hubiese resbalado sobre cristal. Dan se echo fuera, y los cuatro tiramos, tiramos, tiramos, hasta que tuvimos el bote en lugar seguro. Descargamos la ametralladora, la caja de municiones, el carrete de alambre y la camilla para llevarlo.*

Nos pusimos de rodillas, permitiéndonos el lujo de doblarnos por la cintura y boquear.

—Muy bien, de pie. Dan, Charley, montad la ametralladora. Seamus, ¡lleva el bote detrás de la torre!

Sea como fuere, habíamos desembarcado a unos cincuenta metros del punto que nos habíamos señalado. Conor estaba en el agua, forzando la vista por descubrir otros botes.

Venían fatigosamente. Un segundo curragh *formaba un blanco situado a unos cuatrocientos metros de distancia. Vimos cómo sus ocupantes se tambaleaban y caían para atrás. El bote chocó contra las rocas y quedó hecho pedazos.*

Conor guió a los supervivientes hacia la torre.

Luego vino Gilmartin. Él y lord Louie eran los dos mejores marineros que teníamos. Gobernó la embarcación hasta la orilla, y cayó de bruces. Ayudado por mí, Conor lo arrastró hasta fuera del agua. Sabíamos que se había hundido un bote; pero faltaba otro todavía. Conor me ordenó que llevase a Gilmartin a la torre.

—Retrocederé en busca del otro bote —me dijo a mí.

—Espera… —jadeó Gilmartin—. Somos nosotros…

—No, queda otro más por llegar.

—No, no, ambos se han perdido. Yo lo he visto. Pendergast ha dado un porrazo y se ha hundido. Yo le he pescado al pasar. Había muerto ya.

—El otro…

—Lord Louie. Ha faltado muy poco para que se nos echara encima; luego se ha partido en dos…, oh, Jesús…, Jesús… —chilló Gilmartin.

—¡Cállate, maldita sea! —bramó Conor—. ¡Cállate! Muy bien, subamos a la torre.

Una extraña, cautelosa cuadrilla de abordaje, formada por personal de la Armada, autoridades del puerto y miembros *constabulary*, se internaba poco a poco por el *Glory of Ulster*. Las pesquisas llevadas a cabo en el buque no dieron el menor resultado. El vigilante muerto estaba bien escondido en un rincón inundado e inaccesible de la bodega.

Edwin Gunn, dueño del barco, acabó por subir también sin dejar de rascarse la cabeza desconcertado. Hubo un confuso cambio de impresiones. Gunn se puso a despotricar desde el primer momento que aquello era obra de los maleantes de la orilla católica del río. Además, daba como cosa indiscutible que era un insulto contra todo lo bueno y noble del ulsterismo y de la Corona, además. El hombre salió como una furia de su medio hundido barco en busca de compañeros de Orange. Armaría un motín contra el Bogside para resarcirse de esta afrenta.

De momento, a las autoridades lo que más les preocupaba era el problema creado. A todos los efectos prácticos, el puerto de Londonderry quedaría paralizado al menos una semana.

—Nos quedan unas trescientas libras de dinamita —dijo Charley Hackett después de una inspección.

—¿Será bastante?

—No lo sabremos hasta que la hagamos estallar.

—Muy bien —dijo Conor—. Carguemos con ella. Subid todos, menos Dan. Tú, Dan, tendrás que manejar la ametralladora mientras tanto.

—Claro —respondió el anciano, limpiándose las gafas y calándoselas de nuevo, aunque así y todo no viera mucho más allá de la nariz.

—Hemos de recuperar toda una faltriquera de tiempo perdido —dijo Conor—. Vámonos.

La tempestad, que había sido el verdugo que nos atormentó e incluso ejecutó a algunos de los nuestros durante la travesía, se había convertido ahora en aliada nuestra, proporcionándonos un manto protector. Conor cambió el plan primitivo, según el cual habíamos de bajar arrastrándonos corno lagartos de la playa a las cuevas. Ordenó que en vez de hacerlo así, cada uno corriera lo más rápido y hasta la mayor distancia que pudiera.

Conor y Charley Hackett se reservaron el trabajo más penoso, cargando un

carrete de más de noventa kilogramos de alambre en una camilla. Boyd McCracken encontró la cueva indicada. Los demás chapoteamos tras él, nos hundimos en el agua, volvimos a salir fuera, y luego caímos y nos quedamos tendidos, jadeando.

Encendieron una vela. Los relucientes carámbanos de piedra abrían ante nuestros ojos una madriguera de duendes. Boyd nos señaló una abertura minúscula. Conor ató a la camilla una soga con la que luego se rodeó el cuerpo, como si enjaezara un caballo. Todos seguimos a Boyd, en fila india, reptando cara a tierra. Fue una tortura horrible. Yo llevaba dieciocho kilogramos de dinamita a la espalda, un fusil ametrallador y la munición correspondiente, y en algunos puntos la abertura quedaba reducida a unos sesenta centímetros de ancho por otros sesenta de alto. Las aristas de la roca se me clavaban en la carne y me desgarraban el fardo. La oscuridad aumentaba el espanto.

Yo oía cómo Conor emitía unos sonidos guturales mientras iba tirando de la camilla, unos pocos centímetros cada vez…, gruñido, boqueada; gruñido, boqueada.

—¡Quietos! —gritó Boyd en la oscuridad. Vi la mortecina luz de su lámpara eléctrica mientras yacía como en una tumba de roca y me invadía un mareo de claustrofobia. Boyd volvió a llamarnos para decirnos que podía abrir camino sin nada más que las manos. Cuando la hilera volvió a resbalar adelante, yo me santigüé en acción de gracias.

La senda de los tormentos se ensanchó hasta formar una cavernita que era como una habitación. No había tiempo para abandonarse de nuevo. Conor, todavía en el pasillo, nos dio la soga y todos tiramos a la vez, para pasar la camilla por la abertura. Hubimos de sacar hasta la última reserva de energía que nos quedara. El fardo entró en la cuevecita muy oportunamente, pues aunque lo habíamos envuelto en cuatro capas de tela, ésta se había desgarrado por muchas partes.

La linterna de Conor revoloteó por el cubículo.

—Ahí está la entrada del túnel —dijo—. Meteos dentro. Tendremos que efectuar unos cambios de orden. Boyd entra el primero, Charley con un minuto de intervalo, luego Seamus y después Pete. Si el alambre se enreda, el hombre que va en cabeza retrocede hasta encontrar la maraña. Yo tendré que manejar el carrete, aquí, sin ayuda de nadie.

Conor volvía a cargar sobre sí la tarea que exigía una fuerza bruta tremenda, una tarea que habría puesto a prueba a un par de hombres. Reuniendo sus energías, se dispuso a sostener en las manos más de noventa kilos. Boyd entró en el túnel agarrando el extremo del alambre. Uno después de otro, los demás anduvimos a gatas por el túnel, acompañando el alambre eléctrico.

—Ahí está, muchachos —dijo Boyd, proyectando el chorro de luz sobre la pared de ladrillo—. Yo entraré el alambre. Sígueme, Charley. Gilmartin, quédate y cuida de

que no se atasque. Tenemos una curva muy cerrada. Para indicaros cuando haya llegado al cuarto de la caldera, tiraré del hilo tres veces.

Con la pericia de un ladrón de cajas de caudales buscando la combinación de la cerradura, Boyd McCracken fue quitando ladrillos como piezas de un rompecabezas hasta dejar una abertura del tamaño de un hombre. Boyd se metió con gran precaución por la abertura, se agachó y se deslizó de cabeza por la chimenea de un hogar y luego por el hogar mismo.

Nosotros le seguimos. Estábamos en una habitación espaciosa sumida en unas tinieblas de negrura azulada, perforadas únicamente por la linterna que llevaba en la mano Boyd McCracken, quien volvió el cono de luz hacia nuestros sucios rostros para efectuar un recuento. Todos estábamos allí, menos Gilmartin, que iba empujando el hilo conductor. Cruzamos a hurtadillas el suelo de piedra hasta llegar a una gran puerta de madera y corrimos el cerrojo. En la habitación vino a estrellarse una avalancha de luz procedente del pasillo. Nosotros nos apiñamos detrás de Boyd.

Este asomó la cabeza. El pasillo estaba despejado. Entonces nos señaló otra puerta, situada unos doce metros más allá y se deslizó hacia ella, arrimado a la pared. Uno después de otro salimos tras él, reuniéndonos de nuevo delante de la puerta del cuarto de la caldera.

Boyd entregó el extremo del alambre a Charley Hackett, corrió como una flecha hacia la puerta, pegó el oído a ella ¡y la abrió de un empujón! En seguida entró, empuñando la pistola. Nada. Otra señal, y nosotros nos precipitamos allá, mientras él encendía la única lámpara eléctrica instalada allí. Dejamos caer los paquetes, los apilamos delante del tubo y el conducto mayores, y salimos. Desaparecido Pendergast en la travesía, Charley sólo disponía de Jennings para instalar el hilo conductor en los cartuchos de dinamita y meter los tubos dentro de los conductos.

Mientras los otros retrocedían a la carrera, Boyd y yo ocupamos nuestro puesto de retaguardia en el cruce de corredores. Era una posición perfecta; desde ella se veía claramente la única entrada al sótano. Todo el que quisiera acercarse al alambre conductor tendría que doblar un recodo sin ninguna visibilidad y entrar de lleno en mi campo de tiro.

Los momentos pasaban con una lentitud brutal…, ocho…, nueve…, diez…, quince…, dieciséis. ¡Ven, Charley, por amor de Dios! Jennings pasó junto a mí, corriendo, y me hizo seña de que ya casi estaba terminado.

Otros tres minutos…, apareció Charley. Y en el mismo instante que aparecía Charley, todos quedamos petrificados. Una sombra caía sobre las escaleras al final del pasillo. ¡Alguien bajaba!

Todos abrimos la boca. Me quedé paralizado un instante, y luego…, como por una revelación, supe qué había que hacer.

Con una seña, indiqué a Charley que volviera a meterse en el túnel y con un movimiento de cabeza ordené a Boyd McCracken que le siguiera.

Gilmartin se había situado junto al hogar para ir contando a los que salían. Charley y Boyd llegaron allá en el mismo instante.

—Vámonos —dijo Charley.

—¿Dónde está Seamus?

—Alguien merodea por allá. Seamus ha tenido que quedarse.

Gilmartin soltó un leve gemido acompañado de un movimiento, disponiéndose a cruzar la habitación. Boyd le agarró.

—No serviría de nada hacernos matar a todos. Entra en el túnel, Gilmartin.

El hombre titubeó un momento, luego dio media vuelta y huyó con los otros. Mientras corrían, notaban ligeramente el contacto del alambre y por las mejillas les resbalaban lágrimas de angustia por el hombre que guardaba la línea. Después de varios minutos por el agujero de salida, oyeron un ruido y se detuvieron. ¡Fuego de ametralladora!

—¡Oh, Dios!

—¡Aprisa, maldita sea, aprisa! Hemos de llegar donde está Conor…, ¡moveos…, moveos…, moveos!

Agachados y corriendo sin precaución se encontraron de regreso a la cueva en la mitad del tiempo previsto.

—¡Vuélalo, Conor! —gritó Charley a Conor, apostado junto al detonador.

—¡Seamus! —gritó Conor.

—¡Vuélalo, Conor! ¡Vuélalo!

Conor se inclinó sobre la caja, la mano en el núcleo de inmersión, los ojos desencajados…

—¡Seamus! ¡Seamus! ¡Seamus!

—No tiene bastante munición para resistir más de un minuto. ¡Vuélalo! ¡Cortarán el alambre!

Charley Hackett se lanzó hacia el detonador. Conor se levanto como un orate, apuntando la pistola a la frente de Charley. A continuación retrocedió un paso, haciendo girar el arma en derredor, amenazando a los demás… Luego la dejó caer al suelo, se arrodilló y emitió un grito horrible:

—¡Perdóname!

Y colocó el núcleo de inmersión, estableciendo el contacto.

Todos levantaron la vista en un silencio aterrorizado. No sucedía nada. ¡Un instante después fueron disparados por la cueva como cerillas!

Dan Sweeney abrió los ojos muy redondos; nadie había visto nunca nada que llegase ni a la mitad de aquello. Alrededor de Punta Magilligan el suelo saltaba y

trepidaba como si fuera a despedazarse y saltar al mar. La luz que se encendió era la de un millar de infiernos, una furia de tonos naranja. Los cascotes chocaban contra la Torre Martello como densa granizada.

Otra explosión…, y otra…, ¡y otra!

Los pescadores de algas de la costa de enfrente caían de rodillas asustados. Desde la costa de Escocia vieron la explosión, que inflamó el firmamento de Derry, a más de treinta y dos kilómetros de allí. La explosión levantó una marejada, cuyo horrible son retumbaba dentro de las cabezas que lo escuchaban.

El asalto había terminado. Dan Sweeney extendió la mirada por el campo abierto de delante de la torre. Pasaron unos minutos; luego oyó unas sirenas distantes.

¡Allá! Por la playa. Dan hizo girar la ametralladora.

—¡Somos nosotros, Dan!

El viejo abandonó su puesto, bajó los peldaños doblándosele las rodillas y abrió la puerta de la torre, Gilmartin, Conor Larkin, Charley Hackett, Boyd McCracken, Jennings y otros cuatro entraron cojeando, aplastados por el impacto —aun a la distancia que estaban— de la explosión de trescientas toneladas de dinamita.

Los supervivientes se limpiaron las heridas, se ataron torniquetes, se vendaron miembros. Se divisaban reflejos lejanos de reflectores y se oían los ladridos de los perros.

Conor levantó la ensangrentada cabeza.

—Llévalos de regreso, Gilmartin —dijo—. Llévatelos de regreso. Mira…, os he calmado las aguas.

—El puesto que me corresponde es aquí, al lado de Dan —respondió el otro.

—Lo siento. Ha habido un cambio de órdenes.

—Dan —protestó Gilmartin—, dile que los guíe él.

El viejo cogió a Conor y lo zarandeó.

—¡Lleva a tu gente de regreso, Conor!

Cuando Conor quiso hablar, la sangre brotó de su boca. Se la limpió con el dorso de la mano.

—¡Pobrecito peque! Había de venir. Sencillamente, había de venir.

—¿Qué será de Atty?

—Esa fue la ironía más cruel de todas, la de permitirme creer, por un solo instante de locura, que aún tenía una vida antes de la muerte. Hice ya lo que había de hacer en este mundo, y habrá de bastar con ello. No resisto más.

—Sí —murmuró Dan—. Conozco bien esa sensación. —El anciano se volvió hacia Gilmartin—. Por favor, marchaos lo más rápida y silenciosamente posible. Larkin y un servidor de ustedes hemos consumido ya toda nuestra cochina ración de bellezas terribles.

Cuando sonaron los primeros disparos en dirección a la torre, Dan Sweeney y

Conor Larkin movieron el arma. Gilmartin se alejó prestamente a través de la hierba, arrastró por la arena el *curragh* grande y metió en él a los medio muertos restos de la fuerza asaltante. Cuando el *curragh* se deslizó por el agua, los dos de tierra apuntaron la ametralladora.

—Somos todos actores absurdos en el escenario de lo diabólico —murmuró Conor—. Los ingleses, matando alemanes por la libertad de los belgas; nosotros, matando ingleses por nuestra libertad.

Dicho esto puso un proyectil iluminador en el arma de señales y lo disparó. El cohete partió en ancho arco desde la torre, iluminando el campo de algas marinas, y dejando al descubierto al enemigo, que avanzaba. Ahora la ametralladora escupió una rociada de rojas balas trazadoras. Unos hombres sorprendidos se desplomaban sobre el súbelo como tallos de trigo cortados por una guadaña. Otros se tendían de bruces y reptaban adelante, cuidadosamente. Las balas trazadoras volvieron a estirarse hacia el frente como mortíferos dedos rojos.

Las trazadoras salieron a definir sus líneas mientras un cohete iluminador volvía a inundar de luz del día el campo de batalla. Christopher se deslizó adentro del fangoso agujero, reunió sus pensamientos y luego se arrastró hacia el oficial caído y lo volvió cara arriba. Era Jeremy, su hermano. Había muerto.

Christopher cerró los ojos por un momento, mientras el estrépito, allí arriba, elevaba pantallas casi impenetrables de fuego.

—Mayor Hubble —jadeaba su sargento mayor arrastrándose hasta él—. Nos están haciendo cisco. Oiga, señor, ¿qué órdenes hay?

—Vamos a hacer otra tentativa, diría yo.

—Pero, señor, jamás llegaremos a esos nidos de ametralladoras.

—Una carga más, hombre, una carga más. —Christopher trepó hasta el borde del agujero de obús, miró a derecha e izquierda para ver qué quedaba de su batallón, empuñó la pistola, saltó al campo y se lanzó adelante. Los otros le siguieron. Los turcos les tenían entre dos fuegos. La carnicería aumentó.

EL REY Y LA REINA LAMENTAN PROFUNDAMENTE LA PÉRDIDA QUE USTEDES Y LOS COLERAINE RIFLES ACABAN DE SUFRIR CON LA MUERTE DE SUS HIJOS, MAYOR CHRISTOPHER Y TENIENTE JEREMY HUBBLE EN GALLIPOLI AL SERVICIO DE SU PATRIA. SUS MAJESTADES LES ACOMPAÑAN SINCERAMENTE A USTEDES EN SU DOLOR.

PENBURTON, Secretario particular.
Palacio de Buckingham.

La puerta de Torre Martello crujió, abriéndose cautelosamente. Una hilera de soldados subía sigilosamente por la escalera de caracol, en tensa alerta. De pronto, el jefe del pelotón hizo seña de que se detuvieran. Él se acercó despacio, bajó la pistola, apuntó a los dos hombres y los examinó.

—Llamad al comandante de la compañía —dijo con voz alterada.

Un momento después, el comandante de la compañía subía los escalones a la carrera y se paraba junto a él.

—¿Sólo dos? —preguntó.

—Sí, señor, solamente dos. Se han quedado sin municiones.

El jefe del pelotón se arrodilló junto a Dan Sweeney; luego junto a Conor Larkin.

Van… y… vienen… las… polvorientas campanillas azules…
Van… y… vienen… las polvorientas…
Van… campanillas…
Yo seré vuestro dueño.

—El viejo está muerto, señor, pero éste parece seguir con vida.

Seguidme… Londonderry,
Seguidme… Cork y Kerry…
…con… paso… alado…

—Mire, señor, está abriendo los ojos.

—No puedes hablar, ¿verdad que no, muchacho? —dijo el comandante de la compañía—. Bueno, tendrías que estar orgulloso de ti mismo… eso ha sido toda una exhibición…

Shelley…, campanillas… azules…, Shelley…

—¿Mando que traigan una camilla, señor? —inquirió el jefe del pelotón.

La bota del comandante se metió debajo de Conor y le hizo dar la vuelta hasta quedar tendido cara al cielo.

—No, el pobre diablo está cortado en dos. Tiene la mitad de las entrañas dispersas por el suelo.

Papá…, papá…, papá…, papá…

—Oye, dame tu pistola. Voy a ahorrarle sufrimientos.

Papá…, papá…

La detonación rebotó poderosamente en los muros de piedra.

Papá…, papá…, Atty…, Atty…, Atty…, Aty…, At…

EPÍLOGO

Cuando los británicos devolvieron los cadáveres de Dan Sweeney y Conor Larkin. Garrett O'Hara, comandante de la Hermandad Republicana Irlandesa, aprovechó la ocasión.

Desafiando una orden del Castillo de Dublín, los dos cadáveres fueron colocados en la Rotonda del Ayuntamiento de Dublín para ser visitados por el público. A Dan Sweeney se le recordaba en hogares, tabernas y colegios como a un mártir irlandés del levantamiento feniano del siglo pasado. Conor Larkin tenía no poca medida de fama a causa del episodio de Sixmilecross. Pero todo eso quedaba pequeño al lado de la enormidad de la destrucción del castillo de Lettershanbo.

Metidos bajo una cúpula bellamente iluminada, doce centinelas del Ejército Nacional Irlandés hacían guardia de honor, uno en cada columna.

Millares de personas desfilaron rindiendo homenaje. Al cabo de tres días de permanecer de cuerpo presente, cien mil dublineses acudieron al entierro de Dan Sweeney, marchando a paso funeral hacia los terrenos donde descansaban Daniel O'Connell y Charles Stewart Parnell. Sweeney, «el feniano que no perdonaba», no fue bajado a la fosa hasta que Garrett O'Hara hubo pronunciado una oración fúnebre destinada a cambiar el curso de la historia de Irlanda. Hablando en la antigua lengua, vapuleó el milenio de tiranía con alambicado furor. Y por toda la nación se oyeron por fin unas agitaciones republicanas largo tiempo dormidas.

Conor Larkin fue acompañado a Derry por Atty Fitzpatrick en un sencillo cortejo formado por un coche mortuorio y otro, único, de séquito. Sin embargo, en todas las poblaciones del recorrido paraban, y los niños arrojaban flores sobre el ataúd, las mujeres lloraban, y los hermanos y los miembros del Ejército Nacional Irlandés formaban una guardia de honor para darle escolta hasta la población siguiente. Luego, al final, el padre Dary Larkin puso al hermano a descansar junto a su padre en el cementerio de San Columbano, en Ballyutogue.

Diez meses después, unos miembros de la Hermandad acaudillando unos centenares de militantes del Ejército Nacional intentaron un abortado levantamiento en Dublín. El Lunes de Pascua de 1916 nació una belleza terrible en forma de declaración de independencia.

Los jefes del levantamiento fueron sentenciados a muerte por un tribunal secreto y fusilados por pelotones de ejecución en la cárcel de Kilmainham. La cárcel de Kilmainham, el pabellón irlandés de mártires que había albergado a Parnell, Wolfe Tone, Emmett y un centenar más de la misma pestilente especie. Al ejecutar a esos hombres, los británicos cometieron un tremendo error: ultrajaron al pueblo irlandés y convirtieron el levantamiento en la más gloriosa derrota de Irlanda.

Terminado todo esto, vino en su momento a instaurarse una República. Pero las

penas y las congojas no han abandonado nunca a ese trágico y hermoso país.

Porque, vean ustedes, en Irlanda no hay futuro; sólo el pasado que se repite una y otra vez.



LEON URIS (Baltimore, 1924 —Nueva York, 2003), fue novelista estadounidense, creador de una literatura convencional y ligera, muy seguido por el gran público. Hijo de inmigrantes polacos judíos, estudió en su ciudad natal y en Virginia, pero sus problemas con el inglés, le hicieron abandonar sus estudios, alistándose con diecisiete años en los Marines, y participando en la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico.

Finalizada la contienda trabajó como chofer pero, a partir de 1950 ya se dedicó por completo a la literatura. Su primera novela publicada, *Battle Cry* (1953), fue muy bien recibida y se utilizó para una película para la que él escribió el guión.

Sus siguientes novelas que, por lo general tenían como tema la guerra, también fueron exitosas. Pero fue con *Éxodo* (1958), novela escrita por encargo y también llevada al cine, con la que alcanzó renombre internacional.

Después de la exhibición del film llegaron a venderse veinte millones de ejemplares del libro que, sin duda, contribuyó a la causa sionista, ya que es la historia de los judíos que emigran de todas partes del mundo para ir a fundar el estado de Israel. Otros títulos destacados de su obra son: *Mila 18* (1961), *Topaz* (1967), *QB VII* (1970) y *Redención* (1995).

Notas

[1] Los ingleses llegaron a prohibir que se enseñara a leer y escribir a los católicos. Pero siempre hubo personas generosas y valientes —en muchas ocasiones eran protestantes— que, simulando estar tomando el sol arrimados a una pared o en un corral, se saltaban esta ley y enseñaban a los católicos. De ahí vino la denominación de «maestros de valla» o de corral. (N. del T.) <<

[2] Irlandés. <<